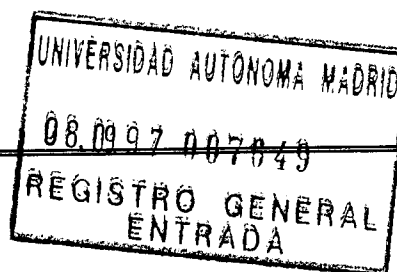


h.l.I

SC  
FFL·FL  
289



Tesis Doctoral

**MESETA OCCIDENTAL E IBERIA EXTERIOR.**  
**CONTACTO CULTURAL Y RELACIONES COMERCIALES EN**  
**ÉPOCA PRERROMANA**

por

**EDUARDO SÁNCHEZ MORENO**

bajo la dirección científica y con el visto bueno del  
DR.D. ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO

R.B.E. 66537

Vº Bº

Departamento de Historia Antigua  
Universidad Autónoma de Madrid  
1997



*Veía el horizonte cerrado por colinas  
oscuras, coronadas de robles y de encinas;  
desnudos peñascales, algún humilde prado  
donde el merino pace y el toro, arrodillado  
sobre la hierba, rumia; las márgenes del río  
lucir sus verdes álamos al claro sol estío,  
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,  
¡tan diminutos! -carros, jinetes y arrieros-,  
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas  
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas  
del Duero.*

*(Antonio Machado; "A orillas del Duero")*



## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

JUSTIFICACIÓN Y OBJETIVOS .....	pág.2
PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO.....	pág.6
ESTRUCTURA.....	pág.8
AGRADECIMIENTOS.....	pág.11

### I- PRIMERA PARTE: LOS GRUPOS GEO-HISTÓRICOS DE LA MESETA OCCIDENTAL

#### I-1 UN PASILLO ENTRE EL DUERO Y EL GUADIANA: LOS VETONES

I-1.1 Marco físico y territorio	
A- Medio Físico.....	pag.17
. Geomorfología y relieve.....	pag.18
. Hidrología.....	pag.22
. Climatología.....	pag.23
. Edafología.....	pag.25
. Biogeografía: flora y fauna.....	pag.26
B- Marco territorial:	
. Límite territorial vetón.....	pag.29
. Nivel de frontera y caracterización del territorio.....	pag.30
. Pueblos limítrofes.....	pag.33
I-1.2 Fuentes literarias.....	pág.37
A- Información de corte histórico:	
<i>Un pueblo belicoso.....</i>	<i>pág.38</i>
B- Información de corte geográfico:	
<i>Entre ríos y poderosos vecinos, una tierra de paso.....</i>	<i>pag.41</i>
C- Información de corte etnográfico:	
<i>Las yeguas de Poniente, la planta natural vettonica y el primitivismo de una sociedad guerrera: anécdotas para un espacio marginal en las fuentes.....</i>	<i>pag.47</i>
I-1.3 Orígenes y formación	
A- La tradición celtista: los vetones, un pueblo arcaico de entronque indoeuropeo.....	pag.51
B- Formación etnogénica: base e influjos entre el Guadiana y el Duero durante el Ier milenio a.C. Hacia una definición etno-cultural de lo vetón .....	pág.54

I-1.4 Registro arqueológico.....	pag.64
A- Inventario de yacimientos	
a) Poblados	
. Provincia de Ávila.....	pág.66
. Provincia de Badajoz.....	pág.70
. Provincia de Cáceres.....	pág.71
. Provincia de Salamanca.....	pág.76
. Provincia de Toledo.....	pág.80
Consideraciones sobre el poblamiento vetón.....	pág.81
b) Necrópolis	
. Provincia de Ávila.....	pág.91
. Provincia de Cáceres.....	pág.94
. Provincia de Salamanca.....	pág.98
. Provincia de Toledo.....	pág.98
Consideraciones sobre las necrópolis vetonas.....	pág.98
c) Santuarios/Lugares de culto	
. Provincia de Ávila.....	pág.103
. Provincia de Cáceres.....	pág.105
B- Características generales de la cultura material	
a) Cerámica.....	pág.107
. Cerámica a mano.....	pág.107
. Cerámica a torno.....	pág.108
b) Metalistería	
. Armamento.....	pág.112
. Útiles laborales.....	pág.118
. Arreos de caballo.....	pág.118
. Objetos de adorno y orfebrería.....	pág.119
c) Práctica escultórica: los verracos.....	pág.122
I-1.5. Personalidad funcional	
A- Economía	
. Ganadería.....	pág.131
. Minería y metalurgia.....	pág.134
. Agricultura.....	pág.137
. Otras actividades artesanales.....	pág.141
B- Sociedad.....	pág.143
. Caudillos, bandoleros, familias y dependientes:	
la lectura clásica de la desigualdad.....	pág.143
. Distribución de riqueza:	
la lectura arqueológica de la jerarquía.....	pág.149
C- Religión.....	pág.153
. Dioses.....	pág.153
. Ritos e imágenes.....	pág.156

## **I-2 LA EXTENSA LLANURA DEL VALLE MEDIO DEL DUERO: LOS VACCEOS**

### **I-2.1 Marco físico y territorio**

A- Medio físico.....	pág.160
. Geomorfología y relieve.....	pág.162
. Hidrología.....	pág.165
. Climatología.....	pág.166
. Edafología.....	pág.168
. Biogeografía: flora y fauna.....	pág.169
B- Marco territorial:	
. Límite territorial vacceo.....	pág.171
. Nivel de frontera y caracterización del territorio.....	pág.173
. Pueblos limítrofes.....	pág.175

### **I-2.2 Fuentes literarias.....pág.179**

A- Información de corte histórico:	
<i>Tierra de castigo, tierra de auxilio.....</i>	<i>pág.179</i>
B- Información de corte geográfico:	
<i>Surcados por el Duero, entre celtíberos y astures, con un buen número de ciudades</i>	<i>.....pág.187</i>
C- Información de corte etnográfico:	
<i>El llamado colectivismo agrario y la exposición de guerreros caídos a los buitres:</i>	<i>dos tópicos vacceos.....pág.193</i>

### **I-2.3 Orígenes y formación**

A- La tendencia tradicional: invasiónismo celta y vacceos como etnia	
celtibérica.....	pág.196
B- Formación etnogénica: base e influjos en la cuenca media del Duero	
durante el Ier milenio a.C. Hacia una definición etno-cultural de lo vacceo	.....pág.199

### **I-2.4 Registro arqueológico.....pág.207**

A- Inventario de yacimientos	
a) Poblados.....	pág.208
. Provincia de Burgos.....	pág.208
. Provincia de Palencia.....	pág.210
. Provincia de Segovia.....	pág.212
. Provincia de Valladolid.....	pág.214
. Provincia de Zamora.....	pág.225
Consideraciones sobre el poblamiento vacceo.....	pág.228
b) Necrópolis	
. Provincia de Burgos.....	pág.239
. Provincia de Palencia.....	pág.239
. Provincia de Segovia.....	pág.241
. Provincia de Valladolid.....	pág.242
Consideraciones sobre las necrópolis vacceas.....	pág.243
B- Características generales de la cultura material	
a) Cerámica.....	pág.249
. Cerámica a mano.....	pág.249

. Cerámica a torno.....	pág.253
b) Metalistería	
. Armamento.....	pág.259
. Útiles laborales.....	pág.263
. Arreos de caballo.....	pág.263
. Objetos de adorno y orfebrería: los tesorillos vacceos.....	pág.264
c) Práctica escultórica.....	pág.271
I-2.5 Personalidad funcional	
A- Economía	
. Agricultura.....	pág.274
. Ganadería.....	pág.286
. Minería y metalurgia.....	pág.291
. Otras actividades artesanales.....	pág.292
B- Sociedad	
. Jerarquización y organización socio-política.....	pág.295
. Costumbres sociales.....	pág.298
C- Religión.....	pág.300
. La opacidad de las creencias.....	pág.300
. Signos externos de religiosidad.....	pág.302

## **II- SEGUNDA PARTE: TESTIMONIOS DE CONTACTO**

### **II-1 FUENTES LITERARIAS**

II-1.1 Alianzas y acciones inter-étnicas.....	pág.305
II-1.2 Mercenariado.....	pág.311
II-1.3 Matrimonios mixtos y usos de la mujer.....	pág.314
II-1.4 Consumo de productos alóctonos: .....	pág.319
A- Sal.....	pág.319
B- Vino.....	pág.323
C- Aceite.....	pág.327
II-1.5 La apertura de la Meseta Occidental a las grandes potencias mediterráneas:	
.....	pág.330
A- La acción bárquida: la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.)...	pág.331
B- Penetración y conquista romanas: ¿siguiendo una senda anterior?....	pág.347

## II-2 FUENTES ARQUEOLÓGICAS

II-2.1 Evidencias materiales directas.....	pág.359
A- Cerámica	
. Importaciones griegas.....	pág.362
. Cerámica de barniz rojo.....	pág.369
. Cerámica de pastas grises.....	pág.370
. Cerámica pintada ibérica.....	pág.373
. Formas de inspiración mediterránea.....	pág.376
B- Armamento.....	pág.397
a) Corriente meridional-mediterránea	
. Falcatas.....	pág.397
. Espadas de frontón.....	pág.402
. Discos-coraza.....	pág.405
. Cascos Montefortino.....	pág.406
. Soliferea.....	pág.408
. Cuchillos afalcados.....	pág.409
. Elementos de ascendencia más imprecisa.....	pág.410
b) Corriente interior-pirenaica.....	pág.412
C- Bronces	
. Braserillos o recipientes rituales.....	pág.431
. Calderos y urnas.....	pág.435
. Placas y broches de cinturón.....	pág.439
. Figuras y exvotos.....	pág.442
. Pinzas, pasadores y otros elementos de adorno.....	pág.445
D- Joyería.....	pág.470
. Orfebrería en oro.....	pág.471
. Orfebrería en plata.....	pág.476
E- Pasta vítrea.....	pág.485
. Cuentas de collar.....	pág.486
. Ungüentarios polícromos.....	pág.490
. Cabezas polícromas.....	pág.493
F- Otras.....	pág.500
II-2.2 Aplicaciones tecno-económicas.....	pág.503
A- Torno de alfarero.....	pág.505
B- Horno cerámico de tiro variable.....	pág.508
C- Práctica escultórica mayor.....	pág.512
D- Técnicas e innovaciones agropecuarias	
. Cultivos agrícolas foráneos: vid y olivo.....	pág.517
. Especies ganaderas importadas: asno y gallina.....	pág.521
. Otros consumos no locales: peces y moluscos.....	pág.523
II-2.3 Transformaciones ideológico-culturales.....	pág.525
A- Aristocratización y aculturación: datos para un debate.....	pág.525
B- Otras pautas de medición cultural.....	pág.539
. Urbanismo.....	pág.539
. Escritura.....	pág.546

## **II-3 FUENTES EPIGRÁFICAS**

II-3.1 Téseras de hospitalidad.....	pág.550
II-3.2 Movilidad geográfica inter-étnica: <i>origo</i> y migración.....	pág.570

## **III- TERCERA PARTE: INTERCULTURACIÓN Y COMERCIO. (TEORÍAS, ANTECEDENTES, MECANISMOS, AGENTES, VÍAS Y ESFERAS DE INTERACCIÓN)**

### **III-1 MODELOS EXPLICATIVOS, REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA Y ESTUDIO COMPARATIVO**

.....pág.574

III-1.1 El intercambio en el mundo antiguo:	
A- Tendencias de aproximación.....	pág.575
B- Modalidades teóricas de intercambio.....	pág.580
a) Trueque o reciprocidad equilibrada.....	pág.580
b) Reciprocidad desequilibrada:	
intercambio de regalos o bienes de prestigio.....	pág.581
c) Redistribución.....	pág.584
d) Otras vías particulares de interacción:	
conquista, botín, mercenariado, exogamia.....	pág.585
e) Comercio de Tratado.....	pág.586
f) Comercio de Mercado.....	pág.587

III-1.2 Casos de estudio:	
La interacción entre la Céltica europea y el Mediterráneo occidental.....	pág.592
A- Centroeuropa hallstättica y el Mediterráneo (600-400 a.C.).....	pág.593
B- La formación de los <i>oppida</i> al final de la Edad del Hierro (150 a.C.-conquista romana).....	pág.624

### **III-2 ANTECEDENTES: CONTACTOS ENTRE LA MESETA OCCIDENTAL Y EL ÁMBITO MERIDIONAL EN LA PREHISTORIA RECIENTE**

.....pág.647

III-2.1 Bronce Final: Cogotas I.....	pág.648
--------------------------------------	---------

III-2.2 El fenómeno orientalizante en el occidente meseteño: los sustratos proto-vetón y proto-vacceo en la Primera Edad del Hierro.....	pág.656
---	---------

### **III-3 FORMAS DE CONTACTO CULTURAL: MECANISMOS Y AGENTES DE INTERACCIÓN**

III-3.1	Tiempos de guerra.....	pág.680
A-	Los conflictos inter-étnicos:	
	. Asaltos.....	pág.681
	. Botines, tributos y repartos.....	pág.685
B-	¿Mercenarios o élites guerreras de auxilio militar?.....	pág.688
III-3.2	Tiempos de paz.....	pág.696
A-	Diplomacia interregional:	
	. Alianzas.....	pág.697
	. Símbolos de acercamiento .....	pág.703
	. Pactos.....	pág.707
B-	Exogamia.....	pág.709
C-	La religión, un factor vinculante.....	pág.715
	. Expansión de creencias.....	pág.715
	. Aglutinación de creyentes.....	pág.718
III-3.3	Al paso de los rebaños: la <i>Trashumancia</i> .....	pág.725
III-3.4	Revisando un concepto: la <i>Celtiberización</i> de la meseta occidental.....	pág.739
III-3.5	La actividad comercial.....	pág.761
A-	Mercados y sistemas comerciales	
	. Mercados.....	pág.764
	. Sistemas comerciales.....	pág.770
B-	Productos y patrones de intercambio	
	. Productos.....	pág.771
	. Patrones de intercambio.....	pág.772
C-	Comerciantes y medios de transporte	
	. Comerciantes.....	pág.781
	. Medios de transporte.....	pág.785

### **III-4 VÍAS DE COMUNICACIÓN**

.....	pág.794
-------	---------

#### **III-4.1 Caminos terrestres**

A-	El punto de partida: <i>sendas sin huella</i> .....	pág.796
B-	Hacia la meseta occidental.....	pág.800
C-	En la meseta occidental.....	pág.807

III-4.2	Rutas fluviales.....	pág.814
---------	----------------------	---------

#### **IV- CONCLUSIONES**

.....pág. 820

#### **V- BIBLIOGRAFÍA**

.....pág. 849

#### **VI- ÍNDICES**

VI-1 Índice de figuras.....pág. 996

VI-2 Índice de cuadros.....pág. 1005

VI-3 Índice de yacimientos inventariados con clave de identificación.....pág. 1006



# *INTRODUCCIÓN*

*“Pero su ferocidad y salvajismo no se debe sólo al andar guerreando, sino también a lo apartado de su situación; pues tanto la travesía por mar como los caminos para llegar hasta ellos son largos, y debido a la dificultad en las comunicaciones han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios...”*

Estrabón, III, 3, 8

Con estas palabras se refiere el geógrafo de Amasia al carácter de los montañeses del norte de Iberia, que se ha hecho extensivo a los habitantes del interior peninsular en tiempos prerromanos. Estrabón retrata una idiosincrasia indígena que tiene su razón de ser en el talante guerrero, pero que además viene marcada por la ausencia de comunicación debido a la inaccesibilidad del territorio y a la cerrazón de sus pobladores.

Esta biopsia ha sido la predominante en el estudio de los pueblos de la Hispania profunda durante mucho tiempo: la de un mundo abrupto y bárbaro que parecía haber nacido para ser romanizado; una imagen en claro contraste con la que las fuentes, y en su estela la historiografía tradicionalista, precisaba para las civilizadas gentes de la Iberia costera<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sólo un par de ejemplos sobre el mantenimiento de las ideas de aislamiento y retraso de las gentes meseteñas en la obra historiográfica de mediados de nuestro siglo, bajo el patrón comparativo mundo celta interior *versus* mundo ibérico litoral. Probablemente el representante más significativo de esta tendencia es A. Schulten, quien cual gran maestro con potestad para enlazar sin matices hombres y culturas a través del tiempo, escribía en un párrafo sin desperdicio: “Separados de las tierras bajas por las montañas marginales, los habitantes de la meseta tienen pocas relaciones con ellas, y la influencia de las costas sur y este, ya colonizadas en épocas lejanas, es muy escasa. ¡Qué diferencia entre las torpes figuras de animales de la meseta, los Toros de Guisando (cerca de Ávila) y las bellas esculturas del sur y este (Dama de Elche)! ¡o entre la pintura primitiva de los numantinos y los soberbios vasos de Liria cerca de Valencia! Pobres y guerreros, los montañeses hacen incursiones en las ricas tierras bajas tan poco agueridas y dejan reclutarse como mercenarios de los tartessos. Este contraste subsistió también en épocas posteriores. Los grandes pintores y escultores del siglo XVII, a los cuales España debe su fama mundial, proceden casi sin excepción del sur y sudeste, mientras que Castilla ha conservado su prestigio guerrero hasta nuestros días. La Meseta fue, pues, culturalmente atrasada, y sus habitantes, en este sentido, fueron apenas superiores a los habitantes de la costa norte, de manera que para aquéllos como para éstos los etnógrafos griegos les aplicaron el término *bestial* (θηριώης). Posidonio, el gran etnógrafo, explicaba la falta de cultura de los celtíberos por la pobreza del país y su aislamiento, como otras veces lo hizo en otros casos. Nos inclinamos, en efecto, a ver en la pobreza y la rudeza de la Meseta una razón para explicar este carácter bárbaro, pero valiente, de sus habitantes, que coinciden en esto con los montañeses y los habitantes de tierras altas de otros países” (Schulten, 1959: 233-234).

Por los mismo años, I. Arias al estudiar los movimientos y el nivel de unidad de los antiguos hispanos no puede por menos de caer en la comparación entre los ámbitos septentrionales y meridionales: “En el s.I a.C. puede hablarse de dos *Hispaniae* como de dos mundo opuestos: la culta, refinada y rica España de los andaluces, herederos del imperio tartesio, hombres pacíficos y artistas y asimilables a las culturas extrañas, y la salvaje, primitiva y pobre España de los cántabros y astures, cerrados a todo aporte cultural exterior, belicosos, crueles en la guerra y violentos. Un montañés que llegara a *Corduba* o a *Gades* se sentiría perdido en un mundo nuevo: vería a hombres y mujeres con túnicas de vistosos colores y no cubiertos con el negro *sagum*; comería sabroso pan en lugar de bellotas machacadas y se

De este acercamiento se extrae que la incompatibilidad entre los indígenas del interior y los romanos, a efectos de relación cultural, tenía un precedente en la profunda diferencia existente entre las tierras de los íberos mediterráneos y la Celtiberia, entendida en sentido amplio como todo el interior peninsular. De por medio de estas esferas poco contacto parece haber si no es el paso de huestes de bandoleros, asaltadores de ganado, guerreros o emigrados...

...ooo000ooo...

## JUSTIFICACIÓN Y OBJETIVOS

Sin embargo, las relaciones culturales entre pueblos distintos a través de formas varias de contacto constituyen uno de los factores esenciales para entender la personalidad de los mismos y su grado de evolución. Por una parte actúan como indicador del nivel de desarrollo y riqueza de los grupos protagonistas, lo cual motiva su interacción; por otro, traducen efectos que en distinta proporción afectan a los terrenos económico, socio-político, cultural o tecnológico.

El presente trabajo tiene como cometido analizar el contexto, los datos, las bases y el fruto de los contactos culturales, entre los que hay que englobar las relaciones comerciales, atestiguados por fuentes de distinta naturaleza entre la meseta occidental y la Iberia exterior en los últimos siglos del Ier milenio a.C., justo hasta la consolidación de la presencia romana.

Si bien el título presenta una referencia bifocal (Meseta occidental *vs* Iberia exterior), la perspectiva de nuestro estudio es claramente meseteña: parte del contexto de esa vertiente de la meseta y se centra en las causas y consecuencias de la interculturación en dicho espacio. Dentro de la meseta occidental diferenciamos dos grupos geo-históricos, tal como señalan no sólo las fuentes literarias sino incluso ciertas pautas arqueológicas: los vetones, la entidad más meridional extendida *grossa modo* entre el Guadiana y el Duero, y los vacceos, vecinos septentrionales que ocupan la llanura sedimentaria del Duero central <figuras 1-3>.

---

marearía bebiendo un fuerte vino andaluz. Todo le sería extraño, y hasta la lengua del Lacio le resultaría incomprensible" (Arias, 1958: 98). *Vide* también en esta línea, Triviño (1953).

El segundo elemento de atención, que hemos denominado con cierta vaguedad Iberia exterior, debe entenderse secundaria y algo genéricamente. Alude a los territorios allende del marco local protagonista, y aunque a lo largo de la obra aparecen ejemplos referidos a áreas muy diferentes (el mundo castreño del noroeste, la Lusitania atlántica, el reborde septentrional de la meseta norte -tierra de berones, turmogos y autrigones-, la meseta central carpetana, el suroeste...), son dos las esferas principales cuya interacción con el occidente meseteño es objeto de nuestro estudio:

- a) la meseta oriental o Celtiberia, estrechamente vinculada con el país vacceo; y
- b) la esfera ibérica del sureste, ámbitos de Contestania, Bastetania y Oretania, que protagoniza una especial ligazón principalmente con el foco vetón a ambos lados del Sistema Central<sup>2</sup>.

Ponemos especial énfasis en esta última relación porque apenas se había atendido en la bibliografía, con excepción del comentario puntual de hallazgos aislados ibérico-mediterráneos en el solar meseteño, sobre todo en tierras vetonas. La tradicional controversia a la que ya nos hemos referido entre la *Hispania celta* y la *Hispania ibérica* había dificultado el desarrollo de un estudio amplio sobre los contactos entre ambas zonas, fuera de dinámicas expansionistas o bélicas. No llevamos a cabo un examen directo de estos focos culturales *exteriores*, pues monográficamente sólo atendemos a los pueblos del círculo meseteño ya definido; a pesar de no contemplarlos pormenorizadamente, debe tenerse en cuenta la base económica de estos ambientes extra-meseteños para comprender las posibilidades de contacto, las necesidades comerciales y, a fin de cuenta, las circunstancias que determinan la proyección de relaciones con los pueblos vetón y vacceo<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Originariamente el trabajo se proyectó como estudio de las relaciones entre la meseta norte, diferenciando las entidades étnicas de su interior (Solana, 1991), y el ámbito cultural ibérico. Sin embargo lo abarcado era excisivo en las dos orlas y, al atender distintas fuentes de información, la documentación resultaba demasiado difusa y la integración de datos muy compleja. Por ello reducimos el área de estudio a los dos pueblos principales de la meseta occidental, que puede tomarse como espacio geográfico más o menos nuclear, y buscamos analizar sus relaciones en sentido amplio pero poniendo énfasis particular en la conexión con el sureste ibérico.

<sup>3</sup> Aunque volveremos sobre algunos de estos trabajos en momentos precisos, anunciamos ya una bibliografía general y actualizada sobre estos escenarios de relación de los que no nos vamos a ocupar de forma directa. Para el mundo celtibérico véanse, Lomas (1980: 83-90); Tovar (1989: 75-77, 78-91); Salinas (1986; *id.*, 1991); Cipres (1993); Sopena (1995) y Capalvo (1996), como síntesis históricas; con una aproximación arqueológica, *vide* los tres *Simposia* sobre los Celtíberos celebrados en Daroca, Zaragoza (publicados en 1987; 1990 y 1995; el IV se celebra en Septiembre de 1997 dedicado al tema "Economía"), Almagro Gorbea (1976-78); Almagro Gorbea/Lorrio (1987); Burillo (1980; *id.*, 1993a; *id.*, 1995; *id.*, 1995b; Burillo *et alii*, 1988); García-Soto (1990); y Lorrio (1994; *id.*, 1995a; *id.*, 1995b; *id.*, 1997). Para el mundo ibérico y desde distintas perspectivas pero con consideración especial hacia el entorno socio-económico, Cuadrado, (1968a); Domínguez Monedero (1983; *id.*, 1992); Blánquez (1990a); Plácido *et alii* (1991: espc. 184-201); Santos Velasco (1992); Rodríguez Ruiz/Molinos (1992); Gracia (1995) y López Domech (1996).

En lo que respecta al marco cronológico, está limitado al recorrido diacrónico de la Protohistoria Final, la Segunda Edad del Hierro: en líneas generales desde mediados del s.V a.C. hasta la conquista romana del interior, mediados del s.II a.C. sin exactitud. Ahora bien, los fenómenos interculturales que van a ser singularizados responden en parte a tradiciones anteriores, remontables al menos al Período Orientalizante y, en ese sentido, lo que acontece en la Segunda Edad del Hierro tiene más de continuidad, con lógicas transformaciones, que de nuevas aperturas.

Lo cierto es que, si bien las relaciones comerciales sobre todo constituyen desde hace tiempo uno de los tratamientos historiográficos más recurrentes, la gran mayoría de trabajos emprendidos con este meta en la Protohistoria peninsular se han realizado desde el punto de vista ibérico-mediterráneo, con especial hincapié en el fenómeno colonial. Las tierras del interior meseteño han sido oteadas fundamentalmente como áreas periféricas a las que alcanza más o menos marginalmente la irradiación de la acción comercial de los pueblos ibéricos, o como región donde encontrar productos de abastecimiento y recursos susceptibles de explotación económica... Pero es nula la indagación en el por qué y en el cómo de esos contactos atendiendo a las necesidades, o siquiera a las características, de las gentes meseteñas. En nuestro país el enfoque analítico transcultural no se ha empezado a desarrollar hasta fechas tempranas, en contraste con otras corrientes europeas que llevan mostrando desde años atrás un creciente interés en este sentido, especialmente la escuela anglosajona<sup>4</sup>.

Nuestro trabajo no es exactamente un ensayo de aculturación, al menos no en el sentido tradicional del concepto antropológico. La aculturación siempre se ha medido entre esferas muy alejadas cultural y geográficamente. El prototipo en el mundo antiguo es la influencia de la potencia mediterránea (estados griegos, Cartago o Roma) sobre el mundo indígena que se ve afectado y sufre una serie de transformaciones, según se trate de una *expansión* política, económica o sencillamente de una difusión cultural de aquellos bloques con un grado mayor de civilización<sup>5</sup>. Nuestra perspectiva es diferente. El contacto

---

<sup>4</sup> Ésta es una de las razones que nos llevan a incluir un bosquejo de las principales teorías y modelos propuestos por la historiografía anglosajona en lo tocante a *cross cultural interaction*, además de un estudio comparativo (apartado III-1).

<sup>5</sup> Acerca del fenómeno aculturador y el debate sobre los efectos del contacto intercultural entendidos habitualmente como *cambio social/cultural*, véanse los trabajos pioneros de Redfield *et alii* (1936) y Herskovits (1938), y tras ellos, Dupront (1965), Van Effenterre (1965), Wilmsen (1972), Renfrew (1973), Coleman (1973), Bee (1974); Gruzinski/Rouveret (1976), Wachtel (1978), Wells, (1980: esp. 1-2), Will (1988), Todorov *et alii* (1988), y más recientemente Alvar (1990: esp. 18-27) y González Wagner (1993).

se establece entre círculos divergentes pero no excesivamente distanciados; nada que ver con el binomio tradicional colonizadores-colonizados. Se trata, sobre todo, de ámbitos enmarcables, ambos, en la categoría de grupos indígenas, o si se prefiere periféricos en relación a los estados clásicos. Si bien la orla ibérica presenta un estadio cultural más dinámico debido al contacto previo con agentes coloniales del Mediterráneo oriental, los lazos establecidos entre los focos meseteños y los íberos más próximos a la costa no dejan de ser relaciones intra-peninsulares con amplias variantes, identificables en poco con ideas de expansión o imposición totales. Veremos, además, la importancia de contactos *silenciosos* entre regiones interiores poco alejadas. Independientemente de la categoría de los grupos humanos, el contacto siempre descifra efectos en las sociedades que lo protagonizan; sólo a veces podrán entenderse en el sentido aculturador. En definitiva, definimos nuestra aproximación como indígena, pero queremos evitar caer en un juicio excesivamente *indigenista*.

Así pues, los antecedentes tan limitados que el tema propuesto tienen en nuestro país y la ausencia de un verdadero trabajo monográfico que contemple las formas de contacto cultural de los pueblos que conforman la meseta occidental en el momento anterior a su conversión en provincia romana, nos ha movido a emprender este estudio en nuestra Tesis Doctoral.

El objetivo principal perseguido es obtener una idea global, y a la vez detallada, de los mecanismos de relación y de su resultado en el desarrollo de los pueblos prerromanos del espacio de nuestro análisis. Buscamos dar respuesta a cuestiones como: ¿qué elementos materiales y testimonios literarios nos dan la pista para verificar relaciones de intercambio?, ¿cuáles son las bases y las necesidades socio-económicas de los distintos polos en acción?, ¿de qué forma se establecen las vías y los mecanismos de contacto y quiénes son y cómo operan los agentes de comunicación?, desde un punto de vista interno y comparativo, ¿ofrecen vetones y vacceos idénticas circunstancias de cara a la interacción?, ¿reproducen los dos grupos geo-históricos los mismos comportamientos en sus relaciones exteriores?. A la postre, ¿cuál es el alcance de estos contactos en el campo económico, social, tecnológico o cultural de la meseta occidental?

# PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO

Para contestar estas preguntas es imprescindible, partiendo del reconocimiento de que desde una visión interdisciplinar es desde la que mayor enriquecimiento podemos extraer, recopilar el mayor número de datos. El compromiso último es lograr que la evaluación crítica de este *corpus* documental nos permita ofrecer modelos explicativos válidos que completen los objetivos que en forma de interrogantes acaban de ser señalados.

El método empleado es sustancialmente documental, y la aproximación interdisciplinar. El pilar de nuestro trabajo ha sido una intensa consulta bibliográfica tanto de fuentes clásicas como de estudios modernos, con el fin de sistematizar el mayor volumen de información; a la que ha seguido una labor de revisión crítica que nos ha posibilitado plantear debates historiográficos sobre temas concretos a los que hemos añadido, después, nuestra opinión con propuestas novedosas en ocasiones. Asimismo hemos visitado yacimientos, comarcas y museos arqueológicos provinciales, además de participar en varios proyectos arqueológicos del territorio de nuestro estudio, todo lo cual nos ha permitido conocer datos de primera mano e introducir información arqueológica inédita.

En efecto, hace ya tiempo que nos venimos moviendo a caballo entre la investigación literaria y la arqueológica, porque, desde nuestro punto de vista, por el camino de la interdisciplinariedad científica las posibilidades de arribar a un conocimiento más íntegro son sustancialmente crecientes. Además, el espacio y el tiempo que ocupan nuestra investigación autorizan esta doble aproximación, con dos tendencias diferentes en método, pues se ocupan de tipos documentales desiguales, pero copartícipes del mismo fin histórico<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> La investigación del pasado ha evolucionado considerablemente en los últimos años, tanto en objetivo como en planteamiento. Lejos de estar agotado, el trabajo a partir de las fuentes escritas sigue ofreciendo, si no datos absolutos, sí hipótesis a tener en cuenta. Por su parte, la arqueología ha sufrido un espectacular desarrollo de la mano de nuevos enfoques y gracias a la aplicación de ciencias y técnicas auxiliares de gran aprovechamiento, sobre todo en su vertiente prehistórica aunque no hay que olvidar la rama clásica. Entre los textos y la cultura material, la epigrafía y la numismática engrosan los niveles de información requeridos en el estudio histórico. No deben olvidarse otras disciplinas interrelacionadas como la geografía, como enmarque contextual, o la antropología cultural, como importante vía interpretativa, siempre que esté mínimamente argumentada.

Una de las muestras más evidentes de esto se encuentra en el trabajo editado por M. Crawford (1986), donde se incide, bajo un análisis diferenciado pero con un propósito común, en el uso de diferentes fuentes, -literatura (E. Gabba), epigrafía (F. Millar), arqueología (A. Snodgrass) y numismática (M. Crawford)-, para el estudio de la Antigüedad. Sobre la necesidad de una colaboración mayor entre arqueología e historia antigua, *vide* las consideraciones iniciales de autores de la talla de G.C. Picard (1980), R. Bianchi Bandinelli (1982: 27-29) y M.I. Finley (1986: 38). Más recientemente el tema se introduce en debates generales sobre método, fines y situación de la investigación histórica; al respecto, para el caso de la Historia Antigua véanse Alföldy (1983), Bravo (1985) y Arce/Plácido (1990); para la Prehistoria, Barandiarán *et alii* (1990), los dos últimos especialmente centrados en aspectos académicos y profesionales;

El equilibrio en la adecuación de información de naturaleza tan variada no siempre resulta fácil. Muchas veces de forma instintiva el historiador tiende a primar un tipo de fuente sobre otra, o a calibrar la calidad de la documentación a partir del patrón de una fuente rectora. Las fuentes literarias han jugado con frecuencia este papel prioritario en la historiografía sobre la arqueología, de tal forma que ésta ha sido tomada como instrumento auxiliar conveniente en ocasiones -cuando ratificaba el dato de los textos clásicos-, pero ignorado por igual cuando no apuntaba en la misma línea que las fuentes literarias. Esta tendencia se conoce como *falacia positivista*, esto es, el recurso automático de buscar una referencia histórica contenida en las fuentes para toda evidencia arqueológica, como si esa empecinada contrastación con el testimonio literario actuara como pasaporte de validez histórica para el dato arqueológico<sup>7</sup>. La información arqueológica no es un medio ocasional de investigación que se moldea para ajustar a la horma del *dogma* de la fuente textual. A la inversa, tampoco hay que considerar al testimonio literario como una parcela estéril de información, ni tampoco, prescindiendo de ella, construir a partir únicamente de la documentación material, una interpretación que por excesivamente objetual (cuando el fin se queda en la descripción de las seriaciones tipológicas) carezca de contextualización histórica. Parcialmente nuestra metodología es arqueológica, pero el fondo es el de un estudio histórico.

De esta manera, reconociendo la variedad de fuentes y posibilidades de aproximación a ellas, nos propusimos llegar a un conocimiento profundo, contrastado e integral del tema elegido. La investigación no ha sido fácil, pues la meta no se limita a un aspecto puntual sino más bien una amalgama de cuestiones más o menos emparentadas (marco de análisis, testimonio documental, mecanismos, transformaciones...), que tienen cabida en el amplio debate sobre contactos culturales entre sociedades antiguas.

---

con una perspectiva comparativa más integrada, Yelo (1989-90), Fernández Cacho/García (1993), a propósito de un caso historiográfico concreto, y sobre todo el trabajo editado por Gómez Pallarés/Caerols (1991) acerca de las ciencias de la Antigüedad en España, donde F. Beltrán y F. Marco abordan el capítulo dedicado a la Historia Antigua (Beltrán/Marco, 1990), X. Aquilué y X. Dupré el de la Arqueología clásica (Aquilué/Dupré, 1990) y A. Bernabé y R. Olmos la necesidad de colobariación entre imágenes y textos (Bernabé/Olmos, 1990).

<sup>7</sup> El concepto se debe a A. Snodgrass (1990), que llama la atención sobre los peligros de hacer hablar al testimonio arqueológico en los mismos términos que el relato histórico. Valorando al arqueólogo británico, A. Domínguez Monedero (1991b: 16) matiza que aunque "cada tipo de fuente se expresa en un *lenguaje determinado* y es arriesgado en ocasiones pretender que cada hecho observado a partir del análisis de cada una de ellas tenga su reflejo inmediato en la otra, no es menos cierto que el registro arqueológico puede verse iluminado por inferencias extraídas de las fuentes escritas al tiempo que datos conocidos a través de éstas (incluso de índole política o militar) pueden (y a veces deben) haber dejado una huella visible para el arqueólogo. El problema radica en saber cuándo es posible intercambiar los datos y cuándo los resultados a que eventualmente se llegue han tenido en cuenta las particularidades y la lógica de cada uno de los tipos de información utilizados".



## ESTRUCTURA

El trabajo se organiza en tres bloques que pueden definirse perfectamente como contexto (I), evidencias (II) y ensayo de interpretación (III).

La primera parte introduce a los dos pueblos que protagonizan nuestro estudio, vetones (I-1) y vacceos (I-2). En dos apartados diferentes pero con idéntica estructura se presenta el contexto documental, geográfico, cultural y funcional de la meseta occidental en tiempos de la Segunda Edad del Hierro, organizándose la información en cinco puntos principales:

- 1) Marco físico y territorio.
- 2) Fuentes literarias.
- 3) Orígenes y formación.
- 4) Registro arqueológico (inventario de yacimientos y características generales de la cultura material).
- 5) Personalidad funcional puesta de manifiesto en la caracterización económica (A), social (B) y religiosa (C) de estos pueblos. Este apartado constituye la síntesis resultante del examen contrastado de los datos geográficos, literarios y arqueológicos, presentados en los puntos anteriores.

El principio que rige esta estructura es enfatizar en primer lugar el conocimiento de la dinámica interna de los sistemas culturales meseteños (sin desatender el estímulo foráneo) para analizar después el alcance de la interacción dentro del tejido de estas sociedades; es decir, estudiamos inicialmente y con bastante detalle la realidad local de la región, para comprender con más garantías las formas de relación exterior que despliegan estos contextos y las consecuencias que las mismas tienen en dichas formaciones locales. Además, a nuestro juicio también resulta de interés observar las diferencias y analogías establecidas entre ambos grupos, y comparar los modelos transculturales que desarrollan con base en su organización particular.

La segunda parte, eminentemente documental, cataloga todos los testimonios posibles de contacto para el lugar y tiempo acordados. Éstos se introducen según su naturaleza:

- 1) Fuentes literarias (II-1)
- 2) Fuentes arqueológicas (II-2)
- 3) Fuentes epigráficas (II-3)

En esta ocasión el tratamiento es expositivo: presentación de evidencias incluyendo, cuando proceda, su tratamiento historiográfico. No obstante, en ciertos temas o al hilo de la definición de algunas piezas, se contemplan propuestas interpretativas que serán retomadas en el debate final.

Por último, el tercer gran bloque contiene la valoración postrera del fenómeno transcultural en el contexto señalado y a partir de los diferentes testimonios que lo alumbran. Esta sección, probablemente la parte más personal y novedosa, se estructura a su vez en una serie de capítulos hasta cierto punto independientes pero creemos que adecuados para llegar a una interpretación global.

- 1) Antes de valorar la interculturación y el comercio, se ofrece un apartado teórico sobre modelos y tendencias de intercambio en el mundo antiguo, fundado en un repaso de la bibliografía europea al respecto (III-1). Este capítulo se completa con la presentación de dos casos de estudio sobre contacto cultural en la Protohistoria europea (entre la Céltica y el Mediterráneo occidental), que consideramos de interés referencial para nuestro propio análisis (III-2).
- 2) A esto continúa un capítulo general sobre antecedentes en las relaciones entre la meseta occidental y el ámbito meridional durante la Prehistoria reciente de la Península Ibérica, con énfasis en dos momentos principales: el Bronce Final y el subsiguiente Período Orientalizante del Hierro Antiguo.
- 3) El siguiente punto (III-3) debate ya directamente los mecanismos y agentes de interacción desde la perspectiva meseteña y con especial atención al foco ibérico del sureste, a la Celtiberia y al fenómeno conocido como *celtiberización*. Se abordan aspectos concretos (la controvertida trashumancia prerromana, la actividad comercial de aquellas gentes...), y se reflexiona sobre variantes de contacto, tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz.
- 4) Para concluir, se lleva a cabo un esbozo sobre las vías de comunicación protohistóricas de carácter terrestre y fluvial, que ponen en conexión a la meseta occidental con otros grupos peninsulares.

...ooo000ooo...

Todo hombre tiene ante sí la elección de su alternativa.

*"Traten ustedes, buenas personas, en su breve paso a través de la luz del día, de llegar a ver cuantos edificios, colinas y ríos, campos, libros, hombres, caballos, barcos y piedras preciosas puedan. O bien permanezcan en una aldea y cásen en ella y mueran allí. Porque uno de estos destinos es el mejor para todo hombre. O ser lo que he sido, un viajero con toda la amargura que conlleva, o quedarme en casa y oír la voz de Dios en el propio jardín"*

(G. Belloc, *On Something*)

Cuando ante la disyuntiva entre quietud y movimiento se escoge aisladamente, resulta imposible que el análisis histórico advierta un determinado comportamiento. Sin embargo, y aun siendo una presunción general, es cierto que del engranaje social y de las posibilidades económicas de un lugar dependen la creación de relaciones interculturales. Observar las formas de vida de los pueblos prerromanos de la meseta debe llevar a comprender en algo las circunstancias de su contacto con otros grupos; por eso estudios como el presente pueden tener una justificación.

## **AGRADECIMIENTOS**

No tenemos palabras para expresar lo que la presente obra y nosotros mismos debemos al Dr. D. Adolfo J. Domínguez Monedero, director de esta Tesis Doctoral. Hemos de agradecerle no sólo el magisterio constante con el que siempre nos ha obsequiado de forma sencilla y desinteresada, sino también su disponibilidad a cuantas sugerencias planteamos y su apoyo humano. El enfoque de nuestra investigación responde a sus orientaciones; científicamente él es el responsable de todo lo positivo que pueda contener este estudio.

Por descontado que también estamos en deuda con una serie de profesores, investigadores y colegas sin cuya colaboración este trabajo nunca habría visto la luz. En primer lugar al Dr. Peter S. Wells, del Departamento de Antropología y Arqueología (Center for Ancient Studies) de la Universidad de Minnesota, debemos sabios consejos acerca de las formas y efectos del contacto cultural en el mundo antiguo y oportunas orientaciones bibliográficas sobre la Protohistoria europea, que nos fueron brindados gentilmente en los meses de nuestra estancia en la Universidad de Minnesota.

A los Drs. D. Fernando Fernández Gómez, director del Museo Arqueológico de Sevilla y de las excavaciones arqueológicas de El Raso (Candeleda, Ávila), y D. Sebastián Celestino Pérez, director del Proyecto Arqueológico de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) y de las excavaciones arqueológicas de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), hemos de agradecer numerosos comentarios, su generosidad en ofrecernos información muchas veces inédita y en permitirnos usarla junto a material gráfico de gran utilidad, sin olvidar su amabilidad y amistad.

Igualmente el Dr. D. Manuel Salinas de Frías del Departamento de Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Salamanca siempre mostró interés en nuestro proyecto; además de valiosas observaciones fruto de nuestras consultas en aquella universidad, le debemos el habernos facilitado el acceso a los fondos de la biblioteca de la Facultad de Geografía e Historia de Salamanca y el envío de trabajos en prensa.

Con el Dr. D. Pedro García Martín, del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Madrid, hemos compartido enriquecedoras conversaciones sobre las raíces de la trashumancia en las que han sido fundamentales sus indicaciones; también nos proporcionó documentación inédita, en concreto el Inventario del Patrimonio Mesteño de la Vía de la Plata, proyecto de investigación bajo su dirección.

Desde años atrás, el Dr. D. Fernando Quesada Sanz, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, nos ha obsequiado con sus conocimientos sobre el armamento prerromano, la Arqueología de la muerte y su dificultosa evaluación social, que han resultado de gran ayuda en nuestro análisis, todo ello combinado con buenas dosis de amistad.

Los Drs. D. Manuel Santonja Gómez, director del Museo Provincial de Salamanca, Dña. Eloísa Wattenberg García, directora del Museo Provincial de Valladolid, y D. Manuel de Alvarado Gonzalo, director del Museo Provincial de Cáceres, nos han aportado documentación sobre material de nuestro interés, incluidas piezas inéditas, contestando amablemente a nuestras peticiones.

Desde Valladolid, el Dr. D. Carlos Sanz Mínguez y Dña. Zoa Escudero Valdés, del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la universidad pucelana, nos han transmitido información y ánimo; entre otras cosas, nos han hecho llegar varios trabajos en prensa sobre el mundo vacceo que fueron presentados en el reciente II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora; septiembre 1996).

Al Instituto Arqueológico Alemán de Madrid debemos todas las facilidades y atenciones en el uso de su importante biblioteca; agradecimiento que personificamos en la figura de su director, el Dr. Michael Blech.

No podemos olvidar a la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (A.E.A.A.), en particular a su presidente, Dr. D. Emeterio Cuadrado Díaz, y a la directora del Boletín de la Asociación, Dra. Dña. Encarnación Ruano Ruíz, cuya consideración hacia nuestro trabajo ha constituido un estímulo muy especial.

Agradecemos al Departamento de Prehistoria y Arqueología y sobre todo al de Historia Antigua de la Universidad Autónoma de Madrid, al que nos honramos en pertenecer desde hace unos años, su cordial acogida y apoyo, lo cual hacemos extensible a la totalidad de sus miembros que quedan representados en la mención al catedrático de área, Dr. D. Luis García Iglesias.

Finalmente, mostramos nuestra gratitud hacia los profesores integrantes del Tribunal que juzga esta Tesis Doctoral por su deferencia y queremos dejar constancia, asimismo, del respeto y aplauso que nos merecen todos los investigadores que nos precedieron y sin cuya aportación habría sido imposible la realización de nuestro trabajo.

En fin, a todos ellos y a muchos otros que quedan en el olvido de estas líneas pero que no abandonan nuestro recuerdo, muchas gracias.

Huelga decir que somos los responsables únicos de los errores de documentación y/o interpretación que contenga las siguientes páginas.

El sentimiento se hace íntimo cuando toca lo personal. Este proyecto sólo ha podido terminarse gracias al aliento más cercano de un buen número de verdaderos amigos (Luis, Rafa, Angel Luis, Toño, Fernando, Mónica, Hortensia, Alfonso, Alicia, Ana, Mar, M<sup>a</sup>Sol, César, Tato, Álvaro, Arturo, Susana, Silvia...) y, sobre todo, al de mi familia, en especial mis padres y mi hermana Maria. Por soportarme, por acompañarme, por alentarme y por saber esperar durante estos años con infinita paciencia y buen humor, muchas gracias. Es a ellos a quien brindo este trabajo.

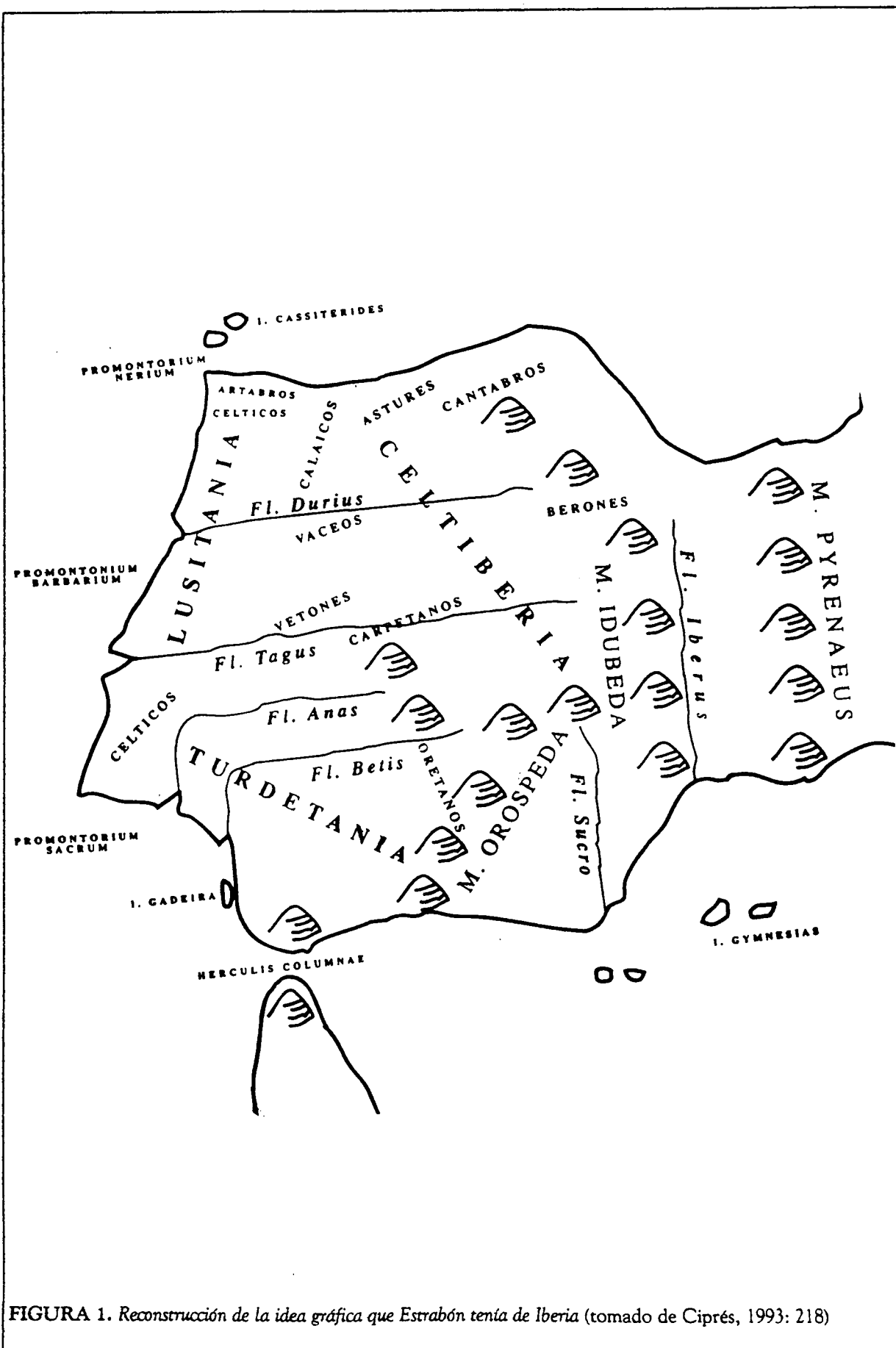


FIGURA 1. Reconstrucción de la idea gráfica que Estrabón tenía de Iberia (tomado de Ciprés, 1993: 218)

-15-



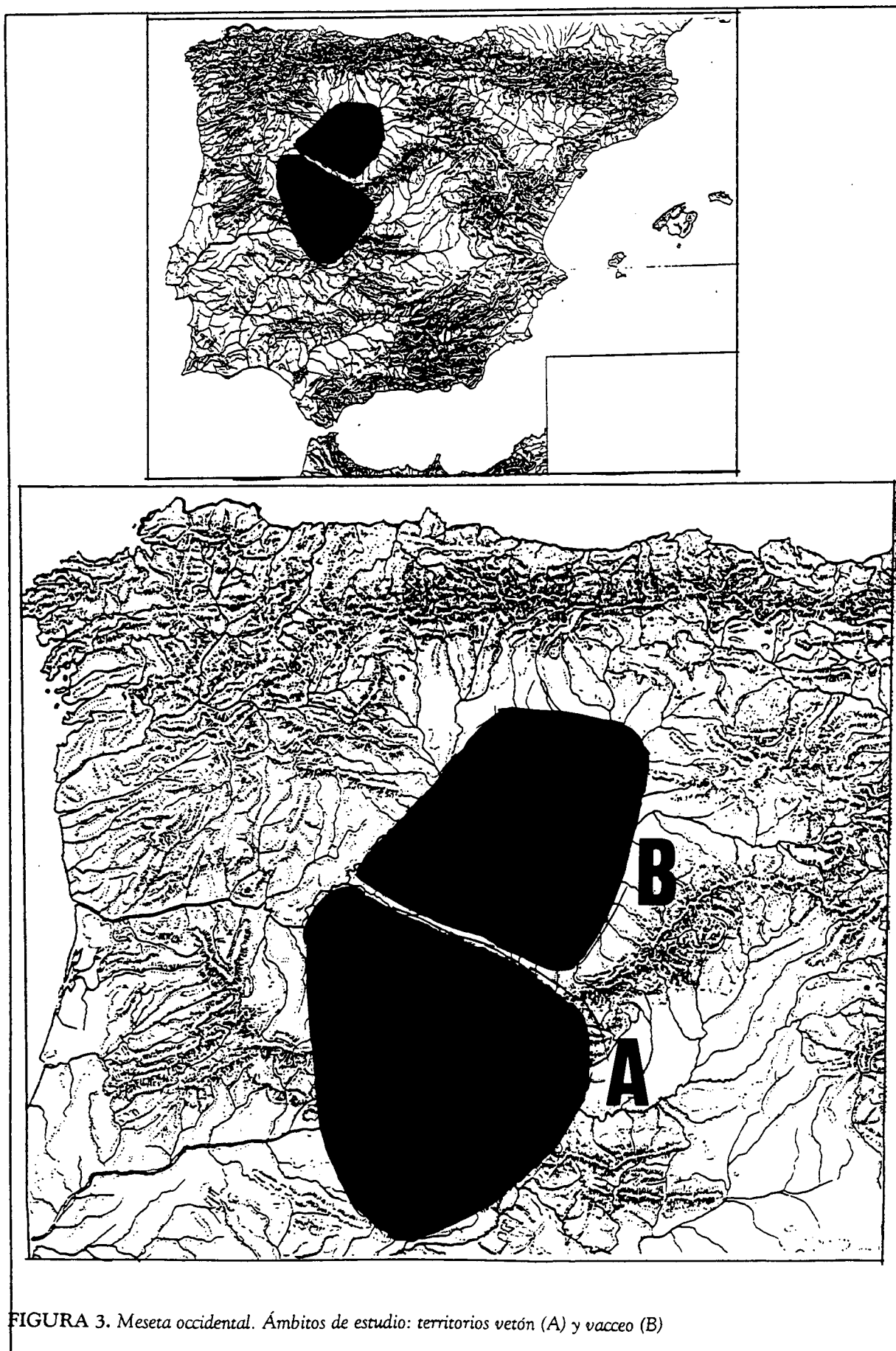


FIGURA 3. Meseta occidental. Ámbitos de estudio: territorios vetón (A) y vacceo (B)

*I- PRIMERA PARTE:  
LOS GRUPOS GEO-HISTÓRICOS  
DE LA MESETA OCCIDENTAL*

# I-1 UN PASILLO ENTRE EL DUERO Y EL GUADIANA: LOS VETONES

## I-1.1 MARCO FÍSICO Y TERRITORIO

### A- MEDIO FÍSICO

Tradicionalmente se ha adscrito a los vetones un amplio territorio que hoy ocupan principalmente las provincias de Salamanca (prácticamente en su totalidad), Ávila (a excepción de su vertiente noreste), Cáceres (quedando fuera el sector occidental de la provincia), y marginalmente la esquina noroeste de la provincia de Toledo, y el extremo noreste de la de Badajoz en la línea del Guadiana<sup>1</sup> <figura 4>. Así pues, estamos ante un extenso y *polícromo* marco en el suroeste meseteño de la Península Ibérica que hoy forma parte de las Comunidades Autónomas de Castilla-León, Extremadura e incluso Castilla-La Mancha. En él se destaca el sector occidental del Sistema Central extendido de este a oeste que divide en dos la meseta: submeseta norte y submeseta sur, y actúa como auténtica espina dorsal del área nuclear vetona. No en vano también se le conoce como Sistema Carpetano-Vetónico en evidente alusión a los antiguos territorios sobre los que se asienta. La Cordillera Central también secciona en dos vertientes diferenciadas el espacio territorial vetón: 1) la vertiente septentrional o salmantino-abulense más propiamente meseteña y vinculada a la cuenca meridional del Duero, y 2) la vertiente meridional o cacereño-

---

<sup>1</sup> Hojas del Mapa Topográfico del Servicio Geográfico del Ejército (Escala 1:200.000) números 3-5 (Vitigudino), 4-5 (Salamanca), 3-6 (Plasencia), 4-6 (Ávila), 3-7 (Cáceres) y 4-7 (Talavera de la Reina), que se corresponden respectivamente con los números 36, 37, 43, 44, 51 y 52 de los Mapas del Instituto Geológico y Minero de España (1:200.000). También a escala 1:200.000 pueden consultarse los mapas provinciales de Salamanca, Ávila, Cáceres y Toledo del Atlas Nacional de España editados por el M.O.P.T.

Hojas del Mapa Topográfico Nacional (Escala 1:50.000), provincia de SALAMANCA: 449 (Vilvestre), 450 (Vitigudino), 451 (Ledesma), 475 (Lumbreras), 476 (Villaviejas de Yeltes), 477 (Barbadillo), 478 (Salamanca), 479 (Peñaranda de Bracamonte), 500 (Villar del Ciervo), 501 (La Fuente de San Esteban), 502 (Martilla de los Caños del Río), 503 (Las Veguillas), 504 (Alba de Tormes), 525 (Ciudad Rodrigo), 526 (Serradilla de Arroyo), 527 (Sequeros), 528 (Guijuelo), 550 (Fuenteguinaldo), 551 (Martiago), 552 (Miranda de Castañar), 553 (Béjar); provincia de ÁVILA: 480 (Fontiveros), 505 (Mirueña), 506 (Cardenosa), 529 (Sta. María del Berrocal), 530 (Vadillo de la Sierra), 531 (Ávila de los Caballeros), 554 (Piedrahita), 555 (Navatalgordo), 556 (Navalaluenga), 557 (San Martín de Valdeiglesias), 577 (Bohoyo), 578 (Arenas de San Pedro), 579 (Sotillo de la Adrada); provincia de CÁCERES: 573 (Gata), 574 (Casar de Palomero), 575 (Hervás), 576 (Cabezuela del Valle), 597 (Montehermoso), 598 (Plasencia), 599 (Jaraíz de la Vera), 600 (Villanueva de la Vera), 622 (Torrejuncillo), 623 (Malpartida de Plasencia), 624 (Navalmoral de la Mata), 625 (Lagartera), 650 (Cañaveral), 651 (Serradilla), 652 (Jaraicejo), 653 (Valdeverdeja), 678 (Casar de Cáceres), 679 (Aldea de Trujillo), 680 (Aldeacentenera), 681 (Castañar de Ibor), 704 (Cáceres), 705 (Trujillo), 706 (Madroñera), 707 (Logrosán), 708 (Sta. Quiteria), 729 (Alcuéscar), 730 (Montánchez), 731 (Zorita), 732 (Valdecaballeros), 754 (Madrigalejo); provincia de TOLEDO: 601 (Navalcán), 602 (Navamorcuende), 626 (Calero y Chozas), 627 (Talavera de la Reina), 654 (Puente del Arzobispo), 655 (Los Navalmorales), 682 (Sevilleja de la Jara), 683 (Espinoso del Rey); y provincia de BADAJOZ: 755 (Navalvillar de Pela), 733 (Castilblanco).

toledana más abierta al influjo manchego-andaluz y articulada por los cursos del Tajo y el Guadiana<sup>2</sup>.

## GEOMORFOLOGÍA Y RELIEVE

Son tres los elementos estructurales principales del relieve de esta región caracterizada por su heterogeneidad y contraste (Terán *et alii*, 1989: 48-59):

- 1) El viejo zócalo paleozoico arrasado, erosionado y metamorfozado hasta convertirse en penillanura, basculada de este a oeste en una suave inclinación.
- 2) La Cordillera Central.
- 3) Las dos depresiones castellanas al norte y al sur de la anterior.

El Sistema Central, que en territorio vetón viene representado por las Sierra y Serrota de Ávila, Gredos, Gata y Peña de Francia es fruto de las deformaciones alpinas del Terciario, y representa los restos de un gran abombamiento descompuesto en bloques fallados y desnivelados. La cordillera se inicia en el norte con el modesto *horst* de la Sierra de Ávila (1.500 m.), a la que sucede la ancha fosa del valle del Amblés (en torno al río Adaja), prolongada hacia el poniente por la del Valdecorneja tras el umbral de Villatoro. Ésta da paso a la Sierra de la Paramera (2.000 m.) y a La Serrota (2.294 m.), que no es más que un bloque ligeramente trasdosado de la anterior y más levantado. Y tras otra fosa y *horst* de escasa entidad, se desciende a la más amplia depresión del Alberche y Tormes, sobre la que se levanta la espectacular mole de Gredos. Pero aún es más brusca la caída meridional de Gredos hacia la fosa del Tiétar (2.000 m.), flanqueada en el sureste por modestos cerros paleozoicos y abriéndose en su margen suroccidental hasta unirse a la del

---

<sup>2</sup> Para singularizar los rasgos generales de la geografía de la región de estudio siguen siendo válidos los manuales de Geografía General y Regional de España, como los ya clásicos de Terán (Terán *et alii*, 1989 -2ª edic. revisada-; Terán, 1987, capítulo de la geografía regional de España dedicado a Castilla la Nueva, La Mancha y Extremadura; Manero, 1987, contribución en el mismo volumen dedicada a la Meseta). Además nos hemos servido de las Memorias explicativas, elaboradas por A. Arribas, E. Jiménez y J.M. Fuster, de las Hojas del IGME. Madrid. 1ª Edic. 1971, y las de las provincias de Salamanca, Ávila, Cáceres y Toledo del Atlas Nacional de España del MOPT (1:200.000). De forma más precisa, para el sector salmantino-abulense del espacio vetón destacamos el trabajo de Cabero *et alii* (1987: *passim*); de forma más concreta para la provincia de Ávila véase el estudio de Brandis y Troitiño (1977) o el de Cabero *et alii* (1990: 77-139) acerca de las comarcas naturales del Sistema Central; mientras que la descripción de la geografía salmantina está bien desarrollada en obras como la de Cabero *et alii* (1990: 177-211). Para la provincia de Toledo consúltese la síntesis de Muñoz Jiménez (1977) o la más global de González Cárdenas/Pillet (1986).

Para la región vetona extremeña cabe mencionar la introducción geográfica a la historia de Extremadura de Barrientos Alfame (1985), el estudio de Zulueta (1977: esp. 11-74) sobre la tierra de Cáceres, el de Redondo González y del Río (1977) sobre el paisaje natural de Cáceres, o el más actualizado de Gómez Amelia (1985) sobre la geomorfología de la penillanura cacereña

Tajo. Inmediato a Gredos, pero separado por una larga falla nordeste-suroeste que explota el Jerte en una violenta entalladura, destaca el bloque de la Sierra de Béjar. Su cima alomada y sus flancos enérgicos empiezan a cerrar por el oeste el sector de la Cordillera Central establecido en el país vetón. Finalmente, el extremo más occidental corresponde a las sierras de Gata, de dominio pizarreño, y a la Peña de Francia, con niveles superiores de cuarcita sobre un sinclinal paleozoico. Estas últimas elevaciones, que dan la mano a la Sierra de la Estrella ya en tierras portuguesas, son modestas por su extensión y altitud (1.700-1.300 m.) y quedan separadas del conjunto de Gredos por la fosa del Alagón que, con dirección nornoroeste-sursuroeste es uno de los grandes portillos de la cordillera.

Como se ha indicado, las altas cumbres (Gredos -Moro Almanzor- 2.592 m., Béjar 2.401 m., Peña de Francia 1.723 m.) están separadas por estrechos corredores o depresiones transversales que facilitan el paso entre las dos submesetas, como el notable corredor de Béjar entre Gredos y la Sierra de Béjar (Sanz Donaire, 1979), el valle del Jerte entre Plasencia y el puerto de Tornavacas, pasos obligados para las comunicaciones, ayer y hoy, entre Castilla-León y Extremadura, o la depresión del Alagón que separa la Sierra de Béjar de las de Gata y Peña de Francia. Paralelos a las sierras se sitúan valles y fosas hundidas como las del Amblés, Corneja, Tormes, Alberche, Ambroz, Tiétar o Tajo, con espectaculares plataformas de erosión entre las que destaca la comarca de la Vera cacereña, que forma un escalón tectónico entre la vertiente sur de la sierra de Gredos y el valle del Tiétar, o el mencionado valle del Jerte. Todos estos valles y riberas son cuna natural del poblamiento protohistórico de la región. Es marcada la diferencia entre los suaves y amplios valles al norte de Gredos y las pronunciadas escarpadas en el frente meridional de la Sierra que descienden, en acusadas pendientes, hasta Arenas de San Pedro (Ávila) y Jarandilla (Cáceres). La mayoría de los materiales de la cordillera son antiguos, del Paleozoico y del Terciario, y están cubiertos con frecuencia por mantos pliocuaternarios, predominando las rocas ácidas y graníticas, el neis y las pizarras metamórficas. Constituyen, por tanto, suelos pobres en materia orgánica. Por descontado que el Sistema Central representa una importante reserva de agua en forma de nieve (los glaciares y neveros de Gredos así lo prueban), al igual que la garantía de pastos estivales para la ganadería estacional (Pérez Figueras *et alii*, 1992). El asentamiento castreño vetón elude, lógicamente, las estructuras más nucleares y las cimas más elevadas del Sistema Central, para tomar acodo en los piedemontes de la gran cordillera, mucho más bajos pero

estratégicos por el control territorial que propicia su amplio dominio visual. Así, encontramos un buen número de yacimientos vetones tanto en la vertiente septentrional de la Cordillera, en la Paramera, Sierra y Serrota de Ávila (Las Cogotas, Ulaca, Mesa de Miranda, Sanchorreja, Encinares, Ojos Albos, Brieva, El Barraco, etc.) o en los cerros amesetados y montes-testigo a la sombra norteña de la sierra de Béjar y del Gredos occidental (Cerro del Berrueco, La Bastida, Valero, etc.); como en la vertiente meridional, en la sierra de San Vicente (Castillo de Bayuela, Cabeza del Oso) o en los piedemontes al sur del Gredos central, como Collado del Freillo (El Raso), o los cerros al norte de la Vera cacereña (Villanueva o Aldeanueva).

El límite sureste de nuestro territorio vetón viene señalalado por el sector occidental de los Montes de Toledo, con una altitud media de 1.300 m. (máximo de 1.603 m. en la Sierra de Guadalupe), que divide la submeseta sur en dos cuencas hidrográficas: la mitad norte regada por el Tajo y la meridional por el Guadiana (Muñoz Jiménez, 1977: 115-125). Su base geológica mezcla el macizo paleozoico aflorante en zonas puntuales con las deformaciones alpinas que ese bloque experimenta en el Terciario y que deja en resalte hiladas de cuarcita, pizarra y granito. En las fases del Mioceno los Montes de Toledo se ven afectados por procesos morfogenéticos de desagregación mecánica y grandes arrastres generalizados. Al tiempo se va desarrollando la red hidrográfica que a comienzos del Cuaternario, en relación con una crisis climática árida y fría, sufre un colapso cuya trascendencia es muy importante en el paisaje natural de la región: a partir de los relieves montañosos se producen grandes arrastres que se disponen en el piedemonte como enormes glaciares de acumulación, llegando incluso a penetrar en la cuenca del Tajo. Estas superficies, suaves y regularmente inclinadas, constituidas por cantos subangulosos de cuarcita con matriz arcillo-arenosa intensamente roja, reciben el nombre de *rañas* y son uno de los elementos más característicos de todo el zócalo extremeño del occidente toledano y de la penillanura cacereña. La incisión fluvial posterior ha fragmentado el nivel de las *rañas* y le ha transformado en una serie de destacadas plataformas, con lo que se complementan los rasgos morfológicos que los Montes presentan actualmente. Hacia el sur los Montes de Toledo abrazan el macizo de Villuercas y las lomas de la llamada Siberia extremeña al otro lado ya del Guadiana. En dirección oeste, se prolongan enlazándose con la sierra central de Altamira, las de Guadalupe y Montánchez y, todavía más a occidente, con la de San Pedro, marcando las dos últimas el ángulo suroeste del distrito vetón.

El tercer gran elemento orográfico son las depresiones castellanas, situadas al norte y sur del Sistema Central. La septentrional, depresión castellano-leonesa o del Duero, presenta una formación uniforme y una altitud media (800-700 m.) mayor que la meridional (600-500 m.). Ambas surgen ante los abombamientos de los plegamientos alpinos, conformándose como amplias depresiones interiores, aisladas del mar, bordeadas por las bóvedas del zócalo antiguo y diferenciadas por el Sistema Central. Su relleno se inició en el Terciario, pero la fase de colmatación principal corresponde al Mioceno, momento al que se atribuye la mayor parte de los sedimentos que cubren dichas cuencas, con espesores de 300 m., completados por arenas y arcillas en los niveles profundos, y yesos y calizas lacustres en superficie. En la penillanura septentrional o salmantina, que es una zona más de erosión que de sedimentación, llama la atención la cubeta o fosa tectónica de Ciudad Rodrigo, que separa el Sistema Central de la depresión Ledesma-Vitigudino, formada por el hundimiento de los grandes bloques del basamento paleozoico durante las dislocaciones alpinas y rellena de sedimentos terciarios ocultos bajo un manto de materiales recientes de las terrazas y aluviones de los ríos. En esta penillanura de los campos de Sayago, Ledesma y Vitigudino el dominio geológico es granítico. Asimismo destaca el amplio pizarral del período Cámbrico colmatado de arcillas rojas, que se extiende al sur de Salamanca, por los Campos de Argañán y Charro y por la Sierra de Tamames.

La penillanura meridional cacereña se caracteriza por un paisaje uniforme y suavemente alomado en el que se elevan las mediocres sierras centrales (Santa Catalina, Corchuelas, Las Cumbres, con altitudes no superiores a los 800 m.) y abundan los cauces fluviales encajados tributarios en su mayoría del Tajo (Gómez Amelia, 1985). Sus límites son el río Tajo al norte, los Montes de Toledo al sur, el macizo de Villuercas al este y la frontera portuguesa por el oeste. La mayor parte de las llanuras de la cuenca del Tajo están constituidas por materiales de disgregación finoarcillosos y margosos del Mioceno, procedentes de los sedimentos depositados por la erosión a que se vieron sometidas las pizarras dominantes y los granitos. Es un dominio de dehesas castigado por la fuerte erosión que los arrastres fluviales, los cultivos y la deforestación ininterrumpida ocasionan. Característico de este contexto geográfico son los espacios de ribero determinados por los cursos fluviales secundarios (Almonte, Tamuja, Ibor, Guadiloba...), de gran encajonamiento y alto poder erosivo, sobre el replano de la penillanura conformando una

zona abarrancada que, sin embargo, actúa como plataforma de un buen número de asentamientos vetones, los llamados de ribero (Aldeacentenera, Botija, Almaraz, Villeta del Azuquén, El Pardal y la Burra en Trujillo, Santiago del Campo, Castillejo del Guadiloba, etc.).

## **HIDROLOGÍA**

Nuestro territorio comprende las cuencas hidrográficas del Duero, del Tajo y marginalmente del Guadiana, que lo atraviesan en dirección este-oeste y que fueron establecidas en el Terciario. El Duero, como luego veremos, señala el límite fronterizo noroeste de los vetones, desde su confluencia con el Tormes, también frontera vetona aproximada desde el sitio de Salamanca hasta su unión con el Duero. Además destacan otros afluentes por la vertiente meridional, como el Águeda, el Huebra, el Uces o el Guareña (en el sector occidental) y el Adaja, Zapardiel y Trabancos (en el sector oriental, provincia de Ávila) cuyos cursos altos también marcan el confín noreste de nuestro ámbito.

Respecto al Tajo, presenta en la parte meridional afluentes de corto recorrido y régimen torrencial, casi secos durante el estiaje, nacidos en los Montes de Toledo y en la penillanura, como los ríos Ibor, Almonte, Salor, Tamuja o Sever. Hacia el norte se sitúan los afluentes más importantes:

- a) el Tiétar, que discurre desde la vertiente meridional de Gredos en dirección noreste-suroeste regando la fértil vega a la que da nombre;
- b) el Alagón, que constituye un sistema hidráulico importante por drenar todo el sector occidental del Sistema Central -incluidas ambas vertientes de la Sierra de Béjar; nace en la Peña de Francia y transcurre por una pequeña fosa tectónica que permite atravesar la Cordillera Central, recibiendo en su recorrido las aguas del Ambroz, Jerte, Hurdano y Arrago antes de entregarse al Tajo a la altura de Alcántara;
- c) el Alberche, que tras rodear la sierra de Gredos se une con el Tajo a la altura de Talavera de la Reina (Toledo).



El trayecto del Tajo por tierras cacereñas es sumamente encajonado, y este factor señala, entre otras cosas, la práctica ausencia de asentamientos en las mismas orillas del río.

Por último, el extremo meridional de nuestro territorio se vincula a la cuenca del Guadiana, la región natural de las Vegas Altas, destacando los cursos fluviales del Guadarranque, Guadalupejo, Guadiloba, Aljucén, Rucas, Gargálicos o Cubilar, todos ellos de régimen torrencial.

Aun siendo construcciones modernas que nada tienen que ver con el uso de los ríos en tiempos protohistóricos, conviene apuntar los numerosos embalses que jalonan los cursos fluviales de esta región, mayoritariamente construidos en los últimos 50 años. Así, al norte de nuestro territorio contamos con los de Burgillo sobre el Alberche, Almendra sobre el Tormes, Rosarito sobre el Tiétar o el de Torrejón al final del recorrido de aquel, el de Gabriel y Galán y el de Valdeobispo sobre el Alagón, el de Borbollón sobre el Arrago o los recientemente construidos en el Jerte y el Ambroz; en el sector central, el río Tajo da asiento a las gigantescas presas de Valdecañas, Torrejón y Alcántara; mientras que en el margen meridional el embalse más destacado es el de Orellana sobre el Guadiana, y más al este los de Cijara y Puerto Peña.

## CLIMATOLOGÍA

Desde el punto de vista climático, nuestra área de estudio en su sub-región septentrional al norte del Sistema Central, se caracteriza por un clima continental o de Mediterraneidad fría, similar al del resto de la meseta, que presenta inviernos largos y fríos con un período de heladas amplio y veranos secos (medias mensuales en torno a los 20°), moderadamente calurosos y con fuertes oscilaciones térmicas. Contrariamente la primavera y otoño tienen poca representatividad y su brevedad las convierte en semi-estaciones intermedias subordinadas a los dos ejes primordiales del verano y del invierno. La primavera suele ser fresca y lluviosa y el otoño corto y poco definido. Las lluvias son estacionales en otoño e invierno, más abundantes en el Sistema Central y el sector occidental de Salamanca (1.200 mm.) que en la penillanura cacereña de la sub-región

meridional vetona (500 mm.). En relación a la meseta oriental, el clima aquí se dulcifica por la influencia atlántica y por la presencia de la Cordillera Central que impide la penetración de los fríos vientos septentrionales, permitiendo inviernos muy benignos en el sector sur de nuestra región.

Precisamente en el mediodía vetón, los ámbitos provinciales del oriente cacereño y del occidente toledano se caracterizan por un clima típicamente mediterráneo aunque de transición y *frontera* (Barrientos Algageme, 1985: 22-25), a base de veranos más bien largos, estables y tórridos, con cielos despejados y persistente estabilidad, facilitados por el anticiclón de Azores que bloquea la penetración de corrientes de aire atlánticas, que a lo sumo se introducen muy ocasionalmente provocando tormentas verticales propias del estío. Además, el ya comentado freno que supone el Sistema Central de cara a la penetración de vientos fríos del norte, junto al hecho de estar en el borde meridional de la zona templada y a la práctica ausencia de relieve montañoso y de influjo marino, ocasionan una elevada insolación en las tierras extremeñas y unas temperaturas bastante elevadas, con una media anual de 15-16° y una media en el mes de agosto que puede variar entre 23-26° en la región cacereña central y en el occidente toledano. En invierno el anticiclón se localiza en latitudes más bajas, con lo que el territorio extremeño queda sometido a las situaciones nordoccidentales del frente polar. Así, los inviernos cacereños son suaves y con lluvias a veces frecuentes en la zona occidental, y más secos, fríos y despejados en el margen oriental por la influencia del anticiclón térmico europeo, oscilando las temperaturas medias invernales entre los 6° y los 8°. Las nieves son escasas, a excepción de las semipermanentes del Sistema Central, y nunca están presentes en cotas inferiores a 800 m. de altitud; sin embargo las heladas hacen acto de presencia durante al menos cuatro meses, desde inviernos tempraneros hasta incluso la primavera. Los otoños y primaveras presentan movilidad y variabilidad atmosféricas, siendo también estas estaciones intermedias los momentos de mayor precipitación. En cuanto a las lluvias, cumplen con el comportamiento del clima mediterráneo y son muy irregulares, en general escasas y provienen tanto del frente polar como del Estrecho, sobre todo en la región más al suroeste. Además son bastante frecuentes las sequías prolongadas. En el sector Guadiana-Tajo la precipitación media anual varía entre 450-650 mm. -aunque en el occidente toledano es todavía más baja-, elevándose a partir del Tajo considerablemente a

medida que se aproxima el Sistema Central, donde se registran volúmenes de agua entre 1.100-1.400 mm.

## EDAFOLOGÍA

Al norte del Sistema Central, en las campiñas arcillosas septentrionales de Salamanca y Ávila existen suelos de coloración rojizo-anaranjada, bajos en nitrógeno, de carácter tenaz y con acidez creciente. Con otra variedad, en la penillanura del occidente salmantino en la transición hacia Portugal, los suelos son de tipo silíceo, muy pobres en calcio y fósforo y con Ph muy ácidos, conocidos como tierras pardas. En general las zonas graníticas (Campos de Sayago, Ledesma y Vitigudino) presentan suelos arenosos, mientras que las zonas con bases pizárricas (campo de Argañán, Campo Charro y Sierra de Tamames) se caracterizan por texturas limo-arcillosas. En la región montañosa del Sistema Central los suelos son muy diversos (tipo *ranker*, tierras pardas húmedas, tierras pardas subhúmedas, litosuelos...). Las sierras que afloran sobre el zócalo con bloques graníticos, pizárricos y de neises y cuarcitas, presentan suelos silíceos, ácidos y de bajo Ph (entre 5 y 6). A menor escala, cada roca o grupo similar, origina una gama específica de suelos. Así, los bloques en granito y neis de Gredos conforman suelos arenosos, permeables, poco evolucionados y de tonos grisáceos, denominados suelos de alteritas.

En la parte meridional, los suelos de la penillanura cacereña son bastante parecidos a los del occidente salmantino. La tierra cacereña reproduce el tipo de tierras pardas, ácidas, pobres en calcio y de escaso aprovechamiento agrícola determinadas por los materiales rocosos y el consiguiente carácter silíceo; aunque en algunas áreas minoritarias también se encuentran suelos bien formados y de elevada productividad. Sobre las pizarras, principalmente en las laderas de las sierras cacereñas, en el occidente toledano en torno a la tierra de la Jara talaverana y en la comarca de las Villuercas, aparecen suelos rojos y pardo-amarillentos hoy mayoritariamente dedicados a labores agrícolas. Son suelos más profundos que las tierras pardas, más ricos en materia orgánica y menos ácidos con una textura arcillosa en el horizonte inferior y de arenas, limos y pedregal en el superior. Su potencial agrícola es más alto que el de las tierras pardas, pero su topografía de ladera impide un correcto aprovechamiento; de ahí que se hayan dedicado desde mucho tiempo

atrás a olivares y alcornocales. Por último, los suelos aluviales están formados con sedimentos de origen fluvial en varios ciclos de sedimentación que ofrecen espesores profundos de componentes areno-limosos. Se localizan sobre todo en la depresión del Tiétar y del Alagón sobre terrenos de naturaleza granítica y pizarrosa. En general las tierras meridionales vetonas constituyen, pues, suelos mediocres en calidad, muy apropiados para pastos -sobre todo en años tempranos y en la estación invernal- y montes, y con cosechas aptas en años húmedos, principalmente los granitos, más fértiles en potencia pero que se resienten de la sequía.

## BIOGEOGRAFÍA: FLORA Y FAUNA

Los factores físicos antes descritos determinan el desarrollo de una vegetación clásica mediterránea, sobre todo en la parte extremeña del territorio vetón, caracterizada por:

- 1) El dominio de dehesas de encinares (*Quercus ilex*) y rebollos (*Quercus pyrenaicae*) -en las depresiones salmantina y cacereña-, alcornocales (*Quercus suber*) -sobre todo en la penillanura trujillano-cacereña- y quejigos (*Quercus lusitanica*).
- 2) Amplias zonas de pastos, de no muchas especies, con monte bajo de matorrales y carrascales pobres en general de tipo maquis (retama, brezo, tomillo, jara, romero, madroño, escoba, cantueso, etc.), debido fundamentalmente a los suelos silíceos y las condiciones climáticas.
- 3) Mantos de coníferas frondosas en las zonas montañosas (sur de Salamanca y suroeste de Ávila).

En las vegas de los ríos, donde abundan los suelos ricos en minerales (Tiétar, Jerte, Alagón...), así como en la región oriental de la provincia de Salamanca, las posibilidades de aprovechamiento agrícola son mucho mayores, y en los sectores más húmedos la encina y el alcornoque, el fresno (*Fraxinus excelsior*) y los pinos piñonero y resinero (*Pinus pinea* y *Pinus pinaster*), alternan con el roble y el castaño (*Castanea*), hoy en menor número que antaño<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> A diferencia del ámbito vacceo (Delibes *et alii*, 1995), en esta región son muy escasos los análisis polínicos y paleomedioambientales llevados a cabo. Los pocos datos disponibles, como los procedentes del yacimiento de El Raso (Candeleda, Ávila) y de su entorno, confirman el resultado general de continuidad de las especies desde la ocupación

Podemos hablar de una considerable potencialidad vegetal, con la combinación de importantes masas forestales, manchas de pastos y focos de cultivo. En el margen noroeste, interfluvios Duero-Huebra-Águeda, la apertura al clima atlántico-portugués ocasiona una variedad vegetal de la que forman parte vides, olivos, almendros, frutales, castaños en los puntos más húmedos, acebuches (*Olea oleaster*), enebros (*Juniperus oxycedrus*) y alcornoques, combinados en zonas de monte bajo con jaras (*Cistus*), cantuesos (*Lavandula pedunculata*), aulagas (*Genistra hirsuta*), escobas y retamas (*Retama sphaerocarpa*). El corredor de Ciudad Rodrigo y los valles del Yeltes y el bajo Huebra ofrecen buenos ecosistemas de especies ripícolas, en los que predominan fresnedos (*Fraxinus excelsior*), acompañados de alisos (*Alnus glutinosa*), juncales y pastos más permanentes, y en proporción menor saucedas (*Salix*) y choperas (*Populus nigra*). En los últimos años se están abancalando bastantes laderas para favorecer la explotación agraria, que se mezcla con un tapiz vegetal de matices mediterráneos y atlánticos característico de esta zona de transición.

Los encinares son aun abundantes en el pie y las solanas superiores de la Cordillera Central, con sotobosques diversos a base de tomillo (*Thymus sp.*), enebro, gayuba, espliego (*Lavandula latifolia*) y cantueso (*Lavandula pendunculata*). En los últimos tiempos es creciente la sustitución de especies arbóreas por el dominio en extensión de matorrales, principalmente carrascales. El haya también está presente en algunos sectores del Sistema Central, si bien es igualmente muy notorio el avance sustituidor del pinar. Los pinos se identifican con sotobosques dominados por el brezal, al que se asocian enebros y estepa en los sectores más bajos y enebros y helechos en los más altos y húmedos. En las altas cumbres, a partir de los 1.500-1.800 m. (Gredos, Béjar, Peña de Francia, Gata), el bosque da paso a coberturas vegetales mixtas herbáceo-arbustivas (entre los arbustos dominan los brezos, brecinas, carquesas, enebros enanos, gayubas, matas de piorno y de arandaniega, mientras que el tapiz herbáceo es muy variado, con gramíneas como cervunales, festucas, gencianas, sanguinaris y narcisos). Esta escasa vegetación limitada por el frío extremo, el viento y la nieve, es única y temporalmente explotada como pasto para la cabaña ovicaprina y bovina. Al margen de algún incendio, se ha ido fomentando el prado a costa

---

del castro. Abundaba el fresno, a pesar de que inicia un retroceso que llega hasta nuestros días, y el pino. Asimismo continúa el uso ganadero de las grandes superficies de dehesa (López *et alii*, 1991). No obstante, es obvio el natural proceso de deforestación que la acción antrópica lleva consigo en su desarrollo histórico, todo lo cual produjo un descenso de la vegetación natural al tiempo que aumentaban las áreas de pradera pobladas con especies de monte bajo, proceso favorecido, además, por el aumento de temperaturas y el descenso pluviométrico del último milenio.

del matorral mediante el abonado por redileo sistemático en estas zonas serranas. La decadencia de tal pastoreo permite hoy una progresión arbustiva, con superficie equiparable al prado. Además es bien conocida la repoblación forestal fundamentalmente de coníferas en estas áreas de montañas desde al menos el s.XIX. Sin embargo la tendencia dominante sigue siendo la deforestación, muy evidente en regiones como la cacereño-toledana ya de por si bastante marginal en masa forestal.

En la misma línea, pero con una velocidad mayor, cabe mencionar la clara dirección menguante de la fauna local. Hoy sólo perviven especies autóctonas en espacios naturales muy concretos y protegidos, caso de Las Batuecas al sur de Salamanca junto a la Peña de Francia, en el entorno de Gredos o en parques como el de Monfragüe sobre el Tajo medio, donde todavía se pueden contemplar lobos, lince, cabras monteses, ciervos, jabalíes, y variedades de cigüeñas, buitres y águilas, antaño tan habituales en estos parajes.

Finalmente, para cerrar el capítulo del marco físico de los vetones, no queremos dejar de indicar la existencia en esta región de numerosas y características comarcas naturales, como la del Campo Charro, en torno a la llanura salmantina, y en la provincia de Cáceres, la de las Hurdes, la montañosa de las Batuecas, entre la anterior y la Peña de Francia, Campo Arañuelo, en el sector centro-oriental de la provincia de Cáceres, la Jara toledana, en la vega del Tajo al norte de los Montes de Toledo y como la anterior con excelente tierra de cultivo, la de las Villuercas, al sureste de Cáceres, junto a la Sierra de Guadalupe, y las de la Vera y Jerte-Hervás, al sur del Sistema Central, fértilmente regadas por los afluentes septentrionales del Tajo.

En conclusión, debemos tener presente que estamos ante un territorio con relieves bastante acusados, poco apto para el cultivo, con predominio de dehesas, arboledas, jarales y carrascales que definen un paisaje adusto y áspero. Rasgos todos ellos que, sin dejarnos cegar por un acusado determinismo geográfico, fuera de lugar, sí van a caracterizar en buena parte el aprovechamiento del suelo, el de las vías de comunicación natural y los modelos de asentamiento de sus pobladores.

## **B- MARCO TERRITORIAL**

### **LÍMITE TERRITORIAL VETÓN**

Un artículo publicado por Roldán Hervás hace ya bastantes años (Roldán, 1968-69) marcó en la historiografía del mundo vetón una referencia *ante quem* y *post quem*, principalmente en los aspectos de fuentes literarias y de identificación del territorio. En una corriente globalista, los trabajos anteriores habían situado el territorio vetón de manera vaga en una franja territorial poco definida de la meseta occidental, en torno a un eje entre el Duero y el Tajo, limitada, en todo caso, por los pueblos vecinos, vacceos al norte, lusitanos al oeste, célticos-túrdulos al sur y carpetanos al este (Cuveiro, 1891: 154-155; Bosch Gimpera, 1932: 524-528; *id.*, 1944: 151; Schulten, 1935: 196; Hoyos Sainz, 1953: 409-411; Maluquer, 1954: 25; Molinero, 1958a: 51; etc.). Tras un detenido análisis de las fuentes antiguas literarias y epigráficas sobre los vetones y apoyándose especialmente en la relación de ciudades de Ptolomeo (II, 5 ,7), en la distribución de los verracos -tan identificativos de lo vetón- y en los límites naturales que representan los ríos caudalosos, Roldán establece con detalle la delimitación de las fronteras del territorio vetón, explícitamente -y lo advierte el propio autor- para la época romana (Roldán, 1968-69: 73). Los límites resueltos por Roldán se han mantenido en la historiografía posterior (Lomas, 1980: 92; Salinas, 1982: 21-23; González-Conde, 1986: 89, 91-92; Fernández Gómez, 1986: 937-938 y nota nº1071; Blasco, 1987: 300; Sayas/López Melero, 1991: 79-80, entre otros) y son, sin mucha variación, los mismos que contemplamos nosotros (Sánchez Moreno, e.p. -a-) y que aplicamos en este estudio.

El perímetro aproximado del marco de expansión y relación de los vetones sería el siguiente <figura 4>. Desde el sitio de Salamanca en el norte, el límite proseguiría hacia occidente por el curso del Tormes hasta su unión con el Duero, que marcaría el extremo noroeste, para ir descendiendo por una línea indeterminada próxima a los cursos bajos del Águeda y del Coa y a la actual frontera portuguesa hasta el sur de Ciudad Rodrigo. Rodeando la Sierra de Gata el límite seguiría bajando entre las actuales Coria y Plasencia, cruzaría el Tajo por un punto impreciso al oeste de la desembocadura del Tiétar y al este de Alconéter, tal vez junto a la desembocadura del Almonte, hasta fijar el límite suroeste entre Cáceres y Trujillo, junto a la Sierra de Montánchez abarcando el punto extremo de

Alcuéscar. La línea meridional rodearía la Sierra de Guadalupe siguiendo en sentido inverso la corriente del Guadiana, hasta introducirse en dirección noreste, entre la Sierra de Altamira y los Montes de Toledo, para alcanzar el Tajo pasada en varios kilómetros Talavera de la Reina. Desde allí, acompañando al río Alberche el trazado rodearía la Sierra de Gredos, la Paramera y las estribaciones de la Sierra de Ávila, definiendo el límite noreste la propia capital abulense, o mejor la zona de Cardeñosa a escasos kilómetros al norte de Ávila. Finalmente desde el nacimiento de los ríos Trabancos, Zapardiel y Adaja la línea alcanzaría el río Tormes y poco después Salamanca de nuevo, completándose la delimitación del territorio (Roldán, 1968-69: 101-106; Sánchez Moreno, e.p. -a-).

## NIVEL DE FRONTERA Y CARACTERIZACIÓN DEL TERRITORIO

Sin embargo, no resulta en absoluto sencillo fijar territorios y, menos aun, hablar de límites y fronteras para los pueblos prerromanos peninsulares. Este escollo es aplicable al carácter dual de las fuentes de las que nos vamos a servir, pues de un lado dentro de los testimonios literarios, de entrada y además de otros problemas, desconocemos los criterios usados por los autores clásicos para diferenciar y ubicar a los distintos grupos étnicos, y de otro, la arqueología, sin desestimar su imprescindible servicio a la historia, no deja de caer, en la cuestión del territorio, en la ambigüedad, complejidad e inseguridad -inevitables- a la hora de intentar relacionar etnia, territorio y cultura material. Nos unimos claramente a la actual corriente de opinión que reconoce que lo habitual es que no podamos hablar de una concurrencia precisa entre etnia, lengua, costumbres y cultura material en un mismo territorio fijo y delimitado, habida cuenta que estamos ante elementos de diferentes ámbitos de extensión, abierta caracterización, y con una presencia muy móvil (como son, por ejemplo, la cerámica, las armas, las evidencias comerciales, etc.)<sup>4</sup>.

Con lo hasta ahora dicho creemos haber asentado una idea esencial, sobre la que volveremos más adelante, nada original por otra parte: la necesidad de superar una visión formalista que vaya más allá de la fácil ecuación mantenida mucho tiempo, que

---

<sup>4</sup> Reconocer estas dificultades inherentes al trazado de los límites y territorios no significa aceptar que la arqueología tiene nulas posibilidades de avanzar propuestas en este objetivo; ahí están, por ejemplo, los trabajos de Domínguez Monedero (1984b), Quesada Sanz (1989a) o García-Bellido (1995b) que presentan, con desigual resultado, la escultura zoomorfa ibérica, el armamento y la moneda respectivamente, como elementos delimitadores de territorio.



identificaba y definía un grupo étnico, su cultura material y su lengua en un territorio y unos límites precisos<sup>5</sup>.

Al valernos de las fuentes literarias para aproximarnos al área de los vetones (con finalidad geográfica especialmente Estrabón III, 1, 6; III, 3, 1; III, 3, 2; III, 3, 3; III, 4, 12; Plinio N.H., III, 19; IV, 112, IV, 113; y Ptolomeo II, 5, 7) hemos de tener en cuenta que la información ofrecida, tardía, no es coetánea al momento prerromano, sino que la más antigua de ellas, Estrabón -aun basándose en fuentes anteriores, Polibio y Posidonio-, no va más allá de finales del s.II a.C. Ha sido un recurso habitual en la historiografía recurrir *acientíficamente* a los textos greco-latinos y realizar a partir de su lectura paralelos rápidos y engañosos, sin reparar en que estamos ante pueblos y estadios culturales distantes en el tiempo y en el espacio de las fuentes que los iluminan. Por ello, hemos de reconocer el carácter confuso e incierto de las fuentes y la ambigüedad e imprecisiones de los límites territoriales que establecen (Sánchez Moreno, e.p. -a-). Además, en relación al método tradicional de fijación del territorio de un grupo étnico, como el área que queda dentro del simple trazado lineal efectuado sobre ciudades y puntos identificados por las fuentes, no podemos hablar, por la falta de datos, por la atemporalidad de las fuentes y por sus contradicciones y lagunas, de ocupación exclusiva, extensiva e invariable de un pueblo como el vetón en todo este territorio limitado. Y todavía menos podemos adaptarlo al momento anterior a la presencia romana. Más bien hemos de aceptar que “se trataba de pueblos en expansión y que desconocemos cómo se produjo la implantación poblacional lusitano-vetona en las respectivas áreas geográficas que se les atribuyen; más que ocupar con exclusividad un territorio bien delimitado, se trataría de áreas de dispersión continuadas (...). Por eso cuando las fuentes históricas adscriben un amplio territorio a un grupo étnico, debe entenderse tan sólo en el sentido de que ésa era el área de expansión del grupo en cuestión” (Sayas/López Melero, 1991: 76-77). Asimismo es opinión generalizada,

---

<sup>5</sup> La problemática de esta cuestión ha sido puesta de manifiesto recientemente por M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero, para quienes “(...) la imprecisión de los datos arqueológicos tampoco permite trazar límites exactos, tanto más cuanto cabe suponer que la idea de límites precisos es más una abstracción nuestra que una realidad coherente con los datos existentes, en los que normalmente sólo cabe proceder a señalar zonas nucleares caracterizadas por la presencia de un determinado elemento cultural, cuya dispersión decrece paulatinamente hacia la periferia, donde entra en contacto con el borde de otra zona inmediata caracterizada por otro elemento cultural. Esta objetiva dificultad explica la diversidad de opiniones entre los especialistas, así como que, en ocasiones, ni siquiera se aborde esta problemática dada la incapacidad actual por encontrar una solución definitiva a este problema”. (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 480). Para estos autores como para nosotros en buena parte, en lugar de espacios con fronteras definidas “en la mayoría de zonas, por contra, predomina la internicidad, no sólo en sentido espacial sino también en el social y cultural, que resultan aún más difíciles de determinar” (1992: 481).

y no está de más repetir, la condición arbitraria e intencionada de algunas fuentes<sup>6</sup>. Todo ello nos lleva a reiterarnos en las dificultades que encierra la delimitación del marco territorial de los vetones, habida cuenta que la información literaria, además de precaria e indirecta, es poco minuciosa, toda vez que alude a las grandes etnias peninsulares de una manera vaga y que sus noticias sobre poblamiento indígena son también globales y poco detalladas (López Melero *et alii*, 1984: 297-299; Sánchez Moreno, e.p. -a-).

Así pues, el nivel de frontera de una identidad vetona a nivel general es muy tenue. Los territorios, que varían con el tiempo, lo son de expansión y de relación, y no de dominio cerrado. Unido a esto va la necesaria distinción entre espacio, como medio natural, y territorio, como medio histórico (López Paz/Pereira, 1995-96; Orejas, 1995-96). Esta última acepción implica la existencia de un contingente poblacional que explota, organiza, delimita y caracteriza el espacio, convertido desde ese momento en territorio. En virtud del grado de esas iniciativas que el grupo humano ejerce sobre el espacio, hablaremos de distintos niveles de territorio. En este sentido, saber cuál fue el alcance de la determinación del medio por parte de los vetones incidirá directamente en la caracterización de su territorio, grado de dominio y control del mismo, y de sus límites, hasta el punto de admitir, o no, la existencia de estructuras fronterizas. Desde tiempo atrás se ha venido admitiendo la organización gentilicia como la base del ordenamiento social de las gentes vetones<sup>7</sup>. Siguiendo con esta premisa tradicional, los lazos sanguíneos y familiares, de carácter itinerante, actuarían como vínculos de ordenación mucho más arraigados que la asociación a un núcleo de población determinado o a un territorio asociado, que tendrían un carácter permanente. En nuestra opinión hoy este modelo ha sido convenientemente rebatido (Sánchez Moreno, 1996c), y sin negar del todo la fuerza del elemento parental es estos grupos protohistóricos, creemos sin embargo que este rasgo no está en desavenencia con la adscripción a un territorio propio, cada vez más vinculante, representado en estas tierras de la meseta occidental por los monumentales *oppida* que se levantan en este marco<sup>8</sup> y que actúan como aglutinantes de la población circundante (Almagro Gorbea, 1994). Con esto, defendemos que en el grupo poblacional vetón, o en

---

<sup>6</sup> Para el caso concreto de los vetones, *vid* Sánchez Moreno (1996a). Para la manipulación que las fuentes greco-latinas descubren desde el punto de vista de la geografía peninsular, *vid* Plácido (1987-88; *id.*, 1995-96: 32-35, como legado de una tradición simbólica). *Vide infra* I-1.2 C.

<sup>7</sup> De esta opinión, Maluquer, 1954: 147; Caro Baroja, 1976: 167-170; Lomas, 1980: 120-123; Salinas, 1982: 53-58, 79; González Rodríguez, 1986: 13-15; Francisco Martín, 1989: 234-244; Sayas/López Melero, 1991: 114-119, etc.

<sup>8</sup> Véanse el inventario de yacimientos y las características generales de los poblados en el capítulo del registro arqueológico de los vetones (I-1.4 A).

buena parte del mismo, se está produciendo en los últimos siglos antes del cambio de era una evolución hacia formas de organización social de carácter territorial y proto-urbano, en consonancia con un detectable desarrollo socio-económico del que más adelante nos ocuparemos, que hasta no hace mucho eran inconcebibles en la historiografía tradicional. No obstante hemos de ser realistas y reconocer que a pesar de este cierto desarrollo, el marco geográfico de interrelación establecido entre vetones se caracteriza por planteamientos en conjunto no políticos, en el sentido de que no conllevan la formación de un estado como tal, sino más bien por nexos comunales y microterritoriales. Estos últimos se traducirían a lo sumo en fronteras menores, las de los *oppida* o grandes poblados con sus territorios de dominio y explotación.

En definitiva, cuando se sustituya a nivel de macroterritorio estas relaciones de parentesco o protourbanas muy locales, por otras ya plenamente políticas nacerá el territorio político, fruto de esa estructura de estado; pero este cambio, en nuestra opinión, no se ha dado en la sociedad vetona, por lo menos en su estado anterior a la romanización. Así pues, cuando no hay estado entonces no se hace necesaria la adscripción territorial plena y las fronteras políticas no existen (Castro Martínez/González Marcén, 1989: 15). Esto es lo que adecuamos, por el momento, a la definición territorial del espacio vetón.

## PUEBLOS LIMÍTROFES

En relación a los pueblos del entorno, *grosso modo* el marco territorial de los vetones comparte frontera múltiple y heterogénea con una nómina amplia de entidades poblacionales de la Iberia protohistórica <figura 2>.

Uno de los límites vendría dado por el contacto con los vacceos en toda la frontera septentrional, en la línea imaginaria que va desde las cabeceras de los ríos Zapardiel-Trabancos, hasta el Tormes a la altura aproximada de *Salmantica*, continuándose el curso de este último río hasta el Duero. A occidente se sitúa al ámbito lusitano (Fernández Ochoa, 1987: 336) desde el Duero hasta bien pasado el Tajo, en realidad poco diferenciado del desarrollo vetón no sólo en lo espacial sino también en lo cultural. En el borde

noroeste, en torno a la curva superior del Duero antes de las bocas del Huebra, del Agueda y del Coa y no lejos de la región salmantina de los Arribes, los vetones pudieron hacer frontera con grupos astures más meridionales<sup>9</sup>, en una posición de cuña entre vacceos y lusitanos. La Beturia marca la frontera sur bajo el Guadiana (García Iglesias, 1971; *id.*, 1972; Rodríguez Díaz, 1995a; *id.*, 1995b; Enríquez, 1995), diferenciándose los grupos célticos al suroeste (Berrocal, 1988; *id.*, 1992; *id.*, 1995b; Ramírez, 1994) y los túrdulos al sur (Rodríguez Díaz, 1995c). En la Jara toledana, prolongación natural del Campo Arañuelo cacereño (González Cordero/Quijada, 1991), el espacio vetón se ensambla con la Carpetania, configurando el borde oriental de su territorio (González-Conde, 1986; *ead.*, 1992: 302). Es este límite oriental un escenario de estrecho enlace cultural entre ambos grupos probablemente desde mucho tiempo atrás, donde sólo elementos materiales, caso de algunos verracos, ayudan a descifrar una tímida divisoria entre vetones y carpetanos que puede llevarse un poco más al este de Talavera de la Reina, la antigua *Caesarobriga* (Castelo/Sánchez Moreno, 1995: 322-325). Se acepta que en el confín suroriental, allá por la confluencia de las provincias de Cáceres y Badajoz con la de Ciudad Real, más al este, los vetones llegaron a ser vecinos de los oretanos, sin embargo nos parece desmesurado llevar este límite sureste vetón hasta el entorno de *Sisapo* (La Bienvenida, Ciudad Real), en el extremo occidental de la Oretania (González-Conde, 1992: 304, 308). Finalmente, traspasado el Sistema Central y sus estribaciones septentrionales que llegan prácticamente hasta la ciudad de Ávila, esa esquina nororiental del territorio vetón que representa la región de la Moraña en el noreste de la provincia abulense, acaso fuera ya asiento de poblamiento celtibérico, más concretamente arévaco, en otra zona de contacto intensísimo en esta ocasión de vetones, vacceos y celtíberos.

De este repaso se deduce que las gentes vetonas enlazan en sus fronteras con vacceos, lusitanos, célticos, túrdulos y carpetanos sobradamente, y rozan con carácter mucho más limitado a astures, oretanos e incluso arévacos. No es un dato baladí el hecho

<sup>9</sup> Para esta zona fronteriza noroeste del ámbito vetón, sugerente, cuando menos, es la propuesta de G. López Monteagudo de identificar bajo una misma unidad étnica, cultural y territorial aproximada en la Edad del Hierro, al pueblo de la *Cultura de los Verracos* -término acuñado por esta autora para referirse a los vetones- con las gentes de la zona más meridional del marco castreño astur (que en época imperial constituirán el *Conventus Bracarensis*). Argumenta su tesis López Monteagudo (1986: 224; *ead.*, 1989: 18, nota nº4) en la abundante presencia de verracos en esta región astur y en paralelos de cultura material, de rasgos lingüísticos y de gentilidades. En nuestra opinión el planteamiento no carece de buena lógica, pero entendemos, como ya se dijo, que los elementos culturales de un grupo étnico no son exclusivos del mismo, sino que pueden compartirse con otras entidades por proximidad geográfica, cultural, contacto comercial, influencia política, etc. En este sentido, no convenimos en la deducción de que todo lugar que haya proporcionado esculturas de verracos tenga obligatoriamente que reseñarse como territorio vetón, a pesar de tratarse de un elemento sumamente representativo.

de que convergan en esta porción territorial del occidente peninsular casi diez de las entidades antiguas mayores dadas a conocer por las fuentes literarias. A lo largo de esta tesis intentaremos demostrar cómo se manifiesta el sentido de *frontera múltiple* del territorio vetón a través de elementos varios de interculturación puestos de relieve en campos alternos.

Por último, la Vetonia prerromana queda incluida en la *provincia Ulterior Lusitania* regulada en las dos divisiones administrativas augusteas, y dentro de ella sus territorios forman parte de la jurisdicción del convento emeritense (Plinio, N.H., IV, 117)<sup>10</sup>. Desde tiempos de Albertini (1923) se pensó que la zona noreste del territorio vetón, las tierras actuales de Ávila, no se integrarían en la Ulterior sino en la Citerior a partir de ciertas noticias plinianas (N.H., III, 19), pero recientemente se ha propuesto una nueva interpretación que defiende la participación plena -mucho más lógica también en nuestra opinión- de este ámbito extremo vetón en la provincia lusitana (Hernando, 1995).

---

<sup>10</sup> Para los aspectos de conquista, romanización e integración de la antigua Lusitania en los esquemas administrativo-provinciales romanos, remitimos, además de a los estudios ya clásicos de J.M<sup>a</sup>. Blázquez o J.M. Roldán, a los trabajos de J. J. Sayas (1979; *id.*, 1993), J. de Francisco Martín (1989) o A. Canto (1995a). Con dedicación expresa al ámbito vetón, destacan las obras de M. Salinas (1981; *id.*, 1982: 29-41 y 79-81; *id.*, 1990a), J. Esteban (1984) -con un punto de vista sustancialmente diferente del de Salinas-, o R. Hernando (1995), así como la publicación monográfica, *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, 1993, compuesto por colaboraciones de distintos autores que son aludidas constatemente en este trabajo.

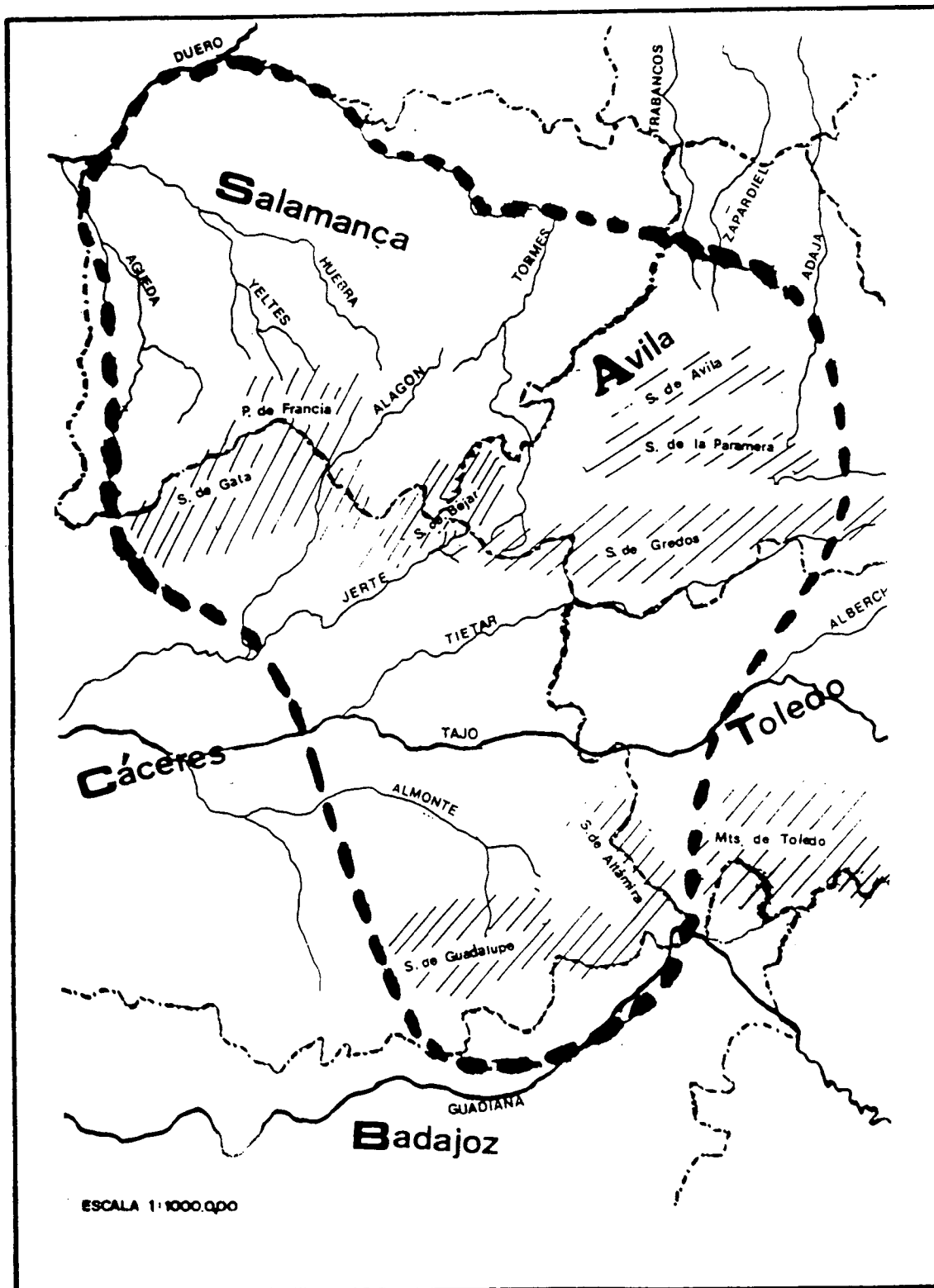


FIGURA 4. Ámbito de relación de los vetones (Sánchez Moreno, e.p. -a-)

## I-1.2 FUENTES LITERARIAS

Las noticias clásicas que nos hablan de los vetones, como es común en la descripción ideológica de los pueblos prerromanos peninsulares desde la óptica historiográfica antigua, comprenden menciones aisladas y variadas en el tiempo y en su contenido que dificultan la obtención de una imagen conexas de este pueblo. El estudio de las fuentes de los vetones<sup>11</sup> cuenta con una serie de trabajos de interés<sup>12</sup>.

Carácter residual de la información y parquedad de contenido son los comentarios que se extraen de una primera mirada a estas fuentes. En ningún momento (a excepción de Ptolomeo II, 5-7 y Estrabón, III, 4, 16, salvedades relativas a las que dedicamos unas reflexiones más adelante) se alude a los vetones como protagonistas concretos del relato, sino que siempre aparecen como referencia secundaria, entendida como el escenario sobre el que el autor sitúa un acontecimiento militar (César, Nepote, Livio, Lucano o Apiano), una narración mitológica (Silio Itálico) o algún contenido biográfico (Prudencio, San Jerónimo), o bien como un elemento más de una fría nómina de pueblos o territorios (Estrabón, Plinio). Lejos de recibir una dedicación monográfica, el grupo poblacional vetón, como muchos otros del interior peninsular, aparece mencionado todas las veces al hilo de otro tema, el principal, como noticia marginal u ocasional que no merece mayor detenimiento.

---

<sup>11</sup> Las citas con alusión directa a este pueblo (Ουεττωνες; *Vettones*) son, por orden cronológico de autores, las siguientes: César, B.C., I, 38, 1-4; Nepote, *Hamílcar*, 4, 2; *De Vir. ill.*, 52; Estrabón, III, 1, 6; III, 3, 1-3; III, 4, 12; III, 4, 16; Livio, XXXV, 7, 8; XXXV, 22, 8; Lucano, IV, 4-10; Plinio, N.H., III, 19; IV, 112; IV, 116; XXV, 84; Silio Itálico, III, 378-383; XVI, 362-365; Ptolomeo, II, 5, 7; Apiano, *Ib.*, 56, 58 y 70; Prudencio, *perisetephanon*, III, *Himno de Sta. Eulalia*, vv.186-190; y San Jerónimo, *Contra Vigilancio*, cap.4 (col.356c). A este conjunto de fuentes se suman unas breves referencias de los cosmógrafos tardíos Julio Honorio y Ético a la voz vetones, con la particularidad de que en Ético el vocablo se transmite con B, en lugar de V, y con una única T.

<sup>12</sup> Una de las primeras recopilaciones de las citas se debe a Holder (1962, III: 266-267). Posteriormente han sido estudiadas en conjunto y de forma monográfica por J.M. Roldán en un trabajo varias veces referido (Roldán, 1968-69). Una visión abreviada de los vetones, con mención de sus principales fuentes, se halla en Tovar, 1976: 202-203. Referencias literarias y epigráficas de este pueblo también están recogidas en T.I.R., J-29: 162; T.I.R., K-29: 106 y T.I.R., K-30: 240. La imagen que de este pueblo desprende la obra de Estrabón fue estudiada por Alonso-Núñez (1991). No hace mucho que analizamos la visión sesgada que traducen las fuentes acerca de los vetones en una presentación crítica del testimonio literario (Sánchez Moreno, 1996a). Lo que a continuación exponemos es deudor en su mayor parte del último trabajo citado.

## **A. INFORMACIÓN DE CORTE HISTÓRICO:**

### **UN PUEBLO BELICOSO**

El testimonio biográfico de Nepote (*Hamil.*, 4, 2) recoge la muerte de Amílcar Barca en lucha producida contra los vetones. Se ha venido dando como ficticio (desde Schulten, 1935: 12), pues se asume que el caudillo bárquida sucumbió hacia el 229-228 a.C. presumiblemente frente a los oretanos, vecinos surorientales de nuestros vetones cuyo territorio no sería objeto de conocimiento directo púnico hasta unos años después, cuando el hijo de aquél alcanza varias ciudades del Duero (220 a.C.). Sin embargo, al hilo del avance investigador en los últimos años se está confirmando, a partir de diferentes aproximaciones, una presencia púnica cada vez más al interior y enraizada en tierras de turdetanos, túrdulos y lusitanos en fechas tempranas (un tratamiento último en Domínguez Monedero, 1995b) que nos podría llevar a replantear la veracidad del testimonio de Nepote. No es ésta la única revisión en el debate sobre cuándo y en qué forma se abren las tierras del interior occidental a los objetivos de las potencias mediterráneas, como tendremos ocasión de ir comprobando en siguientes páginas.

En cualquier caso, como primera fuente histórica que habla de los vetones se sigue considerando la noticia de Livio (XXXV, 7, 8), que cita el combate entre las tropas romanas del pretor de la Ulterior, Marco Fulvio, y un conglomerado de vacceos, vetones y celtíberos en 193 a.C., dato que se complementa con la narración de los sucesos del año siguiente (Livio, XXXV, 22, 8) en los que Fulvio se enfrenta con éxito de nuevo a los vetones, que acudieron en ayuda de aquellos carpetanos, en las inmediaciones de *Toletum*. Un pasaje que ha pasado casi desapercibido para la historiografía, *De viribus illustribus*, 52, se refiere también a este hecho, pero según este repertorio Fulvio venció en el 193 a.C. sólo a vetones y oretanos (Schulten, 1935: 196, 355; lo recoge y comenta algunos errores sobre esta fuente). En cualquier caso, el episodio tiene gran importancia por diferentes razones. En primer lugar, es espejo de una actuación conjunta de diversas entidades étnicas contra el enemigo romano, una coalición de vetones, vacceos, celtíberos y carpetanos (¿oretanos también?) que se repite por dos veces en el mismo escenario, las proximidades de una importante ciudad carpetana. Inicios del s.II a.C. es una fecha aparentemente alta para aceptar la conquista de este territorio del Tajo, y por tanto la lucha parece enmarcarse en una acción puntual especialmente sujeta a un lugar y a unos objetivos determinantes, de



los que nos ocuparemos a su debido tiempo. La actividad bélica es el rasgo que desde entonces va a caracterizar el comportamiento del grupo vetón en las fuentes.

Así, gentes de esta entidad son de nuevo incluidas en la literatura hacia el 155-153 a.C., cuando los vetones acompañan a los lusitanos en expediciones de asalto hacia tierras meridionales a las órdenes de sus cabecillas, Púnico primero y César después. Tales enfrentamientos con tropas romanas anuncian los escarceos iniciales de lo que poco después constituirá la guerra lusitana. Ahora es Apiano de Alejandría quien nos da a conocer que algunos vetones actúan junto a los lusitanos asediando pueblos sometidos a Roma, como los blastofenicios<sup>13</sup> (Apiano, *Iber.*, 56). Tras varias embestidas con distinta suerte, los generales Mumio y Marco Atilio logran pacificar a estos lusitanos momentáneamente, y el segundo de ellos firma pactos con estos grupos, entre los que se encontraban gentes vetonas (Apiano, *Iber.*, 58). El descanso de las armas duró poco pues, retirado Atilio para pasar el invierno, los lusitanos se rebelan de nuevo y atacan núcleos filo-romanos hasta que se enfrentan con el sucesor de Atilio, Servio Galba. En este contexto de sublevación indígena surge la figura de Viriato, y con él el choque abierto con Roma, bien relatado por Apiano (*Iber.*, 59-75). Los vetones no vuelven a ser citados hasta unos años después, poco antes de la muerte del famoso lusitano en el 139 a.C., cuando Servilio Cepión se adentra por tierras interiores de vetones y galaicos siguiendo los pasos de Viriato (Apiano, *Iber.*, 70). En nuestra opinión, este pueblo debió participar activamente en la guerra lusitana aliado a los lusitanos, y si no aparecen identificados de forma explícita en las fuentes seguro que sí se hallan encubiertos en la alusión genérica a los lusitanos. La *Vettonia*, como la Carpetania y la Beturia, se convirtieron en campo de

---

<sup>13</sup> Estas incursiones de lusitanos y también de grupos de vetones hacia la Bética han sido explicadas de distinta forma. En la misma línea que opiniones tradicionales como las de Schulten (1937: 97-98), Caro Baroja (1943a: 149-152), García y Bellido (1977, 43-45) o Blázquez (1962a: 422-423), N. Santos Yanguas piensa en los problemas de escasez y distribución de la tierra, derivados de la organización social lusitana, como la razón que lleva a algunos lusitanos a la práctica de bandidaje y saqueo en las fértiles regiones meridionales (Santos Yanguas, 1981a: 364-365; así también de Francisco, 1989: 79). G. Chic García, por su parte, las pone en relación con el contrato como mercenarios de estas bandas por parte de las ricas ciudades del sur en su lucha contra el imperialismo romano a inicios del s. II a. C., en un contexto bien diferenciado y en un momento anterior a la generalización del conflicto lusitano con la aparición de Viriato (Chic, 1980: 20). M. Salinas (1982: 32) precisa que estas bandas saqueadoras y de pillaje de lusitanos y vetones actúan sobre las ricas tierras del sur motivadas por la descomposición interna de su primitiva igualdad gentilicia. A. García Moreno ve en la razón de estas revueltas varios motivos interrelacionados entre los que destacan la marginación de estas áreas de montaña, el creciente desequilibrio manifiesto, un cierto carácter *nativístico*, el bandolerismo social y la circunstancia particular de estas sociedades de frontera; pues cree este autor que la gran masa de lusitanos participantes en estas *razzias* procederían de una región intermedia entre la Bética y la Lusitania, como es la Beturia (García Moreno, 1988a: 94-97). Recientemente A. Canto (1995a: 156), con una postura diferenciada, sugiere la posibilidad de que “se tratara en realidad de focos de resistencia cartaginesa, huídos al norte, tratando de sublevar a los antiguos territorios púnicos contra Roma. Quizá fuera ésa la mejor explicación del nombre de algunos de sus jefes”, como el evidente de Púnico; algo ya barruntado por P. Ciprés (1993: 154).

batalla y escenario de las correrías de los lusitanos, por ende sus tierras se abrieron a la penetración romana, y las gentes que las habitaban sufrieron -y participaron de- el choque de los ejércitos romanos, en una contienda que a pesar de no ser iniciada por ellos mismos, alteró considerablemente la vida de aquellas comunidades<sup>14</sup>.

Los vetones no son citados cuando la Lusitania se convierte en asiento de la primera fase de la guerra Sertoriana<sup>15</sup> (80-77 a.C.). Plutarco (*Sert.*, 10) nos indica que los lusitanos llaman a Sertorio y le entregan sus ejércitos y caballerías. La fidelidad de esta región hacia el rebelde romano parece que se mantuvo durante mucho tiempo, si bien el grueso del conflicto sertoriano se traslada enseguida a la Celtiberia. No volvemos a encontrar un dato histórico al respecto de los vetones hasta el 49 a.C., tiempo de la guerra civil entre César y los pompeyanos (de Francisco, 1989: 74-75; Curchin, 1990: 46-52). Es el mismo César quien en su *Bellum Civile* (I, 38, 1-4) apunta a la región vetona como vía de paso obligado hacia la Citerior para los ejércitos de Afranio y Petreyo, legados de Pompeyo, en la lucha que planean contra César en *Ilerda*. De esta información se deduce que los vetones pudieron participar como *auxilia* de las tropas pompeyanas (Le Roux, 1982: 43-44; Roldán, 1993: 118-119). Lucano en su *Farsalia* (IV, 4-10) también vuelve sobre este acontecimiento, aunque prevalece en él el valor literario frente al dato histórico, con la conocida alusión a los *leves vettones*.

<sup>14</sup> No es esta la ocasión para desarrollar en detalle los episodios de la guerra de Viriato, encendida en el 151 a.C. a partir de la conocida traición de Galba hacia un voluminoso cuerpo de lusitanos que acosados por los ataques de Galba y Lúculo aceptan la rendición y el acuerdo con Roma a través de los que se les haría entrega de tierras. De la masacre que continuó a la alevosía del pérfido Galba logra escapar un número reducido de lusitanos, entre ellos Viriato, quien durante diez años va a arremeter contra ciudades aliadas de Roma en territorios más bien meridionales de Beturia, Turdetania y Carpetania <figura 25>. Sus emboscadas y estrategias contra los sucesivos generales romanos enviados por Roma a la provincia Ulterior Lusitana (Cayo Vetilio, Cayo Plaucio, Fabio Máximo Emiliano, Quinto, Fabio Máximo Serviliano, Quinto Pompeyo Aulo, Quinto Servilio Cepión...) parecen no tener fin, y en los años que las ocupan se suceden acuerdos, repliegues, conflictos generalizados (Viriato incita a arévacos, titos y belos contra Roma, en lo que será el *Bellum Numantinum*; Apiano, *Iber.*, 66), proclamas como la de Viriato declarado *amicus populi romani*, una paz tan excepcional como breve (Apiano, *Iber.*, 69-70; Livio, *Per.*, 54; Diodoro, XXXIII, 1, 3), hasta que en el 139 a.C., mientras Junio Bruto el Galaico penetraba hacia el noroeste atravesando la *Vettonia*, algunos de los más estrechos colaboradores de Viriato le asesinan tras ser comprados por Cepión. La muerte del lusitano es la muerte del movimiento de rebeldía que había acaudillado durante más de una década. Poco después su sucesor, Taútaló, se entrega a Cepión en la región del Betis (Apiano, *Iber.*, 75), y la Lusitania quedaba sometida inicialmente a Roma hasta la línea del Duero.

Un tratamiento completo del proceso de conquista se halla en Knapp (1977: *passim*), de Francisco (1989: 57-75) y Curchin (1990: 33-39). Sobre la personalidad de Viriato véanse, desde distintos enfoques, Schulten (1917), Gundel (1968), Lens Tuero (1986), López Melero (1988), García Moreno (1988b), Pérez Vilatela (1989a; *id.*, 1989b), García Quintela (1993) y Alvar (1997).

<sup>15</sup> El periodo comprendido desde la caída de Viriato hasta la guerra sertoriana constituye un momento poco determinado, en el que no obstante debieron ser frecuentes las revueltas de grupos lusitanos y los pactos con Roma, como el documentado epigráficamente en el castro de Alcántara (Cáceres), en territorio fronterizo lusitano-vetón, la *deditio* de la *Tabula Alcanterensis* del 104 a.C. (López Melero *et alii*, 1984). Para la situación general de estos momentos, García Moreno (dir, 1987: espec. 57-95; *id.*, 1988a) y de Francisco (1989: 70-73). Sobre la acción de Sertorio en Lusitania véase el completo y actualizado repaso de García Morá (1991: 73-106), quien matiza la supuesta posición de los vetones a favor de la causa popular sertoriana; también Sánchez Abal (1983) y Esteban/Sánchez Abal (1988).

No existen más noticias sobre los vetones, silenciados en las fuentes desde entonces. Su territorio se integra en la *Provincia Ulterior Lusitania* en tiempos de Augusto y dentro de ella sus gentes participan del proceso de romanización sin dejar de renunciar a una serie de rasgos culturales identificativos de lo vetón. Cuando dejan de combatir a Roma, pierden su protagonismo en las fuentes. Las pocas veces que son mencionados lo hacen luchando, pero resulta interesante indicar que nunca lo hacen de manera aislada sino en colaboración o apoyo con otros grupos (vacceos y celtíberos y *toletani* a inicios del s.II a.C., lusitanos a mediados del mismo siglo...). De estas crónicas de guerra se extrae la visión de un pueblo belicoso, sí, pero un pueblo próximo y solidario con otras entidades enfrentadas a Roma.

## **B. INFORMACIÓN DE CORTE GEOGRÁFICO: ENTRE RÍOS Y PODEROSOS VECINOS, UNA TIERRA DE PASO**

Más numerosa es la información de índole geográfica, pero no mucho más densa. Las fuentes geográficas de los vetones<sup>16</sup> como ya hemos tenido ocasión de indicar, se reducen a incluirlos dentro de una relación de pueblos vecinos, a efectos de ubicación y limitación, con un enfoque exclusivamente geográfico, sin indagación cultural o etnológica. Además, en las sucesiones de pueblos que presentan y en su localización relativa se perciben, en ocasiones, acusados errores y desórdenes (por ejemplo, Plinio,

---

<sup>16</sup> "(Describiendo la Bética) En las regiones del interior viven carpetanos, oretanos y numerosos vetones" (Estrabón, III, 1, 6; traducción, Meana/Piñero, 1992: 40-41). "(El Tajo) Discurre, teniendo sus fuentes entre los celtíberos, a través de vetones, carpetanos y lusitanos hacia el Poniente equinoccial, siendo paralelo en parte de su trayecto al Anas y al Betis y alejándose luego de ellos cuando se desvían hacia la costa meridional" (Estrabón, III, 3, 1; traducción Meana/Piñero, 1992: 77). "Los pueblos que se encuentran al interior de las regiones mencionadas son los oretanos, que son los más meridionales y se extienden hasta el litoral del lado acá de las Columnas, más allá hacia el norte los carpetanos, a continuación vetones y vacceos, por cuyo territorio para el Durio, que tiene travesía en la ciudad de Acontia..." (Estrabón, III, 3, 2; traducción, Meana/Piñero, 1992: 78). "Delimitan este país (la Lusitania) por el lado sur el Tago, por el oeste y norte el Océano y por el este los carpetanos, vetones, vacceos y calaicos como pueblos más importantes..." (Estrabón, III, 3, 3; traducción Meana/Piñero, 1992: 79). "(A propósito de los límites de la Celtiberia) Por occidente hay algunas tribus de astures, calaicos y vacceos y también de vetones y carpetanos..." (Estrabón, III, 4, 12; traducción, Meana/Piñero, 1992: 104) <figura 1>. "Los primeros son los bástulos, en la costa; tras ellos, yendo hacia el interior en el orden en que van enumerados, siguen los mentesanos, los oretanos y, junto al Tago, los carpetanos; junto a ellos los vacceos, vetones y celtíberos arévacos" (Plinio, N.H., III, 19; traducción, García y Bellido, 1987: 130). "...El curso del río Duero, uno de los mayores de Hispania, que nace junto a los pelendones y pasa cerca de Numancia, luego por entre los arévacos y los vacceos, y tras servir de límite entre los astures y vetones y entre Lusitania y los galaicos, va también a separar a los túrdulos de los brácaros" (Plinio, N.H., IV, 112; traducción, García y Bellido, 1987: 141). "(En alusión a la Lusitania) sus gentes son los célticos, los túrdulos, junto al Tajo los vetones y desde el Anas hasta el *Sacrum Promunturium* los lusitanos" (Plinio, N.H., IV, 116; traducción, García y Bellido, 1987: 143).

N.H., III, 19), y detalles de significativo desinterés<sup>17</sup>. Las pistas para tan vaga aproximación al territorio vetón son el río Tajo como eje aglutinador principal, el continente lusitano al oeste, la Celtiberia extensa al este y al norte el río Duero que les separa del dominio astur <figura 1>. Por lo demás, el territorio vetón no es más que un espacio interior a modo de cuña entre Celtiberia y Lusitania, a fin de cuentas el cerco aproximado de una antigua unidad étnica articulada dentro de los esquemas administrativos más occidentales del principado romano, que es básicamente la época en que escriben Estrabón y, algo después, Plinio<sup>18</sup>.

Este carácter de tierra de paso, de vía de difusión de gentes e ideas, al hilo de algo o de alguien pero nada relevante *per se*, también se desprende de puntuales anotaciones de los clásicos. Así, César (B.C., I, 38, 1-4) menciona por dos veces a los ejércitos de Petreyo, legado de Pompeyo, atravesando esa región (*ex Lusitania per Vettones*) para reunirse con su colega Afranio en el 49 a.C., con el fin de atacar conjuntamente a César en Ilerda. Un extracto mucho más tardío y marginal de San Jerónimo (*Contra Vigilancio*, cap.4; col. 356 c) señala cómo el librepensador Vigilancio difunde su palabra hereje desde la tierra de los vetones hasta la Galia. Vemos que aun en tiempos de San Jerónimo, que escribió a caballo entre los ss.IV al V, la antigua *Vettonia* se nos brinda, cierto es que muy secundariamente, como escenario de comunicación. Por aquellos mismos años bajoimperiales, Prudencio (*Perisetephanon* III, *Himno de Santa Eulalia*, vv.186-190) todavía se hace eco de dichas tierras, al hacerlas sede de la insigne colonia emeritense<sup>19</sup>.

Volviendo a los datos puramente geográficos, Ptolomeo (II, 5, 7) ofrece a mediados del s.II los nombres de once ciudades adscribibles al espacio de los vetones (*Lancia*

---

<sup>17</sup> Los pueblos montañoses del norte que Estrabón (III, 3, 7) se niega a nombrar "pues a nadie le agradaría oír hablar de esos nombres menos bellos y más ignorados"; las más de treinta tribus entre el Tajo y la Galicia costera que el geógrafo de Amasia tampoco se detiene a mencionar (Estrabón, III, 3, 5);... etc.

<sup>18</sup> En relación a los criterios geográficos utilizados por estos autores y al contexto político-ideológico en el que escriben, *vide* para Estrabón, Plácido (1987-88) y Pérez Vilatela (1989-90; *id.*, 1990). Para el caso de Plinio, Capalvo (1986). En ambos autores toda referencia a vetones, desgraciadamente para nuestro estudio -eminentemente protohistórico-, no debe ser extrapolada más allá de los límites de la ordenación administrativa romana imperial, con efectos de territorialidad provincial.

<sup>19</sup> Una huella de la personalidad histórica de la *Vettonia* se encuentra en los epígrafes que citan a unos *procuratores Lusitaniae et Vettoniae*. Así, parece que en época imperial se designaría con el nombre de Vetonia, no a una región etnológica y cultural precisa, sino, de una manera vaga, a una división administrativa tardía de la provincia lusitana, que ocuparía el sector oriental de la misma, en relación con la cual pone Roldán la existencia de estos *procuratores* documentados epigráficamente. Aunque, en último término, implicaría más una división en dos distritos financieros bajo un mismo mando (más ajustable para un *procurator*) sin conllevar una separación administrativa oficial (Roldán, 1968-69: 99). En nuestra opinión este dato demuestra la categoría que el territorio de una antigua entidad étnica prerromana conserva en la administración romana varios siglos después del cambio de era.

*Oppidana*, *Cottaeobriga*, *Salmantica*, *Augustobriga*, *Ocelum*, *Capara*, *Manliana*, *Laconimurga*, *Deobriga*, *Obila* y *Lama*). El astrónomo greco-egipcio, al igual que Plinio, alude al etnónimo vetones como al de una antigua tribu sobre la que ofrece la relación de los centros urbanos más destacados. Ambos autores, como en parte también Estrabón, hacen uso de la etnonimia prerromana en tiempos ya imperiales, como unidades de clasificación a las que estaban subordinadas las *civitates* que a su vez representaban las más pequeñas unidades de la administración romana (Untermann, 1992: 27-28). La presentación de las ciudades registradas en la geografía ptolemaica<sup>20</sup>, centros de población que su toponimia permite reconocer como hábitats prerromanos, nos va a servir para introducir los nombres de los enclaves vetones conocidos por los textos e itinerarios latinos, y las propuestas en torno a su localización<sup>21</sup>:

### *Augustobriga*

(Ptolomeo II, 5, 7; Plinio, N.H., IV, 118; Itinerario de Antonino, 438.5; Ravenate, 312.12)

Su emplazamiento debió estar cercano al límite este del territorio vetón. Si bien algunos autores con base en las distancias marcadas por los itinerarios la situaron, y sitúan, en el despoblado de Bascos en Navalmorealejo, Toledo (Blázquez y Delgado, 1920: 24; Roldán, 1968-69: 89; *id.*, 1975: 220), tiene mayor fuerza la reducción de su emplazamiento con el municipio cacereño de Talavera la Vieja, antaño en la orilla meridional del Tajo y hoy bajo el pantano de Valdecañas construido en 1963 (García y Bellido, 1961; Tovar, 1976: 235-236; Salas Martín, 1985: 52-53; Beltrán Lloris, 1982: 52; Arias -y Villagrasa-, 1987: 124-126; Albertos, 1990: 133; González Cordero/Quijada, 1991: 167-168; Aguilar-Tablada, 1996). De este yacimiento velado definitivamente a la investigación se conocían desde tiempo atrás restos epigráficos y de construcciones templarias romanas (el monumento denominado *Los Mármoles* ha conseguido salvarse al ser trasladado al término municipal vecino de Bohonal de Ibor), pero poco hay, al margen del sufijo toponímico, que asegure un hábitat prerromano.

### *Caelionicco*

(Itinerario de Antonino, 434.1; Ravenate, 319.10 = *Coloricum*)

<sup>20</sup> Localizar núcleos urbanos a partir de las coordenadas ptolemaicas, que no responden a la realidad actual, es muy inseguro. Se han llevado a cabo algunos intentos de incierto resultado. Sobre el grado ptolemaico en general, Solana (1972). En territorio vetón, hasta el momento el único ensayo específico corresponde a la tesis doctoral de J. Montero Vitores (1991).

<sup>21</sup> Epigráficamente tenemos documentados otros topónimos en territorio vetón. *Alea* se ha identificado con Alía, al sur de Cáceres (Mélida, 1924: 147); *Turgalium* con Trujillo (Tovar, 1976: 234); *Mirobriga* con Ciudad Rodrigo (Martín Valls, 1965; *id.*, 1976; Tovar, 1976: 248; Albertos, 1990: 139; T.I.R., K-29: 74); *Bletisama* con Ledesma (Roldán, 1968-69: 106; Tovar, 1976: 247; T.I.R., K-29: 32); *Eberobriga* con Talaván (Cáceres) por el hallazgo de un inscripción dedicada a *Munidi Eberobrigae Toutopalandaigae* -sin embargo, tal vez esté en conexión con *Eburobrittium* (Alboriz, cerca de Amoreira de Obidos) (Tovar, 1976: 238; Albertos, 1990: 136; T.I.R., J-29: 150); *Tongobriga*, ciudad a caballo entre vetones y lusitanos, es conocida por la inscripción (CIL II 743) hallada en Brozas (Cáceres) en que se mencionan unos *vicani Tongobrigenses* (Tovar, 1976: 240; Albertos, 1990: 142; T.I.R., J-29: 46). No ha mucho que Mangas (1992: 259) sugiere la posibilidad de reconocer otra comunidad prerromana vetona en las referencias a *Valut* y *Val(...)* (CIL II 857 y 858), que debió situarse en los límites de los territorios de *Mirobriga*, *Salmantica* y *Bletisama* (Tovar, 1976: 248). Además este autor propone identificar el castro prerromano de Iruña (Fuenteguinaldo, Salamanca) con *Urumia*, apoyándose en el contenido de una inscripción hallada en el despoblado de Iruña (CIL II 863) (Mangas, 1992: 262; T.I.R., K-29: 62).

Pequeña estación viaria en el *Iter ab Emerita Asturicam*. Durante mucho tiempo se quiso localizar en Baños de Montemayor (Cáceres). Roldán la emplaza 22 millas al norte de *Capara* en la finca de La Vega, entre los términos municipales de Puerto de Béjar y Peñacaballero (Cáceres) (Roldán, 1971: 89-91; Tovar, 1976: 244; T.I.R., K-30: 72).

---

#### *Caesarobriga*

(Plinio, N.H., IV, 118)

Se identifica con la actual Talavera de la Reina (Toledo). Este importante enclave romano se emplaza en un punto casi fronterizo a vetones y carpetanos, aunque nosotros, en la línea de otros autores (con dudas, Roldán, 1968-69: 83, 105-106; Tovar, 1976: 236; Valiente/Balmaseda, 1983: 137-138; González-Conde, 1986: 89, 91-92; Fernández Gómez, 1986: 938), tomamos la tierra de Talavera como espacio vetón, llevando el límite con la Carpetania, siempre de relación y extensión y no de dominio cerrado, más al este de *Caesarobriga*. Nos basamos para ello en la distribución de los verracos toledanos (Castelo/Sánchez Moreno, 1995) y en la continuidad ambiental, física y cultural que existe entre las comarcas del Campo Arañuelo cacereño y la Jara toledana (González Cordero/Quijada, 1991). Mucho más difícil resulta precisar si *Caesarobriga* fue un hábitat prerromano en el mismo lugar; los hallazgos del Hierro II son poco relevantes, con excepción de varios verracos que pudieron ser usados en tiempos romanos o proceder de puntos próximos. Hasta el momento la información disponible parece apuntar más bien hacia una fundación romana (Mangas/Carrobbles, 1992; Rubio, 1993).

---

#### *Capara/Cápera*

(Plinio, IV, 118; Ptolomeo, II, 5, 7; Itinerario de Antonino, 433.7; Ravenate, 319.11)

*Mansio* la vía de la Plata perfectamente ubicada en las antiguas Ventas de Cáparra, junto a Oliva de Plasencia (Cáceres) (Tovar, 1976: 242-243; T.I.R., K-29: 38-39; Cerrillo, 1994).

---

#### *Cottaeobriga*

(Ptolomeo II, 5, 7)

No ha sido localizada, desestimándose sus propuestas de identificación con Ciudad Rodrigo o con Almeida (Portugal), sin argumentos de peso. Recientemente M<sup>a</sup>.L. Albertos la sitúa hipotéticamente en la Beira Baja cerca de la frontera hispano-portuguesa (Albertos, 1990: 136; Tovar, 1976: 270; T.I.R., K-30: 107).

---

#### *Deobriga*

(Ptolomeo II, 5, 7)

Otro de los núcleos vetones peor reconocidos espacialmente (Tovar, 1976: 271; T.I.R., K-30: 110). Se conjetura con el entorno de la Raya de Portugal, en la zona de Alcántara (Albertos, 1990: 136).

---

#### *Lacinimurga/Laconimurgi*

(Ptolomeo II, 5, 7; Plinio, N.H., III, 14 = *Lacimurga Constantia Iulia* en la Bética)

Durante un tiempo se pensó que se trataría de un único centro, pero hoy prefiere hablarse de dos núcleos diferentes (barruntado por Roldán, 1968-69: 91 y García Iglesias, 1971: 93, y defendido recientemente con fuerza por Canto, 1989: 186-187, notas n<sup>o</sup> 170bis y 171): uno, vetón y meridional, que por el hallazgo de varias inscripciones acreditativas (la más conocida, CIL II 5550) se ubica en Cogolludo, al norte del Guadiana, próximo a Valdecaballeros en el área de Orellana la Vieja y Navalvillar de Pela (Badajoz), y otra *Lacimurga*, bética, con cognomen *Constantia Iulia*, en Constantina (Sevilla) para Roldán (1968-69: 91) y en Encinasola (Huelva) para A. Canto, según argumentos lingüísticos-

epigráficos. No obstante esta tesis de la duplicidad de *Lacimurga*, con la que nosotros estamos más de acuerdo, ha vuelto a ser rechazada en los últimos años por varios autores que siguen defendiendo la existencia de una única *Lacimurga*, la *Constancia Iulia* que individualiza Plinio, eso sí en el Cerro de Cogolludo (Navalvillar de la Pela) que está siendo excavado desde 1992 (Vaquerizo, 1986: 16; Aguilar *et alii*, 1992-93: 111-117; Aguilar/Guichard, 1993; Saéz Fernández, 1992-93: 101-103; T.I.R., J-29: 96-97); en nuestra opinión sin argumentos epigráficos suficientes como para excluir la interpretación contraria.

---

#### *Lancia Oppidana*

(Ptolomeo II, 5, 7; Plinio, N.H., 4, 118)

Además de en esas fuentes, aparece en la inscripción del puente de Alcántara (CIL II 760) como municipio que ayudó a sufragar su construcción. Parece constituir un punto limítrofe al oeste entre lusitanos y vetones. Roldán (1968-69: 88) y García Iglesias (1976: 267), atendiendo al término augustal (CIL II 460) que marca los límites entre los *Laciensis oppidani* y los *Igaeditani*, otro municipio atestiguado por la inscripción -en Idanha a Velha-, sitúan *Lancia Oppidana* en la cercanía de la Sierra de la Estrella, al norte de Idanha (*vid.* Tovar, 1976: 253; T.I.R., K-29: 63-64, donde la emplazan sin precisión al noroeste de la actual provincia cacereña, cerca de la frontera portuguesa).

---

#### *Lama*

(Ptolomeo II, 5, 7)

Fue situada con poca seguridad en Plasencia, por unos, y en Baños de Montemayor, según otros. Roldán la fija en un punto del territorio vetón próximo a *Capara* (Roldán, 1968-69: 92; Tovar, 1976: 234; T.I.R., K-29: 63).

---

#### *Manliana*

(Ptolomeo II, 5, 7)

Son escasos y muy inseguros los emplazamientos propuestos. El desconocimiento del lugar es total (Tovar, 1976: 241-242; T.I.R., K-30: 146; T.I.R., J-29: 104).

---

#### *Obila*

(Ptolomeo II, 5, 7)

Su correspondencia con la actual Ávila es tan tradicional como debatida. En última instancia Hernando (1995: 77-80) vuelve sobre el tema y plantea serias dudas para tal identificación. Al margen de esta discusión, no hay problema para admitir que el territorio en torno a la capital abulense formó parte nuclear del ámbito vetón, por la evidencia arqueológica de sus *oppida* y verracos (Tovar, 1976: 272; Rodríguez Almeida, 1980; Díez Asensio, 1990: 180-181; T.I.R., K-30: 163).

---

#### *Ocelon*

(Ptolomeo, II, 5, 7; Plinio, N.H., IV, 118)

Poco se sabe sobre su localización (T.I.R., K-30: 163), pero sí nos queda claro que nada tiene que ver, en contra de lo que durante mucho tiempo se mantuvo, con el *Octoduron* (*Ocelum Duri*) vacceo, hoy Zamora (Roldán, 1968-69: 93; *id.*, 1971: 178; así lo entendía ya Wattenberg, 1959: 71). Roldán sitúa orientativamente el *Ocelon* vetón en el entorno de la región de Béjar (Roldán, 1968-69: 90). Más recientemente J. F. Fabián (1986-87: 286) sugiere la posibilidad de identificarlo con uno de los poblados del yacimiento del Cerro del Berrueco (Salamanca), bien las Paredejas o Los Tejares.

### *Rusticana*

(Ptolomeo, II, 5, 6; Itinerario de Antonio 433.6; Ravenate 319.12 = *Bustiana*)

Se trata de la *mansio* más cercana a *Capera* por el sur, reducida por Roldán a la finca de Larios (Las Brujas), entre Fuente del Sapo y Galisteo, provincia de Cáceres (Roldán, 1971: 83-87; Tovar, 1976: 241; T.I.R., J-29: 136).

### *Salmantica*

(Polibio III, 14, 13; Livio, XXI, 5, 6; Fontino, *grom.*, p.2, A63; Plutarco, *Virt. Mul.*, 248; Ptolomeo II, 5, 7; Polieno, VII, 48; Agenno Urbico, *Comm.ad Front.*; Itinerario de Antonino, 434.4; Ravenate, 319.7)

Sin duda la actual Salamanca, está lo suficientemente testimoniada y estudiadas sus fuentes y orígenes como para detenernos ahora en ello (Bejarano, 1955; Solana, 1992; Maluquer, 1951; *id.*, 1956; Tovar, 1976: 245-246; Martín Valls *et alli*, 1991; T.I.R., K-30: 195-196). Tan sólo subrayaremos su condición de centro vetón más septentrional en frontera con los vacceos, no en vano al ser atacada por Aníbal en el 220 a.C. aparece identificada como ciudad vaccea (*Helmantica*).

### *Sentice/Sentica*

(Ptolomeo, II, 6, 49, la hace vaccea; Itinerario de Antonino, 434.3; Ravenate, 319.8)

*Mansio* del Camino de la Plata 24 millas al sur de Salamanca según los Itinerarios, por tanto en Vetonia, que Roldán no identifica con la *Sentice* que Ptolomeo (II, 6, 49) adscribe a los vacceos, en contra de lo que tradicionalmente se ha hecho y que ha servido de evidencia para la supuesta expansión de los vacceos sobre el territorio norte de los vetones hasta Salamanca, defendido en la historiografía hasta hace bien poco (Sánchez Moreno, 1995c: 486). Roldán sitúa la *Sentice* vetona en la finca de la Dueña Chica, Pedrosillo de los Aires (Salamanca) (Roldán, 1968-69: 93; *id.*, 1971: 92-95; Tovar, 1976: 244-245; T.I.R., K-30: 210).

### *Turmulos/Turmogon*

(Ptolomeo, II, 5, 6; Itinerario de Antonio 433.5; Ravenate 319.13)

En un área intermedia a los territorios lusitano y vetón por el sur se halla esta *mansio* de la Vía de la Plata, entre *Castra Caecilia* y *Rusticana*, sobre un punto poco determinado en la franja centro-meridional de la provincia cacereña. Según Roldán (1971: 83-87) en los alrededores del Cerro Garrote, al norte del Tajo. También se ha pensado en Alconétar (Caballero, 1970; Tovar, 1976: 239; T.I.R., J-29: 158-159).



### C. INFORMACIÓN DE CORTE ETNOGRÁFICO

#### LAS YEGUAS DE PONIENTE, LA PLANTA NATURAL VETTONICA Y EL PRIMITIVISMO DE UNA SOCIEDAD GUERRERA: ANÉCDOTAS PARA UN ESPACIO MARGINAL EN LAS FUENTES

En este grupo informativo clasificamos varias noticias de dispar contenido en las que se menciona, de forma directa o indirecta, a los vetones y/o a su región (Sánchez Moreno, 1996a: 27-31). En primer lugar, Silio Itálico (*Punica*, III, 378-383 y XVI, 362-365) retoma la leyenda, presente en otras fuentes, de las yeguas lusitanas fecundadas por el viento (Bermejo, 1976), en este caso extensible también a la tierra de los vetones<sup>22</sup>. Probablemente el relato nace como argumento etiológico de remota raíz lusitana, presente en el mundo griego y confeccionado a partir del atestiguado paralelismo entre el viento y el caballo. Por detrás de esta significación, de la noticia se desprenden dos importantes datos: a) la escenografía mítica con que a ojos de los clásicos se siguen revistiendo las tierras más occidentales e ignotas de la geografía antigua, siguiendo tradiciones remotísimas, y b) la importancia del género equino en la vida social, económica y religiosa de los pueblos del occidente peninsular, puesta de manifiesto en muchos otros testimonios (Sánchez Moreno, 1995-96: *passim*).

En segundo lugar hemos de citar la planta natural *vettonica*<sup>23</sup> (Plinio, N.H., XXV, 84), no pocas veces nombrada por autores de época tardía principalmente (recopilación de citas en Holder, 1962 III: 269-271 y Roldán, 1968-68: 97-98). Se le atribuyen diversas propiedades, como antiveneno, con fines terapéuticos, contra las picaduras de insectos, para fracturas en el cráneo, en infecciones de los ojos, hemorragias, estados de embriaguez, para la composición de infusiones, pócimas o tónicos, etc. Plinio, al igual que A. Cornelio Celso (*De Medicina*, V, 27, 10), creen que el nombre proviene de la tribu ibérica en cuyas montañas la hierba crece. Esta opinión ha sido mantenida por Schulten (1959, II: 386) y

<sup>22</sup> "Bálaro dispone las alas de los vetones para la lucha en campo abierto. Es en esta tierra donde, al tiempo que la amable primavera y las brisas que produce comienzan a ofrecer un nuevo calor, contribuyendo así a los recogidos concubitos, la yeguada sigue pastando; pero gracias al aura portadora de simiente en su interior, la fecunda Venus hace que engendren. Más los días de su vida son breves; con celeridad les llega tal prematura vejez que ya es viejo en demasía aquél que, en estas campiñas, logra sobrepasar la séptima estación calurosa" (Silio Itálico, III, 378-383; traducción de Roldán, 1968-69: 78-79). "Notable por su vigorosa testud y más aún por el cuello de ensortijadas crines. Parecerá increíble pero no tenía padre: Harpe fructífera había llevado en vuelo la semilla por los campos de los vetones por conducto de las nuevas oleadas del Céfiro" (Silio Itálico, XVI, 362-365; traducción de Roldán, 1968-69: 79).

<sup>23</sup> "Los vetones en Hispania (han descubierto) a la llamada *vettonica* en la Galia, *serratula* en Italia, *cestros* o *psicotrofon* en Grecia, muy alabada entre todas..." (Plinio, N.H., XXV, 84; traducción de García y Bellido, 1987: 181).

Roldán (1968-69: 97), mientras que por ejemplo García y Bellido (1987: 181, 272 nota nº251) rechaza la etimología y niega que el nombre derive del etnónimo vetón.

Finalmente vamos a dedicar unas líneas a la anécdota narrada por Estrabón (III, 4, 16) acerca de la singular reacción de los vetones en cierta ocasión al contemplar el trasiego propio en un campamento romano<sup>24</sup>. Resulta curioso ver cómo ha sido interpretada la chistosa historieta de Estrabón en la historiografía hispana<sup>25</sup>, pero en realidad, a nuestro juicio, el mensaje del relato, además de señalar la significación tan profunda que la guerra representaba en estas comunidades (aspecto sobre el que volveremos más adelante al analizar la contienda bélica como forma de contacto), esconde una clara intencionalidad historiográfica: la llamada de atención que Estrabón suscita sobre la escasa romanización de los vetones, o con otras palabras su acusada barbarie.

Llegados a este punto creemos necesario reparar en algunas ideas sobre Estrabón como fuente histórica. Esta reflexión resulta esencial para entender adecuadamente de aquí en adelante muchos de los datos -y sobre todo la manera en que éstos son alumbrados por las fuentes- que van a ser utilizados en nuestro trabajo. A pesar de todos los inconvenientes que su obra lleva implícitos, Estrabón sigue siendo el autor que más información transmite de los pueblos del interior peninsular. Tipológicamente su obra cabría clasificarla de naturaleza geo-etnográfica, pero la intencionalidad de su estilo y contenido supera el pretendido objetivismo que un lector de la época de Augusto podría encontrar en su lectura. Han sido algunos historiadores de habla francesa<sup>26</sup> y españoles<sup>27</sup> los que han puesto

<sup>24</sup> "Cuentan que los vetones, cuando entraron por primera vez en un campamento romano, al ver a algunos de los oficiales yendo y viniendo por las calles paseándose, creyeron que era locura y los condujeron a las tiendas, como si tuvieran que o permanecer tranquilamente sentados o combatir" (Estrabón, III, 4, 16; traducción Meana/Piñero, 1992: 108-109).

<sup>25</sup> Las opiniones van desde considerar la actitud de estas gentes como algo generalizable al carácter indolente del hispano por autonomasia (Pericot, Maluquer, Schulten, Sánchez Albornoz), conectable con algunas citas clásicas ensalzadoras del valor hispano (Livio, XXXIV, 17; Diodoro, III, 4, 14; etc.), pasando por una llamada de atención sobre su escaso espíritu trabajador anulado por la disyuntiva única de guerrear o descansar (Caro Baroja), o bien un ejemplo límite de la barbarie de un pueblo indígena (Roldán o Tovar), hasta hacer de la noticia una especie de leyenda sobre la bravura y la salvaje forma de vida de los vetones (Moreno Arrastio). Un desarrollo detallado de lo mismo en Sánchez Moreno (1996a: 28-29). Alonso-Núñez (1991: 86) pone en relación este párrafo con un comentario de Tácito (*Germania*, XV, 1) sobre los germanos y concluye que el pasaje funciona como *topos* genérico aplicable a los pueblos bárbaros. En un análisis muy sutil, P. Ciprés (1993: 179) deduce que este episodio estraboniano es reflejo de una realidad histórica en la que se contraponen la irracionalidad en dos esferas diferentes: la de los vetones, que no entendían la organización militar romana secuenciada en ese ejemplo por los legionarios que marchan por su campamento; y la del orden clásico, Estrabón como su delegado, quien también considera irracional -entre cómica e irónica- la reacción de estas gentes, rudas y salvajes, que no aciertan a asimilar las bases de la disciplina campamental romana.

<sup>26</sup> Entre otros, M. Clave-Lévêque (1974), a la que han seguido Van der Vliet (1984) y Tholland (1987).

<sup>27</sup> Blázquez (1974b), Lomás (1982), Plácido (1987-88), Domínguez Monedero (1984; *id.*, 1988b) o Bermejo (1986; *id.*, 1994), entre los más señalados. Una última revisión del tema, Gómez Espelosín *et alii* (1995: 56-58). Con otro talante,

sobre la mesa el resultado deformado de la *realidad indígena* que Estrabón refleja al interpretarla desde el prisma de una ideología imperialista. Es decir, en el geógrafo de Amasia prevalece una visión subjetiva e intencionada del tema a tratar y de la forma de hacerlo (Domínguez Monedero, 1984: 213; *id.*, 1988b: 180-182). Y el objetivo de ésta parece residir en contraponer los rasgos de barbarie y primitivismo con que describe a los pueblos ibéricos del interior frente a la estampa civilizadora y racional de la Roma del cambio de era guiada por Augusto, al servicio ideológico del cual escribe Estrabón<sup>28</sup>. Barbarie *versus* civilización, con lectura también en el binomio conquistado frente a conquistador.

Incluyendo éste y otros factores<sup>29</sup> dentro de un ejercicio de crítica literaria que no siempre ha sido contemplado por la historiografía<sup>30</sup>, podemos -y debemos- hacer uso de los textos clásicos, fuente fundamental para el historiador. Así, comprendemos algo mejor por qué el dictamen de los clásicos sobre nuestra región meseteña es el de una tierra marginal, poco conocida, en la que sus pobladores si se distinguen por algo, es por su ferocidad y beligerancia. Cuando se muestran en el registro literario, lo hacen siempre blandiendo sus armas. ¿Es entonces la guerra la única ocupación de los vetones, como insinuara Estrabón?... Sin duda la practicaron, y de ello hay mil pruebas, pero reducir las formas de vida y expresión de aquellas gentes a esa actividad resulta tan injusto como pensar que todo romano desplazado a la Península se movió con la misma codicia y crueldad con que lo hicieron Galba o Lúculo<sup>31</sup>. Las fuentes que transcriben la historia son imperfectas e

---

recientemente se ha suavizado la crítica a la obra estraboniana, justificando que su pensamiento es fiel reflejo de su tiempo (Montero, 1995-96).

<sup>28</sup> Dos claras muestras de esta idea se hallan en los comentarios que Bermejo, uno de los autores más críticos de esta corriente, dedica al párrafo de Estrabón, III, 4, 16 ("Sobre el *ateísmo* de los galaicos" y "Los excrementos y la política"). Para este autor estamos ante dos ejemplos de un discurso político denigratorio en el que se destacan todos aquellos caracteres supuestamente menos civilizados del bárbaro con el fin de señalar la benéfica influencia de la dominación romana (Bermejo, 1994: 45). Se repite el mensaje: justificar la conquista de los pueblos del interior peninsular aludiendo a su salvajismo y a los beneficios obtenibles con la *Pax romana*. Véase igualmente Bermejo (1978; *id.*, 1986).

<sup>29</sup> Al lado de la intencionalidad manifiesta de algunos autores (Gómez Espelosín *et alii*, 1995: 126-136; 140-145 y 153-157) hay que destapar otras limitaciones que el testimonio escrito puede conllevar, como son los estereotipos literarios (lo ideal es separar el discurso ideológico narrador de la realidad histórica narrada) o el desinterés de ciertos historiadores clásicos por indagar en la personalidad cultural de los pueblos que van siendo descritos. Por otra parte, un incorrecto uso de las fuentes desestima su validez, por ejemplo al manejarlas alternativa y atemporalmente a conveniencia, cuando sabemos que su mensaje responde a un momento preciso y que sólo en ese contexto es en el que debe ser traído a colación (Sánchez Moreno, 1996a: 32-33).

<sup>30</sup> García Quintela (1990; *id.*, 1991a) lleva a cabo una completa recopilación del mantenimiento de ciertos prejuicios de las fuentes clásicas, tocante a los pueblos prerromanos y a la conquista romana, en la historiografía moderna española, desde J. Costa hasta los años ochenta. (En la última de estas obras con especial atención a los pueblos lusitano y galaico). En suma, frente a los viejos postulados historiográficos -la *communis opinio*, como le gusta denominarlos-, aboga el historiador gallego por la necesidad de cambiar la aproximación a las fuentes y de proponer un nuevo modelo para entender esas sociedades y su período histórico (García Quintela, 1991a).

<sup>31</sup> "La guerra, por descontado, era un tema capital para la sociedad vetona (los ajuares de guerreros de las necrópolis vetonas de Cogotas II, entre otras cosas, así nos lo indican); pero también nos atrevemos a señalar que forzosamente no fue la única expresión de este pueblo. Sin embargo, de forma probablemente interesada, las fuentes se limitan a reflejar, en términos de rechazo y detracción, esta única fisonomía bélica, pues servía para subrayar la barbarie de un

incompletas en la medida que lo son también los hombres que interpretan un hecho después que éste ha acaecido. Por ello hemos de recurrir al mayor número de testimonios para llegar a una explicación más completa. En este propósito, a través de las siguientes páginas esperamos obtener una imagen más certera de los vetones en la que, en contra de la parcialidad de ciertos testimonios, un análisis abierto haga también más abierto el horizonte cultural de aquel pueblo.

---

comportamiento, criticar su necesidad de conversión a la civilización y, en último plano, justificar la acción de Roma en el suelo peninsular. Por tanto, no pensamos que los historiadores antiguos que escribieron sobre la Península ignoraran todo acerca de los vetones con excepción de su comportamiento bélico, sino que más bien omitieron, declinaron o escondieron otras noticias -sociales, económicas, religiosas, ideológicas, culturales...- que, tal vez, su puesta en conocimiento hubiera podido contradecir el propósito de sus obras. (...) la imagen que los textos clásicos nos ilustran acerca de los vetones es, ciertamente, sesgada" (Sánchez Moreno, 1996a: 35-36).

## I-1.3 ORÍGENES Y FORMACIÓN

### A- LA TRADICIÓN CELTISTA: LOS VETONES, UN PUEBLO ARCAICO DE ENTRONQUE INDOEUROPEO

Con anterioridad hemos visto cómo, a partir de las escuetas referencias de los clásicos sobre la localización del pueblo de los vetones, los eruditos de fines del s.XIX e inicios del XX especulan con la fijación de sus territorios, con la identificación de los escasos restos arqueológicos adscribibles a este grupo étnico (principalmente las *citancias* o castros celtas de la meseta occidental y los verracos) y con el origen étnico de aquellas poblaciones (Sánchez Moreno, 1995c).

Una de las primeras opiniones en esta línea fue la de M. Gómez Moreno que asigna a los vetones un origen ligur (Gómez Moreno, 1904: 37, 80) siguiendo la inclinación de su época por la tesis ligur propuesta por H. d'Arbois de Jubainville (1893; *id.*, 1894). Pero el verdadero impulso en el estudio de la génesis de las poblaciones primitivas peninsulares tiene un nombre propio: Pedro Bosch Gimpera. El gran prehistoriador catalán buscó en la combinación del registro arqueológico con la evidencia lingüística y las alusiones de algunos autores latinos, como César, sobre las diferentes tribus de celtas y su expansión desde Centroeuropa, la clave para sistematizar la entrada de tales grupos en nuestra Península en un esquema de correspondencia/dependencia cronológica, material, lingüística y étnica, de manera que quedara establecido el cuadro etnológico de nuestro poblamiento antiguo (Bosch Gimpera, 1932; *id.*, 1944; *id.*, 1974). En definitiva, Bosch da licencia a la teoría invasionista celta<sup>32</sup> que desde la década de los 30 hasta hace bien poco ha sido el argumento explicativo, más o menos camuflado, de la ascendencia de los pueblos prerromanos de la Iberia indoeuropea.

---

<sup>32</sup> El planteamiento de la tesis celtista tiene un origen filológico. El modelo de Bosch Gimpera está influido por la corriente historiográfica germana y se gesta a partir del estudio lingüístico de H. d'Arbois de Jubainville (1893; *id.*, 1894), la primera voz en relacionar la expansión de celtas, ligures para él, con la Península Ibérica. La opción ligur también fue defendida por A. Schulten (1914: 1922) basándose en un análisis de los textos clásicos y por Gómez Moreno (1949). Años después, J. Pokorny corrige a D'Arbois y sustituye la invasión ligur por la iliria, que precede a dos posteriores, la de celtas goidélicos y la de celtas britones (Pokorny, 1936; *id.*, 1940). Desde entonces, lingüística, arqueología e historiografía clásica han ido perdiendo la convergencia. El desarrollo de tales disciplinas en los últimos años señala que los tres tipos de testimonios no alumbran de igual manera ni tan fácilmente la antaño asumida invasión celta.

En un primer momento Bosch Gimpera diferencia dos *invasiones célticas*, la primera con entrada en la Península a través de los Pirineos orientales hacia el cambio de era, identificable con la cultura de Campos de Urnas (*Urnenfelder*) hallstätticos -ya celtas para este prehistoriador- y con asiento en Cataluña y el Valle del Ebro; y una segunda y amplia entrada de centroeuropeos en el s.VI a.C. debida a presiones germanas en el Bajo Rin que les empuja hasta el centro y occidente de la Península, provocando su celtización (Bosch Gimpera, 1932: 424-469). Poco después Bosch Gimpera (1942; *id.*, 1944; *id.*, 1950-51; *id.*, 1952-53; *id.*, 1960) evoluciona con respecto a su obra inicial y matiza algunos aspectos en la fijación de las oleadas celtas, sobre todo en relación al segundo gran movimiento en el que distingue tres grandes subgrupos o impulsos:

- 1) celtas-germánicos de Westfalia, compuesto por varios pueblos, -*cempsos*, *cimbrios*, *eburones*..., que penetran en los ss.VIII-VII a.C. hasta el Bajo Aragón, la meseta castellana, Extremadura y Portugal, dando lugar a la *cultura arcaizante hallstättica* de Cogotas I y a algunas tribus como la de los berones y pelendones
- 2) conglomerados de *sefes-turones*, que se establecerán en las llanuras del occidente meseteño, para alcanzar después León, Asturias, Galicia y el norte de Portugal poco antes del 600 a.C; parte de los cuales constituyen el antecedente de los históricos vetones conocidos siglos después
- 3) celtas belgas, entre los que se encuentran *suessiones*, *belovacos*, *nervios*, *ambianos*, *veliocasses*, *autrigones*, *caristios*, etc. Éstos llegarían a la Península Ibérica en el primer tercio del s.VI a.C., y de ellos, el grupo principal de belovacos, que con el tiempo se identificarán con los celtíberos de las fuentes clásicas, divididos a su vez en vascones, vacceos, arévacos, belos y titos -derivados cada uno a su manera de la misma raíz léxica de *belovacos*, según la argumentación de Bosch Gimpera- se extenderán hacia el interior peninsular dominando y arrinconando a las poblaciones de origen céltico anteriores: los arévacos a los pelendones en torno a la provincia de Soria, los belos y los titos harán lo propio con los lusones en la región del Jalón y los vacceos con el antecedente de los vetones a los que limitan a las altas cumbres del Sistema Central -Gredos, Gata- (Bosch Gimpera, 1942: 75-91; *id.*, 1944: 125-132).

En conclusión, Bosch Gimpera califica a los vetones como grupo celtizado de arcaico origen anterior (Bosch Gimpera, 1944: 151). Culturalmente para toda la región vetona distingue tres fases: Cogotas I, como la cultura hallstättica más arcaica propia de la

meseta; Cogotas II, cultura de los vetones celtas, desde el s.VI a.C. en adelante; y Cogotas III, cultura *posthallstättica* vaccea, protagonizada por los vacceos que procedentes de la última oleada de celtas belgas someten a los vetones y se extienden sobre parte de su antiguo territorio en el s.III a.C. (Bosch Gimpera, 1942: 53, 62-63). El legado de Bosch en la bibliografía posterior es extensísimo hasta el punto de poder afirmar que aun hoy está presente en algunas síntesis<sup>33</sup>.

En resumen, la orientación invasorista celta infiere lo siguiente a propósito de la exégesis de los vetones:

- 1) Este pueblo tiene un entronque indoeuropeo arcaico, paralelizable al de las culturas hallstätticas de Centroeuropa.
- 2) A mediados del Ier milenio a.C. sufre la presión de nuevos grupos indoeuropeos, los llamados celtas belgas, una de cuyas familias, la de los vacceos, reducen el antiguo espacio vetón por el norte<sup>34</sup>, hasta acorralar a estas gentes antiguas en las sierras del Sistema Central. El marco territorial primigenio de los vetones fue restaurado por parte de la administración romana, en agradecimiento al supuesto comportamiento filo-romano de los vetones durante la conquista, en contraste con la acción rebelde de los celtíberos, llegados en la última oleada y en clara expansión por todo el interior peninsular.

<sup>33</sup> A Bosch Gimpera han seguido la práctica totalidad de autores contemporáneos y posteriores, que a lo sumo introducen alguna rectificación en el número, cronología o carácter de las entradas de gente centroeuropea a la Península: A. Schulten, M. Almagro Basch, A. García y Bellido, J. Martínez Santa-Olalla, J. Caro Baroja, A. Tovar desde el plano lingüístico, J. Maluquer de Motes, B. Taracena, A. Molinero, M. Sayans Castaños, J. Gómez Tabanera, J.M<sup>a</sup>. Blázquez, J.A. Lomas, M. Tarradell, M. Salinas de Frías, F. Fernández Gómez, G. López Monteagudo, J.M. Solana Sainz, etc. (una revisión del tema en Sánchez Moreno, 1995c: 476-493). En los últimos años, Almagro Gorbea partiendo de un supuesto parecido, con necesarias transformaciones y adaptando los postulados de la revolucionaria *celticidad acumulativa* (Renfrew, 1990), ha propuesto un (¿nuevo?) modelo para explicar la celtización de la Península, en la que vislumbra dos niveles de indoeuropeización: el sustrato protocéltico (desde el Bronce Final hasta el s.VI a.C.) y el céltico difundido desde la meseta oriental (en la Segunda Edad del Hierro) (Almagro Gorbea, 1990b; *id.*, 1991; *id.*, 1992; *id.*, 1993a; *id.*, 1995a). Este patrón de análisis ha sido adaptado en recientes ensayos regionales (Lorrio, 1995a; *id.*, 1995b; Berrocal, 1995a).

<sup>34</sup> Ejemplos de esta expansión de vacceos sobre vetones, y de la posterior retribución de sus territorios originales por parte de Roma, serían: 1) *Salmantica* ciudad vaccea en tiempos de Aníbal (Polibio, III, 14, 9; Lvio, XXI, 5), mientras que después, a mediados del s.II, es citada como centro vetón (Ptolomeo, II, 5, 7); 2) *Sentice* núcleo vacceo (Ptolomeo, II, 6, 49) que los itinerarios sitúan veinticuatro millas al sur de Salamanca, en tierras vetonas. De nuevo hay que remontarse a Bosch Gimpera (1932: 531-532) para encontrar el arranque de esta suposición, cultivándose desde él y gracias a él en la bibliografía posterior. En nuestra opinión esta interpretación descansa en un error triple: 1) una metodología deudora de la corriente invasorista celta predominante en aquel momento, 2) un uso incorrecto del concepto de territorio y dominio político para tiempos prerromanos, y en relación con el último punto, 3) la inconveniencia de acomodar autores clásicos muy diferentes en tiempo y contenido con circunstancias históricas anteriores (Sánchez Moreno, 1995c: 486-487).

## **B. FORMACIÓN ETNOGÉNICA: BASE E INFUJOS ENTRE EL GUADIANA Y EL DUERO DURANTE EL 1er MILENO a.C. HACIA UNA DEFINICIÓN ETNO-CULTURAL DE LO VETÓN**

Los nuevos tiempos y el avance investigador hacen que hoy busquemos otras formas de aproximación a los procesos de formación etno-cultural. Para el caso que nos atañe, en lugar de seguir pensando en la implantación de entidades celtas con culturas importadas y configuradas de antemano, somos partidarios de hablar de Etnogénesis, entendiendo por lo mismo un complejo y extenso proceso del que forman parte variados elementos: adaptación al medio, sustrato cultural, corrientes innovadoras, aculturación y asimilación de estímulos, contactos de variada índole.... etc. (Almagro Gorbea, 1987; Pereira, 1992; Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992).

A continuación vamos a ofrecer a través de un rápido examen diacrónico de la secuencia arqueológica de este espacio una visión de esos procesos<sup>35</sup>, con el fin de conocer las características formales del posterior grupo vetón e intentar precisar desde cuándo constituye un conjunto culturalmente identificado y, por tanto, definido.

Hemos de tener en cuenta la diversidad geográfica y cultural de la región de estudio, como ya se ha dicho, determinante de una heterogeneidad de círculos culturales diferenciados, principalmente a ambos lados del Sistema Central, que sin embargo no implica la inexistencia de rasgos comunes. Pueden establecerse dos sub-áreas para la totalidad del posterior marco geo-cultural vetón<sup>36</sup>: por una parte toda la región comprendida al norte del Sistema Central, territorio que corresponde a buena parte de las provincias de Salamanca y Ávila, y por otra la porción cacereña al sur del Sistema Central

---

<sup>35</sup> Partimos por reconocer, a diferencia de otras tendencias historiográficas de tiempo atrás, que entre *pervivencia indígena* e *innovación/invasión* hay estadios intermedios que deben ser contemplados: transformación, aculturación, aglutinación, interacción, adopción de modas, influjos o elementos, etc. Visiones particulares sobre el fenómeno aculturador y el contacto intercultural, se encuentran en Alvar (1990) y en González Wagner (1993). A las formas de contacto en el mundo antiguo y a su revisión historiográfica dedicamos el capítulo III-1.1.

<sup>36</sup> Esta diferenciación regional en dos marcos responde al esfuerzo por presentar un tratamiento de la secuencia cultural del amplísimo territorio vetón más homogéneo y asequible en dos frentes, el meseteño septentrional y el extremeño. Sin embargo esta secesión no tiene por qué negar el reconocimiento de una entidad vetona global tanto en lo geográfico como en lo cultural, con las lógicas particularidades que se señalan. Por ello no es que acatemos la distribución de grupos culturales llevada a cabo por Schüle (1969), que diferenciaba drásticamente la llamada *Duero Kultur*, al norte del Sistema Central, la *Tajo Kultur*, al sur, y el *Gruppe von Avila* (Cogotas-Chamartín), conformado por elementos de las dos culturas anteriores; sino que creemos que hoy ya no se debe pensar en una separación tan rotunda de ambos círculos culturales, sino en una relación de mayor contacto manifiesta, precisamente, a partir del ámbito vetón que se extiende por ambas vertientes del Sistema Central.



hasta el Guadiana como límite meridional aproximado. En esta segunda sub-área cabría diferenciar una región intermedia entre ambas cual es la situada entre las estribaciones meridionales de la Cordillera Central y el Tajo, espacio a caballo entre la región propia de la meseta norte (Salamanca, Ávila) con más influencia indoeuropea y la región extremeña (Cáceres), más abierta a contactos atlánticos desde el Bronce Final y orientalizantes del suroeste peninsular (González Cordero/Quijada, 1991: 156).

Aunque interior por su situación, nuestra área de estudio participa en diferente grado de las tres principales corrientes culturales de la protohistoria europea, el círculo atlántico, la Europa continental y el Mediterráneo. Precisamente, fruto de esos contactos se acelerará el proceso de formación y desarrollo de los pueblos peninsulares dentro de un marco de aculturación paulatina a partir de dos fundamentos:

- 1) El contacto con los elementos/fenómenos culturales exteriores.
- 2) El sustrato cultural local y su grado asimilador con respecto al primer factor.

El resultado, tras un proceso muy complejo y difícil de reducir a un esquema seguro, es la configuración de una entidad étnico-cultural diferenciada pero a la vez con muchos elementos compartidos con otras culturas, y en constante evolución.

Hoy se admite que es en el Bronce Final, y en su tránsito hacia la Primera Edad de Hierro, cuando hay que situar el momento de partida de los procesos de etnogénesis (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 491). Por una parte el sector occidental de la meseta está vinculado, desde tiempo atrás incluso, con el círculo cultural atlántico a través de una serie de materiales y depósitos metálicos de clara filiación<sup>37</sup> (Coffyn, 1985; Ruiz-Gálvez, 1984; *ead.*, 1987; Delibes/Fernández Manzano, 1991), principalmente en el área

---

<sup>37</sup> A juicio de Ruiz-Gálvez, estos contactos atlánticos afectarían al desarrollo social, económico, tecnológico y religioso de las gentes del Poniente peninsular, entre las que se hallan las de la meseta occidental; en aspectos como: manufacturas metálicas atlánticas, introducción de nuevos cultivos y técnicas agrícolas, cambios en los sistemas de posesión de la tierra, llegada de ideas abstractas y elementos simbólicos asociados al guerrero, uso del oro como elemento de estatus y vehículo de alianza, progresiva sedentarización de la población, generalización de un ritual funerario que no dejaría huellas arqueológicas... (Ruiz-Gálvez, 1986; *ead.*, 1988a; *ead.*, 1993). Incluso con transmisión de una lengua propia, pues para Ruiz-Gálvez el lusitano sería un dialecto indoeuropeo adoptado cual código comercial por parte de la élite dirigente en las relaciones del Bronce Atlántico (Ruiz-Gálvez, 1990b; *ead.*, 1991). La crítica a esta sugestiva tesis viene encabezada por los filólogos (un ejemplo en Villar, 1992; al que se suman los criterios de J. Gorrochategui y J. de Hoz).

extremeña, pero también en el reborde montañoso de la meseta septentrional (cabeceras del Esla y del Pisuerga).

Sin embargo la cultura característica de toda la región meseteña, especialmente la septentrional, durante el Bronce Final es la conocida desde tiempos de Juan Cabré como Cogotas I, habida cuenta que define la primera fase de ocupación del *clásico* yacimiento abulense (Blasco, 1984). Su identificación viene dada en unas decoraciones cerámicas específicas, la excisa y el tipo *boquique* ("punto en raya"), documentadas por primera vez en la cueva cacereña del mismo nombre, próxima a Plasencia. Tras ser debatidos fuertemente su origen y cronología, el sorprendente aumento de hallazgos de este tipo permite hoy reconocer la cuna indígena de esta cerámica meseteña, heredera del mundo campaniforme y de culturas calcolíticas locales, que desde un probable foco original en el suroeste de la meseta norte, se expande por la mesetas oriental y central, Levante y Andalucía (Martín Valls/Delibes, 1973; *eid.*, 1976; Molina/Arteaga, 1976; Fernández Posse, 1982; *ead.*, 1986; Blasco, 1984; Delibes, 1984; Delibes/Fernández Manzano, 1981; Delibes/Fernández Miranda, 1986-87; Delibes/Romero, 1992: 234; Romero/Jiménez, 1993: 176-184; Castro Martínez *et alii*, 1995).

Por curioso que parezca y a pesar del considerable progreso de los últimos años, apenas si conocemos otra cosa que no sean las características cerámicas del horizonte cultural de Cogotas I. Nos falta aun mucho para calificar bien el poblamiento, la base económica, la movilidad y el rito funerario de aquellos grupos. En general los hábitats parecen constituir emplazamientos temporales, o al menos con estructuras poco consolidadas, a base de los típicos *fondos de cabaña* que integran poblados a media altura, próximos a cauces fluviales y sin amurallar por lo general. Este dato y la presencia de cerámicas cogoteñas en puntos exteriores del litoral mediterráneo llevó a plantear con ahínco el carácter pastoril y la amplia movilidad de estas gentes, aspecto que será retomado en otro lugar. Respecto al mundo funerario, la escasez de testimonios domina el panorama pues sólo se han documentado adecuadamente contadas inhumaciones (Renedo de Esgueva, San Román de Hornija...) registradas en contextos heterogéneos (enterramientos en cuevas, sepulcros megalíticos reutilizados, cistas con túmulo) (Esparza, 1990b). Recientemente se ha propuesto que los *fondos de cabaña* pudieron servir de hoyos

funerarios, si no con una constatación real sí al menos simbólica pues la norma habitual habría sido el rito sin presencia física del cadáver (González-Tablas/Fano, 1994).

Nos interesa ahora resaltar la unidad que estos elementos otorgan a la región meseteña en el Bronce Final, o tal vez desde algo antes pues se sugiere envejecer la aparición de Cogotas I a tiempos del Bronce Medio, en torno al 1.700/1.600 a.C. y con una duración hasta el cambio de era (Delibes *et alii*, 1995a: 58-59; Castro Martínez *et alii*, 1995: 88-91). La fuerza de esta cultura es notoria en toda la meseta occidental, y sobre todo alrededor del Sistema Central, en ambas vertientes. Así lo demuestran los hallazgos cerámicos y en menor medida metalúrgicos (hachas de tradición del Bronce Medio, moldes de fundición y algún puñal de remache) de puntos como Las Cogotas (Cabré, 1930: 42-46; Blasco, 1984), El Berrueco (Maluquer, 1958a: 69; Fabián, 1986-87: 275-278) y Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 91-92; González-Tablas, 1986-87: 50; *id.*, 1989: 118) en la provincia de Ávila, La Mesa de Carpio Bernardo en Villagonzalo de Tormes, Salamanca (Martín Valls/Delibes, 1973) a los que podemos añadir los de Las Herencias en Toledo (Moreno Arrastio, 1990: 278, 292) y las cerámicas de *boquique* de las cuevas cacereñas de Boquique (Rivero de la Higuera, 1972-73a; Almagro Gorbea, 1977: 82-97), El Conejar (Cerrillo, 1983; Saucedo, 1984) o Maltravieso (Saucedo/Cerrillo, 1985). Esta distribución ha llevado a singularizar un importante grupo en el eje Cogotas-Sanchorreja-Berrueco-Boquique con homogeneidad geográfica y semejanzas culturales (Almagro Gorbea, 1977: 119), aunque otros autores piensan que las cerámicas de boquique de las cuevas cacereñas no demuestran una presencia fehaciente de Cogotas I (Enríquez, 1990: 69).

A finales de este período, en la transición final del Bronce al Hierro, aparecen en territorio extremeño e incluso más al interior las conocidas estelas del suroeste, que alcanzan buena parte del posterior solar vetón como demuestran los ejemplares registrados en la provincia de Cáceres, en la de Toledo, en incluso en la de Salamanca con los hallazgos de Ciudad Rodrigo<sup>38</sup>. Las estelas testimonian la penetración en este territorio de indudables estímulos externos, que como tal serán analizados en el capítulo de antecedentes. En este mismo horizonte Proto-orientalizante se ha de situar la presencia de cerámicas bruñidas con decoración reticulada en el interior -tipo Carambolo- propia de Andalucía occidental y con motivos geométricos exteriores, más afín a la del centro y sur

---

<sup>38</sup> Sobre las estelas *vid.* apartado III-2.2, especialmente las notas 6 y 7.

de Portugal, en los yacimientos cacereños de El Escobar, Boquique y la Era (Enríquez Navascués 1990: 76; Celestino *et alii*, 1992: 312).

Estos influjos iniciales meridionales se verán intensificados en los siguientes siglos de una manera notabilísima con una serie de hallazgos originarios del Mediterráneo oriental o bien imitaciones locales que caracterizan la Primera Edad de Hierro en Extremadura, más conocida como Período Orientalizante (Almagro Gorbea, 1977; *id.*, 1990a; Celestino, 1995a), así bautizada por Almagro Gorbea, pero que también arriban a puntos de la meseta septentrional, tal y como veremos en su momento. Ahora bien, ¿qué está ocurriendo en el sustrato local de nuestra región interior en el tiempo en que se introducen estas novedades?

En este marco aproximadamente en torno a los ss.IX-VIII a.C. se está produciendo una transformación general en el patrón de asentamientos que más que a cambios étnicos, como antes se pensaba, parece deberse a la adopción de nuevas formas de subsistencia, de control territorial y de organización social más complejas, resultado de influjos recibidos tanto de la zona nuclear tartésica como del mundo de Campos de Urnas del Ebro, por lo que parece el momento de intensificación de los procesos de etnogénesis de poblaciones posteriores (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 491). Alrededor de la cuenca central del Duero en la última fase del Bronce Final se produce un cambio en los asentamientos, ahora de tipo más estable y nuclearizado, predominantemente en llano, con características viviendas circulares de adobe, en ocasiones con murallas también de adobe, con una producción cerámica diferenciada en relación a la de Cogotas I y una vocación económica más patente que se conoce como facies de Soto de Medinilla (Valladolid), pues toma el nombre del yacimiento epónimo excavado por Palol a finales de los años 50. Como se sabe, este horizonte cultural identifica la Primera Edad de Hierro en la meseta norte, en especial en el territorio proto-vacceo<sup>39</sup>. Al sur del Duero se extiende menos profusamente en torno a afluentes como el Adaja y el Zapardiel, reconociéndose en los núcleos de Salamanca (Martín Valls *et alii*, 1991), Ledesma (Benet *et alii*, 1991), el cerro de San Pelayo en Martinamor (Benet, 1990) o Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito/Martín Benito, 1994: 119), todos ellos incluidos en el marco señalado después para los vetones.

---

<sup>39</sup> Nos ocupamos detenidamente de esta cultura en el apartado dedicado a la etnogénesis de los vacceos (I-2.3 B); una recopilación bibliográfica en la nota 26 de ese mismo capítulo.

Más característica es la perduración de la fase final de Cogotas I en las altas tierras salmantinas y abulenses hasta el 700 a.C. Esta realidad arqueológica viene representada en una serie de asentamientos en alto tipo castro, tan emblemáticos como Sanchorreja (Maluquer, 1958b), el Cerro del Berrueco (Morán, 1924; Maluquer, 1958a) y Las Cogotas (Cabré, 1930), en la provincia de Ávila. Los resultados de la re-excavación del primero de estos yacimientos por parte de González-Tablas han matizado la secuencia que del mismo hiciera Maluquer<sup>40</sup> y parecen diferenciar el grupo cultural de la Primera Edad de Hierro característico en esta parte de la meseta, paralelo y muy próximo al horizonte Soto de la cuenca del Duero, identificado como Sanchorreja II<sup>41</sup>. Según González-Tablas este nivel sería visible desde el 650 a.C. y se caracterizaría por la presencia ya de cerámica a peine (que dejaría de ser fósil definidor de la cultura de Cogotas II de la Segunda Edad de Hierro, como tradicionalmente se tiene), modalidad que se expandiría desde aquí hacia el otro grupo cultural del Hierro I en la meseta norte -la cultura de Soto-, provocando allí el final de su última fase y dando lugar finalmente a Cogotas II, período clásico del Hierro II meseteño<sup>42</sup> (González-Tablas, 1986-87: 55-56; *id.*, 1989: 125; *id.*, 1990: 57-74); si bien modernamente se está matizando el recurso de tomar la expansión de un tipo cerámico como marca de hiato y detonante de un nuevo grupo cultural.

Los enclaves amurallados tipo Sanchorreja de este horizonte presentan indudable unidad cultural, y marcan, tal y como se está reconociendo últimamente, el inicio del proceso de concentración urbana que conducirá a la aparición de los *oppida* de la Segunda Edad del Hierro (Delibes/Romero, 1992: 244, 247; Almagro Gorbea, 1994; *id.*, 1996a). Asimismo también conviene resaltar que frente a la meseta oriental donde existen graves problemas de articulación entre Cogotas I y el Primer Hierro hasta el s.VII a.C., en la zona occidental de la meseta no se perciben tales problemas o al menos no tan acusadamente,

<sup>40</sup> A lo que Maluquer había llamado Sanchorreja I, con cronología aproximada de 700-500 a.C. (Maluquer, 1958b: 91-92), corresponden los niveles VI y V, integrables en Cogotas I que González-Tablas observa con una cronología obviamente más alta, y en el Sanchorreja II de Maluquer, momento paralelo a Cogotas II (Maluquer, 1958b: 92), González-Tablas sitúa los niveles IV y III, con la particularidad de que el IV no forma parte del Hierro II sino todavía del Hierro I, fechable en torno al 650 a.C., y con presencia novedosa de cerámica a peine (González-Tablas, 1989: 118-125). Además no cree que este segundo nivel sea producto de la ocupación del yacimiento por gentes foráneas indoeuropeas, tal como había pensado Maluquer quien en la reconstrucción histórica del yacimiento llama vetones a la población del nivel inferior de Sanchorreja y vacceos a los responsables de la matización cultural del nivel superior y en último término también responsables de la total destrucción del castro hacia el 400 a.C., como un episodio más del proceso de expansión de los vacceos sobre la submeseta inferior vetona (Maluquer, 1958b: 99-100).

<sup>41</sup> Este horizonte arraigaría en el borde meridional de la meseta norte, pues se documenta en el poblado de Cancho Enamorado, dentro de El Berrueco (Fabián, 1986-87: 275-278; González-Tablas, 1986-87: 53), además de en El Cerro de San Vicente y Picón de la Mora, ambos en Salamanca (González-Tablas, 1989: 127).

<sup>42</sup> Sin embargo, tal y como se apunta al hablar de la formación cultural vaccea, la cerámica peinada pudo aparecer en el valle del Duero algo antes e incluso de forma autóctona (Sacristán, 1986-87b; Sanz, e.p.-b.).

con los horizontes *hermanos* Soto y Sanchorreja<sup>43</sup>, donde en general se admite una continuidad, bien representada en los poblados de Sanchorreja, El Berrueco y Las Cogotas.

En la región meridional del espacio posterior vetón el tránsito del s.VI al V a.C. representa un momento todavía no muy bien conocido pero sin duda influenciado por la crisis de Tarteso, que afectó a todo su *hinterland*. En esta región extremeña no se había desarrollado el horizonte Sanchorreja II tan manifiestamente como al norte, entre otras cosas porque la topografía es muy diferente y porque el intensísimo contacto con el sur posibilitó otras formas de ocupación. Aquí, la *conmoción* cultural y económica que supuso la decadencia de Tarteso se ha puesto en relación con la entrada de pueblos del interior peninsular que marcarían cierta discontinuidad cultural con respecto al momento anterior, hasta el punto de poder hablar de *continentalización* o *celtización* del sustrato orientalizador que sin embargo pervive con fuerte arraigo unos siglos más, especialmente en enclaves vetones de la Alta Extremadura (Pajares) -no en vano es el momento de mayor esplendor del importante yacimiento de Cancho Roano- (Almagro Gorbea, 1977: 485, 507-509; Rodríguez Díaz, 1990: 132-133, 142-143, 150-152; Rodríguez Díaz, 1994; Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992: 536; Celestino, 1991a; *id.*, 1992b; *id.*, 1996). El resultado de este proceso poco definido sería el panorama más homogéneo de *la cultura de los Castros* de la Segunda Edad de Hierro extremeña (o como ahora se prefiere, *Cultura de los Oppida*; Almagro Gorbea/Martín Bravo, 1994; Rodríguez Díaz, 1995b: 91-97), ampliamente vinculada con el mundo de Cogotas II. Lo que en un principio se interpretó como ruptura total y llegada de pueblos de filiación indoeuropea, hoy se prefiere entender, al menos ésta es también nuestra opinión, como una sustitución parcial de los influjos mediterráneos-coloniales por otros surgidos de la propia dinámica interna tras un proceso de adaptación,

<sup>43</sup> En general se piensa que en el horizonte Soto habría un mayor peso de la agricultura, mientras que en el Sanchorreja la base sería ganadera, pero en una posición de control territorial de cara al intercambio de productos y al dominio de los focos de materias primas (Romero/Jimeno, 1993: 187).

En una reciente propuesta F.J. González-Tablas y A. Domínguez barajan el trasfondo cultural de ambos grupos, claramente homogéneo a pesar de obligadas peculiaridades locales, para concluir que "nos inclinamos a utilizar una única denominación para hablar del contexto histórico característico de la meseta norte durante la Primera Edad del Hierro. A pesar de las implicaciones que tiene el término cultural de Soto, su peso específico (...) es razón suficiente para considerarlo como el más apropiado. En el grupo Soto debe integrarse, a nuestro modo de ver, todo yacimiento que proporcione un conjunto material equiparable, aunque no idéntico, al de los poblados actualmente conocidos y que se encuentre en un grado de evolución similar. Este último dato tiene una importancia vital puesto que la transición hacia la Segunda Edad del Hierro pudo estar marcada por una transformación que en ningún caso se emparentaría con un gusto decorativo específico, sino que se relacionaría con una modificación en el sistema económico de la sociedad" (González-Tablas/Domínguez, 1995: 197). Estos autores se inclinan por considerar la adaptación del torno de alfar como la novedad técnica que pudo ocasionar dichos cambios.

lo que explicaría la transformación paulatina de la que surge la cultura castreña extremeña, aun mal conocida pero considerada heredera más o menos directa de esos componentes culturales orientalizantes y del sustrato local del Hierro I, a semejanza de lo que ocurre en la cultura turdetana e ibérica de otras áreas peninsulares (Almagro Gorbea, 1990a: 108-109; Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 492; Celestino *et alii*, 1992: 327; Rodríguez Díaz, 1995b; Almagro Gorbea/Martín Bravo, 1994). Lo que es indudable es la vinculación de estos *oppida* o poblados amurallados de la alta Extremadura con el ambiente cultural meseteño de Cogotas II, yacimientos que serán presentados en el próximo apartado.

Efectivamente, la Segunda Edad de Hierro en el sector más septentrional de nuestro territorio, provincias de Salamanca y Ávila, se define en un horizonte claramente uniforme, el aludido Cogotas II. Se le tiene como resultado de la evolución del sustrato anterior del Hierro I, bien afectado por los influjos meridionales, como se acaba de comprobar, sin que se detecte una ruptura con la etapa precedente (Sanchorreja II).

Arqueológicamente dos elementos tradicionales han servido para marcar el apogeo de esta cultura del Hierro II en la meseta occidental: el amurallamiento y la cerámica peinada. En primer lugar, desde tiempos de Maluquer se reconoció la tendencia en los poblados meseteños y también de la alta Extremadura a dotarse de murallas siguiendo el ejemplo de Sanchorreja a partir del 500 a.C. (Maluquer, 1958b). Este rasgo, uno de los más característicos del poblamiento vetón, se explicó de forma mecánica por efecto de la consabida *expansión* del grupo celtibérico o protoceltibérico hacia occidente (Maluquer, 1954: 31-32). Pero en la actualidad las consideraciones sobre la fortificación de estos hábitats han variado. Por una parte hemos visto cómo su origen puede remontarse a un momento anterior, todavía en el Hierro I; además a la hora de dar una explicación a tal fenómeno se proponen alternativas a la tradicional (respuesta a la amenaza celtibérica): se trató de un comportamiento sincrónico en toda la meseta (Martín Valls, 1986-87: 68), fue anterior al proceso de celtiberización (Martín Valls/Esparza, 1992: 268), o constituye el resultado del desarrollo socio-económico interno propio de esa región vetona, que con el amurallamiento de sus poblados mostraría el nivel de recursos y riqueza disponible, la presencia de una jerarquización política y la idea de permanencia, estabilidad y control del espacio geográfico sobre el que se emplazan (Alvarez Sanchís, 1993a: 256; Almagro Gorbea, 1994; Sánchez Moreno, 1996b). Algo parecido se puede concluir con relación a la

cerámica incisa a peine. Ya Maluquer vió en ella el *pasaporte oficial de entrada* en la Segunda Edad del Hierro hacia el s.V a.C., con una irradiación desde el área proto-vetona salmantino-abulense hacia el norte, este y sur, regiones que se verían *cogotizadas* a tenor del reconocimiento de aquellas cerámicas. R. Martín Valls, uno de los mejores sistematizadores de la Edad del Hierro meseteña, ha mantenido a grandes rasgos la lectura de Maluquer, si bien ha profundizado considerablemente en la seriación y distribución de estos modelos tras una meritoria labor de muchos años de investigación<sup>44</sup>. Pero, como hemos tenido ocasión de indicar, hoy no ofrece dudas aceptar la aparición de la especie peinada en el s.VII a.C., con lo cual lo que antes era sello de Cogotas II hoy debe verse como producto elaborado por las gentes serranas del Primer Hierro de la zona, que eclosiona, eso sí, en los siglos posteriores a la vez que otros rasgos culturales. Estos indicios pregonan que la unidad cultural del *clásico* Cogotas II arranca siglos antes en ese mismo escenario.

Hasta los más escépticos asumen que *grosso modo* el grupo cultural Cogotas II es identificable con la entidad étnica de los vetones reconocida en las fuentes clásicas<sup>45</sup>. Nosotros defendemos, como conclusión del repaso que hemos llevado a cabo, fijar el arranque de la formación cultural y étnica de la entidad que conoceremos siglos después como vetona, el momento de transición del Bronce Final al Hierro I. Proponemos desde aquí hablar de este período de formación como de fase proto-vetona, que abarcaría *grosso modo* hasta el Hierro II (hacia el 450 a.C., por dar una fecha relativa), momento en el que la maduración de los elementos culturales más definitorios y la cercanía de los testimonios literarios ratifican una identidad vetona ya consolidada que no es ni más ni menos que la eclosión del proceso formativo previo, especialmente visible en el Hierro I. Nos lleva a ello el análisis del registro secuencial arqueológico brevemente esbozado en estas páginas y del

<sup>44</sup> Este autor establece la periodización clásica de Segunda Edad del Hierro en la submeseta norte, sin solución de continuidad y con entronque en la Primera Edad de Hierro: 1) Inicios de la Segunda Edad de Hierro (desde mediados del s.VI hasta finales del s.V a.C.), caracterizado por el "horizonte antiguo de las cerámicas a peine" (Martín Valls, 1985: 106-111; *id.*, 1986-87: 61-65), 2) Transición al mundo celtibérico (ss. IV y III a.C.), con varios grupos culturales en la meseta norte (castros zamoranos del NW; grupo Miraveche-Monte Bernorio; Campos de Urnas Tardíos del Alto Jalón), interesándonos aquí sólo el de Cogotas II (Martín Valls, 1985: 112-123; *id.*, 1986-87: 70-78) y 3) Fase de celtiberización (desde el s.II a.C. hasta el cambio de era) con fósil director en la cerámica celtibérica (Martín Valls, 1985: 125-130; *id.*, 1986-87: 78-83).

<sup>45</sup> Conectar datos arqueológicos con los suministrados por las fuentes clásicas siempre es difícil porque se trata de información de naturaleza muy diferente. La clave, como hemos dicho en la introducción, está en hacerlo con un criterio crítico y contrastado. Bajo este auspicio la historiografía moderna hace corresponder la cultura de Cogotas II con el pueblo vetón (Maluquer, 1954: 94; Martín Valls, 1985: 112-123; *id.*, 1986-87: 70; Blasco, 1987: 300; López Monteagudo, 1989: 17; Montenegro *et alii*, 1989: 461; Almagro Gorbea, 1990b: 572; Sayas/López Melero, 1991: 92; Álvarez Sanchís, 1993a: 258; Enríquez Navascués, 1995: 63; Sánchez Moreno, 1995a).



que destacamos la impresión de continuidad general para la región que estamos tratando durante el Ier milenio a.C.<sup>46</sup>, con las leves salvedades que ya han sido comentadas.

Así pues, la realidad que las fuentes greco-romanas nos transmitieron como vetones para los últimos siglos antes de nuestra era no debe ser aprehendida como una cultura y un pueblo de origen foráneo, instaurado a inicios de la Segunda Edad del Hierro, sino que responde más bien al resultado de un complejo proceso de acrisolamiento iniciado con seguridad al menos desde el Bronce Final, potenciado y conformado en el transcurso de los siglos posteriores del Ier milenio a.C. Surge por tanto, debido en parte al carácter de vía de comunicación y transmisión que posee este territorio, de la interacción de un sustrato local del Bronce Medio con una serie de variados aportes culturales, atlánticos, orientalizantes del Mediterráneo, indoeuropeos -entendidos estos últimos como un lento y complejo fluir de elementos de remota filiación continental, difíciles de precisar y que evolucionan con el correr de los siglos-, y más tardíamente ibero-turdetanos, celtibéricos y lusitanos, que a fuerza de matizar, transformar y caracterizar un proceso de desarrollo histórico, configuran una base cultural que siglos después podremos corroborar como identidad vetona.

---

<sup>46</sup> El apoyo bibliográfico no es escaso. La idea es compartida globalmente por Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero (1992: 494), Sayas/López Melero (1991: 94) o Sayas (1993: 194). Para la cuenca del Duero, Delibes/Romero (1992: 255), Romero/Jimeno (1993: 200). Para la región extremeña Almagro Gorbea (1977: 485; *id.*, 1990a: 108-109), Rodríguez Díaz (1990: 132-133). Observable en algunos yacimientos concretos, a presentar en las próximas páginas: Cerro del Berrueco (Fabián, 1986-87), Sanchorreja (González-Tablas, 1983; *id.*, 1986-87), Ledesma (Benet *et alii*, 1991), Salamanca (Martín Vallés *et alii*, 1991), Arroyo Manzanas, Las Herencias en Toledo (Moreno Arrastio, 1990), etc. En el aspecto económico, base ganadera sin apenas modificación desde el Bronce Final, la continuidad es defendida por Álvarez Sanchís (1993a: 260) para la provincia de Ávila y por Rodríguez Díaz (1990: 137) para la provincia cacereña).

## I-1.4 REGISTRO ARQUEOLÓGICO

El estudio conjunto de la arqueología vetona es todavía una asignatura pendiente. A diferencia de otros contextos regionales en donde se han emprendido desde hace algunos años proyectos arqueológicos extensos, las tierras centro-occidentales carecen de un enfoque investigador unitario. El dato sorprende, más aun cuando este solar fue de los primeros en revelarse arqueológicamente gracias a la labor de pioneros humanistas en el XIX, y porque llegó a marcar un hito en el estudio de la Edad del Hierro del interior meseteño. Pero a este arranque antiguo de la investigación ha continuado un trabajo de ritmo irregular en el siglo presente por parte de grandes nombres de la naciente arqueología hispana en yacimientos que cada vez se fueron haciendo más emblemáticos<sup>47</sup>. El panorama actual se caracteriza por la atomización en la investigación, a partir del trabajo de varias escuelas regionales<sup>48</sup>. Pensamos que la razón de lo mismo estriba en la organización administrativa actual que en esta zona occidental sigue en poco el ordenamiento de los antiguos grupos históricos<sup>49</sup>.

Las circunstancias presentes no deberían impedir el desarrollo de un enfoque unificado en la arqueología vetona. A pesar de todos los inconvenientes se ha avanzado considerablemente, pero es mucho lo que queda por esclarecer.

<sup>47</sup> El primer conocimiento se debe a eruditos como M. Gómez Moreno y el Padre César Morán que prospectaron las tierras castellanas, o Mariano Carlos Solano, marqués de Monsalud, y Mario Roso de Luna, doctos extremeños que iniciaron en los primeros años del s.XX trabajos arqueológicos en la provincia de Cáceres sobre lo que denominaban *citancias celto-lusitanas* extremeñas. Poco antes, a finales del XIX Paredes Guillén había publicado en Plasencia su conocida obra *Historia de los framontanos celtibéricos* (1888), donde analiza uno de los elementos más característicos del mundo vetón: los verracos de granito. (Para la personalidad y obra de estos pioneros de la historiografía extremeña, vide Ortiz, 1986: esp. 25-81). Sin embargo no fue hasta la década de los 20 cuando de la mano de Juan Cabré Aguiló la percepción arqueológica se hizo más precisa. En esos años empieza a excavar el paradigmático castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila), la necrópolis de La Trasguia perteneciente al mismo, y unos años más tarde con la valiosa colaboración de su hija Encarnación y del veterinario abulense Antonio Molinero, hace lo mismo con el poblado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) y su necrópolis de La Osera. Tras las huellas de estos maestros a partir de los años 50 la investigación de este mundo está poco menos que monopolizada por la señera figura de J. Maluquer de Motes.

<sup>48</sup> Dentro de esta *tercera generación* más dispersa en la investigación cabe destacar a arqueólogos de la talla de R. Martín Valls, representante de la escuela de Salamanca en la que hay que situar también a J. González-Tablas. Desde Madrid (Fca. Hernández, G. López Monteagudo, F. Fernández Gómez, hoy en Sevilla, G. Ruiz Zapatero, entre otros) y desde la Universidad de Extremadura (E. Cerrillo, J.A. Redondo, J. Esteban, J.L. Sánchez Abal, A. González Cordero, por no citar más que unos nombres) se ha seguido progresando en el análisis arqueológico de la zona.

<sup>49</sup> La antigua demarcación vetona hoy se la reparten tres Comunidades Autónomas: Castilla-León, Extremadura y Castilla-la Mancha. Esta peculiaridad queda puesta de manifiesto, por ejemplo, en la última Paleoeotnología de la Península Ibérica (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992), en el cual el territorio de los vetones no se incluye conjuntamente en ninguno de los ensayos estructurados regionalmente, muy al contrario aparece desgajado en al menos cuatro estudios, los dedicados a la cuenca del Duero (Delibes/Romero, 1992), área extremeña (Celestino *et alii*, 1992), meseta sur (Blasco, 1992) y en el que se ocupa de la génesis de la cultura celtibérica (Martín Valls/Esparza, 1992). Precisamente debido a un enfoque erróneo a partir de unidades regionales modernas.

El inventario que presentamos está organizado por provincias clasificadas alfabéticamente (Ávila, Badajoz, Cáceres, Salamanca y Toledo). El orden de los yacimientos también responde al criterio alfabético, por municipios en cuyo término se localizan. Son tres las categorías registradas: poblados, necrópolis y santuarios/lugares de culto. La ficha del yacimiento consta de cuatro partes:

1) BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

2) LOCALIZACIÓN

(en relación al medio, pues resulta clave para entender aspectos que interesan a nuestro trabajo: la posible vocación comercial del emplazamiento, su relación con vías comunicación, el control del territorio, posición abierta o no...)

3) CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

(compendio de datos conocidos y nivel de estudio)

4) CLAVE

(número particular dado al yacimiento para su identificación, sobre todo en representaciones gráficas).

En nuestro listado han sido objeto de atención los hábitats suficientemente conocidos y cuya información consideramos importante para el objetivo final de nuestra tesis doctoral, sea por su información, ubicación u otras circunstancias. Por ello, el inventario es incompleto en el sentido de que no comprende todos los indicios de asentamientos descubiertos al día de hoy; además hemos de reconocer que objetivamente es imposible cerrar un catálogo de yacimientos que el tiempo se encarga de ir engrosando indefinidamente. Tras el listado de yacimientos condensaremos las principales deducciones generales extraíbles de los mismos, a propósito de su ubicación, tamaño, estructura, sistemas de defensa, nivel de conocimiento, etc.

Con posterioridad desglosaremos las características de la cultura material, en variantes tradicionales como son la cerámica, la metalistería y la singular práctica escultórica de los verracos. No se halla en estas páginas una relación exhaustiva de toda manifestación arqueológica del círculo Cogotas II, sino un panorama orientativo del que podamos extraer unos indicadores generalizadores pero identificativos de lo vetón. Definiendo los elementos culturales locales y apoyándonos en otras fuentes de

información, podremos matizar mejor la personalidad económica, social y religiosa de estas gentes. Este análisis interno dará paso a la contemplación de los testimonios de contacto y a la valoración del cómo y del por qué de las formas de contacto practicadas por estos ámbitos meseteños con el exterior.

## A- INVENTARIO DE YACIMIENTOS

### a) POBLADOS

#### PROVINCIA DE ÁVILA<sup>50</sup>

##### - Cabeza de la Laguna-El Raso (Candeleda, Ávila)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Molinero, 1958a; Fernández Gómez, 1986; *id.*, 1986-87; *id.*, 1993; *id.*, 1995: 150-160; Fernández Gómez/López Fernández, 1990; Fernández Gómez *et alii*, 1986-87; T.I.R., K-30: 80.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°11'25" lat.N.-1°40'05" long.W. (Madrid).

Este importante poblado vetón se enclava en la cima de Cabeza de la Laguna que forma parte del llamado Collado del Freillo, un piedemonte meridional de Gredos. Sobre una altura de 800 m. y bordeado en su lado oeste por la garganta Alardos -actual límite provincial entre Ávila y Cáceres- que baja de Gredos, el asentamiento, en un espacio de 20 ha., domina la amplia llanura que se extiende hacia el sur hasta el Tiétar, en primer término, y hasta la comarca de Campo Arañuelo y la Sierra de Guadalupe al fondo.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El enclave es, sin duda, un punto estratégico y muy poco vulnerable por su emplazamiento natural, a pesar de que se dota, como casi todos los *oppida* vetones, de una potente muralla, en la actualidad bastante derruida, con un perímetro de 2 km. y anchura de 2-3 m., y con varias torres de refuerzo en su cara frontal y notables bastiones (El Castillo y El Castillejo). Por delante de la muralla existe un amplio foso y se especula con la posibilidad de una rampa de piedras hincadas, hasta el día de hoy sin documentar. Conocido desde principios de siglo, el castro se empezó a excavar en la década de los 70 bajo la dirección de F. Fernández Gómez y se ha seguido trabajando de manera sistemática hasta finales de los años 80.

En el interior se excavaron tres sectores principales (A, B, y C) y todos dieron como resultado la existencia de casas cubriendo la totalidad del espacio, desde el paramento interior de la muralla. Aparecen trazados irregulares de calles principales y secundarias, sin apenas organización urbana, pero con amplia densidad ocupacional. Las plantas son cuadradas o rectangulares, con un ambiente central en el que es frecuente la existencia de un hogar en el centro, y en torno a la estancia central se disponen las otras dependencias domésticas. También es característico en la

---

<sup>50</sup> Otros yacimientos de esta provincia enmarcables en el período que estudiamos, con un conocimiento superficial: Ávila, El Barraco, Cerro Cervero, El Colmenar, Cuesta de las Viñas (Barco de Ávila), Encinares, Era de los Moros (Cabezas Altas), Ermita de Sonsoles, Brieve (Cillán), Muñogalindo, Ojos Albos, Padiernos y Escarabosa (Piedralaves) (Gómez Moreno, 1983; Molinero, 1958a; Rodríguez Almeida, 1955; Álvarez Sanchís, 1990; *id.*, 1993a; Fernández Gómez, 1995).

entrada de las casas un porche, y por delante un pequeño corral para animales domésticos, además de bancos corridos adosados a las paredes interiores. Los hallazgos cerámicos no difieren de los de otros yacimientos, predominan las grandes vasijas de provisiones, las ollas de cocina y otras formas variadas (platos, cuencos, vasos rituales, etc.), casi todos torneados. Abundan además las fusayolas y pesas de telar, las afiladeras y molederas de piedra y algunos objetos de metal (fíbulas, brazaletes de bronce; herramientas de hierro) además de un tesorillo de plata con algunos denarios, escondido debajo de una de las casas.

La ocupación se inicia a finales del s.III a.C. manteniéndose hasta mediados del s.I a.C. en que, sin ser destruido, se abandona pacíficamente. Curiosamente este asentamiento en alto parece ser una construcción vetona tardía *ex novo*, ya que se ha localizado un poblado anterior, más en llano y sin muralla, en una zona cercana llamada El Castañar, muy próximo al pueblo actual de El Raso, aun sin excavar. Con este poblado originario habría que asociar la necrópolis de El Raso, con una cronología que iría *grosso modo* desde el s.V, o acaso algo antes, hasta el s.III a.C. El traslado desde el poblado en llano y abierto -este sí que parece sufrir una destrucción- al castro amurallado situado más arriba viene determinado, según Fernández Gómez, por el clima de inseguridad existente ante los enfrentamientos iniciales entre romanos y cartagineses y la posterior incursión de los primeros hacia el interior de la meseta.

CLAVE: 1

---

## - Las Cogotas (Cardenosa, Ávila) <figura 5>

---

### BIBLIOGRAFÍA

Cabré, 1930; Molinero, 1958a; González-Tablas *et alii*, 1986; Ruiz Zapatero/Mariné, 1988; puesta al día en Álvarez Sanchís, 1993a: 266-269 y en Fernández Gómez, 1995: 132-142; Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995; Alonso Hernández, 1995.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°44'00" lat.N. - 4°42'00" long.W.

A poca distancia de Ávila, en dirección norte, y en torno a dos grandes berrocales de granito ceñidos por el río Adaja, con un altitud de 1200 m. aproximadamente, se halla el famoso castro amurallado de Las Cogotas, que da nombre a la cultura de esta región meseteña de la Segunda Edad del Hierro. Se emplaza en el extremo oriental de la Sierra de Ávila, frente al valle del Amblés.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Conocido desde finales del s.XIX y prospectado por Gómez Moreno en los primeros años del presente siglo de cara a su inclusión en el catálogo provincial de Ávila, no fue hasta los años finales de la década de los 20 cuando se iniciaron, de la mano de J. Cabré, las primeras excavaciones sistemáticas (1927-29). La extensión del asentamiento es de 15 ha., limitadas por dos recintos de muralla. El interior y más pequeño circunda la zona de viviendas o acrópolis, sector en el que se excavaron casi veinte casas adosadas al paramento interior de la muralla, mientras que el recinto exterior, abierto hacia el suroeste, fue interpretado en un principio como encerradero de ganado (entre otras cosas, por la presencia de varios verracos). En cada muralla se abren varias puertas, destacando la principal del recinto superior con una elaborada técnica constructiva. Asimismo existen bastiones, refuerzos y rampas de piedras hincadas en los lados más vulnerables que indican la capacidad y calidad del sistema defensivo. En 1986 ante el proyecto de construcción de un embalse que se extendería por parte del segundo recinto amurallado se procedió a realizar unos sondeos arqueológicos en los que se documentaron un gran basurero colectivo, un pavimento de piedra en conexión con la muralla y un gran alfar cerámico, además de restos de hábitats. Lo cual lleva a revisar la interpretación tradicional como encerradero de ganado, y pensar, en su lugar o de forma paralela, en una zona de vivienda con diversas áreas de servicios colectivos (centro alfarero, posible zona de mercado o feria ganadera...).

Todos los materiales, a excepción de los adscribibles al Bronce Final (Cogotas I) son del Hierro II (Cogotas II), predominando la cerámica a mano lisa, incisa peinada, además de varias

piezas de hierro (instrumental agrícola y doméstico) y bronce (adornos personales), numerosas piedras de molino, los verracos señalados, hoy en el museo de Ávila y en el Nacional de Madrid, y una cabeza de caballo del nuevo sector excavado. No hay indicios de romanización, pues el hábitat parece abandonarse a inicios del s.II a.C.

CLAVE: 2

---

### **- La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) <figura 6>**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Cabré *et alii*, 1950: 9-39; Molinero, 1933; *id.*, 1958a; González-Tablas *et alii*, 1986; puesta al día en Álvarez Sanchís, 1993a: 269-272 y en Fernández Gómez, 1995: 142-150.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°43'30" lat.N.-1°15'30" long.W. (Madrid).

Este enclave fortificado vetón se sitúa estratégicamente sobre un espigón fluvial (cercado por los arroyos de Matapeces y Riohondo) en forma de altiplanicie -de ahí su nombre de mesa- en las estribaciones septentrionales de la Sierra de Ávila, a una altura de 1.145 m. En dirección norte se abren las llanuras de la comarca de La Moraña.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Junto a Las Cogotas es, tal vez, el más representativo de los *oppida* que inventariamos. Estudiado en los años 30 y 40 por Cabré, su hija Encarnación y sobre todo por A. Molinero, la extensión cubre cerca de 30 ha. separadas por tres recintos murarios yuxtapuestos, levantados con 2 ó 3 paramentos, rellenos interiores y espesores de varios metros. Las dos primeras murallas contendrían en su interior la zona de residencia y están separadas por una pared transversal con dos entradas, un foso y una zona de piedras hincadas. Con posterioridad, a inicios del s.II a.C., el poblado se amplía con un tercer recinto hacia el sureste que se asienta en parte sobre la vecina necrópolis (zona VI). En la cara de esta última muralla, en torno a la gran puerta principal con entrada en embudo, se encuentran dos torreones de planta cuadrada, que se vuelven a repetir en otros puntos y de forma circular (fortines). Este tercer recinto, escenario del hallazgo de un verraco, al igual que en Las Cogotas se interpretó como encerradero de ganado.

No se excavó ninguna vivienda del interior, por lo que su conocimiento es muy superficial, limitándose los trabajos a tareas de limpieza de los lienzos murarios y del llamado cuerpo de guardia. Los materiales recuperados son similares a los de los hábitats próximos: cerámicas a mano (a peine, lisas, etc.) y torneadas de diversas formas, abundantes herramientas de hierro, algunos bronce (fibulas), piedras de molino circular, objetos de barro, fusayolas, etc., además de un total de tres verracos localizados en los alrededores del yacimiento. La inexistencia de restos romanos aboga por su no romanización.

CLAVE: 3

---

### **- Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) <figura 7>**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Maluquer, 1958b; Molinero, 1958a; González-Tablas, 1983; *id.*, 1986-87; *id.*, 1989; González-Tablas *et alii*, 1986; González-Tablas *et alii*, 1991-92; Armendáriz, 1989; puesta al día en Fernández Gómez, 1995: 114-124.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°39'40" lat.N.-1°11'10" long.W. (Madrid).

A una cota máxima de 1553 m. sobre el nivel del mar en un cerro amesetado se encuentra situado el paradigmático castro de Los Castillejos de Sanchorreja. Su situación preeminente le hace dominar una vastísima zona, siendo perfectamente visible, a su vez, desde grandes distancias.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Las excavaciones se emprendieron en los años 30 por J.M<sup>a</sup>. Navascués, E. Camps y J. Cabré, publicándose sus resultados más de veinte años después por Maluquer. En la década de los 80, J. González-Tablas ha reemprendido el estudio del yacimiento a través de distintas campañas de excavación, al tiempo que se han revisado algunos materiales procedentes de excavaciones antiguas (Armendáriz, 1989; González-Tablas *et alii*, 1991-92).

El yacimiento, levantado sobre los típicos canchales de granito de esta zona abulense presenta dos niveles, uno primero atribuible a Cogotas I, con presencia de cerámicas excisas y de tipo boquique, y un segundo datable a inicios del Hierro II. En esta segunda fase se distingue una zona central o acrópolis y dos recintos más, con varias puertas; la principal está al este de la acrópolis y presenta una entrada en embudo. Para estos momentos el *oppidum* parece abarcar una extensión de más de 25 ha. de las que sólo 2/3 serían habitadas dada la irregularidad del terreno y se acompaña de una característica muralla con doble paramento que se adapta a la accidentada topografía, erigida en dos momentos constructivos, el último datable hacia el 500 a.C. El área de viviendas, a base de chozas irregulares pero tendentes a la forma rectangular, con hogares y suelos de tierra apisonada, se distribuye por la acrópolis y el segundo recinto; fuera de la muralla, por debajo del lienzo oriental, existía un barrio extramuros de chozas aisladas. Respecto al material recuperado es abundante, sobre todo el cerámico, con amplia variedad: a mano (especialmente peinadas), torneada, lisa, tosca, decorada, pintada, etc. Además se hallaron objetos de uso personal y adornos en bronce (botones, hebillas de cinturón, agujas, fíbulas -de doble resorte y arco sencillo y de codo-, un depósito de bronce encontrado en 1931 en el que destaca una plaquita de hebilla de cinturón con la representación de un grifo y una palmeta, de clara tradición orientalizante, etc.), útiles de hierro (hachas, cuchillos), y piezas comunes como fusayolas, molinos de mano, pesas de telas, etc. Muchos de estos materiales serán comentados en otro apartado.

El poblado no se romaniza, pues se destruye mucho antes que los demás hacia el 400 a.C.

CLAVE: 4

---

## **- Ulaca (Solosancho, Ávila)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Lantier/Breuil, 1930; Posac, 1953; Gutiérrez Palacios, 1955; Molinero, 1958a; Gómez Moreno, edic. revisada 1983: 19-23; puesta al día en Álvarez Sanchís, 1993a: 272-279 y en Fernández Gómez, 1995: 160-163.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°33'00" lat.N.-4°53'45" long.W.

Vecino de las laderas norteñas de Gredos, sobre un cerro en la sierra de la Paramera, se erige el impresionante *oppidum* prerromano de Ulaca, a una altura de 1500 m. sobre el nivel del mar.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Desde los años 50 se han venido realizando sondeos arqueológicos de poca envergadura, con resultados escasamente divulgados. El perímetro amurallado encierra un excepcional espacio de 60 ha de eminente carácter estratégico y defensivo. Se levanta aprovechando el relieve natural con lienzos murarios de grandes rocas, prácticamente de tipo ciclópeo en torno a los distintos torreones y puertas de acceso. El muro principal debió estar secundado por otros cinturones auxiliares que hoy se intuyen muy desdibujados. En el interior se han localizado restos de los cimientos y zócalos de unas cien viviendas de planta cuadrada y rectangular; la complejidad de muchas de ellas lleva a algunos a hablar de cierta organización doméstica especializada a partir del eje distribuidor de algunas calles centrales. Probablemente lo más característico de este importante núcleo son dos estructuras específicas: el llamado *Altar de sacrificios* y el *Horno* o *Fragua*, tradicionalmente interpretado como un horno metalúrgico y más recientemente puesto en relación con un edificio de uso termal y significación ritual. Por ello ambas estructuras serán comentadas más adelante, clasificadas como santuario o lugar de culto. Este enclave pudo funcionar como destacado centro

político-religioso en relación a los hábitats más pequeños que se distribuyen por esa zona de la provincia de Ávila.

En otro orden de cosas, el castro de Ulaca, al igual que los anteriormente presentados, no se romaniza sino que parece abandonarse a inicios del s.II a.C.

CLAVE: 5

---

## **PROVINCIA DE BADAJOZ** <sup>51</sup>

### **- Cerro de Cogolludo (Navalvillar de Pela-Puebla de Alcocer)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Aguilar *et alii* 1992-93; Aguilar/Guichard, 1993.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°02'20" lat.N.-5°30'08" long.W.

A orillas septentrionales del Guadiana, en un punto de la provincia de Badajoz muy próximo a la provincia de Cáceres, y no lejano de las de Ciudad Real y Toledo, se halla el cerro de Cogolludo, a caballo entre los términos municipales de Navalvillar de Pela y Puebla de Alcocer, y cercano a Orellana la Vieja. El lugar de asentamiento es altamente estratégico, pues supone, como destacado vado sobre el Guadiana, un paso natural de comunicación entre Andalucía y la meseta.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El yacimiento se empezó a excavar en 1992 por investigadores de la Casa de Velázquez. Los resultados obtenidos son mayoritariamente de época romana (sigillatas del s.I d.C., restos de un posible edificio público de considerable tamaño, etc.), aunque parece demostrarse que las estructuras protohistóricas con sistemas de aterrazamiento y desarrollo de líneas de defensa, apreciadas sobre todo en el sector este del cerro, han dado paso a un conjunto de construcciones de técnica romana. Además, de la riqueza arqueológica de este lugar ya nos hablan algunos hallazgos orientalizantes, como la famosa arracada. Este cerro se ha identificado con *Lacimurga*, ciudad citada por Ptolomeo (II, 5-7) como uno de los núcleos de población vetona, en la franja meridional de su territorio, y como tal es introducido en nuestro inventario como punto extremo sur. Asimismo esta correspondencia la corroboran algunas inscripciones halladas en esta zona que mencionan, de una forma u otra, a *Lacimurga*, como la conocida CIL II 5550, con la dedicación al *Genio Lacimurgae*.

Sin embargo todavía existen algunos problemas en relación a la localización de *Lacimurga* y a la posible existencia de dos ciudades con el mismo nombre en dos áreas diferentes, debido a versiones diferentes de las fuentes. El desarrollo de la incipiente actividad arqueológica posibilitará en el futuro mayor conocimiento de este yacimiento fronterizo.

CLAVE: 6

---

---

<sup>51</sup> La extensión de los vetones hasta el Guadiana es marginal. La provincia de Badajoz entra de lleno en el dominio de la antigua Beturia, al suroeste del Guadiana medio la Beturia céltica y al centro y este la túrdula. Una aproximación a la arqueología de este territorio en Berrocal (1992), Rodríguez Díaz (1994; *id.*, 1995a; *id.*, 1995b; *id.*, 1995c) y Enríquez (1995).



## PROVINCIA DE CÁCERES <sup>52</sup>

### - Los Castillejos de La Plaza de la Hoya (Aldeacentenera, Cáceres)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Murillo, 1975: 472-473; Ongil, 1986-87: 326; Redondo/Esteban, 1992-93: 163.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°31'07" lat.N.-1°53'03" long.W. (Madrid).

Muy próximo al yacimiento análogo de La Coraja, sobre el que sí se han efectuado campañas de excavación, este castro de los Castillejos está rodeado por el río Garciaz y el arroyo del Pez. Su altura es de 518 m. y se emplaza en un cerro que no destaca en gran medida sobre el terreno circundante.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

No se han llevado a cabo excavaciones. Existe un único recinto amurallado que circunda con 800 m. de recorrido todo el asentamiento, con una puerta en el lado oeste en forma de embudo, también documentada en otros muchos *oppida* vetones. En algunos puntos se adivinan restos de lo que debieron ser bases de torres cuadradas y rectangulares y bastiones en ángulo. Se observan muchos asientos de cabañas rectangulares y circulares fuera y dentro de la muralla. Además en superficie se recogen con facilidad restos de ruedas de molino en granito, fragmentos de cerámica común sin decorar, con señales de haber pasado por el fuego. A unos 2 km. hacia el sur existen varias minas hoy sin explotar. Además se señala la presencia de cobre en toda esta zona enmarcada en el arco que aquí forma el río Almonte y en el cual estarían también incluidos otros poblados como los de la zona de Trujillo o el cercano de La Coraja.

CLAVE: 7

---

### - Castillo de Boxe/Castro de Valdecañas (Almaraz, Cáceres)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

González Cordero/Quijada, 1991: 156-163; Redondo/Esteban, 1992-93: 164, 167.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°46'45" lat.N-5°37'32" long.W.

A diferencia del asentamiento predominante en alto, este castro ribereño se sitúa en un llano a los pies del Tajo medio, en torno a los 360-370 m. sobre el nivel del mar. El emplazamiento se halla en plena comarca del Campo Arañuelo, pocos kilómetros al sur de Navalmoral de la Mata.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Es de considerable extensión, a tenor de sus 10 ha. de superficie, y presenta el característico recinto amurallado de planta irregular. En su lado oeste se encuentra una concentración de piedras

---

<sup>52</sup> Otros enclaves de esta provincia con rastros de yacimientos del Hierro II son: Los Picos (Aldeanueva de la Vera), Brozas, Cañamero, Los Castillejos de Guadiloba (Casar de Cáceres), El Castrejón (Berzocana), Los Castillejos (Conquista de la Sierra), Coria, Alconétar (Garrovillas), El Cerro de San Cristóbal (Logrosán), El Castillejo (Madrigalejo), El Calamocho (Malpartida de Plasencia), Molinilla, El Castillejo de Santa Ana (Monroy), El Castillejo (Plasenzuela), El Berrocalillo (Plasencia), Villasviejas (Plasencia) -que acaso responda más a un recinto medieval-, Santa Cruz de la Sierra, Santa Marta de Magasca, Segura de Toro, Talaván, Talavera la Vieja, hoy bajo las aguas del embalse de Valdecañas, Trujillo, El Aguijón de Pantoja (Trujillo), El Pradal (Trujillo), La Villeta del Azuquén (Trujillo), La Muralla (Valdehúncar), Cerro Castrejón y Pajares (Villanueva de la Vera), Zarza de Granadilla y La Peña (Zorita) (Mélida, 1924; Beltrán Lloris, 1973; Ongil, 1986-87; Cerrillo *et alii*, 1990; González Cordero/Quijada, 1991; Redondo/Esteban, 1992-93).

En el extremo occidental de la provincia de Cáceres se hallan una serie de poblados de la Edad del Hierro vinculados más propiamente al ámbito lusitano (Martín Bravo, 1994), algunos tan destacados como el Castillejo de la Orden de Alcántara (López Melero *et alii*, 1984: 288-295; Martín Bravo, 1994: 264-272, n°14) o Sansueña, próximo a Arroyo de la Luz (Sanchez Abal, 1979; Martín Bravo, 1994: 273-274, n°16; T.I.R., J-29: 140). Por tanto no forman parte de este inventario, pero sí hacemos notar su similitud en cuanto a patrón de asentamiento, estructura, tipología de construcción y material arqueológico, con los *oppida* cacereños más orientales en claro territorio vetón.

de más de 15 m. de altura que se ha interpretado como un torreón defensivo, al que ensamblan los lados norte y sur de la muralla, cercano a la única puerta reconocida. Destacan en este yacimiento las labores de aterrazamiento del terreno realizadas para conseguir solares nivelados. Asimismo se observan indicios de actividad metalúrgica a partir de la base de las abundantes escorias de fundición presentes en la superficie, y de hallazgos concretos metálicos (dos calderos, un cazo y una fíbula de torrecilla en cobre, chapitas de plomo y un lingotillo de plata). Son frecuentes los hallazgos superficiales cerámicos (fragmentos de vasos contenedores a mano, bastantes piezas torneadas e incluso algunas con decoración pintada en tonos vinosos y una pieza con decoración impresa). El yacimiento sólo ha sido objeto de alguna prospección aislada.

CLAVE: 8

---

---

## **- Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Ongil, 1986-87: 324; Hernández Hernández *et alii*, 1989; Hernández Hernández, 1993a; T.I.R., J-29: 165.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°22'00" lat.N.-2°35'50" long.W.

En la confluencia del río Tamuja, afluente del Almonte, con el pequeño arroyo del Verraco, sobre dos grandes peñas de una altitud cercana a los 450 m. sobre el nivel del mar se ubica este destacado *oppidum* extremeño.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La situación topográfica contrasta con un importante sistema defensivo que cuenta con murallas, torreones, fosos artificiales y con la protección natural del río Tamuja a lo largo de gran parte de su perímetro. El castro se forma a partir de dos recintos amurallados, A y B, de forma hexagonal el primero y rectangular el segundo, separados ambos por un estrecho paso flanqueado por dos fosos excavados artificialmente. Además al oeste del recinto B se extiende el llamado recinto ganadero, interpretado, como en otros casos vistos, como encerradero de ganado. La superficie total del castro ronda las 7 ha. En el ángulo sureste del recinto A destaca la existencia de un gran bastión-torreón macizo, desde el que se obtiene una gran visibilidad del entorno. Asimismo parece que existieron, al menos, otras dos torres más en los lados sur y sureste del recinto B, protegiendo lo que debió ser la entrada principal. Respecto a las viviendas o departamentos, se construyen básicamente en piedra local, pizarra, siguiendo el sistema ya apuntado, con plantas tendentes a la forma rectangular; algunas se adosan a la muralla y en su interior se localizan frecuentemente hogares, pavimentos y bancos corridos. La existencia de calles principales y secundarias orientadas de este a oeste y de muros medianeros permite hablar de cierta planificación urbana.

El material recuperado es abundante, diverso y de sumo interés: la variedad cerámica es amplia (común, a mano, fina, decorada, estampilladas, con barniz rojo ibero-turdetano, pintadas geométricas de sabor andaluz, incluso un fragmento de una clica de figuras rojas del s.IV a.C., además de cerámica romana campaniense, de paredes finas, alguna lucerna, etc.) y con curiosidades como la presencia de grafitos ibéricos en las paredes de algunos fragmentos. También se documentan discos-fichas, *pondera*, manos de mortero, metales diversos, entre ellos un conjunto de útiles de trabajo, -aunque no se encuentran armas en el poblado-, hallazgos numismáticos ibero-romanos con leyendas de varias cecas -sobre los que se volverá más adelante-, y varios verracos. Cronológicamente la ocupación del yacimiento parece de ir desde el s.V-IV a.C. hasta el cambio de era, testimoniándose, por tanto, indicios de romanización, no muy intensa pues el poblado se abandona pacíficamente. Cálculos demográficos realizados estiman una población aproximada para el momento de máximo desarrollo del castro (ss.III-II a.C.) de unos 2.500 habitantes.

El castro de Villasviejas, el mejor conocido de los cacereños, se empezó a excavar en 1968, continuándose las campañas hasta los años 90, bajo la dirección de Fca. Hernández Hernández. Uno de los rasgos más significativos de este importante asentamiento vetón es el hecho de que

participa culturalmente de las características propias del ámbito meridional, lo que supone reconocerle un certero grado de desarrollo cultural.

Llama la atención la existencia de un número considerable de explotaciones mineras en los alrededores, entre las localidades de Botija y Plasenzuela: San Antonio, La Arrebolada, Petra, La Liebre, Sevillana o Serafina. Desde antiguo es conocida la gran riqueza en plata de sus minerales, algunas de cuyas minas fueron explotadas por los romanos (se han encontrado picos, lucernas, ánforas, etc.), siendo probable que hubieran estado en explotación antes por los habitantes del país, aprovechando los aluviones que existían en superficie y a lo largo del valle del Tamuja.

La aparición de monedas de una ceca local está llevando cada vez a más autores a identificar el *oppidum* de Villasviejas con la ciudad de *Tamusia* alumbrada por la numismática (Sánchez Abal/García Jiménez, 1988; Blázquez Cerrato, 1995). Sobre este aspecto volveremos más adelante (*vid* III-3.4).

CLAVE: 9

---

## **- Valdeagudo (Garciaz, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Murillo, 1975; Redondo/Esteban, 1992-93, 164-165.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°28'21" lat.N.-1°55'6" long.W.

De nuevo el emplazamiento responde a las características que venimos contemplando: un cerro de considerable altura, defendido al norte por el río Garciaz y en los lados este y oeste por dos arroyos menores. Se ubica al sur de la provincia, ligeramente al norte de la Sierra de Guadalupe.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

En el yacimiento, que sepamos, únicamente se ha realizado una prospección superficial. El recinto amurallado es doble: el interior, más completo que el exterior, presenta dos puertas y restos de varios torreones, además del arranque de una escalera. La muralla exterior, mucho más amplia, arranca desde un punto del muro interior y en ella se abren al menos dos puertas. En los berrocales de la presumible acrópolis llama la atención la existencia de cazoletas de distinto tamaño talladas en las rocas. Es prácticamente lo único que se vislumbra en superficie, además de alineamientos de algunas piedras que adivinan, con dificultad, los restos de alguna estructura de vivienda, y hallazgos de escoriales.

CLAVE: 10

---

## **- Cáparra (Oliva de Plasencia, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Mélida, 1924: 39, 96-104; Blázquez, 1965; *id.*, 1966; *id.*, 1968; Tovar, 1976: 242-243; Beltrán, 1982: 53; Cerrillo, 1994, donde se recoge la bibliografía exterior; T.I.R., K-29: 38-39.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°06'30" lat.N.-6°07'30" long.W

Unos 15 Km al norte de Plasencia, en una dehesa de robles y encinas a medio camino entre los valles del Alagón al oeste y el Jerte. El yacimiento se emplaza en una antigua senda que comunica con la meseta norte a través del río Alagón dejando a la margen derecha el embalse de Gabriel y Galán y la sierra del Castellar, que pertenece ya a la provincia de Salamanca.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La histórica ciudad de *Capara* o *Capera*, *mansio* de la Vía de la Plata, no ha ofrecido, hasta el momento, rastro ninguno de su pasado prerromano como núcleo vetón; muy posiblemente un asentamiento amurallado como uno más de los contemplados, que hoy debe descansar bajo la ciudad romana o en un paraje próximo al del actual despoblado de Ventas de Cáparra, antiguo

*Municipium Flavium Caparensis*. Como datos de su realidad protohistórica cabe citar la aparición de un verraco, reaprovechado con una inscripción romana, en los alrededores del yacimiento, y las cerámicas prerromanas de tradición meseteña que las pioneras excavaciones de Floriano a inicios de los años 30 trajeron a la luz. Hace años R. Mélida, siguiendo a V. Paredes, pensó que al oeste del puente de Cáparra, antes de llegar al núcleo romano existían vestigios de una *citania indígena* que identificó con la *Capara* vetona que menciona Ptolomeo. No obstante, prospecciones recientes no han resultado fructíferas en la localización del hábitat prerromano. Por lo tanto este interesante emplazamiento arqueológico en la Alta Extremadura sigue siendo conocido únicamente por su *vestidura* romana: el anfiteatro, los epígrafes, la *terra sigillata*, los templos, el acueducto, las esculturas y, sobre todo, por su famoso *tetrápylum*.

CLAVE: 11

---

## **- El Castillejo (Santiago del Campo, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Ongil, 1986-87: 323; Esteban/Salas, 1988; Cerrillo *et alii*, 1990: 54.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°37'30" lat.N.-6°20'20" long.W

En un territorio limítrofe entre lusitanos y vetones y muy cercano al paso de Alconétar sobre el Tajo, se halla este castro que se empezó a excavar en 1984. El asentamiento descansa en un cerrete de 300 m. cercado por el río Almonte y el pequeño arroyo Santiago.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Es muy poco lo que se conoce de este lugar, tan sólo se han realizado un par de campañas arqueológicas con sondeos de poca extensión. Además de la defensa natural proporcionada por la orografía, el *oppidum* se dota de una muralla, en algunos tramos con recinto doble, que circunda por completo el castro. Las viviendas excavadas son de tamaño y forma irregulares, con paredes de pizarra, unidas con argamasa de barro y con cubierta vegetal. Tocante a los hallazgos mueble, los restos cerámicos son pobres en general, con predominio de cerámica común, con tradición de la Edad del Bronce, aunque también aparecen algunas incisas y pintadas del tipo ibérico. Un dato interesante es la abundante presencia de escorias de fundición que indican la existencia de un taller metalúrgico de producción local. Las evidencias de ocupación romana son muy débiles.

CLAVE: 12

---

## **- La Coraja (Torrecillas de la Tiesa-Aldeacentenera, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Beltrán Lloris, 1973: 118-147; Rivero, 1974; Esteban, 1993; Redondo/Esteban, 1991; *eid.*, 1992-93: 167-170.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°33'25" lat.N.-1°58'55" long.W.

Este poblado, también conocido como La Plaza del Tercio, se levanta en un espigón fluvial que oscila entre los 400-490 m. de altitud, rodeado por el río Almonte al este y el arroyo del Moro al oeste, ocupando una superficie de 2 ha, en plena dehesa cacereña.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Las campañas de excavación se iniciaron en 1984, continuándose prácticamente sin interrupción hasta 1991. No obstante el yacimiento era conocido desde bastante tiempo atrás y fue prospectado en los primeros años 70 por M. Beltrán, M. Calzado y M<sup>a</sup>.C. Rivero. El castro, como tantos otros, está amurallado prácticamente en su totalidad, con un doble recinto (el interior, muy derruido, separa una zona más reducida o acrópolis), un imponente torreón en una de las tres puertas de acceso y, frente a ésta, un doble foso excavado en la pizarra para dificultar un posible

ataque por la parte más vulnerable. Los muros son de doble paramento de mampostería de pizarra con relleno interior, o bien de tipo simple con relleno. Las viviendas se distribuyen en ambos recintos, siendo mucho más modestas y pequeñas las del recinto inferior (de una sola estancia), pues las de la acrópolis, de planta rectangular, presentan de dos a cuatro ambientes. Las casas o cabañas de la acrópolis, cuatro hasta el momento, están adosadas y se abren a calles; la técnica constructiva muestra tres empleos: zócalos de pizarra, adobe y tapial en la parte alta.

La cerámica es, con mucho, el material más documentado, con presencia de piezas a mano, a torno, toscas y lisas, pintadas, cerámicas grises -que de nuevo, como en Botija, muestran influencias de la Baja Extremadura y Andalucía-, y escasos fragmentos de cerámica campaniense romana de fecha temprana. Cronológicamente parece abarcar un arco que iría desde fines del s.V- inicios del s.IV a.C. hasta el s.II a.C., en que se percibe un abandono del poblado, de manera análoga a lo acontecido en las Villasviejas del Tamuja.

CLAVE: 13

---

## **. La Burra (Trujillo, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Beltrán, 1973: 140; Ongil, 1986-87: 325; Redondo/Esteban, 1992-93: 165.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 39°27'30" lat. N.-5° 52'30" long. W

De nuevo se trata de un hábitat ribereño asentado en una meseta casi rectangular entre el río Almonte y dos arroyuelos que confluyen allí, uno conocido por el de la Fuente, a poca distancia de Trujillo. La altitud del terreno ronda los 450 m.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Es poquísimo lo que se conoce habida cuenta que nunca se han producido trabajos arqueológicos, tan sólo alguna labor de prospección en los años 70. Del asentamiento se vislumbran restos de la muralla ligeramente ondulada, bastiones y alguna torre adosada, construido todo con pizarras locales. Lo que sobresale de este enclave, razón por la que le incluimos en el inventario, es el hallazgo de un fragmento de cónica ática de figuras rojas que formaría parte de la base, datable a inicios del s.IV a.C.

CLAVE: 14

---

## PROVINCIA DE SALAMANCA<sup>53</sup>

### - Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Martín Valls, 1971.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 41°00'00" lat.N.-6°32'15" long.W.

Se asienta sobre un cerro granítico muy prominente, en la confluencia del río Huebra y el arroyo Grande formando un espigón fluvial. Los cursos fluviales defienden al yacimiento por sus flancos oeste, sur y este.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Su conocimiento es muy exiguo. No se han llevado a cabo excavaciones sistemáticas y la única labor realizada es de prospección. En el estudio superficial del emplazamiento, Martín Valls advierte que la muralla trapezoidal se adapta perfectamente a la topografía y está construida con mampostería en seco y doble paramento. También se documenta foso y rampa de piedras hincadas. La extensión del poblado es de poco más de 1 ha. Parece que la ocupación rebasó el recinto murario en la parte norte (presencia de restos de viviendas). La cerámica recogida en superficie es de pastas amarillentas y grisáceas, a torno y lisas o bien pintadas con motivos geométricos de líneas y círculos de tradición celtibérica e incisas. Asimismo se encontraron distintas hachas pulimentadas y afiladeras, y una manecilla de bronce de un presumible brasero ritual de indudable sabor orientalizante. El castro permaneció sin romanizar, y su ocupación parece ir del s.V a.C. al II a.C.

CLAVE: 15

---

### - Ledesma (Ledesma, Salamanca)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Maluquer, 1956: 69; Benet *et alii*, 1991; T.I.R., K-29: 32-33.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 41°05'30" lat.N.-6°00'00" long.W.

La villa de Ledesma se levanta sobre un cerro ceñido por un meandro del río Tormes al este y norte, y por el arroyo Merdero al sur y sureste. El núcleo antiguo presenta una indudable posición estratégica al defender, por un lado, un río abrupto caracterizado por el berrocal granítico a su paso por la localidad, y por otro, la llanura aluvial que se abre a continuación.

---

<sup>53</sup> Existe un alto número de hábitats amurallados de la Segunda Edad del Hierro en la provincia de Salamanca, en especial en el sector noroeste, comarca de los Arribes del Duero, donde sólo en el marco limitado por el Duero y el Tormes al noroeste y las ciudades de Salamanca al este y Ciudad Rodrigo al sur se contabilizan alrededor de quince poblados importantes. Sin embargo su conocimiento es marginal toda vez que ninguno ha sido excavado, y las referencias vienen dadas al hilo de la descripción de sus sistemas de defensa (en general un recinto murario de considerable grosor, con varias puertas reforzadas con bastiones, fosos excavados en el acceso... etc.). La topografía característica de estos núcleos son los cerros de mediana altura, bien defendidos por varios de sus lados y en conexión con los cursos del Huebra, Yeltes y Águeda, o con algunos de sus arroyos tributarios. No individualizamos estos yacimientos en nuestro inventario, pero dejamos constancia de la alta densidad de poblamiento y de la necesidad de intervenir arqueológicamente sobre los mismos. Los principales núcleos a los que nos referimos, no sólo en el sector noroeste sino en toda la provincia, son: Mesa de Carpio-Las Revillas (Alba de Tormes), La Mata del Castillo (La Bastida), Béjar, Sandañuela (Bermellar), Cerro de Santa Ana (Garcíhernández), Castillo de Gema (Gema-Yecla de Yeltes), La Malgarida-Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero), Los Huelmos (Carrascal de Obispo), La Mesa Grande (Castraz), Ciudad Rodrigo, Iruña (Fuenteguinaldo), La Plaza (Gallegos de Argañán), Cabeza del Castillo (Lagunilla), Teso de Utrera (Mozárbez), Terrones (Navagallega), La Corvera (Navalmoral de Béjar), Dueña Chica (Pedrosillo de los Aires), Teso de la Virgen-Ntra. Sra. del Castillo (Pereña), La Vega (Puerto de Béjar-Peñacaballera), Saldeana, Castillo Viejo (Valero) -que más bien parece un recinto medieval-, Villalba de los Llanos (Villalba), Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires), Lerilla (Zamarra) (Maluquer, 1956; Martín Valls, 1985; Santonja, 1991; Iglesias del Castillo *et alii*, 1991: 191-194; Salinas, 1992-93; Martín Benito/Martín Benito, 1994).

## CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

A través de varias inscripciones sabemos que en época romana era conocida como *Bletisa/Bletisama*, cuya raíz muy probablemente haya de buscarse en un asentamiento prerromano. Maluquer, sin conocer datos verdaderamente antiguos, por la continuidad histórica de la ciudad en época romana, medieval y moderna, barruntaba su origen como castro vetón de la Segunda Edad del Hierro. Recientes excavaciones (1989-1990) en la Pza. de S. Martín le han dado la razón: los datos han venido a confirmar una ocupación ininterrumpida de este centro, como el caso de Salamanca, desde Cogotas I, documentado por las típicas cerámicas de este horizonte y por varios hogares domésticos, pasando por la facies Soto de la Primera Edad del Hierro, alumbrada en varias cabañas circulares con fábrica de adobe, bancos adosados, estucos pintados y cerámica característica con ejemplares pintados, hasta Cogotas II (nivel que ha proporcionado restos cerámicos, metálicos y probable base de la muralla primitiva, además de un verraco conocido desde tiempo atrás) y el mundo romano. Es necesario ahondar en el análisis arqueológico de este núcleo para calibrar la importancia que pudo tener en tiempos de la Protohistoria Final como centro aglutinador de población sobre el extremo noroeste de la penillanura salmantina y como puente de paso entre las dos mesetas.

CLAVE: 16

---

### - Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Maluquer, 1956: 74-87; *id.*, 1968; T.I.R., K-29: 73; Martín Benito/Martín Benito, 1994: *passim*.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°58'20" lat.N.-2°58'10" long.W. (Madrid).

Sobre una altitud de 640 m. se levanta este castro junto al río Camaces, al noroeste de la provincia, en un punto límite entre los términos municipales de Lumbrales y Bermellar, una región con alta densidad de poblamiento en la Edad del Hierro.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Se han realizado excavaciones muy superficialmente (dos campañas a mediados de los años 50 dirigidas por Maluquer), con resultados poco difundidos. La mayoría de la información proviene de estudios de superficie. Se conserva prácticamente íntegro el recinto amurallado que encierra una extensísima superficie de 53 ha. La muralla se protege en un sector por una barrera de piedras hincadas, mientras que los vanos de entrada lo hacen con bastiones circulares macizos. Es muy difícil precisar el momento inicial de la ocupación, pero sí está claro que el asentamiento romano se superpone al nivel del Hierro II. Dos puertas y dos portillos se abren a la muralla, la principal secundada por torreones. En la zona occidental del *oppidum* se halló una estructura de la Edad del Hierro interpretada como un horno u hogar.

Predominan los hallazgos de fusayolas, fibulas de arco, hebillas de bronce y cerámica tosca de pastas lisas predominantemente. Más abundantes son las estructuras de época romana, como un amplio edificio de varias estancias en el centro del castro y la importante necrópolis tardo-romana (ss.IV-V d.C.) en las afueras, junto a la puerta norte. De este asentamiento procede la tésera de hospitalidad de bronce estudiada por Gómez Moreno, hoy en paradero desconocido.

CLAVE: 17

---

### - Cerro de San Vicente-Peña Celestina, Salamanca (Salamanca)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Maluquer, 1951; *id.*, 1956: 97-103; Bejarano, 1955; Martín Valls *et alii*, 1991; T.I.R., K-30: 195-196; Solana, 1992.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°57'30" lat.N.-5°40'00" long.W.

En origen esta capital fue un poblado amurallado sobre la parte alta de la ciudad hasta el Teso de las Catedrales, localizado en un estratégico enclave de unas 20 ha. sobre el que se domina el vado del río Tormes, cuya ocupación histórica continua ininterrumpida hasta nuestros días. El asentamiento inicial fue en el Cerro de San Vicente, extendiéndose algo más tarde al Teso de las Catedrales, con una topografía antigua de dos cerros separados por una vaguada.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

En diferentes sondeos arqueológicos de los años 50 y 60 se recuperaron abundantes cerámicas incisas de la Segunda Edad del Hierro, muchas de ellas a peine, y piezas metálicas como fíbulas de doble resorte y anulares hispánicas características del círculo de Cogotas II, además de fusayolas y diferentes piezas óseas y líticas. En 1973 se halló de forma casual junto al rectorado de la Universidad un tesorillo con 31 denarios ibéricos depositados en el interior de un recipiente cerámico (García-Bellido, 1974). Más recientemente se han emprendido intervenciones arqueológicas de urgencia desde 1984 bajo la dirección de N. Benet, especialmente en la zona del Teso de las Catedrales. A pesar de que los resultados son todavía parciales, han salido a la luz nuevos hallazgos que elevan la cronología de la ocupación de este asentamiento a la Primera Edad del Hierro, a partir de la presencia de material cerámico e incluso restos de estructuras de vivienda en adobe de planta circular vinculados con el horizonte Soto de Medinilla. Otros rasgos de su identidad vetona los proporcionan el conocido verraco "toro de la Puente", uno de los emblemas de la ciudad, los restos de parte de la muralla indígena descubiertos en la zona meridional (sillares de granito en seco), hoy desdibujada bajo las superposiciones posteriores, y fondos de habitación con un hogar detectados en los últimos sondeos, junto a un cenizal de época celtibérica, con numerosa cerámica pintada y restos faunísticos.

De su momento romano se poseen muchos más datos, arqueológicos, epigráficos e históricos.

CLAVE: 18

---

### **- Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente Congosto, Salamanca; Medinilla, Ávila)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Morán, 1924; Maluquer, 1956: 113-117; *id.*, 1958a; Fabián, 1985; *id.*, 1986-87; puesta al día en Fernández Gómez, 1995: 124-132 y en Conde *et alii*, 1996.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°27'51" lat.N.-1°53'00" long.W. (Madrid).

Se sitúa en un cerro de 1.354 m. en el límite sureste de la provincia de Salamanca con la de Ávila. Está muy próximo al Sistema Central, de quien constituye un cerro-avanzada por el norte formado por dos elevaciones (El Berrueco y El Berroquillo), por tanto el paisaje es granítico y abrupto, casi inaccesible en las zonas más altas. Al norte, oeste y este del cerro la topografía cambia y el predominio es de dehesas llanas pobladas de encinas, con el curso del Tormes a poca distancia en dirección este.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El yacimiento se conocía desde antiguo por el hallazgo de numerosos restos vendidos y perdidos en colecciones particulares, y por las noticias exageradas sobre su riqueza. Fue excavado en los años 20 por el Padre César Morán, y los materiales estudiados posteriormente por Maluquer, quien también realizó excavaciones en los años 50 en el sector de Cancho Enamorado. A mediados de los años 80 se reemprendieron las labores de campo bajo la dirección de F. Fabián. Esta extensa y montañosa área arqueológica está constituida al menos por seis yacimientos principales: La Dehesa, La Mariserva, Cancho Enamorado, Las Paredejas o Santa Lucía, Los Tejares y El Hontanar. De ellos, para nuestro estudio destaca en primer lugar el poblado de Cancho Enamorado, en la cima más alta del cerro, con materiales del Bronce Final-Cogotas I hasta el s.VI a.C., restos de seis viviendas irregulares de planta con tendencia circular excavadas por Maluquer y depósitos metálicos. Tras él, la siguiente ocupación en el tiempo es el poblado de Las Paredejas o Sta. Lucía, a los pies del Berrueco, con importantes hallazgos exóticos en superficie (aríbalo de



vidrio, cerámica griega, cuchillos afalcatados, partes de un braserillo, etc.). No se han realizado excavaciones, pero por los materiales recogidos en superficie se presume una ocupación desde el s.VII al s.III a.C., por tanto sin romanizar. El poblado de Los Tejares, sobre una meseta al pie del Berroquillo, está en conexión con el abandono del yacimiento anterior, desde el s.III a.C. a los ss.II-III d.C., y funciona como típico núcleo prerromano (Cogotas II) afectado por la romanización. En su superficie aparecieron numerosos restos cerámicos (especialmente del tipo a peine) y molinos de mano barquiformes, además de un tesoro de monedas republicanas fechadas entre el 174 y el 43 a.C.

Extrañamente parecían no documentarse restos evidentes de muralla en los asentamientos del Cerro del Berrueco, tal vez por la suficiencia defensiva que proporciona el escarpado relieve natural, aunque recientemente se está aceptando la veracidad del amurallamiento en el Cancho Enamorado, a partir de restos constructivos muy arrasados.

Son famosos los hallazgos de bronce orientalizantes de El Berrueco, entre los que destacan una placa con representación de una divinidad femenina, un cabecita de carnero, una figura de guerrero, asadores y varias fíbulas (de doble resorte, de bucle y de resorte bilateral). De todo ello nos ocupamos en otro lugar.

El Cerro del Berrueco, por su emplazamiento y por su depósito material, constituye un lugar privilegiado para el estudio de los contactos de la meseta norte con el mundo meridional en distintos momentos del Ier milenio a.C.

CLAVE: 19

---

## **- Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Martín Jiménez, 1919; Maluquer, 1956: 121-128; Martín Valls, 1973; *id.*, 1979; Martín Benito/Martín Benito, 1994: *passim*; T.I.R., K-29: 111.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°55'04" lat.N.-6°28'25" long.W.

El yacimiento se ubica en un cerro amesetado circundado por varios arroyos (Hoyuelo y Varlaña) que desembocan en el río Huebra. El área forma parte de la región más occidental de la penillanura salmantina, bien definida por los abundantes canchales de granito.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

En 1966 R. Martín Valls realizó una breve excavación en el interior de este poblado, conocido desde antiguo por la existencia de una ermita (Virgen del Castillo) y por el buen estado de su muralla; de hecho Martín Jiménez había acometido algunos sondeos en 1919. Los trabajos de Martín Valls depararon la existencia de dos niveles arqueológicos, uno correspondiente a la Segunda Edad del Hierro y otro de época tardorromana.

La muralla, con dos paramentos y levantada con mampostería en seco, protege la totalidad del *oppidum* que ocupa una superficie superior a las 4 ha., parece que utilizada en su totalidad como área de vivienda. En el interior se distinguen varias callejas. Llama la atención la presencia de insculturas grabadas en numerosos bloques graníticos de los alrededores y en los propios sillares de la muralla. Representan motivos variados, zoomorfos (équidos), geométricos (cruces, círculos, cuadrados, cuadrículas), etc., que Martín Valls data en la Segunda Edad del Hierro. Abunda la cerámica a mano -aunque son pocas las estampadas y peinadas- y también la torneada de tradición celtibérica. Igualmente hay presencia de fusayolas, fíbulas, y bastante material tardorromano en el nivel superior. Recientemente se ha llevado a cabo una labor de limpieza y restauración de los lienzos murarios de este asentamiento, que según últimas observaciones podrían corresponder a una cronología ya romana.

CLAVE: 20

---

## PROVINCIA DE TOLEDO <sup>54</sup>

### - Arroyo Manzana (Las Herencias, Toledo)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Moreno Arrastio, 1990; Urbina *et alii*, 1992; Fernández-Miranda/Pereira, 1992: 63-66.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 39°58'43" lat.N-4°49'20" long.W.

Se encuentra en un terreno aluvial de la primera terraza del Tajo, en la finca de Arroyo de Manzana, a 4 Km. de Las Herencias en dirección a Talavera de la Reina, de quien le separan unos 8 Km. El área forma parte de la llanura de la comarca de la Jara, protegida por la Sierra de San Vicente al norte y los Montes de Toledo al sur, un corredor vertebrado por el Tajo en los límites de las zonas de expansión de vetones, al oeste, y de carpetanos, al este.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

De esta zona proceden distintos testimonios arqueológicos, como dos estelas del suroeste, piezas orientalizantes, dos verracos y también material romano. El yacimiento, que se extiende sobre 20 ha. y se empezó a excavar en 1987-88 por parte de Fco. Moreno Arrastio, se compone de tres núcleos diferentes en tres suaves lomas. El primer nivel es del Bronce Final (Cogotas I), Sector I, y se conoce como La Muela. De él se han recuperado cerámicas excisas, tipo boquique e incluso un fragmento de retícula bruñida, aunque su conocimiento es todavía muy precario. El siguiente nivel vendría representado por el área de La Mesa y el Sector II de la zona conocida como La Fragua, donde se detecta una ocupación del Período Orientalizante-Primera Edad del Hierro, poco conocida todavía. Por último, en el sector III de La Fragua se asienta un nivel correspondiente al Hierro II, hasta el abandono del yacimiento en un momento inmediatamente anterior a la romanización. Estamos, por tanto, ante una extensa ocupación que abarca prácticamente el Ier. milenio a.C.

El último nivel es el que más nos interesa. En él se localizaron restos de un poblado, construido a base de zócalos de piedra y muros de tapial que había de recibir, con el tiempo, algunas remodelaciones y abandonos. El material más abundante es cerámica a torno muy fragmentada, gran cantidad de huesos y pequeños fragmentos de metal y escoria, que hacen pensar en una producción metalúrgica; avalada además por la riqueza minera de la región. Lo importante de este centro es que se sitúa en un espacio transicional entre vetones y carpetanos, aunque por su localización en la Jara toledana, prolongación de la cacereña, por su proximidad a otros asentamientos vetones -en su extremo oriental- como *Caesarobriga*, Castillo de Bayuela, Cabeza del Oso, o, no tan próximo, El Raso (con quien se evidencian amplias semejanzas cronológicas en la dinámica de su comportamiento), y por su cultura material puede considerarse en la órbita cultural vetona. Así pues, se trata de un poblado del Hierro II emplazado en un lugar de fácil acceso -con la consiguiente trascendencia comercial derivada- en una zona de confluencia carpeto-vetónica, en torno al eje Tajo-Alberche.

CLAVE: 21

---

<sup>54</sup> Otros puntos del occidente de esta provincia con un conocimiento superficial, enmarcables en el período que estudiamos y en el espacio geográfico de los antiguos vetones: Aldeanueva de Barbarroya, Aldeanueva de San Bartolomé, El Almendral de la Cañada, Belvís de la Jara, Calero y Chozas, Castillo de Bayuela, un presumible *oppidum* amurallado en la Sierra de San Vicente, meridional a Gredos, que ofrece cerámicas del Hierro II en superficie y de donde proceden varios verracos, posteriormente reocupado en tiempos medievales (Rodríguez Almeida, 1955: 266-268; T.I.R., K-30: 88), Cebolla, La Estrella de la Jara, La Hinojosa de San Vicente, Mohedas de la Jara, Navalcán, Los Navalucillos, Oropesa y la Corchuela, Cabeza del Oso (Real de San Vicente), El Robledo del Mazo, Talavera de la Reina (Rodríguez Almeida, 1955; Jiménez de Gregorio, 1992; Castelo/Sánchez Moreno, 1995: 321-324). En 1997 se ha empezado a excavar en una meseta a caballo entre Alcolea del Tajo y Puente del Arzobispo un importante yacimiento fortificado con doble muralla y bastiones circulares de 8 m. de diámetro, modificados durante las dos fases de ocupación detectados por ahora (la más antigua remontable a la Primera Edad del Hierro y una segunda del s.IV a.C.), del que se ha extraído material de interés (agradecemos la información brindada amablemente por su excavador, D. José Ortega).

## CONSIDERACIONES SOBRE EL POBLAMIENTO VETÓN

El primer apunte hace hincapié en lo fragmentario del conocimiento de estos hábitats<sup>55</sup> <figura 8>. Así, con una percepción arqueológica reciente y realmente intensiva apenas si podemos considerar más allá de cuatro o cinco yacimientos (Sanchorreja, El Raso, El Berrueco, Villasviejas del Tamuja, La Coraja..., además de Las Cogotas sobre el que se han llevado a cabo sondeos parciales en los últimos años), siendo la mayor parte de estos poblados conocidos por prospecciones superficiales y levantamientos topográficos, facilitados por la espectacularidad de sus murallas que los hace no pasar desapercibidos. Estamos, por lo tanto, ante un modelo de asentamiento en núcleos amurallados, identificados en los últimos tiempos con el concepto de *oppidum*<sup>56</sup>.

<sup>55</sup> En este sentido de un total de cerca de noventa poblados señalados, entre los inventariados y los apuntados en notas al pie, tan sólo se han realizado labores de excavación arqueológica en quince de ellos (Las Merchanas, Yecla de Yeltes, Picón de la Mora, Salamanca, El Berrueco y Ledesma en la provincia de Salamanca; Las Cogotas, Mesa de Miranda, Ulaca, Sanchorreja y El Raso en la de Ávila; Villasviejas del Tamuja, La Coraja y Santiago del Campo en Cáceres; y Arroyo Manzanas en la provincia de Toledo). La mayoría de estos trabajos son antiguos, se llevaron a cabo con anterioridad a los años 50, a base de sondeos menores y escasas excavaciones sistemáticas continuadas, y, por tanto, están necesitados de una profunda revisión arqueológica.

<sup>56</sup> En la actualidad se está imponiendo la nomenclatura de *oppidum* frente a la de castro, vigente hasta hace bien poco (por ejemplo, La Cultura de los Castros Extremeños o de Los Castros de la Meseta), para la calificación de los asentamientos más representativos de la región vetona (Almagro Gorbea, 1994: 15, 26, 41; *id.*, 1996a: 269; en concreto para este autor recibirían tal categoría los asentamientos de Ulaca, Mesa de Miranda, Sanchorreja, Las Cogotas y El Raso en la provincia de Ávila; *Salmantica*, Ledesma, Yecla de Yeltes y Las Merchanas, en la provincia de Salamanca; Villasviejas del Tamuja en la de Cáceres, y Arroyo Manzanas en la de Toledo; Almagro Gorbea, 1994: Apéndice, 63-65). Para Almagro Gorbea el castro es "un poblado situado en lugar de fácil defensa reforzada con murallas, muros externos cerrados y/o accidentes naturales, que defiende en su interior una pluralidad de viviendas de tipo familiar y que controla una unidad elemental de territorio, con una organización social escasamente compleja y jerarquizada" (Almagro Gorbea, 1994: 15; *id.*, 1996). Los castros, desde el Bronce Final y durante buena parte de la Edad del Hierro, representan el tipo de asentamiento distintivo de la Hispania indoeuropea. A través de distintas fases de desarrollo desigual según regiones y contactos, irán evolucionando hasta conformarse en grandes poblados de tipo cerrado, con predominio de casas con plantas rectangulares, complejas estructuras de defensa, áreas de especialización económica y estructuras de diferenciación social (Almagro Gorbea, 1996). Nace así el *oppidum* como un centro territorial jerarquizado en la Segunda Edad del Hierro, resultado del proceso de desarrollo urbano protohistórico iniciado con los castros, muy bien definido en regiones como Centroeuropa, aunque más tarde (*vide* III-1.2. B) La formación de los *oppida* al final de la Edad del Hierro). En este sentido define Almagro Gorbea (1994: 26) el *oppidum* como "una población fortificada, por ello generalmente situada en alto, de tamaño relativamente grande, aunque puede ser inferior a 10 ha., en algunos casos, pero siempre destacando sobre los demás de su entorno, pues lo esencial es que controla un territorio amplio y jerarquizado, del cual es el centro político administrativo". Desde el punto de vista social, tales poblaciones equivaldrían a auténticas ciudades, tal como pondrían de relieve en el plano estructural una organización interna cada vez más compleja, pasando de una red viaria simple, normalmente longitudinal, a calles enlosadas, trazados de tendencia hipodámica, barrios especializados con casas aristocráticas, con ambientes más pobres, con talleres artesanos, con centros cultuales, etc., sobre una superficie media que oscilaría de las 10 a las 25 Ha. (Almagro Gorbea, 1994: 28-34). Para nuestro propio escenario, destacan en este sentido los últimos estudios interpretativos realizados sobre el yacimiento de Las Cogotas (Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995; Alonso Hernández, 1995).

Con un criterio algo diferenciado, dando primacía a la adscripción etno-cultural, Rodríguez Díaz (1995b: esp. 106-112) identifica el castro con el asentamiento típicamente indígena de lusitanos y vetones, mientras que hace del *oppidum* el patrón de asentamiento característico de la Beturia que va teniendo mayor esplendor a medida que declinan los castros luso-vetones, hasta el punto de ser considerados "cédulas de romanización". En época tardía existiría un tercer tipo de asentamiento en la región extremeña: los recintos ciclópeos campamentales, ya de momento republicano.

Es quizá este último fenómeno el que proporciona uno de los rasgos de mayor uniformidad en el asentamiento vetón: la presencia de uno o varios recintos de murallas, que constituye un elemento prácticamente unánime<sup>57</sup>. Si pasamos a analizar este particular<sup>58</sup>, nos damos cuenta de que en el ámbito vetón es notoria una semejanza común en el sistema de fortificación, aunque con particulares soluciones en cada poblado. La adaptación del hábitat a la topografía es manifiesta, en algunos lugares (por ejemplo Sanchorreja) más que en otros. El material constructivo es la piedra local, con predominio de pizarras, granito y calizas, mientras que la técnica más empleada es el muro de doble paramento, el exterior generalmente ataludado, relleno de piedras menores, cascotes, barro y arenas. El aparejo de mampostería es a base de sillares en seco, que a veces son sustituidos por verdaderos lienzos ciclópeos en tramos rectilíneos unidos con ángulos rectos, observables en casos como el tercer recinto de Mesa de Miranda. Ya hemos hecho alusión al empleo de bastiones, torretas o simples refuerzos en algunos puntos del trazado de la muralla, como en el entorno de las puertas, generalmente en número de dos a cuatro por recinto y con frecuencia potenciadas por pasillos laterales (“entrada de embudo”), bastiones o engrosamientos. Otros elementos que indican un acertado desarrollo del sistema defensivo de estos *oppida* occidentales son la presencia de rampas de piedras hincadas (Las Cogotas, Mesa de Miranda, El Raso, Las Merchanas, Yecla de Yeltes, Bermellar, Picón de la Mora, Saldeana, La Plaza en Gallegos de Argañán, etc.), el trazado ondulado de la muralla que permite el tiro cruzado y una mejor prevención del ataque (de igual forma que las puertas en embudo o la alineación de torretas), el recurso de construir uno o varios fosos frente a los puntos más vulnerables del recinto, como las puertas, o la existencia de estructuras identificadas como caminos de ronda en la muralla (Las Cogotas), poternas o fortines (Mesa de Miranda) <figuras 5-6>. A pesar del carácter más o menos

---

Para el significado terminológico de *oppidum* en Hispania a partir de la documentación literaria clásica, consúltese el reciente trabajo de Jiménez de Furundarena (1993).

<sup>57</sup> Excepcionalmente no se han documentado claramente hasta el día de hoy sistemas defensivos artificiales en el Cerro del Berrueco (Salamanca), aunque en algunas zonas como Cancho Enamorado se está aceptando últimamente la prueba de un amurallamiento muy derruido (González Tablas *et alii*, 1986: nota 4; Almagro Gorbea, 1994: 41; Conde *et alii*, 1996: 49), Gema (Salamanca) y Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo). En el asentamiento salmantino puede deberse a la suficiencia defensiva proporcionada por el relieve natural sobre el que se asienta; mientras que los casos de Gema y Arroyo Manzanas deben ser aceptados con la provisionalidad que su escaso conocimiento condicionan.

<sup>58</sup> Un tratamiento de las técnicas constructivas de los recintos murarios y de la arquitectura doméstica de los hábitats meseteños se encuentra en síntesis como las de Maluquer (1954: 99-101), Balil (1971), Martín Valls (1985: 109-111; *id.*, 1986-87: 68-70), González-Tablas *et alii* (1986), Fernández Gómez (1986: 482-519), Ongil (1987), estas tres últimas desde una aproximación más puntual, Esparza (1986: *passim*), Blasco (1987: 304-310), López Monteagudo (1989: 18-21), Moret (1991), Almagro Gorbea (1994: 41), Martín Benito/Martín Benito (1994: 122-128), Rodríguez Díaz (1995b: 128), Cerdeño (1997), etc.

uniforme en la solución de las murallas para todo nuestro territorio, se ha señalado el empleo de una técnica constructiva más depurada y una mayor organización en los castros salmantinos (Martín Valls, 1985: 109); afirmación que hoy, tal vez, habría que revisar a tenor de los últimos datos conocidos sobre los recintos fortificados de algunos centros cacereños como Villasviejas de Tamuja, La Coraja o Sansueña.

Independientemente de la aceptación de poblados en llano/de ribero y poblados en alto/serranos, la totalidad de los hábitats vetones repiten un patrón de asentamiento sobre un teso, cerro, loma, espigón fluvial o colina, de tamaño oscilante según los casos, pero siempre en las cercanías, si no confluencia, de un río, arroyo o fuentes manantiales...; de nuevo rasgos de homogeneidad cultural. Sí es patente, no obstante, la diferencia de altura entre algunos *oppida*. Por una parte, como ya se dijo, se distinguen los poblados sobre todo de la provincia de Ávila y algunos salmantinos circundantes al Sistema Central, llamados *serranos*, ubicados en alturas elevadas (en ocasiones superiores a los 1.000 m.) y con tamaños considerables<sup>59</sup> (Ulaca más de 50 ha.; Mesa de Miranda, 37 ha. totales con 20 ha. habitadas; Sanchorreja 27 ha.; El Raso, 20 ha., Las Cogotas 15 ha., etc.). Por otra parte, se reconocen otros asentamientos con sistemas artificiales de defensa igualmente desarrollados en áreas llanas (200-600 m. de altitud), con un tamaño menor (2-5 ha., aunque a veces llegan a las 15 ha.) y siempre próximos a cuencas fluviales, conocidos como poblados *ribereños* (Ongil, 1986-87; *id.*, 1987; Redondo/Esteban, 1992-93; Rodríguez Díaz, 1995: 117-118). Son especialmente abundantes en tierras cacereñas: Aldeacentenera, Botija, Almaraz, Villeta del Azuquén, El Pardal y La Burra en Trujillo, Santiago del Campo, Castillejo del Guadiloba, etc. No es descartable la manifestación de un tercer tipo de poblamiento calificable de hábitat rural disperso, también en llano, orientado a la explotación

<sup>59</sup> Se ha calculado la superficie media de los *oppida* vetones en 25,5 ha (la tercera en extensión para los grupos prerromanos interiores, tras las 34 ha medias del *oppidum* oretano y las 29,1 del asentamiento vacceo) (Almagro Gorbea/Dávila, 1995: 220-221). Para estos autores los enclaves vetones son de grandes dimensiones pero con escasa planificación interna, y parecen surgir ante la presión de púnicos y romanos a fines s.III a.C. Además sugieren que su espectacular tamaño no refleja una alta demografía pues, siguiendo a Cabré, opinan que las zonas exteriores funcionan como recintos ganaderos (Almagro Gorbea/Dávila, 1996: 222). Ya hemos señalado que el origen del amurallamiento se remonta al menos al s.V a.C. y que pudo responder a distintas razones, entre las que hay que situar la tendencia hacia la complejidad socio-económica de las comunidades meseteñas. Aunque el arranque de la fortificación es claramente anterior al s.III a.C., también es cierto que en esas fechas e incluso algo después a raíz del avance conquistador romano algunos *oppida* refuerzan sus murallas, amplían el recinto defensivo (tercera alineación de Mesa de Miranda) o desplazan su hábitat a zonas más protegidas (El Raso). En cuanto a los encerraderos de ganado, en trabajos recientes se está corrigiendo en parte la asumida identificación de los espacios entre murallas como recintos destinados (en exclusiva) a recoger las cabañas domésticas. En Las Cogotas se observa la presencia de viviendas, áreas de taller y de servicio (Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995). En otro orden de cosas, Almagro Gorbea y Dávila (1995: 213, cuadro) catalogan a *Albocela* (El Alba en Villalazán, Zamora) como *oppidum* vetón, cuando todo indica que se trata de un centro vacceo.

agropecuaria. Funcionarían como viviendas estacionales a modo de granjas semi-aisladas, que se servirían de los grandes *oppida* amurallados y estables para refugiarse en ellos en momentos de peligro. Su conocimiento actual es muy escaso por la amplia desmantelación debida a la acción antrópica y a los fenómenos geológicos acentuados en estas zonas (Cerrillo, 1985: 90; Redondo/Esteban, 1992-93: 164, 173). Recientemente se ha aplicado este modelo de pequeños establecimientos dispersos dependientes de los grandes *oppida* vetones para la región del Valle del Amblés (Ávila), donde enclaves de la categoría de Ulaca, Mesa de Miranda y Las Cogotas controlarían un amplio territorio y funcionarían como centro capitales jerarquizados a quienes estarían subordinados estos pequeños hábitats rurales dispersos, muy mal conocidos arqueológicamente (Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995: 226-230)

Pensamos que la diferencia topográfica y de altitud entre unos y otros poblados no tiene por qué conllevar una fragmentación/desunión cultural o una diversidad cronológica o poblacional, sino que la diversificación debe corresponder a una pauta económica alternativa (probablemente, explotación ganadera y control visual de poblados serranos y mayor aprovechamiento agrícola o minero de otros asentamientos en tierras más llanas o específicas), condicionada por otros aspectos como la estrategia, el comercio o las rutas de comunicación. Por ello, bajo otros parámetros como los sistemas defensivos, o la asociación a distintos elementos culturales paradigmáticos de lo vetón, como los verracos o algunos tipos cerámicos y metálicos de Cogotas II, comprobamos que la homogeneidad no se ve alterada, en líneas generales, entre los poblados en alto y los ribereños.

Uniformidad cultural también revelada en lo que conocemos de las estructuras domésticas de estos poblados. Lo habitual son los espacios de vivienda unifamiliar, casi siempre rectangulares y de tamaño variado, pocas veces cimentados previamente, levantados con un zócalo pétreo (pizarras, granitos, cuarcitas) que se suele prolongar con un cuerpo de adobes o pared de tapial, revestida al interior con una capa de enlucido generalmente encalado. Los suelos son de tierra batida apisonada y las techumbres de cobertura vegetal recubierta con barro, dispuesto todo sobre un entramado de vigas de madera, probablemente a una vertiente; en ocasiones se han recuperado formas monolíticas de piedra que se pueden interpretar como jambas y dinteles, y también basas y poyos pétreos que sustentarían pilares de madera. Las edificaciones más representativas de los

*oppida* vetones son las de El Raso, La Coraja, Villasviejas de Tamuja o Las Cogotas. Finalmente, para cerrar el capítulo de la arquitectura doméstica, sin caer en el error de reconocer un modelo urbanístico planificado y de corte geométrico no documentado hasta el momento en este ámbito -por lo menos no al nivel que lo desarrolla el poblamiento vacceo-, sí parece traslucirse un proceso continuado de concentración en aglomeraciones poblacionales mayores de carácter eminentemente proto-urbano; evidente con más fuerza en algunos centros, como por ejemplo Las Cogotas (Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995), El Raso (Fernández Gómez, 1986: 496-501) o Villasviejas del Tamuja (Cáceres, Botija), abierto a los influjos meridionales, turdetanos y oretanos y con ciertos rasgos de ordenación urbana.

Estamos obligados a relacionar las pautas de poblamiento de la región vetona con una serie de factores físicos y humanos como son: la estrategia y defensa natural (*oppida* serranos), la proximidad a cuencas fluviales (en mayor o menor grado aplicable a todos los poblados presentados en las páginas previas), la relación con las rutas de comunicación y la calidad y explotación económica del suelo, sea bien desde el punto de vista ganadero, tal vez el más representativo pero nunca el único, como desde el agrícola o minero. En este último sentido hay que señalar las principales regiones mineras, como la zona de Botija, Plasenzuela y Aldeacentenera en la provincia de Cáceres, rica en cobre y plata (Ongil, 1986-87: 327), la región noroeste de Salamanca en torno a Picón de la Mora y Las Merchanas, con abundante estaño aluvial (Salinas, 1992-93: 179), o el occidente toledano, donde existen filones de oro, hierro y cobre fundamentalmente (Urbina *et alii*, 1992; Urbina *et alii*, 1994). Volveremos sobre esto al hablar de las fuentes de riqueza económica del mundo vetón (I-1.5 A).

Siempre es difícil hacer estimaciones demográficas, pero nos parece acertado pensar en una relativa alta densidad poblacional en estos centros, con un crecimiento demográfico que muchas veces acarrearía el desbordamiento del núcleo habitacional inicial (ampliación de recintos amurallados posteriores) o incluso, aunque no con mucha frecuencia, la presencia de barriadas extramuros. Algunos hábitats tienden a concentrarse en alto número, separados por escasa distancia y en áreas concretas (en torno al sector Yecla-Lumbrales-Picón de la Mora-Ledesma, en la provincia de Salamanca; varios aglutinados en la región limítrofe a *Turgalium* en Cáceres; otros tantos dispersos por la zona cacereña de la

Vera, junto al Tiétar; también en el valle del Amblés...)). De las cifras propiciadas por algunos autores, las únicas que merecen un grado de aceptación son las realizadas con métodos proporcionales de cierta garantía en yacimientos suficientemente excavados. Esto, que sepamos, sólo ha sido aplicado a los casos de El Raso y Villasviejas del Tamuja. Partiendo de la suposición de un número medio de 5 habitantes por casa, y de que la superficie de los *oppida* estuviera habitada en su mayor parte, como así parece ser, se ha calculado una población que oscilaría, según los distintos modelos estadísticos empleados, entre 2.200-2.700 habitantes para Villasviejas del Tamuja (Martín Hernández, 1989: 157), y 3.000 para El Raso (Fernández Gómez, 1986: 950). En caso de que se correspondan con la realidad, estaríamos ante entidades poblacionales respetables en número.

Las formas de asentamiento de los antiguos vetones se caracterizan como en pocos escenarios por el amoldamiento al medio en un sentido forzosamente doble: espacio de asiento y espacio de aprovechamiento. El mismo medio es también el responsable de un hábitat diversificado topográficamente pero conectado por los elementos culturales que lo pueblan. Fue casi tarea imposible la erección de auténticas ciudades sobre esta geografía, sobre todo en la sub-región septentrional vetona. Pero aun así, el *oppidum*, mas cercano en algunos puntos a la idea de castro serrano y defensivo que a la de *civitas* llana y urbana, actuó como redil principal -que no único- para la agrupación de aquellas gentes. Así, constituyen las cédulas primarias de ordenamiento socio-político y de explotación económica. De hecho, a pesar del condicionamiento geográfico y del silencio de las fuentes sobre los núcleos de población de este pueblo, muchos enclaves vetones van a alcanzar una categoría capital, alumbrada por la arqueología. Su desarrollo es manifiesto y viene en parte explicado por la conexión con las corrientes de comunicación cultural y comercial, verificada en la posición estratégica de los propios enclaves.

Por último, pisando un terreno que no es el estrictamente propuesto en este trabajo, en lo tocante al abandono y romanización de los asentamientos vetones, aproximadamente más de la mitad parece que no alcanzan la romanización, especialmente en la provincia de Ávila donde la práctica totalidad de hábitats se abandonan o destruyen (Sanchorreja, Las Cogotas, Chamartín, El Raso...). En las de Salamanca y Cáceres las señales de continuidad en época romana son más claras, aunque el grado de intensidad es muy basculante, desde una romanidad leve (Cerro del Berrueco, Hinojosa del Duero,



Aldeacentenera, Botija...), pasando por una intensificación en época imperial (Las Merchanas, Yecla de Yeltes, Cáparra, Irueña, Talavera la Vieja, Cogolludo...) hasta una dilatación medieval y moderna (Salamanca, Ledesma, Ciudad Rodrigo...).

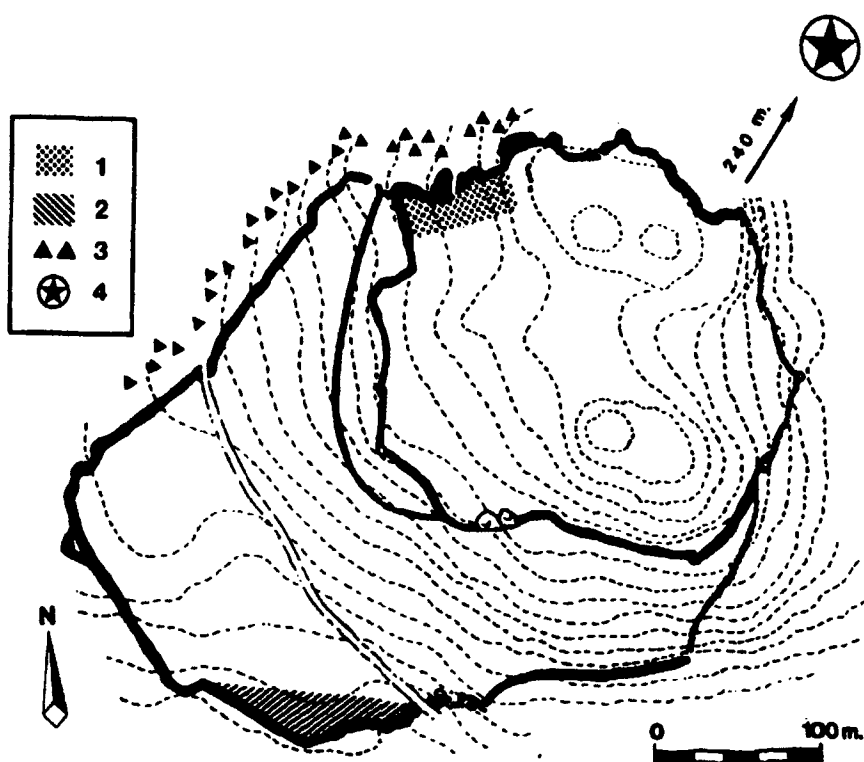
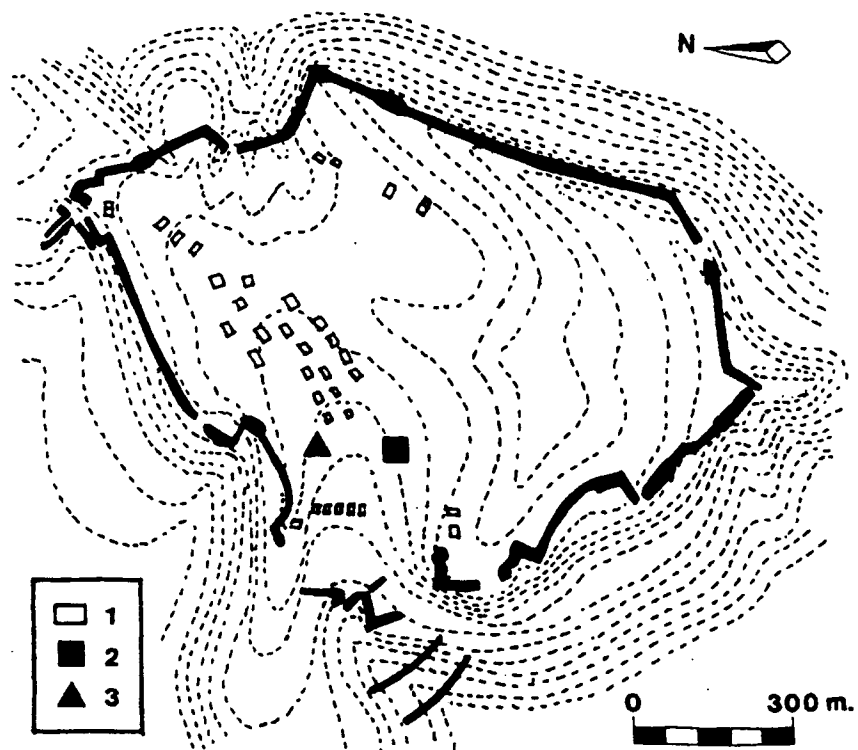


FIGURA 5. Plano de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). 1- Área excavada por J. Cabré 2- Sondeos arqueológicos 3- Camino de piedras hincadas 4- Necrópolis (Cabré, 1930, redibujado; Álvarez Sanchís, 1993a: 267, fig.6)



**FIGURA 6.** Plano de Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila). 1- Foso 2- Campo de piedras hincadas 3- Necrópolis (Cabré et alii, 1950, redibujado; Álvarez Sanchís, 1993a: 271, fig.9)



**FIGURA 7.** Plano de Ulaca (Solosancho, Ávila). 1- Restos de vivienda 2- Sauna 3- Santuario o Altar de Sacrificios (redibujado; Álvarez Sanchís, 1993a: 273, fig.8)

## b) NECRÓPOLIS

### PROVINCIA DE ÁVILA<sup>60</sup>

#### - El Raso, en Cabeza de la Laguna (Candeleda, Ávila)

---

##### BIBLIOGRAFÍA

Fernández Gómez, 1986: 529-877; *id.*, 1994; *id.*, 1996b.

##### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°11'05" lat.N.-1°40'05" long.W. (Madrid).

La necrópolis de El Raso se halla muy próxima al núcleo amurallado, apenas 500 metros en dirección sur, en una planicie cercana a la orilla izquierda de la garganta de Alardos, límite provincial entre Cáceres y Ávila, y no muy alejada del pequeño municipio de El Raso.

##### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

No está constituida por un conjunto único bien definido, sino por una serie de sectores más o menos independientes (seis principales: las Guijas, el Arenal, la Llaná, el Horco, el Campo de fútbol y Huerta de Castañar). Este cementerio ha sido objeto de expolio desde tiempo atrás, con lo que tan sólo se han excavado íntegramente cerca de 70 tumbas, 64 de ellas del sector de El Arenal, en especial del núcleo A, en dos únicas campañas de excavación (1970-71) si bien recientemente se ha llevado a cabo una intervención de urgencia en el sector B de Las Guijas que ha documentado 53 sepulturas más (Fernández Gómez, 1994; *id.*, 1996b). Pero todo parece indicar que se trataba de un inmenso espacio funerario extendido desde el poblado fortificado en dirección sur al valle del

---

<sup>60</sup> En las proximidades del poblado de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) se localizaron en 1985 unos depósitos funerarios, en una plataforma delimitada por afloramientos de granitos y grandes roquedales con una superficie aproximada de 500 m.; posteriormente se llevaron a cabo dos campañas de excavación en este sector en los años siguientes. Los materiales hallados en los distintos hoyos muestran una cronología que, en un principio, corresponde al Bronce Final y a la Primera Edad de Hierro, y en todos existe un elemento común: fragmentos de chapa de bronce con remaches o clavos, según todos los indicios pertenecientes a calderos, además de discos, colgantes amorcillados, asas, varillas, apliques, manecillas de bronce, etc. Las cerámicas son variadas, documentándose desde fragmentos de boquique y excisos, a piezas con decoración incisa a peine y otras de procedencia exterior con pintura roja o negra. González-Tablas interpreta este hallazgo como un conjunto funerario, y no como un depósito metálico o una ocultación típica del Bronce Final, habida cuenta que es posible distinguir capas de cenizas en los hoyos. Distingue un rito funerario con dos fases: una primera de cremación del cadáver en una pira funeraria junto a piezas de ajuar muy fragmentadas -como las correspondientes a calderos-, que también pasan por el fuego, y una segunda fase de deposición de los restos cinerarios, sin urnas, en la pequeña fosa. Tales fosas no se exteriorizan con piedras, estelas o alguna construcción tumular, sino que, indiferenciadas, aparecen mezcladas con otros depósitos funerarios superpuestos. En opinión de González-Tablas, los fragmentos de caldero pueden tener un sentido ritual relacionado con la muerte, hasta el punto de otorgarle un valor sacro. Sitúa cronológicamente los restos de estas tumbas en un intervalo que iría desde fines del s.VII a fines del s.V a.C., argumentando que los fragmentos de cerámica excisa y de tipo boquique -propios de Cogotas I- son debidos a una presencia accidental, fruto de la alteración de una estratigrafía revuelta. Por lo tanto, esta necrópolis proto-vetona estaría en relación con el nivel superior del poblado de Sanchorreja, según este autor. Además de estos simples fosos dedicados a depósitos de cenizas, se descubrieron otros dos tipos de espacios: 1) una especie de crematorio o *ustrinum*, con dos sencillas plataformas de tierra aplanada, delimitadas por lajas de granito; y 2) un espacio arquitectónico más complejo, compuesto por una estructura tumular, que se superpone a una pira anterior, a la que se adosa una plataforma de ladrillo que bien pudo actuar también como pira funeraria. Por último, para completar definitivamente esta ocultación ritual, se tapó todo el área con un piso batido y endurecido, levantándose el monumento pétreo que quedó exento para marcar el lugar. En este túmulo se recuperó cerámica, entre la que destaca la decorada a peine, una fíbula de doble resorte en bronce, una hoja de cuchillo de hierro, una cuenta esférica de pasta vítrea azul, una pesa de telar y restos óseos de diferentes especies; todo ello muy fragmentado, parece que intencionadamente (González-Tablas, 1990).

Sin entrar a valorar el juicio de González-Tablas, lo destacable en este yacimiento es que puede servir de pauta, en caso de que definitivamente la hipótesis de González-Tablas se verifique, para entender la introducción del ritual funerario incinerador en un momento temprano (en el tránsito del Hierro I al II) para el ámbito cultural vetón de Cogotas II. De igual forma, la estructura tumular podría significar el precedente directo de los encanchedos tumulares que vemos por ejemplo en La Osera, en pleno Hierro II. Por otra parte, en Las Cunas de los Moros (Sta. Cruz de Pinare, Cebreros) se hallan indicios de una posible necrópolis de la Edad del Hierro (Rodríguez Almeida, 1955: 265).

Tiétar hacia Madrigal y hasta el pueblecito actual de El Raso. La tipología de los enterramientos es la característica del mundo funerario de esta región meseteña: exclusividad de la cremación, urnas depositadas sobre un hoyo poco profundo apoyadas en piedras o fragmentos cerámicos para mantener la estabilidad, protegidas con tapaderas, platos o incluso alguna piedra plana, acompañadas del ajuar, cubierto todo por un amontonamiento de tierra o una estructura de grandes lajas de granito que no llegan a aparecer en superficie, pero sin ninguna manifestación al exterior, ni estructura tumular ni estela hincada. Una novedad supuso el hallazgo en la intervención de urgencia del sector B de Las Guijas de seis túmulos (A-F), a modo de estructuras de cubrición más o menos complejas, que guardaban en su interior varios enterramientos en distinto número; igualmente alrededor de los túmulos se extendían casi una treintena de sepulturas. Se ha encontrado alguna tumba doble (por ejemplo la nº20 con dos urnas cinerarias, una con ajuar de guerrro y otra con elementos tradicionalmente femeninos, con la presencia incluso de restos de un niño) y otras sin restos humanos aparentes pero con vasos de ofrenda.

Los ajuares, bastante frecuentes en las sepulturas excavadas (más del 80% contienen alguna pieza de ajuar), muestran variados elementos: urna cineraria, que aparecen tanto a mano como a torno, objetos de bronce (pocos bocados de caballo, fíbulas -la mayoría anulares-, algunos colgantes amorcillados o con cadenillas, brazaletes, anillos, cuentas de collar, botones, ...), objetos de hierro (espadas, puñales, falcatas, *soliferrea* -curiosamente plegados, para adaptarse al espacio del hoyo funerario, según Fernández Gómez-, puntas de lanza y regatones, restos de escudo, cuchillos afalcatados, navajas, pinzas...), piezas cerámicas (además de la urna cineraria de diferente morfología, vasos de ofrendas como jarros, escudillas, cuencos, vasos en miniatura...) y, de gran interés para nosotros, varios objetos exóticos (ungüentario de vidrio polícromo, cuentas de collar de vidrio oculadas, copas de barniz negro, cerámica de engobe rojo de reminiscencia meridional, joyas áureas...) y otros elementos varios (fusayolas y pesas de telar, bolas cerámicas y algunos útiles líticos), etc.

La ocupación de este cementerio, en el que no se ha hallado ningún material netamente romano, parece abarcar desde finales del s.V a.C., los ss.IV y III a.C. como momento de mayor actividad de la necrópolis, según indica la tipología de algunos materiales bien datados. Otro dato capital es tener en cuenta que el campo funerario conocido de El Raso no se corresponde, en cuanto a cronología, con el *oppidum* excavado en La Cabeza de la Laguna, de un momento posterior, sino que estaría vinculado con un poblado sin amurallar anterior en un siglo o siglo y medio que se ha localizado por prospección en un terreno más llano, El Castañar, muy cercano a la necrópolis. Por lo tanto se desconoce el emplazamiento de la necrópolis del poblado amurallado excavado. Tal vez constituya un área aun no bien localizada dentro de este dilatado campo sepulcral.

CLAVE: 1A

---

## **- La Trasguija, en Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Cabré, 1932; González-Tablas, 1985; Castro Martínez, 1986; Kurtz, 1987.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°44'00" lat.N.-4°42'00" long.W.

Localizada 250 m. al noreste del poblado sobre un terreno abierto y ligeramente inclinado.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La necrópolis fue excavada por J. Cabré a inicios de los años 30. Estamos ante una superficie funeraria en la que se han documentado más de 1.600 tumbas de incineración, dispuestas en cuatro zonas diferenciadas y separadas por pasillos de tierra estéril, y con un pequeño foco aislado. Las áreas contienen respectivamente 510, 306, 352, 442 y 3 tumbas. La tipología se repite continuamente: un pequeño foso excavado en la tierra en el que se deposita la urna cerámica funeraria con los restos incinerados del difunto acompañados del ajuar (éste sólo aparece en 224 tumbas, 15,48%). La urna suele calzarse con alguna piedra y taparse con una tapadera u otra forma cerámica. Es frecuente la cubrición del espacio funerario con una estela sin trabajar, anepígrafa y de

forma irregular que tiende a la rectangular, colocada en posición vertical. A diferencia de otros cementerios, como el de Chamartín, en Las Cogotas no aparece ninguna estructura tumular.

La existencia de varios sectores de tumbas, todos coetáneos en el tiempo y más o menos homogéneos, se ha puesto en relación con una manifestación visual de la organización social y familiar en gentilidades o grupos familiares. Respecto a los ajuares, aunque no mayoritarios sí son variados: armas (espadas, puñales, cuchillos, lanzas, escudos, a veces con cuidadas decoraciones de nielados de plata y damasquinados), arreos de caballos, objetos personales (fíbulas, alfileres, fusayolas, colgantes, canicas, anillos, etc.), herramientas de trabajo (hoz, punzón), y varias piezas cerámicas (vasos de ofrendas, cajitas, platos, etc.). Se han llevado a cabo, con base en el estudio de los ajuares, análisis de índole social con el fin de poder transferir la información desde la esfera del mundo de los muertos a la órbita de la organización social de las comunidades vetonas en distintos grupos jerarquizados. Retomaremos este punto al hablar de la sociedad.

Por último, la necrópolis se data de igual forma que el poblado en su segundo nivel (ss.V-II a.C.), sin restos de ocupación romana.

CLAVE: 2A

---

## **- La Osera, en La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Cabré *et alii*, 1950: 43-227; Baquedano, 1990; *ead.*, e.p.; Baquedano/Martín Escorza, 1995.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°43'30" lat.N.-1°15'30" long.W. (Madrid).

Se halla a tan escasa distancia como indica el dato de que el tercer recinto del poblado, construido más tardíamente, solapa un sector de la misma necrópolis. Las zonas de enterramiento abarcan un territorio llano de 150 m. de norte a sur por 225 m. de este a oeste, extendido desde las puertas del *oppidum* hasta el cerro de Las Navas.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Hasta el momento representa el cementerio más extenso, con un total de 2.230 sepulturas excavadas por Cabré y sus colaborados entre 1932 y 1945. De nuevo nos encontramos con varios sectores diferenciados, en esta ocasión seis, con el siguiente número de tumbas: 252, 175, 232, 232, 802 y 517. Sin embargo sólo existe información de la zona VI, la única publicada, con 517 tumbas de las que 250 (48,3%) poseen ajuar. (Los materiales de los sectores restantes de la necrópolis están siendo estudiados por I. Baquedano en su tesis doctoral). Relativa novedad supone la construcción de estructuras tumulares de distinta forma (circular, oval o rectangular) a base de amontonamientos de piedras que guardan en su interior una pequeña cámara en la que se deposita la urna con el ajuar -generalmente son varias por túmulo. Estas estructuras están unidas por empedrados irregulares, que conectan con los pasillos por los que se accede a las cámaras. Los ajuares son similares a los de Las Cogotas, aunque se percibe un nivel de riqueza mayor, con más presencia de las denominadas *tumbas de guerrero* y dentro de ellas piezas tan representativas como espadas, con damasquinados de plata, lanzas, escudos, arreos de caballo, cuchillos, brazaletes, colgantes, sortijas, fíbulas, herramientas, además de otros objetos personales y vajilla cerámica.

El arco cronológico, *grosso modo*, iría del s.IV a inicios del s. II a.C., con un uso intenso en el s.III a.C. (zona VI). Próximos a la necrópolis se hallaron varios verracos.

CLAVE: 3A

---

## PROVINCIA DE CÁCERES<sup>61</sup>

### - La Coraja (Aldeacentenera-Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Esteban, 1993: 71-82.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 39°33'25" lat.N.-1°58'55" long.W.

Se localiza en la finca de El Tercio sobre una pequeña meseta a escasamente 200 m. al sur de las murallas del poblado, del que le separa un encajonado valle por el que corre el arroyo del Moro.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Se han sacado a la luz unos 70 enterramientos, desde 1984, en los que destaca el contraste entre una gran mayoría de ajuares pobres, frente a unos pocos considerablemente ricos. Una vez más el modelo de deposición se establece a partir de un pequeño foso o simple rebaje del suelo, en el que se introduce la urna; en ocasiones exteriorizado con un ligero muro de lajas de pizarra que cubre varias sepulturas, sin que se pueda llegar a interpretar como estructura tumular. A diferencia de otros escenarios funerarios vetones, aquí las tumbas no presentan una disposición determinada, sino que más bien parecen situarse de forma anárquica. Tocante al ajuar hay constancia de cerámicas a mano (60% de las urnas), con decoraciones incisas e impresas de bandas paralelas, zigzags, estampillados, decoraciones a peine, triángulos calcados, y torneadas -la gran mayoría lisas-, sean ya urnas, platos -con frecuencia utilizados como tapaderas- o ungüentarios de ofrenda. Esta forma es especialmente representativa en La Coraja y debió utilizarse para contener perfumes. Dentro de la categoría de objetos metálicos se han exhumado numerosas fíbulas (anulares, de tipo La Tène, zoomorfas, ...), tres arracadas de oro, y un armamento bastante reducido (dos falcatas, algunas lanzas, un *soliferreum*, una espuela y varios regatones y cuchillos).

Por último, cronológicamente la necrópolis coincide con el poblado y manifiesta una ocupación continuada que iría desde el s.IV hasta probablemente el s.II a.C. Sus excavadores piensan en la existencia de una segunda necrópolis, aun no hallada, en la que es previsible que se den cerámicas pintadas de engobe rojo o grises -ausentes en la necrópolis excavada- o que haya mayor presencia de armamento, tan escaso en ésta.

CLAVE: 13A

---

### - El Mercadillo, en Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Hernández, 1991; *ead.*, 1993a: 118-119; Hernández/Rodríguez López, 1990; Hernández /Galán, 1996.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°22'00" lat.N.-2°35'50" long.W.

A 200 m. del llamado recinto B del *oppidum*, junto a una zona amesetada que lleva a la entrada principal del poblado, desde el cual se visualiza perfectamente el cementerio.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Esta necrópolis fue excavada desde 1985 hasta 1987 por Fca. Hernández. El resultado han sido unas 46 sepulturas con características bastante homogéneas. El rito es de incineración y el modelo de enterramiento no difiere del visto en otras necrópolis: urnas cinerarias depositadas en

---

<sup>61</sup> Restos de otra necrópolis protohistórica cacereña, sin excavar, encontramos en Sta. Cruz de la Sierra. En un territorio más vinculable con el pueblo lusitano, citamos los puntos de Portaje, en donde se halló un *soliferreum*, Alconétar, Casar de Cáceres (Rodríguez Díaz, 1990: 144; Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992: 537) y la necrópolis mucho mejor documentada de Los Castillejos de la Orden en Alcántara (Esteban *et alii*, 1988), en cuyo análisis no entramos.



pequeñas fosas realizadas en la roca pizarrosa, a veces la tumba descansa sencillamente sobre la superficie natural sin preparación alguna, quedando algunas señaladas por estructuras de piedra colocadas alrededor del hoyo. Estos empedrados, siete en total, muestran plantas diversas (cuadrangular, circular, semicircular o totalmente irregular) y dan cobijo a nueve depósitos funerarios, pues las estructuras A y B comprenden dos enterramientos cada una. Las sepulturas parecen distribuirse con una ordenación concéntrica a partir de las estructuras tumulares que señalan el epicentro en la densidad de enterramientos. Todos son individuales excepto uno doble (mujer y neo-nato). Precisamente se ha realizado un estudio antropológico de los restos óseos que depara conclusiones como el dominio absoluto del género femenino frente al masculino en esta necrópolis (sobre 41 cremaciones, 28 son féminas, 5 varones, 3 niños y 5 de sexo indeterminado).

Respecto a los materiales, las urnas son todas torneadas, de cocción oxidante, presentan decoración pintada de tipo ibérico a base de motivos geométricos a bandas, y se acompañan de cuencos y platos, algunos de ellos de barniz ibero-turdetano. Los ajuares de esta necrópolis son muy sencillos: además de vasitos de ofrenda, fusayolas, fíbulas anulares, cuentas de collar y alguna pieza aislada como una punta de lanza, un regatón, un cuchillo afalcado o un pendiente de oro. Se da una ausencia de ajuares de guerreros. Esta necrópolis corresponde al horizonte antiguo del poblado, s.IV a.C., y, en consecuencia, puede considerarse anterior a la intervención romana en esta zona. Lo más significativo de la misma parecen ser las claras influencias meridionales perceptibles sobre todo en el material cerámico, y la escasa diferenciación social puesta de manifiesto por la uniformidad de los ajuares, presentes en el 66,3% de las tumbas excavadas.

CLAVE: 9A

---

## **- El Romazal I, en Villasviejas del Tamuja (Botija-Plasenzuela, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Hernández, 1991; *ead.*, 1993a: 119-120; *ead.*, 1993b; Hernández/Galán, 1996: 112-121.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 39°22'00" lat.N.-2°24'30" long.W.

Está orientada al este del recinto A del poblado a distancia de un kilómetro, con un acceso un tanto dificultoso propio de la ladera de un abrupto cerrete.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Esta segunda necrópolis de Botija se excavó en las campañas de los años 1988-1992. En este caso se vió cómo la necrópolis está formada con diferentes agrupaciones de tumbas separadas por espacios vacíos, que parecen responder a distintos grados de riqueza en el ajuar. El conocimiento es parcial, pues faltan por precisar los extremos este y oeste de la necrópolis. De nuevo el mecanismo es practicar un hoyo somero sobre la roca natural o aprovechar las oquedades para depositar la urna cineraria. Se han excavaron 272 sepulturas, de las cuales alrededor del 30% tenían algún tipo de ajuar, y de ellas en torno al 40% presentaba algún arma. Las urnas son de formas variadas, y sorprende la ausencia de los tipos ibéricos tan abundantes en El Mercadillo. El ajuar guerrero se suele componer de puñal o espada y dos puntas de lanza, complementado a veces por umbos de escudo, tahalies, cuchillos afalcados y regatones. Tan solo se recuperó un arreo de caballo, eso sí de una tumba excepcionalmente rica. Los ajuares más sencillos se componen generalmente de un único elemento, que bien puede ser una fíbula, un anillo, alfileres, fusayolas, bolas, tipos diferentes de vasos de ofrendas, entre los que destacan algunas copas campanienses B datables en los ss.III-II a.C., o alguna pieza más singular, como un anillo de hierro que lleva engastado una cornalina decorada con una cabrita realizada con la técnica itálica a glóbulo.

Es evidente en esta necrópolis una mayor jerarquización social, en la que jugarían un importante papel el elemento guerrero, las influencias meseteñas y la primera presencia romana. El marco cronológico abarca principalmente los ss.II-I a.C.

CLAVE: 9B

---

## **- El Romazal II, en Villasviejas del Tamuja (Botija-Plasenzuela, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Hernández/Galán, 1996: 122-126

### LOCALIZACIÓN

Al norte de la anterior, próxima al cauce del río Tamuja, sobre una pequeña loma rodeada por un camino natural que cruzando el arroyo de El Verraco se dirige hacia el noreste.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Se descubrió de forma casual en 1993 al intentar delimitar la primera necrópolis de El Romazal. Constituye un espacio funerario intermedio entre las dos necrópolis anteriores asociadas a Villasviejas. Únicamente se han descubierto once enterramientos en dos breves campañas (la última en noviembre de 1996). Éstos se practican sobre hoyos profundos en los que llega a encajarse la totalidad de la urna, que aparece cubierta por un cuenco utilizado como tapadera. El material cerámico presenta características mixtas de las otras dos necrópolis. Los ajuares detectados son escasos, notándose por el momento una completa ausencia de armas, mientras que son frecuentes las fusayolas y fíbulas de pie vuelto, con esquema de La Tène I. Provisionalmente se data su puesta en funcionamiento en el s.III a.C.

CLAVE: 9C

---

## **- El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

González Cordero *et alii*, 1990; Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992: 537.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°09'12" lat.N.-5°21'30" long.W.

Situada en una pequeña planicie en la margen cacereña de la garganta de Alardos (que separa esta provincia de la de Ávila), la necrópolis se halla relativamente cercana al yacimiento de El Raso y al vecino santuario de Postoloboso.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Lo precario de la intervención arqueológica de urgencia -recuperación de una única urna cineraria, descubierta en el transcurso de unas tareas agrícolas, en un corte con dos niveles de ocupación, el inferior incluso con cerámica tipo boquique- no fue obstáculo para poder percibir la existencia de un pequeño núcleo de población aparentemente sin amurallar, anejo a la necrópolis. Sin embargo la información es muy escasa y debe completarse con futuras intervenciones arqueológicas más intensas. Como se ha dicho, el único material recuperado fue una urna globular a mano, reductora y sin decoración, y un filete de bocado de caballo de bronce muy desgastado.

CLAVE: 22

---

## **- Pajares -El Santo Pajares. (Villanueva de la Vera, Cáceres)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

González Cordero *et alii*, 1990; Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992: 537; Celestino, 1995: 81-82; Celestino *et alii*, e.p.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°07'28" lat.N.-5°25'30" long.W.

Esta necrópolis se halla a los pies de una pequeña colina, a escasos kilómetros de Villanueva en dirección a la Vega de El Tudal, en el valle del Tiétar, y próxima a la garganta de Minchones.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Se trata de una zona con una riqueza arqueológica muy manifiesta, en cuyos alrededores se han descubierto significativas piezas orientalizantes, el conocido jarrito tartésico estudiado por García y Bellido y otros hallazgos de gran valor, entre ellos fragmentos de cerámica ática de barniz negro, que han sido recogidos por los propietarios del terreno desde bastantes años atrás. La importancia y el alarmante estado del yacimiento ha ocasionado que desde el verano de 1993 se estén llevando a cabo campañas de excavación sistemática bajo la dirección de S. Celestino.

Hasta el momento se han publicado sólo 11 tumbas de un área de 12m<sup>2</sup> fruto de un sondeo de urgencia, pero al día de hoy son bastante más los enterramientos exhumados (alrededor de 30). No existe una única necrópolis, sino al menos cinco áreas cementeriales o sectores dispersos que generalmente se emplazan sobre túmulos naturales recortados artificialmente en sus laderas; de ellos, tres se han estudiado parcialmente (Pajares I, II y III). Tanto la urna como su ajuar se depositan en hoyos practicados muy ligeramente en el suelo, con frecuencia se aprovecha las oquedades de la roca madre, que aflora enseguida en esta zona, o incluso se rebaja artificialmente parte del granito para amoldar los depósitos funerarios. Los recipientes son calzados con fragmentos cerámicos, y de cara al exterior los enterramientos no presentan ningún tipo de revestimiento o señalización específica, aunque la superficie está muy alterada por el trabajo agrícola. Las urnas se realizan mayoritariamente a mano, con decoraciones de diversos motivos (zigs-zags, meandros, acanaladuras, dientes de lobo, etc.) a base de impresiones y sobre todo incisiones peinadas, destacando un fragmento en el que hay representada una hilera de figuras humanas en actitud procesional o danzante. También hay presencia de vasos de ofrendas, en todas las tumbas -muchas veces en el interior de las urnas-, catinos o escudillas -conteniendo cuentas de collar-, jarros con asa, fusayolas, etc. Más novedoso nos parece el empleo de calderos de bronce como contenedores de los restos cinerarios (por lo menos tres en Pajares I y cinco más en Pajares II), decorados con bandas verticales roblonadas que unen láminas finamente batidas, y sobre todo el alto número de braserillos de bronce recuperados (superior a la decena). Junto a los calderos y braserillos también hallamos brazaletes de bronce, botones y fíbulas del mismo material, además de un cuchillo de hierro y contadas puntas de lanza. Completa el ajuar la existencia de numerosísimas cuentas de collar en pasta vítrea azulada y policroma, con ejemplares oculados y restos de vasitos de vidrio en varios colores. De los alrededores proceden joyas áureas incluidas en presumibles depósitos de ocultación,

Los hallazgos de esta necrópolis son datados entre el s.V y el s.II a.C. Es notoria la semejanza cultural de estos materiales con los vecinos de El Raso, pudiéndose hablar de una hermandad cultural del yacimiento de Villanueva con el ámbito Cogotas-Raso. En las cercanías de la necrópolis existe un poblado en llano colindante -tal vez con un arranque cronológico algo anterior a la necrópolis-, bastante disperso y sin grandes estructuras constructivas, pero con interesantes materiales. Se ha empezado a excavar a finales de 1996. Uniendo la zona de necrópolis y la de poblado, el yacimiento de Pajares alcanza una extensión mayúscula de más de 80 ha. Ya anunciamos en otro lugar (Sánchez Moreno, 1995a: 61, 74) la posible relación de este campo funerario con el yacimiento amurallado del Cerro Castrejón que localizamos en el término de Villanueva de la Vera, a un par de kilómetros de la necrópolis de Pajares en dirección norte. Puede que estemos ante una dinámica de comportamiento paralela a la observada en El Raso, con la sucesión de dos poblados: un primero abierto y en llano (¿Pajares?), que es reemplazado por otro con mejores defensas y en un lugar más estratégico (¿Cerro Castrejón?) ante alguna posible amenaza hacia fines del s.III o inicios del II a.C.; o, quizá, pudo ser el propio establecimiento castreño de El Raso un centro aglutinador de la población circundante dispersa en hábitats menores, como las gentes enterradas en las necrópolis de Madrigal o Villanueva de la Vera, aunque la distancia es mayor. Sin embargo, hasta que no se excave el yacimiento del Cerro Castrejón, de momento inédito, no podremos otear la validez de la hipótesis que aquí sólo sugerimos.

El lugar de Pajares es de excepcional importancia para nuestro trabajo, a parte de por su novedoso conocimiento científico, aun muy somero, por su posición geográfica a los pies de Gredos, sobre una franja intermedia en la línea de paso de ambas mesetas, y por la envergadura de sus hallazgos de remineiscencia meridional en un contexto del Hierro II. De ellos nos ocupamos extensamente en la presentación de los testimonios de contacto de naturaleza arqueológica.

CLAVE: 23

## PROVINCIA DE SALAMANCA

Sólo hay noticias parciales en Yecla de Yeltes. En las proximidades del *oppidum* se extiende la necrópolis con una utilización prolongada, probablemente desde el s.V a.C. hasta el final de la época romana. La necrópolis protohistórica no ha sido localizada todavía, quizá porque haya quedado arrasada por las posteriores. Martín Valls la ubica a unos 500 m. de la puerta principal de la muralla que se abre al norte. De la necrópolis alto-imperial tampoco se conservan restos *in situ*, pero las numerosas estelas funerarias nos dan una idea de su significación. El momento funerario mejor conocido es el tardo-romano (Maluquer, 1956: 127-128; Martín Valls, 1982). Algo parecido ocurre con la necrópolis de Las Merchanas en Lumbrerales, de la que todo resto perceptible es de momento tardío, siendo nula la información para época prerromana.

---

## PROVINCIA DE TOLEDO

Rodríguez Almeida (1955: 268) intuía la existencia de una necrópolis en una estrecha planicie en la unión del cerro en el que se ubica el poblado del Castillo de Bayuela con otro vecino. Los únicos datos a favor son la presencia de cerámica en superficie, el topónimo de El Cementerio con que se conoce aquel paraje y el hallazgo de un verraco en los alrededores. Otras noticias hablan del descubrimiento de una necrópolis mixta inhumación-incineración de la Edad del Hierro en la zona baja del poblado Arroyo Manzanas (Las Herencias), en un punto muy próximo al lugar que recientemente ha revelado una nueva estela del suroeste (Moreno Arrastio, 1995b: 289).

---

## CONSIDERACIONES SOBRE LAS NECRÓPOLIS VETONAS

La región del occidente meseteño descubre una *arqueología de la muerte* no todo lo densa que quisiéramos, pero sí que en buena parte con uno de los volúmenes de datos más sustanciosos e indicativos del total de ámbitos funerarios de la Iberia prerromana. Y eso que no contamos con más de siete cementerios suficientemente estudiados y excavados (La Osera, La Trasguja y El Raso en la provincia de Ávila, y El Mercadillo, El Romazal, La Coraja y Pajares en Cáceres), sin mencionar otros campos sepulcrales documentados más parcialmente o simplemente barruntados. La escasez en la localización de este tipo de yacimientos se debe, entre otras cosas, a la ausencia de grandes estructuras arquitectónicas, al frecuente arrasamiento debido a las deposiciones posteriores y a la acción antrópica

(sobre todo las labores agrícolas), y a la posibilidad de que existieran otras manifestaciones funerarias que no hayan dejado testimonio material ni físico entre los pueblos vetones, como pueden ser los ritos de exposición, abandono o el arrojamiento de los cuerpos a cauces fluviales.

No obstante, podemos destacar sin esfuerzo una serie de rasgos generales a propósito de la ubicación, disposición, rito y ajuares de las necrópolis vetonas. Un conjunto de atributos que cada vez dan mayor fuerza de expresión a la realidad funeraria de estas tierras. En primer lugar hay que partir por reconocer el rito cremador como el exclusivo de estas gentes, al menos desde la comprobación arqueológica. Que sepamos, en tierras vetonas no se han registrado inhumaciones infantiles bajo las viviendas, a diferencia de lo que ocurre en otras regiones caso del Levante o de la misma cuenca vaccea. Las necrópolis aparecen desde el principio como focos aglutinadores de enterramientos aislados, que en ese marco de concentración identifican una comunidad plural cuyo tránsito va a ser objeto de cuidado y perpetuación por parte de la sociedad de los vivos al servicio de la cual funciona la necrópolis. No aportamos nada nuevo si afirmamos que los enterrados en cualquiera de estas necrópolis no son la totalidad de las gentes que habitaron el poblado vecino en un tiempo determinado. El carácter selectivo de la práctica funeraria junto con el simbolismo que los ajuares denotan, por no citar más que dos de los principios de manifestación mortuoria velados a la investigación, empañan el espejo con el que estamos tentados a reflejar, errando del todo, el mundo de los vivos desde la óptica del de los muertos (o viceversa). Reconocer las dificultades en la interpretación de la arqueología funeraria no nos ha de impedir sistematizar ciertas pautas de su funcionamiento.

En efecto, las necrópolis que estudiamos se localizan próximas a los hábitats a los que se asocian, casi siempre en un punto más llano, sobre una ladera o vaguada en el entorno del poblado -la distancia pocas veces supera el par de kilómetros-, desde el cual se las divisa. A pesar de que no se trata de recintos limitados artificialmente, con frecuencia se definen como áreas individualizadas. Es interesante advertir que en muchas ocasiones no se corresponde una única necrópolis por cada poblado, sino varias, algunas conocidas (el castro de Villasviejas del Tamuja con las necrópolis de El Mercadillo, El Romazal II y El Romazal I, por ese orden cronológico) y otras sugeridas (el *oppidum* de El Raso no es

coétaneo a los sectores de la necrópolis excavada, anteriores en el tiempo, por lo que se ha de pensar en otra necrópolis hasta ahora ignota, o tal vez en una única muy extensa en la que no se ha detectado la fase última vinculada al poblado de Cabeza de la Laguna, -algo quizá no alejado del comportamiento de Pajares-; para el poblado de La Coraja también se piensa en la existencia de una segunda necrópolis). Los cementerios vetones son de gran envergadura, tanto por el número de tumbas (La Trasguija, La Osera), cuanto por la dispersión de los enterramientos sobre grandes áreas que lógicamente no han sido excavadas al completo (El Raso, Pajares). Esto explica en parte otro de los rasgos más característicos de la práctica funeraria de estas gentes: la revelación de las sepulturas dispuestas en sectores o áreas diferenciadas y separadas por espacios estériles (detectables en La Osera, Las Cogotas, El Mercadillo, El Romazal I, El Raso, Pajares...). Este fenómeno que aparte de responder a patrones espaciales confiesa conductas socio-familiares del mundo de los vivos, se ha querido parangonar como una manifestación *post mortem* de la organización gentilicia asumida tradicionalmente para los vetones (Maluquer, 1954: 109; Lomas, 1980: 35; con insistencia, Salinas, 1982: 68; Martín Valls, 1985: 117-118; Fernández Gómez, 1986: 929; Castro Martínez, 1986: 128-129; Kurtz, 1987: 276-276; Blasco, 1987: 313; Sayas/López Melero, 1991: 120; Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992: 537 y 558; Redondo, 1993: 42; etc.).

La disposición de la sepultura, con lógicas variantes menores y locales, es bastante uniforme: un pequeño hoyo o fosa excavado a poca profundidad en el que reposa la urna cineraria, adaptada al suelo rocoso, cubierta con una tapadera y calzada con alguna piedra, y el resto de elementos de ajuar que si su tamaño se lo permite suelen introducirse en la urna. Las cremaciones son individuales y conforman, por tanto, enterramientos personales, aunque en prácticamente todas la necrópolis presentadas se dan casos esporádicos de tumbas dobles (dos adultos o adulto y niño). La estructura funeraria acostumbra a sellarse con lajas de piedra y tierra, y, ya en superficie, aunque no podemos considerar la señalización exterior como omnipresente, en ocasiones sí se recurre a su singularización con algún tipo de estructura tumular (La Osera, El Mercadillo, Las Guijas B de El Raso, el caso más ambiguo de Sanchorreja...) o estela vertical (La Trasguija). Bajo los encanchados pétreos reposan generalmente un número plural de enterramientos, si bien a veces albergan una única sepultura o incluso pueden carecer de ella, hasta el punto de pensar en tumbas simbólicas o cenotafios, como se ha sugerido para algunos túmulos

del sector I de La Osera (Baquedano/Martín Escorza, 1995: 34). Alrededor de los mismos la concentración de tumbas suele ser una constante.

El procedimiento ritual es por ahora imposible de reconstruir en detalle. Hasta el momento no se ha identificado ningún *bustum*, por lo que se hace de la cremación secundaria el sistema unánimemente empleado. El descubrimiento de *ustrina* es muy escaso. Sólo se supone como tal la estructura de Los Castillejos de Sanchorreja, de un momento anterior y aun dudosa (González-Tablas, 1990). Existen señales de que muchas piezas del ajuar acompañaron a los cuerpos en el proceso crematorio, pero no sabemos si la totalidad de las mismas y en un momento simultáneo. Aunque para esta zona se han realizado pocos estudios paleofaunísticos, parece que hay restos de ofrendas animales en el interior de algunos depósitos, como los restos de ovicápridos (piezas dentarias) de El Mercadillo (Hernández/Galán, 1986: 23) y de équidos de La Osera (Baquedano, 1990: 284-286). Ello no sorprende, habida cuenta de la asiduidad de estas prácticas sacrificiales de animales en los ritos funerarios de las culturas protohistóricas, como tendremos ocasión de ver también entre los vacceos.

No es éste el lugar para analizar con detenimiento los objetos del ajuar, pero sí queremos apuntar algunas ideas. Los ajuares de las necrópolis vetonas son abundantes, completos y variados; pero no es homogénea su distribución (*vid.* cuadro 1 en el debate sobre la sociedad vetona; I-1.5 B). Ya dijimos que mientras en Las Cogotas sólo el 15% de enterramientos (de un total de 1.600) contabilizan ajuar, en El Romazal I lo tienen el 30%, en la zona VI de La Osera el 48%, en El Mercadillo el 66% y en El Raso más del 80%, aunque el número de tumbas no es en ningún caso tan alto como el de la necrópolis de Cardenosa. En lo relativo al contenedor cinerario, la reiterada realización cerámica pudo tener un antecedente metálico como urna o caldero de bronce, si no exclusivo sí partícipe de los enterramientos más señalados; tal como hemos visto aparecer en los depósitos presumiblemente funerarios de Los Castillejos de Sanchorreja en un momento temprano, y que parece mantenerse en sepulturas antiguas y orientalizantes de Pajares, de Las Guijas B de El Raso (al menos siete casos) y en alguna de La Osera (*vid.* II-2.1 C). Las urnas se ven acompañadas, con la excepción de los depósitos más humildes compuestos sólo por la vasija mortuoria, por otros recipientes cerámicos (platos, cuencos, jarritas, botellas, cajitas...) tenidos por ofrendas en sí o receptores de los líquidos o productos que en

realidad son las *dádivas* funerarias. Elementos de ajuar más prestigiosos son las armas (espadas, lanzas, puñales, escudos, tahalíes...), muy significativas en el contexto funerario de Cogotas II, los arreos de caballo y los adornos variados (arracadas, anillos, fíbulas, alfileres, pinzas, cuentas de collar...). Igualmente hay presencia de objetos más cotidianos, como herramientas y útiles domésticos. Contrastando la categoría y el número de estos componentes del ajuar con la estructura de las tumbas y con algunos datos extraíbles de la fuentes literarias, podemos aproximar lecturas que interpreten la sociedad de las gentes prerromanas allí enterradas, tal y como veremos más adelante. Ahora nos limitamos a llamar la atención sobre algunas particularidades observadas en la disposición de piezas de ajuar, por ejemplo la gran fragmentación de los restos de ajuar en algunos sitios como Sanchorreja, el doblamiento o supuesta inutilización de algunas armas, como los *soliferrea* en las necrópolis de El Raso o La Coraja, o la preponderancia de elementos determinados, caso de los ungüentarios de perfumes tan característicos en La Coraja o de los braserillos del tipo ibérico en Pajares.

Las muchas incógnitas pendientes no deben ser impedimento para seguir intentando avanzar en el conocimiento histórico que una parcela tan interesante como es el ámbito funerario nos puede proporcionar en el campo de lo social, de lo económico o en el menos tangible de lo religioso. Dejamos aquí las consideraciones principales de las necrópolis vetonas subrayando la idea de que el mundo funerario representa uno de los patrones más distintivos y expresivos del ámbito cultural de la meseta occidental prerromana, a pesar de la considerable mengua de información, y uno de los campos más interesantes para investigaciones futuras.



## c) SANTUARIOS/LUGARES DE CULTO

### PROVINCIA DE ÁVILA

#### - Postoloboso (Candeleda, Ávila)

---

##### BIBLIOGRAFÍA

Fernández Gómez, 1973; *id.*, 1986: 879-905.

##### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°07'00" lat.N.-1°38'50" long.W. (Madrid).

En la dehesa del mismo nombre. El emplazamiento parece no ser casual y viene determinado en la confluencia de la garganta de Alardos -que baja desde Gredos- con el río Tiétar, en una zona llana junto a la cual hoy se extiende el pantano de Rosarito, justo en la divisoria provincial entre Ávila, Cáceres y Toledo, en un punto prácticamente equidistante a las poblaciones de Candeleda (Ávila) al este y de Madrigal de La Vera (Cáceres) en dirección oeste.

##### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Lo que conocemos de este yacimiento son alrededor de veinte aras votivas latinas dedicadas por particulares probablemente descendientes de los habitantes del *oppidum* de El Raso, al dios indígena *Velicus* o *Vaelicus*. Este área sacra, de la que no queda ningún resto estructural constructivo prerromano ni romano, ha llegado a nuestros días cristianizada como una ermita dedicada primero a San Juan, y luego a San Bernardo, santo local al que se atribuyen determinados poderes contra el mal de rabia que quizá están en la esencia del carácter primigenio de este dios, el radical de cuyo nombre en lengua indoeuropea parece hacer referencia al lobo, animal de conocidas propiedades protectoras para los indígenas. (Del carácter de este dios, sus manifestaciones y de las distintas interpretaciones vertidas sobre el mismo, nos ocupamos en la parte destinada a la interpretación religiosa del mundo vetón).

En un lugar a medio camino entre el castro de El Raso y Postoloboso se halló hace años un exvoto de bronce típicamente ibérico y una manecilla de un braserillo ritual. Igualmente, en las sondeos arqueológicos practicados en Postoloboso en los años 70 se recuperaron varios materiales romanos, como once fragmentos de *sigillata* (hispánica y clara D), la base de un ungüentario de vidrio y un compás de hierro, además de abundantes escoriales de hierro.

Identificamos el lugar, por tanto, como área sacra en un marco geográfico preclaro, que está conectada al hábitat indígena de forma física y simbólica a través del elemento fluvial (garganta de Alardos). Este terreno es la sede de una deidad precisa de raíz protohistórica, reconocida epigráficamente siglos después en un espacio romanizado primero y cristianizado con posterioridad.

CLAVE: 24

---

#### Ulaca (Solosancho, Ávila)

---

##### BIBLIOGRAFÍA

Gómez Moreno, edic. revisada 1983: 19-23; Posac, 1953; Martín Valls, 1985: 116-117; Álvarez Sanchís, 1993: 275-279; Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís, 1993.

##### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 40°33'00" lat.N.-4°53'45" long.W.

En el interior del *oppidum*.

##### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

En este monumental poblado sin romanizar encontramos dos estructuras pétreas que desde hace tiempo se han puesto en relación con prácticas culturales plenamente indígenas<sup>62</sup>.

---

<sup>62</sup> Las formas caprichosas de rocas, peñas y plataformas rupestres se han imaginado desde tiempos remotos como escenarios religiosos. Evidencias de una posible área sacra en relación con cultos a elementos de la naturaleza que

A) “*Altar de sacrificios*”. Se trata de una construcción a cielo abierto realizada sobre grandes bloques graníticos que afloran en el sector noroeste. El monumento, en buen estado de conservación, consta de una gran estancia rectangular tallada en el granito, en uno de cuyos lados existe una gran peña, en la que dos escaleras de nueve gradas labradas también en la roca conducen a una plataforma, donde se encuentran dos cavidades de forma más o menos circular y comunicadas entre sí. La más occidental de ellas vertía en una tercera, que a su vez mediante un canal permitía que los líquidos derramados en las libaciones corrieran hacia la parte baja de la peña.

Su funcionalidad cultural, en la que habría que tener presente la práctica de sacrificios animales e incluso humanos, se ha establecido a partir del estudio comparativo con otras construcciones parejas, entre las que destaca el relativamente cercano santuario portugués de Panoias, donde se documenta, a través de inscripciones latinas, la existencia de tales sacrificios. Además también viene avalado por otros testimonios paralelos, trátase de citas de autores greco-latinos a prácticas religiosas y rituales de sacrificios de los pueblos occidentales (Estrabón, III, 3, 6-7; Plutarco, *Quaest. Rom.*, 83; Livio, XLIX, etc.), de algunos documentos epigráficos lusitanos de contexto cultural (Arroyo, Cabeço das Fraguas, Lamas de Moledo) o bien de otras referencias iconográficas vinculables<sup>63</sup>.

B) “*La Fragua-Horno o Sauna*”. Se localiza en el centro del yacimiento, a menos de 200 metros de la estructura anterior. Esta construcción está formada, en la parte meridional y en el suelo, por una especie de semihipogeo tallado parcialmente sobre un gran canchal de piedra granítica, y unos muros de piedra en la parte septentrional, acaso también en los lados este y oeste, donde se emplazan los cimientos y sillares caídos de lo que pudo ser la continuación del muro. La planta se articula alrededor de un eje de 85° al este, quedando compartimentada en tres pequeñas estancias (1-una antecámara al oeste, 2-una pequeña cámara central de planta cuadrada con bancos labrados en dos de los lados, abriéndose en el lado sur, encima del banco más alto, una ventana irregular tallada en la roca; esta cámara comunica con la siguiente estancia por un curioso arquito tallado en la piedra, y 3-cruzado éste, el tercer ambiente, mucho más amplio y delimitado por el propio recodo que forma la peña en el lado oriental). Los tres núcleos se encuentran a diferente altura, y ocupan en total una longitud de 6,4 m. y una superficie de 15 metros cuadrados.

Ya hace tiempo que esta estructura se identificó como un horno o fragua de considerable tamaño y monumentalidad, pero más recientemente (Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís, 1993) es puesta en relación con un uso termal, comparándola con las saunas o *pedras formosas* de la Cultura

---

algunas fuentes clásicas transmiten de los pueblos celtas, consideró Soutou (1963) a una serie de cazoletas o cavidades excavadas artificialmente en los afloramientos graníticos de la zona más septentrional de la llamada acrópolis de Las Cogotas. La tesis se apoya en los paralelos existentes en Panoias (Portugal) y en el Languedoc francés donde aparecen hoyuelos tallados en la roca acompañados de inscripciones de carácter ritual, en las que se mencionan prácticas sacrificiales (Alföldy, 1995). No son casos aislados, pues cavidades abiertas en grandes piedras encontramos en Mesa de Miranda, El Raso o en Ulaca, esta última de contexto ritual mucho más explícito. Recientemente Benito y Grande han estudiado varios santuarios rupestres de las provincias de Zamora y Salamanca, muchos de los cuales presentan cazoletas y pequeños pozos que estos autores ligan, dentro de un contexto sagrado, a cultos con abluciones y ceremonias de purificación, e identifican con un primitivo código de señales rituales. Para el territorio vetón, en la provincia de Salamanca, apuntan los lugares de Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires), El Castillo (Vilvestre), La Peña del Perdón y Las Atalayas (La Redonda) que ya llamó la atención del Padre Morán (1946: 156), La Peña Gorda (La Peña), La Dehesa (Aldeavieja), Las Yegüerizas (Monleón), Nuestra Señora del Castillo (Pereña de la Ribera), Peña de Sta. María (Iruelos), Peña Ciña (Robledohermoso), Mesa de los Curas (La Fregeneda), Majadas Viejas (La Alberca), Duranes (Las Casas de Monleón) y El Maguillo (Sorihuela) (Benito/Grande, 1992; *eid.*, 1994).

No creemos que haya datos suficientes como para asegurar el carácter religioso o cultural de la totalidad de estas estructuras, en el sentido de considerarlas con propiedad como santuarios religiosos de los vetones en los últimos siglos antes del cambio de era. Carecen de todo contexto cultural que las asocie a ese tiempo y a ese significado. Algunas de estas plataformas pudieron tener una finalidad doméstica no tan trascendental o un uso remontable a momentos prehistóricos muy anteriores. Inventariarlas como áreas sacras nos llevaría a incluir innumerables estructuras, pues se constatan en altísimo número en zonas rocosas como las penillanuras salmantina y cacereña, el valle serrano del Amblés, las estribaciones de Gredos (La Vera, El Jerte), etc.

<sup>63</sup> Traemos a colación la posibilidad de relacionar, en el mismo marco cultural del *Altar de sacrificios* de Ulaca, el lugar sagrado o *expositorium* que Sayans (1957: 145-154) identificó en el interior del castro de Villasviejas de Plasencia (Cáceres), en concreto una estructura circular pétreo ligeramente elevada y rodeada de un pequeño muro protector. Su conocimiento insuficiente (puede tratarse de un hábitat medieval) impide contemplar el dato más allá de una simple conjetura, que como tal aquí es presentada.

Castreña del Noroeste. Su sentido sería ritual, conectado con las ceremonias iniciáticas guerreras, cuya trascendencia última se nos escapa pero que aparecen sugeridas en algunas referencias contenidas en las fuentes clásicas.

CLAVE: 5X

---

## PROVINCIA DE CÁCERES

### - El Trampal (Alcuéscar, Cáceres)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Caballero *et alii*, 1991; Abascal, 1995; *id.*, 1996; T.I.R., J-29: 141.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 39°09'15 lat.N.-6°13'20" long.W.

La ermita de Santa Lucía se halla enclavada en la ladera de la Sierra de Monesterio, extremo oriental de la Sierra de San Pedro, en un posición centrada entre Trujillo, Cáceres y Mérida, a la vez que muy próxima a la Vía de la Plata. Esta zona representa un *marca fronteriza* en la intersección de los territorios de extensión de vetones, lusitanos y célticos.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Embutidas en los muros de la iglesia visigoda de Santa Lucía se hallaron, en el transcurso de las excavaciones de mediados de los años 80 dirigidas por L. Caballero, numerosas inscripciones dedicadas a la divinidad indígena *Ataecina*. De las 25 inscripciones votivas recuperadas, 17 se dedican a *Ataecina*, 2 a Júpiter, otra más a los *lares viales* o de los caminos y las restantes quedan sin identificar. Caballero piensa que se trata de un santuario de naturaleza indígena, romanizado después, en el que el abundante manantial de agua y el mineral de hierro del subsuelo parecen elementos suficientes para caracterizar el lugar como un área sacra. En este santuario no existirían restos arquitectónicos que conformaran un edificio de culto -al menos no se han detectado-, sino que más bien vendría definido por un terreno acotado o *temenos*, donde se depositarían los exvotos a *Ataecina*, entre ellos numerosas aras votivas (datadas en un momento tardío, ss.I-II d.C.). Muy recientemente Abascal identifica los alrededores de la ermita (en concreto la finca de Las Torrecillas) con *Turobriga*, el centro principal del culto a *Ataecina*, de la que nos ocuparemos al hablar de la religión de los vetones. En cualquier caso, esta zona parece ser un punto de contacto entre lusitanos, vetones y célticos de la Beturia, tanto por la proximidad geográfica, como por la irradiación del culto a esta diosa en dichos pueblos.

No se sabe si hubo continuidad religiosa desde el uso cultural prerromano-romano hasta el momento visigodo, cristianizado, en que se levanta la ermita de Sta. Lucía. A nuestro juicio es muy significativa la semejanza en las características de este muy probable santuario indígena (en cuanto a hallazgos epigráficos en un contexto religioso muy posterior) con el ya comentado de Postoloboso dedicado a *Vaelicus*.

CLAVE: 25

---

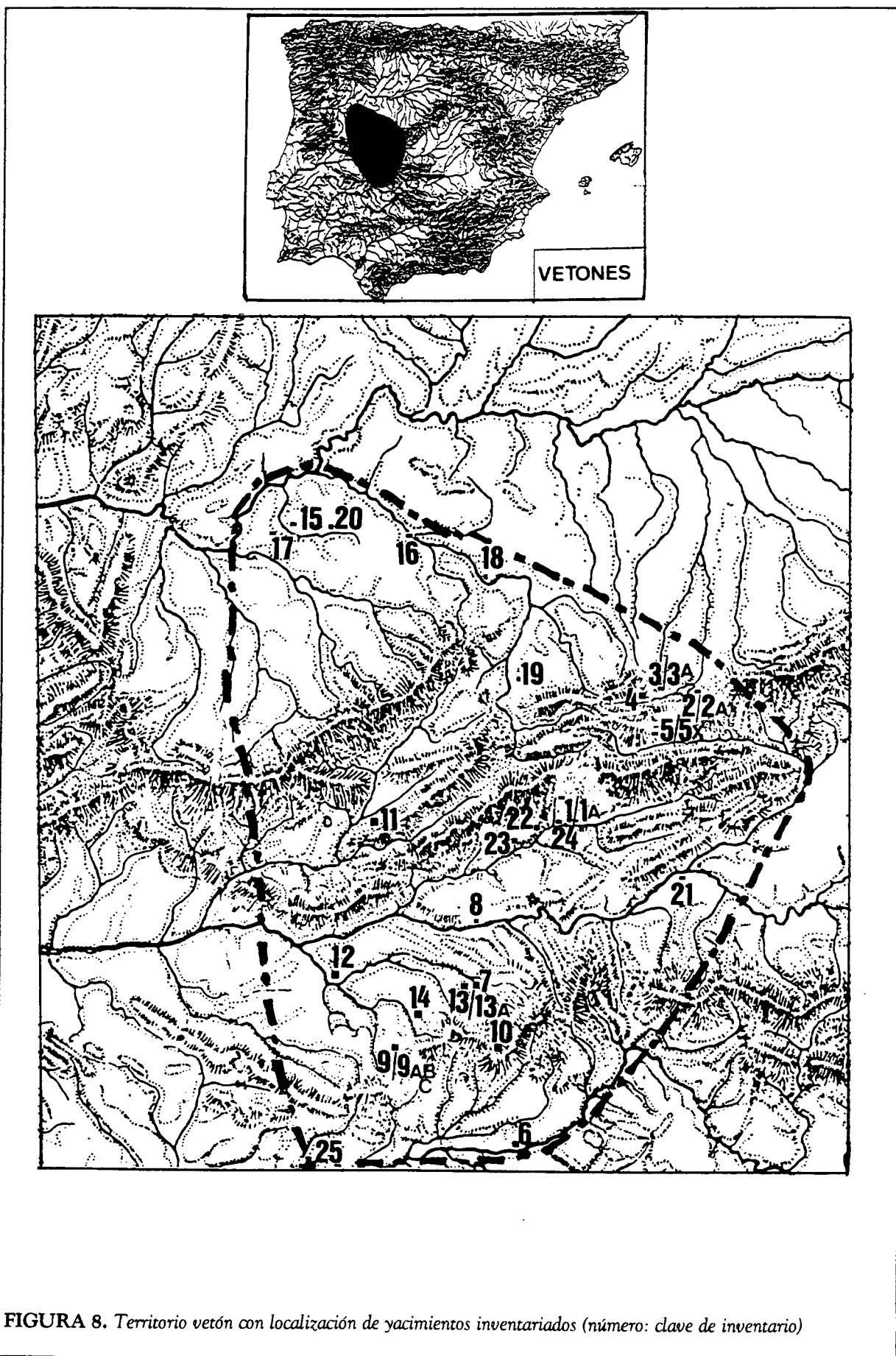


FIGURA 8. Territorio vetón con localización de yacimientos inventariados (número: clave de inventario)

## **B. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CULTURA MATERIAL**

### **a) CERÁMICA**

La Protohistoria Final de esta región ofrece, en lo que a producción cerámica se refiere, el mantenimiento de tradiciones anteriores con base en el Calcolítico y en la Edad del Bronce. Esto queda representado en un conjunto de manufacturas cerámicas entre las que ahora va a destacarse especialmente la decoración incisa a peine, además de otras. Junto a ello, la introducción de avances técnicos como el torno alfarero o el horno de tiro variable que inauguran en esta región la producción de cerámicas torneadas de mayor calidad, hace más abierta y compleja la sistematización de la tipología cerámica de la región. A la fabricación local hay que sumar la llegada de modelos procedentes de otros ámbitos, especialmente meridionales, que tras ser adaptados acabaron siendo imitados por los alfareros vetones. La cerámica descubre como pocas evidencias la riqueza cultural de aquellas gentes meseteñas, tanto en su andar más cotidiano como en el valor supremo que a veces otorgan a actos familiares, religiosos o comerciales.

### **CERÁMICA A MANO**

La cerámica a peine es la variedad más representativa del círculo cultural de Cogotas II en todo el sector Duero-Tajo, aun cuando -como se indica en otros puntos- su génesis hoy se posterga varios siglos atrás. A pesar de ello, o precisamente por esa raíz más añeja pero de igual regionalismo, este tipo personaliza la cerámica más elocuente de la II Edad del Hierro en la meseta central y occidental. La modalidad a peine se corresponde con una vajilla a mano, de pastas negras o pardas propias de una cocción reductora y con una decoración propia muy expresiva a base de incisiones realizadas con instrumentos de varias púas que producen motivos muy variados (ondas, espiguillas, zig-zags, triángulos, rombos, trenzados, temas solares... etc.) <figura 9>. Tales aplicaciones aparecen en solitario o bien combinadas con oquedades, estampillados (rosetas, círculos, soles), punteados diversos, incrustaciones con botones de cobre o bronce, impresiones, acanaladuras radiales, cordones, mamelones... etc. (Hernández, 1981; García-Soto/de la Rosa, 1990).

Se dispersa con amplitud por toda la cuenca del Duero (provincias de Soria, Segovia, Valladolid, Palencia, León, Zamora, Guadalajara) y por la submeseta sur carpetana, pero adquiere pleno desarrollo en el sector nuclear de la meseta occidental, en torno a las provincias de Ávila y Salamanca, con muestras clásicas en Picón de la Mora, Yecla de Yeltes, el núcleo de Salamanca, El Berrueco (Sta. Lucía y Los Tejares), Las Cogotas, Chamartín, El Raso, Sanchorreja, Ulaca, y en el noreste de la provincia de Cáceres (Pajares, Cardenillo). A partir de los ss.IV y III a.C. la cerámica a peine tiende a barroquizarse, insistiendo en motivos como las acanaladuras, los entorchados o cesterías en frisos sucesivos (Martín Valls, 1985: 73), que da como resultado una iconografía brillante, sobre la que podemos proyectar análisis artísticos y culturales como recientemente se está haciendo (Barril, 1996).

Paralelamente a este desarrollo aparecen en estos hábitats cerámicas estampilladas, primero a mano y luego torneadas, con matrices de motivos variados -círculos, radios o cruces-, algunos de los cuales se han recuperado en puntos como Las Cogotas. También algunas piezas caladas, identificadas con quemaperfumes (Las Cogotas, El Raso, Villasviejas del Tamuja, Mesa de Miranda, La Coraja). La morfología de todas estas piezas es amplia, predominando vasos con perfil en S, muy característico, cuencos hemiesféricos, cuerpos bitroncocónicos, globulares y ovoides, de tendencia carenada, platos, urnas, tapaderas, cajitas excisas (Las Cogotas, Yecla de Yeltes) muy familiares en el espacio vacceo, y otras formas mayores como orzas, lebrillos, ollas, tinajas o toneles, estos últimos con escasa o nula decoración, pero formas que en general se repiten en la producción a torno.

## CERÁMICA A TORNO

El empleo generalizado del torno en esta región acontece en el s.IV a.C., si bien encontramos las primeras muestras torneadas en contextos de fines del s.VII a.C. en Sanchorreja, junto a otros elementos importados del mediodía y levante ibéricos (González-Tablas, 1990: 25). Hoy parece más adecuado relacionar su arribada a esta zona interior por vía meridional o ibérica (Martín Valls, 1985: 120; Blasco, 1987: 317; Baquedano, e.p.), que por influencia celtibérica, como antes se pensaba. Pero estos aspectos serán atendidos en otro apartado.

Como valoraciones generales hemos de señalar que la producción torneada no desplazó, en absoluto, a la cerámica a mano que continuó confeccionándose prácticamente hasta el cambio de era, con un ritmo lógicamente decreciente. La cerámica a torno queda plasmada en tipos diferentes. En primer lugar las conocidas en la bibliografía como cerámicas grises. De atmósfera reductora, presentan dos variantes clásicas: ciertas piezas que recogen tradiciones anteriores a mano con motivos estampados, incisos o impresos (prácticamente presentes en todos los yacimientos suficientemente conocidos); y series que corresponden a un estilo de más calidad con pastas depuradas y superficies bien alisadas e incluso bruñidas muy extendidas por todo el Mediodía y Levante, derivadas directamente de focos púnicos, con significativas muestras en los asentamientos de La Coraja (Civantos, 1993: 286-287), Villasviejas del Tamuja o El Raso, entre otros.

Otra modalidad torneada recuerda más el *tipo ibérico*, con pastas claras y rojizas, cocidas en atmósfera oxidante, algunas de ellas presentando decoración pintada en rojo que ha sido tradicionalmente estudiada como representante de la llamada *fase de celtiberización* (Maluquer, 1954: 128; Martín Valls, 1985: 125-126; *id.*, 1986-87: 79-81; Martín Valls/Esparza, 1992: 261). De los tipos, origen y significado de esta cerámica pintada nos ocupamos en la descripción de la cerámica vaccea (I-2.4 B), porque es la variedad dominante desde el s.IV a.C. Diremos ahora brevemente que se trata de una cerámica hasta hace poco escasamente conocida y valorada en una región interior como la Vetonia. Su factura es cuidada, con buen tratamiento superficial, en la que los motivos pintados, a veces, se combinan con temas estampillados o incisos tan frecuentes en Cogotas II. Destaca su amplia documentación en el sector meridional vetón. Así, en La Coraja (Aldeacentenera) o en Villasviejas del Tamuja (Botija) los ejemplares pintados alcanzan casi el 25% del total cerámico recuperado, y en la necrópolis de El Mercadillo de ese último *oppidum* prácticamente el 100% de las urnas corresponde a este tipo (Rivero, 1974; Cabello, 1991-92: 101-106; Hernández *et alii*, 1989: 121-125; Civantos, 1993; Hernández/Galán, 1996: 84-87, 103-105). Las formas usuales son cuencos, platos, vasos caliciformes, con perfil en S, urnas, cubiletes, vasijas de almacén y hasta *kalathoi*, la mayoría son de decoración monocroma en rojo vinoso, en ocasiones también tonos marrones y anaranjados, y con motivos geométricos (bandas, semicírculos...), destacando representaciones contadas de antropomorfos como el jinete con falcata de un fragmento

recuperado en La Coraja. En cualquier caso, esta cerámica pintada no sólo se limita a estos dos yacimientos, sino que también está presente en El Castillejo (Santiago del Campo), Castillejo de Guadiloba (Casar de Cáceres), El Castillejo (Madrigalejo), Valdecañas (González Cordero/Quijada, 1991: 163), la necrópolis de Pajares (Villanueva de la Vera), y más al norte en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 51-52), Ulaca (Posac, 1953: 68-69), El Berrueco (Salamanca), Salamanca (Martín Valls *et alii*, 1991) y Las Cogotas (Cabré identifica otro fragmento con figura humana; Cabré, 1930: Lám. XL, 71-75).

En un primer momento estas modelos son importados, pero se piensa que con posterioridad pasan a confeccionarse en alfares locales. No obstante resulta difícil estimar cuándo y cómo, porque no se han realizado análisis de pastas y el registro arqueológico no ha descubierto aun estructuras de alfar en esta región. La conexión cerámica con el sur y Levante viene reflejada en otras variantes importadas (cerámicas de barniz rojo, grises *coloniales*, vasos áticos, formas exóticas, etc.) que serán examinadas más adelante como testimonios de contacto. En términos cuantitativos la fabricación de piezas comunes, toscas o de cocina, tanto a mano cuanto a torno, se documenta con mayor profusión que los modelos decorados de forma más o menos espectacular. En todos los yacimientos encontramos ejemplares de esta vajilla doméstica, que a veces también fue utilizada en las necrópolis como urna o como ofrenda cerámica.



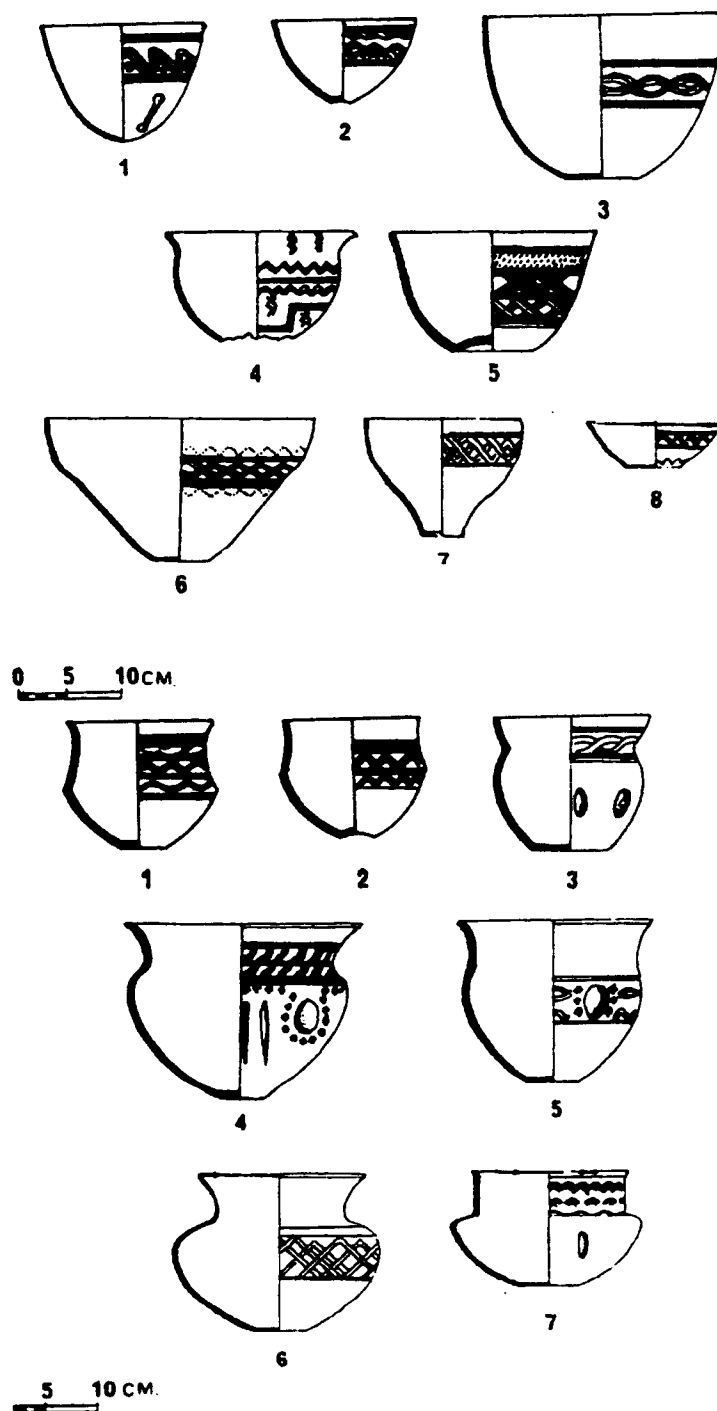


FIGURA 9. Cerámica a peine. Tipología morfológica (Hernández, 1981: 320-321, fig.3-4)

## b) METALISTERÍA

## ARMAMENTO

Contamos con una larga tradición en el estudio de las armas de esta región meseteña, iniciada con los hallazgos de la necrópolis de Las Cogotas. La espectacularidad de las piezas de La Trasguija y de La Osera dadas a conocer en las décadas de los 20-40 <figura 10>, se ha visto reafirmada en los descubrimientos de nuevas necrópolis vetonas, como El Raso o El Romazal, y en otros hallazgos aislados<sup>64</sup>. Al día de hoy el resultado de todo ello es disponer de un volumen armamentístico variado y de calidad, hasta el punto de que ciertas armas, especialmente las espadas, se han convertido en uno de los elementos culturales más definidores del círculo Cogotas II. El campo arqueológico principal para el estudio del armamento es, con mucho, el ámbito funerario. En este contexto el arma funciona como elemento de ajuar muy significado por su valor intrínseco y, sobre todo, por la caracterización que otorga a las sepulturas de las que forma parte, con frecuencia las más notables en estructura y en riqueza material <figura 10>. El conjunto de armas exhumadas, la gran mayoría forjadas en hierro, se puede dividir en dos categorías: defensivas y ofensivas. La tipología de unas y otras es variada; hagamos una descripción sucinta de los principales tipos.

Cuantitativamente es más alto el número de armas ofensivas, algunas de ellas, como las espadas o las vainas, exquisitamente decoradas con técnicas de damasquinado en oro y plata. En este grupo hay que distinguir por una parte las armas de asta y/o arrojadizas. La lanza y la jabalina están documentadas por los numerosos hallazgos de puntas y regatones en todas las necrópolis desde los momentos más antiguos en los que

<sup>64</sup> Uno de los primeros artículos fue el que Juan Cabré dedicó al puñal de Las Cogotas (Cabré, 1931). A ese inicial ensayo de tipología continuaron sucesivos estudios, sobre modelos de escudo (Cabré, 1939-40), sobre el puñal de nuevo (Cabré/Cabré de Morán, 1933a), sobre espadas de antenas atrofiadas (Cabré/Cabré de Morán, 1933b), etc., completados con la publicación de las memorias de excavación de las dos grandes necrópolis abulenses, La Trasguija (Cabré, 1932) y La Osera (Cabré *et alii*, 1950), donde quedó recogida la descripción de las armas con representación gráfica de las mismas. Mención especial merece la labor de Encarnación Cabré, quien tras los pasos pioneros de su padre consagró muchos años de investigación a esta parcela. Este afán se enmarcaba dentro de un ambicioso proyecto acerca del armamento meseteño prerromano que hubiera constituido la Tesis Doctoral de la autora y que, por avatares de la vida, desgraciadamente nunca pudo terminar. Encarnación Cabré, en solitario o en colaboración con su hijo años más tarde, se preocupó por tipos concretos, decoraciones metálicas y ensayos generales sobre armamento (Cabré de Morán, 1934; *ead.*, 1952; Cabré de Morán/Morán, 1977; *eid.*, 1979a; etc.). Desde entonces, se ha proseguido investigando e inventariando series de armas en la zona que nos ocupa, manteniéndose una continuidad hasta nuestros días (Schüle, 1969: 105-160; Kurtz, 1985; *id.*, 1986-87a; *id.*, 1987: 16-87; Cabré de Morán, 1990; Cabré de Morán/Baquedano, 1991; *ead.*, 1997; Lorrio, 1993; *id.*, 1994; Baquedano/Cabré de Morán, 1997; etc.).

predominan modelos más alargados, ss.V-IV a.C., incluso con más de un ejemplar por sepultura con cierta frecuencia (La Coraja, El Mercadillo y El Romazal, Pajares, El Raso, Las Cogotas, La Osera). En cifras absolutas es el arma más representada en la protohistoria peninsular. Una variedad de venablo es el *soliferreum*, propio de los lusitanos según Diodoro (V, 33), algo más corto que la lanza y fabricado enteramente en hierro (Quesada, 1993b). Se hallan ejemplares en El Raso, La Coraja y La Osera, con la particularidad de aparecer doblados en el espacio de la sepultura. Volveremos sobre este tipo más adelante, con un objetivo más específico

Un protagonismo especial revisten espadas y puñales, quizá las armas más emblemáticas de la región. Su tipología es extensa. Para las espadas, en general más bien cortas, hay representación de la variante de antenas y, sobre todo, de antenas atrofiadas (tres completas y varios fragmentos en Las Cogotas, diecisiete publicadas en La Osera, dos en la necrópolis de El Romazal I y dos en El Raso). Se trata de un tipo de reconocida filiación continental, muy extendido por el área celtibérica del Alto Jalón y algo menos por la meseta occidental (Lorrio, 1993: 309). Su hoja es recta o pistiliforme, a veces con espigo y acanaladuras longitudinales, de 40-50 cm. de longitud. La empuñadura presenta sección circular o ligeramente oval, conformada por dos piezas cilíndricas unidas por anillo central moldurado y sobre ella dos antenas relativamente atrofiadas rematadas en esferas. En los modelos de antenas se distinguen desarrollos locales. Uno de ellos es el tipo Alcácer do Sal, con hoja nervada y acanalada de filos rectos y paralelos, de empuñadura ensanchada, antenas rematadas en botones discoidales e identificada por la rica ornamentación con damasquinados en vaina y pomo. E. Cabré apunta un origen en el suroeste, por su temprano reconocimiento en el notable yacimiento portugués, y una extensión de contactos hasta el suroeste de la meseta norte habida cuenta de la presencia de este modelo en La Osera, con tres muestras en la zona VI (Cabré/Cabré de Morán, 1933b; Cabré *et alii*, 1950: 174-176; Cabré de Morán/Morán, 1979a). Otras variantes son los tipos Aguilar de Anguita, con antenas muy desarrolladas y de forma esférica, y Arcóbriga, con hoja pistiliforme de gran esbeltez, acanaladuras centrales que siguen la línea de contorno, empuñaduras cilíndricas con antenas muy atrofiadas ocultas por remates globulares y una rica decoración de damasquinados en empuñadura, cruz y chapas de revestimiento de vainas. Esta última variedad está muy bien representada en La Osera, el punto que ocupa el primer lugar en acumulación de piezas de toda la meseta (ocho espadas completas y

fragmentos de otras siete en la zona VI, más un número impreciso pero alto de las zonas inéditas; Cabré *et alii*, 1950: 176-180), con ejemplares excepcionales como el de la tumba 509, y en Las Cogotas el de la tumba 513, por ejemplo. Las vainas de las espadas de antena son más bien de materia perecedera y están guarnecidas en flancos por cañas de hierro unidas por dos o tres puentes, arqueados los dos superiores para formar cajetín donde se emplaza el cuchillo. La contera suele ser discoide o arriñonada y presenta varias anillas de suspensión. Las de los sub-tipos Arcobriga y Alcácer do Sal sobresalen por su decoración.

La espada de La Tène tiene filos paralelos, con espigo, y una hoja prolongada que alcanza los 80 cm. Su vaina es enteriza de hierro, con decoraciones en la embocadura. Tenemos contados ejemplos en las necrópolis abulenses y en la cacereña de El Romazal I. Más minoritaria es la presencia de la colada denominada de Miraveche, definida por la lengua de carpa y los gavilanes curvos de que se dota bajo la empuñadura y el espigo. Este modelo es característico del foco berón, pues fue en la conocida necrópolis burgalesa donde se documentó por primera vez. Destaca el ejemplar de la tumba 201 de la zona VI de La Osera.

La espada de frontón es un arma de corte diferente. Su hoja es en origen más larga y ancha, pero la particularidad la da la forma de su pomo rematada en semicircunferencia. Dentro de nuestra región ha sido identificada en El Raso y La Osera. Este modelo fue sistematizado por E. Cabré (1990: 210-211), quien distingue varias series diferenciadas con hojas largas y cortas y propugna un origen meridional, reconocido igualmente por otros autores. Por tanto, estudiaremos los ejemplares de frontón más adelante como señal de contacto extra-meseteño. Algo parecido debe indicarse al respecto de las falcatas (Cabré de Morán, 1934a; *ead.*, 1934b; Quesada, 1990b; *id.*, 1991; *id.*, 1992), espadas curvas típicamente ibéricas que hacen acto de presencia en nuestra región vetona con una serie de ejemplares de menor tamaño pero de gran trascendencia por su carácter de importación ciertamente valorada (La Coraja, La Osera, Villasviejas de Tamuja, El Raso, Dehesa del Rosarito).

Los puñales, catalogados como tal cuando su longitud es menor a los 30 cm., presentan igualmente una forja de calidad y, en ocasiones, una decoración conseguida. Hasta nosotros han llegado diferentes modalidades. En primer lugar el puñal de frontón, o

serie corta de espada del mismo tipo, reconocido en La Osera, Las Cogotas y El Raso, en este último con la particularidad de exhibir pomo, puño y cruz separados. Su empuñadura está formada por tres láminas de hierro con un glóbulo en la zona media y rematada en frontón semicircular, mientras que la hoja no tiene un perfil determinado (puede ser triangular, pistiliforme o de lengua de carpa). Mayor presencia tiene el tipo de Monte Bernorio, con ocho ejemplares en la necrópolis de Las Cogotas (Kurtz, 1987: 45-47), uno en su poblado y tres en la zona VI de La Osera (Cabré, 1931; Cabre/Cabré de Morán, 1933a; Cabré *et alii*, 1950: 183-185). Lo sobresaliente de esta daga es su empuñadura naviforme compuesta y la vaina enteriza de hierro rematada con conteras diferentes y decoradas. Tradicionalmente se le asignó un origen en el alto Ebro, foco de Miraveche-Monte Bernorio, donde aparece abundantemente, pero a raíz de la excavación de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid; clave 39A) se ha replanteado la filiación de este arma, hasta el punto de considerarse actualmente el modelo más representativo del mundo vacceo del Duero medio (Sanz, 1990b; Delibes *et alii*, 1995a: 93) (*vid.* I-2.4 B- *Metalistería, armamento vacceo*). Los puñales biglobulares también hacen acto de presencia en el registro arqueológico vetón (Las Cogotas, poblado de El Raso, El Romazal I, El Berrueco). Recuerda en algo al modelo de frontón, pero la empuñadura muestra dos glóbulos, uno en el centro y otro en el pomo. La vaina de estos puñales está en función del sistema de suspensión, pudiendo emplearse anillas sobre los puentes o dos asas verticales. Este puñal biglobular, alabado por los romanos tal y como nos transmiten algunas fuentes (Polibio, III, 114) parece ser el máximo exponente del armamento celtibérico en el momento de la conquista romana, difundiéndose desde la meseta oriental a partir del s.III a.C. y perdurando hasta el s.I a.C. (Cabré de Morán, 1990: 221-222; Martín Valls/Esparza, 1992: 263).

A esta relación se pueden añadir los tahalíes, abundantes en Las Cogotas y El Romazal, que resultan imprescindibles para ajustar ciertos puñales a la vestimenta del guerrero, y los cuchillos afalcatados documentados en casi todas las necrópolis (El Mercadillo, La Coraja, El Romazal, El Berrueco, La Osera y El Raso, donde se recuperaron un total de ocho) y en algunos de sus *oppida*, desde el s.IV a.C. hasta prácticamente el cambio de era. La curvatura que caracteriza a estas navajas está inspirada en los modelos afalcatados introducidos desde el s.VII a.C. por gentes mediterráneas desde los focos

meridionales hacia el interior peninsular. Por ello nos ocuparemos más abiertamente de su origen y distribución en otro momento.

Dentro del armamento defensivo contamos con la presencia esporádica de cascos, como el de la tumba 201 de la zona VI de La Osera, en bronce y muy destrozado. No hay apenas evidencia del uso de pectorales múltiples, aunque sí han aparecido restos de placas, discos-corazas y clipeos más pequeños y de carácter ornamental (Cabré, 1937; Cabré de Morán, 1949), que debieron estar zurcidos a la vestimenta; algunas son piezas tan conocidos como las plaquitas de bronce y plata de la sepultura 350 de La Osera decoradas con la representación de un águila cazando y tenidas por importación mediterránea o, cuando menos y como tendremos ocasión de comprobar, salidas de un taller ibérico por su paralelismo con otras piezas murcianas. Por descontado el escudo se alzó como el arma defensiva por antonomasia (Cabré, 1939-40). Se han hallado varios fragmentos de la típica *caetra* o pequeño escudo circular *céltico*, citada por las fuentes. En realidad se trata de umbos metálicos y restos de manecillas, pues como es bien sabido la mayor parte del armazón debió fabricarse con material orgánico (madera, cuero...). Conocemos ejemplares del poblado de Las Cogotas y de las necrópolis de La Osera, El Romazal I y El Raso.

De toda esta presencia se extrae que la panoplia de guerrero más habitual en las necrópolis mejor conocidas viene representada por la espada o puñal, dos puntas de lanza y un escudo en Las Cogotas (Kurtz, 1986-87a: 457; *id.*, 1987: 23, 279); la espada o puñal, una o varias lanzas, un escudo y un cuchillo en La Osera (Cabré *et alii*, 1950); la espada o puñal y dos puntas de lanza en El Romazal (Hernández, 1991: 262); y en El Raso, la espada o puñal, varias puntas de lanza y, a veces, un *soliferreum* (Fernández Gómez, 1986: 931)<sup>65</sup>.

<sup>65</sup> Lo cual se adecua en líneas generales con las noticias que las fuentes ofrecen del armamento de los pueblos lusitanos. Estrabón, III, 3, 6: "Dicen de los lusitanos que son hábiles en las emboscadas y exploraciones, vivos, llevan armamento ligero, y son expertos en las maniobras. Tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante y sujeto por correas porque no lleva abrazaderas ni asas, y portan además un puñal o cuchillo. La mayoría viste cotas de lino; son raros los que las usan de mallas y cascos de tres penachos, y los demás cascos de nervios. Los de a pie llevan grebas y varios venablos cada uno. Algunos usan también lanzas, cuyas puntas son de bronce" (traducción, Meana/Piñero, 1992: 83-84). Estrabón, III, 4, 15: "Los íberos eran, por así decirlo, todos pelastas y de armamento ligero debido a su vida de bandidaje, como dijimos de los lusitanos, y usaban venablo, honda y puñal" (traducción, Meana/Piñero, 1992: 106). Diodoro, V, 34, 4-5: "(los lusitanos) Para la guerra llevan escudos muy pequeños, tejidos de nervios, con los cuales y gracias a su dureza pueden defender su cuerpo holgadamente. En su lucha lo manejan con destreza, moviéndolo a uno y otro lado del cuerpo y rechazando con habilidad todos los tiros que caen sobre ellos. Usan también picas hechas enteramente de hierro y con la punta a modo de arpón y llevan casco y espada muy parecida a la de los celtíberos. Lanzan sus picas con precisión y a larga distancia y causan a menudo heridas muy graves. Son ágiles en sus movimientos y ligeros en la carrera, por ello huyen o persiguen con rapidez" (traducción, García y Bellido, 1977: 45-46).

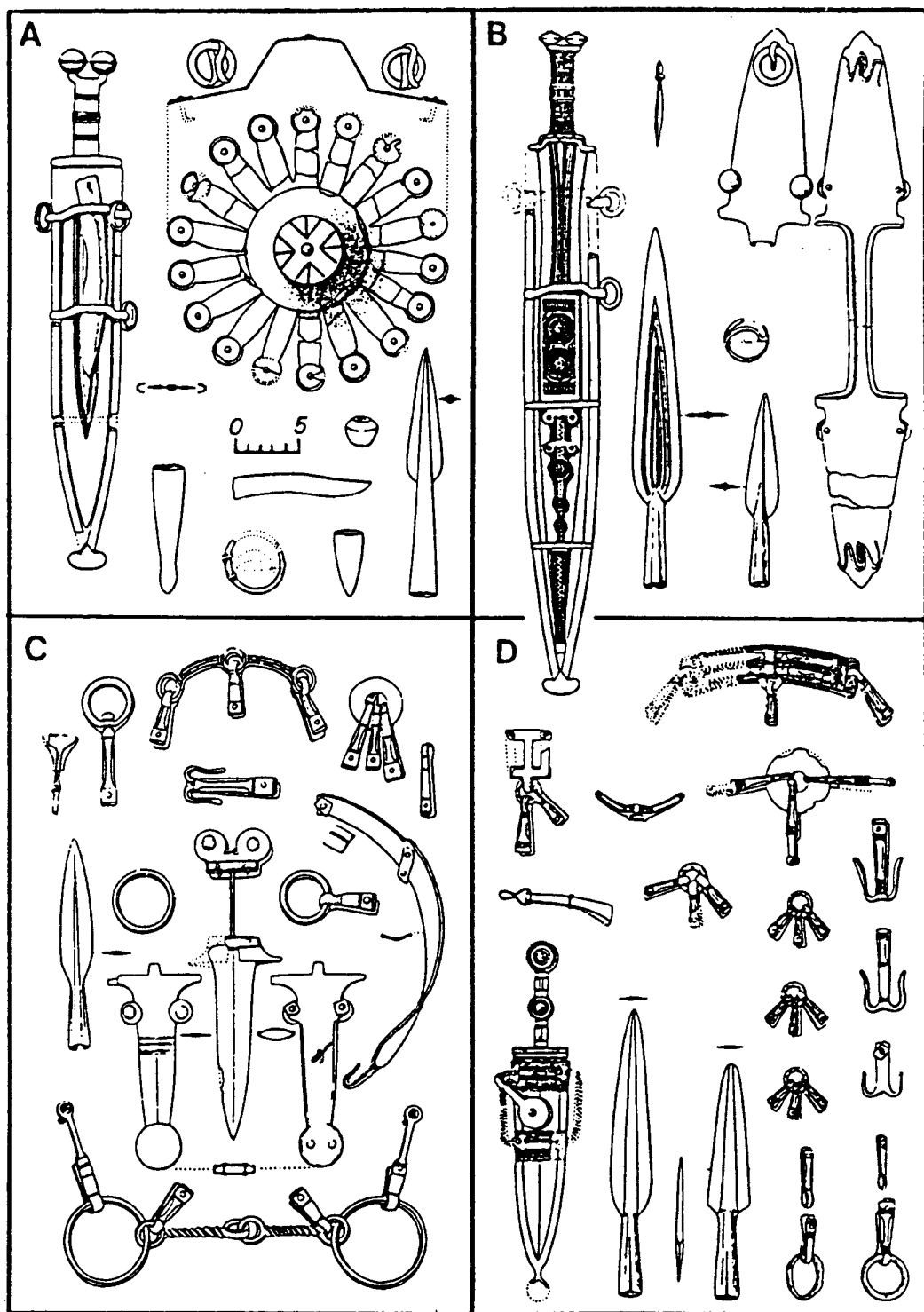


FIGURA 10. Ajuares guerreros de necrópolis abulenses. A- La Osera (tumba 228 zona VI) B- La Osera (tumba 182 zona VI) C- Las Cogotas (tumba 287) D- Las Cogotas (tumba 383) (tomado de Lorrio, 1993: 294, fig.5)

## ÚTILES LABORALES

Como instrumentos de trabajo cabe señalar la recuperación de piezas de hierro de morfología y funcionalidad múltiples, en alto número y principalmente en los poblados (Cabré, 1930: 98-103, lám.70-74; Kurtz, 1987: 197-224). Estos testimonios alumbran la viveza material de la economía doméstica e industrial practicada por aquellas gentes protohistóricas. El abanico de herramientas es amplio: hoces (Las Cogotas, El Raso), punzones (muy abundantes en Las Cogotas, El Romazal, La Osera y El Raso), tijeras, grapas de hierro, clavos, cuñas, anillas, herrajes (Las Cogotas, Villasviejas) o podaderas (El Raso). En las necrópolis a veces se divisan elementos parecidos, por ejemplo parrillas o asadores integrados en los ajuares de ciertas tumbas, tenidas como pertenecientes a personajes relevantes o con una significación diferente (¿chamanes, encargados de los cultos, jefes espirituales...?). Así, por ejemplo la sepultura 1.442 de la necrópolis de Las Cogotas, la sepultura 436 de La Osera, además de otros utensilios en relación con el fuego (pinchos, trébedes, tenazas, morillos...) de la tumba 514 de esta última necrópolis (Kurtz, 1982), etcétera. Gran interés depara el descubrimiento de diferentes útiles *in situ* formando conjuntos cerrados, como el documentado en una casa del *oppidum* de Villasviejas del Tamuja compuesto por tres podaderas de distinto tamaño, una cuchilla, una cuña, enmangues, clavos, anillas y rodela (Hernández *et alii*, 1986-87; Hernández *et alii*, 1989: 131), o los lotes de herramientas de leñador, carpintero y agricultor procedentes del poblado de Las Cogotas (Cabré, 1930: 98-102, lám. LXXIV-LXXVI; Molinero, 1958a: 34).

## ARREOS DE CABALLO

Una vez más el registro funerario es receptor de objetos metálicos que al formar parte de los ajuares más notables nos están delatando, de algún modo, *huellas* sociales. Nos estamos refiriendo ahora al instrumental ecuestre. Disponemos para esta zona de un importante volumen de piezas de arreo, con o sin bocado, con anillas, serretones, agarradores, ganchos, etc. Están muy bien estudiados los ejemplares de la necrópolis de Las Cogotas (Kurtz, 1986-87b; *id.*, 1987: 90-134), reforzados con algún hallazgo en el propio poblado (Cabré, 1930: 98). Igualmente han proporcionado bocados las necrópolis de La Osera, con más de quince ejemplos (Cabré *et alii*, 1950: 190; Baquedano, 1990), El Romazal I (Hernández, 1991: 262; *ead.*, 1993b: 262), El Raso (Fernández Gómez, 1986: 456) y la de



Cardenillo en la Vera cacereña (González Cordero *et alii*, 1990). Otros elementos equinos a señalar son espuelas, en La Coraja (Esteban, 1993: 82) y El Romazal I (Hernández, 1993b: 262), bridas, en La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 190 nota 9, lám.80), atalajes, en El Raso (Fernández Gómez, 1986: 456), e incluso un amuleto de sugerido tema ecuestre (figura humana rodeada de dos caballos muy esquemáticos) junto a restos de brida y piezas dentarias en la zona II de La Osera (Baquedano, 1990).

El peso que el caballo denota en la vida de estos pueblos meseteños viene reflejado en otros testimonios (literarios, epigráficos, faunísticos, numismáticos, iconográficos...) (Sánchez Moreno, 1995-96; Quesada, 1997c: 192-194). Es indiscutible el sentido religioso con el que el équido es revestido en determinadas ceremonias rituales y su valor como riqueza socio-económica, al tiempo que parece convertirse en una figura ideológica. Pero, no lo olvidemos, el caballo es agente de desplazamiento y transporte (Bökönyi, 1980). A sus lomos además de luchar, se viaja. Retomaremos este análisis en otros apartados a propósito de los medios de comunicación y de los mecanismos de interacción, y veremos cómo la asociación del caballo con algunas formas de enriquecimiento económico no estrictamente comerciales, con el grupo social que las lleva a cabo y con cierto ideal nobiliario subyacente a estas actividades, además de otros factores tradicionales y en parte emparentados -caso de la guerra-, nos ofrece pistas alternativas para comprender la presencia de determinadas piezas equinas en determinados contextos funerarios.

## OBJETOS DE ADORNO Y ORFEBRERÍA

Bajo esta categoría englobamos una serie de materiales relacionados con el adorno personal a través de la vestimenta, el aseo o la exhibición de alhajas. Están realizados sobre todo en bronce, aunque también en plata y oro, dependiendo de su destino y de su destinatarios.

Sin duda el elemento más abundante, para muchos el *fósil director* en los estudios de la Segunda Edad del Hierro, es la fíbula. Argente Oliver (1986-87; *id.*, 1994) ha sistematizado los principales tipos representados en la meseta, con especial atención a la parte oriental. Una labor ciertamente encomiable que facilita la identificación tipológica de

las fíbulas y su desarrollo en un marco cronológico y regional extenso, porque hasta entonces los datos disponibles eran descripciones puntuales de fíbulas por yacimientos o por modalidades concretas. El metal más empleado es con mucho el bronce, pero tampoco extrañan los modelos en hierro, depositados tanto en hábitats cuanto en necrópolis. Las variantes más habituales son los diversos sub-tipos de la forma La Tène, que tiene su patrón definidor en el viraje progresivo del pie -terminado en un apéndice de botón al principio- en dirección al puente hasta contactar y fundirse con él (Cabré de Morán/Morán, 1979b; *eid.*, 1983). El modelo aflora a partir del 400 a.C. y consta de una amplia gama de derivados, según la forma del pie y el remate en la unión con el arco. De la necrópolis de Las Cogotas proceden un total de sesenta fíbulas de este tipo (Kurtz, 1987: 135-195), a la vez que se registran en La Coraja, El Romazal I y su poblado de Villasviejas, La Osera, Las Merchanas, Yecla de Yeltes, etc. Desde al menos el s.VI a.C. se conocen fíbulas de doble resorte venidas desde el sur y con fabricación posterior local (Salamanca, Ledesma, Cerro del Berrueco, Sanchorreja, Pajares...); algo similar a lo que ocurre con la fíbula anular, muy expresiva en la sub-región meridional vetona, como los ejemplares de La Coraja, El Mercadillo -asociados a sepulturas femeninas-, Villasviejas del Tamuja, El Raso o Pajares, ponen de manifiesto. Su presencia no es escasa más al norte, como por ejemplo en El Cerro del Berrueco, en Las Cogotas y sobre todo en La Osera donde contamos con casi 30 ejemplares. De hecho se trata de un tipo que evoluciona y se extiende por toda la meseta norte en los siglos finales del Ier milenio a.C. (Cuadrado, 1960; Martín Montes, 1984b; Argente, 1986-87: 139-147). Lógicamente hay otro grupo de fíbulas con una distribución menor, como las de torrecilla (documentada en Las Cogotas), las zoomorfas con jinete -tipo asociado al fenómeno de la *celtiberización*- reveladas en Las Cogotas y La Coraja, o el alfiler en omega que aparece en El Raso.

También son frecuentes los hallazgos de hebillas, ganchos de cinturón, botones de bronce (sobre todo en Las Cogotas, El Raso, La Osera y Las Merchanas), agujas de coser, anillas, discos, pinzas de bronce o hierro (Las Cogotas, Villasviejas o El Raso, en esta necrópolis abulense se asocian a tumbas de guerrero) (Cabré de Morán/Morán, 1990), o piezas más específicas como la navaja de hierro con decoración a base de óvalos en la tumba 1.032 de Las Cogotas (Kurtz, 198: 187-189). Tratamiento aparte vamos a dar a las placas de cinturón, bien constatadas en Las Cogotas y La Osera (Cabré, 1937; Cerdeño, 1978; *ead.*, 1981a) y a determinados recipientes bronceos (calderos, páteras y braseros).

del tipo ibérico, muy representativos en puntos como Pajares), materiales que rezuman tradiciones orientalizantes mantenidas en momentos consolidados del Hierro II (*vide* II-2.1 C).

Las joyas representan una categoría diferenciada de objetos personales. El bronce sigue empleándose en sortijas, brazaletes (El Raso, Las Cogotas, Pajares, La Osera...) y colgantes, como el que parece identificar a un *Despotes hippon* o “domador de caballos”, procedente de la tumba 371 de la zona II de La Osera (Baquedano, 1990: 284-285). Pero la plata y, sobre todo, el oro se reservan para las alhajas más sobresalientes. En las últimas fechas se está poniendo de relieve el avanzado desarrollo de la orfebrería áurea de la región vetona, inspirada en modelos tartesio-mediterráneos que, lejos de desaparecer en el s.V a.C. con el supuesto *apagón* cultural dimanante del *ocaso* tartésico -y la *reglamentaria* recalada de grupos celtas-, reviven con algunos matices técnicos fruto de la adaptación local, en producciones cuya iconografía rememora claramente lo meridional. Nos limitamos a citar aquí, puesto que su análisis se aborda en otro capítulo, las arracadas áureas de Madrigalejo, Pajares, el cementerio de La Coraja, la zona B de Las Guijas dentro de la necrópolis de El Raso, Las Paredejas del Cerro del Berrueco, Chamartín o el ejemplar de El Mercadillo, bien de cuerpo sencillo amorcillado, tipo *nazem*, o con festones de los que cuelgan motivos vegetales, geométricos o figurados. En línea parecida mencionemos las *diademas* y finas láminas de oro de Villanueva de la Vera (González Cordero *et alii*, 1993; *eid.*, e.p.; Celestino, 1995a: 74-75; Celestino *et alii.*, e.p.), la recientemente descubierta en Las Guijas de El Raso (Fernández Gómez, 1996a; *id.*, 1996b.) o las peor conocidas de Ulaca (Fernández Gómez, 1989: 88-89; *id.*, 1996a), entre otros testimonios. Tales piezas, con excepción de las que proceden de antiguas exploraciones y de manos clandestinas, forman parte de contextos datables desde la segunda mitad del s.V a.C. hasta por lo menos fines del s.IV a.C. Entonces, ¿estamos ante una joyería en oro, y también objetos de bronce ya señalados, importados directamente desde focos culturales superiores? o ¿pueden entenderse mejor como productos de fabricación meseteña, eso sí sufragados por un flujo cultural con el sur abierto varios siglos atrás, que podemos emparentar con el bautizado desde no hace mucho *taller de Extremadura*, presumible facturador de los conocidos tesoros orientalizantes de esta región de los ss.VII-VI a.C.?... Resulta precipitado contestar ahora. La respuesta debe retrasarse hasta que análisis a emprender en las próximas páginas proporcionen suficiente apoyo a cualquiera de las alternativas planteadas.

Antes de finalizar este bloque vamos a citar el trabajo de la plata en algún ejemplo concreto. El caso más destacado lo constituye el conocido tesorillo encontrado en el subsuelo de la casa A-2, donde fue ocultado, del *oppidum* de El Raso (Fernández Gómez, 1979; *id.*, 1986: 446-447). Está compuesto por un torques funicular, un brazalete, una pulsera y una fíbula decoradas con un motivo almendrado acompañado de una serie de esferillas aplastadas, y cinco denarios romanos de plata a través de los cuales, por cierto, se fecha el abandono del poblado hacia el 47 a.C. Se trata de un depósito de joyas similar a los que se registran en otros puntos de ambas mesetas, en especial abundan en la cuenca media del Duero, el antiguo espacio vacceo. Nos remitimos al capítulo de la orfebrería vaccea donde ahondamos en las características técnicas de estos conjuntos y en su significado.

### c) PRÁCTICA ESCULTÓRICA: LOS VERRACOS

Estas emblemáticas esculturas, denominadas verracos, cerdos, toros, toricos, jabalíes, framontanos o bichas en la bibliografía desde su cita más antigua en el siglo XIII, son tenidas como uno de los *símbolos parlantes* tradicionales del pueblo que aquí estudiamos<sup>66</sup>. Recopilamos las características generales de esta manifestación plástica en el siguiente orden: distribución, tipología, origen, cronología y significado.

#### a) Distribución.

Los verracos salpican las tierras del occidente peninsular en grandes líneas, en concreto las provincias españolas de Ávila, Salamanca, Cáceres, Zamora, Toledo, Segovia, Orense, Burgos y Pontevedra, y las portuguesas de Trás-os-Montes, Beira Alta, Minho y Douro Litoral <figura 12>. Mayoritariamente se extienden por el país vetón (provincias de Salamanca, Ávila y Cáceres en esencia), pero traspasan sus límites para llegar, en menor número, a tierras de lusitanos, astures, vacceos, carpetanos y arévacos. El número de

---

<sup>66</sup> De hecho ha sido práctica común identificar bajo un mismo significado términos como Cultura de los Verracos, Cultura de los castros de la Meseta Occidental y Cultura de Cogotas II (Maluquer, 1954: 94; López Monteagudo, 1983a; Almagro Gorbea, 1990b: 572).

ejemplares conocidos ronda hoy la cifra de 350, según los últimos inventarios<sup>67</sup>, de los cuales en tierras propiamente vetonas hay que situar alrededor de doscientos<sup>68</sup>.

## b) Tipología.

Se han establecido diferentes clasificaciones según la morfología y el tamaño de las esculturas. Los animales más representadas son el cerdo y el toro, en género macho y con los órganos sexuales bien marcados <figura 11>. Uno de los primeros estudios tipológicos fue el de Martín Valls (1974), que determina un primer grupo de piezas grandes y proporcionadas, con pedestal de soporte central y talla cuidada fechable entre los ss.IV-II a.C., y un segundo grupo con ejemplares de menor tamaño, pedestal macizo y marcado geometrismo, propios de un ambiente romanizado altoimperial. Hernández (1982) prefiere dividir a los verracos según su forma animal, y así establece los tipos de A- cerdos/verracos, B- jabalíes, C- toros, D- osos y E- cabras, y dentro de ellos variedades específicas; algo parecido a lo que lleva a cabo Matos da Silva (1988: 62-63) con los ejemplares del mundo castreño portugués (*berrões*). Blanco Freijeiro singulariza dos únicos grupos: toros y cerdos, que presentan, especialmente los porcinos, bien una actitud de reposo (típicos de la provincia de Ávila) o bien un talante agresivo de ataque o embestida (con mayor profusión en Cáceres y Salamanca) (Blanco, 1984: espec. 32-35). Otra propuesta de ordenación es la ofrecida por Arias *et alii* (1986: 15-22) para los numerosos verracos abulenses. En ella distinguen dos especies principales (A- toro y B- cerdo) y dentro de cada una de ellas consideran varios subtipos, según los planos en que están comprendidas las

<sup>67</sup> La catalogación más completa sigue siendo la realizada por López Montegudo (1989: espec. 53-121), actualización de lo que constituyó su tesis doctoral (López Montegudo, 1983a). Para la provincia de Ávila destaca el trabajo de Arias *et alii* (1986), para la cacereña el de González Cordero *et alii* (1988), y en general las últimas revisiones del tema debidas a Álvarez Sanchís (1990; *id.*, 1993b; *id.*, 1994).

<sup>68</sup> Sin pensar que estamos ante una enumeración estanca, la relación de verracos en el espacio vetón se corresponde con los siguientes hallazgos. PROVINCIA DE ÁVILA: Arévalo (2), Ávila (38), Bernuy Salinero (3), Candeleda (1), Cardenosa (5), Chamartín (5), Martiherrero (4), Medinilla (1), Mingorría (1), Muñogalindo (2), Narrillos de San Leonardo (1), El Oso (1), Padiernos (1), Papatrigo (1), El Raso (1), Riofrío (12), San Miguel de Serrezuela (1), Sta. M<sup>a</sup> del Arroyo (1), Sto. Domingo de Posadas (1), Solosancho (1), Sotalvo (3), El Tiemblo (Toros de Guisando) (4), Tornadizos de Ávila (25), Vicolozano (2), Villanueva del Campillo (2), Villatoro (3), Villaviciosa (2), además de uno traído desde Ávila a Torrelaguna (Madrid). (Total: 126). PROVINCIA DE CÁCERES: Ahigal (2), Alcántara (2), Arroyo de la Luz (1), Botija (5), Cáceres (1), Cáparra (1), Carrascalejo de la Jara (1), Coria (1), Jaraíz de la Vera (1), Madrigalejo (2), Malpartida de Plasencia (1), Montehermoso (1), Rebollar de Trujillo (1), Segura de Toro (2), Torrequemada (1), Valdelacasa del Tajo (1), Valverde de la Vera (1) y Villar de Pedroso (4). (Total: 29). PROVINCIA DE SALAMANCA: Cerro del Berrueco (1), Ciudad Rodrigo (1), Fuenteguinaldo (1), Gallegos de Argañán (2), Juzbado (1), La Redonda (1), Larrodrigo (1), Ledesma (1), Lumbrerales (2), Masueco (1), Monleón (1), La Redonda (1), Robliza de Cojos (1), Salamanca (1), San Felices de los Gallegos (1), Santibáñez de Béjar (1) y Tabera de Abajo (1). (Total: 19). PROVINCIA DE TOLEDO: Alcaudete de la Jara (1), Alcolea del Tajo (3), Argés (1), Calzada de Oropesa (1), Castillo de Bayuela (3), Gálvez (1), Las Herencias (2), Lucillos (1), Oropesa (1), Puebla de Montalbán (1), San Martín de Pusa (1), Talavera de la Reina (2), Talavera la Nueva (2), Torralba de Oropesa (3), Torrecilla de la Jara (2) y Totanes (1). (Total: 26).

distintas partes del animal; a su vez, dentro de los subtipos diferencian variantes por el pedestal (base y soportes) que presentan.

### c) Origen.

Viene siendo una constante en la bibliografía emparentar a los verracos meseteños con la manifestación plástica zoomorfa, principalmente de leones, del mundo meridional-levantino. El nexo de enlace podría estar en los ejemplares cacereños más meridionales, caso del verraco de Madrigalejo o los de Botija (García Jiménez, 1993), que se asemejan a las esculturas de leones andaluces, como el conocido de Baena. En nuestra opinión no se ha matizado suficientemente la influencia meridional. Volveremos sobre este tema al debatir la práctica escultórica mayor como aplicación tecnológica irradiada desde el ámbito cultural ibérico hacia el interior meseteño. En efecto, parece que el sur fue inicialmente el foco transmisor del trabajo modelador sobre piedra; pero a este influjo continúa una labor de adaptación o interpretación local por parte de los tallistas meseteños (tal y como ocurre, por ejemplo, en la singular orfebrería vetona de estos momentos de raíz tartesio-meridional). El resultado de este proceso son unas manifestaciones, a la vista están, bien diferentes física y conceptualmente de las del ámbito ibero-turdetano, en las que el realismo o la alta técnica de estas últimas, han dado lugar a un mayor simbolismo o esquematismo de los ejemplares del interior occidental en detrimento de una cuidada factura, que probablemente en la mentalidad vetona no interese, o al menos no en la misma proporción que otras finalidades de índole ideológica o espiritual.

### d) Cronología.

La búsqueda de una data homegénea para el conjunto de zoomorfos no es sólo el gran problema en el estudio de los verracos sino también un craso error en su planteamiento. Y es que cronológicamente esta manifestación arqueológica vive una prolongación tan dilatada en el tiempo, desde fines del s.V a.C. o inicios del IV a.C. -fase de adaptación de los estímulos formales y técnicos externos- hasta al menos el s.III d.C. (López Monteagudo, 1989: 150), que hace que nos preguntamos si es legítimo hablar de un tiempo unitario en su talla, o mejor tenemos que pensar en varios discontinuos. (Por lo mismo nos podemos plantear la idoneidad de un único significado, la transformación de éste, la existencia de varios a la vez, o, acaso, la de significantes distintos con el paso del tiempo...; *vide infra*). En cualquier caso, tradicionalmente la fecha inicial se establece en relación a la no

presencia de verracos en Los Castillejos de Sanchorreja, que tal como se dijo se abandona a mediados del Ier milenio a.C. El mantenimiento funcional o simbólico de los verracos en tiempos altoimperiales (¿o se trata de un impulso tardío de volver a tallar zoomorfos?), momento en que parecen maniobrar expresiones de identidad cultural con un sello netamente *aborigen* (Álvarez Sanchís, 1994: 413-415; *id.*, 1995), es una realidad incuestionable de la que tenemos numerosas pruebas. Así, se convierten en soporte de inscripciones funerarias latinas o aparecen asociados a materiales tardíos, caso de las monedas, que datan la reutilización de estas esculturas en tiempos avanzados, como ocurre en el conjunto de Martiherrero, en Ávila (Martín Valls/Pérez Herrero, 1976) o en Picote, en Trás-os-Montes (Santos-Junior, 1975b: 76-90).

#### **e) Significado.**

La mayoría de estas esculturas graníticas están privadas de contexto arqueológico definido, lo cual dificulta la unificación de criterio para su interpretación. Son tres las principales corrientes explicativas a propósito del alcance de estos animales de piedra:

1) *Sentido económico-territorial*. Paradójicamente una de las primeras explicaciones ofrecidas que ha vuelto a ser valorada hace poco aunque con un enfoque algo diferente. Efectivamente, ya Paredes Guillén (1888: 163-182; *id.*, 1902) pensaba en los verracos como en hitos delimitadores de caminos, rutas o territorios de los pueblos trashumantes *celtibéricos*. Álvarez Sanchís (1990; *id.*, 1993b: 164-165), bajo una perspectiva económica de aprovechamiento agro-pecuario valora estas esculturas como demarcadores de áreas de pastos y, en definitiva, como símbolos de riqueza de un entorno esencialmente ganadero.

2) *Sentido religioso*. No se trata de una idea homogénea sino con diferentes matizaciones según los autores. Por una parte es muy conocida la lectura realizada por Cabré (1930: 39-40; Cabré *et alii*, 1950: 17) y mantenida en Maluquer (1954: 103), basada en la localización de verracos en los llamados recintos ganaderos de Las Cogotas y Mesa de Miranda, otorgándoles una significación mágico-religiosa como protectores de los ganados y aseguradores de su procreación. Con una concepción religioso-cultural de divinidad interpretan a los verracos autores como Blázquez (1969: 226; *id.*, 1975b: 64; *id.*, 1977: 365-368; *id.*, 1978: 104), siguiendo la noticia de Diodoro (IV, 18, 3) de la existencia de un culto al toro entre los pueblos del interior peninsular, y Santos-Junior (1975a; *id.*, 1975b: 76-90), con base en el hallazgo de Picote (Portugal) de un verraco enhiesto en el centro de una

cámara circular a la que se accedía por un largo corredor, que le lleva a pensar en el culto a un ídolo-verraco. En un sentido religioso más amplio se expresan Caro Baroja (1976: 190-170), significación sacro-religiosa y protectora del territorio, Salinas (1982: 27, 75), creencia mágico-religiosa de los pueblos organizados a la manera tribal en relación con los ritos de reproducción de especies -como ya apuntara Cabré-, o Fernández Gómez (1986: 972-978), significado religioso muy dilatado como protectores de personas y animales que no vienen representados por un animal específico, sino por un todo zoomorfo, totémico, divinizado... López Monteagudo (1986: 21; *ead.*, 1989: 151), por su parte, otorga a los verracos un valor no de divinidad en sí, sino de ofrenda o exvoto, muchas veces de carácter funerario, a una deidad indígena que aglutina las funciones ctónica, astral y protectora de la tribu que los romanos más tarde pudieron identificar con Marte/Mercurio. Así interpreta esta autora, con un carácter cercano al cultural, el hallazgo de Tornadizos (Ávila): un recinto rectangular de esquinas redondeadas en el que aparecieron más de una veintena de verracos (López Monteagudo, 1983a: n° 61-83, 451-464; Blanco, 1984: 17-19).

3) *Sentido funerario*. Puesto de manifiesto principalmente por la aparición de inscripciones latinas con esa temática (López Monteagudo, 1989: 125-148), por la adaptación de algunos verracos como *cuppae* o por su proximidad a ciertas necrópolis. En general se piensa que esta categoría funeraria se da en verracos de un momento posterior, plenamente romanizado<sup>69</sup>. Esta interpretación ha sido muy respaldada desde antiguo (Gómez Moreno, 1904: 147-150; Martín Valls, 1985: 118; Hernández, 1982: 234, que defiende el carácter funerario desde el principio; Blanco, 1984: 10 y 20; López Monteagudo 1983a: 79; *ead.*, 1989: 151; González Cordero *et alii*, 1988: 31; etc.).

Desde nuestro punto de vista, los verracos condensan una suma de significados asociados en un significante tremendamente simbólico como es la imagen animal en el mundo antiguo. Convenimos con buena parte de la historiografía en el carácter ideológico de estas representaciones. Más que la figuración de una deidad en la especie retratada, bóvidos o suidos según los casos, vemos en ellos una expresión religiosa más compleja y

<sup>69</sup> Uno de los ejemplos más significativos es el conjunto de Martiherrero (Ávila), compuesto por cuatro verracos, más bien toros, que cubrían cuatro bloques prismáticos de granito en los que aparecieron restos cinerados de difuntos, además de alguna inscripción funeraria y diversos materiales que fechan el contexto en los ss. II-III d.C. (Martín Valls/Pérez Herrero, 1976). Los investigadores de este hallazgo piensan que en un primer momento prerromano el sentido era el de protector de ganados y potenciador de la reproducción para pasar luego a una funcionalidad funeraria (Martín Valls/Pérez Herrero, 1976: 76; Martín Valls, 1985: 118-119).



nebulosa. Su misión no debió ser sólo la salvaguardia de los ganados, sino también la de los grupos de población porque es cierto que los verracos llegan a identificarse como su emblema, y la de otros principios del orden vetón tan relevantes como el mundo funerario. Si en época romana custodian y recuerdan la memoria de un difunto, por cierto de onomástica claramente indígena, es factible que desempeñaran un papel parecido en fechas prerromanas. Si además hemos dicho que los verracos se explican, sólo en parte, a partir de la escultura zoomorfa ibérica, recordemos el cariz protector o psicopompo, en cualquier caso funerario, de la figura animal en la cultura ibérica (Chapa, 1985: 244-265).

No son los verracos el único testimonio escultórico del pueblo vetón, aunque sí el más manifiesto. Se conservan, también en piedra, algunos ejemplares de las que se han dado en llamar *cabezas cortadas célticas*, caracterizadas por su frontalidad, esquematismo y escaso detalle iconográfico, muy abundantes en la cultura castreña del noroeste y que se encuentran en ocasiones exentas y otras veces labradas en sillares. Nos referimos a las dos piezas de Yecla de Yeltes, Salamanca (Blázquez, 1962c), las varias y ambiguas de Plasencia (dos humanas y una tercera más parecida a un toro; Sayans, 1964), un ejemplar en la Vera (Abad/Mora, 1979), y la de modalidad bifronte, conocido como *Jano*, de Candelario, Salamanca (Muñoz García, 1953).

Además contamos con representaciones zoomorfas diferentes en otros materiales. Por ejemplo, varias cabritas en bronce o un jinete procedentes de diversos puntos de la provincia de Cáceres (Blázquez, 1962d), otra cabrilla en barro hallada en El Raso (Molinero, 1958a: 47; Fernández Gómez, 1986: 853, 915 y 966), fragmentos cerámicos de una cabeza de serpiente, otra de ciervo y de un cuerpo de bóvido en el poblado de Las Cogotas (Cabré, 1930: 74, lám.LIII, 13-15, respectivamente), un cuerpo de torito acéfalo en barro cocido del castro de Mesa de Miranda (Cabré *et alii*, 1950: 35) y una cabeza de caballo recientemente estudiada, procedente del castro de Las Cogotas (Alonso Hernández/Benito-López, 1992), etc. La iconografía animal es la temática más representativa de la plástica meseteña, como también pone de manifiesto la decoración cerámica y la de algunas piezas metálicas (fíbulas, broches de cinturón...etc.). De hecho algunas especies definidas, caso de la cabra, se vinculan a cultos importantes como el de *Ataecina*.

...ooo0O0ooo...

Se impone sintetizar los rasgos más señalados de la manifestación arqueología vetona para dar punto final a este registro informativo. A nuestro juicio la cultura material de este grupo confiesa su singularidad en los siguientes retazos.

- 1) El *oppidum* como asentamiento principal y lo avanzado de su amurallamiento como uno de los factores más destacados.
- 2) En evidente interrelación, la concentración de conjuntos de enterramientos en necrópolis consolidadas. Cementerios vetones organizados en sectores que se articulan espacial y familiarmente.
- 3) Las cerámicas incisas de técnica peinada con rica y variada decoración como la producción alfarera más significativa de la región.
- 4) La manifestación en el *orden* funerario de un armamento distintivo y de calidad. Diversidad de tipos (espadas y puñales principalmente) enmarcables en contextos de aparición muy restringidos, lo propio de la categoría social que las armas alumbran.
- 5) El ascendiente mediterráneo, *sensu lato*, que ciertas producciones cerámicas, orfebres y de talla pétrea, denotan parcialmente.
- 6) Los verracos como *ideograma* cultural amplio. Con ellos la figuración zoomorfa, en general, debe entenderse como ornamento y símbolo emanados del modelo económico vetón -una de sus mayores fuentes de riqueza-, pero al mismo tiempo deudores del sentir religioso de aquel pueblo.

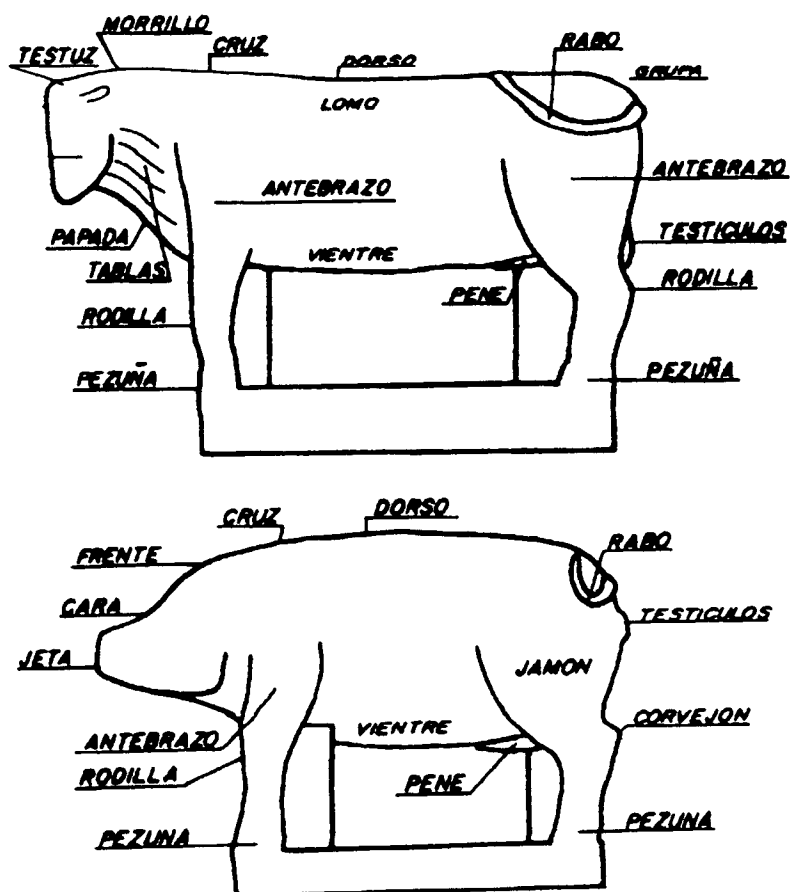


FIGURA 11. Verracos. Partes anatómicas del toro y del cerdo (Arias et alii, 1986: 12-13, fig.1-2)

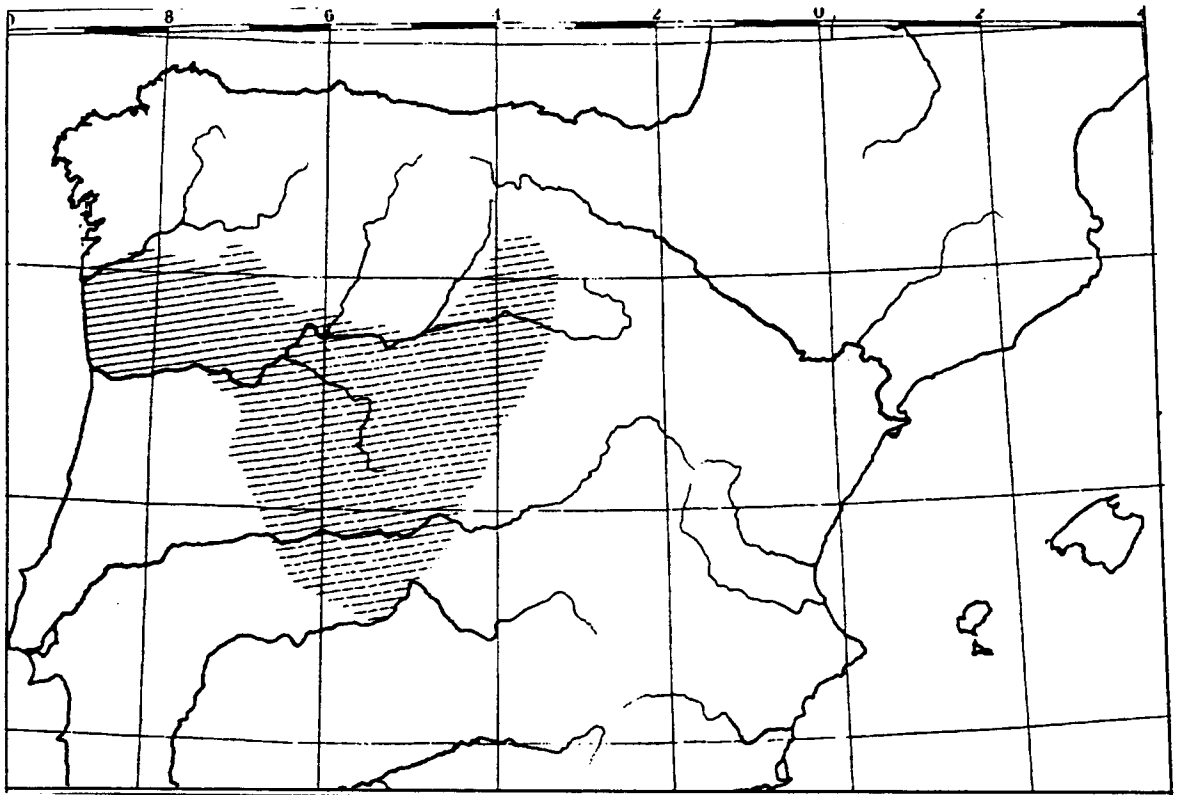


FIGURA 12. Área de dispersión de los verracos (López Monteagudo, 1989: fig.1)

## I-1.5 PERSONALIDAD FUNCIONAL

### A- ECONOMÍA

#### GANADERÍA

Sin duda alguna se trata del sector económico más característico del pueblo vetón<sup>70</sup>. La variedad de la cabaña ganadera en esta región está convenientemente atestiguada por las diferentes fuentes. Destacadísima debió ser la presencia de ganado bovino, porcino, ovino y, por detrás y con una significación diferente la del equino. Especialmente el cerdo y la vaca constituyeron la base de la alimentación de estos pueblos (Blázquez, 1957: 182; *id.*, 1969; *id.*, 1978: 104), de igual forma que la cabra; especies todas ellas todavía muy frecuentes hoy en tierras salmantinas, cacerneas y abulenses. El testimonio de los verracos indica, sin necesidad de descifrar la especie animal retratada ni de aprehender su finalidad última, la importancia del cerdo y del toro entre estas comunidades. En ello coinciden varias noticias literarias<sup>71</sup>.

Disponemos de análisis osteológicos de algunos yacimientos vetones, como el de Villasviejas de Tamuja (Bustos *et alii*, 1989: 144-153; Castaños, 1991: 28-32) o el del Castillejo de la Orden de Alcántara (Martín Bravo, 1991: 176-179; Castaños, 1991: 25-27), en un marco próximo lusitano. Los resultados de ambos son muy similares: la especie más representada son los ovicaprinos, con mayor número de cabras (*Capra hircus*) que de ovejas (*Ovis aries*). La cabra es un animal que se adapta perfectamente al ecosistema, a las regiones serranas y rocosas -sigue siendo habitual verlas pastar en los piedemontes de Gredos o

<sup>70</sup> Ha sido mucho lo que se ha incidido en este tema desde que Caro Baroja hiciera partícipe al grupo vetón del *área fundamentalmente pastoril de la meseta occidental*, dentro de su conocida ordenación socio-económica de la España prerromana (Caro Baroja, 1943a). A partir de entonces la impronta ganadera es lo constante en el tratamiento de la economía de aquellos pueblos por parte de la historiografía (Maluquer, 1954: 25; Caro Baroja, 1976: 169; Blázquez, 1957; *id.*, 1969: 225-230; *id.*, 1978: 49-64, 103-105; Salinas, 1979: 75-76; *id.*, 1982: 44-45; *id.*, 1993: 17; Sáez, 1993; y un largo etcétera). A nuestro entender en la actualidad y a tenor del avance de la arqueología, la sistematización del ilustre antropólogo peca de cierto esquematismo, y pensamos que debe completarse con la atención a otras variantes económicas y no sólo la ganadera, aun siendo ésta altamente importante.

<sup>71</sup> Por ejemplo Tito Livio (XXI, 43, 8-9; XXXV, 1) y Virgilio (*Georg.*, III, 406-408) subrayan la importancia que los lusitanos concedían al ganado en sus *razzias*; Estrabón (III, 3, 7) destaca el peso de la carne de cabra en la dieta alimenticia de los pueblos montañoses en general; Varrón (*De Rustica*, II, 4, 11) añade que los lusitanos criaban una clase especial de cerdo de gran tamaño, tanto que dos costillas de estos animales llegaban a pesar 23 libras y la hoja de tocino de algunos cerdos llegaba a medir un pie y tres dedos; Polibio (XXXIV, 8, 8) señala que en Lusitania un cordero se tasa en 3-4 óbolos... Igualmente la epigrafía recoge datos ganaderos. Así, la inscripción lusitana de carácter ritual de Cabeço das Fraguas, próxima a la Vetonia, menciona a la oveja (*Oilam*), el cerdo (*Porcom*) y el toro (*Taurom Ifadem*), como víctimas de sacrificio (Tovar, 1985: 234-235; Curado, 1996).

Gata, y en valles como la Vera o Jerte-, y del que se extrae un aprovechamiento múltiple (carne, leche, derivados lácteos, piel,...) (Castaños, 1991: 48-51). Ya hemos dicho que Estrabón (III, 3,7) se hace eco de la importancia de este animal en la dieta alimenticia de estos pueblos; de igual forma que los hallazgos de figuritas de cabras en bronce o en barro con conocidos ejemplares en Torrejoncillo o El Raso nos indican su protagonismo en una esfera que parece ir más allá de la del recurso económico, hasta un plano artístico-ideológico, con probable connotación de atributo religioso vinculado con una de las principales divinidades vetonas, *Ataecina*. Por detrás de los ovicápridos las cabañas más documentadas son la bovina (*Bos taurus*) y la porcina (*Sus scrofa*), especies excelentemente adaptadas al relieve regional y con fácil alimentación en la flora local. En número menor, los estudios faunísticos contemplan la existencia de caballos (*Equus caballus*), asnos (*Equus asinus*), perros (*Canis familiaris*), gallinas (*Gallus domesticus*) y otros animales sin domesticar, principalmente ciervos (*Cervus elaphus*) y conejos (*Dryctolagus cuniculus*) (Castaños, 1991: 55-63). Entre esta fauna, el caballo ostentó una significación esencial desde distintos puntos de vista, y no sólo en la parcela económica<sup>72</sup>.

Lógicamente estamos obligados a pensar en un aprovechamiento plural de la fuente ganadera. Alimento cárnico primario o productos secundarios (leche, manteca, queso y derivados...), como prestaciones de primera necesidad, a lo que hay que añadir la aplicación textil (lana, pieles, cueros...), la fuerza de especies como la caballar o la bovina para ser utilizadas como vehículos de transporte, movilización y tracción (carros, arados...), el uso de abonos animales para la agricultura, la confección de útiles y herramientas a partir de huesos y astas, etc.

No vamos a insistir más en el peso de los rebaños y en la abundancia de pastos en el ámbito vetón. En este sentido, Álvarez Sanchís incide en la simbología del verraco como

<sup>72</sup> También en la esfera social, en el sentido de convertirse en un elemento de jerarquización, y en la religiosa como víctima de sacrificio (Estrabón, III, 3, 7; Livio, *Per.*, 4, 9) (Blázquez, 1959). Además las menciones de las fuentes a la leyenda de las yeguas lusitano-vetonas fecundadas por el viento también pueden citarse en esa línea. Desde el plano epigráfico, las inscripciones imperiales que aluden a la existencia de un ala auxiliar de caballería formada por vetones (Roldán, 1968-69: 100; Albertos, 1979a; Le Roux, 1982: 93-96) y la referencia explícita de Roma de exigir la devolución de los caballos y yeguas capturados por el *populus SEANO* para llevar a buen término el pacto de rendición acordado en la *deditio* del Bronce de Alcántara del año 104 a.C. (*Inperavlit / captivos. equos. equas. quas. cepisent / omnia. dederunt*; líneas 5-7 en López Melero *et alii*, 1984: 265-276), son nuevos datos indicativos del destacado valor de la raza equina entre vetones y lusitanos. Arqueológicamente, su constatación se produce en diferentes hallazgos (arreos, rampas de piedras hincadas frente a los *oppida* para impedir el ataque de fuerzas de caballería, insculturas con tema equino grabadas en piedra y sillares de Yecla de Yeltes...) y representaciones de équidos en la plástica (barro, bronce, joyería, fibulas, moneda, cerámica...) (Sánchez Moreno, 1995-96). Sobre la función socio-militar del caballo en la Iberia prerromana, véase Quesada (1997c).

catalizador de la riqueza de una realidad esencialmente ganadera, al margen de otros significados<sup>73</sup>, y como señal de jerarquización social estipulada por la posesión de mayor número de ganados y áreas de forraje para los mismos (Álvarez Sanchís, 1990: 231). Al respecto, se tiende a pensar que los ganados eran propiedad particular o familiar y no tanto comunitaria, algo más propio de los pastos y tierras de labor (deducido inicialmente por Caro Baroja, 1976: 169).

La masa ganadera fue extensa, variada y de calidad entre los vetones. No vemos objeción en admitir que pudo convertirse en un artículo de alta cotización tanto para pueblos vecinos escasos de rebaños que capturarían un sinfín de reses como botín en sus *razzias*, como para las propias comunidades vetonas que utilizarían su más que probable excedente ganadero como mercancía de comercio con otras regiones demandantes de rebaños o de alguno de sus productos. Es decir, con razón de ser en el ganado se van a propalar formas de contacto intercomunitario, entendidas éstas en un sentido doble: violento (enfrentamiento, asalto, botín, tributo...) y pacífico (intercambio, regalo, comercio...). En la tercera parte de nuestra tesis insistiremos en las razones y en los efectos de estos mecanismos de interacción, así como en el debate sobre el pastoreo mayor trashumante como variable de contacto cultural (III-3).

Muchos autores hacen hincapié en el mantenimiento de la caza como importante actividad complementaria para estas poblaciones (Maluquer, 1954: 172-173; Blázquez, 1957; *id.*, 1969; Salinas, 1993: 18; etc.). Tanto ciertas referencias literarias, cuanto restos faunísticos, como la pervivencia actual de especies cinegéticas en lo que fue el solar vetón, coinciden en afirmar la fuerza de este recurso económico en el pasado, trátase de montería mayor o menor. También relativa importancia poseyó la pesca, de la que nos informa Estrabón (III, 3, 1) para los ríos Tajo y Duero, y en relación con la cual podemos poner la representación de ictiformes incisos en algunos vasos de Las Cogotas y El Raso. Carpas, barbos, tencas, lucios y truchas probablemente fueron los peces más comunes *robados* a los ríos y gargantas serranas.

---

<sup>73</sup> Con ello no estamos admitiendo la interpretación de este autor de los zoomorfos meseteños como hitos demarcadores de pastos. Al menos no de una manera exclusiva ni con un alcance más amplio que el análisis comarcal que lleva a cabo en el valle abulense del Amblés (Álvarez Sanchís, 1990). Son muchos los verracos, diversa su cronología, diferentes y alterados los contextos de hallazgo, y sobre todo hay suficientes datos de índole ideológica y funeraria como para pensar en otros significados para estos monumentos (*Vid.* I-1.4.B c) *Práctica escultórica: verracos*).

## MINERÍA Y METALURGIA

El trabajo del metal constituye una de las actividades más significativas de este círculo. Se materializa en producciones de bronce (objetos de uso personal principalmente), oro y plata (piezas suntuarias) y sobre todo hierro (destinado al armamento y a los instrumentos laborales), con un uso este último ya generalizado en el Hierro II pero que había sido introducido lentamente en el Período Orientalizante, o tal vez antes, como un elemento más de desarrollo tecnológico mediterráneo a partir de las vías de penetración hacia el interior (Almagro Gorbea, 1993b; *vide* III-2.2).

Ha sido habitual derivar las producciones metálicas del país vetón (sobre todo las armas) de otros ámbitos tenidos por más activos, como la Celtiberia. Sin embargo, hoy se admite que, sin negar influjos culturales incuestionables tanto con la meseta oriental, como con el ámbito ibero-meridional, como con la región del suroeste portugués, la meseta occidental no es sólo un punto receptor, sino un destacado productor habida cuenta los afloramientos mineros con que cuenta esta región. Existen tres grandes áreas mineras en nuestro espacio, que se corresponden con zonas destacadas en la concentración de hábitats protohistóricos (algunas de estas minas han ofrecido datos de su puesta en explotación al menos en tiempos romanos<sup>74</sup>):

1) Comarca noroccidental salmantina de los Arribes del Duero. Asociados al complejo esquistoso-grauváquico y, sobre todo, a los afloramientos graníticos aparecen mineralizaciones de estaño, wolframio y uranio básicamente, que en el caso de las de estaño pudieron empezar a explotarse en época antigua en puntos como Los Motalvos, San Pedro de Rozados, Golpejas, Saelices el Chico (Maluquer, 1956: 86-87; Cabero *et alii*, 1990: 203-204; Salinas, 192-93: 179-180). Recordemos que en los alrededores se agrupan *oppida* como Las Merchanas, Picón de la Mora, Yecla la Vieja, etc.

2) Penillanura cacereña lindante a Botija, Plasenzuela y Aldeacentenera, zona rica en plata y cobre (minas de San Antonio, La Arrebolada, Petra, La Liebre, Sevillana o Serafina), con dos

---

<sup>74</sup> Del trabajo de Domergue (1990) se recogen las siguientes minas activas en la *Vettonia* romana: 1) de plomo y plata, La Estrella y La Guijuela (Salamanca) (1990: 42), Orellana la Vieja (Badajoz) (1990: 48) y Plasenzuela (Cáceres) (1990: 64, 203); 2) de cobre, Hoyo de los Calzadizos (Ávila) (1990: 64) y 3) de plata, oro y hierro argentífero, Algibe (Cáceres) (1990: 64, 203).



de los *oppida* vetones mejor conocidos (Ongil, 1986-87: 327; Rodríguez Díaz, 1995b: 95). También hay excelentes filones un poco más al este de esta provincia en el anticlinal Ibor-Guadalupe y en la sierra de Altamira (Urbina *et alii*, 1992: 310-311).

3) Zona occidental de los Montes de Toledo y la comarca de la Jara. Existen importantes yacimientos minerales, especialmente de oro como el de La Nava de Ricomalillo cerca de Talavera de la Reina, explotado en época romana. Igualmente hay depósitos de cobre y hierro, extensibles en dirección occidental a la tierra de Las Villuercas y Los Alores, y fuentes menores de plata, zinc, plomo y estaño (Urbina *et alii*, 1994). El entorno del poblado de Arroyo Manzanas (Las Herencias) reúne importantes veneros metalíferos (Moreno Arrastio, 1990: 285; Urbina *et alii*, 1992).

De forma más puntual se han detectado depósitos de hierro en lugares como la Sierra de Merina y Arroyo de la Higuera, en Ávila, próximos a los *oppida* de Las Cogotas y Chamartín (Martín Valls/Esparza, 1992: 262), o en las cercanías de El Raso y Candeleda, junto a la Dehesa de Postoloboso (Fernández Gómez, 1986: 18-20, 920-922). El oro parece tener un particular protagonismo en este espacio, tal y como hemos puesto de manifiesto a través de la orfebrería. Se detectan minas auríferas con indicios de utilización al menos en época romana en Mina Chivote (Calzadilla, Cáceres), Minas de la Sierra del Moro (Cadalso y Hernán Pérez, Cáceres), los Cavenes de El Cabaco (El Cabaco, Salamanca), en torno al curso alto de Yeltes, además de la ya aludida de la Nava de Ricomadillo (Toledo) (Sánchez Palencia, 1989: 48-49). Por supuesto habría que citar el oro fluvial (placeres fluviales) del Tajo y algunos de sus afluentes como el Salor, Arrago, Alagón y Jerte, y las arenas auríferas de las cuencas altas de los ríos Tormes, Yeltes y Águeda en la vertiente meridional del Duero.

Es bien sabido el reconocimiento generalizado por parte de los historiadores clásicos de la riqueza minera peninsular, notable en el sector occidental<sup>75</sup>, y el peso que ello tiene

---

<sup>75</sup> Por ejemplo, el abundante estaño de Lusitania (Plinio, N.H., IV, 112 y XXXIV, 156-158; Estrabón, III, 2, 9; Justino, XLIV, 3, 4; San Isidoro, Orig., XVI, 22, 1) con el que hay que conectar el eje de comunicación norte-sur del Occidente peninsular por excelencia o Vía de la Plata, que en época protohistórica más bien parece que haya que denominarla *Vía del Estaño*: los montes metalíferos entre el Tajo y el Guadiana (Estrabón, III, 2, 3; III, 2, 9 y III, 3, 5; Plinio, N.H., XXXIII, 78 y 96; Lucano, IV, 297-298; Silio Itálico, *Pun.*, I, 231-232; Marcial, IV, 39, 7) o la presencia de oro en las corrientes de algunos ríos, como es el caso del *aurifer Tagus* (Estrabón, III, 3, 4; Plinio, N.H., XXXIII, 66 y 78; XXXIV, 55 y 158; Justino XLIV, 1, 7; Catulo, XXIX, 20; Silio Itálico, II, 234; Prudencio, *Contra Simm.* II, 604); para esto último Fernández Nieto (1970-71).

en la llegada de contingentes mediterráneos, griegos y fenicios en primera instancia, y en la conquista militar de Iberia por parte de potencias en expansión, Roma como paradigma (Blázquez, 1967a; *id.*, 1969: 169).

En algunos puntos muy próximos a nuestro escenario se sabe de la puesta en explotación en tiempos prerromanos de minas de cobre, plata o estaño en la Baja Extremadura u otras de plata y cinabrio en la Beturia túrdula, con vistas a un comercio a media o larga distancia en el que jugaban un papel relevante estos minerales y metales preciosos<sup>76</sup> (Salinas, 1993: 19-20; Domergue, 1990: 153-173; Rodríguez Díaz, 1995b: 112, 116). Desconocemos si esta activación comercial pudo darse al mismo nivel un poco más al norte, en el espacio vetón; pero sí que hay suficientes datos para reconocer una producción en metales de cierto volumen, especialmente la siderurgia, que pudo superar la cota de autoabastecimiento para formar parte de circuitos comerciales regionales. Los pilares de la economía metalúrgica vetona son el hierro y el oro a nivel local, pero también tiene su importancia el estaño, indirectamente, pues propicia la introducción de gentes meridionales a través de la región vetona para alcanzar las fuentes del norte desde bastantes siglos atrás.

La evidencia más nutrida del trabajo del metal la proporcionan los restos de fundición o escoriales de los asentamientos (Las Cogotas, Sanchorreja, El Raso, Postoloboso, en la provincia de Ávila, Villasviejas del Tamuja, El Castillejo en Santiago del Campo, Castillo del Boxe en Almaraz, El Pardal en Trujillo, Los Castillejos de la Plaza de la Hoya en Aldeacentenera, La Coraja en Torrecillas de la Tiesa, Valdeagudo en Garciaz, en la provincia de Cáceres, o Arroyo Manzanas, Las Herencias, en la de Toledo, - en este último aparecieron junto a escoriales, tres moldes de fundición y un crisol; Urbina *et alii*, 1992).

En realidad ignoramos mucho sobre la tecnología metalúrgica de las comunidades protohistóricas meseteñas. Se piensa en la existencia de centros locales especializados que

---

<sup>76</sup> Para Rodríguez Díaz la metalurgia del hierro y la práctica ganadera fundamentan la estrategia económica a grandes rasgos de la zona comprendida entre el Valle del Guadiana y el Tajo en el Hierro II; además de ser los factores condicionantes de la proyección de algunos pueblos meseteños hacia el sur y de una reactivación demográfica y económica (Rodríguez Díaz, 1995b: 112, 116). Esta última tesis fue planteada por A. Canto, para quien los habitantes de la Beturia céltica serían celtíberos en origen desplazados a través de la Lusitania hasta la baja Extremadura, siguiendo el testimonio de Plinio (*N.H.*, III, 13-14), para explotar las minas del hierro, mientras que la Beturia túrdula tendría mayor riqueza de plata y plomo (en última instancia, Canto, 1995a: 164-166; *ead.*, 1995b: 301-309).

trabajarían para una clientela determinada y con un elevado poder adquisitivo (Blázquez, 1969: 228) que no excluiría la presencia de artesanos herreros ambulantes (Salinas, 1982: 47), algo, sin embargo, poco apropiado para los grandes *oppida* conocidos que, atendiendo al cuantioso depósito de armas, orfebrería y herramientas, de las que se distinguen incluso series definidas, debieron contar con talleres estables de producción industrializada en el núcleo poblacional. Sin embargo los hallazgos de hornos de fundición metalúrgica son escasísimos y de tipo doméstico, como el identificado en una vivienda de El Raso (Fernández Gómez, 1993: fig. 35), y las escorias férricas no parecen ser de gran calidad -sangradas- (Gómez Ramos, 1996b). Tal vez siguió estando vigente el empleo de hornos-vasijas y otras estructuras modestas de poca huella arqueológica.

Por último, cabe mencionar el desarrollo generalizado de actividades ligadas a la extracción de piedras (canteras) y a su trabajo (canterías), una tradición tan antigua como solícita (arquitectura defensiva de los *oppida*, viviendas domésticas, talla de verracos y ruedas de molino...). Esta explotación mineral fue intensiva en áreas pedregales como la *sierra pobre* que cubre buena parte de la provincia abulense (predominio de granito y cuarcitas), en el sector salmantino de Sáyago-Ledesma-Vitigudino (afloramientos graníticos) o en regiones pizarrosas, caso de las sierras cacereñas y la penillanura trujillana o las comarcas de Campo de Argañán, Campo Charro y Sierra de Tamames en la provincia de Salamanca.

## AGRICULTURA

Siempre se ha contemplado como una práctica económica poco desarrollada a la sombra del *monopolio* ganadero concebido para los vetones. Ciertamente es que su documentación es más reducida que la pecuaria, mejor dicho menos evidente, y que la particular orografía del suelo vetón no favorece su desarrollo, pero junto a un paisaje de sierras y collados predominante en el área central de la región, encontramos también llanuras y depresiones regadas por cuencas fluviales con una fertilidad agrícola no escasa, sea ya para cultivos cerealísticos (la propia Salamanca, el extremo noroeste y el sector este de esa provincia, alrededor del Campo Charro), o para productos de huerta y frutales (junto a las vegas de ríos, como son las zonas del Tiétar-La Vera, el Valle del Jerte o

parcialmente las comarcas de Campo Arañuelo en Cáceres y La Jara en Toledo). Estos suelos de mediana fertilidad corresponden en general a los llamados poblados ribereños, frecuentes en la provincia de Cáceres como ya se indicó, y que se interpretan como resultado de una reorientación económica en torno al s.V a.C. En estos hábitats, junto a la tradicional base ganadera -sin duda más representativa del otro modelo de asentamiento en estaciones serranas-, parece incrementarse la importancia de la agricultura, acompañándose esta dinámica de un considerable aumento demográfico que pudo predeterminar una reactivación económica (Redondo/Esteban, 1992-93: 171-173). De igual forma, destacados *oppida* occidentales luego romanizados como *Capara*, *Augustobriga* o *Caurium* se asientan sobre suelos fértiles, desarrollando una actividad agrícola bien conocida para época romana que pudo esconder una raíz anterior (Cerrillo *et alii*, 1990: 62). Para el sector oriental de nuestro territorio se está valorizando también, al hilo de excavaciones como la de Arroyo Manzana en Las Herencias (Toledo), algunos testimonios a favor de la importancia agrícola de las terrazas próximas al Tajo (junto con otros recursos económicos como la minería), que contradicen la idea contenida en las fuentes de que la única riqueza económica de los vetones eran los rebaños de ganado criados al amparo de los bosques de encinas que poblaban los *luga carpetana* (Moreno Arrastio, 1990: 285).

Este replanteamiento de la actividad agrícola no es intuitivo sino que lo apoyamos en algunas evidencias. Casi la totalidad de los *oppida* excavados proporcionan restos de grano, trigo o cebada, muchas veces calcinado, contenido en vasijas o esparcido por el suelo<sup>77</sup>. Otros testimonios son los hallazgos de piedras de molino, prácticamente en todas las casas del El Raso, los abundantísimos fragmentos de grandes vasos recipientes, tipo *dolia*, recuperados en los hábitats (en algunos de ellos parece que se colocaban en los porches o zaguanes a la entrada de las casas, como se confirmar en El Raso), o los instrumentos de labranza en hierro (hoces, hachas, azuelas, azadas, etc.) bien documentados en Las Cogotas, El Raso o Villasviejas del Tamuja. Las fuentes clásicas también nos informan de la particularidad de alguno de estos productos en la región

---

<sup>77</sup> Frecuente en yacimientos como Las Cogotas, Sanchorreja o El Raso. La investigación paleobotánica apenas si se ha emprendido en esta zona. Hay un estudio ya antiguo en el que se analizaron muestras de trigo de Las Cogotas (Tellez/Ciferri, 1954: 31-32 y 90, muestra n°27), determinándose su correspondencia con la especie de *Triticum aestivum* L., que aparece en el sudeste peninsular en el Bronce Antiguo, difundándose por toda la Península en el Ier milenio a.C.

lusitana, aunque para un momento posterior<sup>78</sup>. La producción agrícola está protagonizada por el cereal (trigo, cebada, mijo...) en una cantidad desconocida dependiendo de las zonas pero que muchas veces debió limitarse al autoabastecimiento, además de habas, más tardíamente vides y olivos sólo en zonas determinadas y, con otra categoría, frutos como higos, nueces o castañas (Salinas, 1993: 17).

Un cuestión no resuelta es el sistema de propiedad de la tierra entre los vetones. La idea clásica ha sido entender que los pastos y parcelas de cultivo eran de carácter comunal, o al menos propiedad originariamente colectiva, que se fue desintegrando en manos particulares debido a diversos factores, entre los cuales se apuntan la falta de tierras por un reparto desigual de la misma, las prácticas de bandolerismo, la creciente desigualdad social puesta de manifiesto, entre otras cosas, en los ajuares funerarios, o como consecuencia de la irrupción romana. Esta propiedad comunal de la tierra se ha relacionado con la noticia del debatido *colectivismo agrario* descrito por Diodoro (V, 34, 3) para los vacceos<sup>79</sup>. En nuestra opinión no existen datos elocuentes para sostener la exclusividad de la propiedad comunal ni la práctica del colectivismo agrario entre los vetones. Somos conscientes de la insuficiencia informativa, pero el desarrollo de patrones protourbanos y de formas de organización socio-económicas perceptibles por la arqueología, nos lleva a sugerir la simultaneidad desde fechas prerromanas de tenencias comunitarias bajo el control del *oppidum* como centro primario, con otras privadas, en manos de familias o individuos destacados.

Dentro de una actividad más de recolección que de cultivo, pero de gran provecho, hay que apuntar la recogida de bellotas. Son frutos que no plantean problemas de conservación y fuente alimenticia rica en hidratos de carbono, grasas, con alto contenido en proteínas y fibra. Además de abastecer al ganado, especialmente el porcino, puede ser

---

<sup>78</sup> Así, por ejemplo, Plinio (N.H., 15, 103) alaba las cerezas lusitanas y confirma la existencia del cultivo del olivo al mencionar ciertas aceitunas pasas (Plinio, N.H., 15, 17) de sabor dulce. Polibio (A.D., 330), comenta el valor de los higos lusitanos, tasando un talento en tres óbolos, etc.

<sup>79</sup> Así, se han hermanado ambos conceptos (propiedad comunal y colectivismo agrario), y muchos autores lo han hecho extensible a los vetones (desde Caro Baroja, 1943a; sugerido en Maluquer, 1954: 170-171; y mantenido en Salinas, 1982: 46-47; *id.*, 1989; Redonodo, 1984: 72; de Francisco Martín, 1989: 78-79 y 232-233, aunque coexistiendo con la privada; Vigil, 1990: 227, etc.). A favor de la prolongación del colectivismo vacceo a los vetones se emplea la cita de Frontino (*De agrorum qualitate*), que señalaría la existencia del régimen de propiedad colectiva entre los vacceos de *Pallentia* y los vetones de *Salmantica*. En una revisión del tema, Salinas (1989) concluye que el texto frontiniano no demuestra la existencia de propiedad comunal, sino que se refiere a una forma de calcular la tributación correspondiente, de forma global, a palentinos y salmantinos como miembros de *civitates stipendiariae*. El *colectivismo agrario* es objeto de atención en el apartado I-2.5.A, dedicado a la agricultura de los vacceos.

consumida por el hombre en forma de harina, gachas, pan o torta, después de recibir un tratamiento encaminado a la eliminación del componente tanino que le haga disminuir el sabor amargo que le caracteriza. De ello nos dan cuenta los textos clásicos al hablar repetidas veces de un pan hecho con harina de bellotas (Estrabón, III, 3, 7; Plinio, N.H., XVI, 15; Varrón, 67, 16) del que se alimentaban habitualmente los pueblos meseteños<sup>80</sup>. La constatación de este fruto es tangible en muestras calcinadas procedentes de yacimientos como Pajares o, muy destacadamente, El Raso (Fernández Gómez, 1986: 909-910), y en la iconografía<sup>81</sup>. No fueron bellotas y castañas los único productos recolectados, a ellos habría que sumar otras plantas y frutos silvestres (moras, frambuesas, fresas silvestres, madroños, etc.), variedades de hongos y setas, raíces con distintas cualidades, así como numerosas plantas naturales, muchas de ellas con propiedades medicinales, como la famosa *herba vettonica*, que después de la conquista fue un producto exportado con frecuencia a Italia, según piensa Blázquez (1969: 229; *id.*, 1978: 108) basándose en las fuentes clásicas que mencionan esta planta.

<sup>80</sup> Una vez más hemos de ser cautelosos con el manejo de la información de las fuentes clásicas. Si sólo acudiéramos a Estrabón para conocer la dieta alimenticia de los pueblos del interior peninsular, poco menos que extraeríamos la conclusión de que durante tres cuartas partes del año los vetones, como cualquier otro de los pueblos bárbaros ibéricos, se malnutrían únicamente de bellotas, pan de bellota (en vez de harina de trigo), de manteca (en lugar de aceite), de cerveza (en claro contraste frente al vino), y de carne de cabrón (Estrabón, III, 3, 7). La intencionalidad del geógrafo de Amasia queda de nuevo puesta de manifiesto. El hecho de que tales productos estuvieran presentes, incluso con frecuencia, en su alimentación como pone de manifiesto la arqueología, no significa que fueran la dieta exclusiva de la misma. Hemos comprobado una oferta alimenticia en carnes y productos agrícolas suficientemente variada (trigo, higos, habas, guisantes, mijo, vino y aceite más escasos..., oveja, buey/ternera, cerdo, jabalí, conejo...; *vide* los estudios parciales de Martín Bravo, 1991; Bustos *et alii*, 1989 o Esteban, 1983).

Sobre este aspecto de la alimentación, ampliable al de las maneras en la mesa, como instrumentos demagógicos en manos de la historiografía al servicio del poder romano han llamado la atención González Rodríguez (1988: 184-185) y Vázquez Varela (1986). Este último sintetiza: "la discrepancia entre lo narrado y lo comido es notable (...) pues a una alimentación real, la que hemos descrito en base a diferentes fuentes, se corresponde la imaginaria que nos describe Estrabón" (Vázquez Varela, 1986: 237).

<sup>81</sup> Se conocen representaciones de bellota en bronce en yacimientos vetones como Chamartín (Cabré *et alii*, 1950: 9) y Sanchorreja (González-Tablez, 1990: 22), figurillas áureas a modo de colgantes con la misma forma (como los ejemplares de Segura de León) o bellotas esculpidas en placas de oro (Berrocal, 1989).

## OTRAS ACTIVIDADES ARTESANALES

En este apartado incluimos algunas ocupaciones calificables de tipo artesanal como son el trabajo textil, el de molienda y transformación de alimentos, el trabajo de la madera y la actividad alfarera.

Siempre se ha recurrido a la presencia de fusayolas y *pondera* para testimoniar la existencia de una labor de hilado y tejido entre estas comunidades (Alfaro, 1984). Tal conjunto ergológico se documenta en prácticamente todos los yacimientos excavados (sea como piezas de ajuar funerario en necrópolis -tradicionalmente tenido por femenino-, o en estancias de las viviendas), lo cual indica que la actividad textil fue una realidad bien contrastada, probablemente llevada a cabo por mujeres (Blázquez, 1969: 228). El material para la costura debió de ser de tipo orgánico, esto es lana o cualquier otra clase de pelo animal (oveja, cabra o jabalí), suficientemente resistente y flexible a la vez para ser enhebrado con agujas, tensado, atado y cortado. También se utilizó el cuero, material adecuado para la ropa de pastores y jinetes, y plantas como el esparto o el lino para la confección de vestimentas. En relación a este último, Plinio (N.H., XVIII, 108; XIX, 4, 10, 26) relata algunos aspectos de la sementera, cultivo y preparación artesanal del lino en Hispania, bastante frecuente en la región centro-occidental<sup>82</sup>, y Estrabón (III, 3, 6) da noticia del uso de mantos y corazas de lino entre los guerreros montañeses.

Las industrias de transformación de alimentos resultan fundamentales, como por ejemplo la molienda de gramíneas, bellotas y castañas para obtener harinas (Estrabón, III, 3, 7; Plinio, N.H., XVI, 15; Varrón, 67, 16). A la mejora de esta práctica contribuyó la sustitución en estos momentos de la Segunda Edad de Hierro del molino manual barquiforme o moledera de vaivén, por el de tipo circular que gira sobre un eje central con movimiento de rotación y con una moledura mucho más homogénea y práctica (Maluquer, 1954: 173-174 por influencia meridional; Blasco, 1987: 316). Las piedras circulares de molino abundan en los yacimientos, significativamente en El Raso, Cerro del Berrueco y Las Cogotas donde se cuenta al menos una por vivienda, lo que nos lleva a pensar en una labor de tipo doméstico y familiar. Otra actividad de transformación

---

<sup>82</sup> Bejarano (1950) llamó la atención sobre la tradicional producción de lino desde muy antiguo en la región de las Bardas y la Huebra, al sur y suroeste de Salamanca, en cuyas proximidades encontramos yacimientos como Valero o La Bastida.

alimenticia frecuente fue la de los productos lácteos: quesos, mantequillas, cuajadas, etc., cuya realidad intuimos por hallazgos de vasos y moldes cerámicos perforados con numerosos agujeros que tradicionalmente se interpretan como *queseras*.

El trabajo sobre madera y hueso son ocupaciones artesanales importantes, si bien su registro es escaso. La talla de madera se emplea desde tiempo inmemorial en el instrumental doméstico: vajillas (Estrabón, III, 3, 7 se refiere a vasos de madera para beber, muy típicos de los pueblos montañoses), yugos de tiro y arados, herramientas, astas de armas arrojadizas, ornamentos..., además de en la construcción de casas, empalizadas y vehículos. Las cajitas de barro decoradas seguirían modelos labrados en madera originariamente (Blázquez, 1969: 228; *id.*, 1978: 107), de igual forma que los tradicionales trabajos de cestería (Alfaro, 1984) actúan como patrones decorativos y morfológicos de piezas cerámicas.

La alfarería se convierte en actividad industrial en esta región con la generalización de la rueda o torno de pie y del horno de tiro variable, por lo menos desde el s.IV a.C. Los alfares suplirían las demandas de cada comunidad y debieron ser de carácter local, aunque hornos cerámicos se han documentado en pocos casos..., pero de estos aspectos nos ocuparemos más adelante (*vide* II-2.2 A y B).

En general se hace a las mujeres responsables de las labores recolectoras y artesanales (Salinas, 1982: 45-46), como la alfarería cuando es de tipo manual y doméstica (Fernández Gómez, 1986: 923). Por contra se asume que los varones se ocuparían de las empresas de mayor responsabilidad, léase la guerra, el robo (siguiendo al dedillo a las fuentes: Justino, XLIV, 37; Silio Itálico, III, 349-353; Estrabón, III, 3, 6-7; III, 4, 16-17...), o el trabajo agro-pecuario cuando se desarrolla con cierta complejidad. Pero, ¿fueron éstos los únicos móviles que avivaron la economía vetona?



## **B. SOCIEDAD**

Los últimos siglos del Ier milenio a.C. suponen para toda la perspectiva peninsular un período clave en lo que a complejidad social, estructuración socio-política y desarrollo cultural se refiere. El panorama, obviamente, no es homogéneo en toda la Península, pero sí es cierta la percepción de dichos fenómenos con rasgos particulares en casi todas las regiones. En lo que respecta a la meseta occidental, no hay duda de que se está produciendo una jerarquización de la sociedad -gestante siglos atrás-, que deriva en la aparición de lo que la antropología socio-cultural ha dado en llamar jefaturas. Sin necesidad de aceptar una terminología siempre teórica, convendremos en subrayar la importancia de este proceso social de diferenciación económica y política. Una vez más, fuentes literarias y arqueología, en sus respectivos lenguajes, nos corroboran esta mudanza social. Echemos un vistazo a sus distintos testimonios.

### **CAUDILLOS, BANDOLEROS, FAMILIAS Y DEPENDIENTES: LA LECTURA CLÁSICA DE LA DESIGUALDAD**

Los autores greco-latinos singularizan a ciertos personajes indígenas en los últimos siglos antes del cambio de era para la zona que estudiamos. Se trata de individuos que, la mayoría de las veces, destacan por una u otra razón sobre el conjunto social; su comportamiento, poder, habilidad o tenacidad frente a Roma hacen merecer la incursión de sus nombres en las fuentes históricas. En realidad son las cabezas visibles que rigen sus comunidades. Su fortaleza reside bien en un sostén económico, caso del enriquecido Astolpas (Diodoro, XXIII, 7, 1), o bien en sus capacidades militares, puestas de manifiesto sin parangón en el yerno del anterior, Viriato, ambos lusitanos. Más claramente parece dominar el segundo tipo de liderazgo, el militar, sobre todo porque las fuentes que nos transmiten esta información *privilegiada* lo hacen en tiempo de conquista, con los condicionantes que ese enfoque lleva implícitos. Desde otro punto de vista ya nos hemos referido a estos jefarcas militares a la cabeza de conglomerados lusitano-vetones en ocasiones, que luchan contra los ejércitos romanos en el s.II a.C., sobre todo en las

décadas centrales, como Hilerno<sup>83</sup>, Púnico<sup>84</sup>, César<sup>85</sup>, Cauceno<sup>86</sup>, Viriato por descontado<sup>87</sup> o Taútal<sup>88</sup>. Las fuentes se refieren a ellos con los términos *dux* o ἡγεμών, lo cual deja entrever su categoría, tal vez algo más que la de una simple magistratura extraordinaria aunque no alcancen la distinción de los *reguli* y *reges* del ámbito ibérico-turdetano (Muñiz, 1994: 285-289). No obstante la cuestión de la terminología es bastante problemática pues no están claras las diferencias conceptuales entre lo que una fuente llama *dux* y otra (o la misma en otra ocasión) *rex* o *regulus*; tal vez se refieren a lo mismo o tal vez hay ya implícito algún intento de establecer jerarquizaciones observadas... La única posibilidad de avanzar es hacer un análisis del uso de los diferentes vocablos por el mismo autor en el conjunto de su obra, aspecto que escapa a nuestro objetivo.

En definitiva nos hemos acercado muy de pasada -los textos no son mucho más explícitos- al destacamiento socio-político de ciertas figuras identificadas con un ropaje guerrero. Las fuentes vuelven a hacerse eco de la desigualdad social en el occidente peninsular al recoger uno de los *hábitos* con que mejor *califican* a los pueblos lusitanos: el bandolerismo<sup>89</sup>. Ahora la atención se dirige al vértice inferior de la sociedad, grupos que se ven obligados a buscar alternativas tan extremas como condenables a ojos de los clásicos (latrocinio, huida a las montañas, arremetidas...; otras veces será el mercenariado o la

<sup>83</sup> Jefe del ejército mixto de vetones, vacceos y celtíberos que lucha frente a las tropas romanas en las inmediaciones de Toletum en el 193 a.C.; fue hecho prisionero por el pretor Marco Fulvio (Livio, XXXV, 7, 8). Ignoramos a cuál de esos grupos étnicos pertenecía originariamente.

<sup>84</sup> Uno de los grandes líderes lusitanos que ostiga repetidas veces en los años 155-154 a.C. a los romanos y a sus aliados meridionales asaltando sus territorios. En alguna de sus rapiñas colaboraron grupos de vetones (Apiano, *Iber.*, 56).

<sup>85</sup> Sucede en la jefatura militar al anterior cuando fallece al ser golpeado por una piedra. Entabló combate con el general romano Mumio, y tras ser vencido se dio a la fuga (Apiano, *Iber.*, 56).

<sup>86</sup> Otro caudillo lusitano que en esos mismos años, tras tomar Conistorgis en territorio de los cuneos, cruza con sus tropas el Estrecho y asedia el norte de África, protagonizando cercos como el de Ocila (Apiano, *Iber.*, 57).

<sup>87</sup> Vide la nota 14 de este bloque.

<sup>88</sup> Último general lusitano, elegido sucesor de Viriato tras su asesinato en el 139 a.C. Se entrega a Cepión, pactando la rendición, y pone punto final a la guerra lusitana. Diodoro de Sicilia le denomina Taútamo (Diodoro, XII, 33, 1, 4).

<sup>89</sup> "Una costumbre particular se da entre los íberos y, más particularmente, entre los lusitanos. Cuando sus jóvenes llegan a la culminación de la fortaleza física, aquéllos de entre ellos que tienen menos recursos, pero que exceden en vigor corporal y audacia, se equipan con no más que su valor y sus armas y se reúnen en las montañas, donde forman bandas de tamaño considerable, que descienden a Iberia y obtienen riquezas en su pillaje. Y practican ese bandidaje en un espíritu de continuo desdén, pues usando armas ligeras y siendo ágiles y rápidos, constituyen un pueblo muy difícil de someter. Y, en general, consideran los riscos y los intrincados montes como su tierra nativa, y huyen a estos lugares -difíciles de atravesar por ejércitos grandes y fuertemente equipados- en busca de refugio" (Diodoro, V, 34, 6-7). "Fueron los montañeses los que originaron esta anarquía, como es natural; pues al habitar una tierra mísera, y tener además poca, estaban ansiosos de lo ajeno. Los demás, al tener que defenderse, quedaron por fuerza en la situación de no poder dedicarse a sus propias tareas, de modo que también ellos guerreaban en vez de cultivar la tierra. Y sucedía que la tierra, descuidada, quedaba estéril de sus bienes naturales y era habitada por bandidos" (Estrabón, III, 3, 5; traducción, Meana/Piñero, 1992: 83).

Por otra parte, la referencia de Apiano (*Iber.*, 56) a la incorporación de vetones en las huestes lusitanas de Púnico que asolan las tierras del mediodía a mediados del s. II a.C. (*vid.* nota 13) se ha utilizado como señal del carácter bandolero compartido por los vetones. En desacuerdo con esta opinión tradicional, A. Canto (1995a: 158, 175, nota n°21) piensa que el cliché de *latrones* debe aplicarse sólo a los lusitanos propiamente dichos.

prestación de servicios laborales en el exterior) ante la presión de circunstancias económicas, geográficas, ideológicas..., indicadoras de pobreza y desajuste social en cualquiera de los casos<sup>90</sup>.

Siguiendo con el repaso de la sociedad a partir de los textos, Plutarco (*Virt. Mul.*, 248) y Polieno (VII, 48) confirmarían la existencia de servidumbre en este tiempo al referir la presencia de población libre y esclavos en *Salmantica* cuando Aníbal asalta esa ciudad en el 220 a.C. Este dato ha sido interpretado literalmente por buena parte de la historiografía que ha propuesto hablar de sociedad esclavista en estos pueblos prerromanos, apoyándose incluso algunos autores en la correspondencia de tales esclavos con las sepulturas sin ajuar de las necrópolis (Castro Martínez, 1986: 133). La validez arqueológica de tal asunción será analizada un poco más adelante, hagamos ahora un breve comentario literario. Resulta extraño que ni Polibio (III, 13, 5-14) ni Tito Livio (XXI, 2, 5), que también relatan la campaña del cartaginés en Salamanca, hagan una mínima mención a la existencia de esclavos. De todos es sabido la seriedad del historiador griego, que conoció la Península a mediados del s.II a.C. y debió utilizar fuentes contemporáneas a los hechos del 220 a.C. Por su parte Livio, bastantes años después, sigue en este episodio a Polibio, o a las mismas fuentes que éste había consultado (Bejarano, 1955: 99-101; Solana, 1992). Plutarco y Polieno, que resume al moralista, toman la conquista de *Salmantica* para subrayar la actitud de sus mujeres, como un ejemplo más del heroísmo y de la virtud femeninas que

<sup>90</sup> Es un debate clásico en nuestra historiografía, y no es el momento de profundizar en él. El problema de la tierra, enfocado desde distintos puntos de vista, es la tesis más seguida por la bibliografía para explicar el bandidaje. Caro Baroja suma a la motivación económica el factor institucional o ideológico, al interpretar que para los pueblos con organización gentilicia el robo de ganados con éxito era una prueba de valor y habilidad que debían superar los jóvenes para ingresar en su grupo de parentesco (Caro, 1976: 201; así también Maluquer, 1954: 153). García y Bellido (1977) pone el dedo en la presión demográfica y el afán de vengar las *atrocidades* que la conquista romana había ocasionado a los pueblos indígenas, junto a la carencia de tierras. Otra de las razones más defendidas es la necesidad de tierras acentuada por la ruptura de la supuesta igualdad gentilicia al aparecer una aristocracia de sangre que acaparaba las tierras (Santos Yanguas, 1981a: 364-365; Salinas, 1982: 47; *id.*, 1993: 22-29; Sayas, 1988; *id.*, 1993: 213-215) o al intensificarse las relaciones de fidelidad hacia un jefe o cabecilla (Domínguez Monedero, 1984: 204-207). Bajo una perspectiva religiosa García Fernández-Albalat (1990: 236-241) sostiene que se trataría de un grupo al margen de la sociedad, dedicado a la guerra y al robo como únicos fines; identificables con cofradías de guerreros, del tipo indoeuropeo, que se vincularían estrechamente a un líder y a un dios de marcado carácter guerrero -*Bandua*. Algo parecido piensa Almagro Gorbea (1997: 211-212), quien, con cierta exageración en nuestra opinión, relaciona las prácticas bandoleras con ritos del tipo *ver sacrum*: consagración ritual de jóvenes de la misma edad que les obliga a emigrar, formando expediciones guerreras. Sobre el sentido ritual y religioso de las correrías de guerreros en busca de ganado dentro de una perspectiva antropológica, *vide* Lincoln (1991: espec. 41-45). En otro lugar hacíamos alusión a la opinión de García Moreno, quien entendía que el carácter de frontera de la región, la escasez de tierras, la desigualdad social, el deseo de independencia frente a Roma y la marginación inherente a las áreas de montaña constituían la respuesta a la acción del saqueo y latrocinio lusitanos (García Moreno, 1988a: 94-97). Recientemente, la importancia del medio geográfico, reflejada en las fuentes escritas con la dualidad contrastada montaña *versus* llano, ha llevado a P. Ciprés (1993: 136, 144-147) a pensar que el bandidaje no es fruto tanto de la desigualdad social por la descomposición del sistema gentilicio, cuanto por ese condicionamiento obligado al medio: "la adaptación al medio contribuye a crear esa imagen de movilidad, belicosidad y pobreza con que son descritas estas poblaciones en las fuentes" (Ciprés, 1993: 178).

están apologizando. Por ello no es extraño que se produzca cierta deformación de los datos para adecuarlos a tal finalidad moralista, con un tratamiento acaso más psicológico que histórico. Por otra parte, releando estos pasajes encontramos que los salmantinos, ante el asedio inicial de Aníbal, prometen dar a éste 300 talentos de plata y 300 rehenes con tal que no empleara su fuerza (ἀργυρίον τάλαντα τριακόσια και τριακοσίου ὁμήρου). La promesa no se cumple. Aníbal asedia la ciudad y sus habitantes la abandonan, al igual que a sus riquezas y a sus esclavos (ἀνδράποδα). Aunque el empleo de términos es diferente, ὁμήρου frente a ἀνδράποδα<sup>91</sup>, con esta alusión a los esclavos que dejan en la ciudad, ¿no se pueden estar refiriendo a un grupo de rehenes o prisioneros de guerra que los salmantinos pudieran haber capturado de las huestes de Aníbal, los mismos que estaban dispuestos a entregar junto a una considerable cantidad de plata en caso de que se hubiera llegado a una negociación pacífica?... En las comunidades indígenas debió de ser una práctica frecuente la toma de rehenes, prisioneros de guerra o cautivos de las tropas de asedio de potencias externas, cartaginesas primero y romanas después<sup>92</sup>, y por supuesto también de los enfrentamientos intertribales. En este sentido vemos mucho más razonable pensar en servidumbre por motivos de guerra para este tiempo y espacio, que aceptar la idea de una *sociedad esclavista* generalizable en todo el pueblo vetón, a partir del dato, parco y aislado, suministrado por Plutarco y Polieno en relación a la toma de *Salmantica*; ciudad que no hay que olvidar que es mencionada con adscripción vaccea al menos para época de Aníbal.

Por encima de esto, no hay que poner peros a la fragmentación social diagnosticada una vez más por las fuentes clásicas; pero tampoco hay que olvidar que ese dictamen viene dado bajo la concepción ideológica y con la oferta terminológica de quien escribe desde fuera.

Un reflejo más de esta idea se recoge de la evolución de algunas costumbres indígenas como la hospitalidad<sup>93</sup>. La institución del *hospitium* constituye uno de los

<sup>91</sup> Al respecto, Marco Simón, siguiendo el análisis etimológico de Lazzeroni, señala que el término ἀνδράποδον alude a individuos que forman parte del botín de guerra, esclavitud por captura en un contexto de guerra (Marco, 1979-80: 184).

<sup>92</sup> Reflejado, por ejemplo, en el Bronce de Alcántara (104 a.C.), que hace mención expresa de la devolución a Roma de los cautivos, además de caballos y yeguas capturados, por parte del *populus Seanocum* (?) para proceder a la rendición pactada (*deditio*) (...*consili sententia inperavit* / *captivos equos equas cepisent* / *omnia dederunt* ...; líneas 5-7. Vide López Melero *et alii*, 1984).

<sup>93</sup> Diodoro nos brinda la mejor descripción de este comportamiento: "Los celtíberos son crueles en sus costumbres hacia los malhechores y enemigos, pero honorables y humanos con los extranjeros. A aquellos que llegan ante ellos los

elementos más característicos de la cultura celtibérica en sentido laxo (Ramos Locertales, 1942; Dopico, 1989). En sí, no se trata más que de un compromiso de acogida y adopción en una comunidad de alguien -individuo o colectivo- en origen extraño a ella. Parece constituir una práctica convencional y consuetudinaria en su arranque; posteriormente este convenio adquirió una perpetuación física y jurídica con su puesta por escrito (en celtíbero y después en latín) en las llamadas *tesserae hospitalis*, tablas epigráficas que recogen por duplicado de forma sucinta las obligaciones y derechos acordados, así como los nombres de los pactantes. Esta costumbre la tenemos documentada entre los vetones mediante la tésera de Las Merchanas (Lumbrales), que quizá no sea el único testimonio de hospitalidad en nuestro territorio. Sin embargo el análisis de las téseras es abordado en otro apartado al que nos remitimos (II-3.1). Lo que interesa en este punto es observar que con el transcurso del tiempo y formando parte del proceso de jerarquización social que estamos estudiando, el *hospitium* fue evolucionando hasta convertirse en una relación de dependencia, -ya no tanto de una comunidad frente a otra, sino de uno o varios individuos hacia otro-, que se ha dado en llamar clientela<sup>94</sup> (la que se ve obligado a mantener el cliente hacia su patrono), siguiendo el modelo romano del *patronatus*<sup>95</sup>.

Subyace bajo todo este proceso de transformación social del que estamos haciendo eco parcial, la disolución de los lazos familiares o gentilicios que constituyen la base del ordenamiento social de estos pueblos, tal como refrenda la historiografía desde tiempo atrás (para el caso vetón, Caro Baroja, 1976: 167-170; Maluquer, 1954: 147; Lomas, 1980: 120-123; Salinas, 1979: 73-79; *id.*, 1982, como estudio monográfico; Redondo, 1985: 28; González Rodríguez, 1986: 15; de Francisco, 1989: 234-244; Sayas/López Melero, 1991: 14; etc.). En un trabajo reciente llevamos a cabo una revisión crítica del tema (Sánchez

---

invitan a detenerse en sus casas y disputan entre sí por la hospitalidad, y aprueban a todo aquel que atiende a los extranjeros, considerándolo amado por los dioses" (Diodoro, V, 34, 1).

<sup>94</sup> "Institución indígena de protección en la cual existía una ordenación jerárquica, la del jefe que protegía y la del cliente que recibía la protección, fuesen cuales fuesen las formas de amparo y las obligaciones contraídas por el amparado" (Ramos Locertales, 1942: 337). Ramos valora sobre todo la solidaridad que emana de esta institución, como un elemento de cohesión de la comunidad de linaje, y el nacimiento de unas obligaciones mutuas -con mayor nivel de compromiso que en el *hospitium*- que favorecerían la creación de una realidad social y política cada vez más elaborada.

<sup>95</sup> En esta línea de eclosión de formas de dependencia personales hacia un patrono o cabecilla parece situarse la institución de los *ambacti* descrita por César para la Galia (B.G., VIII, 40, 7), que se fundamenta en los lazos de fidelidad personal a un jefe, muy cercanos a la servidumbre (Dopico, 1994). Se ha sugerido que en la Península existiría un reflejo de esta práctica en el antropónimo *Ambatus*, abundante en *Vettonia* como tuvimos ocasión de señalar (Albertos, 1976: 75; *ead.*, 1983: 869-872; Salinas, 1994b: 290). Parece que habría que entenderlo, aunque la investigación no mantiene una opinión unánime, como un indicio indirecto de clientela más fácilmente perceptible en el contexto de la conquista romana, por la inseguridad política y la desigualdad social (Sevilla, 1977), o bien como un reflejo tardío de una antigua forma de dependencia, que se mantiene en época romana más como referencia de ascendencia que como verdadero indicador de carácter servil (Santos, 1978).

Moreno, 1996c), tras la cual consideramos que, en efecto, el vínculo familiar debió ser capital en la organización primigenia de estas comunidades, como nos lo indica entre otras cosas la distribución en sectores de las necrópolis vetonas (probablemente siguiendo un criterio asociativo familiar), como hemos tenido ocasión de comprobar. Pero a nuestro juicio: 1) tales principios no están reñidos con otros patrones de ordenamiento social en vías de consolidación, como son el territorio, el *oppidum* o la pertenencia a un régimen político-jurídico (Sánchez Moreno, 1996b), y 2) la relación de *gentilitates* (grupos parentales) aportada por la epigrafía latina alto-imperial en nuestra zona de análisis<sup>96</sup> no debe ser tomada como el modelo con el cual describir *al pie de la letra* el ordenamiento de los vetones en tiempos protohistóricos de la II Edad del Hierro.

En conclusión, de este repaso deducimos en primer lugar el destacamiento de ciertos individuos, identificados generalmente con una conducta guerrera. Constituyen la cabeza rectora de una comunidad, entendida ésta no sólo como grupo humano sino como entidad socio-política (*oppidum*). En el seno de estas comunidades se van desarrollando formas de gobierno y control, muy poco precisadas por las fuentes para los vetones, pero que podrían venir definidas por instituciones como el consejo de notables o ancianos y la asamblea de ciudadanos más amplia, tal y como sabemos para otros escenarios de los que disponemos de mejor información, como son el vacceo o el arévaco. Un reflejo de este proceso de afianzamiento socio-político viene dado en la figura de los *magistrados* que representan a sus comunidades, al igual que lo hacen los propios caudillos, en acuerdos de hospitalidad, pactos y rendiciones que los vetones firman con Roma (Sánchez Moreno, 1996b), conservados en las fuentes clásicas y epigráficas (tésara de Las Merchanas, *deditio* de Alcántara, tratados con Roma que incluyen reparto de tierras, como recoge Apiano, *Iber.*, 58-61; etc.), y seguro que también con otros grupos vecinos, de los que no nos queda registro. La base poblacional de esas comunidades apenas si tiene importancia para los historiadores clásicos. Por indicios indirectos podemos suponer que el orden familiar es importante, pero que el contexto social, económico y político por el que atraviesan parece

<sup>96</sup> Alrededor de sesenta en las provincias de Ávila, Salamanca, Cáceres y occidente toledano: *Ablicum, Acceicum, Aelciocum, Aliocum, Alionicum, Ambaticum, Ammaricum, Anequm, Aploniquum, Araviaqum, Areinicum, Arginiquum, Arreinicum, Aucieicum, Avonorum, Boiquum, Boutieicum, Buacum, Caburateiquum, Caburiquum, Caburoniquum, Calaetiquum, Camalicum, Cambaricum, Caraeciicum, Caurunicum, Coilionicum, Coroniquum, Cuiacum, Cuoicigorum, Dobitericum, Doviliqum, Elanicum, Gapeticorum, Leovasicum, Limicon, Lupercum, Luponiquum, Maccorum, Magilanicum, Manetiquum, Matueniquum, Menoteviequm, Mentoviequm, Peliqum, Pentaniquum, Pintolanqum, Pistiricum, Quranum, Sailcieicon, Talabonicum, Toutoniquum, Triticum, Ubonicum, Tuscocum, Vacemorqum...*etc.; algunos repetidos y con variaciones menores. Para su procedencia, referencia bibliográfica original y comentarios, Sánchez Moreno (1996c: 120-132).

romper su (supuesta) estabilidad y dar lugar al desmembramiento de la sociedad en grupos diferenciados: gentes libres, dependientes y privados de libertad..., en distintos -y desconocidos- grados.

## DISTRIBUCIÓN DE RIQUEZA: LA LECTURA ARQUEOLÓGICA DE LA JERARQUÍA

El estudio de las necrópolis es un campo interesantísimo para proyectar valoraciones sobre las formas y niveles de vida de los allí enterrados a partir del análisis de sus ajuares. Pero *el mensaje social del mundo de los muertos* no es de tan fácil traducción como aparentemente pudiera parecer (Chapman *et alii*, 1981).

Todas las necrópolis vetonas mínimamente excavadas señalan la existencia de un equipo funerario de desigual categoría. Sobre esa base se han llevado a cabo análisis cuantitativos, que interpretan distintos rangos sociales a partir del número y la calidad de los elementos de ajuar. Martín Valls (1985: 121-123; *id.*, 1986-87: 75-76) en el estudio que realiza de las necrópolis de Las Cogotas y La Osera, distingue cuatro tipos diferentes de ajuar<sup>97</sup> (recordemos que el 85% de sepulturas de Las Cogotas y el 52% en la zona VI de La Osera, la única publicada de forma completa, no disponen de ajuar). De estos datos deduce la existencia de una sociedad conformada en cuatro niveles sociales: 1) a la cabeza una minoría aristocrática y guerrera, en relación a la cual hay que situar unos pocos enterramientos femeninos con bienes de lujo; 2) tras ésta, un grupo más numeroso de guerreros con una panoplia más reducida, asociados a tumbas femeninas bastante más sencillas en las que predomina el hallazgo de fusayolas; 3) un grupo intermedio de artesanos y comerciantes no excesivamente representado; y por último, en la base de la población, 4) la extensa presencia de una masa social humilde sin ajuar.

A conclusiones similares a las de Martín Valls llegan otros autores. González-Tablas (1985: 47), que estudia también la necrópolis de Las Cogotas, singulariza tres

---

<sup>97</sup> Tipo I: ajuares destacados de guerrero, con cuatro sub-categorías: a) ajuares suntuarios, con armas de gran calidad y profusamente decoradas, b) con arreos de caballo, c) ajuares completos pero con armas más sencillas, y d) con tan solo 1 ó 2 elementos. Tipo II: ajuares de artesanos, en los que aparecen útiles como punzones u hoces. Tipo III: ajuares femeninos, con elementos como fusayolas, y más raramente alguna fíbula, sortija o collar. Tipo IV: ajuares excepcionales, con un simple objeto (fragmento de hierro, alguna miniatura...).

bloques sociales, con la particularidad de añadir la actividad profesional realizada por los componentes de cada uno de ellos. El primer grupo está subdividido en distintas categorías que ostentarían los poderes político, militar y religioso respectivamente. Tras él, un nivel intermedio de artesanos en general (alfareros, herreros, fundidores, canteros, tejedores...) y por último la base mayoritaria de *gente llana* sin apenas bienes, destinada a trabajos primarios agrícolas y ganaderos, empleada en las tareas de construcción de obras y en su mantenimiento, y que constituiría la base del ejército de la comunidad en cualquier conflicto bélico. Aplicando modelos de la antropología evolucionista anglosajona de nuevo al patrón de Las Cogotas, Castro Martínez (1986) establece cinco rangos sociales: 1) el evidente conjunto de dirigentes, reflejado en tumbas con elementos de prestigio y autoridad (armas decoradas, arreos de caballo...); 2) un grupo plural de guerreros, artesanos y especialistas metalúrgicos<sup>98</sup>, a los que corresponden tumbas con armas menos lujosas; 3) la agrupación de mujeres e hijos de los personajes más poderosos, con ajuares especiales de los que forman parte adornos metálicos, pasta vítrea, hueso...; 4) un nivel de población media, con sencillos ajuares cerámicos, y 5) la mayoría de la población (más del 75% en Las Cogotas), sin elementos de ajuar ni urnas especiales, claramente diferenciados del resto de categorías sociales. Debemos citar también el trabajo de Kurtz (1987). Con base en la revisión de los ajuares de la necrópolis de La Trasmujuna, este autor insiste también en la idea de una élite minoritaria identificada con símbolos de poder (armamento) y con los ajuares más fecundos a la cabeza de la sociedad de Las Cogotas, conformada internamente en órganos suprafamiliares; pero no ofrece ningún modelo de estratificación por grupos de población (Kurtz, 1987: 274-277).

Algunos de estos ensayos socio-arqueológicos hacen corresponder al grupo postrero de la sociedad con las sepulturas sin ajuar y con un *status* de esclavitud, siguiendo las noticias de las fuentes clásicas. Pero la arqueología no puede precisar con suficiencia esta catalogación (aceptarlo sería un ejemplo de *falacia positivista*), toda vez que la ausencia de ajuar de ninguna forma indica la privación de libertad del difunto, o al menos no en todos los casos (Ruiz Zapatero/Chapa, 1990: 368).

---

<sup>98</sup> La preeminencia social de los herreros es valorada por Lomas (1980: 38) y Fernández Gómez (1986: 923). Estos autores no descartan que los especialistas metalúrgicos jugaran un destacado papel político y religioso en estas comunidades.



En otros cementerios los datos son más parciales, pero su análisis va más o menos en la misma línea de interpretación apuntada <cuadro 1>.

Así, en relación a las necrópolis del hábitat de Villasviejas de Tamuja, si bien en El Mercadillo apenas si se percibe una diferenciación social por ajuares, pues aunque la mayoría de las tumbas tienen algún elemento (66,3%), ninguno es de gran prestigio (con excepción de las estructuras tumulares que podrían reflejar una jerarquización simbólica, como ocurre también en La Osera), en la necrópolis más tardía de El Romazal I, la diferenciación social es más acentuada, habida cuenta que aquí el porcentaje es inverso (un 65% de las sepulturas no tiene ajuar, un 20% poseen elementos de adorno, y un 15% presentan armas), lo que significa admitir que el primer peldaño viene representado por un grupo guerrero (Hernández, 1991: 266; *ead.*, 1993b: 264). Esta primera categoría social es más claramente perceptible en porcentaje en esta necrópolis cacereña que en Las Cogotas y La Osera, donde las tumbas con armas tienen una proporción muchísimo más baja, en torno al 2,5% sobre el total de tumbas de Las Cogotas (Cabré, 1932: 17) y un 9% sobre el total de La Osera y un 12,5% para su zona VI (Cabré *et alii* 1950: 68); aunque son más en número, y más lujosas, sobre el total exhumadas. Un porcentaje similar al de El Romazal se repite en los campos cementeriales de El Raso donde las tumbas con armas suponen el 17% en la zona publicada de El Arenal-Las Guijas, y el 15% en la zona inédita de Las Guijas B (Fernández Gómez, 1986: 773-775, 929; *id.*, 1994). En la necrópolis de La Coraja los datos son aun parciales, pero se contrastan bien unos pocos ajuares considerablemente ricos sobre la mayoría más pobres (Esteban, 1993: 71-82), algo que se empieza a vislumbrar en otras necrópolis de reciente excavación, como las de la Vera cacereña, donde, a pesar de la escasez de datos, se percibe una jerarquía de rangos en las tumbas, a través de elementos como los arreos de caballo, los braserillos o las joyas de tradición orientalizante (González Cordero *et alii*, 1990, 147; González Cordero *et alii*, 1993; Celestino *et alii*, e.p.).

## CUADRO 1.

Relación de sepulturas con ajuar y sepulturas con armas sobre el total de enterramientos en necrópolis vetonas.

NECRÓPOLIS	Sepulturas	Sepulturas con ajuar		Sepulturas con armas	
		c. absolutas	c. relativas (sobre el total)	c. absolutas	c. relativas (sobre el total)
El Raso (El Arenal A-C)	64	52	81%	12	19%
El Raso (Las Guijas B) -inédito-	34 (el número total es 53, pero sólo 34 son susceptibles de análisis)	31	92%	5	15%
Las Cogotas	1447 (el número total es de 1613 pero sólo 1447 son susceptibles de análisis)	224	15%	41	2,8%
La Osera (zona VI)	517	250	48%	65	12,5%
El Mercadillo	46	36	78%	2	4%
El Romazal I	183 (el número de enterramientos excavados alcanza hoy 272; pero no han sido publicados en detalle, por lo que tomamos los datos sistemizados hasta 1993)	62	34%	26	14%

Interpretar el ordenamiento social de un grupo enterrado a partir de la suma de valores asignados según riqueza de ajuar, número de piezas o tipo de estructura funeraria, es un mecanismo del que no escapan las críticas<sup>99</sup>. Pero aun siendo el mayor de los escépticos hemos de reconocer que de la contemplación del registro funerario se extraen conclusiones inapelables. La principal es la diferenciación de un grupo minoritario que hace alarde de su riqueza material en el espacio mortuario. El ajuar no es exclusivo de este grupo, pues está presente con distinta categoría en otras sepulturas, pero sí parecen serlo las armas (Baquedano/Cabré de Morán, 1997), acaso con un significado más simbólico que práctico.

<sup>99</sup> La restricción de los modelos interpretativos, la subjetividad en la determinación de los criterios de riqueza y de las categorías socio-profesionales de los enterrados ("tumbas de guerreros", "tumbas de artesanos", "tumbas de agricultores..."; ¿un artesano no pudo ser también guerrero?, ¿hasta qué punto nos es lícito hablar de estamentos cerrados y no de actividades mixtas?), el valor de una generalización tan amplia, la escasez de datos, el desconocimiento último de quiénes se enterraban en las necrópolis conocidas (¿todos?; seguramente un sesgo de la población, pero ¿quiénes y por qué?), la duración temporal de una necrópolis, la variabilidad en el uso de la misma durante su tiempo de funcionamiento, el peso del elemento ideológico en el ámbito funerario y su identificación -o no- con una realidad social ...etc. En definitiva, ¿es el ritual funerario un reflejo real de los aspectos sociales de la comunidad enterrada o un disfraz distorsionador de los mismos?

Para estas cuestiones acerca de la relación ajuar-riqueza y sociedad-sistema de enterramiento, véase Ruiz Zapatero/Chapa (1990: 364-369). La tendencia actual es, partiendo del reconocimiento de que riqueza de ajuar y estatus social son dos factores emparentados pero no siempre equivalentes, construir modelos interpretativos de lo social de aproximación hipotética, siempre matizables (Quesada, 1993a).

En fin, la acentuación de este grupo social poderoso y guerrero debió estar determinada por varios factores que han de ser analizados en el contexto general del proceso evolutivo de las gentes vetonas, en relación a sus bases económicas, culturales y territoriales.

## C. RELIGIÓN

La religiosidad de las gentes vetonas apenas si ha ocupado las páginas de dos o tres trabajos verdaderamente específicos<sup>100</sup> (Salinas, 1982: 69-78; *id.*, 1982b; *id.*, 1985 -visión conjunta junto a vacceos, celtíberos y carpetanos-; Sayas/López Melero, 1991: 105-113; y Sánchez Moreno, e.p. -b-, cuyas conclusiones aquí seguimos). Es verdad que el estudio de la religión prerromana representa un campo de investigación resbaladizo y parcial. No sólo por el carácter tan especial del fondo informativo, la *re religiosa*, que debe ser entendida dentro de un proceso evolutivo difícil de sistematizar, sino por los problemas inherentes a las fuentes y metodología de su estudio (teonimia indígena recogida en epigrafía latina imperial, parquedad de las fuentes clásicas, exterioridad vislumbrada por los testimonios arqueológicos...). Aun así podemos aproximarnos a algunos de sus rasgos y componentes.

## DIOSES

La tendencia tradicional ha sido enumerar los nombres de dioses indígenas casi siempre de raíz indoeuropea presentes en inscripciones votivas -sin atender muchas veces al desfase cronológico-, y proceder a su análisis filológico con el fin de descifrar el carácter del dios a través de la comparación etimológica<sup>101</sup>. En cualquier caso, resulta innegable aceptar que estamos ante un fenómeno politeísta con cultos tremendamente atomizados y de

---

<sup>100</sup> Contrariamente, ha sido una constante tratar la particularidad religiosa de las tierras vetónicas embutidas dentro del continente lusitano, desde tiempos de Leite de Vasconcellos (1893-1913). Esta obra sirvió de patrón a los estudios sucesivos: Navascués (1950), Lambrino (1965), muy señaladamente Blázquez (1962b; *id.*, 1975b; *id.*, 1977; 1979a; 1986-87; 1988; etc., recopilación última 1991), d'Encarnação (1975; *id.*, 1987), Untermann (1985), de Hoz (1986c) o Marco Simón (1993a; *id.*, 1994), este último bajo una perspectiva especialmente *celtista*.

<sup>101</sup> Este mecanismo ha recibido certeras críticas (Untermann, 1985; de Hoz, 1986c: 33-34), que se pueden resumir en la banalidad que supone prevalecer de manera tan evidente en el conocimiento de la religión antigua el significado de una de sus manifestaciones (el teónimo como elemento lingüístico) sobre el significado (la trascendencia de tal teónimo en el plano ideológico y cultural).

amplio localismo en el cuadrante noroccidental de la península, y en particular en la zona vetona (Salinas, 1982b: 326, 333; Salinas/Romero, 1995: 15-16 y 28; Redondo: 1984, 75). Se trata de cultos indígenas de gran perduración en el imperio romano (como muestra la cronología de las inscripciones, la mayoría de los ss.II-III d.C.) que, no obstante, dejan traslucir una romanización progresiva a través de fenómenos de sincretismo y asimilación de deidades nativas con otras clásicas (Blázquez, 1986; Redondo, 1986; Marco, 1996a). La mayoría de estos nombres identifican a divinidades menores vinculadas a accidentes topográficos y elementos de la naturaleza (montañas, bosques, rocas, ríos, manantiales, fuentes...), a grupos familiares (genios protectores o tutelares...), a espacios territoriales (dioses del poblado, de la ciudad...) o a imágenes astrales (sol, luna...). Sólo en el marco territorial vetón hemos inventariado alrededor de setenta de estos teónimos<sup>102</sup>, pero entre ellos hay algunos que destacan por el número de dedicaciones y por la entidad de su lugar de culto<sup>103</sup>. Nos estamos refiriendo a *Ataecina* y *Vaelicus/Velicus*, a los que podemos referir como pareja principal del panteón vetón.

### ***Ataecina.***

Es la divinidad indígena femenina más importante en número de dedicaciones en toda la península, sólo superada por el lusitano *Endovelicus* (Abascal, 1995: 87-91; Salas/Rosco, 1993). Las aras levantadas a esta diosa presentan diversas fórmulas de invocación (*Domina, Dea, Dea Sancta...*) y un epíteto en distintas variantes derivado del topónimo *Turobriga* (*Turibri, Turibrige, Turobrig, Turobrigensis...*). Sin duda alude al centro principal de su culto sobre el que hay planteado un debate historiográfico (la más reciente revisión en Abascal, 1995: 97-105). *Turobriga* o *Turibriga* es citada únicamente por Plinio (N.H., III, 14) como ciudad de la Beturia céltica. Su localización hoy sigue siendo incierta,

<sup>102</sup> Abisai, Acpulsoius, Aendivius, Arebinus (Erbina?), Aiioadcinus, Aivossivaeius, Angeficus, Aquae Eleteses, Arabo Corobeeicobo Talausico, Arentius/a, Aricon, Asitrita, Asitrita Raphiciogisa, Ataecina, Bandia Apolosego, Bandia Arbariacus, Bandia Vorp(...).icio, Bandua Araugelensis, Bandueitucensis, Bandue Roudeaeo, Baraecus, Bcantunaecus, Bleti, Caesariciaecus, Caraciciuaeliquis, Celiborca, Colu, Dovanceius, Eaecus, Eci(τ?)icu, Eniracillus, Favilius, Iberus, Ilurbeda, Irbi, Lacipaea, Laneana, Lares Gapeticorum, Larebus Ostianis, Lux Divina, Moricilus, Munidi eberobrigae Toutopalandigae, Navia/Nabia, Netus, Palanticus, Reva, (...) Roudaecus, Sahasis, Salamati, Salamacnabi, Salamie, Salus Bidiensis, Sitiuius, Selu, Toca, Toga, Togoti, Trerabruna, Tritaecius, Turcula, Vabisa, (...) Judino Oeno(?), Vaelicus/Velicus, Vortiacus... No todas las lecturas son aceptadas y se han propuesto algunas alternativas, por otra parte hay casos de repetición de teónimos. Un dato revelador es que aproximadamente el 80 % de estas inscripciones votivas se hallaron en la provincia de Cáceres, si bien en esta zona los límites son muy difíciles de marcar con el espacio de los lusitanos o con la Beturia céltica. Para la procedencia de los epígrafes, su referencia bibliográfica y algunos comentarios, vide Sánchez Moreno (e.p. -b-, Apéndice I).

<sup>103</sup> Entendido como el punto en que tiene lugar la comunicación entre los hombres y los dioses que son venerados o las creencias en que aquéllos confían (Marco, 1993a: 492; id., 1993b: 318). En origen espacios naturales con elementos en nada gratuitos que le dan una enjundia especial (claros de bosque, cumbres montañosas, confluencias de ríos, peñascos...). El tiempo se encarga de transforman y hacer evolucionar estos santuarios y a los cultos que allí se emplazan, pero nunca abandonan la evocación sacra que determina el medio físico (al respecto, Marco, 1996b).

sin embargo el espectacular hallazgo, del que ya hemos tenido ocasión de hablar, en la ermita de Sta. Lucía del Trampal en Alcuéscar (Cáceres) de más de quince aras dedicadas a *Ataecina* (Caballero *et alii*, 1991: 507-510; Salas/Rosco, 1993; Abascal, 1995) parece indicar que el centro principal de culto a la diosa se situaría en las proximidades de la pequeña iglesia visigoda (Abascal, 1995: 101-105), tal vez en el paraje de Las Torrecillas del que proceden una serie de hallazgos romanos de carácter votivo conocidos en una exploración de 1900 y de reciente revisión (Abascal, 1996). La devoción a *Ataecina* se extiende por una amplia franja comprendida entre los ríos Tago y Guadiana (Salinas, 1982b: 330; López Melero, 1986; Sayas/López Melero, 1991: 110; García-Bellido, 1991: 75; Abascal, 1995; Marco, 1996b: 92-93), irradiándose por tierras de la Beturia céltica (Berrocal, 1992: 72, 281, 284), como una nueva muestra de proximidad cultural.

Tocante al carácter de *Ataecina*, Leite de Vasconcellos (II, 1905: 146-173) veía en ella a una diosa de la tierra, de la fertilidad agrícola, por lo cual fue asimilada a la Proserpina romana (CIL II 461). Blázquez (1962b: 139-147; *id.*, 1975b: 39-41), sin embargo, es partidario de considerarla una diosa infernal, de la noche, también por ello sincretizada con Proserpina/Perséfone. Este sentido religioso, el de divinidad funeraria, prevalece como la interpretación más seguida en la historiografía contemporánea, tras ser introducida por el autor del *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Con una consideración de gran diosa madre tutelar y lunar, en la que no excluye una captación de tipo oriental como la de Cibeles, la define M<sup>a</sup>.P. García-Bellido, quien por cierto la relaciona con *Feronia*, divinidad sabina o etrusca a la que *Ataecina* quedaría asimilada por analogía de sus caracteres (García-Bellido, 1991: 75; *ead.*, 1995b: 143-145). Los atributos principales de la diosa son el ramo vegetal y, especialmente, la cabra. Esta última se encuentra como ofrenda en figurillas de barro o bronce, que a veces se ajustan como clavijas a las lápidas votivas y en alguna otra ocasión se acompañan de una inscripción dedicada a la diosa que se sitúa entre las patas del animal (Abascal, 1995: 95-96).

### **Vaelicus.**

Conocemos su existencia gracias una veintena de menciones del lugar de Postoloboso (Candeleda, Ávila) (Knapp, 1992: 86-98), muy cerca del *oppidum* de El Raso, que sin duda hemos de identificar con el santuario de esta divinidad indígena a la que se rendía culto en época romana, heredero de un momento prerromano, como ya ha sido

señalado (Fernández Gómez, 1973; *id.*, 1986: 879-905). Fernández Gómez (1986: 967) y D'Encarnação (1987: 13) ponen en relación a *Vaelicus* con *Endovelicus*, divinidad principal del panteón lusitano documentada en más de setenta ocasiones, cuyo santuario se situaba en la ermita dedicada posteriormente a San Miguel da Mota (Alandroal, Alemtejo). Leite de Vasconcellos (II, 1905: 111-146) creía que se trataba de un dios de la medicina, que se manifestaba a sus devotos con oráculos transmitidos en los sueños. Blázquez, siguiendo a Lambrino, adecúa más el carácter de *Endovelicus*, que tenía sus atributos principales en el jabalí, la palma y la corona de laurel, a una significación ctónica o infernal (Blázquez, 1962b: 147-162; *id.*, 1975b: 93-95).

Más explícitamente, el *Vaelicus* de Candeleda parece estar en conexión con el mundo infernal y subterráneo, pero bajo un contenido ecléctico que presenta, al menos, dos elementos ideológicos con los que se vincula (Fernández Gómez, 1986: 972): 1) la explotación mineral del hierro y 2) el lobo, puesto de manifiesto en la raíz celta del teónimo (\**vailo-*, que significa precisamente lobo; Albertos, 1966: 242). De ambas ideas hay huella en el paraje del santuario: en primer lugar es un terreno con abundante hierro y restos de escorias y moldes de fundición; además, el topónimo actual, Postoloboso, conecta con la presumible etimología del dios. En este sentido Marco Simón (1993a: 490, 497; *id.*, 1996: 94) asocia a *Vaelicus* con *Sucellus*, dios celta de carácter infernal del cual el lobo constituye una clara hipóstasis. De sobras es conocida la vinculación del lobo con el mundo infernal, subterráneo y de la noche, al igual que la luna (dos recientes ensayos sobre la figura del lobo en la religión ibérica son los de Rodríguez Alcalde/Chapa, 1993 y Almagro Gorbea, e.p. -a-).

## RITOS E IMÁGENES

Resulta todavía más intrincado adentrarse en el análisis de las formas culturales de las poblaciones prerromanas. No en pocas ocasiones el apasionamiento, entre romántico y novelesco, ha estado presente a la hora de reconstruir este aspecto del mundo religioso, y de ello no es ajeno el fuerte peso que la corriente *filocéltica* ha tenido en la historiografía tradicional, como ya hemos comentado en otro capítulo. Por eso partimos desde el principio por reconocer que nuestra aproximación siempre será externa.

Las prácticas sacrificiales protagonizan el acto ritual más atendido en la bibliografía, probablemente porque son las que mayor registro informativo proporcionan; junto a éstas, se ha valorado recientemente otras como los baños iniciáticos de guerreros a partir del monumento de Ulaca conocido como *fragua*, en realidad una sauna, y de ciertas referencias de los clásicos, en especial Estrabón (III, 3, 6) (Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís, 1993). La inmolación humana constituyó una costumbre ritual en determinados momentos para muchos de los pueblos peninsulares. En lo que afecta a nuestro ámbito, sabemos por Plutarco (*Quaest. Rom.*, 83) que en *Bletisama* (Ledesma) en los años 95-94 a.C. pervivía esta práctica que P. Craso, procónsul entonces de la provincia Ulterior, se vió obligado a perdonar por desconocer su arraigo indígena<sup>104</sup>. La práctica habitual del sacrificio humano ha sido defendida por buena parte de la historiografía (Maluquer, 1954: 157, según él por influencia cartaginesa; Blázquez, 1977: 445-449; Salinas, 1985: 320; de Hoz, 1986c: 47; etc.), utilizando algunos autores las *cabezas cortadas célticas*, entre otros elementos plásticos, como testimonio material de la misma<sup>105</sup> (Taracena, 1943; Blázquez, 1958; López Monteagudo, 1987). En postura enfrentada, Marco Simón (1993a: 493-494) sostiene que se trata de una intencionalidad distorsionadora de la historiografía greco-latina que tiende a exagerar los rasgos crueles y negativos de las poblaciones meseteñas. En su opinión, tales sacrificios tendrían un carácter excepcional, igual que en algunos episodios de la historia de la Roma republicana en que se recurre a la inmolación de hombres como reacción última a situaciones extremas.

<sup>104</sup> Contamos con otros apuntes literarios: Diodoro (V, 9, 5) hace referencia genérica a la existencia de sacrificios humanos; Livio (*Per.*, 49) apunta que los lusitanos asesinados por Galba, previamente habían sacrificado un hombre y un caballo en señal de paz por haber llegado a un pacto con el ejército romano, acuerdo que no cuajó por la conocida traición del pérfido general; Apiano (*Iber.*, 72) comenta que en los funerales de Viriato hubo víctimas sacrificadas, aunque no define su naturaleza; Estrabón (III, 3, 7) relata que los lusitanos y los pueblos montañoses sacrifican a Ares machos cabrios, caballos y cautivos, de igual forma que era habitual la amputación de la mano derecha a los prisioneros y la lectura de las vísceras y venas de las víctimas sacrificadas (Estrabón, III, 3, 6).

<sup>105</sup> En la meseta occidental se pueden citar las cabezas de Yecla de Yeltes (Blázquez, 1962c), Plasencia (Sayans, 1964), la Vera (Abad/Mora, 1979) y el ejemplar bifronte de Candelario (Muñoz García, 1953). Recientemente se ha propuesto que en lugar de verificar la práctica decapitatoria, las cabezas exentas deben vincularse con la creencia indoeuropea de que en la cabeza reside el alma humana, de ahí la enorme importancia de este elemento que a veces puede estar representando la propia divinidad o un héroe (Almagro Gorbea/Lorrio, 1992). Por su parte, G. Sopena (1987: 99-114) y Marco Simón (1993a: 497) prefieren una lectura en relación con una costumbre guerrera relacionada con funciones apotropaicas, en lugar de hablar de sacrificios humanos.

El ritual de las cabezas cortadas o cabezas-trofeo (una vez decapitadas eran colgadas de los caballos y exhibidas como premio), parece ser un nuevo *topos* que la historiografía clásica describe para muchos pueblos, galos (Diodoro, V, 29, 5; Estrabón, IV, 4, 5), celtas (Livio, X, 26, 2 y XIII, 24, 6), gálatas (Livio, XXXVIII, 24), o galos de Macedonia (Justino, XXIV, 5).

Los sacrificios animales están mucho mejor documentados y su ritualización pudo tener incluso un ordenamiento específico en esta región desde tiempos protohistóricos. En este sentido, de Hoz (1986c: 49) propone una jerarquía sacrificial en relación con la categoría de las víctimas inmoladas: cabra o cerdo (este último sería más común en el sacrificio vetón, por su alta representatividad, Sayas/López Melero, 1991: 108), oveja, toro<sup>106</sup>, caballo<sup>107</sup> y en el último estadio y con una connotación muy diferente, el hombre. El fondo de este ritual es sin duda indoeuropeo, encontrándose un reflejo del mismo en los *suovetaurilia* romanos y en el *sautrámani* indio, y más cercanamente en algún testimonio lusitano<sup>108</sup>. En relación al sacrificio de animales se han puesto evidencias diversas, por ejemplo estructuras pétreas, como el altar de sacrificios de Ulaca (*vide* clave de yacimiento 5X y nota 62), los restos de fauna que a veces se recuperan en las necrópolis, varias representaciones iconográficas en cerámica o metal, elementos en conexión con el fuego (parrillas, morillos, asadores, tenezas, cuhillos, pinzas...) aparecidos tanto en hábitats como en necrópolis (Kurtz, 1982), o depósitos de banquetes rituales, caso del recientemente dado a conocer en la vecina Beturia céltica (Berrocal, 1994a).

El fuego, de la misma manera que el sol, al igual que la luna u otros símbolos astrales, son imágenes que transmiten un lenguaje simbólico. Desde tiempo atrás se viene hablando de las representaciones solares visibles en la exquisita decoración cerámica incisa y estampillada de Cogotas II (muy especialmente en las estaciones abulenses) con motivos de ruedas radiadas, esvásticas, cruces, círculos punteados, oquedades impresas ... etc. (un último ensayo en esta línea, Barril, 1996), y también en la ornamentación de algunas armas, sobre todo las espadas (Cabré de Morán, 1952; Cabré de Morán/Morán, 1977). Las

<sup>106</sup> Diodoro (IV, 18, 3) afirma que existe un culto al toro en los pueblos del interior, y en esto se apoya Blázquez (1977: 365-368), entre otros, para sostener que era un animal sagrado en Iberia. Nosotros no iríamos tan lejos. Es indudable que muchos animales poseen una connotación religioso-cultural difícil de definir, bien en relación con el más allá (buitre, águila...), con el mundo infernal (lobo, serpiente, jabalí...; para este último, Cerdeño/Cabanes, 1994: 115-117), acaso con un valor muy especial (caballo, toro...) o como símbolos parlantes de determinados dioses (cabra, lobo...). Pero pasar de ahí a asegurar que tal animal es venerado como un dios es algo que no nos atrevemos a secundar, al menos con la información documental de que disponemos. Es algo similar a lo que adaptábamos para la significación que nos merece la realidad de los verracos.

<sup>107</sup> Ya hemos hecho alusión al sentido ritual del caballo en las culturas prerromanas. Es objeto de sacrificio en ceremonias concretas, como a la hora de sellar pactos (Livio, *Per.*, 4, 9), pero también parece detentar una significación heroica, de tipo ecuestre y reservada para los personajes más relevantes, en relación con la muerte como vehículo portador de las almas al más allá, en evidente funcionalidad psicocompa (Blázquez, 1959; *id.*, 1977: 67-68, 278-289). De esta forma nos resulta más fácil comprender la presencia de utillaje ecuestre o de ofrendas de carácter equino (restos faunísticos, piezas dentarias...) en algunas sepulturas, indicadores del alto valor social del équido (Sánchez Moreno, 1995-96).

<sup>108</sup> En especial la inscripción rupestre de Cabeço das Fraguas, que recoge el uso de la oveja (*oliam*), el cerdo (*porcom*) y el toro (*taurom ifadem*) como víctimas (Tovar, 1985: 234-235; Curado, 1996).



interpretaciones particulares que se han señalado<sup>109</sup> no pueden negar el carácter extraordinariamente universal de estas imágenes, pues son tan propias del mundo continental como del Mediterráneo. Lejos de pensar en una incompatibilidad absoluta entre mediterraneidad *versus* continentalidad, en la religión de la meseta occidental si bien el peso de lo indoeuropeo es muy considerable (deidades, ritos, creencias, espacios sagrados, etc.), ello no es óbice para admitir un evidente eclecticismo religioso, con *signa* de amplia dimensión cultural y espacial de los que son responsables también la herencia mediterránea (entre ellos, la iconografía astral, la connotación de algunos animales - caballo, aves, lobo, jabalí...-, los ritos genéricos de sacrificio y fuego, etc). Un ejemplo puntual de esto mismo en el país vetón se halla en la presencia de no pocas piezas de sello meridional, caso de los braserillos o aguamaniles rituales, acompañados a veces por elementos de la vajilla litúrgica como páteras o jarros, o de otros objetos más aislados, que serán atendidos más adelante..., si bien con ello no estamos sosteniendo que estas sociedades indígenas adapten cultos mediterráneos en sentido íntegro.

Y es que ya hemos visto suficientes datos para intuir la realidad eminentemente abierta, desde un amplio punto de vista cultural, del pueblo que ha ocupado las páginas de este capítulo.

---

<sup>109</sup> Por ejemplo, E. Cabré da un significado apotropaico al sol, mientras que Blázquez (1977: 436) ve en él la señal de una potencia vivificadora, de la protección natural y de esperanza en una futura vida astral. La luna, por su parte, recibe más bien una caracterización funeraria, como morada de los muertos, pero también vinculada con el más allá y la vida sobrenatural, por lo cual no extraña su documentación iconográfica en las estelas funerarias hispano-romanas de la provincia de Cáceres.

## I-2 LA EXTENSA LLANURA DEL VALLE MEDIO DEL DUERO: LOS VACCEOS

### I-2.1 MARCO FÍSICO Y TERRITORIO

#### A- MEDIO FÍSICO

De la información geográfica contenida en las fuentes literarias que en el próximo punto van a ser comentadas, se desprende sin duda alguna que la cuenca media del valle del Duero encarna el espacio nuclear de las gentes vacceas.

El territorio vacceo se halla inserto plenamente en la comunidad autónoma de Castilla-León, ocupando de forma desigual tierras de siete de sus provincias: Valladolid, en su totalidad, Zamora, en su mitad oriental, Palencia, aproximadamente los dos tercios meridionales de su extensión, y más marginalmente el noreste de Salamanca, el extremo norte de Ávila, la frontera segoviana con Valladolid y el pasillo suroccidental de Burgos en límite con la provincia palentina<sup>1</sup> <figuras 13-14>. A diferencia del corredor vetón, entretejido en espacio de tres comunidades autónomas, el país vacceo se nos presenta mucho más unitario en lo que a administración territorial se refiere...; y éste no es el único rasgo de homogeneidad geográfica. Los aproximadamente 45.000 km<sup>2</sup> de este marco territorial constituyen el corazón de la submeseta norte o meseta castellano-leonesa; como se ha dicho ya, una alta y despejada plataforma de 800 m. de altitud media. En ella, un paisaje de páramos, cuevas, valles y campiñas esculpen una geografía de dilatados

---

<sup>1</sup> Hojas del Mapa Topográfico del Servicio Geográfico del Ejército (Escala 1:200.000) números 4-5 (Salamanca), 4-4 (Valladolid), 4-3 (León), 5-3 (Burgos), 5-4 (Arganda de Duero) y 5-5 (Segovia), que se corresponden respectivamente con los números 37, 29, 19, 20, 30 y 38 de los Mapas del Instituto Geológico y Minero de España (1:200.000). También a escala 1:200.000 pueden consultarse los mapas provinciales de Valladolid, Zamora, Palencia, Segovia, Ávila, Salamanca y Burgos del Atlas Nacional de España editados por el M.O.P.T.

Hojas del Mapa Topográfico Nacional (Escala 1:50.000), provincia de ZAMORA: 270 (Benavente), 308 (Villafáfila), 340 (Manganeses de la Lampreana), 369 (Coreses), 397 (Zamora), 425 (Villamar de los Escuderos), 271 (Valderas), 309 (Villalpando), 341 (S. Pedro de Latarce), 370 (Toro), 398 (Castroñuño), 426 (Fuentesauco); provincia de SALAMANCA: 452 (Las Velles), 453 (Cantaelpino); provincia de VALLADOLID: 234 (Villada), 272 (Villalón de Campos), 310 (Medina de Rioseco), 342 (Villabagrima), 343 (Cigales), 344 (Esguevilas de Esgueva), 371 (Tordesillas), 372 (Valladolid), 373 (Quintanilla de Onésimo), 374 (Peñafiel), 399 (Rueda), 400 (Portillo), 427 (Medina del Campo), 428 (Olmedo); provincia de ÁVILA: 454 (Madrigal de las Altas Tormes), 455 (Arévalo); provincia de SEGOVIA: 401 (Cuéllar), 429 (Navas de Oro); provincia de PALENCIA: 235 (S. Cebrián de Campos), 236 (Astudillo), 273 (Palencia), 274 (Torquemada), 311 (Dueñas), 312 (Baltanas), 313 (Antigüedad); provincia de BURGOS: 237 (Castrojeriz), 275 (Sta. María del Campo), 345 (Roa).

horizontes integrados en lo que se conoce como la gran llanura sedimentaria central<sup>2</sup>. Geomorfológicamente esta *tabula* queda acotada al norte por las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica, al este por el Sistema Ibérico, pasaporte para el paso a la Celtiberia, al sur por el Sistema Central, en suelo ya propiamente vetón, al oeste por el hondo salto que marca el Duero en la *raya* portuguesa, y al noroeste por los montes galaico-leoneses, sede del hábitat astur.

Este solar se define por hitos geográficos indiscutibles. En primer lugar el río Duero, la cuenca media del mismo, que funciona como vertebrador capital del espacio vacceo, haciendo bueno el dicho castellano de “soy Duero, que todas las aguas bebo”. Y es el Duero, en asociación con el eje vertical que representa el Pisuerga, casi único culpable de la distinción articulada de este amplia cuenca en un dominio doble de <figura 14>:

1) Páramos calcáreos. Configurados como grandes plataformas oscilantes entre los 800 y los 1.040 m. de altitud que se levantan cerca de 100 m. sobre valles y campiñas. Están formados con estratos de calizas duras, hundidos en su zona central y con bordes levantados en la zona de confluencia con las campiñas. Monopolizan el suelo del occidente vallisoletano, el clásico espacio de Torozos, y, en el interfluvio oriental Pisuerga-Duero, la región del Cerrato al este de Valladolid y sur de Palencia.

2) Campiñas. Vastas extensiones onduladas de dilatado horizonte sin escarpe alguno. Se extienden por la Tierra de Campos con una base geológica de arcillas marrones finas, desde el eje Cea-Esla al noroeste hasta los páramos calizos orientales, y desde el meridiano de Osorno al norte hasta el de Toro al sur. La otra región típicamente de

<sup>2</sup> De nuevo nos remitimos a manuales generales de geografía española, como los de Terán *et alii*, 1989 (2ª edic. revisada) -en especial el capítulo de Solé (1989) contenido en el mismo- o el trabajo de Manero (1987), y a las Memorias explicativas de las Hojas del Instituto Geográfico y Minero Español y de los mapas provinciales del Ministerio de Obras Públicas y Turismo referidas en la nota anterior (escala 1:200.000). La bibliografía geográfica de este sector de Castilla y León se ha desarrollado notablemente desde el estudio todavía básico de García Fernández (1969) dedicado globalmente a la submeseta norte. Además nos permitimos destacar los trabajos de Cabo *et alii* (1987: esp. 12-49), donde se sintetizan los fundamentos de la unidad regional de la cuenca media del Duero, los de Tejero (1985) y Cabero *et alii* (1987), para el estudio físico de la comunidad castellano-leonesa, de Cabero *et alii* (1990) sobre las comarcas tradicionales de esa región, de las que las del Sistema Central (Cabero *et alii*, 1990: 77-139) y las de la penillanura de Zamora y Salamanca (Cabero *et alii*, 1990: 177-211) quedan comprendidas en los límites de nuestra área de estudio, o la contribución más actualizada y oportuna de Calonge (1995a). Por provincias, la de Valladolid es la que ha merecido análisis más desarrollados (por ejemplo, Muñoz Zamora, 1988).

El medio físico de esta región ya había preocupado a arqueólogos pioneros. Así, Federico Wattenberg en su fecunda obra sobre el pueblo vacceo ofrece una completa presentación de la geografía del Duero medio (Wattenberg, 1959: 49-58), de cara a la localización de *estaciones* arqueológicas -a modo de primer intento de carta arqueológica del ámbito vacceo (Wattenberg, 1959: 89-129)-, y, sobre todo, de las vías de comunicación de época romana (Wattenberg, 1959: 133-173). El interés geográfico se ha mantenido en repertorios de arqueología vallisoletana principalmente (desde Palol/Wattenberg, 1974: 19-22, hasta Delibes *et alii*, 1995).

campiña es la Tierra de Pinares, con dominio de arenas surgidas de arrastres fluviales, una extensión que abarca desde el centro occidental de Segovia, el norte abulense, el noreste de Salamanca hasta el sureste zamorano, enlazando en el sur con el paisaje berroqueño del Sistema Central y actuando el eje Cuéllar-Olmedo-Zamora como límite imaginario septentrional. Cercana a la campiña de Tierra de Pinares en la distancia y en la base geológica, está la plataforma detrítica de la Tierra de Medina, al suroeste de Valladolid junto al Zapardiel, una llanura tabular con importantes arrastres fluviales y bien definida por sus terrazas, cerros aislados y pinares. De características análogas es la Tierra de Pan, en la zona centro-occidental de Valladolid y central de Zamora, haciendo cuña con el Duero.

## GEOMORFOLOGÍA Y RELIEVE

La configuración geomorfológica de este territorio tiene su base en las fases tectónicas de la era Terciaria que provocaron el depósito de cuantioso material rocoso en la parte central de la cuenca del Duero. Toda la senda duriense constituye una fosa tectónica fragmentada en varios bloques durante el Eoceno y el Oligoceno, y más tarde en la fase neocastellana de finales del Paleógeno y el Mioceno inferior. Los materiales paleógenos (arenas y areniscas amarillentas con hiladas de conglomerados) y del Mioceno inicial (conglomerados cuarcíticos rojos) afloran actualmente sobre una superficie reducida, siendo los componentes del Mioceno medio los que presentan mayor extensión y variedad litológica. Así, las arcillas y los limos configuran el Mioceno medio en las comarcas de Tierra de Campos, Tierra del Pan, Tierra de Medina, parte de los valles del Duero y el Pisuerga y la Tierra de Pinares; al tiempo que amplios espesores de margas yesíferas y calizas blanquecinas (la denominada *facies de las cuevas*) dan suelo al ámbito de los Páramos Calizos, al sector norte de la Tierra de Pinares, a buena parte del Cerrato oriental y a los característicos Montes de Torozos. Las altiplanicies de los páramos más elevadas se completan con materiales del Mioceno superior, especialmente calizas y margas de colores claros. A finales del Plioceno acaecen nuevas fases tectónicas que dan lugar a superficies de erosión, produciéndose un proceso de *krastificación* que origina pequeñas colinas y depósitos asociados de arcillas de descalcificación conformadores del recubrimiento de los basamentos del Mioceno. Sobre este comportamiento terciario, los procesos

geomorfogenéticos pleistocenos, ya en la Era Cuaternaria, tendrán una huella decisiva en el relieve del viejo solar vacceo.

El protagonismo lo ostentan los movimientos tectónicos de grandes bloques que afectan poderosamente a las llanuras centrales castellano-leonesas, entre otras cosas produciendo un basculamiento de los bloques hacia occidente. A estas fases tectónicas pleistocenas se atribuye la creación de distintos niveles de terraza a base de limos, arenas, gravas y cantos de cuarzo y cuarcita en el valle del Duero, del Adaja-Eresma y del Cega que, en otro orden de cosas, representan el asiento de buen número de yacimientos protohistóricos, y en el sector suroeste vacceo, en torno al eje Medina del Campo-Tordesillas-Toro. Muy característico también de estos momentos son los arrastres de numerosas arenas en las cuencas fluviales (muy notorias en el caso del Duero, Adaja y Cega), por acción de vientos, ríos y movimientos tectónicos menores, y el encajonamiento de la red fluvial con valles profundos, relativamente anchos y con laderas recubiertas de gravas y cantos desgajados de las calizas de los páramos -los llamados derrubios de soliflucción finipleistocenos-, a consecuencia de las intensas heladas en los inviernos periglaciares, sobre todo en la glaciación Würm que es el período modelador principal de las laderas y altiplanicies castellanas.

Desde el Pleistoceno y durante el Holoceno se han seguido dando procesos geomorfogenéticos erosivos en las laderas (gelifracciones, derrumbamientos, arrastres lentos de arenas...) y lechos de inundación aluvial en los ríos, que en los últimos siglos han tenido una trascendencia muy reducida. Esto es debido sustancialmente al control antrópico del caudal de los grandes ríos y al papel protector de las heterométricas coladas de soliflucción würmienses, que tapizan la mayor parte de las laderas. Sí escapan de la norma la acentuación natural de la erosión en algunos sectores de las laderas de solana - con unos 20° de pendiente-, debido a los contrastes térmicos y, sobre todo, a la sequedad estival interrumpida por tormentas de alta intensidad pluviométrica. De igual forma, la actividad extractiva humana, principalmente el aprovisionamiento de calizas, margas yesíferas y arcillas iniciado muchos siglos atrás, contribuye poderosamente al desgaste erosivo del medio rompiendo el equilibrio de drenaje en las laderas y aumentando la carga corrosiva de los ríos, a la vez que provoca la deforestación creciente de las riberas (Manero, 1983).

Estos condicionantes traducen un paisaje de formas de relieve con escasa accidentación y con un dominio de planicies ligeramente onduladas, interrumpidas a intervalos irregulares por dunas (Tierra de Pinares y valle del Duero), *cuestas*, tesos y lomas (Tierra de Campos). La altitud media aproximada de esta llanura es de 800 m. El otro eje capital y canalizador del asentamiento vacceo, el valle del Pisuerga, también está sujeto a planicies extensas y algo abruptas que enlazan con los Páramos al este (Cerrato) y oeste (Torozos) a través de los escalones de las terrazas. Presenta concavidades basales, suaves rampas a modo de glacis, y sólo localmente pendientes acusadas. Visualmente son claramente perceptibles los cerros-testigos u *oteros* que quedan aislados entre valles y campiñas por el desgajamiento de bloques miocénicos en los quiebras de los cursos fluviales. Estos modelos de relieve destacados sobre la planicie paramera adquieren formas cónicas y tabulares y dan personalidad propia a un espacio físico por lo demás escasamente truncado. Cuando su cima es tabular, con formas que recuerdan a motas, muelas o tesos, los cerros-testigo dan suelo a un buen número de *oppida* vacceos (Cuestacastro, Mota del Marqués, Simancas, El Castillo en Tordehumos, etc.). Junto a éstos, los espigones o *puntas* finales de los páramos configuran avanzadas o miradores que enlazan con los valles y las campiñas de ribera y por ello, al tiempo que representan otra figura protagonista del marco geográfico de este territorio, actúan al igual que los cerros-testigo como asiento de destacados hábitats vacceos. Así lo ejemplifican los yacimientos de Roa, Tiedra, Pago Grimata o Montealegre de Campos, este último paradigma de enclave en atalaya vigilante de la campiña de Tierra de Campos hacia el noreste y abierta en dirección sur y este a la tierra de Torozos. De forma parecida, sobre espigones más claramente fluviales se levantan otros poblados vacceos, caso de los de Matapozuelo, Melgar de Abajo, Pago Gorrita, Las Quintas y Zorita en Valoria la Buena, o Aldeahuela.

En conclusión, el rellano de la depresión castellano-leonesa o del Duero está constituido por varios niveles de terrazas escalonados sin grandes sobresaltos que acompañan los cursos fluviales, el inferior de los cuales, por estar a escasa altura sobre el cauce, se presta al regadío y da lugar a vegas bien cultivadas. Los valles excavados por los ríos en la llanura terciaria generalmente son anchos y, entre los depósitos de las terrazas y la superficie estructural de los páramos, se desarrolla frecuentemente un sistema de glacis

de erosión, de pendientes suaves y algo dilatadas, que modela a los característicos perfiles en cuesta (García Fernández, 1969; Solé, 1989: 60).

## HIDROLOGÍA

La red de arterias fluviales que alinean las tierras de los antiguos vacceos contiene una de las claves principales para entender el patrón de asentamiento y la activación económica del poblamiento antiguo de la región. La abundancia de cursos fluviales, el trazado más o menos regularizado de los mismos y, sobre todo, la situación favorecedora -a nivel macroterritorial dentro del contexto peninsular- de la cuenca media del Duero posibilitando la llegada de copiosos caudales desde tres frentes principales (la Cordillera Cantábrica al norte, el Sistema Ibérico al este y el Sistema Central al sur), son los rasgos sobresalientes de la hidrología y a la larga de la potencialidad del territorio.

La red fluvial de primer orden viene representada por el río Duero y tras él, una continuidad de grandes afluentes por el norte y por el sur (Cabero *et alii*, 1987: 117-122). Se destacan los siguientes, en la margen derecha del río y de este a oeste: el Pisuerga (con afluentes como el Esgueva, Arlanza, Arlanzón, Odra o Carrión), el Valderabuey (del que es deudor el Sequillo) y el Esla, en el extremo poniente de nuestro territorio (con el Cea como principal tributario en su vertiente oriental). En la margen meridional del Duero, de nuevo siguiendo un recorrido este-oeste, nos encontramos con afluentes, brazos del Duero, más cortos e irregulares y con valles más encajados que los que corren por la ladera septentrional duriense, como el Riaza, en ámbito más propiamente celtibérico, el Duratón, el Cega (del cual el Pirón es el principal tributario), el Eresma (en el que desembocan el Voltoya y el Adaja), el Zapardiel o el Guareña. Son casi todos caudales permanentes, aunque con fuertes estiajes en el período comprendido entre julio y septiembre. Como es lógico el máximo de aguas se produce en primavera, gracias a los volúmenes de deshielo que arriban desde las montañas cantábricas (por los ríos Esla, Cea, Valderabuey, Carrión o Pisuerga), desde el Sistema Ibérico de la meseta oriental (río Duero y en menor medida el Arlanza o el Esgueva) y desde el viejo macizo carpeto-vetónico (ríos Duratón, Cega, Eresma, Adaja, Zapardiel, Trabancos, Tormes o Yeltes, estos dos últimos de adscripción territorial vetona). Por descontado existe una red fluvial menor, integrada por ríos

pequeños y arroyos que nacen en las llanuras centrales castellano-leonesas y a diferencia de los cursos fluviales mayores no tienen relación alguna con los ámbitos montañosos (entre los que figuran el Bajoz, el Hornija, el Jaramiel, el Valcorba, etc.). Su régimen es pluvial y estacional, con cursos que desaparecen en verano; pero sin embargo sus puntos de unión con afluentes mayores o con el propio Duero representan un factor de referencia obligado para entender la ubicación del asentamiento protohistórico.

La configuración del curso, de la profundidad y del perfil de la red fluvial es un legado de la tectónica de fractura desarrollada fundamentalmente en el Pleistoceno superior. Casi todos los ríos, en consonancia con su envergadura, ofrecen valles anchos (a veces superiores a los 10 km.) con grandes desproporciones en relación a la anchura de los cauces, están bastante bien individualizados y presentan numerosos meandros en su trayectoria. Entre cerros-testigo, espigones y lomas, los valles fluviales secundarios con fondo ligeramente encajonado entre 20 y 80 m. y mediana longitud y anchura, tienen también gran importancia agraria y paisajística.

Al margen de los ríos, son abundantes los humedales de pequeñas lagunas, charcas o lavajos, probablemente resultado de un mal drenaje de cursos secundarios hacia los colectores principales, cuyo reflejo se conserva incluso en el registro literario antiguo. Tales depósitos acuíferos están hoy en franco retroceso debido a la acción antrópica (intensa labor agro-pecuaria, urbanización, industrialización...). No obstante, en los últimos tiempos la intervención humana también se ha dirigido a la construcción de obras hidráulicas de envergadura (embalses y canales) capaces de retener y encauzar los recursos hídricos.

## CLIMATOLOGÍA

El valle medio del Duero se define por una acusada continentalidad, o mejor una mediterraneidad fría como prefiere denominarse últimamente (Cabero *et alii*, 1987: 45; Calonge, 1995a: 21), que determina largos y fríos inviernos, veranos de noches frescas y precipitaciones moderadas, marcadas por una fuerte irregularidad interanual. En el corazón vacceo, la actual provincia de Valladolid, la precipitación media anual es de 400-500 mm.,



aunque algunas zonas registran una pluviosidad media menor, caso de las Tierras del Pan y de Medina o los extremos vacceos hacia el oeste, en la provincia de Zamora, y hacia el este, en la de Segovia, con precipitaciones medias en torno a 350 mm./año y un clima más marcadamente semiárido. El máximo principal de lluvias es en invierno, existiendo otro secundario en primavera.

El invierno puede tacharse de largo y frío, con temperaturas medias inferiores a 7,5° entre noviembre y marzo. Abundan las nieblas, especialmente en el valle del Pisuerga en el entorno de la ciudad de Valladolid, debido a la acumulación de aire frío y a su saturación, y tampoco son escasas las heladas y nevadas, sobre todo en enero que suele ser el mes más frío, seguido de los de diciembre y febrero (con días que nunca superar los 5° y que por contra frecuentan índices negativos). Las masas de aire frío del invierno castellano están originadas por la llegada de componentes árticos marinos por el norte y de aire polar continental desde el noreste.

Los veranos se presentan moderadamente cálidos gracias a las masas de aire anticiclónicas de origen tropical marino por el noroeste peninsular y tropical continental o sahariano que se desplazan desde el Magreb. En esta época la aridez es bastante acentuada, con precipitaciones breves y violentas vinculadas con gotas frías y aguaceros. Son característicos los días despejados con casi nula nubosidad en los meses que van desde mediados de junio a mediados de septiembre, tratándose por tanto de una fase estival más bien breve. Las temperaturas máximas diarias oscilan entre 28° y 32°, mientras que las mínimas se sitúan alrededor de los 15°-17°. Un calor mesurado define la temperatura veraniega, que por ejemplo en la provincia de Valladolid en los meses de julio y agosto suele fijarse tan solo entre 20° y 21,5° de media. Ocasionalmente se registran días de acusado calor, debidos al transporte de aire caliente sahariano con calinas, que llegan a elevar la temperatura, generalmente no más de un par de semanas en todo el verano, hasta los 35 ° de máxima y los 20° de mínima.

La primavera y el otoño presentan escasa y breve entidad climatológica, al estar configurados en parte por los rigores invernales y el calor moderado del invierno. Son, las estaciones equinocciales, períodos breves y desiguales que más que fases autónomas constituyen retazos anunciadores de veranos e inviernos respectivamente. La nubosidad

creciente acompañada de precipitaciones, y también los días anticiclónicos soleados menos inestables definen el comportamiento otoño-primaveral, que por otra parte muestra máximas diarias entre 15° y 22° y mínimas entre 5° y 10°. A veces prematuras olas de calor, en mayo fundamentalmente, o heladas fuera de tiempo desequilibran esta dinámica. Las precipitaciones primaverales, y también las de menor entidad de otoño, no están reguladas, y a años de primaveras lluviosas siguen otros de perjudicial sequedad. Así, la irregularidad pluviométrica hace juego con la irregularidad térmica interanual que a nivel general caracteriza la climatología de esta región de la meseta occidental.

Las claves de esta climatología hay que buscarlas en la elevada altitud del territorio y en la cordillera montañosa del Sistema Central que, desplegada al sur del valle duriense, priva al espacio vacceo del clima benigno meridional. Al margen del cambio climatológico producido en los últimos 2.200 años, esos dos factores claves son constantes en el espacio de la meseta occidental, vacceo ayer y castellano-leonés hoy.

## EDAFOLOGÍA

Existe una acentuada pluralidad de suelos, tanto en la calidad de los mismos cuanto en sus componentes formativos. En la región paramera con roca madre de origen calcáreo (Montes de Torozo, valle del Esgueva, Cerrato y otros páramos calizos), dominan los suelos pardo-calizos. Su Ph es neutro o básico, su coloración parda por la presencia de óxido de hierro y arcillas finas; proceden de la alteración *in situ* de las calizas finimiocenas, de las que derivaron arcillas de descalificación y *terra rossa*. En general son suelos con buenas aptitudes para cultivos cerealísticos y muy adecuados para la masa forestal de pinos y especies del género *Quercus* (robles y encinas). Sobre los páramos también se dan otros suelos en general poco evolucionados como el de rendsinas o el de xerorendsinas, sobre todo en las laderas de cuestras y lomas.

En las campiñas del interior (Tierra de Campos, Tierra del Pan y Tierra de Medina) predominan los suelos blandos (arcillas, margas, limos y arenas) de tipo pardo-ocre. Menos aptos para la labor agrícola por el alto cúmulo de arcillas, sobre todo en los años secos, sí dan buen acomodo a pinos piñoneros y arbustos. Las tierras llanas y más húmedas

cercanas a cursos fluviales se caracterizan por tener suelos planosoles, con buenas aptitudes para el centeno y para los cultivos subterráneos (tipos de tubérculos). Esta variedad de suelo se da también en algunos puntos de Tierra de Pinares, pero aquí el característico es el suelo sialítico, de color pardo, con alta pérdida de nitrógeno y Ph ácido. Por ello son mediocres para la agricultura y más o menos válidos para pinos, encinas y enebros. Todavía peores son los suelos con arenas eólicas que forman dunas, catalogados como litosuelos muy poco evolucionados o suelos siatílicos puros con mucha acidez. En ellos el aprovechamiento agroforestal es prácticamente nulo.

Otro grupo diferente lo constituyen los suelos aluviales. Son propios de los grandes valles y terrazas fluviales (Duero y Pisuerga), aptos para varios cultivos y con cierta vegetación forestal. Es probablemente el suelo más característico del asentamiento vacceo, junto con los pardo-calizos. Hay una variación considerable de suelos aluviales. El más extendido es el rojo fersialítico, suelto y con abundante silicato, muy adecuado para viñas, cultivos leñosos y para pinos, encinas y enebros, y no tanto para los cereales. Otro tipo es el de tierras pardas meridionales, sobre los limos de llanuras de inundación, bueno para cultivos agrícolas y para masa forestal. Los suelos aluviales están hoy muy afectados por el uso esencialmente agrícola e industrial que realiza el hombre sobre ellos.

Dato a destacar es el incremento de la salinidad de los suelos en los últimos años (en detrimento del desarrollo agrícola), principalmente por el descenso de humedad.

## BIOGEOGRAFÍA: FLORA Y FAUNA

El ámbito de relación de los antiguos vacceos presenta hoy un paisaje vegetal desigualmente arbolado bajo el signo de la intervención humana y caracterizado además por una acusadísima deforestación y por un aprovechamiento cerealístico muy intenso. Aunque en retroceso, todavía en nuestros días la encina (*Quercus rotundifolia* y *Quercus ilex*) sigue siendo la especie más representativa, aunque casi siempre de monte bajo. Asimismo abundan los quejigos o robles enciniegos (*Quercus faginea*) y pinares de tipos piñonero y resinero (*Pinus pinea* y *Pinus pinaster*), tradicionales en la zona, sobre todo en las campiñas arenosas al sur del río Duero (Tierra de Pinares vallisoletana), aunque también

está siendo repoblado en los últimos años. En menor proporción se halla la sabina albar (*Juniperus turiphera*) asociada a distintos tipos de enebro (*Juniperus oxycedrus*). La conjunción de estas especies da como resultado la extensión de bosques mixtos en general de poca frondosidad en ciertas franjas de los páramos. El descenso de la masa forestal es muy evidente en zonas como la cuenca del Duratón, o en los valles de los afluentes meridionales del Duero (Cega, Adaja, Eresma, Zapardiel y Trabancos), donde sólo quedan retazos del antiguo dominio arbóreo y sobre todo una vegetación arbustiva de juncos y carrizales. En los valles del Duero y Pisuerga abundan las especies ripícolas (bosques de ribera), como chopos (*Populus nigra*) y álamos (*Populus alba*), y más secundariamente fresnos (*Fraxinus angustifolia*), avellanos (*Corylus avellana*) y alisos (*Alnus glutinosa*).

Probablemente más característica que las dispersas y disminuidas masas boscosas es la vegetación de monte bajo (quejigo, carrascas, retamas...), habitual en los páramos calcáreos y que tan bien identifica esa imagen habitual y literaria de la *estepa castellana*. Las familias más representativas de esta particular flora son las labiadas, cistáceas, gramíneas y leguminosas frugales.

Ni que decir tiene que la agricultura cerealística intensiva viste casi monográficamente la superficie de las campiñas de Tierra de Campos, Tierra de Pan y Tierra de Medina. Obligados cambios en la población y en los usos económicos y tecnológicos de la misma explican la extensión actual de estos cultivos de secano que, como en su momento se verá, cuentan con un claro antecedente en la explotación agraria vaccea de los últimos siglos anteriores al cambio de Era.

Finalmente, hemos de resaltar la palpable similitud existente en cuanto a especies vegetales entre la tenue masa forestal actual y la habida en tiempos vacceos de la Edad del Hierro, con la notable matización de su desigual intensidad, tal como recientes estudios palinológicos y antracológicos están poniendo de relieve (Calonge 1995a; *id.*, 1995b; Uzquiano, 1995; Yll, 1995; Marsical, 1995; Mariscal *et alii*, 1995). Pero la potencia del bosque propiamente vacceo y su consiguiente valor económico serán objeto de atención más adelante.

Para concluir esbozaremos un rápido apunte sobre la fauna autóctona. La reducción de especies motivada desde siglos atrás por la recesión de humedales y por la escasez de superficies con arbolado intenso, es el rasgo más señalado del actual panorama; si bien en los últimos años se detecta una incipiente recuperación faunística aun algo tímida. A pesar de todo son todavía frecuentes en los campos de la Castilla occidental especies de caza menor como la perdiz, la codorniz, la liebre o el conejo, y en otra categoría, el jabalí, el lobo y el zorro. Milanos, córvidos, cigüeñas comunes, ánades reales, aves estaparias (casos de las avutardas o los alcaravanes) y algunas rapaces diurnas completan como avifauna el abanico zoológico de la llanura del Duero.

## **B- MARCO TERRITORIAL**

### **LÍMITE TERRITORIAL VACCEO**

A diferencia de otros marcos regionales antiguos, el territorio de los vacceos no ha ofrecido graves problemas en cuanto a su localización y definición aproximadas, si bien la determinación de algunas franjas fronterizas, como por ejemplo las más difusas del sur o noreste, o de algunos puntos de población concretos (ejemplos de *Bargiacis/Brigeco*, *Salmantica*, *Segisama*, *Sentice...*, por citar sólo algunos casos) varía según los autores, tanto antiguos como contemporáneos.

El método tradicional para delimitar el territorio de una entidad poblacional antigua ha sido buscar los nombres y rastros geográficos recogidos del registro literario en puntos de regiones actuales, además de atender a elementos y accidentes geográficos de envergadura como ríos o montañas suficientemente importantes. Ciertamente es que las fuentes clásicas acerca de los vacceos con contenido geográfico son escasas. Apenas unas referencias en las que se cita de pasada a los vacceos como una más de las tribus del interior ibérico, vecina oriental del país lusitano por cuyas tierras pasa el Duero (Estrabón, III, 3, 2-3), y como región occidental a la Celtiberia (Estrabón, III, 4, 12-13), próxima a carpetanos, vetones y celtíberos arévacos (Plinio, *N.H.*, III, 19). A las que hay que sumar el apunte de las 17 ciudades vacceas que Plinio (*N.H.*, III, 26-28) hace pertenecer al convento

jurídico cluniacense (de las cuales por cierto sólo revela el nombre de cuatro: *Intercatia*, *Pallantia*, *Lacobriga* y *Cauca*), y de las 20 que enumera Ptolomeo (II, 6, 49) con sus coordenadas respectivas<sup>3</sup>. Aun con todo, el escenario vacceo fue ceñido sin grandes dificultades desde hace más de un siglo al valle medio duriense, actuando el interfluvio Duero-Pisuerga y la actual provincia de Valladolid como corazón del mismo.

Así lo apuntan autores como Cuveiro (1891), Sánchez Albornoz (1929) o Bosch Gimpera (1932: 524-529). En la década de los 50, Federico Wattenberg hace un seguimiento de la frontera vaccea tras el estudio casi microscópico que realiza de esta entidad protohistórica a partir de las fuentes clásicas y de los primeros trabajos arqueológicos de prospección y excavación serios. Los límites precisados por Wattenberg han sido mantenidos hasta nuestros días sin cambios sobresalientes<sup>4</sup>. De ello son ejemplos los trabajos de González-Cobos (1989: 43-63) y Mañanes (1991: 238), entre otros.

El cerco territorial aproximado que tomamos como vacceo en este trabajo es el siguiente<sup>5</sup> <figura 13>. El límite occidental viene marcado por el río Esla, el antiguo *Astura*, cortina tradicional entre vacceos al este y astures al oeste. El Esla es frontera desde su desembocadura en el Duero, a partir de ese punto lo es el Duero hasta la confluencia con el Tormes, en dirección norte hasta un punto poco exacto de su trayecto que puede situarse en la salida del Cea a la altura de Benavente, o quizá mejor algo más al norte al paso del Esla por el límite actual de las provincias de Zamora y León<sup>6</sup>. Desde aquí, y no muy lejano a la dirección curva del Cea, el trazado encara la vertiente norteña del

<sup>3</sup> La relación de ciudades vacceas y las propuestas sobre su localización son tratadas en el apartado dedicado a las fuentes literarias de este pueblo (I-2.2 B).

<sup>4</sup> "La región ocupada por el pueblo vacceo se enclava en la submeseta septentrional y, en líneas generales, centra el territorio delimitado por las Montañas Cantábricas, el Sistema Ibérico, el Sistema Central divisorio y las Montañas Galaico-lusitanas. Viene a abarcar lo que comúnmente se ha llamado la Tierra de Campos, Torozos, Cerratos y la región meridional de la cuenca media del Duero. Tiene casi una forma hexagonal. Esta zona se corresponde con la de la actual provincia de Valladolid que es toda ella vaccea, y parte de las de Palencia, Burgos, Segovia, Ávila, Salamanca, Zamora y León. El centro de todas estas tierras es el punto de unión de los cursos del Duero, Pisuerga y Adaja-Eresma. Una extensión aproximada de 46.000 kilómetros cuadrados, desde el Esla-Cea al Arlanzón, y del Termes al Riaza" (Wattenberg, 1959: 49).

Coincidimos prácticamente del todo con el espacio trazado por Wattenberg, aunque en nuestra opinión tiene una extensión un tanto exagerada, sobre todo al nombrar territorio vacceo a las ciudades de Salamanca, Ávila y Segovia (Wattenberg, 1959: 63), para nosotros fronteriza a vetones y vacceos la primera, vetona la segunda y celtibera la tercera.

<sup>5</sup> A pesar de emplear los términos cerco, límite o frontera territoriales, no dejamos de reconocer el carácter impreciso y variable de los territorios de grupos prerromanos, tal y como se ha puntualizado al tratar el territorio vetón (Sánchez Moreno, e.p.-a-). También para los vacceos somos partidarios de hablar de área de expansión y relación, en lugar de territorio preciso con límites propiamente políticos.

<sup>6</sup> San Miguel establece este límite occidental vacceo un poco más al este, en torno a los cursos medios del Valderaduey y, más marcadamente, del Cea hasta la unión con el Esla, siguiendo la línea imaginaria Sahagún-Melgar de Abajo-Valderas (San Miguel, 1989: 101-106).

territorio a la altura del límite más septentrional de la provincia de Valladolid, a los pies de Sahagún y Carrión de los Condes, ya en tierras palentinas, después de haber cruzado las aguas del Valderabuey, del Sequillo, del Carrión, y poco después el Pisuerga para llegar a Castrojeriz, al que tomamos como extremo noroeste imaginario de nuestro marco vacceo. En este punto burgalés, vacceos al sur y suroeste, cántabros más al norte y noroeste, autrigones en el noreste y turmogos a oriente, debieron participar en un contacto cultural múltiple. En línea más o menos recta desde Castrojeriz hasta Roa sobre el Duero, vadeando el Arlanzón, el Arlanza y el Esgueva, se traza el desdibujado límite oriental. El territorio vacceo completa su recorrido este-sureste por el campo de Peñafiel, pasando un poco al sur de la tierra de Cuéllar, en el pasillo que comparten Segovia y Valladolid, hasta conectar por los saltos de los ríos Cega, Eresma y Adaja, con el norte de la provincia abulense, que en la zona aproximada que va desde Madrigal de las Altas Torres-Arévalo hasta la Moraña establece la frontera meridional vaccea, que comparte ahora con los vetones. Finalmente el paso natural a la comarca de la Armuña en el noreste salmantino, lleva la línea sur del territorio hasta el conflictivo punto de *Salmantica* (¿vaccea?, ¿vetona?) y por ende hasta el Tormes, cuyo curso es más o menos la frontera suroccidental con la *Vettonia* hasta alcanzar el Duero y completarse, así, el escenario siempre aproximado donde situar la actuación local de las gentes vacceas.

## NIVEL DE FRONTERA Y CARACTERIZACIÓN DEL TERRITORIO

Habida cuenta que entre los vacceos, como luego se verá, el patrón de asentamiento está perfectamente definido, -el modelo del mismo es el *oppidum* funcionando como una gran *civitas*-, la delimitación de fronteras parece venir establecida en relación al mismo (Sacristán, 1989; San Miguel, 1989; Almagro Gorbea, 1994: 40-41). Todavía de forma más explícita que en el grupo cultural vetón, en el espacio vacceo los grandes poblados, dispersos y mayoritarios, demarcan áreas de dominio, captación y explotación, que indudablemente se acomodan a las líneas rotuladas por las unidades naturales que articulan el territorio, especialmente bordes de los páramos y grandes valles fluviales. Una vez más la unión de las fronteras menores de cada comunidad, bastante bien perceptibles, es la pista para poder aproximarnos al trazado relativo y exterior de la *frontera mayor* vaccea. Al respecto, la existencia de grandes extensiones desocupadas entre los grandes

asentamientos, generalmente en el interior de los páramos y sin aprovechamiento agrícola alguno, bautizadas con la afortunada expresión *vacíos vacceos* (Sacristán, 1989: 84-88), puede sugerir el espacio intermedio y fronterizo resuelto entre las *civitates*. En favor de una frontera debe contribuir también, ahora desde el punto de vista cultural, la constatación en este espacio de elementos materiales e incluso lingüísticos familiares, que si no con un corte exclusivo sí al menos predominantemente asocian un espacio nuclear con una manifestación cultural que le es característica<sup>7</sup>. Sin embargo, las dificultades en la individualización de este espacio en zonas de frontera (por ejemplo al este con los arévacos, o al noroeste con los astures), lo común de la difusión de elementos culturales mixtos en áreas de transición, o la existencia en algunos sectores territoriales de un modelo de asentamiento jerarquizado más complejo, defendido por algunos autores en la zona occidental vaccea (San Miguel, 1993), complican los intentos de demarcación.

El lenguaje de las mismas fuentes clásicas es testigo de la consolidación de muchas de estas comunidades. Así, el dato de que gentes del Duero medio sean referidas con frecuencia y en momentos todavía tempranos de conquista como los habitantes de una *civitas*, en lugar de vacceos sin más, ayuda a comprender el grado de consolidación urbana, ahora desde el punto de vista territorial y no tanto desde el estructural, de estos centros. Esta consideración es notoria en los casos de *Intercatia*, *Amallobriga*, *Cauca* (Solana, 1990) y *Pallantia*. Añadiendo a esto las precisiones que el medio físico determina sobre el espacio natural de las comunidades antiguas, claro está sobre las que se han identificado con total seguridad, algunos autores como J.M. Solana van más allá en la delimitación de territorios y fronteras de los grandes *oppida* vacceos, y marcan una extensión aproximada de 135.000 Has. para *Intercatia*, 125.000 Has. para *Pallantia*, 120.000 Has. para *Cauca*, 90.000 Has. para *Amallobriga*, 64.000 Has. para *Pintia*, 54.000 Has. para *Tela/Gella* y 52.000 y 20.000 Has. para *Nivaria* y *Septimanca* respectivamente (Solana, 1986-88; *id.*, 1990: 304-307). Sin comulgar con estos cálculos, un tanto arriesgados en nuestra opinión, nos aferramos en la idea de la existencia de territorios propios en cada *civitas*, controlados desde el núcleo principal y vinculantes para la población que sobre el mismo se asienta. Las gentes vacceas formaban y vivían en grupos familiares, tal y como nos indica la epigrafía aunque no en

---

<sup>7</sup> Pauta marcada lógicamente por el depósito arqueológico: tipo/s determinado/s de cerámica/s, patrón de asentamiento definido, otras manifestaciones plásticas características, instrumental laboral preciso testigo de una dedicación económica habitual..., entre un sinfín de ejemplos. Véase el apartado dedicado al registro arqueológico del pueblo vacceo (I-2.4).



una proporción tan elevada como en el caso vetón, pero entre ellos el lazo gentilicio se amolda perfectamente -e incluso se supedita- a la ordenación territorial, que es sin dudas el factor primero en su identificación.

Arqueológicamente en los últimos años se están reconociendo tales fronteras, casi de tipo *político* en tiempos de las primeras luchas con Roma a mediados del s.II a.C., en los principales *oppida* o *civitates* suficientemente conocidos (Sacristán, 1989; *id.*, 1995; San Miguel, 1989: 99-101), hasta el punto de pensar en un esquema poliádico como otras noticias que serán atendidas en su momento (alianzas inter-poblacionales, relaciones de hospitalidad, etc.) parecen confirmarlo. Se impone, por tanto, hablar de fronteras menores, las de cada asentamiento, conformantes hasta cierto punto de una relativa frontera colectiva y cultural, la de la *etnicidad*, que más habría que entender como línea, imprecisa, variable y ficticia de orientación territorial. Sin embargo, al igual que sentenciábamos para la frontera de los vetones, tampoco creemos ver en el marco territorial vacceo la articulación de un territorio político en su conjunto, en el sentido de ser producto de una organización estatal que globalmente no se ha configurado (Ruiz, 1986: 12; Castro/González Marcén, 1989: 14-15, 17).

## PUEBLOS LIMÍTROFES

La cuenca media del Duero actúa como puente que pone en comunicación en sentido extenso el extremo lusitano-astur con la Celtiberia. Esta posición *de relleno* entre los dos ámbitos más representativos de la Hispania indoeuropea, que los vacceos comparten igualmente con los vetones, se revela de alta importancia para entender fenómenos de interculturación y contacto que van a ocupar las próximas páginas.

Los vacceos comunican con un número considerable de pueblos prerromanos <figura 2>. Si al oeste la vecindad es exclusiva con los astures y su cultura castreña (San Miguel, 1989; Esparza, 1983a) -a lo sumo en algún punto suroccidental habría presencia de lusitanos-, en la franja septentrional se establece límite con cántabros principalmente, autrigones en el extremo noreste y turmogos en frontera con los anteriores, en la zona de Sasamón sobre el eje Odra-Arlanzón, girando ya hacia el sur (Caro Baroja, 1943b: 42).

Dentro del marco oriental, en la franja entre los cursos altos del Arlanza y del Esgueva se establecería la transición entre turmogos, al norte de ese punto, y arévacos, al sur del mismo, que acaparan la frontera sureste vaccea desde el Duero hasta la Cordillera Central. Por el sur, y como ya se dijo, son vetones quienes *abrazan* a vacceos desde el noreste de la provincia de Ávila, siguiendo la frontera que marca el Tormes hasta el Duero.

Tras el proceso de conquista y bajo el control político-territorial de Roma, la totalidad del solar vacceo formó parte de la provincia Citerior, dependiendo desde el punto de vista jurídico-administrativo del *conventus cluniacensis* (Albertini, 1923; García Merino, 1975; González-Cobos, 1986-87).

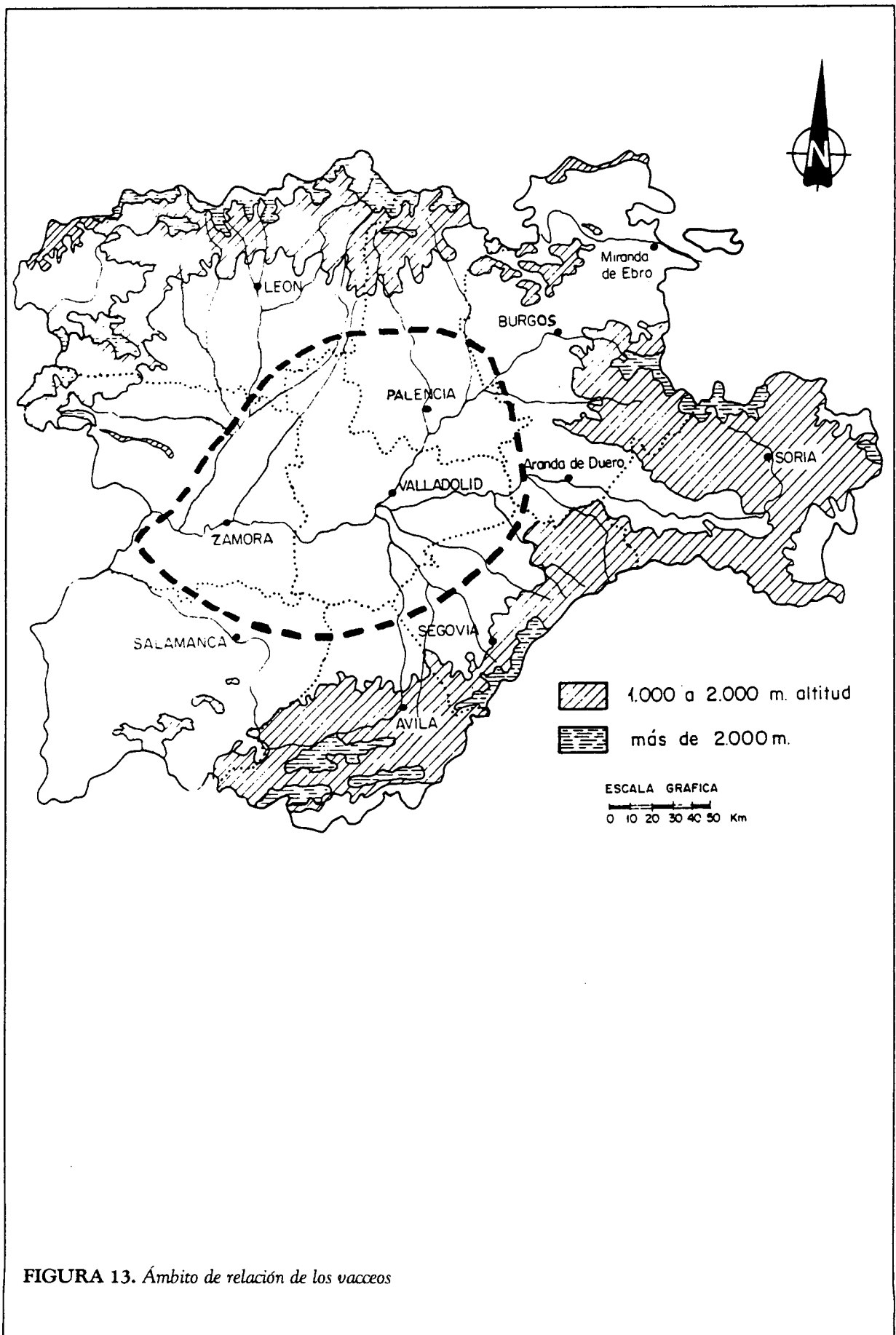


FIGURA 13. Ámbito de relación de los vacceos

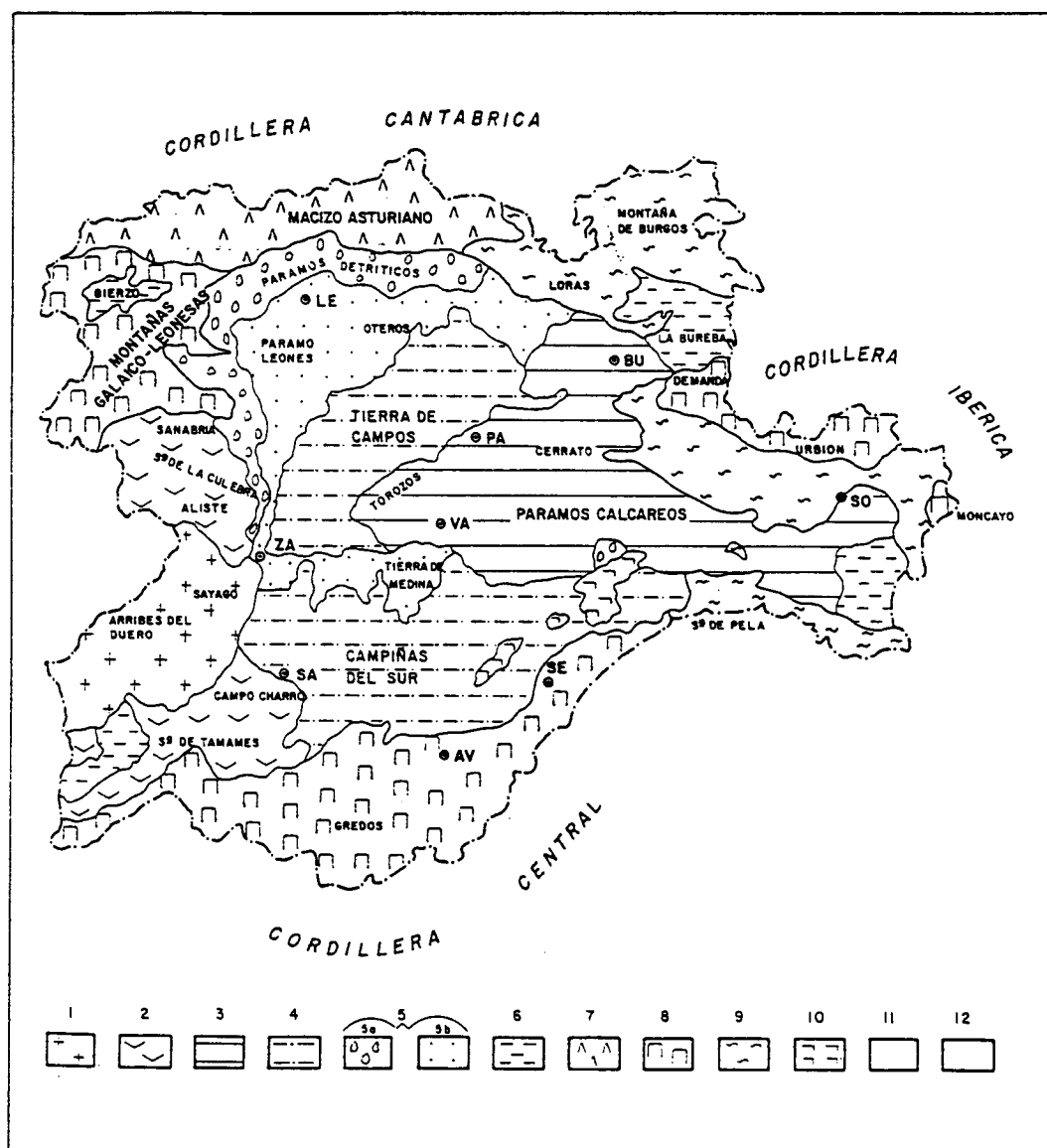


FIGURA 14. Unidades geomorfológicas de Castilla-León (Cabero et alii, 1987: 19, gráfico 2)

## I-2.2 FUENTES LITERARIAS

Los vacceos aparecen citados en los textos clásicos<sup>8</sup> con mayor asiduidad que los vetones. La explicación es sencilla: su papel en el conflicto celtibérico tuvo un alto alcance y este dato no pasó desapercibido para los cronistas romanos, interesados casi exclusivamente en los aspectos de conquista y enfrentamiento bélico. Por ello, el grueso de la información literaria acerca de los vacceos proviene de un momento muy limitado en el tiempo, las décadas centrales del s.II a.C. de forma laxa, y de un contexto muy específico, como es el comentario de guerra englobado como recurso ideológico dentro del proceso de expansión militar y territorial romano<sup>9</sup>. Estos dos aspectos conforman sobremanera la imagen de los vacceos deducida del registro literario y obligan, por el carácter parcial de la misma, a *no leer esos datos fuera de las líneas en que fueron escritas* y a buscar, consiguiente y obligatoriamente, otros retazos de los vacceos en fuentes alternas de información, o en las literarias pero de una manera crítica y sensata.

### A- INFORMACIÓN DE CORTE HISTÓRICO: TIERRA DE CASTIGO, TIERRA DE AUXILIO

En el último tercio del s.III a.C., en concreto hacia el 220 a.C., los vacceos (explícitamente los habitantes de *Helmantica* y *Arbocala*) aparecen citados por primera vez en el asalto que a esas ciudades lleva a cabo Aníbal en su conocida campaña en el curso medio del Duero. El acontecimiento es relatado por Polibio (III, 13, 5) y Livio (XXI, 5, 2), y con un carácter más anecdótico ya dijimos que Plutarco (*Virt. Mul.*, 248) y resumiendo a

<sup>8</sup> Holder (1962: III: 74-78) recopiló las citas de los vacceos (*Vaccei*, *Θυακκαῖοι*) contenidas en las fuentes: Polibio, III, 5, 1; III, 14, 1; 8; Cic. *prp* Pancio LXXXIV, 84; Diodoro, V, 34, 3; Estrabón III, 3, 3; III, 3, 4; 4, 12; Livio, XXI, 5, 5; XXXV, 7, 8; XL, 47, 1; L, 6; *frag. lib.* 91; *Liv. epit.* 48; LVI; LVII; Plinio *N.H.*, III, 19; III, 26; IV, 112; XVI, 198; Frontino, *strateg.* XIV, 7, 33; Floro, I, 33 (2, 17), 11; II, 33 (4, 12), 47; Plutarco, *Setor.* 21; Ptol. II, 6, 49; Apiano *lb.* 51; 55; 59; 76; 80; 81; 87; Dion Casio XXXIX, 54, 1; LI, 20, 5; Ampelius 22, 3; Eliano, *De natura anima*, X, 22; *Liber generationis*, I, 83, 48; *Chronogr.*, a354 p.98M; Julio Honorio, *Cosmographica*, B 12 p.36 Riese; A 19 p.35, 1-2; B1-2 p.35; Orosio, I, 2, 73-74; V, 5, 13; 7, 2; VI, 21, 3; *Aethici cosmogr.*, 19 p.80, 3R; 34, p.98; 35; *Baudemundi vita s. Amandi*, V, 20 ASS 6 febr. I; *Audoni vita s. Eligii*, I, 33, MGSS Mer. IV; San Isidoro, *Erym.*, IX, 2, 107; Verg. *Aen.* 4, 43; *daraus cod. Sangall.* 238 p.396.

Véase también Tovar, 1989: 98-103 y T.I.R., K-30: 230.

<sup>9</sup> A propósito de los vetones ya se ha comentado la particularidad de este enfoque ideológico e historiográfico y las salvedades que deben ser contempladas. Un desarrollo del conocimiento de los pueblos meseteños al hilo de la penetración bélica romana se encuentra, entre otros, en los acertados trabajos de Knapp, 1977: *passim*; Richardson, 1986: 156-171; Plácido, 1987-88; Domínguez Monedero, 1994 y Gómez Espelosín *et alii*, 1995: 67-72, todos ellos con referencias al comportamiento de los vacceos, a ojos de la historiografía clásica, dentro del conflicto celtibérico.

éste Polieno (VII, 48), se refieren al mismo con el propósito de destacar el valeroso comportamiento de las mujeres salmantinas coooperando inteligentemente con sus maridos hasta el final en su lucha frente a la agresión anibálica. Aunque no está claro, Polibio pudo basarse en los relatos de los historiadores griegos al servicio del poder cartaginés que acompañaron a Aníbal en sus campañas, como Filino, Sósilo de Esparta o Sileno de Caleacte. La acción de Aníbal en tierras vacceas ha recibido distintas interpretaciones, entre las que el abastecimiento de prisioneros y mercenarios, la búsqueda de metales y la simple expresión de fuerza militar se barajan como razones principales. Hace unos años, Domínguez Monedero (1986a) sugería otro enfoque explicativo de corte político-económico; según esta tesis el general cartaginés llegaría a tierras vacceas con el fin de aprovisionarse del trigo, abundante en esta región, de cara a la inminente campaña en Italia, que a poco más de un año de su inicio ya sería un proyecto firme en el plan político de Aníbal. No se insistirá más en la significación de este episodio, pues de él nos ocuparemos en otro lugar y desde el punto de vista de la *apertura* de la meseta occidental a las potencias mediterráneas como una forma de contacto cultural (*vid.* II-1.5 A). Quedémonos ahora con la idea de que ya en el s.III a.C. el marco vacceo es un ámbito que forma parte del campo de expansión, si bien temporalmente limitada, de la política cartaginesa en Iberia. Según los textos clásicos, este hecho *titula* por vez primera a la meseta superior como *tierra histórica*, sobre la que situar ciudades (*Helmantica*, *Arbocala*), con una población numerosa, tal y como trasluce el dato de la dificultad que encontraron las tropas anibálicas en su toma o el de los más de cien mil indígenas concentrados frente al caudillo bárquida (Livio, XXI, 5) -con independencia del carácter eventualmente exagerado de las cifras apuntadas por los historiadores clásicos-, y habitada por comunidades vinculadas entre sí y que se auxilian y complementan en el enfrentamiento con un invasor exterior. Así nos lo indica el que a su regreso Aníbal tuviera que hacer frente al ataque en retaguardia de helmánticos, olcades y carpetanos en la línea del Tajo.

Tras el fin de la Segunda Guerra Púnica el único poder mediterráneo actuante en la península será el romano. Alrededor de 25 años después de la expedición de Aníbal al Duero y dos años más tarde de que Catón se introdujera por el valle del Ebro sin llegar a tierras vacceas -sino todo lo más a la arévaca *Segontia*, atravesando *Numantia* en el regreso (Livio, XXXIV, 19, 10; Aulio Gelio, N.A., XVI, 1, 3)-, en el 193 a.C. los vacceos vuelven a ser citados, de pasada, como uno de los grupos que, ahora en coalición con vetones y

celtíberos, hacen frente común a las tropas romanas del general Marco Fulvio Nobilior en las puertas de *Toletum* (Livio, XXXV, 7, 8). La noticia no deja de tener interés. Los años iniciales de la segunda centuria es una fecha todavía temprana para aceptar la conquista de toda la meseta sur, y tampoco debemos suponer que el Tajo actuara ya como *marca* fronteriza del territorio tomado por Roma. Sólo cuatro años atrás se había producido la segmentación del escaso territorio peninsular conocido y sometido al poder romano en dos provincias, estableciéndose el límite entre la *Ulterior* y la *Citerior* de forma vaga en la región de Cartegena y de ahí hacia el interior en torno al *Saltus Castulonensis* o Sierra Morena. La lucha frente a *Toletum* más bien parece tratarse de una campaña romana puntual (si bien al año siguiente como ya dijimos se repite el asalto romano a la *caput Carpetaniae*, auxiliada esta vez sólo por vetones; Livio, XXXV, 22, 8), casi una avanzadilla, en respuesta a algo concreto, como instrumento de castigo y acoso, o como acción que busca la ruptura de un mecanismo indígena importante en la medida en que en su defensa acude un conglomerado mixto de cuatro *naciones meseteñas* diferentes, contabilizando a los locales *toletani* de adscripción carpetana.

No mucho después, mientras Tiberio Sempronio Graco lleva a cabo su política de pacificación y de ejercicios diplomáticos con los celtíberos del valle del Ebro, el pretor de la *Ulterior*, L. Postumio, acuerda con el anterior que el general Albino atraviere también en el 179 a.C. Lusitania y llegue a atacar a los vacceos, para reunirse con Graco en la Celtiberia (Livio, XL, 47, 1). Livio (XL, 50) no parece dar mucho crédito a la versión de algunos historiadores sobre el supuesto ataque doble que Postumio lanzó en ese mismo año (179 a.C.) contra los vacceos (al respecto, Fatás, 1975: 304-305). Aunque se piensa que en sus movimientos Graco no llega a cruzar el Duero ni a pisar solar vacceo, en un punto indeterminado de la Celtiberia *Ulterior* tiene un curioso encuentro con un grupo de vacceos que viajando en carros, si hacemos caso al Pseudo Frontino (Frontino, IV, 7, 33), le sorprenden con una estratagema. Sitúan sus carromatos en círculo y se disfrazan de mujeres, mientras que los romanos, absortos y desconfiados, optan por la retirada. Sobre esta aventura, que entre otras cosas demuestra la movilidad de los vacceos y el uso de carros formando caravanas, volveremos más adelante.

Pero en verdad cuando los vacceos adquieren carta de presentación y nominación habitual en la fuentes es en el transcurso del *polvorín* que representa el conflicto celtibérico

(154-133 a.C.). En la descripción de esta trama Apiano de Alejandría constituye una fuente excepcional (Sancho, 1973; *id.*, 1983; Gómez Espelosín, 1993), pues no son escasas en su relato de Iberia las referencias a las campañas que los romanos dirigen contra las grandes urbes vacceas (*Cauca*, *Intercatia* y *Pallantia*) y al singular apoyo que éstas prestan a los numantinos<sup>10</sup>. Los vacceos no participan en la primera fase de la guerra, cuando Numancia se convierte en escudo para los habitantes de *Segeda* que habían sido amenazados por Roma por haber roto el acuerdo pactado en tiempos de Graco de no construir nuevas murallas. Tras los ataques de Nobilior a Numancia y la acción diplomática de su sucesor Marcelo, en un momento en que la contienda se ha suavizado notablemente, el nuevo gobernador de la Citerior, Licinio Lúculo (ávido de gloria y fortuna, como nos hace saber Apiano) inicia en el 151 a.C. un hostigamiento continuo sobre el país de los vacceos (Apiano, *Iber.*, 51-52). Una vez atravesado el Tajo, procedente de Segovia según Wattenberg (1959: 33) o bien siguiendo el Lozoya por el puerto del mismo nombre en la sierra de Guadarrama como piensa Solana (1983: 39), Lúculo llega a la notable *Cauca* y pasa a cuchillo a su población, tomando como -dudosa- excusa las molestias que los vacceos habían ocasionado a los carpetanos. La ciudad sucumbe traicionada, después que había entregado los tributos exigidos por el gobernador (a saber: rehenes, 100 talentos de plata y la unión de la caballería de la ciudad, además de aceptar costear la presencia de una guarnición romana de 2.000 hombres en *Cauca*).

A continuación, “después de atravesar una gran extensión de territorio deshabitado” (probablemente con esta expresión *-ges eremos*, que en castellano da “yermo”- Apiano esté aludiendo a la poca densidad y considerable distancia entre los asentamientos, y no tanto a la deforestación de los campos), Lúculo asedia *Intercatia* (Apiano, *Iber.*, 53-54). Debido a que su población estaba sobre aviso (pues habían llegado a *Intercatia* jinetes huídos de *Cauca*), el asedio resulta costoso. Entre otros episodios que acontecen entonces, Escipión (el futuro Africano el Menor) acepta el duelo personal con un joven de *Intercatia* al que vence. Finalmente el mismo y joven general, por quien Apiano no consigue disimular su admiración en contraste patente con el rechazo que siente hacia Lúculo, después de que en uno de los ataques muchos de sus soldados perecieran al caer sobre una

---

<sup>10</sup> El *Bellum Numantinum* ha generado una bibliografía copiosísima cuya relación excede el propósito de este trabajo. Seguimos aquí los estudios de Mangas/Solana (1985: 8-25), Salinas (1986: 14-31), Richardson (1986: 156-171), García Moreno (1988a) y Curchin (1991: 33-39), todos ellos con referencias al papel jugado por los vacceos. Desde una perspectiva exclusivamente vaccea, véase el seguimiento que hace Wattenberg (1959: 32-40) y más recientemente los trabajos de Solana (1983; *id.*, 1990: *passim*).



cisterna o depósito de aguas del entorno de la ciudad, propone la paz a cambio de que los de *Intercatia* entreguen a Lúculo de 10.000 sagos, varias reses y 50 rehenes. Las riquezas en oro y plata que anhelaba el pérfido gobernador como tributo no pudieron ser tomadas a los intercatienses, habida cuenta que como apunta Apiano (*Iber.*, 54) escaseaban y no eran objetos valorados entre aquellos indígenas. Sí son botín frecuente las cabezas de ganado, los prisioneros, las cosechas agrícolas o las prendas de vestir, caso de los característicos *saga* celtibéricos. Un ejemplo muy conocido al respecto es el tributo que unos años después Pompeyo impone a los termesios y numantinos, compuesto por la entrega de 300 rehenes, 9.000 sagos, 3.000 pieles de buey y 800 caballos de batalla (Diodoro, XXXIII, 16; Apiano, *Iber.*, 79).

El tercer asalto de Lúculo a una comunidad vaccea es el de *Pallantia* (Apiano, *Iber.*, 55). La empresa termina en sonado fracaso: las continuas salidas de la caballería de la ciudad y la escasez de víveres obligan a Lúculo a retirarse, siendo además perseguido por los jinetes palentinos hasta el Duero. Lúculo se retira a Turdetania, donde pasa el invierno y según Floro (I, 33, 11) triunfa sobre los túrdulos.

Los vacceos y sus ciudades no son mencionadas hasta la nueva campaña de Marco Emilio Lépido contra *Pallantia* en el 137 a.C. (Solana, 1990: 310-314). Durante este período se suceden las acciones, con presupuestos y resultados dispares, de los pretores Metelo, Pompeyo Aulo, Popilio Lenas y Hostilio Mancino que nada tienen que ver con las tierras vacceas pues concentran su actividad sustancialmente en Numancia. Una vez reclamado en Roma Mancino para ser juzgado, Lépido, cónsul en aquel mismo año, es enviado a Iberia, y allí, acompañado de Bruto que actuaba en la Ulterior como ya vimos, se adentra en el territorio vacceo con el fin de atacar *Pallantia* (Apiano, *Iber.*, 80-82; Livio, *Per.*, 56; Orosio, V, 5, 13). Para justificar su acometida Lépido acusa a estos vacceos, según Apiano injustamente, de haber auxiliado a los numantinos con suministros (alimentos, dinero y tropas). El Senado de Roma envía unos embajadores al cónsul con la orden precisa de no arremeter contra *Pallantia*, de triste recuerdo por la derrota de Lúculo (151 a.C.). Lépido desoye el aviso y el sitio de *Pallantia* concluye una vez más en sonado revés para los romanos. En esta ocasión, la prolongación del asedio, la resistencia de la ciudad y la falta de alimentos provocan que los ejércitos de ambos generales huyan precipitadamente de noche (Apiano, *Iber.*, 82), abandonando las tierras vacceas y contabilizando numerosas

pérdidas (Orosio, V, 5, 13). No mucho después, Calpurnio Pisón, el nuevo responsable de la lucha contra los celtíberos, en lugar de atacar Numancia, repite no con mucho más éxito el plan malogrado de Lúculo y Lépido: realiza una incursión contra la tierra de *Pallantia* en el 135 a.C. y obtiene un parco botín, retirándose a Carpetania (Apiano, *Iber.*, 83).

Desarrolladas así las cosas, sólo un año después Escipión Emiliano llega de nuevo a tierras vacceas -repitiendo el mismo y largo recorrido que 17 años atrás había realizado Lúculo (Solana, 1983: 39-40)- con el fin, reiterado en otras ocasiones, de aprovisionarse de trigo y arrasar los campos -en perjuicio de los numantinos- “hasta las tierras de los vacceos, donde los numantinos compraban los alimentos, segando todo y recogiendo para su propio abastecimiento lo útil, amontonando en cambio lo desechable y prendiéndole fuego” (Apiano, *Iber.*, 87)<sup>11</sup>. La inteligente estrategia de Escipión consistente en preparar duramente a sus tropas y en bloquear la vía de solidaridad y abastecimiento vacceos, no estuvo sin embargo exenta de adversidades. Así, Apiano nos relata cómo en una llanura cercana a *Pallantia*, por nombre *Coplanio*, muchos palentinos se ocultaron para preparar una emboscada a Escipión, en la que cae el tribuno Rutilio Rufo, que es auxiliado por aquél. Tras una costosa huída Escipión logra alejarse de la amenaza (Apiano, *Iber.*, 88) y regresa a Numancia, con el objetivo cumplido de dejar agotados los suministros vacceos sin asediar sus ciudades y, por tanto, sin desgastar en demasia a sus legiones. Camino de Numancia, Escipión Emiliano pasa por *Cauca* y, lejos de destruirla, anuncia a sus habitantes “que podían regresar sin peligro a sus hogares” (Apiano, *Iber.*, 89). No hay más noticias de las gentes ni de la geografía vacceas en el tramo final de las guerras celtibéricas, que como bien es sabido acaban con la caída de Numancia en el 133 a.C. tras el largo y penoso cerco impuesto por Escipión, bautizado desde entonces con el sobrenombre de *El Numantino* (Apiano, *Iber.*, 98).

No es éste el momento de debatir el cometido de los vacceos en las guerras celtibéricas. Sin ser los generadores del conflicto, ni formar parte siquiera del conglomerado étnico celtíbero, se ven implicados y sufren prolongada y severamente los ataques directos de los distintos generales romanos. No hay duda en considerar el campo vacceo como *la despensa de Numancia*; aquí reside la razón principal que explica los ataques

---

<sup>11</sup> En este contexto parece situarse una escueta noticia (Livio, *Epit.*, LVII) sobre ciertos vacceos de procedencia desconocida que, después de dar muerte a sus mujeres e hijos, acaban con sus propias vidas.

que padecen sus ciudades. Unas veces es la llana avaricia o el afán de riqueza que ambicionan algunos generales (casos de Lúculo, Lépido o Calpurnio Pisón), y otras el formar parte importante en hábiles maniobras de desgaste y aislamiento, como hace Escipión con las llanuras durienses de cara al debilitamiento numantino; pero el caso es que el espacio vacceo denota -simplemente a través de estas fuentes de conquista- una estima poco común en diferentes sentidos: un campo agrícola productivo y comercializable, una actitud solidaria y en comunicación con otras entidades étnicas indígenas, un mosaico poblacional con ciudades extensas y muy consolidadas, y un terreno vadeable, abierto y transitable.

No adelantaremos ahora aspectos que son objeto de comentario en otros puntos. Nos reiteramos de nuevo en la idea de que también en la visión que la historiografía clásica ofrece del conflicto celtibérico, el país de los vacceos es una tierra de auxilio y, por ello, una tierra de castigo.

Es muy poco lo que las fuentes refieren de los pueblos meseteños en el período que va desde la caída de Numancia hasta la llegada de Quinto Sertorio. Aunque a grandes rasgos la meseta oriental y buena parte del valle medio del Duero estaban ya conquistados en el último tercio del s.II a.C., sin duda que fueron frecuentes los levantamientos ocasionales de comunidades indígenas (García Moreno, dir., 1987; *id.*, 1988a). La aventura sertoriana (80-72 a.C.) trae de nuevo a colación a las ciudades vacceas, ignoradas hasta entonces en los autores greco-latinos por un espacio superior a los 50 años<sup>12</sup>. Exiliado en Hispania y tras su paso por Lusitania, donde consigue fuerte apoyo de una población que le reclama como líder (Plutarco, *Sert.*, 10-14; Valerio Máximo, VII, 3, 6), Sertorio se adentra en la meseta y hace del valle del Duero y de la Celtiberia interior baluartes de su causa (García Morá, 1991: 307-337). Que los vacceos apoyaron al popular rebelde hasta su muerte se deduce de menciones como la solicitud de caballería que Sertorio hace a este

<sup>12</sup> Una excepción puede constituir la noticia de Apiano (*Iber.*, 100), quien comenta que en una comunidad cercana a *Colenda*, ciudad habitada por celtíberos instalados por Marco Mario (en agradecimiento por la ayuda prestada en la lucha contra los lusitanos), Didio aniquiló hacia el 97 a.C. a todos sus habitantes, como escarmiento por las revueltas que habían llevado a cabo motivadas por su pobreza. Wattenberg (1959: 40, 125-126) identificaba *Colenda* con Cuéllar y la suponía vaccea, y Cogeces del Monte, un yacimiento del Bronce Pleno cercano a Cuéllar, con el lugar de la matanza de Didio. Esta argumentación es un ejemplo más de la *falacia positivista* que venimos denunciando, un ejercicio en el que Wattenberg incurrió con frecuencia (un ejemplo de análisis arqueológico supeditado a la *cronología histórica* de las fuentes, Wattenberg, 1960: 163-166). Para el debate de *Colenda* arévaca o vaccea y su identificación o no con Cuéllar, véase Molinero (1952: 337-340) y, con mayor actualidad, Barrio (1988: 25-29) y Díez Asensio (1990: 187-188).

pueblo (Livio, *Per.*, XCI), el ataque que Cneo Pompeyo, tras los pasos de Sertorio, realiza sobre *Cauca* en el 74 a.C. y las tretas de las que se sirve para introducir a sus tropas en la ciudad (Frontino, II, 11, 2), o la liberación de *Pallantia* por parte del mismo Sertorio tras haber sido asaltada por sus enemigos (Apiano, *Bell. Ciu.*, I, 112).

A partir de entonces los vacceos aparecen aludidos muy esporádicamente, al hilo de algún levantamiento ocasional. En el 56 a.C., tal y como nos cuenta Dion Cassio (XXXIX, 54), Metelo Nepote ataca la arévaca *Clunia*, pero debe abandonar la empresa ante la llegada de un grupo liderado por vacceos. De nuevo una colaboración, ahora tardía, del *tandem* arévaco-vacceo. Por último en vísperas de las guerras astur-cántabras, el general romano Estatilio Tauro somete la subversión inicial de vacceos, cántabros y astures (Dion Cassio, LI, 20, 5). Según Floro (II, 33, 46-47) la razón de la guerra fueron las incursiones hostiles que los cántabros lanzaron sobre pueblos ya sometidos y aliados de Roma, como vacceos, turmogos y autrigones.

No hay más datos en las crónicas de conquista sobre los vacceos, quienes, sin embargo y a pesar de estar ausentes en los textos, debieron jugar un papel de cierta relevancia como tierra de paso obligado, pacificada y romanizada plenamente en los últimos años de la República, en el último capítulo de la conquista romana de Hispania representado por la contienda astur-cántabra.

## **B- INFORMACIÓN DE CORTE GEOGRÁFICO: SURCADOS POR EL DUERO, ENTRE CELTÍBEROS Y ASTURES, CON UN BUEN NÚMERO DE CIUDADES...**

Poco más que estas tres pinceladas es lo que podemos concluir de la geografía vaccea contemplada en los textos greco-latinos. Estrabón es el primer autor en atisbar el espacio físico de este pueblo<sup>13</sup> (Alonso-Núñez, 1987). Como ya tuvimos ocasión de comentar, sus referencias son parcas y genéricas<sup>14</sup>. Las tierras vacceas se enclavan en la línea del Duero medio, sobre un terreno interior poco precisado pero intermedio entre la Celtiberia al este y la Lusitania al oeste <figura 1>. Es necesario reconocer en este punto el carácter tardío e indirecto de Estrabón como fuente, la variedad cronológica de los autores de los que bebe y los cambios producidos con las divisiones provinciales que se suceden en la gestión político-administrativa de Augusto, por cierto en un tiempo coetáneo al mismo en que está escribiendo el geógrafo de Amasia (Plácido, 1987-88; Pérez Vilatela, 1989-90; *id.*, 1990). De ahí que nunca sabremos deslindar a ciencia cierta la validez de su testimonio, toda vez que ignoramos el momento concreto que describe y la realidad (¿sincrónica o diacrónica? ¿indígena o romanizada?) que intenta transmitir. Más tardíamente, Plinio sitúa en la Hispania Citerior a los vacceos entre otras entidades<sup>15</sup>, cuando narra la ordenación de esa provincia (Capalvo, 1986).

Algo parecido ocurre con la relación de ciudades atribuidas a los vacceos en las fuentes literarias. Estrabón (III, 4, 13), citando a Polibio, habla de *Segisama* e *Intercatia* como localidades de vacceos y celtíberos sin precisar cuál corresponde a cada uno de ellos.

<sup>13</sup> "Los pueblos que se encuentran al interior de las regiones mencionadas son los oretanos, que son los más meridionales y se extienden desde el litoral del lado de acá de las Columnas, más allá hacia el norte los carpetanos, a continuación vetones y vacceos, por cuyo territorio pasa el Duero, que tiene la travesía en la ciudad de Acontia, perteneciente a los vacceos, y en último lugar los galaicos, que ocupan gran parte de la zona montañosa" (Estrabón, III, 3, 2; traducción Meana/Piñero, 1992: 78). "Al norte del Tajo la Lusitania es el mayor de los pueblos ibéricos y el combatido por más tiempo por los romanos. Delimitan este país por el lado sur el Tajo, por el oeste y norte el océano y por el este los carpetanos, vetones, vacceos y galaicos como pueblos más importantes, pues los demás no son dignos de mención por su pequeñez y oscuridad; no obstante algunos autores, al contrario que los actuales, llaman lusitanos también a éstos" (Estrabón III, 3, 3; traducción Meana/Piñero, 1992: 79). "Al norte de los celtíberos viven los berones, limítrofes de los cántabros coniscos y surgidos también ellos de la migración celta, a los cuales pertenece la ciudad de *Varia*, emplazada en el paso del Ebro. Son vecinos también de los bardietas, a los que ahora llaman bárdulos. Por occidente hay algunas tribus de astures, galaicos y vacceos y también de vetones y carpetanos, por el sur los oretanos y todos los demás bastetanos y edetanos que habitan la *Orospeida*, y, al Oriente la *Idubeda*" (Estrabón, III, 4, 12; traducción Meana/Piñero, 1992: 103-104).

<sup>14</sup> Recuérdese lo comentado sobre la tradición estraboniana a propósito de las fuentes literarias de los vetones (notas 26-30 del capítulo dedicado a ese pueblo, con las referencias bibliográficas oportunas), en especial la limitación y subjetividad que su estilo imponen.

<sup>15</sup> "Los primeros son los bástulos, en la costa; tras ellos, yendo hacia el interior en el orden en que van enumerados, siguen los mentesanos, los oretanos, y junto al Tajo, los carpetanos; junto a ellos los vacceos, vetones y celtíberos arévacos" (Plinio, N.H., III, 19; traducción García y Bellido, 1987: 130).

Plinio (N.H. III, 26) matiza que los vacceos disponen de diecisiete ciudades pertenecientes al convento cluniacense, pero de ellas sólo cita los nombres de *Intercatia*, *Pallantia*, *Lacobriga* y *Cauca*. Por su parte, Pomponio Mela (II, 88) sentencia que las ciudades más florecientes de la Tarraconense fueron la vaccea *Pallantia* y la arévaca *Numancia*. No abundaremos de nuevo en las veces que *Intercatia*, *Cauca* y *Pallantia* aparecen citadas en la guerra celtibérica, sobre todo en Apiano. Finalmente, a mediados del siglo II Ptolomeo (II, 6, 49) enumera veinte núcleos urbanos vacceos: *Albocella*, *Antraca*, *Avia*, *Bargiacis*, *Cauca*, *Cougium*, *Eldana*, *Pella*, *Intercatia*, *Lacobriga*, *Octodorum*, *Pallantia*, *Pintia*, *Porta Augusta*, *Rauda*, *Sarabis*, *Segisama Iulia*, *Sentice*, *Sepontia Paramica* y *Viminatium*.

Hemos de suponer que la mayor parte de estos enclaves fueron núcleos de población indígena que con el paso del tiempo acabaron romanizándose hasta el punto de adquirir algunos de ellos el rango de municipio latino. La raíz indoeuropea de muchos de ellos también aboga por un carácter prerromano. Las fuentes, por lo tanto, no ahorran detalles para traslucir la realidad manifiestamente urbana de la sociedad vaccea (Solana, 1986-88; *id.*, 1990). En contraste, ya vimos que entre los vetones Ptolomeo sólo cita once ciudades, y, con la excepción de *Helmantica*, que a fines del s.III a.C se cita como vaccea, ningún centro vetón es nombrado en las fuentes de conquista. Un poco más adelante vamos a comprobar cómo la arqueología corrobora el tejido urbano a base de *oppida* y *civitates* que los textos clásicos caracterizan para las gentes vacceas. Antes nos vamos a detener en completar el panorama de ciudades, núcleos menores y *mansiones* adscribibles al país de los vacceos. Acudiendo además de a las fuentes antes referidas al trazado de los itinerarios romanos, en especial el de Antonino y el Ravenate, singularizamos los siguientes topónimos sobre los que se ofrece una breve revisión historiográfica con las propuestas de su localización.

#### *Acontia*

(Estrabón III, 3, 2)

---

Según la única fuente que la cita, se trata de una ciudad atravesada por el Duero que presumiblemente se levantaría sobre un vado natural. Se pensó en Tordesillas, y con más insistencia en Tudela del Duero (Wattenberg, 1959: 72 y 109; Palol/Wattenberg, 1974: 48) y en Toro (Mañanes/Solana, 1985: 63-64), pero nada hay seguro sobre su ubicación verdadera (Tovar, 1989: 329; Díez Asensio, 1990: 182-183; T.I.R., K-30: 41).

#### *Albocella*

(Ptolomeo II, 6, 49; debe corresponderse con la *Arbocala* citada en Livio XXI, 5 y en Polibio, III, 13, y con la *Arbucala* del Itinerario de Antonino, 434.7 y del Ravenate, 312.20)

---

Durante mucho tiempo pareció segura su identificación con Toro, en Zamora (Tovar, 1989: 323; T.I.R., K-30: 44; Díez Asensio, 1990: 183-185). Desde hace unos años algunos autores prefieren el emplazamiento romanizado de El Alba, en Villalazán (Zamora) (primero Martín Valls/Delibes, 1980: 126-128, y tras ellos Mañanes/Solana, 1985: 63-64; Solana, 1990: 301; *id.*, 1992: 274), o lo que es casi lo mismo, el vecino e imponente cerro de El Viso de Bamba (Delibes *et alii*, 1995a: 97) que pudo ser el núcleo originario anterrromano. Se han propuesto reducciones mucho más aventuradas, como la del *oppidum* vetón de la Mesa de Miranda, en Chamartín de la Sierra, Ávila (Campo Turmo, 1949a; *id.*, 1949b), hoy del todo denostada.

### *Amallobriga*

(Itinerario de Antonino, 431, 5; Ravenate, 313, 2 = *Abulobrica*)

Emplazada en varios puntos, pero sin seguridad: junto a Torrelobatón, en el despoblado de Arco Galieno y Grimata (Wattenberg, 1959: 168, 175), Tiedra, Pago de la Ermita (Mañanes/Solana, 1985: 62; San Miguel, 1993), Tordesillas, Urueña, el despoblado de Arenillas, etc. (Balil/Martín Valls, 1988: 41-43; Tovar, 1989: 344-345; Díez Asensio, 1990: 185-186; T.I.R., K-30: 47). La tésera de Montealegre de Campos (Valladolid) contiene la renovación en el 134 d.C. de un pacto de hospitalidad entre un grupo de amalobrigenses y la ciudad de *Cauca* (Bravo, 1985b; *id.*, 1989; Balil/Martín Valls, 1988; Montenegro, 1981-85; *id.*, 1987; Pereira, 1994a; *id.*, 1994b).

### *Antraca*

(Ptolomeo II, 6, 49 = *Autraca*)

Sin localizar, como tantas otras (Tovar, 1989: 327; T.I.R., K-30: 58). Montenegro (1985: 225, 230, 242) la sitúa en Castrojeriz (Burgos), un núcleo autrigón en un principio y vacceo con posterioridad.

### *Avia*

(Ptolomeo, II, 6, 49 = *Livia*)

Wattenberg (1959: 67) suponía que se trataba de Abia de Tormes. Igualmente se ha pensado en Alba de Tormes (Salamanca), zona claramente vetona (Tovar, 1989: 326; T.I.R., K-30: 58).

### *Bargiacis*

(Ptolomeo, II, 6, 49; como *Brigeco* en el Itinerario de Antonino 439.8 y 440.1 y en el Ravenate, 319.1. Ptolomeo, II, 6, 29 cita un *Brigaecium* entre los astures, que probablemente responda al mismo núcleo, en cualquier caso en la frontera astur-vacceca. Floro, II, 33, 54, habla de los *Brigaecini* en los pasajes referentes a la guerra astur-cántabra)

Durante mucho tiempo se pensó en Benavente, un paso fronterizo entre astures y vacceos (Schulten, 1943: 107, 150, 178; y en su senda muchos otros como González-Cobos, 1989: 89); aunque también se propuso la alternativa de Valderas, en León (Wattenberg, 1959: 158, 175). Más recientemente se apunta el yacimiento de la Dehesa de Morales de Fuentes de Ropel, Zamora (Mañanes/Solana, 1985: 38; Tovar, 1989: 324; Esparza, 1990: 120; T.I.R., K-30: 62, 67-68; Martín Valls, 1995: 184; Pérez Mencía, 1994-95).

### *Cauca*

(Ptolomeo II, 6, 49; Apiano, *Iber.*, 51-52; Plinio N.H., III, 26; Zosimo, IV, 24, 4; Itinerario de Antonino, 435.4; Ravenate, 312.21)

La identificación con Coca (Segovia) no ofrece dudas y es mantenida por todos (Tovar, 1989: 334; Díez Asensio, 1990: 186-187; T.I.R., K-30: 90).

*Cougium*

(Ptolomeo II, 6, 49; Ravenate, 313.6)

---

Wattenberg (1959: 70) había sugerido Valencia de Don Juan. Por lo demás, no hay certeza plena (Mañanes/Solana, 1985: 95-96; Tovar, 1989: 329-330; T.I.R., K-30: 106-107).

*Eldana*

(Ptolomeo II, 6, 49)

---

Se han ofrecido distintas localizaciones, pero no hay acuerdo alguno en su ubicación. No parece acertada su identificación con Saldeana (Salamanca), en ámbito propiamente vetón (Tovar, 1989: 256; T.I.R., K-30: 113).

*Gella*

(identificada con la *Pella* de Ptolomeo II, 6, 49 y con la *Tela* del Itinerario de Antonino, 440.3 y del Ravenate, 318.17)

---

Situada en la vía de *Asturica* a *Clunia*. Existen diversas localizaciones: en Autillo (Wattenberg, 1959: 68), en Fuenteungrillo, despoblado de Villalba de los Alcores, Valladolid (Wattenberg, 1959: 160), en Catón de Campos, Dueñas o hasta en Valladolid (Montenegro, 1946-47: 37). No hace mucho que se ha propuesto el sitio de Montealegre del Campo (Mañanes/Solana, 1985: 39-40). *Vide* Tovar, 1989: 339; Díez Asensio, 1990: 189-190 y T.I.R., K-30: 122.

*Intercatia*

(Polibio, XXXIV, 9, 13; Estrabón, III, 4, 13; Valerio Máximo, III, 2, 6; Ptolomeo, II, 6, 49; Plinio, N.H., III, 26-28; Apiano, *Iber.*, 53; Livio, *Epit.*, 48; Ampellius, XXII; Aurelio Victor, *Vir.*, VIII, 2; Itinerario de Antonino, 440.2; Ravenate, 313.3)

---

Sin emplazamiento unánime (Tovar, 1989: 332; T.I.R., K-30: 132-133). Aguilar de Campos (Wattenberg, 1959: 35, 92, 159; Solana, 1983), Castroverde de Campos en Zamora (Gómez Moreno, 1927: 45-46), Paredes de Nava en Palencia (Nieto, 1943: 188), Villalpando en Zamora (González-Cobos, 1989: 98), Montealegre del Campo o Valladolid (Solana, 1986-88: 56-57; *id.*, 1990: 306; San Miguel, 1993), son algunas de las sugerencias planteadas.

*Lacobriga*

(¿identificable con *Meobriga*? Ptolomeo II, 6, 49; Plinio, N.H., III, 26; Itinerario de Antonino, 395.1; Ravenate, 318.15)

---

Se han señalado tres lugares principales: Lagunilla (Wattenberg, 1959: 67), San Mamés de los Campos y, parece que con más probabilidad, Carrión de los Condes (Mañanes/Solana, 1985: 27). *Vide* Tovar, 1989: 335 y T.I.R., K-30: 137.

*Mancellus*

(Ravenate, 311.27)

---

Esta *mansio* ignorada por los autores greco-latinos es ubicada por algunos autores en tierras vacceas (Teja, 1991: 204), mientras que otros la hacen turmoga con sede en los alrededores de Lerma, Burgos (Mañanes/Solana, 1985: 85-87; Tovar, 1989: 359; Díez Asensio, 1990: 190-191; T.I.R., K-30: 146).

*Nivaria*

(Itinerario de Antonino 435, 3; Ravenate, 313.1)

---

*Mansio* situada entre *Septimanca* y *Cauca*. Se han propuesto distintas localizaciones: Portillo (Wattenberg, 1959: 72, 102, 170), el castro de Sieteiglesias, en Matapozuelos (Valladolid), sobre el río Adaja (Mañanes/Solana, 1985: 61), etc. (Díez Asensio, 1990: 191; T.I.R., K-30: 159).



### *Octodorum*

(Ptolomeo, II, 6, 49; debe corresponderse con el *Ocelo duri* del Itinerario de Antonino, 434.6 y 439.10, con el *Ocelodurum* del Ravenate, 319.4 y con *Ocellum Durii*)

---

Tradicionalmente se asimila a Zamora (Tovar, 1989: 358; T.I.R., K-30: 163-164). No ha mucho Mañanes y Solana (1985: 64-66) localizan la mansión viaria en Almaraz de Duero (Zamora).

### *Pallantia*

(Estrabón, III, 4, 13; Apiano, *Iber.*, 55 y 80-83; Plinio, *N.H.*, III, 26; Ptolomeo II, 6, 49; Orosio, *Hist.*, VII, 40, 8)

---

Para muchos la actual Palencia (Wattenberg, 1959: 69; Roldán, 1975: 257; García Merino, 1975: 266-268 y 273-275; González-Cobos, 1989: 100; Tovar, 1989: 341-342; T.I.R., K-30: 170). Otros piensan mejor en Palenzuela (Palencia) y en una dualidad de ciudades: *Pallantia* prerromana en la villa de Palenzuela -sería la ciudad vaccea (arévaca según Estrabón) que protagoniza el enfrentamiento con los romanos en la guerra numantina-, y *Pallantia* romana, en la actual capital palentina (Castro García, 1970; *id.*, 1971; *id.*, 1973; Martín Valls, 1984: 35; Montenegro, 1984: 57; T.I.R., K-30: 171). Según Castro García, la *Pallantia* prerromana sería destruida por completo en el 72 a.C. en la acción de Pompeyo contra los focos sertorianos de la cuenca del Duero; tras esta fecha los supervivientes fundarían hacia el interior en un terreno llano a orillas del río Carrión la nueva *Pallantia*, de origen romano. Así pues, se trataría de dos ciudades con el mismo nombre y sucesivas en el tiempo. El núcleo de Palenzuela es tomado en este trabajo como hábitat -y necrópolis- vacceo (la *Pallantia* de las fuentes de conquista), si bien en una franja fronteriza con el espacio arévaco.

### *Pintia*

(Ptolomeo, II, 6, 49; Itinerario de Antonino, 440.4; Ravenate, 318.18 = *Antia*)

---

Se ha querido ver en Valladolid, en el alto de Pinzas cerca de Peñafiel, en Cabezón del Pisuerga (Wattenberg, 1959: 71, 93-94, 161). Más recientemente se plantea con fuerza la estación arqueológica de Padilla del Duero -pago de las Quintanas-, en Valladolid, como sede de este núcleo histórico (Mañanes, 1983: 144; Sanz *et alii*, 1989: 8; Sanz/Escudero, 1991; *eid.*, 1995a: 275). *Vide* al respecto Tovar, 1989: 363; Díez Asensio, 1990: 192-193; T.I.R., K-30: 179.

### *Porta Augusta*

(Ptolomeo II, 6, 49)

---

Wattenberg (1959: 67, 102, 170) creía probable su correspondencia con Pedraja de Portillo (núcleo romanizado), frente al indígena de *Nivaria*, también en esta zona de Portillo, más en el llano. *Vide* Tovar, 1989: 364; Díez Asensio, 1990: 194 y T.I.R., K-30: 182.

### *Pretorion*

(Ravenate 319.2; también en la Tabla Peutingeriana)

---

*Mansio* de incierta localización y escasas referencias, al parecer entre *Brigaecium* y *Vico Aquario* (T.I.R., K-30: 185).

### *Rauda*

(Ptolomeo II, 6, 49; Itinerario de Antonino 440.5)

---

Es asumido por todos su emplazamiento en la actual Roda de Duero, Burgos (Sacristán, 1986a; Tovar, 1989: 350; Díez Asensio, 1990: 195-196; T.I.R., K-30: 189-190).

### *Salmantica*

(Polibio III, 13, 5 y Livio XXI, 5, 2 se refieren a *Helmantica* como entidad vaccea; luego Ptolomeo, II, 5, 7 la señala como ciudad vetona a mediados del s.II)

---

En cualquier caso su correspondencia con la actual Salamanca no ofrece ninguna duda. Por motivos que ya han sido señalados nos decantamos por su clasificación como centro vetón, o mejor como núcleo fronterizo vacceo-vetón. Tocante a sus fuentes, véase Bejarano, 1955; Solana, 1992; T.I.R., K-30: 195-196; Sánchez Moreno, e.p. -a.

### *Sarabris*

(Ptolomeo II, 6, 49; con ligeras variaciones en el Itinerario de Antonino 434.5: *Sibarim*; en el Ravenate, 319.6: *Sebarium*; también *Sabariam*)

---

La tendencia habitual ha sido situarla cerca del pueblo actual de Cubo del Vino (González-Cobos, 1989: 101, siguiendo la intuición de Wattenberg, 1959: 166), o en sus alrededores (Roldán, 1971: 98; Mañanes/Solana, 1985: 66-67).

### *Segisama Iulia*

(Ptolomeo, II, 6, 49)

---

Se tiene como el campamento augusteo que surge junto a la ciudad indígena de *Segisamo* (Sasamón, Burgos), núcleo de los turmogos para Plinio (N.H., III, 26) y Ptolomeo, (II, 6, 51). Además aparece como estación viaria en el Itinerario de Antonino, 394.5 y en el Ravenate, 318.12. A la postre, se trata de un enclave estratégico en la unión de tierras cántabras, vacceas y turmogas (González-Cobos, 1989: 100; Tovar, 1989: 346-347; T.I.R., K-30: 207-208). Se ha propuesto su identificación con el yacimiento de Castrojeriz, Burgos (Abásolo/Ruiz Vélez, 1978).

### *Sentice*

(Ptolomeo, II, 6, 49; Itinerario de Antonino, 434.3; Ravenate, 319.8)

---

Su localización es muy dificultosa, al ser mencionada por el documento antoniniano tan al sur -en tierras vetonas, teóricamente-, varias millas por debajo de *Salmantica*. Puede tratarse de un error de Ptolomeo, del propio Itinerario de Antonino, o bien que existan dos núcleos diferentes pero homónimos (Roldán, 1971: 92-95; Mañanes/Solana, 1985: 68; T.I.R., K-30: 210). Tradicionalmente se tiene como extremo suroccidental de los vacceos (Wattenberg, 1959: 71).

### *Sepontia Paramica*

(Ptolomeo II, 6, 49)

---

Algunos piensan que debe situarse muy al norte, en territorio autrigón, concretamente en Sigüenza del Páramo -¿equivocación de Ptolomeo?-, (Mangas/Solana, 1985: 21; González-Cobos, 1989: 99; así también lo sugería Wattenberg, 1959: 175). Existe una ciudad homónima entre los várdulos (Ptolomeo, II, 6, 65). La localización sigue siendo incierta (T.I.R., K-30: 208).

### *Septimanca*

(Itinerario de Antonino 435, 2)

---

Simancas, en las proximidades de Valladolid, es la reducción incuestionable de esta *mansio* situada en la vía que desde *Asturica* y *Emerita* pasando por *Oceloduri* llegaba a *Caesaraugusta* (Wattenberg, 1959: 169; Roldán, 1971: 161; García Merino, 1975: 326, 332-333; González-Cobos, 1989: 101; Tovar, 1989: 349-350; T.I.R., K-30: 210-211).

### *Vico Aquario*

(Itinerario de Antonino, 439.9; Ravenate, 319.3)

Mansio de la Vía de la Plata entre *Brigeco* y *Oceloduri*. Wattenberg (1959: 72, 163; siguiendo a A. Blázquez) la reduce en Castronuevo del Valderaduey, Zamora. Roldán (1971: 101-102 y 146-147) propone su localización al sur de Castrotorafe, Zamora, en el teso de San Cebrián del Castro. T. Mañanes y J.M. Solana lo llevan más al sur, en la zona de Montamarta (Mañanes/Solana, 1985: 75-76). (T.I.R., K-30: 241).

### *Viminatium*

(Ptolomeo, II, 6, 49; Itinerario de Antonino, 449.2; Ravenate, 318.16)

Wattenberg (1959: 67) defendía que su posición lógica estaba en las cercanías de Sahagún. Se ha pensado en el Cerro de San Lorenzo de Cisneros, y en Castro Muza, Calzadilla de la Cueva, Palencia (Vide T.I.R., K-30: 246-247).

A veces también *Segontia* es citada como vaccea (Livio, XCI, 22), aunque más frecuentemente como arévaca (Tovar, 1989: 348-349; T.I.R., K-30: 209).

## **C- INFORMACIÓN DE CORTE ETNOGRÁFICO** **EL LLAMADO COLECTIVISMO AGRARIO Y LA EXPOSICIÓN DE** **GUERREROS CAÍDOS A LOS BUITRES: DOS TÓPICOS VACCEOS**

Cabe ahora referirnos a aquellas noticias calificables de anecdóticas pero que expresan un contenido en absoluto falto de interés. Destacan dos comentarios etnográficos que abordan aspectos de la economía -más propiamente de la organización socio-económica-, y de la tradición escatológica del pueblo vacceo respectivamente. Por conocidos y reiterados se han convertido en apremiados *topoi* de este pueblo meseteño. Nos limitaremos brevemente a presentar ambas noticias, para posteriormente ahondar en su análisis, con arreglo a la valoración de la personalidad económica y religiosa de los vacceos que llevamos a cabo más adelante.

Diodoro de Sicilia (V, 34, 3) revela, en exclusiva, la peculiar práctica agrícola de los vacceos. Desde tiempos de J. Costa (1898) la historiografía moderna hispana la bautizó como *colectivismo agrario*:

“El más culto de los pueblos vecinos de los celtíberos es el de los vacceos. Cada año se reparten los campos para cultivarlos y dan a cada uno una parte de los frutos obtenidos en común. A los labradores que contravienen la regla se les aplica la pena de muerte”

Lo más probable es que Diodoro tomara esta noticia de autores pioneros en la descripción de Iberia, como Polibio o Posidonio; pero es el historiador siciliota la única fuente conocida que la transmite. Por varios motivos se la considera un *unicum*. En primer lugar del texto parece deducirse que tan peculiar sistema agrario fue merecedor del comentario de los clásicos además de por su originalidad, por otros factores de peso como pudieron ser su avanzado funcionamiento o la muy probable efectividad productiva, y quizá aquí resida la razón de asociar este sistema con un *pueblo culto* como el de los vacceos. Podemos considerar que esta determinación del trabajo agrícola rebasa el orden puramente económico para convertirse en un modelo de regulación social en el sentido de que requiere formas de organización entre la población (para el reparto de parcelas de tierra a cultivar y para el reparto del producto cosechado, aunque el texto es muy escueto y no aclara qué tipo de unidades sociales participan de tales reparto, ¿individuos de forma particular?, ¿grupos familiares?, ¿gentilidades?, ¿élite dirigente?, ¿el conjunto de la población?...). Por último un dato más indica el progreso del pueblo vacceo, el funcionamiento de su régimen agrícola descansa sobre una normativa jurídica en la que la pena capital se contempla para los que incumplen las condiciones del sistema. Sin embargo son muchas las dudas que suscita el *colectivismo agrícola* y extensas las páginas que han ocupado en la historiografía española<sup>16</sup>. Nos permitimos ahora destacar las siguientes: a partir de la noticia de Diodoro, ¿debemos asumir que la totalidad del sistema agrario vacceo era de tipo comunal? ¿Formó esta práctica parte de la cultura vaccea desde principio a fin o su uso estuvo limitado a un momento concreto? ¿Qué bases organizativas pudieron establecer este sistema económico y qué implicaciones tiene el mismo desde el punto de vista socio-político? ¿Fue el *colectivismo agrario* patrimonio exclusivo de los vacceos?...

Eliano (*De Nat. An.*, X, 22), por su parte, detalla el rito funerario con que los vacceos honraban a los guerreros que encontraban la muerte en la batalla:

“Los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan a los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en guerra, los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que éstos son animales sagrados”

(traducción Díaz-Regañón, 1984: 61-62)

<sup>16</sup> Sin pasar a comentar ahora la abundante bibliografía, algunos de los principales trabajos a propósito del sistema agrícola vacceo son Costa (1915), Ramos Loscertales (1941: 16), Maluquer (1954: 170-171), Viñas Mey (1954: 40-42), Vigil (1973: 258-259), Lomas (1980: 93-94), Domínguez Monedero (1986a: 245-255; *id.*, 1988a); González-Cobos (1989: 220-222; *ead.*, 1990); Mañanes (1991: 255) y Salinas (1989; *id.*, 1990b). (*Vide I-2.5 A- Agricultura vaccea*).

En esta ocasión tal hábito no es exclusivo de los habitantes del Duero Medio, pues los del alto Duero, celtíberos en sentido extenso, también entregaban los cuerpos de sus combatientes a los buitres<sup>17</sup>. Esta costumbre forma parte de los ritos de exposición, frecuentes en las sociedades antiguas indoeuropeas y donde la figura del guerrero parece copar una significación socio-ideológica muy elevada que se traduce en un tratamiento funerario diferenciado y significado. Al igual que vimos para el caso vetón, la *arqueología de la muerte* también descubre algo de esto en las supulturas de guerrero de las necrópolis vacceas.

Esta es la imagen que los textos clásicos nos revelan de los vacceos. La de un pueblo meta de expediciones de fuerza cartaginesa, fraterno con los numantinos en su guerra contra Roma y, de esta suerte, azotado por los romanos con campañas destructivas para sus ciudades y campos de cereal; un pueblo con un sistema de producción agrícola que le singulariza y que estima a sus guerreros hasta hacer de su muerte un rito. Resultan muy indicativas las calificaciones de culto, urbano, respetuoso u organizado, que las fuentes desprenden de estas gentes. Esto es ya un punto a su favor. Por ello mismo, pasando la oración a pasiva, sorprende en primera instancia pero alcanzamos a comprender después, la escasísima atención que les presta Estrabón -compárese con la anécdota burlesca que el de Amasia dedica a los vetones (III, 4, 16) y todo lo que ello lleva implícito, o más aun con las descripciones en nada inocuas de los pueblos más norteos. Coincidimos con Domínguez Monedero (1988a: 68-69) que encuentra la explicación de esto en el hecho de que los vacceos no se ajustan al patrón de pueblo belicoso, primitivo (categorías en las que se explaya Estrabón como objeto de crítica) y necesitado de la labor civilizadora de Roma que la tradición estraboniana poco menos que patrocina. Sumamos a esto algo que nos atrevemos a sugerir desde ahora y que esperamos confirmar en los siguientes capítulos a partir de otras aproximaciones: la larga tradición de contactos culturales remontables siglos atrás y de interacciones comerciales con otros ámbitos protagonizada por los vacceos históricos, y sus antecesores a los que no alcanza el registro literario, modelan la personalidad de un pueblo que a la luz de los textos clásicos se nos presenta con un considerable desarrollo.

---

<sup>17</sup> "Los celtíberos consideran un honor morir en combate y un crimen quemar el cadáver del guerrero así muerto; pues creen que su alma remonta a los dioses del cielo, al devorar el cuerpo yacente el buitre" (Silio Itálico, *Pun.*, III, 340-343). Sobre este tema, Sopena (1987; *id.*, 1995: 210-262, con repaso bibliográfico y estudio comparativo del rito expositivo-descarnatorio).

## I-2.3 ORÍGENES Y FORMACIÓN

### A- LA TENDENCIA TRADICIONAL: INVASIONISMO CELTA Y VACCEOS COMO ETNIA CELTIBÉRICA

De manera aun más medular que para el caso vetón, el origen del contingente vacceo ha estado supeditado en nuestra bibliografía al tema de la invasión celta de la Península. Introducida en el debate historiográfico desde el s.XIX en la forma en que ya ha sido anotada<sup>18</sup>, la corriente celtista define la presencia vaccea como la de un grupo centroeuropeo encajado en la última oleada invasionista datable poco antes de mediados del Ier milenio a.C. dentro del poderoso grupos de los celtas belgas que generan, enraizados ya en suelo ibérico, el grupo étnico de los celtíberos. Este es el *dictamen* que autores como A. Schulten y más detalladamente P. Bosch Gimpera disponen a propósito del origen de los vacceos en particular y de la ascendencia de los pueblos prerromanos no ibéricos de nuestra península en general. Así pues, el prehistoriador catalán emparenta a los vacceos con los arévacos, etimológicamente sus vecinos orientales o *vacceos extremos*, pertenecientes ambos al tronco de los *bellovaci* que habrían partido del norte de Europa, junto con otros pueblos del grupo de celtas belgas hacia el 600 a.C. debido a las presiones provocadas por tribus germanas, y que una vez aferrados al suelo meseteño, someten y arrinconan a grupos indoeuropeos más arcaicos como los vetones (Bosch Gimpera, 1932; *id.*, 1942; *id.*, 1944). Años después, F. Wattenberg en su completa monografía sobre el pueblo vacceo identifica sin mayor dilación a los vacceos como una de las tribus que llegan a la cuenca del Duero en una penetración céltica del s.IV a.C., momento más tardío que el señalado por Bosch, y sustituyen a los *saefes* que estaban en ese territorio con anterioridad (Wattenberg, 1959: 18). Los vacceos históricos, a partir del s.III a.C., serían un pueblo culturalmente celibérico, aunque sus antecedentes puedan ser diferentes según

---

<sup>18</sup> Recordemos ahora simplemente que el cimiento de esta construcción historiográfica se debe a los trabajos de d'Arbois de Jubainville (1893; *id.*, 1894), en los cuales, tras un detallado análisis lingüístico, quedaba patente la vinculación de muchos restos toponímicos y onomásticos peninsulares con la propagación de una (o varias) lengua (s) céltica (s) desde Centroeuropa, debida (s) al desplazamiento de masas de población celtas, para d'Arbois ligures, hasta Iberia. Con el paso de los años esta teoría fue ganando fuerza y adeptos, aunque también evolucionó en el contenido interpretativo. Así por ejemplo, J. Pokorny (1936; *id.*, 1940), en la senda de d'Arbois, difiere de éste al desplazar el carácter ligur de estas gentes por el ilirio. Sobre la derivación de estos postulados y la aplicación de los mismos por parte de la historiografía española a los pueblos prerromanos de la meseta occidental, especialmente los vetones *vid.* Sánchez Moreno (1995c).

este autor (Wattenberg, 1959: 31). En cuanto a su remoto origen, sugiere una lejana filiación con la cultura centroeuropea de Klicevac, en el Danubio medio, junto al Morava, emparentada después con el grupo véneto-ilirio (Wattenberg, 1959: 179-180). El concepto de penetración celta que respalda Wattenberg es el del fenómeno invasionista continuado e indefinido que propusiera Almagro Basch (1935; *id.*, 1944).

Con ligeros retoques en relación con los avances en el conocimiento arqueológico de la región que se van produciendo a partir de los años 50, la línea interpretativa celtista se ha mantenido hasta prácticamente los años 90. Muestras de ello son desde el punto de vista arqueológico la síntesis de P. de Palol y F. Wattenberg<sup>19</sup>, y con una perspectiva más clasicista los trabajos de F.J. Lomas<sup>20</sup>, A. González-Cobos<sup>21</sup> o T. Mañanes<sup>22</sup>, no los únicos pero sí los que ofrecen un tratamiento más extenso de la cuestión.

Algo parecido a lo esgrimido sobre el origen vacceo se propuso para explicar la etimología del etnónimo. Al respecto Wattenberg, siguiendo a Schulten y a Bosch Gimpera, asumía que la raíz del nombre era céltica y que su significado estaba

<sup>19</sup> Las excavaciones en el Soto de Medinilla (Valladolid), iniciadas en los años 50, dan pie a hablar de una fase del Hierro I en la que situar a unos pobladores *celticos* de adscripción hallstática (Palol, 1958; *id.*, 1961; *id.*, 1973). Del estudio arqueológico de P. de Palol y F. Wattenberg publicado en 1974 se deduce la siguiente síntesis histórica: procedentes de Centroeuropa estos grupos penetrarían en la península en los primeros siglos del Ier milenio a.C. para asentarse en zonas como el valle del Ebro, donde el yacimiento de Cortes de Navarra marca la periodización y el modelo de comportamiento cultural (Maluquer, 1954a; *id.*, 1958c), y el valle medio del Duero. Estas gentes indoeuropeas introducirían la agricultura y probablemente también el hierro. Con posterioridad, en la Segunda Edad del Hierro, nuevas penetraciones ahora ya *celtas*, traen a los posteriores celtíberos, entre los que hay que contemplar a vacceos, que toman asiento en los mismos centros hallstáticos meseteños, tal y como los niveles posteriores del Soto de Medinilla probarían con un *hiatus* de destrucción en relación al sustrato primero. En contraste con la dedicación cerealística de los célticos del Primer Hierro, los vacceos al igual que sus *hermanos* arévacos tendrían una dedicación esencialmente pastoril (Palol/Wattenberg, 1974: 28-37).

<sup>20</sup> Partiendo de las tesis invasionistas de Bosch Gimpera, actualizadas por Maluquer (1954: 131-132) y Alonso (1969: 137-138) -que insiste en la defensa de una *comunidad de linaje* entre vacceos y arévacos-, F.J. Lomas hace hincapié en ideas como la expansión vaccea sobre vetones en la fase II de Cogotas hacia el s.III a.C., que se traduciría en la ocupación por parte de la élite dirigente vaccea de castros como Las Cogotas o Chamartín, o de ciudades como *Salmantica*, basándose en este caso en noticias literarias. Los romanos serían los que restituyeran los límites primigenios del territorio de los vetones, fieles a su causa, en contra de vacceos, tenidos por celtíberos arévacos en expansión amenazante para el interés romano (Lomas, 1980: 30, 91-92). Ya hemos rebatido esta interpretación, inconsistente en nuestra opinión, a propósito del capítulo de los vetones por lo que no insistiremos más en ello (Sánchez Moreno, 1995c).

<sup>21</sup> Para esta autora el pueblo vacceo es resultado de la suma de un indigenismo local protovacceo (se trataría de aquellos *celticos* caracterizados por la economía agrícola que define el horizonte Soto de Medinilla) y nuevos repobladores celtas (los *bellovaci* o celtas belgas llegados en una segunda oleada y de los que deriva el grupo vacceo; portadores del hierro y de la tendencia a amurallar sus poblados) (González-Cobos, 1989: 25-35). González-Cobos pretende corregir el sentido neto de invasión por el de aculturación, pero lo hace insatisfactoriamente a nuestro juicio pues no logra salir de los más clásicos presupuestos invasionistas que, eso sí, intenta decolorar.

<sup>22</sup> Un trabajo que editado a inicios de los 90, sigue fiel a la tradición de Bosch Gimpera (Mañanes, 1991: 240-244). Basándose sobre todo en argumentos lingüísticos (toponimia, antroponimia...) Mañanes vuelve a hablar de la introducción de grupos indoeuropeos celtas en varias oleadas, entre las que en torno a los ss.VIII-V a.C. (750-400 a.C.) arriban los vacceos al valle medio del Duero al tiempo que los celtíberos arévacos lo hacen en la zona de la meseta oriental. Respecto a su cultura material, la califica de hallstática.

emparentado con los arévacos (vecinos orientales). Por lo demás, explicaba con una derivación etimológica más que simplista que la *origo* del término procedería del nombre del jefe primitivo del clan, un tal *Vaccius*, que bautizaría así a su pueblo (Wattenberg, 1959: 9, siguiendo a Schulten y a Holder). Los especialistas lingüistas defienden hoy que el sustrato del etnónimo es indígena, pudiendo hablar por tanto de una definición etnoétnica (esto es, dimanada en las comunidades prerromanas locales y adaptada de forma particular por los historiadores greco-latinos que son quienes nos la transmiten), pero confiesan el desconocimiento de su significado último, de igual forma -y debido a- que no alcanzamos a dominar el léxico indoeuropeo en el que se gestó<sup>23</sup> (Untermann, 1992: 32).

Somos de la opinión de que en la actualidad al igual que no se mantiene el argumento de las oleadas celtas para explicar las base de los vacceos (a pesar de cierta bibliografía *nostálgica*, reincidente aun en nuestros días), tampoco esta entidad prerromana debe atarse -desde el punto de vista étnico, que no desde el cultural- al grupo celtibérico, en concreto a la nación arévaca, como con mayor o menor precisión proponían Bosch Gimpera y Wattenberg. Los únicos testimonios que así lo recogen son Apiano (*Iber.*, 51) y el más tardío y secundario de Ético (80), que incluyen a los vacceos entre los celtíberos, diferenciando el resto de fuentes literarias a los unos de los otros. En las siguientes páginas tendremos ocasión de comprobar desde distintos puntos de vista cómo se trata de grupos propios y diferenciados<sup>24</sup>, que sin embargo comparten elementos culturales y comportamientos históricos que les hacen entrar en contacto.

<sup>23</sup> Sobre la lengua de la Hispania indoeuropea, los distintos niveles lingüísticos (especialmente el lusitano y el celtibérico) y su problemática, véase Tovar (1949a; *id.*, 1950; *id.*, 1957; *id.*, 1967; *id.*, 1985; *id.*, 1986), y con mayor actualidad de Hoz (1983, *id.*, 1988; *id.*, 1992; *id.*, 1993, *id.*, 1995), Schmdit (1985), Villar (1991; *id.*, 1995a), Gorrochategui (1993; *id.*, 1994) y Untermann (1984; *id.*, 1987; *id.*, 1992; *id.*, 1995), este último con planteamientos más diferenciados.

<sup>24</sup> Avanzamos ya algunos elementos que así lo corroboran: el dato nunca gratuito -aunque sí susceptible de un ejercicio de revisión en profundidad- de que las fuentes se refieran a estos pueblos con nombres disímiles (la mayoría de gestación endógena) e individualizando a unos sobre otros, un patrón de asentamiento distinto, un desarrollo desigual de algunas actividades económicas como la metalúrgica o tal vez el trabajo agrícola, elementos característicos -que no exclusivos- de la cultura material como pueden ser las producciones miniaturizadas, el puñal de tipo Monte Bernorio o la cerámica peinada a mano que antecede la llegada de los vasos pintados celtibéricos para el grupo vacceo, entre otros muchos; como argumentos negativos la no documentación de epigrafía celtibérica ni de cecas locales en el espacio vacceo, etc. En este sentido, Domínguez Monedero (1988a: 28-29), Burillo (1993a: 233-234), Delibes *et alii* (1995a: 94-96), por citar sólo algunos. Fatás (1987: 18-19) encuentra otra prueba de tal *asimetría* en las fuentes literarias, cuando subraya como factor diferenciador la ayuda y conjunción de los grupos celtíberos entre sí frente a Roma (titos, belos, arévacos fundamentalmente para el caso), pero no con los vacceos, que actúan de forma diferente ante la conquista. A nuestro juicio esta idea es objetable parcialmente: las fuentes contienen valiosísimos retazos de la conexión arévaco-vacceos en el conflicto celtibérico que ya han sido analizados, además de otros testimonios en esa lid que se irán viendo. Esta realidad de contacto (cultural, comercial, político...) no obliga la existencia de un hermanamiento étnico entre las dos entidades. Consideramos que grupos históricamente independientes pueden converger -y de hecho en más ocasiones de las que normalmente pensamos así lo hacen-, pero ello no nos legitima a hablar de una única *etnia* ni, con lectura inversa, a admitir que se trata de dos esferas totalmente aisladas entre sí.



## **B. FORMACIÓN ETNOGÉNICA: BASE E INFUJOS EN LA CUENCA MEDIA DEL DUERO DURANTE EL Ier MILENIO a.C. HACIA UNA DEFINICIÓN ETNO-CULTURAL DE LO VACCEO**

Huelga decir que lo que hemos argumentado más detenidamente y sistematizado para los vetones, en cuanto a enfoque analítico, suscribimos para el rastreo de la etnogénesis de los vacceos. Para no ser reiterativos, resumimos el planteamiento en los siguientes puntos que constituyen nuestro modo de aproximación a la raíz etno-cultural del sujeto histórico vacceo:

- 1) Ruptura definitiva con el modelo de implantación de grupos celtas centroeuropeos, o mejor *celtoides* -por la amplitud de sub-componentes que contempla aquel vocablo-, en la Península, si por ello se entiende la correspondencia directa y cerrada de aquellos con las entidades prerromanas que describen las fuentes, en la línea en que la historiografía española lo ha asumido durante tantos años.
- 2) En contrapartida, respaldar que se trata de un proceso progresivo, irregular y complejo de formación y acrisolamiento a partir de una base poblacional y cultural autóctona en su punto de partida. Del mismo forman parte una serie de contactos, influjos y modas culturales debidas a la interacción con otras esferas que dan personalidad propia a una entidad resultante.
- 3) El punto de partida de este fenómeno de adaptación etnogenética parece retrotraerse al menos al Bronce Final, finales del II milenio a.C., y tiene en la primera mitad del Ier milenio a.C. y en las circunstancias históricas que la ocupan, su volumen mayor de desarrollo (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992). La ausencia de fuentes literarias para este período nos obliga a emprender un análisis diacrónico del proceso casi exclusivamente desde el punto de vista arqueológico.
- 4) La indoeuropeización es un elemento destacado en la configuración de los pueblos de la antigua Iberia, la lingüística entre otras manifestaciones así lo indica, pero no es el factor exclusivo. Otros contactos e interacciones múltiples, con sus legados culturales

correspondientes, se suceden antes, durante y después, de manera que mantienen en constante renovación y maduración la etnogénesis de los vacceos<sup>25</sup>.

Al menos desde el 1.200 a.C., o tal vez algo antes como recientemente se está proponiendo, buena parte de la meseta norte recoge en sus registros estratigráficos la presencia de elementos de la cultura de Cogotas I. La cuenca media del Duero no es una excepción a esta panorámica general, y en una proporción en verdad no muy diferente a la registrada un poco más al sur, en el espacio vetón -o pre-vetón, para estar acordes con el marco cronológico- al que se tiene por cuna tradicional de la cultura, da cuenta de un buen número de hallazgos. No repetiremos ahora las características de este círculo cultural acerca de su particular repertorio cerámico (*boquique* y excisión), el escaso conocimiento de sus poblados, su tradición funeraria o su estrategia económica entendida durante bastante tiempo como la propia de un pueblo ganadero y nómada; de los primeros aspectos nos ocupamos lo suficiente en el tratamiento de la etnogénesis vetona, y el último -la debatida trashumancia de los pastores de Cogotas I- será abordado en el capítulo de antecedentes en la prehistoria final de los contactos culturales de la meseta occidental (apartado III-2.1).

De forma mucho más patente brota en el espacio de los posteriores vacceos un horizonte cultural que cada vez se acierta a ver más homogéneo, extenso y representativo. La cultura de Soto (del yacimiento epónimo Soto de Medinilla, en las proximidades de Valladolid) sucede a la de Cogotas I en una transición todavía no muy bien definida, y *monopoliza* la huella del devenir de las poblaciones de la cuenca media del Duero y sus aledaños durante todo el Hierro I<sup>26</sup>. Hoy se sube un poco el arranque del horizonte soteño

<sup>25</sup> En este punto merece un breve comentario la tesis etno-lingüística de A. Montenegro (Montenegro, 1984; *id.*, 1985: 276-282; *id.*, 1994). Este autor distingue dos estratos lingüísticos en la meseta norte: 1) Substrato mediterráneo preindoeuropeo de la Edad del Bronce asociado a la llegada de gentes del Mediterráneo oriental a la meseta en la que también existen importantes contactos con el Atlántico, en relación con el comercio del estaño, desde el sur peninsular (cultura de El Argar). Quedaría demostrado en topónimos como *Cossabura*, *Dessobriga*, *Eldana*, *Intercatia*, *Lacobriga*, *Pallantia*, *Pisoraca*, *Tamaricae*, corónimos como el mismo de *Vaccei*, términos mineros y agrícolas de amplia perduración, antropónimos preindoeuropeos e incluso algún teónimo. Este nivel se extiende por toda la zona occidental peninsular y por la costa cantábrica y atlántica, aunque hay topónimos coincidentes con el área ibérico-mediterránea e incluso con el vasco (Montenegro, 1994). 2) Substrato celta de la Edad del Hierro. Lengua que arriba con las invasiones de grupos del Rin y la Galia entendidas de modo tradicional, y también de grupos tardíos británicos. Los rasgos que la definen se han conservado igualmente en numerosos topónimos (*Ambinon*, *Autraca*, *Durius*, *Moroiva*, *Vellica*, *Britta*...) y antropónimos (derivados de *Celt-*, *Britt-*, *Alla*, *Boutius*, *Dovid-*, *Magan-*, *Tout-*...). Así, Montenegro defiende una base doble para el pasado vacceo: un registro mediterráneo en el II milenio a.C. y otro celta que se impone sobre el anterior en el Ier milenio a.C. A nuestro juicio, la interpretación no carece de lógica y así lo está demostrando en parte la arqueología, pero su planteamiento es susceptible de varios matices, como la evaluación del significado histórico de las invasiones, especialmente la celta, o el valor último que puede extraerse de topónimos aislados para una reconstrucción global de la historia.

<sup>26</sup> La bibliografía está creciendo cuantiosamente en los últimos años. A pesar de ello predominan los trabajos puntuales sobre hallazgos concretos o manifestaciones específicas (cerámica, arquitectura, metalurgia...) que irán siendo aludidos,

a fines s.IX a.C. o inicios del s.VIII a.C., si no algo antes (Delibes *et alii*, 1995c: 156). Durante más de 20 años su origen se vinculó con una adscripción *céltico-hallstática* a partir de los paralelos establecidos entre el primer y homónimo yacimiento de esta cultura y el de Cortes de Navarra (Palol, 1958; Palol/Wattenberg, 1974: 32-37). Con posterioridad se matizó esa filiación y se preferió poner en relación con la tradición de los Campos de Urnas Tardíos del Noreste peninsular (Ruiz Zapatero, 1985), desgajando de su significado la componente *hallstática* centroeuropea (Romero, 1985: 94-95; Esparza, 1986: 387-388; Sacristán, 1986a: 48-49; Ruiz Zapatero, 1985; con una actitud más crítica en cuanto al término Campos de Urnas, Almagro Gorbea, 1986-87; *id.*, 1987). Sin embargo, en nuestra opinión la tendencia actual debe ser reconocer la complejidad del proceso formativo acrecentada por los siguientes factores:

- a) cierta discontinuidad poblacional con respecto a Cogotas I confirmada en el patrón de asentamiento o en nuevos tipos cerámicos
- b) la presencia de tres fuertes influjos: 1- tradición local, 2- corriente centroeuropea, debidamente matizada, y 3- influencias meridionales que revisten la cultura soteña, que serán contempladas monográficamente en otro capítulo (Martín Valls/Delibes, 1978: 229; Domínguez Monedero, 1986-87; Delibes/Romero, 1992: 242-243; Romero/Jimeno, 1993: 198-199; Delibes *et alii*, 1995a: 82; y sobre todo, Romero/Ramírez, 1996; *vid.* III-2.2).

Respecto a las fases de este horizonte, sigue básicamente en pie la periodización original determinada por Palol a partir de sus excavaciones en el Soto de Medinilla en las que distinguía dos fases en la Primera Edad del Hierro: Soto I, 800-650 a.C., y Soto II, 650/600-500/450 a.C., separadas por un nivel de destrucción. Un análisis contrastado con otros yacimientos soteños, cuyo descubrimiento se ha disparado en los últimos años, ha llevado a pensar mejor en una fase inicial-formativa (fines s.IX-700 a.C.) y en una segunda de madurez (s.VII-tránsito ss.V/IV a.C.) (Delibes *et alii*, 1995a: 83-88).

Pero, ¿qué es lo que define materialmente a este período y qué evaluación socio-económica se extrae de lo mismo? Hoy son ya casi 200 los yacimientos conocidos del grupo soteño en trabajos de excavación y prospección. La zona neurálgica de su poblamiento

---

y no tanto las síntesis globales. Visiones generales sobre el período soteño, a partir de las prospecciones y propuestas iniciales de R. Martín Valls y G. Delibes (1972; *eid.*, 1975b), están bien presentadas en Palol/Wattenberg (1974: 32-37 y 181-195); Romero (1985: 88-95); Sacristán (1986a: 43-53); González-Tablas (1988-89); Delibes/Romero (1992: 242-256); Romero/Jimeno (1993: 188-200) y, sobre todo, en Delibes *et alii* (1995a: 59-88).

ocupa la cuenca media del Duero, el bajo Pisuerga y en dirección occidental los sectores comprendidos entre los ríos Valderabuey-Sequillo y Esla-Cea-Obrigo, con prolongaciones hacia el sur del Duero -como ya vimos- y hacia el noroeste de Zamora (Esparza, 1986; Escribano, 1990). Abundan los asentamientos estables y nuclearizados, con tamaño entre 1-5 Ha que en contadas ocasiones llegan a las 10 Ha. Se localizan en las campiñas, en orillas de ríos, cerros aislados y en el borde de los páramos, si bien no de forma tan sistemática como ocurre en el asentamiento del Hierro II. Aunque el conocimiento arqueológico es muy parcial, se trata por lo general de poblados de nueva planta, en número muy superior a los de Cogotas I, que, eso sí, constituyen la base del proceso que conduce a la aparición de los grandes *oppida* vacceos. Las defensas artificiales no es algo que de unidad al poblamiento soteño; sólo es bien conocido el caso del Soto de Medinilla con una potente muralla de adobes y empalizada de 2 m. de ancho. No obstante, recientes prospecciones y el uso de fotografía aérea han logrado identificar estructuras defensivas (muros y fosos) en varios poblados soteños. En cuanto a la arquitectura doméstica (Romero, 1992), las casas son de planta circular, con diámetros medios entre 4-6 m, y levantadas con adobes. Este es probablemente el rasgo que mejor define, junto a la pintura parietal, la arquitectura soteña; su constatación es la predominante pero no la exclusiva, habida cuenta que en los últimos tiempos se está comprobando la presencia coetánea de plantas rectangulares. El interior de las casas es de tierra apisonada, sobre la que se sitúa el hogar en el centro de la estancia y se disponen bancos adosado al muro interior que se decoran -al igual que las paredes- con motivos pintados geométricos, sobre todo en rojo y amarillo. Además del ámbito residencial, existen otras estancias de tipo artesanal o de almacenaje (silos, hornos cerámicos, graneros de planta rectangular...). Este conocimiento ascendente del hábitat soteño contrasta con la ignorancia casi absoluta sobre el mundo funerario que produce la ausencia de enterramientos. Los únicos testimonios al respecto son restos de inhumaciones infantiles bajo algunas casas, que responderían a razones rituales o familiares.

Las cerámicas del mundo soteño se caracterizan por la exclusividad de la técnica manual, la variedad morfológica, la cocción reductora y el dominio de superficies lisas (Romero, 1980). En el Soto I abundan los vasos bicónicos y globulares, con alto cuello cónico, además de vasitos de carenas muy marcadas y superficie bruñida, a veces con temas incisos; produciéndose en el Soto II la evolución de modelos anteriores hacia tipos nuevos

(vasos bitroncocónicos de cuello vertical y grandes vasijas de provisiones), con decoración más notoria (digitaciones, ungulaciones, grafitados...). Una caracterización diferente presentan los vasos pintados después de la cocción en tonos generalmente vinosos con temas geométricos que se documentan en ambas fases, más extendidamente en los momentos finales de Soto II (González-Tablas/Domínguez, 1995). La supuesta filiación meridional de estas producciones hace que nos ocupemos de ellas en otro lugar. Resulta novedoso el hallazgo de cerámicas a peine, también aquí, en niveles de Soto II - hacia el s.VI a.C.-, dato éste que está echando por tierra la tradicional asociación de esta particular cerámica incisa, como *fósil director*, con la introducción de la Segunda Edad del Hierro en la forma que ya ha sido comentada

Tocante al utillaje metálico, la materia principal es el bronce, con un tratamiento que no debió ser escaso a tenor de los restos de crisoles, moldes de fundición y escoriales que documentan esta actividad. Las piezas metálicas soteñas denotan contactos con dos principales esferas: el mundo atlántico y el foco meridional. Probablemente en relación con la segunda vía haya que entender las primeras -todavía tímidas- constataciones de hierro fragmentarias y algunas piezas elaboradas (cuchillos afalcatados) que algunos poblados soteños revelan.

La interpretación de la economía de las gentes soteñas ha estado dominada por los resultados de la excavación del Soto de Medinilla y por otras noticias -como ciertas referencias de la economía vaccea, Diodoro, V, 34, 3- no muy adecuadamente utilizadas para este contexto cronológico-cultural. Así, se hizo de la dedicación agrícola cerealística la base del sistema económico soteño. Es cierto que el cultivo de cereales fue una realidad (molinos de mano, semillas de trigo y cebada, grandes tinajas de provisiones y estructuras interpretadas como graneros lo corroboran), pero no fue la única actividad económica. A su lado, la ganadería (ovicápridos y bóvidos sobre todo, pues son los restos faunísticos más documentados; Liesau, 1994), la caza (ciervo, corzo, liebre, conejo, jabalí...), las prácticas de recolección silvestre y pesca y con otro alcance el comercio, redondearon la personalidad económica y contribuyeron al avance cultural de la cuenca media del Duero en el ecuador del Ier milenio a.C.

A fines del s. V a.C. este panorama cultural parece alterarse, o quizá mejor transformarse, en el tránsito a la Segunda Edad del Hierro. No obstante, el horizonte Soto pervive en zonas del oeste zamorano hasta bien entrado el Hierro II (Martín Valls/Delibes, 1981: 175; Esparza, 1986: 368; *id.*, 1990). Lo que ocurre no es fácil de discernir pero probablemente se trata más de circunstancias generales -llamémoslas históricas- que afectan a la península que de episodios locales de *punto y aparte*. Somos de la opinión de que para el caso que ahora nos ocupa, la población soteña y sus tradiciones se mantienen y renuevan, pero al tiempo evolucionan y se innovan al hilo de *procesos estructurales* en los que se ven afectados con mayor o menor intensidad. En estos momentos del s.V a.C., el recurrente ocaso de Tarteso, más propiamente sus consecuencias en las zonas periféricas y vecinas de su hinterland, parece contar como uno de esos acontecimientos que se dejaron notar -todavía no sabemos hasta qué punto- en el valle del Duero (Romero/Jimeno, 1993: 200). Este hecho, y otros que se nos escapan, truncarían una serie de relaciones antiguas en las que los pobladores del Duero habían intercambiado culturalmente con otros escenarios históricos y habían ido madurando, pero la nueva situación abre otro tipo de contactos y depara una realidad, en parte nueva y en parte enraizada en lo anterior, muy fuertemente consolidada en los siglos posteriores. Esta personalidad, propia y bien manifiesta, se corresponde con lo que podemos denominar sin ningún género de dudas mundo vacceo.

Arqueológicamente estas leves transformaciones típicas de una fase de transición, se han traducido en distintivos como la introducción de la cerámica a peine o la mudanza hacia la nuclearización y engrosamiento de algunos poblados soteños. Dediquemos unas líneas a ambos aspectos. En otro punto ya observamos la interpretación tradicional de Cogotas II, originaria del suroeste meseteño y con extensión por buena parte de ambas mesetas, especialmente la septentrional. De esta cultura estandarte del Hierro II interior, la cerámica a mano decorada con incisiones realizadas a peine se tomó como *símbolo parlante* de la nueva fase, especialmente por autores como Martín Valls (1985: 106-111; *id.*, 1986-87: 61-65) que siguen la atribución de los *peinados antiguos* establecida por Maluquer. En la cuenca media del Duero su presencia marcaba un estadio intermedio entre los momentos finales de Soto (Soto II) y los niveles celtibéricos del Hierro II pleno, que se bautizó con el termino de facies de Cogotas Ila (Sacristán, 1986-87b; García Alonso, 1986-87; Barrio, 1988: 401-402, 414), ss.V-IV a.C., introducida por gentes del foco proto-vetón. Sin embargo, en los últimos años y cada vez con mayor claridad, se están mostrando las

primeras cerámicas peinadas en niveles todavía soteños de al menos el s.VI a.C., si bien sobre todo en el tránsito hacia el s.V a.C., en destacados puntos como Coca, Medina del Campo (Seco/Treceño, 1993: 162-163), Cuéllar (Barrio, 1993: 189), Simancas (Quintana, 1993) o Roa. Esto ha llevado a algunos autores como Sacristán (1986a: 51-53, 73-87; *id.*, 1986-87b), para la cuenca media-oriental del Duero y el valle de Riaza, a rechazar la facies Cogotas IIa -con cerámicas peinadas aisladas- como fase independiente y de transición pre-celibérica, toda vez que estas cerámicas, que sí están presentes, se integran bien en niveles de Soto II o, siglos después, en momentos estrictamente celtibéricos. De esta forma, Sacristán defiende la continuidad general desde el horizonte Soto hasta el período celtibérico, dentro de la cual la supuesta fase diferenciada de Cogotas IIa sería sencillamente un momento sincrónico al Soto II todavía en el Hierro I, característico del círculo vetón mientras que el segundo lo es del ambiente vacceo. Se trata de algo parecido a lo que González-Tablas denomina Sanchorreja II para el foco abulense-salmantino (1986-87: 50-57; *id.*, 1989: 118-125; *id.*, 1990: 57-74), como ya tuvimos ocasión de señalar. En línea parecida a la de Sacristán y tras una profunda revisión de los tipos y cronologías de la cerámica peinada, Sanz Mínguez (e.p. -b-) va más allá en sus deducciones y concluye que el origen de esta variedad cerámica es común al norte y sur del Duero en tiempos de la Primera Edad del Hierro (ss.VII-VI a.C.), en los focos Soto II proto-vacceo y Sanchorreja II proto-vetón, pero desde esos momentos iniciales se producen procesos diferenciados en cada uno de los ambientes que originan estilos peinados propios y evolucionados independientemente, en concreto en el área proto-vaccea la secuencia sería el peine inciso simple inicial (común al foco Cogotas II), tras éste, el peine mixto barroco con el que se inicia la distinción de estilos, y finalmente el peine impreso simple, típicamente vacceo y singular con respecto al vetón, en el que siguen predominando los frisos incisos <figura 19>. Para este autor los contactos entre ambos focos meseteños serían intensos, pero no caracterizados por la expansión migracional masiva de gentes de Cogotas II hacia el Duero (los transmisores de la facies Cogotas IIa a los vacceos) como se estaba asumiendo, sino por la transmisión de estilos artísticos e influjos culturales -en ellos la cerámica peinada sería uno entre varios, otros vendrían difundidos vía meridional por las rutas de penetración protohistóricas hacia el norte a través del filtro cultural que representa el territorio vetón, como ya veremos- que se intercambian y adaptan dentro de un proceso evolutivo. Desde esta nueva perspectiva, con la que coincidimos en general, parece poco adecuado seguir pensando, por lo tanto, en un hiato estandarizado entre la Primera y la Segunda Edad del

Hierro, en una fase de transición concretada (Cogotas IIa) y en la modalidad peinada como patrón cerámico de inserción cultural en la Segunda Edad del Hierro.

Respecto a las modificaciones en el hábitat, las pautas ofrecen menos dudas: desde un momento poco determinado que acaso haya que remontar a las postrimerías del Soto II pero que se prolonga sin interrupción en los siglos siguientes, se tiende a la reducción de poblados y a la concentración masiva de la población en varios enclaves -de raíz soteñá- cada vez más fortalecidos (San Miguel, 1989; *id.*, 1993: 24-31; Sacristán, 1989; Almagro Gorbea, 1994: 40-41). Su resultado es el conjunto de *oppida* vacceos, *civitates* desde el punto de vista histórico, cuyas características serán esbozadas más adelante. En el transfondo de estos cambios, más de *continente* que de *contenido*, hay que ver la proyección de nuevas pautas de control y explotación territorial, de organización social y de modelos económicos deducidos entre otras cosas por las relaciones con el exterior, y no tanto la instauración de una base étnica nueva de sello foráneo.

Ahora bien, ¿desde cuándo nos es lícito hablar de vacceos? A tenor de lo argumentado, somos de la opinión de que la continuidad a grandes rasgos es la característica esencial de la ocupación durante el Ier milenio a.C. en el Duero medio (Delibes/Romero, 1992: 255-256; Romero/Jimeno, 1993: 200). Evolución sin clara ruptura y homogeneidad definen por tanto el *esqueleto* soteño del posterior *cuerpo* vacceo. Sin detallar una fecha concreta nos inclinamos, como otros autores ya lo han hecho (Domínguez Monedero, 1986-87: 476-477; Sacristán, 1994: nota nº1; Burillo, 1993a: 236), a considerar el episodio soteño como una antesala directa del mundo vacceo. No hay que forzar las fuentes hasta un punto irreal y por ello no afirmaremos que las gentes del Soto son vacceos en un sentido histórico -aunque para ser objetivos, tampoco debe sostenerse irrefutablemente lo contrario, desmentido por el registro arqueológico que ya evidencia una identidad cultural para esos momentos-, pero sí que actúan como sus precursores primeros, a los que nos referiremos con el término menos comprometido de proto-vacceos<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Hace bien poco se ha cuestionado este entronque directo de los vacceos con el horizonte soteño (Delibes *et alii*, 1995a: 91), para reforzarse en la idea de que la identidad cultural vaccea es incuestionable pero su origen no parece remontar al s.V a.C.: "con ello manifestamos nuestras reticencias a considerar al solar vacceo como un área primero *cogotizada* y luego *celtiberizada*, defendiendo un papel, sin duda singular por su neurálgica situación en el centro de la meseta, de una *cultura vaccea* que sería el resultado de un proceso acumulativo, sin solución de continuidad, probablemente iniciado con la desintegración del mundo de Soto y truncado por la romanización. Evidentemente esa cultura vaccea sería deudora y acreedora de influjos culturales diversos, tanto de vettones, como de arévacos, pero en



## I-2.4 REGISTRO ARQUEOLÓGICO

El estudio arqueológico de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca media del Duero es uno de los campos que mayor avance ha desarrollado en los últimos años. Una explicación se halla en la labor de pioneros investigadores de la talla de F. Wattenberg, sin cuya dedicación a *desenterrar* el pasado de un cuantioso espacio de la meseta norte no se podrían imaginar los resultados tan significativos que la investigación de la protohistoria de esta región nos ha brindado sobre todo en los últimas dos décadas<sup>28</sup>. Pero otra poderosa razón estriba en que, una vez sacado a la luz el depósito material, su testimonio se caracteriza por una homogeneidad y una tipología cultural tales, que convierten a la arqueología del Hierro II de esta zona en el atuendo exterior de una cada vez más y mejor definida personalidad vaccea.

Siguiendo el orden que empleamos para el registro arqueológico vetón, a continuación detallamos el inventario de los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro suficientemente conocidos, que en justa medida podemos calificar de vacceos. En primer lugar los poblados y después las necrópolis se presentan siguiendo la ordenación alfabética por provincias actuales que forman parte del antiguo solar vacceo (Burgos, Palencia, Segovia, Valladolid y Zamora). Contemplamos las mismas categorías en la presentación de los yacimientos que dispusimos en el inventario arqueológico de los vetones por las mismas razones que allí se justificaron. Igualmente los objetivos en la revisión e inclusión de esta documentación arqueológica (el inventario de yacimientos al que sigue las características generales de la cultura material) son idénticos: disponer del contexto material adecuado

---

gran medida también de turmogos o autrigones, lo que vendría a transformar la visión de una cultura vacceo-arévaca” (Delibes *et alii*, 1995a: 96). Coincidimos con esta *reivindicación* cultural de lo vacceo, pero no vemos desacertado remontar sus cimientos al momento soteño.

<sup>28</sup> Al hito en que se ha convertido la obra de Wattenberg (1959) sucedieron las cartas arqueológicas de la provincia de Valladolid de P. de Palol y F. Wattenberg (1974) y de T. Mañanes (1979; *id.*, 1983). La labor de investigación, con lógicos cambios de ritmo, ha sido continua durante toda la segunda mitad del s.XX, y se ha visto culminada en nuestros días con la acertada y oportuna publicación por parte de la Junta de Castilla y León de dos monografías sobre la arqueología vaccea, la editada por F. Romero *et alii*, 1993 como homenaje al la persona y obra de F. Wattenberg, y su prolongación, el trabajo conjunto de G. Delibes *et alii*, 1995, con dedicación precisa a la arqueología y medio-ambiente. Debe subrayarse por igual la gran labor realizada desde la Universidad de Valladolid, con una proyección arqueológica directa y sistemática en numerosos yacimientos, desde los tiempos de D. Cayetano de Mergelina, más tarde S. Rivera Manescau, F. Wattenberg, G. Nieto Gallo, P. de Palol, A. Balil, M. A. García Guinea, y en años sucesivos R. Martín Valls de la Universidad de Salamanca, G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero, A. Esparza, también en Salamanca, C. García Merino, T. Mañanes ... y tantos otros que llegan a nuestros días (C. Sanz, L.C. San Miguel, Z. Escudero, J.D. Sacristán, J. Celis, etc.). Buena parte de los trabajos de estos autores encontraron un marco ideal en la publicación de la misma universidad, el *Boletín de Estudios del Seminario de Arte y Arqueología*.

sobre el que situar la forma y adecuar el fondo de la interacción cultural que esta identidad de la meseta occidental establece con el exterior en época prerromana.

## **A- INVENTARIO DE YACIMIENTOS**

### **a) POBLADOS**

#### **PROVINCIA DE BURGOS**<sup>29</sup>

##### **- Castrojeriz (Burgos)**

---

###### **BIBLIOGRAFÍA**

Abásolo, 1978: 19-24; Abásolo/Ruiz Vélez, 1978; Abásolo *et alii*, 1983

###### **LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 42°17'20" lat.N.-0°27'10" lat.N.

El yacimiento descansa sobre un cerro testigo surcado por varios arroyos en el extremo de una amplia vega formada por los cursos del Odra y Pisuerga en un punto centro-occidental de la provincia burgalesa, que marca por otra parte el extremo noreste del espacio cultural vacceo, en confluencia con la región turmoga. El hábitat protohistórico ocupa el cerro del Castillo y sus laderas orientales hasta el monasterio o colegiata de Ntra. Sra. del Manzano.

###### **CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

Tras una serie de prospecciones se llevaron a cabo trabajos de excavación a finales de los años 70 en el cenizal de la finca del Tercio junto a la colegiata, dirigidos por J.A. Abásolo. Desde antes se sabía que junto al castillo se extendía el antiguo castro de la Edad del Hierro, con una superficie de 2,5 Ha que en algunos puntos dejaba ver restos de la antigua muralla. Pero nada se sabe de sus estructuras por la ausencia de excavación. Sin embargo, la ocupación de Castrojeriz debe llevarse al menos al Hierro I, por la verificación de materiales de tipo Soto, si no a tiempos del Bronce Final. De la superficie procede un cuantioso volumen de cerámica, especialmente a mano con motivos impresos (a muelle), incisos a peine, acanalados y con cordones, y también pintados del tipo celtibérico, que marcan una cronología que va desde el s.IV a.C. hasta el s.I a.C. Son representativas las bolas cerámicas decoradas y los vasos trípodas. La excavación del cenizal deparó una estratigrafía amplia con muchos niveles, datables a partir del s.II a.C., que ofrecían abundantes fragmentos, sobre todo de cerámica celtibérica, revueltos y mezclados con restos faunísticos, algunos elementos de hierro (fíbula anular) y figurillas de barro, todo ello interpretado como un cúmulo de desperdicios de la fase celtibérica del asentamiento. A partir del s.III a.C. el yacimiento parece ampliarse desde la zona más alta del cerro hacia las laderas, trasladándose su población tal vez en época sertoriana al llano, pues es allí donde aparece el mayor volumen de material romano. Abásolo sugiere identificar este centro con la ciudad de *Segisama* citada por Ptolomeo (II, 6, 49).

**CLAVE:** 26

---

<sup>29</sup> Otros yacimientos de esta provincia enmarcables en el período que estudiamos, pero con un conocimiento muy escaso y/o asentados en la confluencia del territorio vacceo con ámbitos vecinos: Adrada de Haza, Melgar/Osorno, Pinilla Trasmonte, Olmillos de Sasamón, un gran castro con defensas de 26 ha. en territorio turmogo, Solara, Tardajos, los dos últimos en la zona turmogo-arévaca, La Vid y Villavieja de Muñó (Abásolo, 1974; *id.*, 1978; Sacristán/Ruiz Vélez, 1985; Sacristán *et alii*, 1995).

**- Roa de Duero (Burgos) <figura 15 A>****BIBLIOGRAFÍA**

Abásolo, 1975: 144-148; Sacristán, 1986a; T.I.R., K-30: 189-190.

**LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 42°35'50"lat.N.-9°20'30" long.W.

En un punto suroeste de la provincia burgalesa, al oriente de la cuenca media del Duero y muy cercano a la confluencia del río Riaza, se halla el municipio actual de Roa a una altura aproximada de 800 m., sobre uno de los últimos escalones del páramo de Cerrato con forma de muela, que configura la llamada Tierra de Roa. El yacimiento se extiende por todo el subsuelo de la actual población, en la orilla derecha de Duero, y *cuelga* directamente sobre un punto del río donde éste es vadeable, dominando visulamente una amplia panorámica.

**CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

Hasta no hace muchos años las noticias sobre Roa se limitaban a su identificación con la ciudad vaccea de *Rauda*, una *mansio* situada entre *Pintia* y *Clunia* en la vía que unía *Asturica Augusta* con *Caesaraugusta per Cantabria*, ecuación que desde tiempos remotos quedó registrada y de la cual no existen dudas, y a la aparición de un tesoro en 1947 con denarios y joyas. A partir de 1976 se han emprendido, de la mano de J.D. Sacristán, prospecciones sistemáticas con una atención precisa a las obras realizadas en el interior de la población que han ampliado considerablemente el conocimiento arqueológico, principalmente de la Edad del Hierro, de este señalado enclave localizado en un área de transición de dominio vacceo-arévaco.

La ocupación primera de Roa debe adscribirse al horizonte Soto II de la Primera Edad del Hierro, en el que se integra perfectamente. La extensión de esta fase abarcaría el noreste de la muela de Roa, sobre una superficie de 4,5 has. Apenas si se han recuperados vestigios de este momento. El dato más notable, además de la abundante cerámica de tipo soteño y escasos fragmentos metálicos, es la estructura de una planta circular y la presencia de enterramientos infantiles bajo las casas. En opinión de Sacristán no se documenta una fase de transición entre Soto II y los niveles celtibéricos, sino que la conexión parece directa. Precisamente cuando aparece la fase celtibérica en Roa, lo hace plenamente conformada y madura. El momento mejor representado corresponde a la etapa celtibérica clásica o plena (desde mediados del s.III a.C. a la primera mitad del I a.C.). Es ahora cuando parece acontecer un desarrollo urbano considerable, alcanzando la superficie del yacimiento 14 ha densamente pobladas; a lo que hay que sumar la constatación de áreas dependientes o yacimientos satélites del tipo de los ocho cenizales localizados y un posible centro alfarero ubicado al otro lado del río. A pesar de que no se han excavado estructuras completas, se atestigua el uso exclusivo del adobe en la construcción de las casas y la presencia de pequeñas cuevas o semisótanos bajo alguna de ellas. La cerámica pintada celtibérica afluye con gran riqueza de tipos y motivos, de igual forma que la cerámica común. Junto a ésta, la presencia de molinos pétreos, afiladeras, hachas y, con otra significación, denarios ibéricos (agrupados en dos tesorillos, el ya comentado de 1947 y otro descubierto en circunstancias poco claras en 1980), nos hablan de la riqueza arqueológica de este centro vacceo. La etapa celtibérica de esplendor parece llegar a su fin en las primeras décadas del s.I a.C., tal vez en época sertoriana, que es cuando se registra un nivel de incendio. Sin embargo la vida del núcleo continúa con la reconstrucción del hábitat y el desarrollo de la llamada fase celtibérica tardía, puesta de manifiesto sobre todo por un tipo peculiar de producción cerámica, pintada de tradición indígena en momentos de romanización inicial. A partir del cambio de era se van introduciendo modelos propiamente romanos (vasos de paredes finas, fragmentos de campaniense, moneda romana, *terra sigillata*...) hasta llegar al s.II d.C. En las postrimerías de ese siglo se apaga la luz de la documentación arqueológica de *Rauda* hasta tiempos altomedievales; aunque las razones no están del todo esclarecidas, la transformación del modelo de ocupación del espacio, con el nuevo predominio de las explotaciones tipo *villae*, parece funcionar como base explicativa.

**CLAVE:** 27

## PROVINCIA DE PALENCIA<sup>30</sup>

### - Palenzuela (Palencia)

#### BIBLIOGRAFÍA:

Castro García, 1970; *id.*, 1973; *id.*, 1977: 102-146; Crespo/Sagredo, 1979-80: 134-136; Martín Valls, 1984: 36

#### LOCALIZACIÓN

La tierra de Palenzuela forma parte del sureste de la provincia palentina, en las estribaciones orientales del páramo del Cerrato. El yacimiento prerromano ocupa el cerro despoblado que se erige sobre la villa actual, en la zona de los picos de La Guardia y la Mora y se extiende por la llanura hasta alcanzar el río Arlanza que le sirve de barrera meridional. A escasa distancia se produce la confluencia de aguas del Arlanza y el Arlanzón, en un punto de frontera natural entre las tierras de vacceos y arévacos.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Hace más de veinticinco años que L. de Castro García propuso su identificación con la histórica *Pallantia*, asaltada repetidas veces por Roma en las guerras numantinas, diferenciándola así de la *Pallantia* romana, bajo el solar de la actual Palencia. Y desgraciadamente es poco más lo que se puede decir de este enclave. Permanece sin excavar y su conocimiento es más que marginal. Hay restos del trazado de una muralla irregular pero bastante potente sobre la ladera que baja de la zona más alta o acrópolis, tal vez el núcleo inicial del asentamiento protohistórico o quizá una especie de atalaya de refugio y defensa ocasional que no tuviera carácter residencial permanente. El yacimiento parece tener una amplia extensión a tenor de la topografía y los hallazgos en superficie, tal vez más de 50 Ha pero mal definidas<sup>31</sup>. En prospecciones particulares se localizaron algunos cimientos de edificaciones rectangulares, arranques de paredes, con basamentos de piedra y adobe y algunos silos, si bien se desconoce el momento al que pertenecen. Nos han llegado noticias de hallazgos sin contexto: trigo calcinado, pendiente de oro, empuñadura de plata, fíbulas, numerosos y variados fragmentos cerámicos, canicas de barro, molinos pétreos, fusayolas, restos oseos..., entre abundantes cenizales. En 1945 se encontró de forma casual un tesorillo compuesto por más de 2.000 denarios ibéricos contenidos en una vasija cerámica.

Se piensa que la ciudad fue destruida y abandonada en época sertoriana (72 a.C.), con el traslado de parte de su población a la nueva *Pallantia* en Palencia. García Castro insiste en la no presencia de huella romana y en un nivel de incendio, bien constatado en su opinión.

CLAVE: 28

### - Paredes de Nava (Palencia)

#### BIBLIOGRAFÍA

Nieto, 1941; *id.*, 1943

#### LOCALIZACIÓN

En el llamado "Páramo de la Ciudad" o simplemente "La Ciudad", al noreste de la actual población, en un pequeño cerro distribuido en varios tesos se halla el yacimiento. La zona

<sup>30</sup> Otros yacimientos de esta provincia enmarcables en el período que estudiamos, pero con un conocimiento muy escaso y/o asentados en la confluencia del territorio vacceo con ámbitos vecinos: Carrión de los Condes, Cerro de San Pelayo en Castromocho, con niveles principalmente del Hierro I (Lión, 1993), Cisneros, Cerro de la Miranda junto a la capital (un pequeño centro de 2,25 ha. con funcionalidad específica de control de la vega del Carrión), en frente el Pico del Tesoro, otro castro sin excavar del Hierro II del que se han dado a conocer algunos materiales cerámicos (Alonso Domingo, 1990), Saldaña, Tabanera de Cerrato, Valdecañas de Cerrato y Vertabillo (Crespo/Sagredo, 1979-80; Martín Valls, 1984; Sacristán, 1994; Sacristán *et alii*, 1995).

<sup>31</sup> Castro García (1973: 448) asigna a *Pallantia* una superficie amurallada de más de 100 Ha (70 Ha pobladas y 40 Ha despobladas), dato que nos parece exagerado sobre todo por el escaso conocimiento directo del yacimiento.

constituye una de las ondulaciones del páramo de Torozos en su lineado final no muy alejada del río Carrión.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Gratiniano Nieto llevó a cabo varias campañas de excavación en los primeros años de la década de los cuarenta de las que ofreció noticias puntuales sobre los hallazgos producidos en distintas árcas (Los Silos, La Plaza, etc.). Los resultados fueron poco relevantes en cuanto a la aparición de estructuras, pero sacaron a la luz un volumen cuantioso de piezas diferentes, que ya habían empezado a ser recogidas en la superficie desde bastante años atrás por parte de coleccionistas. Abunda la cerámica a mano, lisa o decorada principalmente con incisiones, la cerámica pintada celtibérica, objetos metálicos diversos, en especial mangos de cuchillo, fíbulas y colgantes, y también algunas joyas, caso de los pendientes áureos estudiados por Palol (Palol, 1963). De Paredes también proceden dos conocidas téseras de hospitalidad, sobre las que volveremos más adelante. El conjunto ergológico recuperado da pie a hablar de una romanización más bien leve, a tenor de ciertos materiales imperiales. Prácticamente nada se sabe de la ocupación inicial de Paredes de Nava, ni de su evolución posterior. Sin duda es uno de emplazamientos de la cultura vaccea más necesitados de estudio arqueológico, no en vano durante bastante tiempo se pensó que se trataba del lugar de la antigua *Intercatia*.

CLAVE: 29

---

#### **- Tariego de Cerrato (Palencia)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Wattenberg, 1959b; Castro García, 1974; *id.*, 1975a; *id.*, 1975b; Castro García/Blanco, 1975

#### LOCALIZACIÓN

Junto a la orilla izquierda del Pisuerga, cerca ya de su confluencia con el Carrión, en la falda occidental de un cerro, desbordando la actual población de Tariego. El yacimiento queda enmarcado entre el curso del Pisuerga y el borde occidental del páramo de Cerrato.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Se trata de un *oppidum* del Hierro II romanizado, con una extensión aproximada de 20 Ha. No existe una labor continuada de investigación, tan solo se emprendieron sondeos parciales en las décadas de los 50 y 70 reveladores de una sucesión de niveles celtibéricos y romanos bastante revueltos. No se documentan materiales anteriores al s.IV a.C., lo cual dificulta admitir la existencia de un poblado anterior del tipo Soto. Acaso haya que ver en el centro vacceo de Tariego el ejemplo de una aglutinación de hábitats dispersos en la transición del Soto II. Si los restos de estructuras son muy escasos (cabe destacar la aparición de muros de adobe, y debajo de uno de ellos el descubrimiento de una inhumación infantil), no lo son los hallazgos de cerámicas a mano y celtibéricas, técnicas que conviven durante un tiempo, como indican dos vasos enteros procedentes de una habitación, bolas de arcilla, útiles líticos, molinos, fíbulas y de otras piezas metálicas singulares como cuhillos o fragmentos de cinturón en bronce. Son evidentes las señales de romanización del hábitat, con una ocupación que se extiende al menos hasta el siglo III.

CLAVE: 30

---

## PROVINCIA DE SEGOVIA<sup>32</sup>

### - Coca (Segovia)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Schulten, 1928; Barrientos, 1935-36; Blanco García, 1986; *id.*, 1987; *id.*, 1988; *id.*, 1992; *id.*, 1993a; *id.*, 1993b; Romero Carnicero *et alii*, 1993; T.I.R., K-30: 90

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°14'30" lat.N.- 4°32'10" long.W.

El emplazamiento corresponde a una pequeña meseta en la horquilla que forman los ríos Eresma y Voltoya en su confluencia. Es uno de los escasos pero más representativos escenarios vacceos al sur del Duero. Los restos protohistóricos y romanos descansan bajo los cimientos del actual conjunto urbano.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La ubicación de este hábitat en una franja meridional del ámbito vacceo determina su apertura a una serie de influencias meridionales que llegan a través del Sistema Central. La riqueza arqueológica e histórica de la antigua *Cauca* están sin embargo muy acotadas por una labor de excavación en verdad minoritaria para la singularidad del lugar. En los años 30 se programaron trabajos de campo iniciales dirigidos por Barrientos que fueron trastocados por el estallido de la Guerra Civil española. Desde entonces se han sucedido estudios de divulgación general o de materiales aislados hasta que en los años 80 se iniciaron excavaciones a base de sondeos parciales en distintas partes de la ciudad y en sus proximidades (especialmente en Los Azafranales y en la zona del cementerio).

La extensión del conjunto moderno de Coca dificulta el conocimiento estratigráfico de sus niveles más antiguos. El momento mejor detectado es el tiempo vacceo del Hierro II, pero existen señales de ocupación desde al menos tres siglos antes, tal y como indica el conocido jarrito orientalizante aquí aparecido y otros hallazgos aislados datables en la Edad del Bronce. Schulten pensaba que la extensión original de la ciudad (en verdad del espacio comprendido en el interior de la muralla, hoy ignota) era de 7 Ha, pero actualmente se piensa que pudo alcanzar las 20 Ha hacia el s.II a.C. De tanto en tanto se redescubren restos de cimientos y arranques murarios cuando se producen desprendimientos, en especial en zonas como el barrio de Los Azafranales, donde se ha querido identificar un complejo alfarero vacceo. Mucho más significativos son los hallazgos cerámicos, sobre todo piezas peinadas bastante tempranas, estampilladas de distinto tipo, poco después pintadas y a torno junto a otras de barniz rojo que nos hablan de una temprana iberización del lugar, y cerámicas grises estampilladas de fuerte arraigo en esta zona. Desde bastante años atrás se sabe de la aparición de objetos en oro y plata, como una fíbula, otros alfileres de bronce, fusayolas, bolas de barro, cuentas de collar, armas sin contexto y un número alto de numerario de cecas indígenas del noreste y monedas romano-republicanas bastante tempranas. La romanización plena de la comunidad vaccea de *Caua* y su fuerte impulso en tiempos bajoimperiales están suficientemente documentados.

CLAVE: 31

---

### - La Cuesta del Mercado, Coca (Segovia)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Blanco García, 1994

#### LOCALIZACIÓN

---

<sup>32</sup> Otros yacimientos de esta provincia enmarcables en el período que estudiamos, pero con un conocimiento muy escaso y/o asentados en la confluencia del territorio vacceo con ámbitos vecinos, en este caso arévacos: Montejo de la Vega y San Miguel de Bermuy (Barrio, 1990; Sacristán *et alii*, 1995).

Coordenadas: 41°15'00" lat.N.- 4°32'50" long.W.

Este nuevo poblado se halla frente a Coca, tan solo a un kilómetro en dirección norte. Se levanta en una especie de islote entre el Eresma y un meandro fósil que conforma una superficie amesetada.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La acusada vecindad con Coca introduce un interrogante sobre el funcionamiento de este castro sin excavar y conocido desde hace tiempo, cuya topografía sugiere la existencia de foso y empalizada. Los primeros autores que estudiaron el pasado de Coca situaban en la Cuesta del Mercado el emplazamiento de la *Cauca* prerromana. Blanco García difiere de esta opinión y contabiliza dos poblados protohistóricos. El de la Cuesta del Mercado tal vez fuera anterior al de *Cauca* pues de sus inmediaciones proceden materiales del Bronce. El poblamiento parece continuo desde el Bronce Final hasta las postrimerías de la Edad del Hierro, en concreto el abandono del hábitat es datado por este autor a mediados del s.I a.C., acompañado por el traslado de la población a la actual Coca con un auge notorio en aquellos momentos. Así, hasta el momento no se documentan cerámicas celtibéricas policromas, todo lo más monocromas iniciales y otras a mano que recuerdan las del horizonte Cogotas II, en especial las muestras de peine inciso y la combinación con el impreso; igualmente hay presencia de cerámicas grises estampilladas, fusayolas, fibulas de distinto tipo, piezas de cinturón en bronce, algunas herramientas agrícolas en hierro y fragmentos de molinos pétreos, conjunto material que señala un momento álgido de ocupación entre los ss.V-II a.C. En cualquier caso, debió existir una clara interrelación entre este hábitat y el de *Cauca*, pudiendo actuar la Cuesta del Mercado como núcleo secundario de población o foco de actividad artesanal y comercial. Sin embargo hasta que no se avance en su investigación arqueológica no podremos pasar del campo de la conjetura. Un dato interesante es el proporcionado por el topónimo del lugar, que hace referencia al hecho de que desde 1466 en sus inmediaciones se ubicó el mercado franco que Enrique IV concedió a la ciudad de Coca. La idea de ver en esta acción la conexión con viejas prácticas comerciales de larga tradición en este mismo punto no deja de ser hipotética y como tal aquí la presentamos

CLAVE: 32

---

### **- La Plaza del Castillo, Cuéllar (Segovia)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Barrio, 1983; *id.*, 1986-87; *id.*, 1993

#### LOCALIZACIÓN

El hábitat prerromano de Cuéllar se asienta sobre un escarpe calizo próximo a los 900 m. de altitud, sobre el eje fluvial Cerquilla-Cega, desde donde se domina la planicie de los arenales inmediatos de esta región del noroeste de la provincia de Segovia. Sobre el asentamiento prerromano se superponen las fases medieval y moderna del actual municipio, lo que obstaculiza precisar los límites del poblado protohistórico, que debió abarcar aproximadamente las 7 ha. de la ciudadela medieval cercadas por un primer círculo de muralla.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Las intervenciones arqueológicas, condicionadas por el trazado urbano moderno, se han sucedido desde 1982 hasta los años noventa bajo la dirección de J. Barrio. El conocimiento, un tanto sesgado, de este núcleo poblacional vacceo próximo al ámbito arévaco queda recompensado por el descubrimiento de la necrópolis de San Andrés de las Erijuelas, asociada al poblado, que ha proporcionado abundante material cerámico de gran interés.

La ocupación revelada en el registro estratigráfico de la Plaza del Castillo muestra un desarrollo ininterrumpido desde la facies Soto del Hierro I, aproximadamente el s.VII a.C., hasta inicios del s.I a.C., a través de la sucesión de cinco grandes fases o *poblados*. En los primeros niveles aparecen las plantas de cabañas circulares, con huellas de postes y construcciones de adobes que caracterizan el horizonte soteño de la cuenca del Duero. A partir del s.VI a.C. las plantas rectangulares y cuadrangulares se imponen, acompañadas de novedades como la presencia de

estucos pintados y de inhumaciones infantiles bajo el suelo. El material cerámico contempla el desarrollo ya de la variedad a peine en un momento temprano, dando paso a la controvertida fase Cogotas IIa de la Segunda Edad del Hierro -reconocida por J. Barrio. Merece destacarse la presencia de influjos meridionales a través del registro de cerámicas pintadas post-cocción y de las primeras muestras de cerámica torneada importada de la región meridional, en un momento de tránsito del s.VI al V a.C.

La Segunda Edad de Hierro se corresponde con los *poblados* III-V, el último de ellos de plena fase celtibérica. A partir del s.V a.C. parece introducirse el material pétreo en las construcciones, empleado en zócalos de sillarejo, mientras que los alzados siguen realizándose con tapial y adobe; es también a partir de estos momentos cuando se percibe cierto trazado urbano en progresivo desarrollo. La cerámica a peine se incrementa, con piezas más evolucionadas y barrocas en las que se combinan puntillados, acanaladuras, estampillados..., perdurando incluso hasta los momentos finales de ocupación. En la fase de transición hacia la cultura celtibérica que representa el s.IV a.C., se constatan las primeras cerámicas típicamente celtibéricas de producción local, fruto probablemente de contactos con la zona celtibérica oriental según su excavador. Los molinos circulares de doble piedra también hacen acto de presencia antes del s.III a.C. La última fase es plenamente celtibérica. En ella abundan las cerámicas celtibéricas clásicas, junto a pervivencias de decoraciones a peine, y son frecuentes los silos de almacenaje. Hasta el presente no existen en Cuéllar indicios de romanización, suponiéndose la interrupción del poblamiento vacceo en el s.I a.C. con la penetración del contingente romano.

CLAVE: 33

---

## PROVINCIA DE VALLADOLID<sup>33</sup>

### - Sieteiglesias, Matapozuelo (Valladolid)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Palol/Wattenberg, 1974: 93-95; Mañanes, 1979: 80; Mañanes, 1983: 145; Bellido/Cruz, 1993

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°26'25" lat. N.-4°45'10" long.W

En el espigón fluvial que forman los ríos Adaja y Eresma, sobre el pago llamado Sieteiglesias, se halla este yacimiento de la Edad del Hierro, próximo a los de Medina del Campo y Almenara de Abajo, que queda protegido en tres de sus cuatro lados por los escarpes de los ríos que lo flanquean. Se trata de uno de los pocos yacimientos situados en las superficies llanas de la tierra de Medina, una plataforma detrítica similar a las campiñas.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

---

Se sabía desde antiguo de la existencia de cerámicas en superficie de tipo Cogotas II y también pintadas. Palol y Wattenberg llevaron a cabo sondeos de urgencia en la década de los 70 y más recientemente se han reanudado prospecciones arqueológicas en este solar que únicamente han proporcionado información cerámica. La ocupación del yacimiento se abre en el horizonte Soto II,

---

<sup>33</sup> Otros puntos de la provincia con restos superficiales de yacimientos o materiales de la Segunda Edad del Hierro: Aguilar de Campos, Almenara de Adaja, Arroyo de la Encomienda, Becilla de Valderaduey, Bolaños de Campos, Cabezón de Pisuerga, Camporredondo, Castrillo Tejeriego, Castrobal, Castrozeda, Castroponce, Castroverde del Cerrato, Cuenca de Campos, Langayo, Manzanillo, Matapozuelos, Medina de Rioseco, Mudarra, Muriel de Zapardiel, Olivares de Duero, Olmos de Esgueva, Pedraja de Portillo, Piña de Esgueva, Pobladura de Sotiedra, Pozal de Gallinas, Saelves de Mayorga, Santibáñez de Valcorba, Santovenia, Sieteiglesias de Trabancos, Tordehumos, Tordesillas, Torre de Peñafiel, Tudela de Duero, Valderas, Valverde de Campos, Vega de Valdetronco, Villabáñez, Villagarcía de Campos, Villalán de Campos, Villanueva de los Caballeros y Villaviciencia de los Caballeros (Palol/Wattenberg, 1974; Mañanes, 1979; *id.*, 1983; San Miguel, 1993; Sacristán *et alii*, 1995).



hacia el 600 a.C., y se mantiene hasta mediados del s.I a.C. Al primer nivel corresponden las típicas cerámicas del horizonte soteño, poco decoradas. Un poco después se documentan las primeras piezas a peine que conviven con la tradición cerámica anterior aun presente. El material cerámico es abundante en las fases siguientes, con una pervivencia de los motivos a peine que se van barroquizando hasta el inicio de la celtiberización, a los que acompañan las cerámicas estampilladas, algunas ya a torno a partir de los ss.IV-III a.C. Precisamente desde el s.III a.C. las cerámicas pintadas celtibéricas dominan el panorama (algunas en tono rojo vinoso que denota un fuerte influjo ibérico), abarcando esta fase celtibérica hasta mediados del s.I a.C. La escasez de materiales romanos aboga por la no romanización del asentamiento que parece desocuparse, acaso en relación con las guerras sertorianas.

Se ha especulado con la posibilidad de que Sieteiglesias se corresponda con la *mansio* de *Nivaria*, entre *Septimanca* y *Cauca*, si bien la práctica ausencia de elementos romanos obliga a ubicarla en alguno de los poblados romanizados de las proximidades de éste de Sieteiglesias, eminentemente protohistórico.

CLAVE: 34

---

## **- La Mota, Medina del Campo (Valladolid)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

García Alonso, 1986-87; García Alonso/Urteaga, 1985; Seco/Treceño, 1993; *eid.*, 1995.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°18'42" lat.N.-1°13'10" long.W.

Este importante asentamiento de la campiña meridional del Duero se levanta, en terreno que hoy forma parte del cementerio municipal de Medina del Campo, sobre un pequeño cerro amesetado de alrededor de 10 ha. de extensión limitado por el río Zapardiel y el arroyo Adajuela, que recibe el nombre de La Mota. Se trata de un nuevo caso de ocupación prehistórica que llega hasta nuestros días, con singular trascendencia en las épocas medieval y moderna.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El yacimiento se empezó a excavar en 1982 y las intervenciones han proseguido hasta la década de los 90, aunque de forma muy parcial y escalonada. La ocupación mejor testimoniada corresponde a la Primera Edad del Hierro, en concreto al horizonte de Soto II, con una extensión que iría desde el s.VII hasta el s.IV a.C., ya que el momento vacceo pleno de la Segunda Edad de Hierro no se ha documentado en los sectores excavados sin duda por el solapamiento de niveles históricos posteriores sobre la ignota fase celtibérica. Los restos de estructuras se corresponden con muros de tapial y adobe, hogares de formas varias y viviendas que combinan la más representada planta circular con la rectangular y la trapezoidal, en las que se ha conservado restos de muros medianeros y en sus proximidades basureros con gran acumulación de restos faunísticos.

Mayor información proporciona el material cerámico, mucho más abundante por otra parte. Al margen de las típicas cerámicas de tipo Soto características de estos momentos, destaca la presencia de anticipadas decoraciones a peine, grafitadas y pintadas bícromas post-cocción. Asociado a la cerámica soteña hay evidencia de un copioso utillaje óseo (espátulas, punzones, agujas, enmangues...), de pesas de telar y fusayolas y de instrumental metálico, sobre todo en bronce (fíbulas de doble resorte, placas, chapas, agujas...) y también alguna pieza en hierro, por ejemplo cuchillos afalcados, junto a crisoles y moldes de fundición en arcilla. Pero la singularidad de este yacimiento, al menos en lo tocante a nuestro estudio, viene dada por el registro de las primeras cerámicas torneadas de pastas claras y pintura roja, importadas en estas tierras meridionales del Duero medio en torno al s.VI a.C. A estas muestras acompañan otras cerámicas, también a torno, de pastas rosáceo-anaranjadas y pastas grises, además de fragmentos de un ungüentario de pasta vítrea y cuentas igualmente de vidrio; todo ello atestigua la realidad de unos contactos con el sur bastante intensos. Como en su lugar precisaremos, parece, pues, que estos elementos de clara reminiscencia meridional inciden en trazar el desarrollo de un lento proceso de iberización del sustrato indígena, impulsor de la posterior cultura celtibérica, como también se

observa en puntos como Cuéllar o Roa. A ello contribuye el contexto geográfico de Medina del Campo, emplazada en una red de vías naturales y antiguos caminos ganaderos que de hecho, saltando unos siglos en el tiempo, perfilan un enclave de trascendente actividad urbana y comercial en tiempos medievales. No se nos antoja imposible, aunque sí arriesgado por la falta de confirmación directa, pensar en el *oppidum* vacceo de la Mota como en un enclave comercial protohistórico de singular importancia.

CLAVE: 35

---

## **- Melgar de Abajo (Valladolid)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Palol/Wattenberg, 1974: 102-103; Mañanes, 1979: 19-21; Cuadrado Basas/San Miguel, 1993; San Miguel, 1995b; San Miguel *et alii*, 1995

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 42°14'41" lat.N - 5°08'25" long.W.

El yacimiento, situado bajo el actual núcleo urbano y extendido por los pagos próximos de Las Quintanas, Las Cuestas o Ciudad de Cueste, Era Alta, Tardumeros y Las Eras, se localiza al norte de la provincia pucelana, en plena Tierra de Campos, en la margen derecha del río Cea sobre tres espigones formados por la erosión de los afluentes del río.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Contempla esta estación arqueológica una extensa secuencia de ocupación que va desde inicios de la Edad de Hierro, en la zona más elevada -Pago de Las Cuestas o Ciudad de Cueste-, hasta la actualidad. Las primeras noticias se deben a los trabajos de prospección para las sucesivas cartas arqueológicas provinciales. En la década de los 90 se inician labores de excavación, con carácter preventivo, en varios puntos del extenso yacimiento (principalmente en la Era Alta y Tardumeros). El estado actual de conocimiento sobre la Primera Edad del Hierro es bastante marginal (las evidencias no van más allá del descubrimiento de varias estructuras rectangulares de adobe y fragmentos cerámicos revueltos). El poblado parece dinamizarse en la Segunda Edad de Hierro, pues en este momento plenamente vacceo la extensión del lugar llega a sobrepasar las 34 ha., limitadas por una muralla en los flancos más vulnerables. El yacimiento aparece mayoritariamente ocupado por tierras de labor en las que, año tras año, la práctica agrícola erosiona y dispersa los restos de las construcciones que ocuparon el sector oriental, mientras que el centro y occidente del *oppidum* es hoy parte del asiento del pueblo de Melgar. Aunque las señales de romanización son escasas y el núcleo parece abandonarse en ese momento, en la segunda mitad del s.I a.C. se produce una fase de reorganización y nivelación del hábitat, de la que sería la mejor muestra el trazado de una calle de 3,5 m. de anchura empedrada a base de guijarros trabados con argamasa de barro y con aceras también empedradas a ambos lados, en torno a la cual se distribuyen estructuras con plantas circulares y rectangulares. En las construcciones se emplean zócalos de piedra pero se mantienen al mismo tiempo los muros de tapial, tal como indica una vivienda excavada en el barrio de Tardumeros.

La cerámica torneada celtibérica representa el material más abundante (sobre todo las series de círculos concéntricos acompañados de franjas de líneas verticales y horizontales). Acompañan hallazgos de cerámicas a mano, canicas de arcilla y varias piezas metálicas de bronce (aros, varillas, alguna fibula hispánica, etc.).

CLAVE: 36

---

## **- Cerro del Castillo, Montealegre (Valladolid)**

---

### **BIBLIOGRAFÍA**

Palol/Wattenberg, 1974: 104-105; Mañanes, 1983: 20; Balil/Martín Valls, 1988; Heredero, 1993; *id.*, 1995; T.I.R., K-30: 153-154.

### **LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 41° 54'14" lat. N.-4° 53'58" long.W.

Al norte de la provincia de Valladolid, en una zona limítrofe entre el Páramo y la Tierra de Campos se levanta el municipio de Montealegre, en las laderas de cuyo castillo se asienta el primitivo núcleo de población prehistórico que se extendió con posterioridad por el actual recinto urbano. Se trata de un cerro amesetado que no supera los 800 m. de altitud, desde el cual se dominan las llanuras de Tierra de Campos al sur, a la vez que supone un fácil acceso a los recursos agropecuarios de la región, en especial el excelente aprovechamiento cerealístico de sus campos.

### **CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

Las prospecciones e intervenciones arqueológicas se han sucedido desde bastante años atrás, aunque parcial y superficialmente. La ocupación del asentamiento se inicia en la Primera Edad del Hierro, conservándose únicamente de este momento numerosos restos cerámicos de adscripción soteña y los cimientos que adivinan una muralla de adobe en el nivel más antiguo. Continúa en época celtibérica, ampliándose el hábitat en las fases romana y medieval, momento este último en que se levanta el castillo, cuyo solar da asiento al enclave protohistórico. Un nuevo sector del yacimiento romano fue excavado no hace muchos años por M. Rojo, dando como singular resultado el hallazgo de la conocida tésera de hospitalidad de Montealegre.

A la etapa celtibérica corresponde la mayor información arqueológica. La extensión de la ocupación abarca alrededor de las 60 ha., lo que lleva a hablar de Montealegre como de uno de los núcleos vacceos más extensos conocidos al día de hoy. Debíó configurarse como un importante centro político, tal vez con función militar al principio, que creció y se desarrolló sobre todo a través de la explotación cerealística de su entorno. La información arqueológica es muy sesgada, debido a la erosión de la superficie y a la sucesión prolongada de la ocupación histórica. Se conocen restos de viviendas de la Segunda Edad del Hierro en dos sectores alejados entre sí que, paradójicamente, presentan plantas totalmente diferenciadas. En la zona del Cerro del Castillo/La Quemada se exhumaron dos estructuras de planta circular con cimientos pétreos sobre los que parecen levantarse muros de adobe, con cubierta vegetal. Una de ellas presenta en su interior varios poyetes de arcilla, un depósito o pozo hundido en el centro de la estancia, cubierto de semillas, huellas para las vigas de madera y abundantes fragmentos de cerámica celtibérica correspondientes a grandes vasijas contenedoras, además de numerosos restos de semilla y grano esparcidos por la estancia. Todo ello da pie a interpretarlo como un silo o almacén que formaba parte de una vivienda de planta circular a la cual se adosa, en un momento posterior de crecimiento urbano anárquico. En la zona conocida como La Aguilera, próxima a la ocupación romana, se descubrieron los muros de varios hábitats de planta rectangular, contruidos con paredes de tapial sin cimentación previa, y también con techumbre presumiblemente vegetal. Parece que se trata en esta ocasión de una vivienda -de la que se han recuperado suficientes restos cerámicos y de ajuar doméstico: fusayola, aguja ósea, afiladera...-, que fue destruida por un incendio. Curiosamente parece que la ocupación de ambas zonas es sincrónica (los materiales cerámicos, muy similares, se datan en torno a los ss.IV-III a.C.), lo que lleva a reconocer la coexistencia de plantas rectangulares y circulares en el modelo de ocupación vacceo, tal como se está comprobando en otros yacimientos próximos.

**CLAVE:** 37

---

## **- Cuestacastro o Teso del Castro, Mota del Marqués (Valladolid)**

---

### **BIBLIOGRAFÍA**

Velasco/Palol, 1960; Velasco, 1961; Palol/Wattenberg, 1974: 106-107; Mañanes, 1977: 263-264; *id.*, 1983: 22; del Olmo/San Miguel, 1993: 511-513.

### **LOCALIZACIÓN**

A dos kilómetros al suroeste del municipio de Mota del Marqués, a medio camino entre los ríos Bajoz y Hornija, se halla este castro, sobre un cerro testigo amesetado del borde del Páramo de Torozos en su apertura a la Campiña de Villalar.

### **CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

No se han llevado a cabo labores de excavación, sino simplemente zanjas con motivo de una serie de obras a mediados de los cincuenta que depararon material disperso (cerámicas, pesas de telar, fragmentos metálicos, huesos y cenizas) y a partir de los setenta prospecciones con el objeto de documentar la carta arqueológica provincial, como en tantos otros yacimientos vallisoletanos. En los últimos años se ha avanzado en el conocimiento de este asentamiento gracias a la utilización de la fotografía aérea. Precisamente la fotointerpretación ha detectado la existencia de dos recintos, el inferior sobre una suave pendiente de unos 6.556 m<sup>2</sup> aparentemente sin estructuras de hábitat. En el recinto superior parece vislumbrarse la presencia de una muralla, bastante arruinada, tal vez con un foso perimetral. Destaca en su interior el agrupamiento de una treintena de estructuras en dos grandes sectores. En ellos las plantas circulares (con diámetros entre 6-10 m.) conviven con las rectangulares. Llama la atención la planta de un edificio rectangular de 10 por 4 metros, compartimentado en varios espacios de unos 6 m<sup>2</sup>; resulta prematuro aventurar una posible catalogación pública de esta construcción o pensar en distintas estancias de producción artesanal o en depósitos de productos agropecuarios Poco más se puede añadir al escaso conocimiento de este enclave jalonado, por lo demás, por numerosos restos cerámicos de la Primera y Segunda Edades del Hierro y lajas de piedra caliza.

CLAVE: 38

---

## **- Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid) < figura 16 A y B >**

---

### **BIBLIOGRAFÍA**

Palol/Wattenberg, 1974: 111-113 y 115; Mañanes, 1979: 110; *id.*, 1983: 62-63 y 149-199; Sanz/López Rodríguez, 1988; Sanz *et alii*, 1989: 7-15; Sanz/Escudero, 1991; *eid.*, 1995a; Gómez Pérez/Sanz, 1993; del Olmo/San Miguel, 1993: 524-525; T.I.R., K-30: 169.

### **LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 41°37'10" lat.N.-4°10'20" long. W. (Las Quintanas, Padilla de Duero)

A caballo entre los términos municipales de Padilla y Pesquera de Duero, al este de la provincia de Valladolid, se extiende este extenso enclave arqueológico muy representativo para el estudio de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. El área arqueológica supera las 70 ha. que se extienden sobre las dos orillas del Duero, próxima a la confluencia del río Duratón algo más a oriente. Se compone de varios conjuntos arqueológicos. En primer lugar destaca el poblado de Las Quintanas (Padilla del Duero), sobre un meandro del Duero con una superficie de 25 ha. Al otro lado del río Duero, en el pago de Carralaceña, ya en término municipal de Pesquera de Duero, se han descubierto recientemente instalaciones alfareras de época tardo-celtibérica, que pueden interpretarse como un barrio artesanal proyectado en la orilla contraria del poblado de las Quintanas. Al sur, pasado el arroyo de la Vega, se ubica la necrópolis de Las Ruedas, coetánea al poblamiento de Las Quintanas. El conocimiento del horizonte funerario de este extenso asentamiento se ha enriquecido con el novedoso descubrimiento de otra necrópolis en el pago de Carralaceña (Pesquera de Duero) que, al igual que la de Las Ruedas, es presentada en su lugar correspondiente.

## CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Las primeras noticias surgen en 1868, ante el hallazgo fortuito de numerosos restos arqueológicos y la búsqueda de huesos para las industrias de fosfatos que se estaban creando en aquellos años. A principios de siglo se inician las excavaciones de la mano de Hernández y Alejandro (1905-1906), que no serán continuadas hasta los años 1943-1944, por parte de la Universidad de Valladolid, y la década de los setenta en que se reanudan las prospecciones arqueológicas de cara al proyecto de la carta arqueológica provincial. A finales de los años setenta se descubre la necrópolis de Las Ruedas y con ocasión de la aparición del segundo de los tres tesorillos del lugar por acciones clandestinas en una de las viviendas del poblado, en 1985, se procedió a la realización de una campaña de excavación en ese mismo año, proyectada como plan de investigación sistemática sobre el conjunto arqueológico, a la que han continuado otras posteriores en los últimos años (especialmente en los veranos de 1988 y 1989).

El conocimiento arqueológico disponible es todavía bastante exiguo en relación al tamaño del asentamiento. Los rastros de ocupación inicial no están claros; los escasos fragmentos de ajuar doméstico, especialmente cerámico, de la Primera Edad del Hierro no son suficientes para asegurar la continuidad del poblamiento de Las Quintanas desde el horizonte Soto hasta el momento romano, o, por contra, pensar en una multitud de hábitats circundantes del Primer Hierro, como el aledaño en la zona de La Loma, que hacia el s.IV a.C. se agrupan en un hábitat *ex novo* del que nacerá el poblado vacceo. Lo que sí parece viable es que ese s.IV a.C. representa el momento de mayor desarrollo del poblado, secuenciado en varios niveles sucesivos, en una zona llana pero bien defendida seguramente por un recinto murario en todos los flancos (así parece indicarlo la característica sobreelevación del yacimiento con respecto a su entorno y la lectura de la fotografía aérea) abarcando aproximadamente una superficie de 25 ha. En esta fase plenamente vaccea se detecta una ampliación del perímetro urbano, la aparición de edificios de probable carácter público y un desarrollo urbanístico del enclave, con el trazado de calles, barrios y plazas. Conviene subrayar en este sentido el curso de dos grandes vías o ejes ortogonales que alinean la mayoría de las estructuras del interior del hábitat, se cruzan en ángulo recto formando una plazoleta de esquinas redondeadas, y conectan directamente con los tres principales accesos del poblado.

Las viviendas documentadas responden a una tipología de planta rectangular (hasta el momento no se han exhumado estructuras circulares); edificios compartimentados con áreas de trabajo y almacén (graneros en los que han aparecido varios molinos barquiformes) además de las habitacionales, levantados con muros de adobe con entramados de madera. Al menos se detectan tres momentos de destrucción, de los que quedan señales de incendio, correspondiendo uno de los últimos al horizonte sertoriano. Como en tantos otros hábitats vacceos, la cerámica torneada celtibérica supone el material más representativo en volumen numérico y en formas (grandes recipientes de almacenaje procedentes del interior de las viviendas, cuencos, vasitos de perfiles globulares, copas, fuentes, vasos...), con una evolución en los tipos y pastas -cada vez van siendo más cuidadas- que recuerda mucho al caso de Roa (Burgos), donde se encuentran los paralelos más inmediatos. Sin embargo en los niveles más antiguos de la Segunda Edad del Hierro también abunda la cerámica a mano, con un tratamiento bruñido para la cerámica lisa de cocina, y la decorada a peine tendente a la barroquización y acompañada a veces de estampillados.

Se ha descubierto recientemente un centro alfarero ubicado enfrente de Las Quintanas, en la otra orilla del Duero, en el llamado pago de Carralaceña (Pesquera del Duero), que supone una prolongación natural del poblado a partir de un destacado vado fluvial. El área se compone de dos niveles de terraza; el superior definido por la presencia de cenizales y basureros, junto a la necrópolis de Carralaceña, y el inferior, donde numerosas pelias de barro, cerámicas pasadas de cocción y escoriales anunciaron el hallazgo de un importante horno cerámico excavado en los años 1989-91, al que parece corresponderle una cronología en torno a los ss.II-I a.C. En un momento similar se debe situar la ocupación del cerro de Pajares, altozano situado dos kilómetros al sur del enclave del llano, como punto de vigía y control de este destacado *oppidum* y acaso al mismo tiempo como lugar de aprovisionamiento de cantería caliza, muy abundante en ese punto, fundamentalmente para uso cementerial habida cuenta que es en época tardía cuando parece que se pone de moda el uso de grandes lajas pétreas a modo de estelas en la fase romana de la necrópolis de Las Ruedas.

Aunque se sabe de la importancia del núcleo en época imperial, en tiempos visigodos y en la alta Edad Media, de la que se ha descubierto un cementerio al suroeste del poblado de Las Quintanas, los restos constructivos posteriores al cambio de era son ciertamente escasos. Ya se ha comentado en otro lugar la identificación de este núcleo -o del aldeaño Cerro de las Pinzas- con la *mansio* de *Pintia*, ecuación en la que se ha insistido con fuerza en los últimos años. La posición estratégica del poblado de Las Quintanas sobre el curso medio del Duero explica la presencia de contactos culturales y comerciales de vía múltiple con otras áreas peninsulares, como más adelante se observará.

CLAVE: 39

---

### **- Pago de Gorrita (Valladolid)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA:

Mañanes, 1983: 82 y 128; Abásolo/Pérez Rodríguez, 1980

#### LOCALIZACIÓN:

Coordenadas: 41°41'20" lat.N.-4°02'10" long.W.

El yacimiento se sitúa prácticamente en la confluencia del Pisuega con su tributario el Esgueva, sobre un cerro con orientación norte-sur, a tres kilómetros de la capital del Pisuega. Se trata de una zona de transición entre los páramos de Torocho y los del Cerrato meridional.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Asociado cronológica, tipológica y geográficamente con el Soto de Medinilla, su conocimiento es mucho menor. Sobre su superficie, unas 4 Ha, únicamente se han realizado prospecciones a finales de los años 70 que depararon el hallazgo de un casco en bronce del tipo Montefortino. La fecha inicial del poblado parece fijarse hacia el 650 a.C., con un desarrollo que a pesar de las muchas lagunas parece continuado hasta tiempos celtibéricos clásicos. Así lo demostrarían el hallazgo en superficie de abundante material cerámico que oscila desde prototipos soteños, pasando por variedades incisas a peine, hasta producciones pintadas celtibéricas que alcanzan prácticamente el cambio de Era. Con relativa asiduidad aparecen adobes dispersos, molinos de vaivén y circulares, restos faunísticos y utillaje metálico agrícola.

CLAVE: 40

---

### **- Simancas (Valladolid)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Agapito y Revilla, 1929; Rivera, 1949; Palol/Wattenberg, 1974: 143-159; Wattenberg, 1978; Mañanes, 1983: 27, 90-94, 235-236; Quintana, 1993; T.I.R., K-30: 210-211.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas 41°35'30" lat.N.-4°49'34" long.W.

El emplazamiento es el siguiente: en la ribera derecha del bajo Pisuega, unos 10 km. al suroeste de Valladolid, con una altitud media en torno a los 700-722 m. y a caballo entre los páramos de los Montes de Torozos al norte y las campiñas meridionales del Duero (Tierra de Pinares) al sur. El núcleo se levanta sobre un cerro testigo aterrazado, al que se adapta, en pendiente desde la vertiente meridional hasta la zona norte, donde se alcanza la máxima altura en las inmediaciones del Castillo, hoy sede del Archivo Histórico Nacional.

Esta posición natural facilita una fácil defensa y un amplio control espacial. De hecho hay que ver en Simancas un nudo principal de comunicaciones con la Tierra de Campos, Tordesilla y Cabezón, que sirve de tránsito al camino natural de comunicación del valle del Duero, y que enlaza también por Tudela del Duero con las estribaciones del sureste vacceo en torno a *Cauca* y más allá con Segovia y al ámbito arévaco.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Los primeros estudios se deben a Agapito y Revilla. La mayoría de las noticias proceden de hallazgos casuales y prospecciones de los alrededores del núcleo urbano. Hasta 1984 no se iniciaron excavaciones en el solar del casco urbano, casi siempre con carácter de urgencia. Además de los trabajos de 1984-1988, se han reemprendido intervenciones puntuales en los años 1989-1991.

Existe una ocupación prolongada en el cerro de Simancas, desde la Primera Edad de Hierro hasta la actualidad. Paradójicamente los primeros niveles (Hierro I) son los mejor conocidos, mientras que las épocas tardo-celtibérica y romana apenas si se han documentado debido a la intensidad del poblamiento posterior y a la consiguiente alteración de la estratigrafía original.

Destacan los sondeos realizados en la Plaza Mayor en 1987, además de otros más parciales en diferentes puntos, que alumbraron niveles tanto de la fase Soto como de la fase vaccea-celtibérica, con una transición sin solución de continuidad. Curiosamente se detectaron huellas de poste y una inhumación infantil bajo suelo, de finales de la Primera Edad de Hierro. De época celtibérica es la conocida escombrera, o cenizal, excavada por Palol y Wattenberg en el "Huerto de los Frailes", que ofreció abundantes cerámicas torneadas celtibéricas sobre todo del s.I a.C. Al hilo de los últimos resultados arqueológicos, se sostiene que la ocupación inicial puede llevarse a comienzos del s.VI a.C., en los primeros momentos de Soto II, perdurando la Primera Edad de Hierro hasta el s.IV a.C. (destrucción del último poblado), tras el cual se introduce la fase de celtiberización que parece perfectamente formada ya en el s.III a.C.

Respecto al material arqueológico, destaca la aparición de suelos de arcilla apisonada y restos de muros de adobe, tanto circulares como rectangulares y de técnica mixta de adobe y piedra en los niveles del Hierro I. En clara asociación se halla un volumen considerable de cerámicas de tipo Soto, entre las que sobresale la presencia en la última fase del Hierro I de fragmentos a peine. Igualmente se documentan muestras pintadas post-cocción. En un momento pleno de la Segunda Edad del Hierro se desarrollan los llamados estampillados "tipo Simancas", con temas circulares y ornitomorfos estampados sobre piezas reductoras a mano. Fueron dados a conocer en primer lugar por Agapito y Revilla, y años después constatados con relevancia en la escombrera del poblado del Hierro II, junto a numerosa cerámica celtibérica. Paradójicamente en el casco urbano y en contexto estratigráfico prácticamente no se han documentado ejemplares de este "tipo Simancas". En contraste, es frecuente la cerámica pintada de la fase celtibérica plena en otros puntos de la población.

Sin dudas el actual Cerro de Simancas debe corresponder con la antigua *mansio vaccea* de *Septimanca* del Itinerario de Antonino (435.2), como ya se ha indicado.

CLAVE: 41

---

## **- Soto de Medinilla (Valladolid) <figura 15 B>**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Serrano/Barrientos, 1933-34; Wattenberg, 1959: 176-178 y 184-219; Palol, 1958; *id.*, 1961; *id.*, 1973; Palol/Wattenberg, 1974: 32-36, 181-195; Escudero, 1988; *ead.*, 1995; Delibes *et alii*, 1995b; *eid.*, 1995c.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°41'30" lat. N.-4°01'00" long. W.

En la salida de la capital pucelana en dirección a Palencia, sobre una terraza en un meandro del Pisuerga se asienta el que puede ser considerado principal yacimiento arqueológico del interfluvio Pisuerga-Duero, toda vez que su conocimiento ha resultado clave para el estudio del último milenio a.C. en la meseta norte.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El hallazgo de numerosos restos cerámicos en la superficie del yacimiento que estaban siendo recogidos por los dueños de la finca, motivó la realización de los primeros sondeos de la mano de Mergelina, cuyos resultados fueron publicados algo después. Desde 1956 se emprenden excavaciones arqueológicas, que se prorrogan durante la década de los sesenta dirigidas por Rivera Manescau y Wattenberg en un principio y después por P. de Palol, su principal mentor, y que no se

reanudaron prácticamente hasta 1989, con excepción de alguna intervención de urgencia ante proyectos de construcción en el solar del entorno, fecha en que se acometieron los últimos sondeos arqueológicos.

El registro arqueológico del *tell* de Soto de Medinilla es de una riqueza extraordinaria. Se puede hablar de una ocupación sin solución de continuidad, bastante bien documentada, que abarca prácticamente el Ier milenio a.C. La primera Edad del Hierro queda sistematizada en dos grandes niveles (Soto I y Soto II) que han sido tomados como paradigma cultural y cronológico para el estudio de la Protohistoria del valle del Duero. La fase inicial de Soto I, tradicionalmente fechada a partir del 800 a.C., ve la configuración de un poblamiento estable sobre una superficie de 4 has. aproximadas, caracterizado por la presencia de una muralla de adobe y empalizada, de unos dos metros de anchura. Las viviendas exhumadas son de planta circular, con diámetros en torno a seis metros, y en ellas se documentan hogares de tipo rectangular en el centro, huellas de postes, bancos corridos apoyados a los muros, también de adobes (la piedra está totalmente ausente en esta fase) y cubiertas de tipo vegetal. La destrucción de la muralla y la generalización de un nivel de incendio en el perfil estratigráfico marca el paso a la fase de Soto II (según la sistematización de Palol hacia el 650 a.C., a partir de la paralelización con el yacimiento de Cortes de Navarra, en concreto su fase PIIb). Acontence entonces una reconstrucción de las estructuras anteriores (algunas se abandonan) testimoniada en varios niveles. Como novedad cabe destacar la existencia de estancias dependientes de las cabañas, con forma rectangular, que han sido interpretadas como despensas o graneros, sobreelevadas con tablas de madera a la manera de los hórreos, donde se han recogido numerosos granos esparcidos por el interior. También sobresale la técnica de rebocar las paredes interiores de las viviendas con pinturas murales o estucos en tonos blancos y rojizos. Los materiales del horizonte Soto II vienen definidos sobre todo por las cerámicas bruñidas a mano con amplitud morfológica, las pintadas post-cocción, las grandes tinajas bitroncocónicas de almacenaje, además de los molinos barquiformes, las pesas de barro y los moldes de fundición cerámicos, entre otros objetos, que nos hacen pensar en el desarrollo de prácticas artesanales.

En la Segunda Edad de Hierro se desarrolla bajo los niveles del horizonte del Primer Hierro del Soto de Medinilla un extenso poblado, en un momento indeterminado probablemente en el transcurso del s.V a.C. La ocupación se amplía de forma dispersa en relación a la fase del Primer Hierro, hasta abarcar alrededor de 10 ha. con una tendencia de apertura hacia el llano exterior al recodo del río. Buena parte del asentamiento queda hoy bajo la superficie de instalaciones industriales y por ello el conocimiento es muy fragmentario. No hay señal indudable de que el poblado vacceo estuviera amurallado, a diferencia del soteño, en todo caso parcialmente y con defensas de adobe en lugar de grandes estructuras pétreas. Se han efectuado varios sondeos correspondientes a esta fase en distintos sectores del yacimiento (El Cenizal, La Era...) que deparan una documentación arqueológica relativamente homogénea y secuenciada en dos o tres fases. En consonancia con el crecimiento en superficie se vislumbra un avance urbano bien representado por pavimientos de cantos rodados y enlosados de caliza que dan cuerpo a una red de calles. Las estructuras no sólo son de planta rectangular, que como es bien sabido se generaliza en estos momentos del Hierro II, sino que la circular y la de tendencia ovalada o elíptica conviven con la primera. La presencia de huecos de postes indica la frecuencia con que las vigas de madera fueron utilizadas como soporte constructivo de las viviendas. De forma análoga a lo que encontramos en otros *oppida* vacceos, también en el Soto hay rastro de amplios depósitos en hoyos que pueden interpretarse como escombreras o basureros domésticos. La cultura material de estos momentos es bastante variada. Desde el punto de vista ceramológico, afluyen piezas a mano, tanto lisas como decoradas (incisas sencillas, peinadas, estampillas circulares, acanaladas...), y piezas torneadas. Dentro de estas últimas, además de las más toscas y sin decoración, el protagonismo en número de fragmentos lo ostenta la pintada típicamente celtibérica, que hace acto de presencia desde el s.IV a.C. manteniéndose hasta el final. Si bien no tan abundante como en la fase anterior, en este período la metalistería está representada por objetos en hierro (por ejemplo un puñal del tipo Monte Bernorio y varias hachas) y en bronce (agujas y otros utensilios menores). Molinos circulares de piedra, industria ósea -en particular numerosos enmangues-, copiosos restos faunísticos e incluso vegetales (granos de trigo o bellotas calcinadas), junto con otros elementos más específicos, como la cuenta de variscita verde recuperada, completan una rápida panorámica del conjunto ergológico de



la última ocupación del Soto de Medinilla. Constituye precisamente este aspecto una de las cuestiones pendientes en la investigación del Soto; aunque la documentación es escasa, el núcleo parece que no se romaniza toda vez que a la no presencia de materiales romanos hay que añadirle el presumible abandono de la ocupación un poco antes del s.I a.C.

CLAVE: 42

---

### **- Nuestra Señora de Tiedra, Tiedra (Valladolid)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Agapito, 1929: 118-119; Palol/Wattenberg, 1974: 159-160; Mañanes, 1977: 269; *id.*, 1983: 27-29; del Olmo/San Miguel, 1993: 515-519.

#### LOCALIZACIÓN

Este yacimiento se sitúa 600 metros al norte del municipio de Tiedra, sobre el extremo final y más elevado de un amplio espolón del páramo que se yergue sobre la Tierra de Campos, relativamente próximo a asentamientos coetáneos como los de Torrelobatón y Mota del Marqués. El espigón, que se destaca más de 50 metros sobre las tierras de la campiña inmediata con las que se une a través de unas laderas de pendientes acusadas, se extiende por los pagos de Nuestra Señora, Alderete, Ceniceros, Piedrahita y La Rana. La cima del yacimiento es de planta triangular, extendida por una superficie amesetada de 41 ha en la que se levanta la ermita de Nuestra Señora de Tiedra la Vieja, y tiene una altitud de 800 metros.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

La primera ocupación del emplazamiento data de la facies Soto, situada en la zona más alta del espigón, en su extremo oeste. Con posterioridad el yacimiento se expande en épocas celtibérica y romana por toda la superficie amesetada. Abundan los cenizales, hallazgos romanos (*terra sigillata*, cerámica común, *tegulae*...) y sobre todo cerámica pintada celtibérica. La ausencia de labores de excavación queda subsanada en parte por los estudios de fotointerpretación aérea realizados en los últimos años que evidencian la existencia de varias barriadas en la ciudad vacceo-romana. En el sector central se divisan ocho calles paralelas a partir de las cuales se distribuyen numerosas viviendas, destacando una de planta rectangular (40 por 25 metros) con el interior compartimentado. Una segunda barriada, más al norte, presenta con una orientación diferente a la anterior, distintas estructuras de hábitat agrupadas aunque sin calles intermedias, algunas de gran tamaño, como una rectangular de 59 por 25 metros. Son datos que manifiestan un ordenamiento urbano estructurado de considerable desarrollo, aunque la imprecisión por el escaso conocimiento arqueológico de primera mano dificulta su atribución a un momento de la Segunda Edad del Hierro o a la fase plenamente romana.

CLAVE: 43

---

### **- Pago de Grimata, Torrelobatón (Valladolid)**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Palol/Wattenberg, 1974: 163-166; Rivera Manescau, 1954-55; Mañanes, 1983: 30-35; del Olmo/San Miguel, 1993: 513-515.

#### LOCALIZACIÓN

Una amplia lengua del páramo de Torozos orientada hacia el norte en la margen izquierda del río Hornija da asiento a este yacimiento protohistórico, situado a 1,5 kilómetros al suroeste de Torrelobatón y muy próximo al de Cuestacastro, en Mota del Marqués.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

De nuevo la aplicación de la fotografía aérea ha posibilitado conocer la localización de un nuevo asentamiento, en este caso de planta triangular irregular, con dos sectores separados por una vaguada -que canalizaría las aguas de lluvia siglos atrás- hoy colmatada. Este hábitat parece

conformarse en la Primera Edad del Hierro y disfrutar de momentos de especial desarrollo en la etapa celtibérica y altomedieval. De los tiempos plenamente vacceos se han detectado la existencia de al menos una docena de estructuras que alternan de nuevo la planta circular con la rectangular (a veces compartidas en varias estancias menores), estas últimas sobre todo en los extremos periféricos de la ocupación. Abundantes cenizales, material lítico y un volumen cerámico que contempla desde piezas soteñas, fragmentos decorados a peine, incisas y pintadas, además de numerosos restos romanos (especialmente *terra sigillata*), son los principales testimonios superficiales que ayudan a contextualizar la relevancia arqueológica de este yacimiento.

CLAVE: 44

---

---

### **- Las Quintanas, Valoria la Buena (Valladolid) <figura 17>**

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Palol/Wattenberg, 1974: 206-207; Mañanes, 1983: 74; Delibes/Martín Valls, 1978: 222; del Olmo/San Miguel, 1993: 519-522; San Miguel, 1995c.

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°47'10" lat.N.-0°52'00" long.W.

El asiento del yacimiento se corresponde con un amplio meandro en la orilla izquierda del curso bajo del río Pisuerga, flanqueado en sus lados este y oeste por dos arroyos menores. Su extensión ocupa los pagos de Las Quintanas y Suarenas, a tres kilómetros al noroeste de la localidad de Valoria la Buena, y a medio kilómetro al este del vecino enclave de Zorita.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Son muy pocos los datos disponibles para la reconstrucción arqueológica de este poblado, resultado de un par de campañas de excavación a finales de los años 80 y de recientes trabajos de prospección y fotografía aérea. El primer atisbo de su importancia vino con el hallazgo de un lote de crisoles de fundición procedentes del vecino yacimiento de Zorita. La obligada búsqueda del contexto arqueológico de la zona dió como resultado la localización del nuevo poblado de Las Quintanas. La superficie de este yacimiento (22,8 has), menos conocido que el poblado hermano de Zorita al que releva como hábitat principal en la Segunda Edad del Hierro, se sobreeleva unos dos metros sobre su entorno y queda rodeado en su perímetro por una vaguada de veinte metros de anchura. El relieve, por tanto, aventura el levantamiento de un destacado aparato defensivo a base de muralla (parece que en adobe) y foso completo, que en el lado sur se alteran para dar paso a un acceso en esviaje interior, doblemente protegido por el desdoblamiento del foso en dos, paralelos y con idéntica anchura. El interior de este recinto constituye una de las mejores muestras de desarrollo urbano vacceo, tal y como la fotografía aérea anuncia. Al suroeste aparecen una veintena de estructuras, de cinco por cinco metros, alineadas en varias calles con dirección norte-sur, mientras que en el sector central dos vertientes de cinco calles paralelas con seis metros de anchura se cruzan oblicuamente, conectando, las de dirección noroeste-sureste, con la puerta meridional. En torno al poblado se hallan doce cenizales con abundante material en superficie (cerámica, restos faunísticos, escorias, adobe...), que pueden interpretarse como áreas de basurero de época celtibérica, aunque como se verá más adelante se han propuesto otras explicaciones.

Por lo demás, los restos de materiales de la superficie indican que la ocupación de Las Quintanas se inicia tímidamente en la Primera Edad de Hierro, manteniéndose hasta un momento indeterminado de la época celtibérica avanzada (acaso a fines del s.II a.C.), para ser reocupado posteriormente en tiempos medievales.

CLAVE: 45

---

**- Zorita, Valoria la Buena (Valladolid) <figura 17>**

---

**BIBLIOGRAFÍA**

Palol/Wattenberg, 1974: 206-207; Mañanes, 1983: 74; Delibes/Martín Valls, 1978; Romero, 1985: 89-90; del Olmo/San Miguel, 1993: 522-524.

**LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 41°48'35" lat.N.-0°52'35" long.W.

Se halla muy próximo al anterior, sobre una terraza en la margen izquierda del río Pisuerga, tres kilómetros al noroeste del municipio de Valeria la Buena, en el pago que da nombre al yacimiento. Geomorfológicamente se trata de un espigón fluvial formado por la confluencia del arroyo Zorita con el Pisuerga en uno de los numerosos meandros fluviales de este último.

**CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

La planta triangular del yacimiento abarca alrededor de 3 ha. que se destacan unos 5 metros por encima de la vega circundante. La cronología de este núcleo parece ser algo anterior al de Las Quintanas. Por el volumen estratigráfico y cerámico, la Primera Edad del Hierro representa el momento de mayor desarrollo y densidad poblacional hasta inicios de la Segunda Edad del Hierro, en que parece detectarse un abandono de los habitantes que se pudieron trasladar al *oppidum* vecino de Las Quintanas, que adquiere ahora el protagonismo. Arqueológicamente el sector mejor conocido es la ladera ataludada en el lado oeste, con una potencia estratigráfica de 5 metros. Allí se exhumaron distintos restos de hábitat: muros de adobe, tramos de pavimento de tierra apisonada, lajas de piedra..., además de las conocidas viviendas circulares de adobe, con interior revocado y pintado. El material más abundante corresponde a los tipos cerámicos soteños del Primer Hierro, además de un lote de crisoles para la fundición de bronce también de estos momentos. En menor número se han recuperado también cerámicas decoradas a peine y pintadas celtibéricas de plena fase vaccea. Más recientemente, labores de fotografía aérea han dado a conocer varias áreas con estructuras que combinan la planta circular y rectangular. En la zona central del asentamiento sobresalen doce viviendas circulares en evidente agrupamiento. Los datos de superficie parecen avalar un extenso poblamiento (en momentos finales de Soto II e inicios del Hierro II) que tiene como señal la localización de alguna estructura, de nuevo de planta circular, fuera del perímetro del poblado, del que no existen evidencias físicas de sistemas defensivos aunque la topografía parece revelarlos. Tal vez Zorita no se abandonó por completo, sino que en la fase celtibérica pudo funcionar como barrio alfarero del *oppidum* principal de Las Quintanas, en parte favorecido por la protección de los vientos que tiene este asentamiento que, por ello, disminuiría el riesgo de propagación de incendios hacia el poblado.

**CLAVE:** 46

---

**PROVINCIA DE ZAMORA <sup>34</sup>****- La Aldehuela (Zamora)**

---

**BIBLIOGRAFÍA**

Santos Villaseñor, 1988; *id.*, 1989; *id.*, 1990

**LOCALIZACIÓN**

Coordenadas: 41°30'27" lat.N. - 2°01'27" long.W.

---

<sup>34</sup> Otros yacimientos de esta provincia enmarcables en el período que estudiamos, pero con un conocimiento muy escaso y/o asentados en la confluencia del territorio vacceo con ámbitos vecinos, en este caso astur: Abezames, Almaraz de Duero, El Viso de Bamba, Barcial del Barco, Belver de los Montes, Benegiles, Castrogonzalo, Molacillos, Muelas de Pan, Otero de Sariegos, El Pedrigón, Revellinos, Toro, Villalpando, Villamayor de Campos, Villardiegua de la Ribera, Villardondiego y Tapioles (Martín Valls/Delibes, 1975a; *eid.*, 1976; *eid.*, 1977; *eid.*, 1978; *eid.*, 1979; *eid.*, 1980; *eid.*, 1981; *eid.*, 1982a; Sevillano, 1978; Esparza, 1986; *id.*, 1990; Bragado, 1994; Sacristán *et alii*, 1995; Martín Valls, 1995).

En la confluencia del Duero con el río Valderaduey, a pocos kilómetros de Zamora capital se emplaza un meandro que da cobijo, en la finca de La Aldehuela, a este yacimiento protohistórico con una ocupación principalmente del primer Hierro y que ha deparado una serie de materiales en conexión con el mundo meridional.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Ante el grave deterioro del yacimiento, se llevó a cabo una breve excavación de urgencia en 1987, con resultados muy parciales pero altamente significativos. Todos los datos proporcionados alumbran una ocupación de la Primera Edad del Hierro, con representación del horizonte Soto I. Los restos de estructuras son poco elocuentes, en comparación con el volumen de material cerámico, en todos los casos realizada a mano. Junto a fragmentos lisos y con decoración incisa y ungulada, destaca sobre manera el hallazgo de varias piezas pintadas post-cocción. La vinculación con el mundo meridional resulta evidente, y más aun si se tiene en cuenta que, asociados a esta cerámica pintada, aparecieron otros materiales de originario sabor mediterráneo: una fíbula de doble resorte y un cuchillo afalcatado de hierro. La proximidad de este enclave a la Vía de la Plata explica, sin grandes dificultades, dichos contactos con el ámbito sur.

La limitada intervención arqueológica proporcionó tan sólo un registro cultural datable en torno al s.VII a.C., pero es presumible, aunque al día de hoy no está revelada arqueológicamente, la prolongación de este yacimiento en tiempos del Hierro II, a tenor de otros emplazamientos próximos con un patrón de asentamiento y un desarrollo cultural similares que sí desarrollan una fase celtibérica.

CLAVE: 47

---

#### **- Los Cuestos de la Estación, Benavente (Zamora)**

---

##### BIBLIOGRAFÍA:

Celis 1986; *id.*, 1993; Celis/Gutiérrez, 1988; *eid.*, 1989a; *eid.*, 1990; Esparza, 1986: 41, nº10; Jordá, 1996.

##### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 42°00'05" lat.N.-5°40'50" long.W.

Junto a la estación de ferrocarril, en el extremo occidental de Benavente, y sobre unas suaves lomas debidas a la erosión del circundante río Órbigo se han puesto al descubierto niveles de ocupación de la Primera Edad del Hierro de la característica fase Soto. El poblado en época protohistórica se situaría en alto sobre una terraza fluvial abierta a la vega del Órbigo. De nuevo, el control visual y el fácil acceso a la vega propiciarían que fuese éste el medio natural más idóneo para la explotación económica del entorno.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Los trabajos arqueológicos se han llevado a cabo desde 1988 hasta los primeros años de la década de los noventa. La ocupación es prácticamente continua desde los niveles del Primer Hierro hasta nuestros días, lo que dificulta el conocimiento de la extensión y la caracterización originarias del yacimiento, que es bastante incompleto. Los resultados de los sondeos realizados dieron a conocer una superposición de diez fases de la Primera Edad del Hierro con cerca de 2 m. de espesor. En los primeros niveles era perceptible la presencia de huellas de poste características de las primeras cabañas vegetales de Soto, para desarrollarse después los suelos de arcilla y los sillares de adobe de las estructuras circulares, completadas al interior con hornos, bancos corridos también de adobe y, en ocasiones, revocos pintados. Las fases posteriores de ocupación celtibérica y clásica no se han detectado en esta zona, siendo probable su pérdida parcial por causa de la erosión del subsuelo ante el extenso desarrollo histórico de Benavente. El material cerámico se adscribe dentro de la más pura tradición soteña. Se han recuperado también algunos objetos de bronce (punzones, arandelas de pulsera, fragmentos de plaquita...) y escaso material lítico.

Al margen de que Benavente se corresponda, o no, con *Brigaecium*/Brigaceo o *Bargiacis*, núcleo astur o vacceo según las fuentes, este emplazamiento arqueológico debe ser tachado como

un importante punto de comunicación protohistórica en la transición territorial entre vacceos y astures, sobre un estratégico paraje en el que los ríos Órbigo y Cea vierten sus aguas al Esla.

CLAVE: 48

---

## **- Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel (Zamora)**

---

### **BIBLIOGRAFÍA**

Martín Valls/Delibes, 1975a: 455-458; *eid.*, 1978: 328-331; Sevillano, 1978: 119-122; Celis, 1990; del Olmo, 1996.

### **LOCALIZACIÓN**

El yacimiento ocupa una serie de cerros al norte de la provincia de Zamora bastante próximos a Benavente que corresponden a los restos de una meseta testigo, socavada ampliamente por el río Esla al oeste y el Cea al este. La unión de ambos cursos fluviales se halla ligeramente al sur del área arqueológica, que abarca casi 20 has.

### **CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

Aunque las primeras noticias se remontan a principios de siglo, no fue hasta 1975 cuando este yacimiento se empezó a prospectar intensivamente, labor que continúa en la actualidad y que se completó en 1984 con la realización de varios sondeos arqueológicos. La ocupación del lugar data al menos desde tiempos de Cogotas I, y, tras una fase del Hierro I prácticamente desconocida, en tiempos celtibéricos parece convertirse en un importante foco cultural. A estos momentos de la Segunda Edad del Hierro corresponden numerosos y variados fragmentos cerámicos (cerámicas a mano reductoras sin decoración, estampilladas antiguas, cerámica torneada con motivos incisos precocción imitando orfebrería, cerámica pintada típicamente celtibérica y tardo-celtibérica, etc.), además de alguna fíbula y punzón de bronce, provenientes principalmente de varios cenizales celtibéricos que afloran en la superficie irregular del yacimiento -extendida por dos pequeñas mesetas-, en especial en la zona noroeste, donde debió implantarse el núcleo protohistórico. En los últimos cinco años se ha llevado a cabo un estudio de prospección aérea que ha revelado la existencia de una trama urbana sobre al menos 17 Ha. organizada sobre un trazado de 12 calles paralelas con dirección E-W de unos 4 m. de anchura, separadas entre sí por unos 30 m. A los lados de las calles se sitúan alineamientos de edificios que alcanzan una profundidad de aproximadamente 15 m. Aunque es muy difícil precisar el momento del auge urbano de este *oppidum* que pudo dotarse de fortificaciones, no cabe duda que debe arrancar del período celtibérico (s.III a.C.). La secuencia ocupacional de la Dehesa de Morales se mantiene en época romana, incluso intensificándose con fuerza, hasta por lo menos el s.V d.C. Aunque sobrepasa el interés de estas páginas, conviene apuntar el novedoso hallazgo en uno de los sectores del yacimiento de un complejo termal doméstico de época alto-imperial, junto a otras dependencias y copioso material cerámico romano.

El dato más sobresaliente para el objetivo de nuestro trabajo viene representado por el hallazgo en tarea de prospección de un fragmento de asa de una *peliké* griega de figuras rojas, fechable en la primera mitad del s.IV a.C., junto a cerámica estampillada con decoración de patos sogueados y círculos concéntricos de influencia de Cogotas. Como otros casos similares, la vía de penetración de este material exótico hacia el norte se establece, desde el foco andaluz, a partir de la ruta orientalizante de la posterior Vía de la Plata. Por su alta significación, nos ocuparemos de este hallazgo más pormenorizadamente en otro lugar.

Como ya hemos dicho, hoy se tiende a identificar este enclave con *Brigeco*. Por el momento nosotros nos quedamos con la idea de un importante núcleo en la frontera astur-vacceas, por lo tanto en el extremo nor-occidental de la región total de nuestro análisis, muy vinculado al asentamiento de Benavente y a la Vía de la Plata.

CLAVE: 49

---

## **- El Alba, Villalazán (Zamora)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Martín Valls/Delibes, 1975a: 467-469; *eid.*, 1978: 344-346; *eid.*, 1980: 126-128; Sevillano, 1978: 313-334 y Apéndice I: 7-8; González Serrano, 1990; Martín Arija *et alii*, 1996.

### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°29'45" lat.N.-5°36'30" long.W.

En la margen derecha del río Duero, a la vista desde la carretera secundaria que une Zamora con Toro se emplaza este yacimiento, pocos kilómetros al norte del descollante cerro de El Viso, en tierras que comparten los pueblos zamoranos de Villalazán y Villaralbo.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Desde hace algunos años ciertos autores pretenden situar en este pago, y no en Toro como tradicionalmente se ha pensado, *Albocela/Arbocala*, una de las dos ciudades atacadas por Aníbal en su campaña del 220 a.C., según nos relatan las fuentes. Debido a la abundante presencia de material del Hierro y romano en superficie -de aquí proceden una treintena de inscripciones-, se llevaron a cabo breves intervenciones arqueológicas en 1933 y 1934, a las que continuaron labores de prospección y una última campaña de excavación de urgencia a finales de los ochenta. A pesar de que la información es muy limitada por el intenso arrasamiento que ha sufrido todo el yacimiento, la extensión del mismo (unas 20 Ha) y la calidad de algunos de los materiales recogidos dan cuenta de la importancia de este enclave vacceo fuertemente romanizado, en la línea que apunta el reciente hallazgo de un complejo termal con numeroso material romano.

CLAVE: 50

---

---

## CONSIDERACIONES SOBRE EL POBLAMIENTO VACCEO

A pesar de que la mayoría de la información del hábitat vacceo procede también de labores de prospección su conocimiento está más actualizado que el del poblamiento vetón, aunque en total se hayan desarrollado menos excavaciones en los yacimientos. Además de por una homogeneidad cultural y una unidad geográfico-administrativa más evidentes, los estudios del modelo de asentamiento vacceo se han visto favorecidos por una metodología más innovadora (fotografía aérea, análisis de captación territorial...) y por una labor de análisis globalizadora.

El patrón poblacional es, como ya ha sido indicado varias veces, el *oppidum* entendido como poblado amplio, complejo y nuclearizador. Surge como resultado de la tendencia a la aglomeración de la población protohistórica iniciada probablemente en el s.V a.C. y puesta muy de manifiesto en el siglo siguiente, sobre enclaves ya existentes pero que han reducido su número en relación con las unidades de población del horizonte soteño. Esta concentración del hábitat obedece a distintas razones entre las que hay que situar las transformaciones económicas, sociales y culturales que introducen los avances

tecnológicos (generalización del uso del hierro, el torno, el horno de tiro variable, como innovaciones de primer orden), el desarrollo económico (especialización agrícola y ganadera, reactivación comercial)<sup>35</sup>, nuevos acontecimientos políticos y la dinámica de contactos culturales. La consecuencia de todo ello es la eclosión de centros en tránsito hacia formas estatales, con un despegue urbano considerable, y que desde la óptica de las fuentes clásicas aparecen identificados como *civitates* independientes pero participantes de un tronco común vacceo (Sacristán, 1989; *id.*, 1994; *id.*, 1995; San Miguel, 1989; *id.*, 1993: 60; Almagro Gorbea, 1994: 40-41).

En una más que meritoria labor de síntesis de reciente aparición se ha definido el asentamiento vacceo a partir de tres categorías organizativas coincidentes (Delibes *et alii*, 1995a: 105-106): 1) concentración de la población en grandes hábitats, 2) irregularidad en las pautas de distribución dentro de la totalidad del marco geográfico vacceo, y 3) una cierta *linearidad* en su localización, siguiendo los ejes marcados por las unidades naturales que articulan el territorio, principalmente el borde de los páramos (muelas, motas, cerros-testigo) y la red fluvial doble del Duero-Pisuerga (espigones en meandros) <figura 18>, abandonándose los interfluvios, el interior de los páramos y las zonas de campiñas que fueron asiento frecuente de los poblados tipo Soto (Sacristán, 1995: 353-354). La mayoría de autores defiende la existencia de un único asentamiento, *oppidum* o *civitas*, sin jerarquía de centros, de gran tamaño (dimensiones medias en torno a las 20 Ha)<sup>36</sup> y separados por distancias más o menos regulares (para la zona oriental vaccea, Sacristán, 1986a: 108-111; *id.*, 1989: 83-84; *id.*, 1994; *id.*, 1995; Sacristán *et alii*, 1995: 362-363). Sin embargo San Miguel, atendiendo a la región occidental vaccea concluye que el poblamiento está más diversificado de lo que se piensa, distinguiendo tres categorías de asentamiento por su tamaño: centros menores entre 0-5 Ha, *oppida* medios entre 5-10 Ha y grandes *oppida* o *civitates* superiores a las 10 Ha. (San Miguel, 1989; *id.*, 1993: 33; *id.*, 1995a). Para la zona

<sup>35</sup> No hace mucho que L.C. San Miguel ha prestado atención al fenómeno de consolidación del poblamiento vacceo, que según su análisis descansa sobre dos factores esenciales: 1) la *civitas* como modelo urbano y político y 2) la secundarización de la producción, en especial la ganadería ovina especializada y los cultivos de regadío, entendibles sólo dentro de la dinámica socio-económica del período (San Miguel, 1995a). Retomaremos estas ideas más adelante, al revisar la economía de los vacceos.

<sup>36</sup> Según el reciente estudio de Almagro Gorbea y Dávila (1995: 220-221) la superficie media del *oppidum* vacceo es de 29,1 Ha. Los cálculos que llevan a cabo son de interés pero existen ciertas imprecisiones para la asunción real de esta cifra en el patrón global vacceo. Por ejemplo no contemplan yacimientos importantes (Paredes de Nava, Tariego de Cerrato, Fuentes de Ropel, Matapozuelo, Castrojeriz, Cuestacastro en Mota del Marqués...), algunas superficies no están del todo contrastadas (Palenzuela) y otras corresponden a extensiones del hábitat en tiempos romanos (Castro Muza en Palencia, la supuesta *Viminatium*, o Zamora) que no tienen por qué corresponderse con la superficie del momento prerromano (Almagro Gorbea/Dávila, 1995: 212-213).

más poblada, el borde oriental de los páramos y el bajo Pisuegra, se ha calculado la distancia media de separación entre grandes hábitats en unos 12 Km, correspondiendo un teórico territorio de producción de 400 km<sup>2</sup>, mientras que en el sector más occidental las distancias alcanzan los 30-40 km. (Sacristán *et alii*, 1995: 352). No deja de llamar la atención la existencia de dos hábitats diferentes prácticamente inmediatos y coétaneos durante al menos un tiempo, casos de Soto de Medinilla-Pago de Gorrita, Coca-Cuesta del Mercado, Las Quintanas-Zorita en Valoria la Buena <figura 17>, etc. En ocasiones debieron ser reflejo de una sucesión de poblados, mientras que otros serían hábitats auxiliares y centros capitales que quizá en el fondo identificarían una única entidad de población más extensa a costa de diluir el tradicional carácter mononuclear del asentamiento vacceo.

Ya se ha hecho mención desde el punto de vista fronterizo a que esta peculiar concentración de población en áreas concretas provoca, en contrapartida, la singularización de amplios espacios desocupados, los característicos *vacíos vacceos*, en el interior de los páramos y en las campiñas meridionales del Duero (Sacristán, 1989; San Miguel, 1993: 59). Para redondear la caracterización del hábitat vacceo, podemos afirmar que su ubicación responde a una serie de factores: buena accesibilidad; proximidad a vías de comunicación natural y caminos pecuarios (Sierra/San Miguel, 1995); estrategia territorial y altura media que sin ser excesivas son adecuadas para ejercer un dominio visual en una perspectiva doble, el fin defensivo y el control a distancia de rutas comerciales; cercanía a tierras rentables desde el punto de vista agrícola, en especial para el cultivo cerealístico, y/o agro-pecuario a tenor de la vecindad con pastizales permanentes; y por último la dependencia directa con fuentes de abastecimiento de agua constante, materializada en la presencia inalterable de un curso fluvial en las inmediaciones del poblado <figura 18>.

De manera notable la topografía del terreno facilita la defensa del enclave, si no en todos los flancos sí al menos en dos o tres de ellos (zonas más escarpadas de los tesos, muelas, oteros o espigones de la línea exterior del páramo). Esto explica la escasez de amurallamientos reconocidos que caracteriza la arquitectura vaccea, a lo que indudablemente hay que añadir la superficialidad del trabajo arqueológico, mucho más enfocado a la prospección que a la excavación en extensión, muy minoritaria. A pesar de



todo sí existe en el hábitat vacceo una preocupación por dotarse de sistemas defensivos, si bien no de forma tan acusada como en el ámbito celtibérico o en el vetón. Además, en los últimos años el empleo de fotografía aérea está dando como resultado la constatación de amurallamientos que recuerdan en algo a los de otros *oppida* meseteños, pero que lógicamente están necesitados de excavaciones (del Olmo/San Miguel, 1993). Así, se documentan fosos y muros de distinta categoría según los yacimientos, tal y como las fuentes clásicas dejan traslucir a propósito del asalto de las ciudades vacceas por parte de las tropas romanas, unos con funciones marcadamente militares (Palenzuela, Las Quintanas en Valoria la Buena), otros en los que sólo se deduce cierta previsión defensiva en las partes más vulnerables (Cuestacastro en Mota del Marqués, Las Quintanas en Padilla de Duero, Dehesa de Morales en Fuentes de Ropel), y otros tantos yacimientos sin ningún tipo de aparato militar. Cuando se documenta, el trazado de las murallas consiste en un único recinto. Tampoco son muy abundantes los bastiones, torretas o cuerpos de refuerzo, aunque sí las puertas con acceso en esviaje (Las Quintanas, en Valoria la Buena y Cuestacastro). El medio físico condiciona el desarrollo de la arquitectura defensiva, en aspectos como las pocas posibilidades de empleo de rocas duras (granito, pizarras...) por el predominio de suelos calcáreos y arcillosos; de ahí que fuera habitual, como confirman los textos, el uso de la madera en la construcción de las murallas, junto con el adobe, material de larga tradición en la cuenca media del Duero, presente en las murallas de algunos poblados soteños.

Más perceptible es la ordenación urbana de los yacimientos mayores vacceos. Se identifican calles bastante bien definidas, en algunos centros como Melgar de Abajo (Cuadrado Basas/San Miguel, 1993; San Miguel *et alii*, 1995), Dehesa de Morales (del Olmo, 1996), Las Quintanas de Valoria la Buena, Ntra. Señora de Tiedra, Las Quintanas en Padilla del Duero e incluso en la fase vaccea del Soto de Medinilla, gracias de nuevo a la lectura de la fotografía aérea (del Olmo/San Miguel, 1993). El planteamiento urbano perceptible, del que es difícil precisar su cronología, anuncia la trama de calles paralelas seccionadas por vías perpendiculares que se amoldan a los límites que establecen los bordes naturales de la topografía o, cuando existen, las estructuras de defensa. A veces se resaltan aceras en los laterales sobre el pavimento de guijarros o tierra apisonada. En puntos como Padilla de Duero o Valoria la Buena se articulan ampliaciones a modo de plazas en el cruce de calles principales, que desde ahí conectan con las puertas dispuestas en el recinto

murario <figuras 16 B y 17>. Pudo ser habitual la realización de trabajos de nivelación o saneamientos previos a la construcción de las diferentes estructuras del hábitat. Un nuevo dato a favor de la organización interna del hábitat vacceo reside en las áreas diferenciadas que se distinguen y que pudieron responder a una especialización económica o a motivaciones sociales. Igualmente existen zonas no ocupadas en el centro de los poblados que han recibido varias interpretaciones (espacios para un crecimiento futuro, áreas de uso comunitario, zonas de dedicación económica que no han dejado vestigios materiales de uso...).

Del comentario de las estructuras domésticas destaca el dato de la convivencia de plantas cuadrangulares y rectangulares en la fase vaccea, como bien ponen de manifiesto los hallazgos de Montealegre del Campo (Heredero, 1993), Soto de Medinilla (Romero, 1992; Escudero, 1995: 209-213), Melgar de Abajo (Cuadrado Basas/San Miguel, 1993; San Miguel *et alii*, 1995), Simancas, y a través de fotografía aérea Zorita (Valoria la Buena), Pago de Grimata (Torrelobatón) y Cuestacastro (Mota del Marqués) (Olmo/San Miguel, 1993; San Miguel *et alii*, 1995). Esta pluralidad arquitectónica está también documentada coetáneamente en otros ámbitos meseteños, como el yacimiento de Cerro Redondo (Fuente del Saz, Madrid), en tierras carpetanas (Blasco/Alonso, 1985; *ead.*, 1986-87). La convivencia de plantas parece ser característica de la fase Soto II, como se dijo, manteniéndose en la fase celtibérica precisamente como herencia cultural del sustrato soteño. No están claros los criterios de distribución de los tipos de planta en los yacimientos, si bien las estructuras circulares parece que se hallan en áreas periféricas, ni la explicación funcional de tal variedad (Ruiz Zapatero *et alii*, 1986). Al respecto, Romero (1992) piensa que por lo general la planta rectangular se corresponde con una ocupación de vivienda, mientras que la circular debe vincularse con una funcionalidad de almacén o despensa. Otras voces sugieren que la clasificación no siempre es tan exacta, y que debe hacerse siempre en función de la localización del hábitat y de la consistencia en su construcción (San Miguel *et alii*, 1995). Heredero (1993: 300), a tenor del caso concreto de Montealegre, deduce que ambos tipos de planta pueden ser viviendas al margen de su ubicación y material constructivo empleado, a las que se pueden añadir estancias auxiliares de almacén con una planta diferenciada. Así pues, las opiniones vertidas sobre las plantas circulares son plurales (¿lugar de trabajo?, ¿barrios marginales?, ¿espacios de almacén?, ¿campamentos provisionales?...), pero en todas suele ser común la orientación económica y

el efecto que deparan en la población que hace uso de tales estructuras. Desde este punto de vista, y aunque señalado de forma difusa, este rasgo urbanístico constituye un nuevo dato a favor de la complejidad socio-económica de estas comunidades, traducida en este caso en la puesta en funcionamiento de edificios alternos en su arquitectura y, muy probablemente, también en su uso funcional. En el interior de las viviendas se han identificado *sótanos* y *silos* a modo de almacenes doméstico con oficio más o menos especializado.

Las técnicas constructivas de las estructuras domésticas enlazan con la tradición anterior (Romero, 1992). Los cimientos son de piedra o barro, y sobre ellos se levantan paredes de adobe a veces con madera embutida, empleándose excepcionalmente el tapial, y con mayor rareza todavía la piedra. Las superficies interiores y exteriores suelen revestirse con una protección de barro mezclado con elementos vegetales, también se enlucen e incluso parece que se decoraron con pinturas murales. Las cubiertas debieron ser techumbres vegetales compuestas por armazones de madera y ramajes más ligeros de cañizo con barro. El empleo de madera también se destinó a pilares y columnas, tal y como demuestran las abundantes huellas de postes, hoyos en suelos de tierra apisonada, y el registro en alguno de ellos de restos de madera carbonizada.

Algo característico del asentamiento vacceo son los cenizales o escombreras alrededor de las áreas de hábitat. Se trata de *vertederos* con numerosos restos de piezas cerámicas, metálicas y faunísticas entremezcladas con capas sucesivas de cenizas, que alcanzan a veces perfiles muy amplios. Se conocen bien los casos de Las Quintanas de Valoria la Buena, con doce cenizales, Simancas (Wattenberg, 1978), Pago de Grimata en Torrelobatón (San Miguel, 1993: 38-40), Roa, con al menos ocho (Sacristán, 1986a: 149-154), Dehesa de Morales en Fuentes de Ropel (Bellido, 1990: 472), Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 212), varios en Las Quintanas de Padilla de Duero, tanto dentro del poblado como fuera -próximos al cementerio de Las Ruedas-, y el de Castrojeriz (Abásolo *et alii*, 1983). Tradicionalmente se tenían por simples basureros de detritos humanos acumulados durante mucho tiempo. Pero el hecho de que aparezcan entre los materiales restos de construcción ha llevado a algunos autores a relacionar los cenizales con labores de excavación y desescombro propias de las reorganizaciones urbanística que tendrían lugar en el interior de los hábitats vacceos ante la concentración poblacional y el aumento

demográfico que ya hemos ido refiriendo (San Miguel, 1993: 38-40; Sacristán *et alii*, 1995). En algunos casos, tal vez estén indicando áreas de hábitat específico, acumulaciones de desechos que dejan tras de sí algunas actividades económicas, como pueden ser los centros de mercado temporal, o, para el caso del cenizal próximo a la necrópolis de Las Ruedas, una significación funeraria (*ustrinum*).

Con menos frecuencia, también se atestiguan recintos secundarios anejos a los grandes poblados, por ejemplo en el Pago de Gorrita, Soto de Medinilla, Montealegre, Simancas, Las Quintanas y Cuestacastro. Presentan bastantes materiales celtibéricos pero escasas estructuras, que en cualquier caso deben interpretarse como centros de actividad secundaria, trátase de viviendas temporales (aumento repentino o estacional de la población) o de zonas de trabajo especializado (talleres artesanales, recintos comerciales, puntos de almacén) (San Miguel, 1993: 40). Estos barrios auxiliares suelen establecerse frente al *oppidum* en la otra orilla del curso fluvial al que todos los hábitats vacceos se asocian, tal y como los talleres artesanales y alfares de Carralaceña, en Padilla del Duero, o de Roa indican.

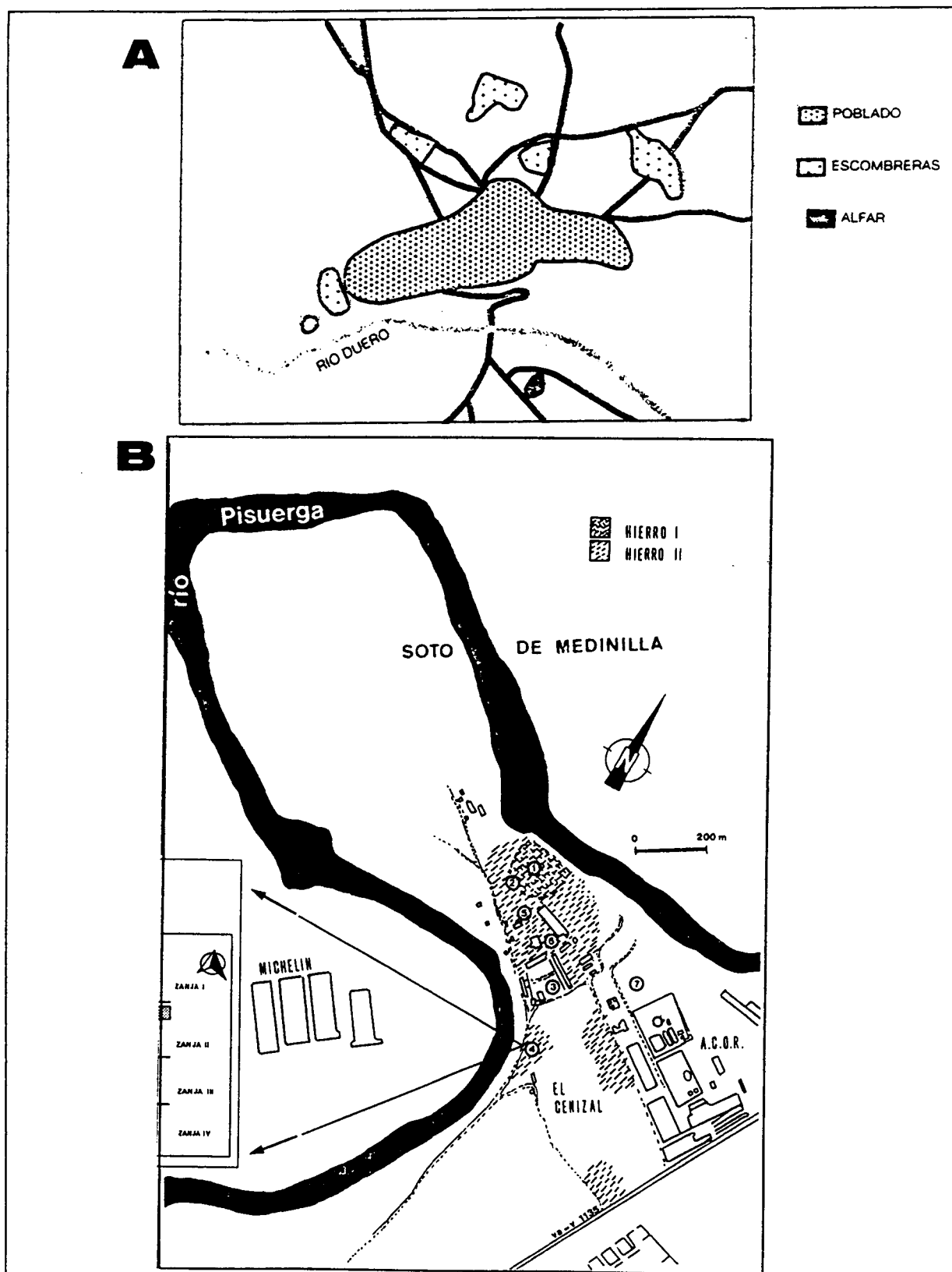
Los elementos que ya han sido introducidos son suficientes para verificar el carácter esencialmente urbano de los enclaves vacceos en tiempos anteriores a la presencia romana, que nos atrevemos a calificar de *ciudades*, al menos para la concepción urbana del mundo antiguo peninsular<sup>37</sup>. De las fuentes literarias y de la información arqueológica se puede concluir que estamos ante centros nucleares y direfenciados de población, con una estructuración urbana compleja y elaborada -a pesar del escaso conocimiento directo de que se dispone-, en la que se pueden distinguir áreas de especialización laboral y zonas de hábitat bien organizadas -determinar su carácter público o privado es más difícil por la mencionada ausencia de excavaciones, aunque en ocasiones se intuye. Funcionan como focos socio-económicos fundamentales<sup>38</sup> y actúan como centros políticos independientes, tal como evidencia el uso de nombres autónomos, unidos por un sentido de familiaridad étnica que les hace *apellidarse* vacceos. En un primer nivel basan su desarrollo económico

<sup>37</sup> La identificación del hábitat vacceo con centros urbanos desarrollados es aceptada por la bibliografía más reciente: Almagro Gorbea (1994: 41; Almagro Gorbea/Dávila, 1995: 221), San Miguel (1993; id1995a), Sacristán (1995; Sacristán *et alii*, 1995: 366-367), Delibes *et alii* (1995a: 106), etc. Una visión general y abierta sobre el urbanismo prerromano peninsular y su consolidación tras la conquista se encuentra en Bendala *et alii*, 1986.

<sup>38</sup> La historiografía anglosajona denomina a estos enclaves con la etiqueta de *central-places*. A propósito de las connotaciones de este concepto véase a nivel general Grant (1986), y para la Península Ibérica, Burillo (1984). Nos ocupamos de ello desde el punto de vista de los centros de redistribución, como tipo de intercambio económico, en el apartado III-1.1 B c) *Redistribución*.

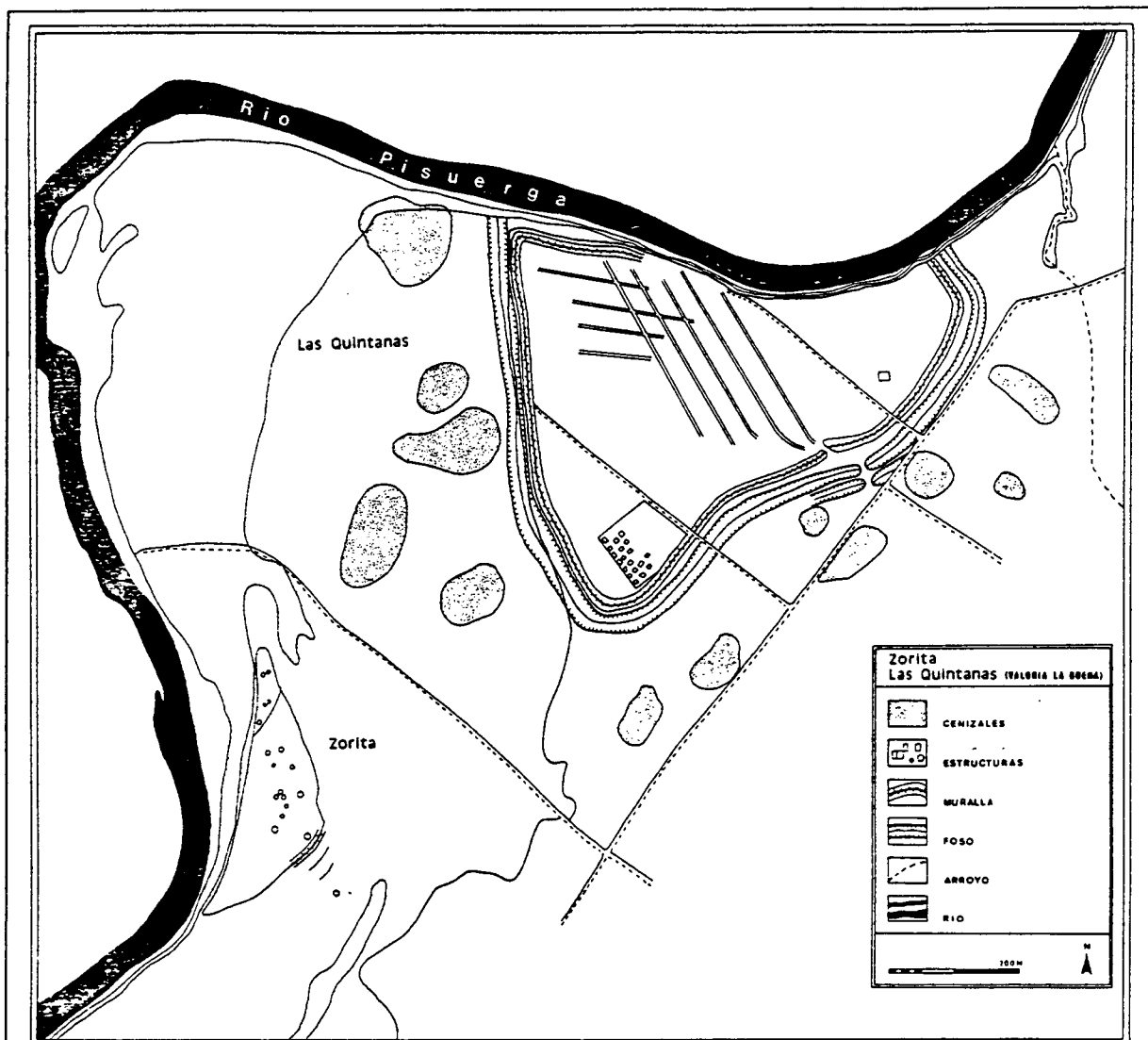
en la explotación del territorio directo más o menos extenso que dominan, pero al mismo tiempo entablan relaciones económicas entre sí -enmascaradas en una interacción cultural más amplia-, y con otras esferas más alejadas.

Para finalizar las características generales del poblamiento vacceo hemos de reconocer que tocante a su fin no existe un comportamiento determinado. Muy al contrario la diversidad parece caracterizar el proceso de romanización, de forma parecida a lo que veíamos para los *oppida* vetones. Así pues, por una parte existen plazas vacceas que se romanizan sin problemas aparentes hasta el punto de convertirse en destacadas ciudades romanas con continuidad posterior, caso de Padilla de Duero, Roa, Simancas, Montealegre, Coca, Palencia, si es que constituyó un verdadero núcleo prerromano, Tiedra, Fuentes de Ropel, Villalazán, etc. En otros puntos los asentamientos no se romanizan, por ejemplo en el interfluvio Duero-Pisuerga, donde San Miguel deduce que poco más del 15% de yacimientos del Hierro II conocen la presencia romana (San Miguel, 1993: 28 y 54). Incluso algunos se abandonan o destruyen relativamente pronto, como parece producirse en El Soto de Medinilla, Las Quintanas de Valoria la Buena, Medina de Rioseco, Tordesillas, Villagarcía de Campos, Mota del Marqués, Torrelobatón, Tordehumos, Cuéllar, Palenzuela, Matapozuelo, El Viso de Bamba, Toro o con más dudas Melgar de Abajo. Las razones de esta dinámica diferente permanecen bastante oscuras. Se deduce, eso sí, un proceso de concentración urbana más acentuado incluso que el iniciado siglos atrás y que llevó a la eclosión de las *civitates* vacceas. Es ésta una de las asignaturas pendientes de la arqueología vaccea, dilucidar las formas de reorganización del hábitat indígena y la formación de ciudades *ex novo* a partir de los nuevos patrones económico-administrativos introducidos por Roma. Por nuestra parte, no podemos entrar en dicho debate por escaparse del objetivo cronológico y temático que nos hemos marcado en este trabajo.



**FIGURA 15.** A- Plano de Roa de Duero (Burgos) y disposición del complejo arqueológico (Sacristán et alii, 1995: 351, fig.7) B- Situación y distribución del yacimiento de Soto de Medinilla (Valladolid) (Escudero, 1995: 182, fig.1)





**FIGURA 17.** Poblados de Zorita y Las Quintanas (Valoria la Buena, Valladolid) (fotointerpretación) (del Olmo/Sanz, 1993: 520, fig.4)



## b) NECRÓPOLIS

### PROVINCIA DE BURGOS

No hay datos suficientes como para individualizar necrópolis vacceas en esa región de Burgos. De algunos puntos como Roa de Duero existen noticias de principios de siglo que hablan de una zona de enterramientos destruida por labores agrícolas. Sacristán (1986a: 154-155) cree que se situaría al sur del poblado en el paraje actual de El Palacio, donde se halló un conjunto de vasijas pintadas; pero se trata de un yacimiento perdido para la investigación. También se citan indicios de necrópolis indígena en Castrojeriz, junto a la colegiata de Ntra. Sra. del Manzano (Abásolo, 1978: 22). Una necrópolis burgalesa, pero ya propiamente en espacio turmogo, es la de Pinilla Trasmonte, descubierta no hace mucho (Nuño/Moreda, 1990) y con evidentes señales de proximidad cultural con los cementerios vacceos de la línea del Duero.

---

### PROVINCIA DE PALENCIA

#### - Eras del Bosque (Palencia)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Taracena, 1947; Simón, 1948; López Rodríguez, 1978; Carretero/Guerrero, 1990; del Amo, 1992

#### LOCALIZACIÓN

En las afueras de la capital palentina, sobre una pequeña elevación al noreste de la ciudad.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Los únicos datos son una serie de materiales sin contexto desperdigados por museos y colecciones particulares. La necrópolis, en realidad tres conjuntos cementeriales próximos, fue explotada a finales del siglo pasado, al igual que otros yacimientos de la zona, como mina de huesos para la obtención de fosfatos a raíz del trazado de una línea de ferrocarril. Ya hemos dicho que hoy se asume la correspondencia de Palencia con la *Pallantia* sertoriana, por lo tanto el uso y los materiales de esta necrópolis están claramente influidos de un ambiente romanizado y tardío para el objetivo de nuestro trabajo, con una fecha que de entrada no debió superar en antigüedad el segundo tercio del s.I a.C. No está claro siquiera el origen prerromano de la necrópolis, aunque algunos de los objetos de ajuar romanos son deudores de pautas anteriores, como la miniaturización de piezas metálicas o las típicas copas con anillas. Parece que las tumbas consistían en sencillos enterramientos en hoyo, cubiertos por piedras y más o menos alineados. La mayoría de los conjuntos funerarios se han fechado en el cambio de era, y presentan cerámicas pintadas, tipos comunes, primeras imitaciones de *sigillata* y más tardíamente en el s.I d.C. producciones sudgálicas o itálicas junto a característicos cuencos *de costilla*. Existen también tumbas tardías que alcanzan el s.IV d.C.

CLAVE: 51

---

## **- Palenzuela (Palencia)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Castro García, 1970: 89-91; *id.*, 1971; *id.*, 1973: 456-459; Martín Valls, 1984: 37-46; *id.*, 1990: *passim*.

### LOCALIZACIÓN

No más de un kilómetro al noroeste del castro abandonado de Palenzuela se sitúa su necrópolis, sobre un pequeño cerrete cercano a la confluencia de los ríos Arlanzón y Arlanza.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Fue dada a conocer por L. de Castro García a partir del descubrimiento de hallazgos superficiales en 1970, iniciándose en los años siguientes excavaciones sistemáticas dirigidas por el profesor R. Martín Valls. De las mismas sólo se dispone de datos parciales, estando a la espera de la publicación de la memoria definitiva. El patrón de las sepulturas es similar a lo ya comentado: restos cremados escasos depositados de forma poco cuidada dentro de vasijas que se entierran en hoyos circulares; en ocasiones se cubren con túmulos de piedras un tanto abruptos y las más de las veces con lajas no muy grandes con función de estelas señalizadoras. No hay constancia de alineaciones definidas en los enterramientos, aunque parecen distinguirse sectores con sepulturas agrupadas de forma parecida a lo que ocurre en las necrópolis vetonas. García Castro calculó una extensión de 4 Ha. En verdad ignoramos la superficie global al igual que el número total de enterramientos, y ni siquiera disponemos del cómputo de sepulturas excavadas (cerca al centenar); en cualquier caso la necrópolis palentina constituye un conjunto funerario de gran entidad.

En cuanto a los materiales exhumados, dentro de los cerámicos llama la atención la presencia de más de 100 vasos trípodes, típicos del contexto vacceo-arévaco en el que hay que situar esta necrópolis, y también de piezas cerámicas singulares como las denominadas *cajitas celtibéricas*, frecuentemente excisas, o las canicas, bandejitas, *tablillas de lavar*, cacitos, trébedes..., muchas de ellas miniaturizadas y de carácter simbólico. Por lo demás, con mucho la cerámica más representada es la celtibérica, mientras que ejemplares con decoración incisa peinada son muy escasos. Hay un número (indeterminado) de tumbas de guerrero en las que contabilizamos armas con distinta tipología, sobre todo puñales tipo Monte Bernorio (por ejemplo sepultura nº28), junto a tahalies, una o dos puntas de lanza, cuchillo afalcado, escudo (resto de umbo circular), y más excepcionalmente arreos de caballo. Dentro del conjunto de materiales fuera de contexto hallados con antelación a la excavación, hay un fragmento de espada tipo Miraveche, además de puntas de lanza, fíbulas, una navaja de afeitar y una parrilla de hierro. Mayor curiosidad deparan las piezas metálicas que reproducen formas en miniatura de parrillas, trébedes, tijeras, pinzas, hazadas, podaderas, hachas..., producciones de exclusiva finalidad simbólico-funeraria y al mismo tiempo reflejo del utillaje económico empleado por estas gentes.

R. Martín Valls fecha este conjunto funerario en los ss.IV-III a.C., con prolongaciones hacia el s.II a.C.

CLAVE: 28A

---

## **- Tariego de Cerrato (Palencia)**

---

### BIBLIOGRAFÍA

Castro García/Blanco, 1975: 128-138

### LOCALIZACIÓN

En frente del castro, en la otra orilla del Pisuerga, a cierta distancia del poblado prerromano de Tariego con el que hay que asociarla.

### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

También para este lugar las escasas noticias disponibles provienen de materiales dispersos que fueron hallados al remover las tierras en faenas agrícolas. Los enterramientos se disponían en hoyos más o menos circulares, algunos cubiertos con amontonamientos de piedras y bastante

separados entre sí. García Castro pensaba que se trataba de una necrópolis más bien pequeña de la que se habían reconocido alrededor de veinte sepulturas. A tenor de varios materiales bien fechados, su datación sería tardía, segunda mitad del s.I a.C. y s.I d.C. Abundan la cerámica celtibérica, los vasos trípodas y varias piezas metálicas entre las que se contabilizan clavos de hierro. Se sugiere la existencia de una necrópolis indígena vaccea anterior.

CLAVE: 30A

---

## PROVINCIA DE SEGOVIA

### - Las Erijuelas de San Andrés, Cuéllar (Segovia)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Molinero, 1952; Barrio, 1988

#### LOCALIZACIÓN

En el caserío actual de Cuéllar, próxima a la actual puerta de San Basilio, antigua zona de eras. Según Molinero estaría situada delante de la entrada principal de la muralla del hábitat protohistórico.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Sólo A. Molinero excavó en los años primeros de la década de los cuarenta un total de diecisiete sepulturas, con distinto grado de conservación. Los restos descansan en hoyos de poca profundidad (50 cm). La cerámica a mano (más del 85% sobre el total) presenta amplia variedad decorativa, especialmente impresiones, incisiones y puntillados, y es el material más representativo, mientras que las especies pintadas son reducidas. La morfología es también diversa, destacando piezas como los vasos trípodas, algunos ejemplares geminados en tres cuerpos y con cuatro cuencos, botellas, bandejas, las formas caladas, etc. El conjunto cerámico exhumado por Molinero ha sido estudiado en detalle por J. Barrio. A este volumen material se añaden útiles metálicos de pequeñas proporciones (parrillas, cucharas, tijeras, pinzas...) -elementos de ajuar con sentido simbólico que ya hemos visto que están presentes en otros cementerios vacceos-, fusayolas, bolas de arcilla y contadas armas (empuñadura de puñal tipo Monte Bernorio, tahalies, fragmento de caetra, punta de lanza...). A través del estudio tipológico de las cerámicas, Barrio deduce que la necrópolis tendría su momento de mayor desarrollo en el s.IV a.C., con prolongaciones hasta inicios del s.I a.C.

CLAVE: 33A

---

Dentro del espacio vacceo de la provincia de Segovia se conoce la ubicación de otra necrópolis, la de la Cuesta del Mercado (Coca) en la ladera sur del promontorio con dos presumibles sub-sectores, que sin embargo no ha sido objeto de excavación arqueológica (Blanco García, 1993: 159; *id.*, 1994: *passim*).

---

## PROVINCIA DE VALLADOLID

### - Las Ruedas (Padilla del Duero, Valladolid)

---

#### BIBLIOGRAFÍA

Mañanes/Madrado, 1978; Mañanes, 1983: 150-152; Sanz, 1989; *id.*, 1990a; *id.*, 1993; *id.*, e.p. -a-; *id.*, e.p. -c-; Sanz/Escudero, 1995a: 287-294; *id.*, 1995b; Bellver, 1995

#### LOCALIZACIÓN

Coordenadas: 41°39'20" lat.N.-4°11'10" long.W.

Se sitúa unos 300 m. al suroeste del poblado de Las Quintanas al cual, lógicamente, se vincula y del que está separada por el arroyo de la Vega.

#### CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Su descubrimiento se debe a una intervención de urgencia a finales de los 70 dirigida por los profs. Martín Valls y Mañanes que ratifican su carácter funerario. En los años 80 se inician las excavaciones sistemáticas que se prolongan hasta finales de esa misma década, dirigidas por C. Sanz Mínguez. Con cerca de 70 sepulturas exhumadas constituye el mejor cementerio vacceo en cuanto a conocimiento y sistematización de datos. La ocupación de esta extensa necrópolis va desde finales del s.V a.C. o inicios del s.IV a.C. hasta el s.I d.C., si bien existen restos funerarios tardorromanos. La zona más antigua de enterramientos es la meridional y alejada del poblado, creciendo en sucesivas aureolas hacia el norte, hasta ocupar alrededor de 3 Ha. Se han distinguido cinco fases principales en la amplia estratigrafía horizontal (sobre todo en la denominada zanja II), definidas por pautas de evolución en sus elementos de ajuar, especialmente cerámicas y objetos metálicos. La tipología, sin embargo, es uniforme: cremaciones exclusivamente, definidas por urnas cinerarias depositadas en un sencillo hoyo que se cubre con lajas o a veces se señala con una estela, y acompañadas por piezas cerámicas, manufacturadas al principio con predominio de peinados impresos, y torneadas en los siglos posteriores, junto a otros elementos más singulares como por ejemplo armas del tipo de los puñales de Monte Bernorio o más raramente espadas de Miraveche, caetras de Monte Bernorio, además de piezas características como cajitas excisas, vasos rituales, bolas, broches del tipo Bureba, etc. Cabe remarcar a Las Ruedas como un importante foco manifestador de flujos culturales de distinta dirección a través de la constatación en sus ajuares de piezas de adscripción vetona, celtibérica, de filiación turmoga-berona, e incluso de cerámicas áticas importadas. Es notorio el dato de que un 80% de las sepulturas excavadas revelan un ajuar plural, aunque de distinta categoría, de igual forma que parece evidenciarse una distribución de sepulturas según riqueza por áreas concretas, tal como indica la proximidad de dos de las tumbas más lujosas (n<sup>os</sup> 28 y 32) separadas con claridad del resto de enterramientos.

Otro apunte de interés es la presencia de ofrendas alimentarias con gran variedad de especies faunísticas (caballo, toro, cerdo, cabra, oveja, perro, liebre, gallina...) en más de veinte tumbas de Las Ruedas, tanto en deposiciones secundarias como directamente asociadas a las sepulturas. Mayoritariamente los huesos aparecen fracturados y seccionados, resultado de descuartizamientos rituales.

La necrópolis no se abandona con la llegada de gentes romanas. Al menos hasta época sertoriana o probablemente hasta un horizonte augusteo, el cementerio se extiende sin constatarse ningún tipo de ruptura radical en el rito funerario, aunque por supuesto ajuares y enterramientos van tomando un sello cada vez más romanizado, primero en un sentido puramente material y después en clave ritual.

CLAVE: 39A

---

## **- Carralaceña (Padilla-Pesquera de Duero, Valladolid)**

---

### **BIBLIOGRAFÍA**

Sanz *et alii*, 1993

### **LOCALIZACIÓN**

Junto al barrio artesanal de Carralaceña, al otro lado del río Duero frente al poblado de Las Quintanas, de quien está separado por unos 2 Km. Se corresponde con los actuales pagos de Carralaceña y La Dehesilla, en el término municipal de Pesquera de Duero.

### **CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO**

El yacimiento fue descubierto en 1990 con motivo de unas obras de canalización. Inmediatamente después se realizó una campaña de salvamento que dio como resultado la recuperación de dos importantes conjuntos cerámicos pertenecientes a dos enterramientos; no en vano la zanja abierta tenía el aspecto de un cenital. Paradójicamente no se conservan restos cremados de los difuntos, pero sí algunas ofrendas faunísticas introducidas en un recipiente cerámico en una de las sepulturas. La cerámica es muy abundante, sólo una de las tumbas contabilizaba 23 piezas, exclusivamente a torno y con predominio de pintadas celtibéricas, modelos comunes y vasos grises de imitación argétea. La tipología cerámica establece una datación en momento de plenitud del s.I a.C. La despreocupación por los restos cremados también caracteriza la fase del celtiberismo tardío. Así pues, y a pesar del fragmentario conocimiento, parece que hay que ver en este conjunto cementerial de Carralaceña una zona marginal y tardía de ocupación funeraria, limitada en el tiempo muy probablemente a la primera mitad del s.I a.C., estableciéndose cierto paralelismo con los casos de Eras del Bosque y Tariego de Cerrato. La necrópolis pudo estar claramente asociada al barrio alfarero que se desarrolla en sus alrededores, a cuyas producciones cerámicas se asemejan sus ajuares en tipología y cronología.

CLAVE: 39B

---

---

## **CONSIDERACIONES SOBRE LAS NECRÓPOLIS VACCEAS**

El mundo funerario de la cuenca central del Duero acusa una falta de datos considerable en relación a lo que conocemos de las necrópolis vetonas. Diez años atrás, la información se reducía a una serie de noticias sobre áreas cementeriales excavadas desde antiguo, generalmente tardías, muchas de ellas perdidas para la investigación (Eras del Bosque, Cuéllar, Tariego de Cerrato) o dadas a conocer muy fragmentariamente (Palenzuela). El descubrimiento y posterior excavación de la necrópolis de Las Ruedas está arrojando nueva luz sobre la cultura funeraria vaccea (Sanz, e.p.-a-) hasta entonces definida por la oscuridad. Es cierto que el estudio de la documentación funeraria está sujeto a unos condicionantes medioambientales, culturales y estructurales -señalados en el capítulo del mundo funerario vetón, al que nos remitimos- que lo coartan notablemente. Por ello, ante su falta de información debemos atenernos con más fuerza que en otros

terrenos a la máxima arqueológica de que ausencia en ningún caso es inexistencia, ni exotismo.

Resulta significativo comprobar cómo las necrópolis vacceas se agrupan en la franja oriental del país, en clara vecindad con el espacio arévaco. De hecho ninguna de las conocidas sobrepasa la línea del Pisuerga hacia occidente, a excepción de la palentina de Eras de Bosque, con una rango cronológico-cultural claramente diferente. La definición de cementerios y tumbas, en cuanto a forma y características, así como la del rito funerario practicado, son en líneas generales paralelizables con las del ámbito vetón y más ampliamente con lo que se conoce de la Iberia indoeuropea.

Empecemos por lo último. El rito asumido es la cremación, con una exclusividad sólo alterada por la práctica ritual de la exposición a los buitres de cuerpos de guerreros muertos en combate, dato transmitido por las fuentes para las sociedades vacceas y celtibéricas, y la documentación esporádica de inhumaciones infantiles (no-natos, neonatos o infantes de corta edad) bajo algunas casas. El ofrecimiento de cadáveres a las aves, como ya dijimos, funcionó como costumbre social y guerrera, de probable materialización simbólica y ajustada a ciertas circunstancias, habida cuenta que el testimonio de *tumbas de guerrero* en necrópolis ordinarias indica que no todos los hombres de armas, al menos con propiedad sobre las mismas, entraban en el más allá después de ser devorados por los buitres. Ciertamente es que un arma tampoco tiene por qué autentificar siempre la *categoría profesional* -como guerrero- de su poseedor, o al menos no de forma exclusiva<sup>39</sup>. En cuanto a las inhumaciones infantiles, no se conocen muchas -en parte por la ausencia de

<sup>39</sup> No es muy afortunado hablar de *categoría profesional de guerrero* en estos contextos. Sin duda, los individuos libres de la sociedad tienen el derecho y el deber de defender a la comunidad con las armas, posiblemente de acuerdo cada uno con su nivel social y económico. Como ejemplo, las noticias en las fuentes relativas a los asedios y rendiciones de ciudades vacceas a las que ya nos hemos referido. Hay seguramente una equiparación entre la cualificación "civil" (¿o política?) del individuo dentro de la comunidad y su relevancia militar. Eso no quiere decir que todos los que empuñan armas tengan que acabar descarnados por los buitres, pero tampoco puede excluirse el carácter de guerrero, siquiera eventual, de aquéllos que se entierran con armas. Otra cosa es clasificar a estas gentes como *soldados* con dedicación exclusiva..., algo probablemente erróneo.

En relación con esto último, en el objeto material tiene cabida una multiplicidad de significados bajo un solo significado. Catalogación profesional es sólo una de las vías de respuesta que ofrece la interpretación funeraria de los ajuares, ya que estimación de riqueza, indicación social, amén de otras deducciones ideológicas y culturales más escurridizas son también patrones de interpretación derivados de los objetos y de su contexto, en este caso funerario (Chapman *et alii*, 1981). No digamos nada cuando el dato material se corresponde con una pieza importada en un contexto local, aspecto que ocupa una de las partes de nuestro estudio y que encuentra campo de expresión habitual en el espacio funerario.

Éste ha sido un campo de investigación abierto en parte por los enfoques de la Nueva Arqueología y el movimiento de reacción que despertó (Binford, Hodder, Renfrew...etc.). Para la significación pluralizada que denotan los objetos desde una perspectiva cultural, Douglas/Isherwood (1979) y Appadurai (1986).

excavaciones intensas en hábitats domésticos- pero su existencia en el Hierro II vacceo, por ejemplo en el subsuelo de una vivienda de Tariego de Cerrato (Wattenberg, 1959b: 217) y en otra de Montealegre de Campos (Heredero, 1993: 296-296), puede ser puesta en relación con tradiciones anteriores proto-vacceas del horizonte Soto, acaso deudoras de un influjo mediterráneo como tendremos ocasión de debatir.

La cremación es secundaria, y aunque no hay identificación segura de *ustrina* se ha propuesto su vinculación con cenizales, algunos como los de Padilla de Duero se hallan cercanos a la zona de necrópolis. Además, el aspecto exterior de los cementerios es similar al de las típicas escombreras de los *oppida* vacceos. Su tamaño no es estándar, las hay pequeñas y con un marco cronológico cerrado, y extensas en superficie (Las Ruedas y Palenzuela abarcan más de 3 Ha) y en ocupación. Al igual que las de los vetones, se emplazan abiertas y más o menos cercanas a sus poblados, en ocasiones al otro lado del río y con distancia considerable, y su número no está limitado a una única (en Las Quintanas se conocen dos, para Tariego de Cerrato y Cuéllar se aventuran otros cementerios). Si hacemos del patrón funcional de Las Ruedas el regular de las necrópolis vacceas, su crecimiento se da en dirección norte y sin superposición alguna sobre tumbas anteriores, pues la estratigrafía es siempre horizontal.

Tras ser cremados, lavados y tratados de manera apropiada, los restos mortuorios se introducen en la urna que acompañada por su ajuar, cuando así corresponde, pasan a ser (¿seguidamente?) depositados en un hoyo pocas veces superior al metro de profundidad. La urna a veces se calza o se tapa con piezas cerámicas o piedras. Una excepción no marginal especialmente en tiempos tardíos, es que las cenizas se coloquen en la fosa directamente sin urna contenedora, a no ser que ésta fuera de materia orgánica. Al igual que en otros círculos culturales, hay evidencia de sepulturas sin restos humanos y con ajuar sin alterar que funcionarían como cenotafios o sepulturas simbólicas. El ajuar parece que también pasa por el fuego, a tenor de las huellas de combustión que se observan en armas y otras piezas. Sin embargo, objetos tan característicos como los *simpula* o cazos rituales que aparecen en el interior de vasos cerámicos contenedores de líquidos fermentados, como sugiere Martín Valls (1990: *passim*) para los ejemplares de la necrópolis palenzuelense, no ofrecen señales de haber pasado por la pira funeraria indicando por tanto una proceso deposicional en varios tiempos. No insistiremos más en estos aspectos que ya hemos

señalados para los vetones y que vemos reproducir de forma análoga por los vacceos, que también sellan sus sepulturas con lajas que forman cubriciones -aunque no siempre, ni de forma espectacular- sobre las que alojan de forma más esporádica estelas señalizadoras, a veces con formas precisas como en Las Ruedas (Sanz/Escudero, 1995b). Se sospecha de la existencia en el interior de las necrópolis de espacios tumbales según unidades familiares (al igual que en el foco vetón), pero no hay constancia clara, como tampoco de alineamientos de sepulturas a la manera de las excavadas por el Marqués de Cerralbo en la Celtiberia.

Los ajuares sí que ofrecen algunas particularidades que diferencian el estilo funerario vacceo del vetón. Quizá lo más característico sea la miniaturización de algunas piezas de ajuar, cerámicas (bandejitas, vasitos geminados, cajitas tetrápodos) y metálicas (tijeras, parrillas, cuchillos, pinzas), amén de los *simpula* a los que ya nos hemos referido, generalmente asociados a sepulturas con armas al menos en la necrópolis de Palenzuela. También la aparición de formas precisas como las bolas de arcilla o figurillas de animales. Este gusto por las representaciones aminoradas es muy representativo en los cementerios de Palenzuela, Cuéllar y con menos profusión en Las Ruedas, y se desarrolla especialmente en momentos tardíos, teñidos de romanidad inicial, en que parecen acontecer ciertos cambios de conducta en los enterramientos (Martín Valls, 1984: 39, 43; Blasco, 1987: 324; Martín Valls/Esparza, 1992: 274). Se han puesto en relación tradicional con enterramientos infantiles, aunque su confirmación nunca es absoluta, y el simbolismo que traslucen puede tener un alcance más complejo que esa lógica asociación. Los recientes estudios realizados en Las Ruedas prueban la presencia de ofrendas de comidas y restos faunísticos en las sepulturas (en cantidades tan elevadas como los más de 200 restos óseos de la tumba nº50), entre los que se contabilizan diversas especies: cerdo, liebre, bóvido, ovicáprido y gallina... Se conoce un total de 22 sepulturas con restos faunísticos muy fragmentados, sobre los que se pusieron resinas para su combustión, además de deposiciones secundarias sin contexto (Bellver, 1995). También han aparecido restos faunísticos en una tumba de la necrópolis de Carralaceña, próxima a la de Las Ruedas (Sanz et alii, 1993: 146, Apéndice I).

Todavía no están muy desarrollados los estudios sociales partiendo del análisis de las sepulturas y los ajuares de los cementerios vacceos. Únicamente el de Las Ruedas es susceptible de un trabajo así (Sanz, e.p. -a-). El examen de sus casi 70 enterramientos, de



los que el 80 % contienen ajuar, ofrece algunas pistas para acercarnos a la organización social de estas gentes. En este sentido se sabe de la primacía de un grupo militar -para ser exactos, un grupo que viene definido por las armas- representado en un número determinado de tumbas de guerrero en Las Ruedas y en Palenzuela (sin precisar), y de la diferenciación parcial de enterramientos masculinos (identificados con armas) y femeninos (asociados a fusayolas y pesas de telar, adornos de bronce como fíbulas, también en tumbas masculinas, o broches tipo Bureba) confirmada por análisis antropológicos.

Se ha asumido un empobrecimiento generalizado de los ajuares a partir s.III a.C. y sobre todo en los siglos siguientes (para los vacceos, Mañanes, 1991: 245; para la sociedad celtibérica en general, Ruiz-Gálvez, 1990a), que tendría en la desaparición de las armas su rasgo más patente. Sin embargo, esta suposición se está corrigiendo, gracias a los últimos datos de Las Ruedas, donde se contempla en tumbas de cronología avanzada el mantenimiento de armas como ajuar funerario. Sí es cierto que en fase celtibérica avanzada, en torno al cambio de era, se perciben algunos cambios en el tratamiento funerario, como el escaso cuidado en la deposición de las cenizas en los enterramientos, la reducción hasta casi desaparecer de los restos cremados y de las propias urnas cinerarias que parecen adquirir ahora un carácter simbólico, la situación de las sepulturas a mayor profundidad, la desaparición de ofrendas faunísticas o la miniaturización de los ajuares que ya ha sido comentada (Martín Valls, 1986-87: 82; *id.*, 1990: 82; Sanz, 1990a: 164; Sanz *et alii*, 1993: 144). Esto no implica aceptar una ruptura total del funcionamiento de las necrópolis vacceas ante el proceso romanizador -excepto en los *oppida* que ya hemos visto que se abandonan, claro-, habida cuenta que en general la transición funeraria es continuada entre los momentos indígenas y romanos, como indican los casos de Eras del Bosque o Tariago de Cerrato, o el mejor conocido de Las Ruedas (Sanz, e.p. -c-).

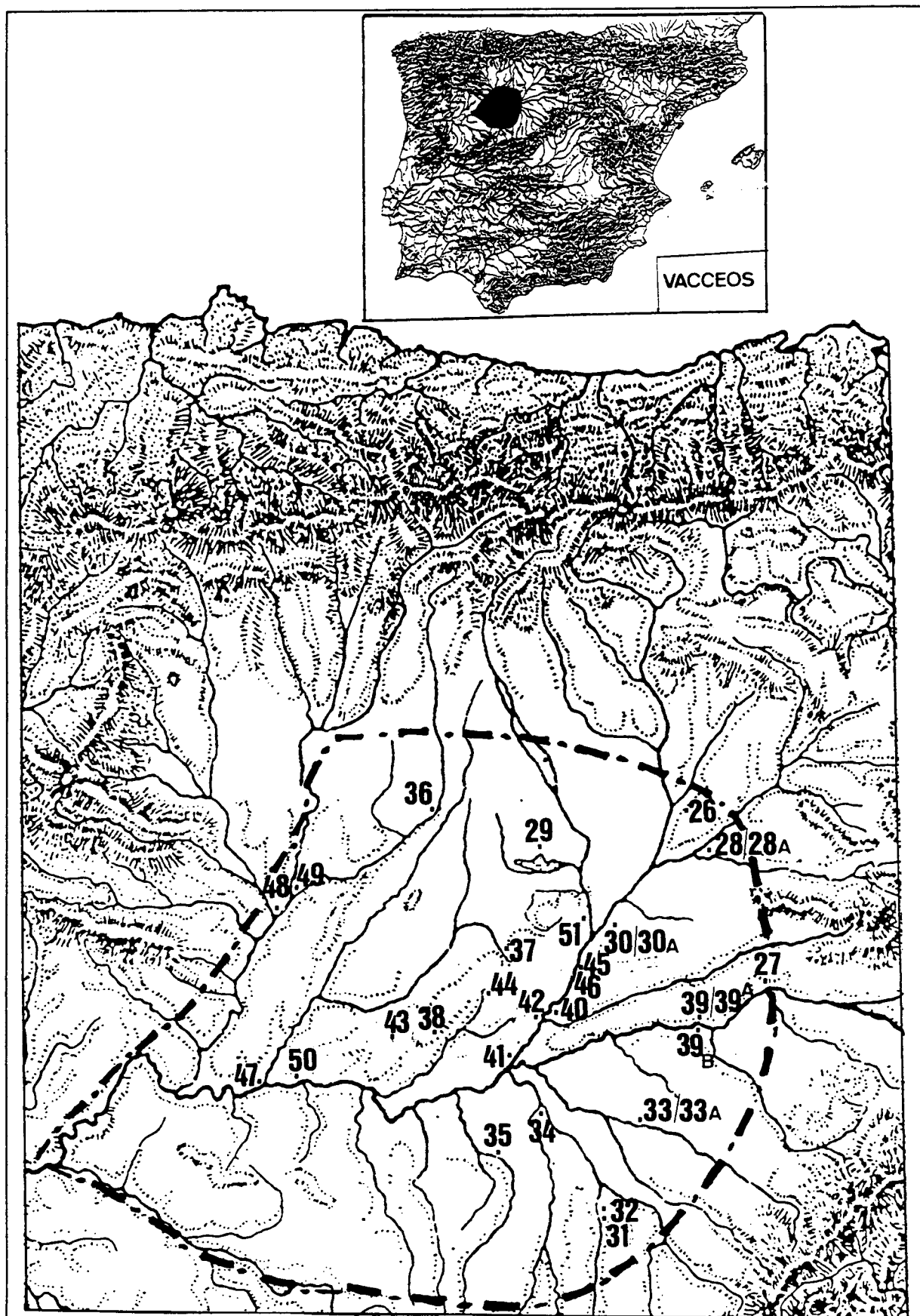


FIGURA 18. Territorio vacceo con localización de yacimientos inventariados (número: clave de inventario)

## B- CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CULTURA MATERIAL

### A) CERÁMICA

A pesar de las dificultades en los ejercicios de seriación, catalogación, comparación y datación del material cerámico, se ha de reconocer que el fósil-guía por autonomasia del registro arqueológico posibilita la obtención de un panorama definidor de tipos y formas en un área cultural, sin dejar de estar reñido con paralelismos e influencias de otras regiones. La cerámica, por lo demás, es testimonio del quehacer tecnológico, funcional y material de una sociedad y por ello, detrás del dato estrictamente objetual esconde un componente *histórico* de indudable valor. En el ámbito vacceo la personalidad de sus depósitos materiales posibilita cada vez con mayor claridad la definición de unos modelos cerámicos propios caracterizados por la diversidad, la selección de tipos altamente representativos, la evolución y la calidad técnica y decorativa de sus producciones. Veamos a continuación los rasgos esenciales de la variedad cerámica vaccea, diferenciando de entrada las piezas manuales de las torneadas, con el fin ya señalado de disponer de un nuevo integrante -cuantitativamente uno de los más nutridos- del *corpus* cultural vacceo que pretendemos definir desde dentro para después extrapolarlo al exterior en búsqueda de registros de contacto con otros pueblos.

### CERÁMICA A MANO

El repertorio del período clásico vacceo, el Hierro II a grandes rasgos, desarrolla procesos de cocción preferentemente reductores y tiene en la proliferación decorativa el rasgo que más lo diferencia de la tradición cerámica soteña (Romero, 1980; frente a Wattenberg, 1965). Al igual que vimos para el caso vetón, aquí también nos encontramos con un abanico de técnicas, aisladas o combinadas, de las que forman parte la incisión, y dentro de ella los tipos peinados -también impresos- a los que nos hemos venido refiriendo, la cerámica grafitada, los motivos impresos, los estampillados con distintas figuraciones, las acanaladuras, los calados, la excisión característica de formas determinadas, etc.

La cerámica a peine está representada en prácticamente todos los asentamientos vacceos, con especial profusión en Medina del Campo, poblado y necrópolis de Cuéllar, Simancas, Olivares del Duero -donde se halló un lote importante sin contexto arqueológico (Seco, 1993)-, Coca, Sieteiglesias en Matapozuelo, poblado de Las Quintanas y necrópolis de Las Ruedas en Padilla del Duero, Pago de Grimata en Torrelobatón, Roa y Soto de Medinilla. Se ha indicado con anterioridad que en puntos como La Mota o Cuéllar su testimonio se asocia a contextos de Soto pleno remontables a los ss.VII-VI a.C. (Seco/Treceño, 1993: 162-163; Barrio, 1993: 189) y ello hace que en la actualidad se esté matizando la idea deducida por Maluquer y mantenida por Martín Valls y otros autores de la escuela de Salamanca de la expansión de grupos de Cogotas II desde la esfera vetona con sus *peinados antiguos* hacia el Duero medio dando lugar a la facies Cogotas IIa y la fijación en definitiva de los primeros momentos de la Segunda Edad del Hierro en proceso de clara ruptura con los últimos tiempos del Soto II. No insistiremos más en ello. La formación del estilo peinado pudo tener un origen bifocal o una única cuna en el suroeste meseteño que enseguida arriba como moda en difusión a las gentes proto-vacceas, quienes tras una adaptación inicial diferencian con respecto a la evolución clásica vetona, un estilo peinado propio a partir del s.IV a.C. con mayor presencia de motivos impresos, una decoración en frisos y festones y una gran simplicidad en los momentos finales (Delibes *et alii*, 1995a: 92, 112-113; Sanz, e.p. -b-) <figura 19>. La representatividad de este estilo manifiesto entre los vacceos podría estar acompañada incluso de una alta estima por tales modelos, pues se ha llegado a proponer un cariz de prestigio y jerarquía a las urnas decoradas con peines impresos en momentos ya avanzados que se documentan en la necrópolis de Las Ruedas, y que se corresponden con las sepulturas de mayor riqueza de ajuar (Sanz, e.p. -b-).

La impresión y los estampillados con distintos motivos (rosetas, círculos concéntricos, espigados, temas solares, aunque no tan frecuentes como en la cerámica vetona, rombos, zigs-zags...) y muy frecuentemente en composiciones mixtas caracterizan también las paredes de la cerámica a mano vaccea, con una tendencia hacia la barroquización. Una variedad significativa de estampillado es el grupo denominado *tipo Simancas*, definido por motivos circulares y ornitoformos de patos sogueados a veces entre líneas de frisos incisos que se documenta por primera vez en la escombrera de Simancas y poco después en el Soto de Medinilla (Rivera, 1949; Wattenberg, 1978). Con el tiempo han aparecido nuevos ejemplares en Coca (Blanco García, 1990: 40; *id.*, 1993b) y en Fuentes de

Ropel hacia s.IV a.C. (Martín Valls/Delibes, 1978: 328-331), proporcionando mayor definición y extensión a este estilo.

Tocante a la morfología cerámica, junto a las formas habituales en el tiempo como los cuencos hemisféricos, los vasos con perfil en S, los cuerpos ovoides, los de borde exvasado, los que lo presentan reentrante, etc., la alfarería vaccea desarrolla una serie de piezas más *caprichosas* que Wattenberg bautizó como *formas singulares* (Wattenberg, 1964). Una de ellas es la cajita tetrápoda, también conocida como celtibérica, que está presente igualmente en otros escenarios meseteños como Vetonia, Celtiberia o más explícitamente en el foco turmogo-berón del alto valle del Ebro, y de la que existe una extensa bibliografía<sup>40</sup>. Parece abundar sobre todo en el espacio oriental vacceo (en yacimientos palentinos y en el de Padilla de Duero) y ser una forma característica del mundo vacceo que fue adaptada en otros ámbitos<sup>41</sup>. Su particularidad decorativa, casi siempre motivos geométricos excisos que pudieron inspirarse en la talla de madera *a navaja*, la precisión de su forma, el escaso tamaño y su frecuente constatación formando parte de ajuares funerarios, convierten a estas cajitas meseteñas en objetos de carácter simbólico-ritual sobre los que se han vertido interpretaciones de distinto sello (joyeros, ungüentarios, semilleros, saleros, juguetes, quemaderos de perfume, lamparillas, contenedores cinerarios, pequeños altares...).

Similares a las cajitas son las *barcas solares* (Wattenberg, 1966), que se pueden paralelizar con las denominadas *tablas de lavar*. Se trata de bandejas muchas veces en miniatura que a menudo ofrecen motivos incisos o estampillados de soles y estrellas, puestos en relación con la ideología escatológica y simbólica de las gentes vacceas. El vaso trípode realizado a mano es otra pieza representativa de la cerámica vaccea en la zona de confluencia con el marco arévaco (Castro García, 1972), en la línea que indican los ejemplares más conocidos de Palenzuela, Tariego de Cerrato y Cuéllar. Sin duda que constituye otra forma simbólica, o al menos diferenciada desde el punto de vista funcional

<sup>40</sup> Sin ser exhaustivos, los principales trabajos son: Wattenberg, 1961; *id.*, 1964; Nieto, 1962; Martín Valls, 1975; Llanos, 1979; Mourc/Ortega, 1981a; Espinosa/González, 1976; Ortega, 1982; Pérez González, 1983; Pérez González/Illarregui, 1989; *id.*, 1990; Sacristán, 1986a: 200-204; Sanz García/Santos, 1990 y Luzón, 1990, quien por cierto pone en relación a las cajitas celtibéricas con prototipos del Próximo Oriente.

<sup>41</sup> Respecto a su cuna originaria, las últimas revisiones apuntan que de las más de 150 cajitas recuperadas hasta el día de hoy, el 70 % se hallan en tierra vaccea (sólo en Padilla de Duero se han registrado 70 ejemplares), y sólo el 9% en el alto Ebro. Si bien esto no es determinante al 100% para admitir que los ejemplares del Ebro son una readaptación de los vacceos (Delibes *et alii*, 1995a: 114).

de las vasijas más comunes, que encontramos bien representada en ámbitos funerarios. También así cabe interpretar otros vasos rituales más complejos, caso de los *kernoi* (Barril, 1990), forma que se mantiene en la cerámica torneada celtibérica a veces como urna funeraria, las bandejas de doble piso con el superior perforado para dejar caer las sustancias, las copas con anillas y distintos tipos de fuste de momentos ya tardíos que abundan en la provincia de Palencia (Lión, 1987), los vasos compuestos de tres y cuatro cuerpos adosados típicos de la necrópolis de Cuéllar, los cazos rituales o *simpula* rematados con cabezas de caballo o toro -también confeccionados en bronce- que aparecen colocados en el interior de urnas formando parte del ajuar funerario (Martín Valls, 1990), etc. Todas estas formas cerámicas tan peculiares están trabajadas y decoradas de forma excisa con el uso de corte a bisel con navaja probablemente a partir de un antecedente sobre madera o cera. Resulta indicativo contrastar la expresividad formal que caracteriza a la cerámica vaccea con la expresividad iconográfica que definíamos en la cerámica vetona.

Por último, debemos señalar la singularidad de otros modelos durienses realizados en barro cocido como los *sonajeros* (Martín Valls/Romero, 1980), los *pies votivos* (Sacristán, 1986a: 204-206) y, sobre todo, las *canas* o bolas de arcilla muy similares a los primeros (*canicas sonajas*) (Vegas, 1983; Sacristán, 1986a: 206-208; Barrio, 1988: 281-283). Estas pequeñas pelotas exhiben una difusión regional por toda la meseta norte y un extenso marco cronológico desde el Hierro I hasta la romanización. Se decoran con incisiones, impresiones o peines puntillados que recuerdan las líneas de meridianos, aunque también hay bolas lisas. Parece que en un primer momento se realizan en piedra, predominando después el barro como materia. Abundan poderosamente en algunos enclaves: sólo en la necrópolis de Las Ruedas han aparecido 160 ejemplares sin contar otro centenar recogido en superficie durante las labores de prospección (Sanz, e.p. -a-), mientras que en puntos del alto Ebro como La Hoya (Ávala) se han registrado más de 200 muestras (Vegas, 1983). En menor número también se encuentran en tierras vetonas y arévacas. Su significado sigue sin ser coincidente, algunas opiniones sugieren la utilización como proyectiles de onda a tenor de su presencia en tumbas de guerrero, otras las asocian con juguetes infantiles.

En la cuenca central del Duero la producción manual no desaparece drásticamente en un momento avanzado del Hierro II, la tradicional fase celtibérica. De igual forma que precisamos para el foco meridional de la meseta occidental, aquí y allí las especies a mano

conviven durante un buen tiempo con los tipos torneados, incluso algunas de sus técnicas más arraigadas se adaptan en la nueva tecnología. Los ejemplares a mano peinados hacen acto de presencia hasta inicios del s.I a.C. Como ya hemos indicado, los modelos tradicionales actúan en cierta forma como elementos definidores de una personalidad ancestral que se mantiene representada en ámbitos rituales y funerarios. Así se ha sugerido para la alfarería a mano vaccea en el declinar del Ier milenio a.C. (Delibes *et alii*, 1995a: 111).

## CERÁMICA A TORNO

Las primeras muestras de cerámicas torneadas aparecen en dos yacimientos meridionales vacceos, La Mota y Cuéllar, en un momento avanzado del s.VI a.C. Estos fragmentos a torno iniciales de pastas claras y pintura vinosa o amarilla, y los que se registran en la centuria siguiente, se consideran importaciones llegadas muy probablemente desde focos emisores de la Iberia meridional a través de la submeseta sur carpetana y del Sistema Central por el pasillo de comunicación representado por el territorio vetón (Seco/Treceño, 1993: 138-144 y 163-168; Barrio, 1993: 191-201). A partir del s.IV a.C. el empleo del torno de alfarero rápido arraiga en la cuenca media del Duero, hablándose desde esos momentos de producciones a torno locales y seriadas, las típicas cerámicas oxidantes y pintadas que desde hace muchos años aparecen citadas en la bibliografía con el nombre de *cerámicas celtibéricas*. Esta dinámica está muy bien representada también en el yacimiento burgalés de *Rauda* (Sacristán, 1986a; *id.*, 1986b).

En otro apartado estudiamos más detenidamente la aparición y difusión del torno en la meseta occidental (apartado II-2.2 A), ahora únicamente señalaremos las características principales de los modelos cerámicos a torno, pintados y lisos, que dominan ampliamente la producción alfarera de la región vaccea desde el s.IV a.C. y especialmente en las centurias siguientes. Las cerámicas celtibéricas están presentes en la totalidad de yacimientos. Su identificación es sencilla pero no lo es todavía del todo su evolución cronológico-tipológica. La síntesis tradicional define a estos modelos como la adaptación que la meseteña realiza hacia el s.III a.C. de la plástica ibérica levantina, por tanto una difusión cultural con clara dirección este-oeste en la que juega un papel fundamental el foco arévaco, en concreto la mítica Numancia que fue la estación que las documentó por

primera vez y acaso de forma más espectacular. En ese punto, la cerámica (a partir de entonces) *celtibérica* se convirtió en el estandarte de lo que se ha venido llamando a veces irreflexivamente y con una multiplicidad de significados *celtiberización*, que, con independencia del enfoque historiográfico, identificaba la expansión (política, militar, migracional, comercial, cultural..., ahí radica la apertura interpretativa) de grupos celtíberos, y con ellos la de *sus cerámicas*, hacia otras regiones *marginales* como la meseta occidental, su borde septentrional limítrofe a la cornisa cántabra, la submeseta sur o el suroeste. Más adelante planteamos de forma decidida el debate sobre la *Celtiberización* (vide III-3.4).

Como es bien sabido la cerámica pintada celtibérica se caracteriza por presentar pastas oxidantes y bien decantadas, disponer de formas variadas (fundamentalmente cuencos, copas, embudos jarras y botellas con distintas variantes) y ofrecer una gama de motivos pintados, al principio monócromos y bícromos con tonos claros y luego tendentes a la policromía, a base de líneas, semicírculos, SS encadenadas, rombos, triángulos, punteados, trenzados, ajedrezados, reticulados, y figuraciones zoomorfas y antropomorfas. Se han señalado algunos rasgos más manifiestamente vacceos dentro de la extensa generalización de esta cerámica, entre los que pueden estar la amplitud de decoraciones bícromas, ciertos motivos triangulares colgados, rombos rellenos de trazos paralelos... etc. <figura 20>.

A pesar de los trabajos meritorios de Federico y Eloísa Wattenberg (*id.*, 1963; *id.*, 1963; *ead.*, 1963), de F. Romero (1976) y de otras contribuciones más generales (Arlegui, 1992; Romero, 1992b; Martín Valls/Esparza, 1992: 260-261), todavía no se ha realizado la obra final y completa sobre la cerámica celtibérica, en la que haya espacio para la definición de procesos y seriaciones regionales a través de análisis de pastas por ejemplo, y para la aclaración de las vías de llegada desde el sur y/o Levante, labor por otra parte harto difícil. De ahí que lo recurrente en la bibliografía son los exámenes de conjuntos parciales por yacimientos, sectores de los mismos o por motivos pintados concretos (un reciente ejemplo, Blanco García, 1995), enfoques que aun siendo importantes no ayudan a establecer los patrones generales que producciones tan extensas y homogéneas como las celtibéricas necesitan para la correcta sistematización de su estudio. La cerámica pintada celtibérica hoy se considera, en general, de una categoría más o menos común y no



producto de lujo (Sacristán, 1993: 494-495), como antes se pensaba, por su amplia presencia en distintos contextos domésticos. La abundancia, calidad y representatividad de este tipo cerámico en la cuenca media del Duero, superior en mucho a los testimonios registrados en el territorio vetón, refuerzan los índices de industrialización y especialización de la actividad alfarera en la cuenca del Duero (Sacristán, 1993).

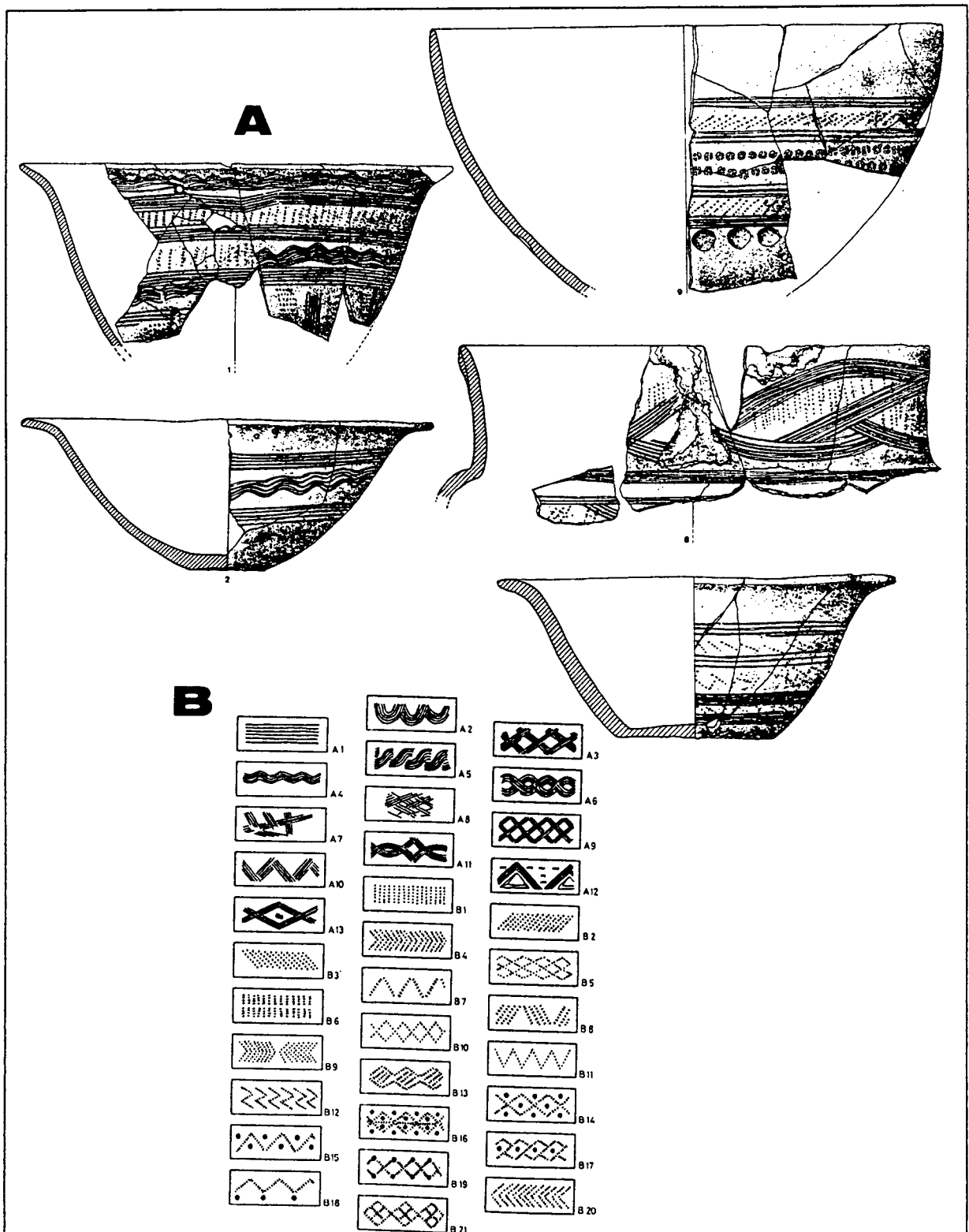
Con la llegada de los romanos a la meseta, la cerámica celtibérica lejos de eclipsarse va a pervivir, con ciertas transformaciones y adaptando algunos de los elementos morfológicos romanos, en recursos decorativos como retículas, líneas oblicuas paralelas, aspás, etc. Nace así la que se ha definido como *cerámica tardo-celtibérica*, muy característica de lugares como Roa (Sacristán 1986-87a; Sacristán/Pérez, 1986-88), que por perdurar en época imperial avanzada se han bautizado también con el término de *cerámica de tradición indígena* (Abascal, 1986, como estudio general).

Otra variedad a torno son las conocidas cerámicas de pastas grises. Ya se ha indicado en otro punto que su origen en la Península es foráneo y está emparentado en primera instancia con los movimientos coloniales greco-fenicios. Siglos después su radicación en la meseta es indudable hasta el punto de convertirse en una de las fabricaciones -locales y aclimatadas- más representativas tal y como su denominación de *cerámicas grises celtibéricas* indica. El espacio vacceo no es una excepción, como tampoco lo es el foco vetón. Aun a falta de una sistematización cabal, los primeros ejemplares se registran en Medina del Campo (Seco/Treceño, 1993: 167-168) y en Cuéllar (Barrio, 1993: 192) en los comienzos del s.V a.C., no se sabe con certeza si como importaciones o como primeras adaptaciones autóctonas, para poco después hacer acto de presencia en Padilla de Duero y más tardíamente en Coca (Romero Carnicero *et alii*, 1993: 250-252; Blanco García, 1993b). En general se trata de productos de gran calidad, de cocción reductora, en formas diversas (cuencos, vasos caliciformes, fuentes, copas, jarras de pico, perfiles carenados, bordes exvasados...) y con un tratamiento evolutivo de sus superficies en recursos y motivos (resaltes o baquetones, estampillados, acanalados; alternados con palmetas, oquedades, incisiones oblicuas, aspás, círculos...). Según el reciente estudio de Blanco García (1993b) se distinguen tres grupos: el primero de cerámicas lisas en torno a los ss.IV-III a.C. con los hallazgos iniciales ya señalados de La Mota, Cuéllar o Padilla; un segundo con decoración pintada similar a la celtibérica, y finalmente un tercero más

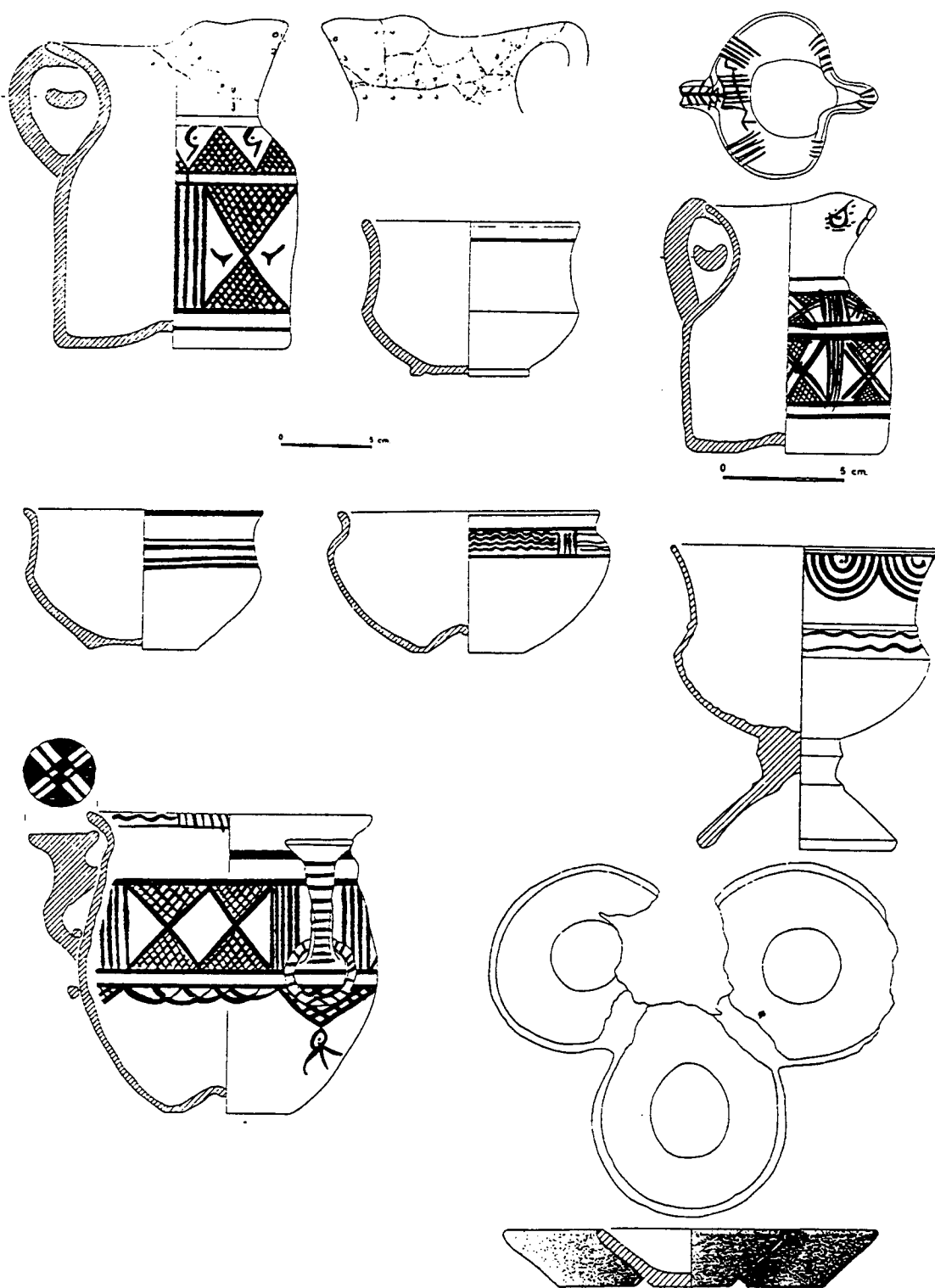
extenso y representativo, con superficie intensamente bruñida en tonos muy oscuros y decoración estampillada, propio de un momento avanzado a caballo entre los ss.II-I a.C. y bien representado además de en Coca, en un vaso de Tariego de Cerrato, en los hallazgos de Dehesa de Morales (Celis, 1990: 473-474) y sobre todo en las necrópolis de Las Ruedas y Carralaceña de Padilla de Duero (Sanz *et alii*, 1993: 142-144, fig.2-M, N y O). Este último grupo se ha puesto en relación con las cerámicas grises que imitan vasos de plata repujada característicos de los tesoros meseteños de época sertoriana. Dichas imitaciones cerámicas de vasos argénteos las tenemos documentadas además de en los últimos lugares señalados en El Viso de Bamba, Gorrita, Paredes de Nava, Pinilla Trasmonte y en otros centros meseteños fuera del espacio vacceo (Celtiberia, Vetonia y Carpetania).

Finalmente dedicaremos unos breves comentarios a las cerámicas que aparecen referidas en la bibliografía como comunes, toscas o de cocina (Escudero, e.p.). Presentan superficies rugosas, desgrasantes de tipo medio-grueso y tonalidades oscuras, decorándose muy excepcionalmente con alguna incisión en forma de cruz o aspa a lo sumo. Aparecen en todos los yacimientos desde mediados del s.IV a.C., aunque con un repertorio formal más escaso que las celtibéricas. De este modo, conviven tanto con estas últimas como con las cerámicas manuales, y se les asigna usos tradicionales y domésticos (cocina, almacenaje y conserva de alimentos), aunque a veces se utilizan como urna cineraria, por ejemplo en Las Ruedas, o como contenedor de ofrendas animales en otra sepultura de Carralaceña.

Junto a estas muestras, hay presencia de otras variedades cerámicas que su exclusivo carácter de piezas *exóticas* en el marco vacceo obliga a que nos ocupemos de ellas de forma monográfica en el análisis de los testimonios de contacto



**FIGURA 19.** A- Cerámicas peinadas de Cuéllar (Segovia) (Barrio, 1993: 206-208, fig.18-19) B- Tipología decorativa de motivos frisados de la cerámica a peine vaccea (A- peine inciso B- peine impreso) (Sanz, e.p. -b-: fig.4)



**FIGURA 20.** Cerámica celtibérica de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid); tumbas 35 y 36 (Sanz, 1993: 387, 392, fig.5-6)

## B) METALISTERÍA

### ARMAMENTO

De entrada se ha de apuntar el menor conocimiento en número de armas del territorio vacceo con respecto a lo exhumado en el círculo vetón, donde el armamento representa como ya vimos un valor principal en representatividad material y simbólica. También en la cuenca central del Duero el grueso de las armas procede de las necrópolis, en concreto de la de Las Ruedas, convenientemente dada a conocer en un reciente trabajo (Sanz, e.p. -a-).

La tipología del armamento vacceo es muy reducida. Con diferencia el puñal denominado por Cabré (1931) de tipo Monte Bernorio, por ser ese yacimiento palentino el primero en anunciarlas, es el modelo más extendido. Se trata de un tipo bien estudiado desde tiempo atrás (Cabré, 1931; García y Bellido, 1933; Sanz, 1986; *id.*, 1990b; de Griño, 1989), definido por una hoja de lengua de carpa o triangular, con espigo y una longitud aproximada entre 20-30 cm., pero sobre todo por la empuñadura (formada por dos o cuatro piezas naviformes invertidas) y la vaina completa de hierro, con decoración exuberante de técnica damasquinada y rematada en conteras de diversos tipos (discoide como el más abundante, pero también cuadrangular, rectangular o tetralobulado) <figura 21>. Se sujeta al guerrero mediante un tahalí metálico, triangular y corto, progresivamente incurvado y alargado. Hasta hace bien poco se daba por seguro su origen en el foco Miraveche-Monte Bernorio de los antiguos berones, y su posterior difusión desde el alto Ebro hacia la cuenca del Duero medio (ámbito vacceo), el suroeste de la meseta septentrional (ámbito vetón, presente en la necrópolis de Las Cogotas con ligeras variantes como ya dijimos) y hacia la cuenca alta del Duero-Jalón (ámbito celtibérico). Sin embargo se está defendiendo desde unos años atrás su vinculación originaria con el mundo vacceo como foco de gestación del modelo, a partir de la excavación de Las Ruedas reveladora de casi una veintena de ejemplares, un número similar a los recuperados en la necrópolis burgalesa de Miraveche, que denotan mayor antigüedad que los documentados en el círculo berón (Sanz, 1986; *id.*, 1990b; Delibes *et alii*, 1995a: 93). C. Sanz Mínguez habla de una fase inicial de formación (fines s.V-inicios s.IV a.C.) en el solar vacceo, de una segunda fase de desarrollo (fines s.IV-inicios s.III a.C.) en la que algunas piezas pudieron

llegar pronto al alto Ebro, y de una fase final de expansión, a partir del s.III a.C., que ve la recepción del arma en centros arévacos y vetones <figura 21>. De este modo, se piensa que las gentes de Miraveche-Monte Bernorio adaptan enseguida el arma en una reinterpretación caracterizada por el gusto hipertrofiado de la metalistería berona, pero no serían sus creadores (Sanz, 1990b; Delibes *et alii*, 1995a: 93, 115). En la cuna de este puñal, el espacio vacceo según el reciente análisis que seguimos, el tipo Monte Bernorio se mantiene hasta el s.II, siendo la única modalidad de puñal registrada a excepción de un ejemplar cuya mala conservación dificulta su atribución concreta, y de varios puñales biglobulares recuperados en la necrópolis de Palenzuela (Martín Valls/Esparza, 1992: 263).

La espada más representativa es la de Miraveche o de gavilanes curvos, formada por una hoja de lengua de carpa, con gavilanes curvos y espigo que ronda los 50 cm de longitud; el pomo se remata con pequeñas antenas y gavilanes guarnecidos con prótomos de verracos. La vaina de este modelo es de material perecedero y presenta cañas de hierro; la decoración es abundante, a base de conteras bronceas de gran tamaño a veces caladas. Se descubrieron por primera vez en la necrópolis burgalesa del mismo nombre, un total de seis ejemplares; después han aparecido en Monte Bernorio, Peña Amaya, Lara de los Infantes, y en ámbito vacceo en las necrópolis de Palenzuela y Las Ruedas (Sanz, 1993: 379-380). Su cronología parece concentrarse en el s.IV a.C. Más abundantes son las armas arrojadizas, puntas de lanza y jabalinas, trabajadas en hierro al igual que los regatones. Están presente en casi todos los yacimientos, pero fundamentalmente en las necrópolis. Así, en Las Ruedas se han inventariado unas 50 puntas de lanza, que aparecen casi siempre de forma unitaria, si bien cuando lo hacen en número de dos, una es siempre mayor que la otra (Sanz, e.p. -a-). Las lanzas no siempre son armas arrojadizas; de hecho, en líneas generales la lanza no arrojadiza suele ser el arma antigua por antonomasia.

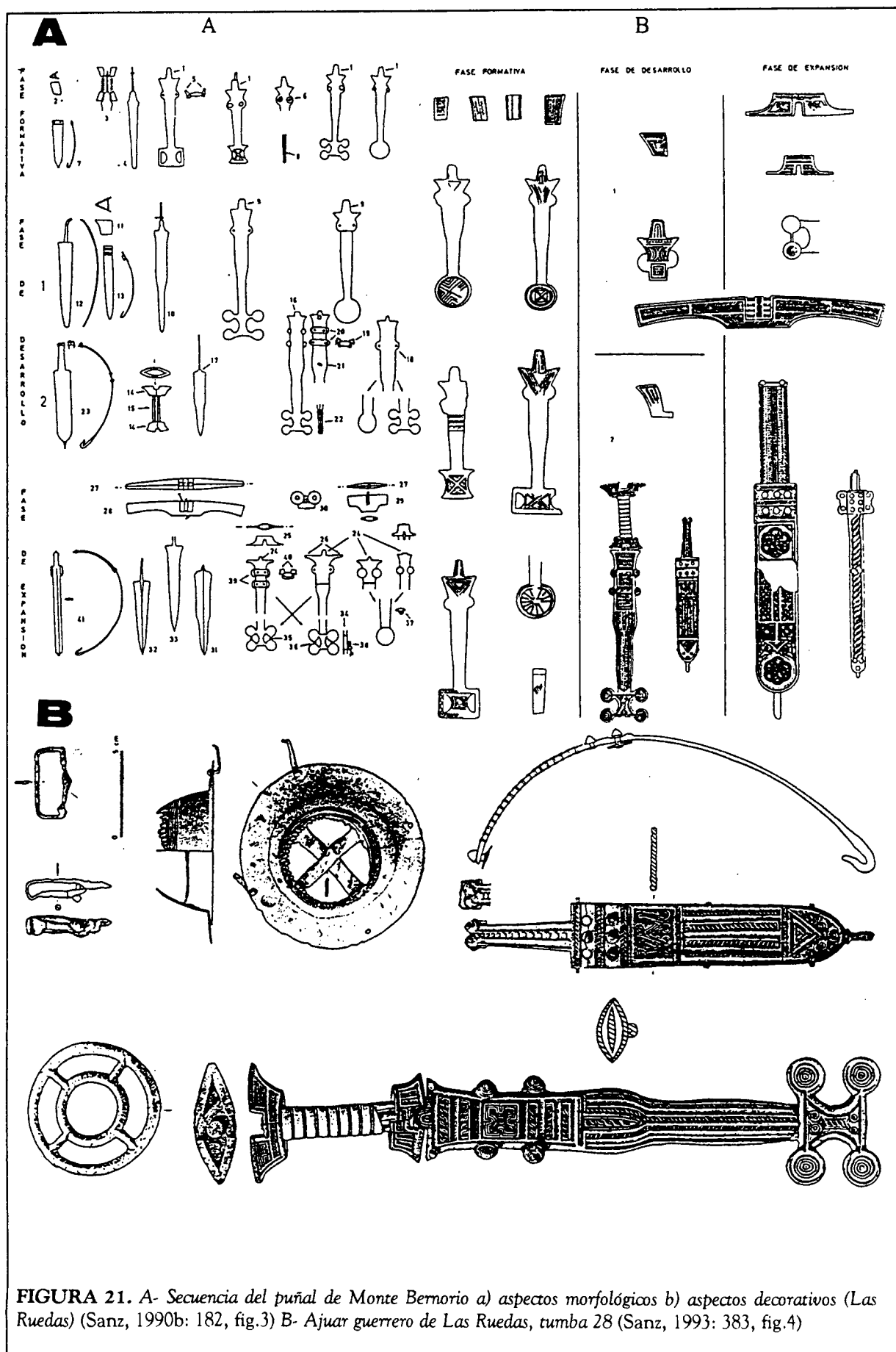
Tocante al armamento defensivo, se cuenta con caetras -los pequeños escudos circulares que igualmente registran las sepulturas de guerreros vetones-, de reducido tamaño, estudiados hace años por Cabré (1939-40). Su presencia es alta en Monte Bernorio, de ahí que hayan dado nombre al tipo más representado en la cuenca del Duero, aunque aparece igualmente en Miraveche, Las Ruedas y en Las Cogotas, como tuvimos ocasión de apuntar. Se conservan bastantes tirantes con abrazaderas triangulares, refuerzos

centrales y umbos abiertos, con borde dentado y cruceta. A estas piezas hay que asociar grapas y pasadores que estarían en relación con la sujeción del arma mediante correajes.

El cuchillo es un útil con un significado diferente, de hecho no tiene por qué relacionarse de forma exclusiva con una función militar. Existen, de igual forma que para el caso vetón, diversos modelos de hoja recta o afalcatada, herederos estos últimos de las piezas afalcatadas introducidas inicialmente en el horizonte soteño desde el sur. Se conocen ejemplares en Padilla de Duero, Palenzuela, Cuéllar, etc., que recuerdan bastante a los del foco Miraveche-Monte Bernorio. Por último debe citarse la presencia de tahalíes y otros elementos del correa de los guerreros, muy importantes en la articulación de armas como los puñales de Monte Bernorio; en este sentido hace pocas fechas se ha dado a conocer un nuevo ejemplar de una colección particular (Sanz *et alii*, e.p.).

La semblanza del armamento de los vacceos, a tenor de lo documentado, se nos presenta de tipo ligero, como la que caracteriza a los vetones y de la que también encontramos reflejo en las fuentes literarias. La panoplia de las gentes del curso medio del Duero pudo estar constituida, en los conjuntos más completos, por la espada (Miraveche), más manifiestamente el puñal (Monte Bernorio), la caetra y un par de lanzas o jabalinas, que constituyen el armamento de grupos con un alto nivel socio-económico los cuales se presentan en combate o en parada, como suele ser habitual, rodeados de toda una serie de símbolos de su riqueza y de su autoridad; mientras que los ajuares *guerreros* más básicos, ajustados a las necesidades de la guerra practicada por estas gentes y mayoritarios en número, limitarían su contenido al puñal y a las puntas de lanza, que se verían acompañados de armamento defensivo en material perecedero.

Sorprende en este espacio vacceo la ausencia de modelos tan característicos de la geografía vetona como la espada de antenas atrofiadas, o los puñales biglobulares muy significativos en la sociedad celtibérica.





## ÚTILES LABORALES

Siguiendo con la producción de hierro contamos con instrumentos varios, indicadores de la realidad cotidiana de actividades como la agricultura, la carpintería, la construcción, el esquila, la confección textil, labores relacionadas con el fuego, etc. Pero sin duda el dato más curioso es que su testimonio más común viene dado en formas miniaturizadas que actúan como elementos integrantes de los ajueres funerarios. Es obvio que se inspiran en modelos reales de escala natural. Así, se conocen desde antiguo parrillas, tijeras, pinzas, punzones, azadas, trébedes, hachas, navajas de afeitar, clavos..., que aparte de con actividades artesanales deben conectarse con funciones como el aseo personal y prácticas rituales en las que el fuego es ingrediente esencial. Tales muestras están bien representadas en contextos sepulcrales como Las Ruedas, Cuéllar y sobre todo Palenzuela (Martín Valls, 1984: 43). En otra proporción también se han descubierto herramientas de trabajo y otras piezas indeterminadas forjadas en hierro en poblados vacceos, pero la exigüidad de excavaciones intensivas en el interior de los hábitats limita la información sobre esos hallazgos.

## ARREOS DE CABALLO

No deja de extrañarnos la ausencia de estos objetos en el registro arqueológico vacceo. Apenas si se tiene noticia de hallazgos escasos en la necrópolis de Palenzuela y de piezas muy puntuales en el cementerio padillense de Las Ruedas, como la cama de arreo procedente de la sepultura tardía nº 56 (Sanz, 1990: 167; e.p. -c-) o restos de brida (Mañanes/Madrado, 1978: 430). La muestra es tremendamente sesgada, habida cuenta que sabemos por otras fuentes de la importancia advertida por el caballo en distintas esferas entre estas comunidades meseteñas (Sánchez Moreno, 1995-96; Escudero/Balado, 1990). Comparativamente los elementos de atalaje y arreos de caballo hasta el momento han hecho mayor acto de presencia en las necrópolis vetonas y celtibéricas que en las vacceas.

## OBJETOS DE ADORNO Y ORFEBRERÍA: LOS TESORILLOS VACCEOS

El bronce continua siendo el material principal para la plástica ornamental. En tierras vacceas, como parte integrante de la manifestación meseteña, su empleo es abundante y rico en fíbulas, placas de cinturón, botones, colgantes, pulserillas, cuentas de collar, zarzillos de pelo, agujas de coser, pinzas, grapas... etc.

Comenzamos por las fíbulas, elemento cultural cuya sistematización en tipos ha servido para marcar fases cronológicas y distinguir focos culturales en la Edad del Hierro meseteña (Argente, 1986-87; *id.*, 1990). Hasta que se produjo la excavación de la necrópolis de Las Ruedas, su número no era especialmente abultado en la cuenca media duriense, aunque sí su tipología que recuerda en líneas generales lo que ya se dijo a propósito de la metalistería vetona (Delibes *et alii*, 1995a: 116-117). El ejemplar más representado es probablemente la fíbula anular hispana, con más de cuarenta muestras en el cementerio padillense. A partir de los estudios ya tradicionales de Cuadrado sobre esta modalidad (Cuadrado, 1960; *id.*, 1963a), las piezas de Las Ruedas deben datarse en el tránsito del siglo IV al III a.C. y corresponderse con producciones locales. Otras variantes de alfiler, caso de los de pie alzado con botón terminal, las fíbulas simétricas, las de torrecilla lateral y las numerosas variaciones que siguen el esquema general de La Tène (Cabré de Morán/Morán, 1979b) -a veces también en hierro- definido por el característico pie vuelto que besa el arco como ya dijimos al referir los ejemplares vetones, están igualmente bien constatadas. Algo parecido se puede decir de la fíbula de doble resorte evolucionada en puente de cruz, también conocida como cruz de Malta, abundante tanto en el alto Ebro y Duero medio como en la meseta oriental, por lo que no está claro el origen de esta variedad, cuyo momento de mayor expansión corresponde al s.IV a.C. (Campano/Sanz, 1989; Sanz *et alii*, e.p., a partir del estudio de un ejemplar descontextualizado perteneciente a una colección particular).

No hay que olvidar un tipo de fíbula muy representativo de la meseta celtibérica como es la zoomorfa (con distintas variantes: puente transformado en caballito, con o sin jinete, con o sin cabeza humana sobre el prótomo del équido, con o sin verraco

perpendicular a la cabeza del caballo; puente en forma de verraco u otras especies difíciles de reconocer por el acentuado esquematismo con que son representadas, etc.). El modelo es un *clásico* en la cuenca del Duero (Esparza, 1991-92); a parte de en Las Ruedas, aparecen en Palenzuela y en Paredes de Nava (Herrero, 1969; Moure/Ortega, 1981b).

Formando las más de las veces parte de conjuntos funerarios, las placas de cinturón son otro de los elementos que mejor ayudan a la reconstrucción material de las gentes vacceas. Su sentido parece algo diferente al de las piezas de cinturón del círculo vetón claramente asociadas a la élite guerrera. En las necrópolis durienses, una vez más Las Ruedas es el escaparate más nítido, las hebillas de cinturón han sido puestas en relación con enterramientos femeninos como elementos simbólicos (Sanz, 1990a: 165, 169-170). Dentro de los distintos grupos de placas, uno de los más representativos, nuevo jalón de conexión con los grupos de la meseta más septentrional y de los rebordes montañosos cantábricos, es el tipo céltico, adornado con amplios calados y de forma ovalada. Una de sus variantes más conocidas es el tipo Bureba, notablemente alargado, anunciado en la zona burgalesa de Bureba y en la cuenca vaccea (Las Ruedas y Palenzuela) a partir del s.IV a.C. (Wattenberg, 1957; tipo D III 1 de la clasificación de Cerdeño, *ead.*, 1978: 285; Sanz, 1991). Asimismo se conocen piezas de placas y broches de cinturón de puntos como Tariego de Cerrato (Palencia) (Castro García, 1975b) o La Cuesta del Mercado (Coca, Segovia) (Blanco García, 1994: 66). Otras modalidades son las hebillas de tipo ibérico, sin calados pero con escotaduras en la zona distal, y la de bisagra, articulada y con forma rectangular, que se ha de ajustar a un momento celtibérico pleno. De esta tipología, a un ejemplar palentino dado a conocer hace años por Cabré (1921b) se le suman los recientemente exhumados en Padilla de Duero (Sanz, e.p. -a-).

Pulseras y brazaletes de bronce también se han documentado, aunque pocas veces completos. Su variedad es notoria, tanto en morfología (los de junco fino son los más abundantes, aunque los hay con otras secciones) como en recursos decorativos (con colgantes diversos: de aguja, abellotados, triangulares, ruediformes...etc.), de igual forma que se produce en la joyería de plata a la que seguidamente dedicamos unos comentarios. El repaso de piezas de bronce no quedaría completo si no mencionáramos los botones y agujas, de cabeza esférica o cónica con un solo travesaño (aparentemente relacionados con la sujeción de vestimentas al igual que las fíbulas, artículos de connotación más distinguida); y las cucharas rituales o *simpula*, revelados con claridad en contextos

palentinos (al menos cinco en la necrópolis de Palenzuela y nueve en Paredes de Nava, si bien la mayoría son fragmentos y remates de mangos con terminales zoomorfos, cabezas de toro o cuernecillos) (Martín Valls, 1990; Martín Valls/Esparza, 1992: 266).

Un detenimiento mayor merece la orfebrería argéntea desarrollada por los artesanos vacceos y puesta de manifiesto en una serie de depósitos, los tradicionales tesorillos celtibéricos, de los cuales los adscribibles al marco vacceo están siendo tomados en los últimos años como elementos culturales definidores de aquel grupo histórico, por su afluencia, riqueza y homogeneidad (Delibes/Esparza, 1989; Delibes *et alii*, 1993). Se trata de una orfebrería realizada fundamentalmente en plata pero de la que no están ausentes piezas de oro (anillos de cinta o de chatón, arracadas con colgantes, alguna fíbula espectacular del tipo simétrico o anulares hispánicas de gruesos puentes y barroca decoración). La creación más característica es el torques, al tiempo el adorno más frecuente en estos conjuntos <figura 22>. Dentro de la pluralidad de tipos, todos ellos definidos por un cuerpo rígido y circular que tanto hombres como mujeres debieron exhibir en sus cuellos, la forma más común es la funicular o torques sogueado/trenzado. Su singularidad reside en el cuerpo, formado por varios alambres o juncos de sección circular que se doblan unos sobre otros hasta conseguir el efecto de una vistosa sogá trenzada de gran plasticidad. Los extremos se rematan con terminales en forma de bellota o pera culminados en bolitas semiesféricas, que engarzan con los juncos doblados a través de unos manguitos tubulares decorados en ocasiones con bandas de líneas incisas. Igualmente es corriente que las perillas presenten una anilla, a veces compuesta, que serviría de enganche a la cadenilla de cierre del colgante. Otros cuerpos finales pueden ser apéndices en forma de cono doblado hacia el exterior o de extremos vueltos, ganchos curvos, botones terminales, etc. Merecen resaltarse algunos elementos decorativos que denuncian la alta calidad de las joyas, como el motivo en forma de ocho o el nudo de Hércules (lazo plano en el centro de la circunferencia del torques). Mucho más sencillo es el torques constituido por un único cuerpo o junco macizo.

Por detrás de éstos, la pieza más representada es la pulsera. El modelo menos elaborado está constituido por una única varilla cilíndrica de grosor variable que tiende a adelgazar hacia los bordes; la uniformidad del cuerpo queda rota por la existencia en el centro de un collarín o resalte ornamental y por los remates, muy expresivos, que

representan cabezas zoomorfas de gran esquematismo (ofidios, verracos o caballos). Sin embargo el adorno de mano más característico es el brazalete espiraliforme <figura 22>. La particularidad de esta joya viene dada por su peculiar morfología de aro múltiple formado por una cinta enrollada circularmente y en espiral que da varias vueltas (según los casos, de seis a veinte, alcanzando algunos ejemplares palentinos casi dos metros de longitud total). También en estas piezas los extremos suelen terminar en cabezas de serpiente muy estilizadas y en forma angular. En las partes finales hay espacio para una decoración a troquel generalmente a base de triángulos en zig-zag rellenos de punteado fino o *granetti*, o de círculos estampados separados por bandas de puntos. Aunque morfológicamente no son considerados adornos personales, los vasos de plata repujada son un nuevo componente de los depósitos de joyas. Reproducen formas de cuencos, páteras, recipientes carenados, tacitas con asas..., que tienen sus paralelos más directos en la metalistería ibérica. Los tesoros se completan con la presencia de fíbulas y anillos, en plata u oro, de adornos espiraliformes para el pelo en oro, a veces rematados en sus extremos con cabezas de équidos, y de cadenetas trenzadas típicamente meseteñas. Ya hemos mencionado que las arracadas áureas también forman parte de estos conjuntos. Todas tienen en común un cuerpo curvo (fusiforme) del que cuelgan apéndices con diferentes formas decorativas (bellotas, racimos triangulares, campanas, apéndices triangulares trenzados simples...); otros pendientes no tienen remates y se forman con sucesivos cordones de filigranas soldados entre sí. Además de los registrados en conjuntos atesorados, contamos con ejemplares aislados, como las arracadas halladas en Paredes de Nava (Palol, 1963). En conexión con estos testimonios pueden traerse a colación otros adornos en oro, sin contexto arqueológico, como la cabeza de caballo con hilado de oro, que pudo corresponder a una fíbula, broche o adorno de pelo, hallada en Saldaña (Herrero, 1969) o una excepcional hebilla o broche de plata procedente de la Cuesta del Mercado junto a la antigua *Cauca*, en forma de doble anzuelo laceado (Blanco García, 1988: 46; *id.*, 1994: 66; Delibes/Esparza, 1989: 124).

La disección de la composición de estos tesorillos quedaría menguada si no mencionáramos el numerario en plata, las más de las veces denarios ibéricos, que acompañan a las joyas. Su presencia puede ser exclusiva (tesoros monetales), predominante en número frente a las joyas o meramente testimonial, pero en cualquiera de los casos son objetos que se integran como un elemento más de riqueza en estos procesos de ocultación.

Por otra parte son indicios muy interesantes para analizar la circulación monetaral -mejor dicho, el aprovisionamiento monetaral- en estas tierras vacceas, en las que no existen cecas locales. Además de ser reflejo de contactos directos o indirectos con el mundo celtibérico, pues los denarios mayoritariamente se acuñaron en talleres de la meseta oriental, las monedas también actúan como patrón de datación relativa, llevando la fecha de ocultación de los tesoros meseteños a momentos ya tardíos que es cuando las ciudades celtibéricas empiezan a acuñar, finales del s.II a.C. o más probablemente primera mitad del s.I a.C. Finalmente, el significado de estas riquezas escondidas se ha puesto en relación con fortunas personales o familiares transmitidas desde varias generaciones, por tanto bienes patrimoniales, que fueron ocultadas ante la inestabilidad y el temor que circunstancias históricas de un momento concreto infundieron en aquellas sociedades meseteñas. Por la cronología del numerario, en especial los denarios romanos con datación puntual, sabemos que ese clima amenazante debió estar determinando por los avances de la conquista romana hacia el interior, y con acciones precisas como las guerras sertorianas (82-72 a.C.) que tanta repercusión tuvieron en las ciudades vacceas y celtibéricas, tal y como se trasluce de las fuentes literarias. Aunque hay que dejar abierta la posibilidad de pensar en otro horizonte de inseguridad con cronología alternativa, o en otra línea interpretativa.

En el espacio de los antiguos vacceos contamos con los siguientes tesoros. El sobresaliente yacimiento de Padilla de Duero ha proporcionado tres conjuntos de joyas, el primero compuesto por once piezas (dos torques, tres pulseras, dos arracadas, un anillo y una cadeneta, además de más de cincuenta denarios ibéricos), el segundo por diecisiete (diez arracadas áureas, dos brazaletes espiraliformes, cuatro anillos, una fíbula simétrica y diecisiete denarios ibéricos) y un tercero con seis piezas, dos brazaletes espiraliformes y cuatro torques, uno de ellos perdido (Mañanes, 1983: 152-159; Delibes *et alii*, 1993). De la antigua *Rauda* proceden dos depósitos más, uno exclusivamente numismático y otro compuesto por cuatro arracadas áureas y dos cadenetas descubiertas dentro de una vasija escondida entre cuerpos de adobe (Monteverde, 1949; Raddatz, 1969: 12; Sacristán, 1986a: 212-216). Tres conjuntos han sido hallados hasta el momento en la ciudad del Carrión<sup>42</sup> (Almagro Basch, 1960; Raddatz, 1969: 232-238; Martín Valls, 1984: 42-44; Sánchez

<sup>42</sup> García Castro (1973: 459) cree que la localización original de estos tesoros no fue la capital palentina, sino que fueron llevados allí por alguien, probablemente soldados romanos. Para este autor, como ya dijimos, la actual Palencia es una fundación *ex novo* de tiempos romanos y por lo tanto sin población anterior ni cultura material prerromana. *Pallantia*, ciudad vaccea aludida en las fuentes de conquista, debe situarse en Palenzuela, donde es más lógico fijar la fabricación de joyas y otras artesanías indígenas.

Moreno, e.p. -c-). El tesoro denominado Palencia I, encontrado junto al puente de hierro sobre el río, estaba compuesto por una fíbula simétrica y un vaso de plata; más destacados son los otros dos tesorillos, el del Cerro de la Miranda (Palencia II) <figura 22> lo conforman veintidós objetos de plata (doce torques, siete pulseras, tres brazaletes espiraliformes y una suma de denarios), un número parecido al hallazgo del convento de las Filipenses (Palencia III), que además de las piezas anteriores incluye arracadas, una fíbula simétrica en oro y otra en plata y una cadeneta. Finalmente, en Palenzuela salió a la luz hace ya bastantes años un atesoramiento exclusivamente monetar, con más de 2.600 denarios<sup>43</sup>, sin contar los que siguen desperdigados en manos de coleccionistas (Monteverde, 1947; Martín Valls, 1967: 119-120, nota 433). Próximos al espacio vacceo, pero pertenecientes a otros grupos históricos, son otros conjuntos de notable interés, como los dos tesoros zamoranos de Arrabalde donde el oro va acentuando su importancia (Martín Valls/Delibes, 1982b; Santos Yanguas, 1981c; Esparza, 1991; Martín Valls, 1995: 178-183), al noroeste de los vacceos en tierras astures, y el burgalés del monasterio de Rodilla (Castillo, 1986; *ead*, 1996), en contexto turmogo.

Las posibilidades de extraer de estos depósitos de joyas y monedas lecturas de formas sociales y comerciales desarrolladas por las gentes vacceas, nos obliga a volver sobre estos testimonios aislados más adelante, para integrarlos en un debate *histórico* más abierto en el que incorporaremos nuevos datos de distinta naturaleza.

---

<sup>43</sup> La mayor parte de las monedas son acuñaciones de *Sekobirikes*, *Turiasu*, *Baskunes* y *Bolskan*. En concreto la relación de piezas es la siguiente: 91 denarios de *Arecoratas*, 108 de *Arsaos*, 362 de *Baskunes*, 2 de *Beligio*, 5 de *Bentian*, 159 de *Bolskan*, 2 de *Colouniocu*, 58 de *Contrebia*, 1 de *Icaloscen*, 1 de *Oilaunicos*, 1 de *Segia*, 1.076 de *SeKobirikes*, 2 de *Segotias* y 842 de *Turiasu*. A este numerario hay que añadir una docena de denarios de la república romana fechados en el 72 a.C. Por lo cual, una ocultación de monedas en tiempos de la guerra sertoriana parece deducirse como interpretación histórico-cronológica más coherente.

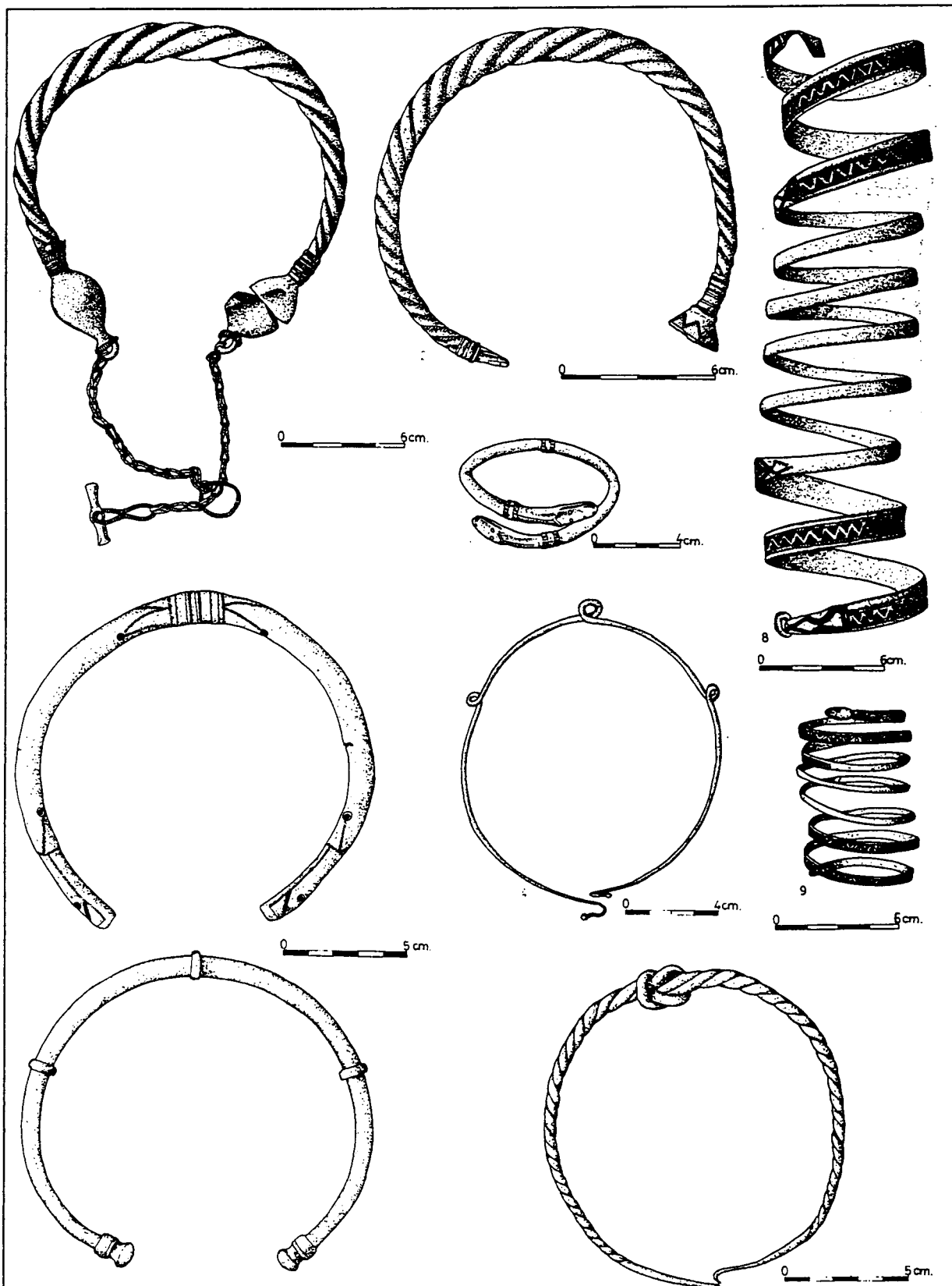


FIGURA 22. Brazaletes y torques del tesorillo del Cerro de la Miranda, Palencia (Martín Valls, 1984: 42, fig.15)



### C) PRÁCTICA ESCULTÓRICA

Son mucho más reducidas las muestras de plástica moldeada en la zona media del Duero. La única expresión de escultura mayor viene dada por los verracos que se documentan marginalmente en puntos de la provincia de Segovia y Zamora. En concreto según las catalogaciones provinciales, son cerca de veinte los zoomorfos hallados en tierras zamoranas, la mayoría en el sector más occidental de la provincia y por tanto vinculados al ámbito astur, de los cuales los ejemplares de Toro, Madridanos y Villalazán se identifican en territorio propiamente vacceo, y los tres de Muelas del Pan, los varios de Villardiegua y los hoy desaparecidos de Abelón, Fariza y Moral de Sagayo parecen marcar el término fronterizo astur-vacceo en torno a la línea bajo Esla-Duero y al sector más occidental de la comarca de Sayago (Diego, 1955; Martín Valls, 1974-75; López Monteagudo, 1989: 117-121; Martín García/García Diego, 1990). Recientemente se ha planteado que algunos verracos zamoranos pudieron importarse del territorio vetón o inspirarse en sus modelos; así, el ejemplar de Toro parece estar realizado con granito de Ávila, más homogéneo y fino que el del Sayago zamorano, mientras que uno de los verracos de Villardiegua se vincula por su estilo y tamaño a los salmantinos (Martín Valls, 1995: 161). Respecto a Segovia, entran dentro de nuestro interés únicamente las tres esculturas de suidos de Coca (López Monteagudo, 1989: 99-100).

La figura humana en piedra no se ha revelado en este espacio, a pesar de lo característica que es a su oeste en el mundo castreño astur-galaico y con menos profusión en la manifestación lusitano-vetona. Más frecuentes son las figuras zoomorfas en plástica menor, sobre terracota, arcilla cocida o metal fundido. Entre vacceos encontramos muestras similares a las que señalábamos para vetones, como por ejemplo el caso concreto de una cabecita de caballo en barro procedente de la escombrera de Simancas (Wattenberg, 1978: 60, n°41).

Por otra parte son muy habituales los temas zoomorfos como recurso ornamental en diferentes producciones, en armas (enmangues, conteras y vainas de espadas y puñales), sobre paredes cerámicas, definiendo el cuerpo de las fíbulas o en otros elementos metálicos (cazos, enmangues, varillas, etc.).

Sin duda que su evidencia artística es el rasgo que mejor demuestra la fuerza de la presencia de estas especies -principalmente équidos, bóvidos, ovicáprinos y suidos, en menor número aves y peces- en los modos de vida meseteños, pero no está claro el por qué de su materialización: ¿estas figuras y decoraciones zoomórficas responden simplemente al retrato de una realidad socio-económica de las gentes meseteñas o más bien se explican desde el punto de vista simbólico?<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> A título orientativo, Galán, 1989-90; Alonso/Benito-López, 1991-92; o Romero/Sanz, 1992; en un debate general, Grant, 1991. El primer autor defiende el sentido práctico y cotidiano que la fauna representada en la plástica celtibérica denota en el terreno socio-económico, de ahí que abunde como tema. Interpretaciones ideológicas se han propuesto para entender algunas especies animales, como el verraco asociado al caballo (Esparza, 1991-92) o el jabalí (Cerdeño/Cabanes, 1994; *vid* también Blanco, 1988). Probablemente el significado de los motivos o animales elegidos depende del contexto de las piezas; así, las figuras animales recogidas en ámbitos funerarios denuncian un carácter simbólico-ritual mucho más evidente que las procedentes de lugares de vivienda (Alonso/Benito-López, 1991-92). En este debate puede ser ilustrativa la introducción de la perspectiva antropológica cultural. A título de ejemplo, Lincoln (1991) observa las claras semejanzas socio-económicas y religiosas existentes en dos sociedades muy diferentes (primitivos actuales del este africano y gentes protoindoiranos de inicios del II milenio a.C.) y concluye que la explicación reside en que ambos grupos tienen idéntica base ecológica: la posesión del ganado bovino. "En este ejemplo de pastores cuidadores de vacuno, hemos visto cómo la cultura conforma a la religión y es a su vez conformada por los datos de la ecología. Podría decirse que los intereses cotidianos del hombre, no se separan de sus intereses religiosos, y que la forma en que vive su vida, tiene una enorme influencia en las formas bajo las que percibe lo sagrado y se relaciona con él. Para el hombre no basta con cuidar ganado vacuno, plantar ñames o cazar búfalos, sino que además busca continuamente el imbuir las actividades necesarias de su vida cotidiana, con un sentido y un significado que trascienden su existencia terrenal. Esto no quiere decir simplemente, que los ganados de bovinos proyecten su actividad de pastoreo en lo sagrado, aunque esto es parcialmente cierto; lo más importante, sin embargo, es que se esfuerzan por diseñar lo sagrado dentro de su mundo de pastoreo de vacuno" (Lincoln, 1991: 205).

...ooo000ooo...

Con el sesgo que supone resumir un conjunto material tan denso como el que reproduce el Hierro II en la cuenca sedimentaria del Duero en dos líneas, y a pesar del mismo, vamos a condensar para cerrar este apartado exclusivamente arqueológico los distintivos principales que mejor advierten a la arqueología vaccea a nuestro juicio.

- 1) La consolidación de formas de vida urbanas puestas de manifiesto en el *oppidum* -como continente físico, pues habría que hablar de *civitas* si buscamos el contenido humano- como patrón de asentamiento vinculante a gentes y territorio.
- 2) La ritualización elaborada que un interés creciente en el estudio del ámbito funerario define en las necrópolis vacceas.
- 3) La evidente expresividad en la morfología cerámica.
- 4) El protagonismo del estilo peinado impreso, y tras él de algunos motivos estampillados, como definidores de una evolución cerámica propiamente vaccea; en la que hay incluir una potente producción de cerámicas a torno pintadas (*celtibéricas*).
- 5) El puñal del tipo Monte Bernorio como la variedad más característica del tenue armamento vacceo.
- 6) Los depósitos de joyas y otros elementos fundamentalmente argénteos, crisoles donde fundir riqueza social, desarrollo tecnológico, sensibilidad artística y valores económicos.

## I-2.5 PERSONALIDAD FUNCIONAL

### A- ECONOMÍA

#### AGRICULTURA

La dedicación agrícola de los vacceos es precepto tradicional del código de conducta de este pueblo. Dos son los factores principales que han contribuido a la *celebración* del agricultor vacceo. En primer lugar la potencia cerealística de los campos de la cuenca central del Duero que, por familiar y latente, hemos solido retrotraer al pasado protohistórico de la región con pocos miramientos. La segunda premisa viene dada en cita literaria, la de Diodoro (V, 34, 3) acerca del particular método agrícola desarrollado por los vacceos, casi una exclusiva brindada por los clásicos sobre el régimen económico de un grupo prerromano.

La noticia de Diodoro<sup>45</sup> llamó la atención a los humanistas del Renacimiento y desde entonces ha estado presente en el debate historiográfico hispano. Muy sintéticamente señalamos los hitos principales de esta cuestión en la bibliografía<sup>46</sup>. Joaquín Costa (1983, II: 173-175) identificó literalmente la *comunidad agraria vaccea* con un sistema de *socialismo agrario*, o mejor dicho lo adecuó a su apología del comunismo primitivo de los pueblos prerromanos interiores, en clara oposición frente a la agricultura capitalista de su época que pretendía combatir con su conocida postura antiliberal. Años después, Ramos Loscertales (1941: 10-16), y en su estela Maluquer (1954: 170-171) consideraron esta práctica agrícola como un sistema propio de los pueblos celtas en emigración, con gran movilidad y todavía sin asentar plenamente, interpretación que se ajustaba muy bien con el planteamiento de las oleadas invasionistas celtas tan en boga durante bastantes décadas y del que ya nos hemos ocupado. Julio Caro Baroja (1943a, inicialmente; para insistir en obras más generales como 1976; *id.*, 1986: 61-63) corrige la asignación de *comunismo* por la de colectivismo, y habla así de la “cultura colectivista agraria valle del Duero occidental” como una de las regiones geo-culturales de la Iberia antigua definida por ese particular

---

<sup>45</sup> “El más culto de los pueblos vecinos de los celtíberos es el de los vacceos. Cada año se reparten los campos para cultivarlos y dan a cada uno una parte de los frutos obtenidos en común. A los labradores que contravienen la regla se les aplica la pena de muerte” (Diodoro, V, 34, 3).

<sup>46</sup> Un tratamiento historiográfico mucho más intenso y acertado que el que podamos hacer nosotros se encuentra recogido en Domínguez Monedero (1988a) y Salinas (1989; *id.*, 1990b).

régimen económico. Según Caro, el colectivismo sería algo extendido desde siglos atrás en Europa y Oriente, pero su puesta en funcionamiento lejos de significar un igualitarismo social pleno como pensaban los sociólogos desde fines del XIX, no estaría reñida con la existencia de estratificación social, pues para el caso vacceo sugiere que el sorteo del trabajo de las parcelas y del reparto de las cosechas se haría entre las grandes familias y linajes, bajo el control de los jefes del clan. El colectivismo agrario, por lo demás, establecería un nuevo estadio en el proceso evolutivo de la práctica agrícola en el mundo antiguo, caracterizado por tratarse de explotaciones a gran escala y de alto rendimiento, tal y como asume Wattenberg (1959: 19-20). Carmelo Viñas Mey (1959: 40-42) veía en lo mismo el resultado de la fusión de una cultura agrícola con otra pastoril<sup>47</sup> y de la introducción del cultivo con arado, siguiendo los argumentos de Caro Baroja. El sistema agrícola vacceo marcaría un nivel de desarrollo superior al de otras economías prerromanas, pues exigiría mayores extensiones de cultivo, grandes almacenes y una producción que superase la base familiar a pequeña escala. Más recientemente, Marcelo Vigil (1973: 258-259) retoma parcialmente los planteamientos de Costa para hacer de la propiedad colectiva del suelo, y del trabajo comunitario de los grupos gentilicios, lo característico del régimen socio-económico de los pueblos del centro peninsular. En este sentido, Vigil y algunos de sus discípulos como Salinas (1982: 46-47), hacen extensivo el trabajo colectivo vacceo descrito por Diodoro a otras comunidades tribales vecinas, principalmente a los vetones en la manera en que ya ha sido indicada. A. Domínguez Monedero, tras revisar las distintas interpretaciones vertidas sobre el colectivismo agrario, señala que “la finalidad básica del sistema consiste en garantizar los medios económicos suficientes para que el grupo social pueda sobrevivir frente a grupos extraños, y frente a los condicionamientos geográficos, por medio del mantenimiento de una gran cohesión social, fundamentada en la posesión en común de las bases económicas, tanto agrícolas como pastoriles, y obtenida mediante la aplicación a la agricultura de los principios básicos que regulaban la vida de las sociedades pastoriles nómadas” (Domínguez Monedero, 1988a: 61). A su juicio, representa la pervivencia de una tradición político-económica propia de un pueblo pastoril que pasa a

---

<sup>47</sup> En cierta forma V. Paredes Guillén ya se había referido a la complementariedad entre agricultura y ganadería trashumante, sugiriendo que los campos se trabajaban en común por unas pocas manos pues otra parte de la población trashumaba con los ganados, los propios y los de aquellos que ese año trabajaban el campo. Las labores rotaban cada año (los que había cultivado la tierra se convertían en pastores la siguiente temporada y viceversa), pero la cosecha siempre se ponía en común de igual forma que de la trashumancia se beneficiaba la totalidad del ganado (Paredes, 1888: 42-43).

ser agricultor, tradición que queda fosilizada como forma económica autóctona y residual en el ambiente vacceo (Domínguez Monedero, 1988a: 60-62).

Muchas de las opiniones que hemos aludido dan por hecho que un trabajo colectivo como el vacceo se desarrolla dentro de sistemas sociales en los que la propiedad de la tierra es también colectiva. Siguiendo con esta asunción, tradicionalmente se acepta que con la romanización el sistema de propiedad entre vacceos pasa del colectivismo a la propiedad privada de forma paralela al proceso de disolución de los lazos gentilicios a favor de relaciones de dependencia vertical (por ejemplo, González-Cobos, 1989: 220-222), a pesar de algunas excepciones<sup>48</sup>. Sin embargo, no está claro que si bien el trabajo y el sistema de recolección parecen ser de tipo comunal entre los vacceos, el reparto de tierras y la posesión de las mismas también lo fueran de forma absoluta, pues no pocas veces estarían en manos de grupos minoritarios *possesores* (González-Coboz, 1990: 439). Mañanes (1991: 255) cree que ese reparto igualitario se haría entre las grandes familias, pues defiende una sociedad jerarquizada, con esclavos incluso, como ya había anunciado Lomas (1980: 93-94) en la estela de Caro Baroja.

Que sepamos, la última revisión crítica del tema se debe a Manuel Salinas (1989; y especialmente, *id.*, 1990b), quien parece avanzar con relación a posturas mantenidas anteriormente. Este autor pone en tela de juicio la aceptación de la propiedad colectiva para todo el pueblo vacceo y en todo su desarrollo histórico, a partir del único y excepcional dato proporcionado por Diodoro. Piensa, contrariamente, en un predominio de la propiedad privada, y que el colectivismo vacceo se desarrolló, en todo caso, sobre un porcentaje reducido de la tierra, como una respuesta de emergencia para hacer frente a las necesidades de tipo económico y militar en tiempos de la conquista romana, que es el momento en el que las fuentes -probablemente Polibio, de quien bebió Diodoro-, transmiten la noticia de los vacceos. Por último, considera que sólo un órgano como la ciudad-estado tenía el poder suficiente como para implantar ese régimen especial y coyuntural (Salinas, 1990b: 435). En definitiva, cree abusivo el recurso generalizador de Diodoro como base demostrativa de este debatido sistema de propiedad, y prefiere, ante la

---

<sup>48</sup> Se señalan las comarcas del occidente zamorano de Tierra de Sayago y Campo de Aliste como zonas de pervivencia marginal en el siglo XX del colectivismo agrario (Costa, 1983, II: 100-118, 145-152; Cabo, 1965).

imposibilidad de avance por esa línea, aislar el testimonio del historiador sículo sin necesidad de exprimir más lo que ya no puede dar más jugo (Salinas, 1989: 106, 109).

Nos resulta sumamente difícil ofrecer una opinión personal sobre el tan trillado *colectivismo agrario* vacceo, o al menos una opinión diferente a las expuestas. Descartaríamos la interpretación del sistema propio de un pueblo en migración, deudora de la corriente celto-invasionista que venimos criticando, y la del régimen resultante de la fusión de prácticas agrícolas con otras pastoriles adaptadas en momentos distintos, pues a la larga esta base agro-pecuaria ha sido el comportamiento económico de la totalidad de las civilizaciones pre-industriales y no todas han generado sistemas comunales. El trabajo agrícola vacceo debió ser un caso excepcional, por eso llamó la atención de los clásicos que lo pudieron singularizar acaso también debido a que los resultados de esa forma de trabajo destacaban igualmente por su productividad. Consideramos acertado en parte el análisis crítico y directo que realiza Salinas (1990b), y en este sentido la clave para precisar cuándo y cómo funcionó el *colectivismo vacceo* reside en atender a las circunstancias de las fuentes de información de las que se sirvió el autor de la *Biblioteca Histórica*. Unánimemente se reconoce que Polibio es el punto de partida del que extraer los primeros datos y noticias concretos relativos al espacio peninsular<sup>49</sup>, escenario que el mismo cronista griego pisó a mediados del s.II a.C. (Pédech, 1964: 555-560). Al margen de que Diodoro recogiera la noticia que nos ocupa sobre los vacceos de Polibio directamente, o más probablemente de forma secundaria a través del *transbordo* que representa la obra de Posidonio, en cualquiera de los casos el relato proviene del contexto histórico-literario en que escribe Polibio. Sabido es que el historiador de Megalópolis acompañó a Escipión, bien fuera en la toma final de Numancia en el 133 a.C. como generalmente se piensa o en la campaña del cónsul Lúculo a tierras vacceas en el 151 a.C. como propuesta alternativa (Sancho, 1973: 24-33; Pérez Vilatela, 1989c: 251, nota nº1, con la discusión bibliográfica). La descripción de Polibio estuvo basada en lo que sus propios ojos vieran del campo vacceo (ciudades de *Cauca*, *Intercatia* y *Pallantia*), independientemente de que arribara allí en la primera expedición bajo las órdenes de Lúculo o que lo hiciera en la campaña del 134 a.C. al Duero medio, antesala preparatoria y estratégica del ataque posterior a Numancia diseñado por Escipión.

<sup>49</sup> Sobre Polibio, Pédech (1964). Entre otros, Caro Baroja (1986: 15-34), Tovar (1977: 167) y Gómez Espelosín *et alii* (1995: 48-53) revisan el trasfondo y las circunstancias de la obra polibiana, tenida por primer testimonio directo en el conocimiento antiguo peninsular. El último de estos trabajos recoge bibliografía específica y actualizada al respecto. Para la presencia y recorrido de Polibio en Hispania véase Pérez Vilatela (1989c).

Con esto, estamos proponiendo, sin dejar de reconocer lo limitado de nuestra suposición y dando por hecho que los pormenores sobre el régimen vacceo son directamente observados por el cronista griego y no que provengan de fuentes anteriores (historiadores griegos al servicio de Aníbal), que Polibio narra el sistema agrícola que los vacceos despliegan en un momento crítico de lucha y conquista, que les sirvió para auxiliar y abastecer las demandas alimenticias de los numantinos. Un sistema agrícola vacceo potente y fructífero que ocasiona precisamente que Escipión, como ya antes hubieran intentado otros generales, busque su colapso asolando la campiña vaccea. Este sería el contexto de la noticia que se nos ha conservado descontextualizada y aislada en un pasaje de Diodoro<sup>50</sup>.

Ahora bien, ¿el *colectivismo vacceo* es exclusivo del tiempo de la guerra celtibérica, mediados del s.II a.C. *grosso modo*, o podemos dilatarlo desde varios siglos antes? ¿fue un hecho en todas las comunidades vacceas o sólo en las que se vieron afectadas por el conflicto numantino? Si hemos de ser sinceros, las respuestas se nos antojan imposibles. Nos inclinamos a pensar (aquí sí que con un argumento tan volátil como es el que se apoya en la simple sensación personal), que la colectividad laboral de los vacceos, la cual para nosotros tampoco tiene por qué llevar implícita la idea de propiedad colectiva en exclusiva, fue una actuación más o menos coyuntural de las principales *urbes* vacceas citadas por las crónicas de conquista, consecuencia de una determina -llamésmola- *presión*. Pero esta contestación no significa que la economía agrícola vaccea no estuviera desarrollada desde mucho antes, o dicho de otra forma, no estuviera produciendo desde antiguo un cuantioso excedente con el cual comerciar -o auxiliar- con otros pueblos y en otros momentos, producción excedentaria que por otra parte pudo provocar el ataque y acopio de otros grupos. Seguro que sí, pero ignoramos la forma organizativa que lo generaba.

<sup>50</sup> En el mismo la noticia del sistema de trabajo vacceo nos viene dada a partir de la referencia inicial a los celtíberos (Diodoro, V, 34, 3): "el más culto de los pueblos vecinos de los celtíberos es el vacceo...", pasando a describir a continuación su régimen agrícola. Tal vez esta circunstancia de mencionar a los vacceos *a propósito* de los celtíberos, se explicaría porque la fuente original polibiana pudo hacer acopio de la noticia sobre los vacceos en relación a su papel auxiliador para con los celtíberos, protagonistas principales del relato original.

A otra deducción podríamos llegar en caso de tener la certeza de que la noticia fuera transmitida inicialmente por Filino, Sóilo de Esparta o Sileno de Caleacte, algunos de los ilustrados helenos que acompañaron a Aníbal como cronistas, y que Diodoro la recogiera directamente de ellos o a través de Polibio, quien podría haber tenido acceso más fácil a las obras de aquellos. La verificación de esta tesis, de momento en suspense pues ni Diodoro cita las fuentes que utilizó ni se nos conservan apenas los comentarios de Polibio sobre los pueblos meseteños, supondría admitir, como sugiere Domínguez Monedero, que al menos desde el tercer tercio del s.III a.C. (momento en el que la misión bárquida toma contacto con los pueblos del Duero medio) la economía agrícola vaccea se caracterizaba por ese peculiar régimen laboral.



En fin, para concluir este debate resumimos nuestra posición. No desconfiamos de la noticia de Diodoro a la que contemplamos como histórica en sentido *laxo*<sup>51</sup>, pero reconocemos su carácter huérfano de contexto, aspecto que no resulta banal aunque muchos autores han hecho caso omiso del mismo elevando sobre la noticia de Diodoro lecturas históricas totales y diáfanas con gran facilidad. Recurriendo a la atmósfera en que nace la noticia (la guerra romana contra los arévacos, o mejor contra el frente arévaco-vacceo, en ojos de Polibio; presunción en absoluto certera) concluimos que el llamado *colectivismo agrario vacceo* se documenta<sup>52</sup> como respuesta que algunas comunidades vacceas desmontan para abastecer a los numantinos en tiempos de fuerte amenaza bélica. La duda estriba en saber si el sistema se había desarrollado con anterioridad y de forma generalizada en el territorio de aquel pueblo. Lo desconocemos, pero pensamos que por el momento sólo nos es lícito utilizar el término *colectivismo agrario vacceo* al hablar del tiempo de la guerra celtibérica. Sin embargo, el potencial cerealístico forma parte de la economía vaccea desde mucho antes -seguidamente vamos a dar razones para apoyarlo-, aunque no sabemos en qué forma se organizó. Factiblemente no hubo un sistema único, cada *civitas* u *oppidum* pudo ofrecer soluciones locales, y la propiedad colectiva, supuestamente originaria, no debió estar reñida con la individual, que en nuestra opinión se desarrollaría antes de la llegada de los romanos en contra de lo tradicionalmente indicado.

Hay más datos extraídos del registro literario que avalan la pujanza cerealística de la economía vaccea. Ya hemos aludido a la interesante explicación que Domínguez Monedero (1986a) ofrece sobre las razones de la campaña de Aníbal a tierras vacceas (220 a.C.): el objetivo planeado por el caudillo bárquida fue la obtención de un suministro regular de trigo de los campos cerealísticos vacceos, con grandes excedentes gracias a la rentabilidad de su peculiar sistema económico (el colectivismo vacceo que Domínguez Monedero hace exclusivo y característico de los habitantes del Duero medio), que sirviese de aprovisionamiento de cara a la expedición anibálica hacia Italia. Esta tesis, convincente en nuestra opinión, encontraría una confirmación posterior en el comentado excedente

<sup>51</sup> Una postura extrema es la de Alonso-Núñez (1987: 11) que no da crédito a la noticia de Diodoro. Este autor contrasta la información suministrada por el historiador siciliota en la obra de Estrabón (según él más fiable) y como no aparece mencionado el particular sistema vacceo, acaba desconfiando de Diodoro y rechaza el colectivismo agrario. No obstante, recopila varias referencias clásicas sobre agricultura comunal entre otros pueblos antiguos (Alonso-Núñez, 1987: 12).

<sup>52</sup> La elección del verbo no es aleatoria. Que se documente no quiere decir que se origine o que nazca en ese mismo momento, matiz que implicaría una posición mucho más definida sobre la génesis del colectivismo vacceo la cual no estamos en situación de asumir.

agrícola que sirvió para asistir a numantinos y arévavos en su lucha contra Roma (Apiano, *Iber.*, 51-55, 80-83 y 88-89). Como dijimos a propósito de las noticias históricas de los vacceos, las campañas de Lúculo, Emilio Lépidio, Calpurnio Pisón y la ulterior de Escipión Emiliano contra las ciudades de *Pallantia*, *Cauca* e *Intercatia* tuvieron como meta principal, completada con otros logros como obtención de botines, éxitos personales o captura de rehenes, la destrucción de las cosechas de la región vaccea que se habían convertido en el *granero* de Numancia<sup>53</sup>. Volveremos en otro punto sobre la conexión vacceo-arévaca a la hora de desglosar las bases del intercambio comercial que unió intensamente a estos pueblos, por detrás del desnudo eco a las alianzas inter-étnicas que proporcionan los textos clásicos. Finalmente, de las incursiones de pillaje (cosechas y otras riquezas en el punto de mira) que los astur-cántabros llevan al valle medio del Duero en época ya tardía, también se desprende la riqueza agrícola del pueblo objeto de nuestro análisis. De hecho, este comportamiento se ha tomado como una de las razones que motivaron la conquista final del norte hispano por parte de Augusto (Floro, II, 33, 46-47).

La semblanza agrícola vaccea quedaría renca si no tomáramos en cuenta el apoyo arqueológico. Su fuerte arraigo nos viene demostrado en distintos testimonios. En primer lugar contamos con estructuras de almacén bien definidas en *oppida* como los de Las Quintanas de Padilla de Duero, el Soto de Medinilla o Montealegre, donde aparecen en estancias adjuntas a áreas de vivienda un buen número de vasares, depósitos de semillas y restos de grano calcinado esparcidos por el suelo (Heredero, 1995: 262-264). Una deducción económica similar se extrae de los molinos pétreos circulares o fijos, bien atestiguados en puntos como Padilla de Duero, a pesar de la pervivencia de los de tipo barquiforme y de la escasez de materias pétreas en el espacio natural vacceo. Ya pusimos de relieve la documentación material de útiles agrícolas vacceos, con característicos formatos empequeñecidos en la necrópolis de Palenzuela. Lo que sí nos parece algo anómalo para una economía agrícola como la que estudiamos, es la no constatación de rejas de arado en los hábitats vacceos, en contraposición con yacimientos de la meseta oriental (Izana en Soria, Turmiel en Guadalajara...) donde hacen acto de presencia. Probablemente la explicación radique en lo somero de las intervenciones arqueológicas en el interior de los *oppida*.

<sup>53</sup> Wattenberg (1959: 31) habla, significativamente, del “*complejo del trigo*”, como base de la subsistencia y prepotencia económicas de los vacceos. También desarrollado en González-Cobos (1989: 160-163, 237), que sigue a Wattenberg (1959: 38).

Con gran notoriedad, el desarrollo de la arqueobotánica en los últimos tiempos está multiplicando las perspectivas en el conocimiento de los cultivos antiguos. Esto ha sido especialmente aplicado en el ámbito vacceo a través de análisis carpológicos, palinológicos y antracológicos<sup>54</sup>. En concreto el estudio de los restos de semilla, grano y frutos recuperados en las excavaciones, trabajo que define a la carpología como disciplina, ha precisado mucho el colorido y la forma de la denominada *despensa vaccea*.

El estudio de Cubero (1995) sobre material de la fase vaccea del Cerro del Castillo (Montealegre de Campos), Era Alta (Melgar de Abajo), La Mota (Medina del Campo), Las Quintanas (Padilla de Duero) y Soto de Medinilla, determina la siguiente información tocante a las especies cultivadas. El cereal más representativo es sin duda el trigo (Téllez/Ciferri, 1954). Se documenta tanto el tipo desnudo común (*Triticum aestivum/durum*), como variantes de trigo vestido, la escanda (*Triticum dicoccum*) y la esprilla (*Triticum monococcum*). En menor proporción también están presentes la cebada vestida (*Hordeum vulgare*), más escasamente la variedad desnuda (*Hordeum vulgare var. nudum*), el mijo (*Panicum miliaceum*), la avena y la haba (*Vicia faba*)<sup>55</sup>. Especies como el trigo y la cebada suelen tener dos épocas de siembra, primavera y otoño, la más frecuente. Son cultivos esencialmente de secano, aunque se han atestiguado especies que podrían vivir en nichos húmedos, tal vez las riberas del río o zonas de aguas estancadas. Por la cronología de las muestras analizadas, se puede afirmar que el trigo común se cultivaba desde el s.VIII a.C. y continuaba produciéndose en las décadas finales del s.I a.C. (Cubero, 1995: *passim*).

A tenor de estos datos, se podemos pensar en una dieta alimenticia vegetal de base cerealística, con gran riqueza de hidratos de carbono y viable para la preparación de sémolas/harinas, panes y bebidas fermentadas. La cariósida de la cebada se aprovecharía para la elaboración de bebidas alcohólicas como cervezas (*zythos*, *caelia*) y maltas, además de para la alimentación de ganados, junto con su paja. Los granos pelados, sin germen,

<sup>54</sup> La mejor muestra de esta tendencia investigadora se ve plasmada en Delibes *et alii*, 1995. En esta obra colectiva sobre la arqueología y el medio ambiente en la cuenca central del Duero durante el Ier milenio a.C., destacan los trabajos específicos de Cubero (1995) y Mariscal *et alii* (1995) para el estudio de la agricultura vaccea. En la última de esas colaboraciones se contrastan los resultados de las tres disciplinas paleobotánicas: palinología, antracología y carpología (Mariscal *et alii*, 1995). En el artículo final de Calonge (1995b) se hace una valoración última del mediambiente vacceo a partir de la interdisciplinariedad de enfoques.

<sup>55</sup> Esta última está atestiguada de forma exigua por análisis carpológicos de M. Hopf en los años 60 sobre muestras de los conjuntos antiguos de Soto de Medinilla.

pulidos y redondeados constituyen la cebada de perlada. La cebada es asimismo un cereal apto para hacerse pan, aunque suele mezclarse con trigo. El mijo se emplearía para confeccionar panes, gachas, puede consumirse cocido como el arroz o hacerse levadura. Para el ganado se destinaría la paja, en verde o en heno, ya seca. También se utiliza como grano para aves. Los trigos sin duda fueron el componente esencial para la elaboración de harinas y la panificación, como en nuestros días. El *Triticum durum* por su alto contenido en gluten es empleado para hacer sémolas, pero las variantes vestidas con cáscara también pudieron ser molidas sin dificultad en las muelas de piedra abundantemente representadas en yacimientos (Cubero, 1995: 391-392).

Pero la agricultura vaccea no debió estar limitada a los cultivos de secano. La práctica del regadío ha sido defendida recientemente con fuerza por San Miguel (1995a). Según este autor hay indicios de su puesta en funcionamiento en pistas indirectas como la constatación de determinadas especies cultivables únicamente mediante el sistema de regadío en zonas como la Celtiberia además de en el valle del Duero; o el bronce latino de Botorrita, la *Tabula Contrebiensis* (Fatás, 1980), que recoge unas disposiciones jurídicas referidas a la utilización del suelo y las aguas de regadío entre varias comunidades de la Celtiberia citerior a inicios del s.I a.C. Pero existirían otras pruebas directas de regadío en la cuenca media del Duero (San Miguel, 1995a: 378). La principal sería la proximidad de tierras húmedas a los poblados, superficies susceptibles de ser regadas mediante el sencillo sistema de riego por pie en las zonas de vega que haría rápidamente rentable la inversión que requieren obras de construcción *hidráulica* de represas, canales y acequias, testimoniadas incluso por las fuentes<sup>56</sup>.

Poco más es lo que podemos concretar sobre los sistemas de cultivo, los métodos de labranza y la propiedad de la tierra<sup>57</sup>. Son más las dudas pendientes que los datos precisos.

---

<sup>56</sup> Recuérdese por ejemplo la enorme cisterna de agua mencionada por Apiano (*Iber.*, 54), a la que se precipitan los romanos después de atacar *Intercatia*, pereciendo una buena parte de ellos. La cuenca sedimentaria castellano-leonesa todavía resguarda en nuestros días charcas y lavajos que debieron ser abundantes antaño, antes de que se iniciara el actual proceso de desecación que caracteriza al medioambiente castellano.

<sup>57</sup> Un ensayo teórico aparecido hace bien poco ofrece nociones generales sobre algunos de estos aspectos (Mariscal *et alii*, 1995: 434-440). Dichas apreciaciones resultan de interés para entender el (posible) funcionamiento de la agricultura antigua en general y el de la vaccea en particular. La manera de trabajar el campo se define como una labor compuesta escalonada en varias fases: 1) Preparación del terreno para su conversión en campo de cultivo o labor de alzada (tala y quema). 2) Labor de arada (aireo de la tierra, desempaque de trozos compactos de tierra o terrones, eliminación de malas hierbas...). La roturación del suelo dependerá del sistema de arado empleado que es lo mismo que decir la categoría del instrumental (manual a base de azadas y variantes o con arado de tracción animal, con yuntas de bueyes asidos, muy probablemente el más frecuente). Según Caro Baroja (1986: 62) el arado empleado por los vacceos fue el de cama curva, de filiación mediterránea. También actúan como condicionantes la calidad de la tierra y el tipo de cultivo

La explotación económica debió estar dirigida desde el *oppidum* por sus cabezas rectoras y desarrollada en las tierras dispuestas dentro del espacio controlado por aquéllos. Los núcleos situados en las terrazas del interfluvio Duero-Pisuerga con suelos aluviales, zonas parameras como el valle del Esgueva y algunos enclaves próximos a las campiñas meridionales, *a priori* dispondrían de las mejores tierras de producción cerealística.

En fin, a pesar de las lagunas de información no encontramos obstáculos de peso para negar el carácter superior y evolucionado de la agricultura vaccea. Otra cuestión es hacer de esta actividad primaria la única manifestación de la economía vaccea.

En otro lugar hemos hecho referencia a la importancia de la recolección silvestre como complemento de la economía agrícola. Así, al igual que referíamos para el marco vetón, en tierras vacceas fue frecuente el aprovechamiento de plantas silvestres como setas y hongos, recolectadas periódicamente al igual que los frutos del bosque (piñas y piñones,

---

que exige una profundidad determinada del surco. 3) Labor de siembra (selección de simientes, cava y bina). Hay distintos tipos de siembra: a golpe (la más común para simientes gruesas, la semilla es depositada manualmente en un hoyo abierto en la tierra), a chorillo (siembra lanzada sobre surcos labrados paralelamente por yuntas de bueyes, su uso es propio de cereales y simientes de poco grosor), a voleo o por puñadas (arrojar las semillas sobre la tierra sin previa preparación). La bina consiste en mullir el terreno alrededor de las plantas para aprovechar mejor la humedad atmosférica. 4) Labor de cosecha: puede ser con siega (alta o baja) o de raíz, dependiendo del producto. Trabajo facilitado por herramientas precisas: hoces, guadañas, hachuelas, chozos...etc. 5) Labor de trilla: desarticular los frutos con el fin de obtener semillas; esta actividad ya se realizaría en las proximidades del poblado. El sistema principal es el aventado, que separa la paja y los tallos de los granos utilizando horcas, bieldos y zarandas de mano; a veces se asegura la limpieza con el uso de la criba. Con un fin más específico se emplea el trillo. El subproducto del aventado (vainas, de legumbres, tallos, glumas...) puede servir de alimento para el ganado doméstico. Una parte del grano depositado en la era después del aventado o en los tamices se separaría para plantel o sementera, probablemente los ejemplares de mayor tamaño. 6) Labor de almacenamiento del grano. Responde a la necesidad básica de conservar la cosecha, en corto o largo plazo, en previsión para momentos de carestía, otra parte de la misma para ser utilizada en la siembra de la siguiente temporada, e incluso para la exportación y comercio, actividad que vemos factible en las comunidades vacceas. Así se levantan estructuras destinadas a esa función de despensa, tanto aéreas como subterráneas, bien con material orgánico o con volúmenes inorgánicos: almacenes, silos, *hórreos* ...etc, que han de evitar la humedad. Alguno de estos locales han sido detectados en la arqueología vaccea, como el *almacen* de Las Quintanas. En las sociedades antiguas los cereales suelen almacenarse juntos y ello puede indicar que eran consumidos combinados; su mezcla puede ser debida a un cultivo conjunto de tipos diferentes de cereales en un mismo campo, o a la mezcla de distintos granos después de la cosecha.

En cuanto a los sistemas de cultivo (Mariscal *et alii*, 1995: 440-441), cabe destacar de entrada el barbecho (intervalo en la sucesión de cultivos), de distinto tipo: el más primitivo de año y vez o de dos hojas, el de rotación bianual, o el más frecuente de periodización plurianual, etc. Esta aplicación como es bien sabido contribuye a la oxigenación y restitución de los suelos, al tiempo que facilita pastos auxiliares para el ganado. Otra modalidad tradicional es la rotación de cultivos (variación de cultivos con distinto intervalo -bienal, trienal...-) que posibilita un aprovechamiento más intensivo de la parcela agrícola. La utilización continuada del suelo agrícola puede abrir el camino hacia cultivos intensivos con intervención de especies que regeneran el suelo -como las leguminosas- o el uso de abonos y relegar así el barbecho. La práctica de regadío, de la que ya hemos hablado, supone una variante de cultivo. Por último el policultivo, como uso agrícola muy diversificado que tiende a abastecer al agricultor de todos los productos agrícolas que necesita. Se trata de un sistema por lo general destinado al consumo y no a la exportación comercial. En sentido parecido podemos asumir para los antiguos pueblos meseteños el consumo de cereales con la recolección de frutos silvestres como las bellotas.

Resulta harto difícil detallar los sistemas que pudieron estar en uso en la meseta occidental prerromana, se ha sugerido el barbecho como recurso habitual y la rotación cerealística intensiva en las campiñas vacceas. Sin embargo ni la arqueología ni las fuentes literarias verifican estas suposiciones.

moras, frambuesas, avellanas, bellotas, zanahorias silvestres) o ciertas herbáceas como las hortigas, bien documentadas en La Mota de Medina del Campo, y probablemente empleada para caldos e infusiones. Además, deben citarse algunos usos medicinales de ciertas especies, como el vencetósigo (*Vincentoxicum*), cuyas raíces contienen propiedades eméticas contra el veneno (Cubero, 1995: 390-391). La reconstrucción paleoambiental señala que en zonas húmedas son frecuentes plantas como narcisos, jacintos, campánulas, juncos, lirios, helechos, musgos, así como vezas, ajos, valeriana, cantueso, madreselvas, etc., que componen el cortejo florístico del sotobosque. En puntos más secos la flora predominante es el brezo y diversas clases de espiguillas silvestres, como el llantén, la ortiga, el quenopodio, el zurrón del pastor y las malas hierbas (*Urticaceae*), que hay que relacionar con praderas pobres en zonas baldías y pedregosas (Mariscal, 1995: 344-345; Yll, 1995: 365-369).

Con esto entramos de lleno en el aprovechamiento del medio vegetal silvestre. De nuevo los análisis paleobotánicos, en este caso de naturaleza antracológica, nos aproximan cualitativamente al uso que los vacceos realizaron de fuentes naturales con gran valor económico, caso de la madera (Uzquiano, 1995; Mariscal *et alii*, 1995: 442-451; para la importancia de los bosques y madera en el mundo antiguo: Meiggs, 1982). Se han estudiado muestras de carbones vegetales recuperados en los asentamientos vacceos de Soto de Medinilla, La Mota, Era Alta, Las Quintanas-Carralaceña (Uzquiano, 1995: 406-415) y El Cerro del Castillo de Montealegre (Heredero, 1995: 265-267). El resultado corrobora el predominio mayoritario de las diferentes especies de *Quercus* y *Pinus*: encina (*Quercus ilex*) y pino (*Pinus pinaster* o marítimo, con menor frecuencia el *Pinus pinea* o pino piñonero y el *Pinus sylvestris*). Por detrás hay presencia de quejigos (*Quercus faginea*), alcornoques (*Quercus suber*), roble melojo o rebollo (*Quercus pyrenaica*), enebro (*Juniperus communis* y *oxycedrus*); con menor profusión, abedules (*Alnus*), alisos (*Betula*), castaños (*Castanea*), nogales (*Juglans*), sauces (*Salix*), álamos (*Populus*), fresnos (*Fraxinus*), avellanos (*Corylus*), labiérnago (*Phillyrea*) y olmos (*Ulmus*). En conclusión, la vegetación mayor estaba formada además de por las típicas coníferas, por bosques mixtos de encinas y quejigos y sotobosques de rebollares que alternaban en las zonas frescas y umbrías con hayedos mientras que las zonas de ribera estaban ocupadas por olmedas, abedules, alisedas,

castaños y sauces<sup>58</sup>. El aprovechamiento de la madera es múltiple. La mayoría de los restos recogidos para muestras antracológicas proceden de contextos de construcción, donde la madera se empleó de forma intensa (vigas, ripias, palos, medianiles, dinteles, entarimados, armazones de viviendas, vallados o murallas, refuerzo de los muros de adobe y piedra, pavimentos...). Igualmente para el mobiliario, para la confección de herramientas y armamento (enmangues, astiles de diversos útiles agrícolas y armas arrojadizas, armazones de escudos, arados, carros de transporte y barcas fluviales...) y como combustible (para hogares domésticos, braseros, *ustrina* y hornos, como los de Carralaceña donde se han recogido varias muestras). Parece que todas las especies fueron aptas para distintos usos, algunas como por ejemplo el fresno, fácilmente torneable, fueron determinantes para la fabricación de utensilios domésticos labrados, otras por su alto poder calorífico eran ideales para hacer leña.

Un vistazo a nuestras fuentes clásicas reafirma la riqueza en bosques del paisaje vacceo, y el provecho que sus habitantes obtenían de la madera. Un par de ejemplos. Lúculo llega a *Cauca* sin ser visto y por sorpresa a través de masas boscosas, para ser atacado repentinamente por los caucenses mientras recogía madera (Apiano, *Iber.*, 51), tarea que los vacceos acostumbrarían a hacer para fortalecer sus murallas con troncos y ramajes, tal como nos indican otras citas. Probablemente el roble, el enebro, la encina y el junípero constituyeron los árboles más adecuados para hacer leña y reforzar muros y viviendas; respecto al junípero, Plinio nos dice que entre los vacceos se dan los ejemplares más grandes de Hispania (Plinio, *N.H.*, XVI, 198).

<sup>58</sup> La suma de datos de los diferentes estudios paleobotánicos determina que el conjunto del paisaje vacceo, a grandes rasgos, estaba formado fundamentalmente por cuatro medios escalonados: a) una zona boscosa compuesta por árboles caducifolios, perennifolios y aciculifolios (encina, carrascal, quejigo, alcornoque..., junto a hayedos, castaños y enebros), arbustos, matorrales y todo el cortejo de herbáceas del sotobosque; b) una zona lagunar de ríos, arroyos y humedades, caracterizada por los bosques riparios o de galería (sauces, alisos, chopos, juncos...) y las especies higrófitas o semi-acuáticas; c) una extensa área antropizada influida directamente por las actividades tanto agrícolas como ganaderas, y poblada sobre todo por gramíneas (trigo, cebada y avena), plantas relacionadas con los cultivos (ajos, leguminosas...), plantas aromáticas y medicinales (lavanda, espliego, cantueso, vencetósigo...) y especies nitrófilas (llantén, ortigas...); y d) enclaves deforestados y degradados, con recortes de melojares o rebollares y amplia difisión de malas hierbas, retamas, brezos y lentiscos, todo ello debido a la eliminación del bosque para usos productivos, como pueden ser prácticas minero-metalúrgicas y alfareras, además de las tradicionales y crecientes labores agro-pecuarias (Mariscal *et alii*, 1995: 424-427).

Como ya se dijo en el estudio del marco físico, se trata de una vegetación parecida a la actual sin grandes cambios a excepción de la fuerte antropización que sufre la zona desde época medieval hasta el presente y que desdibuja en parte la imagen del paisaje vacceo como un espacio vegetal variado y ampliamente arbolado. Se ha perdido el dominio de algunas especies como encinas y robles, a favor de mayor número de flora herbácea. Asimismo los bosques perennifolios y caducifolios, el sotobosque y las especies de ribera han sido sustituidos por arbustos, plantas herbáceas y especies relacionadas con prácticas agrícolas y ganaderas (Calonge, 1995b).

## GANADERÍA

A tenor del testimonio literario, las cabañas más representativas de la ganadería vaccea fueron la ovina y la caballar. Comenzando por esta última, el équido aparece aludido en distintos pasajes. Este apunte y otros que nos llegan por registros diferentes, fundamentalmente a través de la zooarqueología y de la plástica, reafirman el alto significado que el caballo representa en la vida de estos pueblos meseteños, no sólo en la órbita meramente económica, sino también como fundamento social, político e ideológico, como ya hemos tenido ocasión de indicar en relación a los vetones. Brindamos algunos ejemplos a favor del caballo como valor de riqueza económica, con presencia nutrida en las ciudades vacceas. Por ejemplo a propósito de otro tema, se señaló cómo: 1) *Cauca* pone al servicio de Lúculo un buen número de jinetes (Apiano, *Iber.*, 52); 2) más de dos mil caucenses a caballo huyen de su ciudad asolada y se refugian en *Intercatia* (Apiano, *Iber.*, 53; Livio, *Frag.*, lib.91); 3) en un ataque nocturno de los romanos a *Intercatia*, las tropas de Lúculo se asustan ante los fuertes relinchos de la caballería vaccea que había salido a pastar y que ve obstaculizada la entrada a la ciudad; el temor de los romanos crece cuando desde dentro, los caballos guarecidos en las cuadras del interior, se contagian contestando con más relinchos y alboroto (Apiano, *Iber.*, 54). Al margen de cualquier posible intencionalidad, la existencia de numeroso ganado equino en los núcleos vacceos brota de estos pasajes. Redunda en ello igualmente el dato del hostigamiento continuo de los jinetes palentinos a las huestes de Lúculo (Apiano, *Iber.*, 55) (Sánchez Moreno, 1995-96: 211).

El pastoreo de ovicápridos viene reflejado en alusiones a los característicos *saga* meseteños, tomados muchas veces como prendas de tributo, tanto en el espacio vacceo (las 10.000 capas de lana que *Intercatia* se va obligada a pagar a Lúculo junto a un número fijado de reses; Apiano, *Iber.*, 54) como en el territorio celtibérico (Pompeyo exige a numantinos y termesios la entrega de 9.000 sagos, además de 3.000 pieles de buey y 800 caballos en el 139 a.C.; Diodoro, XXXIII, 16). También Dion Cassio (XXXVII, 52, 3), entre otros, se refiere a la abundancia de rebaños ovinos en la cuenca del Duero. Últimamente se ha llamado la atención sobre la dedicación de los vacceos a la ganadería ovina intensiva (Sierra/San Miguel, 1995), que ha sido elevada como práctica trashumante con fuerte repercusión en la economía y en el poblamiento del Duero medio. Dejamos para



más adelante el tratamiento a fondo de la controvertida trashumancia en la meseta occidental prerromana (vid III-3.3).

Afortunadamente hoy podemos precisar mucho más sobre la fauna doméstica vaccea gracias a los estudios zooarqueológicos, bien fomentados en los últimos años en esta zona (Liesau, 1994). Un destacado y reciente ensayo comparativo de muestras faunísticas de los yacimientos vallisoletanos de Soto de Medinilla, La Mota (Medina del Campo), La Era Alta (Melgar de Abajo), Las Quintanas (Valoria la Buena), Las Quintanas (Padilla de Duero), datables en la Edad del Hierro (aunque sólo nos referiremos a la fase propiamente vaccea o Hierro II) revela los siguientes datos (Morales/Liesau, 1995) <figura 23>. A la cabeza de las especies documentadas se sitúa el ganado vacuno (*Bos taurus*) -a excepción de Montealegre donde ganan los ovicaprinos, y también tienen gran importancia el cerdo y el ciervo-, en segunda posición los ovicaprinos (en primer lugar la oveja, *Ovis aries*, y después la cabra, *Capra hircus*, con una proporción a favor de la primera de 10-1) -ambas especies claramente distanciadas-, después en tercer lugar el ganado porcino (*Sus domesticus*), y mucho más minoritariamente se sitúa el caballo (*Equus caballus*), el asno (*Equus asinus*), el perro (*Canis familiaris*), el conejo (*Oryctolagus cuniculus*), la gallina (*Gallus gallus domesticus*) y animales silvestres como el ciervo (*Cervus elaphus*), el jabalí (*Sus scrofa*) y la liebre (*Lepus granatensis*). La secuencia coincide plenamente con el análisis faunístico realizado en Roa, sobre muestras procedentes de una estratigrafía de los ss.III-I a.C. De nuevo la cabaña más abundante es la bovina, seguida de la oveja, la cabra y el ciervo. El caballo escasea mientras que es de interés especial para nosotros<sup>59</sup> la presencia del asno que llega a la Península como circulación mediterránea (Sacristán, 1986a: 216-217; Estévez, 1986; Castaños, 1986).

Este diagnóstico global demuestra, entre otras cosas, que es más abundante desde el punto de vista de los restos faunísticos documentados en yacimientos protohistóricos, el ganado vacuno que el ovi-cáprido (este último tradicionalmente tomado como la base ganadera vaccea, sobre todo a partir de las noticias literarias, e igualmente por autores recientes, Sierra/San Miguel, 1995), incrementándose su importancia con relación a la

<sup>59</sup> El reconocimiento de animales alóctonos, bien de tipo doméstico como la gallina y el asno o silvestres como peces y moluscos marinos, introducidos probablemente desde el litoral meridional hacia el interior, constituye un testimonio excepcional para valorar formas de contacto cultural que puedan explicar su presencia en la meseta (Vide el capítulo II-2.2 D- Técnicas e innovaciones agro-pecuarias).

Primera Edad del Hierro. También parece notarse un aumento paulatino de la especie ovina desde el Hierro y hasta la fase celtibérica (Morales/Liesau, 1995: 505-506). Todo ello nos está indicando la existencia de numerosos y adecuados pastizales circundando los *oppida* vacceos, tal y como hemos visto desde otros puntos de análisis.

La mayoría de los huesos tienen un origen culinario (restos alimentarios) y son por tanto indicadores principales de la dieta alimenticia en carne de la población vaccea; por cierto, un *menú* -la vaccea- variada y completa en productos animales como estamos viendo, que se complementa con lo ya señalado sobre la dieta vegetal de frutos agrícolas y recolectados y con los productos debidos a las prácticas cinegética y pesquera (sobre la alimentación de esta región en la antigüedad, Mañanes, 1986). Sin embargo hay muestras faunísticas que aparecen en otros contextos<sup>60</sup> como el funerario, sirviendo de ofrendas alimenticias y rituales para acompañar a los muertos en el más allá. Por ejemplo en la necrópolis padillense de Las Ruedas, se registran veintidós sepulturas con restos de cerdo, ovicaprino, liebre, además de caballo, toro, perro y gallina (Bellver, 1995: *passim*).

No hace falta que volvamos a insistir en la fuerza de la ganadería transmitida en la plástica artística con mil formas y motivos. Las decoraciones zoomorfas de cerámicas, fíbulas, armas o joyas, y las figuras exentas de caballos, ovicaprinos, suidos o toros en terracota, arcilla piedra o metal, apuntadas páginas atrás, no hacen sino corroborar -con un lenguaje no siempre bien definido- la cotidianidad en primer término y la trascendencia en múltiples planos después, que el animal doméstico contagia en las culturas meseteñas prerromanas.

---

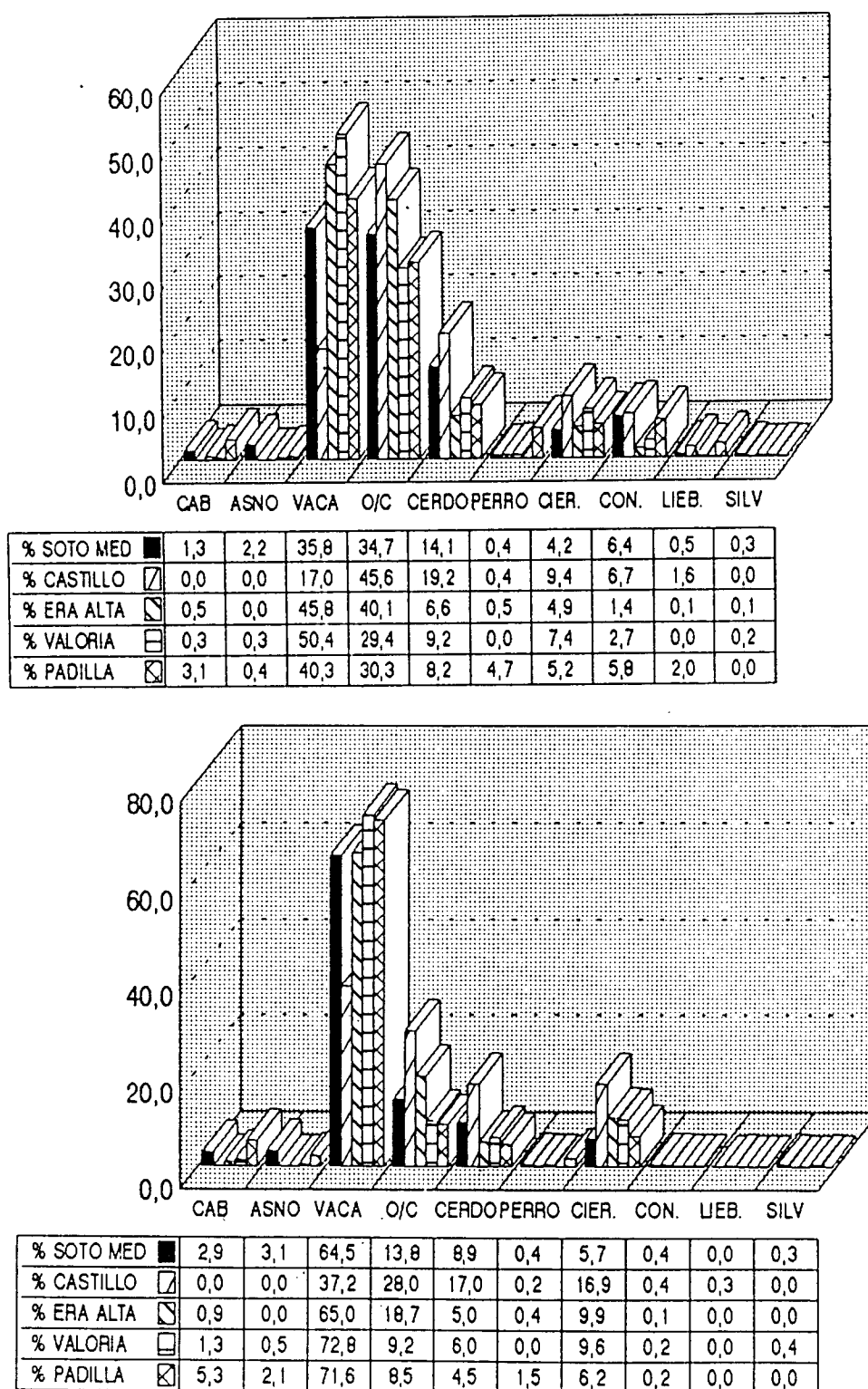
<sup>60</sup> Aquí creemos oportuno introducir un leve comentario sobre el valor de lo documentado, su contexto de procedencia y la interpretación general de la riqueza ganadera. Que no aparezcan otras especies no significa que no existieran, de la misma forma que las que mejor se han documentado no tienen por qué ser las que dominaran cuantitativamente en el volumen ganadero vacceo. Son sencillamente los restos óseos, los desechos alimenticios, de las especies consumidas más habitualmente en ambientes domésticos (por eso se documentan sobre todo en los hábitats). Pero, por ejemplo, ¿dónde está la huella de las cabañas que trashumaron, o para ser menos comprometidos, transterminaron (en distancias menores), lejos del ganado más vinculado con corrales y encerraderos domésticos? Existió más cantidad de animales, y en diferentes especies, cuyos restos no se han registrado porque no estaban dedicados a la alimentación, sino a otros usos (productivos, transporte, rituales...). El análisis faunístico es un instrumento fundamental para el estudio de la paleo-ganadería, pero no deja de ser una recurso sesgado para intentar una reconstrucción absoluta de la misma.

El repaso del sector ganadero vacceo debe redondearse con la mención de la caza y pesca, importante complemento económico y alimenticio de aquellos pueblos. El medioambiente vacceo, como ocurre en el espacio vetón, potencia estas actividades. Hemos señalado que el estudio faunístico rastrea la presencia de ciervos y más marginalmente de liebres, conejos y jabalíes, cuyos restos se confunden a veces con los del cerdo doméstico. La cornamenta de los ciervos constituyó una materia destacada para la elaboración de objetos y enmangues (Liesau, 1988), caso de los curiosos *silbatos celtibéricos*, interpretados hace poco como camas de caballo o *psalia*, piezas perpendiculares al bocado ajustadas al sistema de arreo del caballo (Escudero/Balado, 1990), aunque extraña su no presencia en las necrópolis. Más sorprendentes son los hallazgos de castor (*Castor fiber*) en Soto de Medinilla y La Era Alta de Melgar de Abajo, o de uro (*Bos primigenius*), agriotipo del ganado vacuno documentado tímidamente en Valoria la Buena y Montealegre (Morales/Liesau, 1995: 492-494). Igualmente se contabilizan en raras ocasiones ciertas aves producto de caza, como el pigargo (*Haliaetus albicilla*), la grulla damisela (*Anthropoides virgo*) (hoy desaparecidas de la Península), la avutarda (*Otis tarda*), la garza real (*Ardea cinerea*), el sisón (*Tetrax tetrax*), la perdiz común (*Alectoris rufa*), la urraca (*Pica pica*), e incluso el gorrión común (*Passer domesticus*) (Morales/Liesau, 1995: 495-497). A pesar de los escasos rastros de peces, almejas y galápagos de río recuperados, la pesca fluvial constituyó una dedicación usual. Alguna referencia parcial a la actividad venatoria entre los vacceos encontramos en las fuentes, por ejemplo cuando se nos relata que en el cerco de *Intercatia* los romanos se vieron obligados a alimentarse sobre todo de carne de ciervo y liebre, al parecer de gran proliferación (Apiano, *Iber.*, 54).

En conclusión, el aporte de la ganadería resulta determinante y básico en el desarrollo general de la vida económica de las comunidades vacceas, hasta el punto de que algunos autores han valorado por encima de la vocación agrícola, la dedicación pastoril de este pueblo<sup>61</sup>.

---

<sup>61</sup> Por ejemplo, P. de Palol y F. Wattenberg (1974: 28, 32 y 38), que lo apuntan sobre todo en contraste con el horizonte Soto del Hierro Antiguo, tradicionalmente visto como cultura de gentes dedicadas a la agricultura casi en exclusiva.



**FIGURA 23.** Datos faunísticos de hábitats vacceos. (Desglose porcentual según número de restos y pesos de los principales taxones recuperados en los yacimientos del Hierro II) (Morales/Liesau, 1995: 507, fig.5)

## MINERÍA Y METALURGIA

Posiblemente se trate de la parcela económica vaccea más necesitada de estudio. Son escasísimas, por no decir nulas, las pruebas de yacimientos mineros antiguos en el territorio vacceo, tampoco las fuentes indican prácticamente nada al respecto, ni sobre la explotación del subsuelo ni sobre el trabajo del metal. Según el último y más completo catálogo de Domergue no existe ninguna mina con vestigios de explotación antigua en territorio nuclear vacceo, siendo las más cercanas las zamoranas de Lozacio y Valdeconejos, en la línea fronteriza astur-vaccea del Esla, de plomo y plata (Domergue, 1990: 41), y las auríferas de Camporredondo y Compuerto al noroeste de Palencia, en tierras de turmogos y cántabros (Domergue, 1990: 202). Por descontado que al occidente del marco territorial vacceo proliferan las explotaciones de oro y otros minerales, como es bien sabido (Sánchez-Palencia, 1989; *id.*, 1995; Sánchez-Palencia/Orejas, 1995; Perea/Sánchez-Palencia, 1995).

Pero las producciones metálicas se documentan, en buen número y de calidad como hemos tenido ocasión de comentar, aunque no tanto los hornos de fundición, probablemente porque el modelo empleado serían sencillas vasijas-horno (Gómez Ramos, 1996a: 138-141). Una tradición metalúrgica que hay que remontar al trabajo del bronce registrado en el horizonte soteño. Ante este panorama la historiografía tradicional, desde Wattenberg, sostuvo que los vacceos no se dedicaron al trabajo minero-metalúrgico, sobre todo por la inexistencia de focos mineros, y, así, se hizo llegar el hierro, la plata y el bronce a la llanura del Duero medio desde la Celtiberia, como mercancía arévaca en intercambio por trigo vacceo (Wattenberg, 1959: 16; González-Cobos, 1990: *passim*). En apoyo de esta tesis, se ha recurrido a testimonios como el de Apiano (*Iber.*, 54) que relata la decepción que sufrió Lúculo cuando comprobó que los habitantes de *Intercatia* no sólo no disponían de oro ni de plata, sino que ni siquiera concedían valor a ese tipo de cosas.

Se ha de advertir que en ningún caso la no constatación de filones mineros implica que estas comunidades despreciaran el uso de metales nobles, ni que rechazaran el empleo de hierro en tareas económicas y domésticas, todo ello suficientemente demostrado por la arqueología. Sin duda que hubo trabajadores del metal, plateros y bronceístas vacceos, produciendo en talleres locales. Armas como el puñal de Monte Bernorio, y sobre todo la

orfebrería típicamente meseteña que revisten las numerosas joyas y tesoros hallados en esta región denuncian un tratamiento autóctono del metal de alta calidad. La supuesta escasez generalizada de hierro y plata debe revisarse o al menos matizarse hasta que no se lleve a cabo un trabajo serio de prospección metalogénica del subsuelo. Aunque buena parte del metal pudiera llegar al solar vacceo a través del comercio, esto no significa que no existieran afloramientos locales férricos más o menos modestos que propiciaran producciones puntuales; así lo indican los escoriales de zonas como el Soto de Medinilla (Wattenberg, 1959: 16, 23; Escudero, 1988: 41). Por otra parte, es discutible la procedencia en exclusiva del hierro de la meseta oriental, en concreto del área del Moncayo, como dedujera Maluquer hace ya bastantes años (Maluquer, 1960: 143). Existen otros ámbitos culturales con riqueza metalúrgica que pudieron entrar en contacto comercial con la esfera vaccea, caso del círculo vetón. En otro sentido deben traerse a colación ciertos indicios sobre la explotación y el comercio de minerales, como la variscita presente en algunas minas del noroeste zamorano y la propia sal, atestiguada en las lagunas salitrosas de Villafáfila y Oteros de Sariego (Zamora) y en los alrededores de Medina del Campo (Seco/Treceño, 1995: 240). Sobre alguno de estos datos volveremos en otro momento.

## OTRAS ACTIVIDADES ARTESANALES

La funcionalidad económica vaccea se redondea con el desarrollo de actividades artesanales. En momentos avanzados parecen tener un protagonismo propio, principalmente el trabajo alfarero. En tierras vacceas, por otra parte con suelos arcillosos bien apropiados para abastecer de materia prima a esta industria, la alfarería adquiere un desarrollo especializado y extenso (Sacristán, 1993), a partir de la adopción del torno rápido y del uso de hornos evolucionados recientemente revelados por la arqueología (Escudero/Sanz, 1993; Blanco, 1992). Los modelos *celtibéricos* ocupan buena parte del registro cerámico del valle del Duero <figura 20>. Como se dijo, tras penetrar en la meseta la nueva técnica pintada sobre superficies oxidantes, su arraigo es total en los núcleos vacceos que indistintamente producen sus propias series cerámicas en alfares locales o de alcance regional bajo un esquema formal y decorativo más o menos unitario. En este sentido la *cerámica celtibérica* se convierte desde el s.III a.C. en mercancía de comercio regional con otras áreas más periféricas donde tales modelos se cuantifican de manera

mucho más esporádica, muy probablemente ya no tanto como productos locales sino como bienes de comercio. La conversión de la cerámica celtibérica en patrón de comercio y candelero de la *unificación cultural* de buena parte de la meseta, no implica que las producciones a mano -por ejemplo los tipos peinados de gran representatividad- no hayan podido actuar desde tiempo antes, e incluso parcialmente lo sigan haciendo a la vez que la cerámica a torno, como objetos de intercambio sobre la base de una producción extensiva creciente.

Aunque nos falte el testimonio de su producción, la industria textil pudo alcanzar un índice de desarrollo elevado. Los clásicos se hacen eco de la preponderancia de ciertas prendas como los sagos (Estrabón, III, 3, 7; Diodoro, V, 33) o capas de ruda lana negra (Salinas, 1986: 118-120, para la Celtiberia; Alfaro, 1992), y del raudal de la cabaña ovina. Los tejidos y complementos se confeccionarían igualmente con materia de naturaleza vegetal, caso del lino (Plinio, N.H., XIX, 10), esparto, adecuado para las estepas de Valladolid y Zamora, o ciertos tintes. Es más, las industrias de tintorería y batanería no debieron carecer de importancia..., si bien la documentación de todo ello es muy exigua. Los hallazgos de *pondera* y fusayolas también afluyen, especialmente en las necrópolis, formando parte del ajuar de sepulturas que parecen corresponderse con mujeres, así al menos en Las Ruedas (Sanz, e.p. -a-). Si nos guiamos por la decoración plasmada en otras manufacturas vacceas, como la cerámica o la joyería, las prendas de vestir mostrarían ricas figuraciones, formas y coloridos que llamarían la atención de observadores forasteros (Estrabón, III, 3, 7 y III, 4, 17, como referencia amplia así lo denota).

A otro nivel restaría por señalar otros trabajos artesanales de fabricación supuestamente más doméstica como la talla de madera, de la que ya hemos hablado a propósito del uso de los recursos forestales vacceos, y la industria del hueso, fundamentalmente sobre cuerna de ciervo (Liesau, 1988) puesta de manifiesto en enmangues de armas y herramientas, útiles como punzones, espátulas, camas de caballo (Escudero/Balado, 1990), anzuelos y adornos del tipo de colgantes o instrumentos musicales como silbatos. De todo ello hay rastro en distintos *oppida* vacceos, muy expresamente en Tariego de Cerrato, Melgar, Padilla de Duero o El Soto de Medinilla.

Parangonando estas consideraciones generales con otras extraídas de análisis ya apuntados, a saber, la existencia de áreas funcionales dentro de los *oppida* vacceos con la distinción, aun tímida en muchos yacimientos, de zonas de taller, de producción, de almacenaje, etc., y con otras que se verán en su momento, no nos parece aventurado defender la idea de la especialización económica vaccea. Debe superarse la reducción simplista de que a los vacceos le corresponde una economía exclusivamente agrícola, o mejor dicho cerealística. Y muy probablemente tampoco su funcionamiento fue de tipo autárquico.

Lo que acabamos de recopilar es más que suficiente para admitir el carácter complejo y superior de la economía vaccea, en un grado mayor al que precisábamos para los vetones. Su base mixta es incuestionable. En ella el componente cerealístico pudo ser el principal, pero lejos de ser el único, la particular organización socio-política y el medioambiente de las comunidades vacceas posibilitaron una producción excedentaria además de en la agricultura gramínea, en ciertos sectores ganaderos, en la manufactura cerámica y, tal vez aunque reconociendo lo precario de su evidencia, en la industria textil. Efectivamente, sobre estos géneros se articula la oferta del mercado comercial vacceo.



## B. SOCIEDAD

### JERARQUIZACIÓN Y ORGANIZACIÓN SOCIO-POLÍTICA

El estudio de esta parcela está condicionado por dos factores principales: 1) la parquedad y diversidad en la documentación, y 2) la subjetividad de la interpretación historiográfica, aspectos que caracterizaban también la aproximación al semblante social de los vetones. A pesar de los límites de la información, hay indicios suficientes para reconocer la jerarquización de la sociedad vaccea<sup>62</sup>. La unidad de análisis es el *oppidum* o comunidad de ciudadanos identificada con un nombre particular -cuando se conoce-, que queda integrada en la unidad más amplia de la entidad vaccea, como ya se ha indicado.

En primer lugar las fuentes literarias distinguen a un *grupo oligárquico* encargado de los órganos de poder y de la representatividad de su comunidad, identificado como consejo de notables. Un ejemplo hallamos en los ancianos caucenses que “tocados con coronas y portando ramas de suplicante” negocian con Lúculo la rendición de la ciudad (Apiano, *Iber.*, 52). Parece que también existieron asambleas de ciudadanos en los centros de población, cuyo testimonio tardío se puede buscar en la relación de magistrados documentados en téseras como la de Montealegre. Estos órganos tendrían capacidad para elegir mandos militares, para fijar pactos, declarar la guerra o sellar acuerdos de paz (Diodoro, XXXI, 42, para los arévacos). Así, en determinadas circunstancias al lado del consejo de notables pudo haber un jefe o caudillo militar, aunque su vigor no parece alcanzar el nivel que advertimos para los vetones. El resto de la sociedad se distribuye de una forma no precisada, como tampoco está claro el dato de la existencia de esclavitud, y, en caso de su verificación, la naturaleza de la misma<sup>63</sup>.

<sup>62</sup> De esta opinión son la mayoría de síntesis tradicionales: Wattenberg, 1959; Caro Baroja, 1976; Lonas, 1980; González-Cobos, 1989; Mañanes, 1991; etc.

<sup>63</sup> Nos reafirmamos en lo ya expuesto sobre la esclavitud al hablar de la sociedad vetona, fundamentalmente a partir de la noticia literaria sobre los siervos presentes en la *Helmántica* cercada por Aníbal. En nuestra opinión el sentido más adecuado para entender la *esclavitud* en el tiempo y en el escenario que estudiamos es la guerra. Así, los privados de libertad en estas comunidades serían, en su gran mayoría, prisioneros de guerra, rehenes y cautivos. Apriorísticamente, entre los vacceos, un pueblo menos belicoso que el vetón, su peso no sería tan elevado como entre estos últimos.

Por otra parte, también para las gentes del Duero medio se ha planteado la existencia de esclavitud confirmada por el antropónimo *Ambatus*, una antigua forma de servidumbre o dependencia (*vid.* nota 95 del capítulo dedicado a los vetones). González-Cobos (1989: 139-146) no ve segura su confirmación para los vacceos, aunque el antropónimo está documentado en su territorio, como en casi toda la Hispania indoeuropea. *Vide* Sevilla (1977) y Santos Yanguas (1978). Para la distribución del término *Ambatus* en la zona, Albertos (1976; *ead.*, 1983), Almagro Gorbea/Lorrio (1987: 120, fig.2) y Díez Asensio (1993: 62).

De la arqueología funeraria vaccea se desprenden muy pocos datos para la evaluación general de la sociedad. Tan solo la necrópolis de Las Ruedas permite el cotejo suficiente de sepulturas para llevar a cabo estimaciones de riqueza y jerarquía. De los sesenta y siete enterramientos exhumados alrededor del 80% presentan ajuar, de desigual categoría, claro, y escalonado; curiosamente el mismo porcentaje de los que no lo tienen en La Osera y La Trasguija. El dato no deja de ser parcial porque la zona excavada es fácil que se corresponda con un sector ocupado por las tumbas más notables. Además, del total de enterramientos, veintisiete contienen armas. Esta distribución ha llevado a Sanz (e.p. -a-) a distinguir tres grandes grupos de población principalmente para el s.IV a.C.: 1) la élite social y política, definida por las armas (ajuares con armamento más completo: espada de Miraveche, puñales de Monte Bernorio, caetra y un par de lanzas); 2) un conjunto de *artesanos* acaso con cierto estatus social (ajuares con cuchillos, punzones..., ofrendas animales y en ocasiones un alto número de recipientes cerámicos), y 3) el sector social menos favorecidos, sin urna cineraria para contener los restos cremados.

Tocante a la organización interna de la sociedad, la opinión tradicional ha sido definir al pueblo vacceo como un estado tribal, articulado en grupos de parentesco más o menos amplios: la consabida formación gentilicia a base de unidades progresivas (*cognationes* o familias simples, *gentilitates* o varias familias, también referidas como subfracciones, *gentes* o varias gentilidades que forman la tribu, *populi* o la suma de varias tribus...etc., con variaciones según autores). La línea de transmisión hereditaria sería masculina, aunque voces como la de González-Cobos se decantan por la estructura matrilineal (González-Cobos, 1989: 40-41). No repetiremos sobre este tema lo ya señalado para los vetones. Nos reiteramos en la idea del carácter tardío, testimonial e incompleto de los testimonios gentilicios, además mucho más escasos en el espacio vacceo que en el vetón<sup>64</sup>, y, por tanto, en las dudas que nos plantea levantar a partir de ellos la organización social de estos grupos protohistóricos. Entre los vacceos, posiblemente de forma más acusada que en tierras de vetones, los lazos familiares sin duda existentes no están reñidos con la eclosión de organizaciones socio-políticas más complejas, con la acentuación de

<sup>64</sup> Los grupos familiares confirmados por la epigrafía en este territorio son: *Cariq(on)*, *Argantioq(um)*, *Cecciq(um)* (González Rodríguez, 1986: 123 y 127, n.º 35, 86 y 90, respectivamente; Díez Asensio, 1991: 31), *Elaisicum*, que aparece en una de las téseras de Paredes de Nava, y la *cognatio Magilanicum*, a la que ya nos hemos referido (González-Cobos, 1989: 83-86). Es significativa su escasez frente a zonas vecinas, tierras de arévacos, vetones o cántabros, donde están más representados.

relaciones sociales de tipo vertical y con la consolidación de unidades territoriales plenamente afianzadas.

Así, en general la sociedad vaccea parece estar formada de distintos grupos y componentes jerarquizados que se integran en centros capitales, verdaderas ciudades con su territorio de control y explotación que aglutinan al conjunto de la población. Son enclaves independientes políticamente entre sí, con órganos de gobierno y políticas económicas propias, pero en constante relación y muchas veces con actuaciones confederadas<sup>65</sup>.

*Cauca*, *Intercatia* y *Pallantia* son las enseñas más célebres de una sociedad estructurada políticamente, consolidada y en desarrollo. Pero no constituyen los únicos ángulos que dan forma a la planimetría poblacional vaccea. Las fuentes silencian los nombres de otras ciudades que la arqueología ha desenterrado. De modo parecido, resta aun por descifrar el papel que ciertos sectores sociales representan en las comunidades vacceas, y el peso que la actividad que desarrollan tiene en la activación de las formas de vida del Duero Medio. Entre otros, artesanos y mercaderes. Que el comercio fue desarrollado por los vacceos, no existen dudas; pero permanece todavía en la sombra la imagen social de sus protagonistas, el perfil de quienes lo controlan y/o llevan a cabo, y, en último término, el lugar que el intercambio organizado ocupa en el avance socio-cultural de las gentes vacceas.

---

<sup>65</sup> Sobre las *civitates* vacceas sentencia L.C. San Miguel: "surgidas como núcleos jerarquizadores del poblamiento, constituirían el marco de referencia del conjunto de la organización social fuera del cual pierden su validez el rango y las unidades organizativas de base parental. En ellas tendrían su sede las instituciones políticas: el consejo de ancianos o senado, la asamblea popular y los magistrados, de entre los que se elegirá a los generales encargados de la guerra contra Roma" (San Miguel, 1993: 61).

## COSTUMBRES SOCIALES

A tenor de los textos escritos, en el grupo vacceo sobresalen, o al menos se citan, una serie de valores puestos de manifiesto en comportamientos específicos. En ellos podemos encontrar algunas de las claves que nos ayuden a entender en páginas próximas las redes interculturales y la realidad de contactos comerciales que estos grupos tejen con otras entidades.

Uno de estos hábitos sociales es la solidaridad. Ya hemos insinuado su vislumbre en varias ocasiones, especialmente en lo referente al auxilio arévaco. La extensión de una práctica como ésta lleva implícito el desarrollo del ejercicio de pactos y alianzas<sup>66</sup>, sobre los que ya se hablará. Emparejada al comportamiento solidario y más o menos pacífico que caracteriza a los vacceos, hay que situar otra manifestación social que ya ha sido presentada: la hospitalidad. Con mayor profusión que en la sociedad vetona, los vacceos parecen dar más crédito a la norma indígena transmitida por Diodoro (V, 34) si tenemos en cuenta que hay documentadas hasta el día de hoy cuatro téseras de hospitalidad en tierras vacceas con toda seguridad. Se trata de los dos ejemplares latinos de Paredes de Nava (Palencia), la conocidísima tésera de Montealegre de Campos (Valladolid) y la placa escrita en caracteres ibéricos pocedente de Palenzuela (Palencia). No vamos a entrar ahora en su estudio pues lo haremos detenidamente en otro lugar con un propósito más particular (*vide* II-3.1). Intentaremos ver si detrás de estos documentos el *hospitium* puede conllevar un acuerdo económico, o dicho de otra forma si además de ser una función social constituye una *válvula de escape* al aislamiento de las comunidades de la meseta protohistórica, y, por ende, el registro de un contacto con el exterior a partir de unas determinadas necesidades o sencillamente conveniencias.

Viene siendo tradicional, tal y como se ha apuntado con antelación, entender que la hospitalidad con el tiempo deriva en la práctica social de la *clientela*. Las razones son varias, pero esencialmente las diferencias económicas, la tendencia hacia la diferenciación social y, dando contexto a todo ello, la acción romana en la península. Su resultado sería

---

<sup>66</sup> González-Cobos subraya esta política de pactos y dice de los vacceos que “practican la buena vecindad porque necesitan intercambiar sus productos agrícolas por otros útiles o alimentos de que andan escasos” (González-Cobos, 1989: 41-42). Más cuestionable a nuestro juicio es el la idea de esta autora de derivar el comportamiento fraterno de los vacceos de su organización social comunal, en el fondo las estructuras gentilicias (González-Cobos, 1989: 87-88).

la formación de lazos de dependencia (Salinas, 1983; González-Cobos, 1989: 126)<sup>67</sup>. La entrega de una persona -o de sus servicios- a otra es una práctica de arranque prerromano que fue adaptada e intensificada por la política romana. El carácter ritual y supremo que muchas veces debió revestir este compromiso, define en el fondo la institución indígena de la *devotio*<sup>68</sup>.

En conclusión, tanto individual como colectivamente parecen fuertemente arraigados entre el pueblo vacceo los principios sociales de cohesión y asistencia. Este modo de actuar explica en parte la apertura de las comunidades del Duero a vanguardias externas (traducidas en elementos poblacionales, culturales o comerciales), confirmada por otro tipo de testimonios a los que más adelante nos referiremos.

En cualquier caso, la percepción de una sociedad vaccea articulada de forma conjunta no es incompatible con el destacamiento de ciertos individuos obedeciendo a razones socio-políticas o culturales. En este sentido traemos a colación otra costumbre social presente en las fuentes, como es la del reto o duelo personal. Esta actuación de carácter religioso-militar se interpreta como rito iniciático de jóvenes, seguramente los pertenecientes a familias o grupos más poderosos pues de hecho se trata de una forma de lucha aristocrática, en busca de su bautismo guerrero y social<sup>69</sup>. El episodio más ilustrativo es el desafío lanzado por un joven de *Intercatia* a Escipión Emiliano, que termina con el difícil triunfo del romano, que a la postre parece constituir la temprana consagración de tan prestigioso personaje a tenor de la narración de Apiano (*Iber.*, 53)<sup>70</sup>. Por cierto, según

<sup>67</sup> Esta autora insiste en la fuerza de la clientela entre los pobladores del valle medio del Duero. Distingue varios tipos de acuerdos clientelares (González-Cobos, 1989: 126-133): a) Clientela individual de un grupo hacia una persona (príncipe, reyezuelo, cabecilla militar...) a la que se vincula de forma directa en una relación contraactual y recíproca. El fin del pacto lo establece la muerte del *patrono* o la desobediencia de las promesas acordadas. b) Clientela colectiva o dependencia de todo un grupo hacia otro. c) Clientela militar o sumisión a un jefe, a cambio de la prestación de servicio de armas se recibe la protección del *patronus*. Este compromiso social fue muy frecuente en contextos bélicos, como el tiempo de conquista romana o después en el s.I a.C. las acreditadas clientelas militares de grupos indígenas hacia líderes romanos como Sertorio o Pompeyo.

<sup>68</sup> Fidelidad o clientela militar llevada al extremo de morir los devotos por -y cuando- su jefe. Tal consagración se convierte en una obligación religiosa, y a ojos de los clásicos forma parte de la idiosincrasia de los guerreros ibéricos (Valerio Máximo, II, 6, 11; Dion Cassio, LII, 20, 2; Estrabón, III, 4, 18; Servio, *Ad. Georg.*, IV, 218; Plutarco, *Sertorio*, XIV; César, *BC*, III, 22). Sobre la *devotio*, los clásicos trabajos de Ramos Loscertales (1924) y Rodríguez Adrados -*fides*- (1946), el análisis de Prieto (1978) bajo una perspectiva materialista histórica, y los recientes exámenes de Ciprés (1993: 126-129) y Dopico (1994). González-Cobos (1989: 134-135-137) y Salinas (1989: 137-139) consideran que la *devotio* actuó como elemento desintegrador de las gentilidades.

<sup>69</sup> Fernández Nieto (1992) sostiene que esta costumbre funciona como institución jurídica en el ámbito hispano-celta, cuyo fin es la solución de disputas a partir de un duelo -judicial- entre dos combatientes y que incluso se expande al mundo ibérico.

<sup>70</sup> Son varias las fuentes que transmiten este suceso: Livio (*Per.*, 48), Apiano (*Iber.*, 53-54), Polibio (XXXV, 5 y frag. 13), Plutarco (*Praec. ger. reip.*, 804), Plinio (XXXVII, 9), Valerio Máximo (III, 26), Orosio (IV, 21, 1), Ampelio (XXII, 3), Veleyo (I, 12, 4) y Floro (I, 33, 11); en ocasiones los clásicos identifican al guerrero vacceo como *dux* o *rex*. Sobre la

nos cuenta Plinio (N.H., XXXVII, 9) el hijo del intercatiense derrotado por Escipión llevaba un anillo con la representación grabada del combate, tal vez un obsequio entregado por el mismo Escipión al hijo de su adversario que expresa muy bien el valor social del objeto y el gusto de los grupos indígenas por las joyas, tan bien confirmado arqueológicamente en la orfebrería vaccea.

## C. RELIGIÓN

La reconstrucción de la religión de los vacceos es una tarea extremadamente difícil. La información disponible es aun más escasa que la existente para el espacio vetón, además hemos de reconocer que no hay prácticamente ningún dato que singularice de forma clara su manifestación religiosa de la de otros pueblos. Aun así, vamos a recopilar brevemente los rasgos esenciales de la esfera espiritual de los vacceos para completar la presentación de los pueblos prerromanos de la meseta occidental, y dar fin al primer gran bloque de nuestro trabajo.

### LA OPACIDAD DE LAS CREENCIAS

No es aventurado pensar que los vacceos dispusieron de sus propios dioses y *numina* religiosos a quienes se entregaron y rindieron culto. Su alcance debió ser variado, propio de un sistema politeísta poco preciso, con dioses extensos de tendencia más o menos universal y espíritus locales, protectores de ciudades, elementos naturales, grupos de población o actividades humanas (guerra, paz, comercio, agricultura, ganadería... como prototipos clásicos). Pero no contamos con datos históricos que lo concreten. Por contra, la generalización y la imprecisión caracterizan a la información literaria y epigráfica que nos sirve de ligera aproximación a los dioses de aquellas comunidades. Así, el dato más aludido en la historiografía es la noticia recogida por Apiano (*Iber.*, 82) sobre cómo los habitantes

---

actitud del joven intercatiense en relación al honor como conciencia ética del guerrero agnóstico véase Sopena (1987: 82-83), en relación con el ideal guerrero (*virtus*) de los pueblos celtibéricos en sentido laxo, Cipres (1993: 84, 92-96). Muñiz (1995: 21) generaliza al considerar que es una práctica propia de sociedades no complejas, en las que los roces entre linajes o grupos gentilicios y clientelares se siguen resolviendo a título privativo y en el seno del grupo al que se pertenece.

de *Pallantia* detuvieron su ataque contra Lépido en el 135 a.C. por un eclipse de luna, interpretado como señal divina. Se ha puesto en relación con la divinidad lunar que cita Estrabón (III, 4, 16), a la que los pueblos del norte veneran con danzas rituales nocturnas frente a las puertas de sus casas. Parece claro que la luna identifica a un ente religioso capital; por ello se asocia al astro con el *Dis Pater* clásico (Mañanes, 1991: 253), dios ctónico transmitido en la fuerza lunar que tanto peso tiene en la religión indoeuropea. A juicio de César, este dios principal y generador de toda vida se corresponde con la divinidad galo-celta más representativa, *Lug* (Marco Simón, 1986; Sopena, 1987: 34-42).

La epigrafía latina ha rescatado contados teónimos indígenas en el espacio de los antiguos vacceos. La carencia de estos testimonios contrasta con el número considerable de dioses indígenas registrados en la epigrafía de las áreas vetona, lusitana o astur-galaica. Por ejemplo, se ha hablado de culto a las *Matres* a partir de la mención a las *Duillae*, como uno de tantos apelativos geográficos, registrado en tres aras de Palencia, según Blázquez divinidades protectoras de la vegetación (Blázquez, 1962b: 67-68; Mañanes, 1991: 253; Mangas, 1990: 707-709, para quien se trata de una tríada de *matres* con un santuario intraurbano). Otro teónimo aislado es *Aeiodaicinus*, documentado en una inscripción votiva de Hontangas en Roa de Duero (Abásolo, 1973; Montenegro, 1985: 258; Díez Asensio, 1995: 8-9), muy similar al *Aiioadycinus* registrado en Baños de Montemayor, Cáceres (Blázquez, 1975b: 25).

Mayor interés para nuestro propósito depara el hecho de que los caucenses invocaran a los dioses garantes de los pactos, cuando Lúculo rompiendo un acuerdo asedia la ciudad vaccea (Apiano, *Iber.*, 52)<sup>71</sup>. Esta noticia deja muy clara la relevancia jurídica y social de los tratados y juramentos, ejercicio custodiado por los propios dioses y, como estamos viendo, afirmado con fuerza en la política social vaccea. Recientemente Marco Simón relaciona a las deidades de los pactos con la raíz *Tog-/Togotus* o con infijo nasal *Tongo-*, presentes en la toponimia y antroponimia de la meseta y del noroeste, que derivarían del radical *\*tong-* que en lengua celta significa juramento (Marco, 1994: 338).

<sup>71</sup> "Después de haber ocupado éstas (las murallas) los dos mil (soldados), Lúculo introdujo el resto del ejército y con la trompeta dio la señal de aniquilar a todos los habitantes en edad adulta. Ellos, entretanto, invocando las lealtades y los dioses protectores de los juramentos y recriminando su perfidia a los romanos, perecieron de forma cruel, consiguiendo escapar unos pocos de los veinte mil hombres a través de las escarpadas puertas de la muralla" (Apiano, *Iber.*, 52). Traducción, Gómez Espelosín (1993: 84).

## SIGNOS EXTERNOS DE RELIGIOSIDAD

Uno de los escasos ritos identificados entre los vacceos es el de la *expositio* de los cuerpos de guerreros a los buitres (Eliano, *De Nat. An.*, X, 22). El mismo es indicado por Silio Itálico para los celtíberos (*Pun.*, III, 340-343). Es bien conocida la presencia de este tema en la plástica, donde buitres devorando cadáveres de supuestos combatientes caídos aparecen en la iconografía cerámica de Numancia y en algunas estelas funerarias celtibéricas como en Lara de los Infantes (Burgos), El Palao en Alcañiz (Teruel) o más al norte, en Zurita (Cantabria). Parece que animales con connotación sacra como el buitre aseguran, con una funcionalidad psicopompa, el tránsito de los guerreros a la otra vida, a través de una auténtica *consecratio*<sup>72</sup>, heroización o integración del hombre en lo divino, para hacerlo inmortal<sup>73</sup> (Sopeña, 1987: 77-87; *id.*, 1995: 210-262; Cipres, 1993: 89-90; Marco Simón, 1993a: 502-504; *id.*, 1994: 390-393). No insistiremos más en la trascendencia que el espíritu guerrero tiene en las formas de vida de los pueblos meseteños y de la creencia en el más allá.

En las tierras más occidentales del país vacceo, sobre las comarcas zamoranas de Aliste y Tierra de Sayago se alzan una serie de plataformas pétreas, con elementos que las particularizan como oquedades, erosiones, cazoletas o grabados, y que han sido interpretados como santuarios rupestres naturales (Benito/Grande, 1992; *eid.*, 1994). Abundan en la línea del bajo Esla y por tanto tal vez actúen como hitos de una frontera simbólica astur-vacce<sup>74</sup>, pues al poniente de esa linde siguen siendo habituales en la

<sup>72</sup> El ave majestuosa parece ser uno de los elementos iconográficos de la *consecratio* o divinización del hombre. Un interesante ejemplo se encuentra en los funerales de los emperadores romanos, cuando, después de ser incinerados en la pira (*crematio*), se simbolizaba la ascensión al cielo de su alma, camino de la inmortalidad, con la puesta en libertad de un águila que sería la encargada de conducir al emperador ya divinizado al cielo. Este tema ha sido estudiado en profundidad por J. Arce (1988: espec. 125-157): "En la iconografía de la *consecratio*/apoteosis, el águila desempeña un papel referente esencial que, como motivo derivado del mundo helenístico y de creencias o ideas filosóficas concretas sobre la subida al cielo de individuos privilegiados, va estableciéndose en Roma poco a poco a partir del s.I a.C. asociada, al comienzo, a individuos particulares destacados. Con los emperadores se convierte progresivamente en el modelo y en el significante fundamental para indicar su divinización, expresándose primero a través de monumentos oficiales aislados para concentrarse esencialmente en las series numismáticas de *consecratio* a lo largo de los siglos II y III d.C." (Arce, 1988: 138).

<sup>73</sup> "El rito celtibérico de exposición de cadáveres culmina un sistema de vida entendido de un modo agnóstico: el concepto del honor, el reto, la tradición oral de las gestas de los ancestros, la vinculación del arma con su portador, la exaltación de la herida (muy especialmente comprobada en el rito decapitatorio) y el combate, concebido como momento crucial, son datos que perfilan claramente un complejo ético que ha de ser premiado con una recompensa sublimatoria. El concepto de inmortalidad absolutamente equiparable en todos sus aspectos con el del resto de los pueblos célticos, permite que el valor de los celtíberos jamás merme y que se desprecie a la muerte, sabedores como eran de que una nueva vida mejorada les esperaba. De esta manera, la vida confiere sentido a la muerte y el óbito a la existencia" (Sopeña, 1987: 151).

<sup>74</sup> Para el espacio vacceo, sobre el Esla, en su orilla derecha o en el valle del Duero, se sitúan las estructuras de San Pelayo (Almaraz de Duero), Peña Buracada (Muelas de Pan), El Castillón (Ricobayo), Valdecadiella (Villalcampo), San



cultura castreña. Sin embargo, su significado religioso no siempre está claro, y mucho menos el tiempo de su uso, seguramente con un origen indeterminado muy antiguo que no siempre alcanzaría los siglos finales del Ier milenio. Con todos los inconvenientes que estos *loca* presentan, que sepamos son los únicos testimonios de espacios sacros (?) en este ámbito. Tal vez la excavación en extensión de los hábitats vacceos descubra algún día la presencia de santuarios intramuros, resultado que por otra parte no extrañaría en una sociedad urbana y organizada como la vaccea.

Tampoco alcanzamos a fijar el carácter de las inhumaciones infantiles en el interior de los ámbitos domésticos. Se documentan en tiempos de Soto, pero parecen pervivir en horizontes celtibéricos pues se hallan restos en Montealegre de Campos (Heredero, 1993: 295-296) y Tariego de Cerrato (Wattenberg, 1959b: 217). Se han propuesto diferentes interpretaciones; dos principales: a) ausencia de reconocimiento social para no-natos o neonatos inferiores a una edad determinada, no siendo aceptable por tanto su deposición en necrópolis sino en un registro funerario doméstico, y b) sacrificios fundacionales o práctica religiosa que pudo ser sustituida en ocasiones por la inmolación y enterramiento de un ovicaprino joven, como sabemos que ocurre en el Mediterráneo (A.A.V.V., 1989) y también encontramos en hábitats vacceos como Melgar de Abajo (Cuadrado Basas/San Miguel, 1993: 313 y 316) y en otros soteños. Esta última parece ser la tesis más defendida, la inhumación infantil en el propio hábitat constituiría una ofrenda simbólica a una divinidad ctónica nutricia y protectora de personas y bienes (Gusi, 1992).

Respecto a los sacrificios animales, debieron ser abundantes como sabemos por otras fuentes que ya hemos visto<sup>75</sup>, sin ir más lejos los numerosos restos faunísticos que componen las ofrendas de varias sepulturas de Las Ruedas (Bellver, 1995; Sanz, e.p. -a-). Ello lleva a hablar de la institución del sacerdocio, profesionales de la religión cuya identificación en la sociedad vaccea es más que menguada, aunque como ya hemos tenido ocasión de señalar su importancia se está reivindicando para otros focos de la Hispania indoeuropea, casos de Celtiberia o Lusitania (Sopeña, 1987: 60-64; Marco Simón, 1993a: 499-500; *id.*, 1994: 372-378; García Quintela, 1991b; *id.*, 1992).

---

Mamed (Villaediegua de la Ribera), Virgen del Castillo (Fariza), Peña del Gato (Argañín), Peñausende (Peñausende) y Peña del Ejido (Villar del Buey) (Benito/Grande, 1992; *id.*, 1994).

<sup>75</sup> No sorprende la frecuencia con que el animal es representado en relieve o en perspectiva cenital (Romero/Sanz, 1992) sobre un amplio abánico de objetos (armas, cuchillos, placas de cinturón, cerámicas, exvotos, téseras de hospitalidad, estelas, etc.) en la zona arévaco-vaccea, al igual que veíamos en la cultura material vetona.

La ritualidad de estas gentes se vislumbra en aspectos formales e iconográficos faltos de contenido teórico para la investigación moderna. Por ejemplo, hemos aludido a la riqueza morfológica de la cerámica vaccea, con piezas manifiestamente ceremoniales como las cajitas excisas, los idolillos y objetos votivos como pies, las bandejitas y barcas solares, los *simpula*, los *kernei*, los cuencos geminados, las copas anilladas, los vasos calados...etc. Algunas pudieron ser instrumentos litúrgicos, de libación o incluso de banquete funerario, algo hasta cierto punto equiparable con los *silicernia* atestiguados en las necrópolis ibéricas (Sanz, e.p. -a-).

Los vacceos arroparon muchas de sus actividades y comportamientos de un sentir religioso. En tiempos antiguos lo espiritual no se desempareja de las acciones cotidianas, y menos todavía de los actos más representativos para una comunidad. En esta fusión, muchas ceremonias sociales, políticas y económicas se garantizaron a partir de la sanción de un dios, a tenor del resultado de un sacrificio o a expensas del compromiso de un juramento. De hecho la propia escenografía de esos actos revestiría un significado sacro. Por todo esto, a pesar de la penuria informativa sobre dichos aspectos religiosos, estamos seguros que muchas de las formas de contacto desarrolladas por los grupos meseteños objeto de nuestra atención -la guerra, la hospitalidad, el intercambio ritual, ciertas transacciones comerciales, el matrimonio mixto, o la alianza inter-étnica, por no mencionar más que algunas-, tendrían en la consagración religiosa el aval para su plena legitimación.

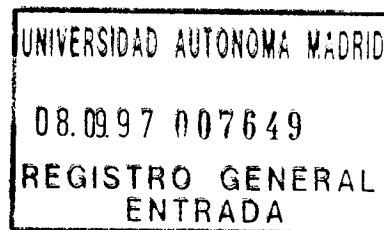
Vol. II

SC  
FFL-FL  
289

Eduardo Sánchez Moreno

Reseta occidental e Iberia exterior.  
Contacto cultural y relaciones comerciales  
en época prerromana

Vol. II



R.B.e. 66537

## **ÍNDICE VOLUMEN II**

### **II- SEGUNDA PARTE: TESTIMONIOS DE CONTACTO**

#### **II-1 FUENTES LITERARIAS**

II-1.1 Alianzas y acciones inter-étnicas.....	pág.305
II-1.2 Mercenariado.....	pág.311
II-1.3 Matrimonios mixtos y usos de la mujer.....	pág.314
II-1.4 Consumo de productos alóctonos: .....	pág.319
A- Sal.....	pág.319
B- Vino.....	pág.323
C- Aceite.....	pág.327
II-1.5 La apertura de la Meseta Occidental a las grandes potencias mediterráneas: .....	pág.330
A- La acción bárquida: la campaña de Aníbal en el Duero (220 a.C.)...pág.331	
B- Penetración y conquista romanas: ¿siguiendo una senda anterior?....pág.347	

#### **II-2 FUENTES ARQUEOLÓGICAS**

II-2.1 Evidencias materiales directas.....	pág.359
A- Cerámica	
. Importaciones griegas.....	pág.362
. Cerámica de barniz rojo.....	pág.369
. Cerámica de pastas grises.....	pág.370
. Cerámica pintada ibérica.....	pág.373
. Formas de inspiración mediterránea.....	pág.376
B- Armamento.....	pág.397
a) Corriente meridional-mediterránea	
. Falcatas.....	pág.397
. Espadas de frontón.....	pág.402
. Discos-coraza.....	pág.405
. Cascos Montefortino.....	pág.406
. Soliferrea.....	pág.408
. Cuchillos afalcados.....	pág.409
. Elementos de ascendencia más imprecisa.....	pág.410
b) Corriente interior-pirenaica.....	pág.412
C- Bronces	
. Braserillos o recipientes rituales.....	pág.431
. Calderos y urnas.....	pág.435
. Placas y broches de cinturón.....	pág.439
. Figuras y exvotos.....	pág.442
. Pinzas, pasadores y otros elementos de adorno.....	pág.445

D- Joyería.....	pág.470
. Orfebrería en oro.....	pág.471
. Orfebrería en plata.....	pág.476
E- Pasta vítrea.....	pág.485
. Cuentas de collar.....	pág.486
. Ungüentarios policromos.....	pág.490
. Cabezas policromas.....	pág.493
F- Otras.....	pág.500
II-2.2 Aplicaciones tecno-económicas.....	pág.503
A- Torno de alfarero.....	pág.505
B- Horno cerámico de tiro variable.....	pág.508
C- Práctica escultórica mayor.....	pág.512
D- Técnicas e innovaciones agropecuarias	
. Cultivos agrícolas foráneos: vid y olivo.....	pág.517
. Especies ganaderas importadas: asno y gallina.....	pág.521
. Otros consumos no locales: peces y moluscos.....	pág.523
II-2.3 Transformaciones ideológico-culturales.....	pág.525
A- Aristocratización y aculturación: datos para un debate.....	pág.525
B- Otras pautas de medición cultural.....	pág.539
. Urbanismo.....	pág.539
. Escritura.....	pág.546

## **II-3 FUENTES EPIGRÁFICAS**

II-3.1 Téseras de hospitalidad.....	pág.550
II-3.2 Movilidad geográfica inter-étnica: <i>origo</i> y migración.....	pág.570

***II- SEGUNDA PARTE:  
TESTIMONIOS DE CONTACTO***

## II-1 FUENTES LITERARIAS

### II-1.1 ALIANZAS Y ACCIONES INTER-ÉTNICAS

Las fuentes literarias dan cuenta de la unión esporádica o arraigada de varias entidades étnicas, obedeciendo a distintos estímulos. Tomamos aquí a los dos pueblos de la meseta occidental en estudio como un bloque único, y presentamos en un cuadro los testimonios clásicos que recogen su presencia junto a otros grupos, con indicación del momento, de las circunstancias -la mayoría de ellas de sello bélico por la propia naturaleza de las fuentes de conquista- y del carácter de la acción conjunta.

#### CUADRO 2.

*Alianzas y acciones inter-étnicas de los grupos de la meseta occidental en los textos clásicos*

GRUPOS	FECHA	OCASIÓN	CARÁCTER	FUENTE
Vacceos (helmánticos), olcades y carpetanos	220 a.C.	Lucha conjunta contra Aníbal a orillas del Tajo, cuando el cartaginés regresa de la toma de <i>Arbucala</i> y <i>Helmántica</i>	Asociación militar	Polibio, III, 13, 5-14 Livio, XXI, 5, 7-17
Vetones, vacceos, celtíberos y carpetanos (toledanos)	193 a.C.	Acción coaligada de ayuda a los <i>toletani</i> en las puertas de su ciudad, frente al pretor de la Ulterior, Marco Fulvio	Asociación y auxilio militar	Livio, XXXV, 7, 8
Vetones y oretanos	193 a.C.	El cónsul Quinto Fulvio Nobilior triunfó sobre ambos pueblos. No se dice nada más. Parece tratarse del mismo acontecimiento, pero con ciertas imprecisiones (no es Quinto sino Marco, tampoco cónsul sino procónsul...)	¿Asociación militar?	<i>De vir. ill.</i> , 52
Vetones y carpetanos (toledanos)	192 a.C.	Lucha en el mismo escenario y con el mismo enemigo	Auxilio militar	Livio, XXXV, 22, 8
Lusitanos y vetones	156 a.C.	Púnico, caudillo lusitano, asedia a aliados romanos del sur, caso de los blastofenicios, ayudado por vetones.	Asociación militar	Apiano, <i>Iber.</i> , 56
Lusitanos y vetones	153 a.C.	Ambos contingentes firman tratados con Marco Atilio, pretor de la Ulterior. Cuando éste se retira a pasar el invierno, todos los grupos indígenas cambian su comportamiento y asedian algunos pueblos sometidos a los romanos, hasta que fueron redimidos por Galba	Tratados con Roma y asociación militar	Apiano, <i>Iber.</i> , 58

Vacceos (caucenses, intercasienses y pallantinos)	151-150 a.C.	Más de 20.000 infantes y 2.000 jinetes de <i>Cauca</i> se refugian en <i>Intercatia</i> , avisando a sus habitantes de las intenciones ofensivas de Lúculo. Tras su arribada, éste les ofrece establecer pactos; los intercasienses reprochan el incumplimiento de su palabra con los de <i>Cauca</i> . Tras el ataque final de Lúculo a <i>Intercatia</i> , parte de su población se refugia en una nueva ciudad vaccea, <i>Pallantia</i> .	Refugio	Apiano, <i>Iber.</i> , 53-55
Vacceos (pallantinos) y arévacos (numantinos)	137 a.C.	Según Marco Emilio Lépido los pallantinos habían auxiliado a los numantinos con suministros varios (alimento, dinero y tropas), lo cual le sirve de excusa para atacar la ciudad vaccea de <i>Pallantia</i> . Apiano sentencia que en nada había faltado a los pactos establecidos.	Aprovisionamiento	Apiano, <i>Iber.</i> , 80-81
Vacceos, cántabros y arévacos (numantinos)	137 a.C.	Mancino teme el ataque conjunto de vacceos y cántabros en auxilio de Numancia. Según Apiano se trata de un falso rumor.	Asociación y auxilio militar	Apiano, <i>Iber.</i> , 80
Vacceos y arévacos (numantinos)	134 a.C.	Escipión destroza los campos vacceos porque es ahí donde los numantinos compran alimento.	Comercio	Apiano, <i>Iber.</i> , 87
Vacceos, otras tribus sin especificar y arévacos (cluniacenses)	56 a.C.	Metelo Nepote se ve obligado a abandonar el sitio de <i>Clunia</i> ante la llegada de una coalición de pueblos liderada por vacceos.	Asociación y auxilio militar	Dión Cassio, XXXIX, 54
Vacceos, cántabros y astures	29 a.C.	Estatilio Tauro sofoca la sublevación del conglomerado de tres pueblos, desencadenante de la guerra astur-cántabra.	Asociación militar	Dión Cassio, LI, 20, 5

No existe, que sepamos, ningún trabajo que estudie en detalle el carácter de las alianzas y los ejercicios diplomáticos entre los grupos prerromanos de la meseta, todo lo más hay un par de ensayos, ya clásicos, que abordan estos temas desde el punto de vista romano como instrumento de captación de pueblos indígenas en el proceso de conquista, primero en la lucha contra los cartagineses y después en el avance hacia el interior, y, a la larga, como vehículo de romanización<sup>1</sup>. Las acciones que ponen en comunicación a

<sup>1</sup> Nos referimos a los artículos de J.M<sup>a</sup>. Blázquez (1967b) y de J. Mangas (1970). Blázquez repasa las alianzas entre Roma y los pueblos indígenas durante la conquista, especialmente en las primeras fases, sin hincapié en otros momentos y sin plantear siquiera la posibilidad de que existieran acuerdos concluidos internamente entre entidades peninsulares con anterioridad a la llegada de cartagineses y romanos a Iberia. Mangas valora la diplomacia como arma política (exclusivamente) romana dictada por una política senatorial determinada (y no tanto como la acción individual de un dirigente destacado), que tuvo en la conquista de la península un valor superior al del enfrentamiento bélico. "Los



vetones y vacceos con otras otras entidades<sup>2</sup> adquieren seis tipos de materialización tras el rastreo de las fuentes literarias:

romanos consiguen tanto con la diplomacia como con el ejército; cuando los métodos diplomáticos no se aplican, los indígenas ofrecen dura resistencia y producen grandes desgastes a los ejércitos romanos. Puede establecerse un paralelismo entre facilidad de penetración romana y aplicación de métodos diplomáticos. Estos presentan múltiples formas: en ocasiones es conceder tierras, atender peticiones de los indígenas, respetar sus costumbres y sus creencias, no molestarlos inútilmente; otras veces será el premiar o ayudar a los amigos o fieles, el preocuparse por su educación a la romana, el presentarse desinteresados en lo económico, el conceder derechos de ciudadanía; en otros momentos, la diplomacia toma la forma de propaganda y colabora con ella; en otras ocasiones...etc. Baste revisar las distintas etapas que hemos considerado para comprender el papel que la diplomacia desempeñó" (Mangas, 1970: 512). Estos aspectos son retomados con un enfoque similar por Knapp (1977: 37-57).

Cierto es que desde tiempo atrás algunos autores como Ramos Loscertales (1942: *passim*) reconocen, muy ligeramente, que los pactos entre indígenas (y las prácticas de solidaridad, protección y obligaciones sociales acordadas por comunidades de distinta categoría) tendrían mucha mayor frecuencia que los sellados entre éstos y Roma. Los únicos ámbitos que han recibido cierta atención en este sentido son el noreste ibérico y la Celtiberia. Rodríguez Adrados (1950) observa los apoyos que las tribus ibéricas del actual territorio catalán brindan a Roma y a Cartago a inicios de la Segunda Guerra Púnica, y llega a la conclusión que si en general los grupos costeros (sedetanos, indigentes, edetanos...) se inclinaron por los romanos al tiempo que las gentes del interior (ilergetes, lacetanos, ausetanos...) lucharon al lado de los bárquidas, ello no se debió a la casualidad ni a una solución coyuntural, sino que obedecería a la existencia de antiguas rivalidades indígenas entre las tribus costeras y las del interior catalán provocadas, según Rodríguez Adrados, además de por razones raciales por la amenaza de la hegemonía ilergeta, el grupo de mayor fuerza expansiva. Así pues, el autor sólo contempla la relación de estos conglomerados poblacionales en términos de rivalidad política y enfrentamiento bélico. Para el espacio celtibérico y en un tiempo algo posterior, mediados del s. II a.C., la fuerza del grupo arévaco posibilita hablar de relaciones con tribus vecinas (Alonso Fernández, 1969) y de confederación tribal con belos y titos (Salinas, 1986: 81-84), lo cual ayuda a comprender la fuerza del antagonista celtibérico frente a Roma y el traslado del conflicto desde *Segeda*, ciudad bela, a *Numantia*, ciudad arévaca.

En general la bibliografía dedica mucho más espacio a las prácticas guerreras de los pueblos hispanos que a sus ejercicios diplomáticos, abrigando la historiografía más tradicional una lectura acrítica de los clásicos y de algunos de sus más manidos tópicos (localismo indígena, acrecentado espíritu individualista, parcelamiento político extremo, belicosidad innata, naturaleza levantisca... etc.); uno de los ejemplos más evidentes en esta línea es el caduco trabajo de Triviño (1953). La visión autonomista de los pueblos prerromanos tiene su mentor principal en P. Bosch Gimpera (1932; *id.*, 1944). Los postulados del prehistoriador catalán fueron modificados parcialmente o ajustados a programas ideológicos contemporáneos. En las décadas 50-70 está en boga la idea de que Roma, como potencia unificadora, puso punto final al localismo peninsular, dando al proceso de romanización origen a la identidad de España como unidad superior (Arias, 1958: 69, siguiendo la tesis de C. Sánchez Albornoz). Esta tendencia prácticamente excluye la posibilidad de alianzas entre estadios indígenas, siempre hostiles, pues la verdadera diplomacia no haría acto de presencia hasta la entrada de los ejércitos romanos (acuerdos entre generales romanos y comunidades locales en *pro* de la conquista; Blázquez, 1967b; Mangas, 1970) o hasta la consolidación de Hispania como provincia imperial pacificada y por ende unificada (acuerdos de comunidades hispano-romanas entre sí, dentro de la jurisprudencia romana).

Así se explica la escasa atención prestada a las formas de contacto exterior no guerreras de los grupos prerromanos (*vid.* debate global en III-3.1 y 2).

<sup>2</sup> Se pueden sugerir, reconociendo su debilidad argumental, otras acciones conjuntas con la participación de vetones-vacceos. Por ejemplo, no hay datos directos del papel que jugaron en el conflicto lusitano, aunque cabe pensar que pudieron secundar la acción de Viriato, especialmente los vetones por la proximidad geográfica y familiaridad cultural con las gentes lusitanas. Respecto a los vacceos, Apiano (*Iber.*, 66, 76) nos dice que fue Viriato quien impulsó a la rebelión a grupos celtíberos (arévacos -numantinos-, titos y belos) en el 143 a.C. La simultaneidad de los dos conflictos (guerras celtíbera y lusitana) hace pensar que un espacio a caballo entre ambos focos bélicos como es el de de vetones y vacceos no desempeñó una posición secundaria, a pesar de la omisión en las fuentes clásicas.

Por otra parte, en el registro literario encontramos operaciones conjuntas desempeñadas por otros pueblos en contexto similar. Por ejemplo, en una de las rebeliones más fuertes a inicios de la conquista (197 a.C.) se subleva prácticamente toda la Hispania Ulterior: Culchas, rey oretano con muchas ciudades sometidas, Luxinio, seguido por las ciudades de *Carmo* y *Bardo*, así como los malacitanos, los sexetanos y toda la Beturia (Livio, XXXIII, 19; 21, 6; 25, 8; 26; Apiano, *Iber.*, 39). De hecho, el auxilio de un grupo indígena a otra comunidad enemiga de Roma, se convierte en causa de ataque romano a tenor de las fuentes. Así, en el 141-140 a.C. Serviliano saquea cinco ciudades de la Beturia porque habían ayudado a Viriato (Apiano, *Iber.*, 68), durante los años 138-136 a.C. Junio Bruto acosa a los galaicos porque habían socorrido a los lusitanos (Orosio, V, 5, 12). Por descontado que cuanto mayor es la proximidad, más intenso es el contacto, tal como el caso concreto del estallido de la guerra celtibérica muestra (los habitantes de *Segeda*, belos, se refugian en Numancia, arévaca, cuando Roma les declara la guerra por haber roto los antiguos acuerdos con Graco del 178 a.C.) (Apiano, *Iber.*, 44-46; Diodoro, XXXI, 39 y 42; Floro, I, 34, 3;...etc.); también en circunstancias bélicas, ya en vísperas de la capitulación numantina, se establece una alianza entre Numantia y Lutia, ciudad igualmente celtíbera (Apiano, *Iber.*, 94); etc.

- 1) *Asociación militar*, la más frecuente (siete casos seguros), entendida como coalición plural que se enfrenta a un enemigo común.
- 2) *Auxilio militar* (cuatro casos), entendido como la ayuda prestada por un único grupo o un conglomerado interpoblacional (esto es, una asociación militar al mismo tiempo) a otro grupo, ciudad o pueblo amenazado.
- 3) *Refugio*, entendido como la protección que una comunidad física o humana brinda o otra que lo requiere; lleva implícito las ideas de hospitalidad, comunicación y defensa.
- 4) *Comercio*, entendido como la libre transacción (compra-venta) de mercancías y valores, no necesariamente equitativos, entre dos (o más) entidades.
- 5) *Aprovisionamiento*, entendido como el abastecimiento, plural o determinado, que un centro ofrece a otro en circunstancias críticas, generalmente de bienes de primera necesidad.
- 6) *Tratado con Roma*, entendido como pacto conjunto de distintos grupos indígenas con el poder romano, y que frecuentemente implica la entrega de tierras, el compromiso de fidelidad o el reconocimiento de derechos.

Entrando más a fondo en el análisis de alguna de estas acciones inter-étnicas podemos llegar a barruntar el nivel organizativo de las comunidades protagonistas y comprender el contexto y el alcance de este tipo de actuaciones conjuntas. Toda vez que más adelante dedicamos un capítulo a la acción de Aníbal en la meseta y a su enfrentamiento en el Tajo con un conglomerado de pueblos (apartado II-1.5 A), y ya que del enlace vacceo-numantino se ha hablado suficientemente, vamos a detenernos ahora en un episodio concreto: la lucha de vacceos, celtíberos y vetones auxiliando a carpetanos en las puertas de *Toletum* en el 193 a.C., con réplica al año siguiente en el mismo lugar si bien en esta segunda parte vacceos y celtíberos no aparecen mencionados.

Esta lucha ha recibido distintas explicaciones por parte de la historiografía moderna. En el comentario de las fuentes de conquista, Schulten (1935: 196-197) no introduce ningún juicio interpretativo. Poco después, Ramos Loscertales (1941: 10-11) ve en este acontecimiento un reflejo de la migración masiva de grupos celtas del interior hacia el sur y levante, enfrentándose en sus desplazamientos a los primeros ejércitos romanos que se adentran en la submeseta sur. Más lógico parece pensar que Toledo representa un punto capital en el acceso de las tropas romanas a la meseta norte, y que por eso en su defensa se

da un esfuerzo plural por parte de las entidades que se ven afectadas por el avance romano (Wattenberg, 1959: 32). El profesor Blázquez resucita parcialmente la idea de Ramos Loscertales al apuntar que la noticia da pie a hablar de la invasión de la Carpetania por parte de los celtíberos y de la asociación forzada de los vetones por estar sometidos a los celtíberos (Blázquez, 1962a: 422, 426-427), aunque años después piensa sencillamente que Roma se enfrenta a esta coalición porque habían auxiliado a enemigos del pueblo romano (Blázquez, 1967b: 115). A mediados de los 70, G. Fatás revisa las distintas interpretaciones vertidas, corrige sobre todo la tesis de Ramos Loscertales, pero no ofrece una nueva alternativa; en su opinión, eso sí, estos triunfos romanos significaron el sometimiento de la región media del Tajo (Fatás, 1975: 280-281). Más recientemente, Salinas (1986: 12) valora la situación estratégica de la *caput Carpetaniae*, llave de los caminos de la meseta hacia el sur y nudo de comunicación con los valles del Tajo, Henares y Jalón. Sin embargo no es hasta nuestros días cuando encontramos un enfoque del suceso desde el punto de vista interno que explique la resistencia meseteña; en este sentido Gómez Pantoja (1995a) subraya la importancia que tiene el control del Tajo medio no sólo por ser el paso entre las dos mesetas, sino porque (por eso mismo) constituye la zona central de un tránsito ganadero muy destacado para la economía de los grupos meseteños<sup>3</sup>. Consideramos muy sugerente la teoría de Gómez Pantoja, que en cualquier caso demuestra que las principales entidades meseteñas (celtíberos, vacceos, vetones y carpetanos, incluso oretanos si hacemos caso de la noticia contemporánea más imprecisa contenida en *De viribus illustribus*, 52) convergen en la defensa de intereses comunes, vitales para su sistema económico, más aun cuando la amenaza de Roma se produce en un punto estratégico en las redes de comunicación de aquellas gentes, la región toledana, que puede calificarse de *tetrapylum* meseteño en una doble perspectiva, norte-sur (ambas vertientes del Sistema Central) y este-oeste (meseta oriental celtibérica y meseta occidental vacceo-vetona). Por ello no sorprende que en la defensa de esa franja de transición participe una autoridad relevante al mando de la coalición, las fuentes hablan de un *rex* (Livio, XXXV, 7. 8), Hilerno, que ignoramos a cuál de los grupos étnicos pertenecía. Además, pensamos que esta asociación no se estrena con relación a los acontecimientos del 193 a.C., sino que tiene un arranque anterior. Vemos un antecedente casi exacto de esta unión en el frente común que *helmanticos* huídos (vacceos-vetones), olcades y carpetanos oponen a Aníbal veintisiete años antes, cuando el

<sup>3</sup> "(...) el bando indígena, compuesto por habitantes de ambas vertientes del Sistema Central, se aliaron contra la disrupción de las prácticas tradicionales: unos, los más norteños, defendían los pastos invernales de sus ganados y, otros, los ribereños del Tajo, los ingresos que el tránsito debía reportarles" (Gómez Pantoja, 1995a: 458).

cartaginés regresa de *Helmantica* y *Arbocala* en el 220 a.C. (Polibio, III, 13, 5; Livio, XXI, 5). Otra vez una potente barrera inter-meseteña de celtíberos (pues culturalmente así pueden ser entendidos los olcades; González-Conde, 1992: 301), vacceo-vetones y carpetanos en el Tajo central<sup>4</sup>.

Es demasiado fácil concluir que se trata de coincidencias pasajeras y sin relación. Por contra, pensamos que estamos ante una asociación de pueblos establecida bastante tiempo atrás y que muy probablemente no sólo obedezca, aun siendo éste el carácter con que se nos revela en las fuentes, a una asociación militar. La contemplación de otras variantes dará razón para pensar en una coalición asentada también sobre viejas bases culturales y económicas. Ni que decir tiene que de igual forma que vemos alianzas y acciones conjuntas de tipo pacífico entre estas gentes, los conflictos y rivalidades inevitables ocasionarían con frecuencia rupturas y enfrentamientos entre los grupos componentes<sup>5</sup>.

Relegamos a la tercera parte de nuestro trabajo (análisis de las formas de contacto cultural en tiempos de guerra y en tiempos de paz; III-3.1-2) el tratamiento de los cimientos que dan sentido a tales formaciones inter-étnicas, el contexto y el carácter de estas acciones diplomáticas -que testimonian incluso el ejercicio de prácticas jurídicas (alianzas o acuerdos)-, las posibles evidencias de lo mismo en otros registros informativos, y el efecto que todo ello tiene en el desarrollo de las sociedades que los protagonizan.

<sup>4</sup> Nada despreciable en número, al margen de que Livio exagere la cifra: *Carpetanorum cum apendicibus Olcadum Vaccaeorumque centum milia fuere, invicta acies, si aequo dimicaretur campo* (Livio, XXI, 5, 11).

<sup>5</sup> Esto puede ser aplicado a la relación de los pueblos montañoses (cántabros, astures) con los de la llanura sedimentaria del Duero. Como hemos visto, en las fuentes hay señales tanto de asociación y auxilio militar, como de rivalidad y saqueo. Iglesias (1986-87: 434) atiende las noticias de esta conexión y es partidario de hablar de una alianza política cántabro-vacceas; también así Solana (1983: 46) que piensa que los cántabros auxiliaron a los vacceos en el 151 a.C. cuando el ataque de Lúculo a *Intercatia*. Iglesias Gil se apoya sobre todo en el dato de Dion Casio (LI, 20, 5) acerca del ataque de Estatilio Tauro a vacceos, cántabros y astures en el inicio de la guerra astur-cántabra. Esta afirmación está reñida con las opiniones de Orosio (VI, 21, 3) o Floro (II, 33, 46) quienes siguiendo probablemente a Livio sostienen que la razón del *Bellum Cantabricum* fueron los ataques de los pueblos nortños contra vacceos, autrigones y turmogos. Al respecto de las *razzias* de cántabros y astures, Iglesias (1992: 101) sentencia: "En conclusión, podemos decir que existen contradicciones internas en las fuentes, o al menos para el caso de las incursiones en tierras vacceas. Para autrigones y turmogos no aparecen relaciones previas con cántabros y astures documentadas. Así, sólo si se mantiene una postura escéptica basada en la posible influencia de la propaganda augústea, se podría negar el bandidaje entre los pueblos del Norte. Habremos de creer a las fuentes, pero no entenderlo como algo estructural sino meramente coyuntural, y originado probablemente por un repliegue en dirección a las montañas, por un movimiento migratorio en dirección al norte, que la inminente presencia romana en la zona pudo ocasionar sobre las gentes establecidas más al sur de la cordillera. Tal vez esas migraciones, al romper el sistema de producción ya establecido, generaron las *razzias* como un modo de subsistencia en tanto se procedía a un nuevo asentamiento. En todo caso, las *razzias* no fueron sino un argumento, cierto o no, que enmascaró los verdaderos intereses promotores de la conquista".

## II-1.2 MERCENARIADO

Otra de las manifestaciones tenida tradicionalmente como reveladora del contacto entre grupos humanos diferentes es la prestación, voluntaria o forzada, de servicios de armas en una comunidad extranjera. Varios de los pueblos que componen el mosaico étnico y cultural que es Iberia en el Ier milenio a.C. forman parte de los ejércitos de potencias mediterráneas (estados griegos, Roma o Cartago) como mercenarios<sup>6</sup>. De ello se hacen eco las fuentes desde fechas relativamente tempranas, pero los datos se caracterizan por la imprecisión y la generalidad a la hora de descifrar el origen étnico de las levas y las circunstancias de su servicio.

Si volvemos a nuestra región de estudio, se observa que los clásicos nada dicen de los vacceos en relación con la práctica mercenaria, y que los vetones sólo son citados directamente como tales en las *Púnicas* de Silio Itálico. Entre los más de 12.000 versos de este poema, el más largo escrito en latín, es en concreto en los números 378-384 del tercer libro cuando aparecen los escuadrones (*alae*) vetones junto a otros grupos peninsulares en el listado de las tropas auxiliares anibálicas<sup>7</sup>. Con cada étnico Silio introduce un rasgo característico del mismo, tocante a los vetones los asocia con la leyenda de las yeguas de Poniente fecundadas por el viento (también en los vv. 362-365 del libro XVI), que ya ha sido comentada (*vide* I-1.2 C, nota 22).

La obra de Silio está muy relegada como para ser tomada por fuente documental fiable; de sobras es conocido que en este autor prevalece más el sentido estilístico-literario que el criterio histórico. Por ejemplo, resulta muy improbable que Aníbal tuviera conocimiento de gentes tan periféricas como cántabros, astures, galaicos, vascones,

---

<sup>6</sup> El pionero en el estudio del mercenariado ibérico ha sido A. García y Bellido, que dedicó un buen número de trabajos a la presencia de íberos fundamentalmente en los ejércitos greco-púnicos, y a su huella cultural como elemento de *helenización* en suelo hispano (entre otros, García y Bellido, 1934; *id.*, 1962a; *id.*, 1963a; *id.*, 1971; etc.). Más cercana en tiempo y en protagonistas, la existencia de guerreros celtíberos y lusitanos en tropas cartaginesas, romanas o en el seno de otras poblaciones ibéricas, a raíz de la Segunda Guerra Púnica y después, ha sido objeto de atención periódica (Santos Yanguas 1980; *id.*, 1981b; Santos Yanguas/Montero, 1982; García-Gelabert/Blázquez, 1987-88; Ruiz-Gálvez, 1988b; Roldán, 1993: espc. 11-42; etc.). Una reciente contribución es el ensayo crítico de Quesada (1994a), centrado sobre todo en la medición real del mercenariado íbero en los ejércitos griegos y de su valor como factor aculturador, donde se recoge toda la bibliografía anterior (Quesada, 1994: 193, nota 3).

<sup>7</sup> Los otros hispanos que forman parte del ejército de Aníbal son: cántabros, astures, celtíberos, galaicos, lusitanos, ceretanos, vascones, concanos, ibicencos, arévacos, baleáricos, gravios (a occidente de Galicia), sedetanos, gentes de Cartago Nova, de Ampurias, de Tarraco, de Uxama, de Cástulo, de Hispalis, de Nebrissa, de Carteia, de Munda, de Córdoba, de Sagunto, de Calpe y de Gades, además de otros habitantes de la Bética.

concanos o gravios, si bien contactó con los vetones en la campaña que realiza hasta tierras zamoranas en el 220 a.C. (*vid.* II-1.5 A), y en ese sentido su reflejo literario puede tener cierta base histórica. Contrariamente extraña mucho que en el catálogo de las fuerza de Aníbal no cite a pueblos con los que el cartaginés estableció intensas relaciones por su cercanía con el área de influencia púnica, caso de los carpetanos u oretanos (los habitantes de Cástulo aisladamente sí son incluidos) sobre los cuales otras fuentes recogen su actividad como mercenarios de los púnicos repetidas veces.

En conclusión, no sabemos con certeza hasta qué punto es gratuita o no la referencia a los vetones en el ejército púnico dentro de la obra de Silio Itálico. Sí advertimos que lusitanos, celtíberos o carpetanos constituyen una fuerza destacada en las tropas de cartagineses y romanos<sup>8</sup>, pero no podemos asegurar que los vetones y otras gentes interiores estén embutidos como mercenarios en referencias genéricas del tipo *celtíberos* o *lusitanos*, aunque con cierto riesgo algunos autores lo hayan deducido justificándose en la imprecisión étno-cultural y en la vaguedad terminológica que caracteriza a buena parte de los autores greco-latinos<sup>9</sup>.

Eso es una cosa. Pero otra es reconocer que los vetones se asoman en las fuentes con un carácter guerrero que, independientemente de la intencionalidad e hipérbole inherentes en la obra de los clásicos, está igualmente constatado en otras pruebas documentales, más moderadamente si se quiere. Por eso admitimos y valoramos el ejercicio

<sup>8</sup> Especialmente prolífico es Tito Livio: carpetanos y oretanos son reclutados por Aníbal en fuertes levas a inicios de su gobierno (Livio, XXI, 11, 13); 3.000 mercenarios carpetanos abandonan a Aníbal justo antes del paso de los Pirineos, el cartaginés licencia a más de 7.000 para evitar abandonos en masa (Livio XXI, 23, 4-6; Frontino, II, 7, 7); el famoso discurso que el cronista romano pone en boca de Aníbal para ensalzar a sus tropas al inicio de la guerra en Italia (Livio, XXI, 43, 8-9): "bastante tiempo lleváis corriendo detrás del ganado en los desolados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver ningún pago a tantos trabajos y peligros; ya es hora de que hagáis una campaña abundante y fructífera y recibáis una recompensa cumplida por vuestro trabajo tras recorrer una travesía tan larga por medio de tantos medios y ríos y tantos pueblos en armas" (traducción de Villar Vidal, 1993: 72); el comentario sobre la sagacidad de celtíberos y lusitanos en el valle del Po capaz de hacerles llegar a los cuarteles romanos de invierno, cumplimentando a los nómadas también al lado de Aníbal (Livio, XXI, 57, 5); en el 208 a.C. Asdrúbal hacía levas en la Celtiberia (Apiano, *Iber.*, 24) y al año siguiente recluta mercenarios junto al océano septentrional (Apiano, *Iber.*, 28) mientras los celtíberos auxilian a Magón (Apiano, *Iber.*, 31); en el 206 a.C. Asdrúbal emprende el paso de los Pirineos para ayudar a su hermano en Italia, acompañado por un ejército de celtíberos (Apiano, *Iber.*, 28); incluso, expulsados los cartagineses de la Península, en el 203 a.C. logran reclutar un cuerpo de 4.000 celtíberos (Livio, XXX, 21, 3). Con más frecuencia afloran las menciones de celtíberos al servicio de Roma desde fecha temprana (Santos Yanguas, 1980). Por ejemplo, en los años 212-210 a. C. (Livio, XXIV, 49, 7; Livio, XXV, 32), hacia el 195 a.C. en torno al valle del Ebro (Livio XXV, 5 y XXXIV, 19, 1); en el 114 a.C. fuerzas celtibéricas colaboran con C. Mario en la campaña de pacificación de Lusitania, recibiendo como recompensa el permiso de asentarse en *Colenda* (Apiano, *Ib.*, 100); etcétera. Mayor detalle con recopilación bibliográfica en Roldán (1993: 29-69).

<sup>9</sup> La presencia puntual de guerreros vetones en fuerzas extranjeras es defendida, entre otros, por Chic García (1980: 20), Fernández Gómez (1986: 927-928), Moreno Arrastio (1990: 284-285) o Mangas (1995a: 16). *Contra Canto* (1995a: 176, nota nº30).

militar de los vetones, bien sea de forma aislada, bien en asociación militar tal y como acabamos de repasar; ora en un conflicto que les afecta directamente, ora más bien en auxilio de un vecino o aliado trasladándose a luchar más allá de su territorio... Este es el tipo de *mercenariado* -reconocemos la inadecuación del término- que no vemos duda en aceptar para este pueblo: el funcionamiento de fuerzas militares que se prestan u ofrecen a otras comunidades (¿en contratos privados?, ¿obedeciendo a una política de alcance más amplio?), y que participan en conflictos en su mayor parte externos a su *nación*. Nos atrevemos a anunciar que los guerreros que componen estas bandas, ejércitos si se prefiere, que desde ahora vamos a denominar *élites guerreras de auxilio militar*, no se corresponden exactamente con la *imagen romántica* del mercenario aislado y aventurero, al margen de su sociedad, ni con la de un grueso humano marginal y anónimo (*carne de cañón*). Más bien pensamos que de esta actividad toman parte gente destacada de las comunidades vetonas, al menos los caudillos al mando de estos cuerpos, que pueden identificarse parcialmente con la élite rectora de los *oppida* de procedencia.

Nos quedamos en el anuncio, pues toca a otro apartado desmenuzar el mecanismo de estos cuerpos de auxilio militar, recurriendo también a los testimonios arqueológicos, para ver el peso que tienen en la transformación socio-política de los grandes centros vetones, su complementariedad con las (otras) bases económicas y su valoración como vehículo de contacto cultural, en la medida en que como hemos visto se trata de agentes que actúan en ámbitos externos (apartado III-3.1 B).

A este respecto la imagen de los vacceos parece ser otra bastante diferente.

## II-1.3 MATRIMONIOS MIXTOS Y USOS DE LA MUJER

Un nuevo comportamiento humano relacionado con la meta de nuestra investigación es la exogamia. ¿Qué nos dicen las fuentes clásicas sobre la práctica de enlaces mixtos o sencillamente sobre el matrimonio en las sociedades indígenas peninsulares? Una vez más muy poco, y menos aun concretado para el caso de vetones y vacceos.

Empezando por esto último, el dato literario más notorio es el suministrado por Estrabón (III, 3, 7) que enjuicia que los cántabros se casan a la manera griega. No queda claro el sentido de la comparación del geógrafo; si se está refiriendo al rito nupcial o más bien al dominio de la monogamia en la Iberia prerromana<sup>10</sup>. De algunas fuentes subyace la idea de que las bodas en los pueblos meseteños (celtibéricos) se llevaban a cabo en días precisos<sup>11</sup>, lo cual indicaría un carácter ceremonial y consolidado de la institución del matrimonio, que acaso podría hacerse extensivo, aprovechando la reunión de varios pueblos, a uniones mixtas en fiestas programadas, con sentido incluso religioso o político. Pero no hay noticias directas que lo confirmen.

No obstante parece claro que en la antigüedad hispana el matrimonio es un acto cultural de capital importancia, amén de serlo desde el punto de vista jurídico y familiar. Aunque sea un acontecimiento privado, permite la asistencia colectiva cuando quien protagoniza el enlace es un personaje importante y forma parte de la élite aristocrática. El caso paradigmático es la ya aludida boda de Viriato con la hija del rico Astolpas relatada por Diodoro (XXXIII, 7). Con ocasión de estas nupcias se concentra mucha gente,

<sup>10</sup> Así lo cree R. Lucas (1986: 351) "al igualar el matrimonio indígena al griego, presuponiendo una serie de formalismos y rituales de despedida y entrega, acompañados de regalos y festejos, interrumpidos en las bodas de Viriato por las diferencias entre suegro y yerno, que despreciando las normas de cortesía (*ni se lavó ni se sentó a la mesa*), tras sacrificar a los dioses, montó a la novia en un caballo y partió hacia la montaña (Diodoro, XXXIII, 7, 1)". Un análisis sobre el simbolismo del matrimonio por rapto, desde una perspectiva etnográfica, en Pitt-Rivers (1987).

La opinión mayoritaria es hablar de la generalización del hábito monógamo en la Iberia prerromana; también así pensamos nosotros. Tenues indicios arqueológicos (algunas tumbas dobles) parecen indicarlo. Sin embargo autores como Caro Baroja, siguiendo el relato moralizante puesto en boca de Viriato por Diodoro (XXXIII, 7, 5) acerca de un hombre casado con dos mujeres, una joven que le quita las canas para simular su mayor edad y una mayor que elimina los cabellos de color del marido para adecuarle a su ancianidad, defienden la existencia de la poligamia en la Lusitania antigua (Caro Baroja, 1976: 187-188).

<sup>11</sup> Sexto Aurelio Victor (49) nos dice que los matrimonios celtibéricos se verificaban en un mismo día. Algo parecido en Salustio (*De vir. ill.*, 59): *eo die Numantini forte solemnem nuptiam filias locabant...*; a propósito de los pretendientes de una bella celtíbera, que para desposar a la joven han de traer la diestra de un enemigo por mandato del padre de la muchacha. Por otra parte, también Salustio (*Hist.*, II, 91) afirma que las mujeres no eran llevadas al matrimonio por sus padres, sino que ellas mismas escogían a los que más se distinguían en la guerra.



probablemente también asisten invitados extranjeros, se organizan banquetes y otras fiestas de mérito, se exhiben las alhajas del potentado lusitano y suponemos que también se intercambiarían regalos. Si el matrimonio es un enlace mixto de carácter político, como en parte se desprende de la misma boda de Viriato, el acto se puede repetir a escala menor, en la idea de que al tiempo que se casa el jefe, se realiza la unión de sus guerreros o seguidores más cercanos con damas, parientes o sirvientas de la novia principal, reforzando de forma plural el principio político que un acontecimiento de esta altura encubre como sanción simbólica. Lógicamente estos matrimonios de gran categoría debieron ser minoritarios y selectivos en el conjunto de las comunidades prerromanas, pero hallamos eco del despliegue de políticas matrimoniales en las fuentes.

Tanto Asdrúbal Barca (Diodoro, XXV, 12), como su cuñado Aníbal (Livio, XXIV, 41) se habían unido a mujeres íberas, sin duda de alta alcurnia, como Imílce, natural de Cástulo, casada con Aníbal (Silio Itálico, III, 97). Se trata de una maniobra política púnica que tiene como meta la captación de partidarios indígenas, sellando acuerdos que se materializarían con actos ceremoniales tan vinculantes como el emparentamiento con la familia bárquida. De hecho, Diodoro señala que una vez contraído matrimonio con una noble íbera, Asdrúbal es proclamado por muchos indígenas general con plenos poderes, un *título* que encaja perfectamente con costumbres sociales del tipo de la *devotio* y *fides* ibéricas. Sólo estos dos testimonios de matrimonios mixtos aparecen revelados con nombres propios en las fuentes literarias, pero no se nos antoja aventurado pensar que enlaces políticos de este tipo debieron ser relativamente frecuentes, no sólo entre púnicos e indígenas (en escala jerárquica paralela y descendiente: por ejemplo, legados al servicio del cartaginés con damas principales de ciudades o territorios de interés estratégico en la política bárquida), sino también entre comunidades peninsulares diferentes, tanto del ámbito cultural íbero como del indoeuropeo. De ello tenemos un reflejo *abstracto* en Diodoro (V, 33), cuando a propósito de la pueril explicación que asigna al concepto *celtíberos* nos da a saber la trascendencia de la exogamia, haciendo uso de un dato seguramente histórico dentro de un argumento de dudosa etiología:

“Estos pueblos, íberos y celtas, en otro tiempo habían peleado entre sí por causa del territorio; pero hecha la paz habitaron en común la misma tierra: luego, por medio de matrimonios mixtos, se estableció afinidad entre ellos y por esto recibieron un nombre común”

Y es que la mujer representa un notable papel en las relaciones diplomáticas de indígenas y conquistadores (Martínez López, 1986: 392-394) y en las formuladas entre entidades locales<sup>12</sup>.

La mujer se proyecta con diferentes usos en las relaciones intercomunitarias. Es utilizada como argumento (político, social, comercial, sexual, de prestigio...) que pone en contacto a gentes diversas. Recopilamos para terminar algunos de los papeles que juega la figura femenina en este sentido y que aparecen aludidos en los textos<sup>13</sup>:

1) Mujer como instrumento de presión: rehén.

La captura de una mujer principal en la estructura dirigente del enemigo (esposa, prometida o hija de un adversario, pongamos por caso) actúa como medida de coacción política para forzar negociaciones, alianzas y concesiones (Blázquez, 1967b: 109; Martínez López, 1986: 393-394). Son varios los ejemplos de mujeres tenidas por prisioneras políticas en tiempos de la conquista:

a) En el 209 a.C. tras la toma de Cartago Nova, Escipión devuelve a *Allucius*, jefe celtíbero, a su prometida y gana, así, su adhesión, nada despreciable pues el celtíbero ofrece a Escipión 1.400 équites de su séquito para que formen parte del ejército romano (Livio, XXVI, 50; Dion Cassio, LVII, 42; Frontino, II, 11, 5; Valerio Máximo, IV, 3, 1; Polieno, VIII, 16, 6; Aulio Gelio, N.A., VII, 8, 3). Por cierto, la joven parece ser una cautiva de los cartagineses natural de esa región murciana, su compromiso matrimonial con un jefe celtibérico revela la alianza entre dos comunidades alejadas, rubricada con un enlace exogámico. Blázquez, por su parte, considera que la presencia en el sureste de este príncipe meseteño es una prueba de la expansión celtibérica (Blázquez, 1962a: 419-420).

<sup>12</sup> Opiniones en este sentido: "Los casamientos mixtos entre colonizadores e indígenas no debieron estar prohibidos, y entre grupos étnicos y estratos más o menos afines. La mujer, o mejor dicho la *política matrimonial* fomentaba la cohesión entre distintos segmentos sociales" (Lucas, 1986: 351). "La sociedad fue exógama y a tal respecto se constatan las uniones para realizar pactos y matrimonios de carácter político donde las mujeres se utilizaron para consolidar las relaciones diplomáticas y que tuvieron por objeto las alianzas matrimoniales con las princesas íberas" (Ruano, 1995a: 162). Sin ir más lejos, Mandonio e Indíbil, caudillos ilergetas, eran cuñados ya que la mujer de Mandonio era hermana del segundo (Polibio, X, 18, 3).

<sup>13</sup> Tocante a la mujer en los dos pueblos que estudiamos, es prácticamente nulo lo que se detalla. El aspecto más conocido es el (valeroso) comportamiento de las mujeres salmantinas que en el sitio de Aníbal a la ciudad del Tormes, consiguen sacar a escondidas las armas y entregárselas a los hombres, alzándose algunas al combate con gran energía (Plutarco, *Virt. Mul.*, 248; Polieno, VII, 48). Este episodio fue estudiado en un ya veterano trabajo (Fernández Chicarro, 1954). Otras referencias a mujeres de estas tierras occidentales en actitud beligerante hallamos al hilo de la expedición de Sexto Junio Bruto (138-136 a.C.) por la Lusitania atlántica (Apiano, *Ib.*, 71), o cuando la misma fuente se refiere al arrojo combativo de las mujeres del país septentrional de los brácaros (Apiano, *Ib.*, 72). Sobre la mujer celtibérica en general pero con especial atención al coraje que muestran a ojos de las fuentes clásicas, *vide* Sopeña (1995: 50-69).

- b) El mismo Escipión entrega a Edecón, reyezuelo de los edetanos, a su mujer e hijos; y a petición de éste, Escipión firma una alianza que motivó que otros pueblos abrazaran la causa romana (Polibio, X, 34).
- c) El mismo general es el encargado de devolver a Indíbil a su mujer e hijas, cautivas hasta entonces (las fuentes se explayan en el extremo decoro con que Escipión trata a las prisioneras cartaginesas, íberas y celtíberas; Polibio, X, 18, 3; X, 19, 3; Floro, I, 22, 32; Cornelio Nepote, *De vir. ill.*, 49).
- d) Tiberio Sempronio Graco toma como rehenes en 179 a.C. a los hijos e hija de Thurro, importante jefe indígena, en la ciudad de *Alce*, que son devueltos a su padre consiguiendo Graco con ello el apoyo del caudillo íbero (Livio, XL, 49)
- e) Entre grupos indígenas, Viriato restituye a los segovienses, aliados de Roma, a sus hijos y esposas hacia el 146 a.C. (Pseudo Frontino, III, 10, 6).
- f) En contexto menos preciso, los baleáricos son capaces de ofrecer por el rescate de sus mujeres tres o cuatro hombres (Diodoro, V, 17, 2-3), según Lucas (1986: 351) por la escasez de mujeres en la isla que explica el comentario del historiador sículo sobre los recién casados que comparten la mujer en el lecho con familiares y amigos, por orden de edad.

## 2) Mujer como bien de recompensa: regalo.

La mujer puede ser también un don de obsequio para quien se distingue en un hecho político o para redondear un acto diplomático. Con tal fin, Escipión, conquistada Cartago Nova, recibe una doncella como dádiva; dando ejemplo de gallardía a sus soldados, el romano respeta a la joven con un gesto que no ha pasado desapercibido en las fuentes (Polibio, X, 19, 3; Livio, XXVI, 50; Dión Casio, LVII, 42; Frontino, II, 11, 5; Floro, I, 22, 38; Cornelio Nepote, *De Vir. Il.*, 49; Valerio Máximo, IV, 3, 1; Aulio Gelio, *N.A.*, VII, 8, 3; Polieno, VIII, 16, 6). En ocasiones la entrega de mujeres puede ser colectiva y recíproca entre dos grupos: con ello se fortalecen las líneas de parentesco entre ambas sociedades y, en esencia, se consolida el acuerdo político que motiva la alianza dinástica (Fox, 1985: 161-191).

## 3) Mujer como bien comercial: mercancía.

Por cuestiones diferentes (carestía, deseo sexual, prestigio social, razones económicas, culturales o religiosas...) la mujer es un objeto apetecido, por tanto un elemento de intercambio que se demanda incluso a los mercaderes. Al respecto, nos dice el Pseudo

Aristóteles (*Relatos maravillosos*, 85): “En las islas Gimnesias, el aceite surge del terebinto y sus habitantes son tan dados a las mujeres que ofrecen cuatro o cinco vacas por una sola mujer a los mercaderes. Cuando se les paga, aparentemente sólo compran mujeres. No se les permite tener oro ni artículos de plata para impedir que introduzcan oro ya que Heracles hizo una expedición contra Iberia por sus riquezas” (traducción Gómez Espelosín *et alii*, 1995: 191).

Lo anecdótico de esta historia no quita valor a la inclusión de la mujer en el horizonte de los intercambios culturales, económicos y políticos entre sociedades.

## II-1.4 CONSUMO DE PRODUCTOS ALÓCTONOS: SAL, VINO Y ACEITE

Vamos a dedicar unas líneas al testimonio en el registro escrito de una serie de productos alimenticios que hoy nos parecen básicos y al alcance en cualquier lugar, pero que en tiempos protohistóricos adquieren un protagonismo esencial para el objeto de nuestro estudio. Nos estamos refiriendo a la sal, al vino y al aceite. No son los únicos, pero sí probablemente los más destacados bienes naturales de origen extrapeninsular (vid y olivo) y poco abundantes (sal) en nuestra región meseteña. Aun así aparecen aludidos, muy tímidamente en honor a la verdad, en las fuentes clásicas. Como otras mercancías que serán analizadas más adelante, constituyen artículos de importación en momentos iniciales y de posterior producción local (vid y olivo). Es de sobra conocida la procedencia mediterránea de las dos especies vegetales y el papel introductor que de las mismas hacen fenicios y poco después griegos en las costas ibéricas; paulatinamente, su descubrimiento inicial, su uso posterior y finalmente su producción serán difundidos escalonadamente hacia el interior. Por ello la presencia de estos productos testimonia un proceso de adaptación y esconde una razón que da sentido a su aparición en un contexto que no es el original. En este sentido se exteriorizan, una vez más, formas de contacto.

### A- SAL

No hay vida para el hombre sin sol ni sal escribió con hermoso tino Plinio (N.H., XXXI, 88; XXXI, 102). Pero la sustancia salina se *diluye* en los textos clásicos casi con mayor facilidad que en el agua. Su reflejo es tenue, aislado y objeto de atención sólo por parte de naturalistas interesados en sus propiedades, sus componentes o sus tipos. No ha lugar a su análisis como género de intercambio, anhelado por los grupos que están privados de él y tasado por las comunidades que lo producen y comercializan, menos todavía para el tiempo prerromano. Y sin embargo la sal es uno de los principios de vida<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Nenquin (1961) repasa su trascendencia en Europa desde tiempos prehistóricos atendiendo a los datos arqueológicos, muy representativos para la comunidad minera de Hallstatt en los Alpes austríacos durante la Primera Edad del Hierro (vid. asimismo Pauli, 1974; Kromer, 1963). Un estudio global de la sal en la historia, Multhauf (1978). El eco de la sal en los testimonios literarios antiguos ha sido meta de reciente examen por parte de Morère (1994). Sobre la producción y el comercio de la sal en el círculo del Estrecho, en tiempos fenicio-púnico y romano, vide Fernández Uriel (1992; *ead.*, e.p).

Pasando de lo general a lo particular, hemos de admitir con tristeza que no hay apenas dato alguno que mencione la sal en la meseta occidental. La única salvedad es la noticia transmitida por Apiano (*Iber.*, 54) según la cual las tropas de Lúculo se desnutren y enferman cuando el cerco a *Intercatia* en el ecuador del s.II a.C. por la falta de sal, amén de otros productos, en su alimentación reducida a cereales y a carne de caza hervida<sup>15</sup>. Este testimonio ha sido utilizado tradicionalmente como evidencia de la carestía económica celtibérica en general (en última instancia, Lorrio, 1995b: 442-443), pero no se ha caído en las circunstancias que dan pie al episodio. La oferta alimenticia que hallan las huestes romanas en el relato de Apiano no es la dieta habitual de la población vaccea, sino la única posibilidad de abastecimiento (natural o exterior) para unas tropas que asedian una ciudad cuyas fuentes de aprovisionamiento, lógicamente, están también cercadas. No hay vino, ni vinagre, ni sal al alcance de los soldados de Lúculo cuando sitian la ciudad, ello no significa que no fueran conocidos en la geografía vaccea (si bien tampoco hay que pensar que vino y aceite son habituales en la producción local del Duero medio, como seguidamente veremos).

En tierras cercanas a las de vetones y vacceos hay constancia de focos salinos mencionados por las fuentes. Uno de los casos más claros es el de *Egelasta*, en cuyas proximidades Plinio (*N.H.*, XXXI, 80) sitúa minas de sal gema tallable en bloques y afamada por sus propiedades curativas desde bastante tiempo atrás. Suponemos que se refiere a la ciudad carpetana de *Egelasta* numerada en Ptolomeo (II, 6, 56), sin localización precisa; pero tal vez se trate de un punto homónimo situado más al sureste (Estrabón, III, 4, 9). En el ámbito inverso de vecindad de nuestra región, al oeste, la ciudad lusitana de *Salacia* (Estrabón, III, 3, 1), actual Alcácer do Sal en la desembocadura del Sado, bien pudo funcionar como centro salinero tal y como la lectura toponímica y el carácter portuario hacen pensar. Se abren así dos hipotéticas vías de llegada de sal al espacio central desde ambos puntos. Efectivamente de las fuentes se desprende que las fuentes de sal, tanto de sal gema terrestre como, sobre todo, de sal marina son características de las zonas litorales de Iberia (Morère, 1994), principalmente el espacio andaluz (Estrabón, III, 2, 6; Plinio,

---

<sup>15</sup> “(los soldados romanos) estaban además cansados por el insomnio en la guardia y por la falta de costumbre a los alimentos del país; pues al no haber vino, ni sal, ni vinagre, ni aceite y tener que alimentarse de trigo y cebada y mucha carne de ciervos y liebres hervida sin sal, eran presa de la disentería y muchos incluso murieron, (...)” Apiano, *Iber.*, 54; traducción de Gómez Espelosín (1993: 85).

N.H., XXXI, 86) y también la costa cantábrica, la sal púrpura comentada por Estrabón (III, 3, 7) que García y Bellido (1986: 123) propuso identificar con Cabezón de la Sal. La sal marina fue fácilmente acumulable para su puesta en explotación en toda la costa atlántico-mediterránea desde la desembocadura del Tajo hasta Cataluña, dentro de esta amplia franja la región alicantina y murciano-almeriense parece la más propicia para la obtención de sal (Mangas/Hernando, 1990-91: 224). Los manantiales salinos terrestres se hallan generalmente en suelos de formación geológica terciaria, suficientemente reconocidos en el valle del Ebro y la meseta oriental, provincias de Cuenca y Guadalajara (destacando en esta última la región de Sigüenza; Morère, 1991; Cerdeño/Pérez de Inestrosa, 1992) además de Andalucía. La cuenca sedimentaria del Duero medio es también una de las superficies con componentes terciarios más notorias de la península y en ella existen salinas localizadas en puntos como los alrededores de Medina del Campo en Valladolid (Seco/Treceño, 1995: 240) y las lagunas salitrosas de Villafáfila y Oteros de Sariego (Delibes, 1993) en las proximidades de Benavente, por tanto un espacio fronterizo astur-vacceo; ambos focos parecen estar en explotación desde tiempos protohistóricos y no hace falta que insistamos en el papel primordial que juegan estos puntos desde el punto de vista agro-pecuario al servir como abrevaderos para el ganado. Contrariamente, los recursos salinos de la geomorfología de las provincias actuales de la antigua *Vettonia* son extremadamente limitados, y prácticamente el único volumen de sal proviene de pequeños manantiales de aguas minero-medicinales que aunque pudieran saciar las necesidades de comunidades locales próximas a esos puntos revestidos en ocasiones de carácter sacro (una relación de los principales en Rodrigo/Haba, 1992; Sánchez Moreno, e.p. -d-) en ningún caso serían capaces de hacer frente a la demanda total de sal de la población vetona (Mangas/Hernando, 1990-91: 227).

De la lectura de estos datos se sigue que la sal fue en nuestros pueblos un bien de circulación capital toda vez que su consumo se hace imprescindible. En primer lugar el cloruro sódico es preceptivo en la dieta humana para su correcto desarrollo: se calcula que el hombre debe consumir una media de 10-15 grs. al día de sal, de los cuales sólo 5 grs. son aportados directamente por alimentos que ya incorporan el sodio en su composición; dicho de otro modo, son necesarios 2,5 kg. anuales de sal en la alimentación de cada hombre. Pero la sal es también insustituible como conservante natural, en las salazones de carne o pescado, en la elaboración de derivados lácteos, en prácticas metalúrgicas (por ejemplo la

sal se añade al agua en el temple con lo que se logra una mayor resistencia del hierro), en el tratamiento textil, tintura y curtido (lanas, cueros, pieles...), en la fábrica de vidrio, sin olvidar sus aplicaciones médicas. Respecto al ganado, un animal doméstico debe consumir sal en un 2% de su peso vivo de materia seca; una parte la proporciona la salinidad presente en hierbas y pastos, pero es necesario un aporte adicional que muchas veces consiste en la deposición de terrones de sal en los abrevaderos del ganado (Mangas/Hernando, 1990-91: 220-222).

El comercio de la sal es, por tanto, un hecho indiscutible. Hace poco J. Mangas y R. Hernando (1990-91) llamaron la atención sobre esta *inadvertida* realidad y desde un nivel regional interior pocas veces atendido en la bibliografía, precisamente la necesidad de sal en las comunidades ganaderas vetonas<sup>16</sup>; porque la respuesta de las fuentes al respecto es el silencio. En realidad, la única mención directa a la sal como género comercial está recogida en Estrabón (III, 5, 11) al indicar que los habitantes de las Casitérides (ni siquiera se trata de un ejemplo peninsular) ofrecen estaño, plomo y pieles a los mercaderes (con mención directa a fenicios) a cambio de cerámica, manufacturas de bronce y sal. A decir de N. Morère se trata de sal común, pero para esta autora era más frecuente en largas distancias el comercio de salazones (los alimentos ya sazonados, por ello conservables y más fácilmente transportables, que harían el efecto de la sal común) que el de la propia sal en estado natural, cuya comercialización sería predominantemente local. La sal medicinal y curativa, como bienpreciado, sí que fue objeto de exportación en largos recorridos, pero más claramente en época imperial (Morère, 1994: 247-250).

---

<sup>16</sup> Estiman la necesidad teórica de sal tomando como patrón de análisis el *oppidum* de Mesa de Miranda, sobre el que calculan una población tipo de 440 personas (!) con 50 cabezas de ganado caballar, 300 ovinos, 100 caprinos, 50 vacas y 300 porcinos, en 81.700 Kgs. por año distribuidos de la siguiente manera: 2,5 kg. por individuo para su nutrición y 5,5 kg. para la conservación de alimentos y el tratamiento de productos; 18 kg. de sal por équido, 2 Kg. por oveja-cabra y 20 kg. por cabeza de bóvido (Mangas/Hernando, 1990-91: 226-228). Si multiplicamos esa cantidad por los 21 hábitats suficientemente conocidos (número muy inferior al total de asentamientos vetones de entidad) presentados en la primera parte, la cifra asciende a 1.715 toneladas de sal empleadas en la región vetona por año. Una proporción de esa cantidad se conseguiría por ingestión natural, pero un importante volumen de sal tuvo que llegar a las comunidades meseteñas a través del intercambio sobre todo con focos salineros del sur, como indican también Mangas y Hernando, en una circulación que exigiría un transporte (vehículos y rutas) capaz y organizado.



## **B. VINO**

Haciendo acopio exclusivo de las fuentes literarias se concluye que el vino era prácticamente desconocido entre los pobladores de nuestro espacio meseteño. La compra a mercaderes funciona como forma restringida de acceder a su tenencia, por parte de una minoría privilegiada, y por ello su consumo constituye un acto poco menos que excepcional y digno de una celebración de altura.

Así, ya nos hemos referido a la noticia de Apiano (*Iber.*, 54) según la cual las tropas de Lúculo al cansancio por las guardias y las condiciones de un asedio añaden la penuria de verse privadas de vino, aceite y sal, por no ser habituales en la región de *Intercatia*, y tener que alimentarse de trigo, cebada y carne hervida sin sal<sup>17</sup>. La ausencia de vino entre los productos naturales de la región meseteña se ha hecho general a partir de este dato, que en nuestra opinión no debe forzarse más allá de la situación que describe: las dificultades por parte de un ejército de asalto para conseguir otros bienes alimenticios que no sean los que se presenten en acción de rapiña a su paso (esto es, la recolección de cereales aptos para ser consumidos sin grandes complicaciones ni pérdida de tiempo y la caza circunstancial que permite el medioambiente vacceo). Pero la interpretación *absoluta* de esa cita de Apiano ha sido conectada de forma propicia con esa otra de Diodoro (V, 34, 2), en el sentido de que como el vino no se produce en el interior, los *celtíberos* lo obtienen por vía comercial<sup>18</sup>. Se trata de un canal de acceso al vino que está sólo al alcance de unos pocos; comprar vino a un mercader exige un pago a cambio, dinero o mercancías en intercambio que únicamente puede ofrecer un sector social con cierta riqueza y con excedente económico suficiente. Ese sector es minoritario en las comunidades de la *Céltica* hispana, una élite social tanto más reducida cuanto más nos adentramos hacia el interior peninsular y las comarcas montañosas del norte. De tal forma que si acudimos ahora a Estrabón se cierra perfectamente el proceso sobre el vino y el mundo peninsular más indígena, que las fuentes parecen compendiar en el siguiente esquema: 1) ausencia, 2) compra limitada, 3) disfrute desmedido. En efecto, nos cuenta el geógrafo de Amasia, en una alusión a los pueblos septentrionales que se ha hecho extensiva a toda la Iberia

---

<sup>17</sup> Vid. nota 15.

<sup>18</sup> "(los celtíberos) se alimentan de comidas de todo tipo, de las que gozan en abundancia, y para beber usan una bebida de miel mezclada con vino, puesto que el país les proporciona gran cantidad de miel, aunque el vino lo compran a mercaderes que lo traen de ultramar" (Diodoro, V, 34, 2).

indoeuropea, que si bien conocen la cerveza, el vino lo beben en raras ocasiones y lo consumen pronto en fiestas familiares siguiendo sus ritos y protocolos<sup>19</sup> (Estrabón, III, 3, 7).

Este *desenlace* hace claro el propósito de algunos historiadores greco-latinos de tomar el vino como instrumento ideológico y termómetro de medición (más cerca de los niveles de barbarie que de civilización) de la sociedad indígena hispana que en gran medida está siendo descrita al hilo de la conquista romana y, por ello y al mismo tiempo, en clave simuladamente comparativa con el plano desde el cual se procede al relato, como ya se ha ido indicando<sup>20</sup>. En este sentido para Domínguez Monedero “el hombre civilizado tiene siempre vino a mano (que él mismo produce) y lo consume de una forma civilizada (*symposion*, *convivium*); el bárbaro sólo lo tiene ocasionalmente, como producto del latrocinio, y lo consume ansiosa y desordenadamente” (Domínguez Monedero, 1987: 381); para concluir que “la función del vino en los autores antiguos es, en cierto modo, *medir* el grado de civilidad de los indígenas; el vino es un producto de la civilización y, por ello mismo, complejo. Quien no sabe producirlo poco civilizado puede ser; quien, a pesar de no producirlo, lo bebe de forma no adecuada demuestra su barbarie o, si no es bárbaro, su desmesura, su *hybris*. En todos los casos, en su castigo llevan su penitencia y los autores antiguos se encargan de subrayarlo; de hecho, la mayor parte de los casos narrados tienen su lado ejemplarizador” (Domínguez Monedero, 1995a: 58). En este juego demagógico el contrapunto del vino es la cerveza. El jugo de cebada, o de otros cereales, es una bebida infinitamente más típica de las gentes interiores que el vino (Montes/Rivera, 1990), y de ello se hacen eco las fuentes<sup>21</sup>. Y es que la cerveza es un sucedáneo de inferior categoría que el vino, siendo sus bebedores, por ende, culturalmente más ínfimos que los practicantes de la cultura del vino (Domínguez Monedero, 1995a: 58-60).

<sup>19</sup> Estrabón (III, 3, 7): “Conocen también la cerveza. El vino lo beben en raras ocasiones, pero el que tienen lo consumen pronto en festines con los parientes. Usan mantequilla en vez de aceite. Comen sentados en bancos contruidos contra el muro y se sientan en orden a la edad y el rango. Los manjares se pasan en círculo, y a la hora de la bebida danzan en corro al son de flauta y trompeta, pero también dando saltos y agachándose...” (traducción Meana/Piñero, 1992: 85-86).

<sup>20</sup> Así lo señala la historiografía moderna para la cual el párrafo de Estrabón (III, 3, 7), y en particular la utilización del vino, no pasa inadvertido sino que le sirve a Estrabón para sancionar un juicio intencionado y predeterminado de los habitantes de esa parte periférica de Iberia. Al respecto, Bermejo (1978), Vázquez (1986), González Rodríguez (1988: 184-185) y Domínguez Monedero (1987; sobre todo, *id.*, 1995a).

<sup>21</sup> Estrabón (III, 3, 7) la denomina *zythos*, mientras que Plinio (*N.H.*, XIV, 149; XVIII, 68; XXII, 64) se refiere a ella como *caelia* y *cerea*. Orosio (V, 7, 13-14) ofrece detalles de su elaboración, a propósito de los numantinos: “de confección artesana, se llama *celia* porque se produce por calentamiento: en efecto, con fuego engordan el tamaño del grano del trigo húmedo, después lo secan y luego, convertido en harina, lo mezclan con un jugo dulce; la fermentación consigue un fruto de sabor áspero y que produce el calor de la embriaguez. Pues bien, reanimados tras el largo tiempo de hambre por esta bebida, se entregaron a la lucha”. Es de sobras conocido el episodio de las salidas suicidas de los habitantes de Numancia después da atiborrarse de cerveza (también lo relatan Floro, I, 34, 11 y San Isidoro, *Etym.*, XX, 3, 18). Sobre la asociación intoxicación etílica-combate véase Quesada (1994b: 119-123).

Ahora bien, hay en el registro literario más información<sup>22</sup> que puede llevar a admitir que el vino no fue tan exiguo en la tierra meseteña y occidental, pudiendo incluso ser producido localmente en tiempos prerromanos, en el sentido en que otros datos arqueológicos que comentaremos más adelante parecen indicar. De la boda de Viriato se nos dice que la bebida (alcohólica, se supone) fue servida con abundancia en vajilla de oro y plata (Diodoro, XXXIII, 7, 1). Schulten (1959-61: 411) pensaba que lo bebido fue cerveza, pero no sería de extrañar que fuera vino, tratándose de un ambiente *aristocrático* como el de la casa de Astolpas. Por cierto que según la *De viribus illustribus*, 71, Cepión advirtió a los compañeros de Viriato en vísperas de su traición por soborno del general romano que le dieran muerte una vez que estuviera saciado de vino<sup>23</sup>, lo cual, sin embargo, contrasta con la imagen estoica y sobria del *buen salvaje* poco amigo de los lujos y las bebidas alcohólicas y aristocráticas con que las fuentes griegas nos retratan al caudillo lusitano (Domínguez Monedero, 1995a: 55). Ateneo (*Deipn.*, VIII, 330 e) pone en boca de Polibio que en Lusitania una metreta de vino se tasaba en un dracma. A Polibio o a Posidonio probablemente se deban también las noticias que ya hemos citado de Apiano, Diodoro y Estrabón, acaso algo transformadas por estos últimos. Estos apuntes muestran que el vino poco a poco es difundido por los romanos en la Península. De resultados de lo mismo no extraña que Estrabón llame la atención sobre las fértiles tierras de la desembocadura del Tajo donde afloran notables viñedos (Estrabón, III, 3, 1). Significativo resulta que Escipión Emiliano (Livio, *Per.*, 57) durante los ejercicios de preparación de su ejército para emprender la toma final de Numancia en las proximidades del Ebro hacia el 134 a.C., azote a soldados romanos indisciplinados con un bastón de vid (*vitibus*), y con una simple vara (*virgis*), en jerarquía descendente, a los que eran extranjeros. Más tardíamente Plinio (*N.H.*, XIV, 29-30) y Columela (*De re rustica*, III, 2; 9), al referirse a las vides de Hispania,

<sup>22</sup> Recopilación completa de las menciones al vino en Iberia en Quesada (1994b: 109, nota 104). Es conocido el compendio con comentarios que sobre la vid (*vitis vinifera*) y su desarrollo en la antigüedad hispana había ofrecido Schulten (1961: 427-434).

<sup>23</sup> Con un sentido cercano traemos a colación la noticia del asesinato de Sertorio en el 72 a.C. a manos de Perpena y otros de sus lugartenientes que como nos relatan las fuentes, especialmente Plutarco (*Ser.*, 25-26) y Diodoro (XXXVII, 22), ocurrió durante un banquete -las fiestas de ocio parece que ocuparon mucho del tiempo último del popular romano- en el que el vino estaba presente. Estrabón (III, 4, 10) y Velejo (II, 30, 1) indican que Osca fue el lugar de la muerte. García Morá (1991: 337-338, 347) no da crédito a ese dato (supone que la fuente primera es Posidonio, quien ante la penuria informativa cae en el tópico de relacionar al personaje, y su muerte, con su ciudad-capital, Osca) y defiende atendiendo al desarrollo de los acontecimientos militares (repliegue sertoriano y avance pompeyano) que en el 73 a.C. Sertorio con sus últimos partidarios estaba acorralado en la región occidental que le había brindado apoyo desde el principio, en algún punto de Lusitania o Vetonía donde encontraría la muerte. Si fuera cierta la suposición de este autor, tendríamos que numerar otra imagen más en la que el vino, en nuestro espacio de análisis, es empleado como bebida en círculos dirigentes (en este caso romano, si bien es conocida la interconexión en múltiples sentidos de Sertorio con la sociedad indígena meseteña).

destacan dos uvas dulces para vino del tipo *cocolobis* (*coccolubis*) -variedad de *balisca*-, un nombre desconocido que podría tener una raíz prerromana e identificar, por extensión, una cepa antigua y bien arraigada cuyo cultivo pudo darse en las regiones peninsulares más recónditas (Díez de Bethencourt, 1978: 686-687).

Que la vitivinicultura en puntos no costeros de Hispania alcance el nivel de desarrollo que aducen estas y otras alusiones (Varrón, *Rer. rus.*, I, 8, 1; I, 14, 1; Columela, IV, 14, 2; Plinio, *N.H.*, XIV, 127; XVII, 166 y 170; XXXVII, 203...) para tiempos tardo-republicanos y alto-imperiales, ¿no exige un proceso de implantación, aprendizaje y desarrollo que debe retrotraerse varias generaciones en el tiempo?

En los textos hay una considerable laguna informativa, la que va desde la introducción en Iberia del cultivo de la vid doméstica por parte de las gentes del mediterráneo oriental hasta el arraigo local de su producción -lógicamente, con caldos de diversa calidad y en cantidades diferentes según las zonas- hacia el cambio de era, y de ahí en adelante, en una franja que de forma aproximada va del litoral hasta la línea del Duero. ¿Cómo sucede este proceso? ¿Cuáles son los cauces físicos y mentales por los que circula ¿Por qué etapas pasa? ¿Cómo afecta en el desarrollo de las comunidades interiores que estamos estudiando? ...

## C- ACEITE

Algo similar podemos suponer para el aceite. Si creemos a Estrabón (III, 3, 7) hemos de aceptar que la plantación de olivares y el tratamiento de su fruto era desconocido en la Iberia profunda, porque aquellos pueblos utilizan la manteca en lugar del aceite<sup>24</sup>. Sin embargo hay noticias literarias que demuestran la existencia de importantes extensiones de olivo en la meseta desde al menos mediados del s.II a.C. En sus escritos Apiano (*Iber.*, 64) recoge que Viriato, tras cruzar el Tajo, montó el campamento en un monte cubierto con olivos, el mítico Monte de Afrodita que Schulten (1959: 231, 235) no vaciló en identificar con la Sierra de San Vicente, meridional a Gredos junto a Talavera de la Reina; en este sentido puede que la alusión a la fertilidad de esta tierra por parte de Apiano se entienda en la riqueza agrícola de olivares, entre otros productos naturales. Ya antes encontramos que en el 179 a.C. salieron de *Complega* 20.000 hombres con ramos vegetales, parece que de de olivo, en señal de súplica hacia Sempronio Graco (Apiano, *Iber.*, 43). No está claro si estos árboles eran ya olivos domésticos o todavía acebuches, especie silvestre enraizada en suelo peninsular al menos desde el II milenio a.C. Ignoramos, de igual forma, si dichos campos de olivos eran explotados por aquel entonces de una manera industrial para obtener aceite; quizá la explicación sea más mundana: estas comunidades podrían tener remesas de varas de olivo preparadas para eventuales rendiciones, sin que ello connote una explotación agrícola de la especie<sup>25</sup>.

La posibilidad del cultivo peninsular de olivos desde tiempo atrás viene sugerida en parte en el juicio de Plinio (*N.H.*, XV, 1), para quien “Frenestella dijo que Italia, Hispania y también África, no tenían aun este árbol cuando reinaba Tarquinio Prisco, en el año 173

<sup>24</sup> Véase la nota 19. Sobre la alimentación del mundo nativo hispano bajo el prisma estraboniano *vid.* la nota 80 de la parte dedicada a los vetones.

<sup>25</sup> En opinión de Schulten el olivo crecía ya en tiempos de las guerras celtíbero-lusitanas “en todas las regiones donde podía vivir, es decir, en todo el este, el sur, en la parte meridional de la meseta y en Lusitania hasta el Duero” (Schulten, 1961: 436). Establece el límite norte de la expansión de su cultivo en la Sierra de Guadarrama. Al olivo dedica Schulten un notable análisis, con base documental exclusivamente literaria, en el volumen II de su *Geografía y Etnografía de la Península Ibérica* (Schulten, 1961: 434-440). Por otra parte, el hispanista alemán consideraba que los vacceos, carentes de vino y aceite en su territorio, habían realizado incursiones a la Carpetania en busca de estos productos, tomando Lúculo este hecho como móvil para atacar a la ciudad vaccea de *Cauca* pues Apiano (*Iber.*, 51) menciona las molestias que los vacceos ocasionaron a los carpetanos, aliados de Roma (Schulten, 1937: 24). Los argumentos de Lúculo parecen ser una excusa inventada a juicio del propio Apiano, y el afán por vino y aceite, si bien fue un estímulo para los habitantes de la alta meseta, nos parece una elaboración demasiado artificial para ajustarla como causa de intervención romana en supuesta defensa de un territorio aliado.

A. Blanco (1962) traza un recorrido general y disperso sobre el aceite en la Antigüedad hispana, jalonado en distintos testimonios olearios, pero no concretiza nada en relación al momento de introducción del olivo ni al cuándo ni al cómo de su adaptación por parte de las sociedades del interior peninsular. *Vide* también las deducciones pioneras de García y Bellido (1987: 266-267, nota nº 217).

de la fundación de Roma (primer tercio del s.VI a.C.), y que ahora (¿?) ha llegado también al otro lado de los Alpes, a las Galias y al interior de Hispania” (traducción de García y Bellido, 1986: 167). Por ello, el mismo autor alaba ciertas aceitunas producidas en Lusitania, que una vez secadas al sol obtienen un sabor dulce (Plinio, *N.H.*, XV, 17), muy típicas del entorno de Mérida y que todavía se conocen en la actualidad bajo el nombre de *aceitunas cereas* (Redondo/Esteban, 1992-93: 172). No hace falta detallar las numerosas veces que las fuentes tardías renombran el afamado *oleum hispanum*; un dato que exige una tradición aceitera en la Península, por descontado que principalmente en lo que va a ser la Bética, consolidada desde tiempo atrás pero muy mal ilustrada.

...ooo00ooo...

No podemos forzar más las fuentes, ni hacerles decir lo que desconocen. Los textos nos autorizan a concluir, tomando ahora como argumentos el vino y, más tibiamente, el aceite, que estamos ante objetos de cuna foránea, que en la meseta son al principio inusitados, atractivos y por tanto bienes de importación y prestigio, con todo lo que ello lleva consigo. En la distancia que existe desde que, en la zona que estudiamos, vino y aceite pasan de adquirirse, exhibirse y redistribuirse *en vajilla comprada* a producirse y servirse *en barro local* hay un trayecto cultural opaco para la historiografía clásica, pero precioso para entender motivos y efectos del contacto entre grupos externos. Pero para lograrlo tenemos que acudir a otros registros informativos y que ayudarnos de otros modelos interpretativos.

Por muy desequilibrado que sea, un contacto requiere de al menos dos polos en acción. A través de este apartado hemos oteado -velozmente porque su huella literaria es mínima- una serie de artículos (sal, vino, aceite) que agentes externos *ofertan* -permítasenos el uso de una terminología economiscista sólo en clave figurada- a las poblaciones meseteñas que protagonizan este estudio. Agentes externos de origen mediterráneo (tartesios, fenicios, griegos...) de los que no podemos ocuparnos, aunque parcialmente ya se haya intuido algo de sus motivos y procedencias. A cambio, si bien no siempre en una contrapartida directa, esos *comerciantes* consiguen de las tierras interiores mercancías,

permisos o conocimientos que les son útiles para empresas distintas. Diremos, pues, que valorando el *corpus* informativo de estos pueblos barajado en el primer bloque (al cual nos remitimos), la capacidad humana, económica y medioambiental que vetones y vacceos brindan a la esfera exterior, ahora sólo desde el punto de vista literario, descansa sobre las siguientes fuentes locales: ganado, hombres, minerales (oro y hierro vetón), cosechas (trigo vacceo) y las rutas para acceder a éstas -y a otras metas más lejanas pero con paso obligado por la meseta occidental.

## **II-1.5 LA APERTURA DE LA MESETA OCCIDENTAL A LAS GRANDES POTENCIAS MEDITERRÁNEAS**

En el apartado anterior nos hemos ocupado de algunos testimonios de contacto materiales, hagámoslo ahora en términos humanos.

¿Cómo y cuándo las gentes y tierras de la meseta occidental destapan su existencia a la cultura clásica? ¿En qué contexto se hacen eco las fuentes greco-latinas de la idiosincrasia de ese mundo interior entre tinieblas? Sin duda que el proceso de conquista peninsular, iniciado con la expansión bárquida en Iberia y la Segunda Guerra Púnica, y, con él, la anexión de sucesivos territorios al poder romano son las respuestas al cómo -el contexto-, siendo por tanto la contestación del cuándo el último tercio del s. III a.C., fecha *post quem*.

Ahora bien, algo *sin descubrir* no es algo inexistente. La argumentación *ex silentio* es una de las grandes distorsiones para la investigación histórica, de ahí que lejos de pensar que el mundo de vetones y vacceos, como el de cualquier otro grupo indígena peninsular, está ausente con anterioridad al 220 a.C. en que es alumbrado a raíz de la campaña de Aníbal a la meseta norte, hemos de conferir, y la arqueología así lo ratifica, que la meseta occidental tiene un palpar propio que arrancó de varias centurias atrás y que con seguridad era conocido en el exterior desde hacía tiempo. No obstante se ha de aceptar, y más cuando estamos tratando los testimonios de contacto basados en la información literaria, que es con la entrada del interior peninsular en el patrimonio geográfico, histórico y militar del conquistador romano, cuando el volumen de información escrita sobre esas tierras antes ignotas, empieza a atesorarse. De esta forma, un contexto de conquista y anexión -como es el tiempo en el que escriben los historiadores al servicio de Aníbal, después Polibio y Posidonio, y a partir de ellos a más distancia Estrabón, Livio o Diodoro-, lógicamente depara una historiografía militar, y poco se detiene en cuestiones costumbristas, etnográficas o descriptivas de lo que se va revelando ante los ojos de los colonizadores (o al menos no se hace objetivamente, como bien demuestra el peso de la *acrítica* tradición estraboniana en la historiografía española). Sin embargo, aun siendo *partes de guerra* del bando vencedor, algunas son noticias aprovechables para el propósito de nuestra empresa.



Queremos conceder en este capítulo unos renglones al ingreso de la meseta occidental en el bagaje clásico, con el fin de barajar a partir de ese dictado histórico-literario la posibilidad de barruntar indirectamente algo más sobre la vitalidad de esas tierras; en definitiva intentar ver si existe claridad antes de la luz de los textos. Lo haremos en los dos momentos principales que aquéllos alumbran: la campaña de Aníbal del 220 a.C. y la penetración romana en la meseta occidental entrado el s.II a.C.

### A) LA ACCIÓN BÁRQUIDA: LA CAMPAÑA DE ANÍBAL EN EL DUERO (220 A.C.)

Ya se ha dicho que el primer hito documental registrado por las fuentes y acaecido en nuestra región es la campaña que Aníbal Barca protagoniza contra las ciudades vacceas de *Helmantica* y *Arbucala* en el 220 a.C., una aventura a caballo entre el ataque que la primavera anterior había realizado contra los olcades del sureste de la meseta y la controvertida toma de Sagunto que iba a emprender al año siguiente. La noticia es transmitida primeramente por Polibio<sup>26</sup> y, cercana a la de éste por provenir de la misma fuente (Sósilo) pero con mayor detalle, por Livio<sup>27</sup>. La campaña ha sido interpretada de

<sup>26</sup> Polibio (III, 13, 5-14, 10):

"Aníbal se hizo cargo del mando y al instante hizo una salida para someter a la tribu de los olcades: Llegó a *Altea*, su ciudad más fuerte, y acampó junto a ella. Luego la atacó de manera enérgica y formidable y la tomó en poco tiempo; ello hizo que las demás ciudades, espantadas, se entregaran a los cartagineses. En ellas Aníbal recaudó dinero; tras hacerse con una fuerte suma se presentó en Cartagena para pasar allí el invierno. Trató con libertad a los súbditos, anticipó parte de su soldada a sus compañeros de armas y les prometió aumentarlas, con lo que infundió grandes esperanzas en sus tropas, y al propio tiempo se hizo muy popular. Al verano siguiente salió de nuevo, está vez contra los vacceos, lanzó un ataque súbito contra *Helmantica* y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de *Arbucala*, debido a sus dimensiones, al número de habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza. Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos, que quizás sea el pueblo más poderoso de los de aquellos lugares; les acompañaban sus vecinos, que se les unieron excitados principalmente por los olcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los helmantinos que se habían salvado. Si los cartagineses se hubieran visto en la precisión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en el que el enemigo lo vadeaba, utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponían de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua, ante los elefantes que corrían la orilla y siempre se anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del río mismo a manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más elevada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro se atrevió fácilmente a afrontarle, a excepción de Sagunto" (traducción de Balasch, 1981: 286-288).

<sup>27</sup> Livio (XXI, 5, 1-17):

"(1) Pero desde el día en que fue proclamado general, como si le hubiese sido asignada Italia por decreto como provincia y se le hubiese encargado la guerra contra Roma (2) persuadido de que no había momento que perder no fuese a ocurrir que también a él como a su padre Amílcar y después a Asdrúbal lo sorprendiese alguna eventualidad

distintas formas por la historiografía moderna, primando las razones políticas o militares<sup>28</sup>. En otro apartado hicimos alusión a la sugestiva teoría planteada hace una década por Domínguez Monedero (1986a), con la cual coincidimos. Según esta argumentación el caudillo cartaginés se desplaza a aquel solar meseteño de forma en absoluto casual, y sin relación aparente con la campaña contra los olcades de un año antes, para abastecerse del grano vacceo de cara a su ya inmediata aventura italiana. El aprovisionamiento de trigo, además de otras posibles mercancías, se materializaría asegurando el envío de las cosechas

---

mientras andaba en vacilaciones, decidió hacer la guerra a los saguntinos. (3) Como al atacarlos iba a provocar con toda seguridad una reacción armada por parte de los romanos, llevó primero a su ejército al territorio de los olcades (pueblo éste situado en el territorio de los cartagineses más que bajo su dominio, al otro lado del Ebro), para que pudiese dar la impresión, no de que había atacado a los saguntinos, sino de que se había visto arrastrado a esta guerra por la concatenación de los hechos, una vez dominados y anexionados los pueblos circundantes. (4) Asalta y saquea la rica ciudad de *Cartala*, capital de dicho pueblo; sacudidas por esta amenaza, las ciudades más pequeñas se someten a su dominio imponiéndoles un tributo. El ejército victorioso y cargado de botín es conducido a Cartagena a los cuarteles de invierno. (5) Allí, repartiendo con generosidad el botín y abonando debidamente las pagas militares atrasadas se aseguró por completo las voluntades de conciudadanos y aliados y a principios de la primavera puso en marcha la guerra contra los vacceos. (6) *Hermandica* y *Arbocala*, sus ciudades, fueron tomadas por la fuerza. *Arbocala* se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. (7) Los fugitivos de *Hermandica* después de unirse a los exiliados de los olcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos, (8) y, atacando a Aníbal a su regreso del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército entorpecido por el botín. (9) Aníbal obvió el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo, vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. (10) Dió orden a la caballería de que atacasen a la columna entorpecida cuando la viesan metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. (11) Entre carpetanos y tropas auxiliares de olcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. (12) Por ello, intrépidos por naturaleza y confiando además en el número, y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo, convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el hecho de estar el río por medio, lanzando el grito de guerra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. (13) También desde la otra orilla se lanza al río un enorme contingente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque absolutamente desigual, (14) puesto que mientras el soldado de a pie, falto de estabilidad y poco confiado en el vado, podía ser abatido incluso por un jinete desarmado que lanzase su caballo al azar, el soldado de caballo, con libertad de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca y de lejos con un caballo estable incluso en medio de los remolinos. (15) En buena parte perecieron en el río; algunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes. (16) Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon, y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cuadro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasar el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumisión de los carpetanos. (17) Desde ese momento quedaba en poder de los cartagineses todo el territorio del otro lado del Ebro, exceptuando los saguntinos.” (traducción de Villar, 1993: 16-18).

<sup>28</sup> Entre las explicaciones más usuales se halla el control estratégico de la Península, defendido por ejemplo por Blázquez (1974a: 91), y la exhibición de una política incursionista, de gran efecto pero de dominio pasajero (Bejarano, 1955: 97, 102; Lozano, 1987: 395; Blázquez, 1989). Ciertamente ha tenido la explotación minera de la zona que sugiriera Roldán (1971: 181) en su estudio sobre la Vía de la Plata. En nuestra opinión ya hemos indicado que el subsuelo vacceo, a diferencia de otros occidentales como el vetón, el astur o el betúrico, no es especialmente rico en minerales aprovechables industrialmente. Más acertado nos parece pensar en la obtención de botín y mercenarios, tal y como arguyen muchos autores (Wattenberg, 1959: 31; Vigil, 1973: 238; Chic, 1978: 239-240; Roldán, 1995: 197; etc.); pero no vemos que fuera ésta la razón única, sino más bien un beneficio adicional. En este sentido multifactorial, hace poco Solana (1992: 276) sintetizaba las causas de la campaña vaccea en la suma de tres búsquedas proyectadas por Aníbal: reservas de grano para las tropas (siguiendo a Domínguez Monedero), mercenarios para su ejército (especialmente de caballería) y prisioneros de guerra para ser empleados como mano de obra en las minas de Cartago Nova y del alto Guadalquivir. Recientemente Mangas aduce la sal como instrumento de presión que Aníbal utiliza para conseguir la fidelidad y correspondencia económico-militar de los pueblos vetón y vacceo. Así, el objetivo bárbido fue controlar la amenaza de aquellas gentes meseteñas, consumidoras de sal, hacia el sur en busca de este producto deficitario en su tierra de origen. Con el control y monopolio de las salinas meridionales Aníbal pretendía en su marcha a la meseta norte que los indígenas siguieran comprando sal a cambio de sus productos agropecuarios, lo cual pudo verse acompañado de un compromiso por parte de los meseteños de colaborar militarmente con Cartago ofreciendo auxiliares para integrar en su ejército (Mangas, 1995a: 16; Mangas/Hernando, 1991: 228, nota 28). La teoría es interesante, pero acaso excesivamente *anecdótica* para ser utilizada como razón única de la empresa del 220 a.C.

desde la cuenca media del Duero hasta la desembocadura del Ebro donde Aníbal dispondría de la carga, de tal forma que en dos años (220-218 a.C.) se habría acumulado suficiente cantidad de cereal para que el cartaginés acometiera el paso de los Pirineos y los Alpes<sup>29</sup>.

Consideramos viables los argumentos de esta interpretación pues se adecuan perfectamente con los datos sobre el potencial agrícola vacceo y la capacidad organizativa de esas comunidades que hemos presentado en páginas anteriores. Adaptamos, por tanto, esta explicación para la empresa de Aníbal a la que, eso sí, añadiríamos algún pequeño matiz personal. Por ejemplo, aparte de que Aníbal encargara a los dirigentes de las comunidades vacceas el porte del cereal durante los meses siguientes hasta el bajo Ebro, pensamos que en su (accidentado) regreso el cartaginés pudo llevar ya una importante carga de trigo, el excedente de que dispusieran los vacceos en aquel momento, otoño del 220 a.C. pues la marcha hacia la meseta occidental fue iniciada a comienzos de la primavera (Livio, XXI, 5, 5), un momento por lo tanto aparentemente coincidente con la época de cosecha<sup>30</sup>. Si bien de entrada no parece adecuado pensar que los elefantes cargaran las mercancías, pues de sobras es conocida la función de los paquidermos como vehículo de embate militar (¿en exclusiva?) en el mundo antiguo, la idea de carros y caballerías colmados de cargamento podría reflejarse en las fuentes cuando Livio se refiere a que al ser atacados a la vuelta por un conglomerado de meseteños a la altura del Tajo, los cartagineses encuentran grandes problemas entre otras cosas por estar entorpecidos por su botín (Livio, XXI, 5, 8); tal vez no tanto botín a base de joyas y otros enseres, sino, además y sobre todo, un *botín alimenticio* engarzado en los lomos de caballos y bestias de carga, amén de carruajes. Así, sin necesidad de esperar un tiempo, Aníbal ya tenía asegurados los víveres de una temporada. Por otra parte, esas vituallas tomadas de las tierras meseteñas pensamos que no sólo serían cerealísticas sino que también, aprovechando la ocasión, se complementarían con bienes ganaderos, de las prestigiosas cabañas vetonas y vacceas. Diciendo esto, asumimos, como un poco más adelante razonamos, que Aníbal atravesó el país vetón para alcanzar *Helmantica* (Salamanca), un enclave fronterizo entre el territorio

<sup>29</sup> "La comunicación entre el territorio vacceo y la orilla púnica del Ebro estaría garantizada; si tenemos en cuenta que la red viaria romana sigue rutas prerromanas por lo general, podremos afirmar que la comunicación se realizaba a través del valle del Duero, vía Zamora, Simancas, Roa, Osma, lugar éste donde abandonaba el valle, para internarse hasta Numancia, desde donde iniciaba el paso del Sistema Ibérico a través del puerto del Madero, para llegar hasta Tarazona, desde donde seguiría el valle del Ebro hasta Zaragoza, siguiendo eventualmente hasta la desembocadura del río" (Domínguez Monedero, 1986a: 257).

<sup>30</sup> Vide la parte dedicada a la agricultura vaccea (I-2.5.A) y la nota 57.

de los dos pueblos que aquí estudiamos, y *Arbocala*, población que nosotros también vemos mejor identificada en El Alba, Villalazán (Zamora) -clave nº 50 del inventario-, al sur del Duero, que en la tradicionalmente correspondencia con Toro, entre otras cosas porque de haber sido este último el emplazamiento las fuentes habrían mencionado el paso por el río Duero (en primera instancia, Martín Valls/Delibes, 1980: 126-128). No es aventurado pensar que Aníbal se aprovechara de las riquezas naturales, nos estamos refiriendo a la base ganadera (bovinos, porcinos y ovicaprinos), que el paso por aquellas dehesas y valles le brindaba, más aún cuando lo que buscaba en su viaje era sobre todo aprovisionamiento de alimentos, con independencia de que el objetivo primero fuera el trigo que las comunidades campesinas de un poco más al norte, en la línea del Duero-Pisuerga, producían con gran rentabilidad supuestamente gracias ya -según defiende Domínguez Monedero- a la puesta en funcionamiento del particular sistema de organización colectiva que las fuentes citan para tiempos de la guerra celtibérica.

Expuestas así las cosas, llega el momento de plantearse una serie de cuestiones estrechamente relacionadas con el objetivo de nuestra investigación. Compilamos cuatro interrogantes:

- 1) ¿Cómo se alcanza en la estrategia política de Aníbal el territorio vacceo como meta? En otras palabras, ¿quién informa a Aníbal de las riquezas obtenibles al dirigirse hacia el Duero ?
- 2) ¿Cuál es el itinerario que sigue el cartaginés en la ida y vuelta a esas tierras?
- 3) ¿Qué tipo de gestión desarrolla al contactar con los indígenas meseteños?
- 4) ¿Qué nos sugieren, desde el punto de vista meseteño, los acuerdos a los que pudo llegar Aníbal con aquellas comunidades, establecidos más o menos forzosamente?

1) Está claro que Aníbal tenía un conocimiento preciso de lo que la realidad socio-económica vaccea le podía ofrecer, por ello encaminarse hacia el noroeste meseteño no fue casual sino premeditado. ¿Cómo pudo disponer de tal conocimiento, máxime cuando ninguno de sus antecesores púnicos había alcanzado el control de un territorio tan al septentrión?

Polibio y Livio nos dicen que tras someter a los olcades<sup>31</sup> en el 221 a.C. Aníbal inverna con sus tropas en Cartago Nova donde procede a repartir con holgura el botín capturado. En la primavera siguiente inicia la marcha hacia el Duero sin especificarse en las fuentes el punto de partida (Livio, XXI, 5, 5), aunque es presumible que fuera la capital bárquida. Pero, ¿realizó Aníbal algún movimiento en los meses que van desde el invierno del 221 a.C. hasta la primavera del 220 a.C.? Las fuentes nada dicen. En nuestra opinión el general púnico pudo dirigirse al inmediato territorio oretano, bajo control cartaginés desde años atrás, de forma rutinaria o con alguna motivación concreta (sobre la presencia cartaginesa en Oretania; García-Gelabert/Blázquez, 1996). Pudo ser entonces cuando concluyó el matrimonio con una joven princesa castulonense, Imilce (Livio, XXIV, 41; Silio Itálico, III, 97), medida política idéntica a la practicada por su cuñado Asdrúbal con anterioridad (Diodoro, XXV, 12). Y no sólo eso. Allí, en alguna de las principales y más activas ciudades oretanas, *Castulo* o tal vez *Sisapo*, Aníbal pudo tener noticia en voz de aquellos habitantes aliados, de las posibilidades que el país de vetones y vacceos ofrecía a la política bárquida. Reconocemos que la hipótesis planteada no se apoya sobre base argumental consolidada, pero vemos posible que fueran los oretanos quienes informaran al cartaginés de la existencia de un territorio ultrameseteño atractivo para Aníbal en el fin ya reseñado, si bien no está nada claro que fuera entonces, primeros meses del 220 a.C., cuando éste contrajera matrimonio con la noble de Cástulo, pues sabemos que al regreso del Duero y antes de abandonar Iberia declarada ya la guerra contra Roma, Aníbal volvió en alguna ocasión puntual al valle del Guadalquivir. ¿En qué apoyamos la deducción de que oretanos y meseteños occidentales eran ámbitos conectados, con vieja tradición en nuestra opinión, dándose opción, así, a que fueran los primeros quienes advirtieran a Aníbal del potencial económico de los segundos?... es la pregunta que se nos debe hacer.

<sup>31</sup> Pueblo prerromano poco definido, vecino de la región edetana. Su territorio se sitúa de forma imprecisa entre el Tajo y el Guadiana en el oriente submeseteño, aproximadamente la actual provincia de Cuenca. Aparece mencionado sólo en los hechos desencadenantes de la Segunda Guerra Púnica, omitiéndose con posterioridad su individualidad dentro de la esfera celtibérica. Tampoco hay exactitud sobre la localización de la ciudad de *Althea*, según Plinio, o *Cartala*, para Livio, capital de los olcades. Acerca de este pueblo, *vid* la síntesis de González-Conde (1992: 301-309).

Pues bien, en primer lugar ya hemos visto cómo oretanos y vetones sin compartir amplia frontera, son territorios geográficamente comunicados, entre otros elementos por el valle del Guadiana y el paso por los Montes de Toledo, como periferia suroriental vetona y noroccidental oretana respectivamente, con los carpetanos como cuña entre ambos (*vide* marco territorial vetón; I-1.1 B). Acudiendo a los textos, además, hallamos una vía de posible sanción. El desatendido y ambiguo dato recopilado en *De viribus illustribus*, 52, -vetones y oretanos luchando contra el pretor de la Ulterior Fulvio Nobilior recién estrenado el s.II a.C.- puede indicar, como ya hemos sugerido en otro apartado, la proximidad cultural de los dos ámbitos desde antiguo, unidos en ese momento *políticamente* -seguramente no por primera vez, aunque sea éste el primer registro textual- para luchar contra un enemigo común. Y no sólo contacto de oretanos con vetones, pues ya hemos visto cómo en esos años estos últimos luchan conjuntamente con vacceos, celtíberos y algunos carpetanos; los oretanos directamente, o más bien indirectamente a través de los vetones, también podrían saber bastantes cosas de los vacceos, información que le sería detallada a Aníbal. Barajando esta hipótesis, tal vez no tengamos que desacreditar la noticia de Nepote de la muerte de Amílcar luchando frente a los vetones (no se señala que sea en su territorio, sino puntualmente contra ellos -*in proelio pugnans adversus vettones occisus est*; Nepote, *Hamilcar*, 4, 2) acaso en tierras de oretanos o contestanos, contradiciendo lo que ha venido sosteniendo la historiografía moderna<sup>32</sup>. Nos hemos referido en varias ocasiones al carácter móvil de los vetones aliados en sus luchas a lusitanos, por la Turdetania más meridional, y por ello no es de extrañar que con otras motivaciones también pisaran suelo oretano entablando relaciones de distinta índole con

<sup>32</sup> Schulten (1935: 13): "Amílcar cayó en lucha con los oretanos, no con los vetones, que en las fuentes auténticas ni siquiera se mencionan y que estaban muy lejos del campo de operaciones de Amílcar". Beltrán (1964: 92) da poco crédito a Nepote, admitiendo, en todo caso, que esos vetones serían mercenarios desplazados de su territorio. Este autor se sirve de noticias como las de Diodoro (XXV, 10), Livio (XXIV, 41) o del bizantino Tzetes (I, 27) además de los hallazgos numismáticos, para defender que el primer caudillo bárquida falleció en las proximidades del Ebro, en lugar de en la región alicantina o en la jienense como piensan otros historiadores (Beltrán, 1964). Roldán (1968-69: 93): "esta fuente no tiene mucho valor (...). Amílcar murió en el año 229-228 a.C. pero no en lucha con los vetones, pueblo demasiado al interior de la península con el que probablemente jamás tuvo contacto, sino más probablemente con los orisios u oretanos, a los que termina de dominar Asdrúbal. Según otra tradición (Diodoro, XXV, 10) Amílcar murió mientras ponía sitio a Ελικη perseguido por el rey Orisio junto a un río. Dado que Ελικη es la grequización de *Illici*, la actual Elche, el río debe ser el Vinalopó, en cuyo caso las tribus contra las que luchaban eran los contestanos a los que en época de Ptolomeo pertenece también la ciudad de *Seatabi*". Manteniéndose esta idea en los trabajos posteriores. Sin embargo, en relación a la localización de *Illici/Helike* no hay que olvidar la propuesta de reducción en Elche de la Sierra, al sur de Albacete en la cabecera del Segura y próxima a la región oriental de Jaén (López Domech, 1996: 100 nota 91). Esta zona de la alta Andalucía parece encajar mejor con el escenario de extensión de la política de Amílcar, y con su mismo lecho de muerte, que el levante alicantino (Blázquez, 1989: 513-514, con recopilación bibliográfica).

Sobre las características de C. Nepote como biógrafo véase el interesante ensayo de Valcárcer (1995), dedicado a la historia del hijo de Amílcar, la *Vita Hannibalis*.

sus comunidades. Más adelante veremos cómo la conexión Guadalquivir-Duero, a través de las escalonadas e interrelacionadas esferas Oretania-Beturia-Vetonia-cuenca vaccea, se puede deducir también arqueológicamente con un funcionamiento cultural y comercial.

2) Respecto al trayecto dibujado por Aníbal en su aventura meseteña se han ofrecido dos alternativas principales <figura 24>. En primer lugar, el recorrido aceptado más habitualmente es el que propusiera Schulten (1935: 24): desde Cartagena se dirigiría hacia el extremo oriental de Sierra Morena para bordearla por el norte, alcanzar el Guadiana en la Oretania, llegar por el valle del *Anas* hasta la región emeritense y desde allí tomar la dirección septentrional por la senda de la posterior Vía de la Plata, atravesando de sur a norte la Vetonia hasta, cruzado el Tajo y enfilado el macizo de Gredos por el corredor del Alagón, arribar al Tormés y seguir sus aguas hasta Salamanca. Este itinerario ha sido mantenido por buena parte de la investigación (Bejarano, 1955: 97; Roldán, 1971: 170-182; Chic, 1978: 239; etc.). Una segunda opción es el camino diagonal con dirección sureste-noroeste a través de los territorios olcade y carpetano para llegar a Salamanca desde *Toletum* bien por el Tajo hasta *Caesarobriga* (Talavera de la Reina) o *Augustobriga* (Talavera la Vieja) para encaminarse desde ahí directamente hasta *Helmantica* por la Vía de la Plata en sentido norte, o bien bordeando por el exterior oriental la Sierra de Gredos, remontando el Alberche y dejando a la derecha la Sierra de Guadarrama para acceder a la meseta norte por el este de la provincia de Ávila y siguiendo la frontera vetona-carpetano-celtibérica superar las sierras abulenses, llegar a la comarca de La Moraña y arribar por el este a *Salmantica*. Partidarios de este recorrido diagonal son Hine (1979: 899-901), Domínguez Monedero (1986a: 242), al menos así lo refleja en su mapa, y Solana (1992: 272-273). Menos dudas ofrece el regreso. Los conocidos problemas que el hijo de Amílcar encuentra de vuelta cuando está a punto de cruzar el Tajo ante un ejército, grueso y heterogéneo, de olcades, carpetanos y helmánticos huídos (con gran detalle en Livio, XXI, 5, 7-17; Polibio, III, 13, 5), sujeta bastante bien el uso del camino diagonal, ahora noroeste-sureste, por la franja carpetana siendo muy probable que el lugar de tal lucha fuera algún vado sobre el Tajo en la provincia toledana (Hine, 1979).

A nuestro juicio, Aníbal utilizó la Vía de la Plata en buena parte de su trayecto, por tanto aceptamos también la primera propuesta y llegaría al Guadiana procedente de la Sierra Morena, pero acaso no desde fuera sino desde dentro <figura 24>. En concreto, si en

verdad salió de *Castulo* tendría dos posibilidades de atravesar Sierra Morena (sobre la comunicación entre Andalucía y La Mancha y los pasos a través de Sierra Morena, *vid.* Corchado, 1963; *id.*, 1969; López Domech, 1990):

1) subiendo el río Guadalimar, superando Despeñaperros y por el Jabalón o el Azuer *fondeando* el Guadiana más o menos hasta la Baja Extremadura;

o bien, más probablemente

2) desde Cástulo se dirigiría hacia el oeste en curso con el Guadalquivir hasta alcanzar el río Jándula, remontar su valle y por este enfiladero cruzar la sierra con paso directo a la zona de Puertollano y al Campo de Calatrava, a los pies ya del Guadiana que conduce a través del occidente de la provincia ciudarealeña a la Beturia extremeña, región a partir de la cual el trayecto seguido por Aníbal voltearía su rumbo hacia el norte por el viejo camino septentrional que llegaba a la meseta castellana. La primera parte de este trayecto hasta casi el Guadiana parece ser el itinerario que dibuja de forma aproximada la vía directa entre Cástulo y Sisapo -con dirección ligeramente más al oeste-, sobre cuya importancia se ha llamado recientemente la atención (Domínguez Monedero, 1993: 47-53).

Nos lleva a pensar así en primer lugar el dato tomado por muchos autores de que de haber viajado por Carpetania, hubiera sido presumible que las huestes anibálicas fueran atacadas por aquéllos habitantes de la meseta central, tal y como acaece en el regreso. Además de evitar la hostilidad de carpetanos y olcades (sometidos brutalmente la campaña anterior), la elección de la alternativa Guadiana-Vía de la Plata por parte de Aníbal pudo tener el propósito de seguir, inversamente, los caminos que grupos de guerreros occidentales (vetones y lusitanos) -y no solo guerreros- podían estar abriendo desde antiguo, como luego se reconoce en algunas citas clásicas para la primera mitad del s.II a.C. (Livio, XXXV, 1; XXXVII, 57; Orosio, IV, 20, 23; Apiano, *Iber.*, 56-58; etc.), y que eran conocidos por las gentes túrdulas y oretanas que habitaban entre el Guadiana y Guadalquivir, en la línea que estamos proponiendo. Acudiendo al trazado del posterior *Iter ab Emerita Asturicam*, es más lógica la llegada primera a *Salmantica* y la marcha directa posterior a *Arbucala* (El Alba, Villalazán, o el cercano cerro de El Viso; un emplazamiento más adecuado que Toro según la distancia de los itinerarios), que ascendiendo por el este pues por esta alternativa es casi más cómodo llegar al enclave zamorano -con una longitud ligeramente más a oriente que la ciudad del Tormes- en primer lugar y bajar después a *Helmantica*. Pero sobre todo, según la motivación que en nuestra opinión guía a Aníbal en



esta expedición, viajando por la Vetonia los púnicos tendrían acceso a unos bienes económicos -suponemos que de naturaleza ganadera en esencia, aunque no tuvieron por qué ser éstos exclusivos- muy convenientes para futuros proyectos políticos. Y por último el argumento arqueológico, al que ahora no podemos dar cabida, pero que indudablemente nos está indicando el emparentamiento cultural muy remoto en el tiempo de la esfera andaluza oriental y de la occidental meseteña, con modulaciones progresivas en los pasos del Guadiana, Tajo y Duero<sup>33</sup>. De ello nos ocuparemos más adelante.

3) Asumidas las circunstancias y la vía de acceso al territorio de expedición vamos a debatir en unas pocas líneas la actitud política que Aníbal pudo desplegar en ese escenario meseteño. Planteamos la posibilidad de que los cartagineses, debido a los objetivos que traían en mente, buscaran entre los habitantes de *Helmantica* y *Arbucala* -y de otros posibles enclaves de la región silenciados en las fuentes- acuerdos más que enfrentamientos, pactos antes que luchas..., si bien para lograr lo primero debió ser imprescindible recurrir a la amenaza bélica y, en no pocas ocasiones, al ataque final. En este punto son de gran valor los datos transmitidos por Plutarco<sup>34</sup> y Polieno<sup>35</sup> a propósito de la actitud heroica de las salmantinas en el asalto de Aníbal a aquella ciudad. De ambas noticias se extrae un

<sup>33</sup> J.M<sup>a</sup>. Blázquez y M<sup>a</sup>.P. García-Gelabert han hecho hincapié en las relaciones entre Oretania y la meseta, bajo una perspectiva general (García-Gelabert, 1993; Blázquez/García-Gelabert, 1992). Estamos en desacuerdo con algunos puntos de su planteamiento (*vid infra*).

<sup>34</sup> Plutarco (*Virt. Mul.*, 248e):

“Disponiéndose a atacar Aníbal Barca, antes de emprender la guerra contra los romanos, a *Salmantiké*, ciudad grande de Iberia, llenos de temor los asediados en un principio, prometieron hacer cuanto se les ordenara y dar a Aníbal trescientos talentos de plata y trescientos rehenes. Y habiendo levantado aquél el cerco, cambiando de parecer no hicieron nada de lo que habían prometido. Habiendo vuelto en consecuencia Aníbal nuevamente y habiendo ordenado a sus soldados poner mano a la ciudad, con saqueo de sus riquezas, asustándose los bárbaros, completamente se avinieron a salir con un solo vestido los libres, abandonando las armas, las riquezas, los esclavos y la ciudad. Pero las mujeres, creyendo que los enemigos cachearían a cada uno de los hombres al salir, pero que a ellas no las tocarían, llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres. Y habiendo salido todos, Aníbal, poniendo una guardia de masaisylios, los mantuvo reunidos en el arrabal, y los demás, lanzándose en desorden, saquearon la ciudad. Y hechas presas muy pingües los masaisylios no pudieron contenerse viéndolas, ni prestaron atención a la guardia, sino que se enfadaron y se fueron a participar del botín. Pero en esto las mujeres, animando a voces a los hombres, les dieron las armas y algunas incluso, por sí mismas, atacaron a los de la guardia, y una, hasta quitándole la lanza a Banón, el intérprete, lo hirió, si bien tenía puesta la coraza; y de los demás, habiendo herido a unos o hecho huir a otros, los bárbaros huyeron en compañía de sus mujeres. Mas, enterado Aníbal y puesto en su persecución, a los que se quedaron atrás los apresó; pero los demás, metiéndose en los montes, se escaparon rápidamente, y después, habiendo mandado una embajada de súplica, consiguiendo la impunidad y misericordia fueron repuestos por Aníbal en la ciudad” (traducción de Bejarano, 1955: 105).

<sup>35</sup> Polieno (VII, 48):

“Aníbal en Iberia puso cerco a una ciudad grande: *Salmantida*; hicieron un tratado para, recibiendo trescientos talentos de plata y trescientos rehenes, levantar el cerco. Pero no cumpliendo los salmantinos lo convenido, volviendo Aníbal lanzó los soldados a saquear la ciudad. Suplican los bárbaros que se les deje salir con un vestido junto con sus mujeres, después de abandonar las armas, las riquezas y los esclavos. Las mujeres, habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres. Y los soldados de Aníbal se pusieron a saquear la ciudad. Y las mujeres, animando a gritos a los hombres, les entregaron las espadas; y algunas, siguiendo a los hombres, atacaron a los que saqueaban la ciudad, de suerte que a unos hirieron y a otros mataron y se batieron juntos. Aníbal, admirado de la valentía de las mujeres, por ellas devolvió a sus hombres la patria y las riquezas” (traducción de Bejarano, 1955: 106).

cierto talante diplomático en la empresa anibálica, suponemos que alterado en parte por la precariedad informativa debida sobre todo a la alteración y selección de las fuentes primeras y directas -historiadores al servicio de Aníbal-, desde Polibio y Livio hasta llegar a Plutarco y Polieno, los únicos cuatro autores que nos han transmitido la acción de Aníbal en la meseta norte<sup>36</sup>.

En primer lugar de los pasajes de los dos historiadores griegos (el relato de Polieno no es más que un resumen del de Plutarco) se intuye que Aníbal condiciona la toma de la ciudad al cumplimiento por parte de los indígenas de una serie de disposiciones, principios de un acuerdo. Con ese compromiso, los púnicos respetan la ciudad si se les hace entrega de trescientos talentos de plata y rehenes<sup>37</sup> en igual número. Pero no queda claro que tales entregas fueran todo lo que Aníbal buscara de aquella comunidad, sino que más bien nos parece que ceder plata y prisioneros era algo así como el requisito para negociar y evitar, de entrada, el asalto del potente ejército cartaginés. Toda vez que los salmantinos prometen dar a Aníbal lo que exige, éste levanta el cerco de la población; pero, al no entregar el tributo e incumplir su palabra, los salmantinos sufren, en un segundo momento, la violencia de las tropas de Aníbal, saqueadoras de su ciudad. A nuestro juicio parece claro que las intenciones de Aníbal son negociar -lógicamente no en términos igualitarios para ambos bandos, sino con lógica ventaja para la facción asaltante mucho más poderosa y amenazante- y conseguir por vía diplomática lo que había venido a bucar a tierras de vetones y vacceos. Otra cosa es que el desarrollo de los acontecimientos lo imposibilitara y, al final, la fuerza sustituyera a la palabra. De nuevo el talante cuando menos flexible de Aníbal, en comparación con operaciones implacables llevadas a cabo en otros puntos al

<sup>36</sup> En efecto, ya se ha precisado en otro lugar que el punto de partida en la información sobre las campañas anibálicas descansa en la obra de los historiadores griegos que acompañan al caudillo púnico, ilustrados testigos presenciales de la talla de Sileno de Caleacte, Sósilo de Lacedemonia o Filino de Agrigento, que formaban parte como humanistas y gramáticos del círculo cultural de Aníbal tal como refiere Nepote (*Hannibal*, XIII, 3). Los escritos de estos autores, con posiciones filocartaginesas más o menos encubiertas (Diodoro, XXIII, 9, 1 así lo señala para Filino), no han llegado a nosotros pero en ellos sin duda bebieron Polibio y Livio; en especial de Sileno lo cual explica la similitud de las versiones transmitidas por ambos. Se piensa que Polibio le consultó directamente, mientras que Livio lo haría a través de Celio Antipater. Por otra parte Plutarco parece que recurre a Sósilo de Lacedemonia, quien escribió una obra sobre Aníbal en siete tomos (Diodoro XXVI, 4), habida cuenta que ofrece datos de los que no se hacen eco ni Polibio ni Livio. Véase para estos aspectos, Schulten (1935: 26-27), Bejarano (1955: 104-107), Solana (1992: 272, nota 9) y Valcárcel (1995: 275, notas 47-48 y 280, nota 78). La pérdida de esta información original es un infortunio pues seguro que, por su proximidad con los hechos relatados, revelaría noticias imprescindibles para saber algo más acerca de las tierras y las gentes que entraron en contacto con Aníbal Barca.

<sup>37</sup> En otro apartado hemos propuesto entender a estos rehenes como prisioneros de guerra tomados por los salmantinos a los tropas de Aníbal u otras gentes extranjeras, los mismos que dejan en la ciudad (*esclavos*) junto con las armas y riquezas cuando son desalojados poco después por los cartagineses (*vid.* capítulo dedicado a la sociedad vetona: I-1.5.B, notas 91 y 92). Así, devolver los rehenes capturados se presentaría como condición preliminar indispensable para proceder a la negociación con los indígenas.

igual que había hecho Amílcar, queda puesto de manifiesto al permitir el cartaginés la salida de los salmantinos con una ropa y sin armas (eran las mujeres las que escondieron el armamento en sus vestidos para entregarlo después a sus maridos y reavivar la resistencia, como es bien sabido) antes de que los soldados púnicos devastaran la ciudad.

Más aun, entre los alistados cartagineses había intérpretes, como aquel Banón que fue herido por una indígena que le había robado su propia espada (Plutarco) (...μία δὲ καὶ λόγῃην ἐξαπάσσοσα Βάνωνος τοῦ ἐπμηπέως αὐτὸν ἐκεῖνον ἔπαισεν...; Plutarco, *Virt. Mul.*, 248). No debió ser poca la importancia de personajes como traductores, guías, embajadores y representantes diplomáticos acompañando a los ejércitos de Aníbal pues su intervención podía resultar clave en la política de acuerdos, alianzas y exigencias practicada por el caudillo cartaginés con las comunidades íberas. Muchos de ellos serían púnicos o incluso maestros griegos más o menos diestros en esos menesteres, pero también Aníbal pudo servirse de intérpretes indígenas con suficiente conocimiento de la lengua, costumbres y posibilidades de negociación de las comunidades meseteñas en las que Aníbal estaba interesado. Por razones antes esgrimidas, especialmente el carácter intermediario y abierto desde el punto de vista geográfico y cultural de sus *países*, individuos oretanos y carpetanos pudieron muy bien ser contratados como mediadores -u obligados a convertirse- entre Aníbal y los pueblos meseteños, amén de ser ellos también quienes con antelación informaran al caudillo púnico de las características y riquezas de las tierras interiores.

Un último dato en este sentido es el hecho de que el episodio de Aníbal en *Helmantica* acaba con un final relativamente feliz. Plutarco y Polieno nos cuentan que después de todos los avatares (auxilio de las mujeres, huida de los indígenas, persecución de Aníbal, súplica final de perdón por parte de los salmantinos...) el cartaginés trató con benevolencia a los salmantinos y les restituyó su situación y posesiones. Lógicamente según estas fuentes griegas la clave del *indulto* de Aníbal reside en el comportamiento ejemplar de las mujeres de *Salmantica*, que conmovió al mismo Aníbal y que ambos autores elogian en evidente clave moralista. Sin embargo, creemos que no es desacertado pensar que esta *interpretatio* excesivamente literaria puede camuflar una realidad mucho más práctica: si en verdad Aníbal perdonó a los salmantinos y les permitió volver a su ciudad, lo hizo porque éstos habían terminado por aceptar, tal vez ahora más forzosamente, las proposiciones del

cartaginés. En el consentimiento por parte de los meseteños a los planes del bárquida tocante a la cooperación que debían prestarle (en primera instancia el suministro de víveres cerealísticos y animales, tanto en aquel momento cuanto garantizar el envío en próximas temporadas, además de otros requisitos como la entrega de hombres para el ejército o de riquezas en metal noble pongamos por caso) podemos ver el porqué de la resolución final de la expedición anibálica a las tierras de la alta meseta.

Siguiendo con nuestro argumento y dando por válido lo que aquí un tanto arriesgadamente proponemos, tras concluir el acuerdo con los habitantes de aquellas poblaciones (hemos analizado el caso de *Helmantica* por ser el único en el que se detienen los textos, pero pensamos que pudo producirse algo similar en *Arbucala*, que ofrece dura resistencia, y en otros enclaves anónimos), Aníbal debió dejar algún tipo de poder o representante que asegurara el cumplimiento de las obligaciones de los meseteños para con la política bárquida, entre ellas el transporte de excedentes alimenticios (cereales y ganado) a algún punto determinado, caso de la orilla meridional de la desembocadura del Ebro en opinión de Domínguez Monedero. El carácter levantisco de las gentes meseteñas era un riesgo que el propio Aníbal había experimentado en su estancia en *Helmantica*, por ello no extrañaría que éste recurriera a algún tipo de ejercicio diplomático con los indígenas para garantizar sus objetivos tras su marcha, por ejemplo pactar matrimonios mixtos entre delegados púnicos que pudieran permanecer en tierras meseteñas durante un tiempo como representantes de Aníbal y nobles damas de las principales comunidades indígenas, recurso practicado por varios miembros de la familia Barca como hemos tenido ocasión de comentar. Otra posibilidad que no excluye a la anterior y que contribuiría a la pacificación de ese territorio una vez que Aníbal no estuviera presente, sería la concesión por parte del poder púnico de privilegios a modo de regalos políticos que satisficieran algunas necesidades indígenas, entre ellos se pueden barajar *recompensas retributivas* como la promesa de protección por parte de Aníbal a la hora de algún conflicto de envergadura, el compromiso de garantizar la llegada a tierras vetonas y vacceas de productos meridionales bajo el monopolio cartaginés desde hacía tiempo, bienes escasos en esas latitudes meseteñas y por ello muy valorados, caso de la sal -tal y como piensa Mangas-, a la que nosotros añadimos el suministro de importantes volúmenes de vino y aceite de Turdetania, que no obstante hemos dicho que podía estar cultivándose ya en algunos puntos meseteños, o el abastecimiento de metales (hierro, plata, cobre...) a ámbitos tan necesitados como el solar

vacceo, traídos de focos *punizantes* como la Beturia, Oretania o la misma región de Cartago Nova. Para garantizar que los meseteños cumplieran los compromisos, Aníbal pudo desplegar igualmente medidas coercitivas, como la captura de prisioneros: familiares de los jefes indígenas tomados durante un tiempo como rehenes de los púnicos (Polibio, III, 98, 1); una maniobra de uso frecuente en la política expansionista de los ejércitos mediterráneos.

Por descontado que los textos nada dicen de estos acuerdos ya que los intereses de los autores son otros bien distintos: la presentación de Aníbal como el poderoso y tirano enemigo del expansionismo romano que están historiando (Polibio, Tito Livio) y el anecdótico y templado comportamiento de unas mujeres hispanas frente a la acción de Aníbal tomada casi como excusa (Plutarco, Polieno). Resulta curioso que cuando de regreso hacia el sur Aníbal se topa con la hostilidad de un conglomerado mixto meseteño, quienes le hacen frente son carpetanos, olcades y sólo algunos vacceos, explícitamente los huidos del asalto a sus ciudades (*Helmantica*), lo cual puede indicar que el resto de habitantes habían quedado más o menos pacificados y sometidos a las condiciones políticas acordadas entre el cartaginés y los habitantes del medio Duero<sup>38</sup>.

4) Para terminar y mucho más brevemente, se pueden señalar un par de aspectos tocante a la valoración de las responsabilidades que los meseteños asumen con base en la conclusión de la expedición cartaginesa. Así, como consecuencia de los acuerdos firmados con Aníbal, las comunidades vetonas y vacceas (bajo la supervisión o el control de posibles legados púnicos dejados en esta región como garantes políticos) se hacen cargo del envío de los excedentes agropecuarios de cada temporada a un punto de abastecimiento púnico como pudo ser la boca del Ebro, desde donde Aníbal organizaría la partida definitiva de Iberia

<sup>38</sup> Algo parecido piensa Hine (1979), pero en diferente contexto. Según este autor Aníbal había entablado pactos de amistad con los carpetanos; ello le sirve a Hine para pensar que el cartaginés realizaría el acceso a *Helmantica* y *Arbucala* sin ningún problema por el territorio carpetano, en lugar de por la vía de la Plata, habida cuenta que eran sus aliados. Al regresar por el mismo camino Aníbal es sorprendido a la altura del Tajo por el levantamiento de varios pueblos meseteños, entre ellos los carpetanos que habrían roto su fidelidad púnica al ser incitados a sublevarse por discolos grupos de olcades y vacceos (Hine, 1979: 899-901). Ya hemos expuestos las razones que nos llevan a preferir la vía occidental oretano-vetona como itinerario de ida de Aníbal, sin embargo sí vemos factible la conexión carpetano-cartaginesa como bien indican algunas fuentes al hacerse eco de la diplomacia de Asdrúbal (Polibio, II, 36, 2; Livio, XXI, 2, 5) y del avance del dominio bárquida en la Península antes del gobierno de Aníbal (Diodoro, XXV, 11-12; Apiano, *Iber.*, 6; Polibio, III, 13; etc.). Tampoco ello nos impide admitir que el carpetano es otro de los grupos *intermediarios* entre el Mediodía ibérico (esfera cartaginesa) y la meseta ulterior, y que acaso fueran algunas de sus gentes las que suministraran datos a los púnicos sobre lo que podrían encontrar en las tierras occidentales allende del Tajo, un mundo con el que los pobladores de la meseta central mantenían un contacto cultural e histórico de larga tradición.

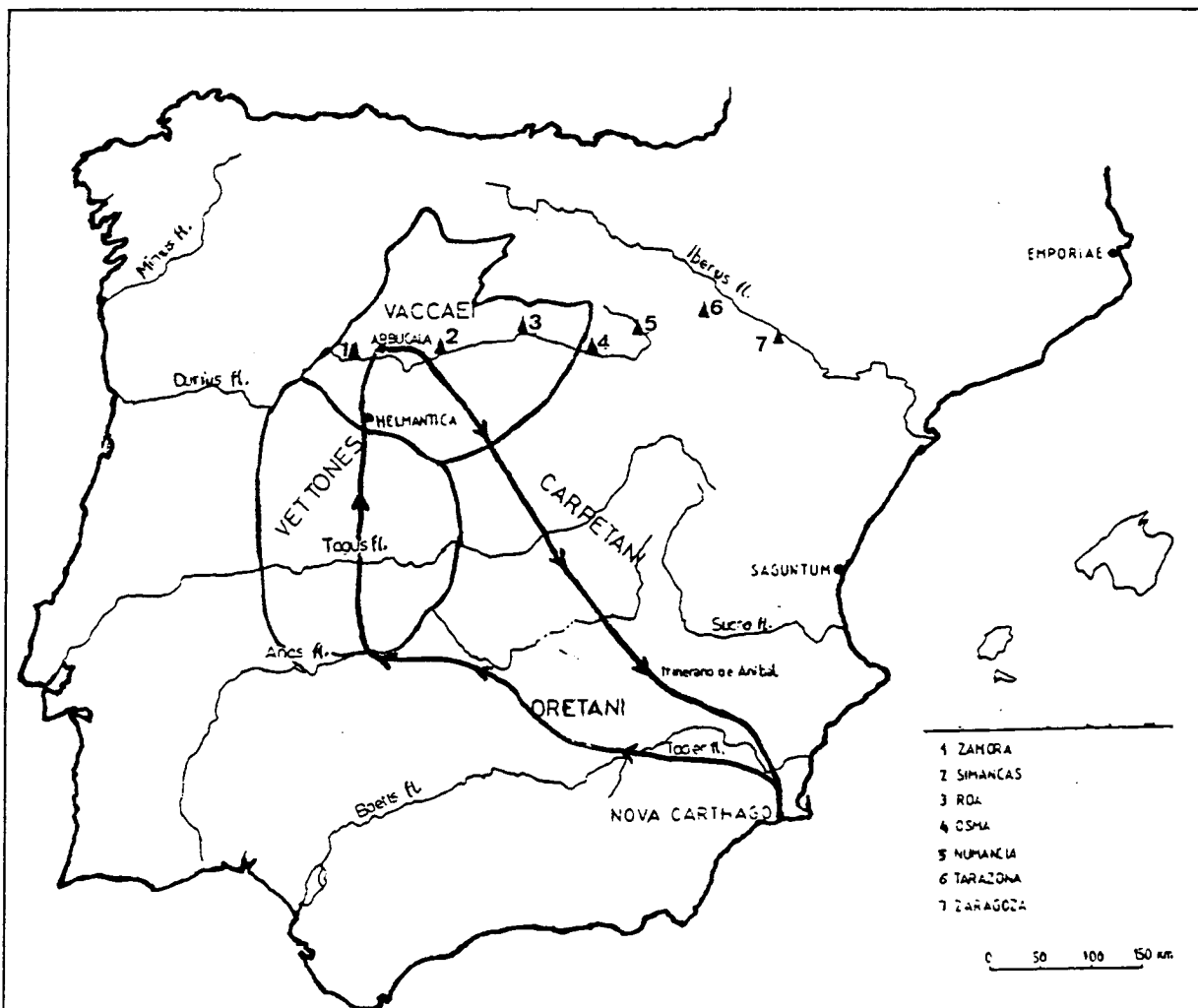
camino de otra península, la Itálica. Esto supone admitir que las gentes de la meseta occidental encargadas del transporte debían atravesar tomando como salida la cuenca media del Duero, patria vaccea, y como hilo conductor el curso del Duero, la conexión con el Ebro medio bien continuando por el Duero hasta la zona de Almazán y de ahí alcanzar a la altura de *Bilbilis* el destacado corredor del Jalón que lleva hasta el *Iberus*, o bien desde el Burgo de Osma subir en dirección noreste hasta Numancia, cruzar por alguno de los valles o puertos el Sistema Ibérico y, bajando hasta Tarazona por ejemplo, atrapar al Ebro por la región de Tudela. Sea cual fuera el camino seguido que ahora no toca detallar, lo que está claro es que con partida en la meseta occidental estas expediciones atravesarían múltiples *territorios étnicos*, desde el vacceo, pasando por el de celtíberos ulteriores (arévacos), tal vez el de berones, el de celtíberos citeriores (titos y belos) y sedetanos (Fatás, 1992), hasta llegar por último al de los grupos íberos del bajo litoral catalán, caso de ilergetes, cosetanos e ilergavones (Padró/Sanmartí, 1992). Si es cierto que se originaron largas caravanas en travesía por toda la meseta septentrional de oeste a este, hemos de asumir la existencia de unas, permítasenos la expresión, *relaciones internacionales intermeseteñas* más o menos positivas y reguladas que permitieran la llegada de la mercancía a la meta final, tras muchas jornadas, etapas, escalas, pasos y negociaciones. Sólo arrojamos aquí la idea, y somos consciente de que se apoya más en la especulación que en una sólida base argumental, de que a través de este planteamiento podemos vislumbrar un tráfico de gentes, mercancías e ideas en circulación por toda la meseta con mucha mayor densidad de lo que tradicionalmente se ha supuesto. En este panorama resulta más fácil articular la política previa llegada a cabo por los cartagineses hasta la línea del Ebro.

Tales movimientos requieren de mínimos principios organizativos a cargo de las comunidades principales de cada franja territorial con personalidad específica (*cabezas comarcales*), que pueden estar representadas por un núcleo poblacional, un poder personal, un centro de tipo religioso o un órgano político determinado, como ya veremos, y por otra parte también se hace necesaria la existencia de una *infraestructura* (vías, itinerarios, vehículos, áreas de abastecimiento...) que hagan viable partidas de caravanas del tipo de las que aquí formulamos de modo teórico. En este sentido se nos hace mucho más asequible comprender la fuerza y facilidad de conexiones intrameseteñas tan destacadas como la protagonizada por vacceos y arévacos (en especial numantinos) a la que ya nos hemos

referido y que está de sobras documentada en los textos. A través de esta red de vías interterritoriales la meseta occidental distribuyó otras categorías de transeúntes a diferentes esferas, por ejemplo las cuadrillas vetonas de cariz guerrero (*cuerpos de auxilio militar*) que hemos visto viajar y actuar en conflictos armados, aliadas o al servicio de entidades vecinas más o menos lejanas. De hecho, no vemos imposible aceptar que algunas comunidades meseteñas, suponemos que especialmente las de ámbito vetón, enviaran en el mismo recorrido descrito fuerzas militares junto a los víveres alimenticios para fortalecer el ejército púnico en los años inmediatamente anteriores al estallido de la Segunda Guerra Púnica e incluso durante el mismo tiempo de la guerra. Está bien atestiguado el apoyo que Aníbal halló en las gentes indoeuropeas hispanas, entre las cuales acaso no sea descabellado contemplar la presencia de individuos de la meseta occidental enmascarados en adscripciones globalistas del tipo de lusitanos o celtíberos y en funciones de *mercenariado* que ya hemos tenido ocasión de revisar y matizar parcialmente.

Por supuesto que la apertura y el funcionamiento de esta trama viaria depende del todo de la situación política que vivan las entidades que la activan, los grupos que forman parte del territorio por el que transcurren esas vías y los grupos que las utilizan como viandantes. Así, nos parece adecuado distinguir dentro de las formas de contacto cultural aquellas que se producen en tiempos de guerra de aquellas que se derivan de circunstancias pacíficas. No obstante, antes de introducirnos en el análisis de esos mecanismos de interacción hemos de poner sobre la mesa otros testimonios de contacto imprescindibles, los de naturaleza arqueológica.

Concluimos ya esta reflexión recopilando los aspectos sobre los que hemos llamado la atención. Las fuentes de información de las que se sirvió Aníbal para valorar el interés que la región vacceo-vetona habría de jugar en sus planes, el recorrido realizado por el cartaginés desde el sureste peninsular hasta coronar el borde del Duero, los acuerdos que pudo pactar con comunidades indígenas tras iniciales enfrentamientos, las redes de comunicación abiertas en un mundo que no alcanzan a ver las fuentes clásicas..., son, en suma, cuestiones a tener en cuenta desde el punto de vista de la atracción que el foco meseteño levantó sobre la política bárquida y de la interacción establecida entre ambas esferas.



**FIGURA 24.** Reconstrucción del recorrido de Aníbal en la campaña del Duero (220 a.C.) (Domínguez Monedero, 1987: 242; modificado)



## **B) PENETRACIÓN Y CONQUISTA ROMANAS: ¿SIGUIENDO UNA SENDA ANTERIOR?**

Años después, cuando las legiones romanas sustituyen a las tropas cartaginesas, el proceso de penetración y conquista de aquéllos sobre el interior peninsular descubre, por segunda vez, a vacceos y vetones<sup>39</sup>. Pero en su avance los romanos siguen, parcialmente, caminos ya establecidos.

En nuestra zona movimientos como los que por ejemplo traza Viriato en su enfrentamiento con Roma por tierras lusitanas, vetonas, carpetanas, betúricas y turdetanas (Apiano, *Iber.*, 62-74) <figura 25>, o conexiones tan activas como la vacceo-arévaca durante la guerra numantina (Apiano, *Iber.*, 51-55, 80, 87-89), funcionan como *pizarras* que muy presumiblemente utilizan luego los ejércitos romanos para, a través de esas rutas de acceso y comunicación, iniciar sus propias vías de incursión hacia las nuevas tierras que iban siendo mostradas y conquistadas casi a la vez<sup>40</sup>. En este sentido, consideramos

<sup>39</sup> Resulta clarificador establecer una serie de etapas en el conocimiento romano del interior peninsular. Así, podemos señalar las siguientes fases de acceso desde el litoral mediterráneo y a través de valles fluviales como los del Ebro y Guadalquivir, con un momento de especial importancia para el apercibimiento de la meseta como es el que va desde inicios del s.II a.C. hasta el final de las revueltas celtibero-lusitanas (seguimos a Gómez Espelósín *et alii*, 1995: 67-72): 1º) campaña de Catón (hacia 195 a.C.) por la Hispania Citerior hasta alcanzar tierras arévacas (Martínez Gázquez, 1974); 2º) tras la marcha del anterior, M. Fulvio Nobilior (193-192 a.C.) y Fulvio Flaco (184 a.C.) atraviesan en sus operaciones buena parte de la meseta central carpetana, protagonizando tomas como la de *Aebura* y *Contrebia*, en el límite con la Celtiberia, amén de la ya comentada de *Toletum*; 3º) acción de Tiberio Sempronio Graco sobre todo al norte del Ebro (180-179 a.C.), consiguiendo pacificar la Celtiberia y creando un sistema de clientelas muy práctico para sus aspiraciones (Fatás, 1975); 4º) la guerra celtibérica ocasiona el avance romano de Lúculo en la década central del s.II a.C. por el Duero central (Salinas, 1986; Solana, 1983); 5º) conquista desde el valle medio duriense del ámbito lusitano (Duero-Tajo), a partir de la conclusión de la guerra de Viriato, y acción principal de Décimo Junio Bruto hasta la antigua *Gallaecia* (tramo Duero-Miño), con el famoso paso por el río *Lethes* o del olvido que para los autores clásicos significó el descubrimiento de una zona totalmente marginal e ignota (de Francisco, 1989); 6º) finalmente, el conocimiento romano de la geografía y de los pueblos hispanos, a grandes rasgos, se completa con las operaciones de Julio César y Augusto en la franja septentrional hispana (60-19 a.C.).

Con un análisis centrado más en la evolución del tratamiento literario, Domínguez Monedero (1994) determina también diferentes fases en el descubrimiento que la historiografía clásica realiza de la meseta: expedición de Aníbal a la región vaccea, y dentro del fenómeno de la conquista romana varias subfases (hasta las guerras celtibéricas y lusitanas, las guerras celtibéricas, las guerras lusitanas, los últimos combates, y el final de la lucha con el inicio de la relectura del pasado a la luz del presente, propaganda romana *versus* situación real). Este autor subraya el antagonismo entre el testimonio directo de Polibio y el de Diodoro o Estrabón (cuyas obras, de síntesis, son propias del momento post-conquista en que se contraponen la Iberia bárbara prerromana al mundo civilizador romano), para concluir que "los intereses y prejuicios de los historiadores durante el período de la conquista son los responsables de una visión deformante de la realidad de las poblaciones meseteñas, en la que conviven datos valiosos sobre su grado de organización política, económica y militar con visiones cargadas de prejuicios centradas en el salvajismo y ferocidad de los enemigos del orden romano; la *ferocitas* de los pueblos meseteños, la pobreza del territorio y las inclemencias meteorológicas se convierten casi en el único tema a tratar; en contraste, los beneficios de la conquista y la conversión en *civilizados* de los antes salvajes y agrestes indígenas son resaltados en un sagaz juego del antes-después" (Domínguez Monedero, 1994: 117).

<sup>40</sup> Sobre la geografía militar romana y dentro de ella las bases en la descripción de nuevos territorios al hilo de campañas de conquista, existe abundante bibliografía. Los interesantes y ya clásicos trabajos de Harmand (1970), bajo una perspectiva global, y Sherk (1974), que valora la figura de los exploradores, comentaristas y agrimensores al servicio del ejército romano, centran sus argumentos en la asociación campaña militar-exploración geográfica. Así, para este último, "one can see that *arma Romana* and exploration went hand in hand. Not only did Roman arms pacify, unite and open up vast territories for geographical exploration, but also the Roman commanders were

provechoso hacer un seguimiento, siquiera pasajero, de algunas de estas campañas iniciales romanas sobre el Occidente, para intentar determinar los pasos seguidos, la dirección y la accesibilidad de las rutas dibujadas, convertidas desde entonces en *vías de romanización* con la imposición de una estructura viaria romana, que acaso de nueva planta tan solo tuviera la fábrica exterior.

A tenor de los textos, vacceos y vetones fueron conocidos inicialmente por gentes extranjeras (extrapeninsulares) a raíz de la comentada campaña de Aníbal. La siguiente noticia literaria nos lleva a los años 193-192 a.C. en que éstos y otros meseteños luchan frente a ejércitos romanos pero no en su propio territorio sino en espacio carpetano (*Toletum*), episodio al que ya nos hemos referidos. La región vaccea parece que no es vislumbrada hasta la acción de Postumio en el 179 a.C., que proveniente de Lusitania debía atacar a los vacceos para reunirse después con Graco en la Celtiberia. Wattenberg supone que la zona vaccea afectada por el plan de reconocimiento del pretor fue la suroccidental en torno a *Salmantica* y que en su acceso Postumio haría uso de la vía de la Plata (Wattenberg, 19959: 32). Más indicativos resultan los movimientos realizados por Lúculo a finales de la década central del s.II a.C., cuando con dirección este-oeste desde la región celtibérica asalta sucesivamente las ciudades de *Cauca*, *Intercatia* y *Pallantia* <figura 26 A y B>. Según Livio (*Per.*, 48) estas tierras del Duero eran hasta entonces desconocidas por los romanos, igual piensa Polibio (III, 37, 11) para quien las campañas de Lúculo fueron la llave de Roma en la inauguración de ese espacio geográfico. Respecto al recorrido del pérfido general, Apiano (*Iber.*, 51) nos dice que arribó a *Cauca* tras cruzar el Tajo, lo cual ha llevado a pensar que desde la Celtiberia Lúculo alcanzaría por el sur, territorio carpetano, la zona vaccea. Así lo señala Schulten (1937: 25) al afirmar que las tropas de Lúculo habrían pasado el invierno del 152-151 a.C. en Carpetania. Para Wattenberg (1959: 33) Lúculo vendría por la zona arévaca de Segovia (supone este autor que el río Tajo que

---

themselves often directly involved in the dissemination of the newly acquired facts. Their reports and memoirs formed permanent storehouses of raw material for the future use of geographers and other men of science. It was a mutually beneficial relationship, as any modern military professional would know. Topographical information is essential to military success, and, like any effective army, the Roman army saw to it that the various provinces under its control and the people living in or around them were investigated from a military point of view. (...) We may be reasonably sure that fact-finding missions of all sorts were far more common than our sources would indicate. The results often affected strategic planning. And the various geographical facts thus obtained would serve a scientific as well as military purpose. They found their way into reports and memoirs" (Sherk, 1974: 543). En un sentido amplio véase Van Berchem (1982: *passim*) y Syme (1988), un análisis de lo mismo para la época augustea con el propósito de cierre de fronteras. Para el caso peninsular se incide en el proceso de conocimiento geográfico-cultural supeditado al trazado expedicionario romano -por tanto desde la óptica de quien *descubre*-, en Knapp (1977), Mangas/Solana (1985: 8-25), Richardson (1986: 156-171), Plácido (1987-88), Gómez Espelosín *et alii* (1995: 63-72), etc.

menciona Apiano es en realidad el Tajuña?). Con otro planteamiento, Solana (1983: 39-40; *id.*, 1990: 307) piensa que desde el territorio belo por la margen derecha del río Jalón pudo alcanzar el río Lozoya o el Jarama, subafuentes del Tajo alguno de los cuales pudo ser el río citado por Apiano, y por el puerto del Lozoya en la sierra de Guadarrama llegar a la provincia de Segovia, sin pasar por aquel antiguo enclave, para divisar Coca a través del curso alto del río Cega cruzando después el Eresma, haciendo el mismo recorrido que la vía 25 del Itinerario de Antonino. En la marcha desde *Cauca* a *Intercatia*, Solana (1983: 41) indica que Lúculo seguiría la margen izquierda del río Eresma (It. Antonino 435, 4-435, 2; Ravenate, IV, 312, 2; 313, 2) hasta *Nibaria* (confluencia Eresma-Adaja), continuaría hasta el río Duero el cual atravesaría en Puente-duero y después hasta el río Pisuerga que cruzaría en Simancas, desde ahí alcanzaría *Intercatia* (Paredes de Nava, según Solana) a través de los Montes Torozos, tal y como apuntara Wattenberg (1959: 35) <figura 26>. En *Pallantia* tiene lugar el tercero de los ataques de Lúculo (Apiano, *Iber.*, 55); acceder a este enclave (Palenzuela; aunque Solana, 1983: 47, mantiene que es la actual Palencia) supone desde la Tierra de Campos bordear los Montes de Torozo por su vertiente norte. Para nuestro estudio tiene cierto interés el dato de que Lúculo se retira desde el corazón vacceo a Turdetania donde pasa el invierno (Apiano, *Iber.*, 55; según Floro, I, 33, 11, en ese tiempo Lúculo venció a vacceos y túrdulos). Es otro indicio de comunicación más o menos rápida, a través de nuevo del *puente* que representa el territorio carpetano, entre la meseta ulterior y la alta Andalucía. La interpretación de Solana adapta, una vez más, el trayecto a la red viaria romana posterior<sup>41</sup>: seguiría las rutas de las vías 24 y 25 del Itinerario de Antonio (*Item ab Emerita Caesaraugusta ; Alio itinere ab Emerita Caesarea Aususta*) hasta *Titulcia* y a partir de aquí hasta la Turdetania o el territorio de los túrdulos situado en el río Zújar y la comarca de la Serena. Por la vía 25 (*Alio itinere ab Emerita Caesar Augusta*) seguiría hasta *Lacipea* y *Metellinum* (Medellín) y por la 23 (*Item ab ostio fluminis Anas Emeritam usque*) o la 11 (*Item a Corduba Emeritam*) hasta Córdoba (Solana, 1983: 48).

<sup>41</sup> En una reciente muestra de lo mismo (Solana, 1994-95: 275-278), este autor define la red viaria del valle del Duero en el tiempo de la conquista (151-19 a.C.) a partir exclusivamente de las incursiones militares de Lúculo (151 a.C.), Lépido y Bruto (137-136 a.C.), Escipión (134-133 a.C.) y las creadas en las guerras cántabras, haciendo coincidir estas sendas de penetración militar con los itinerarios. Aun siendo una realidad que los caminos utilizados por las tropas romanas marcan muchas veces el esqueleto de posteriores itinerarios oficiales, consideramos que en este tipo de planteamientos militaristas se supedita en demasía recorridos antiguos (remontables a mediados del s.II a.C.) a trazados viarios y mansiones establecidos muchos años después en tiempo altoimperial; dudamos de la identificación exacta de tales sendas y de sus puntos estacionarios en todos los momentos, y además partimos de la idea de que los itinerarios de conquista no son aperturas *ex novo* sobre el territorio indígena, sino que en su elección más bien está presente la adaptación a viejas sendas establecidas con necesidades trashumantes, comerciales o incluso religioso-culturales y bajo la permisión del medio físico. (De todo esto nos ocupamos en el apartado III-4.1 A).

Años después (137 a.C.), un nuevo asalto a *Pallantia* se produce ahora con arranque desde el oeste-noroeste, cuando Emilio Lépidio acompañado de Bruto que regresaba de su campaña galaica hace parada en esa ciudad vaccea donde recibe un fuerte revés (Apiano, *Iber.*, 80-82). Solana (1990: 314) apunta que Junio Bruto desde *Gallaecia* tomaría la futura vía 17 del Itinerario de Antonino (*Item a Bracara Asturicam*) para empalmar con la vía 27 (*Item ab Asturica per Cantabriam*) que atraviesa la meseta norte de oeste a este; este autor pone en relación con esta campaña la ocultación del tesoro zamorano de Arrabalde, que otros investigadores fechan en tiempos de las guerras astur-cántabras. Dos años después Calpurnio Pisón repite el ataque a *Pallantia* desde la Celtiberia sin lograr el éxito que esperaba; con dirección sur, pasa el invierno del 135 a.C. en Carpetania. El tercer gran itinerario romano por el espacio vacceo en tiempos de la guerra celtibérica es el protagonizado por Escipión Emiliano en el 134 a.C.

Según Apiano (*Iber.*, 87) existía un camino directo a Numancia que Escipión no siguió a fin de evitar un posible ataque de los numantinos y con la idea de adiestrar y fortalecer su ejército desentrenado. De ahí que eligiera una ruta más larga con travesía por la geografía vaccea. Schulten identificó el camino directo que evita Escipión con la vía 27 del Itinerario de Antonino por *Caravi* (Magallón), *Turiasone* (Tarazona), *Augustobriga* (Muro de Agreda), *Numantia*, *Voluce*, *Uxama*, *Clunia* y *Rauda* (Schulten, 1937: 70), mientras que el recorrido dibujado por el famoso general sería *grosso modo* desde el paso del Pancorbo, la dirección del Arlanzón-Arlanza para llegar a las llanuras de Burgos y Palencia; luego para el trayecto *Pallantia-Cauca* en el que acontece el episodio de *Coplanio* (Apiano, *Iber.*, 88) Escipión toma el valle del Pisuerga ya que la emboscada se había fraguado donde el río cruza los Montes de Torozos, entre Palencia y Simancas, y en donde hay desfiladeros muy a propósito. Para evitar la región de Simancas, Escipión debe dar un rodeo por el este o por el oeste a fin de pasar el Duero en terreno abierto. Superado el Duero llegó a *Cauca* (Schulten, 1937: 71-72). Wattenberg sigue a Schulten en lo esencial (desde el bajo Carrión al valle del Pisuerga y a la región de Cabezón), para él el vado sobre el Duero fue Villamarcial, el mismo punto que había atravesado casi dos décadas antes Lúculo (Wattenberg, 1959: 24-25, 38-39) <figura 26 A>. Montenegro (1985: 243) señala que la senda de Escipión fue la vía 32 del Itinerario antoniniano por *Calagurris* (Calahorra), *Vereia* (Varea), *Tritio* (Tricio), *Lybia* (Leiva), *Segesamunculum* (Cerezo de Riotirón), *Virouesca* (Briviesca), *Tritium Autrigorum* (Monasterio de Rodilla), *Deobrigula* (Tardajos), siguiendo el

Arlanzón-Pisuerga hasta *Pallantia*; vía más al sur que la propuesta de Schulten con la que se evita también el paso por Numancia. Sí coincide con Schulten en que el camino más rápido que rechaza Escipión es la posterior vía 27 del Itinerario, que va más o menos paralela al curso del Duero. En opinión de Solana (1983: 39-40; *id.*, 1990: 314-315), se repite en sentido inverso exactamente el mismo y largo recorrido realizado por Lúculo 17 años atrás.

Si nos acercamos ahora al espacio más meridional de los vetones, al margen de las primeras alusiones de estas gentes luchando fuera de su territorio (la controvertida información de Nepote acerca de la muerte de Amílcar enfrentado a los vetones; la coalición con vacceos y celtíberos a las puertas de *Toletum* transmitida por Livio; la asociación con oretanos a principios del s.II a.C. recogida en *De viribus illustribus*; y las conocidas incursiones hacia el sur acompañando a lusitanos en la década de los 50 del s.II a.C. recogidas por Apiano...) el anclaje oficial de Roma en Vetonia parece que no acontece hasta los años finales del conflicto lusitano, cuando tal y como nos da a saber una vez más Apiano (*Iber.*, 70) Q. Servilio Cepión en ofuscada persecución de Viriato “dándose la vuelta hacia los vetones y galaicos asoló sus campos”. Este acontecimiento se ha fechado en el 139 a.C., un tiempo algo tardío que nos hace pensar si previamente no habría existido alguna incursión romana en este territorio occidental desde el sur o el este siguiendo el corredor del Tajo, más aun cuando ya hemos comprobado la vitalidad de la comunicación norte-sur por el pasillo vetón en distintos momentos a través de la bien activada senda de la Plata. En efecto, Roldán (1971: 175-180) defiende que fue Servilio Cepión quien bautiza la construcción romana del viejo Camino de la Plata, desde el río *Anas* atravesando el Tajo hacia el norte en busca del Duero, erigiendo en su vera los primeros asentamientos militares en la zona cacereña, los *Castra Servilia* (Sayas, 1985; *id.*, 1993: 216, donde se recoge la bibliografía anterior). Pero las fuentes nada confirman sobre desplazamientos romanos en la región con anterioridad a la fecha del 139 a.C.<sup>42</sup> Por razones que ya se han visto, especialmente el carácter marginal de los vetones en las fuentes como espacio de

<sup>42</sup> Las correrías de Viriato tienen lugar fundamentalmente en la provincia Ulterior <figura 25>. El valle del Betis turdetano, la Beturia y la Carpetania son el escenario del hostigamiento lusitano a las tropas de los pretores romanos, no pareciendo de gran importancia en el registro literario la acción en la Lusitania interior ni en Vetonia, aunque sus habitantes se vieran afectados por el conflicto. Por ello tampoco al hilo de la persecución romana de Viriato se nos ofrece el decorado de la meseta occidental que estudiamos. Para el recorrido (multidireccional) de Viriato véase la historiografía tradicionalista inaugurada con Schulten (1917; *id.*, 1937: 96-127, este último sin gran precisión) y trabajos más recientes, así García Moreno (1988b), Pérez Vilatela (1989a; *id.*, 1989b), de Francisco (1989: 65-70), que enjuician con fuerza no sólo la conexión sino incluso la filiación meridional de Viriato.

transición al cual se asocian y la omisión de su papel en la crisis celtíbero-lusitana del segundo tercio del s.II a.C., el grado de conocimiento del interior vetónico es en absoluto comparable al del solar vacceo. En nada, ni en vías, ni en recorridos militares, ni en ciudades. Todo lo más abundan expresiones genéricas del tipo *ex Lusitania per Vettones*, *Vettonum agrum*, *Vettonum aedo*, *campis Vettonum*, etc. Muy poco tiempo después de la acción de Cepión, probablemente en el 138 a.C., asesinado ya Viriato, D. Junio Bruto lleva a cabo una violenta expedición en tierras lusitanas cruzando los cursos bajos del Tajo y Duero hasta alcanzar el país de galaicos y brácaros donde tuvo la *osadia* de atravesar el mítico río Letes (Apiano, *Ib.*, 71-73). En este segundo momento importante de apertura, Bruto *el Galaico* pudo pisar terreno vetón por algún sector de su área más occidental, pero en cualquier caso los datos son tan superfluos que vemos secundario especular sobre el camino seguido. De mayor solidez es asumir que con la campaña de Junio Bruto el occidente peninsular hasta al menos la línea del Duero queda por primera vez sometido al control romano como nueva frontera de anexión, formando parte del mismo el espacio vetón (de Francisco, 1989: 71).

Vamos a dar un salto cronológico para situarnos en el horizonte sertoriano, momento en el que otra vez las tierras de vetones y vacceos se nos ofrecen de la mano de los clásicos como un tablero sobre el que *viajan* jugadas políticas <figura 27 A y B>. El tiempo es ya algo postrero para nuestro estudio sustancialmente prerromano, pero nos va a servir como último referente en el objetivo de este capítulo: la frecuencia en la observación de líneas de movimiento (ataviadas con coraza y *pilum* romanos en los clásicos) que nos llevan a reconocer un antecedente en su trazado (figurado en los propietarios de espadas, carros y sagos meseteños), que suponemos de cuantiosa relevancia.

En primer lugar cabe destacar los pasos de Cecilio Metelo por tierras de la provincia lusitana para enfrentarse al rebelde Sertorio en los años 79-78 a.C. García Morá (1991) ha llevado a cabo una completa revisión de este episodio histórico. En su opinión, Metelo haría uso de la Vía de la Plata parcialmente, sólo en el primer tramo desde el Guadiana, pasando por Alconétar y hasta el corredor del Alagón, para girar hacia la derecha y abandonar el viejo camino tartésico, adentrándose en territorio propiamente lusitano<sup>43</sup>

<sup>43</sup> "El 79, durante la primavera, posiblemente ya casi comenzado el verano, cruzó el Guadiana por uno de los vados existentes entre *Metellinum* y *Emerita*. Continuó hacia el norte cruzando el río Salor y la Sierra de Montánchez hasta fijar su campamento en las cercanías de la actual Cáceres (*Castra Caecilia*). Desde aquí, siempre hacia el norte, llegaría

<figura 27 A>. Sería esta zona interior portuguesa (sierras de Avelos, Guardunha, la Estrella, los macizos de Gralheira, La Lapa, Montemuro, y los ríos cercanos Mondego, Agueda, Dao Rivera y Vouga) el escenario de la lucha de Metelo contra Sertorio y sus aliados lusitanos, con triunfo para estos últimos. Sin embargo, Ribagorda (1988: 759-761) cree que la acción se desarrolló en el extremo meridional portugués, la tierra de los conios, y no tanto en el corazón lusitano de la línea del Tajo. En cualquier caso, lo que está claro es que hay que relacionar estas campañas con las fundaciones militares de Metelo, caso de *Metellinum*, del debatido *castra Caecilia* (Sánchez Abal, 1983; Sayas, 1985; Esteban/Sánchez Abal, 1988) y de otros puntos viarios como *Vicus Caecilius* o *Caelionicco* en el *Iter ab Emerita Asturicam* (Roldán, 1971: 170-175).

Poco después de estos acontecimientos Sertorio se dirige a la Celtiberia desde Lusitania a través de Vetonia y Carpetania; en su afán por no llamar la atención de Metelo y para contactar con el mayor número posible de gentes, toma el curso del Tajo y atravesando el territorio vetón penetra en Carpetania, pasa cerca de *Toletum* y sigue remontando el Tajo hasta alcanzar el Jalón (García Morá, 1991: 150-151); es entonces cuando tiene lugar un enfrentamiento con los indígenas caracitanos (Plutarco, *Sert.*, 17, 1-13) (sobre este hecho, Solana, 1994c; donde se identifica *Caraca* con la actual Tarancón, Cuenca).

La relación de Sertorio no sólo es fuerte con la Celtiberia histórica sino también con la vecina tierra vaccea. Por ello se explica que ordene al lugarteniente Cayo Insteyo, prefecto de caballería, ir a territorio vacceo y a Segovia en el 76 a.C. para aprovisionarse de caballos (Livio, *Per.*, 91)<sup>44</sup> <figura 27 B>. Éste parece moverse por terreno berón siguiendo el

---

al río Tajo que vadearía a la altura de Alconétar. Una vez llegado a este punto continuaría hasta el valle del río Alagón y aquí es donde nosotros diferimos con los demás especialistas. Para Schulten, Spann...etc., Metelo debió de continuar hacia el noreste por el cauce de este río hasta Puerto Béjar y, por tanto, le atribuyen *Vicus Caecilius*; con ello implican de modo directo y primario a los vetones en esta acción. Nosotros pensamos que de ser cierta esta idea (hemos de reconocer que no tenemos más argumentos que los mostrados hasta ahora para negarla) Metelo tendría una única intención, limpiar las sierras de Gata y Peña de Francia dado que para asaltar la de Gredos existen otros caminos más apropiados. No negamos que algunas bandas de vetones corriesen al lado de Sertorio pero no creemos que por esta razón el procónsul con sólo sus tropas declarase una guerra en toda regla innecesaria en parte a dos confederaciones tribales. Dado lo dudosos de la atribución del mencionado *vicus*, lo inseguro del atesoramiento de Béjar, y la no mención de los vetones en las fuentes por el momento, pensamos que Metelo y sus legiones llegados al río Alagón, *respetando* el límite territorial vetón y ante lo innecesario de la invasión, giró hacia occidente y en dirección noroeste apuntó al corazón de Lusitania, la Sierra de la Estrella" (García Morá, 1991: 101) <figura 27 A>.

<sup>44</sup> Al mismo tiempo Sertorio envía a Marco Mario a la Celtiberia Ulterior (tierras de arévacos y pelendones) con el objeto hacerse con una buena cantidad de trigo (Livio, *Per.*, 91) <figura 27 B>. García Morá (1991: 209) piensa que Livio confunde tierras y motivos, y cree más lógico que Insteyo buscará entre los vacceos trigo, afamados por sus producción cerealística, y Mario solicitara a los celtíberos caballos. El planteamiento es sugerente y lógico, pero que los

curso alto del Ebro, de ahí a tierras turmogas donde alcanzaría el alto Arlanzón cuyo valle descendería hasta tomar el Pisuerga en el corazón vacceo; cruzaría luego el Duero por un punto poco preciso y por el cauce del Eresma se dirigiría a Segovia. Insteyo tenía que reunirse con Sertorio en *Contrebia Leukade* para lo cual, desde Segovia, alcanzaría la cabecera del Jarama y del Henares por Carpetania para, siguiendo la ruta que un año antes había realizado Sertorio, desembocar en el Jalón y unirse en Contrebia a Sertorio desde donde, ya suficientemente reforzados, emprenderían la marcha hacia Levante para enfrentarse a Pompeyo <figura 27 B>. Poco después les esperaba un sonado triunfo en la batalla de Lauro (García Morá, 1991: 209-210). Cercano a su final<sup>45</sup>, todavía Sertorio paseará por el fuero vacceo en ayuda de *Pallantia*, asediada por Pompeyo (Apiano, B.C., I, 112, 523-524). El joven general optimate había tomado en el 74 a.C. la ciudad de *Cauca* mediante un engaño (Frontino, II, 11, 2); todo parece indicar que Pompeyo haría uso de las pistas ya abiertas junto a los ríos por las que se habrían desplazado los ejércitos en movimientos anteriores.

Terminamos ya el repaso que nos propusimos en este capítulo. Del mismo extraemos la sensación de que Roma al adentrarse hacia el interior meseteño en el proceso de conquista peninsular no lo hace de forma aleatoria, o no al menos tan fortuitamente como se ha pensado. Sigue unas sendas que estaban abiertas desde antiguo: vías naturales amparadas en corrientes fluviales, cañadas ganaderas, caminos activados por el comercio, itinerarios de eternas correrías bélicas..., en fin, rutas que unen aldeas y ciudades y que atraviesan campos de diversas entidades étnicas. Especialmente grabada con estos surcos se nos pinta la llanura vaccea. Con dirección norte-sur y este-oeste, en la cuenca media del Duero se articula una red de comunicación que tiene en el eje tripartito *Cauca-Intercatia-Pallantia* su nudo principal, al menos así lo indica el recorrido de las tropas romanas durante más de cien años. Al tiempo que se sirven de tales caminos, los ejércitos romanos bajo la dirección de generales de ambición desmedida (Lúculo, Galba) o de alto ingenio (Escipión Emiliano), buscan romper la conexión establecida entre las comunidades

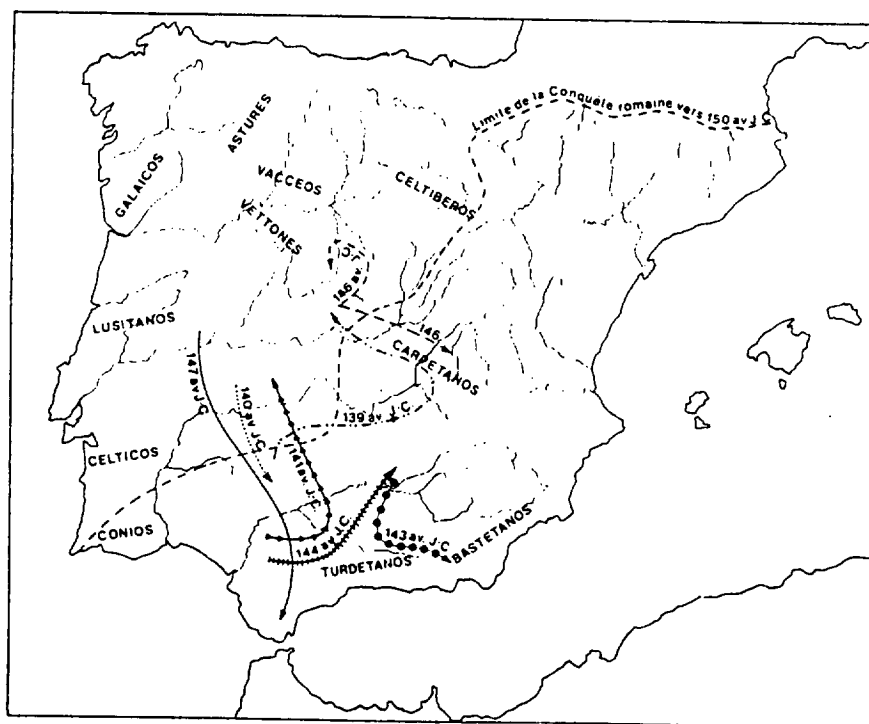
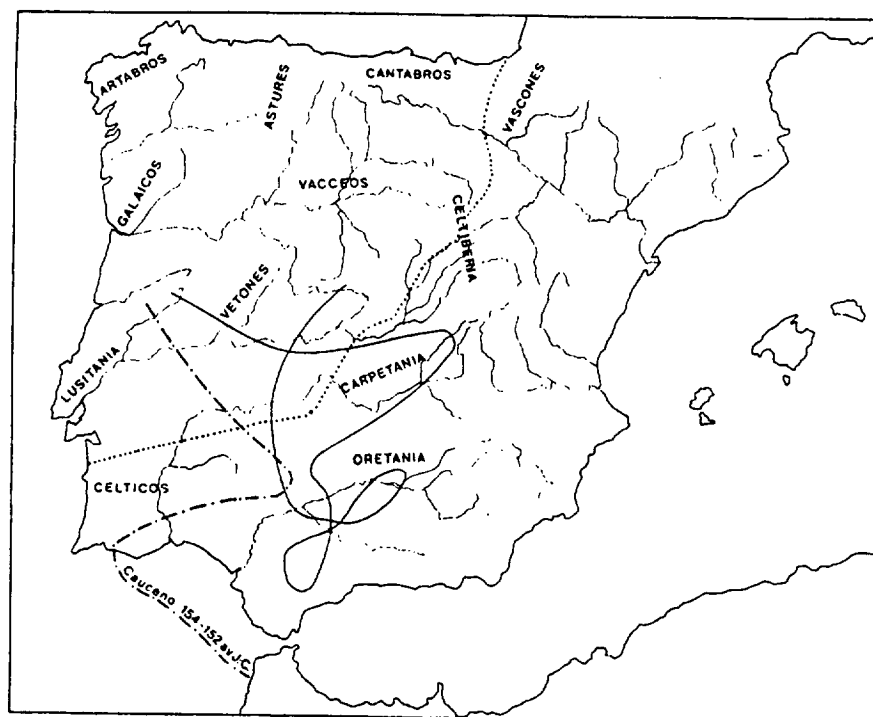
---

vacceos tuvieran un alto desarrollo agrícola no está reñido con la existencia de un potente ganado caballar, tal como otros datos ya comentados ponen de manifiesto.

<sup>45</sup> García Morá (1991: 333-338), en contra de la suposición tradicional según la cual Sertorio acaba acorralado y asesinado en Osca (72 a.C.), piensa que debió retirarse, perdidas sus posesiones, desde la meseta vaccea hacia occidente, Lusitania y Vetonia, lugares de partida y últimos reductos de su causa. Esta hipótesis no deja de ser un reflejo indirecto de proximidad geográfico-cultural y de comportamiento coincidente de estas gentes meseteñas (vid. nota 23).



indígenas para que así sea más fácil su avance. Leemos en los clásicos que de una ciudad se llega a otra, que el sitio de una plaza abre el de otras tantas, que los habitantes de un núcleo se refugian enseguida en otro, que el auxilio y la alerta son tan veloces como el paso romano devastando campos de cereal o bloqueando el intercambio entre comunidades..., todo ello sería imposible sin la existencia de un sistema de comunicación. En no pocas ocasiones Roma revistió de piedra la traza de viejos senderos polvorientos.



**FIGURA 25.** Interpretación de los movimientos de lusitanos y de Viriato, según Aguado Bleye, Bosch Gimpera y Gundel (Almagro Gorbea, 1995c: 24, fig.5a y 5b)

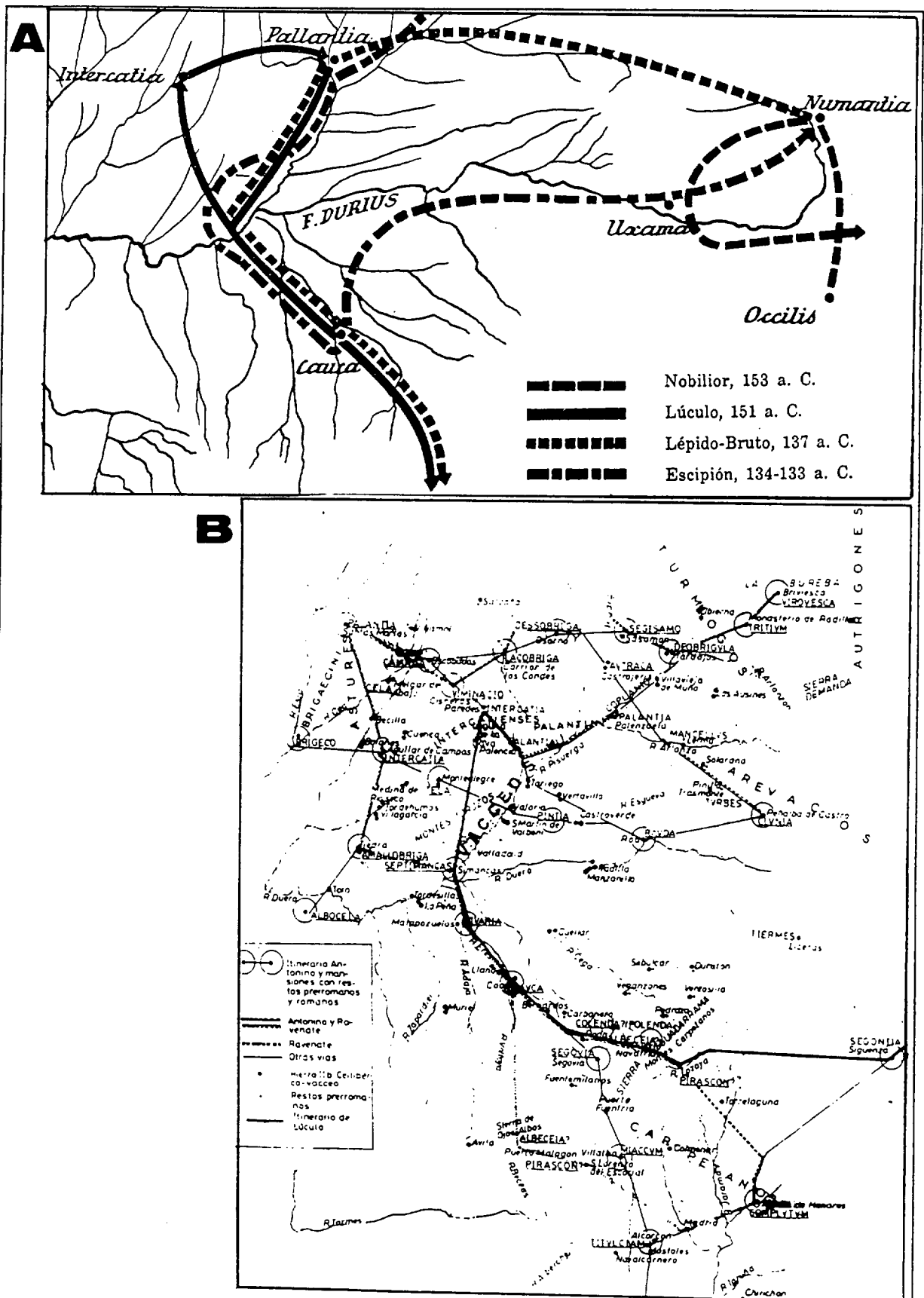


FIGURA 26. A- Campañas romanas sobre la región vaccea a mediados del s.II a.C. (Wattenberg, 1959: 34, fig.4) B- Recorrido de Lúculo contra los vacceos (151 a.C.) (Solana, 1983: 51)

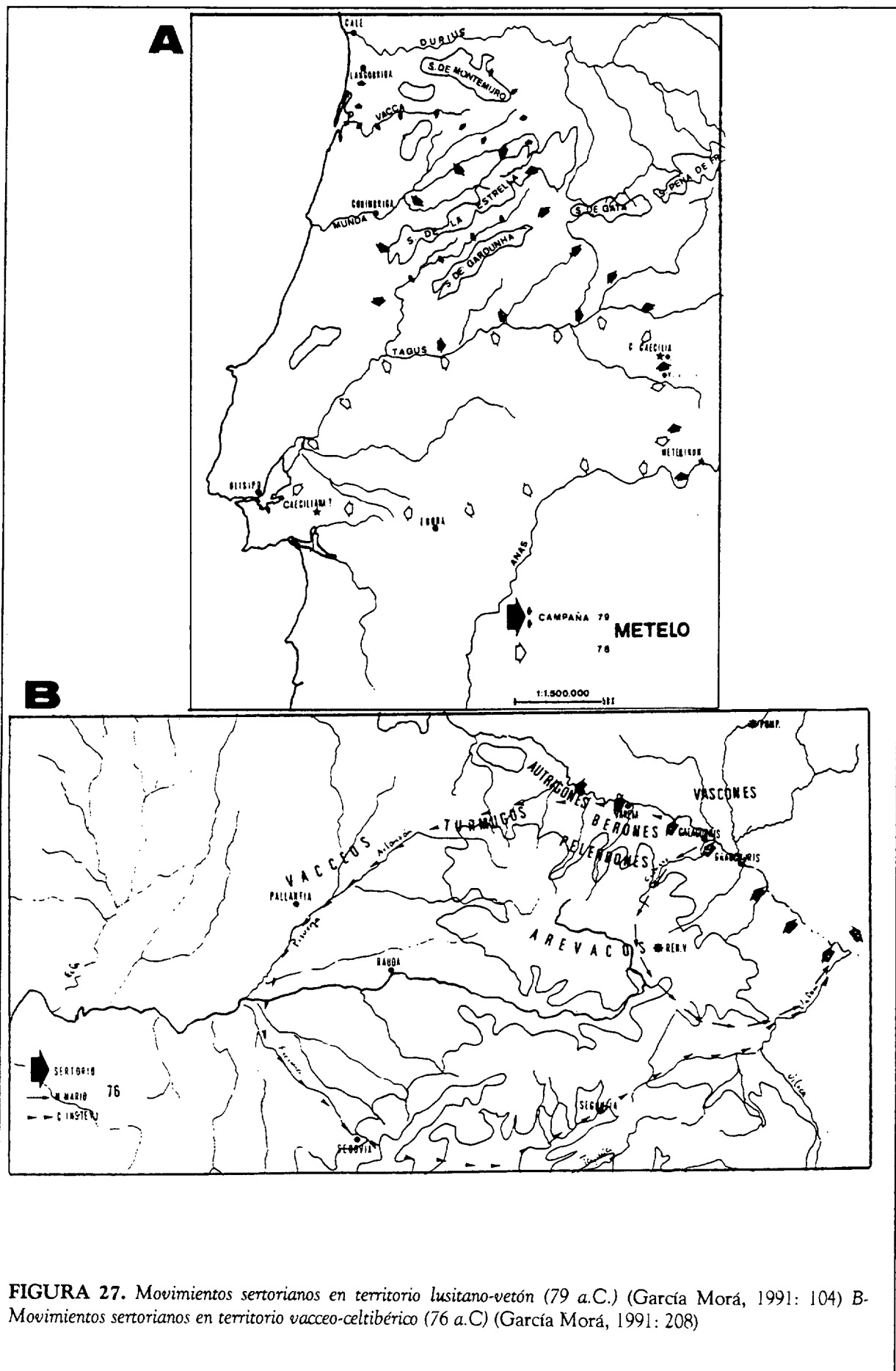


FIGURA 27. Movimientos sertorianos en territorio lusitano-vetón (79 a.C.) (García Morá, 1991: 104) B- Movimientos sertorianos en territorio vacceo-celtibérico (76 a.C.) (García Morá, 1991: 208)

## II-2 FUENTES ARQUEOLÓGICAS

### II-2.1 EVIDENCIAS MATERIALES DIRECTAS

Conviene establecer una serie de puntualizaciones antes de proceder a la presentación comentada de los objetos mueble declarantes de contacto interregional. En primer lugar limitamos el marco cronológico exclusivamente a la Segunda Edad del Hierro, tomando como referencia de partida el ecuador del s.V a.C. La fecha del 450 a.C. es una marca que no implica ningún hiato total -sí algunos cambios-, pues como hemos pretendido demostrar abogamos por el proceso continuado de formación cultural de estos pueblos desde tiempo anterior<sup>1</sup>. Por tanto hacemos uso de esa fecha *post quem* sólo para facilitar la clasificación de materiales y concentrar su análisis, y situamos el límite inferior en el tiempo de la penetración final romana en el interior (fines del s.II-inicios s.I a.C, sin exhaustividad). Somos conscientes de la amplitud cronológica (más de 300 años) y por tanto de los virajes en la intensidad y en la vías de llegada de los objetos que en buena lógica deberían hacernos establecer diferentes fases dentro de ese tiempo. Pero aunque la visión que ofrecemos esté excesivamente apelmazada, aquí no pretendemos otra cosa que reunir un cuerpo documental determinado. Más adelante, y atendiendo a otros indicios, será momento para distinguir fases de contacto e intentar explicar su razón de ser.

El que denominemos a este apartado *evidencias materiales directas* no quiere decir, ni mucho menos, que los objetos que incluimos sean en su totalidad importaciones en el sentido literal de la palabra. Existe una diversificación en el grado de foraneidad de los objetos tan amplia como abiertos son sus mecanismos posibles de llegada<sup>2</sup>. Con la

---

<sup>1</sup> Así pues, es obvio suponer que la llegada de productos exógenos en el Hierro II a la meseta no se inicia ahora, sino que forma parte de una tradición de conexión inter-regional muy antigua en el tiempo (*vide* capítulo de antecedentes, III-2); lógicamente sí se producen algunos cambios de orientación sobre esos precedentes de contacto que matizan, en realidad conforman, la personalidad cultural de los pueblos que estudiamos, una realidad cultural sólo parcialmente nueva.

<sup>2</sup> Un reciente trabajo de S. Needham (1993) aborda con habilidad la metodología y los problemas en el estudio del desplazamiento y el intercambio partiendo exclusivamente del análisis arqueológico, de forma parecida a lo que pocos años antes había planteado D. Olausson (1988). La primera idea de Needham es que la arqueología sólo puede llegar a corroborar el desplazamiento de bienes foráneos en una dimensión espacial o temporal, pero no su sentido histórico. La razón de ese movimiento no tiene por que ser siempre el comercio (intercambio), sino que entran en juego muchas otras variables más o menos silenciosas (migración, pillaje, préstamo, presencia casual...); además, la ubicación de hallazgos sobre mapas de dispersión tampoco explica los modos de desplazamiento del objeto (Olausson, 1988). Otros factores a tener en cuenta son: la escasez de testimonios en contextos originales, el espacio que ocupan sin dejar huella

excepción de algunos elementos, resulta harto difícil determinar la génesis exacta de gran parte del material calificado tradicionalmente con términos del tipo *exótico* o *importado*, en relación al contexto en el que aparecen. Cerámicas, armas o bronces que responden a tipos no locales se mueven en un abánico de posibilidades clasificatorias que va desde considerarlos importaciones aisladas, pasando, por ejemplo, por la idea de lotes comprados -en ambos casos la llegada desde el foco de partida puede ser directa o a través de intermediarios, lo cual altera aun más su carácter original-, imitaciones autóctonas a partir de modelos externos, readaptaciones, o sencillamente ejemplares que adoptan en solitario elementos decorativos, formales o técnicos de fuera para ser plasmados en producciones por lo demás tradicionales<sup>3</sup>. A esto hay que añadir otros factores distorsionadores: el

---

los objetos perecederos, las posibilidades de reutilización de un objeto alterando su sentido original y, sobre todo, la movilidad del objeto desde que se elabora hasta su deposición definitiva (*life-cycles*). En relación a esto último: "Few workers have acknowledged the importance of the histories of individual objects before they were consigned to the earth. These invisible stages of use and circulation contain, of course, the very acts of exchange which absorb us in social reconstruction. This invisibility even applies to the initial transfer to new hands, since we do not know and can only deduce at what distance (spatially, temporally, socially) that transfer occurs from the production locus" (Needham, 1993: 166). Por todo ello la clave para llegar mejor al valor de la *importación* es atender con fuerza al contexto en el que aparece (las actitudes de la sociedad en la que tiene lugar la interacción y, si es posible, los efectos de lo foráneo en el sistema cultural local): "The intention is to encompass not simply the record of physical displacement in relation as general material fall-out into the archaeological record, but also the uses to which material was put and, implicitly therefore, a judgement on value to the particular society. Without doubt this stage is highly interpretative and fraught with problems. Alternative hypotheses may, however, be reduced by broadening the scale of detailed studies; a multiplicity of comparison between neighbouring territories, successive periods and co-existent cycles of circulation (of different types/materials). How one society treated a given material for instance, could well have a crucial effect on its availability to neighbouring groups. The foregoing shows just how tenuous is the interpretation of exchange and circulation. Contrast this with the case of cataloguing displacement (...). For these aspects the necessary backdrop is an insight into the attitudes of human groups to material culture at large: practices of consumption (ritual or otherwise), modes and control of production, receptiveness or not to stylistic or technological influences, and level of exploitation of local resources -in short, the materials value system of social groups. Interpretation will also need to take into account wider issues such as relations with immediate neighbours, subsistence economy, and demographic patterns. Only in this way will we characterise the social institution that is exchange" (Needham, 1993: 167-168).

Yendo más allá, otro aspecto relacionable de gran interés pero en el que no vamos a entrar por su dificultad y por alejarse de nuestro objetivo principal, sería discernir el peso que tienen estos elementos foráneos integrados en sistemas locales en la definición de la identidad cultural del grupo. En este sentido, la cultura material de una sociedad, la personalidad de esas gentes en definitiva, podría tener una medida de definición y de distinción con respecto a otra sociedad en el mayor número de préstamos culturales adoptados/transformados con que contara (Schortman, 1989; Schortman/Urban, 1987), elementos que generalmente conducen a una cultura material más activa y enriquecida. Pero también habría que incluir en la determinación de esa identidad cultural otros factores de influencia de tipo histórico (por ejemplo, las transformaciones provocadas por presión militar o política, las posibilidades económicas, los procesos de producción y distribución...etc.). *Vide* para estos aspectos los distintos enfoques teóricos propuestos por Hodder (1979), Shennan (1989), Eriksen (1993: 67-70) y Wells (1995d).

<sup>3</sup> En este sentido se manifiesta W. Kurtz quien, con gran acierto en nuestra opinión, se hace cargo de la diferencia existente entre la transmisión de un tipo sin más (objeto) y la transmisión de modelos culturales (idea): "En el caso de la importación de objetos siempre queda la duda sobre su entendimiento por parte del receptor, lo que obliga a relativizar el valor probatorio de estos datos; y, salvo casos muy especiales, resulta casi imposible llegar a saber el papel que jugaban estas piezas importadas en el contexto funcional-material y en el simbólico-cultural del importador. De allí la relativización citada sobre el valor probatorio de estas piezas al respecto de la transmisión de valores culturales. En gran parte estas dudas se resuelven en el caso de la transmisión de modelos. Es decir: cuando puede probarse que el receptor integra en su cultura pautas de comportamiento propias de la del emisor. La misma existencia de esta transmisión implica entendimiento por parte del receptor del significado *in se* de lo que se importa (al menos parcialmente): la integración del modelo importado en la estructura funcional-material de la cultura propia y asimilación en su contexto simbólico-cultural (si esto implica transformación y/o sustitución de lo asimilado y de lo preexistente, o la elaboración de nuevos postulados, es un problema diferente); y, a mi entender, permite trasladar parte de las deducciones efectuadas a partir del hecho cultural en origen a la cultura receptora" (Kurtz, 1991: 190).

tiempo, entendido como proceso evolutivo, y a su paso los (posibles) cambios de estilo y significado, aspectos en los que muchas veces no se repara.

Por tanto el tema es más difícil de lo que pudiera pensarse, y no queda cerrado con la sencilla relación de objetos sin más. Reconociendo los problemas y lagunas de este tipo de aproximaciones, en las siguientes páginas vamos a mostrar documentos materiales que, sin hablar, nos dan señales de interacción. De entrada referimos los hallazgos de ambas esferas (vetones y vacceos) por separado, pero muchas veces la distinción es muy leve o no existe porque las piezas se concentran en un sólo espacio; así, el comentario es más bien general para ambos grupos. Hacemos hincapié en el contexto de los hallazgos (poblado, necrópolis, atesoramiento, materiales asociados, cronología...), pero no llevamos a cabo un inventario completo, con búsqueda intensa de paralelos en la más pura tradición arqueológica... Aun a costa de perder muchos detalles, queremos huir del análisis exclusivamente tipológico para no alejarnos de lo que verdaderamente nos interesa, la trascendencia histórica de estos datos<sup>4</sup>. Tampoco es éste el lugar para profundizar en explicaciones sobre la procedencia y el sentido de estas piezas o sobre su repercusión en los contextos indígenas que las registran. Aunque podamos anunciar aquí alguna idea personal en esos derroteros, la interpretación global de esta documentación arqueológica se lleva a cabo, conjugada con otros testimonios presentados, en la parte final nuestro estudio.

---

Igualmente nos parecen de interés las reflexiones de González-Tablas a propósito del material *orientalizante* de Sanchorreja (Ávila); este autor establece una diferencia entre: a) valor cultural importado (un hallazgo exótico), b) valor cultural local (lo que surge de la dinámica local) y c) un estadio intermedio a los anteriores: la imitación, entendida como la asimilación particular de un concepto foráneo (valor local + importación) (González-Tablas *et alii*, 1991-92: 326-328).

<sup>4</sup> Como ya hemos tenido ocasión de comentar, no existe un estudio completo sobre contacto cultural y elementos importados en la Protohistoria Final meseteña; predominan las noticias puntuales sobre piezas exóticas singulares, con buenas descripciones y repaso de paralelos externos pero faltas en la mayoría de los casos de un contexto explicativo (García y Bellido, 1932; Maluquer, 1952; *id.*, 1957a; Molinero, 1958b; Fernández Gómez, 1972; *id.*, 1991a; *id.*, 1996b; Cuadrado, 1976-78; Almagro Gorbea, 1976-78; Kurtz, 1980; Sanz/Campano, 1987; Cabrera/Sánchez, 1994; Cerdeño *et alii*, 1995; etc.). No obstante muy recientemente esta línea se está empezando a potenciar con una serie de análisis de alcance algo mayor. Así, García Huerta (1992), quien realiza una revisión de los elementos ibéricos en necrópolis celtibéricas; Martínez Quirce (1992), que estudia desde el punto de vista iconográfico la influencia cultural ibérica en la plástica celtibérica; Moreno Arrastio (1995a), donde se ofrece una revisión bibliográfica sobre elementos orientalizantes en las culturas meseteñas del Ier milenio a.C.; Baquedano (1996), para materiales de filiación mediterránea de la Edad de Hierro en la provincia de Ávila; o Cerdeño *et alii* (1996), para una visión general de piezas importados en los sectores nororiental y suroccidental de la meseta norte.

## A- CERÁMICA

### IMPORTACIONES GRIEGAS

Debido a su singularidad y escasez hacemos un estudio individualizado de los hallazgos griegos en la meseta occidental, diferente al tratamiento de las especies de barniz rojo o de pastas grises donde establecemos una exposición general mucho menos pormenorizada.

#### Cerámica corintia

##### VACCEOS.

- . *Lugar*: Palenzuela (Palencia) ¿? <figura 28 A>
- . *Contexto*: Desconocido
- . *Comentario*: Píxida de estilo corintio, de paredes convexas, decorada con un friso animal representando panteras, un pájaro o cisne y una cabra o venado pasciendo; rosetas y puntos en el fondo. Es atribuida al pintor Stobart. La pieza pertenece a la colección del capitán inglés E.G. Spencer-Churchill, que forma parte de los fondos antiguos del Ashmolean Museum de Oxford. El registro de entrada de la píxida indica que esta pieza, junto a otras cerámicas decoradas con líneas rojas y blancas, fueron compradas en Burgos en 1921. El vendedor aseguró que, a su vez, las había obtenido de manos de una mujer natural de Palenzuela, poseedora de las cerámicas halladas en las cercanías de dicha villa palentina. No está claro la atribución de esos datos a la píxida<sup>5</sup>.
- . *Cronología de la pieza*: primer cuarto del s.VI a.C. (c. 580 a.C.)
- . *Bibliografía*: inédita en España; Catálogo de la Colección Spencer-Churchill del Ashmolean Museum (*Exhibition of Antiquities and Coins*), Oxford, 1965: 9, nº 48; Higgins (1963: 97, fig.2)

#### Cerámica ática de figuras rojas

##### VETONES

- . *Lugar*: Villavieja del Tamuja (Botija, Cáceres) <figura 28 B>
- . *Contexto*: Apareció en el transcurso de la excavación del poblado, en concreto en el departamento o vivienda nº 6 del recinto A o septentrional (nivel I).
- . *Comentario*: Pequeño fragmento de galbo de un vaso impreciso (¿cíllica?). Resulta imposible determinar el tema decorativo del que sólo se vislumbra un trazo curvo abierto (¿parte de una voluta?) en un ángulo superior a los 100º comprendido entre dos franjas.
- . *Cronología de la pieza*: segundo cuarto del s.IV a.C.

---

<sup>5</sup> Agradecemos al Dr. Domínguez Monedero la llamada de atención sobre esta cerámica de la que tuvo conocimiento (y pudo fotografiar) en una estancia en Inglaterra. A pesar de la imprecisión en las noticias sobre su origen, y suponiendo la confirmación de su procedencia palentina, la píxida es un documento excepcional por su antigüedad como hallazgo griego en la meseta norte. La corintia es una variedad cerámica muy escasa en la Península, inexistente al norte del Guadalquivir y al interior del litoral catalán-levantino.

No hace mucho el Dr. Michael Vickers, conservador del Ashmolean Museum, nos respondía en una carta (17 de Enero de 1997) a las consultas que, a través del Dr. Domínguez Monedero, hacíamos sobre la pieza. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento también hacia el Dr. Vickers, siquiera indirectamente, por su información.



. *Bibliografía*: Hernández *et alii* (1989: 96, 99 fig.56. 584, 140, lám. IV, 7); Beltrán (1982: 43); Rouillard (1991: n° 33, 839 microfichas)

---

- . *Lugar*: La Burra (Trujillo)
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial
  - . *Comentario*: Fragmento de pie de cónica ática. Expuesta en el Museo de Cáceres, donde fue donada por su propietario D. Alfonso Naharro. De la decoración del pequeño fragmento sólo se conservan dos líneas negras en el medallón interior. La cerámica es de color ocre de buen corte y decantación.
  - . *Cronología de la pieza*: primera mitad s.IV a.C.
  - . *Bibliografía*: Beltrán Lloris (1973: 140; *id.*, 1982: 43, 83)
- 

## VACCEOS

- . *Lugar*: Dehesa de Morales (Fuentes de Ropel, Zamora) <figura 28 C>
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial en el transcurso de prospecciones sobre el yacimiento
  - . *Comentario*: Fragmento de un asa de pélice de figuras rojas; presenta decoración de palmeta con diez pétalos.
  - . *Cronología de la pieza*: primera mitad del s. IV a.C. (370-350 a.C.)
  - . *Bibliografía*: Martín Valls/Delibes (1978: 329-331); Rouillard (1991: n° 304; 864 microfichas)
- 

## Cerámica ática de barniz negro:

### VETONES

- . *Lugar*: El Raso (Candeleda, Ávila) <figura 29>
  - . *Contexto*: Forma parte del ajuar de la sepultura n° 5 de la necrópolis de El Raso (sector El Arenal, núcleo A).
  - . *Comentario*: Copa íntegra y lisa de la forma 21 de Lamboglia; el fondo está decorado con cuatro palmetas iguales individualizadas impresas en hueco-relieve, dispuestas alrededor de un pequeño círculo inciso en forma de cruz bastante irregular, dentro de una doble orla circular de impresiones a ruedecilla, recogidas por un círculo mayor concéntrico inciso. La pasta cerámica es de tonos claros. La boca presenta un diámetro de 11,8 cm.
  - . *Cronología de la pieza*: s.IV a.C. (370-350 a.C.)
  - . *Bibliografía*: Fernández Gómez (1972: 273, fig.1; *id.*, 1986: 557-559, 827-828); Rouillard (1991: n°34; 862 microfichas)
- 

- . *Lugar*: El Raso (Candeleda, Ávila) <figura 29>
  - . *Contexto*: Forma parte del ajuar de la sepultura n° 5 de la necrópolis de El Raso (sector El Arenal, núcleo A).
  - . *Comentario*: Copa similar a la anterior, también de la forma 21 de Lamboglia y de pasta clara. No se conserva casi nada del fondo, y por eso se desconoce su decoración completa; sólo se muestran los puntos extremos de dos palmetas, apenas perceptibles, la doble orla circular a ruedecilla y el círculo inciso que recoge todo el motivo. La boca presenta un diámetro de 14 cm.
  - . *Cronología de la pieza*: s.IV a.C. (370-350 a.C.)
  - . *Bibliografía*: Fernández Gómez (1972: 273, fig.2; *id.*, 1986: 558-559, 827-828); Rouillard (1991: n°34; 862 microfichas)
- 

- . *Lugar*: El Raso (Candeleda, Ávila) <figura 30>
- . *Contexto*: Forma parte del ajuar de la sepultura n° 29 de la necrópolis de El Raso (sector El Arenal, núcleo A).

. *Comentario:* Copa íntegra y lisa de barniz negro. Al igual que las dos anteriores se corresponde con la forma 21 de la clasificación de Lamboglia y su decoración se basa en cuatro palmetas impresas en huecorrelieve, dispuestas en forma de cruz irregular y rodeadas de dos círculos impresos a ruedecilla. Es posible que hubiera otro mayor, a base de una línea triple, que sólo aparece en un pequeño fragmento. Diámetro de la boca: 11,8 cm.

. *Cronología de la pieza:* s.IV a.C. (370-350 a.C.)

. *Bibliografía:* Fernández Gómez (1972: 273, fig.3; *id.*, 1986: 614-615, 827-828); Rouillard (1991: n°34; 862 microfichas)

---

. *Lugar:* La Osera (Chamartín, Ávila)

. *Contexto:* Forma parte del ajuar de la sepultura 1, túmulo D de la Zona I de la necrópolis de la Osera.

. *Comentario:* Copa o plato de barniz negro fragmentado precampaniense, probablemente se corresponda con la forma 21 de Lamboglia. No conocemos dibujo ni fotografía de la pieza.

. *Cronología:* mediados s.IV a.C.

. *Bibliografía:* Cabré de Morán/Morán (1990: 78), Baquedano (1996: 78-79).

---

. *Lugar:* La Osera (Chamartín, Ávila)

. *Contexto:* Al igual que la anterior forma parte del ajuar de la sepultura 1, túmulo D de la Zona I de la necrópolis de la Osera.

. *Comentario:* Hallazgo similar al anterior; plato de barniz negro fragmentado precampaniense, probablemente se corresponda con la forma 21 de Lamboglia. No conocemos dibujo ni fotografía de la pieza.

. *Cronología:* mediados s.IV a.C.

. *Bibliografía:* Cabré de Morán/Morán (1990: 78), Baquedano (1996: 78-79).

---

Las distintas zonas inéditas de la necrópolis de La Osera contienen en algunas de sus tumbas otras piezas áticas de barniz negro (al menos siete) a largo de un intervalo temporal de aproximadamente un siglo, hasta enlazar con producciones campanienses a partir del s.III a.C. (apuntado en Baquedano, 1996: 79; en proceso de estudio por parte de esta autora).

---

. *Lugar:* Las Paredejas o Sta. Lucía, Cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila) < figura 31 A >

. *Contexto:* Hallazgo superficial conocido desde hace tiempo

. *Comentario:* Pequeño fragmento de galbo de barniz negro, decorado con palmeta impresa de la que se observan ocho pétalos, la parte superior del círculo central y una línea curva a su derecha. En la bibliografía se citan otros fragmentos de forma imprecisa y sin representación gráfica<sup>6</sup>.

. *Cronología de la pieza:* s.IV a.C.

. *Bibliografía:* Fabián (1986-87: 285); Conde *et alii* (1996: 58, fig.10)

---

. *Lugar:* La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres) < figura 31 B >

. *Contexto:* Hallazgo superficial

. *Comentario:* Pequeño fragmento de galbo de barniz negro, del fondo de la pieza. Pastas rosáceas. En el interior presenta restos marginales de palmetas impresas. Al exterior se observa un grafito en forma de cruz aspada que ha hecho saltar el barniz y que puede ser un añadido posterior a la fábrica.

. *Cronología de la pieza:* s.IV a.C.

. *Bibliografía:* Rivero (1974: 366, 377 n°31); Beltrán (1982: 43)

---

<sup>6</sup> I. Baquedano (1996: 86, cuadro II) apunta que el fragmento es cerámica proto-ática, siguiendo probablemente los datos de un primer trabajo de Fabián (1985: 14). Se trata de un error pues está claro que nos hallamos ante un fragmento de barniz negro pre (o proto) campaniense, no proto-ático, datable en el s.IV a.C., tal y como corrige

- . *Lugar*: Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres) <figura 31 C>
  - . *Contexto*: Se halló en un corte del recinto B del poblado, junto a cerámica pintada fina y cerámica más tosca con motivos estampillados.
  - . *Comentario*: Borde de una píxida para contener perfume, de barniz negro con gran brillo. El cuerpo es circular y el perfil cóncavo. Sus dimensiones son: 10 cm. de diámetro en la base y 8 cm. en el labio. No presenta decoración y la pasta es de tono rosácea.
  - . *Cronología de la pieza*: s.IV a.C.
  - . *Bibliografía*: Hernández (1970-71: 327); Beltrán (1982: 43); Rouillard (1991: microfichas 840, nota 3) duda que la pieza sea ática, inclinándose a pensar que es campaniense
- 

- . *Lugar*: Pajares (Villanueva de la Vera) <figura 31 D>
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial, perteneciente a la colección particular de D. Julio Andrés González Garvín<sup>7</sup>, propietario de la finca.
  - . *Comentario*: Fragmento de base con pie sencillo anular, de 9 cm. de diámetro externo, decorado con una capa de barniz. La tonalidad de la pintura es rojiza castaña al interior (anillo del pie) y marrón al exterior. La pieza ha sufrido un defecto de cocción que aleja su color del barniz negro original, tal como ocurre en ejemplares del mismo tipo de Cancho Roano. La pasta cerámica, en tonos grisáceos, también indica señales de cocción externa. No obstante el barniz rojizo es bastante homogéneo lo cual nos lleva a plantear la posibilidad de que se trate de una pieza ática más antigua del tipo denominado rojo intencional, poco abundante en la Península. Es difícil precisar la forma del vaso, puede corresponderse con un escifo o pátera de paredes altas.
  - . *Cronología de la pieza*: segunda mitad del s.V a.C. (?)
  - . *Bibliografía*: inédito
- 

- . *Lugar*: Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 32 A>
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial
  - . *Comentario*: Pie de una copa griega, probablemente del tipo Cástulo, conservado en 1/3 de su superficie total. Pastas claras. No se perciben señales de decoración impresa (ni palmetas, ni círculos a ruedecilla). Las pastas son de color claro anaranjado. El barniz se ha perdido por la cara interna del fondo, y parece que queda en reserva el lado exterior del anillo del pie y el fondo externo de la base. Diámetro del pie externo: 8,4 cm.
  - . *Cronología de la pieza*: segunda mitad del s.V a.C.
  - . *Bibliografía*: inédito
- 

- . *Lugar*: Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 32 C>
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial
  - . *Comentario*: Fragmento de labio de un vaso griego. Pastas claras y paredes de escaso grosor (4 mm.). Pérdida parcial del barniz. Diámetro del labio: 11,5 cm. Por el perfil del labio, con borde de cabeza circular ligeramente estrangulada, tal vez se corresponda con la forma 22 de Lamboglia.
  - . *Cronología de la pieza*: Primera mitad del s.IV a.C.
  - . *Bibliografía*: inédito
- 

- . *Lugar*: Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 32 D>
  - . *Contexto*: Hallazgo superficial
  - . *Comentario*: Fragmento de galbo con barniz negro muy perdido. Pastas claras. Sin elementos decorativos. Puede pertenecer a una copa Cástulo.
  - . *Cronología de la pieza*: primer tercio del s.IV a.C.
- 

Fabián en un trabajo posterior (Fabián, 1986-87: 285). Agradecemos la observación del Dr. Domínguez Monedero al respecto.

<sup>7</sup> Estamos en gran deuda con D. Julio Andrés González Garvín, propietario de parte de la finca de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) y entusiasta de la arqueología, por su cooperación y gentileza a la hora de permitirnos el estudio de alguno de los interesantes materiales de su colección y por proporcionarnos valiosa información sobre el yacimiento.

. Bibliografía: inédito

---

- . Lugar: Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 32 D>
  - . Contexto: Hallazgo superficial
  - . Comentario: Fragmento de galbo muy similar al anterior, liso, con línea de rehundido en su parte inferior. Pastas claras. Tal vez forme parte de la misma copa (tipo Cástulo) que la pieza anterior.
  - . Cronología de la pieza: primer tercio del s.IV a.C.
  - . Bibliografía: inédito
- 

## VACCEOS

- . Lugar: Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid) <figura 32 E>
  - . Contexto: Prospección superficial en terreno de la necrópolis de Las Ruedas, sobre un nivel de tumbas destruidas con gran abundancia de material cerámico a torno celtibérico y a mano; sin duda formaría parte del ajuar de una sepultura.
  - . Comentario: Fragmento de pie correspondiente a la forma 21 de Lamblogia. No se aprecia la típica decoración impresa e incisa propia de este modelo.
  - . Cronología de la pieza: mediados del s.IV a.C.
  - . Bibliografía: Sanz/Campano (1987)
- 

De los ejemplares presentados aquí, la mayoría de los que proceden de un contexto arqueológico fiable (con claridad las piezas de El Raso, La Osera y Las Ruedas, con más dudas las de Pajares) señalan su asociación al mundo funerario como objetos de ajuar, si bien hay otros que fueron hallados en estructuras de hábitat (Villasviejas del Tamuja). Por ello parece lógico asignar a estas importaciones un valor suntuario como bienes minoritarios y de prestigio en las comunidades indígenas, aseverado en el hecho de amortizarse como ajuar funerario en tumbas de notable categoría, siendo bienes probablemente transmitidos desde al menos una generación anterior. Ello no excluye que los vasos griegos tuvieran otros usos domésticos o sociales diferentes al funerario, más acordes con su función en los lugares de producción originaria y difusión directa<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Concerniente a las distintos empleos que las formas de vida y muerte indígenas, especialmente en el mundo cultural ibérico, personalizan sobre las importaciones griegas, véase Bats (1987), Blázquez (1990b; *id.*, 1994), Rouillard (1991: 180-185; *id.*, 1994) o los numerosos ensayos de R. Olmos desde el punto de vista iconográfico...; recientemente sentenciaba F. Quesada a propósito de la vajilla ática de banquete: "las cráteras -originales y de imitación- tendrían una función de prestigio personal en banquetes o fiestas de mérito en manos de aristócratas iberos, y continuarían teniendo una función de expresión de *status* y/o heroificación del difunto al amortizarse en el ritual funerario, lo que no impide que algunas de ellas se hubieran adquirido desde el principio con ese fin. Las copas de beber pudieron o no ser utilizadas para beber en el mundo de los vivos, como vasos de prestigio de ciertos individuos (en una proporción variable de la población según las zonas), y al tiempo mantener su carácter de objetos prestigiosos, por acumulación de los mismos, en los ajuares funerarios. El proceso de generalización de las copas haría especialmente valiosas como indicadores de *status* ciertas formas de mayor tamaño (como las cráteras) o de escasa frecuencia y mayor especialización formal" (Quesada, 1994b: 119).

Volvemos sobre este tema en el debate dedicado a la *aristocratización* de la sociedad indígena y al peso de los factores foráneos en dicho fenómeno (II-2.3 A).

Dejando a un lado la controvertida cerámica corintia de Palenzuela, los hallazgos griegos más antiguos se corresponden con las piezas de Pajares. No hay seguridad para admitir que el pie de barniz quemado sea en realidad del tipo rojo intencional, lo cual nos llevaría a la primera mitad del s.V a.C., pero la otra base de barniz negro se identifica muy bien con la copa Cástulo del tipo más antiguo que debe fecharse a partir de mediados del s.V a.C. (Sánchez Fernández, 1992; Gracia, 1994). Este modelo define a una clase de cíclica lisa sin decoración adicional, de pie bajo (*stemless*), sin tallo, con cuerpo ancho poco profundo, labio cóncavo al exterior y recto y con ancha acanaladura al interior, y dotada de dos potentes asas horizontales. El pie, de anillo, se pega directamente al cuenco y está dividido en el tercio superior por una acanaladura que distingue una parte superior más pequeña y angulosa y una inferior más grande y redondeada. Esta modalidad tiene gran éxito en la Península en el tiempo que dura su producción desde mediados del s.V a.C. hasta el primer tercio del s.IV a.C., en que será sustituida por cántaros y bolsales de barniz negro y, sobre todo, por las cíclicas de figuras rojas de rápida ejecución y decoración repetitiva que vemos representadas también en nuestra región. Dentro de la clasificación cronológica que establece C. Sánchez sobre las copas tipo Cástulo, nuestro ejemplar encaja en la fase más antigua (mediados-último tercio s.V a.C.), caracterizada por presentar el interior de la zona de las asas, el panel entre éstas y el lado externo del pie en reserva; el fondo de la base está también sin barnizar pues la pintura se limita sólo a la cara interior del pie y a un circulito con punto central (Sánchez Fernández, 1992: 330-331). Los dos fragmentos de galbo de Pajares quizá provengan de una copa de este mismo tipo <figura 32 B>.

A partir del s.IV a.C. la cerámica griega aflora por gran parte del territorio peninsular. Las últimas producciones áticas de figuras rojas y sobre todo la vajilla en barniz negro inundan Andalucía, Levante, Cataluña, el Valle del Ebro, Extremadura y la Meseta Sur. En este momento debemos situar los fragmentos pintados de Villasviejas del Tamuja y La Burra en Cáceres (cíclicas), y el más septentrional de Fuentes de Ropel en Zamora (péllice). Además, en un enclave cacereño muy cercano al área vetona pero adscribible al marco etno-cultural lusitano, cabe citar el hallazgo de fragmentos de al menos tres cíclicas de figuras rojas en la necrópolis de El Castillejo de la Orden de Alcántara (Cáceres) (Esteban *et alii*, 1988: 74-75). Mucho más numerosas y de mejor calidad son las piezas de figuras rojas de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), Medellín (Badajoz),

Badajoz (Cabrera, 1987), Cástulo, La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real), en tierras de Beturia y Oretania, y las cerámicas griegas andaluzas de puntos tan representativos como Huelva (*vide* distintos trabajos del volumen coordinado por Rouillard/Villanueva-Puig, 1987; Rouillard, 1991: *passim*). En un análisis regional amplio, nuestros hallazgos, los más septentrionales en la Iberia central, quedan limitados por las siguientes muestras griegas: por el sur las cerámicas de Medellín (Badajoz), representativas de un tiempo anterior (ss.VI-V a.C.), y Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), por el este los hallazgos de El Cerrón (Illescas, Toledo), El Cerro de las Canteras (Yeles, Toledo), Titulcia (Madrid), Cerro Redondo de Fuente del Saz de Jarama (Madrid), Alarcos (Ciudad Real) y Calatrava la Vieja (Ciudad Real), por el noroeste los de *Conimbriga* (Condeixa-a-Velha, Coimbra), Faria (Barcelos, Braga) y Santo Estevão da Facha (Ponte de Limo, Viana do Castelo), y por el suroeste los de Alcácer do Sal (Setúbal), Azougada (Moura, Beja), Safara (Moura, Beja) y Moura (Beja) (Rouillard, 1991: 123-126 y 317-353; Cabrera/Sánchez, 1994).

Como hemos visto, el vaso de barniz negro más representado en los hallazgos meseteños del s.IV a.C. es la forma 21 de la veterana clasificación de Lamboglia, a la sazón: un cuenco torneado de pastas claras anaranjadas, bañado íntegramente en barniz negro generalmente de buena calidad, de cuerpo poco profundo con carena redondeada y alta bien marcada, rematado con un borde entrante y de pie anular con acanaladuras o *uña* en la zona de descanso. La unión del pie con la pared del vaso aparece destacada por una línea reservada sin pintar (Lamboglia, 1952: 171). Normalmente el interior del fondo se halla decorado por círculos de palmetas rodeados de ruedecilla (bien testimoniado en los ejemplares de El Raso). La zona de producción es el Ática y su momento de apogeo las primeras décadas del s.IV a.C., iniciándose su declive en el ecuador de esa centuria, momento en el que los vasos tienden a hacerse más esbeltos perdiendo anchura sus paredes y logrando un pie más alto y delgado. Su irradiación comercial hacia los mercados occidentales es rápida y extensa, en poco tiempo arraigan en el litoral mediterráneo hasta alcanzar numerosos puntos del interior. En el siglo III a.C. estas producciones son sustituidas por las realizadas en talleres griegos occidentales de la Campania, cuya registro en la península es tenido como uno de los más claros legados culturales de la primera presencia romana.

## CERÁMICA DE BARNIZ ROJO

Este otro tipo de cerámica importada presenta pastas cuidadas, depuradas y compactas, con desgrasantes casi siempre micáceos muy finos. La característica principal es el engobe o barniz rojo con que están bañadas las piezas por ambas caras, de aspecto brillante en general por el bruñido con que se tratan las paredes. El tono del barniz oscila desde el rojo vivo al marrón pasando por coloraciones violáceas y castañas. Las formas son variadas, pero predominan las piezas abiertas, bajas y planas. Tocante al origen de esta producción, fue introducida con los fenicios al menos hacia el s.VII a.C. en Andalucía y Levante (denominada en las primeras sistematizaciones estilo tartésio-oriental o de engobe rojo) (Negueruela, 1979-80). Desde entonces se desarrolla con fuerza en el mundo tartésico y evoluciona en los siglos siguientes hasta convertirse en una de las manifestaciones más específicas y arraigadas de la alfarería ibero-turdetana, como han demostrado los estudios pioneros de E. Cuadrado (Cuadrado, 1953; *id.*, 1969). Igualmente se expansiona en dirección interior como productos importados en contextos indígenas de la sub-meseta sur (Fernández Rodríguez, 1988) e incluso de la septentrional entre los ss.V-III a.C., con un período de esplendor en el s.IV a.C. Este arraigo en tierras interiores ha llevado a Cuadrado a distinguir el grupo de cerámicas íbero-celtas rojas, caracterizadas por el uso de motivos estampillados (Cuadrado, 1991).

## VETONES

Las cerámicas de barniz rojo ibero-turdetano están documentadas con relativa frecuencia en los yacimientos del sector sub-meridional vetón. Así, en la provincia de Cáceres destacan los hallazgos de la zona de Botija. En la necrópolis de El Mercadillo contamos con dos platos completos (sepulturas 13 y 25) muy similares y de diámetro prácticamente idéntico (23 y 24 cm.), con un vasito bitroncocónico (sepultura 34) y con una copa fragmentada hallada fuera de contexto que al barniz rojo añade una decoración de filetes en tono blanco en el arranque del cuerpo y en la base del pie, todos ellos fechados en el s.IV a.C. (Hernández /Galán, 1996: 34-35, 51-52, 61-62 y 74) <figuras 33 A>. Cerámicas de este tipo también se han reconocido en el poblado de Villasviejas del Tamuja, principalmente formas abiertas (platos, cuencos y urnas), junto con vasos mixtos de barniz rojo y estampillados, que han sido datados en el tránsito del s.IV al III a.C.

(Hernández *et alii*, 1989: 125-126, fig.27) <figuras 33 B y 34 A>. En la necrópolis de La Coraja cabe destacar la aparición de un plato íntegro y una pieza con pie incompleta, además de numerosos fragmentos (Civantos, 1993: 288-290; Rivero, 1974: 366) y bordes conocidos de prospecciones antiguas (Rivero, 1974: 366, n°24-26) <figuras 34 B-C>.

Más al norte los hallazgos son más escasos pero siguen haciendo acto de presencia. Así, en la necrópolis abulense de El Raso (sector de El Arenal) se han recogido fragmentos con barniz rojo mal conservado que parecen corresponderse con urnas de forma globular con boca ancha de borde vuelto (Fernández Gómez, 1986: 828-829). Al otro lado del Sistema Central, en La Osera se citan seis urnas cinerarias bañadas en pintura roja de la zona VI (sepulturas 340, 347, 356, 434 y 455) (Cabré *et alii*, 1950: 166) y parece que también hay muestras en la zona I, todavía inédita (Baquedano, e.p.).

## VACCEOS

El testimonio más sobresaliente en el ámbito vacceo son los fragmentos de dos platos de barniz rojo encontrados en el transcurso de trabajos arqueológicos en el hábitat protohistórico de Coca <figura 34 D>. El más pequeño tiene 2,5 cm. de altura, un diámetro de 14 cm., está ligeramente carenado y presenta un pie de 6,5 cm. de diámetro. La segunda pieza es un plato muy similar, con 18 cm. de diámetro en el labio, también redondeado, pero no conserva pie ni carena. Ya se ha dicho que en los yacimientos meseteños estas piezas se datan en el s.IV a.C., pero la cronología de los ejemplares de Coca debe retrasarse hasta el s.III a.C., al menos el plato más pequeño puesto que aparece asociado a materiales romanos (Marcos, 1991; Romero Carnicero, M<sup>a</sup>.V. *et alii*, 1993: 253, fig.7 a-905). Hay noticias poco precisas sobre la existencia de cerámica de este tipo en la necrópolis segoviana de Cuéllar (Barrio, 1990: 980-999).

## CERÁMICAS DE PASTAS GRISES

Esta modalidad cerámica es bastante abundante y tiene un uso prolongado. Constituyen piezas a torno, con pastas muy depuradas de cocción reductora y finos desgrasantes, tratadas con alisado superficial muy avanzado, pulido o incluso bruñido que



denotan un aspecto metálico en las mismas; a veces se dan fragmentos con motivos pintados en bandas o filetes. Pero es una cerámica muy difícil de sistematizar por la variedad de tipos y, sobre todo, por su pervivencia y desarrollo cronológico-regionales.

En origen las primeras cerámicas de *pastas grises* representan una vajilla foránea introducida por los colonizadores fenicios en el s.VII a.C. (vasos *a chardón*). Parece que enseguida se amplía el aporte de estas piezas, ahora debido a comerciantes griegos y basadas en la imitación de cerámicas de barniz negro (cerámica *gris focense*), todo lo cual lleva a diferenciar dos corrientes o círculos en la cerámica gris. Su uso se extiende ampliamente por la costa levantina y andaluza (Aranegui, 1975; Belén, 1976; Roos, 1982; Caro Bellido, 1989), introduciéndose en puntos del interior de contexto claramente orientalizable, como Medellín (Lorrio, 1988-89). Con el tiempo, las comunidades indígenas imitan estas producciones que se hacen locales y se adaptan a facturas manuales de antiguo raigambre regional en las que hay que ver elementos decorativos o técnicas particulares según zonas (cerámica gris indígena). La tradición de cerámicas grises no sólo se mantiene en Andalucía, en Levante, en la costa catalana, en la línea media del Guadiana (Hernández Carretero, 1993) o en la meseta sur (Hornero, 1990), sino que alcanza un gran desarrollo en la meseta norte, empezándose a dar importantes series locales desde al menos el s.IV a.C. en el valle del Duero (Blanco García, 1993b). Por eso para nuestros ámbitos de estudio resulta muy difícil precisar cuáles de estas cerámicas son importaciones venidas del sur andaluz, del Levante o de talleres de la meseta sur y cuáles son producciones locales. Están presentes en la casi totalidad de yacimientos inventariados, con distintas tipologías formales y técnicas (variedades mixtas con motivos pintados, estampillados... etc.), pero en su mayoría se datan a partir del s.III a.C. y por lo tanto hay que ver en ellas una realización local si bien deudora de unos modelos antiguos que en origen sí fueron exógenos, pero que se adaptaron y derivaron en series típicamente meseteñas a las que ya nos hemos referido al hablar de las características generales de la cerámica torneada de vetones y vacceos. Por lo tanto haremos un repaso muy veloz de algunos testimonios, deteniéndonos sólo en las piezas más antiguas que ofrecen mayor garantía para ser tenidas por objetos de importación.

## VETONES

En la provincia de Ávila están presentes, por ejemplo, en la necrópolis de El Raso. Aparecen siete urnas de esta categoría (14% de las formas a torno), con distintas formas (truncocónica, bitruncocónica, con carena, en jarra -que recuerda mucho los modelos meridionales-, en copa...) y un platito de ofrenda <figura 35 A>. La mayoría son lisas, pero hay alguna que incluye motivos estampillados. Fernández Gómez (1986: 819-821, fig.467) las clasifica como producciones locales más o menos evolucionadas y las data en el s.IVa.C., con prolongaciones en la centuria siguiente (cerámica gris indígena). En el *oppidum* de El Raso hay algunas muestras poco relevantes: cuatro platos o fuentes, amén de escudillas y cuencos menores de peor calidad y mucho más tardías (Fernández Gómez, 1986: 471). Algo parecido se puede decir de La Osera, donde hay más de 50 ejemplares de cerámicas grises (tipo IV de la clasificación de Cabré) (Cabré *et alii*, 1950: 170, fig.15). Pasando a la provincia cacereña, en la necrópolis de La Coraja (Civantos, 1993: 286-287) son varios los fragmentos de este tipo decorados con pintura, además de un plato (casquete esférico con base plana), con paralelos en modelos púnicos e ibéricos, y una urna (globular, con pie, cuello estrangulado y borde exvasado) procedente de la sepultura nº 70 y datable en el s.IV a.C. <figura 35 C>. No se sabe si son producciones locales o importadas, pero están muy cercanas geográfica y técnicamente al mundo ibérico andaluz. En el poblado de La Coraja son también abundantes las muestras (formas abiertas correspondientes a cuencos hemiesféricos y platos de borde simple saliente, recipientes cerrados correspondientes a vasos de perfil en S y urnas globulares con numerosas variantes, etc.) (Esteban, 1993: 69). De Villasviejas del Tamuja provienen varios fragmentos (bordes y bases) de páteras o bandejas planas y circulares de pasta gris de paredes bajas y con diámetros entre 22-26 cm. (Hernández *et alii*, 1989: 121) <figura 35 B>, pero parecen bastante más tardías pues se han fechado en los ss.II-I a.C. y se asocian a ciertas formas del repertorio campaniense.

## VACCEOS

Las muestras de cerámica gris más antiguas son las de La Mota de Medina del Campo y Cuéllar, datables en el s.V a.C. Probablemente constituyen piezas importadas. Se trata de fragmentos de bordes de platos salientes en Cuéllar (Barrio, 1993: 192) y de formas

abiertas variadas (cuencos en forma de casquete esférico y hemiesférico) y otra cerrada de cuerpo globular desarrollado en La Mota (Seco/Treceño, 1993: 1967) <figura 35 D-F>, que conviven en ambos lugares con las primeras importaciones pintadas anunciadoras de lo que luego serán las clásicas cerámicas celtibéricas. Las cerámicas de pastas grises poco después hacen acto de presencia en Padilla de Duero y en Coca, donde destaca un vaso tulipiforme ya del s.III a.C. (Romero Carnicero *et alii*, 1993: 250-252, fig.8 A-725) <figura 35 E>, para generalizarse a poco tardar con distintas modalidades en numerosos puntos de la cuenca sedimentaria duriense (ss.III-I a.C.) (García Blanco, 1993b).

## CERÁMICA IBÉRICA PINTADA

Esta típica modalidad cerámica de la Segunda Edad del Hierro andaluza y levantina se define en piezas torneadas, de cocción oxidante y cuidada factura, con buen tratamiento superficial (alisados, bruñidos...), desgrasantes finos y alta calidad en general revelada en el característico sonido metálico. La decoración se basa en motivos pintados pre-cocción (colores: rojo, vino, amarillo, negro, marrón, blanco...), con frecuencia en realizaciones monócromas o bícromas, casi siempre con temas geométricos típicos de la esfera andaluza (bandas y filetes de variado grosor, semicírculos, sectores de círculos y círculos concéntricos, series verticales y horizontales de ondas, líneas y SSS entrelazadas, triángulos rellenos de pintura, chevrons o dientes de lobo...), aunque en contadas ocasiones afloran motivos vegetales o antropomorfos. En el Mediodía las primeras producciones se emparentan con las cerámicas pintadas tipo Carambolo del horizonte cultural tartésico. Desde entonces su evolución interna es continua y su expansión, a partir del s.VI a.C., atraviesa el Guadiana y alcanza un buen número de yacimientos extremeños y de ambas mesetas. Muchos autores señalan el foco meridional andaluz como cuna y vía de difusión de las cerámicas pintadas (celtibéricas) tan representativas de la meseta a partir del s.III a.C., aunque no hay que desestimar el mundo ibérico levantino y la penetración a través del valle del Ebro.

Queremos destacar la estrecha proximidad de este tipo cerámico pintado con Cancho Roano, con el ambiente turdetano-meridional y con el ámbito céltico del sur del Guadiana (Berrocal, 1992: 285-287). Entre los numerosísimos paralelos, se establecen claras

semejanzas tanto en lo formal como en la técnica decorativa con las muestras andaluzas de Setefilla, Carmona, Cerro Macareno, Alhonor, Osuna, El Viso de Alcor, Itálica, El Jardín, Troyamar, Frigiliana, La Bobadilla, Cerro Salomón, Niebla, Cabezo de San Pedro, Cerro de la Mora, Cerro de los Infantes, Baza, Colina de los Quemados, Castillo de doña Blanca, Ategua, Mirador de Rolano, Cerro del Real o Cástulo<sup>9</sup>.

## VETONES

Una vez más es en los yacimientos cacereños meridionales donde mejor está representada esta cerámica desde el s.V a.C., aunque el momento de mayor apogeo es el s.IV a.C. El caso más destacado lo constituye la necrópolis de El Mercadillo, en la que todas las urnas funerarias -más de cuarenta ejemplares- se corresponden con modelos de cerámica pintada en tonos marrones y vinosos <figuras 36, 39 y 40 B>; en menor proporción también hay vasos y platos. Los estudiosos de este yacimiento creen que se trata de piezas importadas, excepto unas pocas de fabricación local siguiendo patrones ibéricos, fechables en el s.IV a.C., no obstante algunas piezas podrían alcanzar el s.V a.C. (Hernández/Galán, 1996: 84-87, 103-105). El poblado al que se asocia esta necrópolis, Villasviejas del Tamuja, ofrece asimismo un porcentaje alto de piezas pintadas ibéricas, alrededor del 25 % sobre el total (Cabello, 1991-92: 101-104; Hernández *et alii*, 1989: 123) con amplitud de formas, tanto abiertas como cerradas. No es extraña la mezcla de motivos pintados y estampillados, cuyo origen también puede buscarse en el sur (Hernández *et alii*, 1989: 125). F. Hernández se inclina a pensar que este volumen de cerámicas pintadas se identifican con importaciones de Andalucía oriental (talleres oretanos o bastetanos). En la necrópolis de La Coraja (Civantos, 1993: 283-286) sólo un 7% de las tumbas excavadas muestran esta cerámica, en concreto varias urnas con formas diferentes y numerosos fragmentos de distinta calidad que parecen distinguir una producción local (vasijas más toscas) de otra importada del sur con pastas de mayor calidad. Es mucho más abundante y está mejor realizada la cerámica pintada del poblado de La Coraja, que alcanza un 20% del total (Cabello, 1991-92: 104-106; Rivero, 1974: 357-369) <figura 37 A>; entre las piezas destaca un fragmento con representación figurada de un jinete con falcata <figura 37 A.1> ,

<sup>9</sup> Vide la tesis doctoral de J.L. Escacena (1986), el trabajo de Belén/Pereira (1985), la tesis doctoral de J. Pereira (Pereira Sieso, 1988a), a partir de esta última otras contribuciones del mismo autor (Pereira Sieso, 1988b; *id.*, 1989a) y el estudio comparativo entre las cerámicas pintadas del Tajo medio y las andaluzas realizado por R. Cabello (1991-92: espec. 108-114).

que unos vinculan con los modelos de S. Miguel de Liria (Alicante) interpretándolo como importación del ámbito levantino (Cabello, 1991-92: 113), así pensamos también nosotros, y otros más bien lo relacionan con el mundo celtibérico (Esteban, 1993: 69), habiendo incluso opiniones a favor de la fabricación local (Rivero, 1974: 371). Tenemos registro de cerámicas pintadas en muchos otros puntos cacereños (El Castillejo en Santiago del Campo, Castillejo de Guadiloba en Casar de Cáceres, El Castillejo en Madrigalejo, Valdecañas, Pajares en Villanueva de la Vera, etc.).

Al otro lado del Sistema Central la variedad pintada no está tan bien testimoniada. Por ejemplo en El Raso es inexistente. Sí se documenta en La Osera donde conocemos al menos una urna pintada de tipo ibérico (sepultura 223 zona VI), forma globular y con pie, muy parecida a los modelos de El Mercadillo (Cabré *et alii*, 1950: 67, 166, láms. XCVI, 21 y CII, 4), aunque algo más tardía. En el *oppidum* de La Mesa de Miranda se recogieron fragmentos en superficie de cerámica pintada, calificable de *celtibérica*, porque sin duda corresponden a un momento muy avanzado del Hierro II (Cabré *et alii*, 1950: 36). Ya se dijo que también de Las Cogotas proceden vasos pintados, como un par de ellos bien conocidos con la representación de jinetes muy esquemáticos, que se pueden paralelizar con el *guerrero* de La Coraja pero que se ajustan a una cronología más moderna <figuras 37 B y 40 A> (Cabré, 1930: Lám. LX-LXI, 71-75); igualmente hay registro de la modalidad pintada en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 51-52), Ulaca (Posac, 1953: 68-69), Las Paredejas en El Cerro del Berrueco (Piñel, 1976: 363) y Salamanca (Martín Valls *et alii*, 1991), pero resulta muy difícil otorgar una fecha a estos tipos y concretizar su origen. Algunos fragmentos a torno pintados en tonos vinosos y negros de Sanchorreja parecen importaciones del sur bastante antiguas remontables por lo menos al s.VI y que se mantienen en el s.V a.C. (González-Tablas, 1990: 66; González-Tablas/Domínguez, 1995: 197 nota 44; Baquedano, 1996: 75).

## VACCEOS

Cabe señalar en esta región la novedosa presencia de cerámicas a torno de tipología ibérica, con decoración en tonos vinosos, importadas del mundo meridional en momentos finales del Hierro I, siglo VI a.C. Los hallazgos más tempranos proceden de la estación vallisoletana de La Mota en Medina del Campo, una serie de fragmentos de pastas muy

claras y decoración bícroma de líneas horizontales en rojo vinoso y amarillo correspondientes a recipientes bajos y abiertos tipo plato <figuras 38 A-B> (Seco/Treceño, 1993: 163-168; *eod.*, 1995: 230), de la segoviana de la Plaza del Castillo de Cuéllar, de La Cuesta del Mercado junto a Coca, con tipos similares a los de La Mota pero en formas más altas tipo urna <figura 38 C> (Blanco García, 1994: 53-55), además de otros puntos como Saldaña en Palencia (Pérez Rodríguez, 1985). De Cuéllar destaca, junto a fragmentos de platos de labio saliente afines a los comentados también de pastas claras, un vaso de tendencia esférica con el borde recortado a bisel para el encaje de una posible tapadera, que se ha sugerido como antecedente emparentado con las urnas de orejetas ibéricas; la vasija se ha datado en el tránsito del s.VI al s.V a.C. y es tenida por objeto importado <figura 38 D> (Barrio, 1993: 191-194). Lo interesante es que son piezas halladas en proceso de excavación y en contexto arqueológico asociado (potentes estratigrafías de hábitats protohistóricos), lo cual permite una buena datación, mejor incluso que la de los primeros productos *iberizantes* de la región vetona.

Como ya hemos tenido ocasión de comentar, la opinión general establece que desde inicios del s.IV a.C. los principales enclaves vacceos pudieron confeccionar series de cerámicas pintadas, siguiendo prototipos ibéricos al principio, pero que enseguida se traducen en producciones con un sello regional. Se trata de las primeras *hornadas* de las extendidas *cerámicas celtibéricas*. El proceso está bien sistematizado en yacimientos como Roa o el Soto de Medinilla, donde se reconocen hacia el s.IV a.C. las que pueden ser tenidas por primeras cerámicas a torno locales, en tonos amarillos en lugar de la característica tonalidad rojiza-vinosa andaluza <figura 38 E> (Escudero, 1995: 206, fig.12.6 y 10).

## FORMAS CERÁMICAS DE INSPIRACIÓN MEDITERRÁNEA

Vamos a ofrecer un rápido recorrido por la morfología de algunas piezas que se corresponde con modelos del sur y levante ibéricos, que a su vez son herederos de prototipos introducidos por elementos colonizadores fenicio-púnicos y griegos. Aunque muchas de estas muestras pueden aceptarse como fabricaciones locales, sin duda están inspiradas en arquetipos foráneos modificados con alguna particularidad indígena y por

ello dan la pista para reconocer la importancia de la adaptación de conocimientos a través de mecanismos como la emulación o la transmisión oral de elementos técnicos y/o estilísticos. Dentro del conjunto material de las comunidades en que se circunscriben, estas piezas se distinguen además de por su raigambre exótica por su carácter minoritario, aspecto éste que se puede poner en relación con una funcionalidad especial de las piezas y con una categoría singular de los propietarios de las mismas.

## VETONES

Una de las formas reconocidas es la que Pereira define a partir de la factura del pie como *crateriforme* o imitación de cráteras griegas, con foco de creación en la alta Andalucía (Pereira Sieso/Sánchez, 1988; tipo B de su clasificación; sobre las imitaciones ibéricas de formas clásicas en general, *vide* Aranegui/Pérez, 1990), y que podemos ver aplicada en urnas pintadas con forma ovoide de la *iberizante* necrópolis de El Mercadillo, en Botija, caso del maravilloso ejemplar de la sepultura 34 datable en el s.IV a.C. (Hernández/Galán, 1996: 105) <figura 39>. Más evolucionados, pero también deudores de esta forma son algunos vasos pintados hallados en el poblado de Las Cogotas <figura 40 A> (Cabré, 1930: lám.LXI). La crátera en ocasiones viene recordada en el tratamiento de las asas; al respecto en el poblado de Villasviejas del Tamuja se ha recuperado una del tipo de volutas pintada en rojo (Hernández *et alii*, 1989: 125, fig. 50, 428) <figura 40 C>. Del mismo yacimiento procede un asa de pasta marrón clara y fina imitando una cílica (Hernández *et alii*, 1989: 125, fig. 33, 284) <figura 40 D>. Otra forma que llama la atención es la *tulipiforme*, producto evolucionado de los vasos *a chardon* de la Baja Andalucía herederos de las piezas iniciales fenicias, el tipo 2-C de la clasificación de Pereira (Pereira, 1988a: 879 y 885), con la que identificamos la urna de la sepultura 18 de El Mercadillo (Hernández/Galán, 1996: 105) <figura 40 B>. El tipo cátrato también está representado en el sector meridional vetón, tanto en la Coraja, como en Villasviejas del Tamuja (Hernández *et alii*, 1989: 121, fig.52, 489; Cabello, 1991-92: 103, 112; la forma VII de la clasificación de esta autora), o el ejemplar más reciente que forma parte del ajuar de la sepultura 135 de la necrópolis de El Romazal I, datable ya en el s.II a.C. (Hernández/Galán, 1996: 116-117) <figura 41 A>. Con cierta asiduidad podemos toparnos con piezas que recuerdan distintos modelos de aríbalos mediterráneos, por ejemplo los de Villasviejas del Tamuja (Hernández *et alii*, 1989: 123), con los vasos *caliciformes* presentes en muchos de los yacimientos a los que ya nos hemos

referido y con las jarritas o botellas de asas de cesta que parecen seguir modelos costeros, por ejemplo en el Raso (Fernández Gómez, 1986: 820, 863, fig.467, nº8; *id.*, 1993: 178, fig.28), en Las Cogotas (Cabré, 1930: 65, 76, lám.LV; *id.*, 1932: lám.LVIII) o en La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 168, tipo V, lám.XCVII, 19). Asimismo una filiación mediterránea se ha asignado a las copas y vasos rituales calados, llamados pebeteros o timiaterios, con frecuencia decorados con temas incisos solares y relacionables con prácticas religiosas tal vez introducidas inicialmente por grupos colonizadores, que aparecen en un buen número de yacimientos peninsulares; en el espacio vetón destacan los ejemplares reconstruidos de los poblados de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 468-470) y Las Cogotas (Cabré, 1930: lám.XXXV y LXIII) <figura 42 A-B> y los fragmentos de formas parecidas de Villasviejas de Tamuja (Hernández *et alii*, 1989: fig. 42. 365 y 58.640) y La Coraja (Rivero, 1974: fig. 7.29).

Una forma más específica es el tonel o barril de tipología ibérica. Conocemos dos únicos ejemplares, los de Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1979; Hernández *et alii*, 1989: 116, fig.43 nº 383) y El Raso (Fernández Gómez, 1986: 462-463) <figura 43 A-B>, ambos asociados a estructuras de vivienda y con forma y tamaño prácticamente idénticos. Se componen de un cuerpo cilíndrico rematado por los extremos en dos hemiesferas a las que se une mediante dos acanaladuras que sirvieron para sujetar el barril con cuerdas. La boca es pequeña (12 cm. diámetro) en comparación al volumen total y está en posición central; no tienen asas ni pestañas. El ejemplar cacereño tiene 63 cm. de longitud. Estas grandes vasijas parecen típicas del sureste, zona levantina entre Valencia y Murcia (Fletcher, 1957), pero también aparecen en algunos puntos de Andalucía, Badajoz y en el sur portugués (Judice-Gámito, 1983). La función específica de estos toneles fue el transporte y almacenaje de agua u otros líquidos mediante la tracción animal, de ahí que presenten acanaladuras laterales en el cuerpo para la sujeción de cuerdas. Los ejemplares de Botija y El Raso son más grandes que los levantinos, que por su tamaño a veces se han interpretado como cantimploras. Estos toneles hacen acto de presencia en el mundo levantino desde los ss.V y IV a.C., momento en el que se fecha el ejemplar de Villasviejas, perdurando desde entonces varios siglos, toda vez que el ejemplar de El Raso debe fecharse en la primera mitad del s.I a.C.

Por último, también dentro del apartado de recipientes de transporte contamos con algunas imitaciones de ánforas ibero-púnicas, como los bordes entrantes de labio



redondeado y plano documentados en Villasviejas de Tamuja, similares a ejemplares andaluces del Cerro Macareno, y fechables en el s.III a.C. (Hernández *et alii*, 1989: 116) <figura 43 C>.

Recientemente se ha clasificado como forma de filiación mediterránea un *askos* en forma de pájaro proveniente de la sepultura 161 de la necrópolis de Las Cogotas, paralelizable con modelos levantinos y andaluces del s.IV a.C. (Baquedano, 1996: 79) <figura 42 C>. Algo parecido se puede decir de la figurilla femenina en terracota hallada sin contexto al occidente de la provincia toledana, a la altura de Oropesa, que parece corresponderse con una importación mediterránea o con un producto de taller local inspirado en prototipos externos (Martín García/Ortega, 1990).

Estamos hablando de préstamos formales, pero también habría que citar, siquiera de pasada, la adaptación de fórmulas decorativas o patrones iconográficos de lenguaje mediterráneo en la cerámica. Ésta también puede ser una vía lectora de contacto cultural, tal como señala M. Barril (1996: 195) a propósito del análisis de algunos de estos motivos vegetales (lotos, palmetas, rosetas...) o compositivos (combinaciones concretas de meandros o grecas...) en ejemplares cerámicos del círculo Cogotas II. E. Cabré fue la pionera en avanzar ideas en esta línea al estudiar la decoración de cerámicas y manufacturas metálicas en relación a prototipos astrales y vegetales mediterráneos (Cabré de Morán, 1952; Cabré de Morán/Morán, 1977).

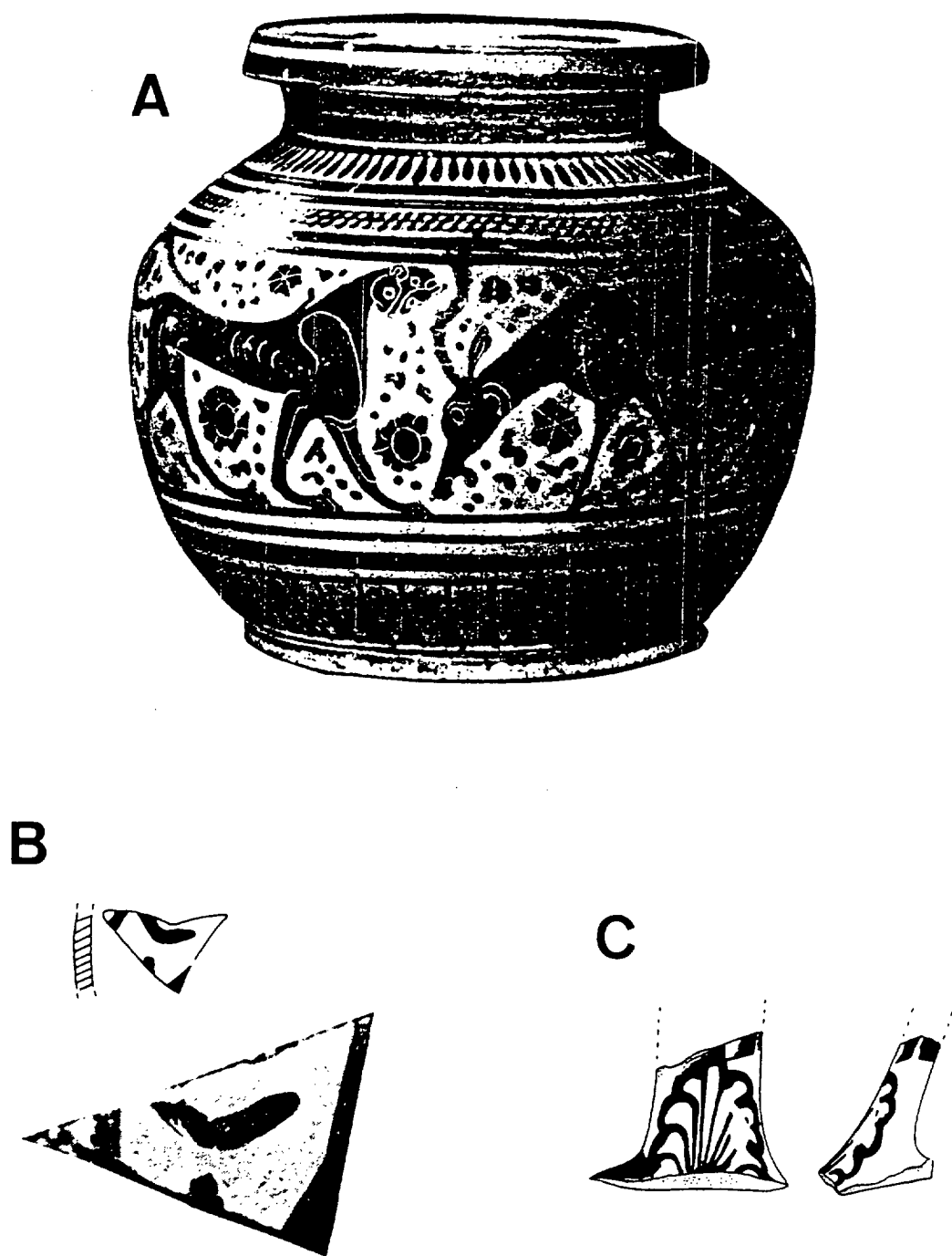
## VACCEOS

Aparte de formas ya comentadas, como el tipo *tulipiforme* observable por ejemplo en un vaso ya citado de pasta gris de Coca, el modelo ibérico más interesante en esta región es la urna de orejetas que vemos aparecer en distintos contextos celtibéricos (Escudero, 1990; Cerdeño *et alii*, 1995: 168-172). Tenemos ejemplares anunciantes desde tiempo temprano, como la vasija esférica de Cuéllar a la que ya nos hemos referido <figura 38 D>, y otras muestras locales pero con reminiscencia ibérica dentro de un horizonte celtibérico más tardío, caso del vaso de Melgar de Abajo (Cuadrado/San Miguel, 1993: 330, fig.11.2) <figura 42 D> o la tapadera de urna de orejeta perforada de Simancas (Escudero, 1990: 145, n<sup>o</sup>9). Encuadrables en este apartado de formas exóticas pueden

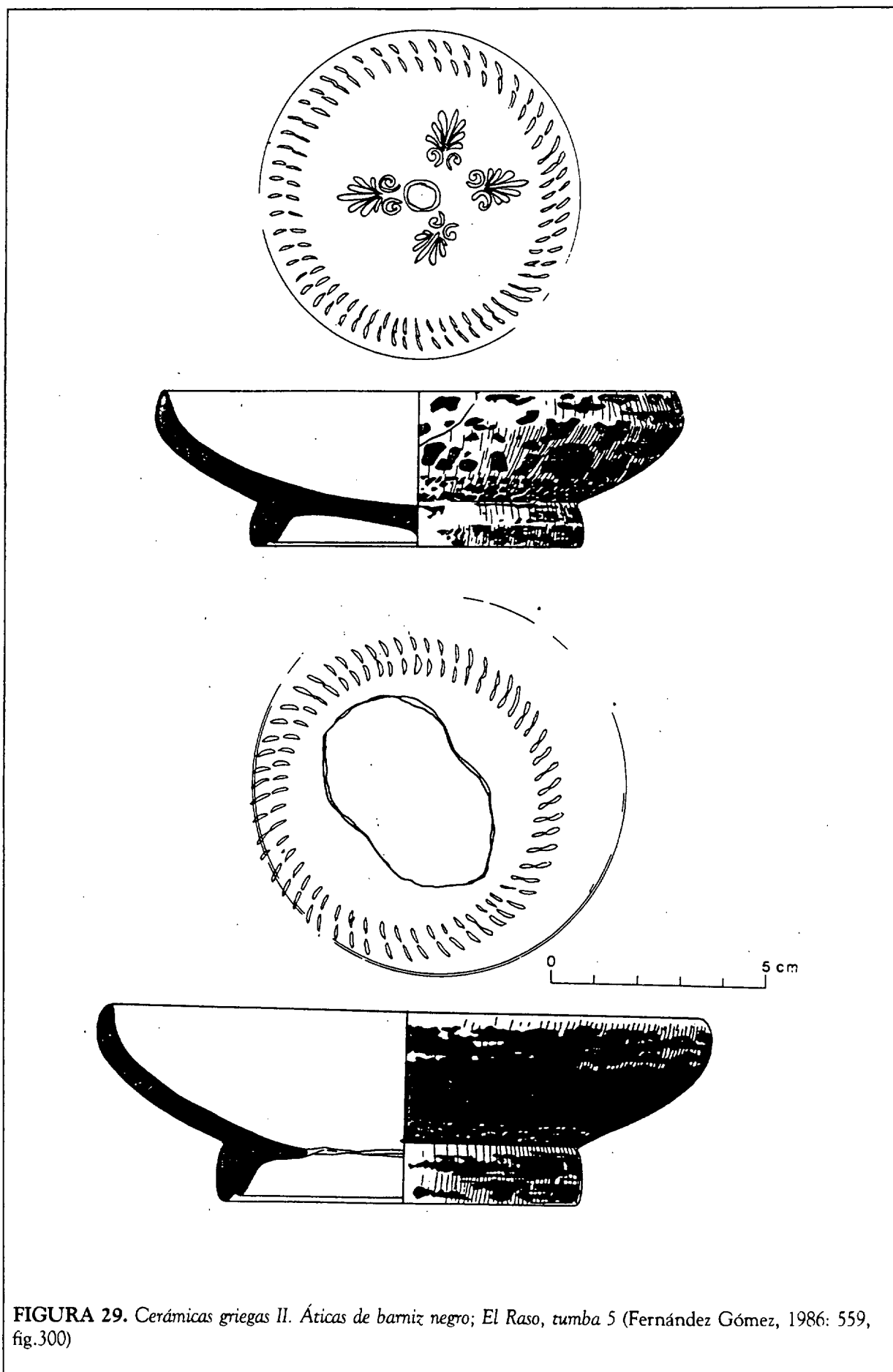
citarse algunos *keranoi* vacceos que se interpretan como adaptaciones locales de lejanos prototipos mediterráneos. Esta lectura de aculturación local de un modelo estético foráneo se ha propuesto para ciertos ejemplares palentinos (Barril, 1990: 337-341), y podría aplicarse a algunas muestras de Cuéllar, Tariego, Palencia, Las Ruedas o El Raso. No obstante conviene ser cautelosos con este tipo de adscripciones exógenas, porque pueden resultar de muy difícil demostración<sup>10</sup>.

Fuera del contexto cronológico-cultural de nuestro análisis apuntamos, a modo de apéndice, que desde finales del s.III a.C. y sobre todo en los ss.II-I a.C. acaecen en el espacio meseteño las primeras importaciones romanas. En tierras vetonas la cerámica campaniense está presente en la necrópolis de La Osera (dos platitos de la forma 25 de Morel en las tumbas 138 y 338; Cabré *et alii*, 1950: 104 y 128-129; una campaniense B en la sepultura inédita nº 69 de la Zona III; Baquedano, 1996: 79), más marginalmente en los *oppida* de Las Cogotas (Cabré, 1930: 71) y La Mesa de Miranda (Cabré *et alii*, 1950: 36), en la necrópolis de El Romazal I y en su poblado de Villasviejas donde también se hallaron cerámicas de paredes finas y ánforas republicanas (Hernández *et alii*, 1989: 126-128; Hernández, 1993), al igual que en el *oppidum* de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 480-481). Asimismo hay restos en el poblado de La Coraja (Esteban, 1993: 70), en la zona de Postoloboso (Fernández Gómez, 1986: 895-897) y en algunos castros salmantinos como el Cerro de San Vicente en la propia *Salmantica* (Martín Valls *et alii*, 1991). Pasando a la cuenca central del Duero, cerámicas campanienses han sido halladas en Roa, Padilla, Coca, algunas veces asociadas a otras importaciones tempranas itálicas como las paredes finas, testimoniadas en la tumba 56 de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Sanz, e.p. -c-).

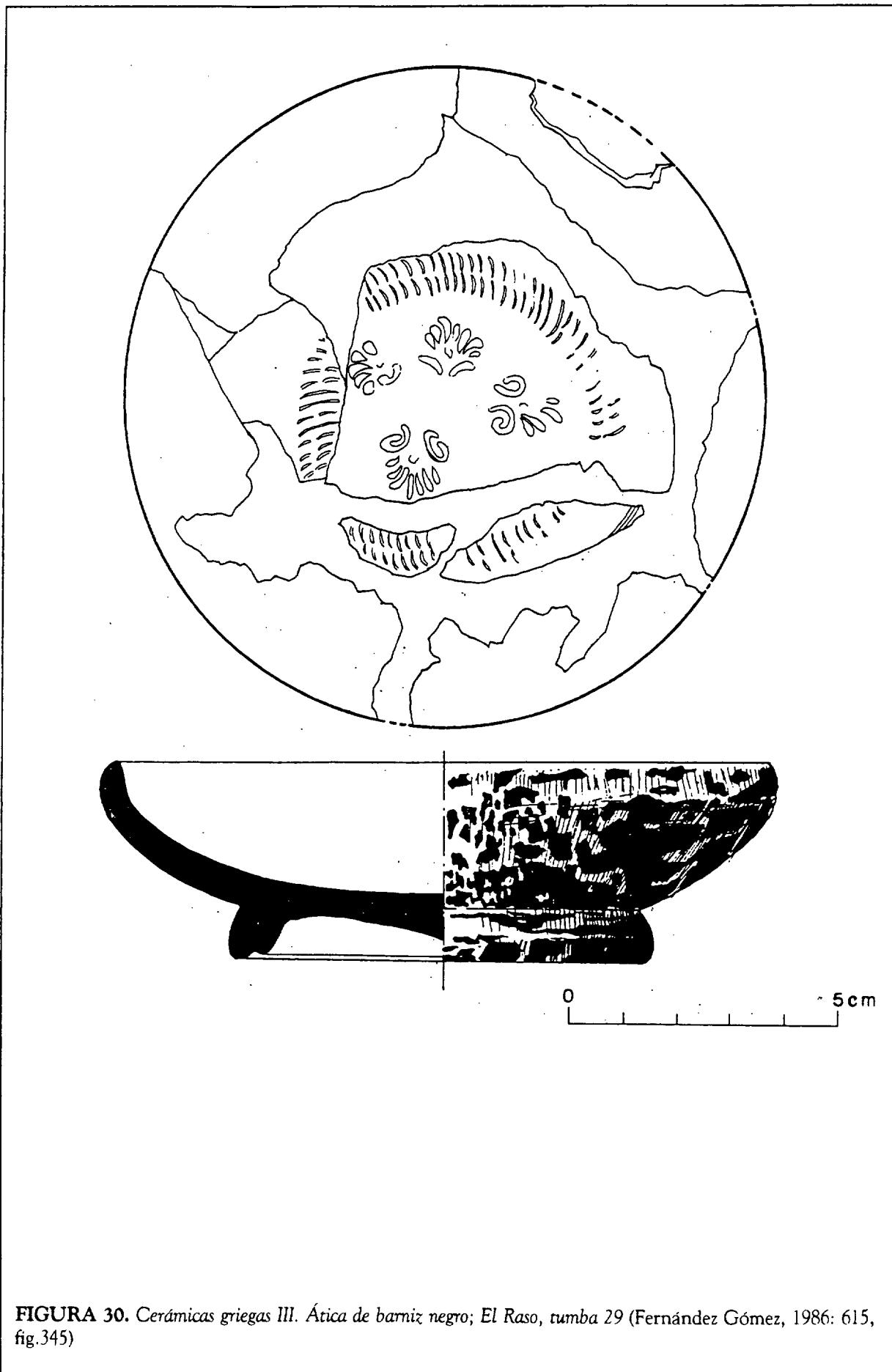
<sup>10</sup> Nos referimos en concreto al caso de las cajitas excisas típicas de la cultura material meseteña que han sido relacionadas con modelos del Próximo Oriente (Luzón, 1990), sin aclarar el mecanismo de tan lejana conexión cultural. Una cosa es la sorprendente semejanza entre formas culturales muy distantes y otra es asumir una ligazón directa entre ellas. Así, la evidente similitud producida entre las cajitas decoradas tan artesanalmente creemos que responde sencillamente a la coincidencia de una técnica de excisión sobre arcilla deudora de un antecedente de talla sobre madera que las condiciones medioambientales de ambas regiones y el gusto de aquellos artesanos o sus clientes propiciaron, brotando en zonas diferentes y en tiempos distantes sin rastro de una asociación difusionista entre ambas, como ocurre con otros ejemplos de paralelos culturales más *casuales* que *causales*.

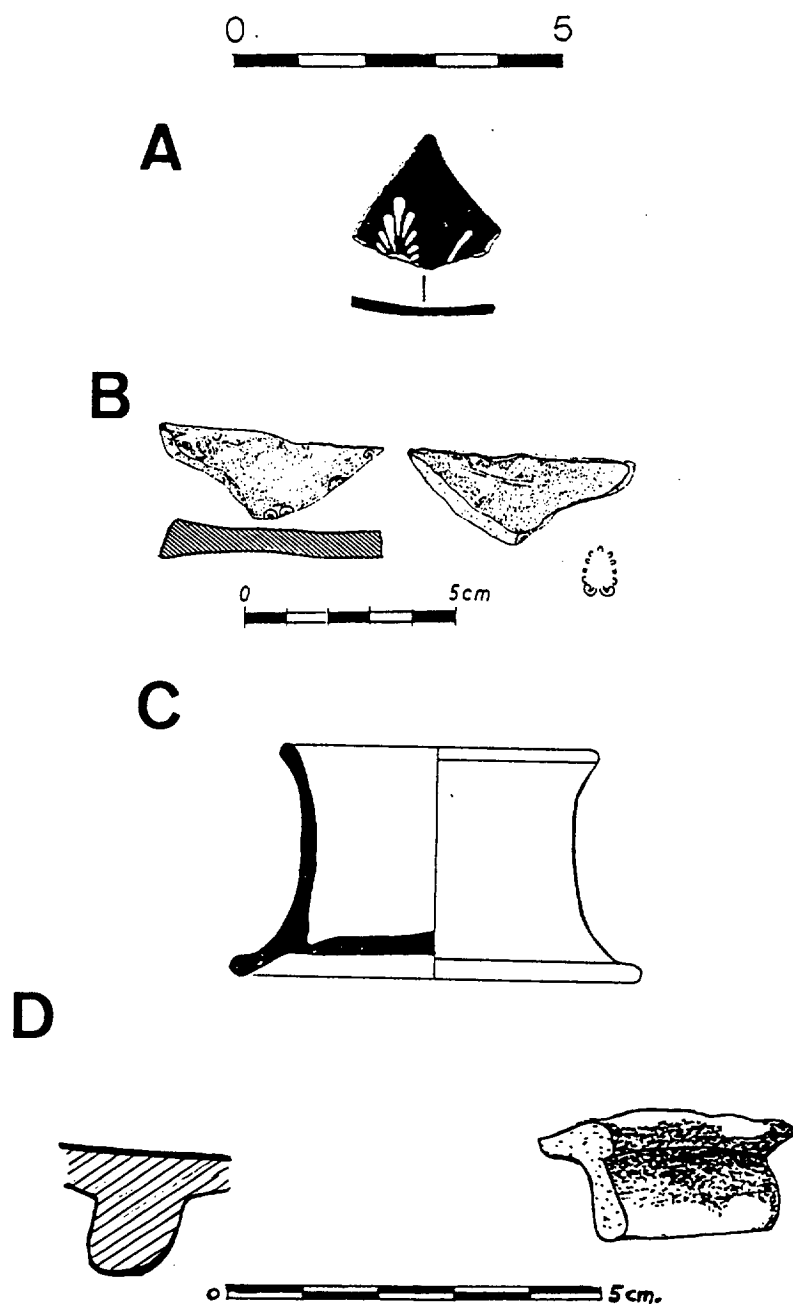


**FIGURA 28.** Cerámicas griegas I. A- píxida corintia de Palenzuela (Palencia) (Higgins, 1963: 97, fig.2) B- fragmento de figuras rojas de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres) (escala real y aumentado al doble) (Hernández et alii, 1989: 99, fig.56) C- fragmento de pélice de figuras rojas de Fuentes de Ropel (Dehesa de Morales, Zamora) (Martín Valls/Delibes, 1978: 330, fig.4.1)



**FIGURA 29.** Cerámicas griegas II. Áticas de barniz negro; El Raso, tumba 5 (Fernández Gómez, 1986: 559, fig.300)





**FIGURA 31.** Cerámicas griegas IV. Áticas de barniz negro: A- Cerro del Berrueco (Salamanca-Ávila) (Conde et alii, 1996: 71, fig.10) B- La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres) (Rivero, 1974: 370, fig.9) C- Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1970-71: 327, fig.4) D- Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (¿pie del tipo rojo intencional?)

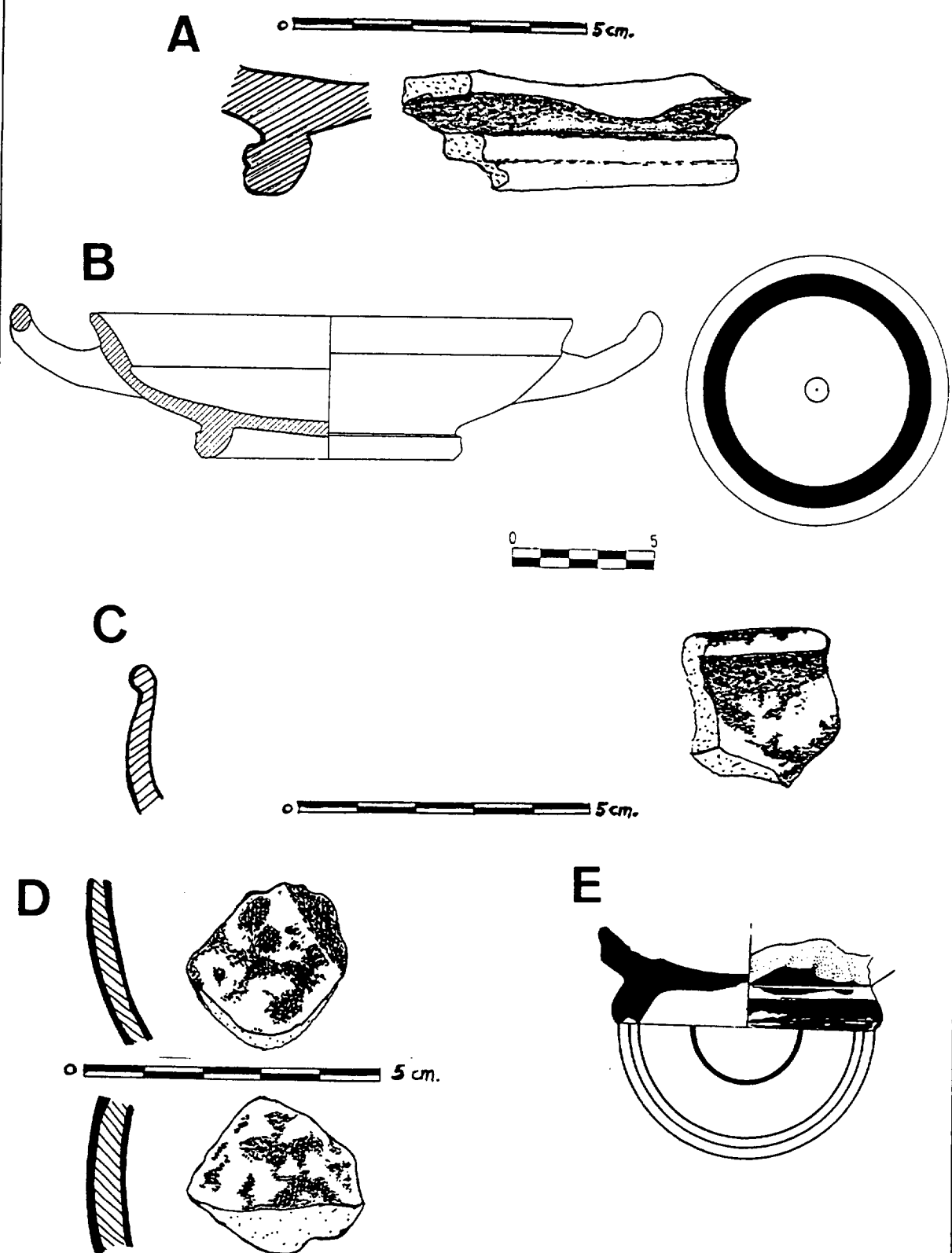
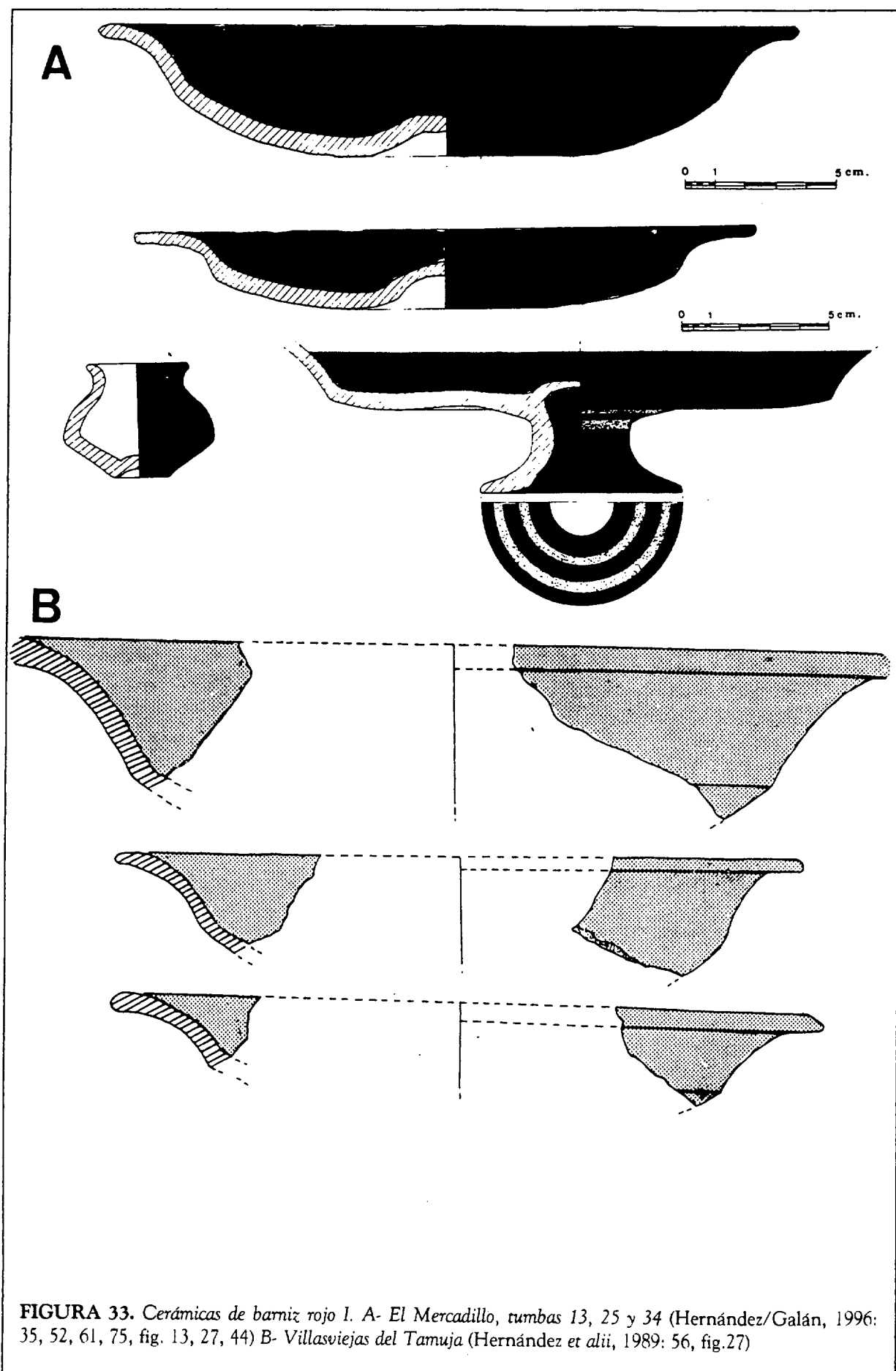
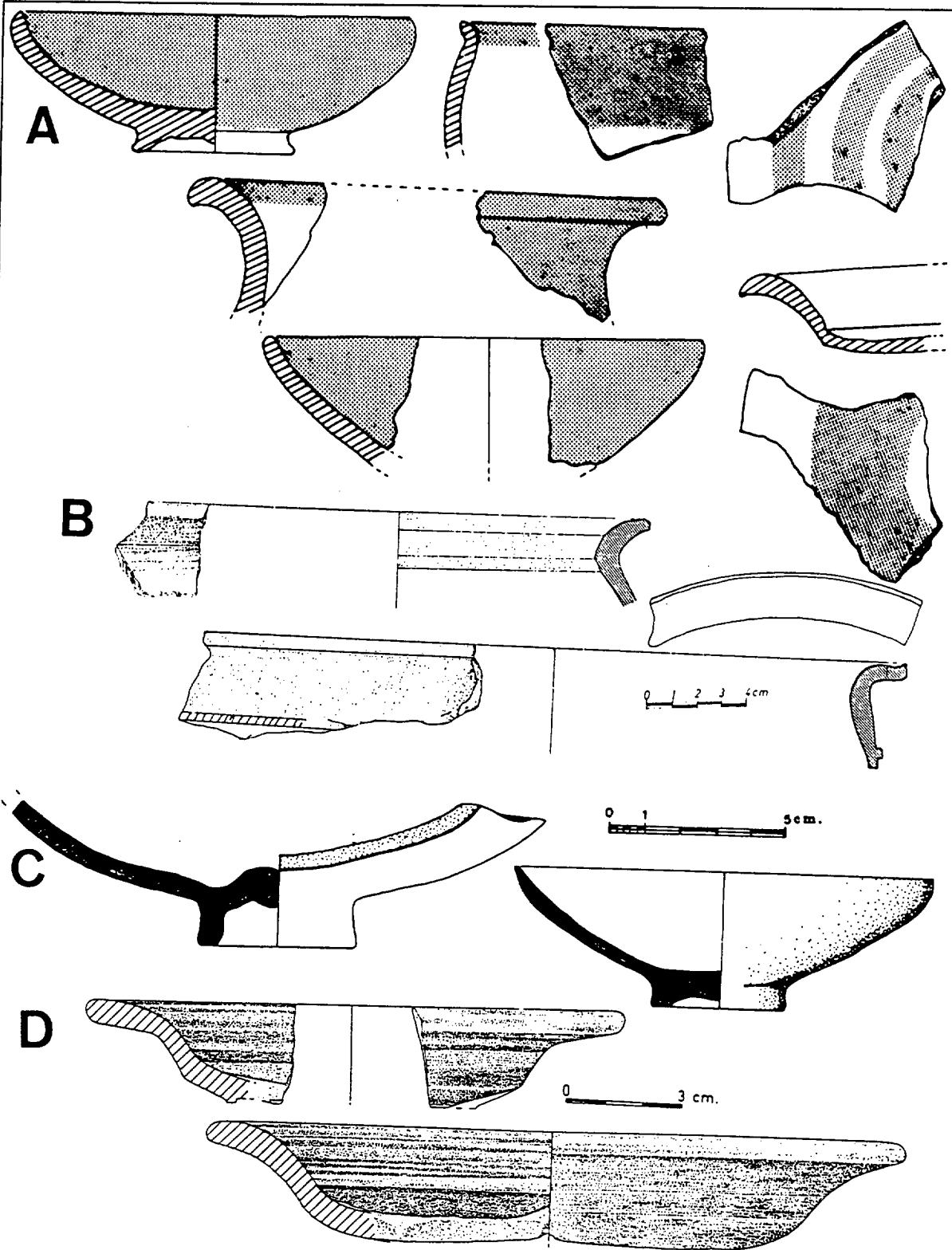


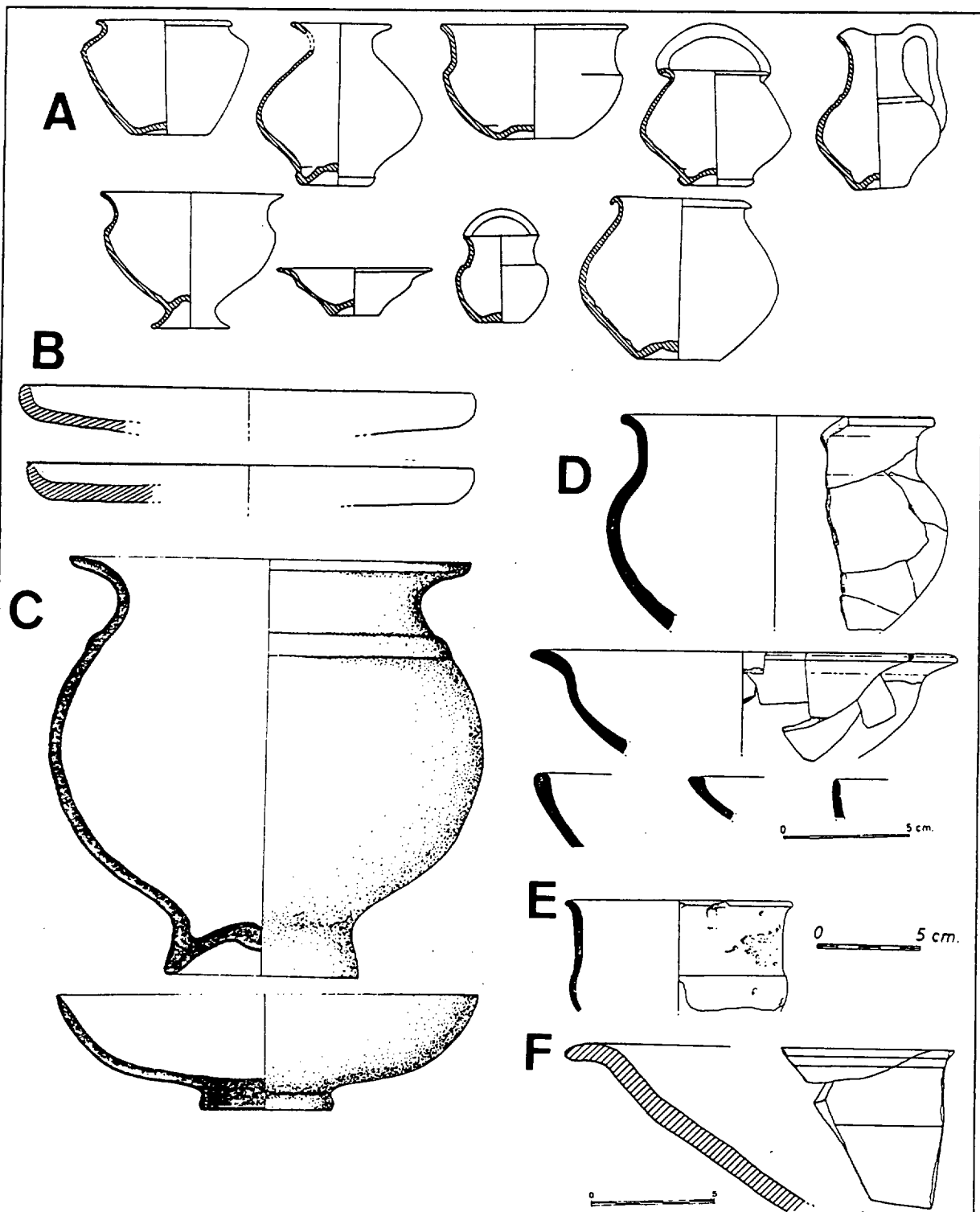
FIGURA 32. Cerámicas griegas V. Áticas de barniz negro: A- Pie de copa Cástulo de Pajares B- Reconstrucción copa Cástulo (modelos antiguo; mediados s.V a.C.) (Sánchez Fernández, 1992: fig.1.1) C-D Fragmentos de Pajares E- Padilla de Duero (Sanz/Campano, 1987: 178, fig.1)







**FIGURA 34.** Cerámica de barniz rojo II. A- Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 56, fig.27) B- C La Coraja (Rivero, 1974: 369, fig.8; Civantos, 1993: fig.7) D- Coca (Segovia) (Marcos, 1991: 80, fig.1)



**FIGURA 35.** Cerámicas de pastas grises. A- El Raso; tipología (Fernández Gómez, 1986: 862-863, fig.467) B- Villasviejas del Tamuja (Hernández et alii, 1989: 99, fig.56) C- La Coraja, tumba 76 (Civantos, 1993: 24, fig.8) D- La Mota, Medina del Campo (Valladolid) (Seco/Treceño, 1993: 149, fig.12) E- Coca (Romero Carnicero, M<sup>a</sup>.V., et alii, 1993: 24, fig.8) F- Cuéllar (Barrio, 1993: 193, fig.11.1)

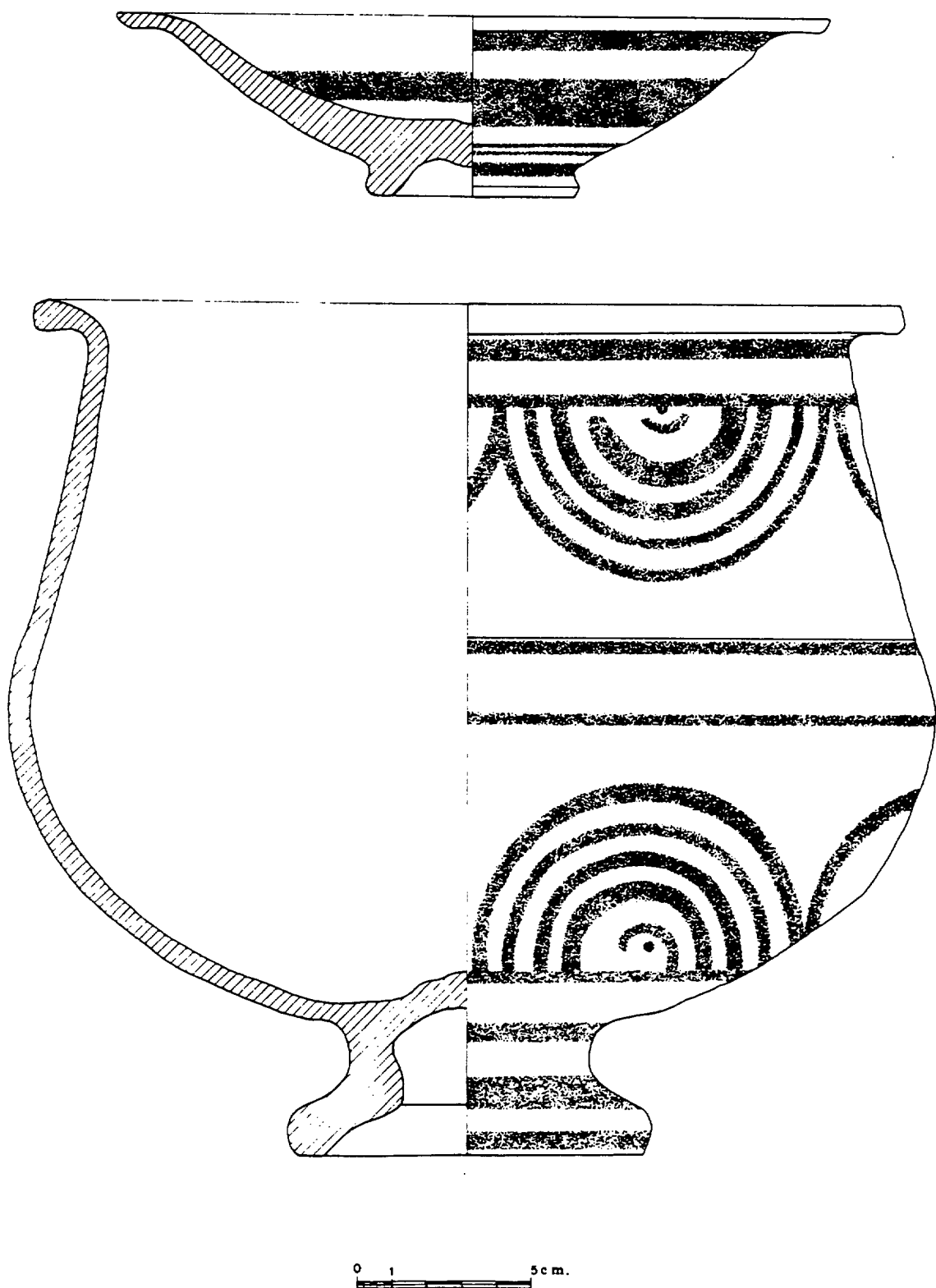


FIGURA 36. Cerámicas ibéricas pintadas I. El Mercadillo, tumba 15 (Hernández/Galán, 1996: 41, fig.17)

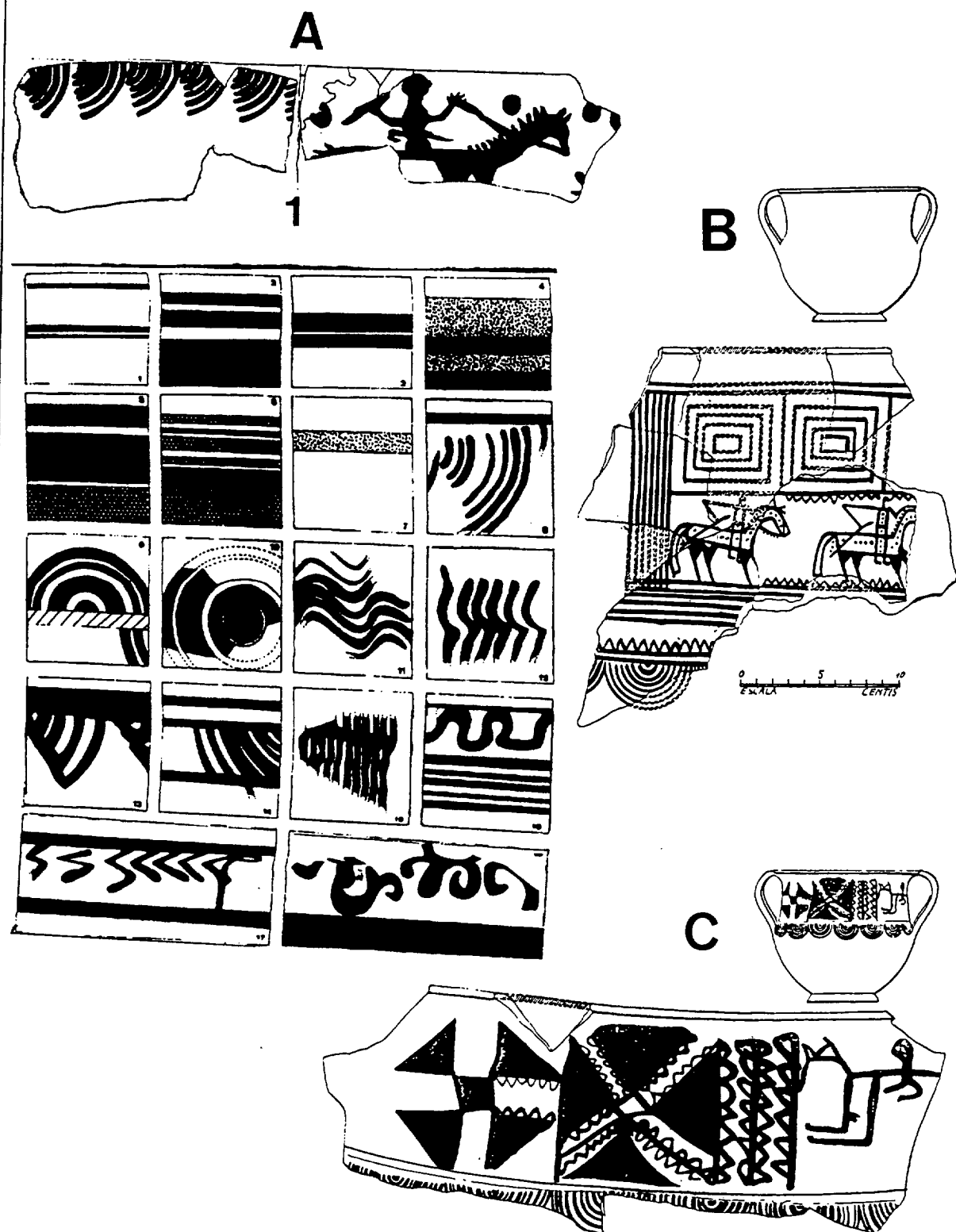
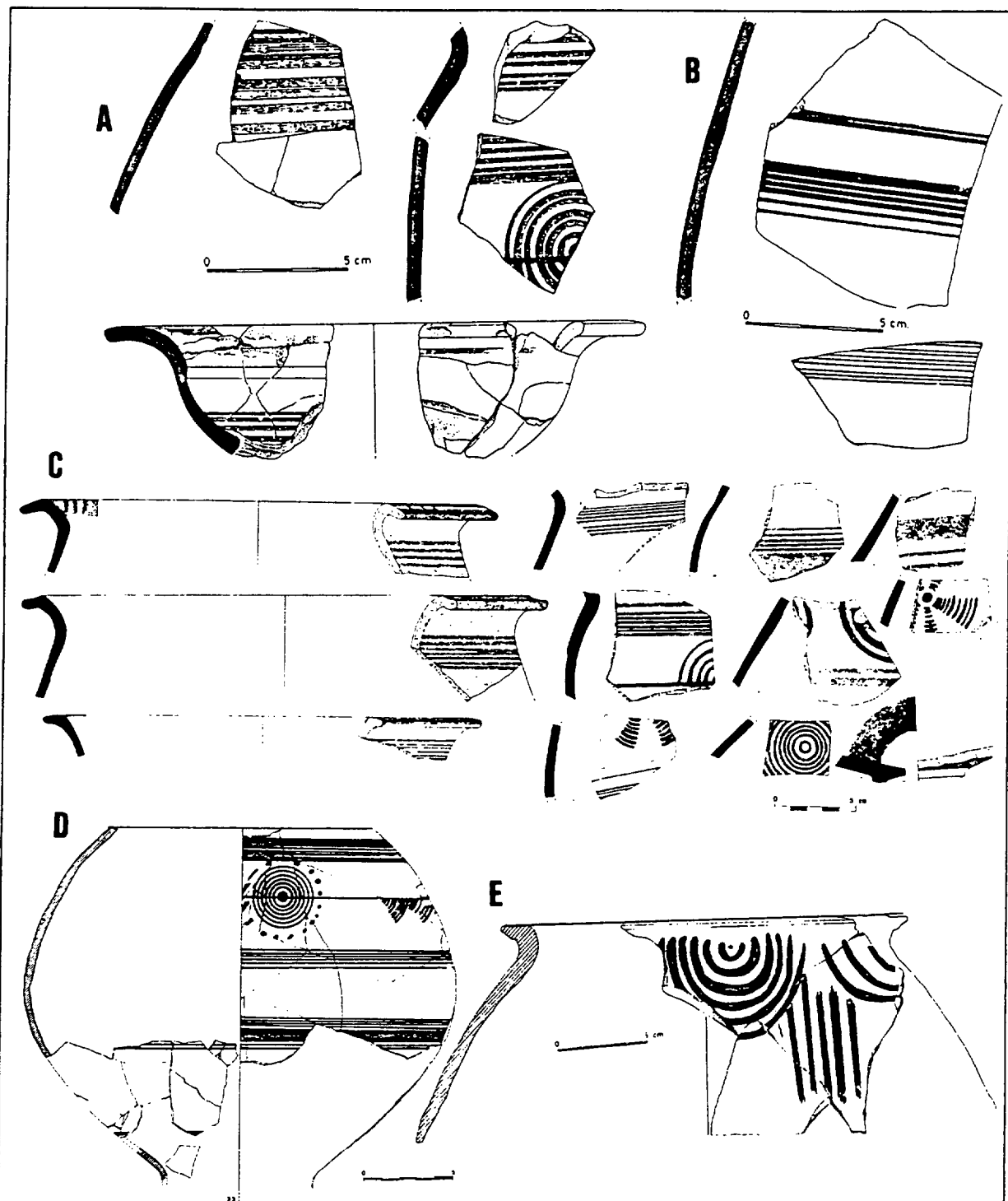
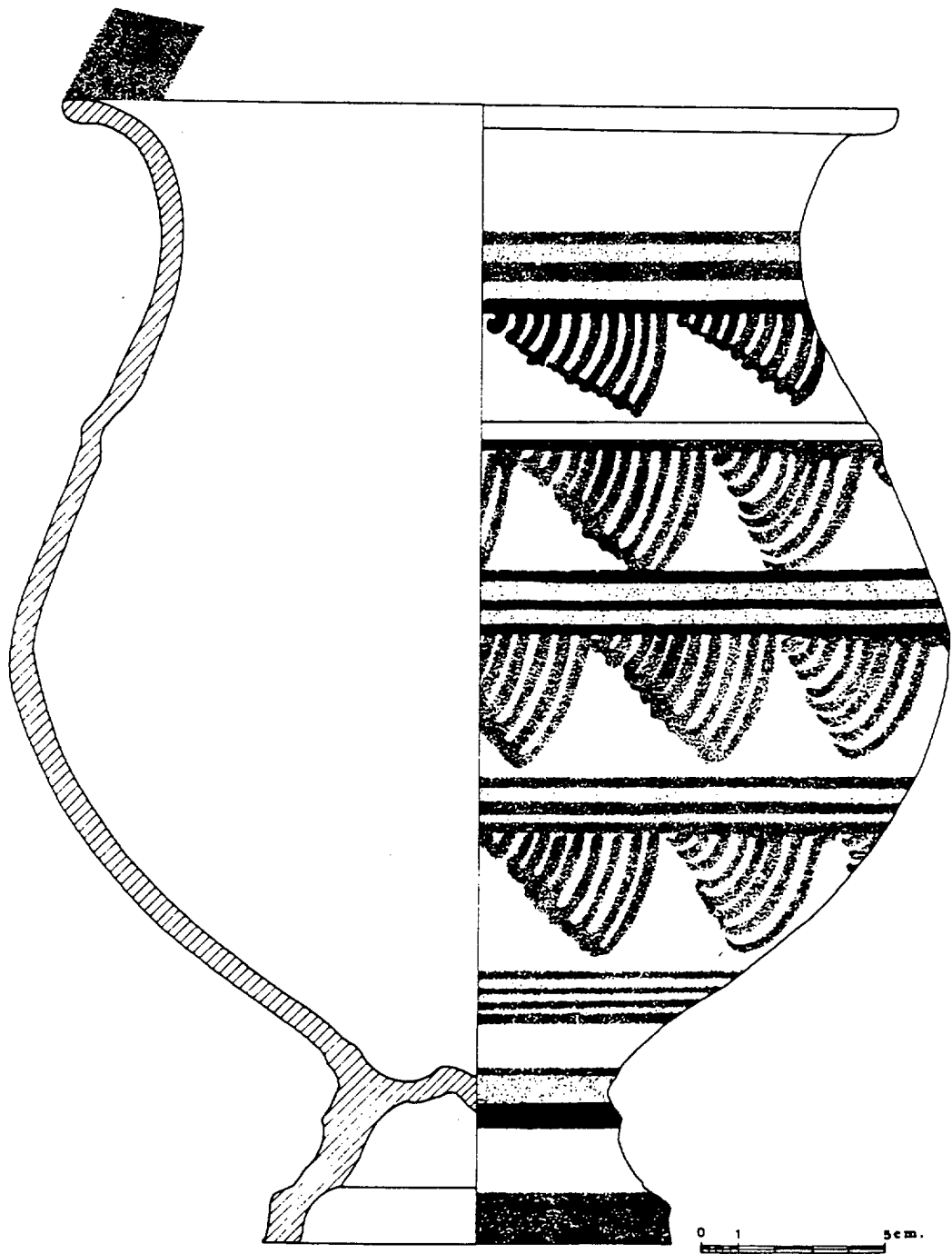


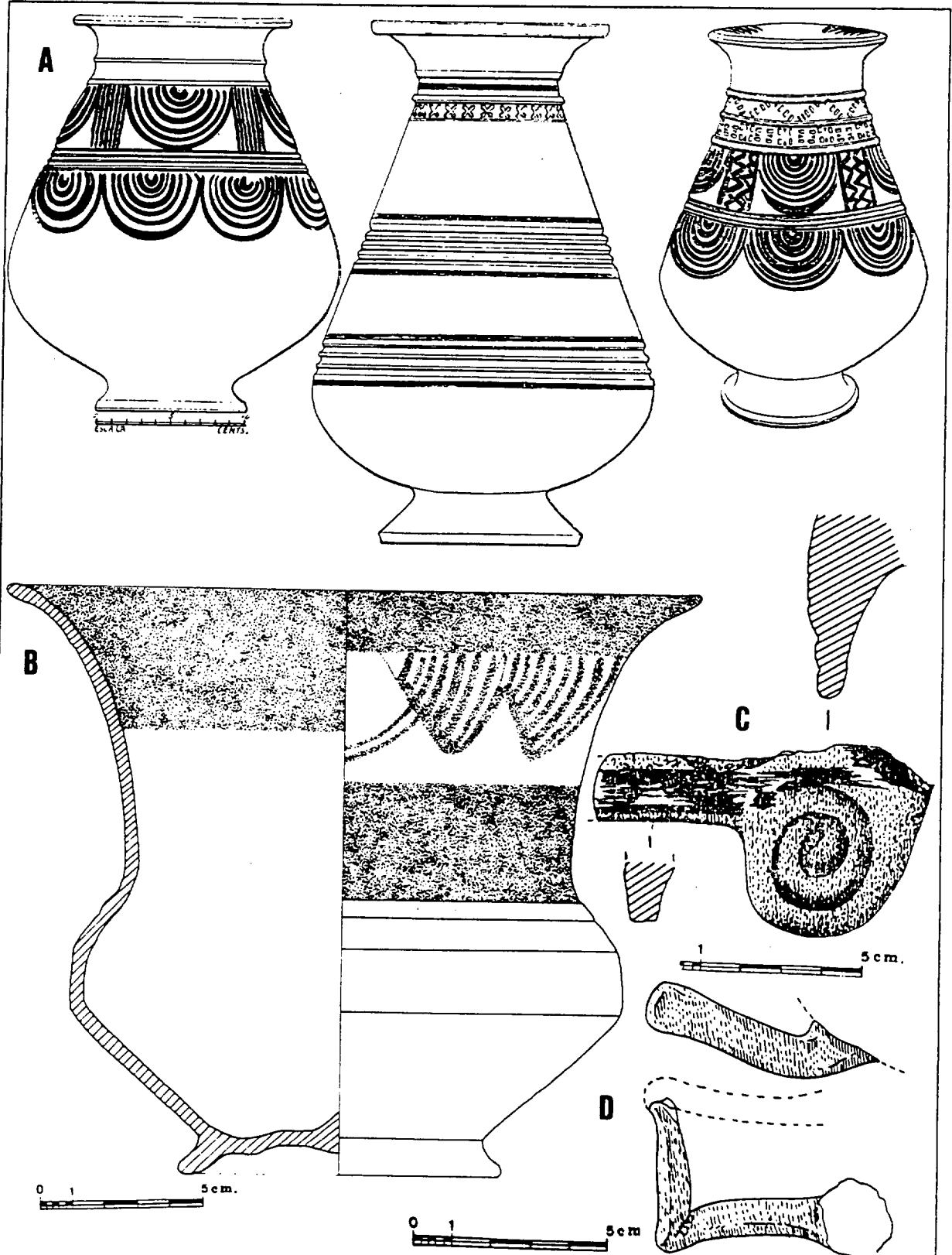
FIGURA 37. Cerámicas ibéricas pintadas II. A- La Coraja. Tipología decorativa y fragmento del jinete (1) (Cabello, 1991-92: 125-126, fig.6-7) B-C Las Cogotas, vasos con jinete (Cabré, 1930: lám.X)



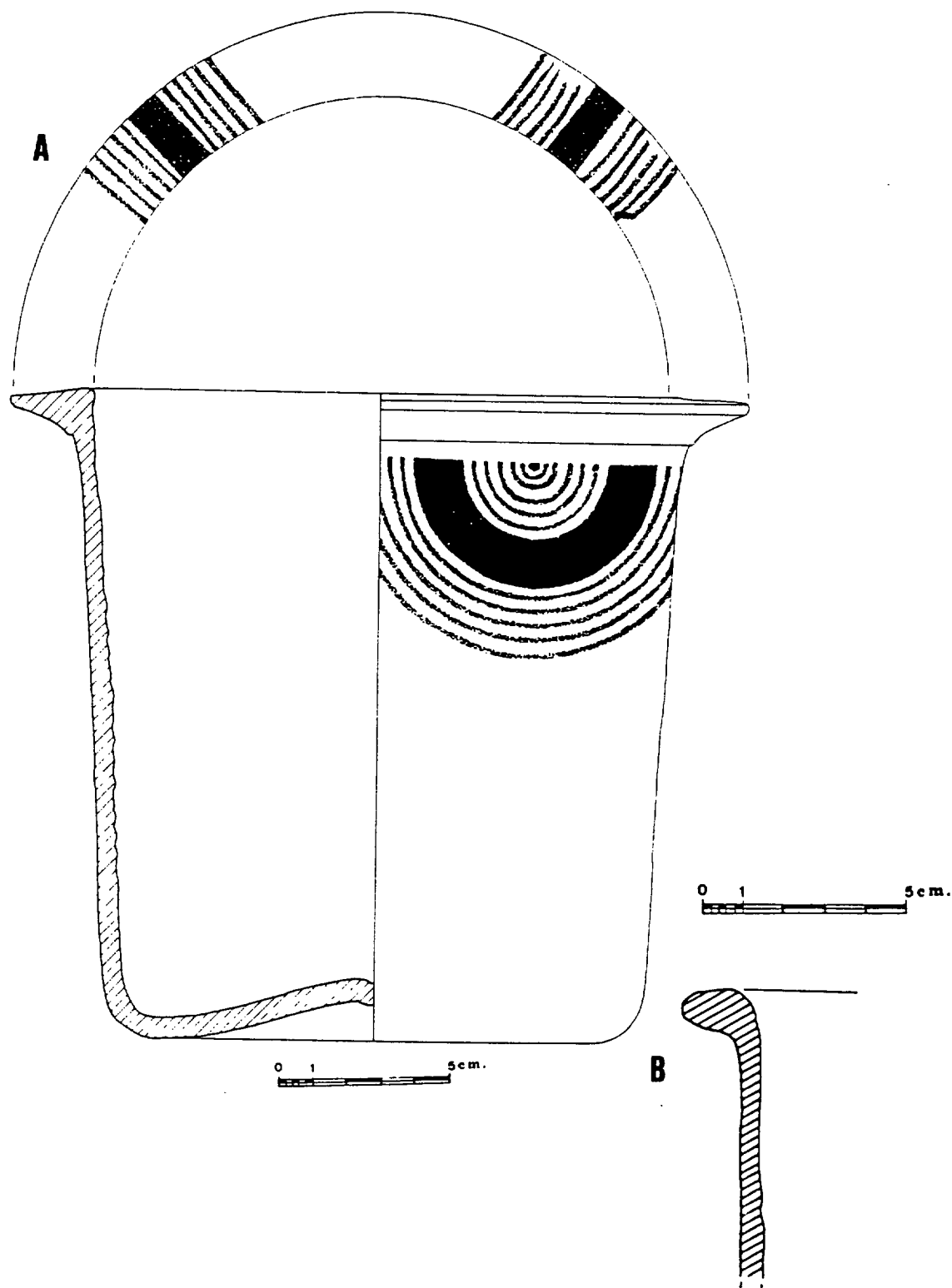
**FIGURA 38.** *Cerámicas ibéricas pintadas III. Primeras importaciones; A-B Medina del Campo (Seco/Treceño, 1993: 144, 147, fig.7-10) C- Cuesta del Mercado, Coca D- Cuéllar (Barrio, 1993: 193, fig.11) E- Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 206, fig.12)*



**FIGURA 39.** *Formas de inspiración mediterránea I. El Mercadillo, urna crateriforme de la tumba 34 (Hernández/Galán, 1996: 61, fig.34.1)*

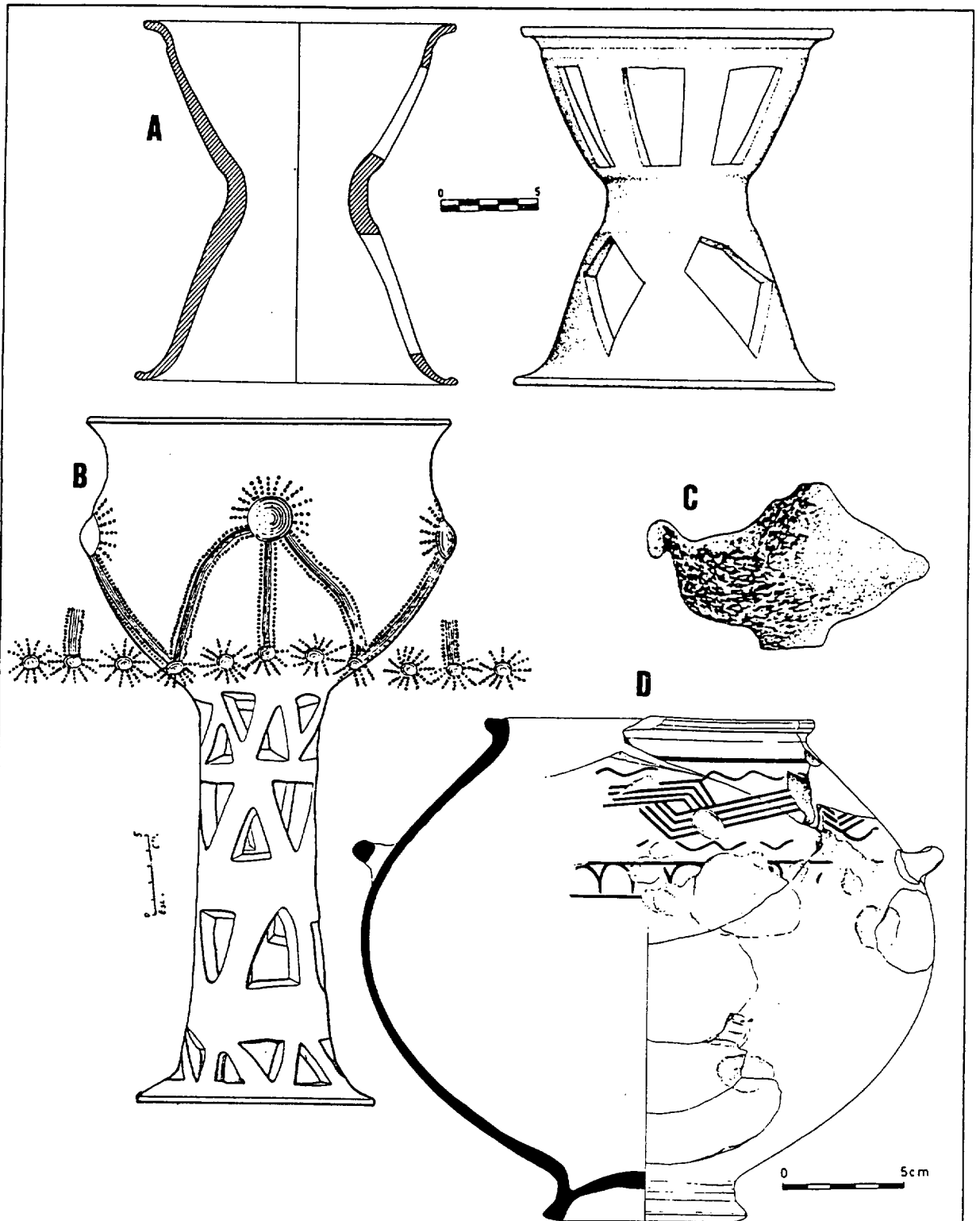


**FIGURA 40.** Formas de inspiración mediterránea II. A- Las Cogotas, vasos ovoides (Cabré, 1930: lám.LXI) B- El Mercadillo, urna tulipiforme de la tumba 18 (Hernández/Galán, 1996: 45, fig.21) C- Villasviejas del Tamuja, asa de crátera de volutas de imitación (Hernández et alii, 1989: 87, fig.50) D- Villasviejas del Tamuja, asa de cáliza de imitación (Hernández et alii, 1989: 64, fig.33)

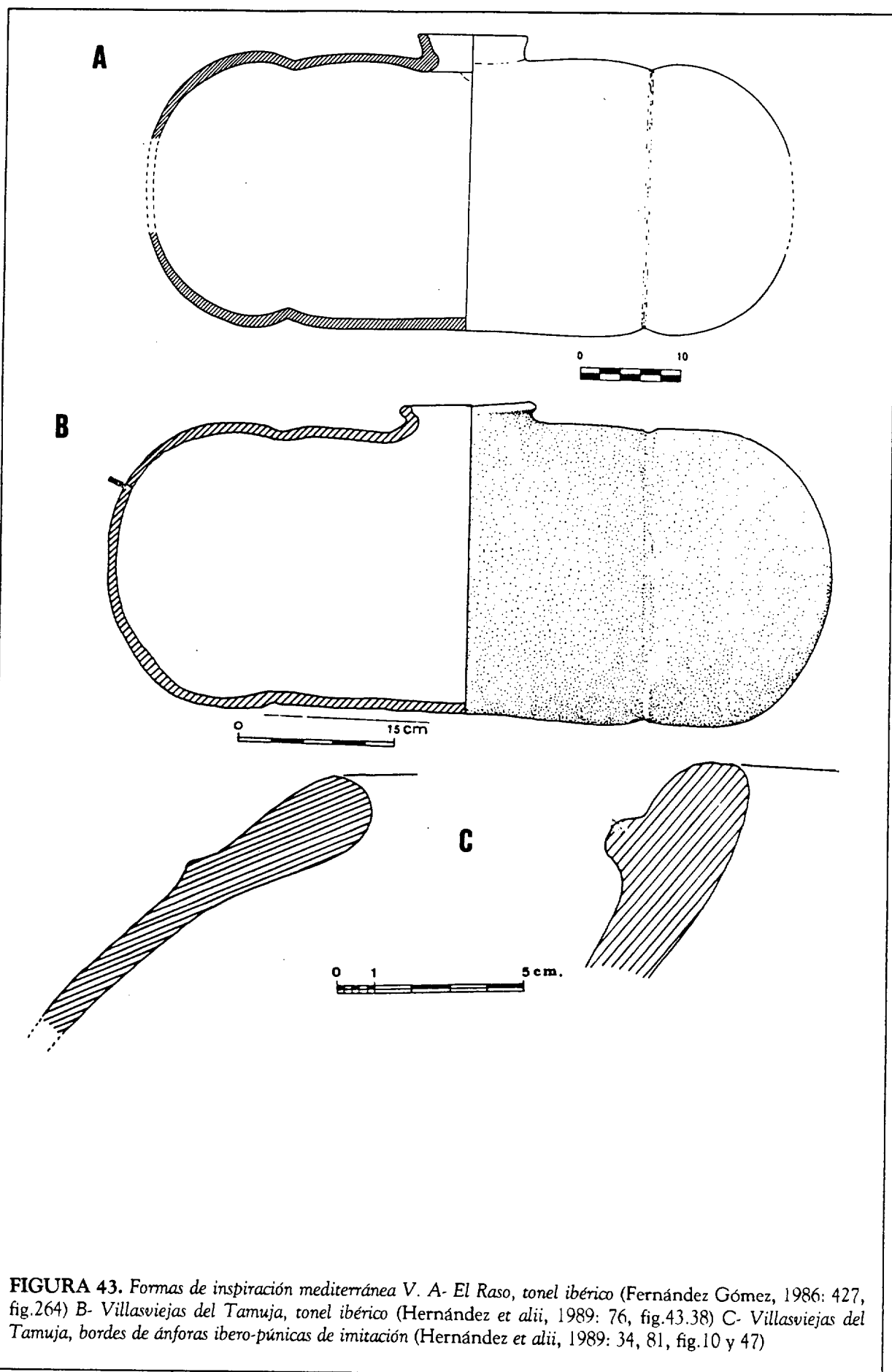


**FIGURA 41.** Formas de inspiración mediterránea III. A- El Romazal I, cálato de la tumba 135 (Hernández/Galán, 1996: 117, fig.51) B- Villasviejas del Tamuja, borde de cálato (Hernández et alii, 1989: 91, fig.52)





**FIGURA 42.** Formas de inspiración mediterránea IV. A- El Raso, pebetero calado (Fernández Gómez, 1986: 306, fig.175) B- Las Cogotas, pebetero calado (Cabré, 1930: lám.XXXV) C- Las Cogotas, askos de la tumba 161 (Baquedano, 1990: 90, fig.2.2) D- Melgar de Abajo, urna de orejetas (Cuadrado/San Miguel, 1993: 330, fig.11.2)



## **B. ARMAMENTO**

Existen distintos tipos de armas recuperadas en yacimientos de la meseta occidental que denotan un influjo exterior, principalmente meridional-mediterráneo, y que por lo tanto pueden considerarse como elementos importados o transformados tras una fase obligada de adaptación. Hay armas ofensivas y defensivas. Los objetos más característicos son ciertos modelos de espadas, en especial la falcata y la espada de frontón, aunque también nos encontramos con otras variedades armamentísticas (discos-coraza, cascos Montefortino, *soliferrea*...). Otras piezas reflejan estímulos externos familiarizados con lo celta pero un análisis detenido parece indicar que muchas de ellas son producciones locales; no obstante algunos modelos concretos (por ejemplo los puñales biglobulares) se interpretan como indicadores del proceso de celtiberización < figura 44 >.

Así, distinguimos apriorísticamente dos corrientes de influencia en el armamento: la meridional-mediterránea (armas que podemos emparentar con el mundo ibérico en primera instancia -procedencia- y en última con otros ámbitos mediterráneos -origen-) y la interior-pirenaica.

### **a) CORRIENTE MERIDIONAL-MEDITERRÁNEA**

#### **FALCATAS**

Sólo conocemos una decena escasa de ejemplares, todos ellos en el marco vetón. Esta espada tan singular se caracteriza por presentar una hoja ancha curva y asimétrica con filo principal interior y otro secundario menor o contrafilado dorsal (no siempre aparece) que se unen en una afilada punta. Está surcada por profundas acanaladuras y su longitud media ronda los 60 cm. en los prototipos ibéricos, si bien se dice que los ejemplares meseteños tienen un tamaño menor adecuado a su factura algo posterior. La empuñadura del sable es incurvada y se remata en cabeza de animal (ave o caballo). Esta caracterización técnica define a un sable cortante por vía doble que al mismo tiempo desarrolla una definitiva acción punzante. Tras los estudios iniciales sobre armamento que facilitaron los primeros ensayos tipológicos de la falcata peninsular debidos a E. Cabré y, sobre todo,

gracias a los recientes trabajos de F. Quesada al respecto<sup>11</sup> sabemos hoy que la falcata es uno de los instrumentos guerreros más típico, eficiente y novedoso de la sociedad ibérica, en especial de Contestania y Bastetania. Un arma que llega a la Península a inicios del s.V a.C. a partir de ciertos prototipos de sable de filo curvo del sur de la región ilirio-adriática (sur de Albania-noreste de Grecia para Quesada, Italia centro-oriental y Balcanes septentrionales para Kurtz) donde se fragua en el s.VIII a.C., y tras haber pasado previamente por la esfera italo-etrusca (Kurtz, 1991: 189), adoptándose y siendo transformada por los íberos desde entonces. Más que un mero útil de guerra, la falcata es expresión simbólica de poder y jerarquía dentro de las comunidades ibéricas, amén de poseer otros significados rituales y funerarios (Quesada, 1992: 207-238), por ello su difusión selectiva en contextos meseteños conduce de entrada a tres ideas sobre las que volveremos más adelante: 1) la evidencia de contactos, bien directos o indirectos, entre grupos del sureste y de la meseta occidental (vetones); 2) la asociación de estas armas al ámbito funerario, integrando un número limitadísimo de sepulturas *de guerrero* con algunos de los ajuares más notables del conjunto de las respectivas necrópolis (casos de La Osera y El Raso, donde el hallazgo de falcatas procede de depósitos cerrados); y 3) derivado de lo anterior, la conexión tripartita que se establece entre a) un elemento foráneo, b) un contexto deposicional relevante y minoritario, y c) un poseedor (difunto enterrado) con una caracterización material de tipo militar.

Las muestras con las que contamos en nuestra región de estudio son las siguientes.

. Necrópolis de El Raso <figura 45>: una falcata. Forma parte del ajuar de la sepultura nº 64 del núcleo C del sector El Arenal. Tiene 58,5 cm. de longitud y una anchura máxima de la hoja de 6 cm. Es de hierro con empuñadura en forma de cabeza de ave poco definida, cerrada con vástago. La hoja presenta cinco líneas grabadas en la zona posterior que parten de la empuñadura, tres de ellas corren hasta la punta y las otras dos más superiores se detienen en la zona media, justo donde parte el filo dorsal. En la empuñadura se conservan unos pivotillos para asir las cachas del empuñador. A su lado apareció la pequeña embocadura de la vaina, de hierro, que se ensancha en los extremos, además de otras piececillas de hierro que pertenecerían también a la vaina. La sepultura en la que se halló

<sup>11</sup> E. Cabré de Morán (1934a; *ead.*, 1934b); Quesada (1990b; *id.*, 1991) para el origen del arma; Quesada (1992) como síntesis general muy atractiva, en particular las páginas 173-199 resumen la investigación sobre la procedencia de esta

la falcata es una de las más ricas de la necrópolis y está fechada en un momento avanzado del s.IV a.C. Se remata con una cobertura exterior de lajas y en su interior se contabilizan dos urnas cerámicas a mano, tres vasos torneados más de ofrenda, una piedra afiladera, un cuchillo afalcado y a una distancia de 70 cm. al este, sin estar cubierto por el amontonamiento de piedras, el conjunto de armas: un *soliferreum*, un escudo (umbos y restos de anilla) y una lanza (regatón), junto a la falcata. Curiosamente la tumba se halló intacta pero sin restos funerarios (Fernández Gómez, 1986: 726-728, 795-797).

. Necrópolis de La Osera <figuras 46-47>: dos falcatas en el total de tumbas de la zona VI. La primera fue encontrada en la sepultura nº370, localizada en la base de un túmulo ovalado, junto a la urna cerámica a mano, una larga punta de lanza y las camas de un bocado de caballo; el ejemplar es más bien corto y ancho y tiene el pomo fraccionado en la parte superior, al parecer se remataría con cabeza de ave. La hoja muestra líneas grabadas más perceptibles en la parte alta junto al filo menor. La segunda falcata pertenece a la sepultura nº394, una de las que quedó soterrada por la ampliación del recinto murario del *oppidum* de La Mesa de Miranda. Constituye también una destacada *tumba de guerrero* de la que formaban parte además otra larga punta de lanza, elementos del escudo (una abrazadera de tamaño considerable, una anilla...) y una placa de cinturón, hembra, decorada con roleos de plata. La falcata es más esbelta y alargada que la anterior (aproximadamente 66 cm.); la empuñadura está incompleta pues falta su parte terminal con la típica caracterización zoomorfa, también la punta del sable se ha perdido. Se aprecian bien los remaches para la sujeción de las cachas. La decoración vuelve a insistir en las líneas inscritas grabadas en la hoja siguiendo el contorno de los filos (Cabré *et alii*, 1950: 181, 219, lám.LVII y 220, lám.LXIII). El enterramiento se data a fines del s.IV a.C.

Hay diez falcatas más en el conjunto de zonas inéditas de la necrópolis de La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 68; Baquedano, 1996: 79), de las que no se ha ofrecido detalle alguno a excepción de leves alusiones, caso de dos falcatas clavadas de punta en enterramientos de la zona IV fechados a mediados del s.IV a.C.: la sepultura 551, que contenía además una placa de tipo ibérico, una punta de lanza, una manecilla de escudo, un pendiente de oro amorcillado y otro de cobre (Cabré, 1934: 3; *id.*, 1937: 102); y la sepultura tumular XXXI,

---

espada. Una interpretación sobre el origen de la falcata similar a la de Quesada es la ofrecida por Kurtz (1991).

deparadora de una lanza con regatón, manilla y umbo de escudo y nueva arracada amercillada (Cabré, 1934: 2-3).

. Necrópolis de La Coraja <figura 48 A>: dos falcatas. Hallazgos casuales sin contexto arqueológico, pero en la zona de necrópolis. Una de ellas es de bronce, presenta buen estado de conservación y exhibe la hoja doblada por completo en dos pliegues. Tiene líneas grabadas longitudinalmente desde la empuñadura hasta casi la punta, poco antes de llegar al borde como el diseño decorativo se complica con una serie de motivos geométricos de gran plasticidad. La empuñadura tiene forma de cabeza equina y se forma a partir de una moldura (guarda basal) que separa la hoja de la lengüeta calada, en la que se observan remaches para sujetar las cachas, probablemente de madera o hueso. La segunda falcata se conserva mucho peor, está fragmentada y con sólo una parte de la lengüeta, sin calados. Es de hierro y más sencilla pues no presenta apenas decoración (Esteban, 1993: 80-81).

Una falcata aparece representada en un fragmento cerámico pintado hallado en prospección en la zona de poblado. En él, el ya mencionado jinete porta sujeta a su cintura una falcata cruzada con la empuñadura asomando por la espalda del guerrero <figura 37 A.1>. No abunda este motivo en la pintura vascular, pero sí se rastrean algunos paralelos en la zona levantina y del sureste. En concreto la falcata se toma como elemento decorativo en los vasos cerámicos de San Miguel de Liria y Puntal del Llops (Valencia), Cabecico del Tesoro (Murcia), Cabezo del Tío Pío (Alicante) y La Serreta de Alcoy (Alicante). Curiosamente es el fragmento cacereño el único que asocia la falcata con jinete, pues en el resto de casos la espada es blandida por infantes (Quesada, 1992: 106-107). Este breve análisis de paralelos señala claramente la que puede considerarse principal vía de llegada de estos elementos ibérico-mediterráneos; o mejor, el foco de partida que no es otro que el ámbito contestano-bastetano donde se concentra el mayor número de falcatas y de cronología más antigua. Contamos además con otros datos que abogan por esta conexión entre el sureste y la meseta occidental a los que atenderemos enseguida.

. Poblado de Villasviejas del Tamuja: una falcata. Fue hallada en exploraciones clandestinas y la información es poco precisa. Es de bronce y presenta una empuñadura rematada en cabeza de leona (Esteban, 1993: 90, nota 46).

. Dehesa del Rosarito (Cáceres) <figura 48 B>: dos falcatas fuera de contexto en la dehesa cercana al pantano de Rosarito, en la confluencia de las provincias de Cáceres y Ávila, muy próxima al santuario de Postoloboso y al área funeraria del conjunto cementerial de El Raso. Las dos piezas son de hierro y muy similares; sus longitudes son de 60 cm. y 57 cm., con un grosor máximo de la hoja de 6 cm. aproximados en ambos ejemplares. Presentan la empuñadura bastante desgastada, parece que rematada con cabeza de caballo, y también conservan los remaches para las cachas. La decoración es apenas visible en el primer ejemplar, mientras que en el segundo se aprecian bien las típicas líneas paralelas rehundidas y otros motivos geométricos. Junto a las falcatas se halló un puñal de hierro sin pomo ni guarda. El conjunto ha sido fechado con vaguedad a fines del s.III a.C (Enríquez, 1981), pero recientemente se ha bajado su antigüedad a inicios del s.I a.C. tomando como argumento la tipología del puñal que se tiene por romano (Quesada, 1992: 141). En nuestra opinión no hay certeza absoluta para asociar falcatas y puñal a un mismo contexto; con todo, suponiendo tal asociación, las falcatas pueden ser de un momento anterior y haber *viajado*, a través de distintas entregas generacionales, desde su asiento original. El carácter descontextualizado del hallazgo y la parquedad de datos en la hoja de registro de las piezas en el Museo de Badajoz, donde se exhiben, impide profundizar en la interpretación del conjunto, pero por su conexión con un espacio de atmósfera religiosa, la zona del Rosarito, en cuyas proximidades se produce la confluencia del río Tiétar con la garganta de Alardos justo en el punto donde se sitúa el santuario de Postoloboso, sede del culto a *Vaelicus* (Sánchez Moreno, e.p. -d-), quizá no sea aventurado poner en relación estas armas con un sentido ritual, por ejemplo el de ofrenda fluvial.

Más al suroeste, todavía en la provincia de Cáceres pero en marco de población lusitana, se descubrió en 1911 una falcata junto a un escudo circular al construir una carretera en el campamento romano de Cáceres el Viejo, a escasos kilómetros de la capital. El ejemplar es de hierro y con cabeza de caballo, por su asociación a un contexto militar romano se le fecha en el primer tercio del s.I a.C. (Enríquez, 1981: 50; Beltrán, 1982: 84; Ulbert, 1984: lám. 25 n°201, lám.62; Quesada, 1992: 141). También tardía, aunque no tanto (ss.III-II a.C.) es la falcata hallada en el castro de Capote (Fregenal de la Sierra, Badajoz), en dominio ya de la Beturia céltica formando parte muy probablemente de un depósito ritual (del que también participan *soliferrea* y cuchillos afalcatados, a los cuales

nos referimos más adelante), habida cuenta que se halló en una estancia aneja al citado altar de sacrificios (Berrocal, 1994b para la falcata; *id.*, 1994a, para el conjunto religioso).

## ESPADAS DE FRONTÓN

Se trata de una calada de hoja generalmente más larga y ancha que las espadas de antenas, de perfiles rectos o ligeramente pistiliformes, con acanaladuras. La empuñadura es de cruz horizontal, con lengüeta de emgange revestida por cachas de materia perecedera; lo más característico es la pieza última del pomo, independiente, con forma de frontón, cuyas variedades sirvieron a E. Cabré para distinguir cuatro series diferentes (Cabré de Morán, 1990: 210-211). Las vainas son de materia orgánica, guarnecidas en flancos con cañas de hierro. Existen modelos de hoja corta, en torno a los 30 cm. de longitud, con tres series definidas por E. Cabré en función del número de nervaduras. A veces se confunden con el puñal de frontón (ejemplar de la tumba nº30 de El Raso), con hoja más corta de perfil variado (triangular, pistiliforme...) y empuñadura rematada con el mismo frontón semicircular exento. A partir del puñal de frontón se desarrollan modelos con empuñadura que tienden a complicarse<sup>12</sup>. No obstante no está nada claro el hermanamiento directo de los puñales con las espadas de frontón, más bien parecen tratarse de fabricaciones celtibéricas posteriores en casi dos siglos que se inspiran sólo parcialmente -remate del pomo- en las espadas de frontón (Cabré, 1990: 211-212, 220-221), de sabor más mediterráneo.

Efectivamente, a pesar de que durante un tiempo se le atribuyó un origen continental-céltico, hoy parece clara la correspondencia de la espada de frontón con modelos meridionales que hacen acto de presencia en el litoral andaluz y en el sureste (Albacete, alta Andalucía oriental) a inicios de la Segunda Edad del Hierro<sup>13</sup>, con prolongaciones hacia la meseta (Cabré de Morán, 1990). Usualmente se ha visto en la acción mercenaria de los íberos por el Mediterráneo la razón de la introducción de esta

---

<sup>12</sup> El ejemplo más típicamente celtibérico es la empuñadura biglobular, definida por el glóbulo añadido a la zona media del pomo que se termina en frontón o disco que ahora está unido y no exento, y por la vaina con cañas de hierro y chapa de bronce o hierro decorada.

<sup>13</sup> Autores como F. Fernández Gómez, sin embargo, aun mantienen la adscripción céltica para la espada de frontón, siguiendo los postulados de Schüle (1969). Así, Fernández Gómez (1986: 793; todavía más recientemente, *id.*, 1995: 200).



espada y de la falcata en suelo peninsular (participantes de esta idea, con distinta intensidad, son A. García y Bellido, E. Cabré, F. Quesada, I. Baquedano, etc.).

Son pocos los sables con empuñadura de frontón que se agrupan en la meseta occidental, que sepamos sólo existen cuatro dados a conocer y se asocian a contextos funerarios de la provincia de Ávila. Pueden ser datados *grosso modo* a mediados del s.IV a.C. atendiendo a los elementos de ajuar asociados y según la clasificación de E. Cabré, ya que parecen identificarse con la serie II, de frontón exento, que marca esa misma cronología.

Necrópolis de El Raso: tres espadas publicadas del sector El Arenal (núcleos A y C) <figuras 49-51 A>. El ejemplar de la sepultura nº 13 tiene una hoja de 40 cm. con cuatro acanaladuras paralelas a los bordes en la zona central de ambos caras; la lengüeta presenta dos remaches y del pomo se conserva una lámina suelta del semicírculo (frontón) y una especie de roblón o grapa de sujeción. Dispone de las cañas de hierro de la vaina, rematadas en una contera circular y fortalecidas con tres puentes de hierro horizontales de los que colgarían pequeñas anillas. Acompañando a la espada se encontraban un umbo de escudo de hierro circular y su correspondiente manecilla, dos puntas de lanza, además de otras piezas menores de hierro, una jarrita y una tapadera cerámicas. La sepultura no incluía urna cineraria ni restos de cenizas y tampoco mostraba señales de haber sido violada (Fernández Gómez, 1986: 581-583). En la tumba nº30 hay que citar una nueva espada de frontón que integra otro destacado conjunto funerario: dos urnas torneadas, una con abundantes restos cremados que contenía en su interior dos pinzas de bronce, el pomo de la empuñadura de frontón, un regatón, tres anillas de hierro con sus hembrillas que debieron pertenecer a un escudo y una navaja de afeitar, el ajuar se completa con un *soliferreum*, un umbo de escudo de hierro, una punta de lanza, un cuchillo afalcado, dos vasitos cerámicos y fragmentos de un tercero. La espada es más corta que la anterior (30 cm.), conserva la lengüeta, tiene dos acanaladuras junto a los filos y una plataforma en resalte en la zona central con nuevas acanaladuras más delgadas y molduras en relieve, en su superficie se observan señales de haber sido sometida al fuego de la cremación. A la espada van unidas las cañas exteriores de una vaina; en su embocadura aparece pegada la punta del cuchillo afalcado que debió guardarse en la parte más externa de la vaina (Fernández Gómez, 1986: 618-624). El tercer ejemplar corresponde a la sepultura 66 del

núcleo C de El Arenal. Se trata de una hoja de hierro ancha y con tendencia pistiliforme que alcanza los 38 cm., con dos gruesas acanaladuras, en mal estado de conservación. De la empuñadura sólo queda el arranque del alma, en el que aparece un vástago por uno de los lados que serviría para sujetar las cachas. De la vaina únicamente se han recuperado pequeños fragmentos de las cañas; tampoco hay restos del remate del pomo por lo que no es concluyente su clasificación como espada de frontón, aunque el resto de rasgos así parecen apuntarlo. Estamos ante otra destacada tumba de guerrero, en la que han aparecido restos desmenuzados del umbo y de la abrazadera de un escudo, un cuchillo afalcatado, un clavo de hierro y varios recipientes cerámicos (urna, vaso, escudillas o catinos y una pieza en miniatura) (Fernández Gómez, 1986: 730-735). Finalmente, debemos añadir un nuevo ejemplar de frontón procedente de una tumba hallada casualmente en 1993 en el sector de El Romo, al sur de El Raso: en ella la espada era el único elemento, junto con algunos restos de vaina, y aparecía clavada verticalmente <figura 51 A> (Fernández Gómez, 1994).

Por otra parte, se sabe de la existencia de espadas de frontón en los sectores inéditos de La Osera (Baquedano, 1996: 79), pero ignoramos su número y características <figura 51 B>. Muy recientemente se nos ha comunicado la noticia del hallazgo casual de una espada probablemente de frontón en las proximidades del yacimiento de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), en obras de allanamiento de un camino. Después de haberla visto y fotografiado, por gentileza de su propietario, consideramos pertinente darla a conocer aquí. La pieza mide 37 cm., en su zona central la hoja está doblada horizontalmente, y a pesar de las concreciones metálicas y de la falta de restauración se distinguen líneas de acanaladura. La empuñadura está fracturada, se conserva la parte inferior de la lengüeta, en cuyo lateral aparecen pequeñas muescas para el ajuste del empuñador exterior; pero se ha perdido el pomo, probablemente con remate de semicírculo característico del modelo de frontón. La espada de Pajares se asemeja bastante en morfología y medidas a los ejemplares de frontón de El Raso, en especial los de las sepulturas 13 y 66.

## DISCOS-CORAZA

A caballo entre sistema de protección y señal de prestigio, los discos-coraza, clipeos, *falera* o pectorales articulados se documentan esporádicamente en ajuares funerarios (estudio pionero de Cabré de Morán, 1949) y en representaciones plásticas (por ejemplo, los guerreros de la Alcudia de Elche y de Porcuna). Su dispersión peninsular indica una clara concentración en el ámbito ibérico, cuyo grupo aristocrático adapta algunos elementos coraza venidos con probabilidad del mundo itálico, el área periférica etrusca según Kurtz (1985: 21; *id.*, 1991: 187-188), a partir del s.VI a.C. y hasta el s.IV a.C. En la meseta su presencia es mucho más restringida. Al margen de los conocidos pectorales bronceos de Aguilar de Anguita en la Celtiberia, cabe destacar en nuestra área de estudio la aparición de dos discos de hierro idénticos en la interesantísima sepultura nº 350 de La Osera <figuras 52-53>, bajo el gran túmulo ovalado E de la zona VI<sup>14</sup> (Cabré de Morán, 1949; Cabré *et alii*, 1950: 130, 187-188, lám.LIV; Baquedano, 1990: 80). El diámetro de los discos mide 26 cm., en el centro hay un disquito-cabeza de cobre y en torno al borde se distinguen varias perforaciones y grapas relacionadas con el sistema de fijación al cuero de la vestimenta o al resto de placas metálicas con las que se articularía. En este sentido, inicialmente se asociaron a los discos-coraza las plaquitas revestidas de plata y decoración figuradas reconstruyéndose un sistema de discos, placas y correas similar a los hallados por el marqués de Cerralbo en la meseta oriental (Cabré de Morán, 1949: 188-190) <figura 54>, si bien poco después se optó por considerar a estas últimas como placas articuladas de cinturón (desde que fuera apuntado por Cabré *et alii*, 1950: 187). Lo más interesante es que en la sepultura 400 de la necrópolis murciana del Cabecico del Tesoro, Verdolay, se descubrieron dos discos-coraza muy parecidos a éste, también en hierro -doblados y golpeados- probablemente de similar diámetro<sup>15</sup>, coincidencia acentuada por la presencia de las mismas plaquitas con representación de águila cazando (Nieto, 1943-1944: 171, lám. 23). El depósito de La Osera se fecha en la primera mitad del

<sup>14</sup> El ajuar de este enterramiento, sin elementos cerámicos, se componía de: caldero de bronce (¿depósito cinerario?), que contenía buena parte de las piezas de ajuar, bandeja o brasero de bronce, cinco placas de bronce bañadas en plata con decoración zoomorfa, discos pequeños de bronce, fíbula hispánica, pendiente de bronce, tres placas más de bronce con incrustaciones de plata, bocado y arreo de caballo, cuenta de collar broncea, dos regatones y fíbula-pasador con idéntica decoración que el asa del caldero. Volveremos sobre algunos de estos elementos, en especial las placas, en páginas siguientes. <figuras 52-53>

<sup>15</sup> En la primera noticia dada por Nieto (1943-44) el diámetro señalado es 15 cm. Cabré (1949: 189, nota 9) piensa que tal medida corresponde al radio, siendo 30 cm. la del diámetro, más acorde con los discos de La Osera; de forma parecida opina Quesada (1989b, II: 21-22 nota 74), para quien la cifra inicial de Nieto es una errata, pues la correcta sería 25 cm. En otro orden de cosas, en la bibliografía más antigua la sepultura 400 (numeración definitiva) de El

s.IV a.C. Discos-coraza y plaquitas se tienen por piezas importadas del sureste y de filiación itálica reveladoras de un “comercio armamentístico suntuario” con la meseta occidental (Cabré de Morán/Baquedano, 1991: 66).

Existen noticias un tanto confusas sobre la aparición en la zona de Las Guijas (necrópolis de El Raso) de un pectoral a modo de coraza, de bronce y en muy mal estado de conservación, con decoración repujada geométrica de círculos (cuatro menores que rodean a uno central) que aparece repetida en una plaquita rectangular de bronce procedente también de El Raso (hallazgo superficial); ambas piezas han sido donadas recientemente al Museo de Ávila <figura 55> (Fernández Gómez, 1994). De confirmarse el tipo y su relación con El Raso, podríamos estar ante otro de los escasos ejemplos de piezas defensivas de prestigio atestiguadas en la meseta prerromana.

## CASCOS MONTEFORTINO

A partir de s.IV a.C. en las zonas costeras y entrado el s. III a.C. en las zonas del interior, hace acto de presencia en suelo ibérico esta variedad de casco clasificada desde tiempo lejano entre los tipos célticos o celto-itálicos. Sin embargo la distribución del conjunto de cascos Montefortino conocidos actualmente señala una localización principal en la esfera ibérica, de nuevo el sureste, si bien también están representados en Mallorca, en la región catalana, en algunos depósitos del noroeste y más escasamente en la meseta (una revisión última en García-Mauriño, 1993). Son tres los ejemplares de este tipo encuadrados en la meseta occidental:

- a) En el límite meridional vetón, a orillas del Guadiana, se tienen noticias de un casco hallado en la antigua *Lacimurga*, en Cogolludo (Navalvillar de Pela, Badajoz), hoy en colección particular <figura 56 A> (Aguilar/Guichard, 1993: 36; García-Mauriño, 1993: 108-109, n°27). Se trata de un ejemplar casi completo, con capacete semiesférico, guardanuca inclinada, botón semiesférico y borde con líneas decoradas; sus rasgos asocian este casco al Tipo C Montefortino, datable en un momento avanzado (ss.II-I a.C.).
- b) De la necrópolis de La Osera procede un ejemplar muy mal conservado y del que apenas se tienen datos. Fue exhumado en la sepultura 201 en la transición de las zonas I-II

---

Cabecico del Tesoro se registra con el número provisional 120, lo cual puede ocasionar cierta confusión, pero se trata

durante la campaña de excavación de 1939 y consta su registro de entrada en el Museo Arqueológico Nacional, pero se halla en paradero desconocido. Se citan varios fragmentos de bronce y el vástago o remate que pudo recoger un penacho. En la misma tumba se recuperaron, entre otros objetos, una espada de La Tène, un escudo, bocados de caballo, un puñal Monte Bernorio, un cuchillo afalcado y varias puntas de lanza (Cabré/Cabré de Morán, 1933a: 41; García-Mauriño, 1993: 109, nº30). El depósito se fecha a fines del s.IV-inicios s.III a.C.

c) Mucho más conocido es, en el espacio ya de los antiguos vacceos, el casco de Gorrita, próximo a Valladolid, aparecido hace unos años en el transcurso de unas prospecciones (Abásolo/Pérez Rodríguez, 1980; *eid.*, 1986; García-Mauriño, 1993: 113-114, nº37) <figura 56 B>. Es semejante al ejemplar del mismo tipo hallado en Quintana Redonda (Soria). Sus medidas alcanzan 20 cm. de altura y 26 cm. de diámetro mayor; tiene capacete semiesférico, botón semiesférico, un sistema de fijación a base de clavos de bronce sujetos al borde inferior reforzados con remaches, y se conserva una hebilla del correa. Como es usual en estos cascos, en los bordes existe bandas ornamentales. El guardanuca recoge una inscripción latina (N.PAQVI), seguramente el nombre del propietario. J. A. Abásolo y F. Pérez clasifican el caso de Gorrita dentro del tipo B Montefortino, según estos autores de origen celto-itálico, realizado tal vez en un taller itálico, pero que llegaría a la meseta norte a mediados del s.III a.C. a través de circuitos comerciales centroeuropeos celtas (Abásolo/Pérez Rodríguez, 1980); más tarde lo ponen en relación con la campaña de Aníbal al Duero (Abásolo/Pérez Rodríguez, 1986: 48). Con otra postura, R. Martín Valls y A. Esparza (1992: 272) piensan que el yelmo de Gorrita es más tardío y obedece a la presencia inicial romana, pues, además del dato de la inscripción latina, se corresponde con un modelo itálico usado por el ejército romano, cuya ausencia decorativa le diferencia del asumido prototipo celta<sup>16</sup>.

Efectivamente, en los últimos tiempos se está revisando la pretendida filiación laténica de estos cascos y, en líneas generales, se aboga por un origen itálico habida cuenta de su distribución mediterránea (Lenerz, 1986: 273; Quesada, 1989b: II, 19-20; *id.*, 1994c; Kurtz, 1991: 190, nota 8; García-Mauriño, 1993). Según los análisis de Quesada y de García-Mauriño, el modelo, del que forman parte algunos elementos celtas, es creado en el

del mismo enterramiento.

<sup>16</sup> No obstante, algunos autores defienden una producción local de estos cascos en regiones como el noroeste (Ferreira, 1986: 181).

mundo etrusco en el s.V a.C., viajando por vía marítima gracias al comercio o a la acción de mercenarios hasta Iberia. La región del sureste ibérico muestra una alta representatividad (piezas más antiguas) y parece ser el área difusora del modelo hacia zonas marginales como la meseta. No obstante, los ejemplares del interior, generalmente más tardíos, pudieran corresponderse con armamento del ejército romano de conquista, ya que en el s.III a.C. el casco Montefortino había sido adoptado por las tropas de Roma. El carácter descontextualizado de los ejemplares recuperados en la meseta occidental impide que nos decantemos claramente por una de las dos posibilidades; si bien la supuesta presencia de un casco en el ajuar de una tumba probablemente del s.III a.C. (nos estamos refiriendo al problemático ejemplar del cementerio de La Osera, lugar al que ya hemos visto que llegan armas importadas del sureste) nos lleva a reconocer, una vez más, la conexión de nuestra región con el ámbito de la Contestania y Bastetania.

## **SOLIFERREA**

Este arma arrojadiza difiere de las lanzas ordinarias por estar realizada enteramente en hierro. Ha sido tomada como uno de los tipos militares (junto a la falcata y a la caetra) más representativos del armamento ibérico. Sobre su adscripción hay opiniones para todos los gustos: celta (Bosch Gimpera, Sandars), hispana (Schulten), africana... A tenor de un análisis actualizado (Quesada, 1993b), el *recorrido* del *soliferreum* hoy queda más claro. Quesada llega a la conclusión de que los ejemplares más antiguos son los del sur de Francia (Languedoc-Aquitania), fechados en el siglo s.VI a.C., zona desde la cual se difunde en dirección sur al tiempo que otras armas de allende los Pirineos (antiguas espadas de antenas, lanzas pesadas...) pasando a Cataluña y a la meseta oriental, donde perduran y se transforman, y arraigando con fuerza en el Sureste y en la alta Andalucía desde el s.V a.C. y hasta el s.III a.C. (Quesada, 1993b: esp. 175-177 para la procedencia y distribución peninsular, similar a la de la falcata aunque con mayor presencia en la meseta). En la meseta occidental hemos contabilizado doce *soliferrea* enmarcables en el s.IV a.C.<sup>17</sup>, diez de

<sup>17</sup> A destacar la relativa alta concentración en El Raso, donde sumamos un total de nueve ejemplares, incluidos en los ajuares de mayor calidad dentro de la homogeneidad imperante: tumbas 20, 26, 30, 63, 64 de los sectores de El Raso publicados, además de otro hallado sin contexto (B-2), uno más perteneciente a una colección privada (Fernández Gómez, 1986: 797-798) y dos últimos conocidos en la intervención arqueológica del sector Las Guijas B, tumba 108 y tumba 78bis (Fernández Gómez, 1994) <figura 57>. Como ya se ha indicado, todos aparecen plegados. Globalmente se datan entre fines del siglo IV e inicios del s.III a.C. y su excavador defiende la posibilidad de que se trate de producciones locales (Fernández Gómez, 1986: 799). En La Osera se registra un ejemplar en la sepultura 100, zona VI (Cabré et alii, 1950: 69, 185) de cronología similar a la de El Raso. En la provincia de Cáceres conocemos uno más,

los cuales corresponden a puntos vetones meridionales al Sistema Central <figura 57>. Se barajan dos caminos de entrada: a) desde la Celtiberia, donde hay ejemplares un poco anteriores (s.V a.C.), caso de Aguilar de Anguita; b) desde el sureste, a través del flujo ibérico por el que también transitan falcatas, espadas de frontón y otros elementos. Nos inclinamos por esta segunda opción, guiándonos por la distribución meridional en la región vetona y recordando otros indicadores de esta conexión ya expuestos.

## CUCHILLOS AFALCATADOS

No son estrictamente armas, aunque a veces desempeñan tal función. En general son de pequeño tamaño (entre 10 y 20 cm.), con hoja asimétrica por la curvatura dorsal que presentan, más o menos suavizada. El mango constituye la prolongación de la hoja, que se complementaría con cachas de hueso o madera. Estas navajas curvas están entre las piezas iniciales de hierro que arriban a la Península al menos en el s.VIII a. C. con las colonizaciones (*vide* capítulo III-2.2). Desde el sur y el este se difunden hacia el interior, modificándose y perviviendo durante toda la Edad del Hierro hasta la romanización. Aun no se ha hecho un estudio monográfico de estos utensilios, que indague en su evolución, desarrollo tipológico-regional y en su(s) significado(s). En relación a esto último, en un primer momento parece actuar como instrumental exótico asociado a ritos sacrificiales funerarios, lo que es preceptivo de la navaja angulada en el Mediterráneo antiguo (Quesada, 1992: 218-219). Pero ese sentido sin duda se transforma y en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era<sup>18</sup>, los cuchillos afalcatados aparecen con gran proliferación en poblados y cementerios<sup>19</sup> <figura 58>. En ocasiones manifiestan una

---

doblado, hallado descontextualizado en la zona cementerial de La Coraja; además existen datos de otro *soliferreum* muy parecido en la necrópolis cacereña de Portaje (Esteban, 1993: 81, 90 nota 50). Llama la atención que no esté representado en Las Cogotas; tampoco, que sepamos, hay *soliferrea* en territorio vacceo.

<sup>18</sup> "En el mundo ibérico, durante los ss.IV-I a.C., los cuchillos afalcatados serán simples utensilios que a menudo aparecen adheridos a las vainas de las grandes falcatas. Su papel de prestigio ha sido absorbido precisamente por esas falcatas que reproducen a gran tamaño la forma de los primitivos cuchillos" (Quesada, 1992: 219).

<sup>19</sup> En fuera vetón los hallamos en la necrópolis de El Mercadillo (cinco ejemplares: tumbas 18, 19, 32 y dos fuera de contexto; Hernández/Galán, 1996: *passim*), en la de El Romazal I (tumba 36; Hernández/Galán, 1996: 119), en la de La Coraja (Esteban, 1993: 81), en la de Las Cogotas (catorce muestras; Kurtz, 1987: 32-36) en La Osera (unos doce ejemplares con frecuencia asociados a ricas sepulturas de guerrero; Cabré *et alii*, 1950: 69, 186), en el cementerio de El Raso (once: tumbas 4, 5, 20, 30, 34, 63, 64, 66 y tumba 82 de Las Guijas B, también asociados a enterramientos con panoplias destacadas, además de tres más dispersos; Fernández Gómez, 1986: 805) y en los *oppida* de Cabeza Laguna (alrededor de una decena, Fernández Gómez, 1986: 455), el Cerro del Berruoco (Piñel, 1976: 362) y Las Cogotas (quince más; Cabré, 1930: 98). Entre los vacceos, conocemos muestras poco contrastadas en la necrópolis de Tariego de Cerrato (denominados erróneamente falcatas; Castro García, 1975b: lám.II.2; Castro García/Blanco, 1975: 134-135 lám.XLIII.28-29; de los señalados por este autor sólo uno es un verdadero cuchillo afalcatado pues la otra pieza es el cubo de empuñadura de una probable herramienta), también en tumbas de Palenzuela (Martín Valls, 1984: 39), un

connotación militar, como armamento menor al aparecer en el cajetín externo de las vainas de espadas y puñales (sepulturas 30 de El Raso y 228 de La Osera), pero otras veces denuncian un uso extenso y cotidiano al abundar en la conjunto material de los hábitats. Por tanto, los cuchillos afalcatados meseteños son indicadores muy indirectos, o si se prefiere muy matizables, de contacto con regiones costeras.

## ELEMENTOS DE ASCENDENCIA MÁS IMPRECISA

Por último, igualmente se lleva hablando desde un tiempo atrás de la influencia mediterránea, para algunos autores significa una cuna en el Mediodía peninsular, de armas como las espadas tipo Alcácer do Sal (con ejemplares espectaculares en La Osera a los que ya nos hemos referido; tumbas 138, 200 y 438) <figura 44>, las largas puntas de lanza denominadas también a partir de su presencia en aquella necrópolis portuguesa, los puñales de antenas atrofiadas globulares decorados con incrustaciones de plata y cobre, con hoja triangular de ancha base y cruz recta y empuñadura facetada (de este tipo es un ejemplar aislado de Las Cogotas <figura 59>; Cabré, 1930: 95) o algún arquetipo de escudo más o menos iberizante (en realidad las manecillas, variedades de aletas o el tipo Cigarralejo que adaptan los vetones en el s.IV a.C. -muestras en Las Cogotas y La Osera- y transforman los celtíberos en tira alargada un siglo después) (Cuadrado, 1984: *passim*; Cabré de Morán, 1990: 222-224; Cabré de Morán/Baquedano, 1991: *passim*; *ead.*, 1997: 251-253; Lorrio, 1993: 308, 309; Quesada, 1989b: *passim*; *id.*, en comunicación personal). Sin embargo, las alusiones son un tanto imprecisas por la falta de un análisis contrastado de amplio alcance que, obviamente, no estamos en disposición de acometer en estas páginas.

Se ha planteado una génesis especial para estas armas en razón de su constatación en necrópolis sureñas, tanto del mediodía occidental (Alcácer do Sal), como de la zona central y oriental andaluza (Almedinilla y Fuente Tójar en Córdoba; Moraleda de Zafayona, Mirador de Rolando e Illora en Granada) y del sureste ibérico (necrópolis de Estacar de Robarinas de Cástulo y Porcuna en Jaén; El Cigarralejo en Murcia). Durante un tiempo la presencia en estos modelos de elementos típicamente *célticos*, caso de las antenas

---

ejemplar en la zona de alfares de Coca y otro en la cercana Cuesta del Mercado con la particularidad de tener la cabeza



atrofiadas, propugnó hablar de una influencia meseteña en el armamento ibérico, bien como tipos adaptados o bien como llegada real de guerreros meseteños, entre ellos mercenarios (Fernández-Chicarro, 1952; Pellicer, 1961; Cuadrado, 1963b; *id.*, 1984; Blázquez/García-Gelabert, 1986-87; *eid.*, 1992: 50-55; Vaquerizo, 1990; Lenerz-de Wilde, 1992; García-Gelabert/Blázquez, 1987-88: 261; García-Gelabert, 1993: 111-117), o de grupos celtas establecidos en el suroeste según citan algunos clásicos, sin caer los autores que sugieren esta interpretación (Cabré de Morán/Baquedano, 1997: 257; Berrocal, 1995a) en el dato de que la información sobre ese *expansionismo céltico* alude a un tiempo bastante posterior al de tales manufacturas metálicas. En nuestros días se está revisando y matizando esta huella meseteña en la cultura ibérica (un ejemplo crítico en Quesada, 1990a), proponiéndose alternativas para entender estos elementos de relación, bien procedencias diferentes, bien contactos comerciales, bien intercambios de tercera o cuarta mano, o bien invertir la derivación de algunos modelos (especialmente las espadas y el puñal de antenas atrofiadas con ancha hoja triangular <figura 59>, variedades Alcácer, Illora y Almedinilla, ya señalados) defendiendo la cuna meridional de su factura y, por tanto, su carácter *exótico* en contextos meseteños como hace buena parte de los especialistas actuales (Cabré de Morán, 1990: 223-224).

Por nuestra parte consideramos que probablemente exista más de una explicación, y sin rechazar por ahora ninguna de las propuestas sí pensamos que la idea de guerreros meseteños en el sur no ha de ser desterrada del todo, aunque sí transformada en varios sentidos con relación a visiones asumidas en la línea de Blázquez y García-Gelabert. Más aún, este factor militar creemos que no está reñido con otras variantes interpretativas de corte económico (comercio, pillaje...) o cultural (alianzas, regalos, prestigio social...). Relegamos el debate de estas cuestiones al apartado de formas de contacto cultural (III-3).

## **b) CORRIENTE INTERIOR-PIRENAICA**

Como idea de partida creemos que salvo muy matizadas excepciones a la meseta occidental no arriban armas directamente importadas de Centroeuropa en los siglos de la Segunda Edad del Hierro, o dicho de otra forma, no consideramos que los modelos de antenas atrofiadas, espadas, lanzas o escudos hallados principalmente en las necrópolis de vetones y, en menor medida, de vacceos, respondan a la presencia protagonista de grupos celtas de allende los Pirineos<sup>20</sup>. Por el contrario no ofrece dudas relacionar buena parte del armamento de la meseta occidental con las panoplias de la meseta oriental <figura 44>, la Celtiberia, una región en la que esa influencia laténica puede tener algún punto más de apoyo<sup>21</sup> aunque siga siendo éste un tema muy debatible (Martín Valls/Esparza, 1992: 270-272).

Desde luego que en el Bronce Final y en la Primera Edad del Hierro llegan a la meseta influjos indoeuropeos entre los que hay que ver prototipos guerreros, no sólo armas sino seguramente también concepciones ideológicas y tácticas sobre la guerra. Y no es menos cierto que estas influencias dejan huella, junto a otros elementos, en el proceso de formación cultural de los grupos meseteños que van a ser *descubiertos* por Roma. En este sentido deben entenderse arquetipos como la espada de antenas, tipos de lanza y fíbula que son adaptados en tiempos remotos y transformados por distintos mecanismos en marcos locales, y que dan como resultado fórmulas originales que no esconden ciertos resabios continentales, caso de las características espadas de antenas atrofiadas meseteñas, pero que, por otra parte y siguiendo con el ejemplo de estas espadas, poco tienen que ver en cuanto a longitud, forma de la empuñadura o técnica, con las piezas de Francia o Alemania. Por ello no hacemos aquí un análisis detallado de estos modelos, pues ya hemos tenido ocasión de argumentar que globalmente no son importaciones venidas en exclusiva de la Celtiberia - como antes se pensaba-, ni mucho menos de Centroeuropa, sino que especialmente en Vetonia un alto porcentaje del material armamentístico corresponde a producciones locales inspiradas en algunos elementos ornamentales y formales foráneos.

---

<sup>20</sup> Vide apartados dedicados al origen y formación de vetones y vacceos (I-1.3 y I-2.3, respectivamente).

<sup>21</sup> El estudio del armamento meseteño en relación con el mundo celta constituye un campo especialmente trabajado por investigadores alemanes dedicados a la Edad del Hierro peninsular; así, Sangsmeister (1960), Schüle (1969: *passim*, 105, mapa 35), Stary (1982), Lenerz (1986; *ead.*, 1991: 78-85, 179-181; *ead.*, 1992), etc.

Quizá de excepciones dentro de las importaciones de sello celta pueden ser tachadas algunas espadas del tipo La Tène aparecidas en necrópolis vetonas. En concreto ya hicimos alusión a la presencia de cuatro ejemplares en La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 68) y de dos en El Romazal I (Hernández, 1991: 262). Aun así, los especialistas reconocen particularidades locales (*hibridaciones*) manifiestas en las fabricaciones meseteñas a partir del s.III a.C., como son el gusto por hojas rectas más anchas y cortas, hombros marcadamente oblicuos, empuñaduras de espigo más cortas, acanaladuras locales o la escasez de vainas metálicas (Cabré de Morán, 1990: 217-218). Algo parecido podría decirse de ciertos modelos de antenas atrofiadas, caso de Arcóbriga y Aguilar de Anguita, o de los puñales de frontón unido, también presentes en los cementerios abulenses<sup>22</sup>.

Un elemento más preciso es el puñal biglobular. Está escasamente representado en Las Cogotas (un ejemplar antiguo en el poblado; Cabré, 1930: 93, lám.XXI, y otro más en la necrópolis; Kurtz, 1987: 50-52), algún ejemplar más hay en El Raso (cinco muestras en el *oppidum*; Fernández Gómez, 1986: 452-453) y de forma más contada en El Romazal I (Hernández, 1993b) y en El Cerro del Berrueco; en la frontera oriental vaccea conocemos al menos dos ejemplares en la necrópolis palenzuelense (Martín Valls/Esparza, 1992: 262). Se ha dicho que al tiempo que se empieza a dar la presencia de puñales en las necrópolis, s.III a.C. en adelante (en especial en las dos centurias siguientes), desaparece la de espadas, y que el modelo biglobular actúa como indicador del flujo celtibérico que envuelve a las zonas meseteñas desde esas fechas (Cabré de Morán, 1990: 221-222; Martín Valls/Esparza, 1992: 262-263). En nuestra opinión esta idea debe revisarse, o por lo menos aclararse, para así ver si se está en lo cierto al catalogar al puñal biglobular -no especialmente representativo en el espacio vetón- como arma exportada desde la Celtiberia, y en tal caso poder determinar el carácter de tal préstamo cultural (*vid.* debate sobre el concepto de Celtiberización; III-3.4).

Una revisión en esta línea se ha realizado hace poco a propósito de los puñales del tipo Monte Bernorio, muy representativos de la necrópolis vaccea de Las Ruedas, como ya se expuso <figura 21>. Lo que antes se veía como fabricaciones del área septentrional berona (círculo Miraveche-Monte Bernorio) de remota filiación laténico-atlántica, hoy parece interpretarse como producciones del Duero medio que enseguida se difunden,

<sup>22</sup> Nos remitimos al comentario general que se hace de estas armas en el apartado dedicado al armamento vetón (I-

creemos que comercialmente, por otros focos meseteños (Sanz, 1990b; Delibes *et alii*, 1995a: 93)<sup>23</sup>. Aparecen en La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 68, 182-183) y Las Cogotas (Cabré, 1932; Kurtz, 1987: 45-47), pero con alguna novedad privativa (pomos de disco vertical en lugar del clásico naviforme, por ejemplo) que sugiere una adaptación local. Esta es sólo una muestra de la contemplación de nuevos enfoques en el tratamiento de los contactos a nivel intra-meseteño.

---

1.4.B).

<sup>23</sup> Vide la presentación ofrecida en I-2.4.B (armamento vacceo).

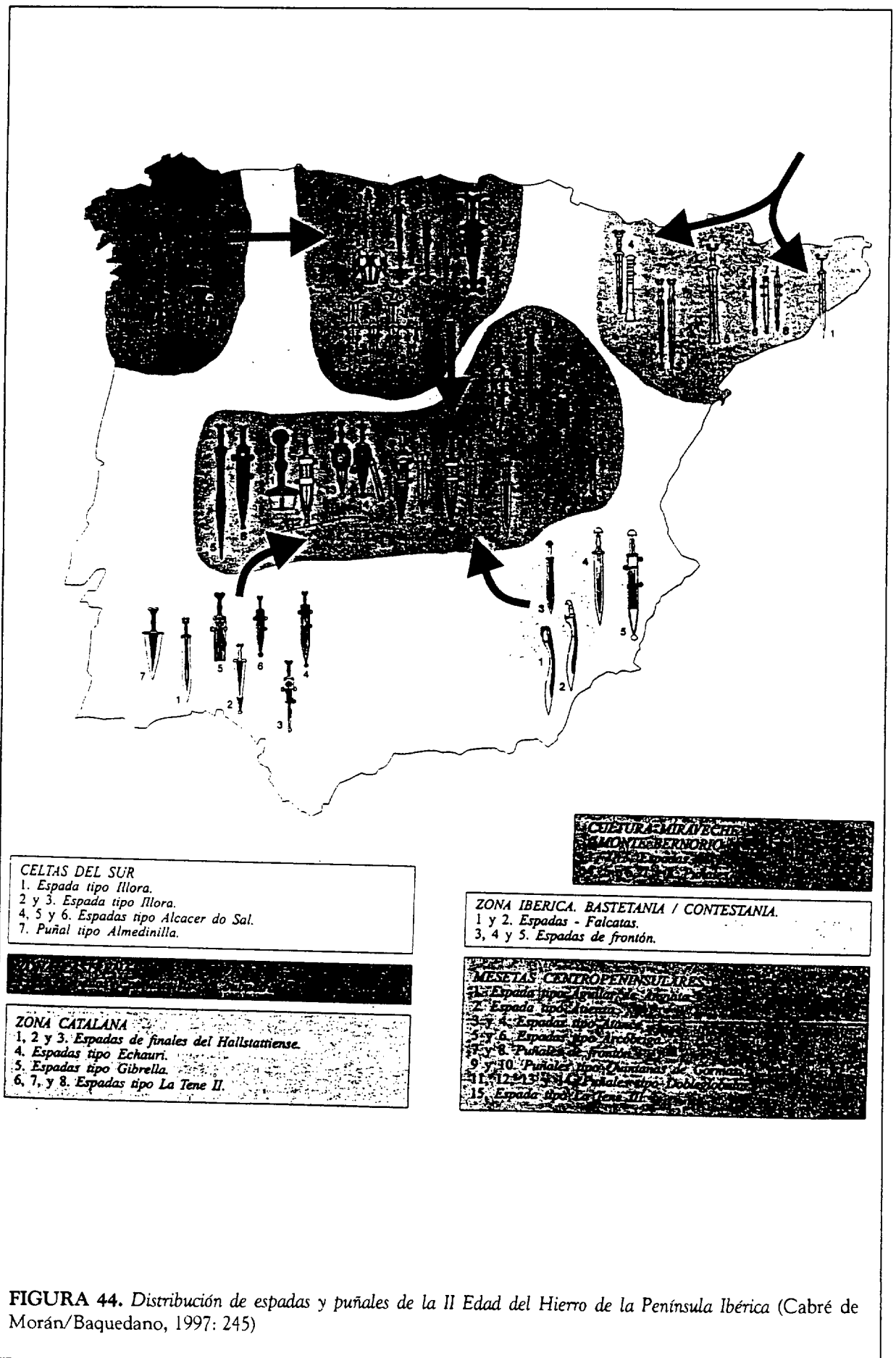


FIGURA 44. Distribución de espadas y puñales de la II Edad del Hierro de la Península Ibérica (Cabré de Morán/Baquedano, 1997: 245)

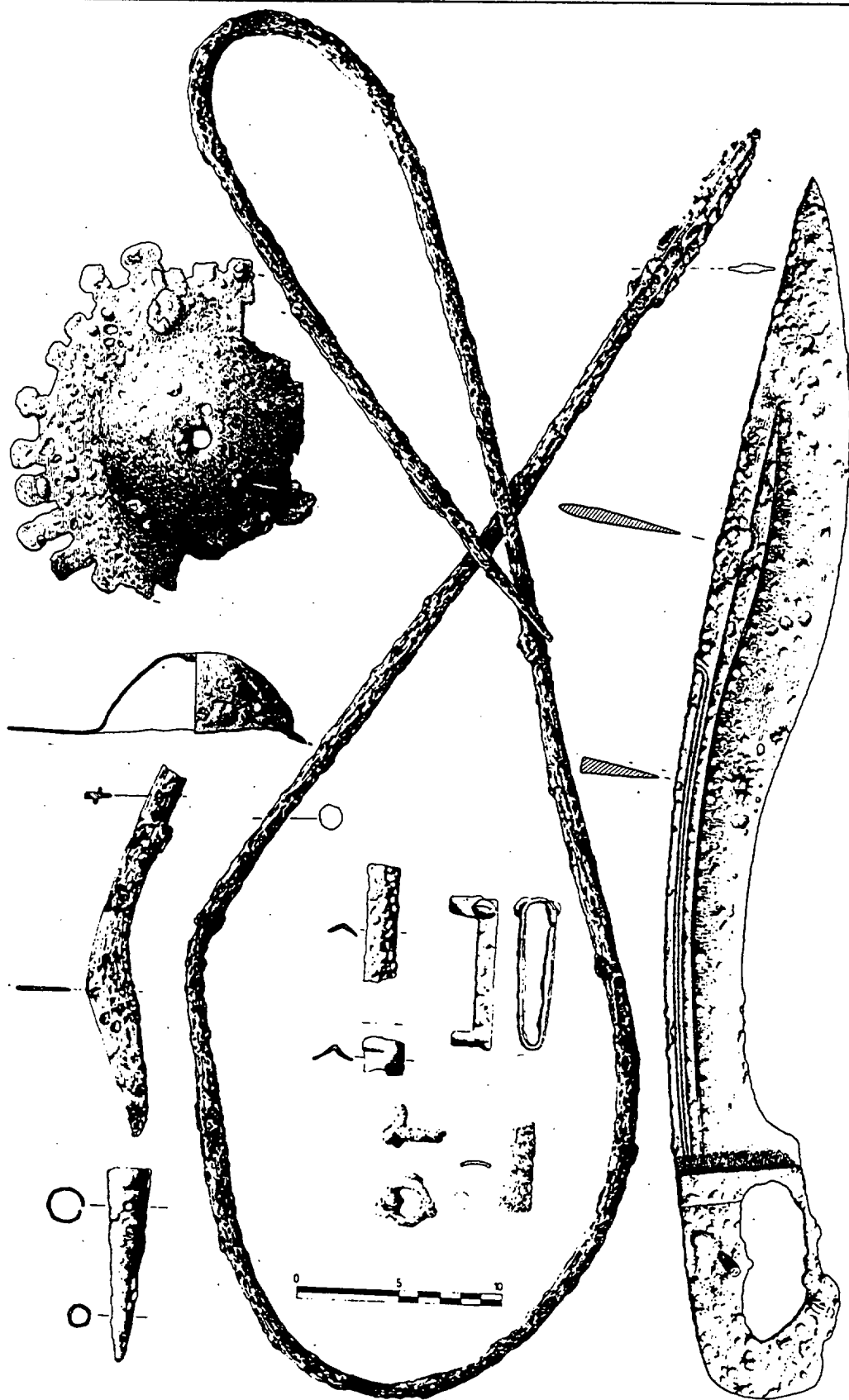


FIGURA 45. *Falcata*. El Raso, tumba 64 (con ajuar) (Fernández Gómez, 1986: 728, fig.429)

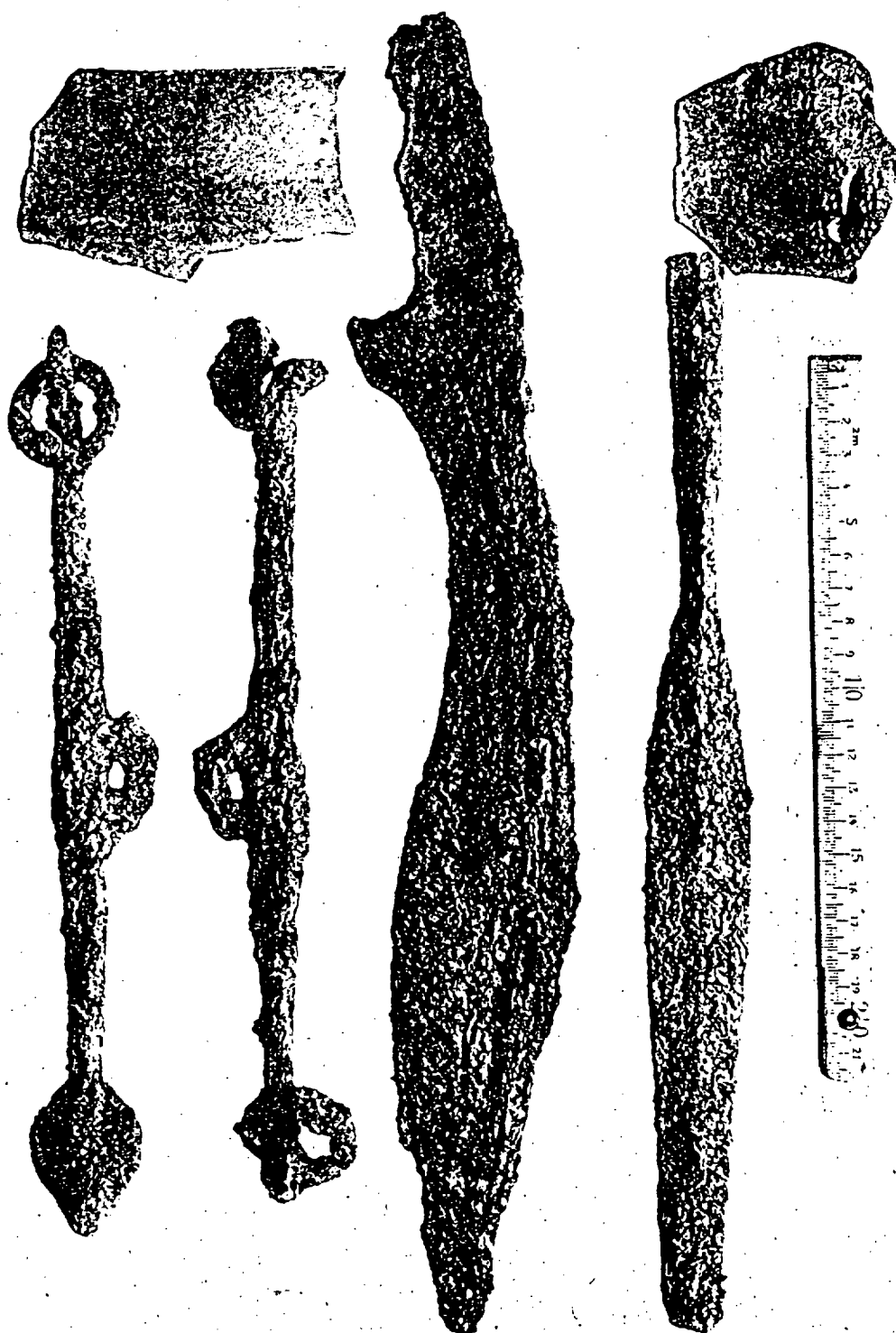


FIGURA 46. *Falcata*. La Osera, tumba 370, zona VI (con parte de ajuar) (Cabré et alii, 1950: lám.LVII)

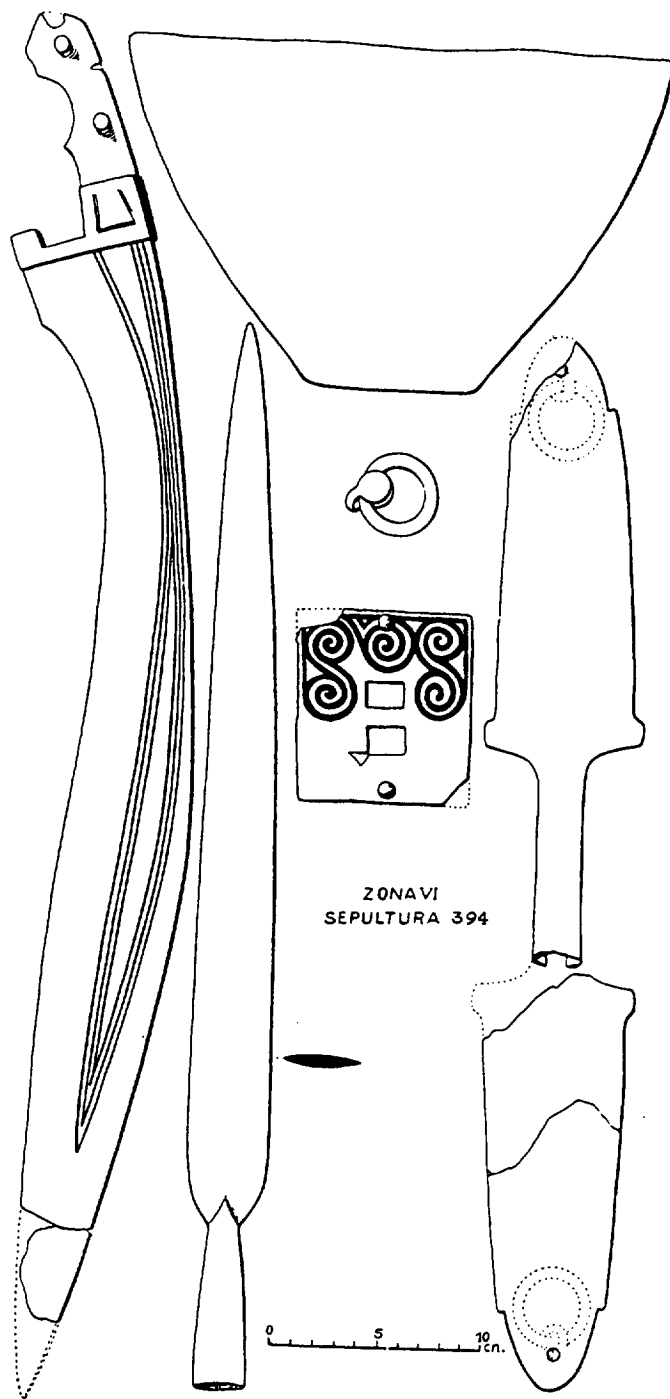
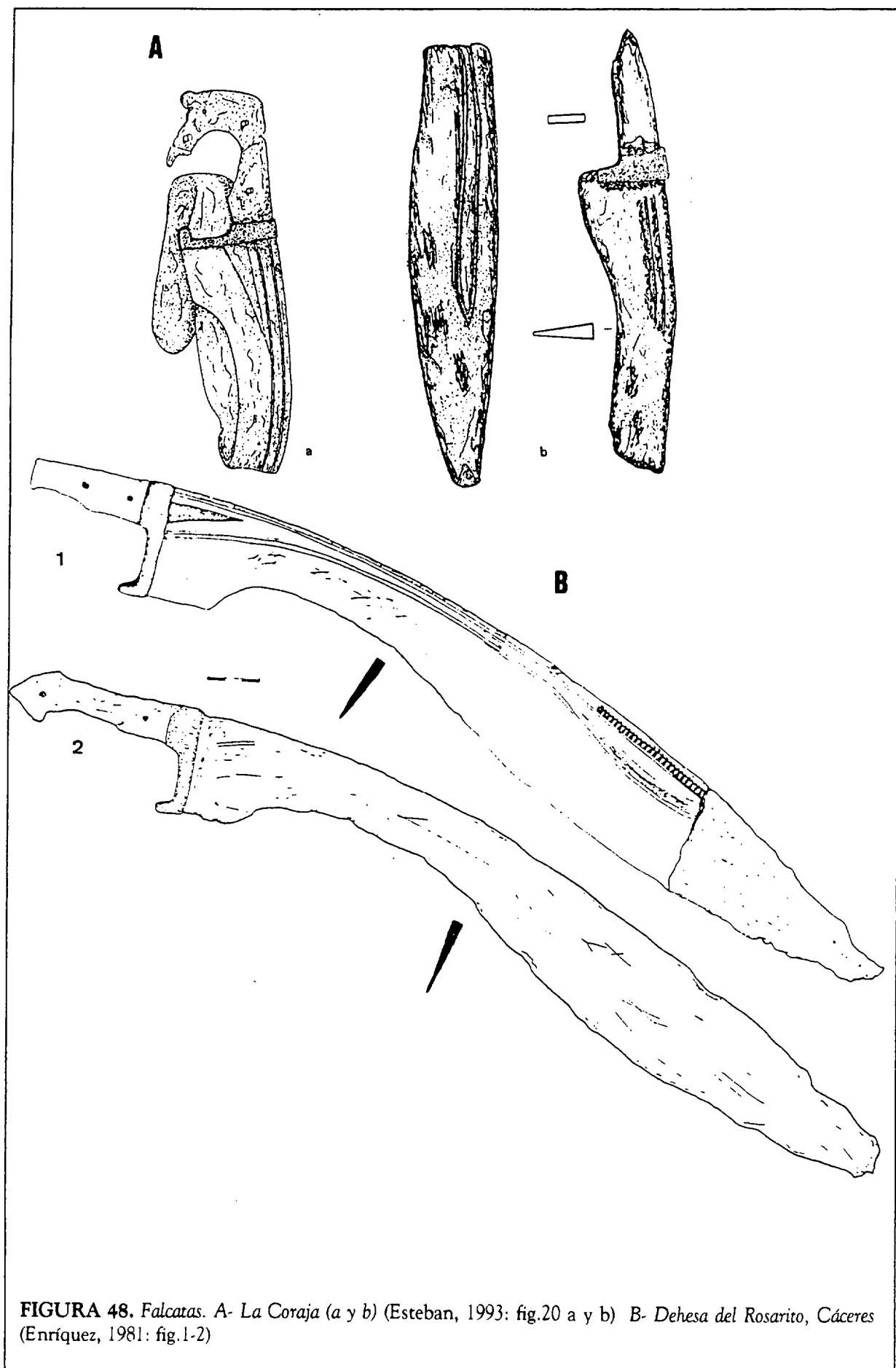
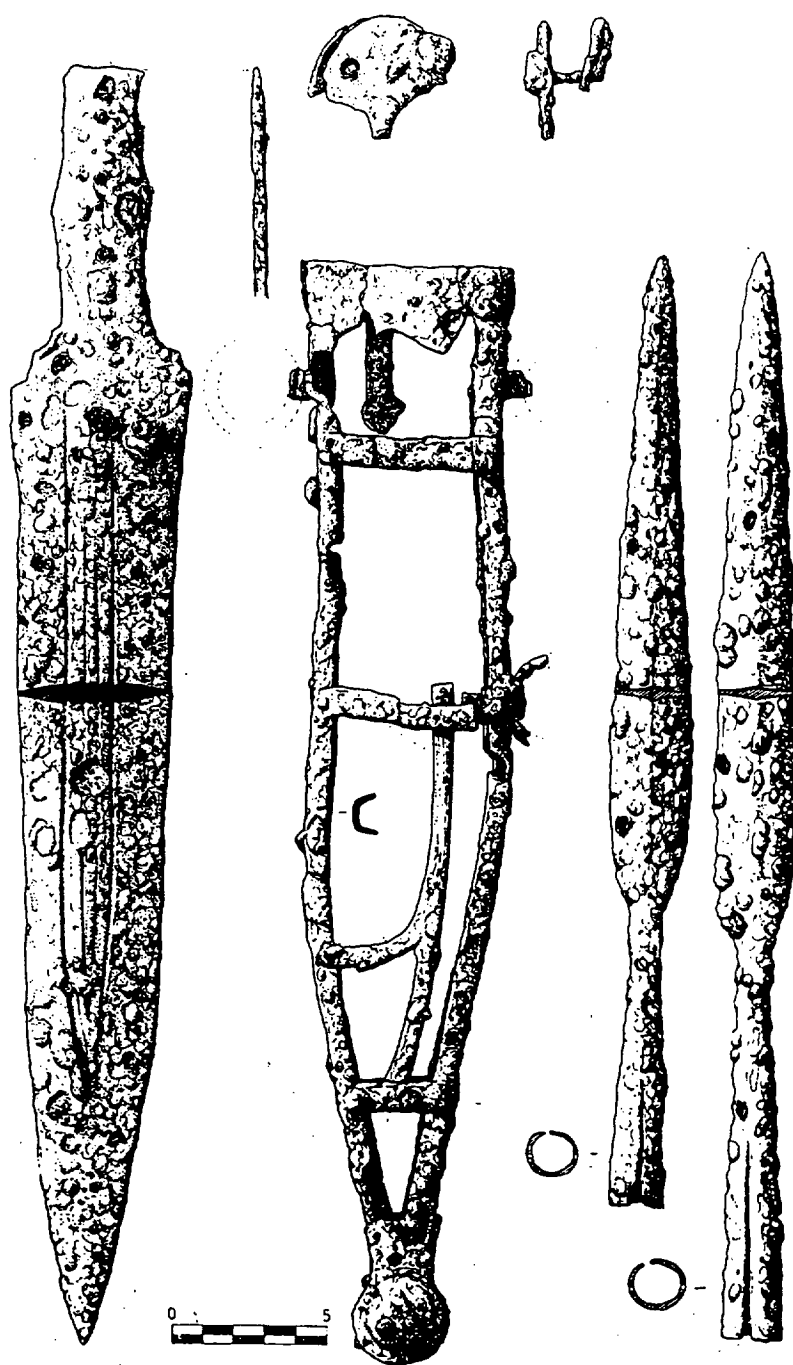


FIGURA 47. Falcata. La Osera, tumba 395, zona VI (con parte de ajuar) (Cabré et alii, 1950: LXIII)

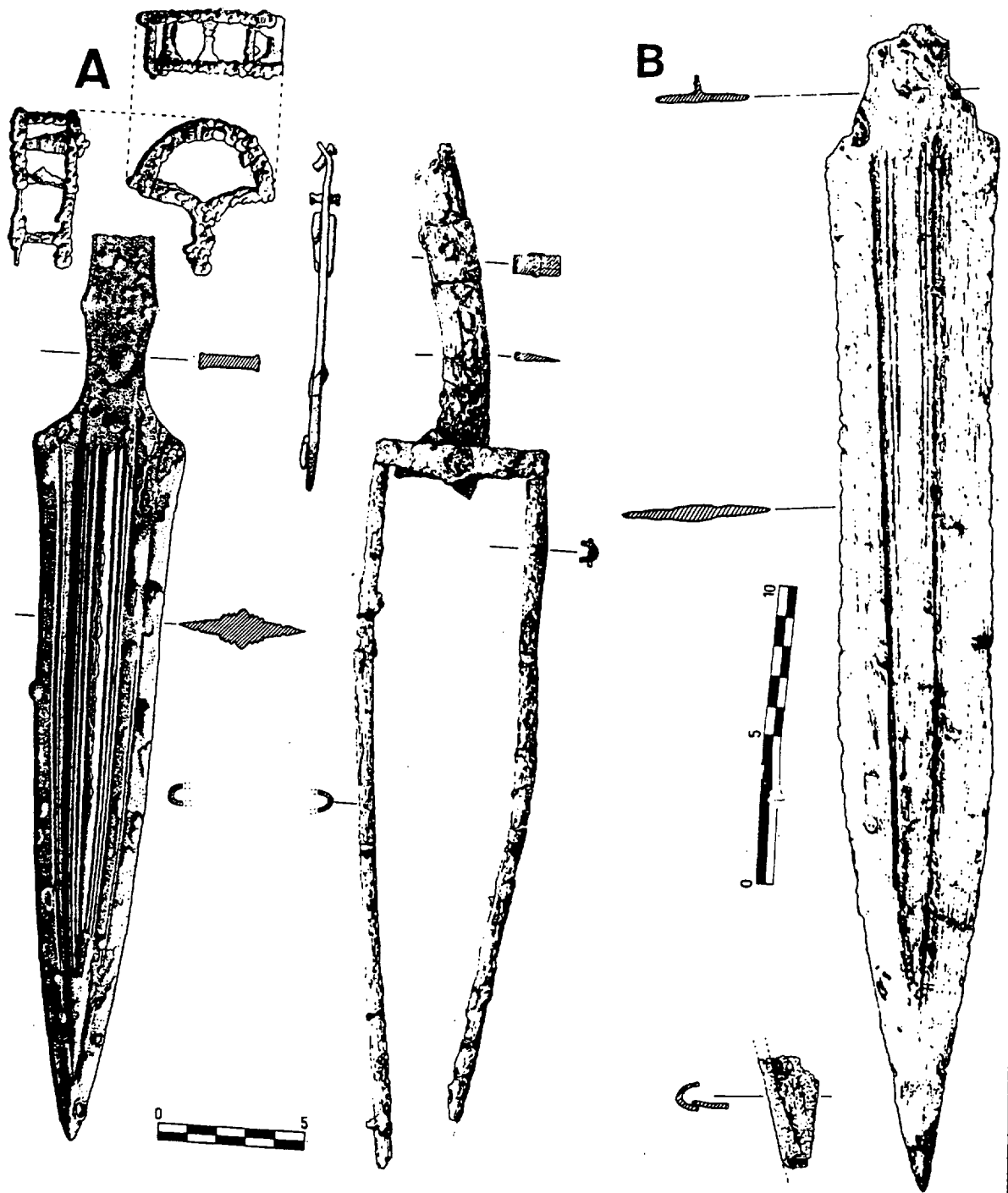




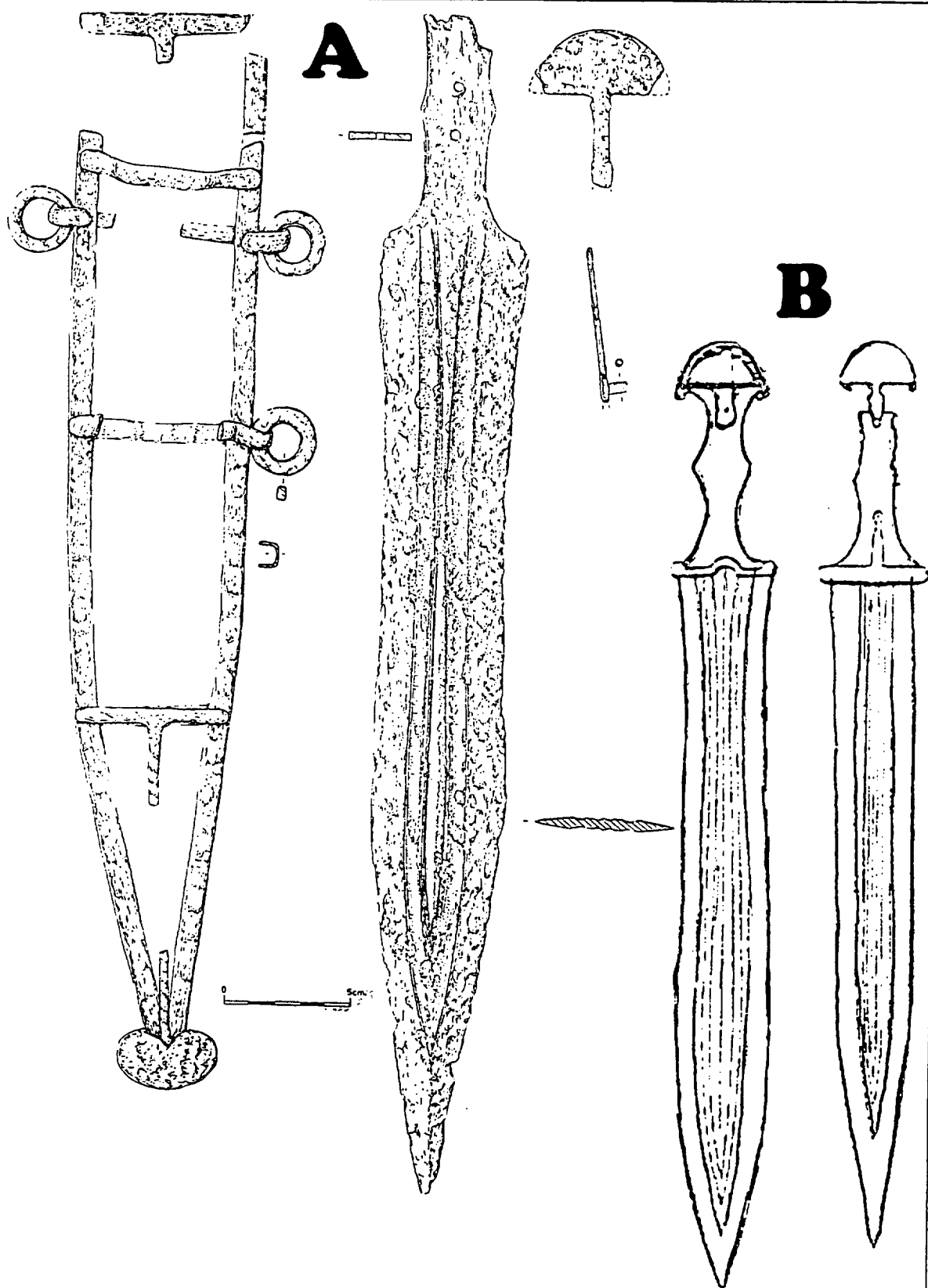
**FIGURA 48.** Falcatas. A- La Coraja (a y b) (Esteban, 1993: fig.20 a y b) B- Dehesa del Rosarito, Cáceres (Enríquez, 1981: fig.1-2)



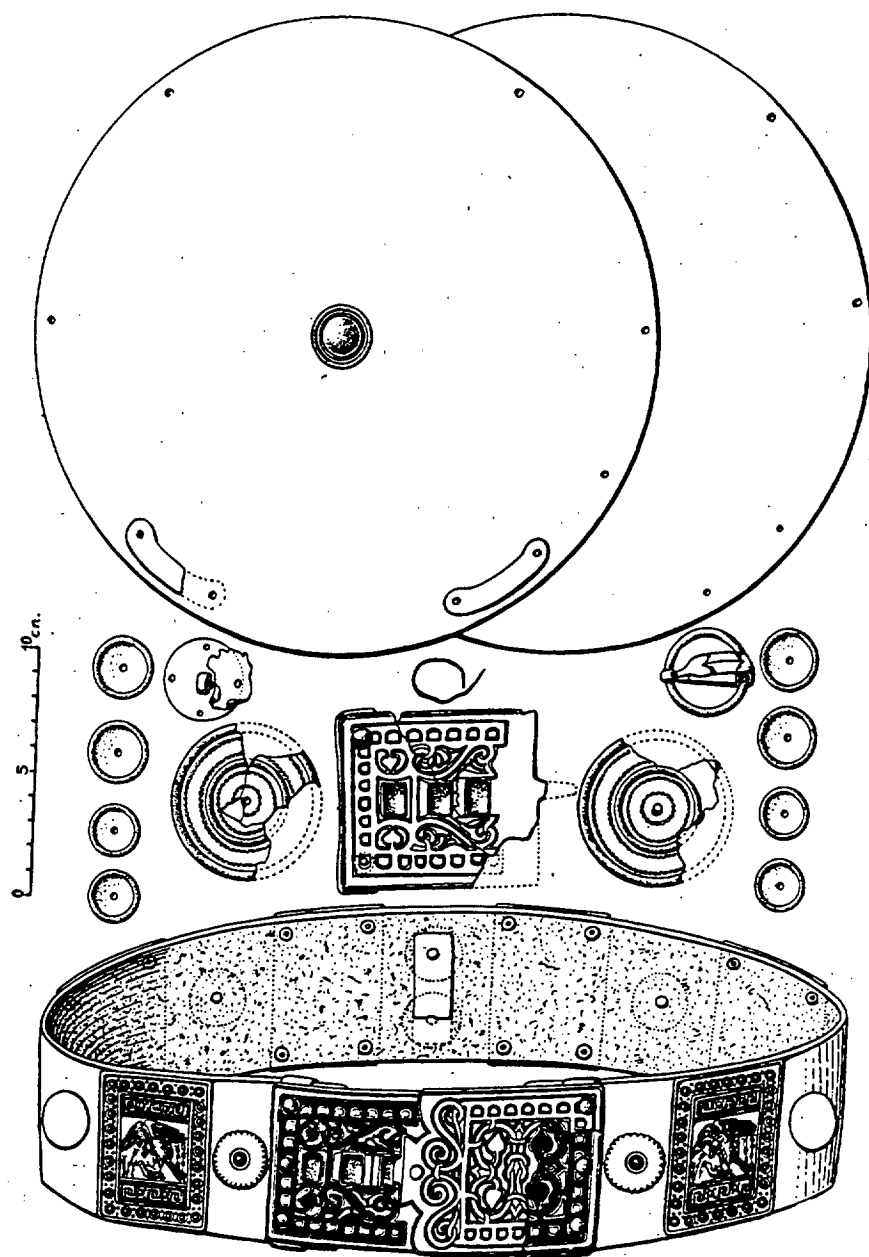
**FIGURA 49.** Espada de frontón. El Raso, tumba 13 (con parte de ajuar) (Fernández Gómez, 1986: 583, fig.319)



**FIGURA 50.** Espadas de frontón. A- El Raso, tumba 30 B- El Raso, tumba 66 (Fernández Gómez, 1986: 621, 733, fig.342 y 349)



**FIGURA 51.** Espadas de frontón. A- El Raso (El Romo, sin contexto) (Fernández Gómez, 1994) B- La Osera (Baquedano, 1996: 90, fig.2; sin referencia)



**FIGURA 52.** Discos-coraza. La Osera, tumba 350, zona VI (con parte de ajuar; reconstrucción del cinturón mediante placas placas ) (Cabré et alii, 1950: lám.LIV)

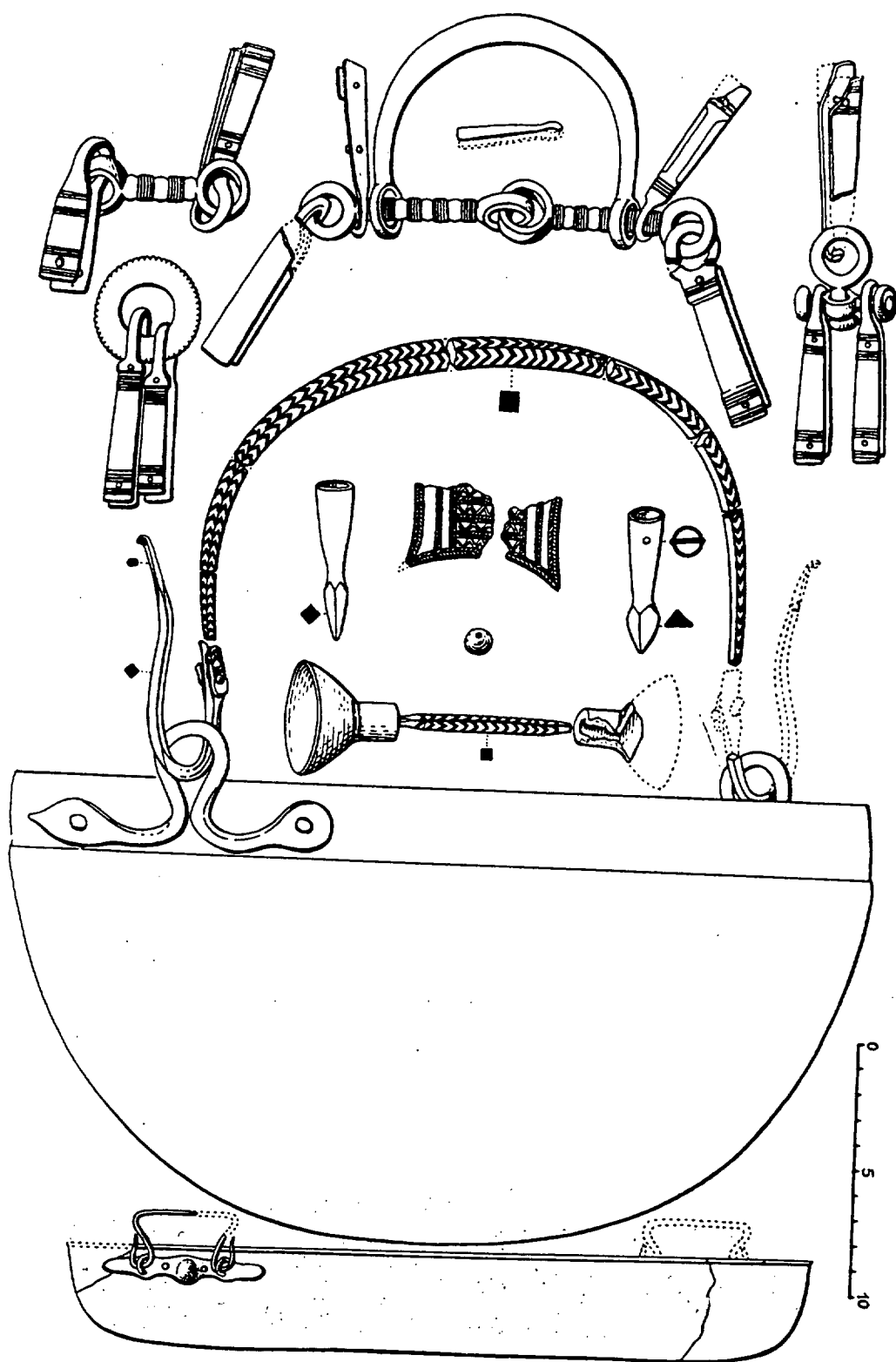
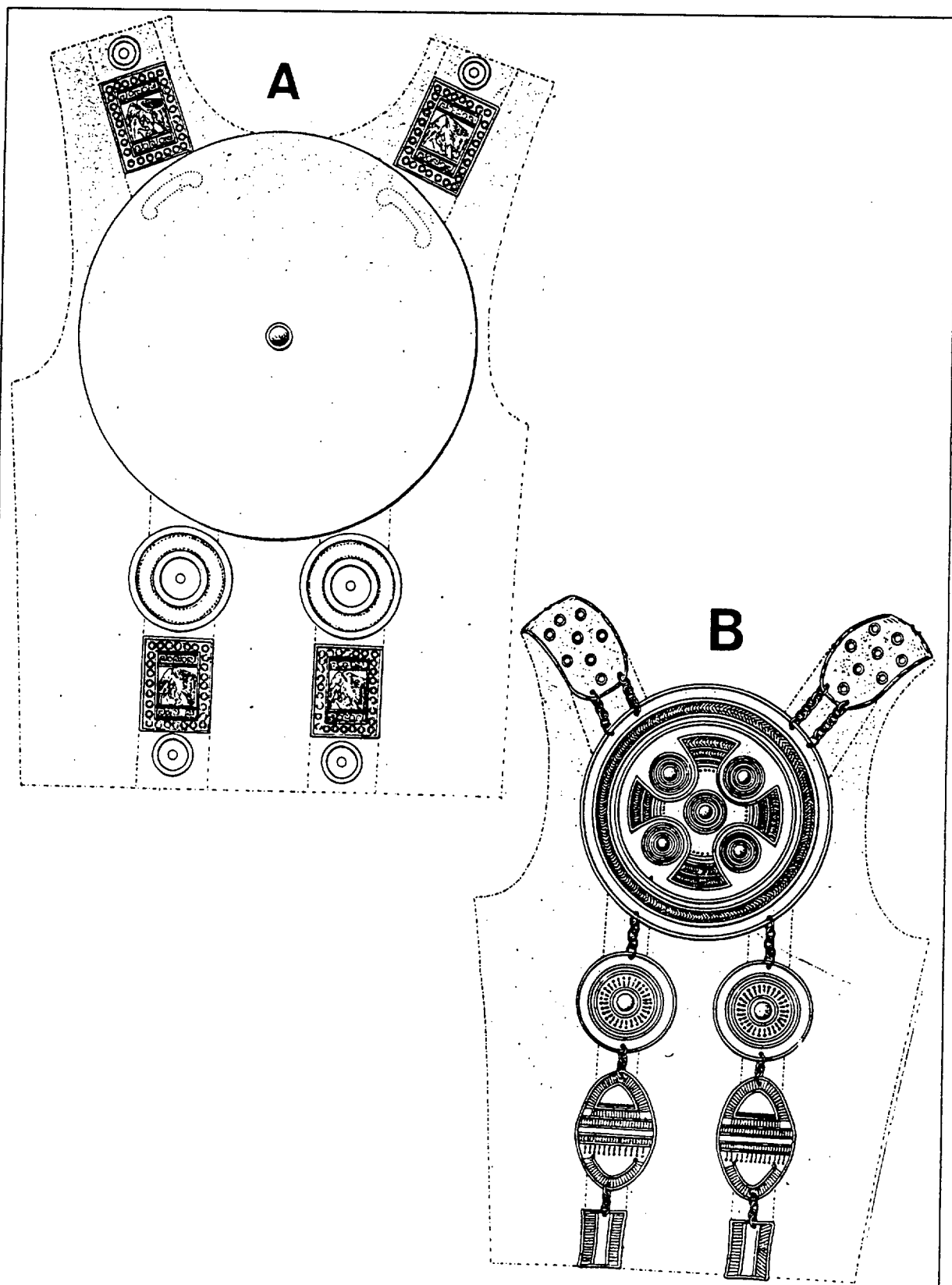
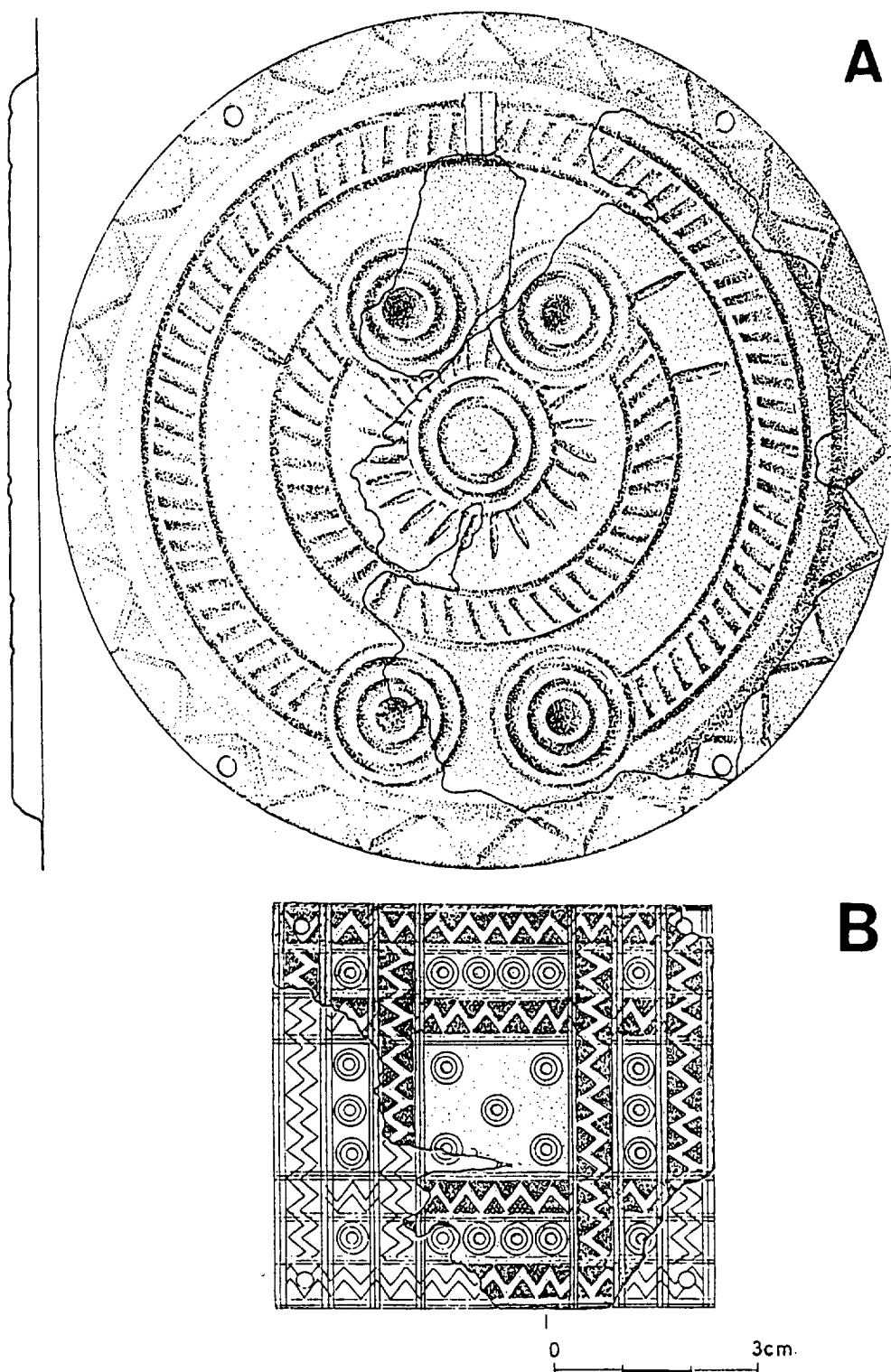


FIGURA 53. Discos-coraza. La Osera, tumba 350, zona VI (resto de ajuar) (Cabré et alii, 1950: lám.LV)

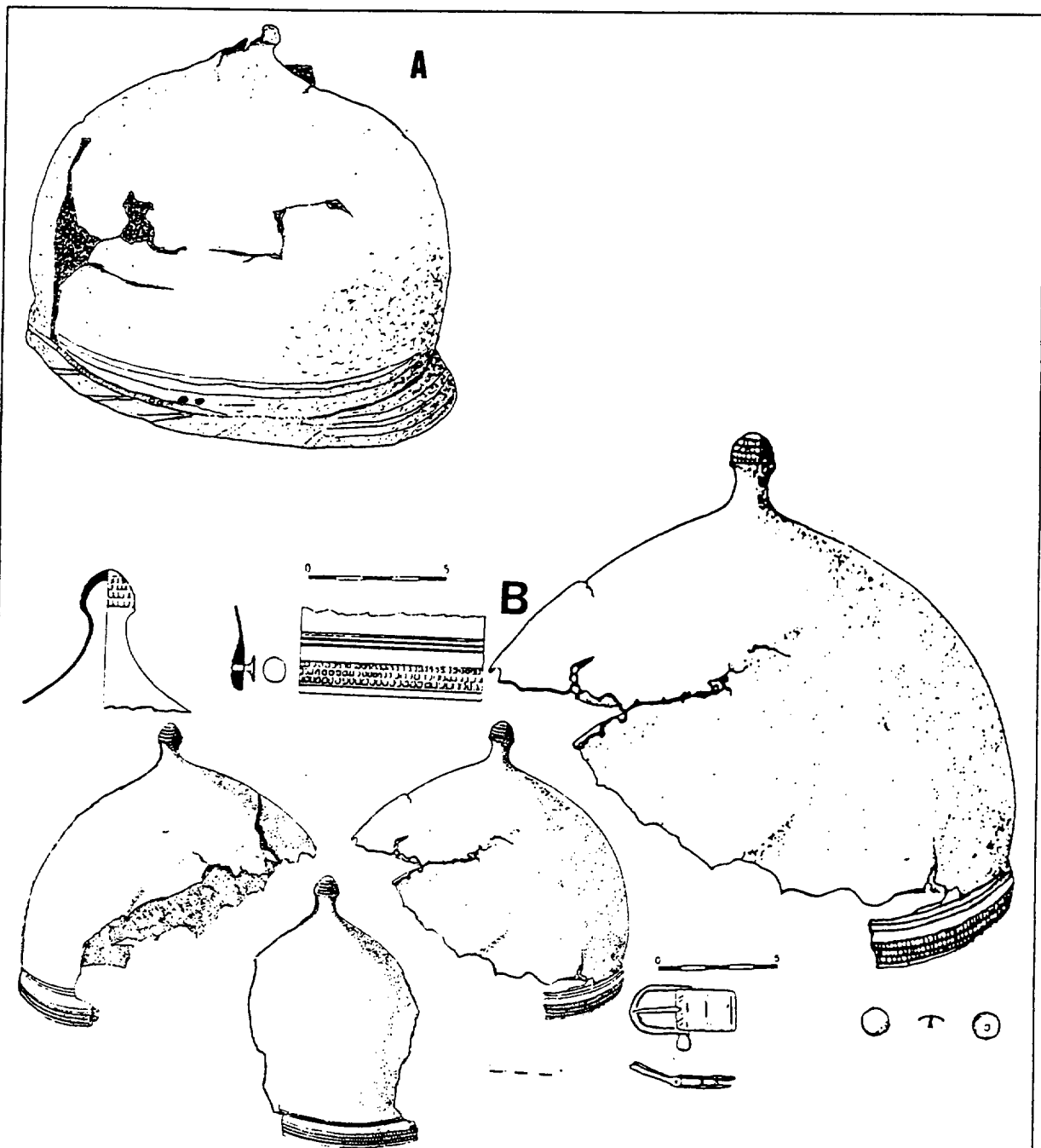


**FIGURA 54.** Discos-coraza. A- La Osera, tumba 350, zona VI (reconstrucción) B- Aguilar de Anguita (Cabré de Morán, 1949: lám.XV)



**FIGURA 55.** Discos-coraza. A- El Raso (posible pectoral) B- El Raso, placa de bronce (¿asoiada al pectoral?) (Fernández Gómez, 1994)





**FIGURA 56.** Cascos Montefortino. A- Lacimurga (Cogolludo, Badajoz) B- Pago de Gorrita, Valladolid (en distintas perspectivas; con material asociado) (García-Mauriño, 1993: 109, 114 fig.18, 24)

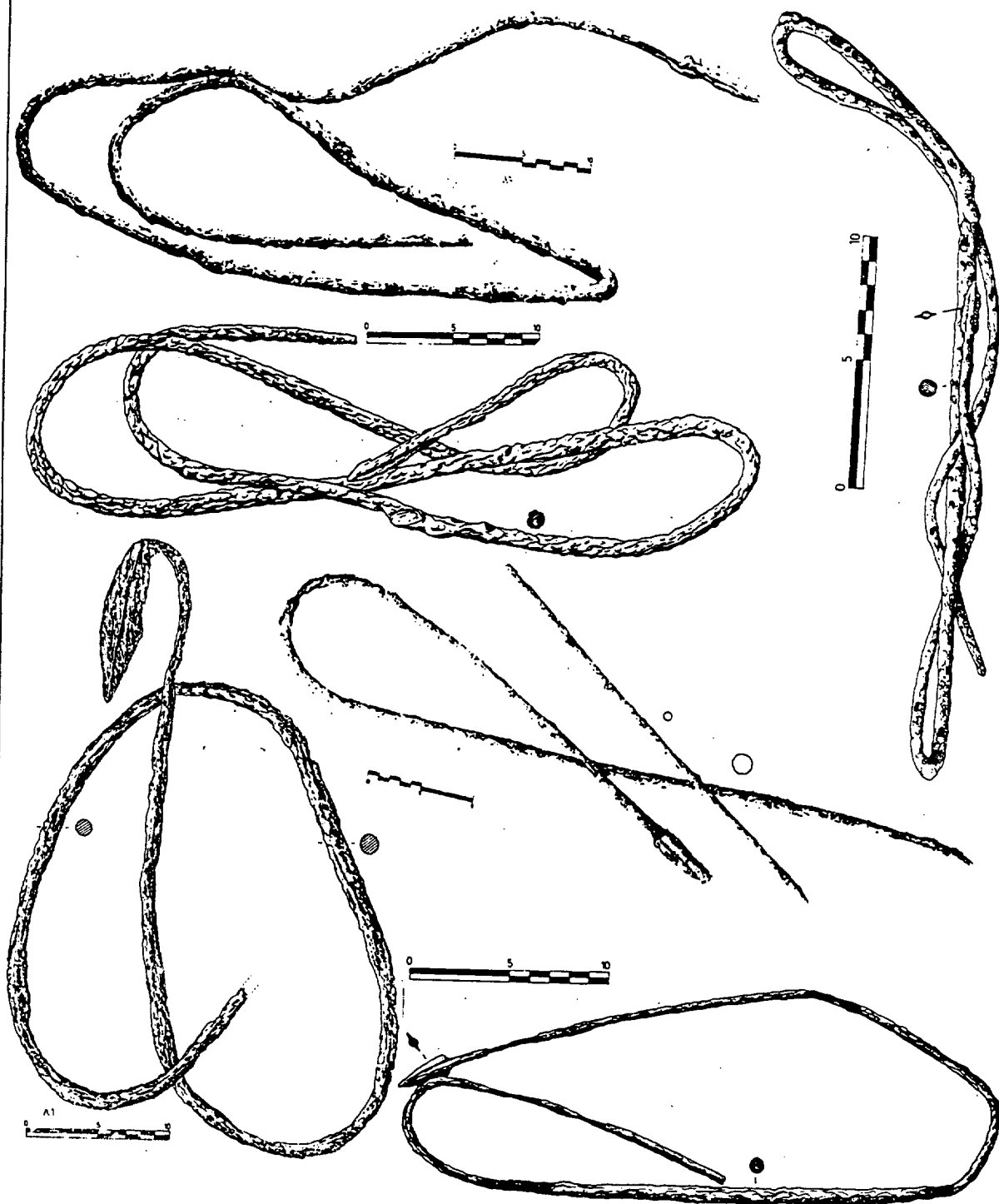
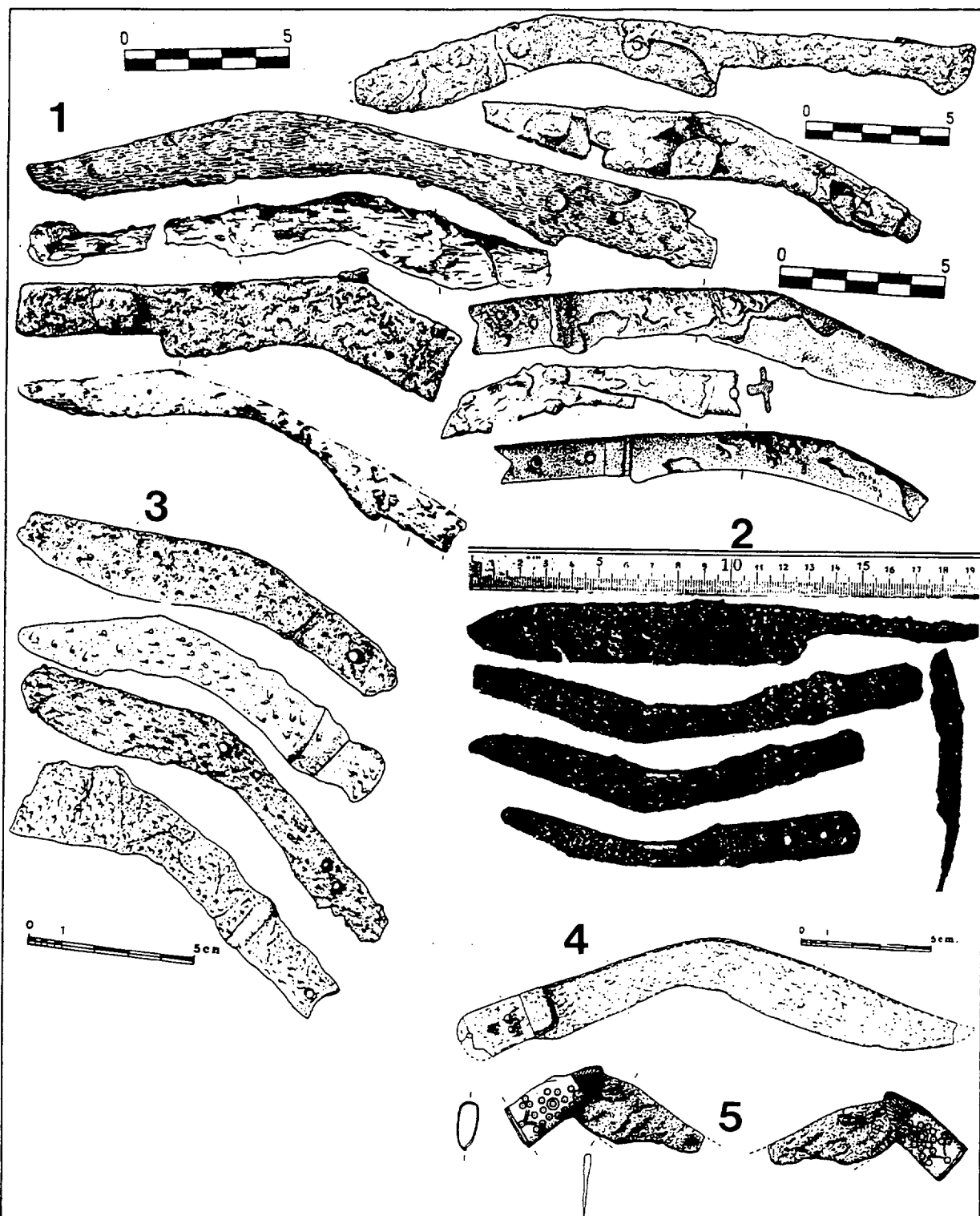


FIGURA 57. Soliferrea. El Raso (tumbas 20, 26, 30, 63 y sin contexto) (Fernández Gómez, 1986: *passim*)



**FIGURA 58.** Cuchillos afalcatados. 1- El Raso, poblado y necrópolis (Fernández Gómez, 1986: *passim*) 2- Las Cogotas (Cabré, 1930: lám.LXXV) 3- El Mercadillo (Hernández/Galán, 1996: *passim*) 4- El Romaza I, tumba 36 (Hernández/Galán, 1996: 119, fig.53) 5- Cuesta del Mercado, Coca (Blanco García, 1994: 69, fig.1)

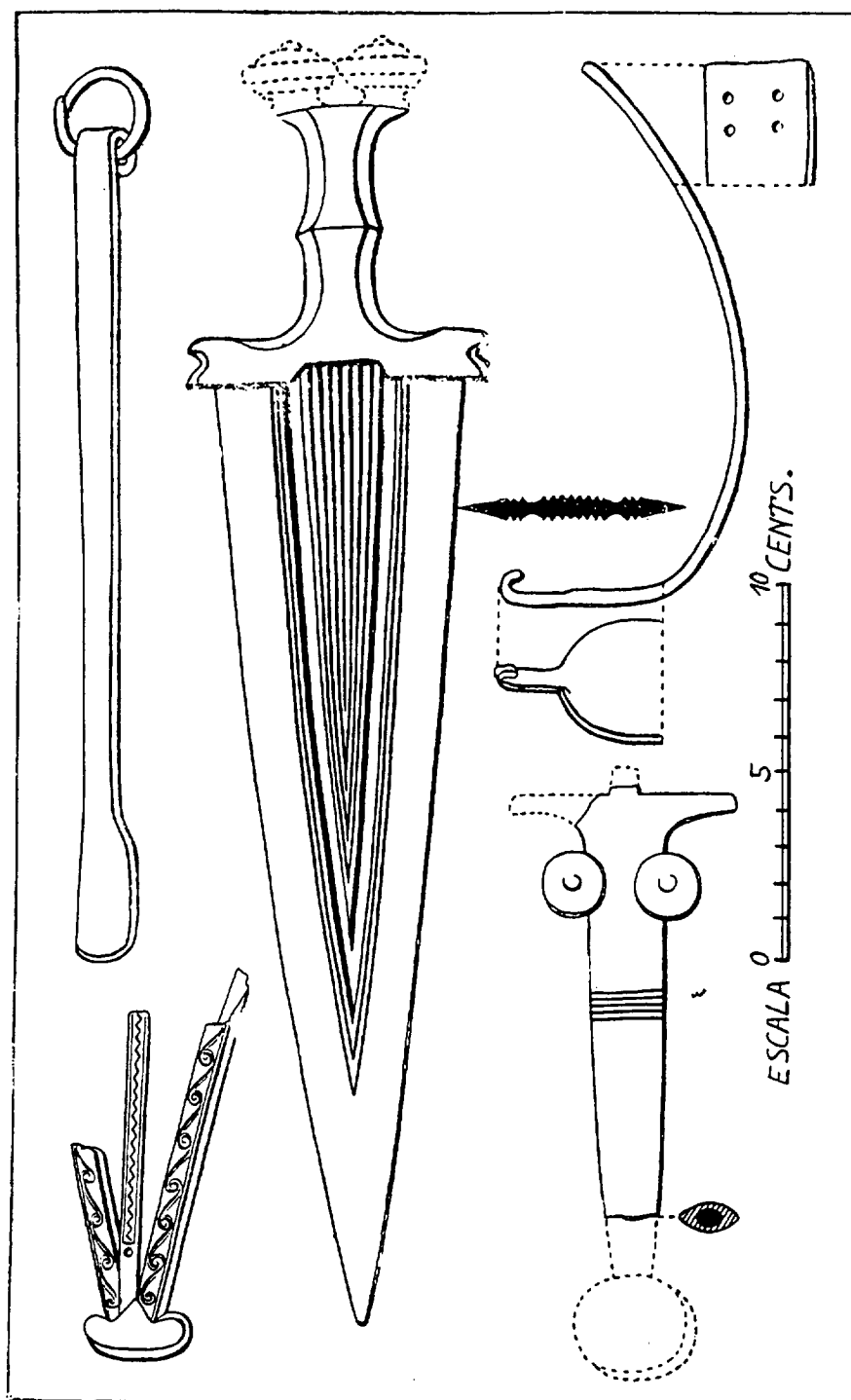


FIGURA 59. Puñal tipo Alcácer do Sal. Las Cogotas (Cabré, 1930: lám.LXXIII)

## C. BRONCES

### BRASERILLOS O RECIPIENTES RITUALES

No son pocos los ejemplos de braseros bronceos que se registran en tierras de la meseta occidental en el Hierro Reciente. En primer lugar hemos de apuntar que su testimonio está emparentado con una tradición anterior remontable al período orientalizante tartésico, a la que hay que atribuir los braserillos más antiguos (tipo I u oriental) de Sanchorreja y Cerro del Berrueco que son presentados en el capítulo de antecedentes. En efecto, gracias a los ya señeros pero imprescindibles trabajos de E. Cuadrado sobre estos recipientes rituales tenidos tradicionalmente como instrumental ritual en prácticas libatorias funerarias (Cuadrado, 1956; *id.*, 1966; una actualización en Prada, 1986), sabemos que desde fines del s.V a.C. y hasta el s.II a.C. se desarrolla el tipo II o ibérico de estos braserillos, caracterizados ahora por ser una adaptación indígena (ibérica) de los primeros prototipos orientales. En estos momentos el borde de los recipientes, con diámetros comprendidos entre 40-20 cm., no presenta labio horizontal (típico del primer grupo) y se forma sencillamente por doblez o una varilla; ante tal ausencia las asas se fijan al lateral del recipiente. Las anillas de sujeción siguen mostrando los característicos extremos en forma de manos extendidas, unidos al recipiente mediante tres remaches generalmente rematados con cabezas esféricas en lugar de las rosetas de múltiples pétalos que aparecían en los ejemplares orientalizantes anteriores. Además, en los modelos ibéricos las varillas curvas que constituyen propiamente el asa no suelen tener los extremos adornados. El área de concentración principal de este tipo es el sureste (Alicante, Murcia, Alta Andalucía), desde donde parece difundirse a otras regiones. Uno de los focos (supuestamente) receptores más destacados es la esfera vetona, a ambas vertientes de la Sierra de Gredos. En ella, a los ejemplares conocidos desde bastante tiempo atrás hay que sumar los novedosos y sorprendentes hallazgos de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) que duplican en número al total de ejemplares inventariados en toda la meseta. Hagamos una relación de los braserillos conocidos en esta región.

En la franja más septentrional contamos con los ejemplares salmantinos de Picón de la Mora y Cerro del Berrueco. Comenzando por este último, de aquí proceden dos botones radiales o rosetas de la zona de Las Paredejas y una manecilla con orificio del remache en el centro de la palma que parece provenir del poblado de Los Tejares <figuras 60 A-B>. Las

piezas no tienen un contexto claro y se han fechado de manera aproximada en el s.III a.C., aunque las rosetas pueden ser anteriores (Cuadrado, 1966: 39 n°22; Conde *et alii*, 1996: 59, fig.10.7). Por otra parte, se tiene noticias del hallazgo en la zona próxima de La Dehesa (El Tejado) de un brasero, hoy perdido (Maluquer, 1958a: 102 nota 53; Cuadrado, 1966: 41 n°23). En el castro de El Picón de la Mora, Martín Valls documentó una nueva manecilla del tipo habitual con dedos extendidos remarcados con líneas incisas, si bien tenía el dedo pulgar separado y un brazalete en relieve <figura 60 C>, cuya fecha puede ser similar a la comentada de El Berrueco (Martín Valls, 1971: 144, lám.V; Prada, 1986: 106-107).

En la provincia de Ávila los puntos de referencia vuelven a ser Sanchorreja y la necrópolis de La Osera. Del yacimiento de Los Castillejos de Sanchorreja proceden un buen número de braserillos descontextualizados, tanto del tipo I oriental (importados unos e imitaciones locales otros) como del tipo II. De esta segunda categoría, se han dado a conocer sucintamente cinco imitaciones locales de modelos ibéricos conservados en una colección particular depositada años atrás en el Museo de Ávila; se caracterizan por tener las asas de armella, sin rosetas en los remaches y una tendencia hacia la simplicidad <figura 60 D> (González-Tablas *et alii*, 1991-92: 311, 317-323). Formando parte del ajuar de enterramientos datados entre los ss.IV-III a.C., en la necrópolis de La Osera se enumeran al menos seis recipientes identificados más o menos con el tipo ibérico, que sin duda no son los únicos<sup>24</sup>. La muestra más clara es un fragmento de borde con el extremo de un soporte con mano y asa, proveniente de intervenciones clandestinas junto a dos broches de cinturón con damasquinados en plata y una espada de antenas, piezas recuperadas por A. Molinero <figura 61 A> (Cuadrado, 1966: 35-36, n°17). Peor documentados están los ejemplares de la tumba 193, de forma plana y con asas sujetas por manitas, en un ajuar compuesto por urna, otro caldero de bronce, bocado de caballo, manilla de escudo, broche de cinturón y fíbula de bronce (Cabré, 1937: 98; Cuadrado, 1966: 36 n°18); de la tumba 934, también con manos, asociado a otro caldero, placas de cinturón damasquinadas, dos puntas de lanza, manilla de escudo, bocado de caballo y pinzas de hierro (Cabré, 1937: 109, nota 45; Cuadrado, 1966: 37 n°19) y de la tumba 350, que no es citado como braserillo por los excavadores sino como plato o bandeja plana incompleta y muy deteriorada, con asita sin terminación en mano, pero que puede vincularse con los

<sup>24</sup> La información es poco precisa. Baquedano habla de seis braseros publicados y otros ejemplares inéditos (1996: 81; cuadro 5). Los publicados serían el de la sepultura I del túmulo D (zona I), dos de la 193, dos más en la 934, y uno más

modelos de brasero <figura 61 C> (Cabré *et alii*, 1950: 130, lám.LV; Cuadrado, 1956: fig.17.3; Nieto, 1970: 64 nota 10). Otro braserillo más con manitas de tipo ibérico y al menos tres asitas anulares ha sido dado a conocer recientemente <figura 61 E> (simplemente un dibujo); el recipiente pertenece a una sepultura sin identificar de la zona I inédita, en la que también estaban presentes tres puntas de lanza, otras piezas metálicas y cerámica peinada (Baquedano/Martín Escorza, 1995: 33). Restos de otra manita-remache se exhumaron en la sepultura 314 de la zona II (Baquedano, 1990: 284) <figura 61 B>. G. Nieto paraleliza los recipientes de La Osera con el braserillo de la sepultura I de la necrópolis murciana de El Cabecico del Tesoro, amparándose en la fuerza de otros testimonios (Nieto, 1970).

Todavía en la provincia abulense, pero al sur de Gredos, hay que señalar la manecilla aparecida casualmente a las afueras del poblado amurallado de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 893) <figura 61 D> y, con carácter de primicia, la recuperación de un nuevo braserillo completo con manecillas en la tumba *orientalizante* número 78 de la zona B de Las Guijas <figura 61 F> y de fragmentos de dos manitas de sujeción más (Fernández Gómez, 1996b: 730; *id.*, 1994).

Finalmente hemos de traer a colación los datos aun inéditos de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), a unos 12 km. en línea recta de la estación de El Raso. En este extenso yacimiento arqueológico objeto de excavación en los últimos años han sido hallados ya un total de doce braseros de bronce cercanos al tipo ibérico pero evolucionados<sup>25</sup> (contabilizados hasta la última campaña de excavación: noviembre 1996); algunos íntegros, pero mayoritariamente fragmentados y doblados, también asas sueltas y un aplique con manitas bastante esquematizadas <figuras 62-65>. Se han documentado braserillos acumulados, en una ocasión hasta cinco superpuestos entre sí; en otro conjunto un recipiente ritual ricamente decorado hacía de tapadera de una urna funeraria de bronce. El recipiente en cuestión <figura 66 A>, con forma de plato, decora el lado inferior de su borde horizontal con una orla repujada de veinte círculos, cada uno de ellos formado por tres esferas inscritas y rematadas en una chapita de botón, que están enlazados por el centro a través de una línea horizontal a modo de circunferencia; este tema principal está

---

con manos evolucionadas en la sepultura 350. En nuestra opinión no siempre se distingue entre brasero y otros recipientes de bronce, caso de calderos o urnas.

secundado por otra orla con motivo de espigas o puntas de flecha en el labio del borde, desgraciadamente no se conserva el fondo del plato que debió estar igualmente decorado. Sin ser exactamente igual, encontramos cierto paralelismo entre esta pieza y el plato bronceo de la tumba principesca nº277 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) <figura 66 B>, también ornamentado con repujados de motivos circulares inscritos, orlas y punteados, con un diámetro parejo al de Pajares (unos 24 cm.); la tumba ibérica se ha fechado en el primer tercio del s.IV a.C. (Cuadrado, 1987: 481, fig.208). Los braseros de Pajares son característicos tanto del área de necrópolis como del presumible poblado adyacente sin grandes estructuras, con una cronología muy provisional entre los ss.V-III a.C. La originalidad de estos recipientes estriba en estar realizados con la técnica del batido, un uso tradicional radicado en el Bronce Final Atlántico (Celestino *et alii*, e.p.).

Así pues son, nada más y nada menos, que unos treinta los braserillos (íntegros o elementos componentes) enmarcables en el círculo vetón a día de hoy. De ellos, una buena parte se vinculan al mundo funerario como bien asociado a las sepulturas con ajuares más sobresalientes de los que forman parte preceptiva los juegos de arma (La Osera, Las Guijas B de El Raso), jalones todos ellos del indudable prestigio de quien ahí está enterrado. Al margen de los hallazgos huérfanos de contexto, otros recipientes proceden de hábitats (Picón de la Mora) o de áreas todavía no muy bien definidas pero de las que puede no estar lejano un ambiente ritual o religioso (Pajares). En este sentido, sin dudar de la atribución de estas piezas como elemento más o menos mediterraneizante de práctica ritual en actos funerarios evindenciado por su presencia en necrópolis (a partir de la aglomeración de braserillos en el espacio particularmente *post-orientalizante* de Pajares), adelantamos -como hipótesis a debatir más adelante- la idea de que tales recipientes puedan interpretarse como elemento indicador de ceremonias de intercambio entre grupos diferentes, dentro de una atmósfera privativa de presumible sello religioso, prácticas de algún modo remontables bastante atrás en el tiempo (Período Orientalizante). El intercambio estaría dirigido y probablemente protagonizado por las cabezas de las respectivas comunidades, que verían incentivado su rango a través de los efectos que las fórmulas de interacción con otras gentes pudieron deparar. Así, a su debido tiempo esos individuos destacados se entierran con los elementos traductores del poder adquirido en vida, entre ellos las armas lujosas y

---

<sup>25</sup> A esta cifra hay que añadir los restos de otros braserillos conservados por A. González Garvín en su colección particular venidos desde tiempo atrás de la zona de Pajares, que, por gentileza de su propietario, hemos podido fotografiar.



en ocasiones importaciones como los braserillos, testimonio de una relación con el exterior que había contribuido a acrecentar su propio poder y estatus.

## CALDEROS Y URNAS

El uso de estos recipientes con fines funerarios, rituales o incluso domésticos en la Segunda Edad del Hierro de la meseta occidental parece tener un claro antecedente en los abundantes hallazgos fragmentarios del poblado y de la difusa necrópolis de Sanchorreja de los primeros siglos del Ier milenio a.C. (González-Tablas, 1990; González-Tablas *et alii*, 1991-92: 316; *vide* nota 60 del capítulo dedicado a la presentación del pueblo vetón en la primera parte). Desde el s.V a.C. en adelante se mantiene la presencia de urnas, calderos y otras vasijas de bronce. Al respecto algunos autores, de manera un tanto ambigua, tienden a emparentar estos recipientes con tradiciones mediterráneas, pero no hay nada seguro. En absoluto se deben descartar las fuertes influencias atlánticas y continentales de esta industria, siendo más lógico pensar en producciones autóctonas con técnicas locales (por ejemplo el batido) que adaptan elementos formales o, más raramente, ornamentales derivados de ciertos influjos externos. No obstante, en tanto y cuando no contemos con una sistematización global de los recipientes de bronce de la Protohistoria Final de la Península Ibérica (tipos, origen, procedencia...), trabajo que aun resta por hacer, no podremos calibrar con garantías el alcance cultural de estas piezas bronceas.

En El Raso, en concreto en la última zona excavada de la necrópolis (Las Guijas B), se han exhumado seis urnas de bronce roblonadas (tumbas 69, 70, 80, 89, 99 y 78, esta última, enclavada en el centro del túmulo B, tiene materiales orientalizantes y se data a fines del s.V a.C.) (Fernández Gómez, 1994; *id.*, 1996b). Hay fragmentos de otra urna de bronce batido muy fino con láminas roblonadas y un asa también en bronce que puede corresponder a la urna (el tipo recuerda mucho al asa de los braserillos), hallados en otra zona de la necrópolis <figura 67 A> (Fernández Gómez, 1986: 778). Por último, dos platillos de lámina batida, sin decorar y en forma de casquete esférico plano aparecieron en la tumba 52 <figura 67 B> (Fernández Gómez, 1986: 778-779).

Respecto a La Osera, ya se han señalado las dificultades que existen para distinguir entre calderos, urnas y braseros. Urnas altas y roblonadas del tipo de Las Guijas B o Pajares no parecen documentarse (al menos en las sepulturas publicadas), sí hacen acto de presencia los calderos con dos asas y algo más anchos y profundos que los braserillos que actúan ocasionalmente como urna cineraria; destacamos los siguientes calderos integrados en sepulturas principales: un ejemplar en la 350 <figura 67 C> (aquí el caldero se asocia a una bandeja, probable brasero, y a las plaquitas mediterráneas), otro en la 514 <figura 68> (Cabré *et alii*, 1950: 63-64), dos en la sepultura I del túmulo D (Cabré de Morán/Morán, 1990: 78), uno en la 907, en forma de cono truncado con las asas decoradas con espirales y trenzas en relieve (Cabré, 1937: 98), otro en la 1125 que servía de urna funeraria (Cabré, 1937: 108-109), nuevo ejemplar en el túmulo Z de la zona I (Cabré, 1937: 117), y uno más en la número 193 junto al ya citado recipiente ritual con manitas (Cabré, 1937: 98); la mayor parte de ellos aparecen fragmentados, incompletos y doblados. No parece que haya muchos más hallazgos de este tipo en otros puntos occidentales de la submeseta norte, una salvedad la constituyen los fragmentos de bronce algo dudosos testimoniados en el Cerro de San Vicente de Salamanca (Maluquer, 1951: 71), además de los restos de Miraveche pero ya en territorio berón (Schüle, 1969: fig.139-13).

En la necrópolis de Pajares se da un número considerable de urnas de bronce roblonadas con distintas formas (bitroncocónica con carena alta, acampanadas, de barreño...), realizadas en finísimas láminas batidas y unidas por remaches de cabeza circular, del tipo de las ya apuntadas en Las Guijas B de El Raso; el pie suele ser hueco y troncocónico, aunque algunas presentan bases trípodes e incluso pequeñas asas laterales <figuras 69-70>. Hasta el momento son ya cerca de una decena los ejemplares rescatados en los distintos sectores del cementerio. La técnica del batido es indudablemente local (en este mismo tiempo en el sur peninsular se utiliza el bronce fundido) pero se puede hablar de un indigenismo técnico mezclado con ciertos elementos formales de tradición orientalizante como los pies troncocónicos elevados y huecos, aspectos que también son perceptibles en los braserillos de Pajares. Se define, en este sentido, un modelo de urnas: el tipo Pajares, del que podrían formar parte también los ejemplares de El Raso e incluso alguna muestra más septentrional (González Cordero *et alii*, 1990: 135, nº 9-11, 144; Celestino *et alii*, e.p.).

Dentro de otra categoría de piezas, pero formando parte de un recipiente de bronce (se piensa en un enócoe) debemos reseñar el asa aparecida en el poblado de Las Cogotas <figura 71> (Cabré, 1930: 92, lám.LXX; Kurtz, 1980). Tienen 6,6 cm. de altura y aspecto de flor de loto invertida, compuesta por un agarre terminado en dos cabezas de ánade que iría unido a la superficie del vaso, y un cuerpo rematado con una cabeza femenina de concepción frontal, tocada al estilo egipcio y secundada por dos pétalos laterales decorados con puntillado en la zona de la arista. A juicio de W. Kurtz representa a una variante local de divinidad mediterránea de la naturaleza, con simbología solar, relacionable con otros hallazgos orientalizantes de la meseta norte. Para este autor la pieza es de ambiente itálico y llegaría a la meseta en un momento indeterminado de la Edad del Hierro. La factura probablemente sea anterior al bajo contexto prerromano del hábitat cogoteño en que apareció, pudiéndose considerar exponente de un elemento de prestigio mantenido en varias generaciones o llegado indirectamente desde su lugar (y fecha) de origen<sup>26</sup>; más difícil nos resulta aceptar el alcance religioso que este autor plantea con base en la iconografía de la pieza.

Por último nos vamos a referir al recipiente de bronce bitroncocónico de Montealegre de Campos (Valladolid), en pleno corazón vacceo, a caballo de ser considerado entre jarra o caldero <figura 72>. El vaso apareció en 1985 en la excavación arqueológica de comprobación realizada en la zona donde había sido descubierta poco antes una tésera de hospitalidad en el transcurso de unas obras de cimentación de una vivienda. El hallazgo se sitúa en el nivel romano documentado (s.II d.C.) que sucede a uno anterior celtibérico; concretamente en el interior de un hábitat en el que debió reposar también la conocida *tabula* hospitalaria fechada en el 132 d.C., que renueva un pacto anterior<sup>27</sup>, y la figura de bronce representando a un bóvido descubierta junto a aquella, además de otros hallazgos alto-imperiales (sigillata y vidrio) (Balil/Martín Valls, 1988: 78-90). La pieza es atípica por su estilo y contexto <figuras 72-73.1>. Está realizada con chapas de bronce recortadas, ensambladas y unidas con roblones. Tiene 29 cm. de altura; una

<sup>26</sup> A propósito de la presencia de bronce en este ámbito meseteño, Kurtz indica que “los objetos de bronce son relativamente escasos en las culturas de la cuenca media del Duero, por lo que puede pensarse que su valor intrínseco como material sería muy alto. Esto permitiría explicar a lo objetos de bronce orientalizantes como simples objetos valiosos en sí, que se integrarían en las culturas en que aparecieron como medio de acumulación de riqueza. Asimismo, al ser el bronce un material noble, se usaría para fabricar los objetos cuya función o significación tuviera una importancia fuera de lo común” (Kurtz, 1980: 169). Interesante, pero no hay que subestimar la artesanía local de bronce, remontable varios siglos atrás.

<sup>27</sup> Vid el apartado II-3.1 Téseras de hospitalidad.

marcada carena que alcanza 22 cm. de diámetro; una boca de 26 cm. con considerable apertura cuyo borde se remata con un ribete cilíndrico fijado en dos extremos enfrentados con apliques de bronce fundido (motivos calados de espiga, aspa dentro de marco cuadrangular y otro de más difícil interpretación) de los que cuelgan sendas asas articuladas de chapa sobre pasador cuya parte inferior se apoya sobre el hombro del caldero; y, finalmente, un pie troncocónico y estrangulado que termina en una base convexa con un pequeño refuerzo a modo de filete cilíndrico hueco.

A pesar del contexto tardío de los hallazgos, el jarro es de factura anterior, remontable al Hierro II; en este sentido nos llama la atención su analogía formal con una urna cineraria de bronce roblonado de la necrópolis de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 70>. Probablemente se trate de una pieza elaborada en un taller vacceo, de marcado carácter ritual, que aparece asociada a la tésera y a otros objetos votivos en la misma estancia. Habida cuenta que la tésera es la renovación de un pacto anterior, es sugerente y hasta cierto punto lógico vincular el recipiente con el acuerdo primigenio de hospitalidad firmado entre aquellas comunidades meseteñas. Tendría el valor de algo parecido a una *reliquia*, presente en el pacto inicial, quizá incluso con un cometido funcional, y que desde entonces habría sido transmitida y conservada junto al registro de las sucesivas renovaciones del pacto, garantizando la antigüedad del compromiso. En tal sentido, traemos a colación el vaso en este apartado de testimonios arqueológicos de contacto, como objeto que, por tener una significación *especial* (¿instrumental religioso vinculado a la ceremonia?, ¿regalo político sancionador del acuerdo...?, entre otras posibilidades), podría constituir la marca material y simbólica de un ejercicio diplomático atestiguado entre gentes de distinta procedencia<sup>28</sup>. Algo parecido, en cierto sentido, a lo que hemos propuesto para los braserillos y que retomamos al hablar de las formas de contacto cultural (III-3.2 A- *Símbolos de acercamiento*).

---

<sup>28</sup> No hace mucho que S. Celestino ha vuelto sobre esta pieza, conectándola muy parcialmente con los jarros de tradición tartésica a partir de rasgos como el típico pie de embudo que caracteriza a aquellas producciones. No obstante, reconoce que se trata de un tipo cultural, geográfica y cronológicamente diferente a la orfebrería tartésica (Celestino, 1991: 73-74). Los interrogantes son muchos, pero quizá un ascendiente lejano para el objeto o para lo que el mismo representa no deban ser descartados del todo; más aun si tenemos en cuenta las nuevas piezas de bronce (urnas roblonadas, braseros, calderos...) halladas en destacados puntos de paso hacia la meseta norte, como son El Raso o Pajares; como hemos indicado en la página anterior, una urna de este último yacimiento reproduce con claridad la morfología de tres troncos cónicos invertidos -sumando el cuerpo del pie, en hueco- del jarro de Montealegre <figura 70>.

## PLACAS Y BROCHES DE CINTURÓN

### Placas.

El caso más espectacular lo constituyen las cinco plaquitas de bronce repujado chapadas con una lámina de plata, descubiertas en la sepultura 350 de la zona VI de La Osera. Excepcional es su decoración: un águila con las alas desplegadas sosteniendo en sus garras una presa, pato u otra ave. Tanto la temática como la técnica denotan un innegable sabor mediterráneo, percibido desde el momento de su descubrimiento<sup>29</sup> <figura 74> (Cabré *et alii*, 1950: 187, 193, lám.LIII-LIV; Baquedano, 1996: 80). Tal sensación quedó confirmada en la excavación de la tumba 400 de la necrópolis ibérica de El Cabecico de El Tesoro (Verdolay, Murcia) <figura 75.1> que deparó la aparición de cuatro placas idénticas a las abulenses, además de la coincidencia de los discos-coraza ya comentada<sup>30</sup> (Nieto, 1943-44: 171-172; *id.*, 1947: 180, lám.V; Quesada, 1989b, II: 22). Hemos comentado que inicialmente E. Cabré (1949) pensó que las bellas plaquitas podrían formar parte del sistema de correaje de los discos-coraza depositados en el mismo enterramiento <figura 55 A>, pero posteriormente a partir de las precisiones de J. Cabré y de la interpretación dada por G. Nieto para el hallazgo murciano, se las ha venido considerando a modo de chapas articuladas de un lujoso cinturón de guerrero (Cabré *et alii*, 1950: LIV) <figura 75.2>;

<sup>29</sup> Dejemos a los excavadores de La Osera que nos relaten el acontecimiento: "Dentro del caldero, entre tierra negra, aparecieron cinco plaquitas iguales (que miden 4,50 por 6 cms.) de cobre, revestidas de chapa de plata bellísimamente repujada, con arte puramente clásico, en que dentro de un recuadro formado por circulitos y puntos y entre dos bandas de meandros aparece una escena animal de un águila disponiéndose a devorar un ave pequeña, especie de pato, que tiene sujeta con sus garras" (Cabré *et alii*, 1950: 130).

Los elementos componentes del ajuar de tan singular sepultura están detallados en la nota 14 de este capítulo <figuras 52-53>.

<sup>30</sup> El ajuar de la tumba de El Cabecico, la de mayor riqueza de todas las exvacadas en la necrópolis según el estudio de Quesada (1989b I: 125-186), se componía de: urna cineraria, cinco vasos ibéricos, dos discos de hierro, falcata, *soliferreum*, dos puntas de lanza, un regatón, dos camas de caballo, fíbula anular, placa hembra de cinturón con señales de haber tenido incrustaciones de plata, restos de escudo, una fusayola y cuatro plaquitas de cobre repujado revestidas de chapa de plata. (Quesada, 1989b, II: 206; Sánchez Meseguer/Quesada, 1992: 387).

Los paralelos entre algunas piezas de La Osera y El Cabecico del Tesoro han llamado la atención de la investigación. En el análisis que realiza de las tumbas con armas de la necrópolis murciana, F. Quesada apunta que "si la coincidencia de discos coraza y placas- ya sean de cinturón o de correaje- es notable, se hace mayor si tenemos en cuenta que las dos puntas de chuzo que encontró Cabré son muy parecidas aunque ligeramente más pequeñas que las dos puntas ¿de lanza? de Tipo 5 que aparecieron en las sepulturas 245 y 266 de El Cabecico. Estas raras piezas sólo aparecen en la sepultura 350 de La Osera. Pero para completar más aún la coincidencia, deberemos tener en cuenta que otras dos curiosas piezas de bronce de la sepultura 350 de La Osera, únicas en aquel yacimiento, tienen un paralelo muy similar en El Cabecico. Se trata de dos discos de bronce ranurados, de unos seis cm. de diámetro muy parecidos a dos discos de bronce de la sepultura 477 de El Cabecico, datable en el s.IV a.C.". Para continuar diciendo que "ante tal cantidad de coincidencias, no podemos menos que llegar a pensar que el ajuar de la sepultura 350 de La Osera, caldero y braserillo incluidos, debe ser propiedad de un jefe mercenario o, mejor, un *regalo diplomático*, *lote comercial* o, por seguir suponiendo, una *dote de boda* procedente de la zona murciana" (Quesada, 1989b, II: 22; Sánchez Meseguer/Quesada, 1992: 368). Sobre alguna de estas analogías ha llamado la atención también E. Cuadrado, que propone una comunicación de ambos focos (meseta occidental y sureste) a través del territorio carpetano de la Mancha (Cuadrado, 1976-78: 328; *id.*, 1984: 136-137). (Vid. *infra* el capítulo de vías de comunicación; III.4.1 B).

recientemente I. Baquedano (1996: 81) ha vuelto a revalorar su función como complementos de coraza, insinuada también por W. Kurtz (1985: 21).

No ofrece dudas admitir que las plaquitas de La Osera son piezas de lujo importadas del ámbito ibérico murciano (un territorio de transición entre las Bastetania y Contestania antiguas), pero hay divergencia de opinión a la hora de precisar el lugar de fabricación. La duda oscila entre considerarlas producciones de un taller ibérico del sureste (Cuadrado, 1984: 133) o de uno mediterráneo extra-peninsular, probablemente itálico (Cabré *et alii*, 1950: 193; Baquedano, 1996: 80). Ante la ausencia de piezas peninsulares de calidad similar, nosotros nos inclinamos también por la segunda opción. Pero, si bien el origen parece ser greco-itálico, la llegada al Sistema Central de éstas y muchas otras piezas que nos están ocupando en estas páginas, podrían obedecer, en nuestra opinión, a una circulación de bienes de prestigio dentro de una política pactada por las jefaturas militares de ambos focos, meseteño occidental e ibérico del sureste.

### **Broches de cinturón.**

Hace ya sesenta años que J. Cabré (1937) estudió la decoración de los broches o hebillas de cinturón conocidos en aquel tiempo, muchos de ellos venidos de las necrópolis meseteñas. En ese trabajo detalla las características del modelo decorado con damasquinados de oro y plata (tipo II de los broches ibéricos), dentro del cual distingue diez subvariantes, para el que intuye un origen meridional andaluz. A pesar del tiempo transcurrido las deducciones de Cabré mantienen bastante vigencia, si bien las tipologías sobre broches de cinturón han sido actualizadas gracias a estudios como los de M<sup>a</sup>. L. Cerdeño. Una vez más el cementerio de La Osera es el escenario de la meseta occidental que más muestras ofrece del modelo de broche *ibérico* o *andaluz* con damasquinados. Se señala una cifra cercana a 50 ejemplares, de los cuales alrededor de 20 han sido publicados (Cabré, 1937), caracterizados en general por su forma rectangular (altura media aproximada de 10-12 cm. por 8-10 cm. de anchura), con dos aletas en la cabecera y pieza masculina flanqueando el garfio de enganche, sin calados, y por estar decorados, además de con acanaladuras y burilaje, con damasquinados de metal noble representando motivos geométricos -roleos, SS, círculos y semicírculos, botones, cenefas de casetones, símbolos solares, ruedas, cruces, frisos de "las tres zonas"...- e incluso zoomorfos y antropomorfos en

las series más avanzadas (por ejemplo, el extenso ejemplar de la tumba 2 del túmulo Z de la zona I con dos esquemáticos guerreros portando lanza y presumible caetra representados de perfil, de la serie 8<sup>a</sup>; <figura 76 A>). Es difícil precisar la cronología de tanto broche pues abarcan casi todo el desarrollo del Hierro II, pero es frecuente su registro en los niveles más profundos de los túmulos de La Osera, en asociación con tumbas de guerrero. Otras piezas presentan lañas y retoques, señal de reutilización y amortización en depósitos funerarios de cronología más reciente a la de la fabricación de las piezas (Baquedano, 1996: 80). Los broches citados en La Osera son los de las siguientes sepulturas <figuras 76-77>: 185 (tres ejemplares), 193 (dos ejemplares), 251 (dos ejemplares), 350 (dos ejemplares, hembra y macho), 394 (junto a una falcata), 395, 403, 427, 551, 712, 755, 762, 907, 934, 1125, 1189, 1297 (placa de cinturón ibérica recortada en un contexto del s.III a.C.), sepultura II del túmulo C en la zona I, sepultura LXI de la zona IV, sepultura LV del túmulo de la zona IV, sepultura XVII de la zona III, túmulo Z de la zona I, amén de cinco broches más descontextualizados (Cabré, 1937; Cabré *et alii*, 1950: 193-194; Baquedano, 1996: 88, cuadro V). No hay apenas ejemplares de este tipo en otras necrópolis de la zona, a excepción de algún ejemplo en la necrópolis de Las Cogotas, caso del broche de la sepultura 730, de la serie 7<sup>a</sup> de Cabré, con ajuar de armas (Cabré, 1932: lám.LXXVIII; *id.*, 1937: 114; Kurtz, 1987: 172).

En el territorio vacceo se han hallado ejemplares del tipo ibérico andaluz con damasquinados en la provincia palentina, un ejemplar de la serie 2<sup>a</sup> en Palencia <figura 78.1>, y otro más, presumiblemente de Paredes de Nava, de gran tamaño y calificable en la serie 8<sup>a</sup> (Cabré, 1937: 100, 118)<sup>31</sup> <figura 78.2>.

<sup>31</sup> Con carácter diferente hallamos elementos de cinturón en otros enclaves de nuestro espacio de análisis, pero no tienen porque estar relacionados con prototipos meridionales sino que pueden tratarse de producciones locales. Así, por ejemplo, en la necrópolis de El Mercadillo apareció sin contexto un fragmento de cinturón constituido por dos chapas superpuestas con decoración incisa formando pequeñas líneas oblicuas y unidas por remaches decorativos esféricos <figura 78.3> (Hernández/Galán, 1996: 78-79). En tierras vacceas hay evidencias en Tariago de Cerrato (Palencia), varios fragmentos de un cinturón parecido con hebilla, botones decorativos y líneas incisas (Castro García, 1975b: lám.II.1; Castro García/Blanco, 1975: 133-134, lám.41.24), y en la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia), donde abundan piezas de broches y placas de cinturón (Blanco García, 1994: 66) <figuras 78.4>. En la primera parte se indican las características generales de los modelos de cinturón más representados en la cultura material vaccea y vetona. Entre los vacceos ya se dijo que tiene singular importancia los broches calados de tipo céltico, como el modelo Bureba de gran longitud, elemento que verifica relaciones entre la cuenca media del Duero y el ámbito berón del alto Ebro (Sanz, 1991).

## FIGURAS Y EXVOTOS

Ciertamente reveladora resulta la presencia de algunas figurillas de bronce en contextos del Hierro II cuya plástica evidencia que estamos ante importaciones de sello mediterráneo que han podido ser realizadas en momento anterior. Entre ellas, un lugar de honor corresponde a la ya clásica figurita etrusca de El Raso (Molinero, 1958b; Fernández Gómez, 1972: 274-275; *id.*, 1986: 479-480; *id.*, 1991a; Blázquez, 1975a: 199; Almagro Gorbea, 1977: 253; Olmos/Picazo, 1979: 184-185; Baquedano, 1996: 76). El bronce mide unos 5 cm. y representa a una mujer recostada sobre el lado izquierdo con la cabeza cubierta con un *tutulus* y dos largos mechones cayéndole sobre el pecho, sin grandes alardes técnicos pues no se aprecian detalles anatómicos <figura 79.1>. Pudo funcionar como aplique o remate de un mueble o recipiente metálico; tradicionalmente se viene fechando hacia el 500 a.C. Fue hallada hace ya bastantes años en las proximidades del *oppidum* de Cabeza de la Laguna (El Raso). A pesar de no disponer de contexto creemos que la pieza por su antigüedad y exotismo estuvo en posesión de un personaje principal de aquella comunidad prerromana, que la habría adquirido fuera o a quien se le habría hecho entrega como dádiva; el bronce pudo amortizarse en la sepultura de su dueño<sup>32</sup>. Algo similar debe aplicarse al timiaterio -conocido indirectamente- de la sepultura 78 de Las Guijas B en la necrópolis de El Raso, que parece identificar a Astarté bifronte, con los brazos levantados a la altura de la cabeza sirviendo de apoyo al platito quemaperfumes <figura 79.2>. La diosa tiene gesto solemne y presenta raya al medio, ojos almendrados, nariz recta, orejas abultadas y boca pequeña; viste fina túnica que deja transparente los pechos, señalados con dos pequeños círculos, y se adorna con diadema en la cabeza y un adorno en el cuello. La pieza ha sido fechada en el s.V a.C. y constituye la muestra de timiaterio documentada más al interior de la Península Ibérica (Fernández Gómez, 1996b: 729-730). Se corresponde con el tipo IV, el más evolucionado, de la clasificación de *thymiateria* realizada por de la Bandera (de la Bandera/Ferrer, 1994: 53-54), caracterizado por la figura femenina-vástago (Astarté oriental) funcionando como cariátide sostenedora

<sup>32</sup> Estamos de acuerdo con R. Olmos y C. Sánchez que recientemente se preguntan por las razones que hacen a esta pieza una manufactura salida de un (indeterminado) taller etrusco (Olmos/Sánchez, 1995: 119, nota 23). Estos autores no descartan un origen occidental (andaluz o levantino) y asocian el bronce de El Raso con la figura aristocrática del bebedor de vino o banqueteador recostado, aquí alterada por tratarse de una mujer y por la ausencia del vaso de bebida (Olmos/Sánchez, 1995: 118-119).

Tocante a la vía de llegada a El Raso, A. Molinero (1958b) estimó que fue traída por mercenarios meseteños que habían luchado en Italia, mientras que F. Fernández (1972; *id.*, 1986: 480) sostiene que la figura procede del Bajo Guadalquivir y que su presencia en El Raso obedece bien a relaciones comerciales, bien a expediciones de saqueo en el sur, o bien a la prestación de servicios laborales o militares de vetones en comunidades turdetanas.



del quemador de perfumes; su estilo es helenizante y tiene paralelos en el mundo etrusco (ss.VI-V a.C.). En la Península el ejemplar más cercano tipológicamente es el de La Quéjola (San Pedro, Albacete), con cazoleta de flor de loto y figura femenina desnuda que, a diferencia de la de El Raso, presenta los brazos doblados por el codo en ángulo recto, y que porta además una paloma en su puño derecho; se ha propuesto una datación para este bronce en la primera mitad del s.V a.C., o tal vez algo antes (Olmos/Fernández Miranda, 1987; Blánquez, 1993: 99; Blánquez/Olmos, 1993).

También de la zona de El Raso procede un exvoto ibérico de tiempo algo posterior, fruto de un hallazgo casual en las proximidades del hábitat a orillas de la garganta de Alardos <figura 80.1> (Fernández Gómez, 1986: 891-893). La *grotesca* figura parece masculina, mide casi 11 cm. de longitud, tiene el brazo derecho flexionado llevándose la mano al sexo como si estuviera orinando y el brazo izquierdo extendido y pegado al muslo, piernas juntas, cabeza coronada con un gorro o mitra ligeramente echada hacia atrás, y presenta un tratamiento bastante esquemático. En nuestra opinión, el lugar de aparición (junto al río), el vínculo simbólico establecido entre el río y el inmediato santuario de Postoloboso en el valle del Tiétar, y la propia actitud mostrada por la figura (¿práctica sexual de significado religioso?), hace que relacionemos este exvoto ibérico de algún modo con el culto a las aguas y con el mencionado santuario *fronterizo* de Postoloboso (Sánchez Moreno, e.p. -d-).

Más al norte se menciona otro exvoto de bronce de influencia ibérica, dato éste matizable a nuestro juicio, en la Cuesta del Mercado de Coca (Segovia), actualmente en paradero desconocido (Blanco García, 1986: 12; *id.*, 1994: 66). Presenta mal estado de conservación y responde a un tipo poco frecuente: figura asexuada, con ambos brazos doblados por el codo a la altura de la cintura y manos en puño, con cabeza redondeada y sin detalles anatómicos <figura 80.2>.

Volviendo al fuero vetón, hemos de introducir el colgante o amuleto con el tema mediterráneo del *potnios hippon* o “domador de caballos” de la tumba 371 de la zona I de La Osera, s.IV a.C. <figura 80.3> (Baquedano, 1990: 284-285; *ead.*, 1996: 81), analizado inicialmente por E. Cabré como imagen simbólica de culto al sol (“tema del dios-hombre solar”) (Cabré de Morán, 1952: 109-112). En verdad se trata de un *despotes hippon* bífrente

secundado a cada lado por sendos y esquemáticos caballos cuyas posturas alzadas sirven de enmarque rectangular a la escena, todo ello con un modelado muy sencillo. Esta interpretación viene avalada por la presencia del mismo tema en Cancho Roano, en el relieve de Villaricos (Almería) y sobre todo por los paralelos de La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia) <figura 80.4>, donde existen dos colgantes iguales interpretados por Fletcher (1974: 130) como figuras de Bes, y de la necrópolis del Puntal de Salinas (Villena, Alicante), donde fue hallado un fragmento de una pieza similar en una tumba de guerrero con arreos de caballo que depuró además una pélice de figuras rojas (Hernández Alcaraz, 1992: 42, 34; citado también por Barril, 1996: 186). Estos focos levantinos parecen indicar el lugar de procedencia de la pieza abulense.

El tema del caballo también aparece representado en otros objetos de bronce de supuesta filiación mediterránea; nos estamos refiriendo al prótomo de caballo de Las Paredejas (Cerro del Berrueco) <figura 81.2>, que pudo pertenecer al asa de un caldero o a un bocado de caballo (Conde *et alii*, 1996: 60, fig.10.9), y al hallazgo similar de Sanchorreja fechado hacia el s.V a.C., momento adecuado también para la pieza salmantina (González-Tablas *et alii*, 1991-92: 324). En la Cuesta del Mercado (Coca) fue hallado un bronce con el cuerpo de lobo o felino recostado con la cabeza erguida y rasgos geométricos; la pieza es maciza excepto la caja de la base de donde parte un pivote que hace reconocer al objeto como remate o aplique de un mueble o recipiente (Blanco García, 1994: 60) <figura 81.1>.

Un pie de un trípode o cajita con forma de pata de felino (león, hiena) con cinco dedos, arista bien marcada y en la parte superior varilla de ajuste en otra pieza <figura 81.3>, fue rescatado en la vivienda 3 del poblado de Las Cogotas; según su excavador se trataría de una de las casas principales, la residencia de los miembros más destacados de la comunidad, situada próxima a la entrada principal de la llamada *acrópolis*. Al igual que a la citada asa con cabeza femenina con la que puede relacionarse, a esta perneta de felino se le atribuye una ascendencia itálica (Cabré, 1930: 92, lám.LXIX; Baquedano, 1996: 81). Para terminar nos referiremos a otro adorno bronceo: una cabeza de animal poco determinado (felino, lobo o perro) fruto de un hallazgo casual del poblado de Villasviejas del Tamuja <figura 81.4>. La pieza está inédita y se exhibe en el Museo de Cáceres. Sus medidas son 5,3 cm. de longitud por 1,8 cm. de altura y su forma es de tendencia circular. La superficie opuesta a la decorada es plana. Ha sido realizada a molde y denota rasgos de

expresividad muy marcados (fauces semiabiertas, pelo ensortijado a la altura del cuello, arrugas junto al ojo y al morro...), lo que la convierte en manufactura de estilo mediterraneizante, aunque pudo ser una producción ibérica.

## **PINZAS, PASADORES Y OTROS ELEMENTOS DE ADORNO**

Más brevemente hacemos alusión a otras piezas bronceas que siguen tipologías poco frecuentes en la meseta y que se han puesto en relación con el mundo ibérico. En primer lugar las llamadas pinzas caladas tipo Cigarralejo. Responden a un modelo bien conocido en el ámbito del sureste, principalmente en la necrópolis de Mula (Murcia) que bautiza la variante, caracterizado por un formato a base de dos brazos paralelos que tienen a la altura del eje una especie de argolla para sujetar o colgar, y sobre todo por su decoración de calados estilizados que dejan en resalte motivos geométricos y naturales (roleos, crecientes lunares, círculos, volutas...; E. Cuadrado definió la ornamentación de “tallo serpeante”) y que se rematan con fino punteado a su alrededor; a veces los bordes de la zona flexora se recortan con muescas decorativas. Su longitud ronda los 10-12 cm. y la anchura es de 2 cm. Se dice de estas pinzas que son utensilios de higiene, pero a nuestro juicio debieron desempeñar una función simbólica, tanto por su decoración específica cuanto por estar asociadas a sepulturas de guerreros con importantes ajuares, no sólo en los cementerios murcianos o cordobeses sino -si cabe con mayor diferenciación por su exclusividad- en las contadas y significadas sepulturas meseteñas en las que hacen acto de presencia.

E. Cabré y J. Morán atendieron no hace mucho a los ejemplares de este tipo alumbrados en la necrópolis de La Osera; en concreto tres piezas presentes en depósitos cerrados fechados en general en el segundo cuarto del s.IV a.C. (Cabré de Morán/Morán, 1990): la sepultura I del túmulo D (zona I), tumba ya citada, en el fondo de la estructura tumular, en la que no se documentó urna pero sí dos vasos áticos de barniz negro, dos calderos ibéricos, una espada Alcácer do Sal, un escudo, un cuchillo afalcatado, un bocado de caballo, piezas de atalaje, además de cerámica peinada <figura 81.5>; la tumba 1.241 de la zona V, con espada tipo Arcobriga, dos lanzas, escudo, cuchillo afalcatado, fíbula, navaja de afeitar, dos discos decorados y sin urna funeraria <figura 81.5>; y la tumba 1297

de la zona V, con pinzas en estado muy fragmentario que formaban parte de un ajuar compuesto por un puñal dobleglobular, un puñal tipo Alcácer do Sal, una manecilla de escudo, una placa ibérica de cinturón recortada, dos bocados de caballo, afiladera, urna, cuatro lanzas, dos regatones, piezas de atalaje y un cuchillo afalcado... A partir del puñal dobleglobular la tumba se fecha en el s.III a.C., pero parece acertado pensar que la pinza ibérica es algo anterior y que, por tanto, éste no fue su contexto original (Baquedano, 1990: 81).

Asimismo la impronta ibérica se distingue con frecuencia más anecdótica en lugares más septentrionales; por ejemplo en La Mota de Medina del Campo, donde se ha documentado un pasador fuera de contexto arqueológico junto al poblado protohistórico, con dimensiones de 5 cm. por 6,5 cm., que por su forma de T y sus remates en botones gallonados con pequeño pivote y moldura circular en la base (Seco/Treceño, 1995: 234, fig.8.7), se vincula con prototipos ibéricos como los representados en las esculturas de damas (Palol, 1955-56). La falta de asociación cultural impide una datación precisa para este ejemplar, cuyo modelo general está presente desde el s.V a.C. y hasta época republicana <figura 81.6>.

No vamos a entrar en el análisis de las fíbulas, ni en las lecturas de procedencia a partir de tipologías y distribuciones, por ser un tema extremadamente complejo. Es prácticamente imposible deducir el lugar de fábrica de cada una de las fíbulas debido a su proliferación y a las leves pero numerosas modificaciones y variantes... Como comentario general ya apuntamos a la hora de caracterizar los objetos de adorno más frecuentes en la cultura material de vetones y vacceos, que el tipo de fíbula posiblemente más característica de la Edad del Hierro, la anular hispánica, parece tener para muchos autores su origen último en la esfera mediterránea, pero que se difunde desde la costa por todo el interior peninsular durante varios siglos<sup>33</sup>; algo parecido pudo ocurrir con otros tipos como el de doble resorte en puente de cruz -muy frecuente en el Duero medio (Campano/Sanz, 1989)-

<sup>33</sup> El rasgo propio a este modelo es la incorporación de un anillo circular en el que se sujetan la cabecera y el pie. Existen un buen número y variantes sistematizadas por E. Cuadrado a partir de las particularidades de puentes y resortes (Cuadrado, 1960; *id.*, 1963a). Sobre el origen, y en contra de la teoría europeísta de Cuadrado, Almagro Basch (1954; *id.*, 1966b) defiende la adscripción oriental-mediterránea. Igualmente son de utilidad los trabajos sistematizadores de Martín Montes (1984a; *id.*, 1984b, con especial atención a las modalidades meseteñas). Más recientemente Argente (1994) ha propuesto una clasificación que partiendo de los broches anulares (6A), hace hincapié en las técnicas de fabricación, distinguiendo fíbulas realizadas a mano (6B), fíbulas fundidas (6C) y fíbulas semifundidas (6C). En nuestro espacio de análisis, fíbulas anulares invaden desde principios del s.IV a.C. todos los yacimientos inventariados del

que derivaría indirectamente del arquetipo de doble resorte introducido por los colonizadores en la Península, o incluso los modelos de pie vuelto, tradicionalmente tomados como rúbrica de la cultura laténica al sur de los Pirineos, cuya génesis está siendo revisada<sup>34</sup>.

Tampoco tomamos en consideración directa dentro de este apartado muestras de orfebrería menor como pueden ser los típicos brazaletes con pendientes y colgantes enrollados, o las arracadas aisladas, con cuerpos amovibles y realizados de bronce que aparecen en bastantes yacimientos occidentales a inicios del Ier milenio a.C. y que se mantienen con lógicas evoluciones hasta tiempos romanos. Una corriente interpretativa hace responsable a la primera presencia de gentes mediterráneas (fenicios) en la Península de algunos de estos modelos<sup>35</sup>, pero para los siglos del Hierro Final que abarcan nuestro estudio es más correcto pensar en producciones ya claramente locales que, no obstante, pudieron responder a flujos atlánticos activos desde tiempo muy antiguo (Schüle, 1969: I, 159).

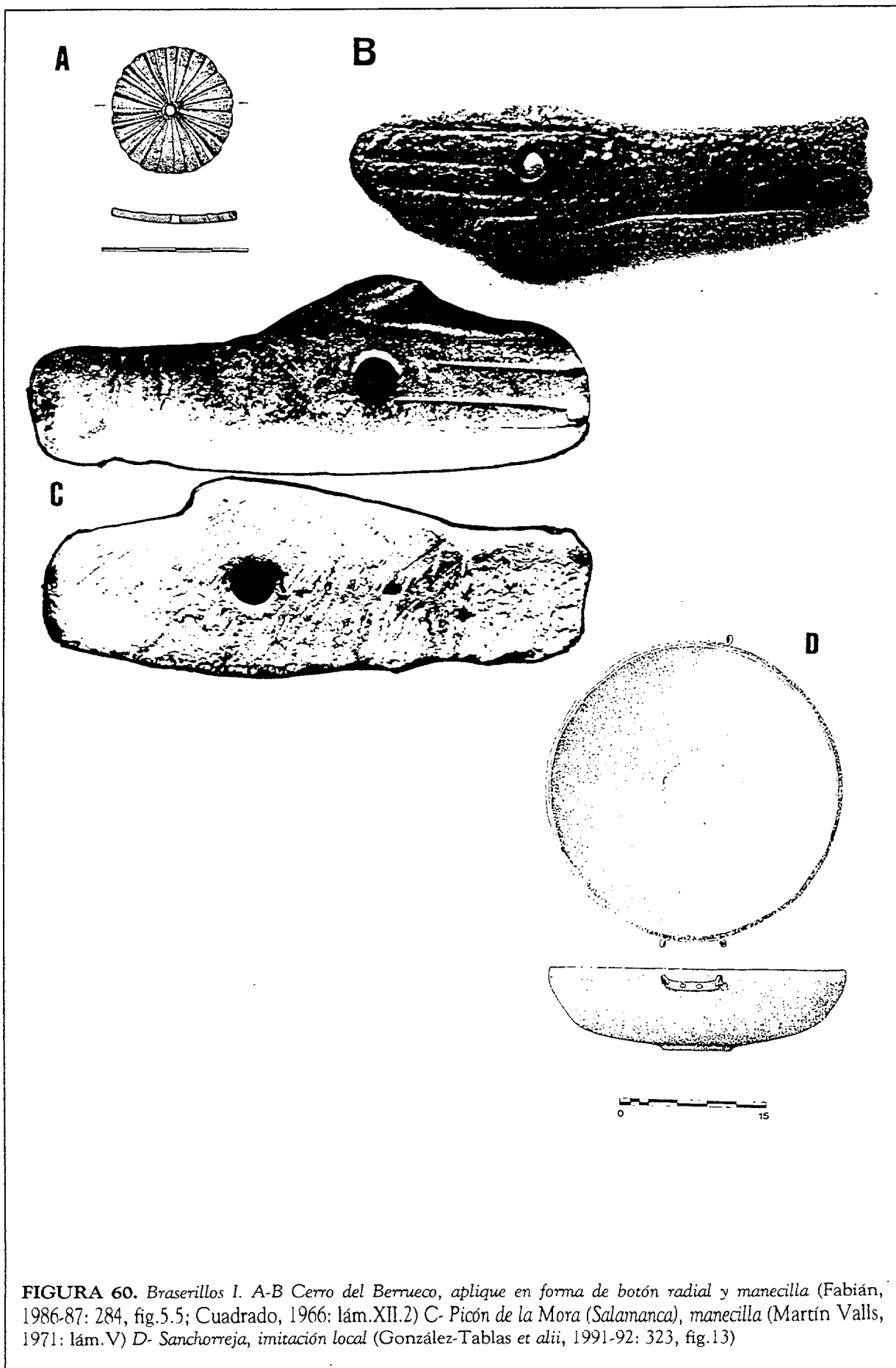
---

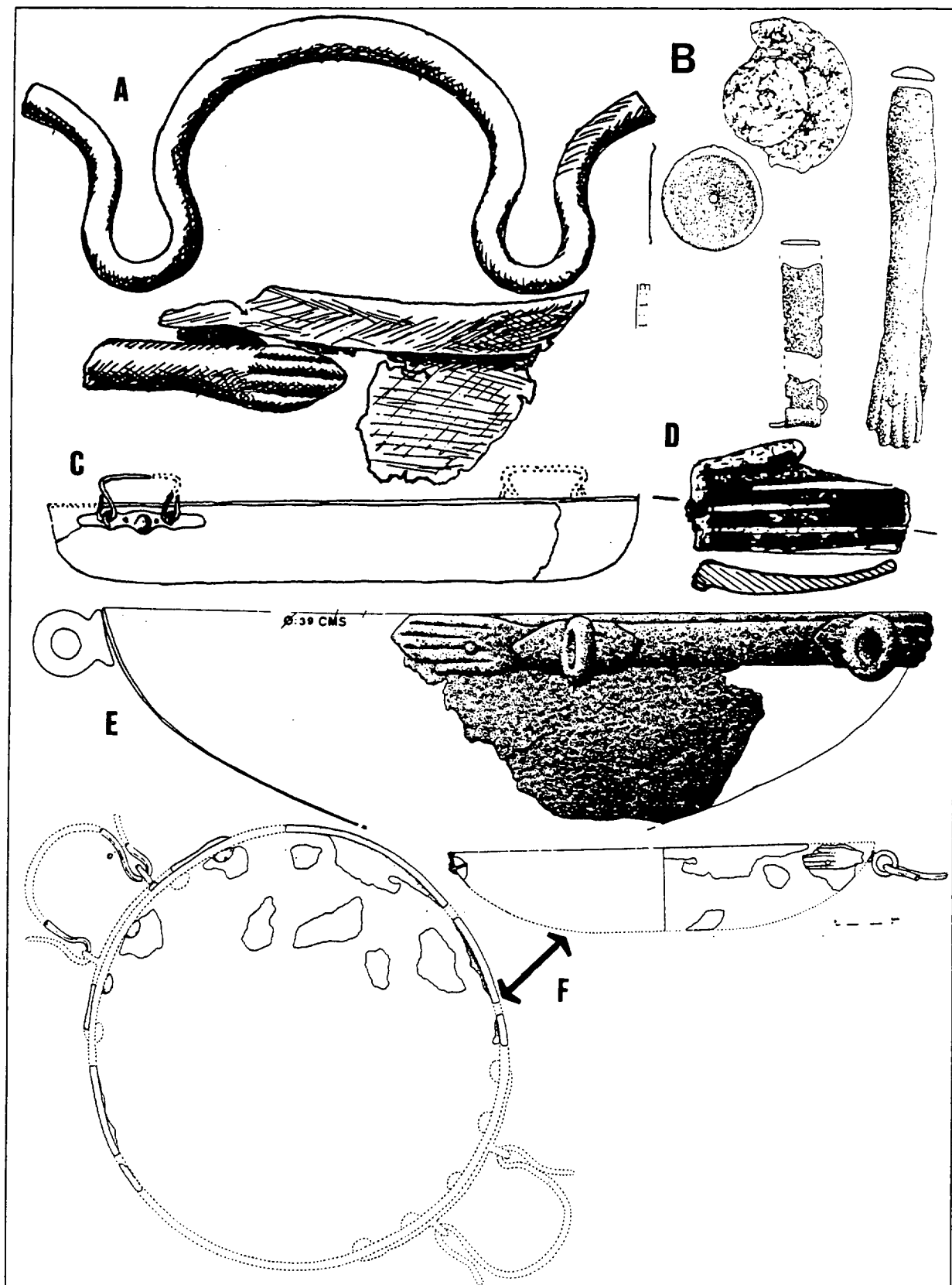
marco vetón, especialmente el sector meridional extremeño y los yacimientos en torno al Sistema Central, y del vacceo, con afluencia en la necrópolis de las Ruedas.

<sup>34</sup> E. Cabré y J. Morán llegan a la conclusión de que los tipos más antiguos de fíbulas peninsulares con esquema de La Tène I no se encuentran de forma señalada en la zona celtibérica. De su análisis deducen que los precedentes del modelo llegarían a la Península por vía comercial marítima, apareciendo en la zona costera mediterránea y generalizándose sobre todo en el área suroriental. Éste parece ser el foco de inspiración de las piezas meseteñas, pudiéndose exportar los primeros ejemplares de esta fíbula desde el sureste a la Iberia central, donde se llevaría a cabo una posterior adaptación que incluiría alguna modificación sobre los mismos (Cabré de Morán/Morán, 1983).

Sobre los prototipos mediterráneos de fíbulas peninsulares protohistóricas, con especial atención al horizonte tartésico, véase Storch de Gracia (1989a, como estudio general; *id.*, 1989b, como ensayo de síntesis) y también lo apuntado en el capítulo III-2.2.

<sup>35</sup> En este sentido podrían citarse la arracada de Las Paredejas en El Cerro del Berrueco (Maluquer, 1958a: 85; Piñel, 1976), de la que últimamente se ha dicho que su origen es tartésico, pero que el tipo pervive hasta el s.IV a.C., momento en que puede ser datada la pieza (Conde *et alii*, 1996: 60, fig.10.8); y artículos similares de Sanchorreja (Maluquer, 1957a; González-Tablas, 1991-92: 324), El Raso (Fernández Gómez, 1986: 782-784) o Pajares (inéditos).





**FIGURA 61. Braserillos II.** A- La Osera, asa y manecilla sin contexto (Cuadrado, 1966: 35, fig.10) B- La Osera, manecilla de la tumba 314, zona II (Baquedano, 1990: 384, fig.12A) C- La Osera, tumba 350, zona VI (Cuadrado, 1956: fig.17.3) D- El Raso, manecilla (Fernández Gómez, 1986: 894, fig.473) E- La Osera, tumba sin determinar de la zona I (Baquedano/Martín Escorza, 1996: 33) F- El Raso, tumba 78 (Fernández Gómez, 1996b: 739, fig.13)

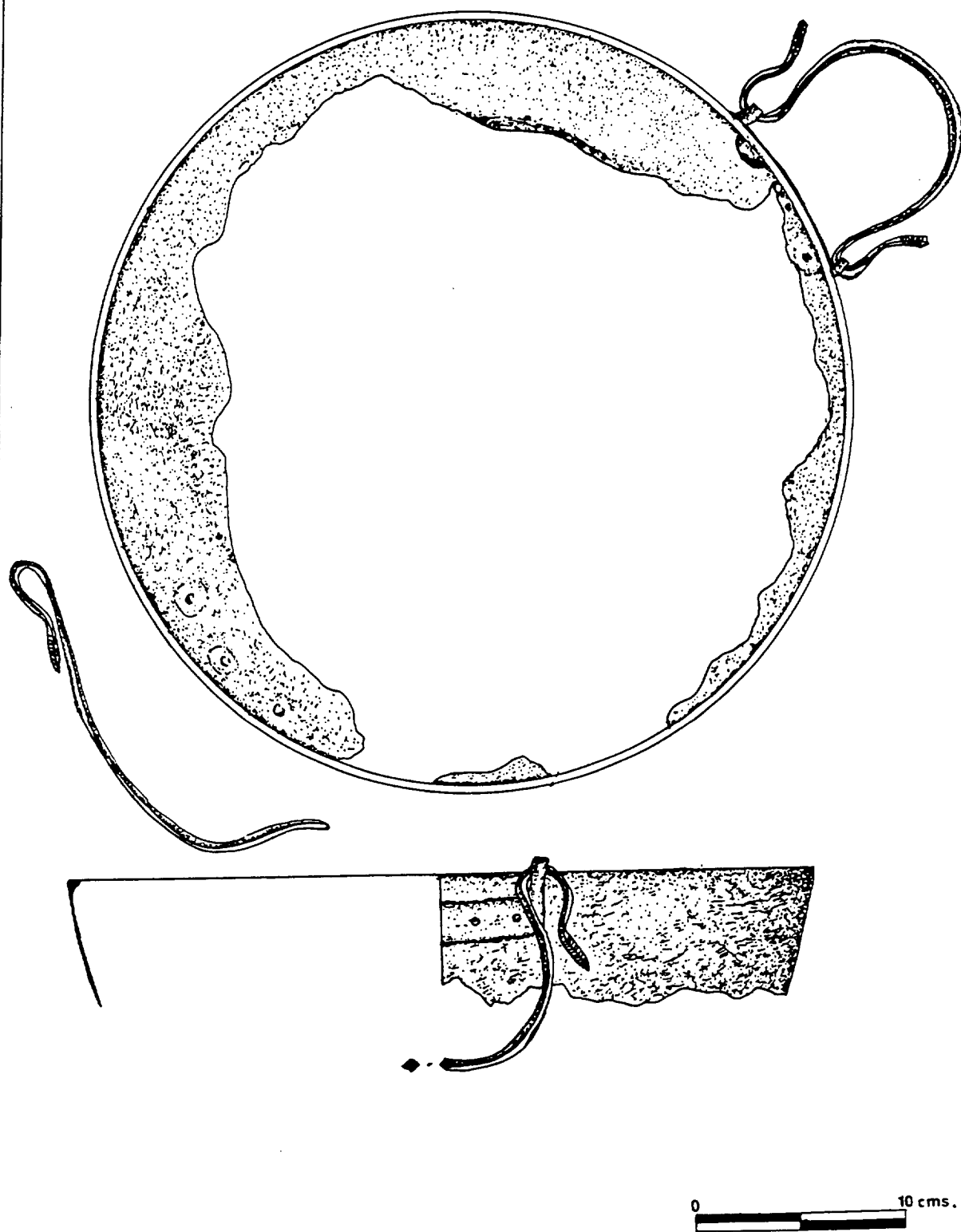


FIGURA 62. Braserillos III. Pajares, sin contexto (Celestino et alii, e.p.)



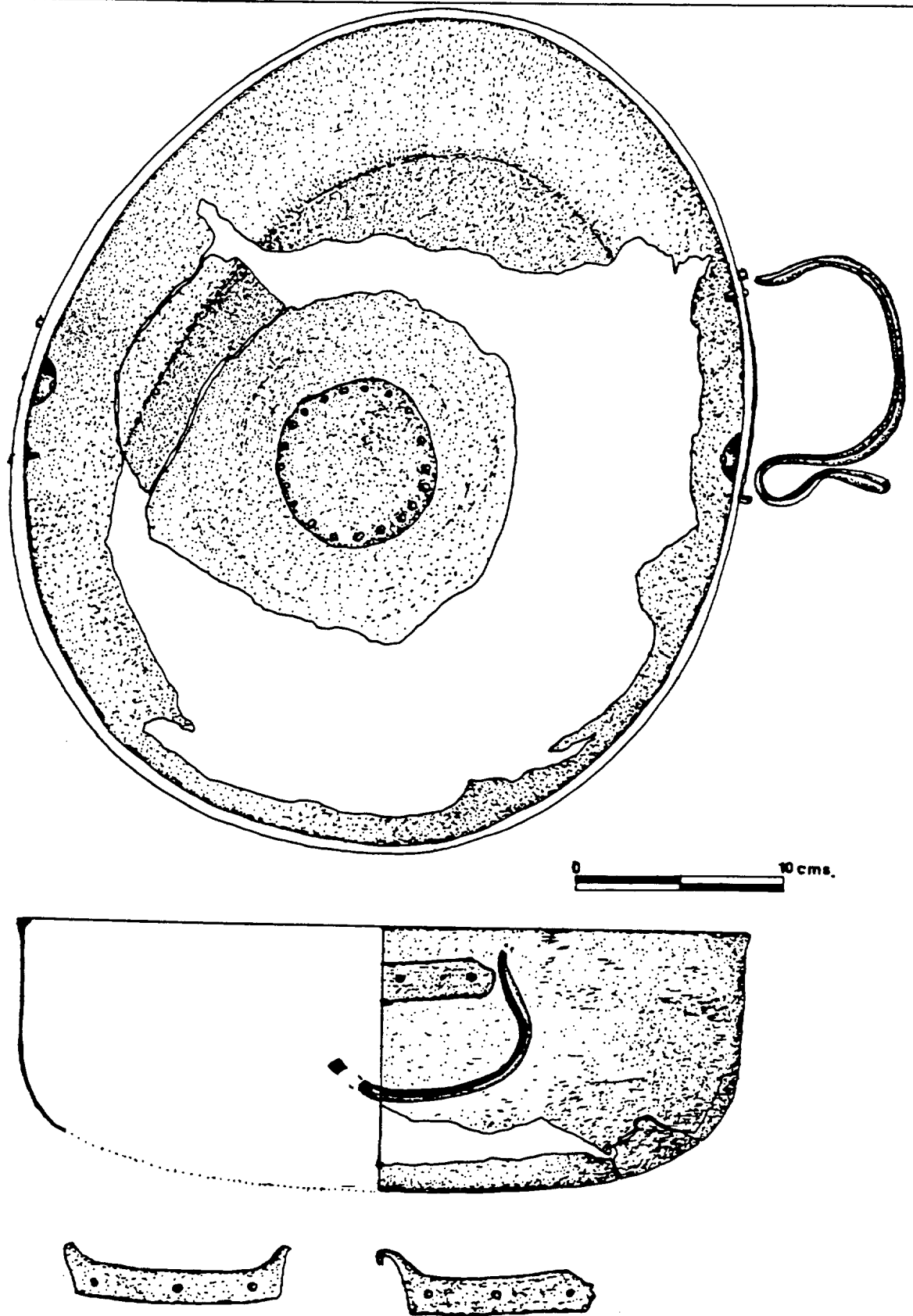
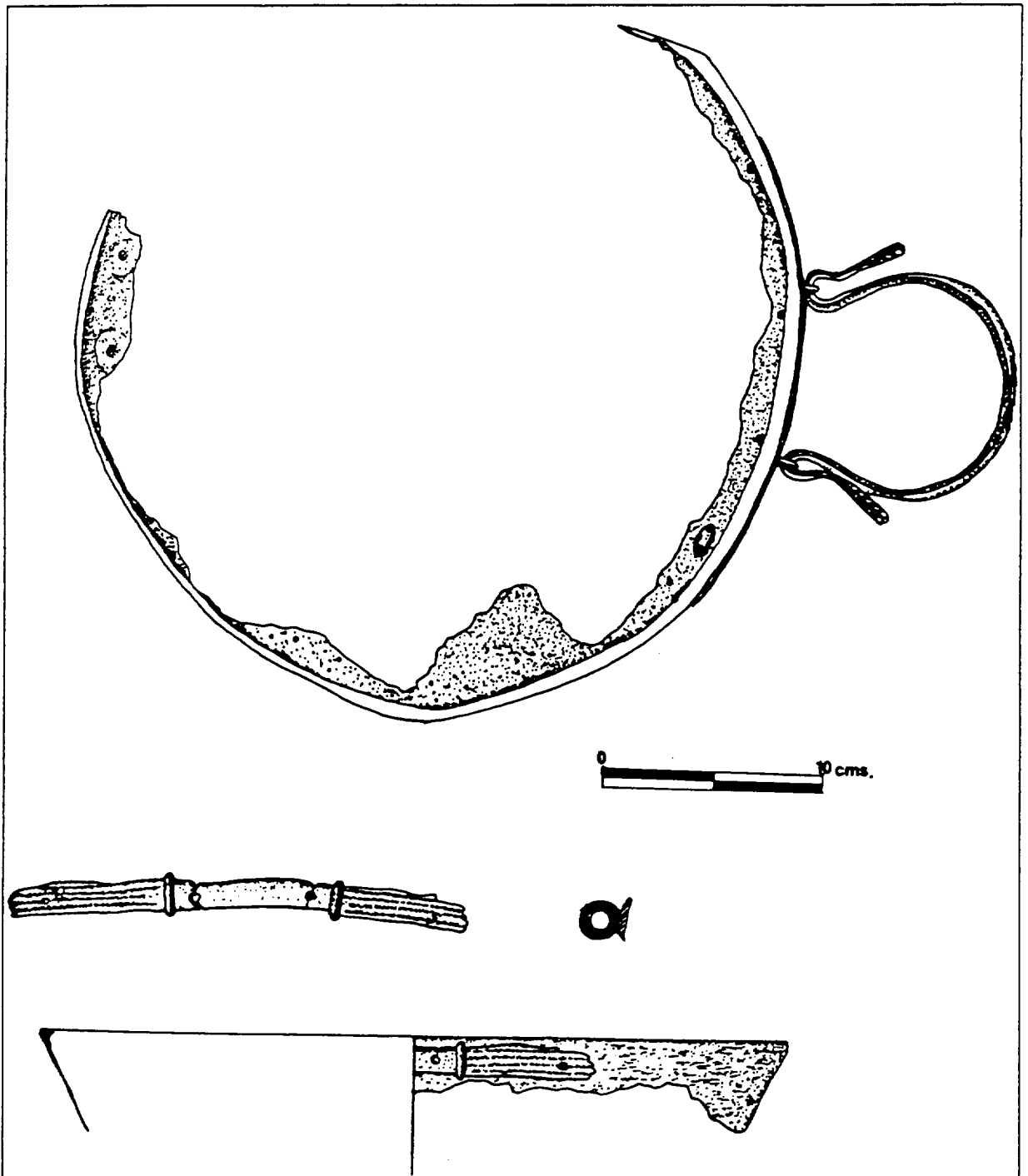


FIGURA 63. Braserillos IV. Pajares, sin contexto (Celestino et alii, e.p.)



**FIGURA 54.** Braserillos V. Pajares, sin contexto (Celestino et alii, e.p.)

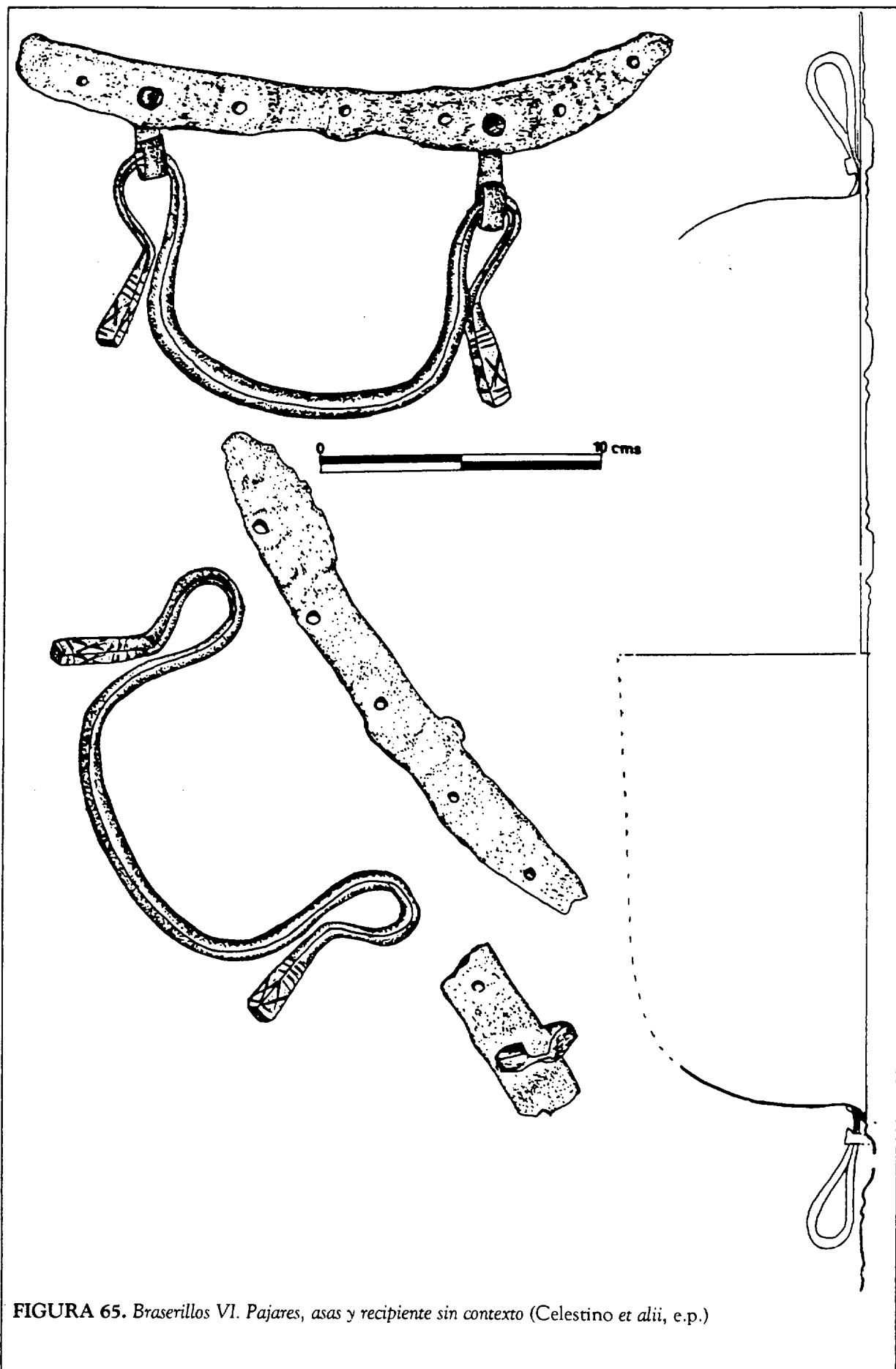
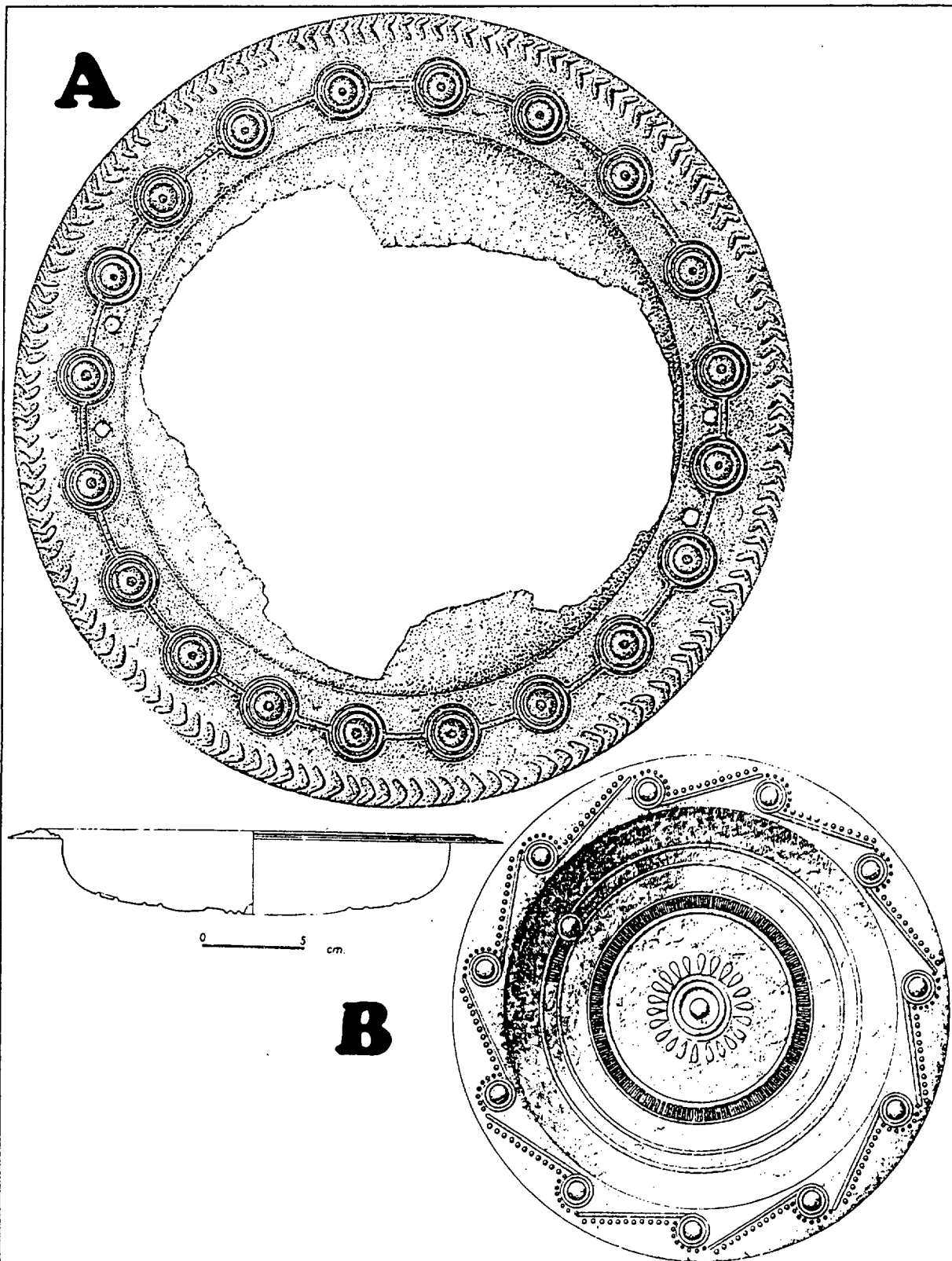
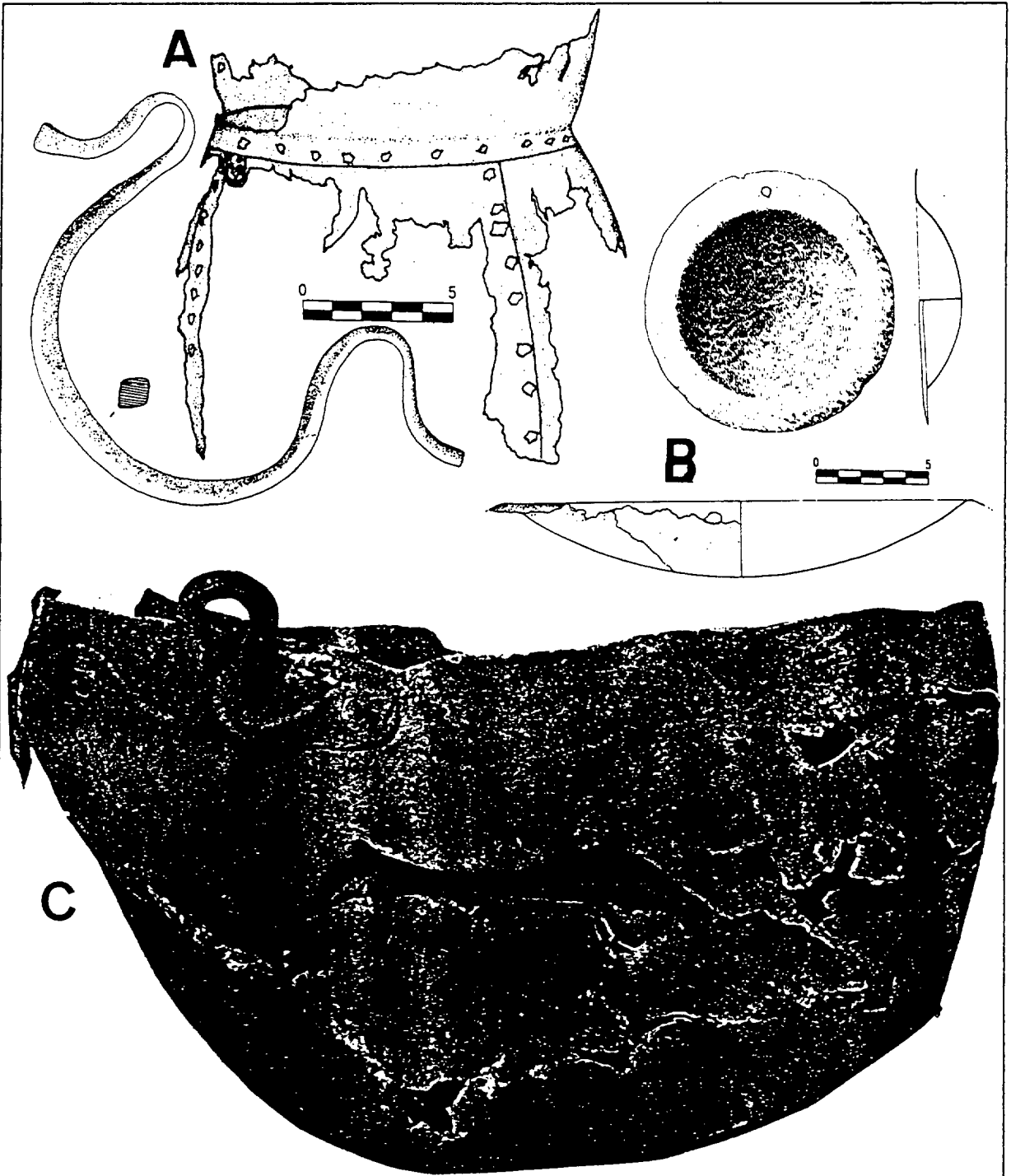


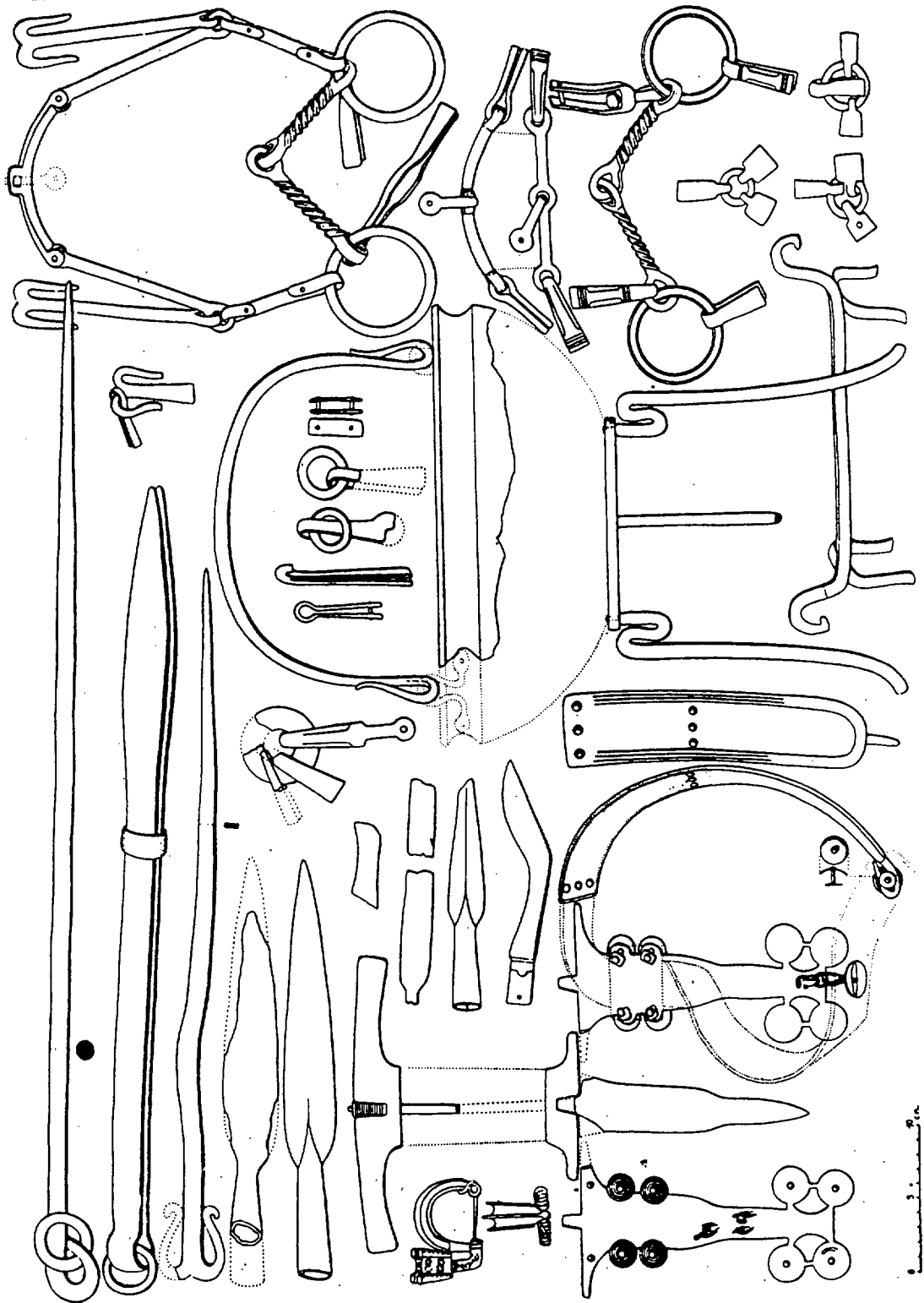
FIGURA 65. Braserillos VI. Pajares, asas y recipiente sin contexto (Celestino et alii, e.p.)



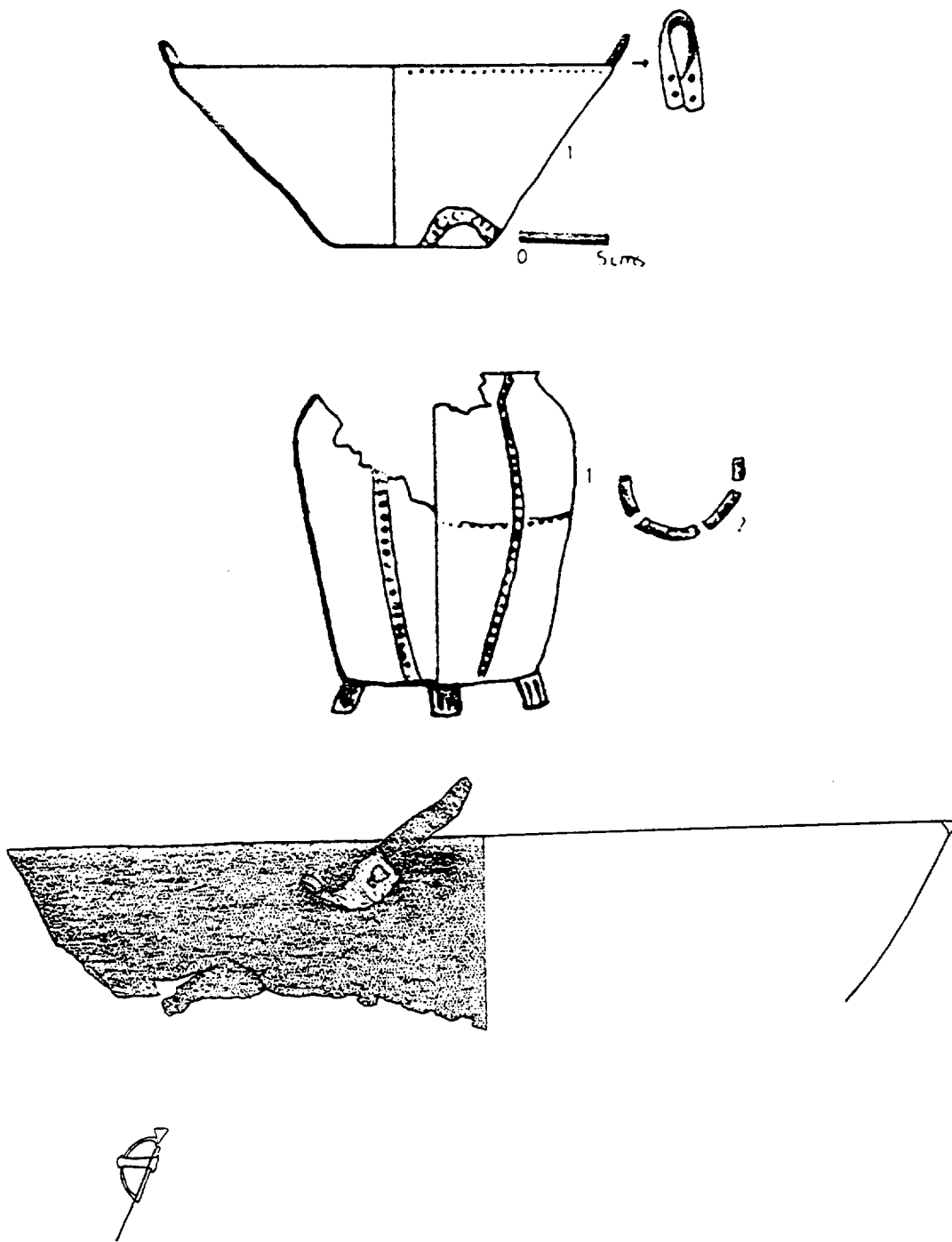
**FIGURA 66.** Platos rituales. A- Pajares (Celestino et alii, e.p.) B- El Cigarralejo, tumba 227 (Cuadrado, 1987: 481, fig.208)



**FIGURA 67.** Calderos y urnas I. A- El Raso, asa y fragmento (Fernández Gómez, 1986: 742, fig.439) B- El Raso, bandejitas de bronce de la tumba 52 (Fernández Gómez, 1986: 669, fig.3384) C- La Osera, caldero de la tumba 350, zona VI (Cabré et alii, 1950: lám.LII, fig.1)



**FIGURA 68.** Calderos y urnas II. La Osera, caldero de la tumba 514, zona VI (con ajuar completo) (Cabré et alii, 1950: lám.LXXX)



**FIGURA 69.** Calderos y urnas III. Pajares, tumbas 9 y 10 y sin contexto (González Cordero et alii, 1990: 136, lám.2; Celestino et alii, e.p.).

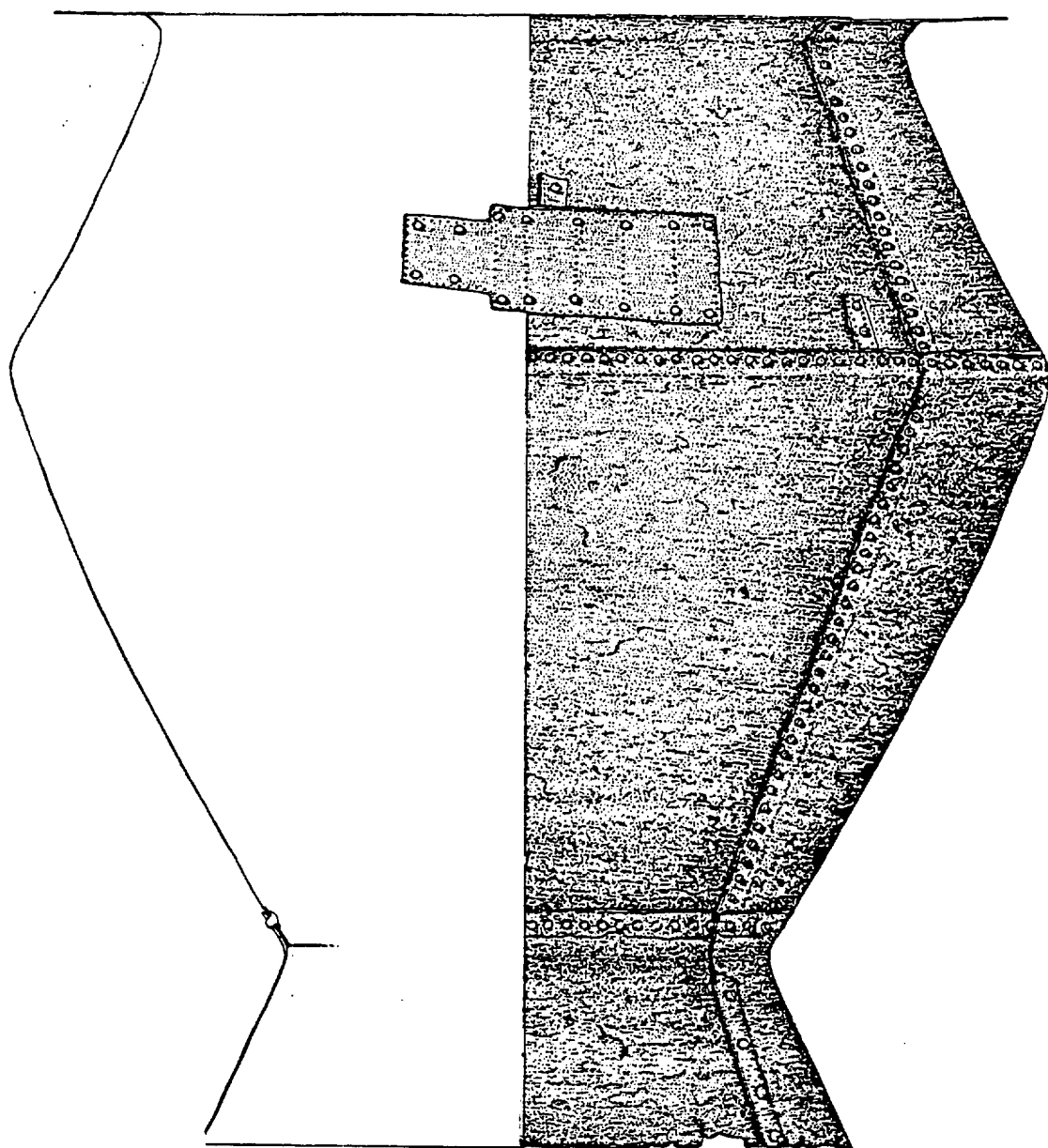
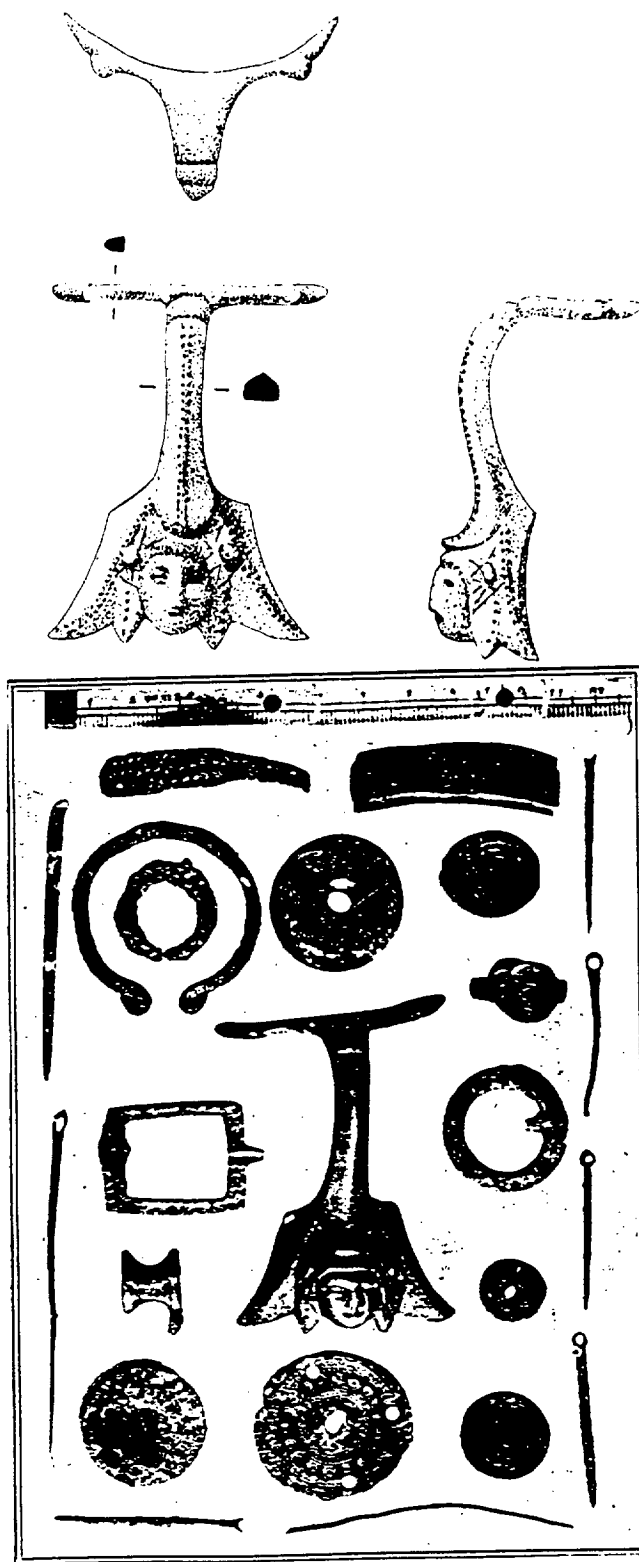


FIGURA 70. Calderos y urnas IV. Pajares, jarro-urna (Celestino et alii, e.p.).





**FIGURA 71.** Asa de bronce de enócoe. Las Cogotas (dibujo: Kurtz, 1980: 170, fig.1; foto con material asociado: Cabré, 1930: lám.LXX)

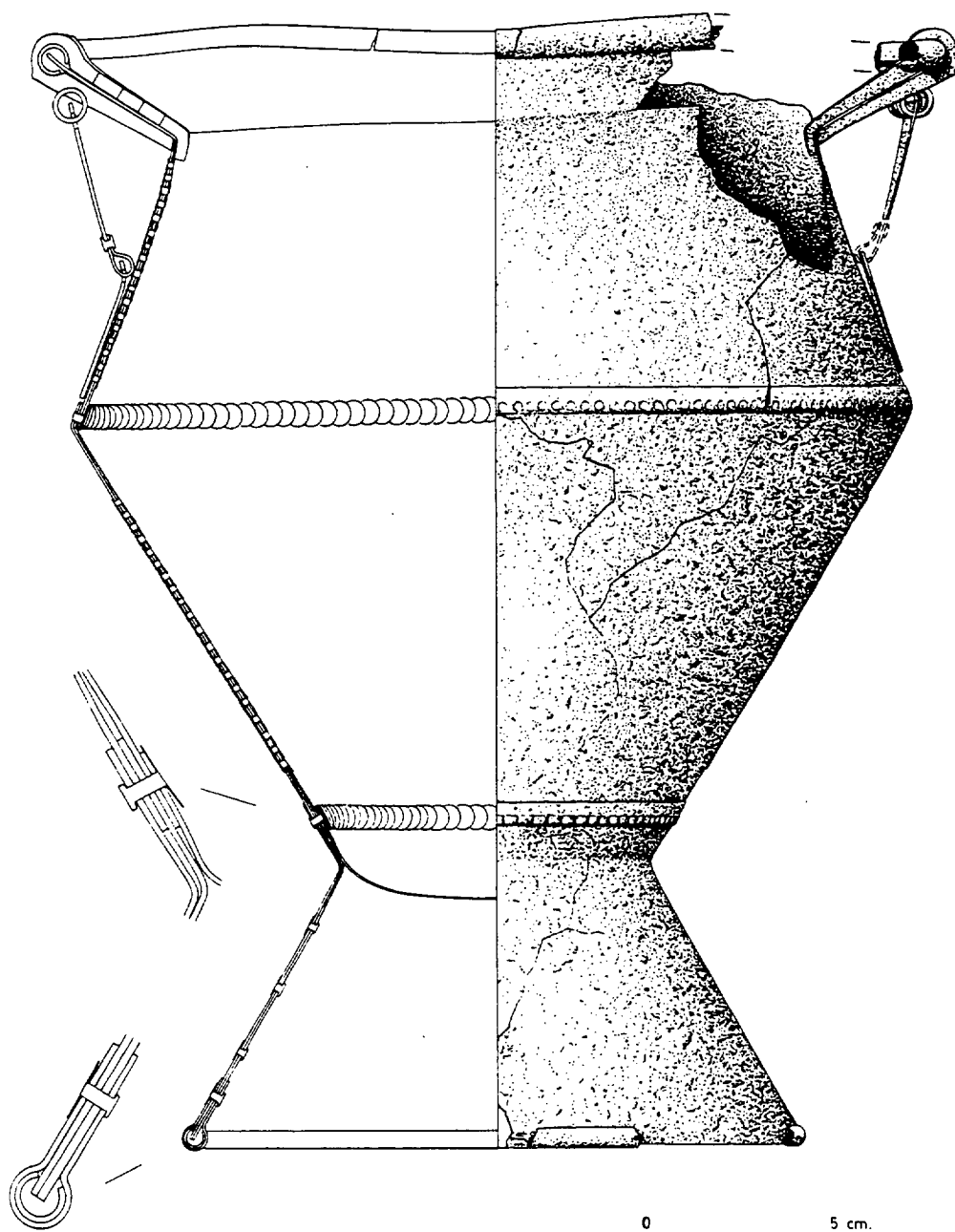
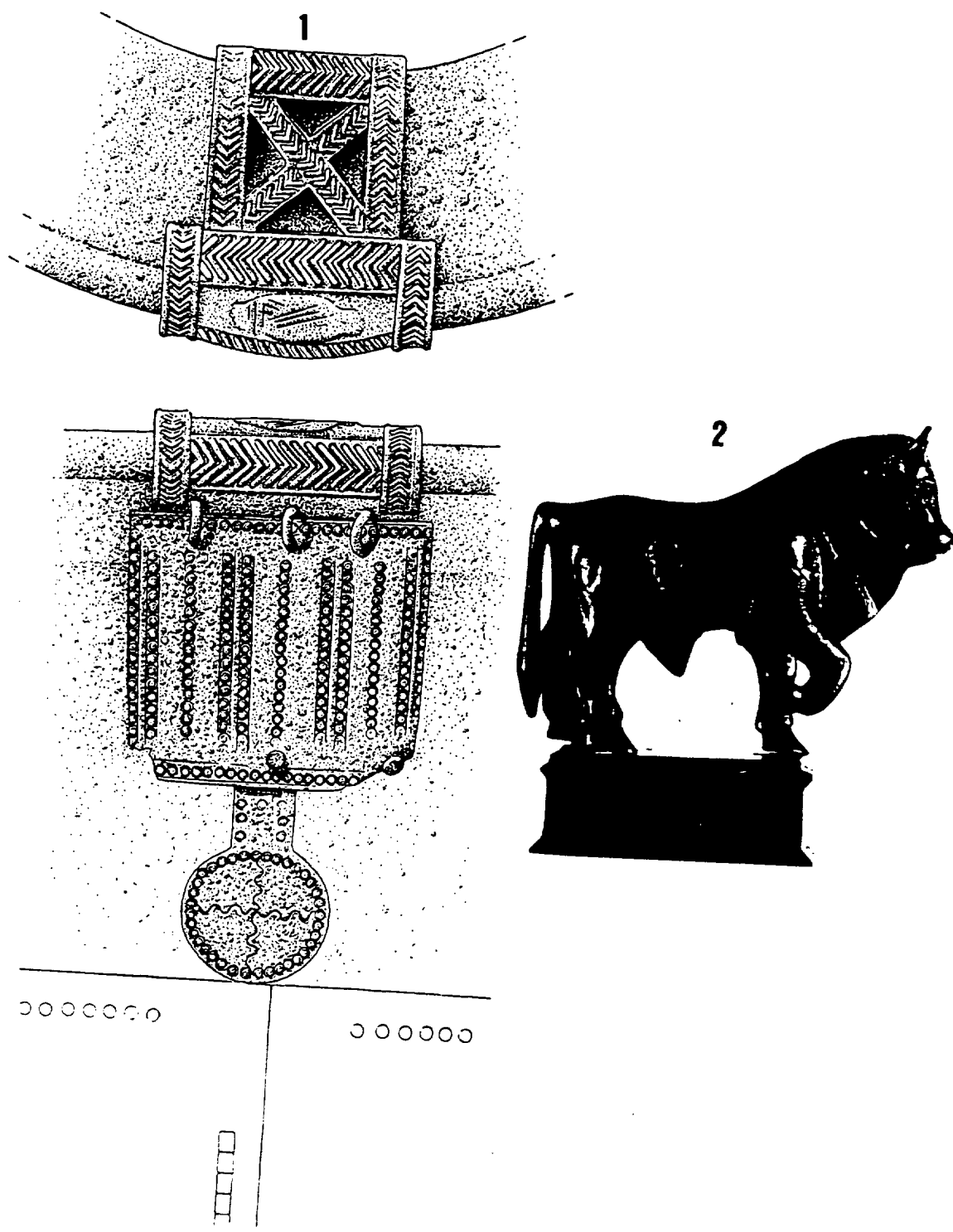


FIGURA 72. Jarro de Montealegre de Campos, Valladolid (Balil/Martín Valls, 1988: 79, fig.17)



**FIGURA 73.** Jarro de Montealegre. 1- Detalle de las asas del jarro 2- Figura de toro (Balil/Martín Valls, 1988: 81-82)

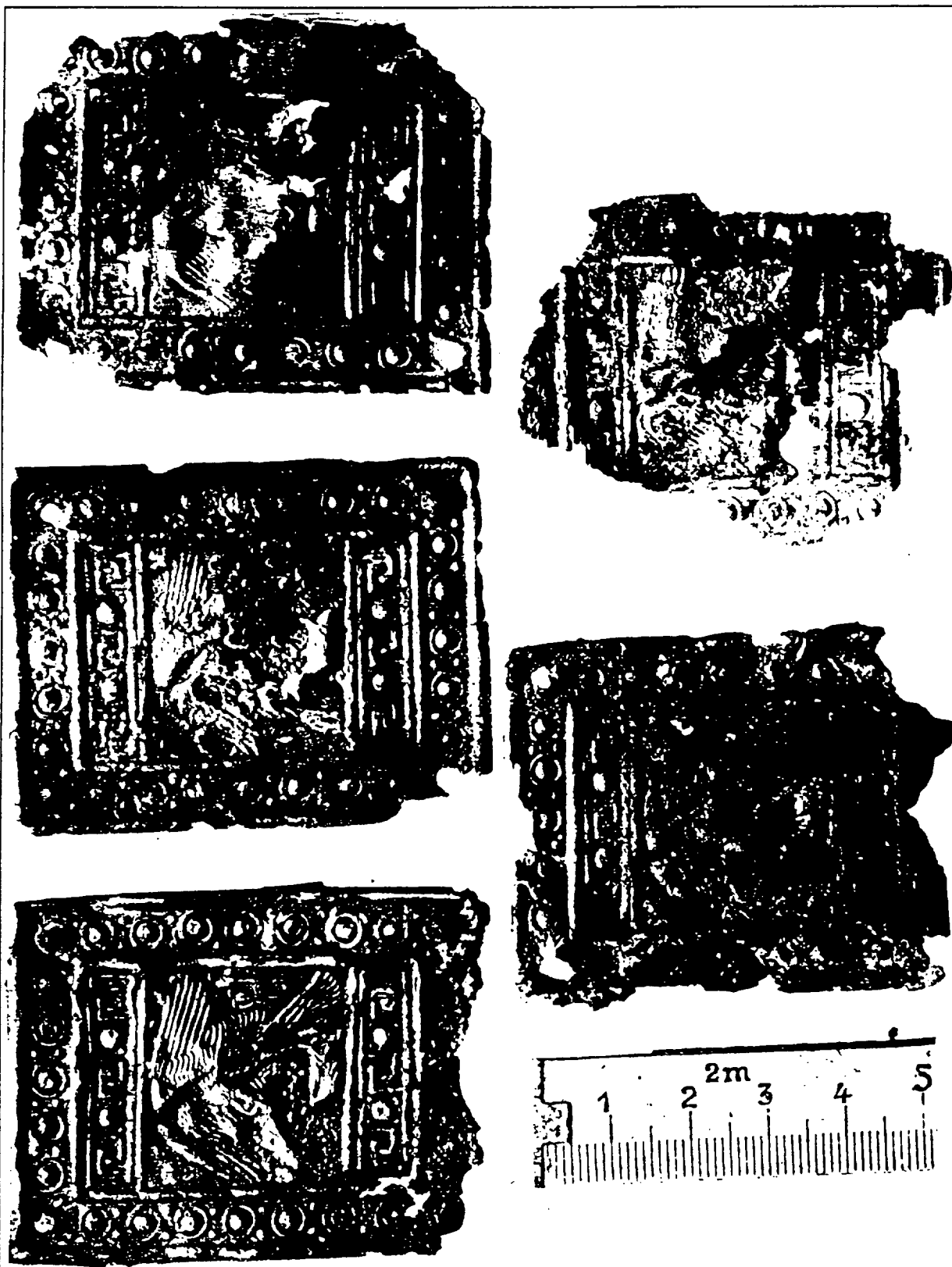


FIGURA 74. Placas de cinturón. La Osera; tumba 350, zona VI (Cabré et alii, 1950: lám.LIII)

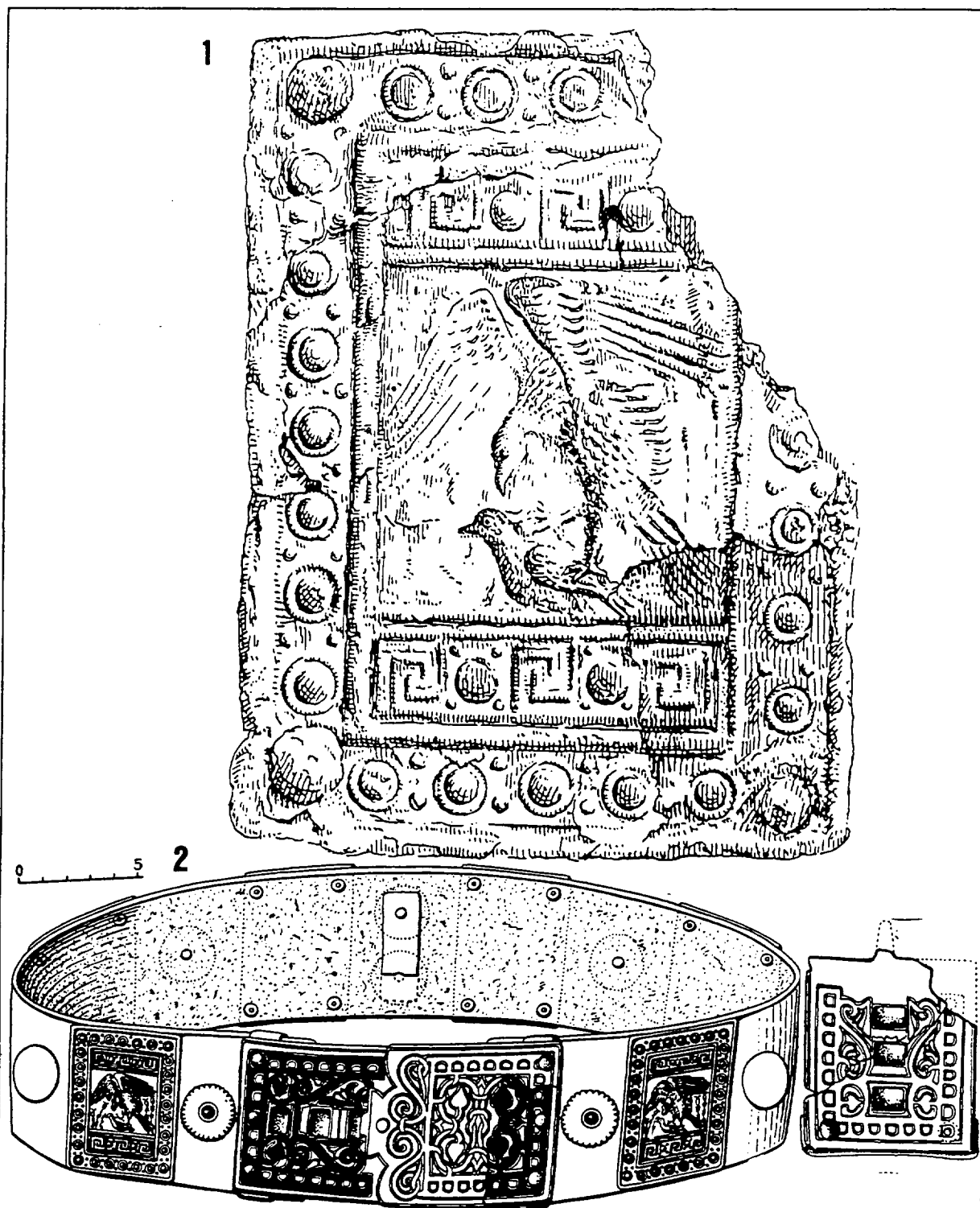


FIGURA 75. Placas de cinturón. 1- Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) (Nieto, 1943: 44, lám.XXIX) 2- Reconstrucción del cinturón de La Osera; tumba 350, zona VI (Cabré et alii, 1950: lám.LIV)



FIGURA 76. Broches de cinturón de tipo ibérico I: La Osera. Diversas tumbas; A- túmulo Z, zona I (Cabré et alii, 1950: lám.LIV)

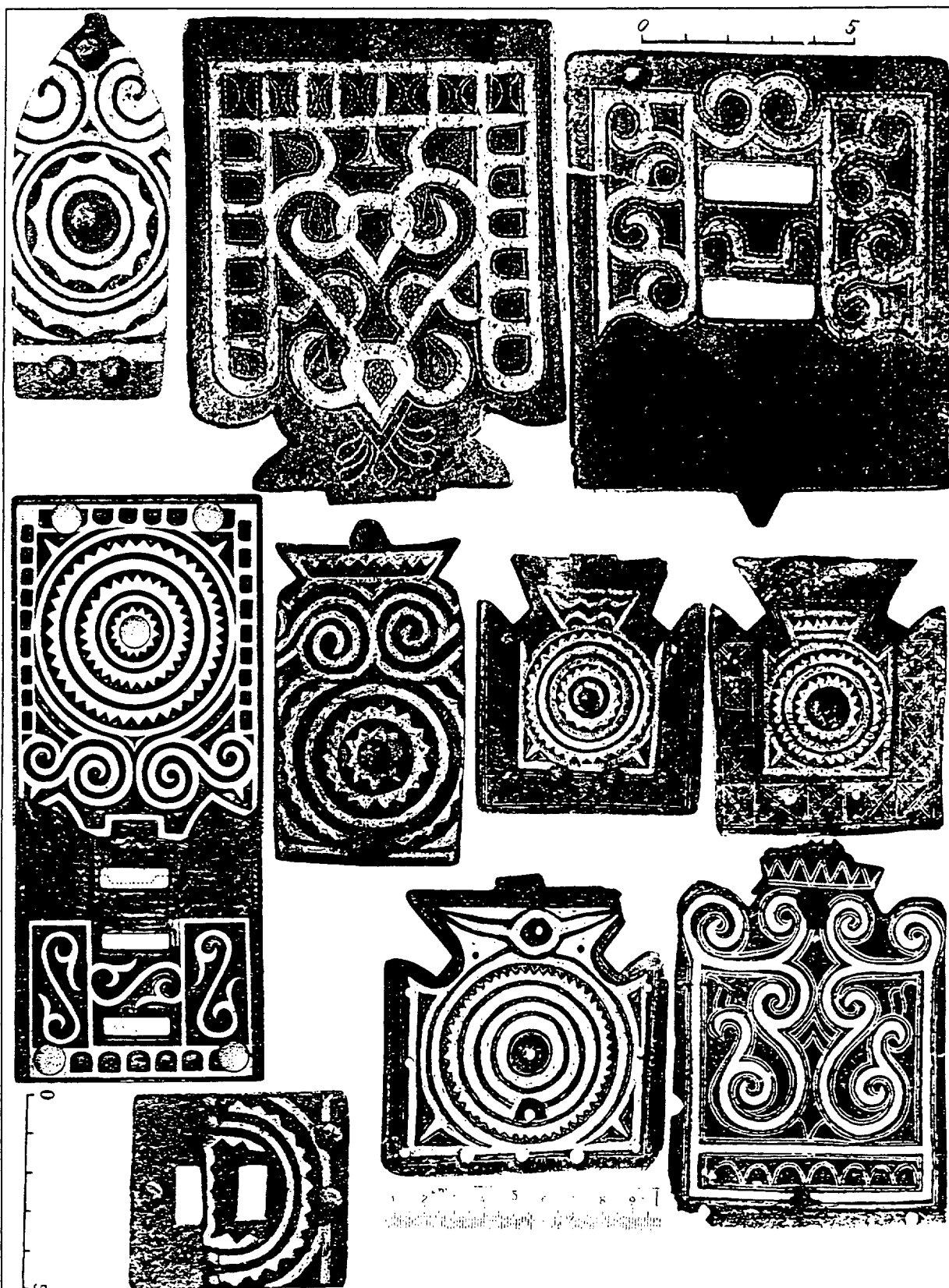
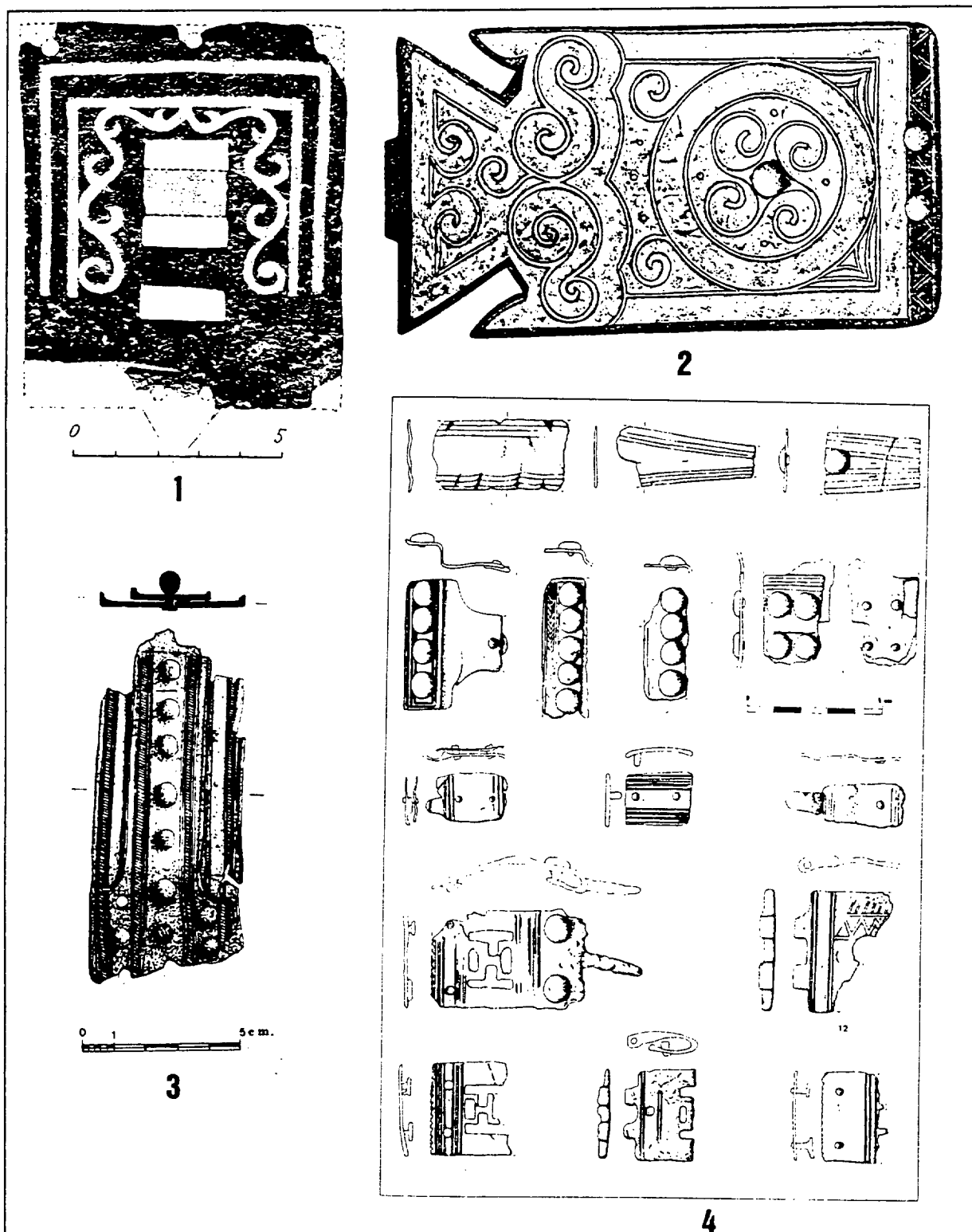
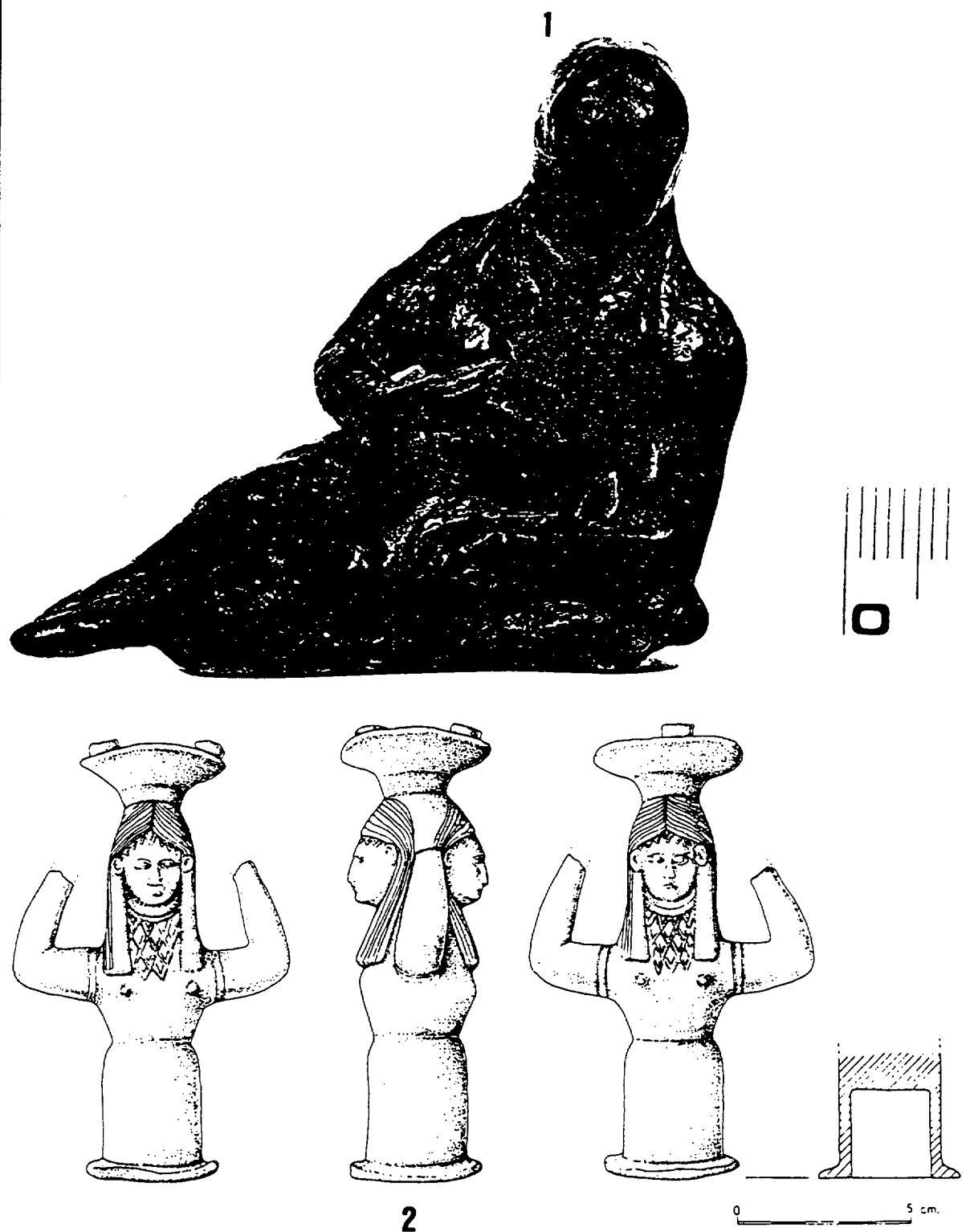


FIGURA 77. Broches de cinturón de tipo ibérico II: La Osera. Diversas tumbas (Cabré, 1937)

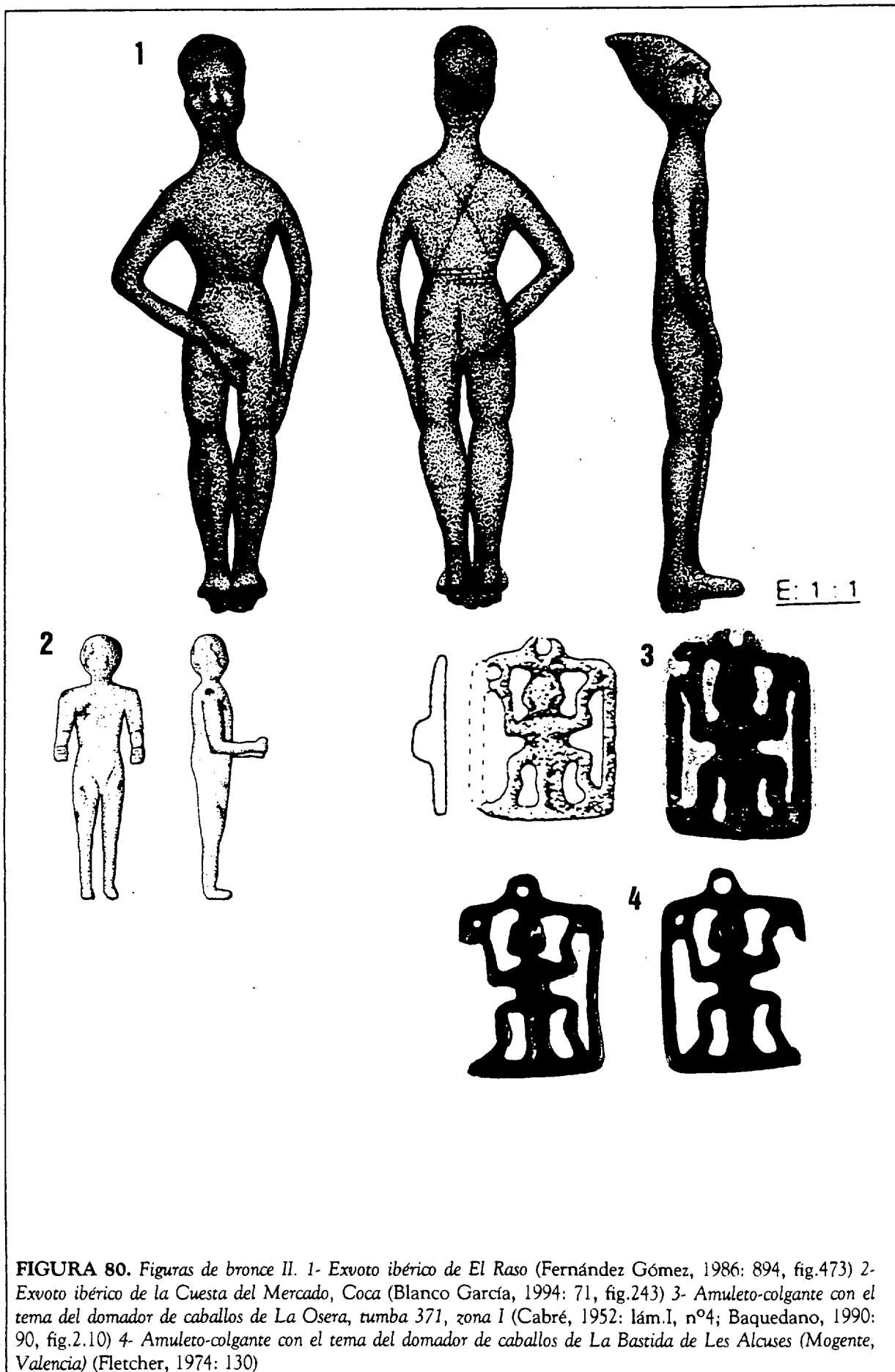


**FIGURA 78.** Broches de cinturón de tipo ibérico III. 1- Palencia 2- Paredes de Nava (Cabré, 1937) 3- El Mercadillo (Hernández/Galán, 1996: 79, fig.46) 4- Cuesta del Mercado, Coca (Blanco García, 1994: 67, fig.20)

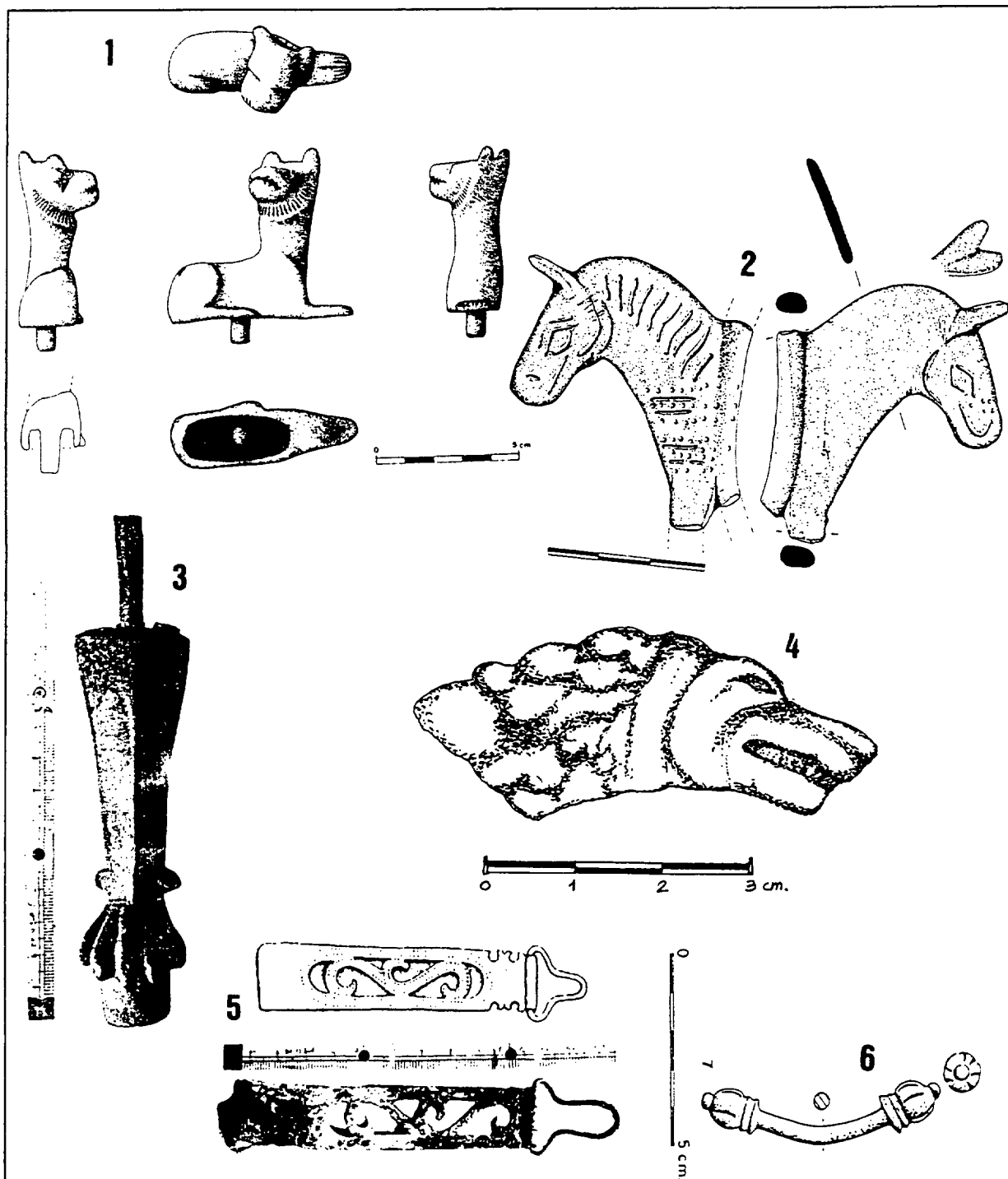




**FIGURA 79.** Figuras de bronce 1. El Raso 1- figura etrusca (Almagro Gorbea, 1977: lám LIV) 2- timiaterio, tumba 78 (Fernández Gómez, 1996b: 738, fig.12)



**FIGURA 80.** Figuras de bronce II. 1- Exvoto ibérico de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 894, fig.473) 2- Exvoto ibérico de la Cuesta del Mercado, Coca (Blanco García, 1994: 71, fig.243) 3- Amuleto-colgante con el tema del domador de caballos de La Osera, tumba 371, zona I (Cabré, 1952: lám.I, nº4; Baquedano, 1990: 90, fig.2.10) 4- Amuleto-colgante con el tema del domador de caballos de La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia) (Fletcher, 1974: 130)



**FIGURA 81.** Figuras de bronce III. 1- Felino de la Cuesta del Mercado, Coca (Blanco García, 1994: 69, fig.22.2) 2- Protótipo de caballo del Cerro del Berrueco (Fabián, 1985: 15) 3- Garra de felino de Las Cogotas (Cabré, 1930: lám.LXIX) 4- Cabeza de lobo de Villasviejas del Tamuja 5- Pinzas tipo Cigarralejo de La Osera, tumba 1 túmulo D de la zona I y tumba 1241 (Cabré de Morán/Morán, 1990: fig.I-II) 6- Pasador de Medina del Campo (Seco/Treceño, 1995: 233, fig.8.7)

## D- JOYERÍA

Otra cosa es el trabajo en metales nobles. Hasta hace poco las alhajas sobre todo de oro que aparecían en contextos del Hierro Reciente de nuestra región se explicaban sin más como importaciones, más bien como botines *robados* a gentes del sur por meseteños que los atesoraban como bienes excepcionales para sus formas de vida indígena. Esta tendencia interpretativa está siendo superada en los últimos años gracias a nuevos e interesantes hallazgos de joyas, cuyos análisis deparan deducciones con otro rumbo.

En este sentido, por una parte los tesorillos del entorno vacceo con piezas mayoritariamente de plata y puntualmente de oro, y por otra los lujosos adornos auríferos que se dejan ver en el marco más meridional de los vetones, algunas piezas conocidas de antiguo y otras más novedosas, obligan a valorar desde el punto de vista interno la artesanía orfebre de aquellas gentes. Producciones locales sí, pero arraigadas en tradiciones del Bronce Final de las que debieron formar parte componentes atlánticos, y matizadas por aportes industriales y estilísticos inexplicables sin el horizonte cultural tartésico del inmediato Período Orientalizante<sup>36</sup>, que constituyen el preámbulo de estas manifestaciones tardías, las de los siglos que preceden a la presencia romana, interesantísimas por conjugar ambos elementos: a) la factura local (meseteña u occidental, según se quiera) y b) el engranaje de técnicas y expresiones iconográficas foráneas, especialmente mediterráneas.

Por ello hay que justificar la presencia de las joyas en esta sección en la que recopilamos testimonios de contacto. Probablemente no lo sean como objetos importados (salvo obligadas excepciones). Pero sí son testimonio de la capacidad de adopción de rasgos ajenos en manufacturas propias, aspecto en nada despreciable si tenemos en cuenta además el valor ideológico y social del oro y la plata en el mundo antiguo; por tanto, advierten señales de influencia y por ende fórmulas de contacto que ahora no toca averiguar. A continuación hacemos un repaso muy somero de algunas de estas líneas de estilo externo

---

<sup>36</sup> Técnicas de repujado, puntillado, soldadura y sobre todo filigrana y granulado...; trabajo sobre tamaños variados, de base laminar y generalmente huecos, joyas complejas...; aparición de la cadena formada por eslabones unidos con muy distintas técnicas que permiten gran variedad de formas y aplicaciones, también de joyas articuladas (diademas)...; rica iconografía de origen oriental de la que forman parte motivos decorativos combinados con gran barroquismo como crecientes lunares, cuencos de palmeta, rosetas, flores de loto, animales orientales y fabulosos, árboles de la vida...etc. Para la orfebrería orientalizante véanse, entre otros, los trabajos de de la Bandera (1984; *ead.*, 1986), Almagro Gorbea (1989) y especialmente los de Nicolini (1990) y Perea (1991).

observables en arracadas, diademas, brazaletes o torques, que ya han sido presentados como elementos sustanciales de la cultura material de vacceos y vetones<sup>37</sup>.

## ORFEBRERÍA EN ORO

Probablemente la arracada es la joya que, aparte de ser la más documentada, es la más estrechamente emparentada con las formas de los zarzillos orientalizantes, de cuerpo amorcillado y exuberantes motivos colgantes o terminaciones en triángulo; o dicho de otra forma, la que tiene mayor pervivencia <figura 82.1>. En momentos consolidados de la cultura vetona podemos mencionar las piezas de la necrópolis de La Coraja en Aldeacentenera, tres arracadas en forma de lunar creciente rematadas dos de ellas con un colgante decorado (ss.IV-III a.C.) (Esteban, 1993: 78-79) <figura 82.2>, el pendiente -tipo *nazem*- localizado en la tumba 19 de El Mercadillo (Hernández/Galán, 1996: 46-47), el procedente de Las Paredejas en El Berrueco (Piñel, 1976: 353-355) de media luna creciente terminado en apéndice triangular de cuatro cuerpos (tres círculos y una lágrima) <figura 82.4>, o los tres pendientes de tipo fusiforme de la zona IV de la necrópolis de La Osera recogidos por J. Cabré hace tiempo (Cabré, 1934) <figura 82.3>: sepulturas tumulares XXXI, XXXVII y tumba 551 (en esta última el pendiente es muy similar al de Las Paredejas, con terminación en apéndice de tres granos formados por hilos en espiral; el chapado y los hilos son de oro pero el cuerpo interior es de bronce); las tres tumbas ofrecían destacados ajuares *de guerrero*, conteniendo dos de ellas falcata<sup>38</sup>. De algo antes puede ser la arracada cacereña de Madrigalejo <figura 82.5>, cercana a algunos ejemplares del tesoro de Serradilla que Almagro Gorbea (1977: 230-231) fecha con dificultades entre los ss.V-IV a.C.

<sup>37</sup> Vide puntos I-1.4.B b) y I-2.4.B, b) Metalistería: objetos de adorno y orfebrería.

<sup>38</sup> J. Cabré consideró estas arracadas importaciones púnicas y valoró la conexión de los habitantes de Chamartín con las gentes ibéricas de tradición mediterránea: "Para terminar, manifestaré que las sepulturas de la necrópolis de La Osera, a las que pertenecen los arietes números 2 y 3, a juzgar por sus ajuares las considero de guerreros ibéricos en territorio ligur-céltico, que moraron en el castro de La Mesa de Miranda, por razones de alianzas políticas, acaso por haberse celtiberizado ya aquél país, ya por enlaces matrimoniales, etc., y a ello tal vez se deba el uso del pendiente conforme a los datos de las esculturas indudables ibéricas, y que el ariete número 1, por su pequeño tamaño, se utilizaría al estilo de los *nazem* que el Padre Delattre descubrió en sepulturas de sacerdotes de Cartago, no siendo nada extraño, por ende, que la sepultura número XXXVII en la que fue hallado el mismo, ante la circunstancia que contenía varios enseres para el fuego, pertenecientes a un sacerdote del culto heliolátrico; todo lo cual exponemos con las reservas consiguientes" (Cabré, 1934: 5).

Menos conocidas son tres diademas de oro en lámina fina, incompletas y con los bordes desfigurados, procedentes de Ulaca, hoy en colección particular de Madrid, que están decoradas con numerosos motivos vegetales y animales repujados (el tema principal es un águila central sobre planta de acanto de la que brotan sendos roleos, con pajarillos revoloteando en el extremo de las ramas) <figura 83 A>; F. Fernández las pone en relación con modelos helenísticos mediterráneos venidos tal vez del Levante ibérico, hasta el punto de asociarlas con las placas de La Osera con representación de águila cazando (Fernández Gómez, 1989: 88-89; *id.*, 1996a: 9-11).

Sin embargo los hallazgos de oro más sorprendentes se hallan en dos enclaves que, una vez más, están resultando fundamentales en el reflejo de relaciones con el Mediodía: El Raso y Pajares.

En la estación abulense las únicas piezas de oro eran dos pequeños torques áureos reducidos a una espiral encontrados hace tiempo y de forma casual dentro de una vasija (Fernández Gómez, 1979; *id.*, 1986: 443-444). Pero hace apenas cuatro años la excavación de urgencia practicada en el sector de Las Guijas B de la necrópolis deparó la recuperación de escasos pero importantes adornos de oro (Fernández Gómez, 1996a: 11-24). En la tumba 78 se hallaron fragmentos de una diadema (de la que se tenían noticias gracias a los dibujos de un coleccionista particular) de cuerpo articulado en plaquitas rectangulares (alrededor de la veintena) <figura 83 B.1>; el motivo decorativo de cada uno de estos cuerpos consta de dos registros diferentes: en el superior se muestra una especie de parrilla, con cuatro líneas verticales entre dos horizontales; en el inferior hay un tema simétrico de pares de 8 prolongados en una especie de ganchos, en forma de ángulos rectos dispuestos en sentidos opuestos. Las plaquitas van unidas a dos extremos triangulares por medio un fino hilo. La pieza está decorada con la técnica del granulado y recuerda bastante a la diadema de Ébora. También por unos dibujos se sabe que de ese mismo contexto proceden dos arracadas de oro, hoy perdidas en el mercado de antigüedades, en forma de disco, profusamente decoradas por ambas caras con motivos geométricos (círculos concéntricos y semiesferas) y con temas antropomorfos (cabezas humanas y figuras masculinas desnudas andando hacia la izquierda con piernas y brazos muy extendidos), combinándose las técnicas de granulado, troquelado, repujado e incluso la soldadura <figura 83 B.2>. A estas piezas hay que asociar una gran cuenta de collar esferoide y hueca, reforzada en su línea de

máximo diámetro por una banda de hilos trenzados en forma de espiga flanqueada por dos filetes lisos, otras tres cuentas más pequeñas o pepitas de oro redondeadas, al parecer macizas, y una especie de canutillo liso elaborado por medio de una lámina enrollada sobre sí misma <figura 83 B>. Fruto de la excavación arqueológica de urgencia en ese sector (Las Guijas B) de la necrópolis de El Raso se reconocieron también en oro: un remate vegetal (dos palmetas de cuenco superpuestas e invertidas en flores de loro geminadas); una arracada de plata decorada con hilos de oro en una sepultura (nº 111) sin restos cremados pero con una punta de lanza; un colgante o arracada incompleta de lámina hueca y forma amorcillada que formaba parte del ajuar destruido de la sepultura 79; una tercera arracada de menor tamaño en oro macizo se localizó en la superficie de la zona excavada; una diminuta cuenta de collar de oro realizada sobre lámina delgada, con los bordes de las perforaciones para ser ensartada reforzados con un hilito finísimo soldado, formando parte del ajuar de la sepultura 116 <figura 83 B>. Estos materiales han sido fechados en torno a la segunda mitad del s.V a.C. e inicios del IV a.C. y vinculados como producciones tardías al llamado taller de Extremadura, que tiene sus muestras más representativas en las piezas de Aliseda, Serradilla, Segura de León, Ébora y Cancho Roano de un tiempo algo anterior (Fernández Gómez, 1994; *id.*, 1996a; *id.*, 1996b).

Este muestrario encaja perfectamente con las joyas áureas de la necrópolis de Pajares dadas a conocer hace bien poco y otras aún inéditas dispersas en colecciones particulares desde antaño (Celestino *et alii*, e.p.). Entre las piezas más destacadas enumeramos doce cuentas de collar bitroncocónicas con granulado y facetas rectas, diez chapitas de oro y otros pequeños fragmentos con ornamentación de gránulos y rostros humanos en algún caso, una plaquita con decoración zoomorfa (¿grifo?), un pendiente fusiforme y otros de cuerpo amorcillado, fragmentos de aguja, elementos de collar o diadema muy similares a la diadema y al remate vegetal comentados de El Raso, y, especialmente, dos diademas o placas rectangulares gemelas de rica decoración (una de ellas publicada; González Cordero *et alii*, 1993) <figura 84>. La espectacularidad de estas dos últimas piezas merece que nos detengamos un momento en su descripción. La ornamentación invade ambas caras. En la superior, la decoración es de hilo torso en forma de muelle aplanado enmarcado por dos hilos lisos huecos trefilados; en su interior se plasman veintidós conjuntos decorativos impresos a base de troqueles de creciente con disco y creciente simple que delimitan un espacio representado por la figura del lingote chipriota; una profusión de gránulos llena el

resto del campo decorativo de forma intensa, limitando primero en hileras los bordes de los crecientes, hasta ocupar la superficie por completo en clara tendencia al *horror vacui*. La parte superior de la placa acaba en semicírculos irregulares con pestañas que sirven para sujetar esta cara a la inferior; es en este otro lado, de idénticas dimensiones, donde se produce una decoración en relieve a base de diecinueve motivos exentos repetidos que quedan limitados en los extremos por dos prótomos. Los temas exentos consisten en una cresta de palmeta (compuesta por una orla de hilo de muelle sobre una cápsula a modo de jaulilla de la que nace una palmeta de cuenco muy cerrada con vueltas al interior) y treinta y ocho pares de flores. Los prótomos presentan una cara humana muy esquemática repujada en chapa fina, cuyos rasgos son casi imperceptibles, enmarcada por una decoración granulada que delimita el rostro y que se termina hacia los lados a la altura del cuello sugiriendo un tocado que recuerda el llamado peinado hatórico; debajo del rostro parece apreciarse una esquematización de prótomo de cisne con disco solar <figura 84.1>. Estas placas están especialmente emparentadas en técnica e iconografía con la diadema de Serradilla, aunque comparativamente las piezas de Pajares muestran cierta distorsión (Celestino *et alii*, e.p.).

El contexto deposicional de estas joyas no está claro pues fueron halladas de forma casual, pero no parece ser funerario. Más bien se interpretan como ocultaciones intencionadas de objetos indudablemente suntuarios y de presumible carácter ritual en atención al ciclo decorativo de evocación religiosa orientalizante; al menos desde un punto de vista iconográfico porque la reinterpretación indígena de motivos foráneos puede llevar a pensar en una religión o cosmogonía que se sirve de imágenes originalmente importadas, sí, pero que se abona en un campo ideológico local. Se trata de placas de una sola pieza, sin articulación alguna; por ello parece acertado pensar en adornos de exhibición recta (en vertical u horizontal) que no deberían doblarse (la decoración en relieve de la cara inferior lo impide) y que, en este sentido, encajarían bien como rodetes o espectaculares arracadas de gran longitud que colgarían rectas y reposarían bajo los hombros, y no tanto en cinturones o diademas -tal y como algunos autores piensan- cuya función obliga al doblamiento. Mayor dificultad entabla definir el significado de estas placas; su apariencia y simbología les otorgan un carácter excepcional, sólo adecuado para una función religiosa (¿ornamento de una imagen de culto?), para identificar a un personaje de indudable altura socio-política (jerarca de la comunidad) o, en relación con esto último, las joyas podrían



considerarse regalos de alto prestigio operativos dentro de mecanismos políticos de intercambio y alianza entre familias notables de distinta procedencia; bajo este punto de vista, como dotes matrimoniales de *princesas* han sido interpretados recientemente conjuntos orientalizantes como el cacereño de la Aliseda o la tumba toledana de El Carpio en Belvís de la Jara (Ruiz-Gálvez, 1992a: 235-240).

La valoración del trabajo en oro de esta región crece si tenemos en cuenta que en la excavación de Pajares han sido recuperados distintos útiles de orífice (lote de punzones de bronce para grabar y repujar, una buterola de embutir enmangada en madera o hueso...) que parecen demostrar la elaboración *in situ* de estas joyas, o al menos de alguna de ellas (Celestino *et alii*, e.p.). Todo este cúmulo de datos arqueológicos posibilita que algunos autores muy recientemente hayan denominado (rebautizado) el hipotético taller de Extremadura, heredero del influjo tartésico y foco creador de conocidos conjuntos áureos occidentales, como *Unidad de Producción de Estilo Suroccidental*, diferenciada de los talleres meridionales de la Baja Andalucía (Celestino *et alii*, e.p.). Un foco local y original de metalistería de lujo con resabios tartésicos caracterizado por: 1) tener los testimonios más elocuentes en los materiales de Ébora, Aliseda, Serradilla, Pajares y El Raso; 2) el uso de elementos técnicos y temas específicos con un tratamiento particular (suspensión de jaulilla, hilo enrollado en espiral, pestaña de sujeción, abundancias de temas en S, combinaciones cabezas-disco solar, hondas y juego pseudo-espigado, rostro humano, prótomos de ave con disco solar, creciente-disco, lingote o piel de toro, aspas, falso granulado, etc.); y 3) una cronología aproximada entre los ss.VI-IV a.C., con un momento álgido en el s.V a.C. (Celestino *et alii*, e.p.).

Este nuevo planteamiento explicaría la perduración de joyas de oro en enclaves vetones del interior tal y como hemos visto. El influjo no se limita a traspasar el Sistema Central, sino que, de una manera ya más testimonial, algunas creaciones o más propiamente ciertos elementos ornamentales de este taller o unidad de producción<sup>39</sup> del mundo meridional vetón, la alta Extremadura, se reconocen en la plástica de algunas joyas meseteñas septentrionales de época más tardía (a partir del s.III a.C.), por ejemplo en puntuales ejemplos de la metalistería del valle medio del Duero, caso sobre todo de las

---

<sup>39</sup> La denominación es lo de menos, lo importante es discernir su área geográfica, su tiempo, sus elementos componentes y, sobre todo, su repercusión socio-económica en la vida de los pueblos que utilizan esta orfebrería.

arracadas, y también colgantes, anillos de chatón... especialmente significativos en los tesoros de Padilla de Duero (Valladolid) <figura 85> (Nicolini, 1990: 253; Delibes *et alii*, 1993: 434-439).

Desde el punto de vista histórico, del análisis de la orfebrería áurea subyace una idea capital: la importancia de los recursos auríferos de la región vetona, base material para el desarrollo de esta industria y al mismo tiempo elemento clave para entender el paso o la llegada -con sus consiguientes efectos y préstamos- de comerciantes y fuerzas extranjeras en este territorio occidental desde tiempo antiguo. Una huella del alcance cultural de esa presencia se manifiesta en la plástica orfebre local de siglos posteriores, que traduce pero no borra un ascendiente mediterráneo.

## ORFEBRERÍA EN PLATA

Muy de pasada vamos a presentar algunos de esos reflejos estilísticos del sur plasmados en alhajas de plata de los activos talleres meseteños celtibéricos o, como se está proponiendo últimamente, más propiamente vacceos. Quizá el más significativo sea el tema del nudo de Hércules, sencillito lazo plano que decora el punto medio de muchos torques funiculares <figuras 86-87>. A finales de los sesenta Raddatz lo consideró un elemento mediterráneo de tradición helenística, propio del s.IV a.C., que llegaría a la meseta a partir de torques ibéricos como el de Mengíbar (Jaén) (Raddatz, 1969: 104), mientras que Nicolini (1990: 243) piensa que el *nodus Herculeus* es una creación de la orfebrería gaditana inspirada en modelos griegos. Más recientemente se ha matizado algo ese sello oriental-mediterráneo, y se propone hablar de adaptación rápida del modelo, posiblemente de origen griego, en ámbitos laténicos y meseteños a través del influjo ibérico, si bien desde el punto de vista numérico el nudo de Hércules abunda mucho más en la joyería celtibérica que en la de la costa peninsular<sup>40</sup> (Delibes *et alii*, 1993: 424-427). El motivo igualmente aparece en fíbulas

<sup>40</sup> Con relación a este punto, convendría reconsiderar la asignación de importaciones ibéricas a piezas tardías como el tesorillo de plata enterrado en la casa A-2 de El Raso (Fernández Gómez, 1979; *id.*, 1986: 446-447), compuesto por torques, brazalete, pulsera y fíbula La Tène III; tal y como hacen el propio Fernández Gómez o Baquedano (1996: 81). Personalmente nos parece una interpretación excesivamente difusionista, visto el desarrollo de la platería meseteña (*vide* nota 41 de este capítulo).

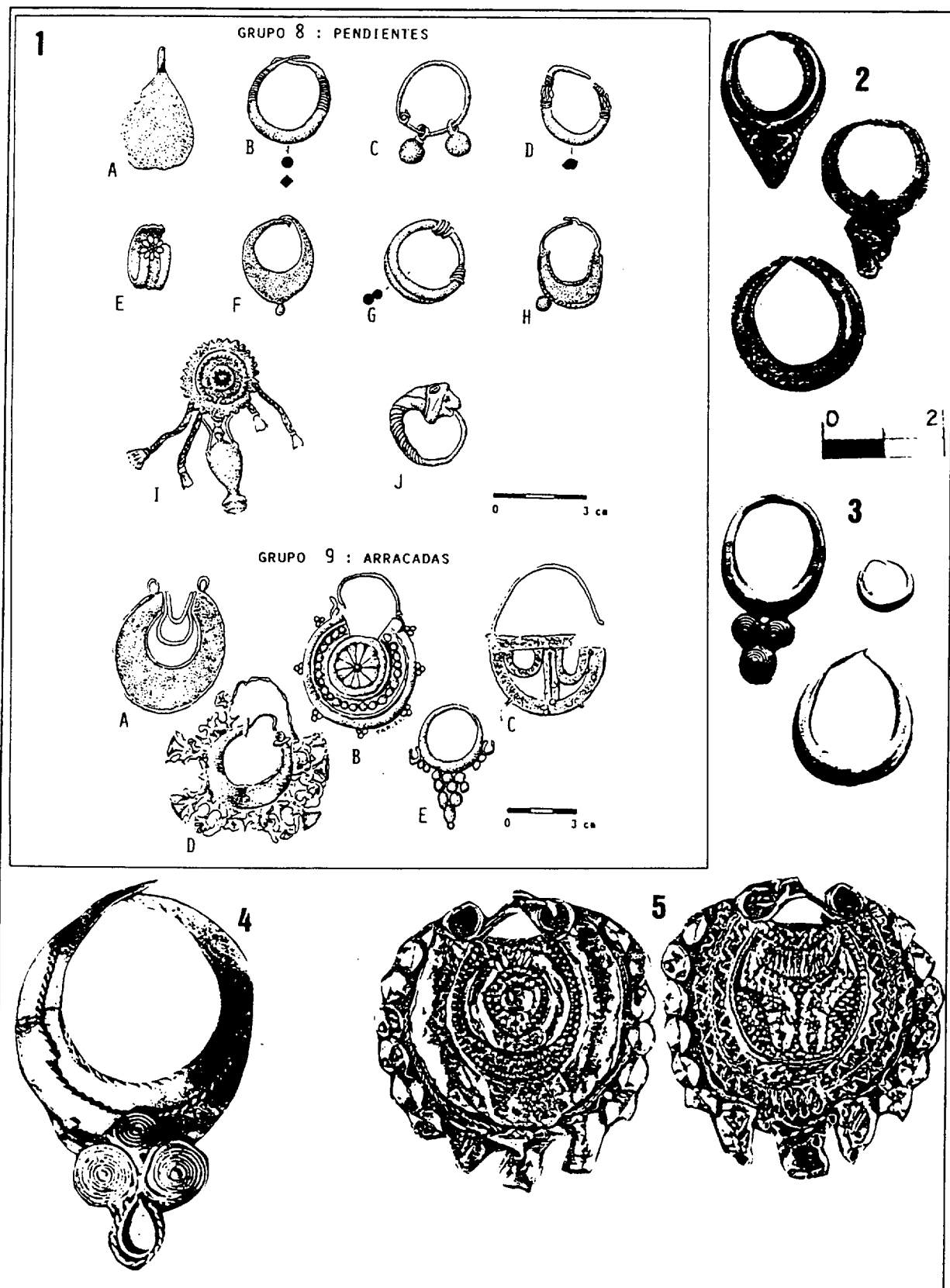
En otro orden de cosas, la plata también se halla en otros yacimientos vetones, por ejemplo la misma necrópolis de El Raso (arracada decorada con meandros de oro incluida en la tumba 111 de Las Guijas B y lingote de plata; Fernández Gómez, 1996a: 15, 17) y Pajares (brazalete, anillo y alrededor de 25 fragmentos de un recipiente chapado en plata; inédito).

del levante y la meseta y en placas de cinturón del tipo ibérico, caso de varios ejemplares de La Osera, por ejemplo los depositados en las sepulturas 193 y 197 (Cabré, 1937: fig. 6-7).

Otros rasgos que se citan con igual influencia son la decoración troquelada de ciertos temas geométricos, los meandros filiformes, o los característicos remates en cabezas de serpientes de brazaletes y pulseras, perfectamente representados en piezas de los tesoros de Padilla de Duero y Palencia <figuras 86-87> (Raddatz, 1969: 124-129; Delibes/Esparza, 1989: 118, 123-125; Delibes *et alii*, 1993: 429-430). Estas formas terminales zoomorfas también son remontables a prototipos helenísticos, pero se adaptan a un gusto meseteño (simbolismo, esquematismo...) muy particular<sup>41</sup>, dejando a un lado el naturalismo mediterráneo que todavía se encuentra en los ejemplares ibéricos (de la Bandera, 1984; *ead.*, 1987-88).

Sin pertenecer propiamente a la categoría de joya, presentamos para terminar una figura zoomorfa de plata que debe interpretarse como importación mediterránea, salida probablemente de un taller griego. Nos estamos refiriendo al pequeño grifo de plata descubierto hace varios años por J. Gil Montes en la superficie del *oppidum* cacereño de Villasviejas del Tamuja, que no está citado en ningún trabajo publicado y que en la actualidad se exhibe en el Museo de Cáceres <figura 88>. Se representa únicamente cabeza y torso, mostrándose el grifo en actitud desafiante (boca entreabierta que esconde varios dientes en el extremo). La pieza es de gran calidad técnica, pero está incompleta al fracturarse el arranque de lo que parece ser un vástago indeterminado, por lo tanto es posible que se trate del aplique de un mueble, recipiente u objeto de adorno. Sus dimensiones son 2,8 cm. de longitud por 1,9 cm. de anchura, con un grosor medio de 0,5 cm. <figura 88>

<sup>41</sup> Definido como foco particular celtibérico -más propiamente vacceo- en el trabajo de la plata, tal como están proponiendo Delibes, Martín Valls o Esparza: "(...) Pues bien, las pulseras celtibéricas combinarán la sección circular y las cabezas de ofidios (alguna vez caballos). El afán por despegarse de los modelos de partida asoma también en un tercer tipo de pulseras, menos frecuente, que llamaremos serpenteante, porque sus extremos se revuelven imitando el movimiento del réptil. Los plateros ibéricos habían seguido de cerca el modelo helenístico, en el que la varilla metálica representa una culebra completa, de la cabeza a la cola, y así lo vemos en el tesoro sevillano de Mairena. Este tipo, incorporado a la joyería celtibérica, mudará su aspecto, siendo dotado de sendas cabezas de serpiente en los extremos vueltos, como se nos muestra en Palencia" (Delibes/Esparza, 1989: 124-125) (...) "No todo es simple copia o matizada adopción en nuestra joyería. Debe señalarse, como última característica, la existencia de elementos estrictamente originales, creados por los orífices y plateros celtibéricos. Destacan (...), las cadenillas de metal precioso, los bucles con remates zoomorfos para adorno del cabello, ciertos tipos de fíbulas y algunos objetos de finalidad poco clara" (Delibes/Esparza, 1989: 125), además de el gusto por lo sinuoso, por el trabajo de torsión y por los elementos globulares.... Todo ello argumenta la marcada personalidad de esta joyería del interior (Delibes *et alii*, 1993). (Vide el apartado dedicado a los objetos de adorno y orfebrería de los vacceos; I-2.4.B b).



**FIGURA 82.** Orfebrería en oro I: arracadas. 1- Tipología de arracadas orientalizantes (Perea, 1991: 295) 2- Necrópolis de La Coraja (Esteban, 1993: lám.II) 3- La Osera, tumbas XXI, XXXVII y 551 de la zona IV (Cabré, 1934: lám.I) 4- Cerro del Berrueco (Piñel, 1976: 353) 5- Madrigalejo, Cáceres (Almagro Gorbea, 1977: lám.XLVIII)

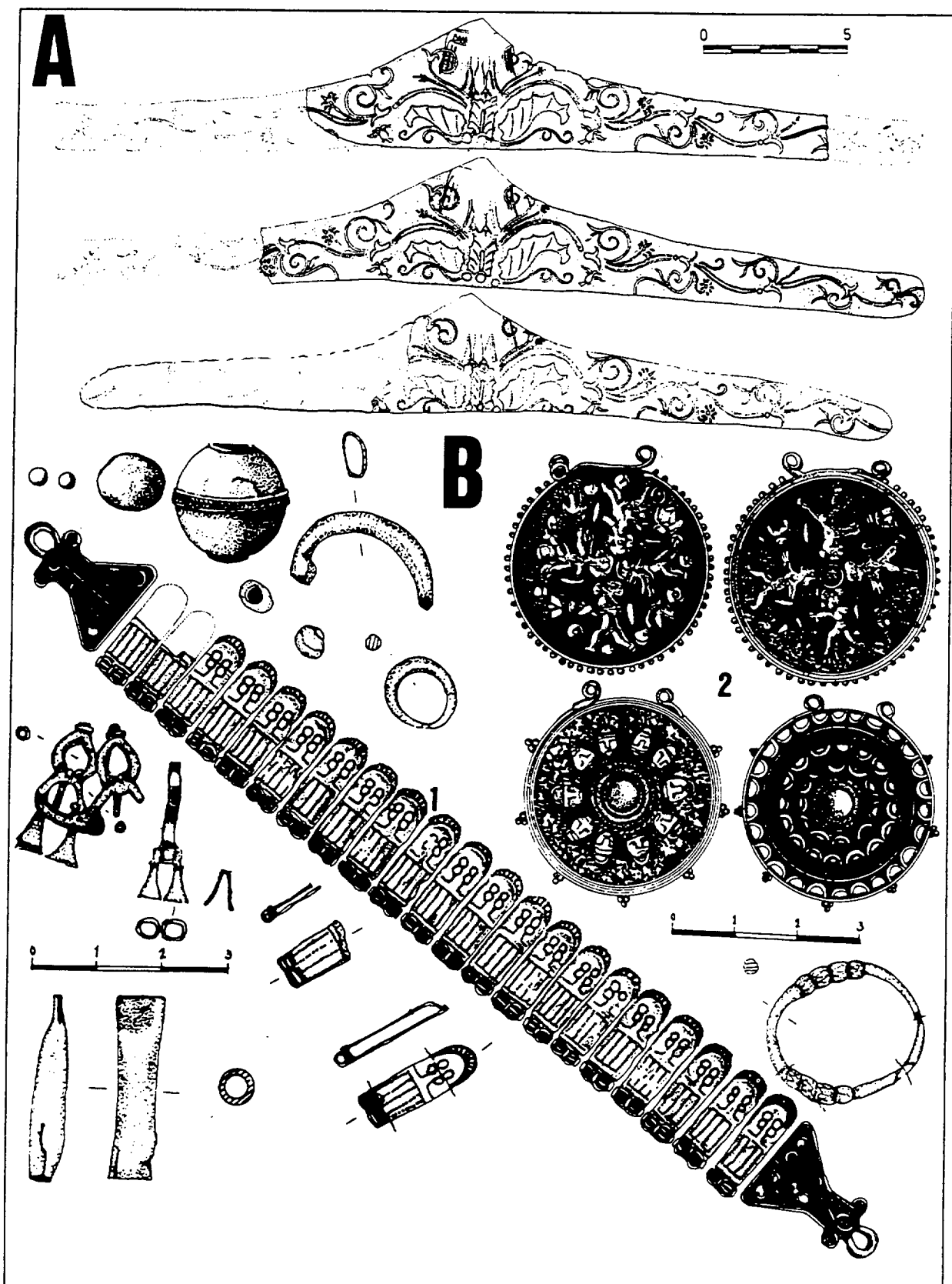
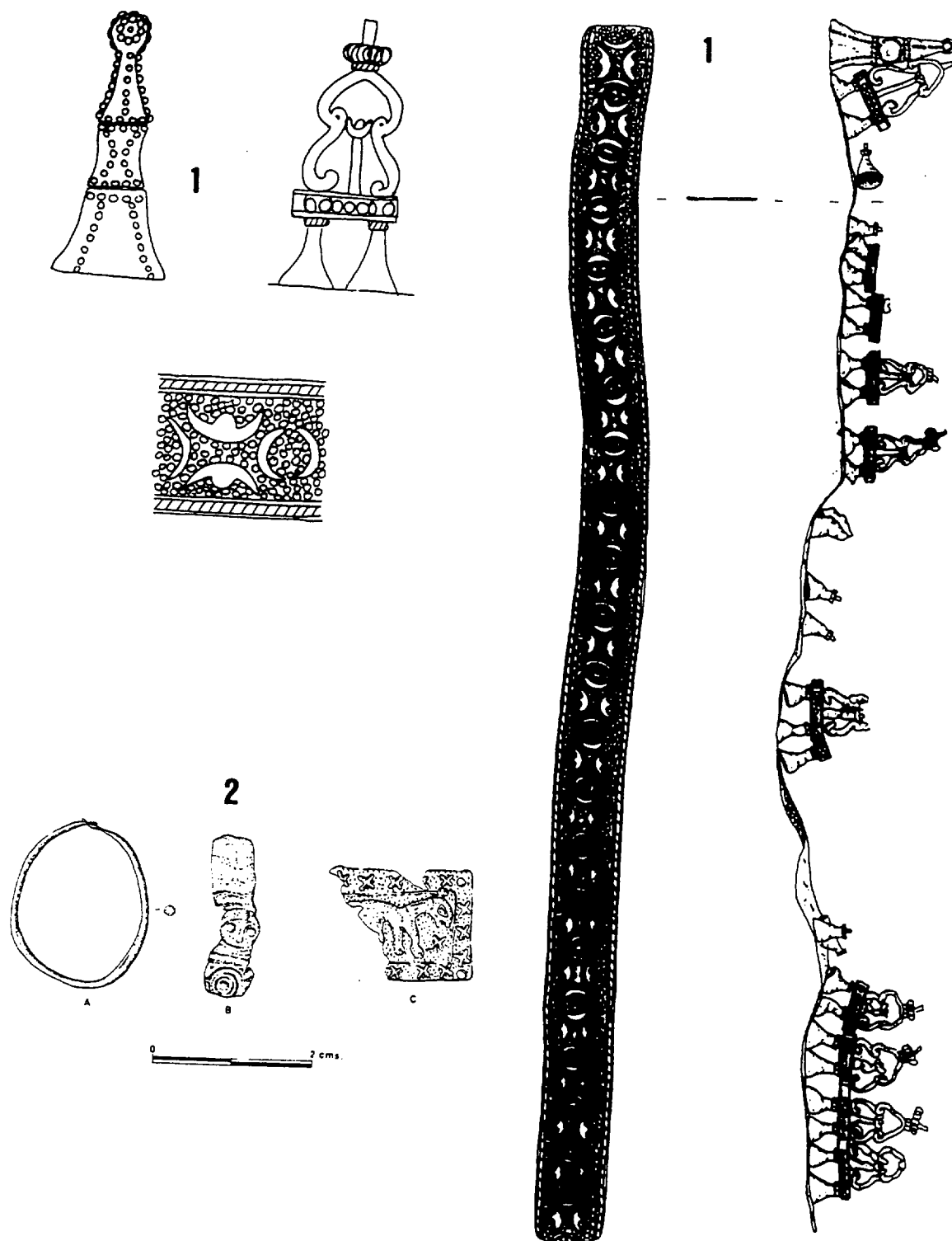
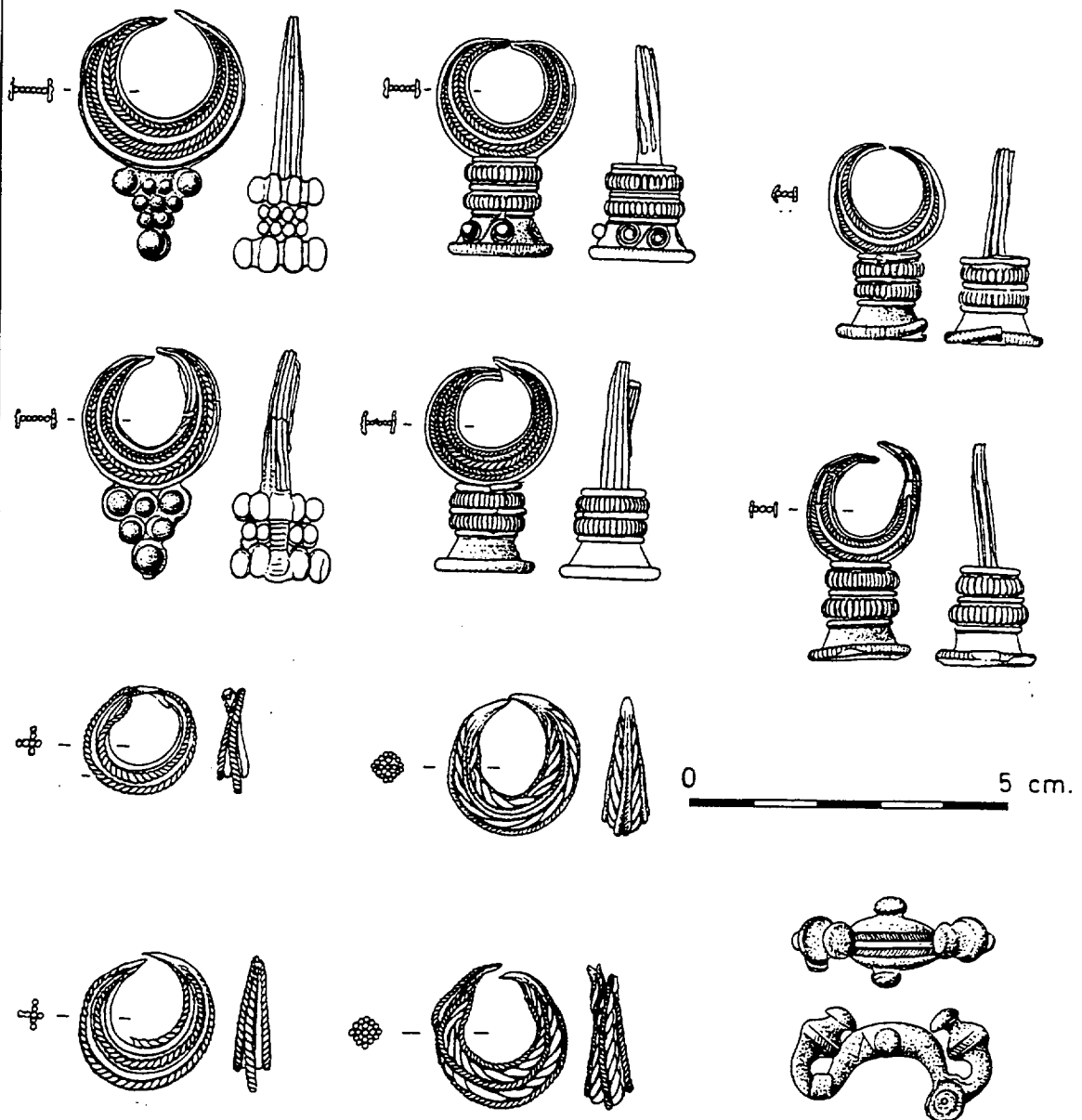


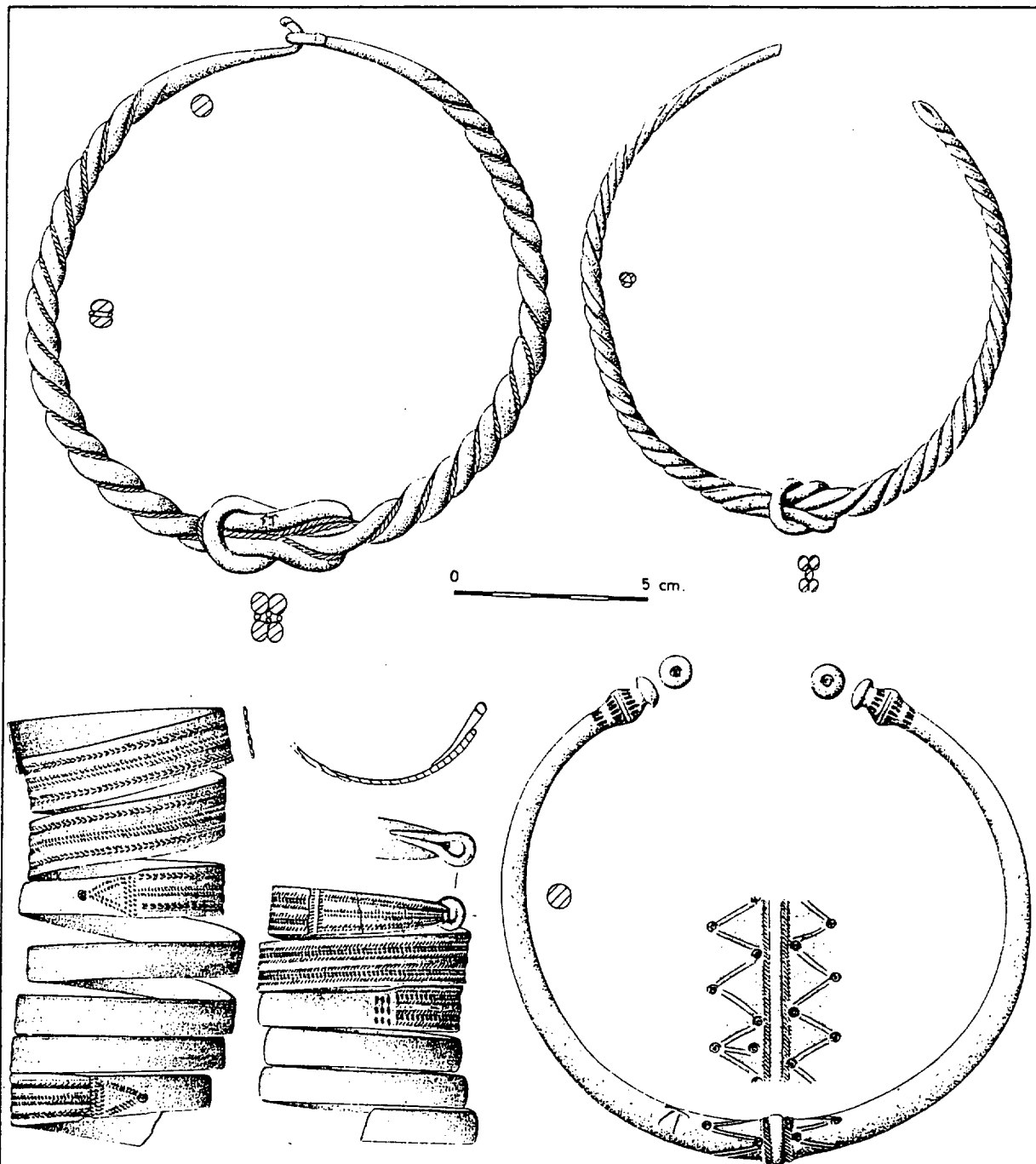
FIGURA 83. Orfebrería en oro II. A- Diademas de Ulaca B- Joyas de El Raso: 1. diadema y 2. arracadas (Fernández Gómez, 1996a: 9, fig.1; 12, fig.2 y 3.4)



**FIGURA 84.** Orfebrería en oro III. Joyas de Pajares: diadema (1) y otras piezas (2) (Celestino et alii, e.p.; González Cordero et alii, 1993: 256, fig.2)

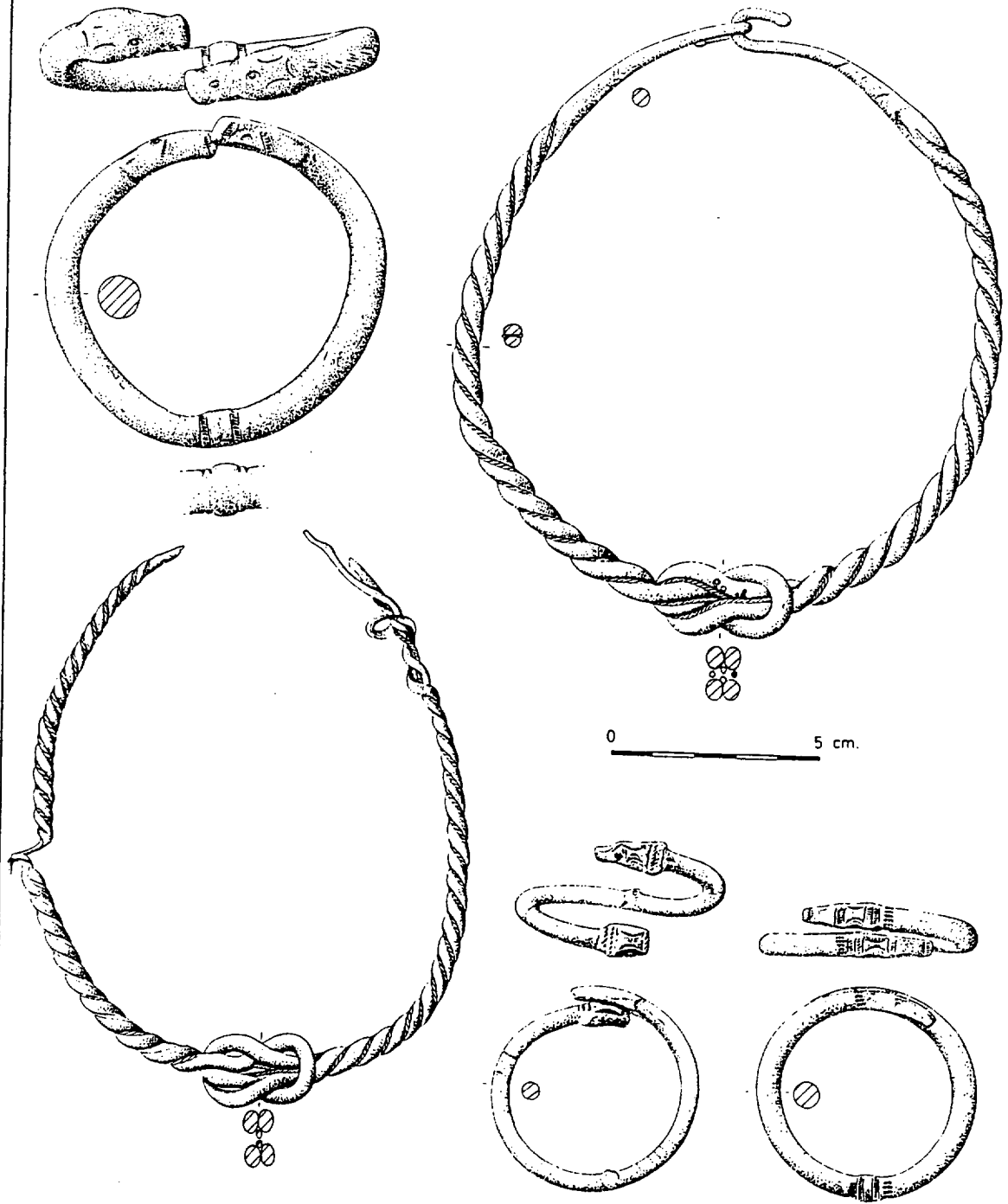


**FIGURA 85.** Orfebrería en oro IV. Arracadas y fíbula del tesoro II de Padilla de Duero (Delibes et alii, 1993: 415, fig.4)

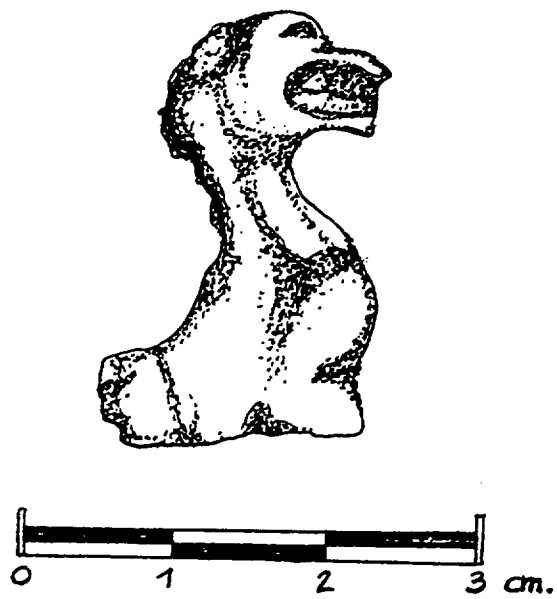


**FIGURA 86.** Orfebrería en plata I: torques y brazaletes del tesoro III de Padilla de Duero (Delibes et alii, 1993: 422, fig.6)





**FIGURA 87.** Orfebrería en plata II: torques y brazaletes del tesoro I de Padilla de Duero (Delibes et alii, 1993: 400, fig.2)



**FIGURA 88.** Orfebrería en plata IV: grifo de Villasviejas de Tamuja

## E- PASTA VÍTREA

El vidrio se emplea en la elaboración de distintos tipos de adorno personal (cuentas de collar, amuletos, anillos, fusayolas, miniaturas...) y apliques desde tiempo muy remoto. La vistosidad y belleza hacen de este material un objeto atractivo para el hombre; si a ello añadimos las precisiones técnicas requeridas para su correcta fabricación<sup>42</sup> y la existencia de componentes propios de áreas muy específicas se nos hace fácil comprender por qué la cuna remota del trabajo del vidrio es oriental (Egipto, Asia) y, a partir de lo mismo, nos damos cuenta de la trascendencia que tiene la presencia de este material en contextos indígenas occidentales. El vidrio está documentado en la Península Ibérica desde, por lo menos, mediados del II milenio a.C., pero está claro que su aflujo en Ibiza y en las costas levantinas y andaluzas, y desde ahí su propagación hacia el interior de ambas mesetas, Extremadura y Portugal, tiene lugar de la mano del factor colonial fenicio, griego y púnico. Por tanto ya en el siglo VI a.C., si no antes, hallamos piezas de pasta vítrea en la meseta occidental jalonando la misma senda que otros objetos orientalizantes indicadores de contactos principales con el sur, precedentes de los de los siglos sucesivos que aquí estudiamos. En ellos el vidrio mantiene su presencia, extendida en número y en tipos, y su valor testimonial de interacción, si bien para algunas producciones (por ejemplo las más sencillas cuentas de collar monócromas azuladas) se empieza a reconocer la existencia de talleres locales. Una gran mayoría de los yacimientos que nos ocupan registran material vítreo. En la actualidad el estudio del vidrio prerromano en la Península está avanzando considerablemente. La tendencia habitual de referir de manera escueta -las veces que así se hacía- la relación de cuentas de vidrio reveladas en un yacimiento a título particular como precepto de un correcto inventario de materiales, se ha visto enriquecida con la aparición en fechas recientes de síntesis integradoras y comparativas, de las que es más adecuado obtener deducciones históricas sobre el valor cultural del ajuar vítreo. En esta faceta merecen ser destacados los estudios emprendidos por E. Ruano<sup>43</sup> (1995b; *ead.*, 1996; Ruano *et alii*, 1995; para una visión general, Haevernick, 1981).

<sup>42</sup> El vidrio es una disolución sólida compuesta de sílice (arena de cuarzo y cuarcita), cal y óxidos alcalinos (sosa y potasa) a los que se añade pequeñas proporciones de otros minerales. No posee punto de fusión fijo, es una sustancia rígida, pero no cristalina y entre sus propiedades destacan su gran dureza, transparencia y resistencia al desgaste y compresión. Por su parte, el vidrio coloreado o decorado requiere de sustancias minerales específicas (Ruano, 1995b: 257).

<sup>43</sup> Con especial atención a los adornos de vidrio en la cultura ibérica. Sabemos que esta autora está llevando a cabo la creación de una base de datos general de tipos y yacimientos con vidrio de toda la Iberia prerromana; en lo que respecta a la meseta occidental, ha accedido al estudio del material de vidrio procedente de La Osera (Chamartín de la

## CUENTAS DE COLLAR

Hay una amplia variedad de tipos de cuentas, cuya forma está en relación con el empleo de una técnica más o menos complicada. Siguiendo las clasificaciones de Ruano (1996: tablas tipológicas con reproducciones de calidad), que parten de los estudios pioneros sobre vidrio antiguo de Kisa, Eisen y Beck, las siluetas más características son las planas, las gallonadas, las anulares, las cilíndricas, las esféricas, además de otras más caprichosas (de tonelete, elipsoidal, bicónica, fusiforme e indeterminadas). El color usual es el azul, pero también se dan en blanco, gris, verde, amarillo..., con diferentes tonalidades y en combinaciones polícromas de líneas y zig-zags. Como es bien sabido, su presencia regular se inicia en las colonias fenicias andaluzas y en Ibiza hacia los ss.VII-VI a.C., abundando en Ampurias y la costa levantina desde el s.VI a.C., para pasar al interior en el transcurso de las dos centurias siguientes, gradualmente a través del sureste, la Mancha y el valle del Guadiana, la meseta carpetana y el Sistema Central hasta alcanzar el valle del Duero y puntos más septentrionales. En los contextos interiores, las cuentas se mantienen hasta el s.III y en algunos puntos hasta bien entrado el s.II a.C. Aparecen en poblados y, con intensidad mucho mayor en número y en significado, en necrópolis, en clara relación con las sepulturas de ajuares más notables que no forzosamente han de entenderse como enterramientos femeninos.

Con diferencia el tipo más abundante es la cuenta anular o esférica de pequeño tamaño y monócroma, de color azul. Aflora en casi todos los puntos con un poblamiento mínimo, a veces las proporciones son altísimas en algunos depósitos funerarios, lo que hace que aun derivando de prototipos del Mediterráneo, a partir del s.III a.C. respondan a producciones regionales distribuidas desde varios talleres meseteños<sup>44</sup>. Mayor realce denotan las llamadas cuentas polícromas de -o con- ojos, de gran vistosidad (Ruano, 1995b). Su factura se diferencia de los tipos ordinarios ya que las piezas oculadas presentan un fondo monocromo en el que se emplazan incrustaciones de círculos concéntricos de

---

Sierra, Ávila) depositado en el Museo Arqueológico Nacional, en su mayor parte inédito (en proceso de estudio por parte de I. Baquedano). Agradecemos las observaciones facilitadas por la Dra. E. Ruano en relación a las piezas inéditas de Pajares que aquí presentamos.

<sup>44</sup> La fábrica local es indicada, entre otros, por R. Martín Valls y A. Esparza; la propuesta nos parece lógica, pero no así la idea de estos autores de entender las cuentas sencillas de vidrio azul como indicador del proceso de *celtiberización* de la meseta a partir del s.III a.C. (Martín Valls/Esparza, 1992: 266).

otros colores; la combinación se logra mediante gotas o anillos o bien mediante pigmentos embutidos, existiendo un amplio plantel en la distribución de los ojos (ojos estratificados en una o varias hileras más o menos paralelas, ojos en resalte, ojos en mosaico invadiendo toda la superficie de la cuenta, etc.) (Ruano *et alii*, 1995: 192). Aparecen en Levante, Sureste, Andalucía, la meseta y Extremadura (ss.V-II a.C.), pero si son características de un lugar éste es la antigua *Ebusus*, a donde llega la decoración de ojos procedente de Cartago y desde donde se dispersa hacia la Península en fecha temprana (s.VI a.C.). En este sentido las piezas con decoración oculada de la meseta son claras importaciones, bien directas de la isla o bien, con visos de mayor probabilidad, llegadas como intercambio desde focos andaluces, levantinos, de la meseta sur o de la región túrdula al sureste del Guadiana (Cancho Roano). Otras cuentas con volúmenes más manifiestamente circulares en tonos pálidos y metalizados (azules, ocre) se han puesto en relación con áreas del Mediterráneo central (Cerdeña, Córcega y Sicilia).

Si echamos un vistazo a la meseta occidental hallamos cuentas de vidrio en gran parte de los enclaves vacceos y vetones suficientemente excavados. Empezando por los primeros, están constatadas en la necrópolis de Las Ruedas de Padilla de Duero en sepulturas antiguas fechables en el s.IV a.C.; las más habituales son las elipsoidales, si bien también hay gallonadas, en color azul y también verdosas, así como cuentas con cabujones en tonos blancos y amarillos. Se documentan con cuentas metálicas, formando así collares de cuentas mixtas, en algún caso con colgante central, como uno conocido con rueda solar (Sanz, e.p. -a-; Delibes *et alii*, 1995a: 119). La necrópolis de Palenzuela también las documenta, tanto en hallazgos superficiales como en excavación, aunque no se especifica mucho sobre su número y características (Castro García, 1971: 46). Lo mismo puede decirse de la plaza segoviana de Coca (Blanco García, 1986: 12). En La Mota de Medina del Campo se han recuperado cuentas de forma esférica y también con tres cabujones en blanco y verde oliva, de imprecisa cronología (Seco/Treceño, 1995: 234) <figura 90.1>.

El registro es más extenso en suelo vetón: desde puntos septentrionales como El Cerro del Berrueco donde se acopian numerosas cuentas además de otros objetos de vidrio (Piñel, 1976: 367; Conde *et alii*, 1996: 59) o Sanchorreja (Baquedano, 1996: 75), hasta la franja meridional cacereña, donde necrópolis como la de El Mercadillo en Botija ofrece una cifra notable de cuentas ovoides de pasta vítrea azul, asociadas con claridad a tumbas

femeninas (Hernández/Galán, 1996: *passim*, 90). En el sector intermedio vetón, a ambos lados de la Sierra de Gredos, el vidrio tienen un asomo destacado en las necrópolis abulenses. No tanto en el cementerio de La Trasguja en Las Cogotas que depara un número muy exiguo en honor a la verdad, cuatro cuentas en otras tantas sepulturas de las zonas I y II (Kurtz, 1987: 282). En La Osera se acumulan con abundancia pero en número no precisado (Cabré *et alii*, 1950: 196) las monócromas azules de cuerpo ovoide, y no están ausentes las gallonadas, las decoradas con ojos en colores contrastados y algún ejemplar especial como una cuenta de tamaño grande considerada importación púnica <figura 90.3> (Baquedano, 1996: 80). En la vertiente meridional al Pico del Moro Almanzor, el yacimiento de El Raso testimonia cuentas oculadas, como la aparecida en la zona funeraria de El Horco, de color azul con protuberancias amarillas (Fernández Gómez, 1986: 826-827), polícromas lisas y las asiduas monócromas azules (también en ámbar, blanco y beige) con formas discoidales y esféricas, a veces agrupadas en elevado número por sepultura (especialmente en las 22, 12 y 9; sólo en esta última tumba se contabilizan 229 cuentas en el interior de una urna) (Fernández Gómez 1986: 573, 829-830) <figura 90.2>. También la zona de Las Guijas ha revelado cuentas del mismo tipo (por ejemplo un conjunto de 60 en la sepultura 79), además de muestras gallonadas azules, con ojos en relieve y lisas (sepulturas 74, 79, 109, 112, 116) (Fernández Gómez, 1994).

Con mayor atención nos vamos a detener en una selección de objetos inéditos de vidrio, de notable valor, procedentes de la zona de Pajares, actualmente en colección particular (la de D. Julio A. González Garvín, quien amablemente nos ha permitido estudiar el conjunto). En primer lugar hemos de hacer notar que los hallazgos son numerosísimos (no sólo en vidrio, también cerámicos y metálicos), y que han sido socavados casual o furtivamente, desde hace bastantes años, sin contexto alguno y en distintos puntos de la extensa zona arqueológica de Pajares, tanto de los sectores cementeriales como del hábitat abierto (Celestino *et alii*, e.p.; *vide* inventario de yacimiento, clave 23). En relación a las cuentas, forman parte de la colección alrededor de cincuenta ejemplares (íntegros, fundidos y fragmentados), además de muchos otros dispersos y perdidos, con distintas tipologías y tamaños. En vidrio también son numerosos los fragmentos de ungüentarios estampados diferentes y un excepcional colgante en forma de cabeza a los que enseguida nos referiremos. Entre las cuentas, damos a conocer 28 unidades en buen estado de conservación <figura 89>, de las que dos tercios (19)

corresponden al tipo sencillo en color azul con formas anulares y esféricas, en general de escaso tamaño con anchuras que no sobrepasan 1 cm. Más representativas son las cuentas decoradas, como un par de ejemplares de gran tamaño y forma ovoide irregular ornamentados con ojos tal vez originalmente en resalte pero en la actualidad muy desgastados <figura 89.1>, emparejables con la cuenta ya señalada de La Osera (Baquedano, 1996: 80), que responden a un modelo norteafricano, también presente en las necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia) y Casillas de Martos (La Loma del Peinado, Jaén) (Ruano, 1995b: 268, 281). Típicamente ibicencas son las pequeñas cuentas de ojos pintados entre las que destacamos un ejemplar geminado en dos volúmenes (¿defecto de cocción, resultado de la cremación del ajuar, o, tal vez, diseño original por la fina factura y coincidencia de los ojos en ambas esferas?), decoradas en azul, verde y blanco <figura 89.2>, que están presentes en puntos no muy lejanos como Cancho Roano (Zalamea de la Serena) (Jiménez Ávila, e.p.) o Capote (Higuera la Real) en Badajoz (Berrocal, 1992). Formando parte de esta muestra representativa de Pajares citamos varias piezas azules gallonadas <figura 89.12-16>, cuentas cilíndricas con incrustaciones esféricas, un tipo poco atestiguado en la Península, y otras en cristal marrón y veteadas mezcladas con ejemplares en piedra, y otros más exóticos de ámbar y basalto. Resulta imposible adjudicar una fecha precisa a estos materiales por su carácter disperso; aparentemente podrían encajar en un marco cronológico amplio que iría desde el s.V a.C. (o acaso antes, si recordamos la fuerza de hallazgos tartesio-orientalizantes de la zona como el conocido jarrito de Villanueva) hasta el s.III a.C. En los sondeos arqueológicos practicados en la necrópolis de Pajares en los últimos años siguen apareciendo cuentas vítreas, con relativa frecuencia en las primeras sepulturas dadas a conocer en la bibliografía (González Cordero *et alii*, 1990: 145) y con una profusión desmedida en las últimas campañas de actuación <figura 89>, lo cual ha hecho que sus excavadores comparen la dispersión de cuentas de vidrio en Pajares con la imagen de un labrador vertiendo semillas en la era (Celestino *et alii*, e.p.). Tal proporción de hallazgos en todos los ámbitos de este yacimiento (funerario, doméstico y otro que sospechamos posible y vinculado a los anteriores de carácter cultural), nos lleva a preguntarnos, con muchas reservas, si las bolitas de vidrio no pudieron representar una funcionalidad precisa más allá de ser meros ornamentos exóticos, eso sí de indudable atractivo y, consiguientemente, envueltos de cierto prestigio social. Algunos autores proponen un fin apotropaico o profiláctico para piezas concretas como las cuentas de ojos

(Ruano, 1995b: 272, 282, revisa estas opiniones), juicio que no estamos en situación de cuestionar ni aceptar por la falta mayoritaria de contexto en los hallazgos de nuestra zona.

Pero no nos resistimos a poner por escrito una deducción personal, en verdad de insuficiente comprobación. Articulando por una parte el significado que connota el vidrio policromado en las sociedades indígenas del interior, con la hechura manejable y más o menos estándar dentro de unas tipologías morfológico-ornamentales de las cuentas como pieza, unido al dato de su presencia abundante en niveles locales (el único caso realmente bien constatado sería el de Pajares), nos atrevemos a insinuar tímidamente y conscientes de lo especulativo de nuestra idea la posibilidad de que las cuentas de vidrio pudieran ser adaptadas por algunos grupos meseteños (habitantes de un enclave, agrupaciones familiares más o menos amplias, ciertos sectores sociales...), formando parte de un mecanismo interno que desconocemos, como: 1) unidad(es) de medida(s) en operaciones de intercambio económico con circulación restringida, y 2) patrón de riqueza en las valoraciones socio-culturales realizadas por, y dentro de, ese grupo o comunidad.

## UNGÜENTARIOS POLÍCROMOS

Estos vistosos recipientes de pequeño tamaño identifican el importante comercio de lujo creado en torno a los productos cosméticos (ungüentos, perfumes, aceites, especias, esencias, colorantes, pigmentos...) en el Mediterráneo antiguo desde mediados del II milenio a.C. (Carreras, 1995). El origen de los ungüentos y el de la fábrica en vidrio de contenedores apropiados para su transporte nace en Oriente (Mesopotamia, Egipto) pero enseguida se difunden de la mano de los comerciantes fenicios por el Mediterráneo central y occidental, especialmente en este último a partir del s.VI a.C. y gracias también al fenómeno colonizador griego. Quizá el testimonio más patente del influjo heleno en este comercio es la adaptación de determinadas formas cerámicas griegas como receptores ideales para los ungüentos y perfumes (*alabastra*, *amphoriskoi*, *aryballoi*, *oinochai*, *hydriskai*, *unguentaria*, *stamnoi*..., agrupables bajo el término clásico de *ampullae*). Los tamaños son muy reducidos, generalmente con boca y cuello estrecho, no siempre dotados de asas, todo lo cual les hace perfectamente válidos y característicos del uso cosmético, hasta el punto de que a veces el formato del recipiente identificaba su contenido. Hasta que en el s.I a.C. se



introduce la técnica del soplado, todos los ungüentarios vítreos se realizan mediante el trabajo de fundición sobre núcleo previo o núcleo de arcilla/arena, conocido popularmente como vidrio púnico<sup>45</sup>. Hace unos años que se establecieron las tablas tipológicas de estos vidrios y su evolución cronológica en la zona mediterránea de influencia feno-púnica y griega<sup>46</sup>; en la Península los ungüentarios policromos se atestiguan con fuerza en el litoral desde inicios del s.VI a.C. mayoritariamente en contextos funerarios relevantes, destacando la alta concentración de testimonios en Ampurias-Ullastret, Ibiza y el sureste (Feugère, 1989; último y más completo inventario que sepamos), además de la quincena aproximada de ejemplares de Cancho Roano (Badajoz) que acaban de ser estudiados (Jiménez Ávila, e.p.).

El occidente meseteño muestra, obviamente, un repertorio reducido de ungüentarios de vidrio policromo, pero constituyen hallazgos muy significativos. Haciendo un recorrido de norte a sur, el primer ejemplar que conocemos es el de La Mota (Medina del Campo, Valladolid) <figura 90.4>; a la sazón, un fragmento de aríbalo con pasta de color azul cobalto y decorado con una banda de color blanco y otra amarilla que alterna con finos hilos azules. Esta importación meridional aparece en el hábitat final del horizonte Soto II, fechándose en un momento cercano a inicios del s.V a.C. (Seco/Treceño, 1993: 137, 168; *eod.*, 1995: 34, fig.9). En la provincia de Salamanca, el Cerro del Berrueco ha proporcionado igualmente fragmentos en dos tonalidades de azul y amarillo de un posible aríbalo en uno de sus poblados, Las Paredejas, cuya cronología se sitúa de forma amplia entre los ss.VI-IV a.C. (en último lugar Conde *et alii*, 1996: 59) <figura 90.5>. Uno de los

<sup>45</sup> "La técnica del núcleo previo consistía en fabricar la pieza a partir de un núcleo compuesto por diferentes materiales: tierra, barro, piedras, arena..., este núcleo, humedecido o envuelto en un trozo de tela se colocaba en la punta de una vara de metal redondeada y se cubría totalmente con la pasta de vidrio previamente fundida. Después de darle forma, se pulía la superficie haciéndola rodar encima de una tabla lisa. la boca con labio de anilla, las asas y el pie se moldeaban con pinzas y se añadían posteriormente al cuerpo. La decoración consistía en añadir por rodamiento, una vez acabada la pieza, unos hilos de vidrio de diferentes colores, estos hilos podrían distribuirse de diferentes maneras, líneas rectas, zig-zags, olas, plumados..., por toda la superficie, en el centro, alrededor del cuello y las asas, el pie o el labio, según el patrón decorativo y las modas. Una vez acabada y fría la pieza, sacar el núcleo no representaba ninguna dificultad" (Carreras, 1995: 159).

<sup>46</sup> P. Fossing (1940) hizo un estudio exhaustivo del vidrio prerromano, dividiéndolo en tres grandes períodos: 1º ss.VII-IV a.C.; 2º ss.IV-III a.C.; y 3º de época helenística, ss.III-I a.C.; dentro de cada uno de estos períodos se señalan distintos subgrupos. Posteriormente D.B. Harden (1981) sistematiza tres grupos: a) Mesopotámico, b) Mediterráneo y c) Itálico. Dentro del segundo de ellos, el de las producciones mediterráneas prerromanas (ss.VI-I a.C.) que aquí nos interesa, diferencia tres fases similares a las de Fossing: Mediterráneo I (ss.VI-IV a.C., con taller principal en Rodas), Mediterráneo II (inicios del s.IV-inicios s.III a.C. con un número plural de centros productores greco-occidentales) y Mediterráneo III (ss.III-I a.C., destacando el taller de Alejandría). En la actualización de los ungüentarios prerromanos del noroeste mediterráneo que lleva a cabo, Feugère (1989) subraya las dificultades en fijar cronologías por el mantenimiento de tipos y la atomización de motivos; con todo, sigue sin apenas variaciones la seriación de Harden. En líneas generales la dispersión de ejemplares en la Península Ibérica coincide con las áreas de presencia material griega; las formas más corrientes son alabastros, anforiscos, aríbalos y enócoes. La mayoría de los ungüentarios peninsulares se enmarcan en la fase Mediterráneo I, con prolongaciones en la siguiente.

pocos hallazgos bien contextualizado es el del ungüentario de vidrio policromo de El Raso, encontrado en la sepultura 32 de aquella necrópolis, parcialmente violada (Fernández Gómez, 1972: 278-289; *id.*, 1986: 822-826; Feugère, 1989: 44, n°11) <figura 90.6>. El vasito es un enocoe al que le falta parte del cuello, todo el labio -seguramente de boca trilobulada- y el asa lateral volada; el fondo es azul oscuro y presenta una decoración de filetes horizontales amarillos en la zona del cuelllo y sobre el pie, y de *chevrons* alternados en azul claro y amarillo sobre la panza gallonada. Parece corresponderse con un tipo antiguo del grupo Mediterráneo I adecuado para inicios del s.V a.C. No hay duda de que esta bella pieza se amortizó en una tumba con posterioridad a su circulación primera. Sin dejar el yacimiento de El Raso, hacemos mención de un fragmento de ungüentario recientemente recuperado en la superficie de la zona cementerial de Las Guijas B (Fernández Gómez, 1994). Por último, damos a conocer por vez primera cinco fragmentos diferentes de otros tantos ungüentarios procedentes de Pajares, pertenecientes a la ya mencionada colección particular y que no son, ni mucho menos, los únicos hallados en ese yacimiento <figura 91.1>. Los que aquí presentamos están decorados con soluciones independientes, pero como es habitual en estos vidrios, todos ellos participan de los trazados lineales más o menos curvos de distinto grosor y de las series de olas, arcos y triángulos o *chevrons*. Las tonalidades combinadas son el azul intenso (generalmente en los fondos), el azul celeste (cercano al verde en el fragmento menor) y el amarillo. Las piezas son muy pequeñas y en ninguna de ellas se distingue parte del borde, pie o el arranque de posibles asas, por lo cual resulta prácticamente imposible precisar la forma de los ungüentarios. Por la curvatura de algunas paredes y los modelos decorativos parece viable pensar en formas de panza globular (enócoes y aríbalos), si bien el fragmento más alargado con paredes lisas podría corresponderse con un alabastron de tendencia pistiliforme. Los paralelos más cercanos los hallamos en Cancho Roano (Jiménez Ávila, e.p.), y en algunas necrópolis del sureste, caso de ciertos anforiscos/aríbalos de la Loma de Peinado (Casillas de Martos, Jaen) y enócoes de El Cigarralejo, que tienen a su vez sus correspondientes más claros en los radicados ungüentarios ampuritanos del s. V a.C. <figura 91.2> (Feugère, 1989: 35, fig. 5, 40, fig.80 y 45, fig.10).

## CABEZAS POLÍCROMAS

Los colgantes con representación de cabeza humana son otras de las manufacturas de vidrio más características del Mediterráneo, en especial del mundo fenopúnico. Se realizan mediante la aplicación de pastas vítreas de distintas tonalidades sobre un soporte. Los rostros son casi siempre barbados, a base de mechones lisos y más frecuentemente rizados que configuran también el pelo de la cabeza marcando con un semicírculo la línea de la frente. Los ojos se remarcan con formas redondeadas de considerable tamaño y en colores que contrastan con el fondo, generalmente en azul. A veces se distinguen las orejas y ciertos adornos (diademas, tocados, pendientes...) con bolitas de coloración diferente. Desde tiempos de Dechelette se lleva hablando del significado apotropaico de estas máscaras antropomorfas, conocidas en la bibliografía con los términos *gesichtesperlen* o *core pendants* (Haevernich, 1977; *ead.*, 1981: 304-356; Seefried, 1979; Uberti, 1988).

Conocidos de todos son los numerosos ejemplares de las necrópolis de Cartago con una aparición muy prolongada en el tiempo, desde el s.VII al s.II a.C., y los de otros ámbitos púnicos como Cerdeña (necrópolis de Olbia, Tharros), Sicilia (Motya) o Ibiza (necrópolis de Puig des Molins); igualmente se registran en las colonias griegas de Occidente y en algunos yacimientos del interior de la Galia. En la Península Ibérica su número no es muy alto. Se conocen amuletos de este tipo en Ampurias, en yacimientos *punizantes* como Villaricos (Almería), con varios ejemplares, en Levante, poblado de la Covalta (Albaida, Valencia) (Vall, 1969) y necrópolis de La Albufereta (Alicante) donde una cabeza junto a cuentas singulares y otros colgantes de vidrio componen el collar de una tumba de la primera mitad del s.IV a.C. (Ruano, 1995c: 195-197), y en Extremadura, el ejemplar más interior de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Jiménez Ávila, e.p.). En efecto, al norte del Guadiana parecían no haberse documentado cabecitas policromadas con la excepción de las noticias de La Osera. De esta necrópolis se describe un colgante de pasta vítrea policromada con rostro humano diademado en forma de campanilla, hallado en el interior de una urna decorada a peine de la sepultura 113 de la zona VI. La familia Cabré cita otro colgante de vidrio sin especificar en la sepultura 223, aparecido junto a cuentas azules dentro de una urna pintada de tipo ibérico (Cabré *et alii*, 1950: 196). No se han encontrado tales piezas en los fondos del Museo Arqueológico

Nacional, y tampoco existen dibujos ni fotografía de las mismas (confirmado en Barril, 1996: 189).

Inédita permanecía la cabeza encontrada hace tiempo en el yacimiento de Pajares. En realidad se trata de una pieza compuesta por dos fragmentos afortunadamente casados, que configura aproximadamente 1/3 del rostro barbado de uno de estos colgantes <figura 92.1>. En concreto es la parte inferior izquierda (2,8 cm. en diagonal por 1,2 cm. de anchura máxima), en la que destacan tres tirabuzones huecos de color marrón miel, divididos cada uno de ellos por unas incisiones en tres o cuatro cuerpecitos menores a modo de rizos rallados o pliegues de la barba. La plataforma tiene un grosor de 0,5 cm. (sin contar el relieve de la barba) y es de pasta azul, la misma que queda como fondo del rostro. En el ángulo superior izquierdo se observa un punto de color blanco que podría indicar el extremo de la oreja o un adorno en su lóbulo; algo parecido se repite en la línea de fractura, donde por encima del arranque de la barba aparece un trazo blanco, probablemente la señalización de la boca; por lo demás no se conservan los ojos, ni la nariz ni el cabello. Los bordes de la pieza están gastados y la pasta vítrea está afectada de poros y granulado. Es arriesgado establecer paralelos por el estado incompleto de la pieza, pero detalles como la técnica de los bucles de la barba, de notable calidad, o la presencia del punto blanco (posible pendiente) hacen que de entrada encontremos esta muestra de Pajares cercana a algunas cabezas cartaginesas evolucionadas (Uberti, 1988), encuadrables en los tipos 1 de Haevernick (1977: 153) y C3 de Seefried -multicolor de barba y pelo rizado- (1979: 19-20) <figura 92.2-93>, en mayor proporción que a piezas geográficamente más próximas como la cabeza de Cancho Roano (Jiménez Ávila, e.p.). Este tipo cartaginés está muy bien representado desde el s.IV a.C., un fecha pareja a la de las cabezas peninsulares con contextos fechables, y, a priori, adecuada para lo que conocemos de Pajares.

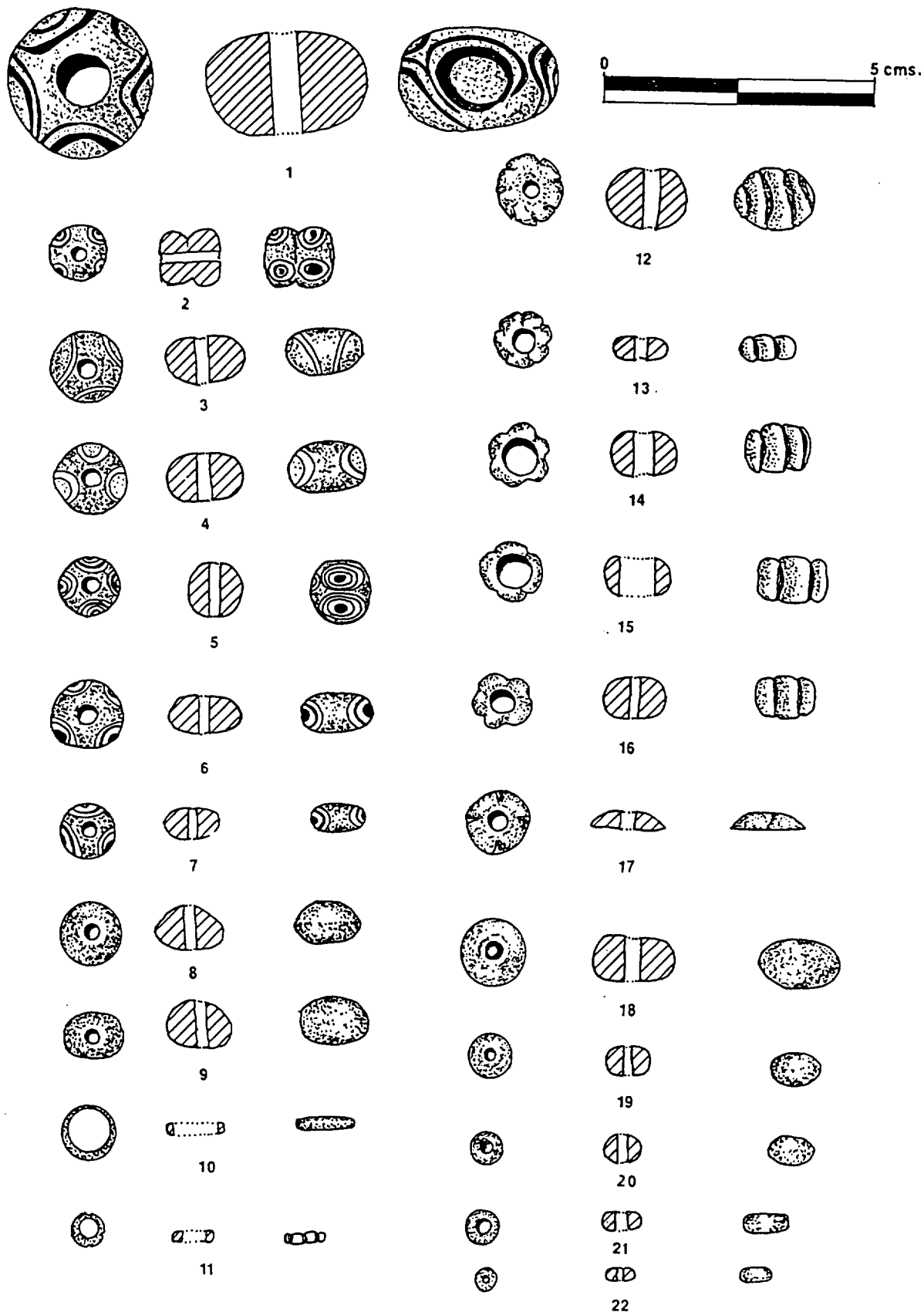
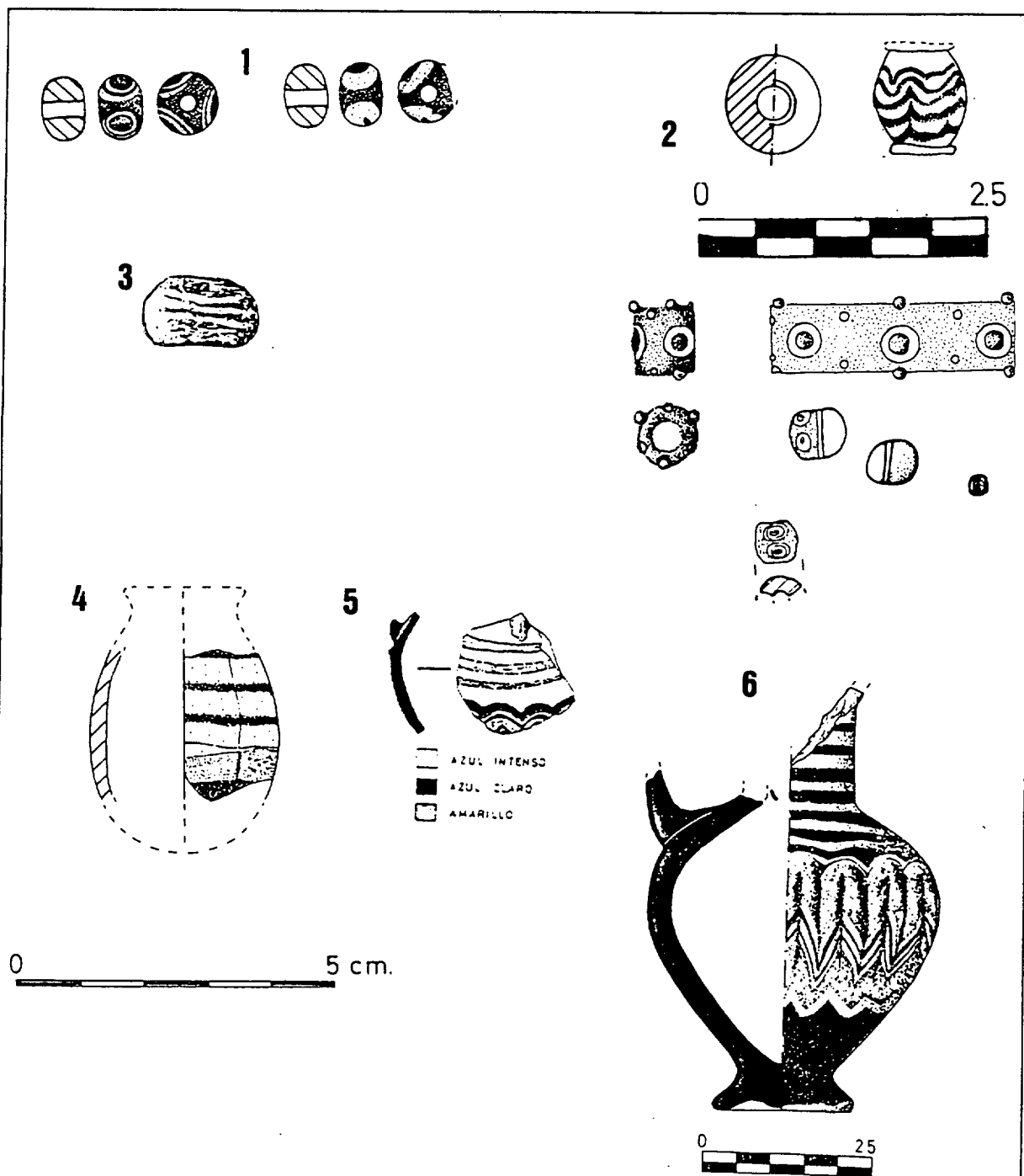


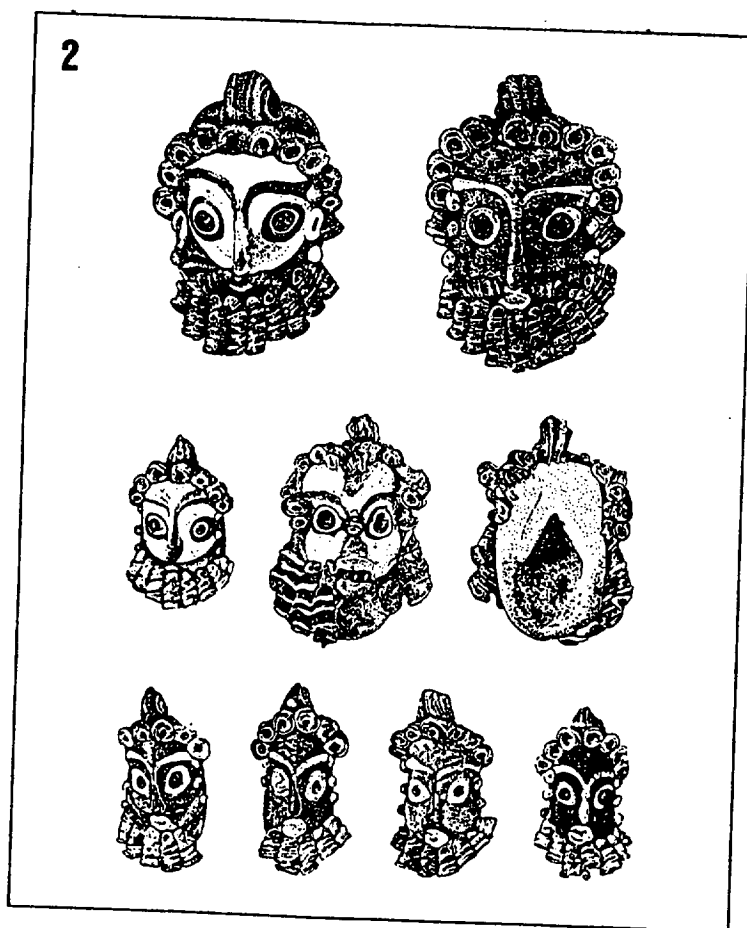
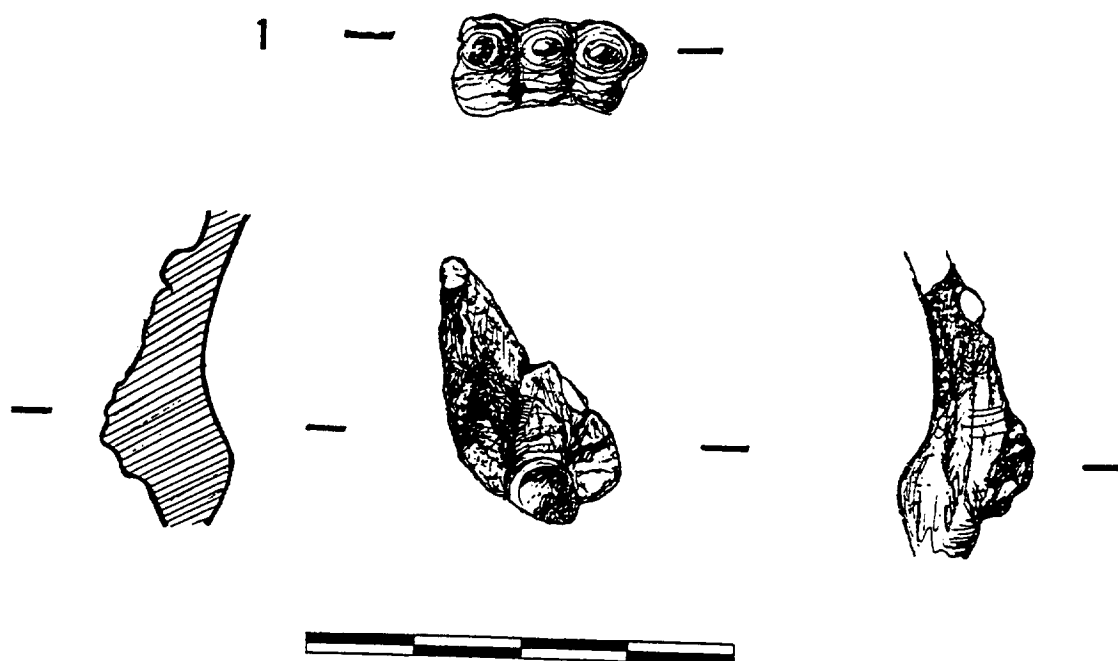
FIGURA 89. Pasta vítrea I: cuentas de collar de Pajares



**FIGURA 90.** Pasta vítrea II. Cuentas de collar y ungüentarios: 1- Medina del Campo (Seco/Treceño, 1995: 235, fig.9) 2- El Raso (Fernández Gómez, 1986: 435-436; id., 1994) 3- Las Cogotas (Baquedano, 1996: 90, fig.2.11) 4- Medina del Campo (Seco/Treceño, 1995: 235, fig.9) 5- Cerro del Berrueco (Conde et alii, 1996: 71, fig.10.5) 6- El Raso (Fernández Gómez, 1986: 626, fig.353)

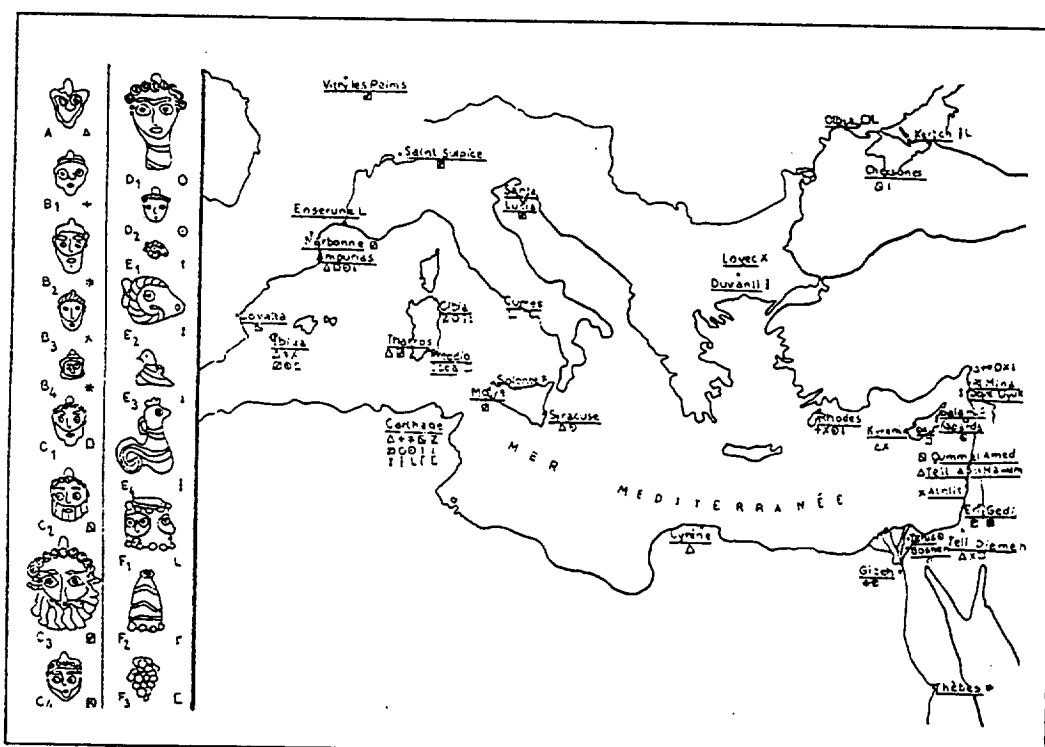
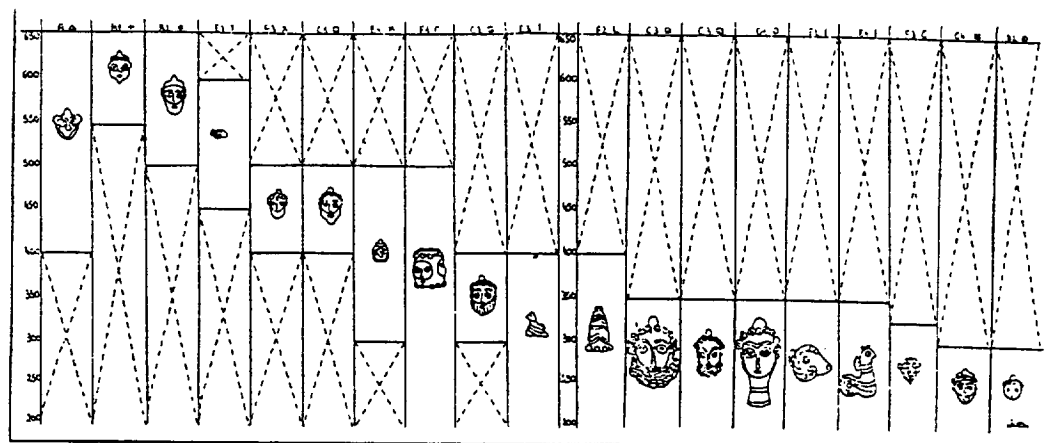


FIGURA 91. Pasta vítrea III. Ungüentarios: 1- Pajares 2- Tabla tipológica de Ampurias (Feugère, 1989: 40, fig.8)



**FIGURA 92.** Pasta vítrea IV. Cabezas policromas: 1- Pajares 2- Cartago, tipo I (Haevernick, 1977: 153, fig.1)





**FIGURA 93.** Pasta vítrea V. Cabezas policromas: cuadro evolutivo y mapa de dispersión mediterránea según Seefrid (Seefrid, 1979)

## F. OTRAS

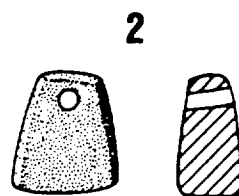
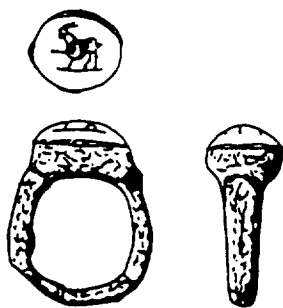
El colofón en la recopilación de las evidencias materiales de contacto más representativas lo ponen una serie de objetos tremendamente minoritarios en el conjunto ergológico de los yacimientos en que aparecen, pero exóticos en la meseta occidental pues la naturaleza de su materia es del todo ajena a esta región. Nos referimos a adornos o apliques realizados en ámbar, basalto, cornalina y variscita.

El ámbar, resina vegetal fósil característica de la Europa báltica, está presente en la decoración de algunas cerámicas de Las Cogotas y la Mesa de Miranda, vasijas que en ocasiones también se adornan con incrustaciones metálicas<sup>47</sup> (Cabré de Morán, 1930: 498; Cabré, 1930: 57). Cuentas de collar de ámbar han aparecido en La Osera, sepulturas 118 y 227 (Cabré *et alii*, 1950: 196), y en Pajares. Un colgante de basalto en forma de pequeña pesa de telar, con paredes perfectamente pulimentadas, fue hallado en la superficie del *oppidum* de Cabeza de la Laguna en El Raso (Fernández Gómez, 1986: 480) <figura 94 B>. Se nos antoja imposible reconstruir la vía de llegada de estos materiales tan particulares a la zona interior meseteña; probablemente su distribución se explique al menos parcialmente a partir del enclave de Cancho Roano, en el que durante todo el s.V a.C. concurren una cantidad importante de bienes foráneos.

Otra importación relacionable ya con un horizonte romanizante es el anillo de hierro con un sello de cornalina en el centro que representa a una cabra al estilo itálico a glóbulo <figura 94 A>; la pieza fue hallada en una tumba tardía de finales del s.II a.C. en la que también estaban presentes otros elementos itálicos, principalmente cerámicas (Hernández, 1993a: 119).

<sup>47</sup> R. Lucas (1995) ha estudiado hace poco los apliques de metal en la cerámica peninsular de manera conjunta, sin distinguir materias (cobre, bronce...etc.). En la meseta occidental y en el marco cronológico que estudiamos sólo se contabilizan los hallazgos de siete recipientes cerámicos del *oppidum* de Las Cogotas; de un momento anterior *orientalizante* hay hallazgos puntuales en Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila) y en el enterramiento de Casa del Carpio en Belvis de la Jara (Toledo). No hay ninguna mención al ámbar como materia. Respecto al origen de esta decoración metálica, sin precisar demasiado la autora sugiere que "pudo haber funcionado como una especie de marcador étnico/social en cuyo caso estas excepcionales cerámicas delatarían la lejana procedencia de un reducido grupo humano que buscó su oportunidad entre las gentes que reorganizaban sus asentamientos en la dorada etapa del metal" (Lucas, 1995: 118). Tampoco deja claro su carácter local o foráneo, aunque parece inclinarse por reconocer su llegada como modelo decorativo a través del comercio vinculado con gentes remotas de Campos de Urnas.

En la región vaccea parece funcionar, o mejor rehabilitarse, un comercio de variscita a nivel bastante restringido, al menos así lo indica el escaso volumen recuperado de este mineral. Han aparecido cuentas de variscita en la fase plenamente vaccea del poblado de Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 208, fig.13.11). En general se piensa que la variscita se explota en tiempos neolíticos y a inicios de la Edad de los Metales, para languidecer desde el II milenio a.C. hasta época romana. Sin embargo en los últimos años se están revelando indicios del funcionamiento de estas minas en la Edad del Hierro, en puntos como el castro zamorano de La Mazada, en Gallegos de Campos (Campo de Aliste), situado sobre un afloramiento de este mineral (Esparza, 1986: 229-230). En efecto, varios focos de variscita se localizan al noroeste de Zamora (Campano *et alii*, 1985; Sanz *et alii*, 1990), territorio astur con el que algunas comunidades vacceas pudieron desarrollar intercambios comerciales más o menos esporádicos.



**FIGURA 94.** A- Anillo de cornalina de El Romazal I (Hernández, 1993: fig.6) B- Colgante de basalto de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 435, fig.269.5)

## **II-2.2 APLICACIONES TECNO-ECONÓMICAS**

Como efecto positivo de la acción de contacto entre grupos culturales distintos también pueden ser tomados la apropiación de conocimientos técnicos que un grupo realiza en relación a otro, o en su caso el adiestramiento o, más raramente, la imposición de los mismos. Desde el momento en que tal novedad es puesta en marcha por manos indígenas y con un finalidad al servicio de ese mismo grupo receptor, la aplicación pasa a formar parte del acervo técnico del grupo local y en la mayoría de casos trae consigo una destacada repercusión económica, que de forma trivial se da en llamar avance. Es muy difícil constatar arqueológicamente esa adaptación, bien porque la técnica en sí no es materializable (aplicación teórica transmitida oralmente) o bien porque aun siendo un instrumento sus posibilidades de revelación arqueológica son prácticamente nulas. Pero no es complicado atisbar algunos de los resultados de las nuevas experiencias adquiridas, convenientemente modificadas o reinterpretadas con frecuencia, en manifestaciones ya locales (generalmente se trata de procesos económicos o artísticos), que con el paso del tiempo pueden acabar por constituir, incluso, un emblema de identidad cultural.

Para el lugar y el tiempo que estudiamos, son varias las muestras de innovaciones tecnológicas y económicas que protagonizan este tipo de fenómenos de relación-adopción, procedimientos venidos en un sentido extenso del mundo ibérico mediterráneo, donde se están difundiendo desde finales del Hierro Antiguo, y que tienen una gran importancia en la evolución de las formas económico-culturales de los pueblos que nos ocupan. Vamos a dedicar nuestra atención a las siguientes aplicaciones: el torno de alfar, el horno cerámico de tiro variable, la práctica escultórica mayor y la introducción de especies agro-pecuarias importadas del Mediterráneo. Por descontado que no son las únicas, pero sí algunas de las más relevantes y con reconocimiento arqueológico medianamente detectable. A su lado debe situarse la irradiación de otras experiencias industriales desde el mundo ibérico - donde están actuando desde algo antes fruto del contacto de esta región con las colonias mediterráneas-; por ejemplo la siderurgia (Gómez Ramos, 1996b) o las técnicas orfebres de las que ya nos hemos ocupado, y el desarrollo de artesanías más domésticas, entre otras la textil (adopción de nuevos telares, tejidos, tintes....) (Alfaro, 1984) y la molienda (generalización de las ruedas circulares de molino...). Pero no nos detenemos en ellas por la

necesidad de limitar nuestro análisis y porque además muchas veces su testimonio es del todo vaporoso. Nos conformamos, por tanto, con reconocer su pluralidad.

Ahora bien, no queríamos dejar de lado un aspecto tan interesante como costoso de evaluar. Éste no es otro que preguntarse por el mecanismo humano de transmisión de estos conocimientos técnicos; o mejor dicho para la perspectiva meseteña de nuestro análisis, ¿quién introduce y, sobre todo, cómo adapta el grupo local las nuevas aplicaciones técnicas y/o económicas?

A modo de respuesta provisional diremos que nos parece lógico pensar que la élite dirigente de los núcleos de vetones y vacceos, *oppida* y *civitates*, fue quien estaba en disposición de representar a su comunidad en la relación comercial o política con grupos externos y, por ende, quien se beneficiaría inicialmente de los efectos de tal interacción: regalos, concesiones, información o promesas de carácter político-económico, legados culturales y también enseñanzas técnicas. Las fuerzas políticas de los enclaves meseteños debieron experimentar buena parte de los nuevos usos, o mejor ordenaron o transfirieron ese trabajo al conjunto de artesanos a su servicio, que empiezan a imitar las nuevas tecnologías siguiendo patrones externos pero ajustándose cada vez más a sus dinámicas internas. Ello contribuiría de alguna forma a la maduración y especialización de los sectores económicos meseteños por una parte. Pero por otra, se produjo una acentuación en el dominio de los grupos rectores que se habían apropiado de los nuevos elementos llegados de fuera, y que por ello mismo habrían visto fortalecido su poder y prestigio, consecuencia del resultado de las nuevas aplicaciones en el campo económico y en el cultural.

## A- TORNO DE ALFARERO

La adaptación del torno de alfar en las comunidades meseteñas al norte del Sistema Central y al oeste de Sistema Ibérico ha sido fechada en la bibliografía tradicional a partir del s.III a.C. y como efecto de la expansión de los grupos celtíberos más orientales (Celtiberia Citerior), que habían conocido la nueva tecnología alfarera de manos de sus vecinos levantinos, los íberos del litoral mediterráneo, a través del corredor del Ebro. Así por ejemplo, Maluquer pensaba en sus primeros trabajos que la rueda de alfar no habría llegado a la región vetona hasta finales del s.III a.C. (Maluquer, 1954: 126), basándose en la ausencia de cerámica a torno en el castro de *Salmantica*, destruido por Aníbal en el 220 a.C. que sería una fecha *post quem* para la admisión del torno. En líneas generales la vía de penetración oriental en fecha tardía se ha mantenido hasta la década de los ochenta. Uno de los hitos de referencia más importante era el célebre yacimiento *hallstático* de Cortes de Navarra, en el cual el torno haría acto de presencia con posterioridad al s.IV a.C., momento en el que termina la ocupación del poblado que no había ofrecido cerámica torneada (Maluquer, 1958c). Así pues, la generalización del torno en los valles alto y medio del Ebro no se produciría antes de mediados del s.IV a.C, más bien a finales de esa centuria y en el tránsito al siglo siguiente (Beltrán Llorís, 1976: 453; Burillo, 1980: 327; Castiella, 1977: 402; Marcos Pous, 1979: 102); desde entonces, avanzando el s.III a.C., el torno sería introducido en la periferia meseteña occidental.

En nuestros días, nuevos datos arqueológicos y una visión comparada más amplia, permiten ajustar la suposición tradicional en dos sentidos principales: la elevación al menos en un siglo del arraigo del torno en la meseta occidental y la contemplación definitiva -antes sólo barruntada- del camino meridional como acceso no sólo complementario sino incluso más activo que la vía oriental, especialmente en lo tocante al territorio poniente a ambos lados del Sistema Central y en la línea del camino de la Plata. En efecto, sin negar la incuestionable importancia del corredor del Ebro y de afluentes suyos -el Jalón y su tributario el Jiloca- como vías de penetración cultural en el sector oriental de la Celtiberia (Argente, 1990; García Huerta, 1992: 212-213; Cerdeño/García Huerta, 1995; Morales Hernández/Ramírez, 1995), el paso meridional marca el sello de entrada de gentes, modas y tecnologías que van a activar el desarrollo socio-económico de las comunidades vetonas meridionales y también de las situadas al norte de la Cordillera

Central y en la cuenca sedimentaria vaccea, siendo precisamente en la zona media de este espacio vacceo donde confluyan de manera determinante ambas corrientes culturales, la meridional-andaluza y la oriental-levantina llegada desde el Ebro a través del alto Duero. El camino desde el sur pudo establecerse bien desde el mundo turdetano-oretano por la submeseta sur carpetana, o bien por el espacio túrdulo más al suroeste atravesando Extremadura de sur a norte hasta alcanzar las estribaciones meridionales de Gredos en los valles del Tiétar-Jerte.

Es de justicia dar al torno un puesto principal en esta amalgama de innovaciones tecnológicas venidas a la larga del mundo mediterráneo, aunque solo sea por el valor de la cerámica como principal indicador cronológico-cultural para la investigación arqueológica. Ya nos hemos referido en más de una ocasión a la aparición de las cerámicas torneadas en el mundo vetón y vacceo (características generales, tipos y cronologías) por lo cual sintetizaremos aquí muy brevemente los datos sobre las primeras producciones a torno con el fin de precisar algo más sobre el momento y la materialización de este proceso de adaptación cultural. Dejando a un lado los primeros fragmentos pintados a torno fechables en niveles tan tempranos como el final del s.VII a.C. para puntos vetones como Sanchorreja y los ss.VI-V a.C. para enclaves vacceos como Medina del Campo, Cuéllar o Coca, todos ellos piezas indudablemente importadas del sur que ya han sido tratadas convenientemente, las producciones iniciales a torno en alfares meseteños deben ser datadas a inicios del s.IV a.C., tanto en los centros vetones mejor comunicados (no en todos, pues los asentamientos en puntos más aislados y montañosos testimonian el uso del torno algo después y con poca profusión) como en buena parte de las comunidades vacceas, sobre todo las situadas al sur del Duero y en el eje central Pisuerga-Duero<sup>48</sup>. En este sentido resulta muy reveladora la rapidez con la cual se adapta y extiende el uso del torno en el espacio vacceo, si cabe de una manera más manifiesta que en el solar vetón; en

<sup>48</sup> Más detalladamente, el funcionamiento del torno en el s.IV a.C. está demostrado en el entorno de Villaviejas del Tajuja y La Coraja (Hernández/Galán, 1996: 103-105; Cabello, 1991-92), en El Raso (Fernández Gómez, 1986: 816-820), en La Osera (Baquedano, e.p.), en la Mota de Medina del Campo (Seco/Treceño, 1993: 168-171), en Cuéllar (Barrio, 1993: 203), en el poblado vacceo del Soto de Medinilla (Escudero, 1995: 206), en Las Quintanas de Padilla de Duero (Gómez Pérez/Sanz, 1993: 354-356, fig.8.2)..., para generalizarse en las centurias siguientes. Sin embargo, J.D. Sacristán no acepta el uso del torno en Roa hasta el s.III a.C (Sacristán, 1986a: *passim*), si bien reconoce una primera incidencia de cerámicas ibéricas del sur desde la transición ss.V-IV a.C. con características bandas en tonos vinosos; pero lo diferencia del proceso de celtiberización (arraigo del torno), que llega desde el valle del Ebro y que no cuaja antes del s.III a.C. (Sacristán, 1986b). Una panorámica general de este proceso en Cerdeño/García Huerta, 1995. También para R. Martín Valls (1986-87: 79; Martín Valls/España, 1992: 260) desde mediados del s.IV a.C. las cerámicas a torno se están extendiendo en los sectores oriental y meridional de la meseta. La vía meridional desde Andalucía y el Sureste, a través de la submeseta sur y hasta la submeseta septentrional vaccea es defendida por G. Delibes *et alii* (1995a: 108).



nuestra opinión ello obedece a tres factores: 1) el carácter llano y abierto de su marco físico, 2) la abundancia y calidad de las arcillas del territorio, propias de depósitos sedimentarios terciarios, y 3) la convergencia en la zona central vaccea de las dos vías de introducción del torno prácticamente al mismo tiempo (la este-oeste y la sur-norte), todo lo cual conlleva una más rápida, generalizada y efectiva adopción de la nueva técnica de fabricación cerámica.

Así pues no encontramos reparos en defender:

- 1) Que las comunidades más importantes de los dos pueblos que ocupaban la meseta occidental en tiempos prerromanos conocían y habían hecho suyo el uso del torno desde el primer tercio del s.IV a.C. (algunos lugares meridionales incluso a fines del s.V a.C., por ejemplo las gentes de Villasviejas del Tamuja), incrementándose desde entonces la producción torneada sin que ello signifique en ningún caso desbancar las realizaciones a mano que perduran hasta tiempos romanos, dominando a veces en número sobre las torneadas en fases avanzadas.
- 2) Que la aplicación de la rueda al torno de alfarero llega a la geografía vetona desde el sureste acompañada de la de otros elementos materiales e ideológicos que habían empezado a introducirse en momentos del Hierro Antiguo por parte de comerciantes del sur e intermediarios ibéricos de la alta Andalucía y del sureste de la meseta inferior en posesión, ya, de los nuevos conocimientos. Y también con esta orientación arriba a la esfera vaccea, al menos a su sector meridional y centro-occidental (centro-sur de Valladolid, sureste de Zamora y occidente segoviano); pues parece que el ámbito oriental (sureste de Palencia, noreste de Valladolid y suroeste de Burgos) se ve más afectado por la corriente celtibérica de la meseta oriental y el valle del Ebro, por donde circulan también modelos importados del mundo ibérico levantino.
- 3) Que encontramos eslabones en esta vía meridional difusora tanto en la Baja Extremadura, donde por ejemplo en Cancho Roano se ha hallado una base de eje de torno bajo de alfar del s.V a.C. (Gran Aymerich, 1990; *id.*, 1994; *contra* Celestino, 1991c; *id.*, 1996: 292, que considera a esta piedra un elemento de puerta, tal vez del quicial), como en la antesala oretano-carpetana al sur del Sistema Central entre el Tajo y el Guadiana centrales, donde hábitats y necrópolis atestiguan series locales de cerámicas torneadas pintadas remontables a los últimos años del s.V a.C. (Blasco, 1992: 292-294; Blasco/Barrio, 1992: 301; Valiente, 1993: 36-39).

## B- HORNO CERÁMICO DE TIRO VARIABLE

Un proceso similar debió seguir la adaptación de nuevos hornos industriales de tiro variable, caracterizados por la entrada sistemática de aire mediante toberas en la cubierta cerámica -que generaliza la cocción oxidante de las cerámicas-, y por un mayor tamaño en general del que se logra más espacio para el combustible, una cocción más rápida y el posicionamiento de mayor número de recipientes a la vez.

Hasta hace poco no se habían documentado hornos de este tipo en la meseta para tiempos anterromanos. Sin embargo en los últimos años están saliendo a la luz importantes estructuras de alfar especialmente en el espacio vacceo y en un momento ya avanzado (fase *celtibérica*), pero que, con todo, dan muestra de la adopción de nuevos sistemas técnicos y de los efectos de lo mismo en el aumento de la producción cerámica con fines comerciales.

El caso más espectacular lo constituyen los hornos descubiertos en las proximidades de la antigua *Pintia*, en Pesquera de Duero (Valladolid) (Escudero/Sanz, 1993). En concreto se localizan en el pago de Carralaceña, en la margen derecha del Duero, dentro del área de extensión interfluvial del poblado vacceo de Las Quintanas (Padilla de Duero), del que puede constituir un barrio artesanal <figura 16 A>. Se trata de un gran complejo alfarero, al menos con tres hornos detectados aunque sólo uno ha sido suficientemente estudiado gracias a las excavaciones practicadas entre 1989 y 1991. El horno está construido en tapial y es de gran envergadura (8 metros de longitud total por unos 5 metros de diámetro de la cámara de cocción), con planta en forma de círculo ovalado, doble cámara, *praefurnium* desarrollado o corredor de acceso y tiro vertical <figura 95>. Los dos pisos (cámaras de combustión y área de cocción) se hallan separados por una parrilla perforada, estando la cámara inferior o de combustión dividida longitudinalmente en dos por un gran muro continuo; sobre la parrilla aparecen alrededor de sesenta orificios o toberas. Parece ser de tipología ibérica (Escudero/Sanz, 1993: 481-482), si se atiende a rasgos como la planta circular, el muro central divisor de la cámara de combustión, el sistema de sustentación de la parrilla, etc., y puede ponerse en relación con algunos hornos aparecidos en Castellón, Alicante, Teruel y Albacete (Broncano/Coll, 1988); aunque el *praefurnium* es considerado

un elemento más bien de raigambre céltica. La cronología corresponde a un momento tardoceltibérico que puede fijarse, con ciertas dudas, en el ecuador del s.I a.C. (Escudero/Sanz, 1993: 490), tal como indica el abundante material cerámico -exclusivamente torneado- aparecido en su interior y alrededores (s.II a.C.-mediados s.I a.C.) y las dataciones paleomagnéticas realizadas (segunda mitad del s.I a.C.), a pesar de que los resultados radiocarbónicos apuntan a los ss.IV-III a.C., momento excesivamente alto. El horno debió abandonarse, sin ser destruido violentamente, poco antes del cambio de era.

Contamos con noticias más indirectas sobre restos de estructuras alfareras en otros centros meseteños. Siguiendo en tierras vacceas, no hace mucho que se dio a conocer un horno en Coca (Blanco García, 1992) que, sin embargo, no parece una estructura tan clara como la de Carralaceña. Es de planta cuadrangular parcialmente excavada en el subsuelo y está construido a base de ladrillos y más escasamente con tapial y adobe; no ha documentado parrilla fija -sería de quita y pon-, aunque sí algunas dependencias complementarias, probables almacenes, con abundante material cerámico tanto a mano (piezas peinadas y estampilladas) como a torno (cerámicas celtibéricas). El horno se construyó en dos momentos debido a varios derrumbes, y se ha datado en la segunda mitad del s.III a.C. Su excavador piensa que es testimonio de una producción cerámica industrial más que doméstica que abastecería a la zona de influencia directa de *Cauca* (a puntos como La Cuesta del Mercado) y a otras más alejadas, pero que seguramente no fue el único complejo alfarero caucense, pues J. F. Blanco intuye que al mismo tiempo debieron estar en funcionamiento hornos en la zona de los Azafranales (Blanco García, 1993a). Indicios de un taller cerámico se han detectado también en Roa de Duero, frente al *oppidum*, en la vega al otro lado del Duero, al parecer de época sertoriana, con escasas estructuras pero mucho material de desecho (Sacristán, 1986a: 155-156). Otras noticias casi inéditas hablan de la existencia de alfares en las inmediaciones del *oppidum* de Torrelobatón (detectados por Jorge Santiago, director del inventario arqueológico de Valladolid; Delibes *et alii*, 1995a: 100, nota nº3), en Palenzuela y Villagarcía de Campos (Sacristán *et alii*, 1995) y en Tordehumos, un poblado vacceo de poca extensión (1,3 has) que ha deparado la reciente localización de un alfar a orillas de río Sequillo (Sacristán, 1994: 142, nota 4).

Al sur del Sistema Central los hornos documentados son mucho más marginales. A una estructura conocida en El Raso dentro de una vivienda del poblado fortificado de Cabeza de la Laguna y más bien destinado al trabajo metalúrgico (Fernández Gómez, 1993: fig.35), hay que añadir la nueva interpretación que se está dando al segundo recinto del *oppidum* de Las Cogotas. A la luz de los resultados de la intervención de urgencia de mediados de los ochenta en el paradigmático enclave vetón, la zona sur del considerado desde tiempo de Cabré encerradoro de ganados parece estar ocupada por una serie de vertidos y alfares desmantelados datables en el s.III a.C. <figura 5> (Mariné/Ruiz Zapatero, 1988: 50-52; Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995: 221-222). Los restos cerámicos acumulados alrededor son abundantísimos, y eso lleva a hablar a sus excavadores de una actividad alfarera que superaría el simple abastecimiento doméstico, con una producción estandarizada y especializada. En este caso, el centro alfarero se localiza dentro del recinto fortificado -adossado a la segunda muralla-, lo cual muestra una clara intención de organización interna, dedicando una zona a las actividades industriales. Hemos de suponer que estructuras artesanales de este tipo están igualmente presentes en otros grandes *oppida* vetones, caso de La Mesa de Miranda, pero la escasez de excavaciones en su interior no ha posibilitado todavía su hallazgo.

Una última reflexión a propósito de este volumen documental sobre la introducción de hornos industriales. Todos estos datos indican que a partir del s.III a.C. la producción de cerámicas a torno hace de la alfarería una industria de alto alcance económico, destinada a cubrir las demandas de un mercado meseteño extenso. Ello es especialmente visible en el mundo vacceo, para el que se puede hablar de centros alfareros especializados<sup>49</sup> (Sacristán, 1993), ubicados en las grandes ciudades pero también asociados a núcleos menores (así lo indican, por ejemplo, las estructuras de alfar registradas en Tordehumos). A título de ejemplo, se calcula que el horno de Carralaceña tendría seis toneladas de peso y una capacidad espacial para cocer varios millares de vasos en cada hornada (Escudero/Sanz, 1993: 485).

<sup>49</sup> J.D. Sacristán los considera "industrias desarrolladas lejos del carácter de artesanías eventuales y domésticas" y aboga por la fabricación cerámica de forma masiva, a partir de una mano de obra especializada (Sacristán, 1993: 497). Apoya esta deducción en el estudio, a través de la técnica de la dactiloscopia, de improntas digitales de los alfareros (dermatoglifos) sobre pellas de barro de contextos alfareros, utilizadas para tapar las toberas o fisuras de los hornos, para separar las pilas de vasos, como soportes de piezas...etc., con el objetivo de extraer datos de índole socio-laboral. La "experiencia piloto" llevada a cabo sobre ocho muestras nítidas del presumible alfar de Roa (Burgos), demuestra que todas las huellas (las ocho) corresponden a varones adultos; derivación que lleva a este autor a reforzar la idea de una actividad alfarera vaccea industrializada y especializada (Sacristán, 1993: 506).

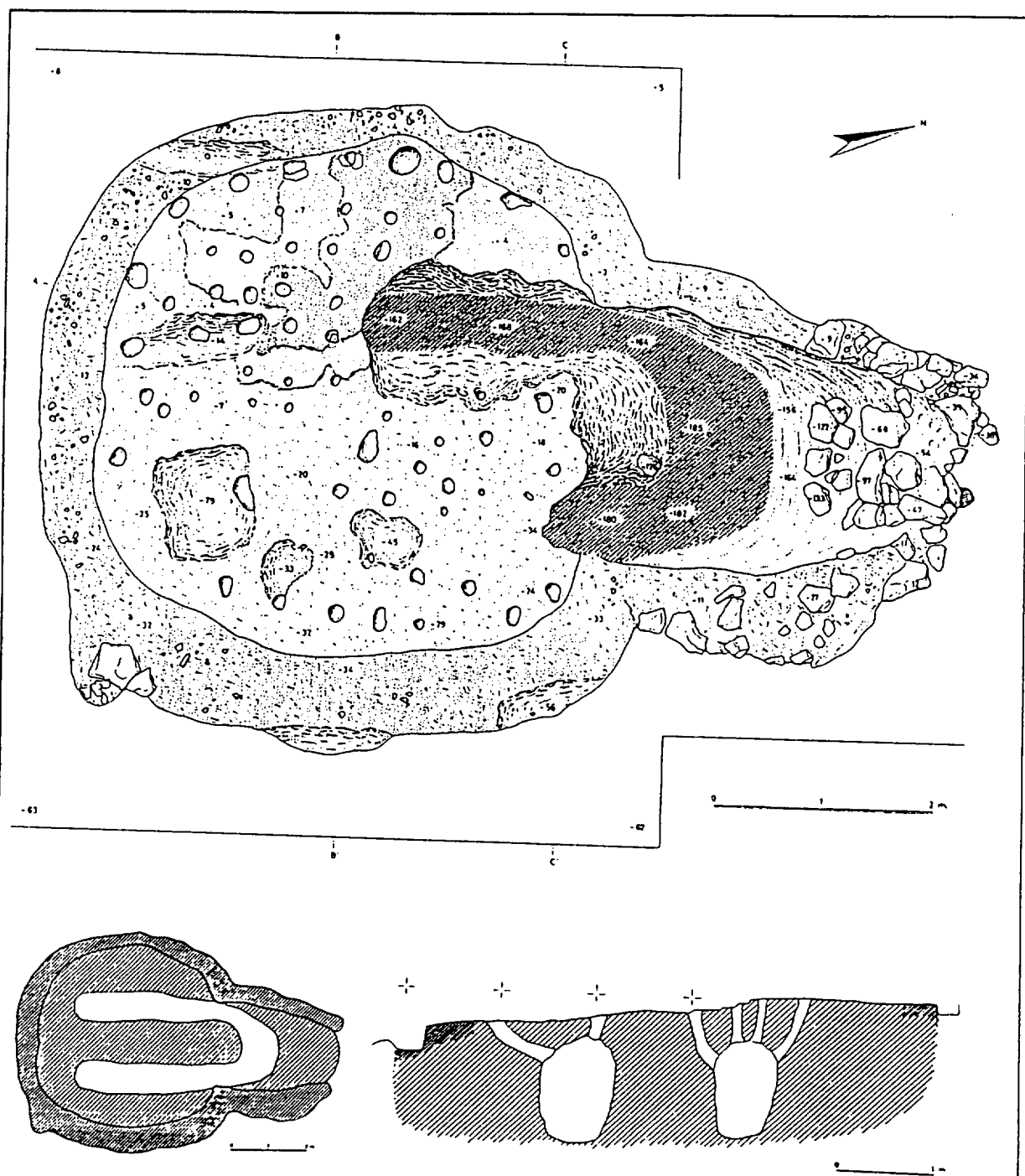


FIGURA 95. Horno cerámico. Carralaceña (Padilla de Duero, Valladolid) (Sanz/Escudero, 1995: 300, fig.11)

## C. PRÁCTICA ESCULTÓRICA MAYOR

Al plantear el origen y la cronología de los verracos, expusimos la idea clásica de entender estas esculturas como préstamo artístico tomado del mundo ibérico, donde la estatuaría zoomorfa adquiere un notorio desarrollo (Chapa, 1985). Así lo ha entendido la mayor parte de la investigación acreditada<sup>50</sup>, y a ella nos sumamos nosotros pero añadiendo un par de consideraciones.

No hay duda de que las representaciones animalísticas del sur cacereño, principalmente el jabalí de Madrigalejo, las muestras de Botija, al menos dos jabalíes más, uno de ellos con una serpiente o culebra bajo la boca, un toro y una efigie de león, y el verraco de Torrequemada (González Cordero *et alii*, 1988: *passim*; López Monteagudo, 1989: 83-89; García Jiménez, 1993) <figuras 96-97>, son las piezas que más emparentadas están en lo geográfico y en lo tipológico con la plástica ibérica andaluza, siendo habitual su paralelismo con ejemplares concretos, por ejemplo los toros de El Cerro de las Infantas de Écija y Alcalá del Río (Sevilla), Montemayor (Córdoba) y Arjona (Jaen), los leones de Baena (Córdoba) o Nueva Carteya, e incluso los jabalíes del monumento turriforme de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete).

Del sur turdetano o tal vez del sureste bastetano-contestano procede el bagaje técnico y los modelos de talla escultórica sobre bloques exentos; o bien los artistas ocasionales que instruyen al artesanado meseteño al servicio de los intereses de los grupos aristocráticos que están personalizando las relaciones comerciales con los agentes ibéricos<sup>51</sup>. Este camino debió abrirse por la franja cacereña en el tránsito del s.V al s.IV a.C. Y a esta vía inicial de influjo escultórico, que podemos definir de aprendizaje importado, sucede una aplicación ya regional y en expansión que con el tiempo parece arraigar con fuerza en la zona interior más propiamente vetónica, la provincia de Ávila, que depara la mayor concentración de verracos, aunque muchos de ellos son de factura tardía o aparecen en

---

<sup>50</sup> Bosch Gimpera, 1932: 539; Fernández Oxea, 1950: 63, 71; Maluquer, 1954: 105; Serrano, 1957; Caro Baroja, 1976: 169-170; Hernández, 1982: 231; Martín Valls, 1985: 118; González Cordero *et alii*, 1988: 29-30; Almagro Gorbea, 1990b: 570; García Jiménez, 1993...etc.

<sup>51</sup> Más matizables nos parecen juicios como el que sigue: "es probable que la colonización escultórica hacia Occidente venga de la mano de los pobladores turdetanos asentados en la zona minera de Tamusia, a donde llegaron siguiendo la vía natural que une los yacimientos mineros de Córdoba con nuestra zona a través de Siruela-Medellín-Botija (...) la única aportación del pueblo ibérico en este sentido fue la de donar sus modelos escultóricos a la religiosidad celta" (García Jiménez, 1993: 305); los subrayados son nuestros.

contexto romanizado. Es decir, si el modelado de la piedra se adquiere por estímulo foráneo, enseguida se ensaya, consolidándose después, con un gusto adaptado a la esencia meseteña en al menos tres sentidos:

- a) el material (uso casi exclusivo del granito, lo cual explica en parte la abundancia de testimonios en la zona abulense)
- b) el formal (los suidos, tan enraizados en la personalidad cultural y económica occidental, ganan terreno a los bóvidos, más característicos de la plástica ibérica, como especie retratada)
- c) el estilístico-ideológico (no se logra, tal vez porque no se busca, el naturalismo meridional; en los verracos prevalece la carga abstracta del mensaje frente al realismo compositivo)<sup>52</sup>.

Finalmente acontece una tercera fase en el proceso de irradiación de los zoomorfos, en un momento ya muy próximo a la presencia romana la talla de verracos<sup>53</sup> parece que se expande en dirección noroeste hacia los ámbitos vacceo, lusitano y astur, donde las figuras presentan un personalidad propia (Taboada, 1949; Martín Valls, 1974-75; Santos-Junior, 1975a; *id.*, 1975b; López Monteagudo, 1986; Martín García/García Diego, 1990). Esta distribución se desenvuelve en una corriente de flujos ya del todo intrameseteños, en la cual se nos antoja que no está ajeno un sentido religioso de frontera. Esto no contradice que desde puntos centrales avileños se sigan dando exportaciones puntuales de material granítico o de animales ya esculpidos hacia la periferia vacceo-zamorana y otras zonas con escasez de recursos pétreos, tal como precisa R. Martín Valls.

Ni que decir tiene que con esto no damos por aclaradas las razones de la dispersión de los verracos por todo el Occidente peninsular<sup>54</sup>. Únicamente nuestra propuesta debe entenderse como la valoración de un proceso de influencia cultural (consistente en la

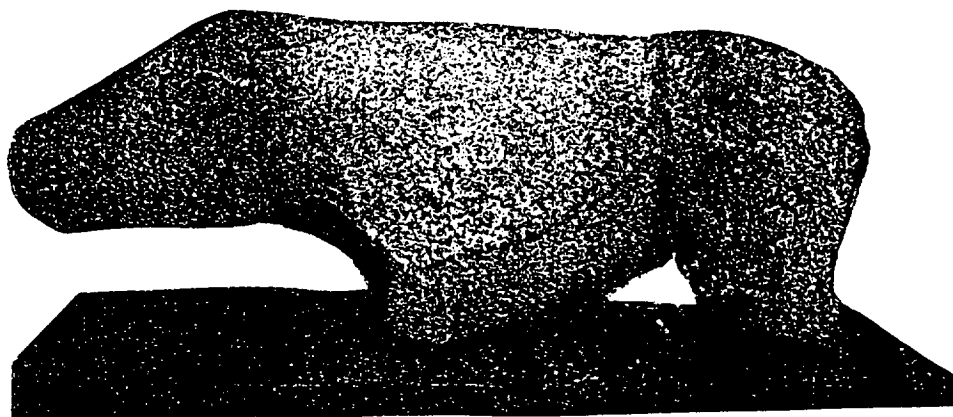
<sup>52</sup> En la interpretación local hacen hincapié Hernández (1982: 231), González Cordero (*et alii*, 1988: 30; González Cordero/Quijada, 1991: 173-175) y sobre todo Fernández Gomez (1986: 973-978) y Blanco (1984: 37-38). Este último somete a crítica el influjo ibérico, en todo caso mucho más conceptual ("simple idea u ocurrencia de plasmar un animal de piedra a partir de un bloque prismático") que formal y sólo para los toros (Blanco, 1984: 36-38); pues por lo demás "los verracos celtibéricos son enteramente autónomos y originales".

<sup>53</sup> Sobre la técnica y el proceso de trabajo de la escultura meseteña los estudios de J.R. Álvarez Sanchís ofrecen interesantes observaciones (Álvarez Sanchís, 1990: 226-227; *id.*, 1993b: 162-164). En opinión de este autor se trata de una actividad especializada, desarrollada probablemente por artesanos a tiempo completo y eslabonada en distintas fases (selección del granito, talla inicial, cincelado, perfilado, selección de detalles, alisado, tratamiento de peanas y soportes...); los costes en la elaboración y traslado de las piezas debieron ser considerables, por lo cual parece acertado pensar en un trabajo generalmente *in situ* junto a las canteras. Resulta de interés comparar estos aspectos con las técnicas escultóricas desarrolladas en la estatuaria ibérica, *vide* Negueruela (1990-91) y Blázquez/Roldán (1994).

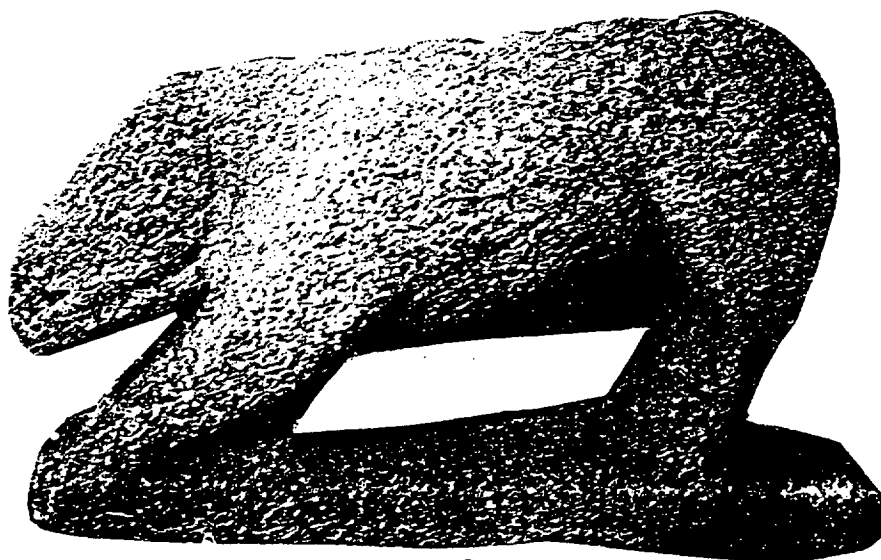
<sup>54</sup> *Vide* la puesta al día que hacemos de su problemática en todos los sentidos, apartado I-1.4 B c- verracos.

adopción de un modelo figurado y de su materialización técnica, inspirados ambos en prototipos ibéricos) que termina por traducirse en una manifestación de singular arraigo regional y que llega a contagiar a otras zonas más al interior.



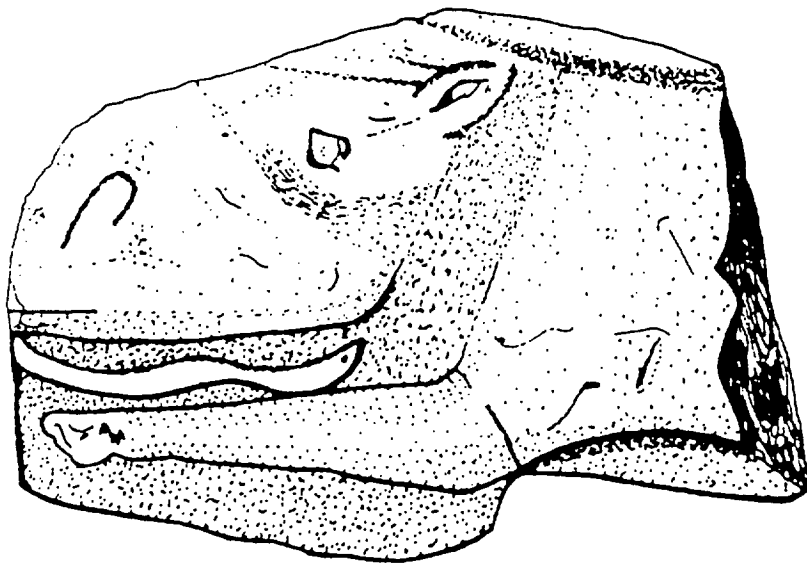


1

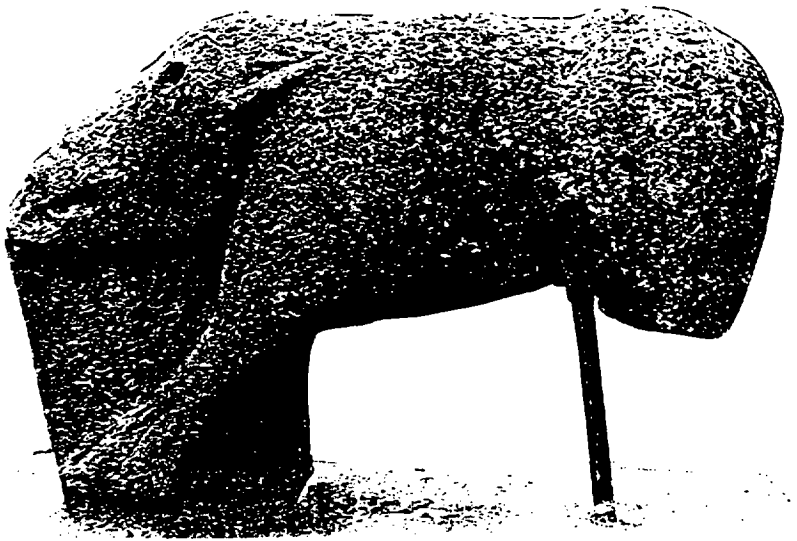


2

**FIGURA 96.** Verracos I: 1- Madrigalejo 2- Botija (Cáceres) (López Monteagudo, 1989: lám.52, nº40 y lám.49, nº130)



1



2

**FIGURA 97.** Verracos II: 1- Botija (García Jiménez, 1993: 307) 2- Torrequemada, Botija (Cáceres) (López Monteagudo, 1989: lám.54, nº150)

## D. TÉCNICAS E INNOVACIONES AGROPECUARIAS

### CULTIVOS AGRÍCOLAS FORÁNEOS: VID Y OLIVO

#### Vid

La uva (*vitis silvestris*) es conocida en la Península como fruto silvestre al menos desde el III milenio a.C.; ello no significa que la producción del vino fuera local ni tan antigua (Díez de Bethencourt, 1978; Walker, 1985). Hoy se asume que el uso del vino llega con los fenicios -introdutores del cultivo industrial de la viña en Occidente-, primero para su propio uso y poco después para intercambiarlo con indígenas tartesios, desde mediados del s.VIII a.C. De este tiempo existen restos de pepitas cultivadas, tal vez sólo como fruta y no como vino, en el Castillo de Dña. Blanca, Puerto de Santa María en Cádiz (Ruiz Mata, 1995). A mediados del s.VII a.C. su uso se introduce hacia el interior andaluz y levantino (primer cultivo autóctono de *vitis vinifera*) de tal forma que en el s.VI a.C. se puede reconocer que las élites indígenas ibéricas ya producían vino local, si bien se seguían importando vinos de calidad mediterráneos, por vía griega y púnica (Celestino, 1995b: *passim*; Guerrero, 1995; un resumen de este proceso en Quesada, 1994b: 108, nota 101). Así se muestra en los hallazgos del Alt de Benimaquía (Denia, Alicante), un importante centro de producción y almacenaje funcionando desde el s.VI a.C. y cuya excavación ha revelado, además de otras evidencias como ánforas y numerosas pepitas de uva, cuatro estructuras interpretadas como lagares (Gómez Bellard/Guerín, 1995). Algo parecido puede suponerse para La Quéjola (San Pedro, Albacete), un hábitat un poco más tardío que el anterior, fechable en el s.V a.C. -aunque el timiaterio hallado aquí fuera de contexto es datado en el s.VI a.C.-, que encaja bien con la idea de centro de almacén vinícola, a pesar de que no se pueda asegurar aun si fue un foco productor de vino (Blánquez, 1993).

En estos procesos de introducción del cultivo vitícola desde el litoral hacia el interior otro pasillo de irradiación es el suroeste, pues desde tierras turdetanas el vino arraiga en la mesopotamia Guadalquivir-Guadiana tal como ponen de manifiesto los materiales de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), en la vía de acceso a la Extremadura media y al límite meridional vetón. El papel que juega el vino en este lugar es interesante para comprender el valor ideológico asociado a la élite social que tiene este

producto importado (*vide* II-2.3 A), al tiempo que funciona como modelo convincente para explicar la llegada de la vid a nuestra región meseteña.

En efecto, en el sorprendente complejo arquitectónico-ritual de Cancho Roano se depositan en esas fechas, probablemente a finales del s.VI a.C. o ya en el s.V a.C., al menos 100 ánforas (5.000 litros de capacidad) de factura local, siguiendo los modelos cerámicos fenicios para el almacenamiento del vino (las famosas ánforas de saco o R-1), con el fin de envasar la producción excedentaria del lugar (Guerrero, 1991). Al abandonarse el edificio (avanzado el s.V a.C.) muchas contenían trigo, habas, cebada, almendras, piñones... etc. V. Guerrero supone que en el s.VI a.C. el poder (jefatura) instalado en Cancho Roano ya produce vino a nivel local que redistribuye en su comunidad, existiendo talleres alfareros especializados para producir envases apropiados para la fermentación de los caldos<sup>55</sup>. El vino sería empleado en las ceremonias culturales que alumbró la cultura material del palacio-santuario, principalmente la vajilla vinaria de factura griega (abundancia de cílicas áticas). Este autor sugiere que algunas partidas de vino pudieron salir del territorio tribal hacia regiones vecinas en calidad de dones de hospitalidad, dotes matrimoniales o intercambios de reciprocidad con otras tribus del interior provocando, en cualquiera de los casos, una difusión regional del vino, suponemos que primero como producto cosechado y preparado para el consumo (caldo envasado) llegando después a difundirse como variedad de cultivo a plantar en otro lugar (cepas, sarmientos...). Agotado el consumo de vino y amortizada la función primaria de los envases, éstos se utilizaron como contenedores de los diversos granos, reservas alimenticias de la residencia del jefe (o pudieran ser reflejo de un tributo en especie). La producción de ánforas locales se interrumpe con la ruina de Cancho Roano, el poder tribal abandona el complejo palacial y periclita la producción económica (Guerrero, 1991; *id.*, 1995: 101-102). Procesos parecidos en la producción vinícola acontecieron en el valle del Guadalquivir en los mismos años que en Cancho Roano (Ruiz Mata, 1995), si no antes, y perduran en el tiempo hasta

<sup>55</sup> "Durante décadas las comunidades indígenas tendrán acceso al vino (producto desconocido entre ellos aun siendo su origen una planta silvestre presente desde antaño en el suelo peninsular) a través de los intercambios redistributivos que sus jefes son capaces de organizar (ss.VIII-VII, foco principal el suroeste andaluz). Algo después, un paso más en el grado de complejidad social permitirá a algunos centros de poder tribal organizar su propia producción (ss.VI-V a.C.; Andalucía y Levante, con prolongaciones hacia el interior: línea Guadiana-submeseta sur oretana-Albacete-Levante interior- Cataluña interior hasta casi el Ebro medio). Estas producciones locales no siempre tienen continuidad, sin que podamos determinar aún sus verdaderas causas. En cualquier caso, el vino no alcanzará la categoría de producto de consumo ordinario hasta época romana" (Guerrero, 1995: 104; el texto comprendido en paréntesis es añadido nuestro).

convertirse en provincia romana sin diagnosticarse la ruptura señalada en el yacimiento de Badajoz con su amortización y abandono.

La reconstrucción del funcionamiento del vino en Cancho Roano realizada por V. Guerrero a partir del material anfórico resulta de gran atractivo y en líneas generales su planteamiento nos parece lógico. No obstante en honor a la verdad se ha de matizar que, por lo que sabemos, en Cancho Roano no hay restos de uva ni estructuras asimilables a lagares, tal vez porque fueran destruidas en alguna de las tres transformaciones que registra el edificio o sencillamente porque todavía no han sido detectadas; tampoco es seguro, aunque sí es probable, que las ánforas contuvieran vino en un primer momento. Aun con todo, vemos factible la transmisión del conocimiento del vino al mundo vetón, y de éste a hacia el norte, a través de enclaves de transición como Cancho Roano y de los sistemas de redistribución y comercio con regiones del entorno ahí desarrollados desde fines del s.VI y hasta el s.IV a.C. Pensamos que tras una primera fase en la que lo que se oferta comercial o diplomáticamente a las comunidades indígenas es el vino como producto de consumo de lujo, en un segundo momento, fechado de forma orientativa a partir del s.IV a.C., también se pudieron difundir las técnicas de cultivo vitícola, obviamente de manera restringida y con posibilidades de éxito local dependientes de factores como la habilidad de los campesinos que inauguran el nuevo cultivo seguramente bajo el control o al servicio de los grupos rectores, el instrumental agrícola empleado y las condiciones medio ambientales. Así, sólo en determinadas zonas meseteñas, las que geológica y técnicamente eran aptas para su cultivo, la fabricación de vino se desarrolló fruto de contactos extracomunitarios.

¿Qué testimonios arqueológicos apoyan esta interpretación? Pocos y dispersos. Lo cual nos obliga a reconocer de entrada que el *prendimiento* del vino que defendemos para la meseta occidental en tiempos protohistóricos fue reducido, al menos en la medida en que lo es su aval documental. Contamos con dos tipos de evidencias. En primer lugar las contadas piezas de vajilla griega asociada al vino, en especial las importaciones áticas de Villasviejas, Pajares, La Osera y Padilla de Duero fechadas *grosso modo* en la primera mitad del s.IV a.C. <figuras 28-31>. Es cierto que su presencia en absoluto significa la circulación de vino entre los individuos más notables que amortizaron estas piezas de lujo en sus sepulturas; en estas cerámicas sólo podemos reconocer una expresión morfológica que teóricamente (en su contexto original heleno) se vincula con el consumo *aristocrático* de

vino. Más fuerza desprenden los hallazgos de fragmentos de ánforas de saco de imitación ibero-púnica que hacen acto de presencia en algunos puntos del Mediodía vetón, principalmente en Villasviejas del Tamuja <figura 43 C>, y recipientes grandes de tipología ibérica como los toneles o barriles idénticos hallados en Villasviejas y El Raso, ya presentados <figura 43 A-B>, adecuados para el transporte y almacenaje de líquidos comerciables, entre los que hipotéticamente podemos incluir los derivados de la uva. Junto al elemento contenedor, la otra evidencia documental es el mismo contenido. Restos de uva claramente identificados sólo se han hallado -que sepamos- en El Raso, lo cual en parte no extraña por las dificultades de conservación de la materia vegetal, si no ha sufrido proceso de calcinación, y por la acidez de los suelos de la región. Concretamente aparecieron varias pepitas de *vitis vinifera* contenidas en un vaso de provisiones de la casa D-9 (Fernández Gómez/López Fernández, 1990: 115, nota 11). Los análisis practicados por la Dra. Hopf<sup>66</sup> revelan que se trata de semillas de distinta formación y poco homogéneas, de una especie bastante primitiva pero sin identificar, de la familia frutal de las *Rosacea*. Podría tratarse de una clase de uva introducida por mercaderes italo-romanos, si bien no hay que rechazar del todo la idea de una cosecha local de vino, pues el cultivo de la vid en esta región parece estar bien constatado al menos desde el s.I a.C. Por otra parte se han encontrado residuos orgánicos en vasos calados de necrópolis vacceas como Las Ruedas o Palenzuela, asociados a otros objetos rituales como los *simpula* (Martín Valls, 1990). La falta de análisis impide saber si se trata de uva, posos de vino o de otros productos naturales (miel, resina, sémolas... etc.).

## Olivo

Un mecanismo difusor similar cabe pensar para la entrada del olivo doméstico en nuestro espacio meseteño. No repetimos lo ya dicho para la vid y nos remitimos a los datos literarios de los que puede extraerse, como observamos en su momento (II-1.4 C), que en ciertas partes al sureste de Gredos, en el occidente toledano, los campos de olivos fueron una realidad relativamente extendida al menos desde inicios del s.II a.C. Sin embargo los restos vegetales conservados son igualmente muy escasos. El olivo (*olea*) ha sido registrado en análisis polínicos de muestras datables en el horizonte soteño del yacimiento de Soto de

<sup>66</sup> Agradecemos al Dr. Fernández Gómez, director de las excavaciones de El Raso, el que nos enviara y permitiera consultar el informe original de la Dra. Maria Hopf del Römisch Germanisches Zentralmuseum de Mainz, con fecha del 26/4/1989.

Medinilla (Valladolid). No se sabe si es olivo silvestre o acebuche (*Olea europea* var. *sylvestris*), de viejo arraigo en el suelo peninsular desde la Edad del Bronce sobre todo en Andalucía y Levante pero no tanto más al norte del Tajo, o lo es ya cultivado (*Olea europea* var. *europea*), en este caso introducido por colonos mediterráneos (Yll, 1995: 366). Casi a título de anécdota citamos la aparición de un único hueso de aceituna dentro de la urna funeraria de la tumba nº 1 de la necrópolis de El Mercadillo, fechada por la cerámica pintada *iberizante* en el s.IV a.C. (Hernández/Galán, 1996: 24). Lo aislado de la muestra hace pensar más en un fruto importado o recolectado que por su singularidad fue introducido como ajuar, que en una costumbre extendida facilitada por la adopción del cultivo de olivos que no está demostrado para este tiempo.

## ESPECIES GANADERAS IMPORTADAS: ASNO Y GALLINA

### Asno

Como es bien sabido, la cabaña asnal es introducida por los fenicios en la Península Ibérica en los primeros siglos del Ier milenio a.C. Aparece pronto testimoniada en enclaves costeros como La Torre de Doña Blanca y otros puntos (Toscanos, Cerro de la Tortuga, Morro de Mezquitilla) en los ss.VIII-VII a.C. desde donde debió irradiarse lentamente hacia el interior a través de los valles del Guadalquivir y Guadiana mediante movimientos comerciales al tiempo que lo hacen otros productos, estilos, y conocimientos que estamos estudiando. Su presencia se extiende desde los ss.V-IV a.C. por Extremadura y la meseta norte (Von den Driesch, 1992; Morales *et alii*, 1994: 40), apareciendo enseguida las variantes asnales fruto de cruces con equinos (mulos, burros, murdéganos, etc.). Son muy pocos los análisis arqueozoológicos emprendidos en yacimientos vetones. Entre los que han sido estudiados, Villasviejas del Tamuja documenta huesos de al menos dos ejemplares (Bustos *et alii*, 1989: 147; Castaños, 1991: 29, 44).

La investigación faunística se ha desarrollado con más insistencia en la cuenca del Duero medio (Morales/Liesau, 1995). El *Equus asinus* está presente en bastantes *oppida* vacceos desde inicios de la Segunda Edad de Hierro, por ejemplo con cierto peso en La Mota de Medina del Campo (donde hace acto de presencia con prontitud a fines del s.VII a.C.) y en El Soto de Medinilla, en este último el número de asnos registrado supera al de

caballos, perros y liebres, pudiéndose hablar para estos asentamientos de una cabaña establecida. Más testimonialmente la especie se muestra en Las Quintanas de Valoria la Buena y en Padilla de Duero, y está ausente en poblados como El Cerro del Castillo de Montealegre y La Era Alta de Melgar de Abajo (Morales/Liesau, 1995: 481-482) <figura 23>. En el sector oriental vacceo el asno aparece también en Roa de Duero (Sacristán, 1986a: 216-217; Estévez, 1986; Castaños, 1986). Al parecer, una vez adoptado por las comunidades del centro peninsular a mediados del Ier milenio a.C., el asno es utilizado pronto como animal de carga y transporte.

## Gallina

De nuevo estamos ante una especie asociada al mundo fenicio (Hernández Carrasquilla, 1992). El sur peninsular representa la vía tradicional de introducción de este ave (*Gallus gallus*). Las cronologías más antiguas son las de La Torre de Dña. Blanca, en Cádiz, Toscanos y Cerro de la Tortuga en Málaga, que alcanzan los ss.VIII-VI a.C. (Hernández Carrasquilla/Jonsson, 1994: 85-86). A partir del s.V a.C. y sobre todo en los ss.IV-III a.C. su presencia se multiplica. Parece que en los primeros momentos de su introducción, estas aves en lugar de ser tenidas por bienes de consumo regular, eran utilizadas como elementos cultuales en ritos religioso-funerarios, tal y como se cumple en la necrópolis vaccea de Las Ruedas. Camino del interior y especialmente en el Levante la presencia de esta especie está comprobada, no sólo por restos óseos sino también por cáscaras de huevo. Éstos son depositados en algunos hábitats, caso de Peña del Moro, Azaila o Cabrera de Mar y en necrópolis como Turó del Pins, donde tres tumbas los identifican. Otra vinculación funeraria de las gallináceas es el hecho de su aparición en pozos votivos ligados a ritos fundacionales de estructuras de habitación, como al parecer son los casos de las tres gallinas de El Amarejo o los indicios de Castellet de Berbabé. Una vía simultánea a la meridional en la penetración de la gallina hasta la meseta es el paso por el Pirineo Occidental. Traída a la Galia por comerciantes griegos, este ave de corral podría haberse difundido desde fines del Primer Hierro hacia la Península Ibérica por el sur francés, donde se encuentran restos de galliformes en varios yacimientos aquitanos, como por ejemplo Veille-Toulouse. En territorio peninsular se identifica en La Hoya (Álava) -un esqueleto de gallo asociado a un nivel estratigráfico datable entre 450-350 a.C. Más al sureste, de Santa Ana (La Rioja) proceden nueve huesos de gallinas fechables en el s.IV a.C. En Soria se constata la presencia de este animal en los castros del Primer Hierro de



Zarranzano y Fuensauco, y en Ucero, ya en la Segunda Edad del Hierro. También se documenta su presencia en el Hierro II en El Cerro Redondo de Fuente del Saz del Jarama (Madrid), yacimiento carpetano al que arriba la gallina por sus contactos con el mundo ibérico (Bellver, 1995: 516; Hernández Carrasquilla, 1992).

Tocante a la meseta occidental, además de estar presente en algunos castros extremeños como Fuente de Cantos (Badajoz) y Villasviejas del Tamuja (Castaños, 1991: 29, 55), la gallina se documenta en niveles celtibéricos del Soto de Medinilla (Morales/Liesau, 1995: 497) y, muy señaladamente, en depósitos u ofrendas faunísticos de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), con ocho ejemplares completos y otros tantos restos parciales (sepulturas 29, 31, 50a y 52) (Bellver, 1995: 516). En esta estación vallisoletana se percibe perfectamente el sentido ritual y funerario de esta avifauna, además de por argumentos ideológicos que se nos escapan, por la enjundia que denota su carácter exótico<sup>57</sup>.

## OTROS CONSUMOS NO LOCALES: PECES Y MOLUSCOS

Para concluir este capítulo vamos a mencionar la presencia de otra fauna alimenticia foránea en el espacio meseteño. Entre los peces sobresale la constatación del salmón (*Salmo salar*) en El Soto de Medinilla, donde se han hallado varios fragmentos de un ejemplar en la fase Soto I. Los expertos opinan que es difícil que esta especie remontara los ríos septentrionales hasta el valle del Duero para desovar, de hecho pocas veces supera la costa cantábrica; por ello su presencia en tierras vacceas podría deberse al comercio con el litoral atlántico portugués o cantábrico, aunque quizá también a una pervivencia de la especie en la zona ante un cambio climático que trajera consigo un enfriamiento de las aguas marinas y que obligara a los peces salmónidas a alcanzar cuencas hidrográficas más interiores, caso del Pisuerga que debió ser en tiempos protohistórico más caudaloso y estar

---

<sup>57</sup> Según J. A. Bellver, la gallina aparece en la plástica de algunos objetos de ajuar de Las Ruedas; en concreto la presentación de un ave picoteando el suelo entre dos verracos que aparece en un pomo metálico recuperado en la sepultura 32 de Las Ruedas (Romero/Sanz, 1992: 470) correspondería a una gallina, por su clara vinculación con el ritual funerario padillense (Bellver, 1995).

En relación al sentido cultural o religioso de las gallináceas en los contextos protohistóricos peninsulares, D. Ruiz Mata (en comunicación personal) sostiene que entre los restos de estas aves recuperados en la Torre de Doña Blanca aparecen principalmente espolones, que él considera testimonio de costumbres similares a las tradicionales peleas de gallos.

más oxigenado (Morales/Liesau, 1995: 498). Por otra parte, en La Mota de Medina del Campo se ha identificado un premaxilar de dorada (*Sparus aurata*); una especie marina que al verificarse en la meseta está escondiendo un transporte a larga distancia, aunque es imposible precisar el foco litoral de procedencia, pues la dorada se distribuye por toda la costa ibérica, si bien es más frecuente en la costa meridional constatándose en yacimientos fenicios de la bahía de Cádiz (Roselló/Morales, 1994: 116). La pieza de La Mota presenta una perforación, lo que lleva a pensar en un objeto ornamental o cultural más que en un consumo alimenticio (Morales/Liesau, 1995: 498-499). Tal vez algo parecido deba aplicarse al colgante perforado realizado sobre una vértebra de pez recientemente aparecido en la tumba 102, sector Las Guijas B de la necrópolis de El Raso (Fernández Gómez, 1994), pero ignoramos si corresponde a una especie marina o fluvial.

También en La Mota se han recuperado restos de moluscos marinos. Su superficie presenta una erosión hídrica y por tanto su función sería de tipo ornamental, ritual o tal vez la de actuar como recipiente de algún perfume o aceite. Los mismos moluscos son frecuentes en yacimientos costeros del sur, caso de La Torre de Doña Blanca (Moreno Muño, 1994: 157). De los hallazgos de La Mota destaca la presencia de un tipo de caracol gasterópodo marino de la familia de los muricidos, la cañailla basta o busano (*Hexaplex trunculus*), bien conocido por su aprovisionamiento de púrpura. Es un nuevo indicio de contactos entre gentes vacceas y pueblos del litoral, probablemente del sur andaluz, quizá ahora en relación con la comercialización de productores de tinte (Morales/Liesau, 1995: 499).

## **II-2.3 ADAPTACIONES IDEOLÓGICO-CULTURALES**

Además de como evidencias materiales directas y como aplicaciones de carácter técnico y económico, los estímulos externos se dejan notar sobre otro importante campo de desarrollo de las comunidades locales. Nos estamos refiriendo a la adaptación de pautas ideológicas o culturales foráneas que ineludiblemente traen consigo una repercusión social en los marcos internos en que se produce. Habida cuenta que se pueden tantear a través de reflejos arqueológicos, incluimos su tratamiento en esta tercera sección de fuentes arqueológicas de contacto. No se trata ya tanto de un análisis material, sino de aprehender el efecto que tiene la particular aceptación de corrientes ideológicas de otros ámbitos culturales en el devenir de las sociedades meseteñas. Somos conscientes de las dificultades de este tipo de aproximaciones y, por ello, advertimos del carácter difuso y teórico que puedan contener las siguientes líneas.

### **A) ARISTOCRATIZACIÓN Y ACULTURACIÓN: DATOS PARA UN DEBATE**

La documentación vertida hasta ahora nos permite disponer de suficientes pruebas para afirmar que la sociedad de los pueblos que estamos estudiando, si cabe con mayor expresión en el grupo vetón, se transforma gracias a los contactos que tiene con otras gentes. En particular creemos que de alguna forma las relaciones comerciales y diplomáticas que los meseteños trazan con gentes del mediodía y sureste ibéricos propician una aceleración en el proceso de diferenciación social y, formando parte de lo mismo, una *aristocratización* del grupo que está a la cabeza de sus respectivas comunidades. ¿Por qué? En primer lugar porque son estos individuos minoritarios los que por su situación económica y política privilegiada dirigen los mecanismos de contacto con el exterior (*vide* III-3); en segundo lugar porque de la interacción con el exterior extraen frecuentemente un atenuante de su poder en forma de beneficio, regalo, concesión o botín, que hacen a estos personajes prestigiosos y excepcionales entre sus gentes, de las cuales paradójicamente se van distinguiendo cada vez más. Vamos a ver algo de esto atendiendo al registro funerario que nos proporciona señales para comprobar este proceso.

Recopilando ideas esbozadas diremos que la posesión de elementos exóticos (armas, cerámicas, adornos, joyas...) es un rasgo de riqueza, y que éstos, como ya hemos visto, aparecen en un número muy determinado de sepulturas dentro de las necrópolis. La preeminencia de los individuos ahí enterrados queda resaltada no sólo por la calidad y el número de piezas de ajuar, entre las que las armas juegan un papel principal, sino también por la estructura de algunos enterramientos y por la connotación ideológica de alguno de los objetos importados que acompañan al difunto<sup>58</sup>.

Empecemos por lo último, volviendo sobre temas ya abiertos. Independientemente de que fuera un producto cultivado en la meseta en tiempos prerromanos o no, el vino es un claro elemento alóctono, mediterráneo, que como enseña aristocrática de alcance restringido está presente en algunos episodios de la vida de los grupos de poder de las comunidades meseteñas, tal como hemos ido mostrando. Acabaría por integrarse en el *modus vivendi* de la élite nobiliaria junto a fórmulas sociales y componentes culturales más marcadamente aborígenes, caso de la guerra, las armas, los duelos, la caza, las fiestas de mérito, los banquetes funerarios, los regalos, el privilegio, la hospitalidad, las clientelas militares, etc. Un ejemplo más de adaptación de un elemento ajeno en el seno de costumbres tradicionales, susceptible de ser interpretado como un instrumento de gradación socio-política<sup>59</sup> (Estrabón, III, 3, 7). Para nuestro escenario de análisis ya hemos

<sup>58</sup> Incluso podría haber un tercer nivel de análisis de muy difícil percepción: la asimilación de rituales funerarios propios de culturas mediterráneas. Algo de ello se encuentra en los clásicos referido al occidente de la Península, concretamente en el relato del conocido episodio del duelo fúnebre celebrado en honor de Viriato (Diodoro, XXXIII, 21; Apiano, *Iber.*, 75), con ingredientes claramente mediterráneos remontables a la tradición homérica (inmolaciones sobre la pira, desfiles, lucha de gladiadores y devotos, cánticos de honor, banquetes funerarios sobre el túmulo, etc.), y que se conservan parcialmente en los funerales de los emperadores romanos (Arce, 1988). Claro está que las fuentes que transmiten esta información son griegas, y que describen los acontecimientos desde su prisma ideológico. Bajo nuestro punto de vista conviene poner freno a la interpretación mediterraneizante en este terreno, porque no hay datos fiables para asumirla; en todo caso se constata la presencia de elementos exóticos aislados en costumbres mortuorias indígenas, como puede ser el caso de la gallina como ofrenda característica del ritual funerario de Las Ruedas (Bellver, 1995).

<sup>59</sup> Vide apartado II-1.4 B (vino), Domínguez Monedero (1995a) y Quesada (1994b; *id.*, 1995) que analiza la difusión social del vino en la cultura ibérica. Consideramos las reflexiones de este último autor adaptables a la meseta occidental con lógicas modificaciones (entre otras un retraso cronológico impuesto por la diferencia geográfica y cultural): "El fenómeno de extensión en el uso del vino, a partir de unos comienzos claramente exclusivistas, principescos o incluso monárquicos, evolucionaría ligado a la producción local hacia un modelo de redistribución por grupos aristocráticos hacia colectivos de hombres libres guerreros, según indican los ajuares de las necrópolis del s.IV a.C. (...) parece probable que el vino fuera un producto inicialmente -ss.VIII/VII a.C.- reservado a los grupos aristocráticos más altos, cualquiera que fuera la forma que éstos tomaran. También es probable que con los indicios de la producción indígena del vino, y a partir del s.V a.C., su uso fuera extendiéndose a grupos libres inferiores, quizá guerreros-campesinos, por una combinación de mayor disponibilidad del producto y de fenómenos de redistribución y de emulación (...) el vino sería utilizado como medio de cohesión social en torno a grupos dirigentes que regularían su distribución en funerales, fiestas de mérito u ocasiones similares, generando una deuda ante la imposibilidad de reciprocidad por parte de los invitados a tales fiestas, que deberían entonces contribuir en forma de trabajo o prestaciones militares. En el s.IV la aristocracia se distancia más mediante la acumulación, la ostentación de armas y la capacidad de redistribución. (...) La bebida, el banquete y el *ethos* militar eran también elementos e instituciones asociadas en la belicosa aristocracia íbera de los ss.V-III a.C." (Quesada, 1984b: 116, 120).

dicho que las evidencias materiales de consumo de vino no son ni muchas ni definitivas, pero sí se pueden utilizar como testimonios en esta línea la vajilla griega que encontramos en contados contextos meseteños y otras piezas de carácter ritual y nobiliario como los *simpula* (Martín Valls, 1990), las urnas crateriformes ibéricas de la necrópolis de El Mercadillo, el cúmulo de vasitos y platos de ofrendas de algunos cementerios (Las Ruedas, la Coraja, El Raso), la figurilla etrusca de El Raso con un tema simposiasta<sup>60</sup> ..., elementos asociables parcialmente a este tipo de prácticas.

En nuestra opinión el flujo de la carga ideológica del vino podría llegar al espacio vetón desde el inmediato meridional, el centro de Cancho Roano en la transición del mundo túrdulo-oretano, donde los testimonios del vino son más que significativos; desde Vetonia y en dirección norte arribaría al mundo vacceo, aunque no hay que descartar otras vías de procedencia especialmente para la cuenca central del Duero. Algo parecido se podría decir del caballo y del ideal aristocrático que desprenden los contextos meseteños que registran su testimonio. También en el mundo post-orientalizante de Cancho Roano el équido está sobrerrepresentado, y de ahí pudieron tomar las gentes vecinas del interior ciertos préstamos en la valoración del caballo, o mejor en la manera de expresarlo, aun siendo éste un animal partícipe desde antiguo de las formas de vida de aquellos indígenas<sup>61</sup>.

---

En las sociedades indígenas de Iberia el banquete pudo funcionar como acto ceremonial a través del cual se consolidan ordenamientos sociales, por ejemplo la *devotio*, los enlaces matrimoniales de altura o los actos de hospitalidad; no sería extraño que en estas ceremonias magnas el vino jugara un papel singular, cosa que hasta cierto punto podemos ver representado en el jarro de Montealegre. En relación al consumo del vino como acto social de participación colectiva (por ejemplo la boda de un jefe local), señala Quesada (1994b: 117): "estamos ante una consumición de carácter privado aunque masiva y controlada por un personaje que es el dirigente político de una comunidad o incluso de una entidad política de importancia. Sin embargo este tipo de banquete puede generar una deuda, si no es ocasional como una boda, sino periódico y frecuente; se generará así un grupo social dependiente y ligado a un jefe, simbólica y nutricionalmente, por estos banquetes; sus consecuencias podrían afectar entonces al terreno de lo político". En conclusión, el vino en la meseta occidental es un bien escaso, exótico y valorado que establece, junto a otros factores, una dependencia jerárquica y económica, y que funciona en ambientes ceremoniales adaptado a hechos sociales y rituales probablemente ya establecidos, a los que acaba transformando siquiera exteriormente. Es un elemento de aculturación.

Hay interesantísimos paralelos de este mecanismo en el mundo galo, muy bien estudiado por Dietler (1989; *id.*, 1990; *id.*, 1992) y Bouloumié (1988; *id.*, 1992), con reflejos en las fuentes clásicas (Posidonio en Ateneo, IV, 36 y 152; Diodoro, V, 26, 2-3); ver el punto III-1.2.

<sup>60</sup> Vide nota 32.

<sup>61</sup> "El registro funerario, como lectura que confirma ese ennoblecimiento de ciertos grupos minoritarios, recoge en los ajuares más notorios elementos relacionados con el caballo (arrees, bridas, molares y huesos de équidos, figurillas con representación equina, etc.). Igualmente su imagen está presente en joyas, plástica escultórica y cerámicas decoradas poco comúnmente. Dichos testimonios materiales demuestran que este animal constituye un elemento de jerarquización y de idealización aristocrática. Las raíces de este fenómeno en la meseta occidental quizá haya que buscarlas, como préstamo cultural, en el ámbito meridional, y desde allí en puntos intermedios como Cancho Roano donde el caballo, como ya se dijo, goza de una consideración especial. En clara asociación con esta lectura social, el caballo también denota una fuerte connotación política como elemento militar. Hasta tal punto es representativo su papel que la imagen del caballo parece tomar un carácter de estandarte simbólico de una comunidad, como la

El tercer elemento en esta relación es el armamento, en concreto las armas que hemos considerado exóticas (II-2.1 B). Las falcatas, las espadas de frontón, los discos-coraza, ciertos broches de cinturón de tipo ibérico ..., o espadas de antenas atrofiadas, puntas de lanzas y puñales forjados en talleres meseteños pero con esmeradas decoraciones *celto-mediterráneas* a base de damasquinados en oro, plata y cobre, son, qué duda cabe, bienes de estatus con un significante especial<sup>62</sup>, más notorio aun cuando las piezas se corresponden con regalos, compras o botines venidos de fuera. Nos llaman la atención ciertas asociaciones *nobiliarias* de las que forman parte estos componentes ideológicos o materiales externos que estudiamos, producidas con gran particularismo en la meseta occidental. Por ejemplo el consorcio falcata-caballo, del que son buenos exponentes la sepultura nº 370 de la zona VI de La Osera (que depara en su ajuar falcata y arreos de caballo) <figura 46> o la conocida cerámica pintada de La Coraja <figura 37 A.1>. Son dos ejemplos, pero proporcionalmente la asociación de estos dos elementos se muestra más claramente en esta zona meseteña que en el mundo ibérico, donde la falcata se asocia casi en exclusividad a los infantes siendo muy poco significativa su vinculación con la “caballería” (Quesada, 1992: 234-238; Kurtz, 1992: 213-215). Ello nos lleva a considerar que hasta cierto punto en la meseta occidental la falcata -y otros productos exóticos- tienen una carga más *luminosa* (entendiéndola en términos de destacamiento y diferenciación) que en sus zonas de procedencia, precisamente por ser algo que viene de fuera y que está presente en cantidad y situaciones muy restringidas. Es una manera de decir que la aristocratización meseteña se manifiesta con la *barbarización* de lo ibérico<sup>63</sup>.

---

iconografía monetar de las cecas *celtibéricas* o los grabados murarios de algún *oppidum* vetón, ilustran” (Sánchez Moreno, 1995-96: 224).

<sup>62</sup> El sentido simbólico-representativo de las armas ha sido defendido con fuerza por Kurtz (1987: 18, 31). Con base en el estudio de la necrópolis de Las Cogotas, para este autor el arma indica el rango social del individuo por encima de su dedicación profesional a la guerra. Vide también Baquedano/Cabré de Morán, 1997.

<sup>63</sup> Desde una perspectiva aculturadora, viendo en el término *barbarización* la idea de interpretar localmente algo tomado de fuera (por tanto, alterando o deformando su sentido original), que acaba por articularse en un sistema indígena, en el que sin duda ya hay de antemano síntomas de jerarquización social (aculturación diferencial de las élites). Aun así y a pesar de tener una aplicación extensa por parte de la moderna investigación anglosajona, los conceptos *bárbaro/s* y *barbarización* siguen llevando implícito un matiz peyorativo o al menos etnocéntrico, sobre todo cuando se introducen en análisis comparativos con otros polos culturales principales. Queremos escapar de este prejuicio eventual, y por ello quizá sea más afortunado expresar nuestra idea con el término *indigenización* -o el de *mesetización*- (de lo ibérico), en lugar del consabido de *barbarización*.

Salvando las distancias cronológicas, culturales y geográficas, y tomándolo sólo como un elemento integrante -no la razón única- de la evolución de un pueblo, el contacto con el mundo ibérico y sus efectos culturales en el desarrollo meseteño occidental puede ser un fenómeno paragonable en algún sentido con lo que la investigación heterogéneamente da en llamar *helenización* del mundo ibérico. Para esto último, desde distintas perspectivas, Olmos (1985); Almagro Gorbea (1988); Blázquez (1990b; *id.*, 1994); Domínguez Monedero (1984b; *id.*, 1995a); Chapa (1986); Rouillard/Villanueva-Puig (1987); Jaeggi (1996), y las Actas del Congreso *Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad* publicadas en *Huelva Arqueológica*, 13 (I-II), 1994.

Seguimos con el mundo funerario, pero pasamos del fondo a la forma de los enterramientos. En el debate que estamos planteando sobre la aristocratización de la élite meseteña y el peso en lo mismo de estímulos foráneos, damos cabida a otro elemento: las estructuras tumulares.

Se ha indicado repetidas veces que la meseta occidental (en particular el espacio vetón cuyo conocimiento funerario es más extenso que el vacceo), descubre en algunas de sus necrópolis más importantes túmulos pétreos de esta categoría: así, La Osera<sup>64</sup>, El Mercadillo<sup>65</sup> y Las Guijas B de El Raso<sup>66</sup> <figuras 98-102>.

El hecho de que unas tumbas se rematen con plataformas exentas y otras no marca una lógica diferenciación. Si a la obviedad de este dato añadimos el que a las sepulturas que se protegen, delimitan y señalizan con túmulos, empedrados o canchales les

---

Por otra parte estamos de acuerdo con los matices de intermediación y bidireccionalidad que introduce A. Domínguez Monedero en el análisis del contacto greco-ibérico: "Lo que llega hasta las regiones interiores de Iberia no es la cultura griega, sino la cultura que aquéllos de entre los iberos que se hallaban en contacto más directo con los griegos desarrollaron; y en estas regiones internas la recepción de tal cultura a la que podríamos llamar ya *ibérica* da lugar a una *iberización* en la que nuevos componentes enriquecen y matizan lo que se ha recibido. Pero como este proceso no es unidireccional sino que, como los intercambios económicos a los que acompaña, es multidireccional, los enriquecimientos y, podríamos decirlo así, la *retroalimentación* es permanente y constante" (Domínguez Monedero, 1993: 67).

<sup>64</sup> La distribución de estructuras en La Osera es la siguiente: la zona I tenía treinta y siete túmulos de distinta forma (Baquedano/Martín Esparza, 1995), la zona II un gran túmulo ovalado y cuatro amorfos, la zona III varios túmulos y un extenso empedrado informe con setenta y ocho sepulturas en su superficie, la zona IV varios túmulos empotrados en un extenso empedrado amorfo, sobre éste sesenta y dos tumbas, la zona V, la más extensa, más de treinta túmulos y muchas sepulturas fuera de ellos (con una cifra total de enterramientos superior a los ochocientos), y la zona VI once túmulos de diversos tamaños (ocho más o menos redondos, dos ovalados -el D y el E-, y uno cuadrado -el C-), una zona de empedrado amorfo y una parte rocosa sobre la que se colocan sepulturas, o entre sus grietas; de los túmulos de la zona VI "cuatro no han dado de sí ninguna sepultura (fenómeno ya observado en otras zonas de la necrópolis), otros encerraban un solo enterramiento (el 509 y el 514 del interior del primer lienzo de la muralla), otros, dos sepulturas (así el A y el C, que por cierto las tenía debajo de las piedras grandes de su contorno y el de la sepultura 270). El túmulo D contenía diez enterramientos, y otros cuatro debajo de su contorno, y el mayor ovalado E (que mide 7 m. por 5,30 m.) treinta y ocho sepulturas, algunas debajo de las piedras de su borde" (Cabré *et alii*, 1950: 60-61) <figuras 98-100>. Los enterramientos se distribuyen alrededor de estas estructuras de piedra, unos en su interior, otros en la parte más superficial de los túmulos, otros por los pasillos y empedrados más amorfos y muchos más por la periferia constituyendo simples hoyos. El gran túmulo E pudo marcar el inicio del uso funerario de la zona VI a inicios del s.IV a.C., distribuyéndose con el tiempo el resto de túmulos y sepulturas a su alrededor, acaso en señal de dependencia o asociación jerárquica (Cabré *et alii*, 1950: 163).

<sup>65</sup> Siete empedrados en total (A-G) con plantas diversas (cuadrangular, circular, semicircular o totalmente irregular). Cada uno de ellos custodia un único depósito funerario, a excepción de las estructuras A y B que comprenden dos enterramientos cada una; el resto de enterramientos se concentran en el entorno de los túmulos, con dirección suroeste (Hernández/Rodríguez López, 1990; Hernández/Galán, 1996: 18-20, 83-84) <figura 101>.

<sup>66</sup> Datos inéditos. Se han hallado seis túmulos (A-F), bastante irregulares. El túmulo A, el más septentrional, presenta dos tumbas (110 y 111) sin cremaciones ni ajuar cerámico, pero con armas y adornos; el B es el más antiguo y tiene diez enterramientos, de ellos uno principal -tumba 78- con destacadas piezas exóticas <figura 102>; el C presenta la cobertura más compleja y elaborada a base de varias capas de piedra y un espacio rectangular en el centro perfectamente definido, con nueve tumbas; el D contiene tres tumbas; los túmulos E y F son plataformas poligonales con una sepultura cada una. Entre estas construcciones se dispersan el resto de enterramientos (Fernández Gómez, 1994).

corresponden los ajuares más ricos, hallamos otra pauta de distinción social manifiesta. Tal relación no se cumple siempre (Cabré *et alii*, 1950: 62; Baquedano/Martín Escorza, 1995: 35), pero sí es esa la tendencia general<sup>67</sup>.

Las estructuras tumulares están igualmente presentes en otras necrópolis meseteñas del sector oriental<sup>68</sup>, desde momento anterior al tiempo en que aparecen en la región occidental, pero son sobre todo características del ámbito ibérico<sup>69</sup>. El origen de las construcciones tumulares ha sido tema de discusión historiográfica y aunque no está claro del todo, parece que hay que pensar en dos corrientes de influencia (Cerdeño, 1992: 488-489): a) una de tipo local que responde a tradiciones de la Edad del Bronce afectada por los Campos de Urnas que también incorporan estructuras tumulares, visible en los ejemplos más tempranos del valle del Ebro y del sector oriental de la meseta, y b) otra más ajustada a nuestra zona, que deriva de la interpretación de monumentos sepulcrales realizada por

<sup>67</sup> Ejemplos palmarios: se comprueba en las tres sepulturas de la zona VI de La Osera quizá más indicativas para el objetivo de nuestro estudio (la 350, con las plaquitas de plata representando escena acuática y dos calderos, y la 370 que deparó una falcata, se sitúan en la base del gran túmulo ovalado E; la sepultura 394 igualmente con falcata se encontraba bajo las piedras del foco o empedrado f que quedó soterrado por la construcción de la muralla exterior del *oppidum*). También son ajuares sobresalientes los de los dos únicos enterramientos contenidos en sendos túmulos circulares bajo la muralla de La Mesa de Miranda (números 509 y 514, por cierto el segundo de ellos con un juego de utensilios para el fuego -dos pinchos o asadores, tenazas, trébedes y un morillo). Asimismo en Las Guijas B de El Raso, donde las sepulturas con ajuares más valiosos se incluyen en los túmulos (la n.º 78 orientalizante en el túmulo A; las 82, 83, 88, 101 y 102 en el túmulo C).

<sup>68</sup> Los túmulos de Pajaroncillo (Cuenca) de la primera Edad del Hierro (Almagro Gorbea, 1973). De algo después son las estructuras tumulares de la necrópolis celtibéricas de Sigüenza en Guadalajara (Cerdeño, 1981b), poco definidas, que ofrecen un par de sepulturas en su interior con armas de hierro (cuchillos, puntas de lanza, regatones, *pilum*...), además de fíbulas y otros objetos de adorno (s. VI a.C.). La autora asocia estas construcciones funerarias con influencias centroeuropeas de Campos de Urnas llegadas a través del valle del Ebro. En un tiempo paralelo al de nuestro análisis, la necrópolis celtibérica de La Yunta en Guadalajara, recoge seis estructuras, la mayoría de planta cuadrangular y rectangular, aunque también ovales que agrupan de dos a cinco enterramientos; se fechan en el s. IV a.C. (García Huerta/Antona, 1988). También se documentan en la necrópolis de La Umbria, en la de Palomar Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo) (Ruiz Zapatero/Carroble, 1986; Carroble/Ruiz Zapatero, 1990) y en la de Alconchel en Cuenca (Millán, 1990), estas últimas en un ambiente carpetano muy iberizado. *Vid.* en último lugar Pérez de Ynestrosa (1995). Según este autor las estructuras tumulares desaparecen en la meseta oriental al inicio de la fase Celtibérica Plena, si bien en La Yunta se vuelven a dar algo después debido a la influencia ibérica; en otro orden de cosas precisa que "a través del estudio de las necrópolis tumulares se puede vislumbrar un cambio en la sociedad celtibérica que se refleja en la forma de enterramiento, en el tipo de ajuar que se deposita en la sepultura y en la forma de realizar el ritual de la cremación. Este cambio social, posiblemente en relación con las influencias que llegan a la zona procedentes del mundo ibérico, podría conectarse en la ruptura de la sociedad gentilicia y el surgimiento de la sociedad en torno a las ciudades y, tal vez, en los orígenes del estado" (Pérez de Ynestrosa, 1995: 225).

<sup>69</sup> La Albufereta (Tossal de Manises, Alicante), El Molar (San Fulgencio-Guardamar del Segura, Alicante), Cabezo de Lucero (Guardamar del Segura, Alicante), Corral de Saus (Mogente, Valencia), Estacar de Robarinas y Baños de la Muela (Cástulo, Jaén), Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén), El Cigarralejo (Mula, Murcia), Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia), Los Nietos (Cartagena, Murcia), Coimbra del Barranco Ancho (Murcia), El Tesorico (Agramón-Hellín, Albacete), Casa del Monte (Valdeganga, Albacete), Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete), El Tolmo de Minateda (Minateda, Albacete), Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)..., etc. Véase, Blázquez (1988; *id.*, 1990a: 339-384; *id.*, 1992); Cuadrado (1984: 135; *id.*, 1987: 30-35), que cambia su postura en relación a una corriente celtista desde la meseta hacia el sureste que planteó inicialmente para el origen de las cubriciones tumulares (Cuadrado, 1952); García-Gelabert/Blázquez (1992); García-Gelabert (1994: 282); García Cano (1992).



los íberos del sureste a partir de los prototipos funerarios introducidos por los grupos colonizadores en las zonas costeras desde los ss.VII-VI a.C.

Pensamos que el uso de estructuras de cubrición más o menos complejas en el territorio vetón responde a la adaptación local de modelos ibéricos, un patrón de referencia facilitado por la comunicación desplegada entre ambos pueblos<sup>70</sup>. Las realizaciones meseteñas son mucho más sencillas que las ibéricas, pero reiteran la idea de que la absorción de un modelo cultural exterior trasluce, otra vez en el campo de expresión funeraria, la depuración de la sociedad local que lo exhibe.

Un proceso parecido es el que parece vislumbrarse en la zona II de la necrópolis de Pajares, no con el uso de estructuras tumulares pétreas que todavía no han sido reconocidas con claridad, sino con la disposición de sepulturas en túmulos de tierra parcialmente artificiales; un uso que puede responder a la adopción de modelos de inspiración meridional<sup>71</sup> (Celestino *et alii*, e.p.).

Para cerrar este punto vamos a tomar en consideración una manifestación ciertamente interesante, la existencia dentro de las construcciones tumulares de sepulturas vacías sin restos humanos, pero en ocasiones con ajuar mueble de gran resalte. Al principio este fenómeno se explicó como efecto de la desaparición de cenizas y huesos por distintos procesos, pero a nuestro entender tal práctica obedece a una razón precisa y lo que no ofrece dudas es que se trata de *tumbas* intactas, sin señales de violación y sin restos funerarios, no porque las cenizas fueran depositadas directamente en el suelo sin recipiente contenedor alguno dispersándose hasta hacerse muy difícil su reconocimiento (como ocurre en varios casos, pero de los que siempre queda algún tipo de huella o mancha

<sup>70</sup> Recordamos en este sentido la cultura material iberizante de El Mercadillo y la significativa presencia de elementos importados en La Osera y El Raso.

<sup>71</sup> "Las necrópolis se organizan sobre túmulos naturales consecuencia de afloraciones de batolitos graníticos, pero lo más interesante es que estas elevaciones fueron intencionalmente alteradas por la acción antrópica mediante el recorte de sus lados para conseguir el efecto de túmulo artificial de planta regular, seguramente imitando los túmulos artificiales de la zona meridional de la península. No debemos por ello olvidar la presencia de túmulos en la zona cuya muestra más evidente es el túmulo del Tudal, en el mismo término municipal (un poco al sur de Pajares), del cual procede el famoso jarro de bronce publicado por García y Bellido y que parece haber aparecido relacionado con otros materiales de clara filiación orientalizante. Este último, aun sin excavar y sobre el que se edificó una casa durante cuya edificación apareció el referido material, nos da una idea de la adopción cultural de estas gentes, primero importando objetos tartésicos y, más tarde, imitando ese mismo tipo de productos pero empleando frecuentemente sus propios conocimientos o preferencias técnicas" (Celestino *et alii*, e.p.). Al parecer podrían estar rematados por coronas o círculos de piedra en la cima, cuya función sería demarcar el complejo funerario y sujetar la tierra al mismo tiempo; por todo lo demás el rito funerario es abiertamente cogeño.

cenicienta), sino porque sencillamente nunca fueron soterradas. El fenómeno no pasó desapercibido para el agudo ingenio de Juan y Encarnación Cabré, quienes llamaron la atención sobre el mismo al excavar varias estructuras de este tipo en La Osera<sup>72</sup>. En efecto, el cementerio del *oppidum* de La Mesa de Miranda da cuenta de un buen número de estas *tumbas* simbólicas generalmente asociadas a empedrados en casi todas sus zonas; recientemente I. Baquedano ha vuelto sobre este tema en un avance sobre la zona I inédita. De los treinta y siete túmulos de esta zona, diecisiete no tienen enterramiento y aparecen sin alteración alguna; curiosamente se agrupan en el sector occidental de la zona, junto a tumbas con ajuares de gran riqueza. Sepulturas vacías también se hallan en las zonas IV y VI de La Osera, pero no en las II y III (Baquedano/Martín Escorza, 1995: 34). Aun siendo una práctica muy poco común en las necrópolis protohistóricas peninsulares<sup>73</sup>, el fenómeno se repite en otros cementerios vetones. Así, en El Raso, tumbas principales de guerrero sin señales de haber sido violadas (caso de la 13 -con espada de frontón, escudo y dos lanzas, o de la 64 -con falcata, *soliferreum*, escudo y cuchillo afalcatado-; curiosamente los sables de ambas sepulturas de clara raigambre ibérica <figuras 45 y 49) tampoco documentan restos cremados (Fernández Gómez, 1986: 581, 725, 766). Hace pocos años en la excavación del sector de Las Guijas B, Fernández Gómez reconoció de nuevo esta particularidad, pero ahora los depósitos simbólicos, al igual que en La Osera, estaban en el

<sup>72</sup> "...y en cambio en algunas cámaras muy bien hechas apareció un modesto ajuar, y de vez en cuando nada en ellas, y como desde luego no estaban profanadas, no sabemos a que atribuir dicha carencia, si a que eran sepulturas reservadas para futuros enterramientos o de honor" (Cabré *et alii*, 1950: 62).

<sup>73</sup> Parecen existir estructuras funerarias sin restos del difunto en algunas necrópolis ibéricas, por ejemplo en los túmulos de El Cerrillo (Estacar de Robarinas), y Los Higueros (Baños de la Muela), dentro de las necrópolis de Cástulo (García-Gelabert/Blázquez, 1992: 461-462), y en algunas formas poco definidas de El Cigarralejo (Cuadrado, 1987: 29). En El Estacar de Robarinas se excavó una estructura rectangular de sillares y cantos rodados circundada por una cenefa de guijarros de río más pequeños con esquinas redondeadas, cuyo interior sólo detentaba cerámica griega de figuras rojas y vasos ibéricos. Identificable con una tumba sin muerto podría ser la estructura (5/719) excavada en la necrópolis jienense de Castellones de Ceal (Hinojares): un particular empedrado escalonado revestido de bloques macizos de adobe pintado con cal tintada de rojo que no depusó receptáculo interno para el ajuar (Chapa/Pereira, 1992: 437). En relación a esta estructura R. Olmos manifestaba en el coloquio de las *Necrópolis Ibéricas* celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid en 1991 (sesión de tarde, martes 5 de noviembre; pág. 667 del volumen de Actas): "querría preguntar si estamos ante un caso de posible cenotafio, es decir, si se erige desde un primer momento como simple monumento vacío, como *sema* o manifestación y delimitación social de un espacio funerario por parte del grupo familiar. Pudo haber circunstancias múltiples que han impedido el enterramiento del personaje -por ejemplo, que haya muerto fuera del lugar, como podría ser el caso de los mercenarios- lo que no impide que se le dedique socialmente el espacio y la señal monumental que se debe a los muertos. En el mundo mediterráneo el tema es bien conocido. Recuerdo, ya en el ámbito ateniense, el famoso monumento con estela de *Dexeilos*, a inicios del s.IV a.C. *Dexeilos* posee un enterramiento colectivo -un *demósion sema*- a la vez que un cenotafio privado en el área familiar, que posiblemente se convierte en *heroon* y en señal o manifestación social de prestigio".

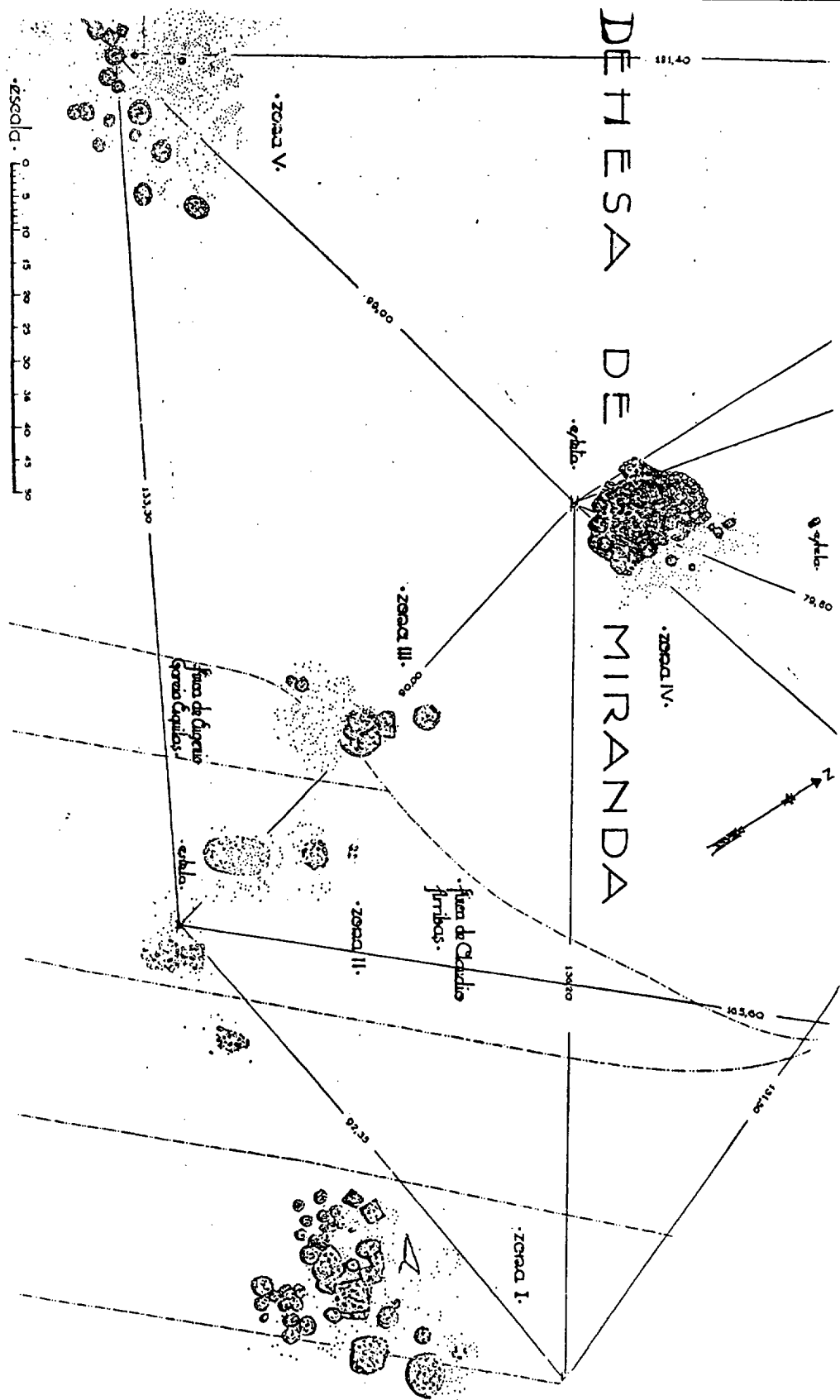
Un reciente apunte sobre los enterramientos cenotáficos en el mundo ibérico en García-Gelabert (1994: 293-295). Para esta autora todo difunto, ausente o no su cuerpo, debía disponer de cámara funeraria, pues dicha morada era imprescindible para el paso al mundo de los muertos. Valorando por encima de todo la posesión del *locus mortuorio*, M<sup>a</sup>. P. García-Gelabert (1994: 295) concluye sosteniendo que "estas tumbas simbólicas vacías, están hablando, con más claridad incluso que las ordinarias, de la trascendencia de las ideas de ultratumba y de la importancia que tenía para los iberos contar con un sepulcro o, en su caso, con los ritos funerales asociados al sepelio".

interior de túmulos (por ejemplo, las sepulturas 110 y 111 del túmulo A, sin cenizas pero con armas -puntas de lanza- y algún otro objeto) (Fernández Gómez, 1994).

¿Qué interpretación podemos ajustar a estas manifestaciones? Las escasas voces que se han hecho eco, sugieren la idea de ofrendas, tumbas simbólicas, cenotafios o monumentos conmemorativos, en honor de personajes que encontraron la muerte fuera de su lugar de origen, o que fueron enterrados en otra parte o con otro ritual que no haya dejado registro (por ejemplo la exposición de cadáveres), en especial guerreros o mercenarios meseteños. La suposición nos parece lógica. Personalmente, valoramos dos cuestiones de estas construcciones funerarias:

- 1) la expresión simbólica de una construcción relevante (evidente *monumentalización*, en algunos casos de La Osera)
- 2) la expresión de riqueza de algunos ajuares, indicativa del estatus del personaje a quien recuerda la *sepultura* (evidente en los ejemplos de El Raso).

¿Un simple mercenario a sueldo? ¿Un personaje heroizado? ¿O acaso un jefe militar destacado en su comunidad que rinde servicios fuera de ella y que de sus correrías por otras tierras absorbe modelos artísticos y obtiene prestigio político, reflejados ambos en el túmulo que en ocasiones vigila sus cenizas y en otras conmemora su partida sin regreso?



**FIGURA 98.** Estructuras tumulares I: La Osera, zonas I-V (Cabré et alii, 1950)

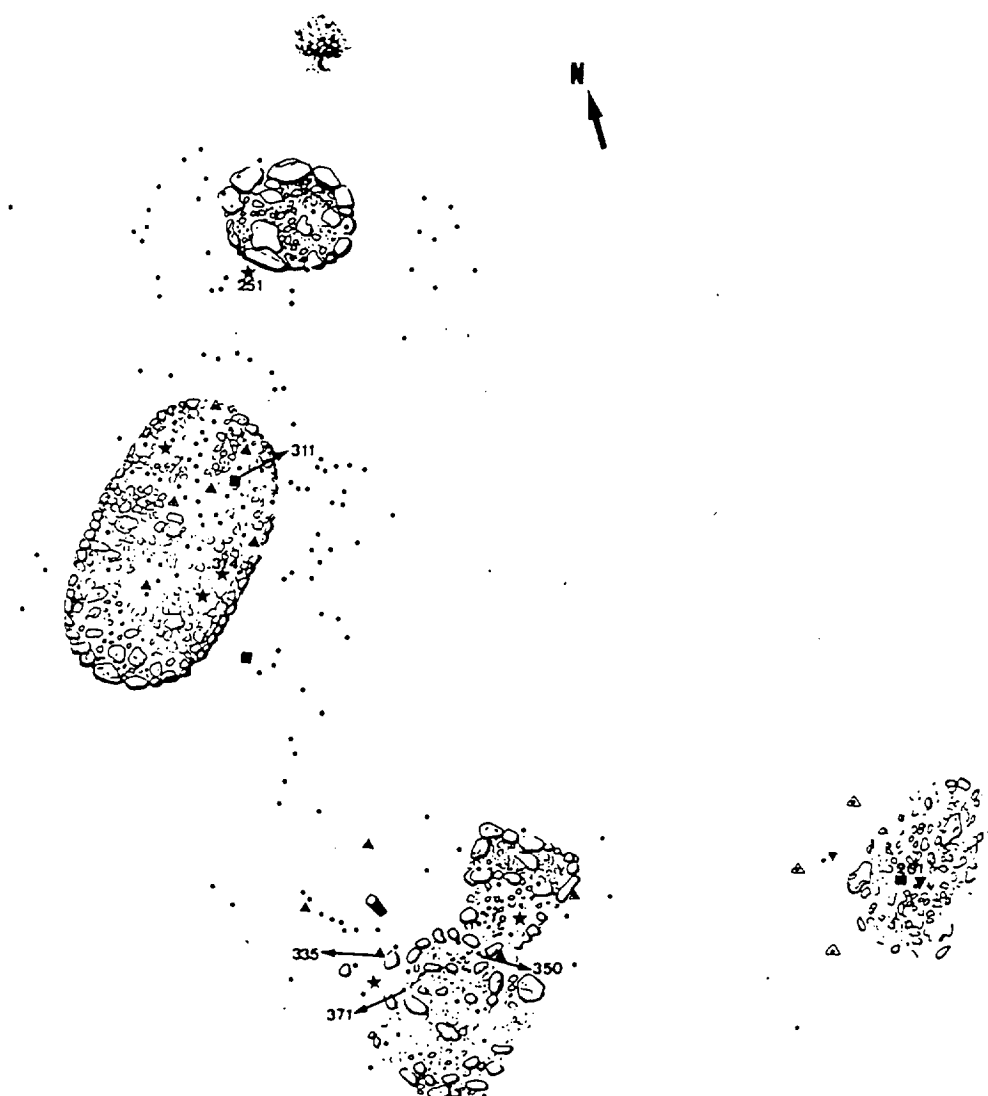


FIGURA 99. Estructuras tumulares II: La Osera, zonas II (Baquedano, 1990: 285)

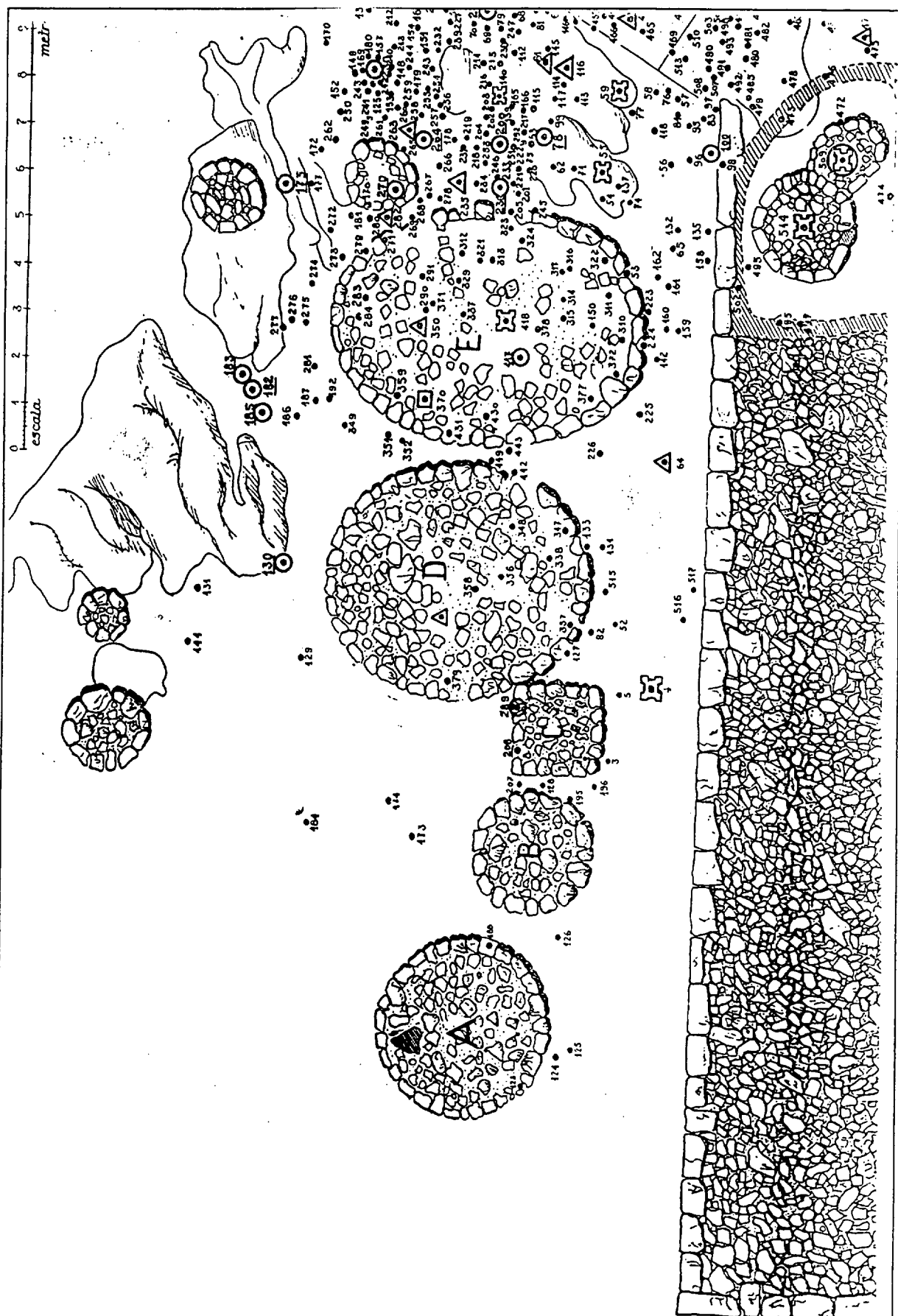


FIGURA 100. Estructuras tumulares III: La Osera, zonas VI (Cabré et alii, 1950)

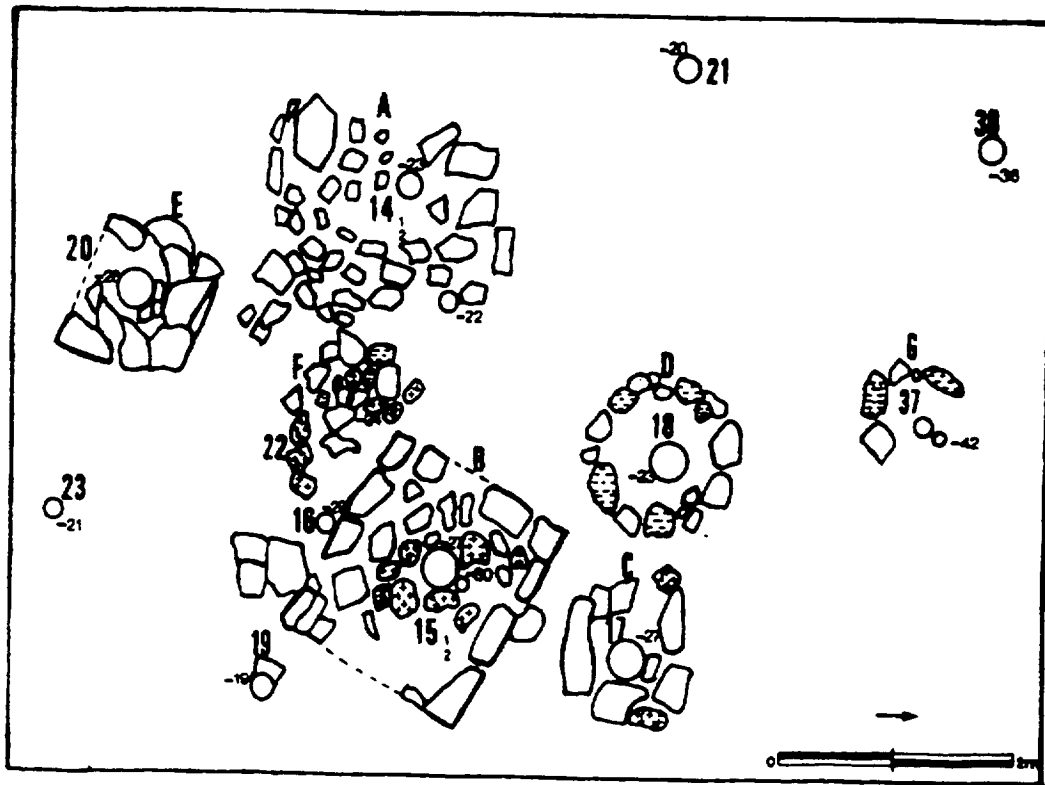


FIGURA 101. Estructuras tumulares IV: El Mercadillo (Hernández, 1991: 257, fig.2)

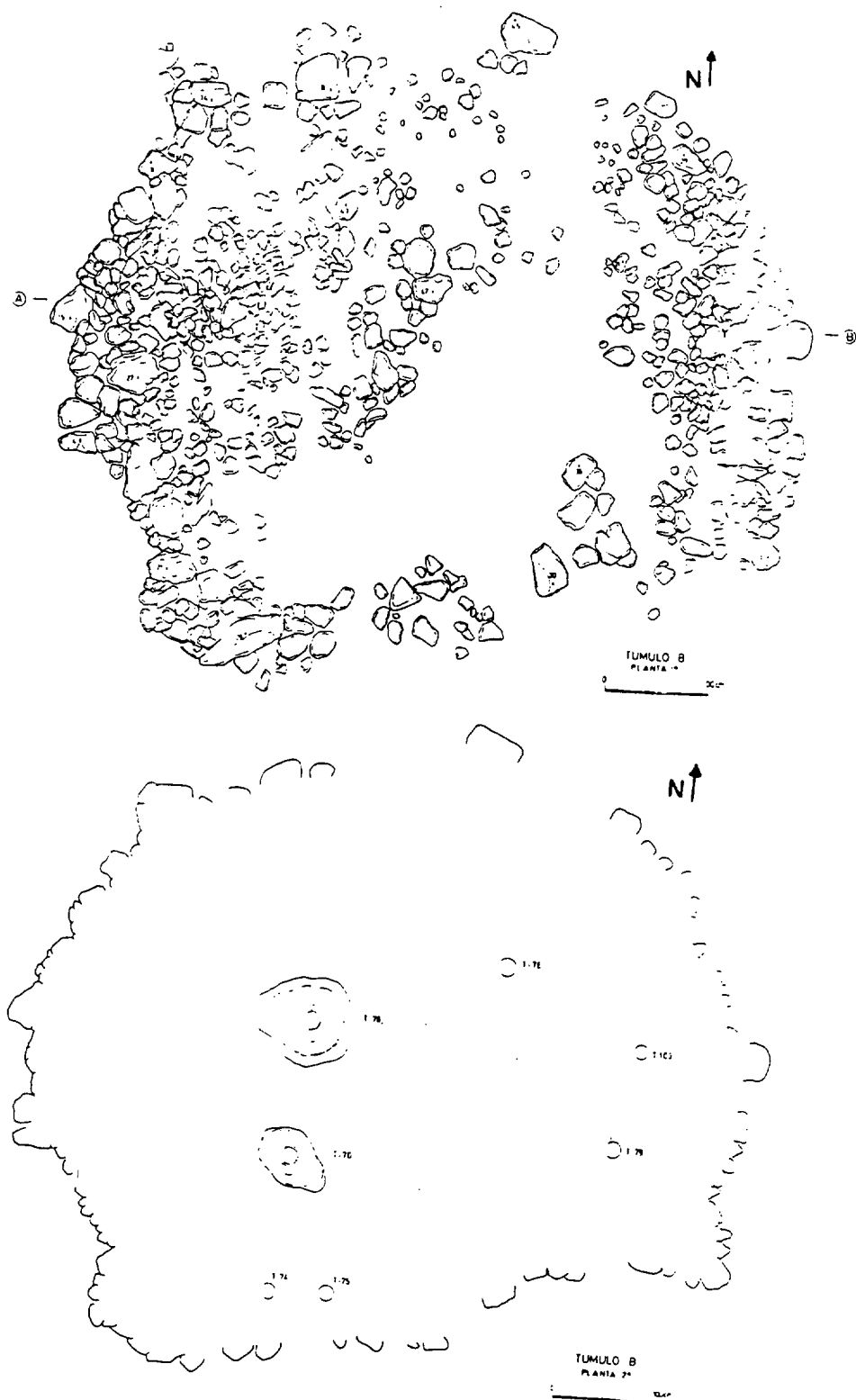


FIGURA 102. Estructuras tumulares V: El Raso (Las Guijas B, túmulo B) (Fernández Gómez, 1996b: 734, fig.3-4)



## **B) OTRAS PAUTAS DE MEDICIÓN CULTURAL**

Muy de pasada vamos a fijarnos en la posible repercusión que los contactos con el exterior tienen en la consolidación de formas culturales ahora de alcance general dentro de las comunidades meseteñas.

### **URBANISMO**

El tejido urbano de las comunidades vacceas, identificables con la idea de ciudades en la perspectiva global del asentamiento peninsular de la Protohistoria Final, ya ha sido puesto de manifiesto. En la región vetona, un marco físico más accidentado y otros factores culturales limitan más la eclosión de un urbanismo pleno, pero ello no es óbice para destacar en él la espectacularidad de los elementos de defensa en los grandes *oppida* abulenses, salmantinos y cacereños, y sus extensas superficies<sup>74</sup>. A nivel particular algunos de estos elementos de arquitectura militar se han hecho derivar de influjos ibéricos, y algo parecido ha sido sugerido por algunas voces para ciertas estructuras domésticas de evidente planificación interna.

Desde que fuera señalado por Maluquer, Balil o Savory, se lleva hablando de la huella mediterránea que tienen las torretas y bastiones rectangulares de los grandes castros meseteños; también otros elementos como el fortalecimiento de las entradas, su forma de pasillo defendido, los caminos de ronda de las murallas y cuerpos de guardia, los muros medianeros, el *intervallum* entre murallas y la primera línea de viviendas, el uso de cuerpos de adobe, etc., si bien otros rasgos son más manifiestamente locales o continentales, caso de las rampas de piedras hincadas o *chevaux de frise*; o incluso aspectos ideológicos como el sentido simbólico -con el propósito de disuadir el ataque enemigo- de los enclaves dotados de espectaculares murallas, deladoras del *prestigio* que identifica a esa comunidad e implícitamente a su élite rectora, tal como acontece en el mundo turdetano, ibérico y levantino<sup>75</sup>. Tocante a la planimetría doméstica, la reiterada planta mediterránea de

---

<sup>74</sup> Vide los puntos *Consideraciones sobre el poblamiento vetón y vacceo* contenidos en los apartados dedicados al registro arqueológico de ambos pueblos, I-1.4.A a) y I-2.4.A a), respectivamente.

<sup>75</sup> Un reciente repaso sobre el origen y la difusión de las técnicas de construcción militar en los asentamientos meseteños de la Segunda Edad del Hierro se encuentra en el completo trabajo de Moret (1991), con revisión bibliográfica que nos ahorra detallarla aquí. Tras estudiar una serie de aspectos concretos (rampas de piedras hincadas; el uso de la madera y adobe; estructuras con aparejo pétreo -ortostatos y muros de paramento múltiple-; obras de flanqueo -torres curvilíneas y cuadrangulares), el autor llega a la conclusión de que "là encore, le poids de l'héritage

unidades cuadrangulares o rectangulares organizadas a partir de un espacio nuclear también cuadrado presidido por el hogar central, que actúa como vertebrador del resto de dependencias, se ha identificado en viviendas de Villasviejas del Tamuja, con claridad en las de El Raso<sup>76</sup> (núcleos A y C) <figuras 103-105> (Fernández Gómez, 1986: 486-489; Blasco, 1987: 308-312), e incluso en algunos de los pocos asentamientos vacceos sobre los que se han llevado a cabo excavaciones en su interior, cuyo uso de plantas circulares y rectangulares -sucesivo en algunos lugares y contemporáneo en otros- ha sido emparentado con modelos arquitectónicos de la meseta central afectados a su vez de por el mundo meridional (Blasco/Alonso, 1986-87).

Los procesos de avance urbano y de obra defensiva creemos que, en líneas generales, arrancan de un momento anterior al tradicionalmente pensado (el s.III a.C.) y que no se explican -en exclusiva- en la necesidad de protegerse de la expansión celtibérica hacia las tierras interiores periféricas de septentrión, occidente y meseta meridional, tal y como apuntara inicialmente Maluquer en los años cincuenta -apoyándose en la corriente invasionista celta predominante en aquel momento-, tesis que ha sido mantenida por un buen número de investigadores, con modificaciones pertinentes (*vid.* III-3.4). El punto de partida de lo que luego serán grandes centros de población, puede establecerse de manera aproximada hacia el s.V a.C., y en nuestra opinión debe entenderse más claramente como muestra de la tendencia hacia la complejidad socio-económica de los grupos de población meseteños, sólo factible si se hacen conjugar los procesos de jerarquización social y de intensificación económica internos con los efectos que en este sentido tienen las formas de contacto con el exterior<sup>77</sup>, tanto desde el punto de vista comercial como del político, y

---

indigène rend peu probables des influences extérieures antérieures au second âge du fer" (Moret, 1991: 40); remonta este antecedente local al menos a la Edad del Bronce y habla de continuidad constructiva durante la Edad del Hierro, con salvedades como el *chevaux de frise*, cuyo origen sigue sin estar resuelto, hasta que en un tiempo ya tardío (ss.III-II a.C.) los castros meseteños intensifican su fortificación adaptando del mundo ibérico modelos de tipo mediterráneo introducidos con el avance de los ejércitos púnicos, y posteriormente romanos, en la Península.

Sobre las rampas de piedras hincadas véanse los conocidos estudios de Harbinson (1968; *id.*, 1971), Esparza (1980; *id.*, 1986: 16-19) e I. Garcés y E. Junyent (1989).

<sup>76</sup> S. Celestino plantea que el arranque de este tipo de estructuras cuadradas de espacio central (nuclearizadas y regulares) visibles en asentamientos del Hierro II de la meseta suroccidental, puede proceder de la planta de edificios post-orientalizantes como la del paradigmático palacio-santuario de Cancho Roano (comunicación personal). La distancia y la divergencia de contextos (El Raso y Cancho Roano) hacen difícil su enlace directo, pero no hay que desestimar una conexión cultural indirecta a partir de la llegada a la zona de Gredos -entorno de El Raso y Pajares- de elementos meridionales inequívocamente asociados al material de Cancho Roano.

Muy recientemente Almagro Gorbea (1995b: 250) se ha referido a estas viviendas de El Raso como "grandes mansiones de las élites locales de tradición turdetana".

<sup>77</sup> Así, escribíamos hace poco en un ensayo sobre los indicadores de desarrollo socio-político en la meseta occidental prerromana, que la interacción con el exterior tiende a favorecer un proceso de jerarquización en las sociedades indígenas, uno de cuyos rasgos físicamente más evidente es la consolidación de los grandes *oppida* del Hierro II, al concentrarse en estos enclaves: 1) el control de la producción económica y del territorio circundante en el que ésta

desde una perspectiva diacrónica remontable cuando menos al Hierro Antiguo y al fenómeno orientalizante<sup>78</sup>. En suma, se trata de mostrar estructural y simbólicamente la categoría funcional de estos organismos de poder emergentes.

En buena lógica, tras ese arranque la evolución de los asentamientos está sujeta a circunstancias históricas concretas, como por ejemplo la penetración de fuerzas políticas superiores en el interior meseteño; en primer lugar la expedición anibálica del 220 a.C. y años después el progreso conquistador romano. En ese sentido se manifiesta un fuerte *engrosamiento* en la capacidad defensiva de los *oppida* de la meseta occidental en esos momentos (construcciones de nuevos recintos murarios, como el tercero de Mesa de Miranda; traslados de población a zonas más estratégicas con poderosas defensas, como El Raso -Cabeza de la Laguna-, Villanueva de la Vera -Cerro Castrejón-, Valoria la Buena -Las Quintanas-, o tal vez El Viso de Bamba...; ampliaciones considerables del hábitat, como *Salmantica* que se extiende por el teso de las Catedrales, El Soto de Medinilla, etc.). Tampoco hay que menospreciar las rivalidades interétnicas y su papel en la necesidad de potenciar y mantener las estructuras de defensa (bien manifiesto en la frontera oriental vaccea compartida con el grupo arévaco).

Yerra el lector si piensa que con esto damos a entender que el *urbanismo* en la meseta occidental es una realidad aculturada explicable únicamente por préstamo externo, en la más pura tradición difusionista mediterránea. No. En primer lugar, sólo muy matizadamente se puede hablar de urbanismo orgánico, en todo caso en momento avanzado y para la urdimbre poblacional vaccea que, paradójicamente, está menos afectada

---

tiene lugar, 2) los elementos de intercambio comercial (excedentes a exportar y bienes -de lujo- importados) y 3) las estructuras de poder que entre otras cosas dirigen el primer elemento para acceder al segundo; figuras de poder que ya vimos reflejadas para un tiempo posterior y con lógicos cambios evolutivos en las fuentes textuales (magistraturas, caudillajes, organismos de hospitalidad...). Bajo este enfoque puede ser más adecuado valorar datos como, pongamos por caso, la práctica del *mercenariado*, o mejor el servicio de armas de huestes guerreras *profesionales* bajo el mano de un jefe socialmente destacado al servicio de gentes extranjeras, bien sean otras bandas meseteñas o ejércitos de íberos meridionales o púnicos. Al mismo tiempo que se explicarían, en el terreno arqueológico, fenómenos como el amurallamiento de los asentamientos -exponente de la exteriorización del poder político-, la construcción de las comentadas estructuras tumulares funerarias, la deposición junto al cadáver de determinados elementos, caso de los arreos de caballo, piezas exóticas concretas o armas de gran espectacularidad, cuya connotación de rango y prestigio es innegable (Sánchez Moreno, 1996b).

<sup>78</sup> Llama la atención que este fenómeno de formación urbana y desarrollo complejo de algunos asentamientos en la Segunda Edad del Hierro ocurre con mayor prontitud en esta zona occidental de la península que, por ejemplo, en el ámbito centroeuropeo, donde la erección de los *oppida* no tiene lugar como muy pronto hasta el segundo cuarto del s.II a.C., y sin aparente relación con los centros principescos hallstáticos del s.VI a.C. (Vide III-1.2; especialmente el caso de estudio B-).

en líneas generales de elementos ibéricos que el espacio vetón. En segundo lugar, el equipamiento urbano del mundo meridional está presente en contados elementos edilicios y poliorcéticos (ciertos modelos de planta rectangular, cierto tipo de bastiones y técnicas defensivas...), interpretados en y para necesidades locales, que fueron adaptados gracias a procesos de información oral, instrucción directa o emulación, derivados en cualquier caso de una interacción. Se repite el fenómeno que hemos observado en otros terrenos: la incorporación de un ingrediente exterior -culturalmente más avanzado- en una argamasa local, favorece trabar los cimientos del edificio en construcción, con particular resultado.

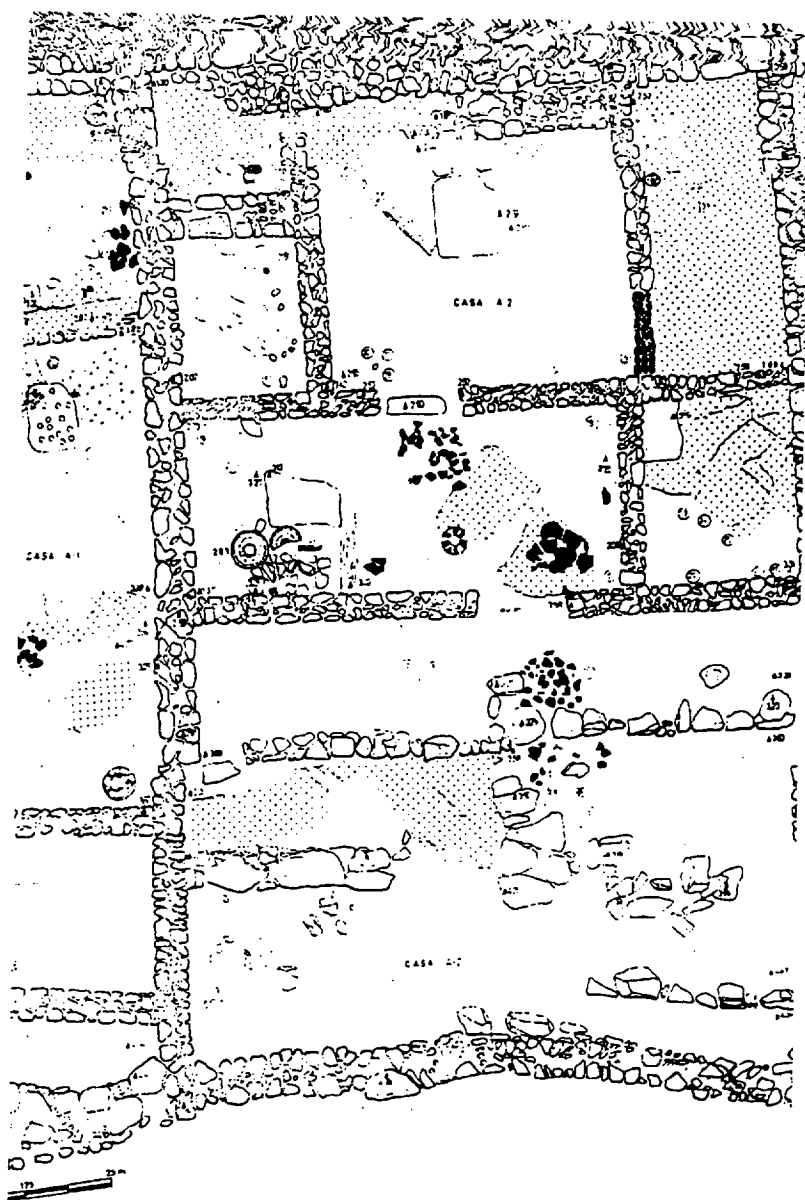


FIGURA 103. Plantas de vivienda I: El Raso (casa A-2) (Fernández Gómez, 1986b: 50, fig.10)

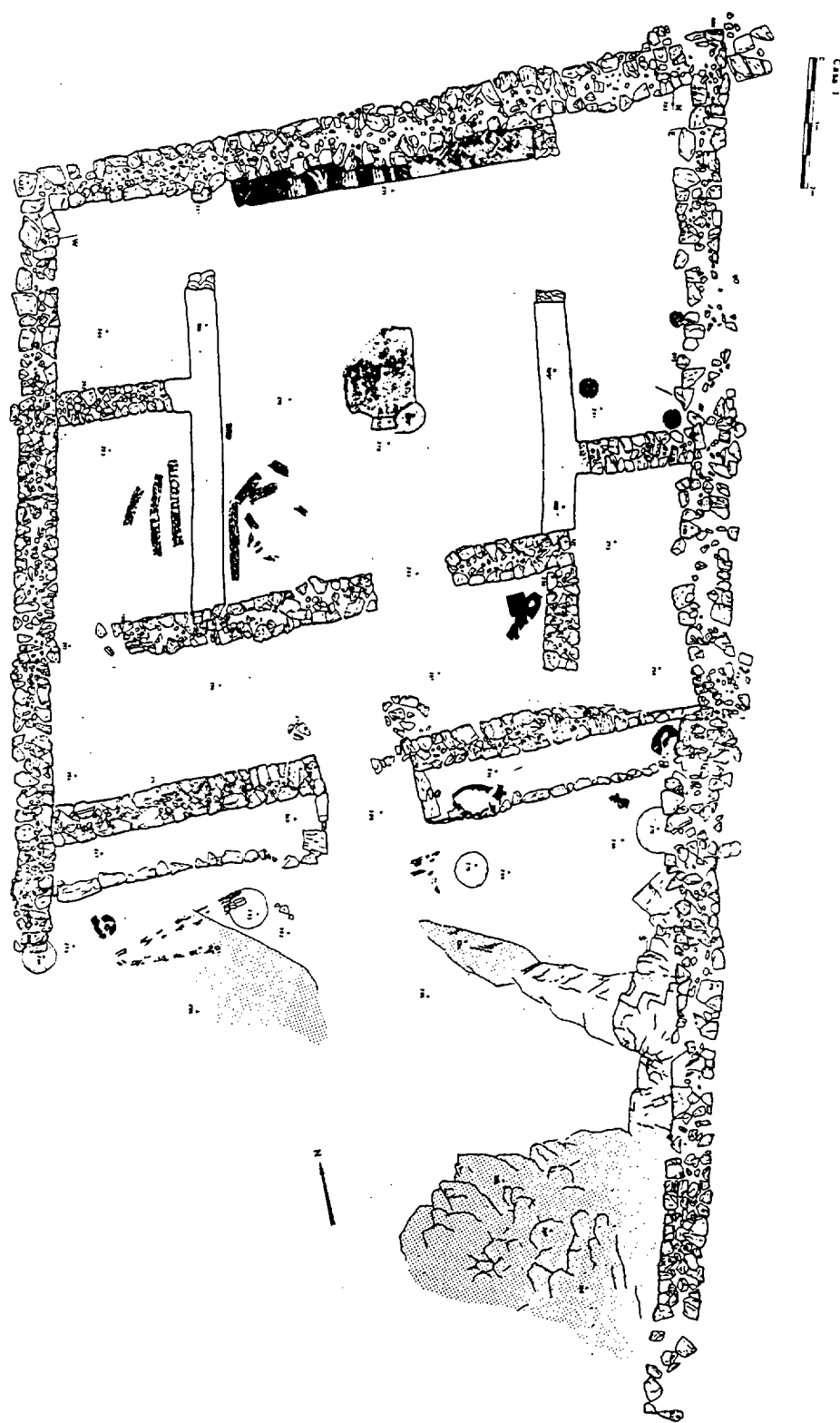
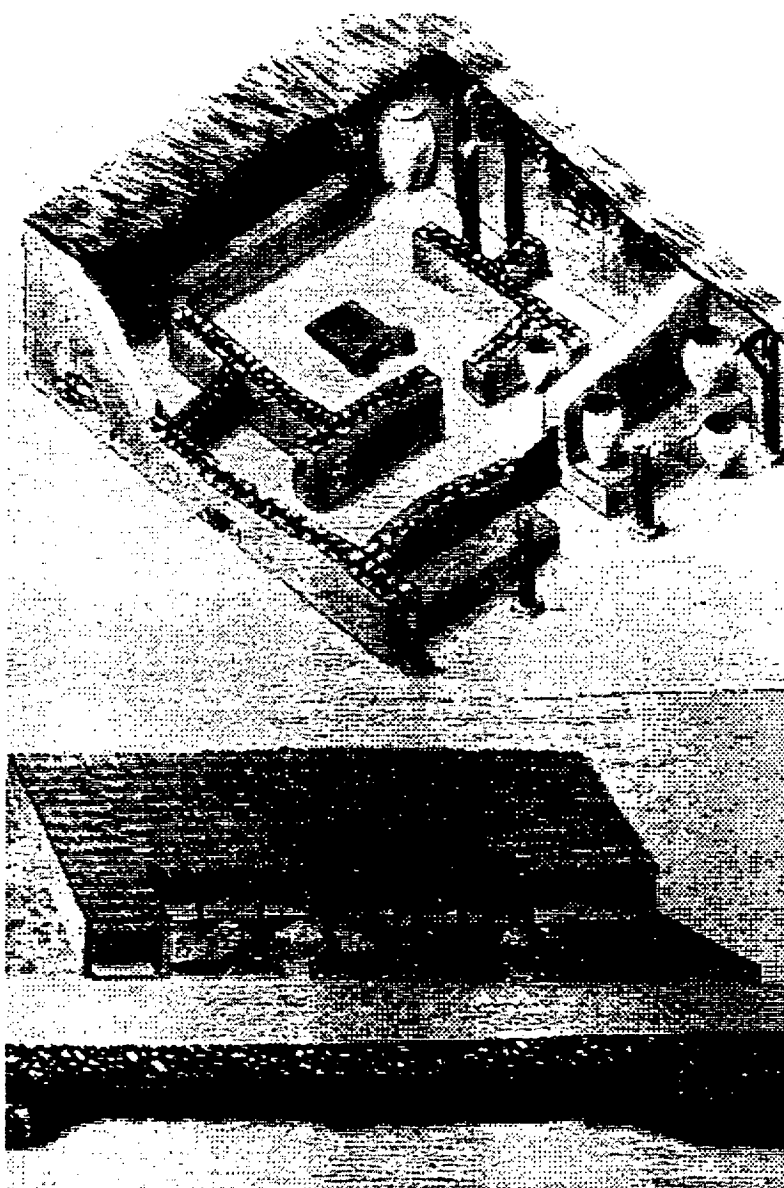


FIGURA 104. Plantas de vivienda II: El Raso (casa C-1) (Fernández Gómez, 1986b: 282, fig.160)



**FIGURA 105.** Plantas de vivienda III: El Raso. Reconstrucción casa C-1 (Fernández Gómez, 1986: 398, fig.245)

## ESCRITURA

Terminamos la presentación de los datos arqueológicos testificadores de contacto con la simple indicación de un aporte cultural mayúsculo en la catalogación de grupos históricos: la escritura. Ni es éste el lugar indicado ni, mucho menos, estamos nosotros capacitados para llevar a cabo un estudio sobre el panorama lingüístico y las (tenues) formas de manifestación escrita cosechadas en la meseta occidental en un tiempo anterior al romano y en una grafía que no sea la latina<sup>79</sup>. Consideramos, empero, que hay documentos aislados que nos llevan a admitir que en ciertas zonas de la meseta occidental, especialmente el espacio submeridional vetón, se adaptó algún tipo de escritura similar a la ibérica (bien la meridional de antecedentes tartésicos, o bien la levantina más conformada por el elemento griego aunque también muy afectada por ingredientes meridionales y fenicios), a niveles restringidos, con funcionalidad política o comercial, y en la que no está ausente un sentido de prestigio, sobre todo al principio; al tiempo que por otra parte en la zona vaccea más oriental parece emplearse la lengua celtibérica como bien recogen algunos testimonios epigráficos indígenas, caso de la tésera de hospitalidad de Palenzuela <figura 109.1> (Martín Valls, 1984: 45; sobre la particular adaptación que los celtíberos hacen de la escritura ibérica, de Hoz, 1986a; *id.*, 1988; *id.*, 1993; *id.*, 1995).

Los *graffiti* ibéricos a los que nos referíamos han aparecido en Villaviejas del Tamuja, donde se recuperó en proceso de excavación de una vivienda fechada en el s.IV a.C., un fragmento cerámico torneado y liso escrito de izquierda a derecha en ambas caras, con dos signos en el anverso y seis en el reverso <figura 106.1>; la pieza pudo funcionar como *ostrakon* o soporte específico para transmitir algún mensaje<sup>80</sup> (Hernández, 1985; *ead.*,

<sup>79</sup> Nos remitimos a la labor de los especialistas en lenguas prerromanas del occidente peninsular: Tovar (1949a; *id.*, 1950; *id.*, 1957; *id.*, 1967; *id.*, 1985; *id.*, 1986), y con mayor actualidad de Hoz (1979; *id.*, 1983; *id.*, 1986a; *id.*, 1988; *id.*, 1992; *id.*, 1993; *id.*, 1995), Schmidt (1985), Villar (1991; *id.*, 1995a), Gorrochategui (1993; *id.*, 1994), Domínguez de la Concha (1995), Ruiz Gálvez (1990b; *ead.*, 1991) y, sobre todo, Untermann (1984; *id.*, 1987; *id.*, 1992; *id.*, 1995), este último con planteamientos más diferenciados.

No por obvio ha de pasarse por alto que, como si del río con mayor caudal se tratara, el lenguaje es el cauce natural por el que navega la comunicación interhumana, conduciéndose de la forma más íntegra y directa. "Con el lenguaje hablado el hombre dispone de un sistema de signos recibidos por tradición que puede combinar creativamente, en el marco de unas reglas fijadas por la gramática hasta producir declaraciones nuevas, nunca formuladas anteriormente y que, sin embargo, otro podría entender de inmediato. La lengua permite comunicar experiencias, transmitir un saber sin la presencia de un objeto, dar noticia de las relaciones entre objetos y, finalmente, interactuar de manera verbal" (Eibl-Eibesfeldt, 1993: 599).

<sup>80</sup> No está claro hasta qué punto se puede conectar este testimonio con las inscripciones cacereñas en escritura del suroeste o tartésica hallados en majanos y abrigos rupestres (Cañamero, Almoriqui en Madroñera y Monfragüe en Torrejón el Rubio), en un tiempo anterior al menos en dos o tres siglos y en un horizonte cercano al de las estelas del suroeste (*vid.* III-2.2).



1993: 117). En la tumba 11 de la necrópolis (II) de Pajares, también una urna globular a mano y de gran tamaño tenía grabada una inscripción con caracteres de momento sin identificar, datándose el conjunto en momento similar al señalado de Villasviejas (Celestino *et alii*, e.p.). Más al norte, J.Cabré nos informa de una fusayolas del *oppidum* de Las Cogotas con signos grabados (¿marcas numéricas o signario?) <figura 106.2> que igualmente aparecen en discos o fichas de barro (Cabré, 1930: 80-82). En El Raso aparecen grafitos y otras marcas en piezas vasculares, inscripciones mayoritariamente escritas ya en capitales latinas, probablemente nombres de propietario o de alfareros (Fernández Gómez, 1986: 473).

Son los primeros y más modestos ejemplos de práctica escrita en tierras de la meseta occidental, encauzados desde tiempos tardo-republicanos en la tradición epigráfica latina (Salinas, 1995). Los nuevos soportes, el nuevo alfabeto y los siglos fundamentalmente altoimperiales que las graban, no impiden que estas inscripciones todavía liberen detalles sobre la onomástica, la toponimia o la teonimia indígenas de aquellas gentes que un día habían adoptado, seguramente por préstamo cultural, la manera de registrar práctica y visualmente la lengua que llevaban hablando desde tiempo inmemorial, con voluntad de hacerla comunicable y perdurable<sup>81</sup>.

<sup>81</sup> Otro campo de análisis en esta línea de manifestaciones culturales emergentes, fruto de la tendencia hacia la complejidad socio-política de las comunidades que la deparan, sería la moneda, elemento material en lo intrínseco pero institucional en lo extrínseco; esto es, la acuñación indígena, que acaece en la región propiamente celtibérica en un momento ya tardío y en conexión con la presencia romana.

Respecto a las causas de la aparición de cecas locales en Celtiberia, la investigación proporciona distintas explicaciones. En opinión de M. Salinas (1986: 137-140) la razón principal estriba en pagar los tributos a Roma de cara al reparto de la soldada a las tropas asentadas en la Península; así las primeras emisiones celtibéricas arrancarían a inicios del s.II a.C. como imitaciones del denario romano, pero con el tiempo emitir moneda representó para las ciudades indígenas un instrumento de prestigio, pasando a emplearse la nueva moneda en otras necesidades coyunturales, por ejemplo el pago que hace un jefe a su comitiva. Salinas da gran importancia a la labor de Sertorio, quien potenció las acuñaciones indígenas como estrategia política para atraerse partidarios, siendo el horizonte sertoriano el momento de auge de la acuñación celtibérica; en cualquier caso, este autor no es partidario de hablar de una economía celtibérica monetarizada (Salinas, 1986). Esta tesis tradicional es discutida por autores como R. Knapp, que piensa que la amonedación pudo surgir en Celtiberia como imitación de las monedas de las regiones coloniales, sin que existiera un control directo por parte de Roma y sin que se utilizara para pagar a ésta ni a los ejércitos, tal como indica la escasez de moneda de plata hallada en los campamentos (Knapp, 1979). Algo parecido propone Villaronga (1984) para las más antiguas emisiones ibéricas de la Citerior (fines s.III a.C.), valorando el contexto socio-cultural de la zona que emite. Vide también Beltrán Lloris, F. (1986), para quien la moneda funciona como servicio público que facilita el intercambio comercial de ciudadanos, pero bajo los auspicios de Roma. Recientemente M<sup>a</sup>.P. García-Bellido (1993) ha vuelto sobre el tema del origen y la función del denario ibérico, recuperando la idea de que la amonedación de plata en la Citerior responde a una política fiscal: la imposición de Roma para cobrar un impuesto a ciudades estipendarias cabezas de territorio, no tanto para pagar a los ejércitos sino como respuesta práctica a un impuesto romano sobre poblaciones indígenas, política activada en tiempos de Sempronio Graco, momento en el que hay que ver la circulación inicial del denario ibérico en el valle del Ebro y de ahí hacia la meseta oriental. De gran interés nos parece el fecundo trabajo de Almagro Gorbea (1995b: espc. 248-260), que niega la imposición romana en la circulación monetaria ibérica, en su opinión un *topos* historiográfico. Para este autor la moneda es indígena en cronología, en factura, en tipos iconográficos, en leyenda y principalmente en ideología y función; su aparición obedece al poder de las élites ecuestres de las ciudades indígenas en proceso de consolidación. "De este modo se comprende cómo la moneda ibérica y celtibérica es un elemento más integrado en el sistema cultural de estos *oppida/civitates* surgidos como resultados de un

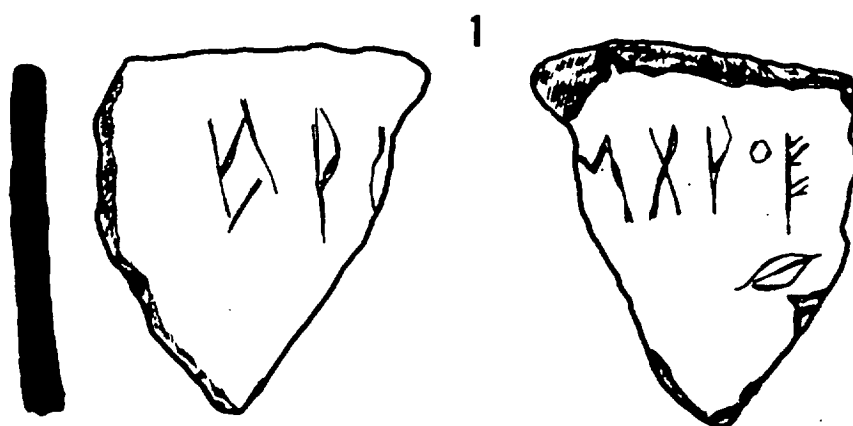
Es precisamente la documentación epigráfica la que ocupa el siguiente apartado en nuestra aproximación plural a los testimonios que encubren contactos humanos de cierto alcance.

---

largo proceso de aculturación y evolución, totalmente coherente con el panorama cultural que ofrece la Península Ibérica" (Almagro Gorbea, 1995b: 253). Para Almagro en esta evolución ocupa un lugar esencial la jerarquización social y la propiedad privada, que rompen la igualdad teórica relativa anterior, mantenida por los vacceos (Diodoro, V, 34); así, esta organización más primitiva caracterizaría a las zonas más occidentales de Hispania. Siguiendo en esta línea argumental, para Almagro Gorbea el retraso cultural occidental explicaría por qué los vacceos -y otros grupos del noroeste- no acuñan, utilizando la moneda solamente como medio de atesoramiento en momentos tardíos (s. I a.C.) (Almagro Gorbea, 1995b: 249 nota 18).

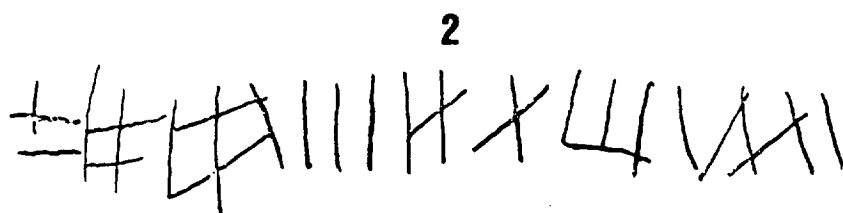
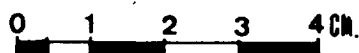
En efecto, el dato de que las ciudades vacceas y vetonas no acuñan, puede utilizarse como evidencia del desarrollo desigual de los pueblos de la meseta, debido a las distintas circunstancias históricas que les afectan y tal vez por tener una personalidad cultural bien diferente (la moneda establece un marcado hiatus entre el oriente y el occidente meseteño). En efecto, no existen cecas en la meseta occidental, a excepción del caso aislado, tardío y controvertido de *Tamusia*, identificada con Villasviejas del Tamuja en Botija (Cáceres) (Sánchez Abal/García Jiménez, 1988; Blázquez Cerrato, 1995), que abordamos en otro punto (III-3.4). Sin embargo, sí se documenta en numerosos enclaves vacceos y vetones el atesoramiento de monedas ibéricas y celtibéricas de amplia circulación (Vide III-3.5 B Patrones de intercambio, notas 115 y 116).

Sin embargo discrepamos de la idea de que la inexistencia de acuñación en el mundo vacceo-vetón implica negar su desarrollo cultural y socio-político, elocuente en testimonios aquí contemplados, y tampoco estamos de acuerdo en asumir una sociedad vaccea plenamente igualitaria en su funcionamiento a partir de la noticia de Diodoro sólo concerniente a la organización del trabajo agrícola y probablemente sólo descifrable en un contexto preciso, tal y como hemos tenido ocasión de estudiar.



CARA ANTERIOR,

CARA POSTERIOR



**FIGURA 106.** Escritura.1- Grafito cerámico de Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1985: 221, fig.1) 2- signos epigráficos de una fusayola de Las Cogotas (Cabré, 1930: 81, fig.10)

## II-3 FUENTES EPIGRÁFICAS

### II-3.1 TÉSERAS DE HOSPITALIDAD

Las téseras, como registro escrito del concordato entre colectividades, representan un valiosísimo material para el estudio de las relaciones antiguas. Está firmemente asentada la idea de relacionar estas *tabulae* epigráficas con la costumbre de la hospitalidad que los autores clásicos fijan en el cuadro social de los pueblos prerromanos; una práctica no sólo desplegada entre celtíberos (Diodoro, V, 34, 1; Valerio Máximo, III, 2, 21), sino también entre otros grupos de la Iberia antigua y de más allá de los Pirineos (Dopico, 1989). Ramos Loscertales, a quien se debe la primera aproximación en profundidad al tema, percibió con claridad el trasfondo socio-político del *hospitium* en las formas de vida de las gentes que lo protagonizaban, al decir de este funcionamiento que estaba “basado en la confianza nacida de la creencia en la protección divina y en la generosidad humana hacia los extraños, capaz de ir formando con su ejercicio continuado una costumbre de acercamiento entre comunidades, locales o sociales, en los momentos de no enemistad y de paz entre ellas”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ramos Loscertales (1942: 332). La hospitalidad formando parte de la vida social de los pueblos del occidente de la meseta es apuntada en los capítulos I-1.5.B (especialmente notas 93-95) y I-2.5.B. Los principales estudios sobre téseras de hospitalidad son los de Tovar (1948), Lejeune (1955), Blázquez (1960), García y Bellido (1966a), de Hoz (1986a: 66-77), Almagro Gorbea/Lorrio (1987: 113-114, mapa 6), Etienne *et alii* (1987) y Dopico (1988), este último desde el punto de vista romanizador. Actualizaciones en el inventario de téseras peninsulares se encuentran en últimas aportaciones (por ejemplo, Romero/Escoza, 1990; Burillo, 1993b; Peralta, 1994).

Tocante al documento en sí, se piensa que se partía en dos entregándose a cada una de las partes pactantes, o más bien que se realizaban por duplicado. Las placas son metálicas, generalmente de pequeño tamaño, portátiles y realizadas en bronce, aunque no hay que descartar otro tipo de soporte precedente, como por ejemplo la arcilla (a modo de *ostraca*) o la madera. Presentan formas zoomorfas -las más abundantes-, geométricas (la *tabula* clásica o romana) o figuradas con la esclarecedora representación de una o dos manos asidas. En estas placas de campo epigráfico en general reducido y escritas por una sola cara (salvo excepciones: Herrera de Pisuerga), se recogían de forma sucinta los nombres de los contrayentes del acuerdo público o privado (según los casos, individuos, familias o ciudades, con distintas combinaciones), y en algunos casos (las *tabulae* de contexto socio-político plenamente alto-imperial, ya no portátiles sino destinadas a ser colgadas en casas o edificios públicos) los pormenores básicos del contenido, su alcance y la relación de figuras que actúan como testigos, dando con ello fe pública del tratado.

De alguna manera creemos que en las téseras meseteñas más antiguas, su propia morfología (animal) parece reflejar alguna idea sobre el fondo del compromiso, al menos nos invita a así hacerlo <figuras 112-113>. (Sobre la morfología de las téseras latinas véase Fernández Mastro, 1991). Incluso pueden tomarse como manifestación icónica que trasluce la institucionalización alcanzada por el grupo o la ciudad que firma estos pactos, en cuestiones como el despliegue de un ritual religioso concreto integrado en una sociedad nuclear de tipo casi urbano. Así lo sugiere Martínez Quirce (1992: 265) al subrayar que “no tenemos que olvidar que la multivalencia del símbolo hace posible su utilización en distintos contextos reales. La utilización de un toro, caballo, paloma (pájaro oracular e inspirador de la divinidad), prótomo de caballo o jabalí (relacionado con la fuerza combativa y divinidades muy poderosas según Benoit), entroncan con creencias indígenas propias del mundo ibérico peninsular, y, en este caso concreto, siempre como manifestación del desarrollo de estructuras de carácter urbano. Podemos decir que la representación animal no necesariamente debe identificarse con un símbolo de la propia ciudad, sino con una imagen que justifique la fuerza y la importancia del pacto, tal como se aprecia en los animales elegidos para su figuración”.

Necesidad de intercomunicación y plasmación escrita de esta realidad; estos son los móviles que abren el presente capítulo.

Ahora bien antes de presentar como testimonio de contacto las téseras aparecidas en nuestro territorio, debe reconocerse que esta documentación pertenece a un tiempo algo tardío y, con la salvedad de un par de ejemplares con escritura indígena, la mayoría son textos latinos que difícilmente superan el s.I a.C. Sin embargo, no ofrece dudas admitir que estamos ante un hábito indígena anterior poco perceptible materialmente pero con alta importancia en la política prerromana que como ya ha sido indicado es utilizado por Roma, en cuyo sustrato poblacional indoeuropeo funciona la hospitalidad también desde tiempo atrás, como instrumento político al servicio del avance conquistador en virtud de su uso como medio de negociación con los indígenas y de creación de vínculos de dependencia con los mismos, transmutándose esta práctica en vehículo de clientelaje y patronazgo (Salinas, 1983; Etienne *et alii*, 1987: 333; Dopico, 1988: 17-46). En todo caso, antes de la llegada de los romanos la escritura en general no se ha introducido en la meseta occidental; por tanto, las téseras epigráficas están perpetuando costumbres anteriores (hospitalidad acordada de forma verbal o consuetudinaria, además de iconográfica y/o instrumentalmente) a las que se le añade en momentos tardíos el prestigio inherente de que goza de por sí la escritura.

En la región vetónica contamos con varios testimonios de este tipo. La tésera más conocida es la de Las Merchanas, citada también como de Ciudad Rodrigo pues durante un tiempo se guardó en el Museo Catedralicio de esta ciudad salmantina. La pieza, desgraciadamente perdida en la actualidad, se halló a principios de siglo en el importante *oppidum* romanizado de las afueras de Lumbrales. Contiene la siguiente leyenda latina <figura 107.1>:

*TESERA / CAURIE(N)SIS / MAGISTRATU / TURI*

El texto fue estudiado por Gómez Moreno en su discurso de entrada en la Academia española, y tras él otros autores han seguido preocupándose por este documento (Maluquer, 1956: 86, 137 n°85; Tovar, 1948; *id.*, 1949a: 173, n°8; *id.*, 1955: 578-579; Lejeune, 1955: 79-80, 105, B61; García y Bellido, 1966a: 149-150, n°29; Salinas, 1982: 64; etc.). La *tessera* de Las Merchanas ha recibido dos interpretaciones principales. Por una parte Lejeune (1955: 79-80) pensaba que el pacto de hospitalidad hacía referencia a los

habitantes de la ciudad lusitana de *Caurium* (Coria, Cáceres) (Plinio, IV, 118; Ptolomeo, II, 56) que otorgaban el derecho de hospitalidad, bajo la magistratura de un tal *Turos* (?) a un segundo pactante, cuyo nombre quedaría recogido en otro bronce desaparecido. *Turos* sería, por tanto, un ablativo de datación que complementaría al genitivo de persona. Mayor aceptación ha tenido la lectura de Tovar (1948: 82); para quien la concesión de hospitalidad de la ciudad de Coria iría dirigida a los magistrados de *Turobriga* (ciudad betúrica citada por Plinio, N.H., III, 14), *Turi(obrigenis)*, con lo cual *Turi* iría en dativo. La tésera se ha fechado de forma poco definida en momento republicano final (Maluquer), época cesariana (García y Bellido) o en el s.I a.C. (Tovar).

Con otro valor, existen noticias confusas sobre otras téseras de hospitalidad en nuestro territorio (Almagro Gorbea/Lorrio, 1987: 113-114). Por una parte se sospecha que una fíbula zoomorfa hallada en el Cerro del Berrueco, dada a conocer por el padre Morán, no sea tal pieza sino más bien una plaquita en forma de piel de jabalí extendida, muy similar a una tésera de procedencia desconocida citada, entre otros, por Lejeune (1955: 72 y 103). Sin embargo extraña la inexistencia de inscripción alguna, habida cuenta que Morán no la menciona. Por otra parte, el padre Fita (1910; *id.*, 1913) publicó tres téseras en forma de jabalí con inscripciones celtibéricas, junto a una pesa cuadrada de bronce escrita en griego por ambas caras, procedentes del castro de Las Cogotas, y dos bronce antropomorfos encontrados al suroeste de la provincia de Ávila, en concreto en Hoyos de los Colgadizos de Castro Frío en las proximidades del puerto de Tornavacas, análogos a los conocidos bronce alados del Berrueco pero con escritura en su reverso <figuras 108.1>; J. Cabré no dudaba en afirmar que estas piezas eran falsas<sup>2</sup>. Además, Sánchez Abal sostiene<sup>3</sup> que una tésera de hospitalidad con forma de cabeza masculina, publicada por M. García Garrido y J. Pellicer Bru (1983-84) como de procedencia desconocida, junto con otro ejemplar en forma de prótomo de caballo, procede del lugar cacereño de Villasviejas del Tamuja <figura 108.2>. El ejemplar de cabeza humana está escrito en celtibérico y en él se lee: *ca.ta.r.le*. En la otra tésera de prótomo de caballo la leyenda, igualmente en celtibérico,

<sup>2</sup> Cabré, 1921a; *vide* también Cabré, 1930: 6-11, para los hallazgos arqueológicos anteriores al inicio de las campañas oficiales de excavación en el castro en 1927. Se citan "pizarras con caracteres alfabéticos" y otras piezas de bronce pertenecientes a la colección de la familia Garci-Nuño, hoy parcialmente desaparecida.

No cabe dudar del veredicto de Cabré en relación a la falsedad de las supuestas téseras zoomorfas de Las Cogotas, pero nos llama la atención que en la primera década del s.XX un artesano falsario inventara un texto epigráfico sobre un soporte de cerdo o jabalí, tipo zoomorfo no documentado por aquel entonces en la Península pero posteriormente confirmado (ahora con autenticidad) al aparecer las téseras de Herrera de Pisuerga (febrero de 1965) y de Uxama (1975), que representan también suidos.

<sup>3</sup> Referencias orales recogidas en Almagro Gorbea/Lorrio (1987: 114, nota nº86).

dice: *tu.i.n.i.cu.e.i.: ko.r.to.n.i.cu.n.:/ka.r.:*. Extrañamente para lo que es común en este tipo de documentos epigráficos, estos dos ejemplares son de plata, en lugar de bronce (García Garrido/Pellicer, 1983-84). Al parecer también de Villasviejas del Tamuja procede otro pacto de hospitalidad venido clandestinamente<sup>4</sup> y dado a conocer sin mucho detenimiento hace un par de años <figura 108.3> (Pellicer Bru, 1995). La pieza representa la cabeza de un gato montés, lince o caballo y contiene la inscripción *TAIMVÇIENSIS CAR*, punteada en alfabeto latino pero con claras influencias celtibéricas mostradas tanto en la forma -el escriba comenzó escribiendo latín pero en el orden celtibérico- como en el fondo lingüístico -fase transicional en la evolución de la lengua celtibérica- (Ballester, 1993-95; Pellicer Bru, 1995: 71).

También en la provincia de Cáceres, pero en un área de localización lusitana y de significado romano como es el campamento de Cáceres el Viejo, se halló una tésera <figura 107.2>, hoy desaparecida, con el texto:

*H.F. QUOM ELANDORIAN*

El hecho de que la pieza tenga una forma tan poco característica de la plástica meseteña como es el delfín<sup>5</sup>, y su contexto de aparición denotan la fuerte influencia itálica de esta tésera en consonancia con la datación sertoriana planteada (Tovar, 1949a: 172, n°7; García y Bellido, 1966a: 163, n°29; Salinas, 1995: 285). Lo mismo puede decirse para la *tabula* de Mérida, un *hospitium publicum* de la colonia emeritense con los *decucuriones et municipes Martienses qui antea Ugienses fuerunt* (identificable con Azuaga), fechado en el año 6 d.C. (D'Ors, 1948; García y Bellido, 1966a: 160, n°4).

<sup>4</sup> Conviene ser cautelosos con este tipo de hallazgos, siempre inciertos, venidos de manos furtivas, como sugiere la directora de las excavaciones de Botija, la Dra. Fca. Hernández, con una postura escéptica por el momento (comunicación personal). J. Pellicer Bru (1995: 71) también menciona la existencia de otra tésera latina, fracturada, con representación zoomorfa en la que se lee: *HOSPITIUM Q / QUETEROCU / SI POSTERISQU...*

<sup>5</sup> El delfín es la forma que deparan las téseras de Fuentes Claras (Teruel) con la inscripción *QUOM.METELLI / NEIS. TESERA* (Burillo, 1980: 163-164; Pérez Vilatela, e.p.) y la de Monreal de Ariza (Zaragoza) que dice *ICAR.ARCOBIG.GOICIANDO CIDOSO* (Tovar, 1948: 83-83; *id.*, 1949a: 174-175; Lejeune, 1955: 74, 104), datadas también en tiempo de las guerras sertorianas.

En el espacio vacceo se enumeran cuatro téseras bien conocidas. Haciendo un recorrido de este a oeste y de norte a sur, la primera de ellas es la de Palenzuela, que además es la única vaccea escrita en signario ibérico, expresión del uso de una lengua celtibérica en la zona (recordemos en este sentido la ubicación de este enclave en la frontera vacceo-arévaca). Por ello mismo, constituye el documento epigráfico más antiguo de la cuenca central del Duero, fechable antes de la destrucción de Palenzuela en el conflicto sertoriano, con probabilidad finales del s.II a.C. o inicios de la centuria siguiente (Martín Valls, 1984: 45 y nota nº248). Presenta forma de pájaro (¿paloma?) y en el reverso se lee la inscripción retrógrada *V.i.r.o.u.i.a.ka. Ka.r.* <figura 109.1>. Se acepta que el primer término alude a la ciudad autrigona de *Virouia/Virouesca* (Briviesca, Burgos). La identificación de la otra parte contrayente se exhibiría en una supuesta copia de la placa; sólo apriorísticamente hemos de pensar que se trataría de la comunidad o de algún habitante de *Pallantia*, por ser éste el lugar del hallazgo<sup>6</sup>.

De Paredes de Nava proceden dos placas latinas <figura 109.2>. La primera representa dos manos entrelazadas<sup>7</sup> y recoge el nombre de uno de los contrayentes del pacto, con probable mención del grupo familiar. Su cronología es imprecisa, posiblemente en torno al cambio de era (Tovar, 1949a: 172, nº6; Lejeune, 1955: 66 nota 165, 80-81, 104, B54; García y Bellido, 1966a: 162, nº24; Curchin, 1994: 230).

CAISAROS CECCIQ PR (?) / ARCAILON (?)

La otra tésera hallada en Paredes no es figurada y contiene el *hospitium* firmado entre Acces, hijo de Licirno y ciudadano de *Intercatia*, y la ciudad de *Pallantia*, que afecta al firmante, a sus hijos y a sus descendientes; a la vez Aenio, hijo de Ammedio, como magistrado de los elaisicos, recibió en hospicio a Ammio, hijo de Caenecano; se fecha en el

<sup>6</sup> Martín Valls niega que sea un pacto entre *Virouia* y *Pallantia* como se ha sugerido (Castro García, 1977: 18; García Merino/Albertos, 1981: 182, 188-89, corregido en *ead.*, 1985: 314), pues desconfió de la lectura *Pal...*; en verdad *.kar*, elemento habitual en muchas téseras, del que se ha dicho que puede significar precisamente tésera, placa o pacto (Lejeune, 1955: *passim*), o con más precisión el nomitativo de un sustantivo femenino equivalente al clásico *hospitium* (Ballester, 1993-95) o un acto amistoso/familiar (de Hoz, 1986a: 69-79; Curchin, 1994).

<sup>7</sup> Existe otra placa con la misma forma depositada en el Museo Arqueológico Nacional con el texto: *TESSERA HOSPITALIS / CUM P. TURULLIO L. F. / MAI*. Hay noticias que atribuyen su origen a Paredes de Nava, pero G. Nieto lo desmintió (Lejeune, 1955: 66-67 nota 165bis, B55). Otro ejemplar con una única mano se conserva en el Gabinete de Medallas de la Biblioteca Nacional de París; es de procedencia incierta (¿provincia de Zaragoza?) y el texto está escrito en signario ibérico (Lejeune, 1955: 65-66, B8). Pocos años atrás ha sido dada a conocer una tésera hallada en Monte Cildá (Olleros del Pisuerga, Palencia) en forma de mano, que pone en comunicación la ciudad cántabra de *Vellika/Villegia* con la celtibérica de *Turiaso* en el valle del Ebro (Tarazona, Zaragoza); su texto es: *TVRIASICA / CAR* (Peralta, 1994). <Figura 110>.



año 2 a.C. (CIL II 5763; Lejeune, 1955: 76, B101; Martín Valls, 1984: 45; Solana, 1990: 305, que data la pieza en marzo del 11 a.C.). El texto dice así:

III. NON. MART. / IMP. CAESARE. XIII. COS. ACCES LICIR / NI. INTERCATIENSIS. TESSERAM / HOSPITALEM. FECIT. CUM. CI / VITATE. PALANTINA. SIBI / ET. FILIIS. SUIS. POSTERISQUE / ANENI. AMMEDI. PER. MAG. / ELAISICUM. HOSPITIO. AMMI / CAENECANI

Finalmente, cabe destacar la aparición en el área nuclear vaccea, hace ahora una década, de la conocida tésera de Montealegre del Campo (Valladolid) <figura 111>, donde se renueva la hospitalidad (3 de octubre del 134 d.C.) de gentes amalobrigenses (los individuos, o más probablemente aldeas de Cabrumuria y Paligo) de la *cognatio Magilanicum* con el senado y pueblo de *Cauca* a perpetuidad para ellos y para sus descendientes, todo ello legalizado bajo la presencia de legados y representantes de ambas partes. La renovación se hace en atención a los servicios prestados por un individuo que debió pertenecer a la comunidad de los magilancos, *Elaesus Otta*, hijo de *Aius* (Bravo, 1985b; *id.*, 1989; Balil/Martín Valls, 1988: 13-43; Pereira, 1994a; *id.*, 1994b; Montenegro, 1981-85; *id.*, 1987):

L. IULIO. URSO. SERVIANO. III. PUBLIO / VIVIO. VARO. COS. V. NONAS. OCTOBRES / GRANIUS. SILIO ET AEMILIUS. SAPIENUS. ET. / IULIUS. PROCULUS. TESSERAM. HOSPITA / LEM. PRO. MERITIS. ELAESI. OTTAE. AII. / FILII. NOMINE. COGNATIONIS. MAGI / LANCUM AMALLOBRIGENSES. CAB / RUMURIA. ET PALIGO. RENOVARUNT / CUM. SENATU. POPULOQUE. CAUCEN / SIUM. IN PERPETUUM. SIBI. LIBERIS. / POSTERISQUE. OMNIBUS. EORUM / PER. LEGATOS. / M. VALERIUM. LENTULUM. II VIRUM / ET. LUCIUM. SEMPRONIUM. QUADRATUM

Está claro que la *tabula* es un documento jurídico plenamente romano tanto en contenido, cuanto sobre todo en tipológica y estructura. Pero, tal y como hemos expuesto en otro lugar, nos resulta de especial interés por tratarse de una renovación anterior (se desconoce el momento de arranque de la relación entre estas comunidades vacceas, tal vez con antigüedad considerable) y por la presencia, junto a la tésera, del jarro prerromano de bronce del que ya nos hemos ocupado (sería ésta la prueba de la veteranía que intuimos para el acuerdo primigenio). Llama la atención la figurita de un toro asociada a este hallazgo, de época romana <figura 73.2>. ¿Podría tener la representación exenta animal la misma connotación que la forma zoomorfa de las téseras más indígenas, y en este sentido revelarse como señal indirecta del arraigo de esta tradición hospitalaria, aunque su factura

no lo sea? Arriesgando aun más, ¿podría estar el bóvido indicando de alguna manera la naturaleza y el contenido del acuerdo original?

Cerca del ámbito vacceo, pero en tierras turmogas, contamos con las téseras de Sasamón (Burgos) <figuras 112.1>, una escrita en ibérico (*cuiro recijos novituucoos venaios*, en el anverso, *Alee tuures* en el reverso), con forma de cuadrúpedo (¿caballo?, ¿bovino?) (Lejeune, 1955: 83; Tovar, 1949a: 171, nº5); otra con forma de batracio, con leyenda latina (*TRIDONAECU CAISA / CA DESSUAEONA / NEMAIOSQ*), según Lejeune vincula a dos aldeas, *Caissaca* y *Dessuaeona*, de la gentilidad de los *Tridioneci* perteneciente a la colectividad de los *nemaioscos* (Tovar, 1949a: 174, nº9; Lejeune, 1955: 82, 104, B 53; Tovar, 1948: 82-83; García y Bellido, 1966a: 162, nº27). En un punto cercano a Sasamón se encontró otra tésera con escritura indígena, en La Mesa de Belorado (Burgos), zona de autrigones; el texto en lengua celtibérica se desarrolla sobre una placa en forma de pez, y dice así: *se.(ke)e.i.o.s : s.a.i.l.e.ti.ko.o : m.e.ta.a.m.a* (Romero/Elorza, 1990).

El grupo familiar *Nemaiecanum* presente con alguna alteración en el segundo de los ejemplares de Sasamón, aparece citado igualmente en la no muy lejana tésera de Herrera de Pisuerga (con forma de jabalí, escrita por ambas caras y firmada el 14 d.C.) <figura 112.2>, en zona de turmogos y cántabros, que por cierto enlaza doblemente a un personaje de *Consabura*, ciudad carpetana (Ptolomeo, II, 6, 56) identificable con Consuegra (Toledo), con la *civitas* de los Maggavienses situada en la meseta norte (García y Bellido, 1966a: 149-158). Mayor relación con el mundo vacceo puede tener la tésera con representación de suido recuperada en Uxama (Burgo de Osma, Soria) con caracteres ibéricos <figura 113.5>. De su lectura (*R.u.o.u.r.e.ca : V.r.e.i.bo / e.s.a.i.n.i.s. : go.r.ti.ca / U.s.a.m.a. : A.n.to.s / S.a.i.ci.o.s : Ba.i.s.a.i. / Ca.l.da.i.ci.co.s*) pudiera desprenderse la relación de la arévaca *Uxama* con *Roura*, supuestamente la *Rauda* vaccea (García Merino/Albertos, 1981; *ead.*, 1985).

...ooo00ooo...

Presentado el material epigráfico, llega la hora de sintetizar las ideas que particularmente nos incumben.

- 1) Las *tesserae hospitalis* reflejan actos de sociabilidad y confirman la comunicación entre gentes de la Hispania indoeuropea.
- 2) Los testimonios se documentan en tiempos tardo-republicanos y alto-imperiales y mayoritariamente están afectados de intención romana, pero hay indicios suficientes para retrotraer la existencia de un hábito similar con funcionamiento indígena.
- 3) La presencia de nombres personales actuando a título particular o en representación de su comunidad territorial o grupo familiar, evidencia la progresiva regularización de este tipo de pactos. Esta oficialidad se confirma con la inclusión en las *tesserae* más evolucionadas de la relación de delegados oficiales o magistrados, con antroponimia de tradición indígena. Todo ello está revelando tendencias de organización político-administrativa propias de comunidades en expansión, que están superando ordenamientos primarios de tipo familiar y reducido (Sánchez Moreno, 1996b).
- 4) Los bronce con texto suficientemente explícito enlazan al menos dos puntos a través del espacio; a veces son más puesto que el epígrafe cita dos lugares pero el documento aparece en un tercero y diferente. En ocasiones las distancias son próximas (*Pallantia-Intercatia*), también medias (*Pallantia-Virouesca*, *Uxama-Cauca*), alcanzándose a veces recorridos considerables (*Montealegre-Cauca*), largas distancias que superan obstáculos como el Sistema Central (*Lumbrals-Caurium*) e incluso recorridos de enorme amplitud, (*Herrera de Pisuergra-Consuegra*; *Olleros del Pisuergra-Tarazona*) fuera ya de nuestra zona y sin seguridad plena en la correspondencia <figuras 114-115>. Lo mismo se puede apuntar para otras téseras, agrupadas en áreas de dispersión más o menos concretas, la franja del noroeste (*El Caurel*, *Tabula Lougeiorum*, *Castromao*, *Astorga*, *Celanova*...), la Celtiberia (*Fuentes Claras*, *Luzaga*, *Peñalba de Castro*, *Arekorata*, *Monreal de Ariza*, *Peralejo de los Escuderos*, *Segobriga*, *Huete*, *Saelices*...) y en la Bética, el suroeste andaluz (*Córdoba*, *Prado del Rey*, *Cantilla*, *Grazalema*, *Mulva*, *Cañete*...) <figura 114>.

Vemos, pues, cómo estas formas de asociación funcionan con frecuencia a un nivel micro (*intra*), dentro del difuso marco de una gran entidad étnica (con bastante claridad en el espacio de los vacceos -en torno a la provincia de Palencia-, también en el de los turmogos -provincia de Burgos-). Esta circulación restringida no está reñida con otra más extensa (*inter*), entre las dos submesetas, atravesando los territorios de distintos grupos y superando destacados accidentes geográficos. Constituyen pruebas de un primitivo derecho internacional, en tanto y cuanto se aprueba el hospedaje, la acogida, la protección, el patronato o el nombramiento de ciudadanía, según los casos, de una figura extranjera en otra local (sujetos bien individuales o colectivos).

Se nos hace lógico pensar que desde los tiempos más antiguos por debajo de la nomenclatura oficial de este compromiso socio-político (el *hospitium*, convertido después en *patronatus*), se esconde la articulación de un acuerdo de alcance más amplio, con repercusión cultural y económica. El ofrecimiento de hospitalidad a un forastero comienza por garantizar la llegada de éste a la sede del *hospes* y, seguramente, concluye con la contraprestación que aquél o su lugar de procedencia proporciona a la comunidad con la que se vincula. Queremos decir con ello que el sentido último de la hospitalidad entre dos debe valorarse por encima de los nombres de sus pactantes, midiendo la *origo* geográfica de las partes y viendo en ello buena parte de las razones que llevan a atar dos puntos distanciados. Pensamos que la unión de los dos pactantes lleva consigo, en sentido general, el asentimiento de las respectivas comunidades en aspectos como la libre circulación de personas, y también la de objetos o bienes comerciales, incluso el compromiso de defensa mutua de ambas partes o de lo que circula entre ambos puntos. Todo ello quedaría garantizado en derechos y deberes asumidos por cada uno de los contratantes; indirectamente, las téseras indicarían la materialización de tratados de naturaleza parecida. Es cierto que los broncees que hemos estudiado no confirman estas suposiciones, pero creemos que el mero dato de que existan<sup>8</sup>, conjugado con otras informaciones que estamos repasando en esta línea, permiten contemplar tal posibilidad.

---

<sup>8</sup> Indudablemente las téseras aparecidas deben tenerse por una muestra minoritaria (al amparo de la fortuna de excavaciones arqueológicas, hallazgos casuales o búsquedas premeditadas de furtivos) en relación a la frecuencia de estas prácticas jurídicas prerromanas. Así lo señala el considerable avance en el número de descubrimientos de estos documentos en los últimos años: en 1948 A. Tovar inventariaba una veintena de téseras, en 1966 A. García y Bellido sube el número a la treintena, en 1987 R. Etienne *et alii* enumeran 34 piezas, hoy en día la cifra supera los cuarenta ejemplares (*tesserae/tabulae* de todo los tipos, latinas e indígenas, en todo el territorio peninsular).

5) En cuanto a las necesidades que pudieran enmascarar algunos de estos acuerdos, se baraja con fuerza el movimiento de cabezas de ganado: la trashumancia; sobre todo cuando el vínculo se establece a más larga distancia y entre áreas de montaña y regiones de pastizales meridionales (en nuestra zona de análisis el caso más claro sería la tésera de Las Merchanas, que relaciona las dehesas del noroeste de Salamanca -supuestos pastos de verano- con las tierras de Coria en el valle del Alagón al sur de la Sierra de Gata -teóricos pastos de invierno-; la idea parece verificarse también en téseras de la vertiente oriental meseteña). En efecto, parte de la más reciente bibliografía sobre el mundo prerromano meseteño señala el trasfondo trashumante del pacto hospitalario<sup>9</sup>. Esta deducción encuentra un apoyo más en la relación que los lugares reveladores de téseras tienen con las cañadas ganaderas tradicionales, o en la coincidencia aproximada que los recorridos de éstas tienen con el trayecto que une a los protagonistas de alguno de estos ejercicios jurídicos; si bien en algunos puntos el paralelismo sólo es relativo, muy forzado o inexistente, en contra de la exageración positivista de algunos autores.

El potencial ganadero de las gentes de la meseta occidental; la cercanía de los *oppida* vetones y vacceos a las vías trashumantes medievales; la riqueza de pastos en algunas de sus comarcas; el valor riqueza del ganado en el mundo antiguo y la obligación de sus propietarios de proteger las cabañas de asaltos enemigos, más aún si se trata de rebaños en movimiento; la experiencia de estas gentes en relaciones de intercambio confirmada por evidencias arqueológicas y alusiones literarias; la creciente capacidad gestora de sus organismos políticos y la envergadura urbana de alguno de sus asentamientos; y, finalmente y desde el punto de vista iconográfico, la asumida forma animal (bóvidos, porcinos) de las téseras propiamente indígenas<sup>10</sup> <figuras 112-113>..., todo, nos lleva a considerar con fuerza la *práctica trashumante* en la meseta occidental (*vid* III-3.3) y a deducir que estos movimientos ganaderos pudieron asegurarse interétnicamente a través de ejercicios jurídicos emparentables (que no identificables) con el hábito hospitalario y su registro epigráfico. No sólo eso, sino que además pudieron alcanzar un sentido político

<sup>9</sup> García Moreno (1993: 334, nota 25); Gómez Pantoja (1995a; *id.*, 1995b); nosotros mismos lo planteamos para los vetones (Sánchez Moreno, 1995a: 297-299; *id.*, 1996b); Salinas (*e.p.*).

<sup>10</sup> Se nos presenta la disyuntiva ya esbozada en páginas precedentes sobre el sentido del animal en la plástica meseteña (véase por ejemplo la nota 44 del capítulo de los vacceos). Éste es una contraseña en clave indígena, sí, pero en relación a las téseras ¡alude al carácter práctico del acuerdo (contenido ganadero) o a un funcionamiento ritual (sacrificio del animal formando parte de la ceremonia del *hospitium*)?

Una reflexión general sobre la controversia sagrado-profano en la valoración del elemento animal (figuración plástica y restos óseos) a partir de distintos ejemplos arqueológicos en Grant, 1991.

complementario que incluyera la adopción de comportamientos precisos entre los pactantes en tiempos de paz y en tiempos de guerra. La trascendencia pudo ser tal que no resultaría extraño que estas relaciones quedaran certificadas mediante sanción religiosa (*vid* III-3.2).

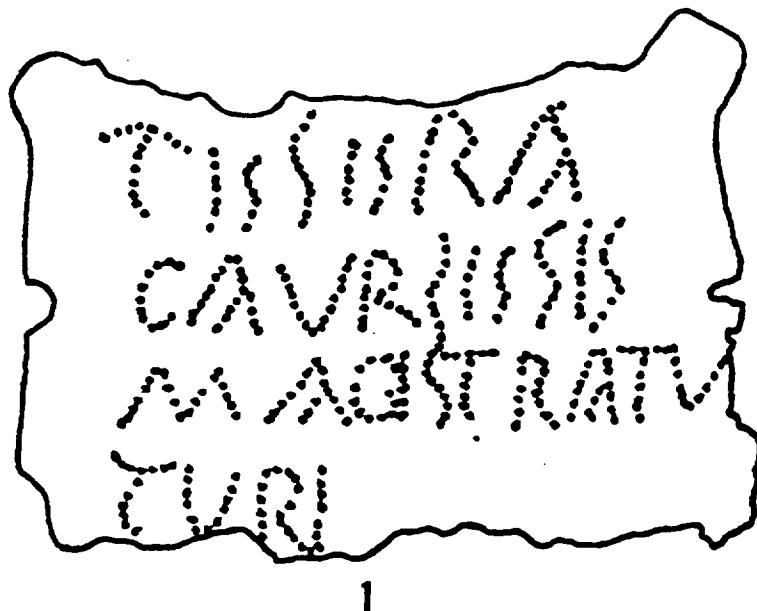
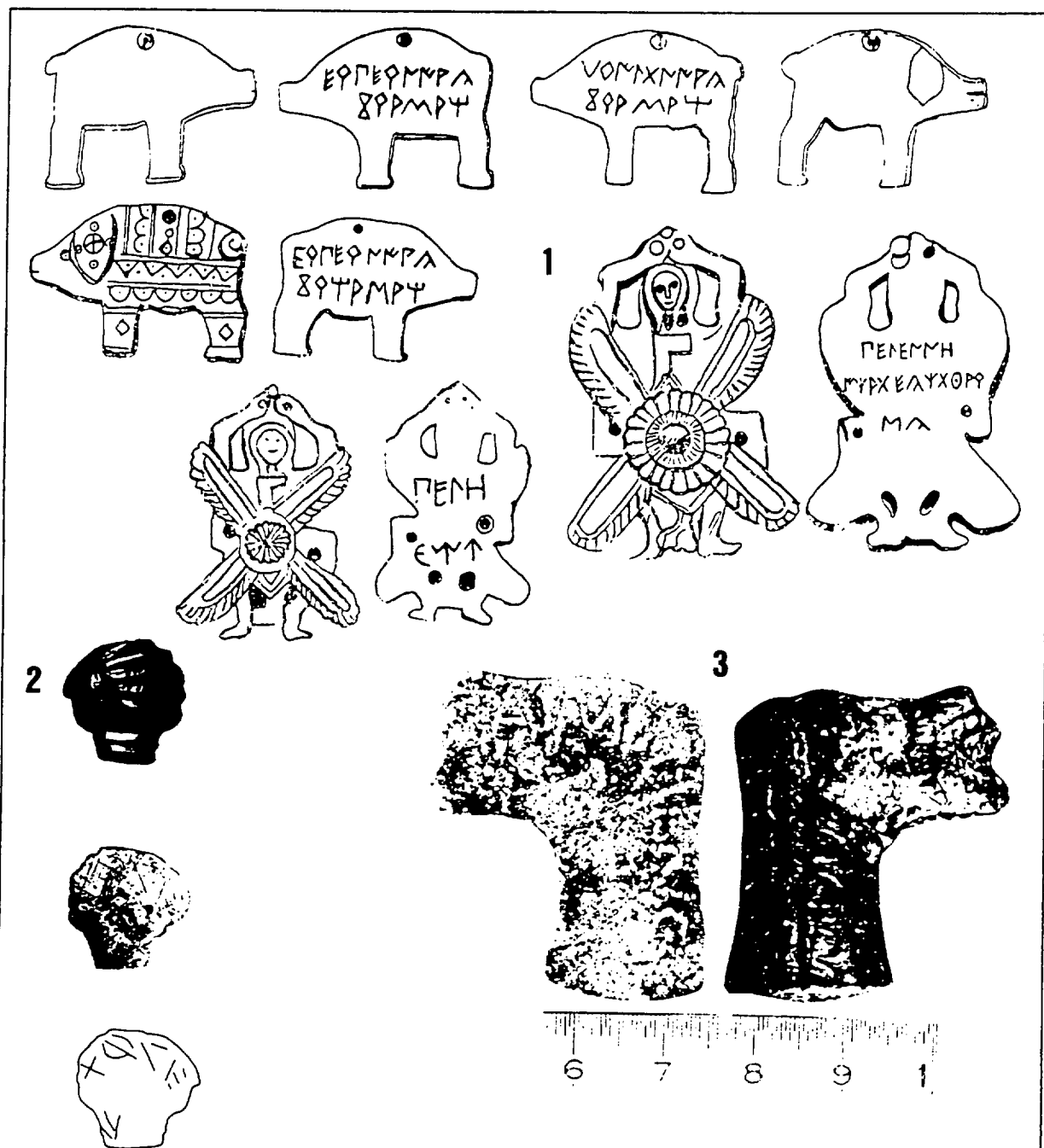


FIGURA 107. 1- Téseras de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca) (Tovar, 1949a: 173) 2- Tésera de Cáceres el Viejo (García y Bellido, 1966a: 165, fig.16)



**FIGURA 108.** 1- Téseras posiblemente falsas de Cardenosa (Ávila) -suidos- y Hoyo de los Calgadizos (Ávila) -figuras aladas- (Cabré, 1921a: 33, fig.2-6) 2- Tésera con supuesta procedencia de Villasviejas del Tamuja (García Garrido/Pellicer, 1983-84: 151, fig.1) 3- Tésera latina con supuesta procedencia de Villasviejas del Tamuja (Pellicer Bru, 1995: 175)



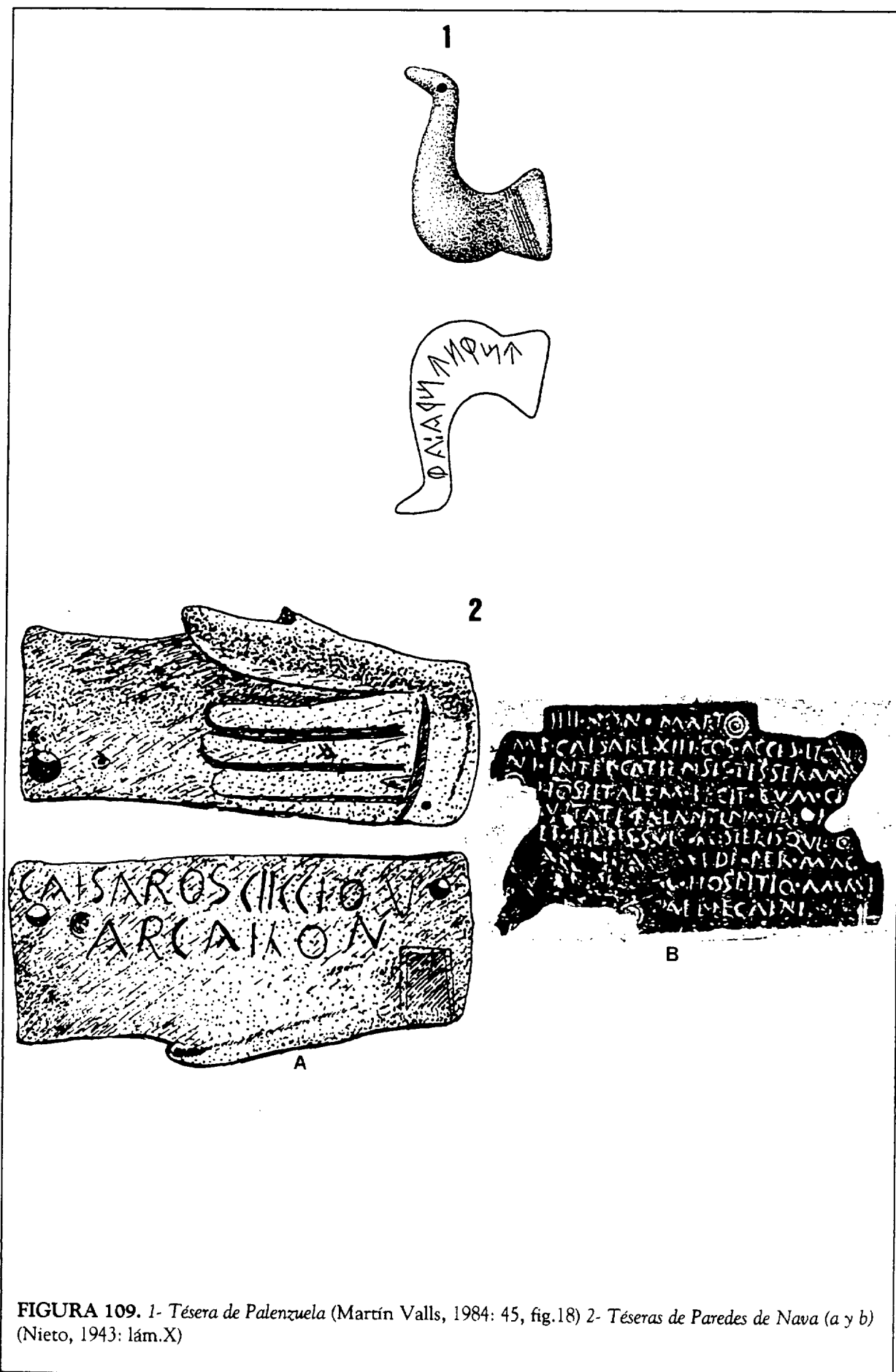
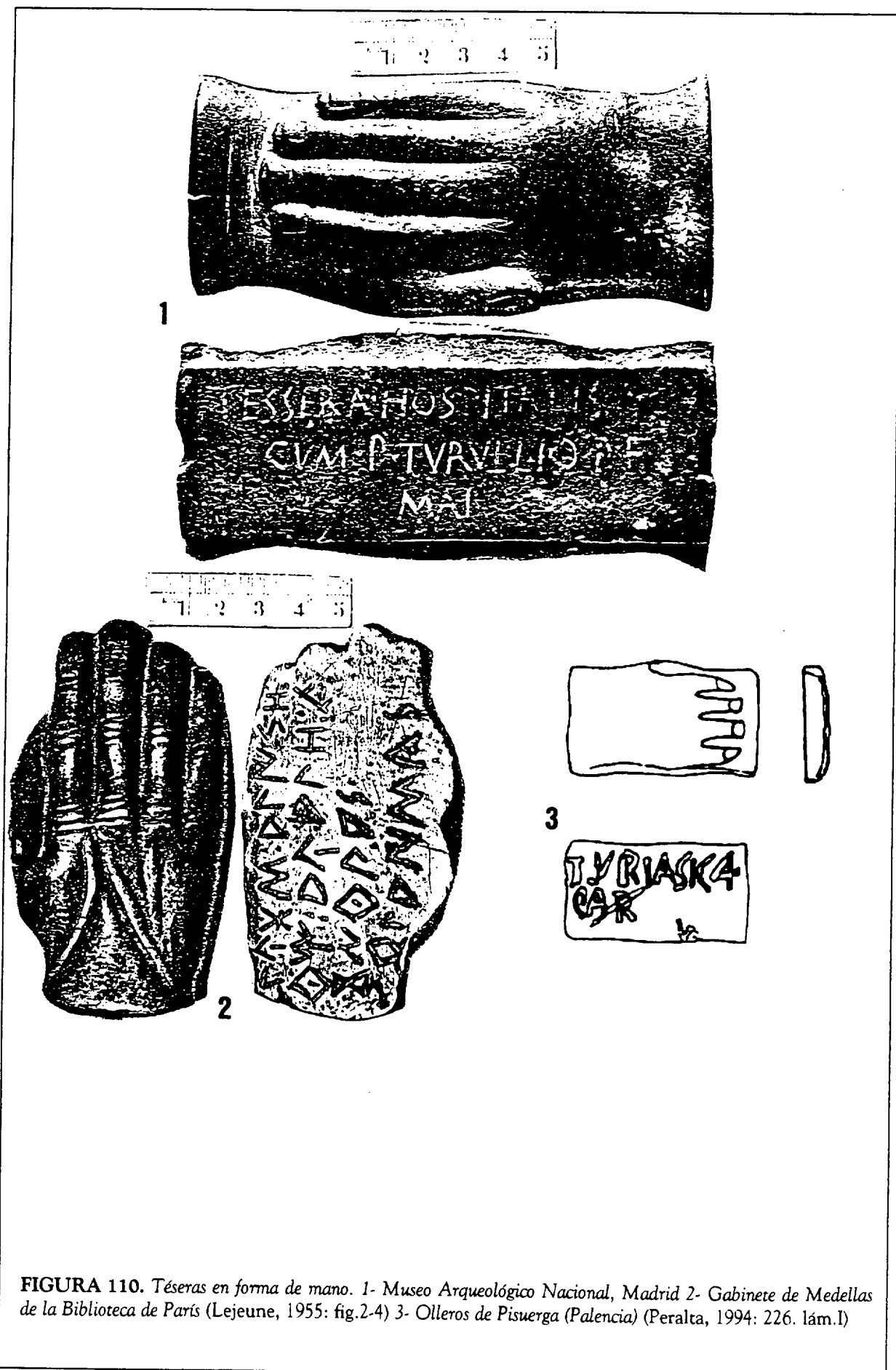


FIGURA 109. 1- Tésera de Palenzuela (Martín Valls, 1984: 45, fig.18) 2- Téseras de Paredes de Nava (a y b) (Nieto, 1943: lám.X)



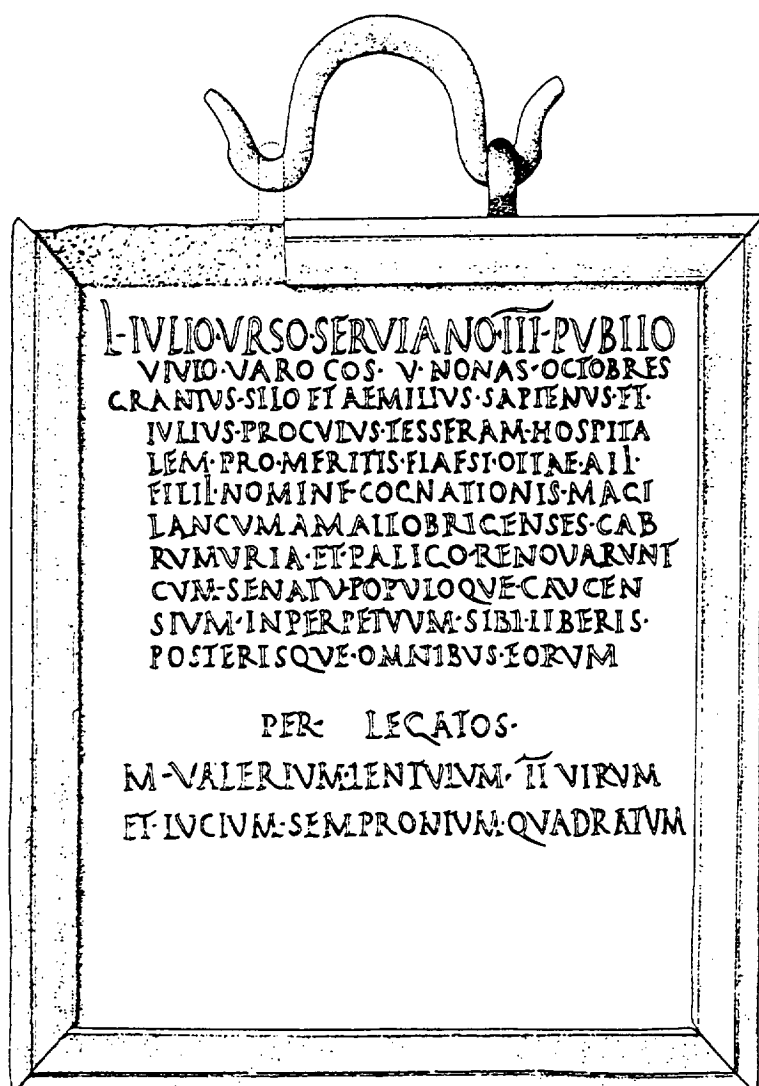


FIGURA 111. Tésera de Montealegre de Campos, Valladolid (Balil/Martín Valls, 1988: 16, fig.1)

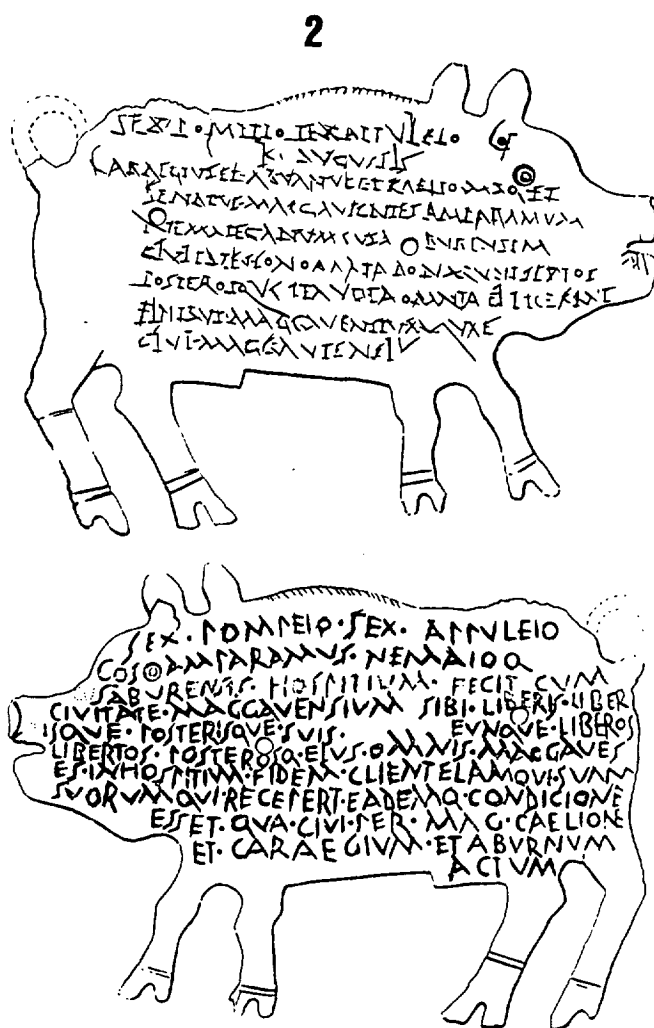
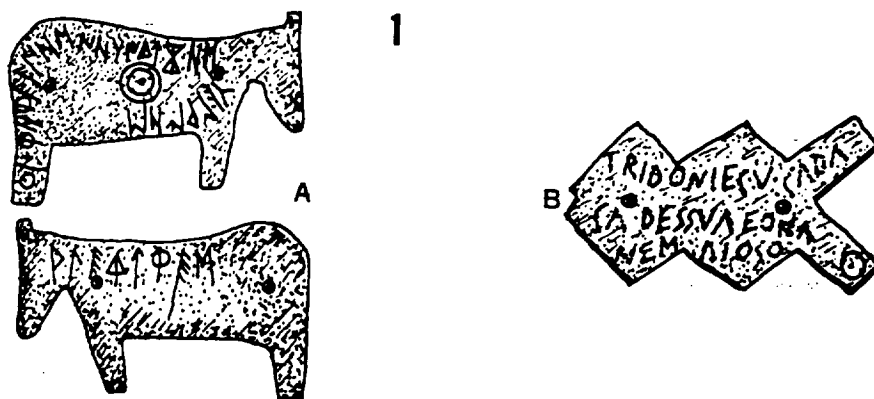


FIGURA 112. 1- Téseras de Sasamón, Burgos (a y b) (Montenegro, 1985: 264, fig.1-2) 2- Tésera de Herrera de Pisuergra (Palencia) (García y Bellido, 1966a: 164, fig.1-2)

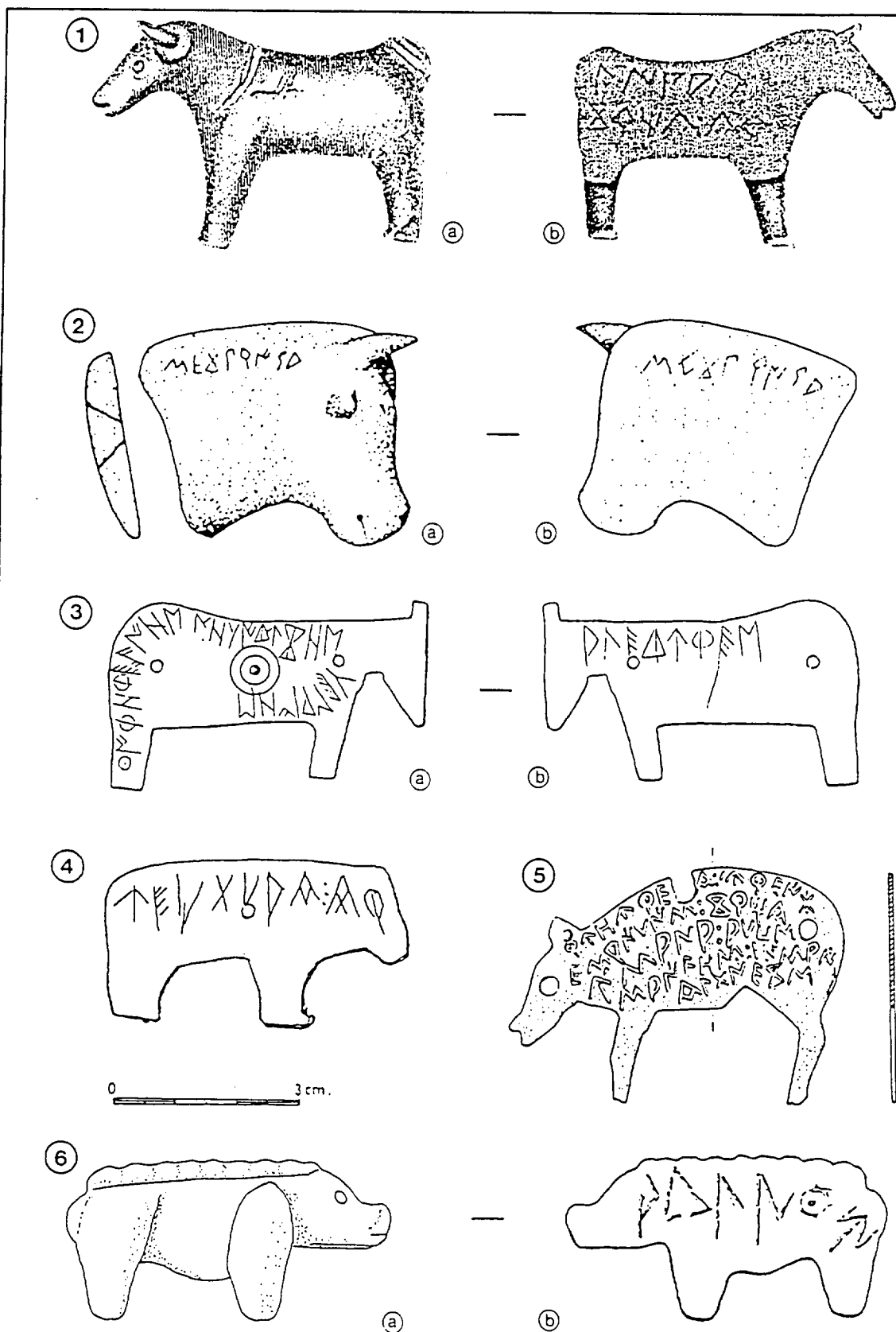
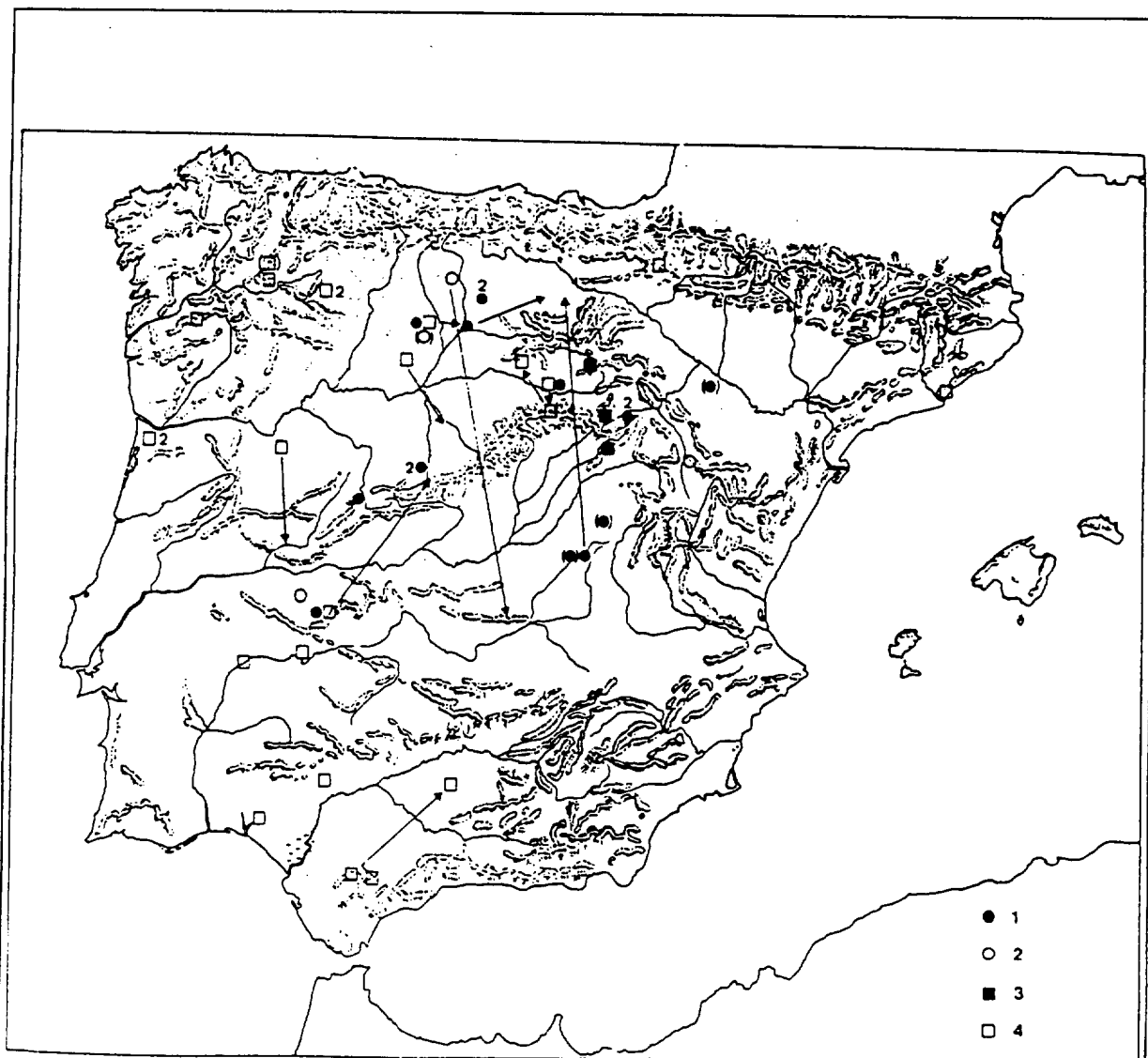
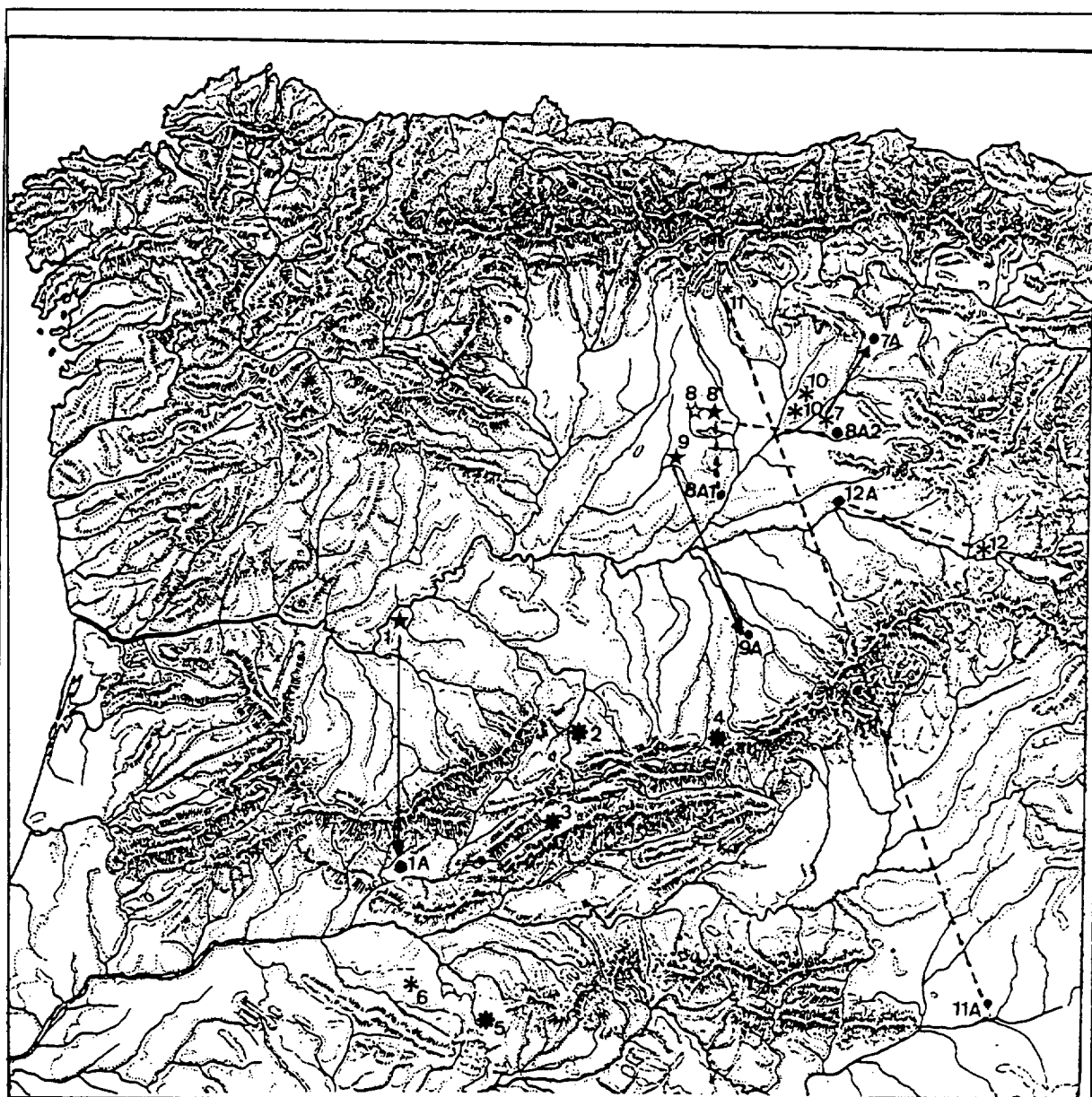


FIGURA 113. Téseras de figuración zoomorfa de la meseta. 1- Fosos de Bayona 2- procedencia desconocida 3- Sasamón 4- Monreal de Ariza 5- Uxama 6- procedencia desconocida (tomado de Lorrio, 1995b: 552, fig.128)



**FIGURA 114.** Téseras y tabulae de hospitalidad peninsulares. Relaciones geográficas. 1- figurativas y en lengua celtibérica, 2- figurativas y en lengua latina, 3- no figurativas en lengua celtibérica y 4- no figurativas en lengua latina (Almagro Gorbea/Lorrio, 1987: 121, mapa 6)



**FIGURA 115.** Téseras y tabulae de hospitalidad de la meseta occidental. Relaciones geográficas. ★ placa no figurativa, \* placa zoomorfa, ☆ placa de manos, \* tésera falsa o controvertida, ● punto de relación (elemento nombrado en la tésera; núm. original), ————— conexión segura de puntos a través de la tésera, - - - - - conexión posible de puntos a través de la tésera.

1- Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca) 2- Coria (Cáceres) 3- Hoyos de Colgadizos de Castrofrío (Tornavacas, Ávila) 4- Las Cogotas (Cardenosa, Ávila) 5- Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres) 6- Campamento romano de Cáceres 7- Palenzuela (Palencia) 7A- Briviesca (Burgos) 8- Paredes de Nava (Palencia) 8A1-Palencia 8A2-Palenzuela (Palencia) 9- Montealegre de Campos (Valladolid) 9A- Coca (Segovia) 10- Sasamón (Burgos) 11- Herrera de Pisuergra (Palencia) 11A- Consuegra (Toledo) 12- Uxama (Burgo de Osma, Soria) 12A- Roa de Duera (Burgos)

## II-3.2 MOVILIDAD GEOGRÁFICA INTER-ÉTNICA: ORIGO Y MIGRACIÓN

Como si se tratara de un apéndice vamos a dedicar dos líneas al testimonio epigráfico como vía de aproximación al desplazamiento de gentes antiguas, una movilidad explicable desde muchísimos puntos de vista. Lo siguiente no es más que un cotejo de un hecho demográfico que, en honor a la verdad, no está testificado entre los pueblos que estudiamos para el tiempo que nos ocupa, pero habida cuenta que sí aparece unos años después en inscripciones funerarias latinas con componentes onomásticos indígenas, puede tenerse en cuenta hipotéticamente como fenómeno practicado desde antes aunque sin registro directo. Nos estamos refiriendo a la migración de hispano-romanos hacia y desde la región meseteña, reconocida en la alusión a la *origo* presente en las lápidas funerarias<sup>11</sup>.

La expresión de procedencia en el sistema onomástico de un individuo suele producirse cuando el mismo fallece fuera de su territorio. El dato de la *origo* remarca que se trata de un elemento ajeno o exógeno a la población local, y, por tanto, que ha llegado al lugar donde halló la muerte a través de un desplazamiento<sup>12</sup>.

La constatación de esta información no es frecuente. Los pocos ejemplos que recogen la *civitas* de origen suelen contener también en el sistema onomástico la referencia al grupo familiar (gentilidad). Apenas si existen inscripciones de gentes naturales de ciudades vacceas o vetonas en tierras extranjeras<sup>13</sup>. Sí encontramos el fenómeno inverso,

<sup>11</sup> La bibliografía sobre el tema es abundante. La pionera en este tipo de análisis fue I. Arias (1949; *ead.*, 1952, con base en material numismático; *ead.*, 1954; *ead.*, 1958), poco después García y Bellido (1959; *id.*, 1962b) y Rubio Alija (1959), a los que han seguido estudios regionales, como el de García Merino para el *Conventus Cluniensis* (1975: 181-204), el de Hurtado (1979) para la provincia de Cáceres, el de Pérez Almoguera/Prieto (1979) para la Bética, el de Pereira/Santos (1980) para el noroeste, o el más reciente de Magallón/Navarro (1991-92) para el convento caesaraugustano. Una de las últimas revisiones mejor documentadas es la de Haley (1986; *id.*, 1991), que apoya la importancia del comercio -alta presencia de *negotiatores*- como razón de los desplazamientos por encima del factor militar. A nivel general, sobre viajes y desplazamientos en el imperio romano, Chevallier (1988).

Una introducción a la relación *origo-civitas* se encuentra en Le Gall (1983). Con un enfoque metodológico, resulta de interés la nueva contribución de d'Encarnaçao (e.p.). Gómez Pantoja (1995c) ha llevado a cabo una interesante aproximación a la expansión de celtíberos (especialmente uxamenses y cluniacenses) por otros ámbitos meseteños y extrameseteños a partir del testimonio epigráfico, sugiriendo este autor como hipótesis explicativa la dedicación ganadera trashumante de aquellas gentes en Lusitania y en las tierras más occidentales del *Conventus Carthaginiensis* (Gómez Pantoja, 1995b: 496-503).

<sup>12</sup> Una excepción a esta regla general es el caso de los vadinienses. La mayoría de sus inscripciones funerarias, de gran particularidad técnica e iconográfica, mencionan *civitas* y *origo*, pero no identifican a emigrantes, sino que se trata de un pueblo y una documentación epigráfica localizados *in situ* en los valles de la cordillera cantábrica (provincias de León y Asturias), sin desplazamiento alguno (García Merino, 1972; Mañanes/Gómez, 1979; González Rodríguez, 1981).

<sup>13</sup> No con base epigráfica, sino con base literaria, se ha incidido en el carácter móvil de los vacceos. A tenor de algunas noticias de los clásicos, autores como Ramos Loscertales (1941: 16, 29-30) y Maluquer (1954: 170-171) llaman la



individuos pertenecientes a entidades étnicas foráneas fallecidos en la meseta occidental, tenidos por antiguos emigrantes. Por ejemplo en el espacio vetón contamos con varios casos, curiosamente casi todos ellos son gente oriunda de la Celtiberia, arévacos de Uxama, Termancia, Clunia... (sobre esta particularidad Gómez Pantoja, 1995c): *Aecus Aplonicum Lougi filius Cluniensis* en Garrovillas (Cáceres); *Domitius Cariatequm (?) Statui filius Termestino* en Ávila; *Caucetus Coroniqum, Charitus y Nua Cauca Uxamensis* en Ávila; *Abia Crastunicum Uxamensis* en Ávila; *Lucius Lentoniquum Uxamensis* en Ávila y *Macer Obisoqum Ambati filius Toletanus* en Casas de Don Pedro (Badajoz) (Sánchez Moreno, 1996c: 133-134, apéndice I, con referencia completa de procedencias originales).

El movimiento de antiguos pobladores de nuestro territorio (especialmente abulenses y salmantinos) hacia otras regiones, se vislumbra parcialmente mediante la repetición de grupos familiares característicos de la onomástica vetona en puntos más o menos alejados. A veces la repetición se da en el mismo lugar o en enclaves cercanos: *Aploniocum* en Garrovillas (Cáceres) y Ávila; *Areinicum* se testimonia por dos veces en Ávila y en Villar de Pedroso (Cáceres); *Caburaetiquum* y *Caburoniquum* están repetidos en Ávila; *Coilionqum* y *Coilionicum* en Yecla de Yeltes (Salamanca); *Limicon (?)* en Oliva (Cáceres) y Zarza de Granadilla (Cáceres); *Mentoviequm* en Candeleda (Ávila) y en la misma Ávila. Pero ocasionalmente la relación se establece entre áreas distantes: *Calaedicon/Calaetiquum* además de encontrarse en Ávila y en un verraco de Guisando hace acto de presencia en Nieva de Cameros (La Rioja); *Camalicum* aparece en Villar del Pedroso (Cáceres) y en Segovia; *Cambaricum/Canbaricun/Kambarokum* en Yecla de Yeltes (Salamanca), en Toledo y en un grafito ibérico de un vaso cerámico de Caminreal (Teruel); *Cariqum/Cariqon/Carico* en Cáparra (Cáceres), en Coca (Segovia) y en el bronce de Luzaga (Guadalajara); *Coironiquum/Coroniquum* además de tripetirse en Ávila (en dos casos se trata de uxamenses) se halla en Segovia; *Crastunicum/Crastunigum* se registra en Cuevas de Amaya (Burgos), en Ávila y en Langosto (Soria) (las dos primeras son uxamenses); *Letondicum/Letondiquom/Letondiquum* en San Esteban de Gormaz (Soria), en Ávila y en Gárgoles de Arriba (Guadalajara); *Magilanicum* en Garrovillas (Cáceres) (un individuo de *Mirobriga*) y en Montealegre del Castillo (Valladolid), como *cognatio* pactante de la

---

atención sobre la circunstancia de que en tiempos de la conquista romana los vacceos aparecen a menudo lejos de su territorio. Estos autores lo relacionan con el colectivismo agrario, característico de gentes no sedentarias (Ramos) y con el carácter de *celtas recientes* de los vacceos, expandidos en la última oleada céltica y todavía sin asentar del todo (Maluquer). Ya hemos revisado estas posturas tradicionales; en nuestra opinión la movilidad vaccea puede responder a razones mucho más prácticas, entre otras la actividad comercial y el transporte de cereales.

conocida *tessera hospitalis*; *Matugenicum*/*Medugenicum* por dos veces en Ávila, en Yecla de Yeltes (Salamanca) y en Saldaña de Ayllón (Segovia)..., etc. (Gómez Pantoja, 1996: 80-84, n<sup>os</sup>7-11, 13, 17-18, 21, 25 y 28; Sánchez Moreno, 1996c: 139; Salinas, 1994b).

M<sup>a</sup>. Lourdes Albertos fue una de las primeras en revisar estos gentilicios idénticos atestiguados en regiones diferentes; en su opinión, respondían a traslados de población tardíos que nada tenían que ver con los contactos culturales o étnicos de pueblos en época prerromana (vetones, carpetanos, arévacos y vacceos como principales grupos con mayor número de coincidencias) (Albertos, 1975: 18, nota n<sup>o</sup>195). Hace poco J. Gómez Pantoja ha vuelto sobre el tema. A su juicio, estos grupos familiares de arranque prerromano pudieron difundirse desde su cuna local a través de enlaces exogámicos, migraciones y otros fenómenos sociales que han podido no dejar huella...; sin aportar explicaciones más concretas, el autor deja abierta la puerta y reconoce la fuerza de estos movimientos, sobre todo desde puntos de partida como *Uxama* (Gómez Pantoja, 1996).

Coincidimos con este último juicio. Los apuntes epigráficos anteriores pueden tomarse como un indicador latente de algo tan común al hombre como es su movilidad y su relación con grupos vecinos en primera instancia. Cotejando el contenido de estos epígrafes con, por ejemplo, las estelas funerarias (desgraciadamente anepígrafas) de cementerios protohistóricos como Las Cogotas o Las Ruedas, nos da la sensación de hallarnos ante un reflejo, tenue y diacrónico, de una práctica consumadísima por estas gentes, sus remotos antepasados y un sinfín de generaciones que llegan hasta la nuestra. La de la joven que abandona su aldea al contraer matrimonio con un forastero. La búsqueda de fortuna o trabajo en otro lugar. La migración conjunta de un grupo familiar. La aventura aislada de un guerrero, un pastor o, juguemos con las posibilidades, un vividor sin más que rompe el limitado horizonte de su pueblo. La huella de un comerciante que ve el ocaso de sus días pisando un suelo que no es el de su patria. El éxodo del derrotado que, destruido su solar, busca la acogida en un poblado ajeno.... Se trata, en definitiva, de algunos de los *deslizamientos* humanos más universales. Pero muchas veces los más modestos e ignorados<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> El problema estriba en deslindar un movimiento individual y por ello irreplicable, al menos *a priori*, de una tendencia generalizada y por ello susceptible de ser categorizada y, a partir de lo mismo, de ser analizada por el historiador. Acabamos de referirnos a lo universal de los desplazamientos particulares; unos hechos que de cara a la investigación son tremendamente escurridizos tanto en documentación como en significado histórico global. Respecto a los

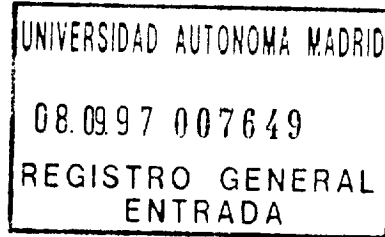
No prolongamos más este *excurso*. Sobre todo porque no queremos caer en el vicio que nosotros mismos hemos denunciado en alguna ocasión al abusar de una documentación que temporalmente no se adecua con el objeto de estudio. En efecto, en estas inscripciones hispano-romanas de fecha altoimperial hay hiatos considerables, sobre todo un desfase cronológico, un desajuste cultural y socio-político (el propio alcance de la romanización) y una *relatividad* de datos, que nos alejan del mundo prerromano que estudiamos. Sin embargo, aproximarnos a este panorama nos ha servido, sólo como línea sugerida, para no caer en el error de obviar otro tipo de movimientos que, a pesar de su poco alcance y silencioso trasfondo, avivan el contacto cultural entre pueblos.

Vol. II

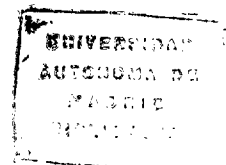
SC  
FFL-FL  
289

Eduardo Sánchez Moreno

Meseta occidental e Iberia exterior.  
Contacto cultural y relaciones comerciales  
en la época romana  
Vol. III



R B. e. 66537



ÍNDICE VOLUMEN III

**III- TERCERA PARTE: INTERCULTURACIÓN Y COMERCIO.  
(TEORÍAS, ANTECEDENTES, MECANISMOS, AGENTES, VÍAS  
Y ESFERAS DE INTERACCIÓN)**

**III-1 MODELOS EXPLICATIVOS, REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA Y  
ESTUDIO COMPARATIVO**

.....pág.574

**III-1.1 El intercambio en el mundo antiguo:**

A- Tendencias de aproximación.....pág.575

B- Modalidades teóricas de intercambio.....pág.580

a) Trueque o reciprocidad equilibrada.....pág.580

b) Reciprocidad desequilibrada:  
intercambio de regalos o bienes de prestigio.....pág.581

c) Redistribución.....pág.584

d) Otras vías particulares de interacción:  
conquista, botín, mercenariado, exogamia.....pág.585

e) Comercio de Tratado.....pág.586

f) Comercio de Mercado.....pág.587

**III-1.2 Casos de estudio:**

La interacción entre la Céltica europea y el Mediterráneo occidental.....pág.592

A- Centroeuropa hallstättica y el Mediterráneo (600-400 a.C.).....pág.593

B- La formación de los *oppida* al final de la Edad del Hierro  
(150 a.C.-conquista romana).....pág.624

**III-2 ANTECEDENTES: CONTACTOS ENTRE LA MESETA  
OCCIDENTAL Y EL ÁMBITO MERIDIONAL EN LA PREHISTORIA  
RECIENTE**

.....pág.647

**III-2.1 Bronce Final: Cogotas I.....pág.648**

**III-2.2 El fenómeno orientalizante en el occidente meseteño:  
los sustratos proto-vetón y proto-vacceo en la Primera Edad del Hierro.....pág.656**

**III-3 FORMAS DE CONTACTO CULTURAL:  
MECANISMOS Y AGENTES DE INTERACCIÓN**

**III-3.1 Tiempos de guerra.....pág.680**

A- Los conflictos inter-étnicos:

. Asaltos.....pág.681

. Botines, tributos y repartos.....pág.685

B- ¿Mercenarios o élites guerreras de auxilio militar?.....pág.688

III-3.2 Tiempos de paz.....	pág.696
A- Diplomacia interregional:	
. Alianzas.....	pág.697
. Símbolos de acercamiento .....	pág.703
. Pactos.....	pág.707
B- Exogamia.....	pág.709
C- La religión, un factor vinculante.....	pág.715
. Expansión de creencias.....	pág.715
. Aglutinación de creyentes.....	pág.718
III-3.3 Al paso de los rebaños: la <i>Trashumancia</i> .....	pág.725
III-3.4 Revisando un concepto: la <i>Celtiberización</i> de la meseta occidental.....	pág.739
III-3.5 La actividad comercial.....	pág.761
A- Mercados y sistemas comerciales	
. Mercados.....	pág.764
. Sistemas comerciales.....	pág.770
B- Productos y patrones de intercambio	
. Productos.....	pág.771
. Patrones de intercambio.....	pág.772
C- Comerciantes y medios de transporte	
. Comerciantes.....	pág.781
. Medios de transporte.....	pág.785

### III-4 VÍAS DE COMUNICACIÓN

.....	pág.794
III-4.1 Caminos terrestres	
A- El punto de partida: <i>sendas sin huella</i> .....	pág.796
B- Hacia la meseta occidental.....	pág.800
C- En la meseta occidental.....	pág.807
III-4.2 Rutas fluviales.....	pág.814

### IV- CONCLUSIONES

.....	pág.820
-------	---------

### V- BIBLIOGRAFÍA

.....	pág.849
-------	---------

### VI- ÍNDICES

VI-1 Índice de figuras.....	pág.996
VI-2 Índice de cuadros.....	pág.1005
VI-3 Índice de yacimientos inventariados con clave de identificación.....	pág. 1006

***III- TERCERA PARTE:  
INTERCULTURACIÓN Y  
COMERCIO.  
(TEORÍAS, ANTECEDENTES,  
MECANISMOS, AGENTES, VÍAS  
Y ESFERAS DE INTERACCIÓN***

## III-1 MODELOS EXPLICATIVOS, REVISIÓN HISTORIOGRÁFICA Y ESTUDIO COMPARATIVO

---

Este apartado persigue un objetivo doble. Por una parte, en un primer bloque, creemos oportuno sistematizar los principales tipos de intercambio en el mundo antiguo, con especial atención al Ier milenio a.C. en Europa continental y la cuenca mediterránea, previa observación de las tendencias historiográficas imperantes en el siglo XX en relación al fenómeno de contacto cultural. Este panorama nos dará pie para introducir en la segunda sección de este capítulo un doble caso de estudio de interacción cultural: la que acontece, precisamente, entre la denominada Europa templada y las sociedades del Mediterráneo occidental en dos momentos determinados, la fase avanzada de Hallstatt a finales de la Primera Edad del Hierro (600-400 a.C., aproximadamente) y la época de formación de los *oppida* continentales en las postrimerías de la Segunda Edad del Hierro (150 a.C.-conquista romana). Definición de modelos teóricos, en una completa revisión historiográfica, y aplicación práctica a dos episodios históricos concretos, constituyen, pues, el contenido de estas páginas.

La interacción cultural que protagoniza nuestro trabajo se desvía ahora en el espacio y en el tipo de aproximación, pudiendo parecer desorientado en exceso el contenido de este capítulo. Sin embargo, consideramos pertinente insertar aquí este estudio comparativo con un fin triple: 1) definir conceptos e ideas, 2) observar el comportamiento de dos formas de contacto cultural en un escenario distinto (pero no alejado plenamente del nuestro ni geográfica, ni temporal, ni culturalmente) y analizar los modelos de interpretación esgrimidos por una corriente historiográfica especialmente ejercitada en el estudio de contactos culturales como es la anglosajona, y 3) disponer de un *corpus* de información teórica y de soluciones particulares que pueda ayudar a definir primero e interpretar de modo contrastado después (reconociendo o no paralelismos con nuestra área de estudio) las formas de relación que buscamos estudiar<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> La elaboración de este capítulo se vió facilitada por la estancia de dos meses de que disfrutamos en la Universidad de Minnesota (Abril-Junio 1996), gracias a la concesión de una Estancia Breve en el Extranjero dentro de nuestra Beca de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia. Allí, las consultas científicas con el profesor Dr. Peter S. Wells y sus orientaciones bibliográficas resultaron de gran provecho. Queremos agradecer profundamente la atención y ayuda recibidas del Dr. Wells, así como de la Dra. Bettina Arnold, y todas las facilidades que el Dr. John Weeks nos dio en el libre uso de la principal biblioteca de dicha universidad (Wilson Library).



### III-1.1 EL INTERCAMBIO EN EL MUNDO ANTIGUO

#### A- TENDENCIAS DE APROXIMACIÓN

No cabe duda que la entrada en contacto de regiones o culturas diferentes representa una constante histórica. Por ello la manera de la interacción, los mecanismos que la materializan, los elementos que la identifican y las consecuencias que desencadenan han ocupado muchas páginas en las obras de investigación. Indudablemente el tratamiento de la cuestión ha diferido a través del tiempo y dependiendo de las corrientes ideológicas y políticas en las que cada pensamiento se gesta. Pero el tema goza de plena actualidad, y en los últimos tiempos hay que mencionar la aparición de interesantes síntesis que recopilan la dinámica de esta indagación al tiempo que proponen nuevas orientaciones en su estudio (Flannery, 1972; Coleman, 1973; A.A.V.V., 1980; A.A.V.V., 1983a; Schortman, 1989; Schortman/Urban, 1987; *eid.*, 1992a; *eid.*, 1992b; Todorov *et alii*, 1988; Wells, 1989b; Alvar, 1990; González Wagner, 1993; Gilman, 1993; Gosden, 1997).

Desde finales del siglo XIX los *preceptos* del antropólogo americano L. Morgan sobre las sociedades primitivas se habían consolidado hasta el punto de inaugurar ya en aquellos años lo que después se bautizó como **pensamiento evolucionista**. En su dictamen, Morgan admite que el contacto de una comunidad con otra puede acelerar su desarrollo, pero que esencialmente todos los grupos humanos evolucionan independientemente a partir de su progreso cerebral que produce la superación sucesiva de estadios de civilización establecidos, desde los más primitivos a los más perfeccionados. La reacción a esta tendencia llega en las primeras décadas del siglo XX de la mano del recién nacido **difusionismo**. La información creciente sobre las culturas antiguas demostró la existencia de similitudes entre distintas comunidades que empezaron a ser interpretadas como el fruto de la expansión de ideas y comportamientos intersociales. Así, un contacto entre regiones diferentes solía traer consigo un cambio en las culturas que lo protagonizaban bajo un mecanismo automático: el foco cultural más desarrollado activa al foco secundario o dependiente, que empieza a tomar elementos y aplicaciones del primero. Quedó así asentada la tradición difusionista: las innovaciones que nacen en un punto principal se expanden a las áreas vecinas, culturalmente periféricas, tal y como las analogías documentadas evidencian. En el estudio de la Prehistoria europea el mejor representante

de la corriente difusionista fue V. Gordon Childe (1925; *id.*, 1929; *id.*, 1934), para quien el Occidente prehistórico progresa en relación a los estímulos civilizadores que llegan de Oriente y del Mediterráneo. Sin embargo este modelo no precisaba suficientemente la explicación real del contacto, y preguntas como la manifestación de la difusión (¿migración?, ¿implantación?, ¿aculturación?...), y sus causas, el papel de las áreas periféricas en la misma, o los efectos de la influencia cultural, quedaban sin respuesta. Todo ello condujo al resurgimiento del evolucionismo en los años 50 de la mano de autores como L. White o B. Meggers, caracterizado ahora por una nueva fisonomía. La pauta fue el estudio de culturas individuales delimitadas geográficamente, haciendo hincapié en dos factores principales: el medioambiente, como marco económico-espacial determinante, y la tecnología, como instrumento de cambio y evolución. Este planteamiento fue matizado después por J. Stewart, bajo la directriz del funcionalismo arqueológico que se había introducido también en esos años y que daba gran relevancia a la interacción de todos los aspectos de un sistema cultural. A esta nueva tendencia investigadora se denominó **Ecología cultural**. En ella se reconoce la huella de factores externos en un espacio cultural resultados de una difusión -a la postre marcan las diferencias entre las distintas culturas-, pero tan solo como rasgos secundarios frente a los rasgos centrales representados por las posibilidades y los condicionamientos del medioambiente.

El estudio de la interacción cultural se revitaliza desde finales de los años 60 con la entrada del **comercio** como factor fundamental de estudio histórico para las épocas más antiguas. El auge se ha mantenido en las décadas siguientes hasta nuestros días, si bien con diferentes aproximaciones y presupuestos<sup>2</sup>. El comercio, entendido en un sentido extenso como el movimiento pacífico de bienes entre dos o más grupos humanos, supone una modalidad más de interacción cultural. Así, la prioridad reside ahora en buscar las evidencias materiales de la transacción, en explicar los mecanismos organizativos de la

---

<sup>2</sup> La bibliografía es abundantísima y sólo citaremos aquí algunos títulos representativos consultados. La tendencia al respecto no es unívoca habida cuenta que el acercamiento se da desde distintas perspectivas (arqueológica, antropológica, histórica) según el tiempo de estudio; pero todas las corrientes reservan al comercio el papel rector en los procesos de cambio cultural y civilización. Para tiempos prehistóricos y por tanto con una metodología arqueológica, Renfrew, 1969; *id.*, 1975; Rowlands, 1973; Wright, 1974; Early/Erickson, 1977; Clarke, 1979; Hodder, 1980; y más recientemente, Erickson/Early, 1982; Renfrew/Shennan, 1982; Renfrew/Cherry, 1986; Macready/Thompson, 1984; Hardh *et alii*, 1988, Scarre/Frances, 1993 o Ruiz-Gálvez, 1992b. Con un enfoque sustancialmente etnográfico, Polanyi *et alii*, 1957; Belshaw, 1965; Dalton, 1969; *id.*, 1977; Wilmsen, 1972; Sahlins, 1972; Flannery, 1972; Carney, 1973; Adams, 1974; *id.*, 1975; Sabloff/Lamberg-Karlowsky, 1975; hasta obras recopiladoras como las de Brumfield/Earle, 1987 o Schortman/Urban, 1992. En una corriente clasicista sobre el mundo antiguo, destaca el trabajo pionero de Finley (1973), y tras él obras como Hopper, 1979; Mele, 1979; Garnsey *et alii*, 1983; Garnsey/Whittaker, 1983; Casson, 1984; Oates, 1993; etc. Dentro de esta última línea cabe resaltar la útil revisión historiográfica debida a Alonso Troncoso aparecida últimamente (Alonso Troncoso, 1994).

interacción comercial y en valorar la trascendencia del comercio en el desarrollo de las comunidades locales, como agente de evolución hacia la formación estatal y de cambio cultural que es. Algunos de los máximos logros de esta línea de investigación han sido la determinación de distintas variantes de intercambio comercial en las sociedades antiguas, a las que más adelante atenderemos, y, sobre todo, la comprensión del comercio como instrumento de enriquecimiento socio-económico y de poder político. Fruto de esta interacción económica el producto exótico en una comunidad local adquiere muchas veces un valor sociológico, cuya posesión facilita la distinción social de sus propietarios; mientras que cuando la mercancía se importa de una manera *seriada* o a gran escala, el efecto tiene un alcance social mucho más extenso. De ahí que el comercio suponga en ciertos niveles una herramienta de reorganización económica para una sociedad y un valor de aspiración para su élite. Sin embargo, el riesgo de ver en la práctica comercial la única forma de interacción y contacto interregional, y el peligro de sobrevalorar su función como motor exclusivo de progreso, representan las grandes críticas achacables a esta tendencia. Desde los años 80 el papel del comercio parece estabilizado como un destacado subsistema, uno más, del gran conjunto cultural; en parte debido al cierto equilibrio que se ha logrado entre difusionismo y evolucionismo. En este sentido, y en una línea con la que coincidimos personalmente, en los últimos tiempos se tiende a enfatizar primero el conocimiento de la dinámica interna de los sistemas culturales (sin desatender el estímulo foráneo, evidente) y a analizar después el alcance de la interacción con el exterior dentro del completo tejido cultural de las sociedades que se ven afectadas por el mismo.

Partiendo del reconocimiento del valor de las necesidades comerciales entre comunidades antiguas (los productos que un grupo demanda por carecer de ellos, son excedentarios y accesibles en el seno de otro grupo), se han desarrollado en los últimos años diferentes modelos generales de contacto intercultural. Destacamos a continuación tres de los más representativos.

I- La adaptación *atemporal* de la **Teoría del Sistema Económico Mundial**, también conocido como modelo de **Centro-Periferia**, de I. Wallerstein (1974-1980), ha gozado de gran éxito como mecanismo en la explicación de la interacción entre sistemas y el crecimiento desigual de los mismos. La teoría originalmente nace aplicada en la época moderna al desarrollo económico de la Europa de la expansión atlántica, pero enseguida se

acomoda para tiempos más antiguos (épocas antigua, protohistórica y prehistórica, tomando como referencia el Mediterráneo). Brevemente, esta tesis tiene como elemento de análisis a unidades amplias, los llamados sistemas (mundial o europeo), y no a tribus, comunidades o estados locales. Tales sistemas se articulan en una triple categoría de unidades concéntricas y complementarias <figura 116>: áreas centrales, áreas semi-periféricas y áreas periféricas extremas. La dinámica jerarquizada de funcionamiento es la siguiente: los puntos centrales dominan las periferias y las explotan desde el punto de vista económico, extrayendo de ellas las materias primas de las que son deficitarios. La franja semi-periférica, como área intermedia, es la que se encarga de proporcionar las demandas a los grandes centros, organizando expediciones de apropiación de bienes hacia las zonas más periféricas y marginales, verdaderas abastecedoras de recursos básicos. Esta interacción económica a tres niveles determina igualmente una graduación cultural y socio-política en tres ritmos: el del corazón del sistema, más veloz y evolucionado, el nivel medianero de la región de transición, parcialmente beneficiada por el contacto servicial hacia los centros, sin llegar a rivalizar con ellos, y el exiguo horizonte de la periferia explotada. Más adelante volveremos sobre la Teoría de Centro-Periferia a propósito del caso de estudio sobre la interacción entre la Europa céltica y el Mediterráneo en el Ier. milenio a.C. <figura 125>.

II- Un matiz diferenciador, con un análisis marcadamente interno a diferencia del planteamiento exteriorizado de la tesis anterior, se encuentra en el modelo de **Interacción de Unidades Políticas Iguales** (*Peer Polity Interaction*) creado por C. Renfrew (1982a; *id.*, 1982b; Renfrew/Cherry, 1986) <figura 117 A>. Según su planteamiento, las claves para entender el desarrollo económico, el cambio cultural y la aparición de *ranking* socio-político en una sociedad antigua residen en la intensificación de la producción y en la interacción principalmente con unidades políticas similares y no muy alejadas. Renfrew centra su análisis en la Edad del Bronce de las islas egeas, especialmente en Melos (Renfrew, 1982b; *id.*, 1986), pero se han llevado a cabo intentos de aplicación de este modelo a otros momentos, como la Edad de Hierro europea (Champion/Champion, 1986), con resultados sólo parciales. Relaciones exteriores a una escala media y con una contrapartida más equitativa y homogénea son, en opinión de Renfrew, mucho más importantes en el avance de estas unidades autónomas que los lazos foráneos de dominio con sociedades apartadas espacial y culturalmente, como propugna la vertiente difusionista. Esta interacción asociada no sólo se realiza a través de bienes tangibles, sino también mediante ideas y

conocimientos que pueden ser transmitidos de diversas maneras (acciones bélicas, emulación competitiva como fórmula de prestigio, aprendizaje técnico, etc.).

III- Finalmente los americanos E. Schortman y P. Urban, dedicados desde hace un tiempo a la revisión de estas cuestiones, ofrecen un nuevo enfoque en el estudio de la **Interacción Intercultural al caracterizar este fenómeno como un medio de potenciación de la Identidad Social de una comunidad** (Schortman, 1989; Schortman/Urban, 1987: 62-81). Su postura es abierta, reconciliadora (perspectiva interna, regional e interregional) y a la vez innovadora. Para estos autores, el contacto exterior entre sociedades es tan trascendental que la *concienciación* de cada núcleo a la hora de valorar sus posibilidades y organizar sus recursos de cara a la interacción (información, energía, materiales, instituciones sociales e ideas, como elementos principales), les lleva a identificarse como un foco social, e incluso a definirse como una realidad étnica (*salient social identity*) con unas categorías culturales concretas; personalmente este segundo alcance nos resulta difícil de aceptar, especialmente por las dificultades de reconocerse arqueológicamente. Además, cuanto más consolidada está la identidad social, según este planteamiento, mayor es el beneficio resultante de la interacción. Eso sí, son necesarias unas condiciones ideales para que la interacción desencadene cambios socio-políticos de altura, entre las que se encuentran la complejidad de las partes en contacto, un volumen considerable de bienes intercambiados, la habilidad de un segmento social -o de la sociedad entera- para organizar la producción y controlar el excedente a comercializar, la posición estratégica de los polos en interacción y una adecuada distribución de los recursos y bienes en circulación, entre otros (Schortman/Urban, 1992b: 239-245).

## **B. MODALIDADES TEÓRICAS DE INTERCAMBIO**

El incremento en la segunda mitad del siglo XX de estudios sobre interacción y comercio en el mundo antiguo ha facilitado la distinción de diferentes tipos de intercambio<sup>3</sup> <figura 117 B>. Las modalidades varían según los autores y su enfoque. La actividad comercial es, como se dijo, sólo una variante de intercambio; generalmente aquél que consiste en una transmisión de bienes entre distintas manos programada de forma pacífica, con fines *retributivos* y regularizada con antelación. Pero además de la transacción estrictamente *mercantil*, existen otros muchos modos de intercambio regidos por circunstancias sociales, políticas, religiosas o ideológicas determinadas. De forma genérica, con especial atención a la protohistoria final europea de cara a nuestro objeto de estudio, vamos a señalar los siguientes tipos de intercambio:

### **a) TRUEQUE O RECIPROCIDAD EQUILIBRADA**

Constituye tradicionalmente la forma más primitiva de interacción. Propia de las sociedades menos complejas y desarrolladas, el trueque supone el intercambio de bienes equitativos, de igual valor pero casi siempre de diferente tipo. Es una transacción pacífica, directa y de un solo movimiento, llevada a cabo por grupos socialmente simétricos, caracterizados por formaciones tribales más o menos igualitarias (Polanyi, 1957: 250; Sahlins, 1972: 188-190 y 126-223; Renfrew, 1975: 8; Service, 1984: 79-82). Se define como una acción de iguales entre dos partes (*between*) que generalmente intercambian bienes de primera necesidad (alimentos) con una mecánica solidaria. Existe una gran variedad de tipos de trueque que incluyen distintos elementos (ceremonias simbólicas, actos de hospitalidad, servicios especiales, préstamos, acuerdos de paz o amistad, alianzas matrimoniales...), los cuales a medida que se consuman van haciendo perder el carácter

<sup>3</sup> Aunque peque de obvio no está de más simplificar la dinámica ideal que pone en relación a dos esferas en fases sucesivas. Para nosotros, y así lo consideramos para todo el contenido de este trabajo, el punto de partida es reconocer el *contacto*, esto es la relación o trato que se establece entre dos o más entidades, en nuestro caso. Habida cuenta que se trata de "un negocio entre dos", del contacto suele derivar en la mayoría de casos una *interacción*, que podemos definir genéricamente como la acción ejercida recíprocamente entre las dos fuerzas, agentes o entidades, que proporciona un resultado (lo que en lenguaje químico se reconoce como la reacción de dos cuerpos cuyos elementos pasan a formar un tercer compuesto). Las formas de interacción son múltiples, como lo son también sus consecuencias, pero probablemente la manifestación más notoria es el *intercambio*, entendido no sólo como acción sino también como efecto de un canje mutuo -entre varios- de elementos materiales o volátiles. Sólo una varilla del abanico que conforman los diferentes tipos de intercambio es la práctica comercial.

igualitario de la reciprocidad equilibrada. También son distintas las razones del trueque (voluntaria, involuntaria, prescrita, acordada, casual...) y sus condicionantes (distancia, riqueza, rango familiar de los grupos en contacto...). Con el tiempo, la homogeneidad primigenia desemboca en una reciprocidad *desvirtuada* a la que conduce una devolución del intercambio cada vez más sesgada (aproximada, simbólica, interesada...) por parte de uno de los focos en interacción. En este punto podemos reconocer otro estadio de intercambio menos neutral.

#### **b) RECIPROCIDAD DESEQUILIBRADA: INTERCAMBIO DE *REGALOS* O BIENES DE PRESTIGIO**

Se produce cuando en un intercambio el objetivo no es la transacción de la mercancía en sí, sino el compromiso o la trascendencia que el objeto implica desde el punto de vista político o económico para una de las partes (o para ambas). El intercambio ya no es simétrico: el bien ofrecido es un *regalo* que se extiende con unos fines indirectos proyectados sobre la otra esfera (la posibilidad de acceder a algún bien, el permiso de explotación y disfrute de ciertas materias, la promesa de colaboración, una clase de sometimiento, etc.). En este lenguaje simbólico, de forma paralela al intercambio de dones en un primer plano, se establece en un plano final un acuerdo intersocial. Pero este acuerdo generalmente se traduce en una relación desnivelada en cuanto que favorece más a una de las partes, por ello no la consideramos una reciprocidad equitativa.

La base antropológica de este intercambio reside en el valor del regalo como instrumento cultural. Lejos de limitarse a mercancía de transacción económica, el regalo se convierte en referencia de un compromiso social, religioso, moral, jurídico o político entre sociedades primitivas y grupos destacados de poder que programan la conveniencia del intercambio (Mauss, 1990). Los bienes materiales sirven para mediar las relaciones entre individuos y grupos y para hacer visible el escalonamiento de relaciones dentro de jerarquías sociales y estrategias políticas (Douglas/Isherwood, 1979; Appadauri, 1986; Wells, 1985b, este último con especial atención a los aspectos de cambio cultural); resulta

imprescindible, por tanto, reconocer la dimensión simbólica del objeto en intercambio y el contexto social e ideológico en el que se produce esa interacción (Hodder, 1982)<sup>4</sup>.

El ensayo pionero de M. Mauss publicado en 1954 (Mauss, 1990) sigue siendo de referencia obligada para el estudio de la forma y función del intercambio de dones o dávidas, y a partir de él se ha profundizado en el significado de la *economía del regalo* también denominada *complejo de Potlatch* desde la perspectiva antropológica (Belshaw, 1965: 46-49; Sahlins, 1972: 149-183; Harris, 1982: 102-120; Lewuillon, 1993; Eibl-Eibesfeldt, 1993: 402-409, como comportamiento psicológico). El interés de esta práctica estriba en comprender que el don crea obligaciones sociales. Entregar un regalo exige una respuesta a cambio, bien sea un regalo recíproco o contraprestaciones que dan derecho a recibir nuevos presentes. Así se habla del sistema de don y contra-don en el que la prestación se convierte en una condición *sine qua non* y en instrumento para crear vínculos sociales dentro de un marco de intercambio. La obligación en este sentido es tripe: dar, recibir y actuar recíprocamente. Además, otra característica del sistema es que la riqueza parece residir no en el uso del regalo, sino, como bien de prestigio que es, en su posesión y en la capacidad de transmitir su connotación a terceros, en la medida que significa la extensión del acuerdo y el establecimiento de prestaciones con nuevos individuos y comunidades<sup>5</sup>. Asociada a la entrega del regalo hay una gama de expresiones sociales y formas de comunicación de no poca importancia: el sentido de la generosidad y del honor, del prestigio y de la búsqueda competitiva de estatus (regalar más es en buena parte una manera de mostrar la superioridad de uno), la práctica de la hospitalidad, el ofrecimiento de banquetes, festivales o ferias, el reto de luchas singulares u otras ceremonias rituales, la entrega de rehenes o prendas como símbolo de sanción, la negociación de matrimonios mixtos entre las partes contratantes, en ocasiones el registro del acuerdo por escrito, etc. Ya tendremos ocasión de recopilar, si bien de una manera no muy directa, algunas de estas costumbres entre nuestros pueblos meseteños.

<sup>4</sup> "Exchange involves the transfer of items that have symbolic and categorical associations. Within any strategy of legitimation, the symbolism of objects is manipulated in the construction of relations of dominance. The exchange of appropriate items forms social obligations, status, and power, but it also legitimates as it forms. A fully contextual approach to exchange must incorporate the symbolism of the objects exchanged" (Hodder, 1982: 209).

<sup>5</sup> Así lo condensa Mauss: "Contracts, alliances, the passing on of goods, the bonds created by these goods passing between those giving and receiving -this form of economic morality takes account of all this. This nature and intentions of the contracting parties, the nature of the thing given, are all indivisible" (Mauss, 1990: 59-60).



En general se ha identificado esta *economía del regalo* con unos fines políticos determinados y por tanto con grupos aristocráticos, ámbitos principescos o sociedades de jefaturas. Así, tal práctica parece constatarse en muchos escenarios del mundo antiguo europeo, desde el Bronce Final (Ruiz-Gálvez, 1988a), pasando por la diáspora fenicia hacia el Mediterráneo occidental -acuerdos comerciales que los semitas pudieron establecer con las comunidades indígenas chipriotas, suritálicas o tartésicas por ejemplo- (Aubet, 1987: 110-116), igualmente en las relaciones de griegos y etruscos con las élites hallstáticas centroeuropeas a fines de la Primera Edad del Hierro (Fischer, 1973; Rowlands/Frankestein, 1978; Brun, 1987; A.A.V.V., 1988), como más adelante se comprobará, o entre colectivos más homogéneos como pueden ser los jefes galos del mundo celta (Feuvrier-Prevotat, 1978; Lewuillon, 1993), cuyo reflejo se encuentra incluso en las fuentes literarias<sup>6</sup>.

En estos contextos, cerámicas importadas, torques áureos, calderos de bronce, armas notables, vajillas para el consumo del vino o joyas en metal noble, debieron ser intercambiados como bienes de prestigio en una circulación de élite y minoritaria. Acumular el mayor número de estas preciadas mercancías, se convirtió en la mejor manera de consolidar el rango socio-político de su poseedor, más aún si estas piezas eran de naturaleza exótica con lo cual aumentaba su excepcionalidad. En palabras de M. Harris (1996: 30-31): “los objetos suntuarios adquirieron su valor porque eran exponentes de acumulación de riqueza y poder, encarnación y manifestación de la capacidad de unos seres humanos con atributos divinos para hacer cosas divinas. Para que algo fuese considerado como objeto suntuario, debía ser muy escaso o extraordinariamente difícil de conseguir para la gente normal, estar oculto en las entrañas de la tierra o los fondos marinos, proceder de tierras lejanas o ser de difícil y aventurado acceso, o constituir prueba material de labor concentrada, habilidad y genio de grandes artesanos y artistas. (...) En las épocas preindustriales los objetos suntuarios funcionaban como proclamas, anuncios

<sup>6</sup> El pasaje más conocido es una anécdota de Posidonio recogida por Ateneo de Naucratis (*El banquete de los sofistas*, IV, 36) a propósito de las costumbres de los galos arvernos: “(...) los celtas en ocasiones durante sus festines pelean entre sí en combates singulares: excitados y armados, no dudan en entablar luchas figuradas y acaban golpeándose los unos contra los otros, algunas veces se producen heridas e incluso, alterados por ello y si los espectadores no les detienen, llegan a matarse. Nos cuenta también (Posidonio) que a la hora de presentar los asados, el más fuerte se llevaba la mejor tajada. Pero si alguien se oponía, se levantaban para combatir en duelo singular hasta morir. Otros, en lugares de ceremonia, habiendo recibido plata u oro, y algunos de entre ellos un número determinado de vasos de vino, y habiendo hecho testificar la donación y habiéndolo repartido como regalos a sus amigos y parientes, se echaban boca arriba, acostados sobre sus escudos para que uno de los asistentes les cortara el cuello con una espada” (traducción de Feuvrier-Prevotat, 1978: 246; la versión castellana del texto es nuestra).

publicitarios para captar la atención, advertencias que significaban: *Como podéis ver, somos seres extraordinarios (...) Obedeced nuestras órdenes porque quien es capaz de poseer tales cosas tiene poder suficiente para destruirlos*".

### c) REDISTRIBUCIÓN

Esta variante de integración económica fue definida por K. Polanyi como el movimiento de intercambio y apropiación a partir de un centro principal y desde ese punto hacia el exterior (Polanyi, 1957: 250; Sahlins, 1972: 190-195; Renfrew, 1975: 8, 11-12; Pryar, 1977; Service, 1984: 119-120). Por tanto al basarse en un núcleo rector o lugar central (*central place*; Grant, 1986) se trata de un sistema muy centralizado propio de sociedades arcaicas complejas (Polanyi), de jefatura evolucionada (Sahlins, Service, Harris) o en vías de consolidación estatal, *early state module* (Renfrew). Egipto, Sumer, Babilonia o el Imperio Inca han sido tomados como ejemplos clásicos de redistribución; pero el modelo también puede ser aplicado a otras realidades protohistóricas como los *oppida* centroeuropeos en vísperas de la conquista romana, como tendremos ocasión de debatir más adelante. A diferencia de una relación entre iguales como la reciprocidad, la redistribución es un funcionamiento de dependencia hacia un punto (*within*). El centro, la capital política de un imperio o estado primitivo como paradigma -no exclusivo-, es el lugar donde se intercambian y distribuyen las mercancías y el punto desde el cual se organiza *cooperativamente* la producción económica que garantiza un volumen suficiente para realizar transacciones comerciales. Son varios los procesos, de tipo interno y externo, que ocasionan la formación de lugares centrales de redistribución (Renfrew, 1975: 24-35): los centros de intercambio social y religioso en puntos rituales de reunión ocasional o periódica, los centros derivados de una aglomeración de población y de una especialización artesanal, los centros que por estrategia nacen en medio de una diversidad interregional como puntos intermedios donde confluyen y se canjean los productos venidos de cada área, los centros que constituyen entidades urbanas, sean fundaciones *ex novo* o resultado de conquista o procesos de integración, los centros que representan una implantación en territorio extranjero, como las colonias comerciales, etc. Un sistema redistributivo lleva consigo la construcción de lugares de almacenamiento, el funcionamiento de mecanismos

como el tributo o vasallaje, y la consolidación con el tiempo de mercados primitivos que originarán la aparición de sistemas ya meramente comerciales.

#### **d) OTRAS VÍAS PARTICULARES DE INTERACCIÓN: CONQUISTA, BOTÍN, MERCENARIADO, EXOGAMIA ...**

Sin ser estrictamente transacciones comerciales, sí son modos de interacción e intercambio cultural. Responden a unas realidades concretas, generalmente de tipo político. La conquista de tierras, la necesidad de contingente humano para servicios militares o económicos, el intercambio de mujeres como símbolo de un acuerdo o incluso como necesidad prioritaria (recordemos el episodio del secuestro de las sabinas: Livio, I, 9; Plutarco, *Rom.*, XIV-XX; o lo habitual del matrimonio por raptó en las antiguas culturas mediterráneas: Pitt-Rivers, 1987), las expediciones a regiones alejadas por motivos diversos (la marcha de Aníbal en el 220 a.C. hasta tierras vacceas es un claro ejemplo, ya comentado, que nos afecta directamente), hasta las acciones de rapiña y asalto con la toma de botines o la imposición de tributos -al fin y al cabo mercancías fruto de un intercambio negativo o unilateral-, son constantes históricas que ponen en relación, muchas veces de forma violenta, a dos esferas sociales.

Estas formas de contacto con el exterior, heterodoxas pero mucho más habituales de lo que tradicionalmente se ha sugerido, también pueden desencadenar cambios culturales, como ya hemos tenido ocasión de comprobar en casos como los matrimonios mixtos o la acción de mercenarios y su efecto posterior al regresar a las comunidades locales. También hemos visto la frecuencia de su constatación en el momento histórico que estudiamos y en episodios coetáneos al de estas páginas, como los controvertidos movimientos de celtas por Europa en los siglos IV y III a.C. (Duval/Kruta, 1976; *eid.*, 1979; Champion, 1980; A.A.V.V., 1995) o la prestación de servicios militares en las huestes de las potencias mediterráneas. A través de estas particulares conexiones culturales frecuentemente se explica la presencia de ciertos objetos importados en contextos indígenas, la adaptación de ideas y usos o las connotaciones ideológicas que esos nuevos elementos deparan en las comunidades locales, como también se ha indicado repetidas veces, aunque es difícil distinguirlos arqueológicamente de testimonios similares venidos por otros tipos de intercambio, como el comercio (Needham, 1993). No es necesario por lo

tanto que profundicemos más en la realidad de estas manifestaciones como mecanismos de contacto intercultural, pues son objeto de estudio en apartados más concretos.

### e) COMERCIO DE TRATADO

K. Polanyi definía el comercio como el movimiento de vice-versa generalmente a larga distancia entre dos partes para conseguir bienes que no están disponibles en el lugar de origen, dentro de un sistema de mercado (Polanyi, 1957: 250). Para él, como máximo representante de la corriente sustantivista, la aparición del mercado es indispensable para hablar de comercio pleno. La regulación del valor de los bienes de mercado descansa sobre el precio, que representa el otro pilar del mecanismo comercial. Existen para este autor dos grandes tipos de comercio, el de tratado y el puramente mercantil.

El comercio administrado o de tratado (*treaty trade*) representa un estadio previo al comercio de mercado. Bajo el control estatal, esta fórmula establece la creación de un lugar neutro en un punto exterior donde se lleva a cabo exclusivamente la transacción de mercancías a partir de la firma de tratados operativos entre los grupos que comercian. Tales acuerdos preventivos señalan el uso de *precios* y *dineros* (metales nobles, formas metálicas, objetos específicos, cabezas de ganado, medidas de capacidad...) determinados como equivalencias ocasionales. En estos centros (no exactamente idénticos a los lugares centrales de distribución), que suelen ser emplazamientos estratégicos en puertos marítimos o fluviales, en encrucijadas de caminos o en la transición de dos regiones ecológicas diferentes, se dispone de facilidades para asegurar la protección, la seguridad y la materialización pacífica del canje comercial regulado por tratado y conducido por mercaderes profesionales, verdaderos funcionarios del Estado. La denominación más habitual de este asentamiento es la de *port of trade* (Polanyi, 1957: 262-263; *id.*, 1963; *id.*, 1975: 152; Belshaw, 1965: 89-95; Dalton, 1969; *id.*, 1977). Las principales funciones del puerto de comercio o mercante son: ofrecer seguridad militar y protección civil a los comerciantes extranjeros frente a la población nativa en cuyo territorio se instalan, contar con autoridad judicial, ser el lugar de firma de acuerdos sobre la cantidad y las condiciones de los bienes comerciales, dar facilidad de almacenaje, anclaje de barcos o vehículos, así como en la descarga de mercancías y en el abastecimiento continuo de productos...etc.

Este comercio de tipo pre-mercantilista, sin afán de lucro y organizado por el Estado, según la clásica concepción polanyiana, es propio de las formaciones antiguas más *civilizadas* como China, India, enclaves como Ugarit o Al-Mina, las regiones maya y azteca, o, en un contexto más próximo al que aquí nos interesa, las colonias griegas del Mediterráneo, cuya modalidad de *emporion* debe ser considerado funcionalmente como puerto de comercio (Figueira, 1984).

## f) COMERCIO DE MERCADO

Por último, el comercio de mercado (*market trade*) representa una actividad mercantilista enteramente desarrollada, definida por el juego de la oferta y la demanda y por la ley del precio variable (Polanyi, 1957: 263, 266-267). Es, en definitiva, nuestra aplicación actual del comercio de mercados competitivos y de iniciativa privada. Polanyi marcaba una neta distancia entre el comercio de tratado y el de mercado, al tiempo que negaba la existencia del último en las sociedades primitivas o arcaicas en general. Aquí se entabla el debate historiográfico entre las corrientes sustantivista, Polanyi y su escuela (Dalton, Oppenheim, Zaccagnini, en ciertos aspectos también Renfrew y Sahlins, etc.), y formalista. El pensamiento económico formalista, representado por Herskovitz, Schneider, Burling, Leclair o Belshaw entre otros, defiende el desarrollo del comercio mercantil en algunas sociedades antiguas. Formados en la doctrina de la denominada antropología económica y habituados a emplear principios de teoría económica y nuevas técnicas analíticas en el estudio de la economía antigua (análisis de regresión, modelos de gravedad, aplicaciones matemáticas), los formalistas no creen que haya una separación tan rotunda y excluyente entre comercio de tratado y de mercado, ni entre la iniciativa privada y la estatal que según esta doctrina podrían coexistir; asimismo consideran, a diferencia de Polanyi, que hay espacio para la creación de estrategias socio-económicas individuales, para modelos mixtos y para la alteración del ordenamiento socio-estatal tan fuertemente compartimentado en Polanyi. (Para el padre del sustantivismo, a un tipo de sociedad le corresponde un tipo concreto de intercambio, entendido como un acto moral en respuesta a unas obligaciones sociales para mantener un cómodo equilibrio con el medioambiente; Polanyi, 1957: 248).

Hasta aquí llega el breve repaso sobre las modalidades de intercambio dentro de un debate historiográfico acerca de cómo entender la economía antigua y en especial el desarrollo del comercio. Las líneas precedentes, lejos de ser una revisión exhaustiva, han sido selectivas y genéricas, pero pensamos que se ajustan al papel que asignábamos en un principio: constituir sencillamente una introducción teórica al marco del intercambio antiguo desde una perspectiva global. Lógicamente el detenimiento ha sido mayor en los modelos que consideramos más afines a lo que acontece en la interacción de la protohistoria meseteña, especialmente la *economía de regalos* entre esferas culturales de distinta altura y en intercambios indirectos en los primeros siglos del Ier milenio a.C. e incluso después (bastante bien reflejado en la cultura material de los grupos de poder vetones) y los *sistemas primitivos de un comercio socialmente más extendido* en los momentos inmediatamente anteriores al proceso de conquista romana (aceptable para el mundo urbano de los vacceos), la cual en parte no significa un fin sino una potencialización de dichos sistemas.

Un último comentario. La sucesión de tipos de intercambio que hemos reflejado no significa que los modelos sean una constante ni que su evolución sea sucesiva ni exclusiva en todas las culturas antiguas<sup>7</sup>. El mismo Polanyi reconocía que no tenían por qué representar estadios de desarrollo (Polanyi, 1957: 257). Parece cierto que del sistema de dones y regalos se tiende a pasar paulatinamente a una economía de mercado más o menos desarrollada según las zonas, tal como se asume para la Edad del Hierro europea en general (una última revisión crítica en Rowlands, 1994; también Sherrat/Sherrat, 1991; Ruiz-Gálvez, 1995b). Pero, sin embargo esto no implica, al menos así opinamos nosotros, que

<sup>7</sup> Tampoco los que aquí se han señalado son por descontado los únicos modelos de comercio, si acaso los más contemplados en la bibliografía. Renfrew, sin ir más lejos, amplía las variables definidas por Polanyi para hablar de: 1- acceso directo (la apropiación de mercancías por parte de un grupo al introducirse en el seno de otro grupo, sin restricción ni intercambio bipolar), 2- reciprocidad en un centro (intercambio entre dos frentes establecido en el terreno de uno de ellos), 3- reciprocidad de frontera (intercambio entre dos frentes establecidos en un punto común fronterizo a ambos), 4- comercio bajo línea (reciprocidad reduplicada desde un centro o desde una frontera, de manera que las mercancías viajan a través de sucesivos territorios en sucesivos intercambios), 5- redistribución de un lugar central (el lugar central que redistribuye los productos de distinta procedencia que le llegan; explicado anteriormente), 6- intercambio de mercado de lugar central (intercambio de productos en un punto comercial a través de intermediarios), 7- comercio de intermediario (un intermediario independiente intercambia con distintos frentes en sus respectivos terrenos), 8- comercio de emisario (un emisario o agente comercial, bajo la protección de su comunidad, es enviado a otro frente donde procede a intercambiar bienes), 9- enclave colonial (una comunidad establece un enclave colonial en las proximidades de otra comunidad, donde se producirá el intercambio entre ambos frentes a través de sus respectivos representantes) y 10- puerto de comercio (los emisarios de dos comunidades se reúnen en un *port of trade* neutral y fuera de la jurisdicción de ambos frentes, ahí se materializa la transacción comercial; la diferencia con la variante nº 6, intercambio de mercado de lugar central, estriba en que en el puerto de comercio la interacción es a muy larga distancia. (Renfrew, 1975: 41-43) <figura 117 B>.

no exista una simultaneidad de prácticas de intercambio, especialmente la reciprocidad de dones entre capas *aristocráticas* con unas finalidades socio-políticas determinadas, con las transacciones comerciales dilatadas a toda la sociedad y que responden a necesidades económicas diarias, pragmáticas y utilitarias; sin necesidad de hablar de otras formas más heterogéneas de interacción cultural (botines, cacerías, acciones piráticas, conquistas...), constantes en la historia. De la convivencia de estas diferentes prácticas creemos también tener ejemplos en la meseta occidental prerromana.

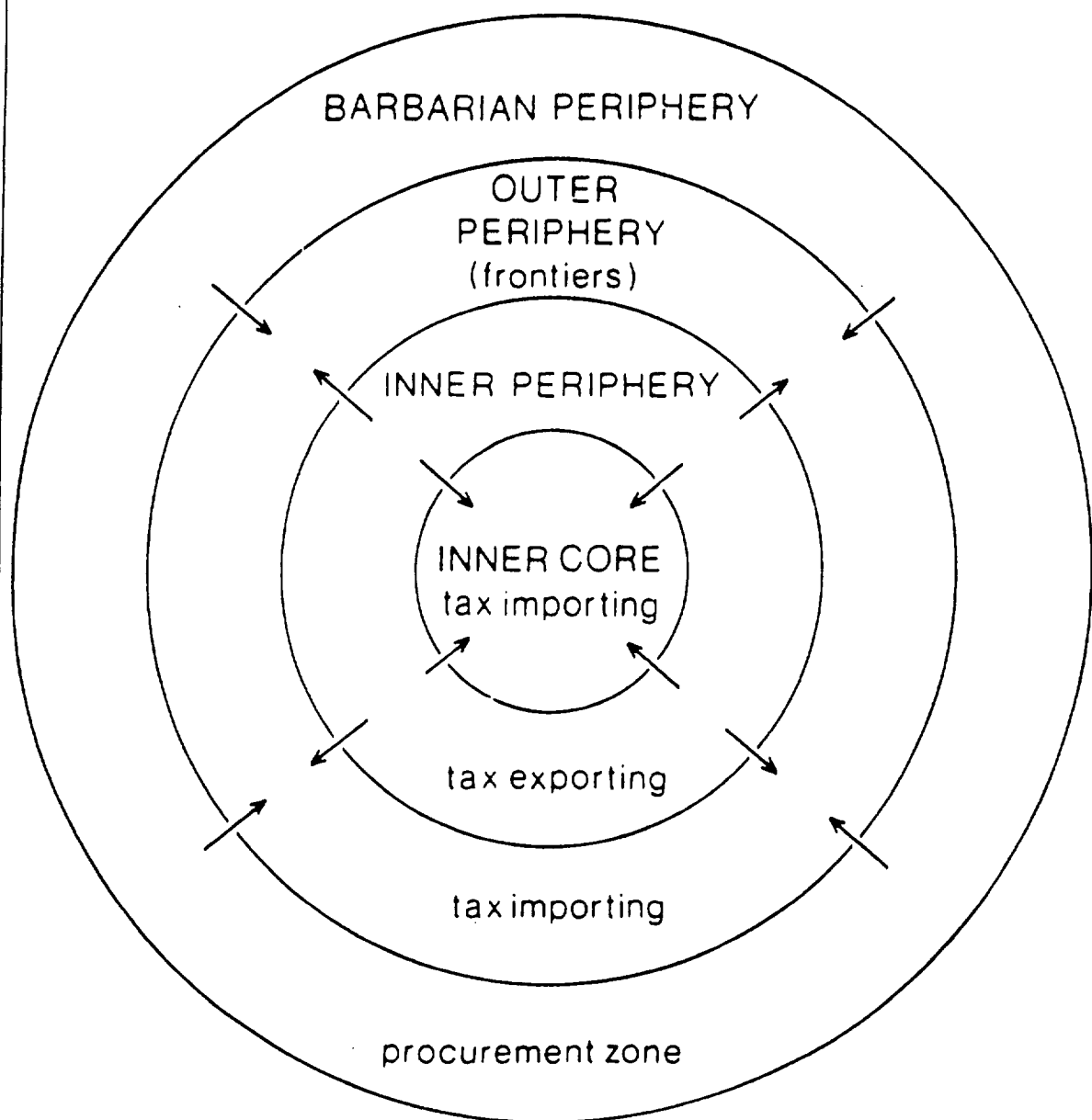
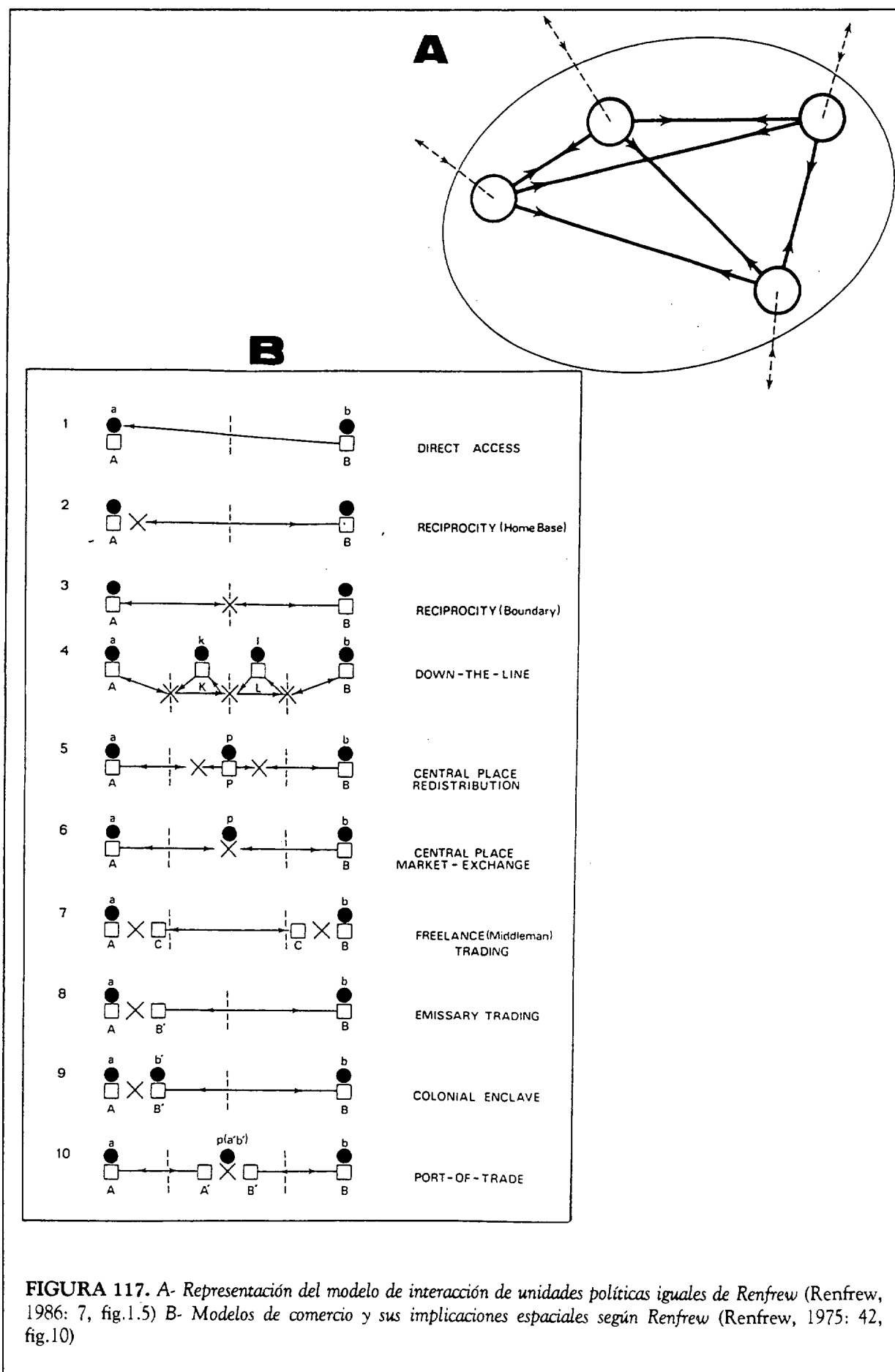


FIGURA 116. Representación del modelo centro-periferia en círculos (Cunliffe, 1988: 3)





**FIGURA 117.** A- Representación del modelo de interacción de unidades políticas iguales de Renfrew (Renfrew, 1986: 7, fig.1.5) B- Modelos de comercio y sus implicaciones espaciales según Renfrew (Renfrew, 1975: 42, fig.10)

### **III-1.2 CASOS DE ESTUDIO:**

## **LA INTERACCIÓN ENTRE LA CÉLTICA EUROPEA Y EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL.**

A través de los Alpes, por vías fluviales y rutas terrestres y confesado en piezas importadas halladas en poblados y necrópolis, en conocimientos técnicos transmitidos o en expediciones militares programadas, entre otros testimonios, se produce el enlace cultural entre dos regiones que se distancian en lo geográfico y en lo histórico. La Edad del Hierro transmite como pocos períodos el solapamiento en la Europa continental y mediterránea, así pues entre tierra y mar, de historia y protohistoria, de *civilizados* y *bárbaros*, de extranjeros y nativos, de comercio y pillaje, de pacto y luchas.... En fin, acciones de ambición frente a posibilidades de respuesta en un jugoso y complejo fenómeno de contacto cultural.

Las siguientes páginas prestan atención a la interacción que sobreviene entre ambos focos en dos momentos precisos del Ier milenio a.C.: la llamada cultura principesca que se desarrolla en el corazón centroeuropeo en los momentos finales del Primer Hierro y el proceso de formación de las primeras aglomeraciones urbanas de Europa occidental, los *oppida*, que eclosionan fruto de muchos factores en el tejido socio-económico de los grupos celtas en la antesala de su romanización. Veremos cómo en ambos casos pero de distinta forma, los contactos con el Mediterráneo, si no forjar plenamente su desarrollo (como hasta hace bien poco se admitía), sí matizan y consolidan en buena parte esos procesos de transformación. En cada uno de los casos de estudio se presentan de manera sucinta los indicadores históricos y arqueológicos oportunos -esto es, los testimonios de contacto y el contexto en el que aparecen-, para después centrar sobre todo nuestra exposición en las interpretaciones propuestas por la investigación más reciente. Contemplar lo que ocurre en Galia y en las regiones colindantes en estos dos análisis concretos, creemos que puede ser un método ilustrativo y sugerente para alumbrar algunas hipótesis susceptibles de ser adaptadas a nuestro propio ensayo meseteño; tan solo en aquellos puntos convenientes y reconociendo siempre que se trata de regiones con una geografía y un proceso histórico diferentes. En la medida de tales matizaciones, este recurso metodológico podrá ser tenido en cuenta.

## A- CENTROEUROPA HALLSTÁTTICA Y EL MEDITERRÁNEO (600-400 a.C.)

Durante la fase Hallstatt D, según la sistematización de Reinecke para el sur de Alemania, o Hallstatt II, para la periodización de Dechelette, en cualquiera de los casos s.VI a.C., en el área nuclear de la cultura hallstática acontece la formación de lo que la historiografía germana ha bautizado como “Cultura principesca”, en su doble manifestación física: el ámbito residencial (*Fürstensitze*) y el funerario (*Fürstengräber*) (en última instancia, Fischer, 1995). El marco geográfico aproximado de este desarrollo se corresponde con el suroeste de Alemania, el centro de Francia y el este de Suiza, como foco principal, aunque en los últimos años nuevos hallazgos están obligando a ampliar la esfera principesca del mundo hallstático, en la que también hay que incluir partes de Bohemia, Moravia, Austria, Eslovenia e incluso Hungría <figura 118>. Probablemente el rasgo que mejor defina la nueva realidad arqueológica, al tiempo que supone una novedad en relación a la etapa anterior del Bronce Final, es la aparición en distintos contextos, pero sobre todo en el registro funerario, de un considerable número de variados productos de claro origen mediterráneo, mayoritariamente importados en esa esfera de la Europa templada desde centros griegos y etruscos<sup>8</sup>.

Estos objetos son los datos exteriores últimos de un proceso interior de transformación en las formas de asentamiento, de organización socio-económica y de ritual de enterramiento que se había iniciado tímidamente en los siglos anteriores. Muy abreviadamente debe indicarse que en un primer momento los modelos de asentamiento al norte de los Alpes durante el II milenio a.C. hasta el Bronce Final (1200-800 a.C.), se caracterizan por constituir pequeñas aldeas o granjas, emplazadas en fértiles llanuras próximas a cursos de agua y en áreas montañosas, con enclaves fuertemente amurallados que podrían funcionar como refugios en épocas de peligro. Todas estas comunidades son de marcado carácter agrícola y ganadero, exponentes de una economía de subsistencia, siendo los restos de flora y fauna recuperados parecidos en líneas generales, sin marcar diferencias en las actividades artesanales o comerciales. Del mismo modo, tampoco las

---

<sup>8</sup> Para un panorama completo sobre la Primera Edad del Hierro en esta zona con especial atención al efecto mediterráneo, Fischer, 1973; Frankenstein/Rowlands, 1978; Clarke, 1979; Wells, 1980; *id.*, 1985a; *id.*, 1988a: 71-111; Kimmig, 1983a; Brun, 1987; *id.*, 1988; A.A.V.V., 1988; Büchsenschütz, 1988; Cunliffe, 1988; Kristiansen/Jorgen, 1994 y Frankenstein, 1997: 215-278. Síntesis recientes sobre la misma cuestión se encuentran en Wells, 1990: espc.457-460; Pare, 1991; *id.*, 1993a; Biel, 1993; Sherrat, 1993a o Sánchez Moreno, 1995b.

necrópolis de túmulos y campos de urnas del período evidencian una diferenciación excesiva en riqueza de ajuares ni, por lo tanto, en estatus social, al menos aparentemente<sup>9</sup>. A comienzos de la Edad del Hierro, en torno al siglo VIII a.C. parece gestarse el desarrollo de las primeras poblaciones de entidad de la prehistoria europea a partir del arranque de las *industrias* extractivas sobre los recursos explotables del subsuelo y de los sistemas comerciales facilitados por el logro de excedentes que unas economías en lenta progresión empezaban a generar. Los mejores ejemplos de este *despertar* vienen dados por los yacimientos de Hallstatt y Sticna, que es lo mismo que decir la puesta en funcionamiento de la minería de sal y de hierro respectivamente en el corazón de Europa entre el 800 y el 600 a.C (Wells, 1981; *id.*, 1988a: 71-90). La estación montañosa de Hallstatt, que como es bien sabido da nombre a la primera fase cultural de la Edad del Hierro europea, se halla en el valle de Salzbergthal, extremo norte de los Alpes austríacos, a unos 50 km. al sudeste de Salzburgo, y fue descubierta varios siglos atrás (Kromer, 1959; *id.*, 1963). De aquí se reconocen una extensa necrópolis y las minas de sal gema prehistóricas. Explícitamente, la necrópolis, con una ocupación desde el 800 a.C. hasta el 400 a.C., proporciona importantísimos datos sobre el grado de avance socio-económico y sobre la densidad y riqueza de los contactos comerciales de esta célebre comunidad minera. Se ha extraído información de más de un millar de enterramientos inhumados que hacen estimar, en opinión de Wells, una población entre 200 y 400 habitantes. Los variados ajuares muestran la categoría de los contactos comerciales y la riqueza acumulada por estas gentes gracias al intercambio de la sal, un producto de primer orden por muchas razones para las sociedades antiguas (Nenquin, 1961; Alexander, 1982), como ya hemos tenido ocasión de comentar para nuestro caso concreto. En este sentido, joyas, marfiles, cascos de bronce y otros objetos registrados en los ajuares de Hallstatt hoy se sabe que proceden de regiones de la Alta Austria y del sur de Baviera, pero también de Eslovenia, Italia y otras áreas más alejadas.

Sticna, en la región de Magdalenska en Eslovenia, es un yacimiento minero en alto, compuesto por un poblado amurallado y una necrópolis de 700 sepulturas repartidas en cerca de 170 túmulos funerarios (Gabrovec, 1974; *id.*, 1980; Gabrovec *et alii*, 1970). La

<sup>9</sup> La situación general de Europa en la última fase de la Edad del Bronce y en el tránsito a la Edad del Hierro fue objeto de estudio en algunas meritorias aproximaciones de hace algunos años (Coles/Harding, 1979; Peroni, 1979). Más recientemente destacan los trabajos de Wells, 1988a: 31-69; Sorensen/Thomas, 1989 y Kristiansen, 1994. Una síntesis general en castellano se encuentra en Blasco, 1993.

explotación del mineral de hierro de gran calidad que se da en los depósitos sedimentarios de superficie, es la dedicación fundamental de esta comunidad. El desarrollo de Sticna como centro económico fue el resultado de la obtención y comercialización del hierro a larga distancia, cuya importancia fue creciendo a lo largo de la Primera Edad del Hierro al tiempo que sustituía poco a poco al bronce en la elaboración de armas y herramientas, una vez aprendida la técnica del forjado. Diferentes objetos exóticos depositados en las sepulturas de Sticna así nos lo indican: ámbar de las costas bálticas, joyas, enócoes y cráteras procedentes de Italia, figurillas de bronce de tradición etrusca, vidrio policromado egipcio, etc. Sin embargo, no hay que suponer que todos los asentamientos de estos momentos estaban especializados en la minería, ni que llegaron a ser centros enriquecidos por el comercio, como Hallstatt o Sticna. En la Europa central y septentrional seguían predominando las pequeñas comunidades agrarias con poca especialización industrial y con escasa acumulación de riqueza en general (Wells, 1988a: 89-90).

Este panorama inicia una clara mutación, en realidad una eclosión del proceso iniciado años atrás, con la entrada del siglo VI a.C. Es a partir de esa fecha cuando en una serie de yacimientos centroeuropeos afloran de manera notable materiales venidos de la cuenca mediterránea. Las piezas más abundantes son las cerámicas áticas de figuras negras, cuya máxima concentración data del último tercio del s. VI a. C <figura 119 B>. En menor medida también se hallan figuras rojas en el tránsito a La Tène A <figura 120 B>, hacia el 500 a.C. aproximadamente (Wells, 1980: 19). Igualmente son características las ánforas vinarias massaliotas (Benoit, 1965; Bats, 1991; Bertucchi, 1992) <figura 119 A>, diferentes vasos y piezas de bronce griegas y etruscas <figura 120 A> (Schnabelkannen, stamnoi, cráteras, jarras y cuencos) (Navarro, 1928; Bouloumié, 1983; *id.*, 1985; Villard, 1988; Brun, 1987: 70-72 y 95-114; Rolley, 1995), otros productos más específicos de similar carácter exótico, como esfinges con apliques de marfil, hueso y ámbar (Mohen, 1988), coral (Champion, 1982), orfebería en oro y plata (Eluère, 1988), o bien técnicas o modelos de sabor meridional. Todo este conjunto material se empezó a descubrir en Centroeuropa en el siglo pasado y todavía en fechas recientes se suman nuevos hallazgos en torno a una geografía creciente, en la cual merecen ser resaltados los siguientes puntos <figura 118>: Mont-Lassois, Vix, Chateau-sur-Salins, Châtillon-sur-Glâne, Bragny, Heuneburg, Vilsingen, Kappel, Ipf, Kleinaspergle, Hohennasperg, Hochdorf, Grafenbühl, Kelheim,

Friburgo, Hirschlanden, Glauberg, La Garenne, Grächwil, Britzgyberg, Marienberg, Münsterberg, Würzburg, Magdalenenberg, etc. (Wells, 1980: 16-17; *id.*, 1988a: 93-95).

La espectacularidad de algunos restos exige que nos detengamos en los casos más destacados. Una región especialmente prolífica en este tipo de testimonios arqueológicos es la de Baden-Württemberg (Biel, 1991a). En ella, sin duda el yacimiento mejor conocido y más significativo de este período es Heuneburg (Kimmig, 1968; *id.*, 1983b; *id.*, 1991). Este poblado amurallado de la Alemania meridional se empezó a excavar en 1950. Se localiza en un pequeño promontorio de forma triangular con una extensión de 3 ha., en la orilla izquierda del alto Danubio al sureste de Württemberg. El yacimiento, que parece ocuparse hacia el 600 a.C., ofrece en su ángulo sudeste las plantas de diecisiete casas de madera con huellas de postes en las paredes <figura 121 A>. Se piensa que debió haber un total de setenta estructuras de este tipo que, según algunos cálculos, aglutinarían a una población cercana a 400 habitantes. Es, pues, un centro relevante por la densidad de sus restos ocupacionales, pero también por las muestras de manufactura y comercio a larga distancia y por la cantidad -y calidad- de importaciones de lujo griegas, con más de cien fragmentos de cerámica ática (540-480 a.C.), cráteras, hidrias, copas, ánforas massaliotas, coral, joyería en bronce, etc. La presencia de torno cerámico y de restos faunísticos de asnos y gallos domésticos son otras muestras de influencia mediterránea. Asimismo destaca su muralla, cuya fase IVa se levanta con ladrillos de adobe sobre un zócalo pétreo, adosándose unos bastiones a modo de torres cuadradas de refuerzo (Dehn, 1957; Kimmig, 1968: 47-57). Se trata de una técnica defensiva sin paralelos en Europa central de clara tradición mediterránea que demuestra el conocimiento y la aplicación de fórmulas constructivas específicas del sur de Europa transportadas a esta región alemana. Por otra parte, los ricos enterramientos de los sectores de túmulos del entorno de Heuneburg (Giessülbel-Talhau, Hohmichele, etc.), en los que aparecen carros de cuatro ruedas, brazaletes y collares de oro, calderos, joyas de bronce y tempranas armas de hierro, acreditan cómo el comercio con los griegos es fundamental para entender la dinámica de funcionamiento de este centro (Kimmig, 1988b; Arafat/Morgan, 1994).

No muy diferente a Heuneburg debió ser Hohenasperg (Biel, 1988), hoy cubierto por las fases medieval y moderna; pero su estudio es parcialmente posible recurriendo a los grandes túmulos funerarios de su alrededor, de cronologías sucesivas, los más recientes

coetáneos al asentamiento. Entre ellos destaca por su riqueza la tumba de Hochdorf, muy cerca de Stuttgart, excavada en fines de los años 70 e inicios de los 80 por J. Biel (1981; *id.* 1982, *id.*, 1985). La sepultura data del 550 a.C., en la cámara central reforzada de madera el cadáver inhumado de un adulto de gran envergadura (1,85 m. de estatura) reposaba sobre el lecho funerario, una especie de diván o *kline* sostenido por ocho figuritas femeninas de bronce fundido colocadas sobre las ruedecillas, de procedencia italiana según Biel <figura 121 B>. Además de objetos de uso personal con clara connotación de prestigio (puñal de antenas, torques áureo, peine, navaja de afeitar, etc.), de los restos de un carro de cuatro ruedas, frecuentes en estos contextos principescos (Piggott, 1983: 138-149; Pare, 1993b), y de una vajilla de banquete con nueve cuernos para beber, llama la atención la presencia de un magnífico caldero de bronce decorado en sus bordes con tres leones, uno de ellos local, y tres asas circulares <figura 123>. Se fecha hacia el 530 a.C. y se le supone una fabricación en talleres de la Magna Grecia. Según los análisis realizados, el caldero contenía hidromiel (vino de miel fermentado) de cosecha local<sup>10</sup> en el momento en que fue sellada la tumba (Biel, 1993: 82-85). No son estos los únicos hallazgos de este tipo en Hochdorf; recientemente se han documentado cerámicas griegas de figuras rojas en un pequeño establecimiento de Hallstatt Final en las inmediaciones de la conocida tumba principesca (Biel, 1991b; *id.*, 1992).

Otro documento funerario de interacción con el Mediterráneo es Grafenbühl, una tumba saqueada que no ha tenido la misma suerte de Hochdorf, próxima a Hohenasperg y no muy alejada del río Neckar (Zürn, 1970; Zürn/Herrmann, 1966). De ella sólo nos ha llegado parcialmente lo que debió ser otro espectacular ajuar de gran riqueza: trípodes y vajillas de bronce, dos esfinges (una de marfil y otra con partes en hueso y ámbar), restos de carro y ornamento con hilo de oro, mango de espejo o abanico de marfil, etc. La tumba ha sido fechada en torno al 520-480 a.C., pero las esfinges son casi un siglo más antiguas

<sup>10</sup> El conjunto material de Hochdorf tiene el valor de representar uno de los ejemplos más notables en ámbito centroeuropeo de la adaptación indígena de instrumentos llegados de fuera, pero en el curso de costumbres locales que probablemente sólo se ven alteradas en la exteriorización física de tales prácticas. En este sentido, lujosos calderos y piezas de vajilla <figura 123>, propios del *symposium* mediterráneo, se introducen como bienes de rango social en tradicionales ceremonias *bárbaras*, como el banquete y el disfrute de bebidas locales (hidromiel; en la Península Ibérica tendríamos el *zythos/caelia*) o el acompañamiento de las mismas piezas a modo de ajuar de prestigio en el más allá de los difuntos. Pocas cosas sorprenderían más a un griego que esos usos, la antítesis de la ortodoxia griega en el beber y en el adecuado depósito de objetos funerarios, como los lébitos pongamos por caso. Ya vimos para la protohistoria peninsular muestras similares de *aculturación* en aspectos como la transformación de ceremonias indígenas a partir de la introducción de elementos foráneos en procesos de contacto cultural (alteración conductual pero no estructural). El vino es probablemente uno de los prototipos que mejor documentan este hecho. (Vide los apartados II-1.4 B, testimonios literarios sobre el vino, y II.2.3.A, debate sobre la aristocratización -nota 59-).

(Dehn/Frey, 1979: 501). En otra tumba cercana, la de Hirschlanden (Zürn, 1970), sobresale una estela de arenisca de un guerrero con gorro cónico, puñal de antenas y torques de oro, que coronaría el túmulo. Esta escultura ha sido un ejemplar único en contexto hallstático hasta hace bien poco (Zürn, 1969), llegando a hacer pensar sus prototipos mediterráneos en un *kurós* griego importado que pudo ser ligeramente retocado en un estilo local (Beeser, 1983). Sin embargo, hace pocos meses se ha dado a conocer un ejemplar similar de guerrero céltico (1,86 m. de altura) ataviado con coraza, escudo oval en la mano derecha y una espada con empuñadura antropoforma en la izquierda que se apoya sobre el pecho, en el corazón de Alemania, en Glauberg (Assia) a 32 km. al noreste de Frankfurt (Herrmann, 1997). La figura es de arenisca y debió rematar el túmulo con entrada en calle bajo el que se esconde un enterramiento principesco con dos sepulturas datables en el s.V a.C.; en ellas se han recuperado elementos de ajuar propios de un personaje prestigioso (joyas áureas, jarra de bronce del tipo *Schnabelkannen*, etc.). En Kleinasperg, una tumba que recuerda mucho a la más conocida de Vix y con una cronología algo posterior (450 a.C.), aparecieron los restos de una mujer incinerada, acompañados de una vajilla de beber, claramente meridional, un caldero, un *stamnos* y varias copas griegas de figuras rojas (Kimmig, 1988a; Fischer, 1991).

Más aisladamente también nos han llegado algunas importaciones más antiguas, descontextualizadas y conocidas desde hace tiempo, como los enócoes rodios de Vilsingen y Kappel <figura 123>, parece que manufacturados muy a finales del s.VII a.C., la conocida hidria de Grächwil (Jucker, 1973), realizada en el sur de Italia en torno al 580-570 a.C., el vaso de bronce con forma de ánfora de Conliège, en el Jura francés (Lerat, 1958), la píxida de Kastenwald (Jehl/Bonnet, 1968), el trípode y caldero griegos de La Garenne (Brun, 1987: 70-72 y 95-114), o varios objetos de la región suroccidental de los Alpes (Frey, 1898).

Un foco igualmente importante es el representado por la región gala comprendida entre los cursos altos del Sena y Ródano (Mohen, 1991). En Mont Lassois, en la orilla izquierda del Sena, debió establecerse un nuevo centro principesco, a tenor de los abundantes restos de cerámica jonia y de ánforas vinarias massaliotas encontrados. Pero mucho más indicativo es el dato de la proximidad a este asentamiento de la fastuosa tumba de Vix (Joffroy, 1960; *id.*, 1962; *id.*, 1979; Bertheliet-Ajot, 1991). En su cámara, a los restos



de una mujer joven escoltan las ruedas y desechos de un carro, un enócoe, varias copas de cerámica ática de figuras negras, piezas de una vajilla broncea, una diadema de oro sobre la cabeza de la difunta y, muy especialmente, la majestuosa cratera de bronce de excepcional tamaño (1,64 m. de altura y 208 kg. de peso), decorada con frisos de guerreros y asas con forma de voluta simulando cabezas de Gorgona <figuras 122-123>. La pieza procede de un taller de la Magna Grecia -probablemente Tarento-, aunque otros piensan en Esparta (Vallet/Villard, 1955). El conjunto es fechado a finales del siglo VI a.C. o en los años entrantes de la siguiente centuria (Vallet/Villard, 1955; Dehn/Frey, 1979: 493-494).

Pero no son éstos los únicos yacimientos de estas características en territorio francés. Recientemente se han empezado a estudiar otros túmulos principescos documentados un poco más al norte, en Saint-Romain-de-Jalionas (Verger/Guillaumet, 1988) y en Poiseul-la-Ville (Chaume, 1988). En Suiza destaca el conocido centro del Hallstatt final de Châtillon-sur-Glane (Schwab, 1988; *id.*, 1991), un poblado amurallado con suficientes muestras de material griego -especialmente cerámica ática y ánforas de transporte- y con varias tumbas principescas en sus alrededores muy similares a la de Bois de Moncor (Ramseyer, 1988), no muy distante de aquél poblado y también en tierras helvéticas del cantón de Friburgo. Igualmente en la región noreste de Bélgica hay noticias de sepulturas aristocráticas datadas en la transición Hallstatt-La Tène (Van Impe, 1989).

Vemos, pues, cómo el listado de piezas importadas ha crecido en los últimos años; esta extensión de hallazgos también afecta a territorios más periféricos de Europa central. Así, en Ehrenbürg, en la Alta Franconia, cabe resaltar la aparición de fragmentos de un vaso de cristal griego de La Tène inicial, una versión cerámica de una jarra de bronce etrusca y asas de jarras de bronce, probablemente procedentes del norte de la península itálica (Abels, 1992; Zeitler, 1990). En Bohemia occidental, se halló también no hace muchos años una imitación de una cónica griega de figuras rojas en Plzen-Roudná (Basta *et alii*, 1989). De igual forma, de Strakonice, al sur de Bohemia, procede un aríbalo griego de pasta vítrea azulada (Michalek, 1992); sin olvidar la relación de piezas importadas del Mediterráneo halladas en distintos puntos de la región sureste de los Alpes que fueron recopiladas no hace muchos años por Frey (1989).

De lo hasta ahora visto, se concluye que los yacimientos más significativos en importaciones mediterráneas (en especial las sepulturas de Hochdorf, Vix y Grafenbühl, y el poblado de Heuneburg) se fechan en el último cuarto del siglo VI a.C. -fase de Hallstatt D3 o Hallstatt IIb- (Dehn/Frey, 1979: 493-495), con lo que se demuestra que éste debió ser el momento de mayor intensidad comercial (Wells, 1988a: 109-110), aunque a raíz de los hallazgos más recientes algunos autores proponen modificar en algo las dataciones de las piezas.

Imprescindible para entender la interacción comercial que se establece con el corazón centroeuropeo es la formación de las ciudades-estado etruscas del norte de Italia<sup>11</sup> y, sobre todo, la fundación de *Massalia* hacia el 600 a.C. por parte de griegos focéos en la desembocadura del Ródano. No es ésta la ocasión para extendernos en la singularidad histórica y en el conocimiento arqueológico de esta colonia griega<sup>12</sup>, pues tan solo nos interesa ahora como polo de interacción comercial con la Europa templada, desde el que se difunden muchos objetos concretos, especialmente cerámicos <figura 124>. La razón principal de su fundación estriba en el control comercial en una triple dirección: hacia el extremo occidental europeo (Península Ibérica), en el litoral de su entorno, donde dispondrá de una serie de factorías costeras, y hacia el interior de la Galia y Centroeuropa a través del pasillo del Ródano, eje de canalización y distribución de los productos a intercambiar entre la Europa celta y la Europa mediterránea (Rolley, 1992). El afán de este comercio, que determina el establecimiento de la polis massaliota, descansa, como comúnmente se acepta, en la búsqueda de metales, especialmente el estaño (Boardman, 1986: 219; Cunliffe, 1988: 12, 28; Wells, 1980: 62; *id.*, 1988a: 93; Domínguez Monedero, 1991a: 265; etc.). Además, la región del valle del Ródano era de gran interés para *Massalia*

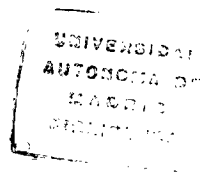
<sup>11</sup> Algunas orientaciones bibliográficas sobre los etruscos en su expansión comercial hacia el norte. Tocante a la presencia de ánforas etruscas en todo el sur de la Galia véase Py, 1985, y para la distribución de vasos de bronce y otros documentos de filiación etrusca, Bouloumié, 1983; *id.*, 1985. Sobre la presencia general de lo etrusco en estos ámbitos, De Marinis, 1986; Benedini, 1989. Hasta hace poco el elemento etrusco estaba oscurecido por el peso del más clásico y trascendente elemento griego en la interacción con el mundo hallstático. Sin embargo en los últimos tiempos se está corrigiendo este cierto desenfoque para empezar a valorar en su justa medida el protagonismo etrusco, superior en algunos sentidos a la huella griega (Bouloumié, 1987). Un compendio último en el completo catálogo de la exposición *Los Etruscos y Europa* de París-Berlín (Pallotino, 1992).

<sup>12</sup> Ha avanzado considerablemente la investigación sobre este enclave colonial, desde el ya clásico librito de M. Clavel-Lévêque (1977; con especial atención a las importaciones en el hinterland galo, 18-24, 31-32 y 171-172). Son ejemplos de ello las recientes apariciones de trabajos sobre el territorio massaliota (Bats/Tréziny, 1986) y las actas del Congreso Internacional de Marsella griega y la Galia (Bats *et alii*, 1992). En cuanto a la evidencia comercial de *Massalia* en la desembocadura del Ródano, en la Galia meridional y hacia el interior, en la estela de los tradicionales trabajos de Villard (1960) y Benoit (1965), cabe citar las últimas publicaciones sobre ánforas massaliotas (Bats, 1991), algunos artículos concretos (Dietler, 1989), y las aportaciones de M. Bats, P. Lévêque, M. Dietler, C. Rolley o F. Perrin/C. Bellon contenidas en las actas del citado congreso (Bats *et alii*, 1992).

por ser cruce natural del eje Rhin-Ródano con los pasos hacia los Alpes (Perrin/Bellon, 1992: 429).

A modo de síntesis diremos que en el transcurso de Hallstatt Final se observan eminentes cambios en la organización socio-económica que conforman un nuevo patrón en las comunidades centroeuropeas. Son éstos principalmente, como ya se ha ido señalando, la formación de sedes principescas (*Fürstensitze*), lugares centrales de distribución, centros comerciales o *hill-forts* (Brun, 1988), como quiera que se les denomine, tipo Heuneburg, Hohenasperg o Mont Lassois; el aumento en la diferenciación de riqueza en las sepulturas que nos habla de una jerarquización social a cuya élite se sitúa una élite *aristocrática*; el desarrollo de las manufacturas y de avances técnicos, y el inicio de unas intensas relaciones comerciales con el mundo mediterráneo, verificadas en los objetos importados desde el sur a partir de la fundación de *Massalia* y de enclaves etruscos. Respecto a la determinación de este comercio, las lujosas importaciones que han sido presentadas encajan bastante bien en la categoría de bienes de prestigio y por lo tanto en el sistema de intercambio de regalos que ya ha sido descrito. A cambio de estos dones simbólicos y políticos (los ejemplos más sobresalientes serían la cratera de Vix y el caldero de Hochdorf), y de otros elementos más extendidos que vienen con ellos (cerámicas más comunes, usos como el del vino con su equipamiento o el del aceite, técnicas y aplicaciones mediterráneas, etc.), los griegos parecen buscar en la Europa bárbara distintas materias primas de las que son deficitarios y abundan al norte de los Alpes <figura 124>: metales como estaño, hierro u oro, sal, ambar, esclavos, pescado, cereales, pieles, tejidos, madera, resina, miel, carnes animales como las de ovinos y porcinos, etc. En este caso la lógica y las fuentes literarias (con algunas citas indirectas de productos comercializados por griegos e itálicos en el norte y este -si bien en un tiempo algo posterior-; Diodoro, V, 26, 2-3; Polibio IV, 38, 1-5; Estrabón, III, 5, 11; IV, 3, 2; IV, 4, 3; IV, 6, 9-10; V, 1, 8; V, 1, 12), suplen la falta de evidencia arqueológica de este intercambio material.

Hasta aquí el trayecto con parada en los excepcionales hallazgos de raíz mediterránea presentes en la Europa hallstática. Llega el momento de considerar las diferentes propuestas historiográficas que analizan las relaciones acontecidas entre ambos ámbitos.



A fines del siglo XIX los grandes sistematizadores de la prehistoria y protohistoria europeas, especialmente franceses y alemanes (Gerhard, Muller, Perron, Undset, Hoernes, Schuchhardt, Déchelette...), son los pioneros en atender a los hallazgos mediterráneos conocidos en el corazón del viejo mundo, no muy numerosos por aquel entonces. En esta línea destaca el trabajo de O. Montelius (1899) que probablemente fue el primero en trazar el camino del todavía gestante difusionismo al poner en conexión los descubrimientos de la vieja Europa con la cuna civilizadora oriental. Los albores de este enfoque se consolidan plenamente a partir de la década de los veinte, cuando V. Gordon Childe, siguiendo la estela marcada por Montelius, interpreta la prehistoria europea a la luz del ritmo cultural de los centros superiores del Oriente Próximo primeramente, y de los estados del Levante Mediterráneo en segundo lugar. La base del difusionismo cultural quedó consagrada en estas primeras obras (Childe 1925; *id.*, 1929; *id.*, 1934). Gordon Childe dió relevancia especial a la figura de los metalúrgicos de la Edad del Bronce europea en relación con la búsqueda de metales que las sociedades mediterráneas demandan de la Europa templada. Este sector productivo (unos mineros a tiempo completo, independientes e itinerantes, que pondrían en contacto Oriente con Occidente, según la concepción childeana) motivaría a la larga el desarrollo económico y la complejidad social que vivió Europa en la Protohistoria. A pesar de la falta de datos arqueológicos de peso (los grandes yacimientos hallstáticos se empezaron a descubrir inmediatamente después de su muerte), el antropólogo australiano al final de sus días y en su obra póstuma (Childe 1958) supo hacer evolucionar su pensamiento desde una acrítica adhesión al orientalismo predominante de su tiempo y abrir los ojos a otros modelos revalorizadores de la Europa bárbara, abandonando un tanto esa aproximación alóctona omnipresente, como pone de manifiesto Trigger (1982: 161-167).

A partir de la Segunda Guerra Mundial se acrecienta el interés por la Edad del Hierro, en parte debido a la multiplicación de hallazgos arqueológicos (es ahora cuando salen a la luz las estructuras de Heuneburg, Mont Lassois, Zavist, Sticna o Biskupin) y también por el cambio en la orientación investigadora de estos años con nuevas tendencias que ya hemos tenido ocasión de mencionar (el neo-evolucionismo, la ecología cultural, el peso de la tecnología, etc.). Podemos distinguir varias líneas de orientación. En primer lugar la corriente post-childeana que sigue estimando la actividad metalúrgica de Europa central para entender el cambio cultural (Hawkes, 1940; Clark/Piggot, 1965; Clarke, 1979),

dependiente en cualquier caso del Mediterráneo. El mantenimiento del más puro difusionismo sigue de hecho aun presente en algún trabajo actual (Bouzek, 1985). Otra vertiente de enfoque es la social. En un momento en que predomina el materialismo histórico en la investigación, se subraya la importancia de los conflictos de clase para el desarrollo de las sociedades. Bajo esta onda ideológica, Filip (1962) -y tras él muchos otros como Nash (1976)- apuntan la competencia social entre las comunidades hallstáticas por conseguir los productos de lujo mediterráneos, como el factor fundamental en su progreso. El tercer polo de atención principal es el comercio, cuyo estudio, tal como señalábamos, se potencia en estos años gracias entre otras cosas a los modelos teóricos de la Nueva Arqueología y a las respuestas críticas que esta tendencia suscitó. Acotando nuestro caso particular, es sobre todo en la década de los setenta cuando se empieza a tomar el comercio a larga distancia con la órbita mediterránea como agente esencial tras el cual poder explicar el desarrollo de la Europa del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro principalmente. El punto de partida es el mismo, pero el hincapié se hace en distintos aspectos. Desde síntesis completas y generales sobre tal interacción comercial (Hatt, 1958; Fischer, 1973; Kimmig, 1983a), pasando por los efectos de la misma en diferentes terrenos como el artístico, a partir del análisis estilístico del arte lateniente como una adaptación local de los modelos mediterráneos por parte de las élites celtas (Pauli, 1974; *id.*, 1978), el socio-político (Frankenstein/Rowlands, 1978; Frankenstein, 1997: 215-278, edición sin actualizar de lo que fue la tesis doctoral de la autora de finales de los setenta; Nash, 1976) o el urbano (Alexander, 1976; Wells, 1988a).

La tesis planteada por S. Frankenstein y M.Q. Rowlands (1978), ya anunciada en trabajos anteriores como el de Fischer (1973), sienta las bases de un argumento teórico que todavía es mantenido por buena parte de la historiografía actual. Su modelo comercial se identifica con la llamada *Economía de bienes de prestigio*, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar como uno de los modos de intercambio cultural, recíproco pero desigual. La misma establece que la formación y organización interna de los centros hallstáticos se desarrollan de forma totalmente dependiente del foco mediterráneo, dirigiendo y estimulando a la vez su producción (bienes que escasean en el Mediterráneo), para lograr a cambio los productos de lujo que exportan las colonias griegas y las ciudades-estado etruscas. Así, la pauta que marcan las demandas mediterráneas y la atracción que sus productos manufacturados levantan en las comunidades centroeuropeas, ocasiona la

formación de una jerarquía social y política en estos centros<sup>13</sup>, a partir de ahora principescos, fruto de sus esfuerzos por formentar la producción local para, a través de su comercialización, tener acceso a los bienes suntuarios procedentes del sur. Todo ello les lleva a consolidar, jerarquizar y extender su poder, patentemente puesto de manifiesto en la fortificación de sus poblados y en la riqueza de sus tumbas principescas, cuyos ajuares exhiben las lujosas importaciones atesoradas.

Este planteamiento supone la entrada en juego oficial, en cuanto a valoración científica, de las relaciones con el Mediterráneo y la importancia de los bienes de lujo. Su peso, fuerte desde años atrás, todavía está vigente. La gestación de este modelo forma parte del más amplio mecanismo de los Sistemas Económicos Mundiales o Teorías de Centro-Periferia que ya ha sido presentado. Como se dijo, el modelo tiene su origen en la obra de I. Wallerstein (1974-1980) y F. Braudel (1979), que lo crean para la Edad Moderna, pero pronto fue adaptado para la Protohistoria europea<sup>14</sup>. Su tesis central estriba en contemplar la economía europea y su desarrollo dentro de un gran sistema integrador (mundial) articulado en espacios sucesivos de dependencia y explotación. En nuestro caso de estudio son tres las áreas circulares relacionadas jerárquicamente <figuras 116 y 125>:

- 1) Las colonias griegas del Mediterráneo occidental y las ciudades-estado etruscas, como grandes centros urbanos, políticos y económicos que consumen recursos de las otras esferas a través de diferentes modos de interacción con los que se benefician.
- 2) La región centroeuropea o mundo hallstático, como zona de intercambio, intermediaria en los contactos entre los dos ámbitos extremos, que busca un

<sup>13</sup> Frankenstein y Rowlands establecen la siguiente jerarquía social: en el primer nivel un jefe supremo, con residencia en Heuneburg en un momento inicial y después en Hohenasperg, por debajo de él, en centros menores semidependientes, jefes vasallos, después sub-jefes, tras ellos los jefes menores o de aldea y el resto de la población bajo el control de los anteriores (Frankenstein/Rowlands, 1978: 84-87). Una reciente versión castellana de algunos de estos postulados en Frankenstein (1997: *passim*).

<sup>14</sup> El modelo ya fue anunciado por Frankenstein y Rowlands (1978: 80-81). Desde entonces la atención bibliográfica se ha disparado. Dos recientes trabajos colectivos que introducen diferentes aplicaciones del modelo de Centro-Periferia en distintos escenarios del mundo antiguo son Rowlands *et alii*, 1987 y Champion, 1989. Para la concepción teórica y los problemas de aplicación en el pasado, véase Rowlands (1987) y Champion (1989: 1-21). Modelos adaptados a la Edad del Bronce europea se hallan en Sherrat, 1993a; Sherrat/Sherrat, 1991 o Kristiansen, 1994, este último con una perspectiva más global de estudio de la interacción *internacional* desarrollada en los dos últimos milenios anteriores a nuestra era en todo el continente europeo. Para la Edad del Hierro son representativos los trabajos de Brun (1987; *id.*, 1994), Cunliffe (1988) o, más sintéticamente y en lengua castellana, la reflexión de Mederos (1995) o el comentario de Ruiz Zapatero (1989) a partir de la recensión de las obras de Brun y Cunliffe. Se han realizado intentos de aplicación crítica a momentos de la antigüedad clásica, como el volumen colectivo editado por Bilde (1993) para el mundo helenístico, el trabajo de Nash (1987) para la expansión de la República romana o los de Hedeager (1987) o Woolf (1990) para el imperio. Cunliffe (1993) ha adaptado el patrón centro-periférico en el estudio de la Protohistoria de la Península Ibérica (al respecto, la parte referida a Iberia de Frankenstein, 1997: 148-211). Sobre la trascendencia político-económica de este sistema véase Stanley/Alexander, 1992, y para el funcionamiento social, especialmente en las periferias, Paynter, 1981.

excendente en su producción para comerciar con el Mediterráneo y provocar, así, su puja socio-económica y cultural.

3) La región periférica última, coincidente con el norte de Europa, el centro y occidente de la Península Ibérica y el mundo escita de la Europa oriental, como área de obtención de materias primas y hombres (mano de obra laboral y servicios militares). Aquí, la evolución derivada de la interacción cultural opera de una forma mucho más lenta y marginal.

Este mismo proceder en la aproximación al conocimiento de la Primera Edad del Hierro en relación con el mundo mediterráneo ha caracterizado a la mayor parte de la bibliografía de la década de los ochenta. A partir del Sistema de Centro-Periferia, P. Brun (1987; *id.*, 1994) encuadra la sociedad principesca y centralizada de Hallstatt Final como el elemento intermediario en las transacciones comerciales entre los focos mediterráneos, que atemperan su desarrollo, y las tribus del interior, a través de los pasos alpinos y del Ródano <figura 125>. No obstante parece evolucionar en el grado de intensidad que otorga al elemento griego como conformador del desarrollo de la sociedad hallstática hasta el punto de señalar no hace mucho que “en todas estas transformaciones la influencia griega fue importante, pero nunca significó más que un estímulo exterior” (Brun, 1992: 294). De forma análoga, B. Cunliffe (1988) adapta sin variación alguna el modelo de Economía de bienes de prestigio y las bases mediterráneas para anunciar que el sistema social de jefaturas aristocráticas dependía plenamente del suministro regular de bienes de lujo mediterráneos (mejor dicho, del acceso, la acumulación, el control y la redistribución de los mismos por parte de la élite dirigente), de manera que cualquier fluctuación del interés mediterráneo se hacía sentir automáticamente en la economía de la Europa bárbara (Cunliffe, 1988: 32). A similares conclusiones llegan T. Champion (Champion *et alii*, 1988: 383) y J. Collis (1989). Según este último, el establecimiento de una sociedad jerarquizada en la Europa templada del s.VI a.C., con una serie de jefaturas complejas, centralizadas y estratificadas en varias categorías, es también efecto del control comercial con el mundo greco-mediterráneo (Collis, 1989: 141)<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> La subordinación a la dinámica mediterránea no ofrece dudas para J. Collis: “Estos extremos de riqueza, esta ostentosa concentración del poder, son rasgos que no se encuentran, ni antes ni después, en las sociedades vecinas, a no ser un débil reflejo. Representa un fenómeno nuevo, una sociedad de la Europa templada que dependía absolutamente de sus relaciones con el mundo mediterráneo” (Collis, 1989: 145-146). “(...) Por primera vez el poder de un grupo poderoso de personas había dependido enteramente de las ciudades mediterráneas (...), cuando el comercio exterior se colapsa, también lo hizo el área nuclear, la periferia sobrevivió e incluso prosperó” (Collis, 1989: 149).

El juego que depara la asunción de los Sistemas de Economía Mundo de Centro-Periferia en el debate científico sobre los contactos culturales del Ier milenio a.C. ha sido, cuando menos, un modo de reactivación historiográfica ciertamente fecundo. Esto supone ya un mérito a reconocer. Sin embargo este modelo no ha escapado de lo que nos atrevemos a calificar de obligada crítica (Hall, 1986; Kohl, 1987, son dos ejemplos en esta línea). En nuestra opinión esta tesis lleva consigo, de entrada, los rasgos de unilateralidad y de excesivo esquematismo (Sánchez Moreno, 1995b: 144), que además no son los únicos puntos objetables. Efectivamente, en primer lugar se trata de una estructura demasiado simplificadora que pese a abarcar una panorámica tan extensa (Europa como unidad macro-territorial), o precisamente por ello, acaba adoleciendo de un análisis interno de las particularidades siempre presentes en regiones geográficas diferentes, al servicio de una generalización tan sospechosamente bien integrada como imprecisa resulta en realidad. Por otra parte el prototipo de Centro-Periferia, ¿no es en realidad una extrapolación al pasado del diseño actual de nuestro mundo en tres ámbitos económico-culturales escalonados? Sistematizar la Protohistoria Final del viejo continente con un etiquetado tan privativo de nuestros días finales del siglo XX como es la *Europa de tres velocidades*, tal como en el fondo propugna esta teoría, nos resulta un procedimiento anacrónico e inapropiado que responde sin dudas a la tendencia actual de amoldar el pasado a las directrices políticas del presente (Europa como identidad supranacional es quizá el más claro paradigma) (Rowlands, 1987: 1; Mederos, 1995: 133-134). Por otra parte, estimamos que se trata de una tasación del pasado casi en exclusiva regida por una perspectiva económica, y se echa en falta, por lo tanto, la consideración de pautas culturales o ideológicas que podrían alterar los presupuestos deducidos únicamente de aquel enfoque. Finalmente, la lectura crítica de los Sistemas de Economía Mundo termina por suscitar una revalorización de las periferias casi desesperada, pero en verdad obligada. Es simplista la catalogación de periferia = subdesarrollo, pero esta parece ser la conclusión de la aplicación del modelo. Somos de la opinión de que las “periferias” no son necesariamente receptores pasivos de las innovaciones del centro (o al menos no son exclusivamente eso), sino que pueden ser participantes activos en procesos interregionales de aculturación en una doble dirección y de transformación socio-política, económica y cultural (Paynter, 1981; Schortman/Urban, 1992b: 247; Sherrat, 1993b). Estas áreas de *tercera categoría* merecen ser analizadas desde su propio prisma y no al son de otros *motores generadores*. Si así lo hacemos, y hablamos con el



respaldo que nos da el análisis empírico que llevamos desarrollando desde hace unos años en la meseta occidental prerromana, comprobaremos cómo en el fondo la aplicación de la Teoría de Centro-Periferia en realidad no tiene freno, y a una escala menor esas tres grandes regiones pueden ser escalonadas en sub-áreas de desarrollo, susceptibles de ser seccionadas cada una de ellas a su vez en otras tantas de espacios más reducidos... ¿Cuál es, entonces, la esfera límite de análisis?

Para concluir nuestra reflexión crítica a propósito de los Sistemas de Centro-Periferia, proponemos llevar a cabo un estudio que parta de la realidad local de la región en examen, sea ésta grande o pequeña, excelsa o ínfima, central o periférica. Ello no significa, y así evitamos ser tachados de autoctonistas acérrimos inmerecidamente, obviar la verdad de la interacción interregional ni mucho menos, ni tampoco reconocer la graduación relativa de las culturas antiguas. Este es precisamente el segundo paso, elevar el estudio, analítica y comparativamente, al ámbito exterior pero sin hacerlo deudor de un esquema preconcebido, sino abierto a una dinámica independiente. Tal es el encuadre conceptual de nuestro trabajo.

Asumiendo en general el esquema de Centro-Periferia y reconociendo la supremacía mediterránea en la interacción cultural establecida, se han desarrollado otras interpretaciones que ponen el acento en aspectos precisos. Por ejemplo, D. Nash sostiene que la mercancía esencial en las relaciones comerciales entre el Mediterráneo y el interior de Europa eran los esclavos capturados por las sociedades guerreras celtas de la periferia. Éstos, junto con mercenarios libres y productos como pieles y madera, serían vendidos a los jefes hallstáticos occidentales los cuales, a su vez, los ofertarían a reconocidos tratantes de esclavos meridionales: etruscos y griegos focéos (Nash, 1985: 53-54). Tras las consideraciones de esta autora, se han seguido desarrollando estudios sobre el mercado de esclavos en la Europa celta a finales de la Edad del Hierro (Randsborg, 1986; Arnold, 1988). Otro elemento de análisis en esta interacción es el vino, como producto mediterráneo de comercio y como uso social incorporado de forma singular a los círculos aristocráticos celtas (Bouloumie, 1988; *id.*, 1992). Son interesantes, en este línea, los trabajos últimos de M. Dietler que subrayan la importancia del fenómeno que este autor bautiza como “sed celta o bárbara” (*Celtic thirsty, soif celtique*) (Dietler, 1989). Con esta expresión, el investigador americano se refiere a la particular atracción que el vino greco-

etrusco (el consumo de alcohol, el ritual del banquete y sus instrumentos, en suma) ejerce en las sociedades indígenas hasta el punto de significar un factor de jerarquización social, de igual forma que lo son las importaciones de lujo contempladas páginas atrás. En este sentido el comercio del vino introducido por el eje del Ródano genera destacadas transformaciones económicas, sociales y políticas en las comunidades de la Galia, a pesar de que la práctica del beber y del banquete estaban ya presentes entre estas gentes con anterioridad a la llegada griega<sup>16</sup> (Dietler, 1990: 382; Bertucchi, 1992; Domínguez Monedero, 1995a: 36-41). Se trata, por tanto, de hábitos indígenas de alcohol que adaptan nuevas formas importadas para su exhibición social y manipulación simbólica, de forma parecida a lo observado en la Iberia indoeuropea.

El repaso historiográfico que venimos realizando se caracteriza hasta este punto por seguir las pautas introducidas por Frankenstein y Rowlands (1978) y por la adaptación teórica del modelo de Centro-Periferia en líneas generales. Este acercamiento puede calificarse de exógeno habida cuenta que reconoce de partida la deuda de la Europa bárbara con la esfera mediterránea (así pues encauzamiento desde fuera), al ritmo -más o menos difusionista- de la cual ejecuta su mudanza social, económica y cultural. Existe no obstante otro enfoque, con el que particularmente coincidimos más, que hemos dado en llamar bipolar, pues además de tener presente el estímulo externo que representa el comercio griego en su justa medida -negar lo mismo sería de ciegos-, valora en el mismo plano, y no por debajo, el desarrollo interno de las comunidades europeas en la Protohistoria Final. El mejor representante de este mecanismo de contacto y cambio cultural es P.S. Wells (1980; *id.*, 1985a; *id.*, 1988a: 71-111, aplicado a los orígenes y desarrollo del urbanismo), quien recurre a paralelos antropológicos de la etnografía actual pues, según su opinión, no pocas veces se repiten los mismos estímulos y condicionantes en la interacción cultural de ámbitos diferenciados (Wells, 1985a: 83). Quizá su singularidad, y el punto de diferenciación con las teorías anteriores, residen en que en lugar de tratarse de un mecanismo de dependencia, lo es de interdependencia; a pesar de que este rasgo ha pasado desapercibido en muchos autores y revisiones actuales que

---

<sup>16</sup> "Mediterranean wine, in this context, would have been incorporated into traditional patterns of feasting and hospitality and used (along with native forms of drink) in competition for *free floating power*, and to mobilize labor. This process may even have had a spiraling catalytic effect in stimulating indigenous trade: as demand for drink escalated, wine was used to mobilize work parties for production and transport of goods important in indigenous exchange networks (to obtain metal and other valuables) and particularly for goods sought by the Etruscan and *Massalia* in order to obtain more wine for hospitality, for labor mobilization and for exchange in indigenous networks" (Dietler, 1990: 389).

engloban a Wells en la doctrina de Centro-Periferia sin más, si bien es cierto que en algún momento sus propuestas se han identificado con las de esa teoría, al menos en su enunciación (Wells, 1987). En el planteamiento de la cuestión, el arqueólogo americano por una parte estudia las evidencias de la interacción<sup>17</sup>, el papel del foco mediterráneo y el tipo de contacto establecido. A este examen externo que poco difiere de las tendencias globalmente greco-difusionistas que hemos observado en líneas precedentes, Wells incorpora un análisis interno con especial atención a los cambios que están aconteciendo desde unos años atrás en la Europa hallstática. Todo ello le lleva a concluir que el deseo por parte de los centroeuropeos de adquirir los lujos mediterráneos, señal de ostentación, poder y prestigio, desencadena una organización socio-económica bajo el control de los jefes locales que busca mantener prolongadamente un excedente productivo con el cual comerciar con la órbita mediterránea, y que genera a la larga un proceso encadenado de desarrollo general<sup>18</sup> <figura 126>. Pero, la llegada de las mercancías de lujo greco-etruscas no fue lo que condujo a la formación de los centros comerciales, sino que fueron más bien los esfuerzos organizativos de los centroeuropeos por producir la base material necesaria que sustentara el comercio con el sur (Wells, 1988a: 103, 184), y esto sólo lo puede procurar un retén económico que habían empezado a hacerse realidad desde tiempo algo antes. El matiz diferenciador con respecto a los modelos revisados con antelación, aunque sutil es valioso; el estímulo no es la presencia griega *per se*, sin más, ni la inducción de sus regalos y lujos. En el modelo propuesto por Wells los factores críticos de desarrollo de las primeras ciudades de la Europa se empiezan a dar lentamente y de forma interrelacionada desde el Bronce Final, en torno al año 1000 a.C., y fueron: el crecimiento de una economía de subsistencia gracias a las mejoras agrícolas, la maduración de técnicas artesanales e

<sup>17</sup> Wells diferencia, arqueológicamente, tres tipos de testimonios que reflejan el contacto: las importaciones mediterráneas, las imitaciones de objetos y elementos por parte de artesanos centroeuropeos y la aplicación de conocimientos técnicos tomados del mundo mediterráneo, de lo que son muestras, como ya se ha ido indicando, la introducción del torno de alfarero rápido, la técnica edilicia de la muralla de Heuneburg, la plástica escultórica de piezas como los guerrero-estela de Hirschlanden y Glauberg, la adaptación de gallináceas y asnos, la implantación de vid y olivo en el sur de la Galia, el uso de técnicas pictóricas en cerámica con pincel múltiple (tipo Ensérune) y hebillas de cinturón en bronce de modelos frigios y jonios, etc.; todo ello de cuna mediterránea (Wells, 1980: 50-59; *id.*, 1988a: 96; Boardman, 1986: 218-219).

Es importante apuntar, una vez más, que de la interacción no sólo son protagonistas los objetos importados en un contexto local; además de materias tangibles, también se intercambian ideas, conocimientos, modas, o literaturas, fruto de la comunicación oral. El hecho de que estos géneros no dejen huella arqueológica directa, no debe hacer desestimar su trascendencia en el devenir de la cultura que los asimila.

<sup>18</sup> En el que cabe enumerar: especialización y aumento de la producción, mayor productividad, expansión del área de captación económica, desarrollo de la comunicación y transportes, intensificación de los contactos, crecimiento demográfico, aumento de la autoridad de los líderes que dirigen el mecanismo, formación de los grandes centros de producción y comercio, y fijación de un sistema de interdependencia entre estos centros principales, abastecidos por pequeños asentamientos en su hinterland que producen los excedentes para el comercio, pero de los cuales dependen estos últimos para su funcionamiento <figura 126> (Wells, 1980: 97-103; *id.*, 1985a: 83-85; *id.*, 1988a: 102). En nuestra opinión el diagrama es completo y quizá por ello demasiado regularizado para mostrarse en la práctica.

industriales (especialmente minería y metalurgia, de bronce primero y hierro después), la aglomeración paulatina de población en ciertos puntos, la motivación de las comunidades en su producción, la iniciativa individual a la vez, y, con esas garantías, la emergencia de prácticas comerciales con pueblos mediterráneos (Wells, 1988a: 184; *id.*, 1989b: 174-176). Todo ello se manifestó en el desarrollo económico, social, político y, consiguientemente, urbano de estos centros.

Por último, una postura historiográfica más radical es la representada por distintas voces que, lejos de comulgar con las teorías de dependencia mediterránea, reiteran un origen y desarrollo de los centros principescos protohistóricos anteriores a los contactos con la esfera mediterránea, que, eso sí, influyen en la aceleración del proceso ya iniciado (por ejemplo, Bintfliff, 1984; Gosden, 1985; Eggert, 1989 o Pare, 1993a, entre otros). Ahora el enfoque es evolucionista, desmesurado en algunos puntos según nuestro parecer, y se llega incluso a entender la presencia griega en Centroeuropa como consecuencia de la evolución interna de las comunidades locales desde la Edad del Bronce (algo así como una respuesta griega a la llamada de unos competitivos centroeuropeos...), y no tanto como causa tradicional de su acrecentamiento.

En cuanto a la organización de estas relaciones comerciales establecidas, también existen opiniones divergentes. Uno de los autores que más ha tratado estas cuestiones es P. Wells, cuyas consideraciones parecen evolucionar con el tiempo. En un primer momento defiende la existencia de un mecanismo comercial centroeuropeo bien organizado, incluso a gran escala, controlado directamente por las élites rectoras de las comunidades hallstáticas; algo que puede identificarse con la modalidad de redistribución desde un lugar central que hemos singularizado páginas atrás. Una organización más consolidada y administrada a medida que se reduce la distancia con el Mediterráneo (Wells, 1980: 92-94; *id.*, 1985a: 84-85). Sin embargo, más recientemente da prioridad al papel de los comerciantes de iniciativa independiente (*entrepreneurs*), en origen antiguos agricultores que en las postrimerías del Bronce Final empiezan a actuar comercialmente de forma libre gracias a una nueva conciencia del valor personal (*cognitive change*), sin necesidad de estar bajo el control de una persona o de una institución. Estos oportunos aventureros se beneficiarían de las transacciones comerciales y de las acciones de saqueo entre comunidades hasta el punto de elevar su posición y riqueza, proporcionando con sus

esfuerzos el acicate necesario para que las poblaciones intensificaran su producción y, así, se avanzara en la consolidación de los centros proto-urbanos de la Primera Edad del Hierro (Wells, 1986: 29-30; *id.*, 1988a: 26, 31-32; *id.*, 1989a: 178-180). En cualquier caso, predominarían las relaciones comerciales indirectas con el sur a través de intermediarios a lo largo del pasillo del Ródano, y en un contexto más interior por las rutas fluviales del Sena, Rhin, Necker y Danubio (Wells, 1988a: 101). La interpretación de Wells es sugerente pero nos resulta difícil de aceptar la idea de que la razón de un cambio socio-económico de tal índole descansa en último término en el interés personal de unos pioneros del comercio con una portentosa anchura de miras. Pudieron ebullicar iniciativas privadas pero nunca aisladamente, sino de forma paralela a la complejidad social y al liderazgo político de grupos de élite que a la postre organizarían los mecanismos de intercambio y dirigirían la acción de sus agentes comerciales; al menos así lo creemos para la meseta hispana. Otros criterios van desde la suposición de relaciones comerciales directas de los jefes hallstáticos con las ciudades mediterráneas (Cunliffe, 1988: 32), hasta asumir que las redes de transacción y transporte estaban por completo en manos griegas (Collis, 1989: 140, 145). En relación a la Península Ibérica, somos partidarios de hablar de contactos comerciales mayoritariamente indirectos, en los cuales la iniciativa original colonial pronto queda diluida en un vaivén de intercambios sucesivos entre distintos grupos indígenas -viendo en ellos la simbología social y el revestimiento ceremonial de los que son portadores-, cada vez más *adulterados* a medida que los itinerarios penetran hacia el interior.

Una pregunta aun abierta es la de precisar los efectos finales, las consecuencias últimas, de la interacción entre los dos ámbitos, un aspecto en el que no se ha profundizado lo suficiente. Los juicios oscilan desde una huella griega poco latente en la vida cultural de Europa templada con posterioridad al siglo VI a.C. (pues el objetivo no era adoptar la cultura griega sino simplemente algunos de sus elementos materiales, de igual forma que por el lado colonial el interés en la Europa bárbara era estrictamente comercial, no político o cultural, como sí fue el de romanos siglos después) (Wells, 1980: 93-94; *id.*, 1988a: 103, 111; Brun, 1992; Dietler, 1992); hasta una defensa de la helenización de comunidades europeas que no sólo se ven influenciadas comercialmente por los centros mediterráneos, sino que manifiestan una aculturación en muchos sentidos: económica, urbana, artística, lingüística o tecnológicamente (con distinto grado de intensidad y

haciendo hincapié en algunos de estos aspectos: Benoit, 1965; Champion *et alii*, 1988: 103; Lévêque, 1992: 386).

Como acabamos de observar no existe una coincidencia en la historiografía a la hora de interpretar el origen de la complejidad socio-económica de las comunidades occidentales de Hallstatt Final y su relación con el mundo mediterráneo. Sin embargo, tocante al final de este período, su retroceso y a la suspensión de los contactos con las potencias meridionales sí se aprecia una mayor avenencia en la investigación. Presentamos a continuación un rápido estado de la cuestión para poner punto final a este primer caso de estudio.

Unánimemente se acepta que las importaciones griegas y el impulso comercial de *Massalia* hacia el norte remiten en torno al 500/450 a.C., coincidiendo con el fin de las tumbas principescas y de los lugares centrales amurallados<sup>19</sup>. Al tiempo que decae el comercio con la Céltica, crece el interés por otras áreas como el norte de Italia, alrededor del valle del Po, donde se funda el puerto griego de Spina (Wells, 1988a: 105), la costa Adriática o el Mar Negro (Wells/Bonfante, 1979; Wells, 198: 102; Boardman, 1986: 221; Cunliffe, 1988: 32-33; Champion *et alii*, 1988: 385; Collis, 1989: 163-164; etc.). No obstante, si los hechos son más o menos claros, no lo son las razones que los explican. Como en todos los procesos de colapso, se suele distinguir entre causas internas y externas. Mientras unos hablan de suma de factores, entre los que se señalan motivaciones políticas y una mayor facilidad de transporte e interés comercial en las nuevas regiones (Wells/Bonfante, 1979; Wells, 1980: 102; Collis, 1989: 163-164), otros achacan su causa a problemas sociales. Así, Pauli (1985) sugiere que las luchas de los sectores de población más desprotegidos contra la élite de poder de los centros hallstáticos acaban con su florecimiento. También ha recibido un considerable respaldo la tesis de la expansión celta, especialmente de guerreros y mercenarios, hacia el sur que, apoyándose en las ciudades etruscas, destruirían en su avance los principados centroeuropeos (Nash, 1985: 60); aunque esta idea es rechazada por los que no ven presencia estrictamente celta en este antiguo foco hallstático, en concreto en la región de Württemberg, hasta momentos tardíos del s. II

---

<sup>19</sup> Sin embargo, desde el punto de vista massaliota conviene puntualizar esta pretendida decadencia de la colonia focaea en el siglo V a.C. En este sentido, se está poniendo de manifiesto que más que de crisis, se debe hablar de una reorientación de su dinámica comercial que continua en los siglos siguientes (Clavel-Lévêque, 1977: 35; Collis, 1989: 170; Domínguez Monedero, 1991a: 266; Bats, 1990; Bats *et alii*, 1992).

a.C. (Biel, 1993: 87). Un modelo más complejo presenta Cunliffe, para quien el auge del comercio con Etruria, que supera el de la Europa central, y el rápido aumento demográfico de las regiones periféricas, unido a cambios políticos del Mediterráneo Occidental, acarrearán la ruptura del equilibrio y el hundimiento del sistema socio-económico y político establecido con la Europa templada, con una consecuencia inmediata tradicionalmente asumida: el inicio de la migración celta en el 500 a.C. desde los focos principales de Marne-Aisne y Hunstrück-Eifel, que unidos dan nombre a la cultura latenense del Marne-Moselle <figura 127> (Cunliffe, 1988: 35). Esta es la interpretación resultante de un análisis bajo el patrón Centro-Periferia, tal y como ha sistematizado recientemente P. Brun: se está produciendo, en definitiva, una redistribución en los roles entre las periferias y el centro, a partir del cambio estructural que se da en los puntos de entrada y salida de las zonas intermedias hacia ambos extremos (migraciones guerreras, reorientación comercial, etc.), con una importancia creciente a costa de los centros principescos, en proporcional decadencia (Brun, 1994).

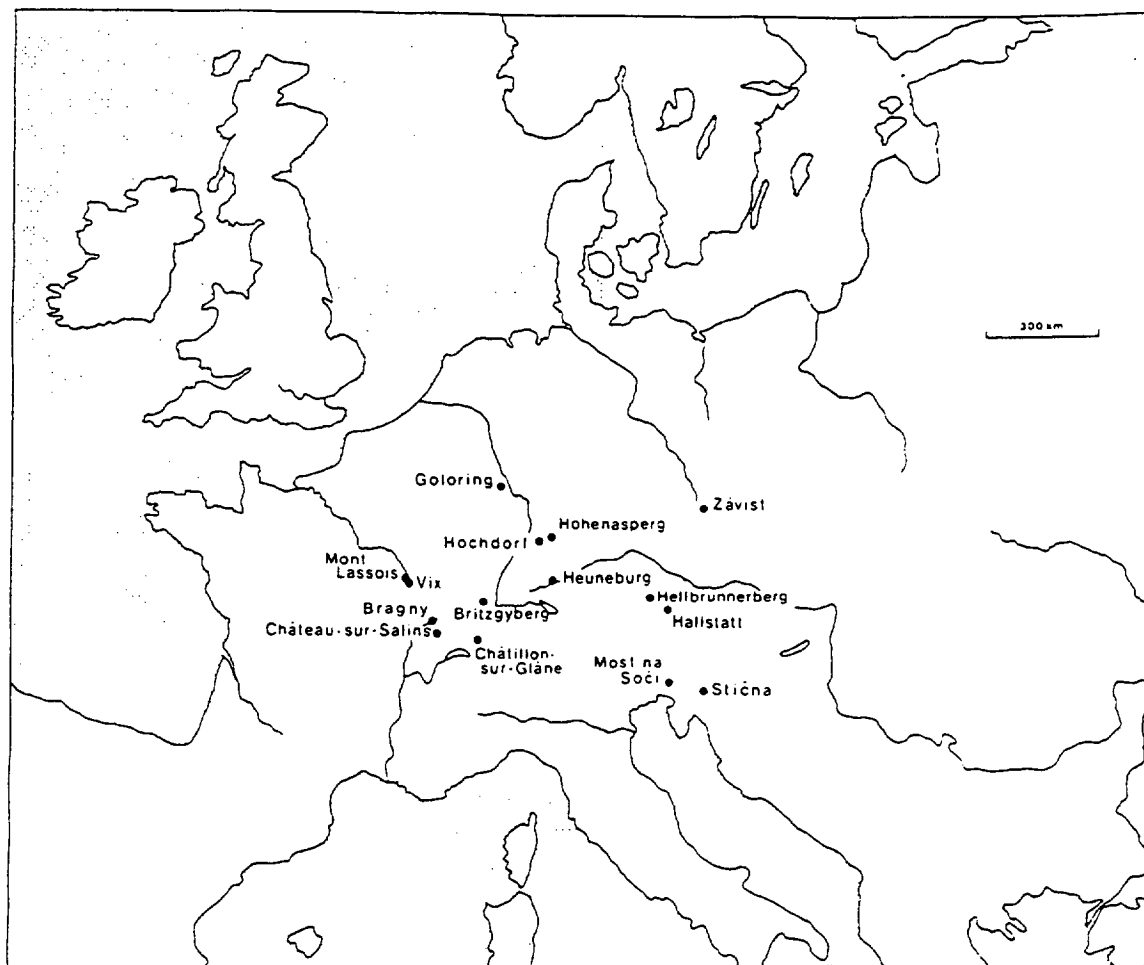
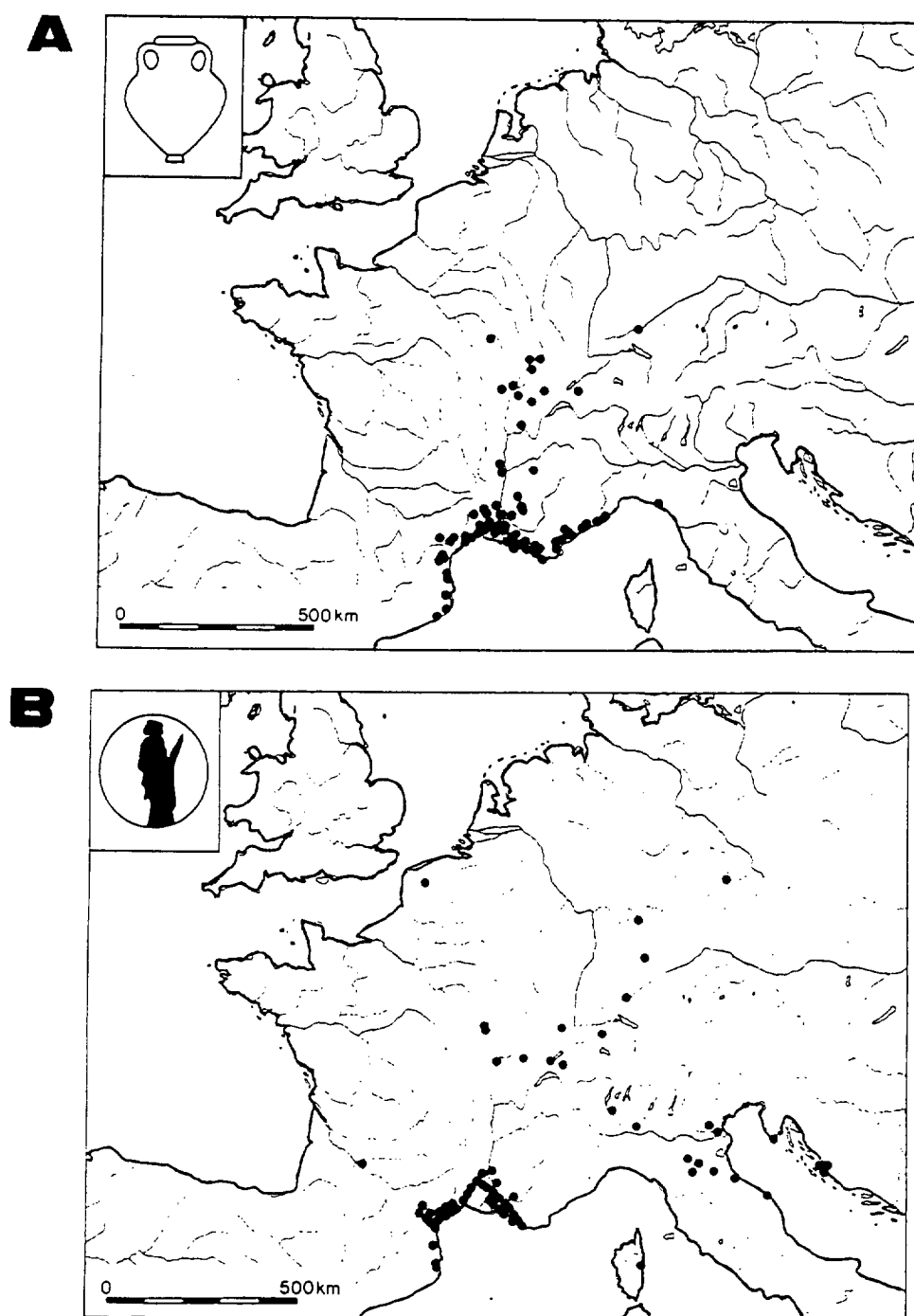
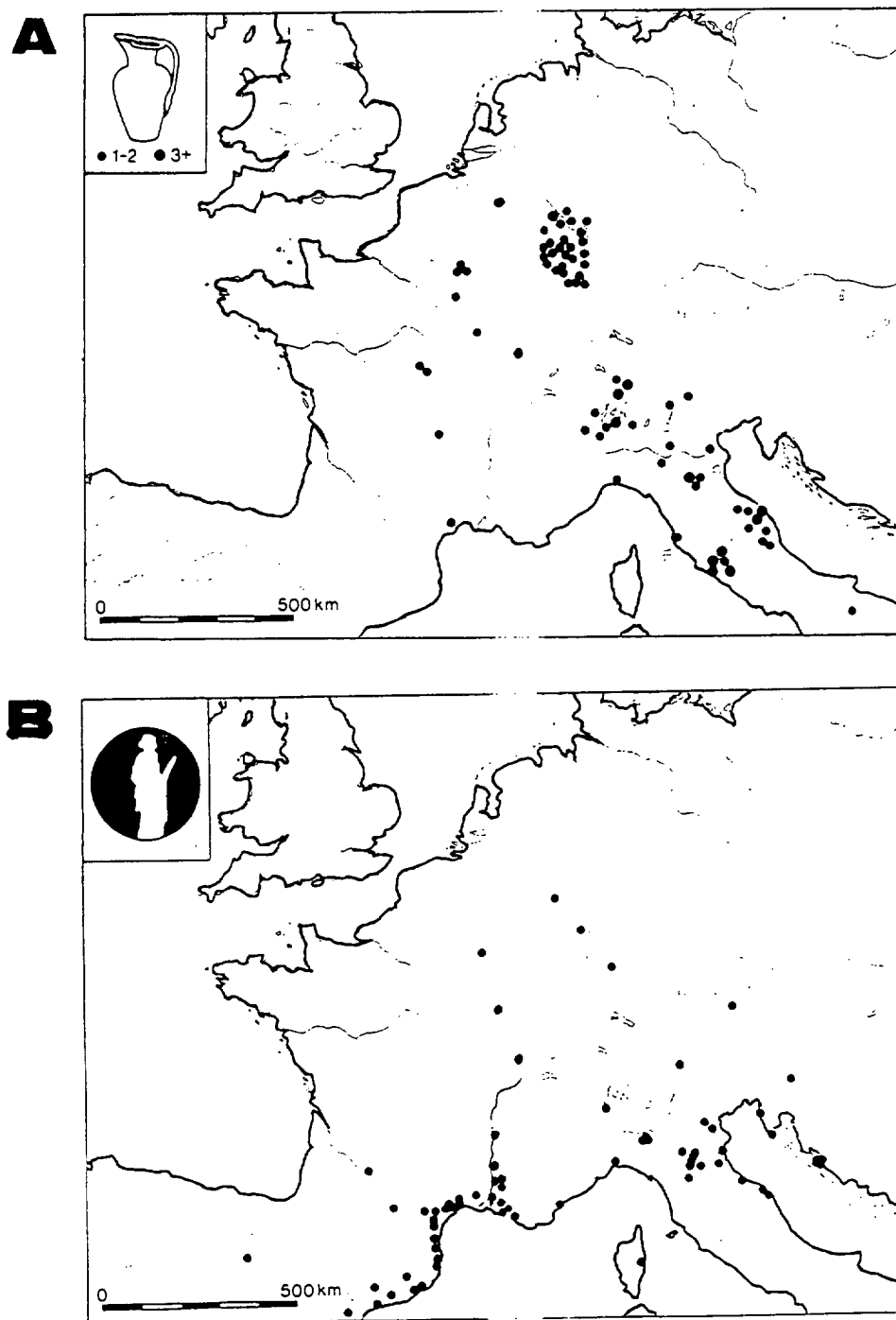


FIGURA 118. Localización de los principales yacimientos hallstáticos (Wells, 1988: 92, fig.27)





**FIGURA 119.** A- Distribución de ánforas massaliotas en Europa Templada (Cunliffe, 1988: 26) B- Distribución de cerámicas de figuras negras en Europa Templada (Cunliffe, 1988: 26)



**FIGURA 120.** A- Distribución de vasos etruscos en Europa Templada (Cunliffe, 1988: 27) B- Distribución de cerámicas de figuras rojas en Europa Templada (Cunliffe, 1988: 27)

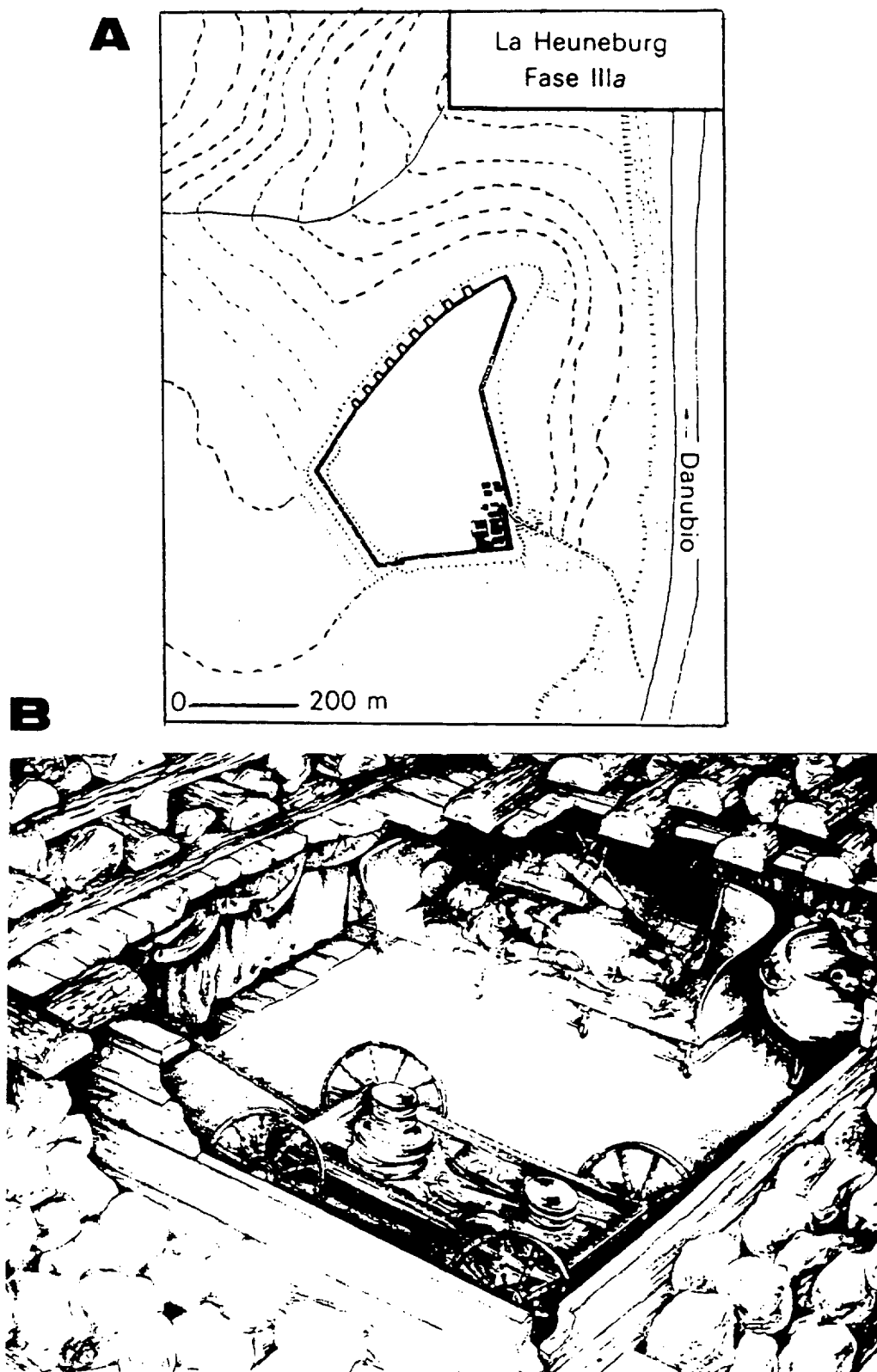
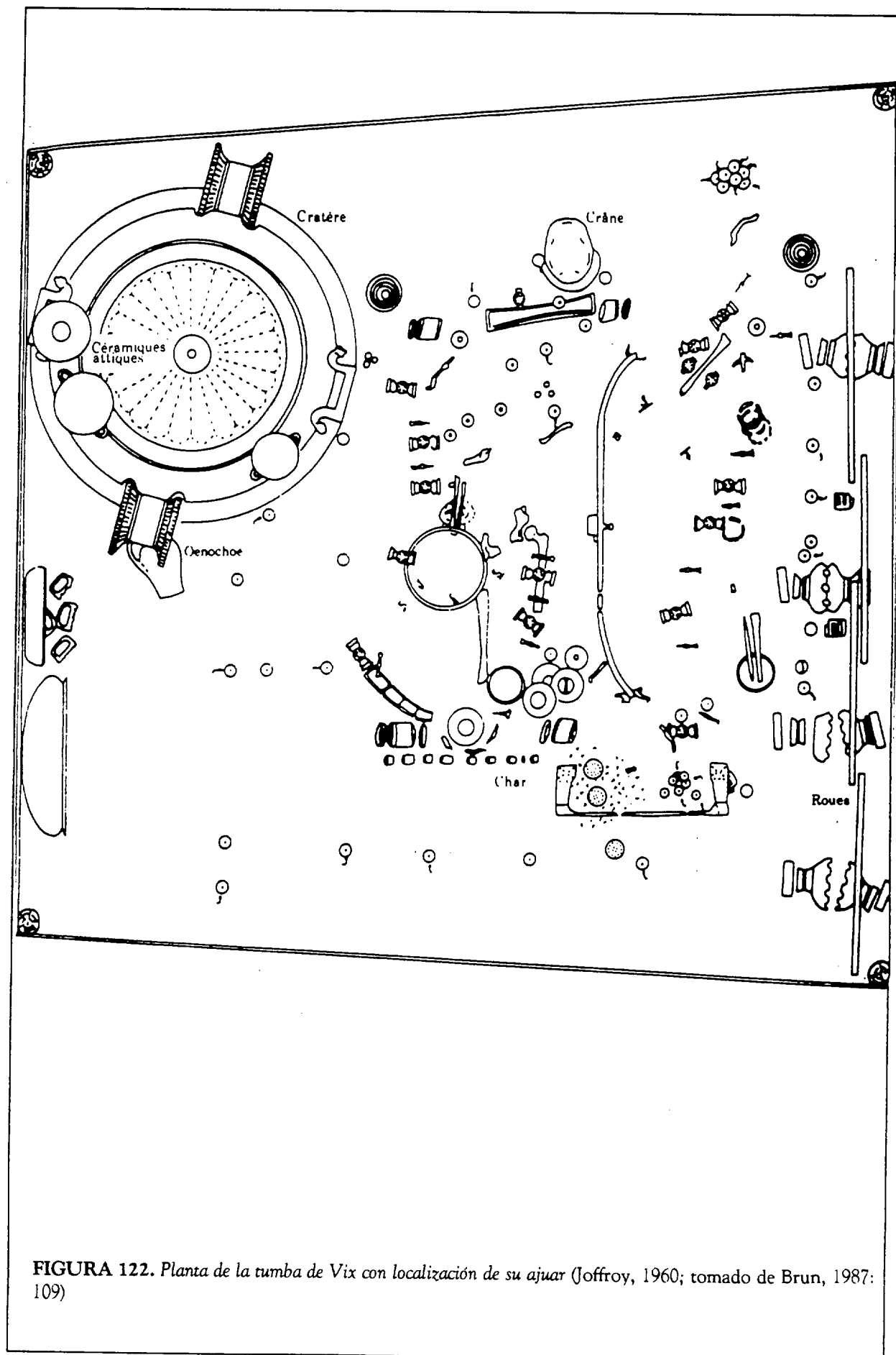
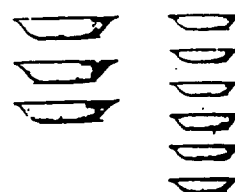
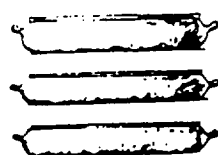
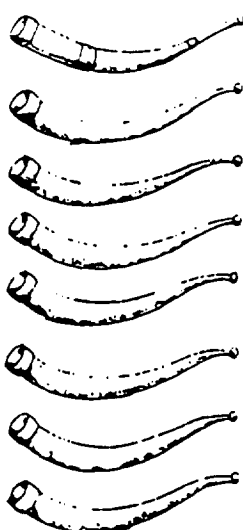
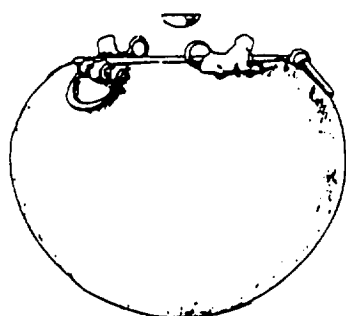
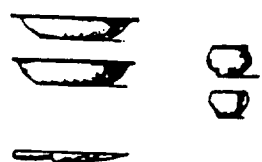


FIGURA 121. A- Heuneburg. Plano con señalización del sector SE excavado (Collis, 1989: 135, fig.22e) B- Reconstrucción de la tumba de Hochdorf, Stuttgart (Kimmig, 1983; tomado de Brun, 1987: 97)

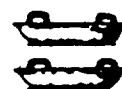
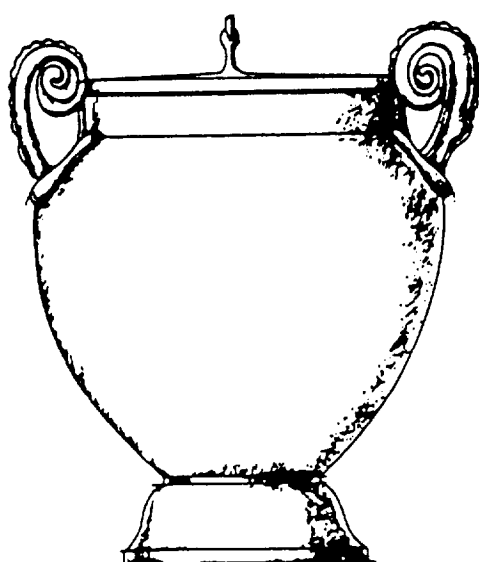
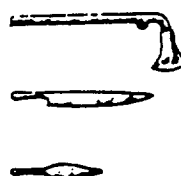




Sigmaringen-Vilsingen,  
début du 6<sup>e</sup> siècle av. J.-C.



Hochdorf, milieu du  
6<sup>e</sup> siècle av. J.-C.



Vix, début du 5<sup>e</sup> siècle av. J.-C.

FIGURA 123. Vajilla de banquete de tumbas principescas hallstätticas (Biel, 1985; tomado de Brun, 1987: 98)

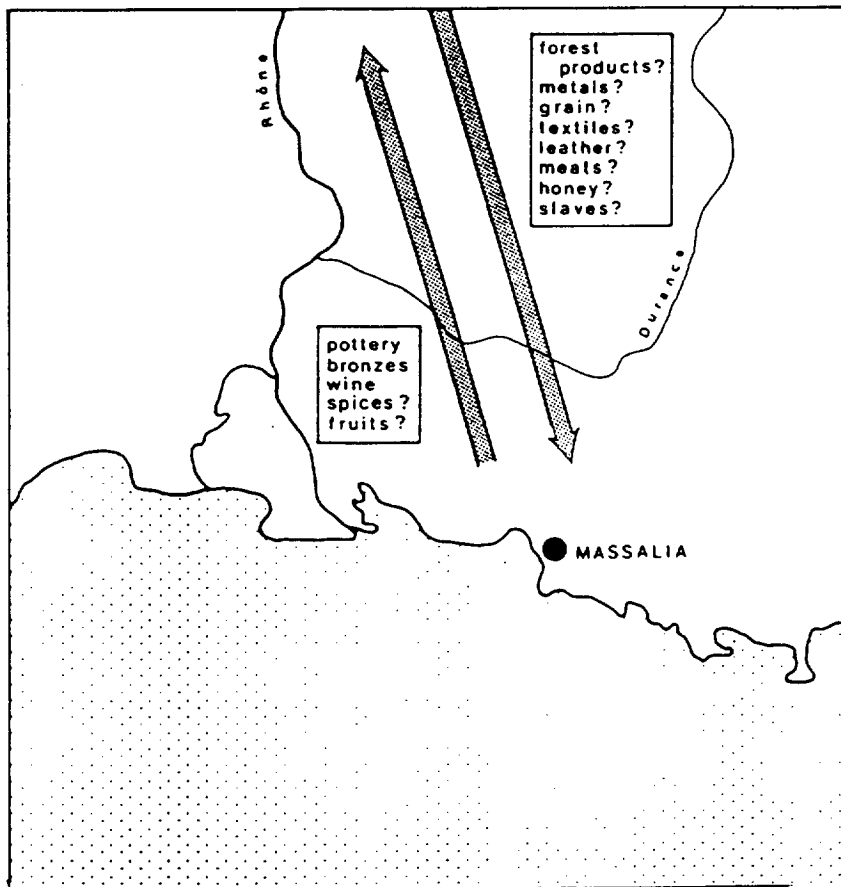
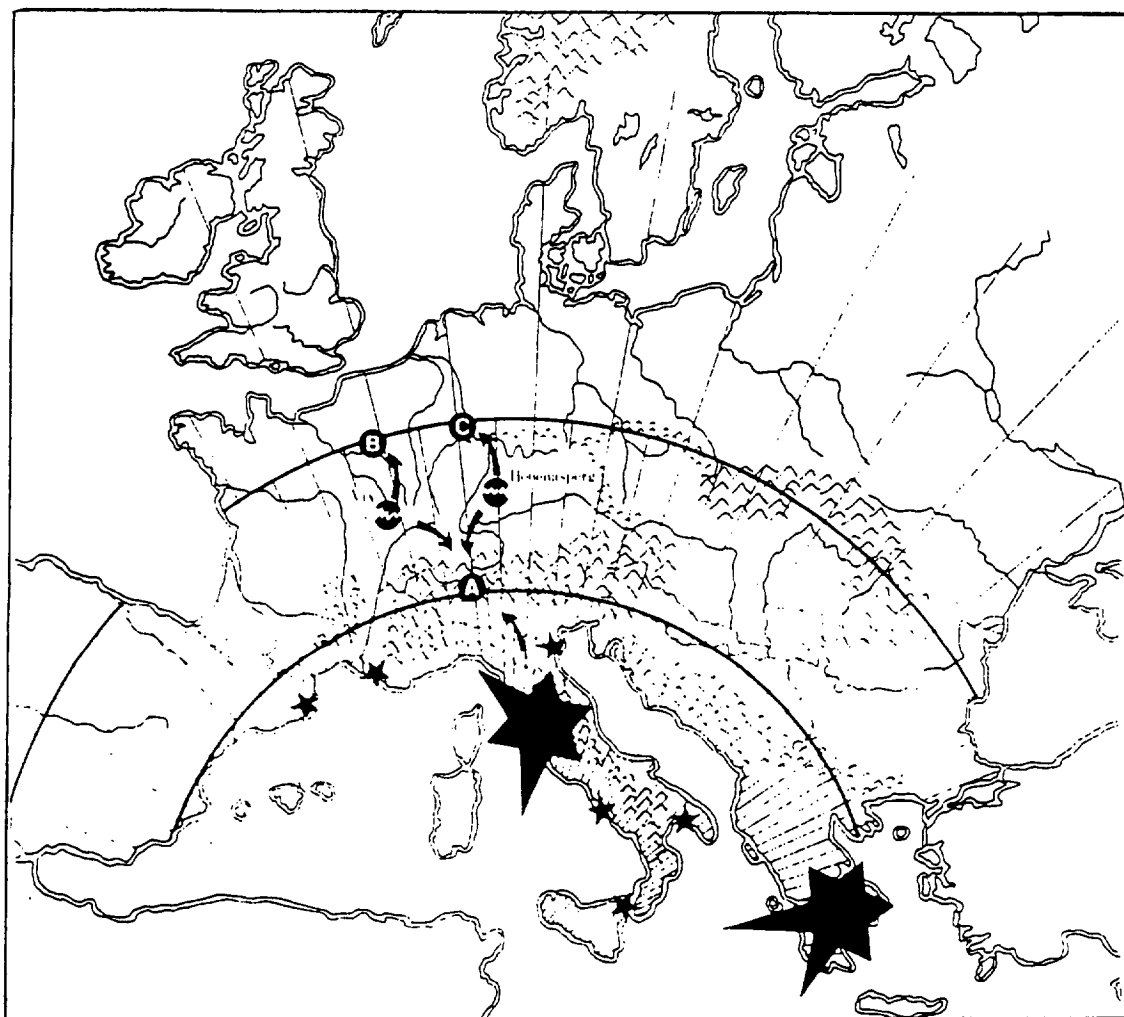


FIGURA 124. Relaciones comerciales de Massalia con el interior hallstático (Wells, 1980: 65, fig.3.14)



**FIGURA 125.** Representación de las tres áreas del modelo centro-periferia en la Protohistoria de Europa occidental (brun, 1987: 185)

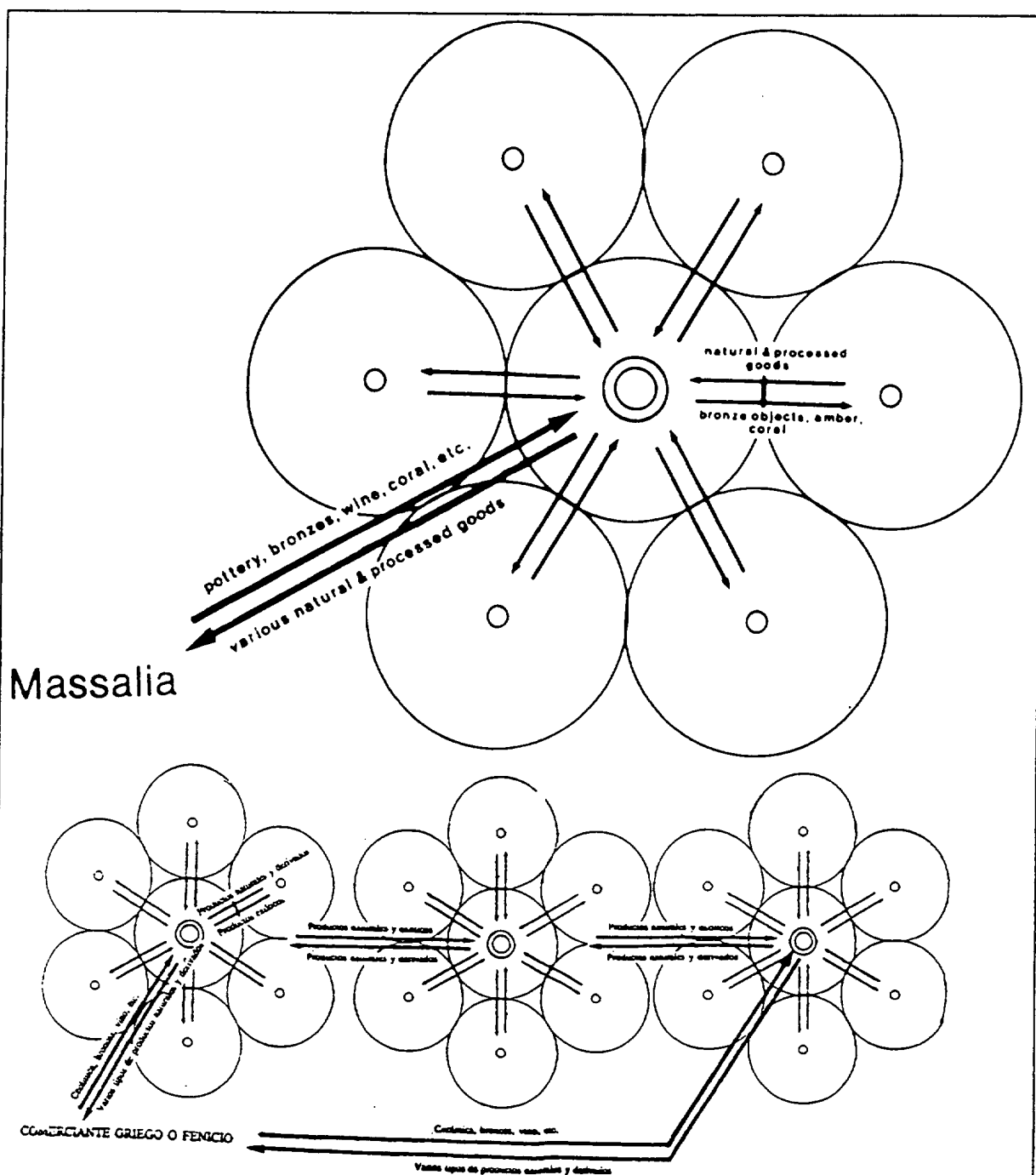
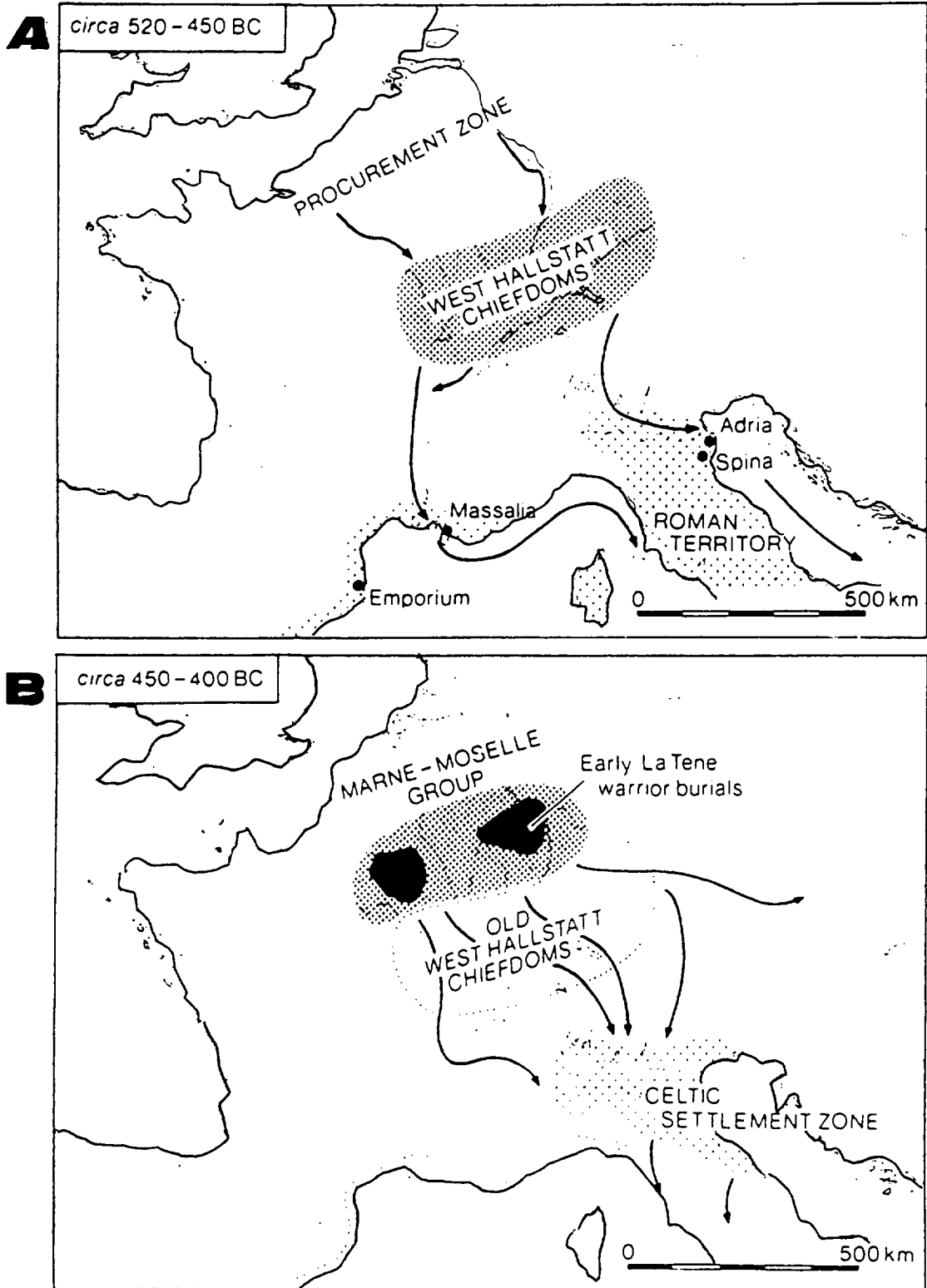


FIGURA 126. Modelo de interacción intercomunitaria entre el Mediterráneo y Centroeuropa, según Wells (Wells, 1980: 101, fig. 4.5); adaptación a esferas sucesivas (Domínguez Monedero, 1993: 64, fig. 2)





**FIGURA 127.** Representación de los cambios del sistema socio-económico centroeuropeo y fin de la cultura principesca (520-400 a.C.). A- Relaciones entre las tres áreas culturales (520-450 a.C.) B- Principales rutas de las migraciones celtas (450-400 a.C.) (Cunliffe, 1988: 34)

## **B. LA FORMACIÓN DE LOS *OPPIDA* AL FINAL DE LA EDAD DEL HIERRO (150 a.C.-CONQUISTA ROMANA)**

Más brevemente se introduce en este punto un segundo bosquejo de interacción cultural, la que acontece alrededor de dos centurias y media después entre las dos mismas esferas. Coetáneamente al enlazamiento, esta vez marcadamente mercantil, entre las comunidades celtas del interior y el Mediterráneo representado ahora bajo la potencia consolidada y en expansión de Roma, se produce en la Europa templada el fenómeno más espectacular, al menos físicamente, del ya crepuscular Ier milenio a.C.: el surgimiento de los *oppida* o grandes comunidades fortificadas, integrados en el territorio como importantes núcleos socio-políticos que reúnen a su vez una variada actividad económica en su interior.

No hay una continuidad directa de los antiguos centros principescos, que como se indicó languidecen hasta desaparecer por completo a finales del siglo V a.C. Con ellos se pierde también el rastro de una sociedad jerarquizada y enriquecida, de una economía controlada y ascendente y de un patrón de asentamiento estable y evolucionado. El período que va desde el 400 a.C. hasta mediados del siglo II a.C. (englobado en la nomenclatura arqueológica del La Tène medio, en concreto las subfases B1-C1) puede calificarse como el de los días más oscuros de la Protohistoria Final europea. A ello contribuyen la falta de documentación arqueológica -de la que a pesar de todo se extrae la idea de un cambio notorio en la forma y fondo de los asentamientos-, la ambigüedad de las primeras noticias literarias sobre pueblos *bárbaros* escritas con plumas *civilizadas* y la inestabilidad de los acontecimientos históricos que parecen protagonizar estos momentos. Efectivamente, desde inicios del s.IV a.C. las gentes del noreste de Francia, suroeste de Alemania y del altiplano septentrional de los Alpes suizos, identificados desde entonces con los celtas *históricos*, se expanden desde su foco original hacia las tierras meridionales, especialmente la península itálica, y hacia el este a través de Austria, la antigua Checoslovaquia y Hungría hasta Grecia e incluso Asia Menor, documentándose algunos estilos de armas y fibulas latenienenses en Inglaterra e Irlanda (Duval/Kruta, 1979; Champion, 1980; A.A.V.V., 1995). Las incursiones celtas hacia tierras mediterráneas se han explicado como el resultado directo de la interrupción del comercio entre Centroeuropa y el Mediterráneo de los siglos VI y V a.C., y, así pues, se traducen en una búsqueda violenta de bienes mediterráneos, vino y aceite esencialmente, enmarañada en

saqueos, escaramuzas y botines, que como ya se ha apuntado constituyen también formas de contacto intercultural. Bien sea lo primero consecuencia de lo segundo, o más bien fuera la expansión de guerreros celtas la causa de la interrupción comercial -pues la historiografía en este punto no es concorde-, lo cierto es que durante los siglos IV y III a.C. en Europa templada no existieron centros poblacionales comparables a Heuneburg, túmulos funerarios del tipo *Fürstensitze*, ni explotaciones de minas de sal o hierro del nivel de las de Hallstatt o Sticna. Predomina ahora un hábitat disperso, identificado en granjas y aldeas rurales pocas veces amuralladas, con un comercio a pequeña escala y una producción artesanal de tipo local, que han de ponerse en conexión con una sociedad más homogénea, o si se prefiere menos enriquecida (pueden conllevar significados distintos), tal como el nuevo patrón funerario de inhumaciones sencillas en fosas planas con escasos ajuares pone de manifiesto (Wells, 1988a: 113-128; Collis, 1989: 159-190; *id.*, 1995a). Sin embargo, es éste un período sobre el que todavía debe investigarse extensamente y avanzar, a la luz de resultados venideros, nuevas interpretaciones.

Desde mediados del siglo II a.C., anunciadas en la fase La Tène C2 y consolidadas en todo el período de La Tène D (150-50 a.C.), emergen en Europa occidental y central las que han sido consideradas tradicionalmente primeras formaciones urbanas continentales: los *oppida* <figuras 128-129 A>. Por encima de la espectacularidad de sus estructuras, los *oppida* y el resto de categorías de asentamiento de la Europa celta son testimonio de los agudos procesos de transformación socio-económica y centralización política que caracterizan los tiempos finales de la Edad del Hierro. Como es bien sabido, con el término *oppidum* César designó los grandes poblados fortificados galos con que se topó en la conquista de aquel territorio (Dehn, 1951; Noché, 1973; Collis, 1984: 5; para el empleo del término en el caso hispano, Capalvo, 1986: 55; Jiménez de Furundarena, 1993). Desde entonces esta palabra ha identificado una realidad urbana objeto de intenso estudio en los últimos veinte años (Collis, 1975; *id.*, 1984; *id.*, 1995b; *id.*, 1996; Cunliffe/Rowley, 1976; Nash, 1976; Goudineau/Kruta, 1980; Audouze, 1982; Wells, 1988a: 129-164; Maier, 1991; Audouze/Büchenschütz, 1992; Büchenschütz, 1995). Aunque el propio César incluyó bajo la asignación de *oppidum* asentamientos de desigual tamaño y rango, actualmente el *oppidum* se define como un enclave fuertemente amurallado con una extensión superior a las 20 ha. y con unas características eminentemente urbanas. Estos centros se extienden por buena parte de Europa central (Hungria, Chequia, Eslovaquia, Alemania, Austria) con

una cronología de La Tène C, y un poco más tarde en La Tène D por todo el occidente (Suiza, Francia, Luxemburgo, Holanda, Bélgica), hasta alcanzar el sureste de Inglaterra en la fase última del Hierro prerromano británico <figura 129 A>. Algunos de los *oppida* más representativos son: Gellérthey en Hungría, Staré Hradisko en Moravia, Hrazany, Závist, Stradonice, Trísov y Gurnia en Bohemia, Magdalensberg en Austria, Steinsburg en Turingia, Kelheim y Manching <figura 130 A> en Baviera, Amöneburg, Heidetränk-Opidium y Donnersberg en Hessen, Basel-Gasfabrik en Suiza, Titelberg en Luxemburgo, Aulnat, Clermont-Ferrand (la mítica *Gergovia*), Mont Beuvray (la antigua *Bibracte*) <figura 130 B>, Villeneuve-Saint-Germain, Gournay-sur-Aronde, Fécamp, Variscourt, Alise-Ste. Reine (*Alesia*), Levroux y Pommiers en Francia, y Hengistburg Head, Danebury, Colchester y Maiden Castle en el lowland inglés.

De forma resumida comentamos los rasgos que definen a estos centros:

## CRONOLOGÍA

Ante una geografía tan extensa es lógico pensar en una variedad regional, pero unánimemente se puede decir que el período comprendido entre el 100 a.C. y el 50 d.C. representa el momento de mayor desarrollo de estos centros. Ya se ha señalado que atendiendo a la datación, la formación de estos núcleos parece seguir una dirección este-oeste.

## LOCALIZACIÓN

Los lugares de asentamiento son colinas o cimas de mediana altura en puntos estratégicos y bien defendidos. Actúan como determinantes de emplazamiento la proximidad a los ejes de rutas comerciales, sobre todo valles -cursos centrales del Danubio, Vltava, Rhin, Sena y Loira- y estuarios, y la conexión con áreas de recursos naturales, representadas por minas de hierro principalmente (Bohemia, Moravia o el *Noricum* en Austria) o regiones con ricas arcillas. La fertilidad del suelo desde el punto de vista agrícola, sin embargo, no parece ser un criterio de primer orden (Collis, 1984: 167-174).

## FORTIFICACIÓN

El rasgo más característico de los *oppida* es su sistema defensivo: las murallas o baluartes y las puertas fortificadas (Collis/Ralston, 1976; Cahen-Delhaye, 1984: 147-285; Ralston,

1995). El *muris gallicus* es el tipo de muralla más habitual, ya descrito por el mismo César. Consiste en la superposición de hiladas de postes horizontales a intervalos regulares y alternando con otros perpendiculares que en las intersecciones se sujetan con largos espigos de hierro. Los extremos de los postes van embutidos en un paramento de piedra seca apoyado en un terraplén de piedra, grava y tierra que recubre el armazón. Las dimensiones medias de un muro de este tipo son de 4 m. de alto por otros 4 m. de grosor. Va generalmente precedido, como en las demás modalidades, por un foso ancho y profundo, y destaca su eficacia tanto contra el fuego como contra el ariete. Si este tipo predomina más en el sector occidental, en la Europa central se da una variedad ligeramente diferente que ya había sido usado en la época hallstática, llamada *Priest* o *tipo Kelheim*: el paramento exterior de piedras secas va consolidado con postes verticales a la vista, clavados en el suelo a intervalos regulares; el relleno interior de piedra o tierra presenta huellas de haber llevado postes horizontales. Hay una tercera variante denominada *tipo de Fécamp*, por el *oppidum* donde se documentó por primera vez, o *muro belga*, por el territorio donde parece abundar más, y que consiste en un simple terraplén, a veces de dimensiones excepcionales. Las puertas de los *oppida* suelen presentar unos entrantes laterales que forman una especie de corredor -un recurso que también está presente en las fortalezas ibéricas-; originalmente iba rematado en su extremo interior por una construcción de madera. Esta disposición permitía a los defensores coger de flanco al asaltante y abortar los intentos de embestida de la entrada. El número de puertas varía según las zonas. En Manching se han encontrado al menos cuatro, de las cuales la más oriental tenía una doble apertura para carros y un paso estrecho para peatones.

## SUPERFICIE

La superficie que encierra el recinto defensivo es mucho más amplia que la de los *hill-forts* hallstáticos. La muralla de Manching abarca 380 ha., Donnersberg 240 ha., Heidetränk-*Oppidum* 130 ha., Gurnay-sur-Aronde 100 ha., Staré Hradisko 40 ha., Trisov 20 ha., etc.; en comparación Heuneburg comprendía 3,2 ha. La oscilación en la superficie de los *oppida*, en general más extensos en las regiones de Bohemia y Baviera, ha llevado a la investigación a establecer una jerarquía según su tamaño <figura 129 A>. Así por ejemplo, Roymans distingue para el norte de la Galia entre fortificaciones menores o *castella* (inferiores a 5 ha.), fortificaciones medias o *hill-forts* (entre 5 y 20 ha.) y grandes fortificaciones u *oppida* (superiores a las 20 ha.) (Roymans, 1990: 193-211).

## DISTRIBUCIÓN INTERIOR

Está claro que el área interior de los *oppida* más grandes no se ocupó nunca plenamente <figura 130 A-B>. Existían anchos espacios para encerrar el ganado y para servir de refugio a la población rural y dispersa de los alrededores. El *oppidum* se divide frecuentemente en varios sectores dispuestos en torno al núcleo central que constituyen barrios singularizados donde, según los resultados de las excavaciones, se concentraban las actividades artesanales. Estas separaciones son muy patentes en centros como Manching, Kelheim o Villeneuve-Saint-Germain, donde a fines del s.I a.C. se construyen unas zanjas cubiertas por postes y tejados vegetales con un recorrido de 300 m. que dividen el yacimiento en cuatro *barrios* (Debrod, 1989). Algo parecido se registra en Staré Hradisko y Závist, con áreas diferentes de producción a modo de alquerías (*Gehöfle*) en las proximidades de las murallas y separadas por empalizadas. Por otra parte, en ocasiones se constata la presencia de pequeñas comunidades satélites en torno a los *oppida*, como en Steinsburg, con este tipo de asentamiento en la parte externa de las murallas del *oppidum*, o también en *Gergovia*, *Alnaut* y *Bibracte*.

## ARQUITECTURA DOMÉSTICA

Las excavaciones sistemáticas en el interior de estos enclaves no son muy numerosas. Los datos en general revelan numerosas huellas de postes y fosas que hemos de identificar con los cimientos de una gran variedad de estructuras, desde pequeños edificios rectangulares, hasta obras mucho mayores de finalidad desconocida, en ocasiones con más de 80 m. de longitud, como algunas de Manching, que han sido interpretadas como lugares públicos. Las viviendas, almacenes, graneros y talleres son de planta rectangular, generalmente en madera, con zócalos de piedra y tejados vegetales de cubierta a dos aguas, y se alinean en calles organizadas en torno a unos ejes mayores. Precisamente esta estructura geométrica demuestra que muchos de estos asentamientos se levantaron siguiendo un plano específico.

## DATOS DE ACTIVIDAD ECONÓMICA

Su catalogación como grandes centros económicos reside en el dato de que todos los *oppida* mayores han proporcionado pruebas de trabajo de hierro<sup>20</sup>, fundición de bronce,

---

<sup>20</sup> La intensificación de la producción del hierro en los últimos siglos del Ier milenio a.C. es uno de los factores esenciales para poder entender el proceso de consolidación política y socio-económica que vive la Europa de los *oppida* (Wells, 1988a: 129-135). A pesar de que su uso ya se había introducido siglos atrás, ahora se extiende completamente en

manufactura de vidrio, confección de tejidos, producción cerámica, acuñación de moneda, trabajo sobre hueso, asta y madera, elaboración de joyas, importaciones comerciales, etc. (Collis, 1984: 87-103; Henderson, 1991; Wells, 1996: 91-93). A pesar de la manifiesta ocupación artesanal, la mayoría de la población debió de dedicarse a labores agropecuarias. El instrumental agrícola, incluyendo las nuevas herramientas de hierro -reja de arado, guadaña, azadas, hoces y cuchillos de podar-, es muy común en los hallazgos. Sin embargo, estos centros son exponentes de una economía especializada. Los *oppida* aumentaron su tamaño y significación gracias a las manufacturas y al comercio en creciente desarrollo, que atraían y demandaban la presencia de nuevas gentes para su funcionamiento en distintas escalas de organización económica y social.

## POBLACIÓN

La dimensión de estos asentamientos está en directa relación con un proceso de concentración poblacional. Con base en el tamaño de las murallas, en la densidad de los restos constructivos y en la cantidad de materiales y restos faunísticos recuperados, se han propuesto cálculos de estimación de población de varios miles de habitantes para centros como Stradonice, Závist, Trisov, Staré Hradisko o Manching (Filip, 1962). Precizando más, Waldhauser asigna a Závist una ocupación de 3.400 habitantes, Meduna habla de 5.000 para Staré Hradisko, mientras que Boessneck, calculando cantidades alimenticias a partir de los huesos de animales, señala que el número mínimo de habitantes de Manching debió estar en torno a los 1.700, pudiéndose haber duplicado o triplicado esa cantidad (Wells, 1988a: 149).

## ORIGEN Y JUSTIFICACIÓN

No existe un único criterio explicativo que dé sentido a la rápida erección de los *oppida*. El hecho de que la historiografía diverja a la hora de determinar una sola razón ha de entenderse, ésta es al menos nuestra opinión, como señal de que el esclarecimiento de un

---

la fabricación de herramientas, armamento e instrumental variado (Pleiner, 1980), de igual forma que acontece en la Península Ibérica. La proximidad a filones ferruginosos que poder explotar constituye un principio definidor del patrón de asentamiento de muchos *oppida*, y por tanto pruebas de trabajo de hierro (escorias, crisoles, toberas, hasta hornos completos) se han hallado en toda clase asentamientos de este momento (Pleiner, 1981). La alta calidad técnica y el gran número de artefactos que esta industria creciente ocasiona, repercuten en una mejora de los sectores económicos que los emplean, especialmente la agricultura, la minería y la construcción, al tiempo que funcionan como mercancía básica de comercio a escala media y larga. De ello son testimonio los depósitos metálicos (con lingotes, armas, etc.) tan característicos de la época. Sin duda que la conjunción de producción e intercambio de hierro revierte poderosamente en la configuración social de este período y en la manifestación de sus cambios física e incluso ideológicamente (Wells, 1988b; *id.*, 1993).

fenómeno tan complejo como éste no se debe a un elemento exclusivo sino a una suma de factores. Cuatro son las orientaciones más usuales para la interpretación del origen de esta manifestación urbana.

1) En primer lugar la razón defensiva (Filip, 1962; Pigott, 1965; Collis, 1982; *id.*, 1984: 69-77): los *oppida* nacen como lugares de protección de la población ante una situación puntual (amenaza militar concreta, por ejemplo de grupos germanos de teutones y cimbrios, como durante mucho tiempo se pensó) o, más bien, por un proceso general de comportamiento socio-político (el de la de consolidación interna de unidades estatales, sobre todo en la Galia, del que no están ausentes conflictos y presiones). La aglomeración sucesiva de gentes en su interior y la activación de su funcionamiento económico, convierten en poco tiempo a estos centros en verdaderas *ciudades*.

2) En segundo lugar, el factor socio-político (Crumley, 1974; *ead.*, 1987; Nash, 1976; *ead.*, 1978a): los *oppida* son el reflejo de un comportamiento social que busca alcanzar el nivel de formaciones políticas centralizadas. Esto se manifiesta en distintos aspectos, entre los que destaca la lucha social establecida entre las élites rectoras de cada uno de los centros por el control de la producción y del comercio con el mundo romano (esclavos como mercancía principal, en opinión de Nash). De forma simbólica, el proceso se acompaña de una tendencia por mostrar la realidad física del poder con la construcción de murallas espectaculares, entre otros presupuestos.

3) Muy relacionado con los aspectos anteriores está el tercer factor explicativo: el militar. A la luz de las noticias de las fuentes que hablan de la poderosa presencia de mercenarios celtas en los ejércitos griegos (Szabó, 1991; *id.*, 1995) y partiendo del estudio de las abundantes necrópolis con armas de este período (Bujna, 1982; Wells, 1995c: 92; Szabó, 1995), se ha sugerido que el regreso de los mercenarios centroeuropeos a sus comunidades nativas conduce a la postre a la fundación de los *oppida*, que tiene lugar por las mismas fechas. La connotación del prestigio social y del poder militar ganados por esos guerreros en sus gestas mediterráneas, ejerce de engranaje en torno al cual perfilar una élite guerrera y aristocrática que se apoya sobre un grupo más amplio de siervos y clientes y que es capaz de articular su dominio desde un punto neurálgico representado por el naciente *oppidum*. Así se ha interpretado la expansión de centros como Manching en la primera mitad del siglo II a.C. (Gebhard, 1989: 185).

4) El cuarto elemento en juego a la hora de explicar el por qué de los *oppida* es la motivación comercial (Alexander, 1972; Haselgrove, 1976; Wells, 1988a: 128, 135-142;



Collis, 1976; *id.*, 1984: 176, junto a la razón defensiva; una opinión crítica contraria en Woolf, 1993b). De forma parecida a lo que se esgrime para los centros hallstáticos, las necesidades organizativas para establecer una red de intercambio regular con el mundo romano propicia el desarrollo de los *oppida* como lugares centrales de producción y redistribución económicas. Junto a las evidencias de comercio documentadas en los yacimientos, de las que más adelante nos ocuparemos, el que los *oppida* se acomoden a las principales vías de comunicación son datos que avalan la fuerza de la razón comercial.

Estas propuestas no tienen por qué entenderse aisladamente, de hecho en la confluencia de variantes descansa la clave para entender el trasfondo histórico de los *oppida*.

### PROCESO DE FORMACIÓN

Se caracteriza por su rapidez y heterogeneidad. No hay un modelo exclusivo sino dinámicas regionales. J. Collis ha dedicado varios trabajos a analizar el tránsito del período que va de La Tène medio al final, con el fin de descubrir las circunstancias que desencadenan la construcción de los *oppida*. El patrón de asentamiento previo a la eclosión de los *oppida* es de pequeños núcleos descentralizados y sin amurallar. A través de una tendencia hacia la nuclearización, muy bien puesta de manifiesto en lugares como Manching, a la que conducen las razones antes presentadas, la población de esos asentamientos se aglutina en un punto central, en ocasiones de nueva creación, otras veces sobre uno de los enclaves anteriores, que enseguida se dota de defensas. Este resultado, la concentración de población en un momento preciso, puede ser permanente -siendo aquí cuando hablamos de *oppidum* consolidado- o temporal, en caso de que la población se vuelva a dispersar parcial o totalmente una vez que los motivos que condujeron a su polarización han desaparecido (Collis, 1982; *id.*, 1984: 83-85; *id.*, 1995a). De esta forma nos es más fácil asumir la variabilidad de asentamientos a finales de la Edad del Hierro, dentro de la cual el *oppidum* es tan solo un modelo más.

### FUNCIONALIDAD

En clara dependencia con la dirección tomada a la hora de interpretar el origen de los *oppida*, se pondrá el acento sobre una determinada función de estos modelos de asentamiento. En este sentido se ha considerado al *oppidum* como:

- 1) Recinto de refugio ocasional para la población circundante o para alguna de las unidades de riqueza de la misma, como el ganado.
- 2) Centro de poder político y social de una comunidad independiente.
- 3) Foco esencialmente económico donde se lleva a cabo: a) la producción de distintas actividades artesanales e industriales (metalurgia, alfarería, vidrio...), b) el control de la tierra adyacente susceptible de explotación desde el punto de vista agrícola, ganadero y minero, y c) la provisión y redistribución comercial de los excedentes de los diferentes sectores económicos a una escala local (del *oppidum* hacia comunidades menores dependientes), inter-regional (de un *oppidum* hacia otro) o exterior (con ámbitos más distantes como las ciudades mediterráneas), en el sentido más clásico del *central-place* (Büchsenschütz, 1995: 61-63).
- 4) Centro religioso o lugar de culto, sea en algún punto del asentamiento o en su totalidad, en la línea en que algunos depósitos de posibles ofrendas (fíbulas, armas, monedas o herramientas) o ciertas estructuras de zanjas y recintos (parecidos a los coétaneos *Viereckschanzen* o espacios rituales cercados de forma rectangular y en zonas generalmente al aire libre; Büchsenschütz, 1991) pueden hacer pensar.

Las piezas están sobre la mesa pero su articulación todavía no se ha establecido. A pesar del considerable avance investigador en los últimos años, aun hoy desconocemos si todas estas funciones se dan simultáneamente en la totalidad de los *oppida*, si la puesta en práctica de una de ellas conduce a las demás -y si es así en qué orden-, o si existe una especialización de asentamientos (a saber un *oppidum* como cabeza religiosa, otro como sede política principal, otros como exclusivos centros mercantiles o manufactureros...) según regiones o circunstancias; de igual forma que seguimos sin saber claramente qué tipo de población reside en los *oppida*: ¿toda la sociedad?, ¿los sectores artesanales?, ¿la élite dirigente?... Es difícil extraer una conclusión, pero nos quedamos con la idea de que al margen de que pudieran responder a unos mismos estímulos, necesidades y oportunidades, la diversidad regional y arqueológica de los *oppida* hace de estos enclaves unas unidades independientes y, al mismo tiempo y paradójicamente, interrelacionadas entre sí pues forman parte de una mecánica funcional de interrelación intercultural, como enseguida veremos.

## EL FINAL DE LOS OPPIDA

Una vez más la heterogeneidad caracteriza el comportamiento de estas comunidades, también en su declinar. Ante las migraciones que grupos germanos protagonizan desde el norte desde algún tiempo atrás y, sobre todo, ante el avance romano desde el sur, a partir de la conquista de las Galias por César a mediados del s.I a.C., nos vamos a encontrar con que unos *oppida* se abandonan definitivamente, otros lo hacen temporalmente hasta reocuparse más tardíamente, los menos se destruyen violentamente y algunos otros se romanizan y mantienen una larga ocupación histórica. Incluso recientemente se ha propuesto elevar la fecha del abandono definitivo de algunos *oppida* como Manching o Kelheim unos años antes de lo tradicionalmente admitido, con antelación a la conquista de las Galias, con lo cual habría que pensar en razones de índole interna (Wells, 1994: 152). En cualquier caso en zonas como la Galia, la romanización va a suponer una aceleración en el proceso de reafirmación de los *oppida* en lugar de constituir su freno, por lo menos hasta época alto-imperial en que la nueva reestructuración del *limes* renano hace perder el sentido original de aquellas comunidades prerromanas (Roymans, 1990: 210-211). El nivel de desarrollo alcanzado por los *oppida* provocó que Roma adaptara en buena parte las bases de su estructuración económica (en la cual ya estaba participando comercialmente desde unos años atrás) a las que, eso sí, dotó de otros elementos urbanos, lingüísticos, administrativos y políticos propios de una potencia mediterránea de su categoría. Constituye este aspecto otro interesante fenómeno de interacción que escapa de las pretensiones de estas páginas (Barret *et alii*, 1989; Fitzpatrick, 1989; Wells, 1992). Bajo este marco de adaptación recíproca y acrisolamiento de ambas esferas culturales, contrario al enfoque clásico de ruptura radical, se explica también el mantenimiento de ciertas tradiciones artesanales y religiosas celtas en tiempos romanos (Wells, 1994: 153). En algún sentido, algo parecido pudiera entreverse en el proceso romanizador del marco peninsular de nuestro estudio.

El estudio de los *oppida* centroeuropeos, o mejor dicho el de la formación social y urbana del mundo celta, está siendo revisado de forma crítica en los últimos tiempos (Woolf, 1993a; en relación con el comercio, Woolf, 1993b). Se cuestiona sobre todo, al margen de la conveniencia o no de hablar de *ciudades* y *lugares centrales* para estas unidades de población, la excesiva amplitud con que el término *oppidum* se ha utilizado para abarcar (incorrectamente) una realidad diversa de modelos de asentamiento a finales del período

lateniense. En este sentido se está proyectando especial atención sobre una serie de asentamientos rurales, menores y sin amurallar, que recuerdan mucho a los posteriores *pagi* y *vici*, y que sin embargo documentan prácticamente las mismas actividades industriales-artesanales (manufactura de bronce y hierro, tipos cerámicos, series monetales en plata y bronce, etc.) y las mismas conexiones comerciales que están presentes en los *oppida* o centros mayores<sup>21</sup>, asociándose en algunos casos a lugares de culto. Se han identificado núcleos de este tipo en Steinebach, Uttenkofen, Altendorf, Haina y Feddersen Wierde en Alemania, Msec en Bohemia, Mistrin en Moravia, y Gussage All Saints y Glastonbury en Inglaterra, entre otros (Wells, 1990: 448-451; *id.*, 1994: 135-141 y 154; *id.*, 1995b: 10-11; *id.*, 1995c: 90-93; Roymans, 1990: 211-212; Büchsenschütz, 1995: 61-63; Woolf, 1993a).

Nos interesa por último, pero no en último lugar para el propósito que perseguimos en este capítulo, desmenuzar la dinámica de la estrecha interacción que se establece en la Europa de los *oppida* con base en el comercio. Por descontado que, como se ha indicado, los poblados celtas mantienen relaciones comerciales micro e inter-regionales con otros *oppida*, tal y como la distribución de fíbulas y otros artefactos de bronce, la de cerámicas grafitadas (*Graphittonkeramik*) o pintadas, o la circulación monetaria en un momento tardío, ponen de manifiesto (Collis, 1984: 146-161; Wells, 1995a). Pero ahora nos centramos en la transacción comercial con Roma, una de las claves que explica la eclosión de los *oppida*.

Son varios los objetos importados de cuna mediterránea distribuidos por la Europa celta, cuya constatación desde el siglo II a.C. en asentamientos, necrópolis y depósitos, recuerda en algo aquella antigua interconexión con las colonias mediterráneas que se había interrumpido en torno al 400 a.C. (Bouloumié, 1984; Fulford, 1985; Svobodova, 1985, para una visión general de las importaciones en las regiones de Bohemia y Moravia). En primer lugar, piezas de la vajilla en bronce itálica, especialmente jarras del tipo Kappel-Kelheim <figura 131 A>, cazos de largas asas del tipo Aylesford, además de sartenes y cuencos (Werner, 1954; *id.*, 1978; Feugère/Rolley, 1991). Se trata de objetos fabricados en Campania y el valle del Po que configuran el equipo básico del consumo del vino, presentes en buena parte de los *oppida* prerromanos. En conexión con las vías fluviales más

<sup>21</sup> Un ejemplo muy evidente en esta línea viene representado por los hallazgos monetales. De 44 centros con acuñación registrados en Europa templada a finales de la Edad del Hierro, alrededor de la mitad se corresponden con ese tipo de enclave menor sin fortificar, y el resto a reputados *oppida* (Steuer, 1987).

importantes de Galia y más marginalmente en el norte y centro de Europa (ejes del Ródano, Sena y Loira hasta alcanzar el Rhin y el Mosela) y en el sureste de Inglaterra, se documentan un buen número de ánforas vinarias del tipo Dressel I <figura 131 B>, variantes IA, desde inicios del s.II a.C., y IB, extendida desde los momentos anteriores a la conquista de César (Tchernia, 1983; Fitzpatrick, 1985; Will, 1987; Peacock, 1971; Williams, 1989). Otra importación asociada a las anteriores es la cerámica campaniense de barniz negro (Morel, 1985), muy frecuente en la Provenza, en la Galia central, y no tanto más allá del Rhin. Con el tiempo se desarrollan imitaciones locales campanienses, que conviven con las originales hasta época augustea en que son sustituidas por la cerámica aretina. De este tiempo más tardío y en una proporción más escasa que la campaniense, hay piezas de cerámica romana de paredes finas. En hallazgos puntuales se han contabilizado otros objetos foráneos como vasos de plata republicanos, por ejemplo los tres procedentes del enterramiento de Welwyn Garden City en Britania (Stead, 1967) o la supuesta copa de Alesia (Lejèune, 1983a), u objetos de vidrio (Venclová, 1984). Asimismo las monedas con prototipos griegos introducidas en Centroeuropa al menos desde el s.III a.C. deben encuadrarse en este tipo de evidencias culturales. Su presencia en el mundo celta se ha achacado a la labor de los mercenarios centroeuropeos que al regresar a sus territorios tras luchar con los griegos traerían consigo algunas de estas monedas que pronto se empezaron a imitar en talleres indígenas (Nash, 1978b; *ead.*, 1986; *ead.*, 1995). En tiempo posterior y en número más limitado se registran algunas monedas ibéricas y mauritanas, y, en época post-cesariana, denarios romanos.

Éstos son los testimonios materiales conservados de una permuta comercial establecida sobre las siguientes necesidades de intercambio. La arqueología y sobre todo las fuentes literarias, ahora en proporción mucho más directa y nutrida que en el otro período analizado, nos indican que el mundo romano proyectaba más allá de los Alpes la obtención de hierro y otros metales (oro, plata, estaño...), recursos humanos (esclavos, mercenarios...) y productos naturales variados como madera, miel, cera, resina, sal y provisiones animales en pieles, tejidos de lana o alimentos, por ejemplo los afamados jamones salados de algunas ciudades galas<sup>22</sup>. Más claras son las mercancías que a cambio

<sup>22</sup> Algunos reflejos de lo mismo en las fuentes. Hablando de *Lugdunum*, la capital del pueblo galo de los segusianos, Estrabón comenta: "(...) de esta zona se exporta a Roma extraordinarias conservas de carne de cerdo" (Estrabón, IV, 3, 2; traduc. Meana/Piñero, 1992: 171). A propósito de los galos belgas, "(...) la lana que utilizan para tejer los pesados sayos, que llaman *laenae*, es áspera, aunque flexible. Los romanos, sin embargo, incluso en las zonas más septentrionales crían carneros, que abrigan con pieles, y producen una lana bastante fina. (...) Su alimento es muy

los mercaderes romanos transportaban hasta los mercados y comunidades del interior: esencialmente vino y aceite, contenidos en recipientes y vajillas que la arqueología ha ido revelando. Los textos clásicos también se hacen eco de la atracción que tales productos levantaban en el seno de las poblaciones celtas<sup>23</sup> (Feuvrier-Prevotat, 1978; Tchernia, 1983; Cunliffe, 1987; Dietler, 1990; Laubenheimer, 1990). La presencia de mercaderes itálicos en

abundante, y consiste en leche y en todo tipo de carnes, en especial las de cerdo, frescas o en salazón. No ponen en cubierto durante la noche a los cerdos, que destacan por su altura, fuerza y velocidad, y resultan un peligro no sólo para quien se acerca desprevenido, sino incluso para los lobos. (...) Son tan ricos en ganado ovino y porcino que invaden con sus sayos y conservas tanto Roma como la mayor parte de Italia" (Estrabón, IV, 4, 3; traduc. Meana/Piñero, 1992: 179-180). Los ligios, situados entre los Alpes y el mar Tirreno, "disponen allí de mucha madera adecuada para la construcción de embarcaciones, y de árboles gigantescos, con un diámetro que llega a alcanzar los ocho pies de altura (...). Los llevan, junto con ganados, pieles y miel, al mercado de *Genua* y los cambian por aceite y vino italiano, que el poco vino que ellos producen es resinoso y áspero. De aquí proceden los *ginnos*, mitad caballos mitad mulos, y las túnicas y sayos que llaman *ligustinos*" (Estrabón, IV, 6, 2; traduc. Meana/Piñero, 1992: 189-190). Describiendo ahora los pueblos del Adriático al este de los Alpes, "la escasez de alimentos y de otros productos les ha hecho entablar relaciones con los de la llanura para tener proveedores. Daban a cambio resina, pez, maderas para antorchas, cera, queso y miel, productos que tenían en abundancia" (Estrabón, IV, 6, 9; traduc. Meana/Piñero, 1992: 197). Otro punto de abastecimiento era Britania, donde "se produce trigo, ganado, oro, plata, hierro, que exportan junto con pieles, esclavos y perros excelentes para la caza, que los celtas utilizan también para la guerra, igual que hacen con las razas indígenas" (Estrabón, IV, 5, 2; traduc. Meana/Piñero, 1992: 185). El conocido pasaje de las míticas islas Casitérides, ya comentado, también aporta datos de mercancías en intercambio, "como tienen minas de estaño y plomo cambian esas materias, así como sus pieles, por cerámica, sal y utensilios de bronce con los mercaderes" (Estrabón, III, 5, 11; traduc. Meana/Piñero, 1992: 132). Véase también Estrabón, V, 1, 8; V, 1, 12.

<sup>23</sup> Probablemente la más reiterada es la noticia de Diodoro (V, 26, 2-3) de cómo los mercaderes itálicos cambiaban una ánfora de vino por un esclavo en el mundo gallo: "Además, ya que la templanza del clima es destruida por el frío excesivo, la tierra no produce ni vino ni aceite, y en consecuencia estos galos que están privados de tales frutos, hacen una bebida con cebada a la que llaman *zythos* o cerveza, y también beben el agua con la que limpian los panales de miel. Los galos son sumamente aficionados al uso del vino y se sacian con el que traen a su país los mercaderes, y lo beben sin mezclar, y puesto que consumen el vino sin moderación por el deseo que sienten de él, cuando están borrachos caen en un estupor y estado de locura. Por consiguiente, muchos de los mercaderes italianos, movidos por el amor al dinero que les caracteriza, creen que la pasión de los galos por el vino es su propio regalo. Así, transportan el vino por ríos navegables a bordo de barcos y en carros a través de las llanuras, y reciben por ello un increíble precio en intercambio, por una ánfora de vino entregan un esclavo, obteniendo así un siervo a cambio de la bebida" (traduc. Mejer/Van Nijf, 1992: 112-113; la versión castellana del texto es nuestra). El uso del vino como bebida elitista en los contextos indígenas más importantes parece ser una costumbre habitual: "lo que se bebe en las casas de los más poderosos es vino traído de Italia o de las tierras de los massaliotas, que se bebe en estado puro, aunque algunas veces mezclado con agua; en casa de los menos agraciados, cerveza fermentada con miel, mientras que el pueblo llano bebe la cerveza más simple llamada *corna*" (atribuido a Posidonio en Ateneo, IV, 152 c-d; traduc. Feuvrier-Prevotat, 1978: 246; la versión castellana del texto es nuestra). Ateneo también recoge el desconocimiento que los celtas tenían del aceite de oliva y la extraña sensación que su sabor les producía (Ateneo, IV, 36). La afición desmesurada de los celtas por el vino ha sido tomado como el argumento tradicional en las expediciones de esos grupos hacia las tierras mediterráneas en años anteriores, al menos a ojos de la historiografía clásica: "Según la tradición, esta raza (los galos), seducidos por nuestros deliciosos frutos y en especial por nuestro vino, entonces un placer nuevo para ellos, habían cruzado los Alpes y tomaron posesión de las tierras ocupadas antes por los etruscos: el vino que atrajo a este pueblo había sido introducido en la Galia por Arruns de Clusium, debido a su odio contra Lucumo, que había seducido a su mujer" (Livio, V, 33; traduc. Wells, 1988a: 113-114); "(...) Arruns, agraviado por la seducción de su mujer y disgustado por el mal trato recibido de los dos, incapaz de vengarse, preparó una estancia fuera de su país con el propósito aparente de comerciar. Cuando el joven le hubo proporcionado todo lo necesario para el comercio y deseado suerte en su viaje, cargó muchos pellejos de vino y aceite de oliva y muchos cestos de higos sobre los carros y salió para la Galia. Los galos por aquella época no conocían ni el vino de uva ni el aceite de oliva. En lugar de vino, producían un licor pestilente realizado con cebada que se había descompuesto en agua y, como aceite, gracia rancia, siendo ambos productos desagradables al olfato y al gusto. En aquella ocasión, cuando por primera vez gustaron los frutos que nunca antes habían probado, quedaron maravillados y preguntaron al extranjero cómo se conseguían estos artículos y quiénes los producían. El tirreno les contó que el país productor de estos frutos era grande y fértil y estaba habitado por poca gente, que en el combate se portaba como las mujeres, y que no debía adquirir estos productos por compra sino ahuyentando a los actuales propietarios y disfrutando ellos como dueños. Persuadidos por tales palabras, los galos entraron en Italia" (Diodoro, XIII, 10, 14-17; traduc. Wells, 1988a: 115; algo similar en Plutarco, *Camilo*, XV). En sus comentarios a la guerra de las Galias, César hace constantes referencias al movimiento de mercaderes en la Galia interior, la mayoría de las veces transportando vino que llega en desigual proporción a las distintas regiones (César, B.G., I, 1, 3; II, 15, 14; IV, 2, 1; IV, 2, 5; IV, 3, 3).

*oppida* está avalada por las fuentes -César menciona su existencia en ciudades galas (B.G., VI, 37, 2; II, 33, 7; VII, 3; VII, 42)- y por la arqueología. Uno de los descubrimientos más espectaculares fue el de las inscripciones en las paredes del sótano de una vivienda del *oppidum* romanizado de Magdalensberg, en Austria, hace ya algunos años (Egger, 1961; Obermayr, 1971; Piccottini, 1991). Más de 300 *grafitti* latinos datados en época augustea, pero sin duda testimonios de una tradición anterior, recogen los detalles de una intensa práctica comercial. En concreto se citan los productos en movimiento (anillos, yunques, ganchos, hachas, jarras, calderos, platos...), la mayoría de hierro pues es abundante y de calidad el que se da en esa región del *Noricum*; las cantidades de las mercancías en unidades o en lotes y su peso; la aplicación de medidas financieras en las operaciones (préstamos, créditos, plazos de pago en oro...), y las ciudades de procedencia de los mercaderes (Roma, Bolonia, Vetulonia, Anxur, Bantia...). Además se han rescatado algunas plaquitas de hueso con los nombres grabados de los mercaderes italianos. Pocos son, sin embargo, los objetos materiales hallados, incluidas contadas monedas de oro.

Todos estos datos conducen a afirmar que en los tiempos finales de la Edad del Hierro, en la Europa de los *oppida* el comercio estaba ya en manos de mercaderes profesionales, superándose la exclusividad de las relaciones personales de élite que caracterizaron el intercambio de los siglos VI y V a.C. En un interesante estudio sobre la figura de estos comerciantes en las fuentes literarias, Timpe (1985) subraya la clara distinción que los autores latinos establecen entre *negotiatores*, mercaderes de larga distancia, frecuentemente con un elevado estatus social y participantes en otras actividades financieras y económicas, y *mercatores* o mercaderes ordinarios que comerciaban a escala menor en ferias y mercados comarcales. Estos agentes comerciales son especialmente notorios en la geografía de las Galias, donde la interacción mercantil con el mundo romano alcanza cotas muy elevadas (Timpe, 1985: 273-274; Roymans, 1990: 161-165; Wells, 1995a). Probablemente en relación con la actividad de estos mercaderes de origen greco-romano haya que poner la aparición de escritura griega desde el siglo II a.C. en cerámicas campanienses de la Galia (Bannert, 1977; Lejeune, 1983b; Morel, 1985: 185), que podría testimoniar la práctica de ejercicios contables de administración comercial o sencillamente el apunte de los nombres de algunos vendedores y artesanos de presumible origen massaliota. En caso de que así fuera, estaríamos ante una nueva muestra a favor de la especialización alcanzada por los mercados celtas en relación con el Mediterráneo, a fines

de la Edad del Hierro. Pero grafías griegas también han aparecido en plaquitas de bronce armadas sobre tabletas de madera de algunos *oppida* como Manching, donde incluso se encontró parte de un alfabeto griego inciso sobre una cerámica (Jacobi, 1974; Krämer, 1982), o más esporádicamente en objetos como la célebre espada de Port en Suiza con el nombre griego de *Korisios* grabado en su superficie (Wyss, 1954). Todo ello parece indicar que además del uso comercial, la lengua griega pudo alcanzar a funcionar como instrumento educativo, como cauce de transmisión de conocimientos literarios y como vía ideológica de expresión de un estatus social adquirido (Laubenheimer, 1987), idea que desprenden también algunas noticias de las fuentes (César, B.G., I, 28; VI, 14; V, 48); pero sin duda este significado sólo se desplegó en contextos sociales celtas muy restringidos. La adaptación local de la lengua griega da origen a la peculiar escritura galo-griega difundida con amplitud a partir de la conquista cesariana y bien constatada epigráficamente (Lejeune, 1985; *id.*, 1988; Lambert, 1992). La escritura es en este contexto un elemento cultural más del proceso que de una forma quizá no muy matizada se ha denominado *helenización de la sociedad indígena*, bien patente en el mundo galo meridional. Sin extendernos ahora en su debate, baste con traer a colación un conocido pasaje de Justino (*Epit.*, XLIII, 4, 1) quien resumiendo a Pompeyo Trogo, a la sazón historiador galo-romano contemporáneo a César, se refería de la siguiente manera a la adaptación del bagaje cultural foceo realizada por los galos:

“Los galos, pues, perdida su barbarie y civilizados, aprendieron de ellos una forma de vida más refinada y a cultivar los campos y rodear con murallas las ciudades. Entonces se habituaron a vivir con leyes y no con armas, y también a podar las vides y sembrar el olivo, y los hombres y las cosas cobraron tan gran esplendor que parecía no que Grecia había emigrado a la Galia, sino que la Galia se había trasladado a Grecia”

(traducción Castro Sánchez, 1995: 515).

Este panorama se consolida más aun con la entrada en juego de otro elemento: la moneda. Ya se ha indicado que desde finales del s.IV a.C. circula moneda por la Europa templada, siguiendo los modelos helenísticos, en metal noble y probablemente difundida con los movimientos de mercenarios que la reciben como soldada. En estos momentos iniciales la moneda tiene sin duda un valor suntuario y por ello su función se limita a la de ser atesorada. Dos centurias después las acuñaciones son locales, mucho más plurales, con una distribución mayor y principalmente en bronce. Entre otras consideraciones, la emisión de moneda gala representa en primer lugar la cristalización de unidades políticas



centralizadas, como pueden ser las representadas por arvernos, helvecios, secuanos, eduos, bituriges, y con más dudas las de lemovices, lingones o pictones (Nash, 1978b; *ead.*, 1981; *ead.*, 1986), en consonancia con el desarrollo urbano y social al que nos venimos refiriendo. Pero junto a esto, la amonedación autónoma da paso a una economía mercantil, como fórmula de pago, tasación y riqueza. Este proceso no es automático sino escalonado. En un primer momento el empleo de moneda en las transacciones comerciales es escaso y a nivel local. Pudo utilizarse como fórmula de pago de las élites rectoras a los artesanos y trabajadores de los *oppida* para comprar bienes de primera necesidad en mercados restringidos. Pero con el tiempo su uso se difunde y en respuesta probablemente al estímulo romano, la moneda llegó a funcionar en el comercio de larga distancia (Haselgrove, 1988). Ni que decir tiene que la moneda no se contabiliza por igual en todos los asentamientos. Existen centros con abundante numerario, como *Gergovia*, Mont Beuvray, Manching, Staré Hradisko o Titelberg, donde el número de piezas galas asciende a 5.000, la mayoría de bronce o *potin*, una aleación de estaño y cobre con gran proporción de este último. Mientras que en otros *oppida* como Závist, Hrazany o Trisov, su presencia es marginal. También se indicó que hay pruebas de acuñación tanto en grandes poblados fortificados, como en comunidades menores sin amurallar<sup>24</sup> (Steuer, 1987).

En relación a la organización local de este comercio, la opinión mayoritaria asume que descansa en los grupos de poder de los incipientes estados celtas, que serán los más beneficiados en la interacción con el mundo romano (mientras que el comercio a larga distancia estaba en manos de los mercaderes itálicos). En este sentido, los artesanos y vendedores centroeuropeos trabajarían como clientes al servicio de los dirigentes de su comunidad (Nash, 1978b; *ead.*, 1981; Bintliff, 1984; Crumley, 1987; Timpe, 1985). Esto no excluiría el que existieran centros comerciales independientes, una especie de *ports of trade*, como se ha sugerido para Hengistbury Head, en la costa sureste inglesa; un enclave con el control comercial sobre el Canal de la Mancha y que funcionaría como puerto principal de llegada de los productos importados del continente, principalmente ánforas vinarias (Peacock, 1971; Williams, 1989; Cunliffe, 1987: 168-170; *id.*, 1988: 102-104), introducidos por agentes galos y en menor medida por mercaderes romanos (Collis, 1984: 161-164; *id.*,

<sup>24</sup> Resulta interesante comparar el proceso de aparición/extensión del uso monetario en la Europa celta con el que acontece en el mundo indígena peninsular (en última instancia, Almagro Gorbea, 1995b). Sobre el funcionamiento inicial de la moneda acuñada en solar hispano (mundo ibérico y meseta oriental, el territorio de la *Citerior*) vid. la nota 81 del apartado II-2.3 B.

1996: 231; Macready/Thompson, 1984). Recientemente se está valorando el papel de los comerciantes individuales e independientes, más dinámicos y adecuados a las redes del nuevo sistema económico, que ven aumentar progresivamente su riqueza e influencia social en el seno de sus grupos regionales (Wells, 1993; *id.*, 1995a: 241).

No debieron ser pocas las ferias y mercados, bien estables o temporales, que atrajeron la llegada de productos y visitantes en los días de la Europa de los *oppida*, acomodados junto a las murallas de los grandes poblados o en espacios abiertos de marcado carácter comercial. Estos puntos a medio caballo entre territorios controlados por distintos *oppida* o unidades tribales, en la transición de regiones medio-ambientales diferentes, en ocasiones vinculados a un santuario rural y siempre en conexión con vías fluviales y rutas naturales de comunicación, concentrarían el movimiento comercial a nivel regional más habitual en la protohistoria; del que sin embargo se conservan escasas pruebas. Parece acertado poner en relación los asentamientos sin fortificar que han dado abundantes restos de evidencias comerciales (ánforas, circulación monetaria, material faunístico, cerámicas mediterráneas, pintadas y grafitadas del este de Europa, concentración de objetos concretos como fíbulas o brazaletes, piezas de balanza utilizadas como sistemas de pesos, etc.) con este tipo de centros feriales, acaso en origen lugares de culto donde se llevarían a cabo festivales religiosos que irían adquiriendo importancia como focos de actividad económica hasta convertirse en centros especializados de comercio y de producción artesanal (Roymans, 1990: 211-212). Igualmente la presencia de una cabaña ganadera abundante y variada para su puesta en venta, debió ser una constante en estos encuentros periódicos de intercambio, tal como sugiere la elevada acumulación de restos óseos en algunos puntos<sup>25</sup>. En la Galia su funcionamiento hubo de ser bastante

<sup>25</sup> Por ejemplo en Manching. La gran cantidad de huesos de animales (más de 400.000 fragmentos analizados, que suponen un número aproximado de 50.000 cabezas por cada una de las especies más representadas, bovina, porcina y ovicaprida) hacen pensar a Boessneck que este *oppidum* era también un centro de ferias y mercado al que acudían gentes desde distintos puntos para comerciar y relacionarse (Boessneck *et alii*, 1971). En este sentido, un indicio de la importancia de Manching en su territorio es la supervivencia hasta nuestros días de un gran mercado anual de animales y una feria llamada *Barthelmarkt* en Oberstimm, 3 km. al oeste del yacimiento. Krämer apunta que esta feria es la versión moderna de una tradición que ha perdurado en esta región alemana desde la Edad del Hierro hasta nuestros días (Krämer, 1958: 197).

Casos parecidos encontramos en el escenario de vetones y vacceos. Así en Talavera de la Reina (Toledo), la antigua *Caesarobriga*, se sigue celebrando anualmente una de las ferias de ganado más importantes de nuestro país. No hay duda de que la riqueza de las cabañas ovina, porcina y bovina de esta región debió estar ya presente en la economía vetona. Por otra parte resulta atrayente conectar el esplendor de las ferias bajo-medievales de Medina del Campo o Medina de Rioseco, en Valladolid, por citar sólo las más representativas de la meseta occidental, con un hipotético origen en las formas de organización comercial vacceas. En honor a la verdad, hasta el presente no hay ningún dato cierto que confirme la ascendencia prerromana de esas instituciones castellanas (*vid.* III-3.5.A Mercados y sistemas comerciales).

extendido, dando lugar muchas de estas ferias rurales a posteriores *fora* romanos y núcleos urbanos (Lombard-Jourdan, 1972-74).

Los ejes fluviales del Ródano, Sena, Loira, Garona, Rhin y Danubio, por citar sólo los más importantes, articularon la localización de ciudades y mercados, y facilitaron el sistema de distribución de las mercancías en movimiento (de Izarra, 1993; McGrail, 1995: 277). De la importancia de los ríos como medios de transporte hay sobradas pruebas en las fuentes (Estrabón, IV, 1, 14; IV, 2, 1; IV, 3, 3-4; IV, 6, 10; Diodoro, V, 26, 3; etc.). Una estructura de comunicaciones que debió completarse con rutas terrestres, más o menos señaladas y preparadas, por las que transitaban carros y recuas cargados sobre todo de vino, tan demandado por la aristocracia celta, y que era transportado además de en ánforas <figura 131 B>, en contenedores de piel y en toneles de madera si hacemos caso a noticias literarias (Dionisio, XIII, 15; Estrabón, IV, 1, 14; IV, 6, 6; IV, 6, 10-11; V, 1, 8; Amiano Marcelino, XV, 10, 3-5 etc.).

La actividad comercial pudo alcanzar puntos más periféricos al este y norte de Europa, a través de las conexiones con los ríos Vlatava, Oder y Elba. El contacto de galos, otros celtas y romanos con el mundo germano no sólo debió producirse en términos de enfrentamiento bélico y migraciones violentas, sino también en intercambios culturales y acuerdos comerciales (Kunow, 1983; Collis, 1984: 146; Hedeager, 1987; Parker Pearson, 1989; Todd, 1992; Fitzpatrick, 1993; Wells, 1995b: 15-16). Así lo manifiestan la presencia de ambar báltico en *oppida* como Staré Hradisko (Beck *et alii*, 1978), de cuentas de sapropelita, un mineral parecido a la pizarra que abunda en la Europa septentrional, en otros yacimientos latenienenses; o de forma inversa la distribución de *Graphittonkeramik* o vasos pintados típicamente celtas en asentamientos bien al norte de la línea Rhin-Danubio, además del registro en tumbas principescas tardías de bienes de prestigio salidos de talleres celtas (torques, espadas decoradas, carros de cuatro ruedas, calderos de plata como el afamado de Gundestrup en Dinamarca, etc.) o romanos (vasos de bronce de vajilla de lujo, etc.). Igualmente algunos tipos de alfileres, fíbulas y placas de cinturón en bronce con factura propia de la región del Elba, aparecen como ajuar en sepulturas femeninas de la necrópolis de Manching y han sido referidos como señal de prácticas de exogamia, en las que mujeres germanas pudieron ser tomadas en matrimonio por jóvenes celtas a cambio de algo o como sanción de un acuerdo político o económico (Krämer, 1961).

...ooo0O0ooo...

La Península Ibérica no fue una excepción a esta realidad de contactos interculturales. Posición estratégica y potencial natural son las bazas principales que se esconden detrás de la apertura de Iberia a otras culturas e influencias. Los protagonistas oficiales de nuestra historia antigua -fenicios, púnicos, griegos y romanos- quizá fueran sólo los últimos pasajeros, sin duda los de más peso desde el punto de vista histórico, de una red de viajes y expediciones que se había empezado a tejer siglos antes. La marca cultural de esos *tránsitos* no es la misma en todas las regiones, pues tampoco fueron únicas las causas que dieron lugar a los contactos ni los modos en que se desarrollaron. De igual forma, también existieron otros tipos de circulación más modesta -entre grupos étnicos, entre comunidades locales, entre familias...- surcando caminos casi anónimos. Pensamos que hay huellas de todo ello en el territorio que nos hemos propuesto estudiar. Tierras interiores como son las del dominio de antiguos vetones y vacceos, sin duda fueron sede de encuentros y acuerdos, de ferias y mercados, de regalos y de guerras, de largas rutas ganaderas y de vías de conquista, de correrías y botines, que emparentaron de mil modos a gentes diferentes en lengua y costumbre.

Ya hemos buscado los datos que reflejan esos contactos, y acabamos de acercarnos en este capítulo a algunas formas de interacción que se desarrollan más allá de los Pirineos en un tiempo más o menos acorde al nuestro. Llega la hora, pues, de interpretar la pluralidad de contactos culturales que la meseta occidental establece con ámbitos exteriores. Tras revisar los posibles antecedentes con que contamos en la Prehistoria reciente de la zona, intentaremos dar respuesta y valorar cómo, quiénes, por dónde y hacia dónde (se) despliegan esas acciones.

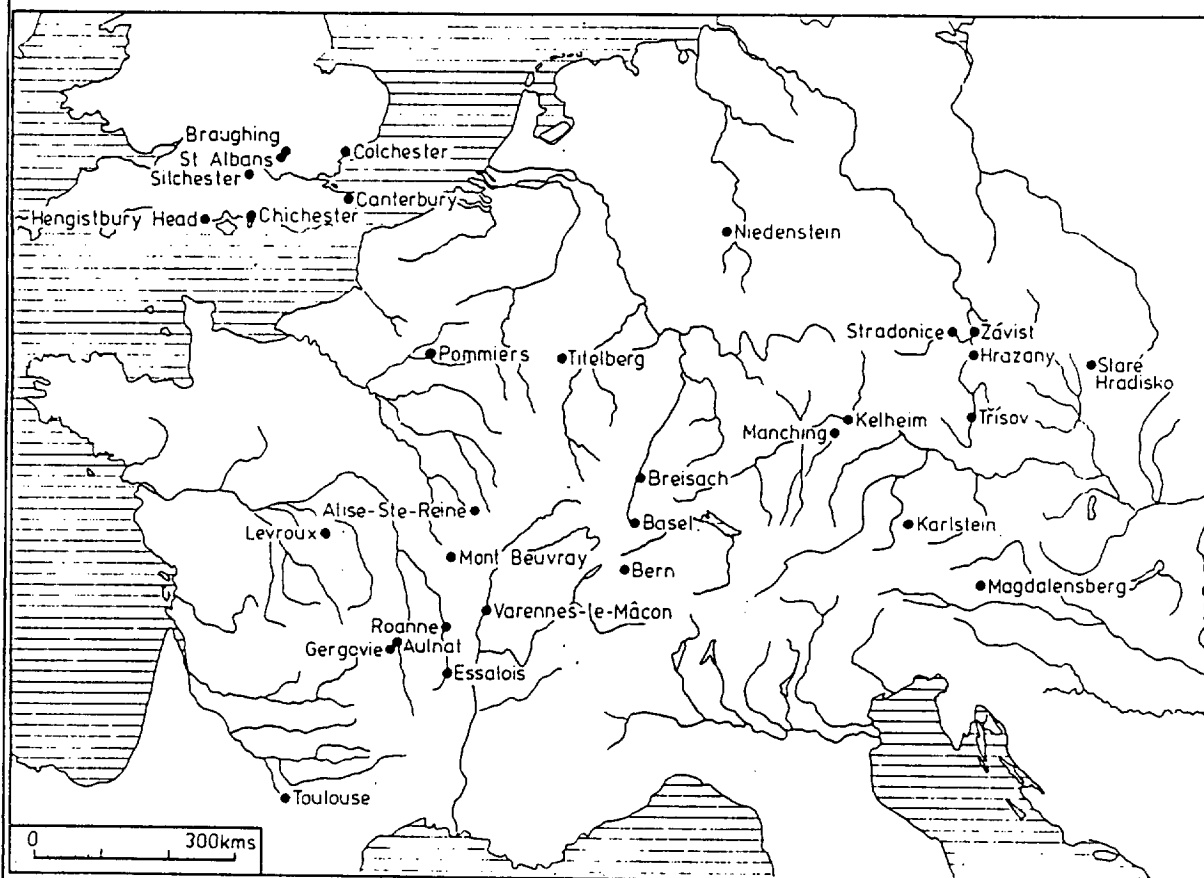
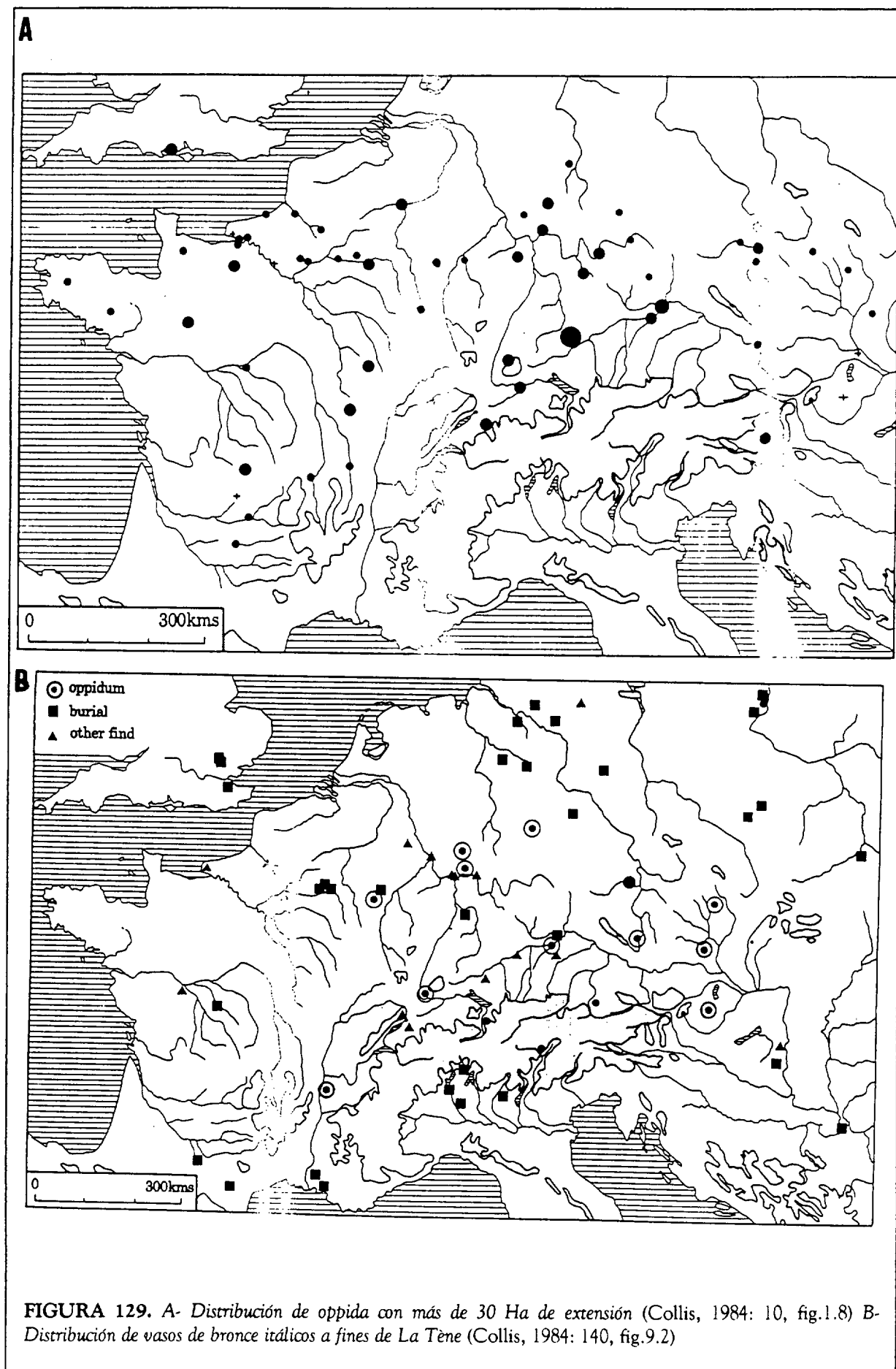
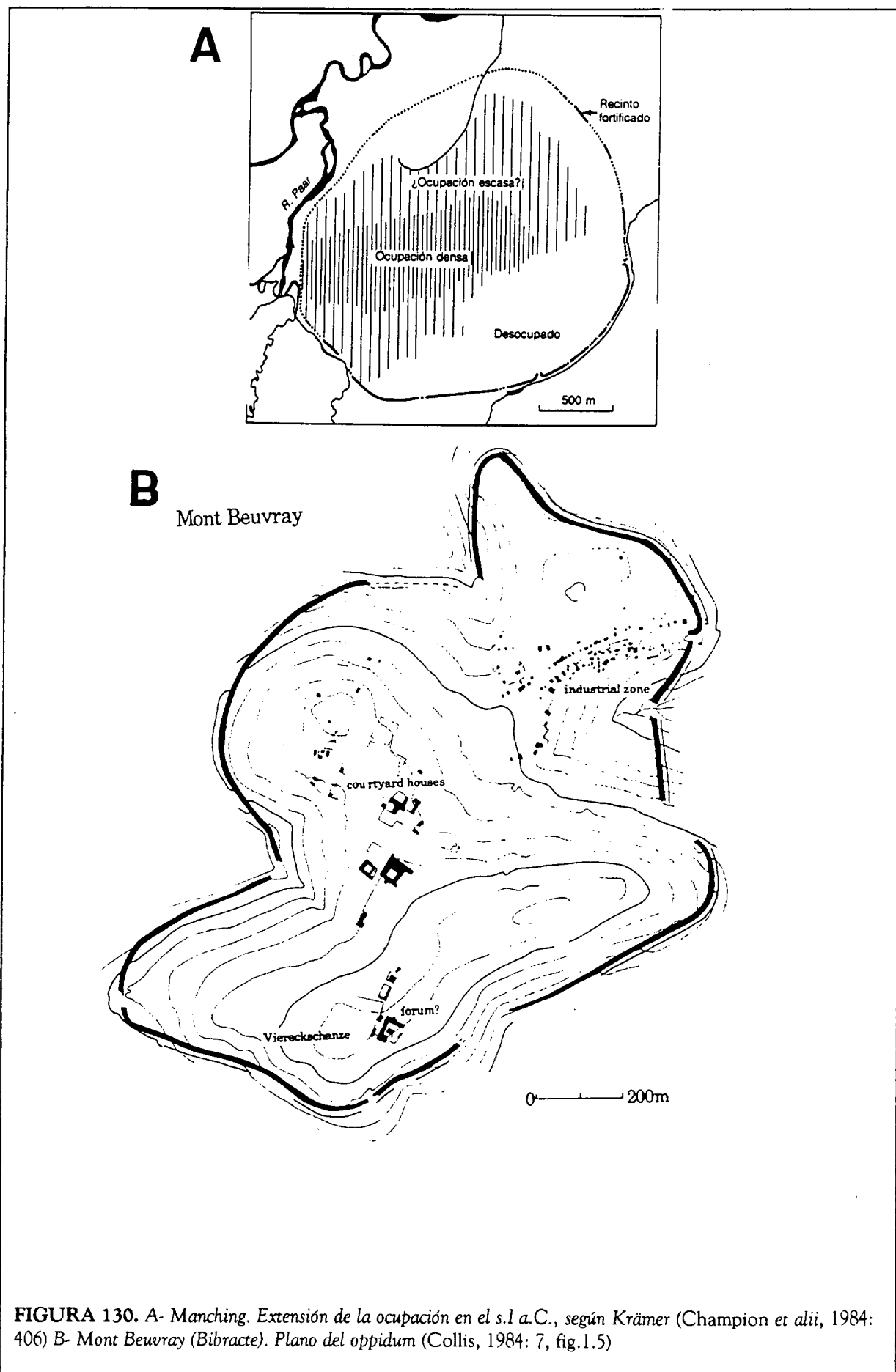
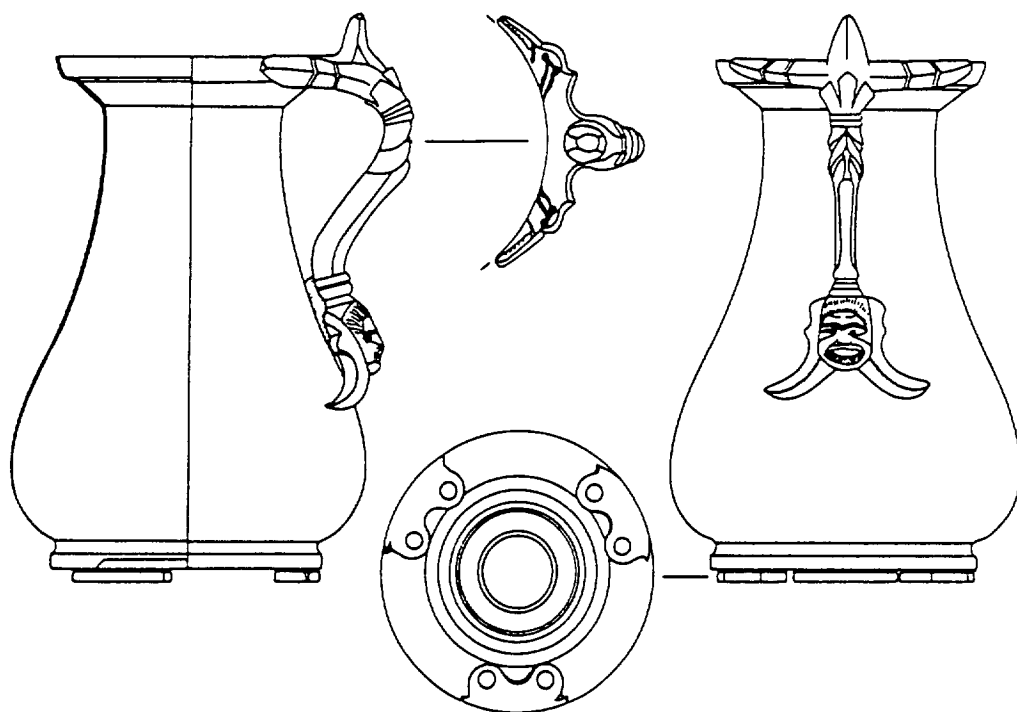


FIGURA 128. Principales *oppida* de Europa central y occidental (Collis, 1976: 4, fig.1)

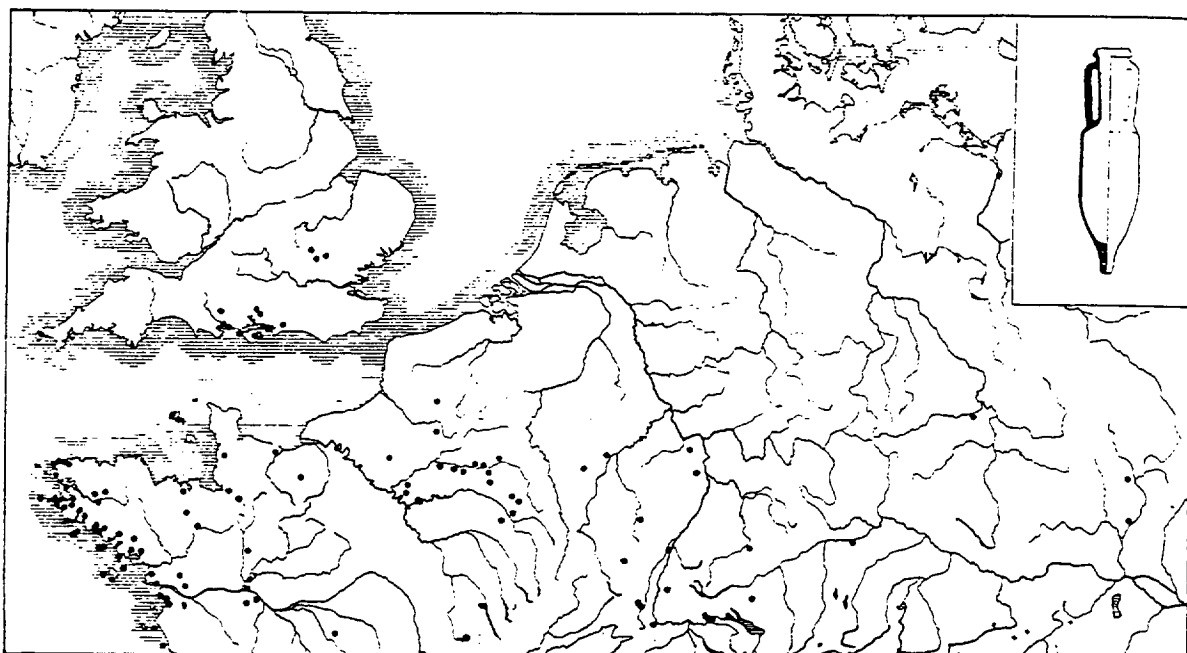




**A**



**B**



**FIGURA 131.** A- Jarro de bronce itálico del tipo Kappel-Kelheim (Wells, 1988a: 138, fig.50) B- Distribución de ánforas vinarias Dressel 1A por Europa septentrional (Fitzpatrick, 1993: 236, fig.23.2)



## **III-2 ANTECEDENTES: CONTACTOS ENTRE LA MESETA OCCIDENTAL Y EL ÁMBITO MERIDIONAL EN LA PREHISTORIA RECIENTE**

La capacidad de crear encuentros y establecer comunicaciones es consustancial al ser humano. De hecho al tiempo que se forman grupos humanos de cierta entidad, nace la relación intercultural como factor de conexión y paradójicamente de diferenciación entre los mismos. El contacto exterior es un agente destacado en el progreso cultural, participe de las tendencias hacia la especialización económica, política, social y cultural del género humano. Por ello, desde el Paleolítico ya sería susceptible realizar un estudio en esta línea. Sin embargo, límites lógicos a nuestro trabajo nos obligan a contemplar -de forma veloz y diacrónica- las relaciones desplegadas entre el espacio meseteño y la región mediterránea de la Península Ibérica desde los momentos finales de la Prehistoria, en concreto a partir del Bronce Final, momento por otra parte referencial en la configuración de las culturas protohistóricas, y por ende del mosaico inter-tribal de gentes que pueblan el territorio meseteño de nuestro análisis. Observar estos antecedentes equivale reconocer la larga tradición de contactos, cada vez más matizados, y asimilar con mayores bases la maduración que los mismos protagonizan en los pueblos meseteños que poco después van a entrar en contacto, una vez más, con un agente exterior: las legiones romanas.

Así pues, los testimonios que hemos apuntado en nuestra zona en los últimos siglos del Ier milenio a.C. no deben entenderse como circunstancias aisladas, *ex novo*, sino como un episodio más de una realidad transcultural de doble dirección entre el interior y el litoral remontable, al menos, al Bronce Final y con un momento álgido en el Hierro Antiguo Orientalizante. Eso sí, veremos que con relación a los tiempos inmediatos a la romanización hay cambios en la dirección de los contactos, en sus mecanismos o en las necesidades que los sustentan..., según la coyuntura del momento y de los grupos que participan de la interacción.

### III-2.1 BRONCE FINAL: COGOTAS I

La manifestación cultural que caracteriza a la meseta norte desde mediados del II milenio a.C. hasta al menos el cambio de milenio, el grupo de Cogotas I, tiene en las decoraciones excisa, de boquique (punto en raya) y de incrustación de pasta blanca practicadas sobre vasos cerámicos con predominio de perfiles troncocónicos, su indicador más característico<sup>1</sup> <figura 132>. Igualmente constatada está la dispersión de estas cerámicas a partir del foco nuclear meseteño por distintas regiones, cercanas y periféricas <figura 133>. Desde fechas tempranas hacen acto de presencia en puntos de la meseta oriental como el alto Duero, también en el valle del Ebro y Bajo Aragón, en el País Vasco y el noreste. Además se expanden por el extremo occidental hasta alcanzar la desembocadura del Duero y por el suroeste Extremadura (Delibes, 1984: 88-89; Ruiz Zapatero, 1982; *id.*, 1984a; Hernández Vera, 1982; Maya/Petit, 1986; Harrison, 1995; Castro Martínez *et alii*, 1995: 60-64).

Más trascendencia para nuestro estudio tiene la incidencia de material cerámico de esta tipología en un abanico de yacimientos del Levante, del Sureste y de Andalucía centro-occidental <figura 133>. De ellos los más señalados son: Cabezo Redondo de Villena (Alicante), Isleta de Campello (Alicante), San Antón en Orihuela (Alicante), Santa Catalina del Monte (Murcia), Cerro de Doña Carmen (Murcia), Las Cabezuelas (Murcia), La Bastida (Murcia), Fuente Álamo (Almería), Gatas en Turre (Almería), El Oficio (Almería), Cástulo (Jaén), Los Alcores en Porcuna (Jaén), Cerro de la Encina en Monachil (Granada), Cerro del Real en Galera (Granada), Cuesta del Negro en Purullena (Granada), Salobreña (Granada), Ronda la Vieja (Málaga), Llanete de los Moros en Montoro (Córdoba), Colina de los Quemados (Córdoba), Carmona (Sevilla), Mesa de Setefilla en Lora del Río (Sevilla), El Berrueco de Medina Sidonia (Sevilla), Montemolín en Marchena (Sevilla), etc.

La irrupción de cerámicas cogoteñas fechadas de forma discontinua a partir de los ss.XIV-XIII a.C. (en Setefilla la data se eleva al menos un siglo más) y como elementos

---

<sup>1</sup> Sobre la cultura de Cogotas I, *vid.* el apartado I-1.3 B y la siguiente bibliografía: Martín Valls/Delibes, 1973; *eid.*, 1976; Delibes 1984; Delibes/Fernández Manzano, 1981; Delibes/Fernández Miranda, 1986-87; Delibes *et alii*, 1990; Delibes *et alii*, 1995a: 49-59; Fernández Posse, 1982; *ead.*, 1986; Romero/Jimeno, 1993: 176-184; Blasco, 1984 y Castro Martínez *et alii*, 1995.

intrusivos en estratigrafías levantinas y andaluzas de la última fase del Bronce Final del Sureste, postargárico, bautizado precisamente por estas infiltraciones con el término de Bronce Tardío, ha sido explicada desde mediados de los años setenta como el efecto de desplazamiento de gentes meseteñas ganaderas e itinerantes. La confirmación de que muchos de los yacimientos antes señalados se acantonan en los extremos inferiores de cañadas ganaderas históricas, con especial notoriedad en la penillanura granadina de Purullena (que ofrece además el volumen más alto de estas cerámicas), sumado al dato de que los grupos meseteños se caracterizan por su potencial ganadero -más teórico que contrastado en restos arqueozoológicos- y por un hábitat de pequeños poblados, al parecer sin sedentarización consolidada y con ocupaciones más bien breves, permitían dar validez a la idea de un fenómeno trashumante con partida de la meseta y estacionamiento invernal en puntos de la franja mediterránea del este y sur ibéricos, en torno a cursos fluviales de importancia (Molina/Arteaga, 1976; Molina, 1978: 204-206; Martín de la Cruz/Montes, 1986).

Esta corriente interpretativa del pastoreo nómada de las gentes cogoteñas recibió pronto el enjuiciamiento crítico de varios investigadores anglosajones, a finales de la década 70 y primeros años de los 80, que justificaban su rechazo basándose en la impropiedad de una trashumancia mayor para el II milenio a.C. y más aun para tiempos megalíticos del III milenio a.C. como también se había propuesto, por la ausencia de estructura jurídica e infraestructura técnica entre aquellas poblaciones para garantizar el paso de pastores y ganados por tierras ajenas, y para asegurar al viajero el usufructo de los pastos en los lejanos lugares de destino (Dehn, 1972; Chapman, 1979; Davidson, 1980; Walker, 1983). La reflexión no carece de lógica, pero pesa excesivamente en estos autores el punto de partida comparativo que establecen entre cualquier movimiento ganadero migratorio prehistórico y la organización de la Mesta medieval como paradigma, lo cual, obviamente, conlleva el rechazo del funcionamiento de un mecanismo de esa envergadura para tiempos antiguos. Apenas si se tiene en cuenta el salto considerable en el tiempo y las divergencia de necesidades y contextos poblacionales entre la Castilla tardomedieval y la submeseta norte del II milenio a.C.; una situación, la de esta última, que sin embargo puede ofrecer suficientes argumentos como para dar sentido a un determinado tipo de pastoreo organizado en una escala que no tiene por que ser comparable con la de instituciones tan posteriores.

De hecho, la tesis trashumante en relación a las cerámicas cogoteñas extrameseteñas se ha mantenido hasta la década de los 90 en líneas generales. No hace mucho, G. Delibes y F. Romero sintetizaban esta lectura con algunos matices correctores (por ejemplo la idea *expansionista* o pseudo-invasionista) a propósito de la Paleoetnología de la meseta norte: “Quede pues constancia de nuestra particular interpretación de la expansión cogotiana: tímidas penetraciones poblacionales hacia el este y el sur, tal vez sólo de carácter estacional, y, desde luego, sin ningún afán de conquista territorial (movimientos ganaderos, trashumancia...), e intercambios de productos por parte de estos grupos con las poblaciones sedentarias locales de las zonas en las que impactan. Entendidas así las cosas, esos grupitos dinámicos de Cogotas I que transitaban las vías naturales hacia el sur con sus ganados podrían haberse convertido en un importante agente comercial, a través del que, acaso, podría explicarse la ya citada presencia de armas atlánticas en el sureste; del mismo modo, y en sentido inverso, esta misma podría ser la explicación para el realmente nutrido conjunto de fíbulas de tipo Huelva arribadas a la Meseta” (Delibes/Romero, 1992: 242). Así pues, se encuentran objetos sincrónicos o con cronología algo rebajada (ss.IX-VIII a.C.) que pueden tomarse como la contrapartida del contacto de estas gentes del interior con el sur, principalmente las fíbulas de codo tipo Ría de Huelva o del Suroeste presentes en puntos clásicos del horizonte natural de Cogotas I, caso de El Cerro del Berrueco en Ávila-Salamanca o San Román de Hornija en Valladolid, por citar sólo dos ejemplos, y algún tipo evolucionado, caso de la fibula *ad occhio* hallada precisamente en un punto de enlace intermedio en esta línea de conexión submeseta norte-ámbito meridional, como es el valle del Manzanares al sur del Sistema Central (Perales del Río en Getafe, Madrid) (Blasco, 1987b). De alguna manera tales piezas, inspiradas en modelos del Mediterráneo central, funcionarían como señal del enriquecimiento y prestigio que estos grupos ganaderos adquieren en su gestión pecuaria con las culturas más desarrolladas del Bronce Final del Mediodía. Por vía occidental lo mismo puede decirse de piezas metalúrgicas atlánticas presentes en estaciones cogoteñas de la meseta norte, como los puñalitos de lengua de carpa, las espadas pistiliformes, amén de algunas hachas de talón y anilllas (Delibes/Fernández Manzano, 1991).

El panorama sobre este fenómeno está cambiando en los últimos tiempos, no tanto en la raíz del contacto sino en su seriación. La puesta en práctica de análisis de pastas cerámicas en nuestros días está revelando el carácter local, en cuanto a fuentes primas, de

las producciones de tipo Cogotas I en la orla periférica; así lo indican los ensayos llevados a cabo sobre piezas levantinas y andaluzas (Blasco *et alii*, 1994; Blasco, 1995: 114-115). Lo cual no niega la existencia de relaciones meseta-zonas costeras, sino la necesidad de una reinterpretación: en las estaciones periféricas se produce la adaptación en una segunda fase y mediante producciones locales de imitación, de un modelo decorativo externo (meseteño) llegado tiempo atrás<sup>2</sup>; manteniéndose, de entrada, el mecanismo ganadero como base explicativa de la conexión inicialmente establecida entre ambas esferas.

No obstante, el sentido pleno de una trashumancia desarrollada para estos momentos del Bronce Final se está poniendo en tela de juicio en las más recientes revisiones, entre otras cosas porque el aval arqueológico de que disponemos no permite hilvanar el ordenamiento interno de este mecanismo más allá del siempre controvertido dato de la señalización de hitos en presumibles vías ganaderas<sup>3</sup>: megalitos, estelas, puntos de paso naturales (vados y puertos)... Pero siguen faltando respuestas al volumen de los rebaños en circulación, a la organización de la práctica trashumante (iniciativa colectiva, iniciativa particular), a las rutas, estacionamientos y puntos de destino, al carácter temporal de los movimientos, y a la repercusión de los mismos en las economías de los grupos participantes (como emisores, intermediarios o receptores últimos).

Todo ello ha llevado a suavizar las posturas. Se reconoce la importancia de la trasterminancia o desplazamientos ganaderos más locales, en zonas inmediatas. Se prefiere

---

<sup>2</sup> “La evidencia de que la mayoría de las cerámicas Cogotas I localizadas fuera de su área nuclear son de origen local, viene a reafirmar que la intensidad de los contactos llegó a ser mayor de lo que se creía en un principio ya que no son productos exóticos, fruto de un comercio más o menos activo, o de la presencia esporádica de grupos de gentes desplazadas hasta allí, sino más bien consecuencia de una estética y una técnica plenamente asumidas y dominadas que han pasado a formar parte de la cultura material y, en consecuencia, de la actividad industrial propia de estos grupos de la periferia, los cuales la incorporan a su producción prácticamente desde los primeros momentos, aunque todo parece indicar que abandonan esta estética antes que los grupos de las cuencas del Duero y del Tajo” (Blasco, 1995: 115). Para esta autora las relaciones hunden sus raíces en el III milenio a.C., arrancando los contactos de Cogotas I con la meseta meridional manchega y el sur en el temprano Protocogotas (Cogeces del Monte) de los ss.XV-XIII a.C. (ejemplos de Monachil, Montoro, Setefilla, Peñalosa; un horizonte argárico evolucionado en el Sureste), en contra de opiniones tradicionales que lo niegan (Fernández Posse). Para C. Blasco el móvil del desplazamiento inicial de meseteños hacia el sur pudo ser la metalurgia, muy rica en la región argárica (Blasco, 1995).

<sup>3</sup> De ello hay sobradas propuestas en la bibliografía, tanto en la antigua como en la actual, y para distintos momentos. Es tradicional contemplar los monumentos megalíticos como marcas territoriales en zonas de paso, además de otros fines (entre los primeros: Higgs, 1976 -contestado por Chapman, 1979; más recientemente: Galán/Martín, 1991-92, para la cuenca extremeña del Tajo; Cara/Rodríguez, 1987, para la zona almeriense...). En ocasiones la alusión no es una construcción, sino un depósito material, probablemente ritualizado, localizado en un punto estratégico; en esta línea ha sido analizado el conjunto de la Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez, 1995a). Algo parecido se sugiere para las estelas del suroeste (Ruiz-Gálvez/Galán, 1991; Galán, 1993; *vid infra*), e incluso, como ya hemos tenido ocasión de señalar, para los verracos en un horizonte inmediatamente prerromano (Paredes Guillén, 1888). En todas estas propuestas, el diagnóstico de dichos monumentos es el de referentes físicos de un lenguaje simbólico de comunicación entre gentes y territorios.

hablar de complementariedad agrícola-ganadera. Incluso se invierte la proporción en algunas zonas, y se aboga por cierto dominio de la práctica agrícola y sedentaria frente a la ganadera, tal como podrían indicar la interpretación de silos o *fondos de cabaña* como almacenes estancos de simientes (Delibes *et alii*, 1995a: 54-55). Pero negar la trashumancia mayor no significa obviar contactos culturales de índole *comercial*, reconocidos en muestras importadas en el corazón de la meseta: depósitos bronceos, materiales pétreos no locales, contadas piezas singulares<sup>4</sup>... En contrapartida, la cerámica cogoteña pudo ser ofrecida en intercambio comercial a las gentes del sur y levante, bien por su condición de elemento formal de prestigio *per se* (así lo cree Chapman, 1991: 335-337) o como piezas contenedoras de productos demandados (¿trigo? ¿oro?), difíciles de definir con seguridad. Estos especiales tipos cerámicos de la meseta que en un principio se importan, poco después pudieron ya adaptarse y ser copiados por estas gentes de la ribera mediterránea en alfares locales y con arcillas autóctonas. Un proceso que hemos estudiado en siglos posteriores a través de importaciones ibérico-mediterráneas en tierras vetonas que pasan a ser imitadas en talleres locales (*vid.* II-2.1).

Ahora bien, parece claro que esta dispersión de piezas y modelos decorativos introducidos al principio por agentes en movimiento, tiene un impulso meseteño o, lo que es lo mismo, a tenor de las dataciones arqueológicas la iniciativa se abre desde el interior peninsular hacia los extremos costeros. Ya que se debe buscar una razón aparente para las bases de esta circulación, analizando lo poco que todavía se conoce del panorama medioambiental, económico y social de los grupos locales de Cogotas I nos sigue pareciendo que la cabaña ganadera constituye la riqueza capital de aquellas gentes y, por lo tanto, consideramos que el movimiento de rebaños desde nuestra región a áreas litorales es el motor principal en el mecanismo difusor de la característica vajilla decorada cogoteña. No hay que descartar, empero, la complementariedad de otros principios que justifiquen la relación intercultural (diplomacia, exogamia, compra-venta de metales, demanda meseteña de sal abundante en las regiones inferiores...) y/o la circulación de bienes plurales (además de rebaños: trigo, mano de obra -siervos, guerreros...-, minerales abundantes en el interior

---

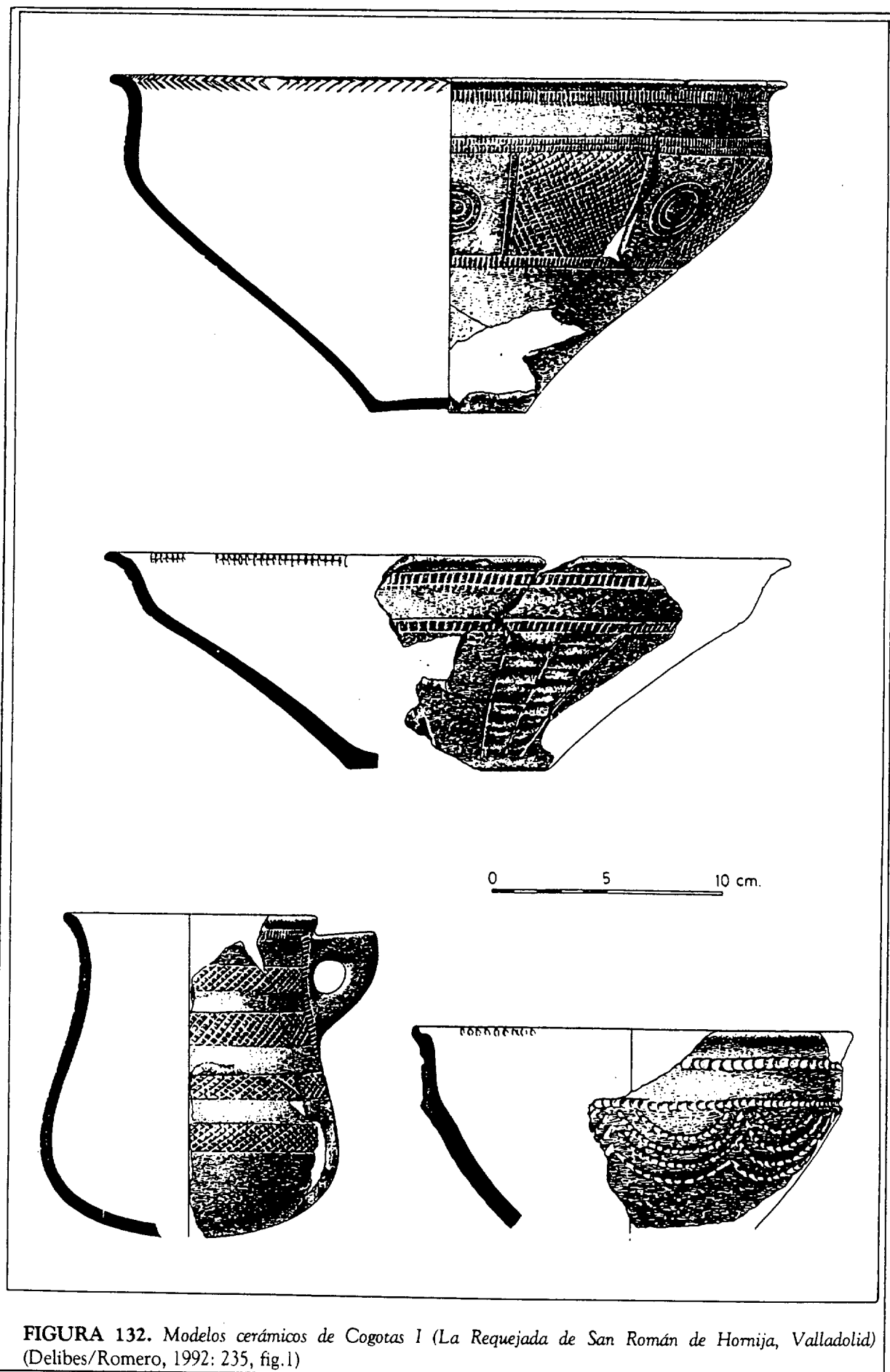
<sup>4</sup> Por ejemplo el hallazgo en Carricastro (Tordesillas, Valladolid) de piezas de bronce (hachas planas, puñales de robtones o leznas; además de moldes de areniscas, lingotes y numerosos escoriales), propias de un centro fundidor, desde el que se comercializarían. En la misma línea, también en Carricastro se encuentran numerosos molinos de mano y bloques graníticos, destacando el dato de que los afloramientos más próximos de ese mineral no se dan hasta las tierras del Sistema Central. Otro dato más serían, en línea ya señalada, las fíbulas de codo, de filiación meridional, cuyo registro en la meseta puede interpretarse más como regalos de prestigio de élites que como mercancías de un comercio regularizado (Delibes/Fernández Manzano, 1991; Delibes *et alii*, 1995a: 55-56).

occidental, caso del oro fluvial, a intercambiar por otros del sureste, por ejemplo cobre o estaño...)<sup>5</sup>.

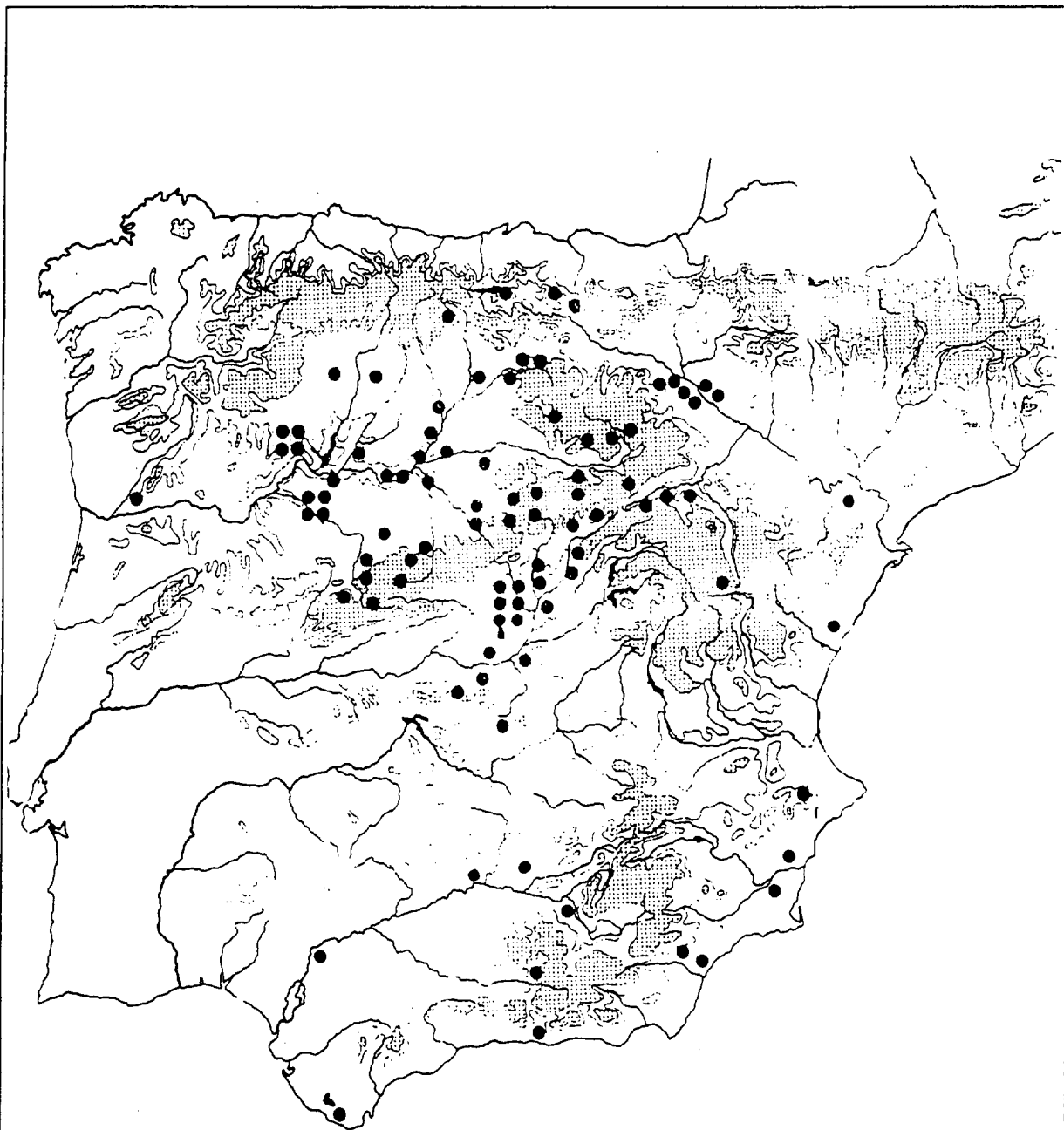
Finalmente no queremos cerrar este punto sin mencionar el paralelismo que nos sugiere la relación meseta-sureste de la segunda mitad del II milenio a.C. con la que se establece entre los mismos espacios en momentos avanzados de la cultura ibérica (ss.IV-III a.C.). La fuerza de esta concomitancia, anunciada en el Bronce Final y revivida en tiempos prerromanos, podría indicar que las bases que sustentan el intercambio en ambas partes poco han cambiando en términos generales en los cerca de mil años que separan ambos momentos.

---

<sup>5</sup> Nos atrevemos a apuntar, siquiera en nota al pie, que la clave para entender el trasfondo último del contacto interregional de gentes meseteñas con ámbitos del sureste, Levante y Andalucía en tiempos del Bronce Tardío-Final reside en desentrañar lo que cada vez se nos va mostrando más patente pero aun cuesta asumir: el alcance de la presencia pre-colonial en las orillas mediterráneas de Iberia. Cuando logremos ponderar el peso de las navegaciones mediterráneas preferencias (¿comerciales?) y cuando hallemos la verdadera medida de los hallazgos de Montoro, Villena, la Peña Negra de Crevillente o de los puntos que han deparado fíbulas de codo y *ad occhio* de reminiscencias chipriota y sícula, entoces, la extensión del matiz cogoteño en esos puntos adquirirá su pleno sentido.







**FIGURA 133.** *Dispersión de hallazgos cerámicos de Cogotas I por la Península Ibérica (Fernández manzano, 1985: 70-71; actualizado)*

### III-2.2 EL FENÓMENO ORIENTALIZANTE EN EL OCCIDENTE MESETEÑO: LOS SUSTRATOS PROTO-VETÓN Y PROTO-VACCEO EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Aunque aun no está clara la ligazón entre la incentivación del Bronce Final y las relaciones que derivan en el apogeo del fenómeno orientalizante, es evidente que las conexiones de la meseta con el sur se mantienen y tienen sus consecuencias en las poblaciones del interior, un espacio que en pocos siglos va a representar lo que hace veinticinco años se bautizó como *hinterland tartésico*, y que alcanza el límite meridional de nuestro territorio.

El reflejo más característico de este efecto lo constituyen las estelas decoradas del suroeste. Losas pétreas decoradas con motivos figurados que emergen en el seno de procesos de jerarquización y control territorial de las sociedades locales. Son monumentos posiblemente funerarios, de los que no escapan otras acepciones interrelacionadas, y deudores de tradiciones anteriores (estelas alemtejanas o tipo I, estelas-guijarro, estelas diademadas... de las clasificaciones pioneras) que, en cualquier caso para lo que aquí nos interesa, esbozan a través de algunos de los elementos representados (espadas, carros, cascos, objetos rituales..., cuya génesis alimenta un apasionante debate historiográfico) la emergencia de poderes indígenas realzados a partir de y gracias a la confluencia con agentes exteriores en paso, muy posiblemente de origen mediterráneo. Las estelas ocupan la fase de transición del Bronce Final al Hierro Antiguo o período protocolonial -también llamado por algunos autores Bronce Final tartésico-, *grosso modo* ss.IX-VII a.C. a pesar de las disputas cronológicas planteadas en la bibliografía, y se extienden por la mitad meridional de la Península, con foco principal en Extremadura y la franja Guadalquivir-Guadiana occidental que se corona por el noroeste en el Sistema Central y por el noreste y a través de la provincia de Ciudad Real en hallazgos ya muy aislados que llegan al valle del Ebro<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Sobre las estelas existe una copiosa bibliografía. Almagro Basch (1966a) las asignaba un origen indoeuropeo. Blázquez (1975a; *id.*, 1987) piensa en una impronta fenicia. Barceló (1988; *id.*, 1989) ofrece una de las cronologías más altas (s.XI a.C.) y defiende una adscripción atlántica. Bendala (1977) es partidario de un origen protocolonial emanado del Egeo. Otros autores hablan de eclecticismo a partir de elementos atlánticos, orientales y autóctonos (Almagro Gorbea, 1977: 159-194; Pingel, 1974). *Vide* las últimas síntesis recopilatorias y actualizaciones de Celestino (1990; *id.*, 1992a) y Galán (1993), hipótesis alternativas como la de Ruiz-Gálvez/Galán (1991) y ensayos sobre la importancia del territorio de las estelas, como el de Rodríguez (1994).

La repercusión que esconden las estelas tiene su importancia en la protohistoria remota de la región que estudiamos, habida cuenta que contamos con un número considerable de ejemplares enclavados en la superficie del posterior territorio histórico de los vetones; una cifra cercana a la treintena sumando los hallazgos de las provincias de Toledo, Cáceres y Salamanca<sup>7</sup> <figuras 134-135>.

La búsqueda de las fuentes de estaño del noroeste se tiene como razón básica de la penetración comercial de gentes del Mediodía en territorios del interior occidental, complementada con la de otros metales (oro, plata, cobre...) (por ejemplo Blázquez, 1967a; *id.*, 1974a; *id.*, 1975a; Alvar, 1980; etc.). A diferencia de la figuración difusa del polo periférico con el que los grupos cogotianos del Bronce Final entraban en contacto (culturas del sureste, Levante y Andalucía entendidas en un sentido muy vago), ahora, en pleno período orientalizante (ss.VIII-VI a.C.) se manifiesta mucho más claramente el agente externo de interacción: el mundo tartésico del suroeste. Probablemente quienes transitan hacia el interior y atraviesan sucesivamente los vados del Guadiana y del Tajo y los puertos del Sistema Central no son fenicios propiamente, sino mercaderes tartesios, indígenas del suroeste dilatados por la acción económico-cultural de las factorías semitas levantadas en la costa andaluza desde fines del s.IX a.C. Aquellos acceden a los bienes de su interés y que son propiedad teórica de los grupos regionales, muchas veces indirectamente mediante intercambios encadenados con los cabecillas de las comunidades indígenas intermedias y estableciendo estrategias de atracción basadas en la política de regalos de prestigio. Dos de las metas capitales de esta empresa serían el permiso de explotación de las fuentes mineras (o la compra de metal) y la autorización/seguridad de desplazamiento por los respectivos territorios étnicos. Una vez más podemos plantear otras hipótesis -complementarias- en la razón del movimiento meridional hacia el norte: captación de ganados, necesidad de otros productos naturales, mano de obra indígena,

---

<sup>7</sup> Distribución enmarcada entre el ejemplar de Ciudad Rodrigo (Salamanca), el más septentrional, y el de Orellana la Vieja (Badajoz), el más meridional: estelas de Riomalo de Abajo, Robledillo de Abajo, Hernán Pérez, Torrejón del Rubio, con cuatro hallazgos, Solana de Cabañas, Brozas, Almoriqui, El Carneril en Trujillo, Ibahernando, Sta. Ana de Trujillo, Robledillo de Trujillo, Zarza de Montánchez (Cáceres) (Almagro Gorbea, 1977: 159-194; Sayas/López Melero, 1991: 86-87, nota 18; Galán, 1993: 96-110). A las que se suman las más recientemente documentadas de San Martín de Trevejo (Galán, 1993: n°11, 96), Logrosán (Galán, 1993: n°28, 99), Almoharín (Galán, 1993: n°26, 99), y, con una adscripción más dudosa, las de Jarandilla, Almoriqui II y Salvatierra de Santiago (Galán, 1993: n°76-78, 110) en la provincia de Cáceres, las dos de Las Herencias, junto al yacimiento de Arroyo Manzana (Toledo) (Fernández Miranda, 1986; Galán, 1993: n°29-30), una tercera más en esta terraza del Tajo reaprovechada como elemento constructivo en el poblado de la Segunda Edad del Hierro (Moreno Arrastio, 1995b). La última de que tenemos noticia, es la estela de Talavera de la Reina, una pieza sorprendente por tratarse de una estela doble, anverso como estatua-menhir y reverso como estela de guerrero (Portela/Jiménez, 1996). <Figuras 134-135>

parcelas de cultivo para unidades de población en expansión... ; con todo, la primacía parecen ostentarla los intereses económicos.

En este episodio comercial la iniciativa corresponde al mundo mediterráneo, al menos así lo delata el peso de los hallazgos arqueológicos. Pero, aun así, lo que se produce en esos siglos tiene una importancia vital en el desarrollo del mundo meseteño de la Primera Edad del Hierro. Hasta tal punto que la huella orientalizante no es sencillamente un elemento adicional a las culturas de aquellas gentes, sino que en muchos sentidos es un factor componente y definitivo en sus sistemas culturales, en pleno proceso formativo tal como hemos indicado al hablar de la etnogénesis de vetones y vacceos. Los mundos proto-vacceo y, en mayor medida por estar más próximo al foco del Mediodía, proto-vetón del Hierro Antiguo no habrían alcanzado el nivel de desarrollo que consolidan en tiempos históricos sin la presencia del factor orientalizante. (Recordemos que es en estos momentos cuando están brotando en las poblaciones extendidas desde el Guadiana al Duero los procesos de concentración poblacional, arranque urbano, intensificación económica, complejidad social... etc.). Y no entendemos por tal el mero testimonio de piezas importadas (tartesias, fenicias, mediterráneas o como queramos llamarlas), sino sobre todo, junto a éstas, la asimilación de innovaciones tecnológicas, la importancia de la emulación y el desarrollo de manufacturas de imitación, la notoriedad social que depara a nivel interno el contacto con agentes externos, la preparación de las bases económicas para sostener tales relaciones, etc., etc. Algo que también hemos visto con algún matiz diferenciador en la interculturación de los pueblos históricos de la meseta.

De forma sintética vamos a recopilar la relación de hallazgos más destacables de acepción orientalizante (ss.VIII-VI a.C.) en el seno del posterior territorio histórico de los pueblos vetón y vacceo <figuras 136-137>.

## CERÁMICA

La producción más indicativa es la **pintada post-cocción**. Se trata de piezas de factura a mano, con amplia diversidad formal (platos, fuentes, cuencos esféricos, copas altas, cuerpos ligeramente carenados y troncocónicos...) y decorativa. Este último rasgo es el más característico: presentan motivos pintados monócromos (en rojo o negro, color predominante en los fondos) y bícromos (tonos anteriores además de blanco y amarillo) en composiciones geométricas que tienden a cubrir toda la superficie cerámica. En un primer momento se denominó a esta modalidad *pintada hallstättica*, a instancias de su documentación primera en Sanchorreja y de la asociación que Maluquer estableció con el mundo céltico (Maluquer, 1957b). Sin embargo la excavación de Medellín proporcionó una secuencia completa del tipo, que Almagro Gorbea, con buen criterio, emparentó con prototipos meridionales: las cerámicas pintadas del suroeste realizadas en torno lento, bien documentadas en la zona de Huelva y conocidas a partir de los años ochenta como tipo Carambolo o Guadalquivir I (Cabrera, 1981; Ruiz Mata, 1984-85). Almagro Gorbea (1977: 454-461) distinguió dos grupos derivados de este foco a partir del s.IX a.C.: Medellín y Andaluz, a cuya expansión responden los testimonios de la alta Extremadura y de la meseta que abarcan un período desde inicios del s.VIII a.C. hasta fines del s.VI a.C. Si bien la adscripción indoeuropea ha sido mantenida por algunos autores para las muestras que se iban descubriendo en puntos interiores (Blasco, 1980-81; Cerdeño, 1983), matizada por otros que introducen una doble corriente a la vez -mediterránea y continental- y valoran un estímulo indígena (Werner, 1989; *ead.*, 1990), en la actualidad hay consenso a la hora de adjudicar un origen meridional a estas cerámicas. A partir del mismo, el modelo comenzó a ser adaptado localmente siguiendo tal vez los esquemas decorativos de otros productos orientalizantes (telas, orfebrería...) hasta integrarse en el conjunto cultural de los grupos del Primer Hierro de la meseta (González-Tablas/Domínguez, 1995).

*Espacio (proto) vetón.* La cerámica pintada post-cocción se documenta en la tumba orientalizante de El Carpio, Belvís de la Jara (Toledo) (Fernández Miranda/Pereira Sieso, 1992: 70), en Los Castillejos, Sanchorreja (Ávila) <figura 138.1> (Maluquer, 1957b; *id.*, 1958b; González-Tablas *et alii*, 1991-92; González-Tablas/Domingo, 1995: 188-190; según estos últimos con primeros ejemplares asociados a la fase final de Cogotas I), en el Cerro de San Pelayo, Martimánor (Salamanca) (Benet, 1990: 80), en El Castillejo, Herguijuela de

Ciudad Rodrigo (Salamanca) (Martín Benito/Martín Benito, 1994: 119), en Ledesma (Salamanca) (Benet *et alii*, 1991: 129-130), y en Las Paredejas, El Cerro del Berrueco (Salamanca) (Fabián, 1986-87: 281-283; Conde *et alii*, 1996: 58).

*Espacio (proto) vacceo*. Hallazgos en La Mota de Medina del Campo (Valladolid), con algunos de los ejemplares más bellos en los que se distinguen temáticas florales y otros que combinan la pintura con motivos peinados <figura 138.2> (Seco/Treceño, 1993: 156-159; *eod.*, 1995: 240), en Cuéllar (Segovia), con tipos muy similares a los de La Mota (Barrio, 1993: 190-191), en Coca (Segovia) (Romero Carnicero *et alii*, 1993: 234), en Soto de Medinilla (Valladolid) (Delibes *et alii*, 1995b: 158), en Simancas (Valladolid) (Wattenberg, 1978: 93-94 y 96; Quintana, 1993: 82), en Almenara de Adaja (Valladolid) (Balado, 1987: 174), en Benavente (Zamora) (Celis, 1993: 112-113, 119), en La Aldehuela (Zamora), donde se identifican extremos de palmetas rematados en flores de loto esquematizadas (Santos Villaseñor, 1988: 102-104; *id.*, 1990: 228-232) y en Bamba y Carrascal (Zamora) (Esparza, 1990: 106)<sup>8</sup>.

Para el ámbito de la cultura de Soto se han puesto en relación ciertas formas cerámicas con influencias del sur, caso de las fuentes o tapaderas de borde almendrado que recuerdan los recipientes de retícula bruñida del Guadalquivir (Martín Valls/Delibes, 1978: 229), algunos vasitos carenados (Romero, 1980: 138-145) o las de copa de pie alto (Celis, 1993: 119 y 123).

Una categoría especial, la de **importación excepcional**, tendría la píxida corintia de Palenzuela (Palencia) de inicios del s.VI a.C. conservada en el Ashmolean Museum de Oxford y a la que ya nos hemos referido <figura 28 A> (II-2.1 A); en caso de verificarse su procedencia, representaría uno de los testimonios más sobresalientes de la irradiación orientalizante en la meseta norte.

<sup>8</sup> Abundan los paralelos en territorios cercanos. Por descontado en la submeseta sur, en distintos puntos de la provincia madrileña (Cerro de San Antonio, Arenero de la Aldehuela, Perales de Tajuña, Arroyo Culebrero, Pinto...; Blasco *et alii*, 1988; Blasco *et alii*, 1993) y de Guadalajara (Riosalido, Almudejo, Molina de Aragón, Cabeza de la Fuente, Ogmico...; Cerdeño, 1983). En la región proto-celtibérica: Castrilfrío de la Sierra (Soria) (Taracena, 1928: 19) y Castro del Zarranzano (Soria) (Romero, 1980: 97). En la provincia de Burgos: Adrada de Haza (inédito; ref. en Santos Villaseñor, 1990: 230). En el posterior espacio astur: El Castillo de Manzanal de Abajo (Zamora) (Escribano, 1990: 223), en Castro de Sacaojos en Santiago de Valduerna (León) y en el Castro de Villacelama (León) (Romero/Ramírez, 1996: 316); etc.

Por último habría que citar poco después la llegada de las primeras producciones pintadas andaluzas de bandas vinosas realizadas en torno rápido, que ya hemos visto cómo se constatan desde el s.VI a.C. en los enclaves más activos comercialmente de nuestro territorio: Sanchorreja, Cerro del Berrueco, La Mota de Medina del Campo, Cuéllar, Coca...

## JOYERÍA ÁUREA

Son de todos conocidos los conjuntos o tesoros cacereños de Aliseda y Serradilla (Almagro Gorbea, 1977: 204-230), o hallazgos aislados como por ejemplo la arracada de Cogolludo (Navalvillar de Pela, Badajoz) (Almagro Gorbea, 1977: 232), sobre un territorio que luego puede ser tenido afín al vetón. Pasamos por alto el estudio del llamado taller de Extremadura y de las características de la orfebrería áurea tartésica (Almagro Gorbea, 1989; Nicolini, 1990; Perea, 1991), puesto que en parte ya ha sido comentado al hablar de la pervivencia del gusto orientalizador en la característica joyería vetona (Pajares, El Raso...) de los ss.V-IV a.C. (*vid* II-2.1 D).

## METALISTERIA BRONCÍNEA

La pieza más representativa de la toreutica orientalizador es el **jarro**. Un recipiente de uso ritual y funerario, importado desde el Mediterráneo oriental o facturado en talleres fenio-tartésicos andaluces, cuyo goteo de hallazgos hacia el interior ha permitido a la bibliografía desde bastantes años atrás trazar el itinerario por el cual penetran estos estímulos mediterráneos: la vía de la Plata. El repertorio se ha ido engrosando en los últimos años, sobre un marco geográfico que va desde Huelva hasta Segovia (Blanco, 1953; García y Bellido, 1956; *id.*, 1960; Grau-Zimmermann, 1978; Aldana, 1981; Celestino, 1991b).

*Espacio (proto) vetón.* García y Bellido dio a conocer el jarrito de Villanueva de la Vera (Cáceres) hallado en el transcurso de trabajos agrícolas sobre un túmulo de la zona de El Tudal, colindante con el yacimiento de Pajares. Presenta cuello troncocónico poco

inclinado, boca rematada con tres cabezas de serpiente que brotan del asa, la cual por su extremo inferior se adosa a la panza de la jarra con típica palmeta <figura 139.1> (García y Bellido, 1960: 47-48; Blázquez, 1975a: 81-83; Almagro Gorbea, 1977: 240-241). Otro recipiente se halla en el extremo oriental, en Las Fraguas, yacimiento de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo), recientemente identificado con el jarro orientalizante conservado en el Metropolitan Museum de Nueva York <figura 139.2> (Fernández Miranda/Pereira Sieso, 1992: 63-65). Tiene cuerpo piriforme, cuello cónico, boca estrecha y plana, y asa que en el labio termina también en tres cabezas ofídicas presentando las dos laterales un bucle; el asa arranca de una palmeta localizada bajo el baquetón central.

*Espacio (proto) vacceo.* Jarro de Coca (Segovia), hoy en el Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) (García y Bellido, 1956: 93-95, figs. 4 y 8; Blázquez, 1975a: 64-66, fig. 6, 7, 29 y 30; Almagro Gorbea, 1977: 241). Su morfología está muy cercana al ejemplar toledano: cuerpo piriforme, boca trilobulada, asa central terminada en palmeta de grandes espirales y catorce hojas en abanico <figura 139.3>.

Los **braserillos**, aguamaniles o recipientes rituales son otra manifestación característica, asociada como vajilla ritual a los jarros. Ya dijimos que aunque perduran en la Segunda Edad del Hierro (imitaciones ibéricas), su origen es tartesio-oriental y aparecen en estos momentos. El prototipo es la forma I de Cuadrado (1956; *id.*, 1966; Prada, 1986): recipientes poco profundos, de borde ancho y horizontal, con una o dos asas y remaches en forma de roseta en la cara superior del borde del recipiente.

*Espacio (proto) vetón.* Restos de borde y rosetas fueron hallados en distintos puntos de El Berrueco (Salamanca) (Maluquer, 1958a: 102; Cuadrado, 1966: 16-17, nº6; Almagro Gorbea, 1977: 242-243). En Sanchorreja aparecen más rosetas (Maluquer, 1958b: 69; Cuadrado, 1966: 17-18, nº7-9; Almagro Gorbea, 1977: 243); recientemente se han publicado cinco ejemplares de este tipo, uno de ellos con manitas claramente importado y los cuatro restantes, con rosetas, tal vez imitaciones locales <figura 140.1> (González-Tablas *et alii*, 1991-92: 311, 317; Baquedano, 1996: 75). Hacia el sureste, se registran restos de braserillo en la tumba de El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) (Pereira Sieso/de Alvaro, 1986: 36; Fernández Miranda/Pereira Sieso, 1992: 68) y, con más dudas, en Las Fraguas (Las Herencias, Toledo) (Pereira Sieso/de Alvaro, 1986; Fernández Miranda/Pereira Sieso,



1992: 66). Sin corresponderse con el tipo braserillo cabe mencionar el vaso de bronce de Berzocana (Cáceres), conocido desde antiguo y de influencia orientalizante (Blázquez, 1975a: 105-106; Almagro Gorbea, 1977: 243-245).

Objetos de culto típicamente mediterráneos son los **timiaterios**. Su presencia es más esporádica pero muy indicativa (en último lugar, de la Bandera/Ferrer, 1994).

*Espacio (proto) vetón.* Hay noticias de un ejemplar desmontado en dos piezas aparecido en Las Fraguas (Las Herencias, Toledo) (Fernández-Miranda/Pereira Sieso, 1992: 65-66). Está formado por un vástago cilíndrico terminado en flor de loto que da paso a una cazoleta profunda de perfil troncocónico <figura 140.2>. Es similar al hallado en el túmulo A de Los Higuerones de Cástulo (Jaén) (Blázquez, 1975a: 260-276), y podría corresponderse con los tipos I y III de la clasificación de de la Bandera (de la Bandera/Ferrer, 1994: 53). La impronta de estas piezas culturales perdura al menos hasta el s.V a.C., tal como nos indica el testimonio, hoy perdido, de un pebetero con una imagen bifronte (¿Astarté?) en la sepultura tardía *orientalizante* nº 78 de la necrópolis vetona de El Raso <figura 79.2> (Fernández Gómez, 1996b: 729-730).

Muy llamativos son los **bronces figurativos**, de los que forman parte modelos exentos (exvotos, divinidades...) y apliques (de muebles, carros, recipientes...), por tanto con diverso sentido y más aun en contextos indígenas en los que estas piezas serían atesoradas y utilizadas como señales de prestigio.

*Espacio (proto) vetón.* El caso más conocido lo representan los afamados bronce de El Berrueco, con la figuración de supuesta divinidad oriental tetráptera con extremidades extendidas y peinado hathórico del que brotan flores de loto <figura 140.3> (García y Bellido, 1932; Maluquer, 1958a: 85, 111-115; Blázquez, 1975a: 93-95, Almagro Gorbea, 1977: 254-255; Almagro Basch, 1979: 191-193; de Griño, 1987: 345-346). Existen varios ejemplares con esta imagen: dos en el Instituto Valencia de don Juan, otro en la Academia de la Historia, otro muy parecido hallado en Punta de Vaca (Cádiz) hoy en el Museo de Sevilla, e incluso falsificaciones como los bronce de Hoyo de los Calzadizos de Castrofrío (Ávila), en paradero desconocido, a los que ya nos hemos referido al hablar de las téseras por tener “inscripciones ibéricas” en su reverso dadas a conocer por el padre Fita <figura

108.1>. De este mismo yacimiento salmantino colindante con la provincia de Ávila procede una cabeza de carnero (Maluquer, 1958a: 106; Almagro Gorbea, 1977: 255) y una pequeña figura de guerrero (Maluquer, 1952; *id.*, 1958a: 103-106; Almagro Gorbea, 1977: 255-257). En Los Castillejos de Sanchorreja abundan fragmentos de distintas figuras y apliques, algunos marcadamente orientalizantes (González-Tablas *et alii*, 1991-92: 325; Baquedano, 1996: 75). Más al sur, en la provincia de Cáceres hay bronce en contextos rituales, como los de Torrejón de Abajo junto a Cáceres que representan el tema de Astarté con felinos (García-Hoz, 1991), manifestaciones emparentables con piezas clásicas del sur, por ejemplo el carrito de Mérida o el Sileno de Capilla en la provincia de Badajoz.

Tocante a **broches de cinturón tartésicos** y placas con temática orientalizante también hay materiales de nuestro interés (Cerdeño, 1981a).

*Espacio (proto) vetón.* El yacimiento emblemático en estos testimonios es Sanchorreja (Ávila), donde se han documentado la conocida placa hembra calada con grifos <figura 141 A> y dos placas con garfio decoradas con repujado sencillo (Maluquer, 1957a; *id.*, 1958b: 80-86; Blázquez, 1975a: 89-90; Almagro Gorbea, 1977: 258-259; Cerdeño, 1981a: 47-48; Baquedano, 1996: 75); hallazgos a los que hay que sumar nuevos ejemplares dados a conocer hace poco (González-Tablas *et alii*, 1991: 311-316).

*Espacio (proto) vacceo.* En un punto periférico del noreste, Sotoscueva en Ojoguareña (Burgos) se ha documentado un broche de cinturón (Ortega Martínez/Martín, 1986: 357-360) asimilable al tipo I de la clasificación de Cerdeño (1981a: 53-56).

Algunas formas de **brazaletes y colgantes amorcillados** se han puesto en conexión con estilos mediterráneos, convenientemente teñidos en soluciones locales.

*Espacio (proto) vetón.* Ejemplares de Sanchorreja, tanto aislados como formando ajorcas (Maluquer, 1958b: 699; González-Tablas *et alii*, 1991-92: 324), Cerro del Berrueco (Piñel, 1976: fig.8), o los más meridionales de Cañamero (Cáceres) (Almagro Gorbea, 1977: 259-260) y El Carpio (Belvís de la Jara (Toledo) (Pereira Sieso/de Alvaro, 1986: 36; Fernández-Miranda/Pereira Sieso, 1992: 66-70).

*Espacio (proto) vacceo.* Brazaletes en omega de inspiración exótica se han hallado en puntos de la franja occidental no alejados del camino de la Plata, como son Camarzana de Tera (Zamora) (Campano/Val, 1986: 32-33) y Manzanal de Abajo (Zamora) (Escribano, 1990: 227).

Instrumentos de amplia propagación, las **fíbulas de origen meridional** atestiguadas en el interior son síntomas también de la fuerza de estos contactos y del arraigo de modas y usos sociales en las élites indígenas. Son varias las clases de alfileres que responden a prototipos andaluces: modelos tardíos de codo, tipos Acebucal, Bencarrón, Alcores y sobre todo las fíbulas de doble resorte, con distintas variantes (puente foliforme, de cinta, rómbico u oval) (Storch de Gracia, 1989a; *id.*, 1989b; Argente, 1994: 51-58, mapa VI; Ruiz Delgado, 1987-88; *id.*, 1989).

*Espacio (proto) vetón.* Ejemplares de Las Paredejas (Cerro del Berrueco, Salamanca) (Maluquer, 1958a: 86-91; Piñel, 1976: 356; Conde *et alii*, 1996: 58), del Cerro de San Vicente en Salamanca (Maluquer, 1951: 67, fig.9; Almagro Gorbea, 1977: 257), de Ledesma (Salamanca) (Benet *et alii*, 1991: 134), de Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca) (Martín Valls, 1986-87: 62, fig.2), de la necrópolis de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) (González-Tablas, 1990) y de su poblado <figura 141.2> (Maluquer, 1958b: 61, 64-65; Almagro Gorbea, 1977: 257; González-Tablas *et alii*, 1991: 304, 323, fig.2-3), de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) (inéditos), de Arroyo Manzana (Las Herencias, Toledo) (Urbina *et alii*, 1992: 314) y de Azután (Toledo) (Jiménez de Gregorio, 1955; Fernández-Miranda/Pereira Sieso, 1992: 70).

*Espacio (proto) vacceo.* Hallazgos de La Mota en Medina del Campo (Valladolid) (García Alonso/Urteaga, 1985: 75 y 133, figs. 15-8 y 18-9; Seco/Treceño, 1993; *eod.*, 1995: 233, fig.8), Soto de Medinilla (Valladolid) (Delibes *et alii*, 1995b: 174), Cuesta del Mercado (Coca, Segovia) (Blanco García, 1994: 47), Roa de Duero (Burgos) (Sacristán, 1986a: 67-68, lám X-11), Sotoscueva en Ojoguareña (Burgos) (Ortega Martínez/Martín, 1986: 357-360), el Alto de la Moretona (Saldaña, Palencia) (Pérez Rodríguez, 1990), La Aldehuela (Zamora) (Santos Villaseñor, 1988: 104; *id.*, 1990: 231), Camarzana de Tera (Zamora) (Campano/Val, 1986: 31-32), Milles de la Polvorosa (Zamora) (Esparza, 1990: 106), Barrios de Luna (León) (Delibes *et alii*, 1992-93: 419); los últimos en terreno claramente astur.

Por último en lo que atañe a objetos de bronce hemos de citar los **asadores**. Estos utensilios vinculados a ritos purificadores de fuego y sacrificio animal están relacionados originariamente con depósitos atánticos del Bronce Final, si bien parecen estar afectados posteriormente por estímulos mediterráneos (Almagro Gorbea, 1974; Fernández Gómez, 1982; Judice-Gámito, 1986; Delibes *et alii*, 1992-93;).

*Espacio (proto) vetón*. Se han registrado dos piezas en Cancho Enamorado (Cerro del Berrueco, Salamanca) (Morán, 1924: Lám.XII; Maluquer, 1958a: 82-84, fig.21; Almagro Gorbea, 1974: 376-377; Conde *et alii*, 1996: 54-56) y fragmentos de otros en Sanchorreja (Ávila) (Maluquer, 1958b: 82; González-Tablas *et alii*, 1991-92: 324). En el extremo meridional, el área de Orellana la Vieja, a orillas del Guadiana en el norte de Badajoz, ha deparado tres asadores más (Enríquez, 1982). La presencia del tipo pervive tiempo después como objeto ritual-suntuuario asociado a contextos funerarios de Cogotas II, así lo demuestra el ejemplar hallado en un tumba de El Raso de reminiscencia orientalizante fechada en el tránsito ss.V-IV a.C. (Fernández Gómez, 1996b: 731) y otro inédito de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), que podría encajar en esta datación más tardía. También se han documentado en los cementerios clásicos abulenses, pero con particularidades que marcan una evolución en el tipo y en el significado de los objetos, aun así se asocian a tumbas principales bien como elementos de prestigio político o bien con valor religioso; en concreto, aparecen asadores realizados en hierro y no en bronce en la necrópolis de Las Cogotas, tumba 476 (Kurtz, 1987: 228-230) y en la tumba 514 de la zona VI de La Osera (Cabré *et alii*, 1950: 156, lám. L).

## PRIMEROS INSTRUMENTOS DE HIERRO

Desde el Mediodía y a partir de la presencia colonial, se difunde el conocimiento de este metal hacia el interior, en fechas que recientemente se están elevando al s.IX a.C. y que, en este sentido, evidenciarían la circulación del hierro como mercancía exótica en el marco de relaciones precoloniales (Almagro Gorbea, 1993b; Ruiz Zapatero, 1992). Seguidamente se inician en los enclaves meseteños más punteros y con disponibilidad de recursos ferruginosos, los ensayos inaugurales de siderurgia local.

*Espacio (proto) vetón.* Los primeros elementos trabajados en hierro parecen ser un hacha y un depósito compuesto por una navaja de afeitar, escoplos y punzones hallados en una modesta vivienda de El Cerro del Berrueco (Maluquer, 1958b: 48) que Almagro Gorbea data a finales del s.IX a.C. (Almagro Gorbea, 1990a: 89-90; *id.*, 1993b: 82, 86 y 91). Desde entonces los hallazgos se suceden lenta pero significativamente. Así, a partir del s.VIII a.C. contamos con fragmentos y piezas informes en Ledesma (Salamanca) (Benet *et alii*, 1991: 130, 135), abundantes hojas de cuchillo en la necrópolis y poblado de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila), además de escoplos y hachas (González-Tablas, 1990; González-Tablas *et alii*, 1991-92: 302, 326), y con los primeros cuchillos afalcatados completos en puntos como El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) (Pereira Sieso, 1987; Fernández Miranda/Pereira Sieso, 1992: 69), con la particularidad que aparecen asociados frecuentemente a fíbulas de doble resorte. Precisamente esta zona del occidente toledano constituye una región estratégica, con importantes filones de hierro y claramente conectada con centros orientalizantes (Moreno Arrastio, 1995b: 292; Urbina *et alii*, 1992; Valiente, 1993: 37-38).

*Espacio (proto) vacceo.* En la cuenca central del Duero el hierro se documenta inicialmente en los niveles inferiores del emblemático Soto de Medinilla (Valladolid) (Palol/Wattenberg, 1974: 192): un par de fragmentos indeterminados enmarcados en un estrato con datación radiocarbónica del último tercio del s.VIII a.C.<sup>9</sup> (Delibes *et alii*, 1995a: 174). A partir de mediados del s.VII a.C y sobre todo en la centuria siguiente el utillaje férreo hace acto de presencia en La Mota (Medina del Campo, Valladolid) (Seco/Treceño, 1993: 142 y 170), en Cuéllar (Segovia) (Barrio, 1993: 189 y 195), en Roa de Duero (Burgos) (Sacristán, 1986a: 70), en el Cerro de San Pelayo (Castromocho, Palencia) (Lión, 1993: 115, 120), en Benavente (Zamora) (Celis, 1993: 101 y 131); destacando la presencia una vez más de cuchillos afalcatados en conexión con fíbulas de doble resorte: La Aldehuela (Zamora) (Santos, 1988: 103-105; *id.*, 1990: 231), El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) (Celis/Gutiérrez, 1986b: 167), Castro de Villacelama (León) (Romero/Ramírez, 1996: 318),

<sup>9</sup> Lo temprano de tal fecha (casi un siglo anterior a las piezas orientalizantes de hierro de El Carpio, al sur de Gredos) ha hecho que muy recientemente se haya sugerido la posibilidad de pensar en procesos de reducción local de hierro en el mundo proto-vacceo (a partir de la producción del bronce, complementando al cobre); pero la necesidad de altas temperaturas imposibles de lograr en los medios de fundición del momento (hornos-vasija) desestiman dicha hipótesis (Delibes *et alii*, 1995c: 153). Sobre aspectos tecnológicos de la metalurgia Gómez Ramos (1996b).

además de seis ejemplares en la ya citada estación vallisoletana de La Mota (Seco/Treceño, 1995: 233, fig.8.1-2).

## INFLUENCIAS ARQUITECTÓNICAS

Muy brevemente diremos que algunos autores plantean como tal la planta circular de las viviendas soteñas (sugerido desde Palol/Wattenberg, 1974: 33; y mantenido en otros, en último lugar Romero/Ramírez, 1996: 314), y sobre todo la pintura mural del interior de las mismas <figura 142> (Martín Valls/Delibes, 1978: 228-229; Romero, 1992). Asimismo el uso de adobes en construcciones domésticas, murallas y empalizadas de los hábitats protovacceos -de nuevo El Soto de Medinilla como paradigma- se ha entendido como la adaptación de una técnica tradicional mediterránea (Esparza, 1983b: 94; Romero, 1985: 94-95; Moret, 1991: 25-26, para este último con matizaciones y valorando una posible tradición local anterior vinculable con la cultura expansiva de Cogotas I). En el espacio proto-vetón estas influencias no son tan nítidas principalmente porque, si bien el adobe está presente, el marco físico de aquella región posibilita un empleo masivo de material pétreo, deficitario en la esfera vaccea.

## INHUMACIONES INFANTILES

Ya nos hemos referido a esta práctica en otras ocasiones<sup>10</sup>. El depósito de cuerpos infantiles bajo las casas del horizonte Soto está constatado en La Mota (Medina del Campo, Valladolid), Simancas (Valladolid), Roa de Duero (Burgos) y Cuéllar (Segovia). Habida cuenta que se trata de una costumbre documentada en el mundo mediterráneo desde el II milenio a.C., se ha querido ver en ella un nuevo reflejo de *meridionalidad* en el Hierro Antiguo de la cuenca duriense (Romero, 1985: 94; Delibes *et alii*, 1995a: 78 y 82). Sin embargo tal valoración está lejos de ratificarse rotundamente, pues tanto la significación del rito escatológico como su mismo origen (¿autóctono, indoeuropeo, mediterráneo?) siguen abiertos a distintas interpretaciones (A.A.V.V., 1989; Gusi, 1992).

---

<sup>10</sup> Vide I-2.4.A b) Consideraciones sobre las necrópolis vacceas y I-2.5.C Religión. Signos de religiosidad externa.

## RESTOS EPIGRÁFICOS

Como ya hemos tenido ocasión de apuntar, los testimonios epigráficos más antiguos corresponden a tres inscripciones prelatinas halladas al sur de la provincia de Cáceres que se han clasificado por su grafía como evidencias de la **escritura tartésica o del Suroeste** (Coelho, 1976; de Hoz, 1989; Correia, 1996). Dos de ellas se encontraron en un majano: la de Almoriqui en Madroñero (Beltrán, 1973: 88-89; Almagro Gorbea, 1977: 265-266) y la de Cañamero (Hernández, 1972; Beltrán, 1973: 142-143; Almagro Gorbea, 1977: 267-268), de cronología más reciente; y la tercera, en Monfragüe, cerca de Torrejón el Rubio (Rivero, 1972-73b: 288; Beltrán, 1973: 59; Almagro Gorbea, 1977: 266-267), se localizó en un abrigo con pintura rupestre. Estos tipos lingüísticos no parecen superar la línea del Tajo y se ponen en relación con otros testimonios cercanos geográficamente en dirección sur, como algunas estelas del Suroeste o las inscripciones de Siruela y Medellín, en signario del Suroeste también, aunque ya fuera del marco (proto) vetón. Tocante a su desciframiento, contenido, cronología y a su posible vinculación con un contexto cultural y un grupo poblacional, el panorama es complejo y falto de información. La opinión más generalizada tiende a señalar el s.VI a.C. como el momento de introducción de este tipo de escritura meridional en Extremadura<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Al parecer esta escritura no desarrolló una continuidad directa, o al menos ésta no se ha registrado hasta el momento. El panorama lingüístico posterior de la meseta occidental corresponde ya, en lo que a fuente de transmisión se refiere, a un momento plenamente romano y a un carácter indoeuropeo. Sin embargo, algunos topónimos conservan una raíz arcaica pre-latina. Una muestra en este sentido lo constituye *Lacimurga* o *Lacinimurga*, núcleo meridional vetón preservado en varios epígrafes y en Ptolomeo (II, 5-7). Actualmente se piensa que los topónimos con sufijo en *-urgi* son propios del suroeste andaluz, y parecen relacionarse con un horizonte lingüístico anterior a la división de la Península en dos grandes áreas lingüísticas (indoeuropea y no indoeuropea o ibérica). Autores como Gorrochategui (1993: 418) se han preguntado si este testimonio podría entroncarse con las estelas del Suroeste (en la zona pacense de Orellana la Vieja, sitio de la antigua *Lacimurga* se halló una estela) y si se puede hablar de una sola lengua tartésica o es mejor pensar en dos: una en el valle del Guadalquivir, área nuclear tartésica, y otra más extensa y algo posterior en su *hinterland* con infiltraciones en Extremadura y la región (proto) vetona. En cualquier caso, lo que creemos más relevante es la conexión de *Lacinimurga* con las tierras meridionales, lingüísticamente hablando; de igual forma que lo testimonian las tres inscripciones cacereñas, tal vez algo anteriores, de indudable adscripción tartésica.

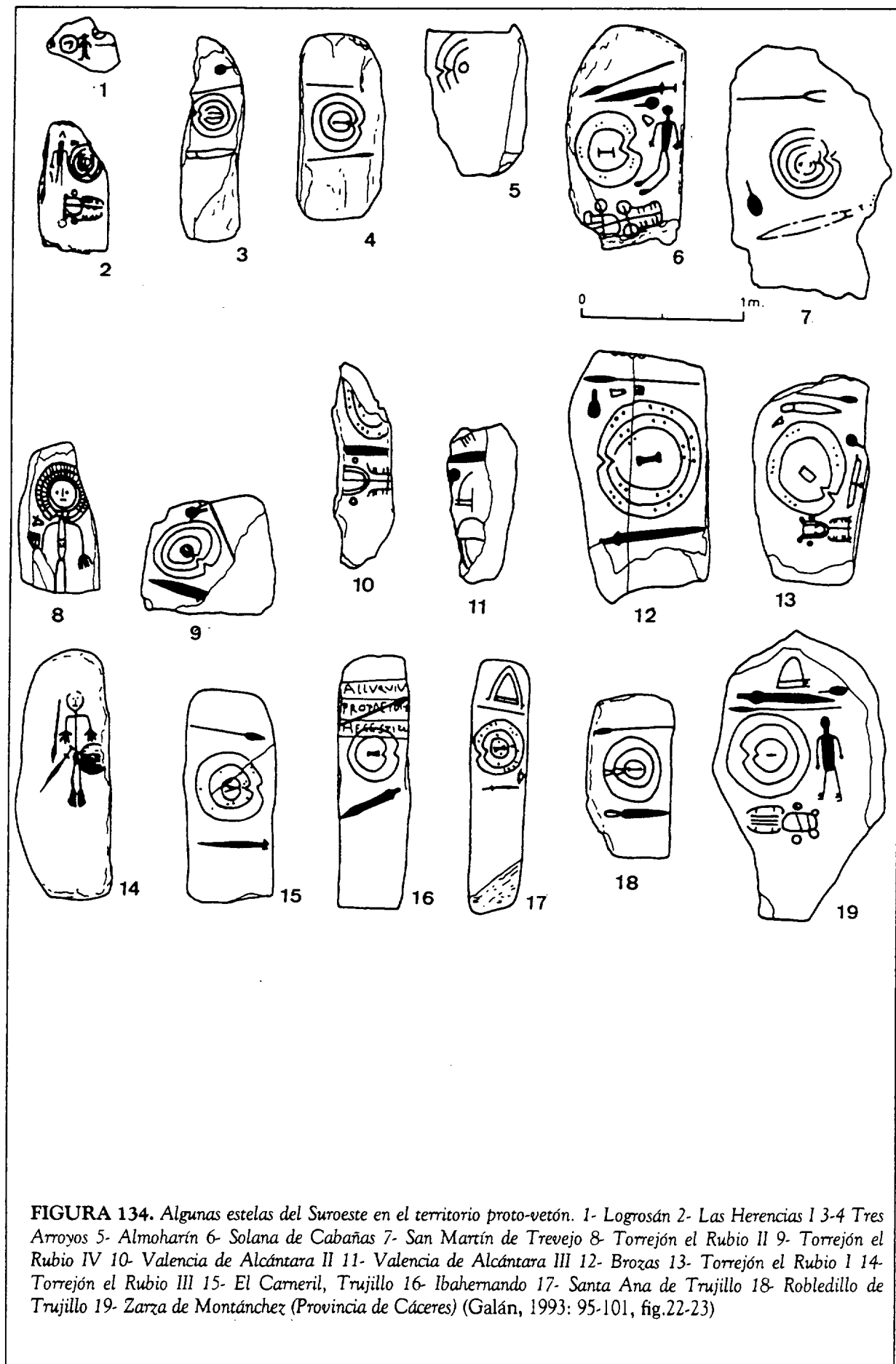
...ooo000ooo...

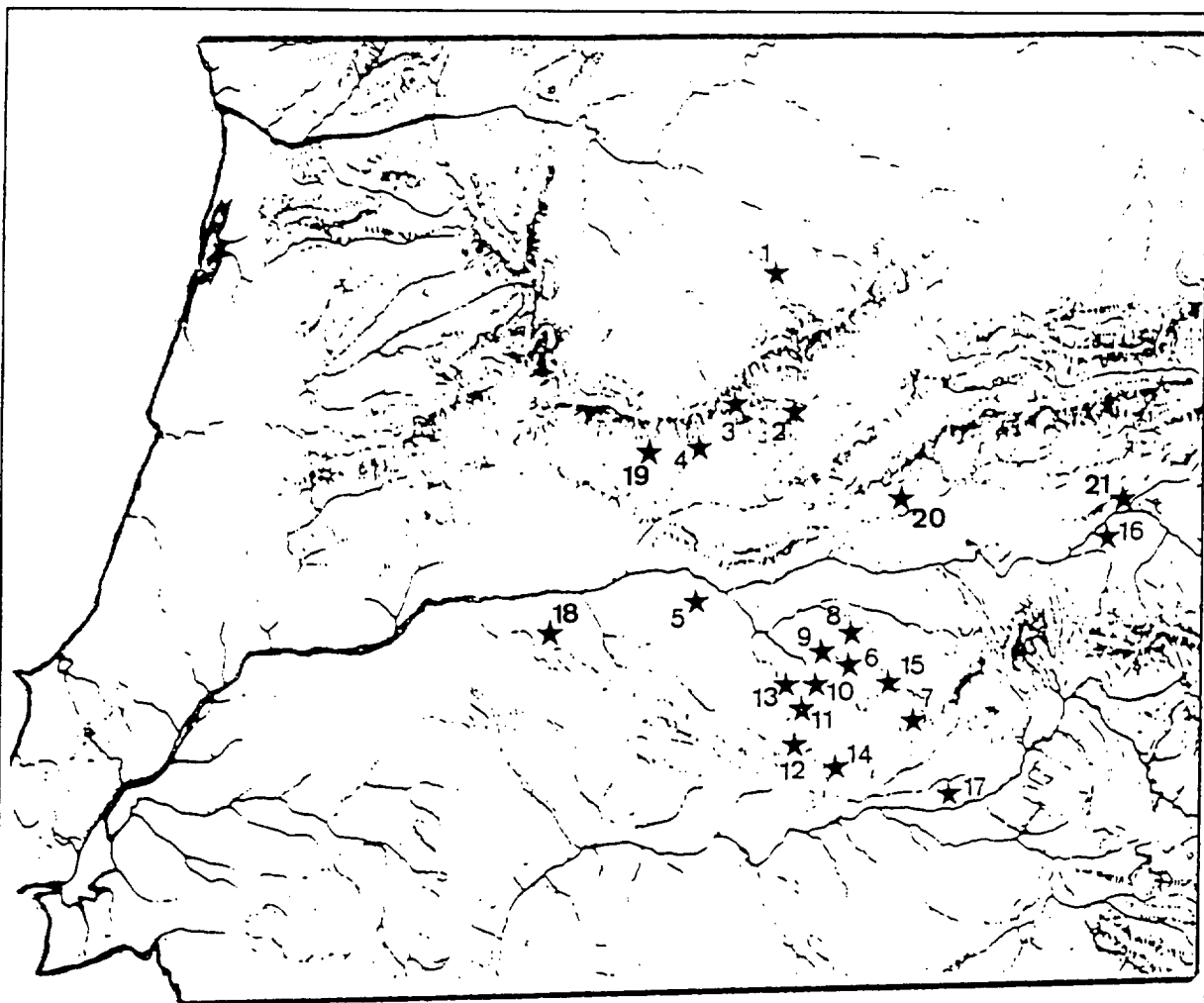
En síntesis, para terminar este capítulo de antecedentes, diremos que esta amalgama de hallazgos advierten la importante relación establecida con el foco tartesio-andaluz y con puntos de transición orientalizante como Medellín (Badajoz), estación que marca la periodización del momento (Almagro Gorbea, 1977: 299-482; Almagro Gorbea/Martín Bravo, 1994a). A la vez son testimonios que refuerzan el papel de intermediario de nuestro espacio entre los extremos sur y norte del Occidente peninsular (ss.VIII-V a.C.), fundamentado en la trascendencia de la protohistórica Vía de la Plata, espina dorsal del territorio vetón-vacceo. Ello se tenía por bien patente en Extremadura desde hace veinte años (Almagro Gorbea, 1977; *id.*, 1990a; Celestino *et alii*, 1992: 316; Celestino, 1995a: 72-76), pero modernamente se está reconociendo también este fenómeno aculturador en la Primera Edad del Hierro de la cuenca central del Duero, el horizonte que hemos dado en denominar proto-vacceo<sup>12</sup>.

La singularidad cultural del área que estudiamos obedece a la particular interpretación que un potente sustrato indígena realiza de esta efluencia cultural orientalizante, tanto más *distorsionada* cuanto mayor es el alejamiento geográfico y temporal con el sur.

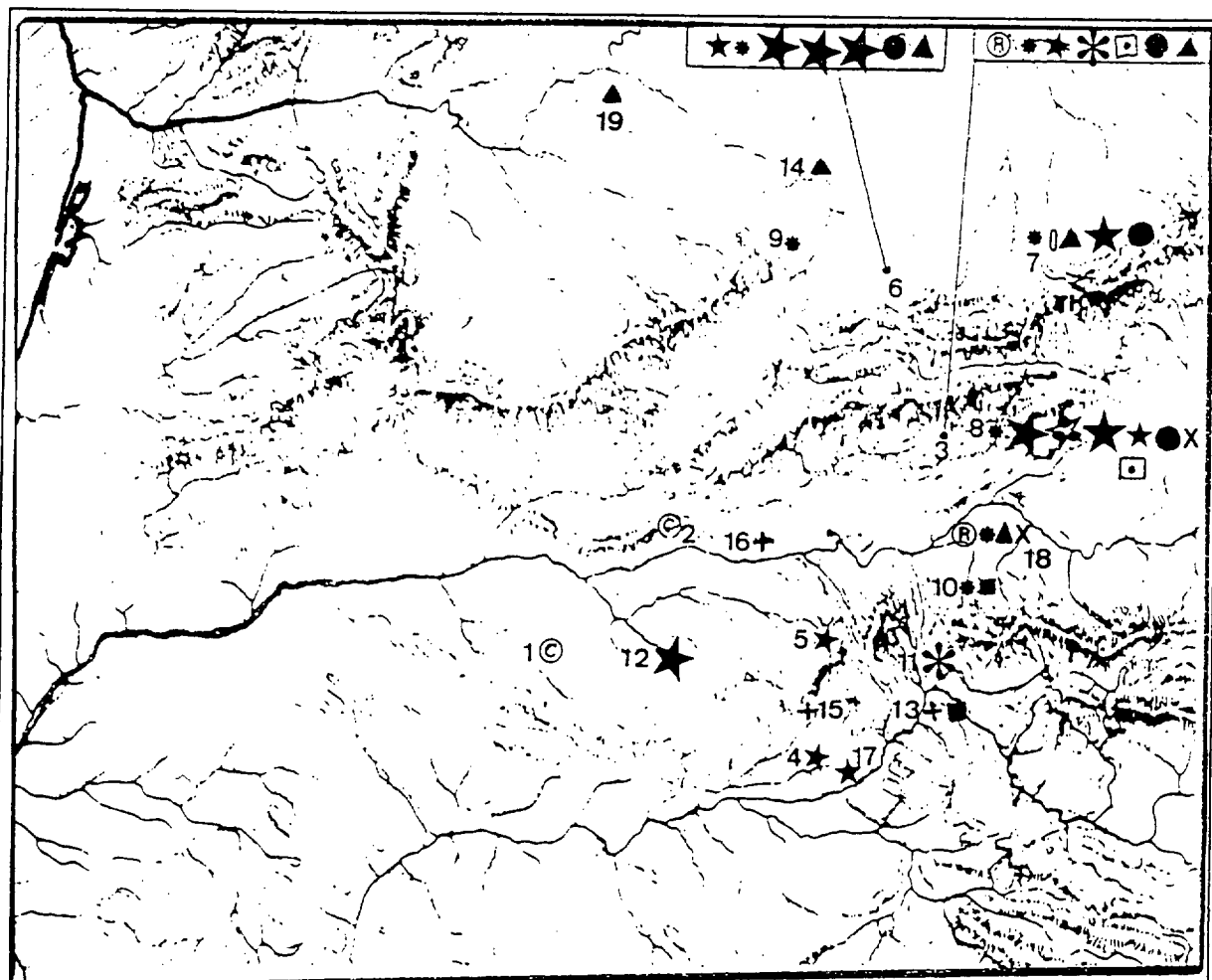
<sup>12</sup> Existían una serie de indicios reconocidos siempre velozmente en la bibliografía desde fines de los setenta (el atisbo inicial corre a cargo de Delibes/Martín Valls, 1978: 228-229; tras ellos: Romero, 1985: 94-95; Esparza, 1986: 365; Almagro Gorbea, 1986-87: 40-41; Benet *et alii*, 1991: 134; Delibes/Romero, 1992: 251; Romero/Jimeno, 1993: 199-200..., etc.). Cuando teníamos prácticamente redactado este capítulo hemos leído el artículo firmado por F. Romero y M<sup>a</sup>.L. Ramírez, que puede ser considerado el primer trabajo publicado dedicado de pleno a las relaciones mundo Soto-mundo mediterráneo, tal como señala su mismo encabezamiento (Romero/Ramírez, 1996). (El artículo se ocupa principalmente de las cerámicas pintadas, las fíbulas de doble resorte, las primeras piezas de hierro y las faunas comensales alóctonas como testimonios de contacto meridional). Nos alegra sabernos coincidentes en la valoración de esa conexión con estos autores. Una idea que resume su reflexión final: "La documentación de toda esta serie de elementos de claro origen meridional otorga, en definitiva, al mundo del Soto un cierto aire cosmopolita y permite incluir su territorio, siquiera sea como confín más septentrional, en el llamado hinterland orientalizante-tartésico" (Romero/Ramírez, 1996: 322).





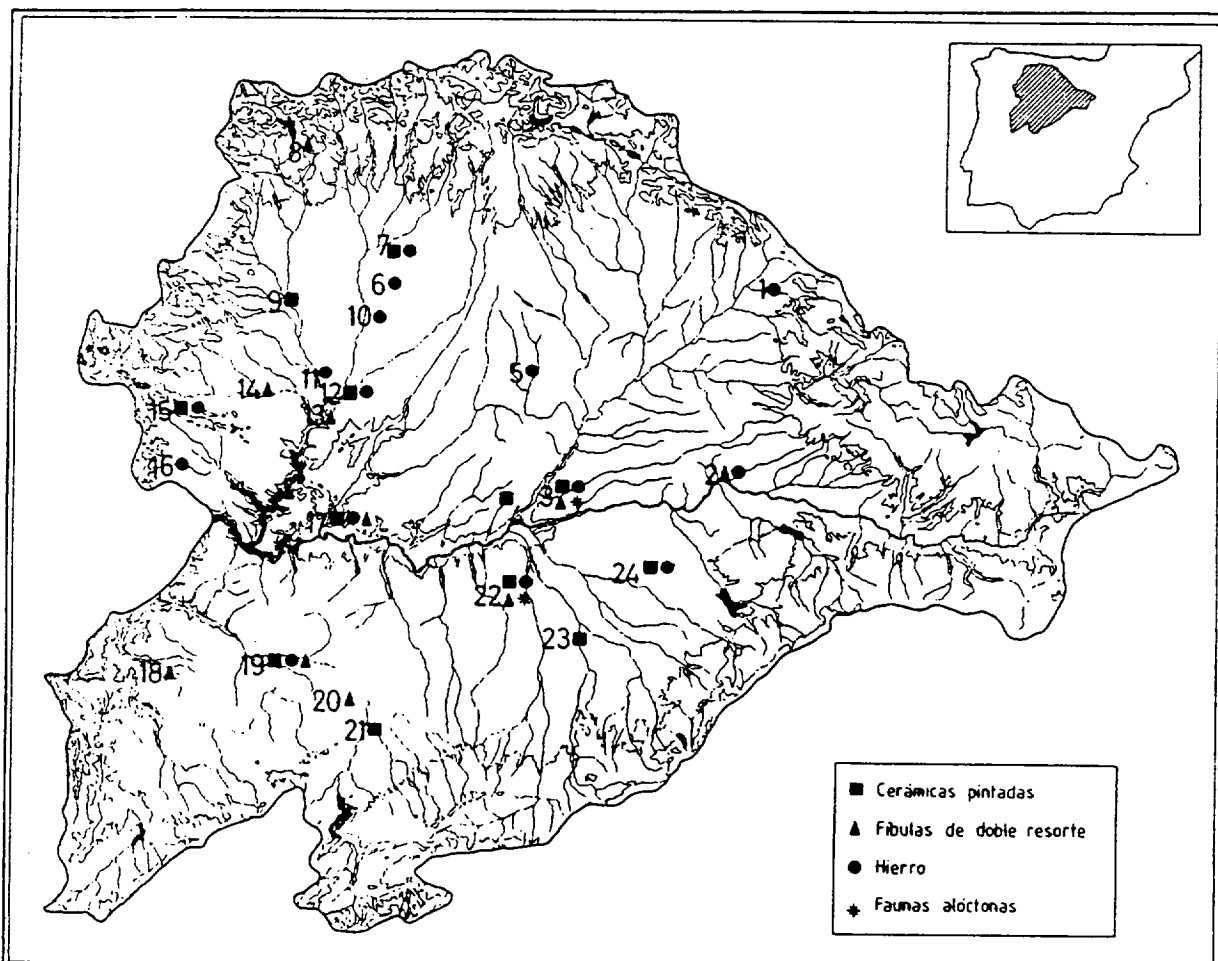


**FIGURA 135.** Hallazgos de estelas del Suroeste en el territorio proto-vetón. 1- Ciudad Rodrigo (Salamanca) 2- Riomalo de Abajo (Cáceres) 3- Robledillo de Abajo (Cáceres) 4- Hernán Pérez (Cáceres) 5- Torrejón el Rubio (Cáceres) 6- Solana de Cabañas (Cáceres) 7- Almoriqui (Cáceres) 8- El Carneril, Trujillo (Cáceres) 9- Ibañero (Cáceres) 10- Santa Ana de Trujillo (Cáceres) 11- Robledillo de Trujillo (Cáceres) 12- Zarza de Montánchez (Cáceres) 13- Salvatierra de Santiago (Cáceres) 14- Almoharín (Cáceres) 15- Logrosán (Cáceres) 16- Arroyo Manzana, Las Herencias (Toledo) 17- Orellana la Vieja (Badajoz) 18- Brozas (Cáceres) 19- San Martín de Trevejo (Cáceres) 20- Jarandilla (Cáceres) 21- Talavera de la Reina (Toledo)

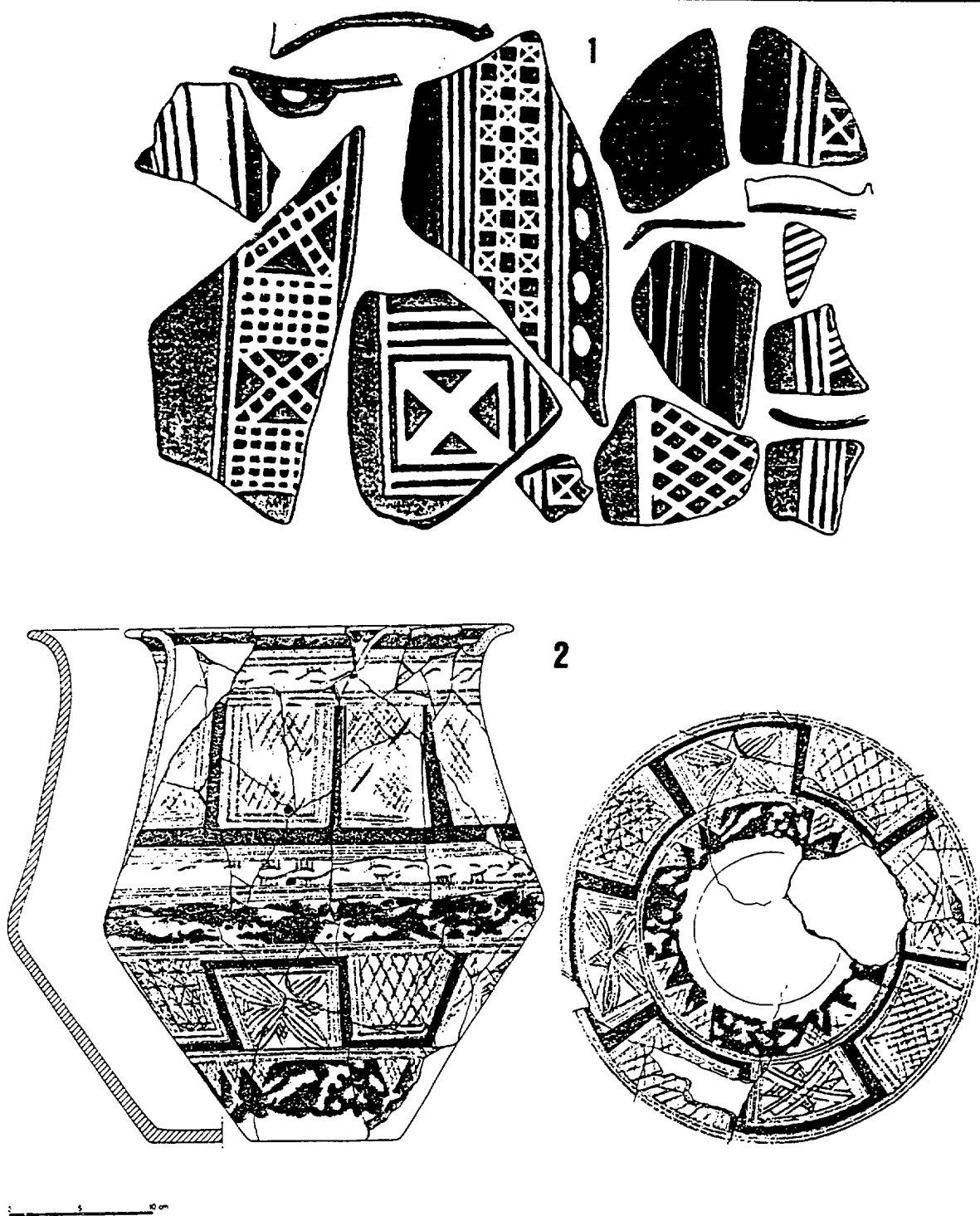


- © Conjuntos completos
- Ⓡ Jarros de bronce
- ★ Arracadas
- \* Braserillos
- ✱ Vasos de bronce
- ★ Figuras de bronce
- Ⓢ Placas de cinturón
- Ⓢ Diademas
- Brazaletes de bronce
- Asadores de bronce
- ▲ Fíbulas de doble resorte
- ✱ Vasos de vidrio
- + Restos epigráficos
- X Timiaterios

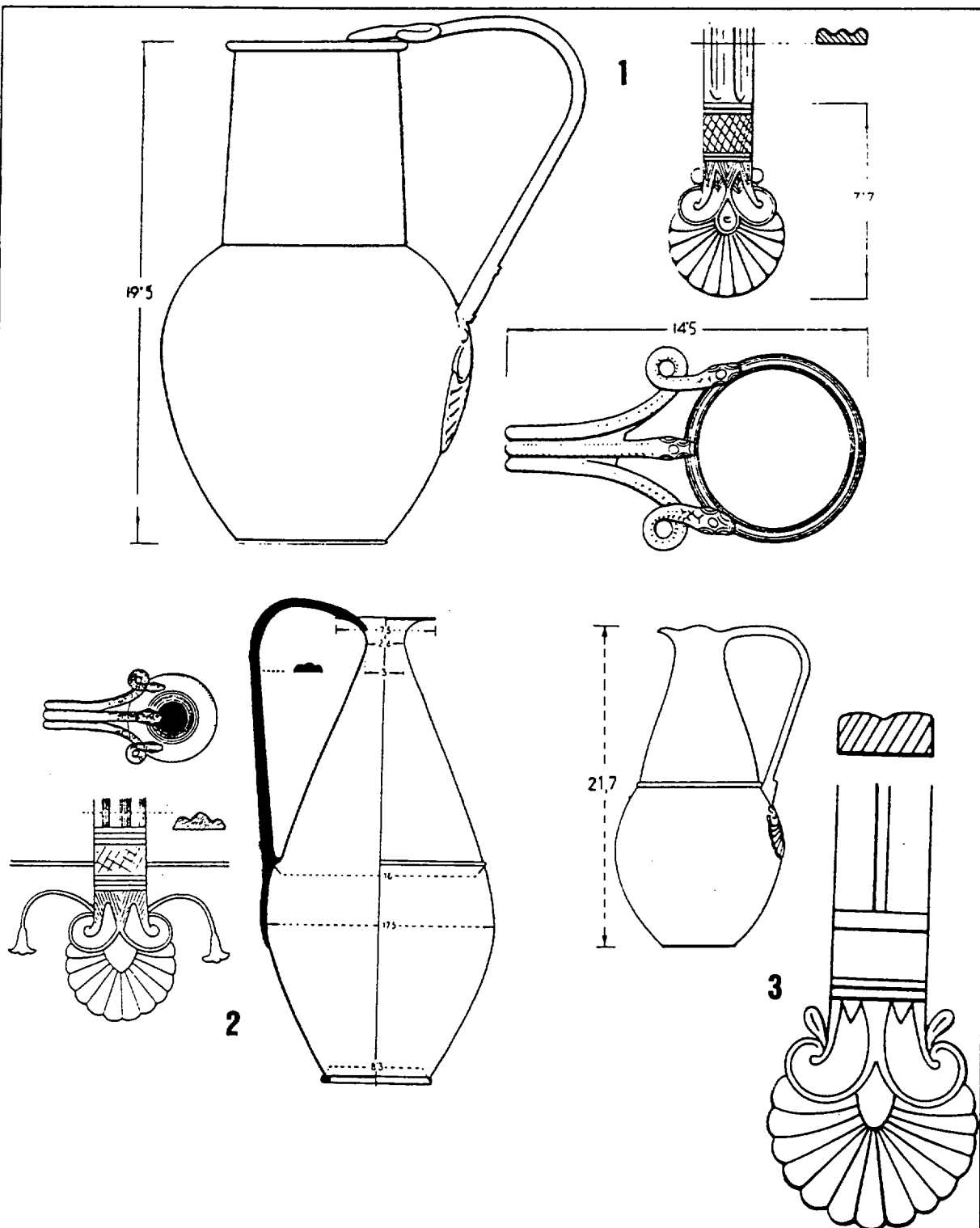
**FIGURA 136.** Distribución de algunos hallazgos orientalizantes en el territorio proto-vetón. 1- Aliseda (Cáceres) 2- Serradilla (Cáceres) 3- Villanueva de la Vera (Cáceres) 4- Madrigalejo (Cáceres) 5- Aldeacentenera (Cáceres) 6- Cerro del Berrueco (Salamanca) 7- Sanchorreja (Ávila) 8- El Raso (Ávila) 9- Picón de la Mora (Salamanca) 10- El Carpio, Belvís de la Jara (Toledo) 11- Berzocana (Cáceres) 12- Torrejón de Abajo (Cáceres) 13- Cañamero (Cáceres) 14- Salamanca 15- Almoriqui, Madroñera (Cáceres) 16- Monfragüe, Torrejón El Rubio (Cáceres) 17- Cogolludo, Nalvillar de Pela (Badajoz) 18- Las Fraguas, Las Herencias (Toledo) 19- Ledesma (Salamanca)



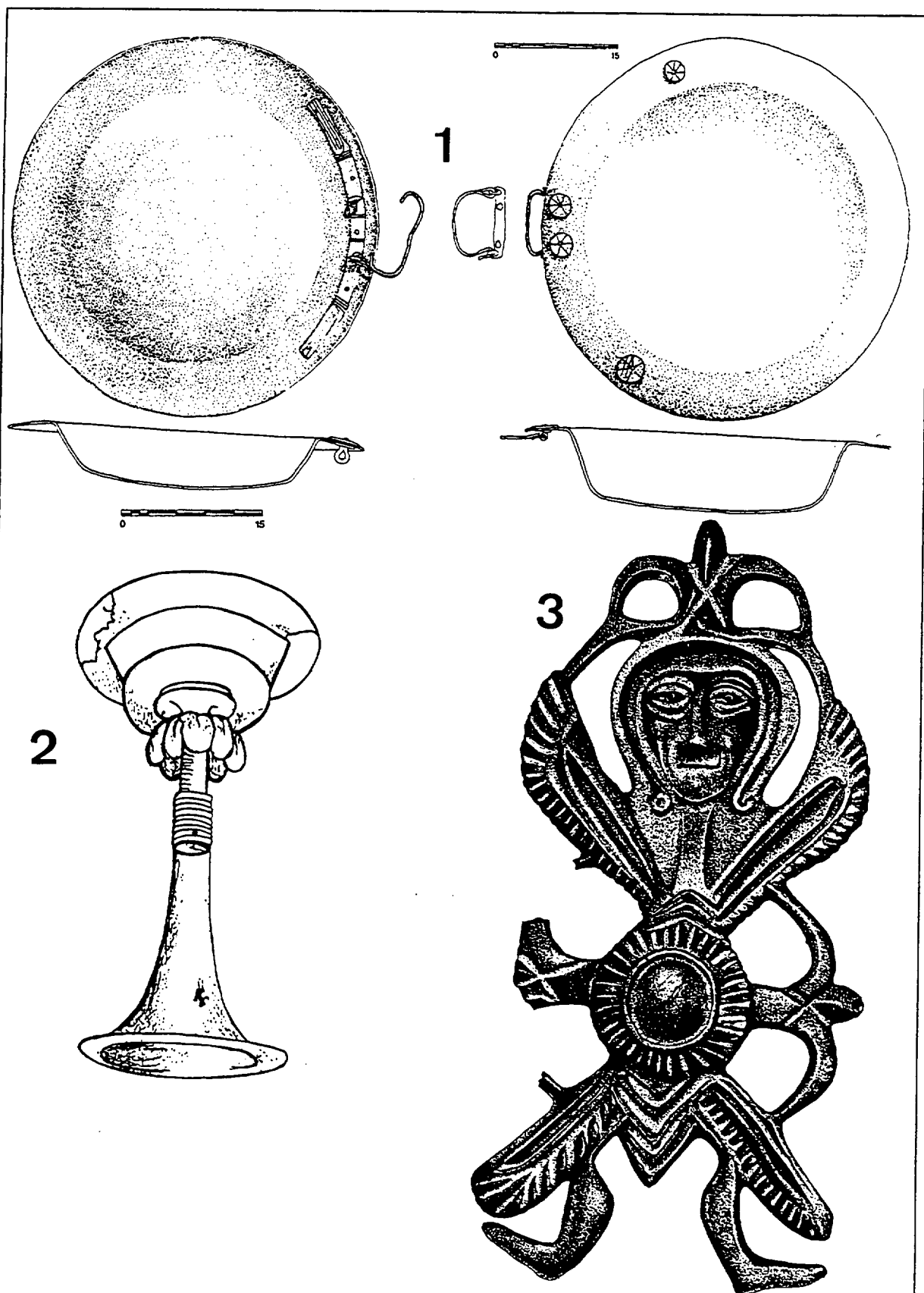
**FIGURA 137.** Distribución de algunos hallazgos orientalizantes en el territorio proto-vacceo y área afín. 1- El Castillo (Burgos) 2- Roa de Duero (Burgos) 3- Soto de Medinilla (Valladolid) 4- Simancas (Valladolid) 5- Cerro de San Pelayo (Castromochó, Palencia) 6- Gusendos de los Oteros (León) 7- El Castro, Villacelama (León) 8- El Castillo, Los Barrios de Luna (León) 9- Castro de Sacaojos (Santiago de la Valduerna, León) 10- Valencia de Don Juan (León) 11- El Pesadero, Manganeses de la Polvorosa (Zamora) 12- Los Cuestos de la Estación, Benavente (Zamora) 13- Castro de la Magdalena (Milles de la Polvorosa, Zamora) 14- El Castro, Camarzana de Tera (Zamora) 15- El Castillo (Manzanal de Abajo, Zamora) 16- El Cerca (Sejas de Aliste, Zamora) 17- La Aldehuela (Zamora) 18- El Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca) 19- Plaza de San Martín (Ledesma, Salamanca) 20- Cerro de San Vicente (Salamanca) 21- Cerro de San Pelayo (Martimánor, Salamanca) 22- la Mota, Medina del Campo (Valladolid) 23- Almenara de Abajo (Valladolid) 24- Cuéllar (Segovia) (Romero/Ramírez, 1996: 314, fig.1)



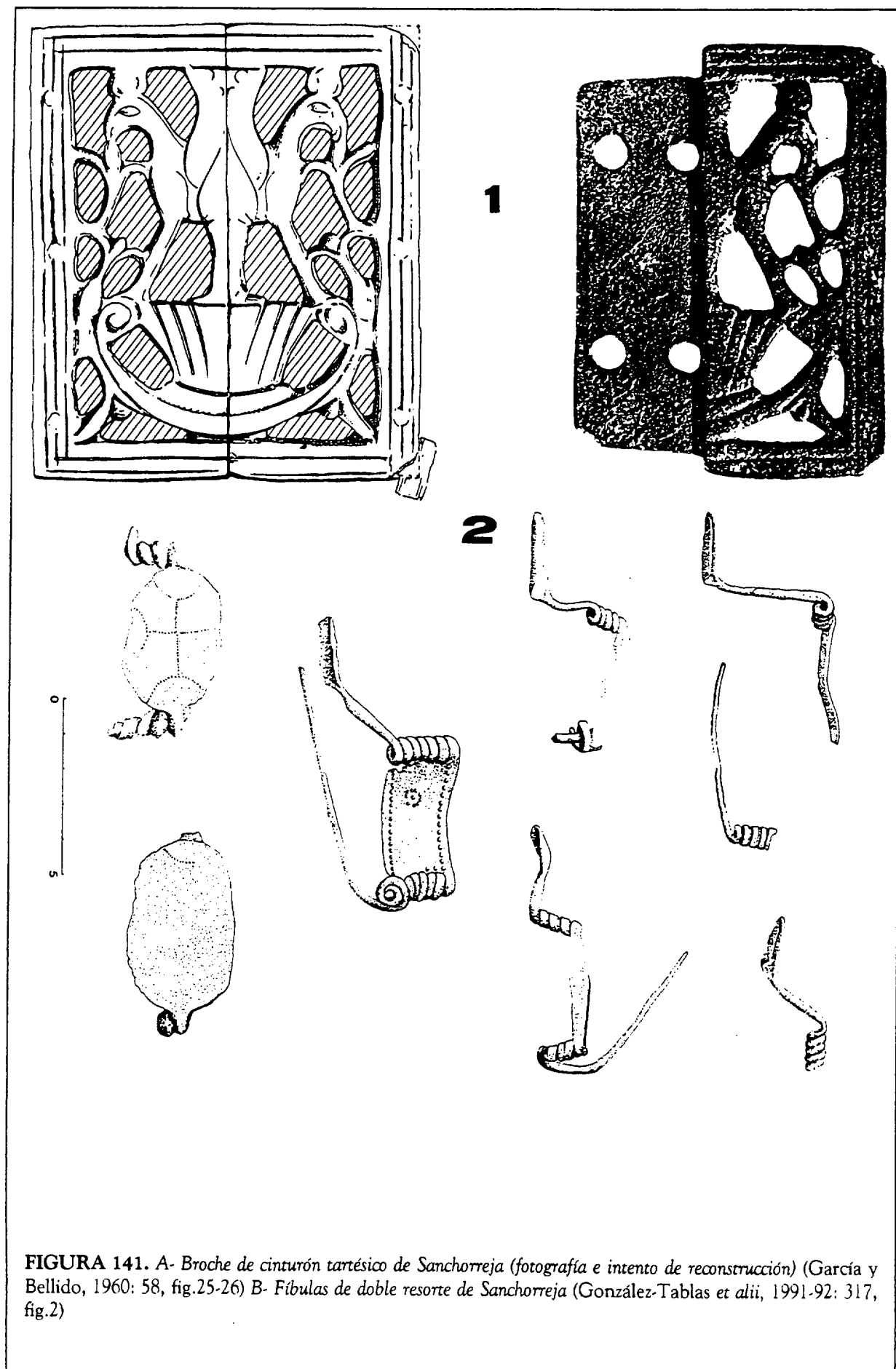
**FIGURA 138.** Cerámica pintada post-cocción. 1- Sanchorreja (Maluquer, 1958b) 2- Medina del Campo (Seco/Treceño, 1993: 157, fig.14)



**FIGURA 139.** Jarros tartésicos. 1- Villanueva de la Vera, Cáceres (García y Bellido, 1960: 45, fig.2) 2- Las Fraguas-Arroyo Manzana, en Las Herencias, Toledo; Metropolitan Museum de Nueva York (Fernández Miranda/Pereira, 1992: 81, fig.5) 3- Coca, Segovia (Blázquez, 1975a: 64, fig.6-7)



**FIGURA 140.** Bronces orientalizantes. 1- Braserillos de Sanchorreja (González-Tablas et alii, 1991-92: 321-322, fig.11-12) 2- Timiaterio de Las Fraguas-Arroyo Manzana, en Las Herencias (Fernández Miranda/Pereira, 1992: 83, fig.7) 3- Figura alada del Cerro del Berruoco (García y Bellido, 1932)



**FIGURA 141.** A- Broche de cinturón tartésico de Sanchorreja (fotografía e intento de reconstrucción) (García y Bellido, 1960: 58, fig.25-26) B- Fíbulas de doble resorte de Sanchorreja (González-Tablas et alii, 1991-92: 317, fig.2)



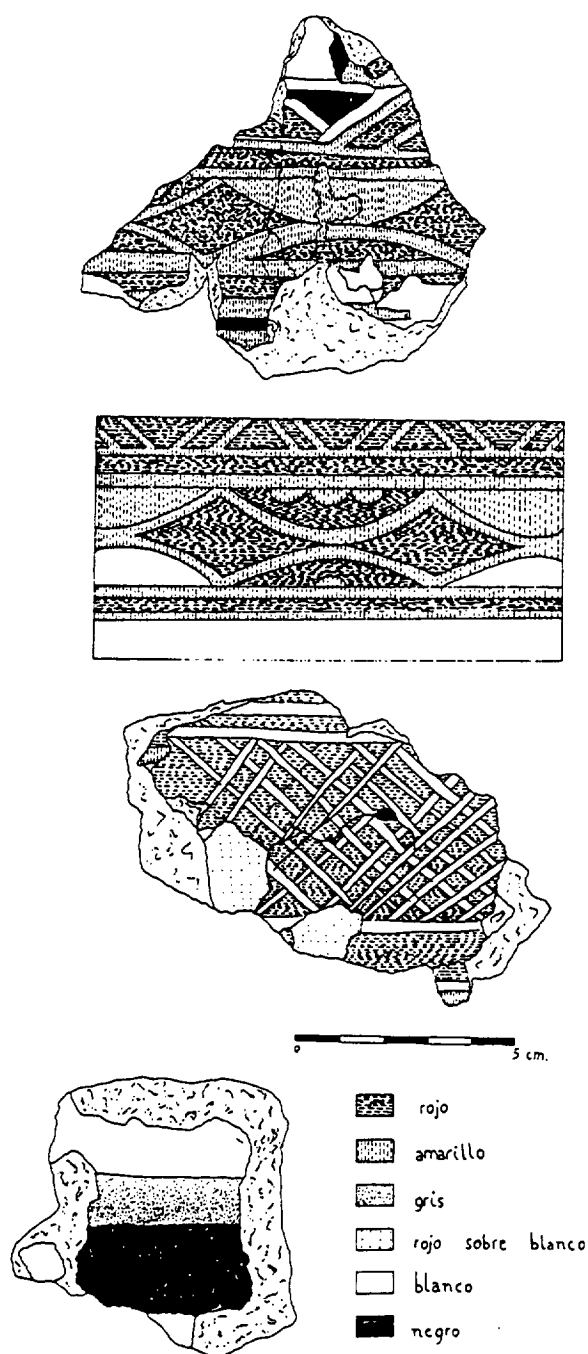


FIGURA 142. Revocos de pared pintados de Benavente, Zamora. Influjo meridional (Celis, 1993: 107, fig.8)

## III-3 FORMAS DE CONTACTO: MECANISMOS Y AGENTES DE INTERACCIÓN

---

### III-3.1 TIEMPOS DE GUERRA

---

Entre la multiplicidad de significados que depara la guerra, ésta sólo será revisada aquí en tanto que representa, tal como la definiera el literato alemán E. Junger, “la más solemne forma de contacto entre los pueblos”. Y es que sin necesidad de asentir que sea la más solemne, sí es cierto que interpreta uno de los actos más categóricos de relación entre los hombres.

Por descontado que el conflicto bélico debe tomarse como comportamiento humano integrado en un sistema socio-cultural amplio, fuera del cual no se explica. Como tal, constituye un subsistema de indudable complejidad, heterogéneo en su manifestación, consustancial al hombre desde el estadio más primitivo y, por ello mismo, con una evolución paralela a la de la propia sociedad. Independientemente del enfoque que se haya dado a su estudio (antropológico, histórico, psicológico, estratégico...), no cabe duda que por la magnitud de sus connotaciones la guerra es un puntal en la construcción de una cultura compleja<sup>1</sup>.

Amparados en la guerra, las gentes entran en contacto. El asalto de una caravana, el robo de un rebaño, el asedio de una ciudad o el choque abierto de dos ejércitos son

---

<sup>1</sup> La importancia de la guerra como factor de comunicación y evolución y a la postre como vehículo que conduce a la formación del Estado, tiene gran eco en la investigación. En el campo antropológico está firmemente asentada la *teoría de la guerra* o la raíz competitiva y bélica del Estado: el control de los recursos básicos (tierra, ganado...) es el fundamento de la jerarquía sociopolítica. Al enfrentarse por estas y otras bases económicas, los grupos activan la competencia entre sí, desencadenando el proceso de formación de estructuras socio-políticas antagónicas. Sobre la relación guerra-estado, Carneiro (1970; *id.*, 1978), y tras él, Webster (1975), Fried (1961), Lewis (1981), Price (1984) y Cohen (1984). Es de gran interés la obra conjunta Ferguson (1980), con distintas aproximaciones al tema, y el ya clásico estudio de A. Toynbee (1976).

A veces desatendemos el sentido práctico de las cosas para buscar explicaciones más *elevadas*. En este sentido nos parece cuando menos perspicaz la llamada de atención de M. Harris (1982: 59-78). La interpretación mundana y desmitificadora del antropólogo americano hace de la guerra, sencillamente, el resultado del equilibrio tripartito entre población-medio ambiente-economía. “El estudio de la guerra primitiva nos lleva a la conclusión de que la guerra ha formado parte de una estrategia adaptativa vinculada a condiciones tecnológicas, demográficas y ecológicas específicas. No es necesario invocar imaginarios instintos criminales o motivos inescrutables o caprichosos para comprender por qué los combates armados han sido tan corrientes en la historia de la humanidad” (Harris, 1982: 77-78).

Véanse la introducción conceptual de Alonso Baquer (1997) y el planteamiento arqueológico de la cuestión (Vencl, 1984; Alonso Sánchez, 1988).

formas de interacción, ya hemos visto que de tipo heterodoxo y con un resultado -en lo que se refiere a efectos del contacto- claramente basculante hacia una de las partes, la que vence. Gracias al aval documental que hemos presentado con anterioridad estamos en situación de reflexionar más abiertamente sobre el tema en relación al protagonista que nos ocupa. ¿Qué representa la acción guerrera de los pueblos meseteños como factor intercultural?

## A- LOS CONFLICTOS INTER-ÉTNICOS

### ASALTOS

De los numerosos trabajos generales sobre la guerra en el mundo antiguo<sup>2</sup> y en la Hispania prerromana en particular<sup>3</sup>, no hay prácticamente ningún título que la aborde en detalle como mecanismo de contacto cultural, a pesar de que en todos ellos -generalmente en un capítulo introductorio sobre significados y alcances de la guerra- se cita este aspecto como consecuencia importante, en el que sin embargo apenas se profundiza.

Desde un punto de vista interno, intrameseteño, las comunidades vacceas y vetonas, como cualquier otro grupo prerromano, entraron en contacto no pocas veces de forma violenta. El reflejo informativo de estas acciones es muy tenue, pero ello no impide dejar de pensar en la asiduidad de estos asaltos. La *violación* del enemigo adquiere un sinnúmero de formulaciones, pero por regla general en todas ellas debió estar presente la búsqueda de un botín, la obtención de un beneficio. El resultado sería, como ya hemos indicado, un

<sup>2</sup> Entre la extensa oferta bibliográfica destacamos los siguientes estudios generales: Garlan (1972), Harmand (1976), Toynbee (1976), Humble (1980) y Feest (1980). Véase también la breve síntesis bajo un prisma mediterráneo de la guerra en el Ier milenio a.C. de F. Quesada (1997a). J.L. Brunaux y B. Lambert llevan a cabo un completo estudio sobre la guerra y el armamento en el mundo galo, muy aprovechable para nuestro análisis por la cercanía de muchos aspectos (Brunaux/Lambert, 1988).

<sup>3</sup> Ha sido oportuna la aparición en nuestros días del excelente catálogo que complementó la exposición *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid, Mayo-Junio 1997), (A.A.V.V., 1997). De esta monografía citamos para el caso concreto de los pueblos meseteños las síntesis, acaso excesivamente globalizadoras y celtistas, de Almagro Gorbea (1997) sobre guerra y sociedad, y, con menos pretensiones, la de García Huerta (1997) acerca del enfoque de la guerra en los textos clásicos. Efectivamente la guerra ocupa las páginas de importantes estudios monográficos, dedicados sobre todo a la Hispania indoeuropea. Así, P. Ciprés (1993) para Celtiberia y Lusitania con base exclusiva en el testimonio literario; B. García Fernández-Albalat (1990) para *Gallaecia* y Lusitania con un análisis enmarcado en la tradición indoeuropeísta de Dumézil; las atractivas autopsias de G. Sopena con hincapié en el compromiso ético del guerrero celtibérico y en el ritual que representa su forma de vida agnóstica, desde su juventud hasta el Más Allá, analizando este autor la guerra bajo una perspectiva religiosa, como "espacio consagrado" que

intercambio unilateral o negativo, ya que la acción de dos se limita a la apropiación violenta de una de las partes sobre la otra; a resultas de lo mismo el grupo vencido o asaltado vería cambiar la propiedad de sus campos, reducirse los límites de su territorio, teniendo que hacer entrega de bienes de riqueza (caballos, joyas, prisioneros, alimentos, armas...), a veces como botín capturado y a veces como tributo reglamentado.

Ante las características de estas sociedades meseteñas, es lógico pensar que la razón del mayor número de conflictos interétnicos descansó en el dominio de las bases económicas, en cualquiera de sus formas. Por ello entre estas gentes el móvil de sus ofensas y al tiempo, y en sentido inverso, de sus preocupaciones defensivas, fueron los aspectos primarios de sus sistemas socio-económicos: los rebaños de ganado, los campos de cultivos, los núcleos de población, los centros estratégicos de abastecimiento, los territorios étnicos..., al margen de valores más íntimos como la defensa del individuo o la familia, si bien esto se adecuaba más a hostilidades personales y no tanto al enfrentamiento de grupos amplios que es lo que históricamente nos interesa.

Especialmente la protección de cabañas y vías pecuarias parece actuar como fundamento en la ordenación de estos pueblos. Ya hemos visto el peso de la impronta zoomorfa en la cultura material y en restos faunísticos de la meseta occidental, sobre todo bóvidos, suidos y ovicaprinos. Igualmente apuntan en este sentido las noticias de las fuentes sobre la abundancia ganadera y la estructura de los *oppida* con la presencia de recintos limitados por murallas que tradicionalmente, y a pesar de que en algunos sitios se desmiente en parte, pueden interpretarse como encerraderos para los animales. El ganado mayor (especies bovina y ovicaprina) es quizá el bien más representativo de estas comunidades, aunque no es el exclusivo pues ya se ha señalado que entre los vetones el oro también tiene alta enseña como riqueza natural. Representa un objetivo primero para las élites guerreras de estos centros salvaguardar tan importante fuente primaria y, en contrapartida, adueñarse de la misma cuando los ganados escasean o sencillamente como medida de debilitamiento del enemigo<sup>4</sup>. No obstante nos parece que esta segunda

---

descifra la ética guerrera del celtíbero (Sopena, 1987; *id.*, 1995); o el menos ambicioso pero interesante artículo de J. Muñiz (1995).

<sup>4</sup> Así lo indica por ejemplo Almagro Gorbea (1997). Según su esquema, en el centro y occidente peninsulares se documenta un sustrato cultural de economía básicamente ganadera comparable al de otras regiones de la Europa atlántica, lo que favorece la formación de élites guerreras como consecuencia de la jerarquización que exige la defensa de los ganados y el control de vías y zonas de pastos. La trashumancia se relaciona estrechamente con la formación de cuerpos guerreros que han de proteger las vías de paso y, en sentido extenso, con la eclosión de formas sociales

actuación no debió estar tan arraigada en los habitantes de la meseta occidental, donde sin dudas el sector ganadero fue excedentario en líneas generales, como en los pueblos más periféricos del norte y oeste donde las condiciones medioambientales y otros factores históricos limitaron las posibilidades de especialización ganadera. Así, ya nos hemos referidos a las *razzias*, probablemente la forma de asalto más característica<sup>5</sup>, de tribus septentrionales (cántabros, astures, turmogos) sobre las tierras de la cuenca media del Duero en busca de ganados y cosechas, correrías descritas por los clásicos para los tiempos de conquista (Floro, II, 33, 47; Orosio, VI; 21, 3). Es bien sabido que algunas de estas prácticas, por ejemplo el robo de ganado, tienen a veces un sentido simbólico, y se relacionan con el funcionamiento de cofradías guerreras formadas por jóvenes que abandonan su comunidad<sup>6</sup>, tal como alumbran las fuentes para distintos escenarios de la Europa Antigua.

Pero a la vez que prácticas guerreras ritualizadas y rivalidades entre grupos familiares, aldeas y ciudades, se entablan conflictos entre grupos étnicos mayores<sup>7</sup>. Las

---

complejas (*princeps*, *equites*, *devotii* o clientes...) y modelos de concentración urbana (*oppida* y *civitates*). Vid también Almagro Gorbea (1995b) para el avance socio-institucional de este proceso. La conclusión de Almagro Gorbea es que “este espíritu era resultado de una larga tradición de guerreros-pastores que culminó en una eficaz organización gentilicia, que debe considerarse la clave de la expansión celtibérica, paulatinamente impuesta sobre el sistema social anterior, protocéltico, originario de la Edad del Bronce” (Almagro Gorbea, 1996: 221).

Estamos de acuerdo con Almagro Gorbea en valorar la incidencia ganadera en la activación del mundo meseteño, aunque con algunas matizaciones regionales. Más cuestionable nos parece la concepción integral, positivista y celtiberófila de su teoría de *protoceltas* y *celtas* (vide infra revisión del concepto *celtiberización* en III-3.4).

<sup>5</sup> Para Harmand (1976: 24) las *razzias* constituyen “incursiones de duración limitada que una fuerza armada realiza en territorio extranjero, sin acompañamiento de no combatientes, con el elemental propósito de llevarse un botín y con el más sistemático de destruir los recursos del medio escogido” (Harmand, 1976: 24). Este tipo de escaramuzas puntuales en el fondo representan la raíz de los posteriores conflictos estatales dilucidados en guerras abiertas, pero esto sólo se da en sociedades suficientemente organizadas. Así, se contrapone la idea de “guerra primitiva” (*razzias*, guerrillas improvisadas y golpes de mano sorpresivos) frente al “concepto occidental de la guerra”, desarrollado por los estados nacientes del Mediterráneo en el último milenio a.C.; la guerra de griegos, latinos y púnicos (una panorámica general en Quesada, 1997a). Que es lo mismo que encarar, ahora bajo los presupuestos de la historiografía clásica, la naturaleza irracionalmente belicosa de los bárbaros occidentales frente al concepto del *bellum iustum* ciceroniano tutelado por Roma (Cipres, 1993: 35-50).

<sup>6</sup> Con frecuencia se habla de la *función ritual del guerrero*, enlazándose prácticas descritas por los clásicos para gentes del occidente peninsular, el caso más señalado es el bandolerismo lusitano (en el que se engloban las incursiones de grupos guerreros hacia terrenos fértiles del sur), con costumbres socio-religiosas como el *ver sacrum* latino. De las distintas interpretaciones de estos movimientos ya nos hemos ocupado en los puntos I-1.2.A (espc. nota 13) y I-1.5.B (espc. notas 89-90); bajo una óptica ritual (emigraciones cíclicas de jóvenes guerreros, robos de ganado como ritos iniciáticos, *larrocinium*, fratrías guerreras... etc.) son de interés los trabajos de Sopeña (1987; *id.*, 1995: 75-86), Peralta (1990), García Fernández-Albalat (1990), Lincoln (1991), Ciprés (1993: 136-158), Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís (1993) y Almagro Gorbea (1997).

<sup>7</sup> Entendemos por tal una agrupación poblacional compuesta por varias comunidades locales concordantes en un territorio de relación, unidas por lazos familiares extensos, por principios religiosos y lingüísticos, con una familiaridad en la cultural material y una conexión económica y política, que les hace participar de la misma entidad y reconocerse en el etnónimo con el que se autobautizan. Estos rasgos dan forma a los conjuntos étnicos, para los que no hemos de pensar en realidades herméticas e inmóviles sino en identidades que comparten elementos con las vecinas, interrelacionadas por tanto, y en proceso de continua transformación (etnogénesis). Para el esclarecimiento de la identidad étnica véanse Shennan (1989), Renfrew (1990: 176-178), Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero (1992) y P. Graves-Brown *et alii* (1996) desde el punto de vista arqueológico, y Eriksen (1993) desde la perspectiva antropológica. A pesar de lo resbaladizo que resulta para la investigación contemporánea la diferenciación de un grupo étnico antiguo,

fortificaciones de los *oppida* meseteños, las armas presentes en las sepulturas de los individuos destacados socialmente, y parcas referencias literarias, son los argumentos que se utilizan para hablar del tradicional carácter bélico de las entidades prerromanas. Es frecuente la aparición en la bibliografía de expresiones del tipo “guerra endémica indígena”, “armas alzadas a perpetuidad”, “estado de guerra permanente”, “innata tendencia autodestructiva”, “particularismo exaltado de las tribus ibéricas”, etc. No dudamos del desarrollo de conflictos entre grupos vecinos y entre otros extensos y alejados, pero a nuestro juicio se ha exagerado el alcance del ejercicio guerrero de las gentes del interior peninsular, tenido no pocas veces como agente único de enriquecimiento económico. Si hacemos acopio de las fuentes, para el caso de los pueblos que estudiamos, es proporcionalmente mucho mayor el número de veces que actúan confederados, en tareas de asociación, auxilio y refugio frente a Roma o sus aliados (*vid* II-1.1 cuadro 2), que enfrentados entre sí, a pesar de la insistencia de algunos autores en el talante guerrero de las gentes mesetarias en particular y de los hispanos en general (Estrabón, III, 4, 5; III, 4, 13; Justino, XLIV, 1-2; Livio, XXVIII, 12, 10; XXXIV, 17; Triviño, 1953: 40-44). Es curioso cómo una de las escasas noticias referidas a la enemistad de grupos del interior, la de vacceos hostigando a carpetanos que fue la razón en la que se justificó Lúculo para llevar a guerra a los campos del Duero central a mediados del s.II a.C. -ya que los carpetanos eran aliados romanos-, es desmentida por el mismo Apiano (*Iber.*, 51), fuente del relato, que desautoriza la acción del general al que supone inventor de un argumento falso. Es sólo un ejemplo anecdótico de valor relativo, pero a nuestro juicio no se han ponderado suficientemente otras actitudes político-territoriales de los grupos meseteños que no sean las relacionadas con la guerra. Dicho de otra manera, ésta tiene indudable trascendencia en la formas de vida de ciertos grupos sociales (Sopeña 1987; *id.*, 1995; Ciprés, 1993; Marco, 1994: 378-395), pero ha monopolizado la manera de entender todas las formas de relación exterior, no sólo con Roma sino también entre las mismas unidades indígenas<sup>8</sup>.

---

debieron existir elementos definitorios y perceptibles para los etnógrafos clásicos que son los que en sus descripciones y crónicas nos transmiten nombres y rasgos de los distintos pueblos. En primer lugar, por obvio que parezca, si los autores greco-latinos hablan de vetones, vacceos, arévacos u oretanos, pongamos por caso, hemos de suponer que no lo harían aleatoriamente, sino que debieron contar con criterios más o menos determinantes -si bien es cierto que a nosotros se nos escapan- para distinguir unos pueblos de otros y tener claro que entendían por el grupo al que se estaban refiriendo: unas costumbres, una lengua, un territorio aproximado, unos lazos sanguíneos, un tipo especial de vínculo con el territorio sobre el que se asientan y una manera de explotarlo, incluso una apariencia exterior característica, etc. Por otra parte el análisis lingüístico de la etnonimia prerromana parece demostrar que se trata de auto-denominaciones indígenas; esto es, definiciones endoétnicas surgidas en el seno de aquellas sociedades que internamente también disponían de criterios distintivos entre sí, y expresadas en remotas lenguas indoeuropeas todavía insuficientemente conocidas. Sobre estos últimos aspectos, Untermann (1992) y Rodríguez Álvarez (1994; *ead.*, 1996).

<sup>8</sup> En este sentido nos parece desmedida la “imagen guerrera de la sociedad céltica” que ofrecen algunos autores (muy patente en el número de contribuciones con ese hilo conductor en el trabajo colectivo A.A.V.V., 1997). Se

Quizá la idea de guerra interétnica endémica es más literaria que real. Ello lo suponemos con más garantías para el grupo vacceo.

## BOTINES, TRIBUTOS Y REPARTOS

Como decimos, de las acciones de asalto se extrae un logro que repercute en la sociedad del grupo en el que se integra, aspecto de interés pues de él se pueden extraer datos sobre el ordenamiento interno de estos grupos a partir precisamente de la reacción que el reparto de botines y también tributos lleva consigo. En efecto, no pocas veces el resultado de una contienda bélica pudo significar además del saqueo instantáneo la entrega de un tributo periódico, que el grupo receptor garantizaría a través de elementos de presión, caso de la toma de rehenes. Estos pagos serían realizados en patrones de riqueza local: caballos y demás reses domésticas, pieles de buey, prendas textiles como *saga*, cargas de cereal, prisioneros..., lo cual tenemos documentado como impuestos que las comunidades hispanas pagan a Roma en tiempos de conquista (Solana, 1994a: 103), y que de forma aproximada podemos extrapolar como mecanismo indígena intrameseteño.

La irrupción de mercancías económicas foráneas en una comunidad local da pie al desarrollo de una modalidad de intercambio a la que ya nos hemos referido: la redistribución de bienes desde un punto central, que es lo mismo que decir a partir de un

---

sobreexplota esta idea, a costa de no estar abiertos a la contemplación de otras formas no excluyentes a la guerra sino íntimamente relacionadas con ella (diplomacia, comercio, exogamia...), y se abusa también de la extensión del concepto *celta/céltico* a muchos pueblos que no lo son, sobre todo si no se define previamente lo que se entiende por tales términos. Guerra y celtas están siendo dos *topoi* en la literatura actual igual que lo fueron en la literatura clásica augustea, si bien en ésta la justificación es atenuante por el contexto ideológico-político del momento. A nuestro juicio debe sopesarse esta lectura con otros parámetros, y no olvidarnos de dos preceptos metodológicos:

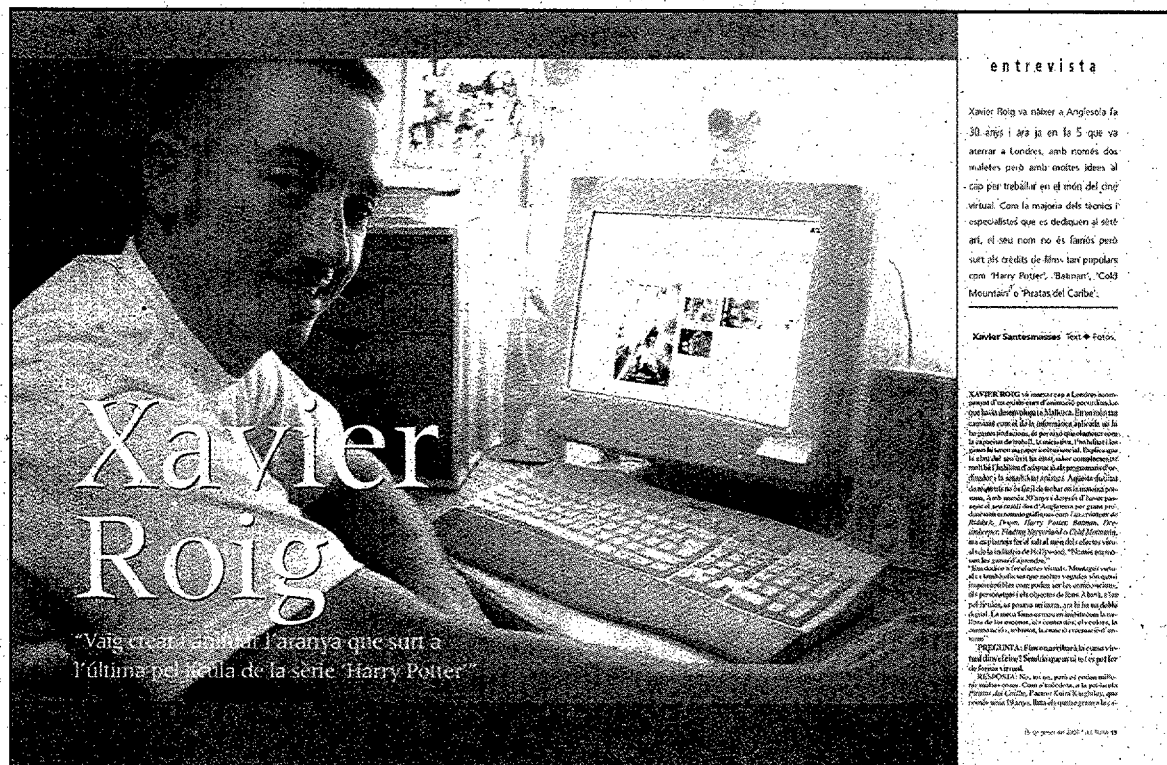
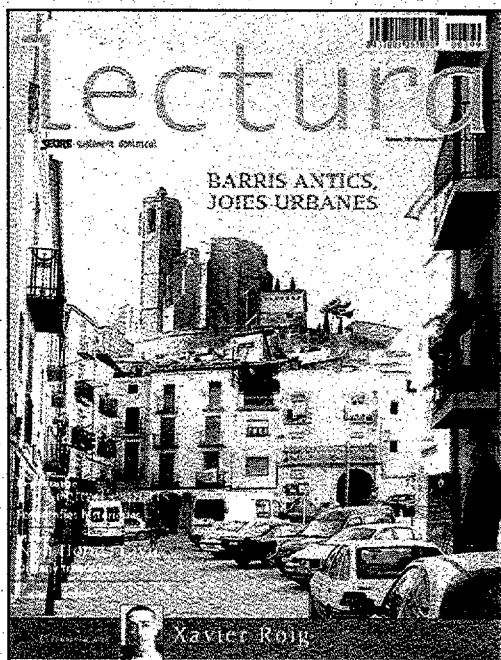
a) El sentido simbólico de las armas en contextos funerarios y rituales: lo cual no excluye del todo la lectura directa (arma: instrumento de defensa->realidad guerrera), pero conlleva una *distorsión* de proporción desconocida si hemos de ser sinceros (en este punto coincidimos con posturas más reflexivas como las de W. Kurtz o F. Quesada).

b) El uso de las fuentes literarias al respecto: para saber por qué hablan tanto de la belicosidad hispana, miremos cuándo, cómo, de quién y para quién escriben la mayoría de autores (vid. punto I-1.2 C notas 24-31; García Quintela, 1990; *id.*, 1991a; Plácido, 1987-88). Para una interpretación realista, el punto de arranque estriba en singularizar la *ferocitas celtica* como etnotipo del bárbaro (Sopena, 1995: 80-85).

En otro orden de cosas, llevamos un tiempo reflexionando sobre el carácter ritualizado con que la bibliografía contempla la acción guerrera de estos pueblos, a nuestro juicio un enfoque a veces desmedido. Está suficientemente demostrado que los conflictos armados entre grupos se amoldan a formas de comportamiento éticas o si se prefiere religiosas, pero nos sigue pareciendo que por muy trascendentes que sean los principios guerreros que revelan las fuentes, en el fondo no dejan de ser sino coordenadas iconográficas que esconden o disimulan la verdadera razón de ser de la guerra. Con mucha frecuencia esta última, el fondo del conflicto -que nosotros presumimos de naturaleza económica (necesidad de recursos básicos en su génesis)-, pasa desapercibido frente a la atracción que tiene la forma con que la lucha indígena se exterioriza en los registros de información. La guerra fue terreno abonado para la expresión ritual del guerrero meseteño que participa de ella, pero antes de eso fue el terreno que permitió, junto a otros



# diumenge...



# Lectura

reportatges, entrevistes, cultura,  
internet, salut, gastronomia, motor,  
art, humor, al suplement dominal de

**SEGRE**



nos interesa por distintas razones. En primer lugar es un testimonio más de las formas de lucha indígena, y de la frecuencia de asaltos encabezados por un jefe militar en busca de bienes y recompensas. Pero además, este episodio ilustra muy bien cómo el resultado de un triunfo guerrero da paso a un mecanismo socio-económico de redistribución que alcanzaría global pero jerárquicamente al conjunto de la comunidad a la que pertenece el grupo de guerreros que regresa victorioso; y cómo ese mecanismo es operado por el cabecilla de la comunidad, un individuo que forma parte del grupo oligárquico y que acrecienta las bases de su poder gracias precisamente a los resultados de la acción militar, tanto más prestigiosa cuanto más lejano sea el escenario de los hechos y los símbolos que lo identifiquen, tal como veremos en el siguiente punto. Por descontado que nuestro comentario es una lectura hipotética derivada de una adaptación *metafórica* si se quiere del pasaje literario, pues en verdad las fuentes se limitan a dar de Viriato la imagen de un Robin Hood anacrónico, la de un delincuente al que casi justifican por su talante igualitario, justo y barbarizadamente noble, según el modelo del *buen salvaje* adaptado de otro tiempo o la doctrina cínica de los que participa la historiografía clásica (Lens Tuero, 1986; López Melero, 1988; García Quintela, 1993). Pero aun hay otro dato que extraer de estos relatos: la manipulación que de los tesoros y botines adquiridos hace un jefe como estrategia política de adhesión de clientes y de garantía de fidelidad y disciplina en sus ejércitos, a la sazón caracterizados por su heterogeneidad (Apiano, *Iber.*, 75). Viriato distinguía y obsequiaba a sus partidarios con magníficos presentes (Diodoro, XXXIII, 1, 3 y 5)..., a pesar de la parquedad textual<sup>11</sup> enseguida se nos vienen a la mente el valor simbólico del regalo, y la articulación de relaciones sociales mediante el mecanismo del don y el contra-don que ya hemos estudiado.

Se deduce por tanto que las luchas y asaltos intergrupales son una de las vías de enriquecimiento económico más habituales en la meseta prerromana y que los jefes

---

conseguido por ningún otro de los generales: durante los ocho años de esta guerra un ejército constituido de elementos heterogéneos nunca se le rebeló y siempre fue sumiso y el más resuelto a la hora del peligro" (traducción Gómez Espelosín, 1993: 103); hasta Cicerón, *De off.*, II, 40: "Y así por su equidad en repartir el botín obtuvieron un gran poder no sólo Bardilis, bandolero ilirio, sino también y mucho mayor el lusitano Viriato" (traducción F.H.A.; Schulten, 1937: 330).

<sup>11</sup> En la que sigue habiendo espacio para el revestimiento estoico y ejemplar con que los autores griegos aluden al comportamiento del lusitano, ahora en lo tocante al valor material de las cosas. Un claro ejemplo se encuentra en la reflexión que Viriato dirige el día de su boda a su suegro Astolpas, contemplando los lujos del banquete: "Y de las muchas cosas que con gran tino dijo, en una sola respuesta dejó el contenido de muchas sentencias sobre la ingratitud a los bienhechores y la imprudencia de construir grandes esperanzas sobre los inestables bienes de la fortuna; y principalmente que estas famosas riquezas de su suegro estaban sometidas al que tuviesen la lanza; y, por tanto, que más bien a él se le debía gratitud, pues nada le daban siendo él el dueño de todo", Diodoro, XXXIII, 7, 1 (traducción F.H.A., Schulten, 1937: 329).

guerreros se apropian inicialmente y distribuyen después las ganancias obtenidas en forma de botines y tributos con el propósito de regular relaciones de dependencia y reciprocidad en el seno de unas sociedades en transformación<sup>12</sup>. Todo ello ofrecía la guerra. Esta cara interna de la violencia indígena puede ser la clave que de sentido al juicio que la acción de Viriato merece a Dión Casio (LXXIII): “En suma, no emprendía la guerra ni por avaricia, ni por amor al mando, ni por cólera, sino que la hacía por ella misma, y es por esto sobre todo que fue temido por belicoso y conocedor del arte bélico”.

## **B. ¿MERCENARIOS O ÉLITES GUERRERAS DE AUXILIO MILITAR?**

Seguimos buscando la huella de la práctica guerrera como hecho intercultural. Si acabamos de atender a la esfera local, ahora vamos a mirar más allá de la *frontera* del territorio de los pueblos que estudiamos. Sin dudas que el mercenariado es el más representativo de los movimientos extramesetanos llevados a cabo por algunos grupos guerreros. Del mismo hemos hecho un repaso al hablar de las fuentes literarias como testimonio de contacto, y en aquel capítulo (II-1.2) subrayábamos tres aspectos:

- 1) Los textos no confirman con rotundidad la existencia de *mercenarios*, en el sentido clásico de la palabra, entre vetones y mucho menos entre vacceos.
- 2) Aun así, hay pruebas de la participación militar de guerreros vetones en el exterior colaborando, sea ya puntual o sistemáticamente, desde al menos finales del s.III a.C. con vacceos, carpetanos, olcades, celtíberos, lusitanos y oretanos (*vide* cuadro 2: acciones y

<sup>12</sup> Así lo ha visto P. Ciprés en la Celtiberia: “A aquellos que disponían de un séquito la guerra, en general, les permitía obtener los recursos económicos necesarios con los que poder asegurar su servicio. En el caso del jefe militar su prestigio estaba determinado por su papel como redistribuidor del botín obtenido, si bien el retrato de algunos de los generales más importantes parece estar sujeto a estereotipos; en ellos siempre la justicia en el reparto y la generosidad son algunas de las características fundamentales que las fuentes le atribuyen. Recíprocamente la comunidad aporta de forma individualizada o particular bienes al jefe, que suponen el reconocimiento de su superioridad y que se conceden en la seguridad de que a cambio se obtendrán otros beneficios. De esta forma, en lo poco que podemos observar, vemos cómo se constituye un mecanismo de distribución de los recursos” (Ciprés, 1993: 134; *vide* también *ead.*, 1993: 166). En un contexto posterior y con un cambio en la cabeza protagonista, la relación de dependencia personal que lusitanos y celtíberos manifiestan hacia Sertorio, se articula simbólicamente mediante el juego de regalos. Presentes que el romano daba a los peninsulares y que eran correspondidos por otros ofrecidos por los indígenas o por su entrega fiel hasta la muerte (Plutarco, *Sert.*, XI, 4) (*vide infra*).

En el fondo estamos ante el mecanismo que la antropología utiliza para explicar el nacimiento de la jefatura a partir de la figura del redistribuidor: “La gestión de los excedentes de cosecha, que en parte seguía recibiendo para su consumo en festines comunales y otras empresas de la comunidad, tales como expediciones comerciales y bélicas, bastaban para legitimar su rango. De forma creciente, este rango era considerado por la gente como un cargo, un deber sagrado transmitido de una generación a otra con arreglo a normas de sucesión hereditaria. El gran hombre se habría convertido en jefe, y sus dominios ya no se limitaban a una sola aldea autónoma de pequeño tamaño sino que formaba una gran comunidad política, la jefatura” (Harris, 1996: 37).

alianzas inter-étnicas), y no descartamos -aunque tampoco podemos demostrar- que lo hicieran desde antes en tiempos no alcanzados por el registro literario. Al margen de los comentados estereotipos historiográficos sobre la belicosidad vetona, el sello guerrero que muestran algunos sectores de la cultura material del círculo vetón certifican la actividad guerrera, lo cual no significa hacer de ella el *modus operandi* exclusivo de dicho pueblo. Los vacceos parecen distanciarse en general de esta caracterización, por lo cual lo que a continuación precisamos está referido al grupo vetón.

3) La suma de estas dos deducciones nos llevó a enunciar páginas atrás el funcionamiento en el seno de la sociedad vetona de *élites guerreras de auxilio militar*<sup>13</sup> operando allende sus fronteras. Este tipo de acción que reconocemos en la meseta occidental es una idea que poco tiene que ver con la del *mercenariado*, concepto necesitado de revisión.

Expongamos la reconstrucción teórica de nuestra propuesta. Las necesidades económicas, la rivalidad social y la búsqueda de prestigio -en mayor grado que el innato talante guerrero desprendido por las fuentes-, son razones que condujeron a grupos de hombres a enrolarse y formar cuadrillas que bajo la dirección de individuos destacados política y socialmente actúan durante un tiempo al servicio de comunidades ajenas. Auxiliarían, a veces, a grupos vecinos, pero pudieron viajar a esferas más alejadas, las de pueblos del interior y occidente, llegando al solar de íberos meridionales y del sureste donde igualmente serían contratados por su disposición guerrera, atravesando incluso el Estrecho de Gibraltar para operar en el norte de África (Apiano, *Iber.*, 56-57). Distintas serían las tareas que comprenderían estas prestaciones militares, entre ellas podemos señalar hipotéticamente: reforzar la defensa del grupo contratante ante un ataque enemigo, protegiendo puntos esenciales -minas, ganados, rutas de paso-; complementar una ofensiva programada puntualmente, etc. En ocasiones la relación pudo equilibrarse con otros compromisos económicos, prestaciones laborales por ejemplo<sup>14</sup>, o con el establecimiento de *relaciones diplomáticas* de alcance más amplio entre los dos polos en acción (*vid infra*).

<sup>13</sup> El término *élites* debe comprenderse desde el punto de vista meseteño, entendiendo por tal un grupo de individuos preeminentes en sus comunidades locales. Cuando se hable de la presencia de estos grupos en ámbitos extrameseteños con patrones culturales diferentes, por ejemplo los pueblos ibéricos del sureste, debe aplicarse con cautela el término, toda vez que estas *élites* vetonas no son equivalente a las *élites* de bastetanos o contestanos. En este sentido, desde la contemplación exterior, tales grupos meseteños pueden identificarse más con la idea de *cuadrillas* o *cuerpos mercenarios*. Por otra parte la especificación de *auxilio militar* que completa el término acuñado, tampoco ha de interpretarse de forma absoluta; se trata del tipo de función más representativa según las fuentes literarias, pero el alcance real de la acción de estos grupos fue polivalente.

Sirva esta nota aclaratoria para reconocer los inconvenientes inherentes a las nomenclaturas y para defender el fondo de la idea (*vid infra*) frente a su concepción léxica.

<sup>14</sup> La disponibilidad de grupos de indígenas para actuar como *asalariados* o peones en tareas agrícolas o mineras de comunidades sobre todo del Mediodía, la fértil Turdetania con necesidad de mano de obra y suficiente riqueza como

Consideramos que estas cuadrillas guerreras no están compuestas en líneas generales tanto de individuos marginales, empobrecidos y al margen de sus comunidades, cuanto por grupos representativos de la misma, perfectamente integrados, que podemos calificar con cierto miramiento de *profesionales de la guerra*. A la cabeza de los mismos se alzaría un puñado de jefes locales, pertenecientes al grupo de poder de los *oppida* y bien considerados en su sociedad, secundados por gentes más sencillas que pudieron encontrar en el reparto de recompensas y en la fuerza de los lazos clientelares incentivos suficientes para inclinarse por esta actividad, una práctica por lo demás en poco extraña a la forma de vida de aquellos hombres. En el caso vetón disponemos de poquísimos datos literarios sobre la organización interna de estos grupos, pero para esferas cercanas y con un registro informativo mucho más explícito como es la Celtiberia, los últimos estudios concluyen la correspondencia del *mercenariado* con un fenómeno mucho más intrínseco y complejo, lejano a la consideración habitual de salida última de una sociedad marginal; así lo señalan M. Ruiz-Gálvez<sup>15</sup>, P. Ciprés<sup>16</sup> y G. Sopena<sup>17</sup> entre otros<sup>18</sup>.

---

para recompensar económicamente el servicio, ha sido tema de atención (Mangas, 1978; visto como servidumbre social). Pero de ello no existe reflejo alguno en las fuentes que lo confirme para el caso de vetones o vacceos, por lo cual el apunte no deja de ser teórico.

<sup>15</sup> “el mercenariado no implica necesariamente precariedad económica, sino que es una forma de vida, una institución, propia sobre todo de las sociedades pastoriles, por ello practicada por las comunidades meseteñas, tanto en épocas de penuria como de abundancia, como fórmula reguladora de tensiones dentro de la sociedad, y vía por la cual adquirir poder y prestigio a través de la obtención de despojos de guerra” (Ruiz-Gálvez, 1988b: 190).

<sup>16</sup> Para esta investigadora la *iuventus* es un grupo de gentes en edad militar dentro de la sociedad celtibérica dedicado principalmente a la actividad guerrera (Livio, XXIV, 19), que poco tiene que ver con un conjunto de desposeídos, puesto que entre sus miembros se encuentran individuos destacados como el ya señalado Allucio, régulo celtibero capaz de movilizar a 1.500 jinetes entre su clientela militar, que no es el único caso de *princeps Celtiberorum* (Livio, XXIV, 49; XXV, 32; XXVI, 50). Se trata de grupos bien organizados, con jefes reconocidos (*equites*, *nobilis*, *princeps* o *dux*) en torno a los cuales se forman séquitos de devotos (Livio, XXV, 33), que acampan en sitios diferentes a los de los ejércitos junto a los que combaten (Livio, XXXIV, 19), con potestad para decidir participar lejos de su ciudad (Livio, XXXIV, 19) como tropa comprada o *mercenaria* o como grupo de latrocinio devastando, por ejemplo, las tierras de suestanos y sedetanos aliados de Roma (Livio, XXVIII, 24), llegando a proceder contrariamente a la postura política adoptada por su comunidad patria (Apiano, *Iber.*, 31; Polibio, X, 6, 2 y 7; Livio, XXV, 33 y XL, 35) (Ciprés, 1990; *ead.*, 1993: 104-134). “Así pues, según los datos que poseemos, podemos concluir que los protagonistas tanto de las acciones de saqueo como del mercenariado son gentes que parecen estar dedicadas fundamentalmente a la guerra, entre las que se incluye aquel cuerpo social destacado en el mundo indígena que constituye la aristocracia militar. Su presencia en estos actos tuvo que estar asociada al *status* que ésta disfrutaba dentro de la comunidad y al propio carácter de las instituciones indígenas” (Ciprés, 1993: 113-114).

<sup>17</sup> “no se trata de soldados de fortuna a título individual, sino del concurso de grupos de tropas; no es exclusivo de naciones pobres, sino más bien de individuos necesitados y de aquellos pueblos que buscaron la adquisición de prestigio, independientemente por supuesto del beneficio económico añadido que pudiera reportar estos lances (...). La presencia de la *iuventus* céltica en estas lides se mostraría por lo tanto, al margen de los beneficios económicos que pudiera haber reportado, como otra expresión de esa guerra no esencial de la que se hablaba al principio, constituyendo un factor importante de vertebración social” (Sopena, 1995: 77-78).

<sup>18</sup> Por su parte J. Muñiz (1995: 26-29) distingue dos tipos de mercenarios en la Hispania céltica: 1) los de iniciativa voluntaria, jefes individuales que actúan por cuenta propia secundados a veces por grupos clientelares, ávidos de riqueza, que se apoyan en sus comunidades de origen entre los que son considerados *grandes hombres*; 2) grupos marginales más amplios; adeudados, con necesidades socio-económicas, que se ven olvidados a ejercer de soldados comprados.

En definitiva estamos ante élites guerreras que hallan en el servicio de armas una vía de adquisición de prestigio, del cual servirse al regresar a sus países para intensificar relaciones de dominio, y un medio de enriquecimiento económico habida cuenta que sus acciones serían gratificadas con pagos materiales (bienes de riqueza como son metales preciosos, joyas, cabezas de ganado, cargamentos de sal, regalos de prestigio para la élite...) y/o con convenios políticos que repercutieran favorablemente en el desarrollo de sus comunidades. Ello dependería del grupo poblacional con el que actuaran, de los intereses que aquéllos pudieran ofrecer a las cuadrillas meseteñas<sup>19</sup> y de la distancia geográfica que les separara. En ocasiones llegaron a formarse frentes de distintos pueblos más o menos fronterizos actuando en la defensa de intereses comunes de gran importancia para sus sistemas socioeconómicos. Uno de ellos sería la acción conjunta en asociación militar de vetones, vacceos y celtíberos auxiliando a carpetanos en las puertas de *Toletum* contra las tropas romanas de Marco Fulvio en 193-192 a.C. (Livio, XXXV, 7, 8; XXXV, 22, 8), que tal como hemos tenido ocasión de comentar (*vid* II-1.1) vemos factible interpretar como respuesta confederada de pueblos meseteños, secuela acaso de compromisos anteriores, que coinciden en la defensa de una zona estratégica como es la región media del Tajo. El que hemos denominado *tetrapylum toletanum*, es un punto principal en el paso de la submeseta sur a la norte y, en sentido horizontal, del espacio carpetano al vetón; por lo tanto un área por la que transitan mecanismos culturales y comerciales destacadísimos para la vida interna de aquellos pueblos, entre otros las rutas trashumantes<sup>20</sup>. Éste es el sentido que justificó en tales circunstancias la acción guerrera de cuadrillas vetonas en un punto externo -si bien no muy distante- a su región nuclear. Otras veces empresas de este tipo pudieron tener lugar en regiones separadas, caso de las tierras de la Iberia mediterránea, donde los motivos en juego no afectaban tan directamente al conjunto de las comunidades meseteñas, pero donde las élites guerreras, aquí ya más aisladamente, podían conseguir enriquecimiento directo y prestigios militares que tendrían un significado capital como referentes de poder en las comunidades locales tras los particulares *nostoi* de nuestros guerreros.

---

<sup>19</sup> Es prácticamente imposible averiguar si la puesta en funcionamiento de estas élites o cuadrillas guerreras del occidente meseteño obedece a una iniciativa particular de los cabecillas militares, con libertad de movimientos, o si es producto de decisiones políticas surgidas de los órganos de poder, en el sentido de que tan peculiares ejércitos meseteños constituyeran un arma en manos de poderes centrales (*oppidum* principal o estructura de varios enclaves de población confederados).

<sup>20</sup> Aquí nos parece adecuado pensar en una actuación aprobada por los poderes oppidanos y dirigida desde aquellos, pues están en juegos intereses generales que afectan a las economías de ámbitos regionales extensos. El alcance es demasiado profundo como para hacer protagonistas del mismo a guerreros particulares ansiosos de repartirse el botín que un conflicto ajeno podría ofrecer.

Lo que acabamos de exponer es una reconstrucción más que conjeturable -somos los primeros en reconocerlo-, que sólo futuros datos podrán verificar o desmentir. Pero vemos legítimo abrir la puerta a interpretaciones alternativas, eso sí mínimamente argumentadas. El *mercenariado* en la Hispania antigua siempre se ha estudiado bajo el patrón de la potencia mediterránea (estados griegos, Cartago, Roma) que se sirve de masas indígenas y anónimas para el engrose de sus ejércitos. Es verdad que esto fue así; tanto que no es aventurado admitir, como se ha insinuado, la participación de habitantes del occidente meseteño en las huestes anibálicas -la aventura púnica en el Duero pudo tener consecuencias más profundas que las que habitualmente se suponen- y, finalizada la Segunda Guerra Púnica, en ejércitos romanos actuando como *auxilia*. Pero no es menos cierto que hay otras vías de análisis, como la que se preocupa de planos internos no tan desiguales. Entre los indígenas ibéricos, entre gentes del interior, entre la meseta y el litoral, debieron desarrollarse múltiples relaciones, de las que formaron parte compromisos militares pocas veces atendidos. Si como confesamos desde el principio los datos que podrían explicar el funcionamiento de las *élites de auxilio militar* en tiempos prerromanos están muy difuminados<sup>21</sup>, no son tan indirectos los reflejos culturales que estos contactos pudieron deparar en las sociedades que los viven.

Esto se inscribe dentro de la idea, ya clásica, de ver el *mercenariado* como importante mecanismo aculturador, un aspecto que nos interesa especialmente.

Tradicionalmente se admite que la acción mercenaria posibilita a sus partícipes el conocimiento y la supuesta transmisión de ideas, modelos e incluso objetos importados a sus lugares de origen tras haber prestado servicios militares en otras comunidades, teniéndose en mente que dicho trabajo se lleva a cabo en el espacio de potencias mediterráneas, escenarios culturalmente más avanzados. Además, la vuelta de los mercenarios vendría acompañada de una remuneración económica por los servicios prestados, que debió tener cierto peso en la economía general de la comunidad; todo lo

---

<sup>21</sup> La imprecisión informativa obliga al siguiente interrogante crítico: ¿podemos hacer funcionar las alianzas y acciones inter-étnicas que las fuentes describen todo lo más para fines del s.III a.C. y en un contexto de reacción indígena ante un fenómeno inusitado como es la expansión púnica y la consiguiente conquista romana, en un tablero anterior ajustable al s.IV a.C. para el que no hay prácticamente otra luz que no sea la arqueológica?

cual se debate tanto para la Península Ibérica<sup>22</sup> como para otras zonas de la Protohistoria europea<sup>23</sup>.

Conviene ser comedidos en este tipo de evaluaciones, más aun para un enfoque regional como el nuestro<sup>24</sup> y no pasar por alto el hecho de que la testificación arqueológica del movimiento mercenario es bastante deleznable<sup>25</sup>. Pero aun así, pensamos que la secuencia arqueológica de la meseta occidental muestra indicios más o menos tenues del efecto socio-cultural de estas élites guerreas operantes en el extranjero. Nos referimos sobre todo al reflejo funerario. Algunas sepulturas vetonas con ajuares mortuorios que incluyen armas singulares tipo falcata, espada de frontón..., presentes en La Osera y en El Raso, o piezas suntuarias claramente exóticas, por ejemplo las célebres placas y el disco-coraza de la tumba 350 de la zona VI de La Osera, el timiaterio de El Raso, el anillo de cornalina itálico más tardío de Botija entre los hallazgos de depósitos cerrados, pudieron pertenecer a algunos de los notables personajes que suponemos capitaneando estos cuerpos militares en el s.IV a.C. Lo mismo podría pensarse para ciertas estructuras tumulares, tanto algunas

<sup>22</sup> Vide nota 6 del punto II-1.2. Un repaso historiográfico de la cuestión en la completa síntesis de Quesada (1994a). Discrepando de la corriente clásica de opinión, F. Quesada se muestra escéptico sobre el papel aculturador como agentes de *helenización* de los mercenarios ibéricos en los ejércitos cartagineses y griegos. Mercenarios ibéricos que, en su opinión, representaban una realidad numérica muy escasa, siendo todavía mucho más bajo el número de los que regresaban a su patria tras licenciarse, al menos para el período anterior a la Segunda Guerra Púnica.

<sup>23</sup> Por ejemplo en la Península Itálica. Tagliamonte (1994) ofrece una completa puesta al día sobre el mercenariado en Magna Grecia y Sicilia, dedicando un apartado a su análisis como factor de migración, movilidad social y, por tanto, como forma de contacto cultural en las sociedades campana, siciliota y de la Italia meridional (Tagliamonte, 1994: 55-66). "Entrambe queste forme di emigrazione, militare (per classi di età) e mercenaria, rappresentano delle possibili chiavi di lettura per interpretare il processo di penetrazione italica verso il sud della penisola durante il VII e VI sec.a.C. e assieme ad altre manifestazioni di mobilità geografica collegate ad attività subordinate (artigiani, *gladiatori*, manodopera in generale) e stagionali (transumanza, guerra) o a fenomeni di tipo *coloniale* costituiscono verosimilmente i canali attraverso i quali tale infiltrazione può essersi attuata" (Tagliamonte, 1994: 66).

Algo parecido se produce en Centroeuropa, tal como quedó señalado en el estudio comparativo (III-1.2 B). El mercenariado de guerreros celtas ocupa las páginas de interesantes trabajos, entre los que destacan: Nash (1985), valorando la acción en el desarrollo de las comunidades políticas galas, Bujna (1982) y Arnold (1988) desde el plano social y funerario de La Tène Final, o Szabó (1991), somera visión de conjunto, (*id.*, 1995), para la expansión guerrera hacia el sureste de la Céltica. La prestación militar de grupos celtas se ha planteado entre tierras continentales e insulares; así, S. Macready y F.H. Thompson (1984: 94, 105) valoran esta actividad por parte de galos belgas hacia el sureste de Britania.

<sup>24</sup> Ya hemos dicho que el *mercenariado* que defendemos implica otros presupuestos, no siendo comparable al que los iberos del sur y levante realizan en el Mediterráneo, de igual forma que queda descartado hablar de *helenización* para un ámbito tan interior. En la meseta hay otro estadio cultural, otras distancias... El movimiento de guerreros fue más frecuente, pero también menos trascendente para los observadores clásicos pasando casi inadvertido en las fuentes. Regresarían más gentes porque los recorridos y los riesgos fueron menores (por ejemplo no hay viajes a ultramar, a excepción de algún caso puntual ya comentado). Los grupos poblacionales que entraron en contacto a través del desplazamiento de guerreros a veces no estaban muy alejados, existiendo no pocas similitudes entre sus acervos culturales. La aculturación pudo ser intensa pero a una escala mucho menos manifiesta, menos grave, que no balda.

<sup>25</sup> "En cuanto a los datos arqueológicos para estudiar este mismo fenómeno del mercenariado, debe señalarse que éstos son, por su propia naturaleza, muy difíciles de aquilatar y valorar. No es fácil seguir, a milenios de distancia, el rastro de los ejércitos, y menos aún el de los individuos que lo componían. Sólo en ocasiones contadas, aquí y allá, una tumba con ajuar chocante en el contexto de una necrópolis, un tesoro de monedas escondidas apresuradamente, o una ofrenda depositada en un santuario, nos permiten atisbar al individuo, al mercenario caído en combate o agradecido por su supervivencia" (Quesada, 1994a: 195).

que contienen ajuares guerreros junto al cadáver cremado como aquellas otras exentas de lo mismo, a las que nos referimos como cenotafios o monumentos simbólicos de caudillos que expiraron fuera de sus terruños (La Osera, El Raso). También en esta línea podría leerse la presencia de piezas indudablemente importadas en la meseta vetona faltas de contexto arqueológico, caso del bronce etrusco y del exvoto ibérico hallados en El Raso, de las láminas áureas de Ulaca con figuración de aves y flores, del grifo de plata de Villasviejas o de dracmas ampuritanas y de imitación de *Rhode* fechadas a finales del s.III a.C.-inicios s.II a.C. que se han recogido en castros meridionales vetones (los cacereños de Camocho en Plasencia, Alconétar en Garrovillas y Villasviejas del Tamuja en Botija) (Martín Bravo, 1995; quien los pone en relación con una temprana presencia romana en esas tierras a raíz de la Segunda Guerra Púnica), por citar sólo algunos testimonios previamente presentados.

Nada obliga descartar que estos materiales singulares de indiscutible valor pudieran llegar a estas tierras como botín de asalto, triunfos militares o expolios dirigidos contra pueblos próximos donde tales bienes quizá respondieron a un comercio con la costa más equilibrado. Precisar más sobre la procedencia de este volumen material nos parece artificioso, al menos por el momento. Tampoco insistiremos en el particular efecto que la posesión material y simbólica de lo exótico obra de cara a la acentuación del grupo aristocrático, cuyo asiento arqueológico delata su enunciación guerrera. En definitiva vemos claro cómo en una sociedad eminentemente ganadera como la vetona, la actividad exterior de sus grupos guerreros potencia el dominio de la aristocracia primitiva al tiempo que introduce un incentivo en la transformación socio-económica de los *oppida* que habitaban.

En nuestra opinión, los últimos coletazos de estos movimientos que no sin riesgos estamos haciendo funcionar desde el s.IV a.C. con base en distintos testimonios arqueológicos que los cobijan, llegan a ser observados por los romanos introducidos en el interior peninsular a partir del s.II a.C. Los clásicos, que escriben en un contexto político-militar, con su propia ideología y contemplando a los indígenas bajo un prisma no precisamente neutral ni legítimo, interpretan en buena lógica estos desplazamientos guerreros bajo el arquetipo de pillajes bandoleros a los que obliga la pobreza y la barbarie de aquellas gentes (Estrabón, III, 3, 5; Diodoro, V, 34, 6-7). Ésta es la imagen monolítica que los textos dan del bandolerismo y de los desplazamientos guerreros de los habitantes



del interior. En parte se explica en la propaganda política de los clásicos, pero también en el desconocimiento que aquéllos tienen del funcionamiento intrínseco de unas acciones protagonizadas por grupos guerreros que, ahora a través de una biopsia exclusivamente peninsular, o mejor meseteña, paracen revelársenos como mecanismo socio-económico de gran pujanza en la Iberia interior.

Ahora bien, estas *relaciones internacionales* no han de juzgarse exclusivamente en términos belicistas. Por lo mismo, los testimonios materiales que las alumbran pueden no ser resultado de empresas violentas como de entregas pacíficas. Agentes de la meseta occidental construyeron con el exterior acciones que sin perder de vista la amenaza bélica transcurrieron en un clima de cooperación y benignidad. Acciones que buscaron precisamente enterrar las hostilidades.

### III-3.2 TIEMPOS DE PAZ

A pesar de que el planteamiento historiográfico tradicional divulga la idea de que las civilizaciones antiguas transitaban de forma unívoca -pueblos que vivían en guerra fuente a pueblos que lo hacían en paz (con otras palabras, naturaleza violenta *versus* naturaleza pacífica, como disyuntiva única de conducta humana)-, está probado que el comportamiento de los hombres pocas veces se ajusta a horizontes invariables. La paz no se explica sin la guerra, y ésta se fundamenta en la obtención de aquélla; por tanto, ambos fenómenos lejos de ser exclusivos, complementan la expresión global de un pueblo<sup>26</sup>.

Esta sencilla reflexión nos vale para contrarrestar la inevitable interrelación de guerra y paz, incluso con posible desarrollo simultáneo en distintos frentes, con un tratamiento historiográfico desequilibrado. Pues en la bibliografía y para el caso que nos compete, la manifestación exterior de los pueblos meseteños de la protohistoria final se muestra únicamente en términos guerreros, bien porque no existieran alternativas de contacto basadas en la concordia o sencillamente porque no interesen a la investigación<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Para el psico-antropólogo alemán I. Eibl-Eibesfeldt la dicotomía guerra-paz forma parte de las bases biológicas de conducta humana (Eibl-Eibesfeldt, 1979), disciplina bautizada por este autor como Etología (Eibl-Eibesfeldt, 1993). Tras revisar la raíz del comportamiento hostil entre los hombres (agresión, guerra, rivalidad...) y contraponerlo a la necesidad de paz y coexistencia, el análisis de Eibl-Eibesfeldt se resume en lo siguiente: "La guerra, definida como agresión grupal destructiva, es el resultado de la evolución cultural pero, por eso mismo, puede ser también culturalmente superada. Se sirve de algunas disposiciones universales del hombre, como su emocionalidad agresiva y su disposición para la defensa del grupo, su aspiración al dominio, su tendencia a la territorialidad, su propensión a responder a las señales agónicas de los extraños y otras más. Pero todo esto nunca conduciría a la guerra que presupone más bien planificación, caudillaje, armas destructivas y superación de la compasión mediante la deshumanización del adversario. El hombre resulta ser fácilmente adoctrinable en este punto. Algunas normas básicas, como la inhibición del homicidio y la norma de la propiedad, actúan en contra de la guerra. Los filtros normativos culturales se superponen a ellas pero no llegan a desactivarlas. El conflicto de normas se siente como conflicto de conciencia. No hay duda de que es uno de los principales resortes para la humanización de la resolución de conflictos mediante la creación de convenciones y, en definitiva, para el establecimiento y mantenimiento de relaciones pacíficas. Estas convenciones responderían a la estructura motivacional del hombre, que es constitutivamente pacífico. Pero la paz presupone que se conozcan los cometidos que cumple la guerra y no se la descalifique tachándola simplemente de degeneración patológica. Si se desea la paz, hay que concebir de manera distinta, de forma incruenta, las funciones que hasta ahora cumplía la guerra: el respeto de los límites territoriales y la seguridad de los recursos" (Eibl-Eibesfeldt, 1993: 473).

<sup>27</sup> Como se ha ido indicando, el carácter guerrero, independiente y anárquico reflejado por las fuentes clásicas, ha excluido cualquier otra forma de vida para estos pueblos en el tratamiento bibliográfico. Un ejemplo tajante es el juicio de J. M<sup>a</sup> Triviño en los años 50: "En lo que a nuestro tema toca, tales hábitos (se está refiriendo al autor al bandolerismo) son un testimonio más de la inexistencia de sentimientos solidarios, de vínculos políticos y de autoridades comunes capaces de arbitrar medios pacíficos para compensar el desequilibrio económico, causa principal de los mismos, y poner coto al permanente estado de hostilidad que tales actos suponían. Y es más, la falta de escrúpulos que con respecto a su carácter delictuoso involucra la ejecución ininterrumpida de tales agresiones y rapiñas, es otra clara prueba de que en el pensamiento de aquellas gentes los damnificados por las correrías eran verdaderos extranjeros para los saqueadores" (...) "endémica desunión y autodeterminación de cada parcialidad característica, que hace del todo imposible cualquier actitud unánime o acción conjunta en éstas como en otras circunstancias, y problemas de la vida política peninsular" (Triviño, 1953: 29, 31). Sobre el tipo de alianza indígena: "presentan ciertas características que de ningún modo permiten calificarlas como frutos de un sentimiento unitario o de una conciencia

En este capítulo intentaremos probar la realidad de formas de contacto desarrolladas en tiempos de paz, o en tiempos de guerra pero con propósitos de paz. En concreto debatiremos sobre la diplomacia interregional, la exogamia y la religión como vías de contacto.

## A. DIPLOMACIA INTERREGIONAL

### ALIANZAS

Lo cierto es que estamos ante un tema sin tradición de estudio para el tiempo y el espacio examinados. Al hablar de las acciones inter-étnicas recogidas en la obra de los historiadores clásicos (II-1.1), subrayábamos la importancia de las alianzas (principalmente la asociación y el auxilio militares) que vacceos y vetones convienen con otros pueblos. Responden a veces a compromisos espontáneos de unión frente a la amenaza común representada por Roma, pero algunas de estas acciones parecen confesar acuerdos tradicionales entre regiones remontables en el tiempo. La política de relación es bien visible entre vacceos y arévacos (celtíberos) por una parte y, por otra, entre vetones y pueblos como el vacceo, carpetano y oretano. Sin embargo la arqueología, como ya se ha intuido y enseguida comprobaremos, hace conectar muy particularmente a los vetones con comunidades del sureste ibérico. Antes, conviene recordar que en un nivel más privativo, las téseras también nos señalan líneas de unión por medio de territorios en ocasiones ciertamente lejanos (II-3.1).

---

de intereses comunes: son esporádicas, obedeciendo siempre a motivos circunstanciales; limitadas geográficamente, casi siempre a la esfera de influencia de algún caudillo ilustre; precarias, en cuanto que cesan desaparecido el peligro; arbitrarias, dependiendo en cada caso de la libre decisión de cada población" (Triviño, 1953: 33). Para este autor el compromiso hospitalario es la mejor muestra de una diplomacia indígena precaria, temporal y autárquica.

Una novedad es el reciente artículo de Muñiz (1995) donde, a partir de los datos literarios suministrados para los pueblos indoeuropeos peninsulares, las formulaciones de guerra son tratadas al mismo nivel que las de paz. "Por encima del aire anárquico y bárbaro con que se describe a estos pueblos en los textos, una aproximación menos apasionada y más analítica vislumbra unas conductas complejas. A pesar de la parca y sesgada información que poseemos, pocos aspectos de la vida de los celtas escaparon a las reglas de las dos principales instituciones, *hospitium* y *clientela*. Guerra, violencia, poder y prestigio fueron nociones sobre las que arraigaron estas sociedades. Acogida, amistad, protección y seguridad -conectando, curiosamente, con algunas otras facetas de la primera- de otro lado, equilibraron los costes sociales y demográficos de las anteriores. Y entre ambas instituciones se organizaban cuando la irrupción de Roma detuvo el proceso" (Muñiz, 1995: 36). Unos años antes, F. Marco había señalado que "la hospitalidad y el regalo constituyen el otro polo de una antropología céltica marcada por la guerra" (Marco, 1990: 140).

En este sentido también se manifiesta M. Salinas (e.p.): "en la expansión de los grupos de la meseta, celtíberos y lusitanos, fuera de sus áreas de origen, la trashumancia pacífica y las incursiones violentas se superpusieron, y la institución de la hospitalidad en algunos casos pudo contribuir a articular a estos efectos las relaciones entre grupos y personas".

Estamos seguros de que miembros de la sociedad de los pueblos que estudiamos establecieron acuerdos con el exterior paralelos o simultáneos a los firmados por las que hemos denominado *élites guerreras de auxilio militar*. Compromisos políticos, cuyo sentido último se nos escapa por la falta de documentos escritos autóctonos, pero que de alguna forma están aludidos en la trascendencia de ciertas piezas arqueológicas. Acuerdos de talante cooperativo como pueden ser las alianzas militares, o negociaciones conducidas durante las hostilidades entre dos bandos beligerantes con el propósito de regular relaciones positivas (treguas, suspensión definitiva de las armas, capitulaciones, intercambios de prisioneros u otros tratados especiales; bien estudiado para el mundo griego, Fernández Nieto, 1975); convenios comerciales articulados de cara al intercambio de bienes y excedentes económicos; autorizaciones para permitir el paso por los respectivos territorios, garantizando el tránsito de personas y la seguridad de las mercancías en circulación..., etc. Estos compromisos pudieron sellarse no pocas veces con acuerdos matrimoniales entre miembros de las familias de élite (intercambio de *princesas*) y con el trueque de regalos de simbología política, rúbrica del prestigio de sus poseedores: los cabecillas que protagonizan la actuación de estas antiguas formas de diplomacia, sin duda restringidas al más alto nivel social. Buena parte de las mismas estuvieron abanderadas por los cuerpos guerreros que actúan en el exterior -ya señalamos su acción multifuncional al hablar del funcionamiento y de la ambivalencia de guerra y paz en la política prerromana-, pero acaso también pudo existir una diplomacia estrictamente pacífica. Obviamente la asiduidad de estas relaciones fue mayor en zonas cercanas: acuerdos entre comunidades de un mismo grupo étnico, muy bien puestos de manifiesto en el ámbito vacceo, o entre otras pertenecientes a distintos pueblos meseteños, por ejemplo la conexión vacceo-arévaca al hilo de la guerra celtibérica. Pero arqueológicamente vemos una destacada ligazón desde inicios del s.IV a.C. entre el mundo vetón y algunos enclaves ibéricos del sureste, del ámbito contestano-bastetano. Acuerdos políticos en cualquier caso minoritarios y elitistas.

Existen dos aspectos importantes en la materialización de estos acuerdos: el rito ceremonial y el compromiso final, muy probablemente exteriorizados con la entrega de regalos o el intercambio de símbolos de amistad entre las partes; curiosamente es esto último lo único que podemos documentar. Del primer punto nada sabemos con seguridad. Suponemos que se llevarían a cabo en lugares significados desde el punto de vista político, áreas públicas de las ciudades, o desde el religioso, lugares de enjundia especial, como los

santuarios, algunos de los cuales pudieron tener un sentido de frontera cultural muy propicio para sellar acuerdos políticos y comerciales bajo la protección de una divinidad (*vid infra*). El carácter móvil de los agentes vetones parece indicar que estos compromisos debieron firmarse más frecuentemente en puntos exteriores (esto es, en el solar de otros pueblos meseteños y de la Iberia costera), si bien no hay que descartar la presencia de embajadas extranjeras en lugares de la meseta occidental. Sea donde fuera, es fácil suponer la existencia de personajes notables representando a las comunidades pactantes y el desarrollo de rituales más o menos complejos en estas ceremonias de encuentro y alianza<sup>28</sup>.

Tocante al compromiso en sí, ya hemos especulado líneas atrás con algunos móviles posibles, bien se trate de uniones políticas (alianzas militares generalmente) o bien de acuerdos económicos, jugando en los intereses de estos últimos un papel principal las cabañas ganaderas y el oro (en patrón riqueza o en permiso de explotación) como oferta vetona, y los excedentes cerealísticos para el caso vacceo. Intuimos que los acuerdos más firmemente asentados, de envergadura política y de cierta tradición, están ocupados por las alianzas intrameseteñas (vacceos y arévacos; vetones, carpetanos y oretanos, como casos revelados literariamente); mientras que con los escenarios más lejanos, la región del sureste ibérico, los compromisos consisten en lazos temporales que responden por parte de las comunidades ibéricas a la obtención de los recursos económicos antes señalados o ayuda militar puntual, y por parte de las élites guerreras del suroeste de la meseta a la sed de riquezas materiales o prestigio político.

Si el fondo de estos ejercicios de diplomacia intercomunitaria está poco verificado documentalmente, lo contrario ocurre con un elemento formativo de los mismos: el

<sup>28</sup> Desde el punto de vista del comportamiento social humano y a partir de datos obtenidos de análisis antropológicos comparados sobre comunidades primitivas, Eibl-Eibesfeldt (1993: 547-548) esquematiza los siguientes elementos que suelen estar siempre presente, casi como actos universales, en las ceremonias de alianza:

a) Fase inicial (Salutación). Función: exhibición ostentosa, establecimiento de alianzas y conciliación. Apertura de contacto amistoso sin sumisión. Comportamientos: danza intimidatoria, apretón de manos, saludo militar... Comportamientos conciliatorios y de establecimiento de alianzas: entrega de regalos, sonrisas, gestos de asentimiento con la cabeza, saludo visual, abrazos, besos e interpelaciones por medio de niños.

b) Fase de consolidación de alianzas. Función: refuerzo de relación, profundización emocional del vínculo (a menudo como preparación para contactos prácticos: negocios, alianzas de guerra). Comportamientos: proclama del acuerdo y participación en diálogos. Proclama de coincidencias mediante acciones en común, comidas en común, danzas, luchas en común contra supuestos enemigos, duelo fúnebre en común.

c) Fase de despedida. Función: mantenimiento del vínculo para el futuro. Conciliación. Comportamientos: intercambio de regalos o su equivalente en buenos deseos; ratificación mutua de alianza.

El significado antropológico de la alianza y la amistad es tema de atención en la documentada obra de S. N. Eisenstadt e I. Roniger (1984). Su aproximación se hace bajo la perspectiva de las relaciones personales, no de las comunitarias, con especial atención al tándem patrón-cliente, y entendiendo que se trata de mecanismos de intercambio social (Eisenstadt/Roniger, 1984; *epsc.* 269-281, para la ritualización en los vínculos interpersonales).

referente material que conduce a, respalda, sella, y en definitiva trasluce, un compromiso entre partes. Algo que generalizamos en la idea de regalo, don o dádiva, que a veces puede llevarse a cabo como intercambio recíproco entre partícipes, otras veces como política de atracción de una de las partes hacia la otra..., pero que en cualquiera de los casos esconde la estrategia de un compromiso superior, ora de forma pragmática (téseras) ora simbólicamente (objeto ritual o de prestigio). No vamos a insistir en el razonamiento que da sentido a este mecanismo, recordemos tan solo que el intercambio de dones funciona como política de regulación social, pues regalar o intercambiar además de simbolizar un compromiso, establece obligaciones sociales en la medida en que se espera una respuesta recíproca<sup>29</sup>.

En efecto, el regalo como símbolo de acercamiento se descubre con relativa facilidad en las fuentes literarias<sup>30</sup> y con mayores riesgos en los testimonios mudos de naturaleza material. Dediquemos unas líneas a esto último para intentar reconstruir a partir del análisis arqueológico relaciones de diplomacia entre gentes de la meseta y núcleos del sureste ibérico allá por los ss.IV-III a.C.

Quizá el ejemplo más lustroso sea la conexión entre la sepultura 350 de la zona VI de la necrópolis La Osera (Chamartín, Ávila) y la 400 del cementerio ibérico de El Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). Ambas son, por su ajuar y la abulense también por su localización en el interior del gran túmulo ovalado VI, tumbas sobresalientes en sus respectivos conjuntos funerarios; entre ellas el punto de unión más espectacular es el conjunto de plaquitas (cinco en La Osera, cuatro en El Cabecico) de bronce y plata con una escena animal de sello mediterráneo <figuras 74-75>; pero como ya hemos tenido ocasión de comentar, no es ésta la única coincidencia: un par de discos-coraza lisos, fabricados en hierro y de aproximadamente el mismo diámetro aparecen repetidos en ambos enterramientos <figura 52>. También dijimos que las dos tumbas son de guerrero, y además de con el armamento señalado, sus ajuares cuentan con otras piezas que distinguen

---

<sup>29</sup> Para una explicación en extensión de estos aspectos nos remitimos al punto III-1.1 B b) *Reciprocidad desequilibrada: intercambio de regalos o bienes de prestigio*.

<sup>30</sup> Hay muchos ejemplos donde se presenta la entrega de regalos como política de atracción, sobre todo en tiempos de la conquista romana. Por ejemplo, Escipión hijo en el 206 a.C. repartió presentes entre reyezuelos hispanos, regalando a Indibil 300 caballos (Livio, XXVII, 19, 1) y a un muchaco un anillo de oro, una túnica laticlava, un puñal, una fíbula de oro y un caballo enjaezado (Livio, XXVII, 19, 12); Sertorio se gana el favor de los bárbaros hispanos regalándoles cascos y escudos ricamente decorados (Plutarco, *Sert.*, 14); Audax, Ditalcón y Minuro, compañeros de Viriato, dan muerte al caudillo lusitano después de acceder al soborno de Cepión, quien les prometía grandes dádivas una vez

la categoría del personaje allí sepultado (en la tumba abulense: caldero, braserillo, arreos de caballo, otras placas de bronce, fíbulas y más adornos...; en la sepultura murciana: falcata, *soliferreum*, camas de caballo, fíbulas, placa de cinturón...). Igualmente se percibe una correlación material entre ambas zonas a través de la presencia de elementos de indudable prestigio socio-político: falcatas (La Osera, El Raso), broches de cinturón de tipología ibérica abundantes en La Osera, objetos rituales asociados al guerrero como son las pinzas de bronce tipo Cigarralejo (La Osera), las cerámicas áticas de figuras rojas y de barniz negro (Pajares, El Raso, La Osera), o a un nivel más particular el paralelismo existente, por ejemplo, entre Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) y El Cigarralejo (Mula, Murcia) a partir de la presencia de un plato-bandeja de bronce repujado del mismo gusto y factura, aunque no idénticos, en dos sepulturas destacadas (la de El Cigarralejo es la nº 277, una de las denominadas *principescas*); y entre La Osera y yacimientos levantinos como Puntal de Salinas (Villena, Alicante) y Les Alcuses (Mogente, Valencia), donde hallamos repetido el colgante con el tema del *despotes hippon*.

En dirección inversa ha sido apuntado páginas atrás cómo algunas armas de tipología meseteña (espadas y puñales de antenas atrofiadas) ocupan un lugar especial en sepulturas ibéricas (Almedinilla y Fuente Tójar en Córdoba; Moraleda de Zafayona e Illora en Granada; Estacar de Robarinas, Cástulo y Porcuna en Jaen; El Cigarralejo en Murcia...). Si analizamos un caso concreto, el de El Cigarralejo, nos damos cuenta que los enterramientos que recogen dichos materiales, fechables en la primera mitad del s.IV a.C., caben ser catalogados entre los más preeminentes. Así, de los dos puñales triangulares de antenas atrofiadas exhumados en El Cigarralejo (Cuadrado, 1963), uno se halló en la tumba *principesca* 277, un empedrado tumular de tres escalones con tres nichos, uno anterior destruido, y los otros dos pertenecientes a una pareja de notables que depararon el siguiente ajuar: dos falcatas, varias lanzas, jabalinas, escudos, casco de cresta, arreo y espuela de caballo, anillo, además de cerámicas griegas de barniz negro e ibéricas, ungüentarios y cuentas de vidrio, el citado plato repujado en bronce y numerosas fusayolas (Cuadrado, 1968b; *id.*, 1987: 473, fig.202). El otro puñal corresponde a la sepultura 204, que no va a la zaga de la anterior: empedrado de dos escalones que escondía las ofrendas funerarias que a continuación enumeramos: falcata, puñal, varios escudos, *soliferrea* y lanzas, platos y otros vasos ibéricos, cónica de figuras rojas, anillos de bronce, abundantes

---

consumada la tracción (Apiano, *Iber.*, 74); etc. Borrando el tiempo tardío y el tono moralista de los testimonio

cuentas de collar de pasta vítrea, etc. (Cuadrado, 1987: 378, fig.159). Queda claro que estas tumbas de El Cigarralejo al igual que la 400 de El Cabecico del Tesoro son conjuntos sobresalientes, tanto que constituyen los depósitos funerarios de mayor riqueza en relación al conjunto de sus necrópolis tal como recientes análisis sobre niveles de riqueza y jerarquización social ponen de relieve (Quesada, 1989b: II, capítulo IV, espc. 125-186; *id.*, 1994d). Lo mismo puede decirse de los enterramientos vetones con ajuar más espectacular, de los que no están ausentes armas y productos de reminiscencia ibérico-mediterránea (quizá los casos más notorios sean las sepulturas 350 y 390 de la zona VI, la 551 de la zona IV y la estructura tumular XXXI en el cementerio de La Osera; y las número 20, 30, 42, 64 y 78 en el de El Raso). Por todo ello es obligado cuestionarse si sigue teniendo lógica asociar estos elementos de contacto con la idea única y tradicional de mercenarios lusitanos y celtíberos- enterrados en sepulturas principales de cementerios ibéricos en cuyo territorio habrían actuado militarmente, o representados en conjuntos escultóricos como el de Porcuna, tesis defendida reiteradamente por J.M<sup>a</sup> Blázquez y M<sup>a</sup>.P. García-Gelabert<sup>31</sup>. En nuestra opinión, y gracias a la observación contextualizada e interdisciplinar que hemos llevado a cabo, consideramos que esa idea debe matizarse parcialmente a favor de la valoración de relaciones diplomáticas de alto-standing entre élites. Relaciones fundamentadas en transacciones económicas y acuerdos políticos que desgraciadamente no podemos desentrañar, pero de los cuales quedaría una huella en una serie de objetos de prestigio que pudieron funcionar como sanción de un compromiso entre jefes. Algunas de las armas exóticas -en relación a su contexto de aparición- que hemos estudiado, además de otras piezas, pueden interpretarse en esta línea, en lugar de pensar siempre en ajuares y

---

literarios, a nadie le sorprende tener por habituales hechos similares en tiempos ágrafos.

<sup>31</sup> Blázquez/García-Gelabert, 1986-87; *id.*, 1992: 50-55; García-Gelabert/Blázquez, 1987-88; García-Gelabert, 1993: 111-117. A la lectura de estos autores oponemos las siguientes objeciones: a) Los objetos que dan por meseteños no está claro que respondan siempre a esa filiación, especialmente en el caso de los broches de cinturón con garfio, la *caetra* y las *falera* o discos-coraza. b) Que aparezcan objetos meseteños en tumbas por todo lo demás ibéricas no significa que los individuos ahí enterrados tengan que ser también forzosamente naturales de la meseta: una cosa es el trasvase humano y otra el trasvase material, que obedece a distintas razones tal como estamos viendo. En ocasiones podrá aventurarse la presencia de gente extranjera a partir del estudio arqueológico de las tumbas (*vid infra*), pero para tener un mínimo de validez y ante las dificultades en obtener resultados infalibles del análisis antropológico de las cremaciones, ha de haber elementos de juicio propicios, como la existencia de varios enterramientos excepcionales del mismo tipo y una homogeneización mayor en sus ajuares. c) Sorprende altamente que un personaje extranjero -teórico guerrero celtibérico-, por muy relevante que fuera y por muchos honores de guerra recibidos, sea enterrado como jefe de una comunidad ajena de Andalucía o Murcia; la circunstancia pudo darse, pero admitirlo plantearía hablar de relaciones de dominio del todo hipotéticas o de contingentes extranjeros asentados permanentemente. En todo caso sería más fácil reconocerlo si, como acabamos de decir, aparecieran más sepulturas de este tipo por necrópolis, y en situación dominante desde el punto de vista de la distribución espacial, en calidad de ajuar y en monumentalización de la estructura funeraria. Pasando el argumento a pasiva, a nadie se le ocurre pensar que la tumba 350 de La Osera o la 64 de El Raso correspondan a sendos caudillos ibéricos emigrados de la Bastetania. d) Estos autores generalizan demasiado al identificar las importaciones griegas y los productos de lujo como botines de guerra que acompañan en el Más Allá al guerrero que los había apresado en vida..., ya hemos dicho que a veces así pudo ser, pero ¿se ajusta esta explicación a



enterramientos de gentes extrañas a una comunidad (*mercenarios descarriados*), si bien en algunas ocasiones así pudo ocurrir.

Por supuesto, el modelo de diplomacia entre élites interregionales no es el exclusivo ni seguramente el más habitual entre los mecanismos de contacto desarrollados en aquel tiempo, de igual manera que tampoco se explican a partir del mismo la totalidad de objetos de origen ibérico documentados en la meseta occidental, ni en contrapartida las piezas supuestamente meseteñas que aparecen en escenarios arqueológicos del ámbito cultural ibérico .

## SÍMBOLOS DE ACERCAMIENTO

Además de las armas, acaso el más evidente de los emblemas de poder y prestigio en el mundo antiguo, existe otra forma material que juzgamos estrechamente relacionada con actos de intercambio de élites desde un plano casi ritual: los braserillos (*vide* II-2.1 C). Proponemos interpretar estos recipientes también denominados aguamaniles como elementos identificativos de prácticas diplomáticas ritualizadas llevadas a cabo por jefes íberos y correligionarios meseteños en los ss.IV-III a.C., tal como indica la arqueología. Responderían de alguna forma a la existencia de ejercicios anteriores de cierta similitud entre gentes coloniales (fenicios más que griegos) y comunidades indígenas del suroeste en el Período Orientalizante, pues, como es bien sabido, los recipientes ibéricos del tipo II constituyen un modelo evolucionado y local de los braserillos orientales o tipo I, introducidos inicialmente por los agentes colonizadores (Cuadrado, 1956; *id.*, 1966; Prada, 1986). En el Período Orientalizante estas relaciones enmascaran objetivos económicos bien visibles por parte fenicia (fuentes minerales del interior como el estaño, además de cobre y oro); ¿por qué no suponer, entonces, que en siglos posteriores y ya entre manos indígenas de distinto cariz, los braserillos representan también la señal externa de un compromiso individual (el acordado por personajes principales de las comunidades respectivas) que alcanzó incluso intereses económicos más generales? Es decir, de las relaciones que años antes agentes del Mediterráneo oriental establecieron con sus antepasados, los íberos habrían tomado la costumbre de cobijar acuerdos bajo el intercambio de referentes

---

las numerosísimas sepulturas ibéricas y a las más contadas de la meseta que documentan cerámicas griegas pero no

específicos, caso de vajillas rituales y más concretamente de piezas como braserillos y páteras, que ahora en el Hierro Final serían adaptadas con pertinentes transformaciones en sus relaciones político-económicas con otras comunidades peninsulares. Ya señalamos que los braserillos aparecidos en la meseta occidental deben verse como importaciones ibéricas o, algunos pocos, como producciones locales a partir de modelos meridionales. Dentro del marco vetón, son muy frecuentes en puntos como Pajares, La Osera, Los Castillejos de Sanchorreja y más dispersamente hacen acto de presencia en El Raso, El Cerro del Berrueco y Picón de la Mora. Así pues, la alta concentración de ejemplares en Pajares, más de diez y en un contexto cuasi ritual, y en La Osera, constituyendo parte del ajuar de sepulturas muy notables, podría indicar el interés que esos puntos geográficos levantan en algunas comunidades ibéricas del sureste (El Cigarralejo, Verdolay), en las que también hay braserillos rituales amén de piezas ya vistas que inciden en conectar ambas esferas. Casi imposible se nos antoja precisar si los braserillos aparecidos en esos núcleos vetones llegan de la mano de íberos que viajaron hasta el Sistema Central -la suposición no nos parece descartable para puntos geográficamente accesibles y estratégicos, como Pajares o Postoloboso- o lo hacen en el equipaje de agentes vetones operando acciones guerreras -no reñidas con compromisos diplomáticos- al servicio de grupos de poder de comunidades ibéricas; tal vez esto último pueda adaptarse en aquellos individuos de La Osera que, regresados a sus poblados y sorprendidos por la muerte, hicieron acompañar sus cadáveres -si no ellos mismos sus herederos- con tan particular objeto, el símbolo de un acercamiento intercultural que otrora había contribuido a alzar la posición del personaje en el seno de su comunidad.

Nuestra interpretación se apoya sobre un argumento iconográfico que nos parece de singular trascendencia: el motivo de las manos extendidas, rematando la plataforma de sujeción de las asas en las paredes del recipiente. Si bien es cierto que no están presentes en todos los braserillos documentados, sí hay hallazgos suficientes de manitas (adossadas al cuerpo o aisladas) como para hacer de este tema un elemento identificativo del recipiente, y a nuestro juicio del carácter funcional del mismo. El tema de la mano aparece en las manifestaciones artísticas más remotas, como bien muestran las representaciones de manos en positivo y negativo del arte rupestre paleolítico. En el Mediterráneo las manos también abundan en la plástica egipcia, griega, etrusca y romana. Pero su verdadero significado no

se ha esclarecido. Para el caso concreto de los braserillos, el sentido de las manos se ha puesto en relación con el destino del recipiente. Así, E. Cuadrado, uno de los primeros en buscar una explicación a su significado cotejando paralelos mediterráneos, sostiene que la finalidad del tema es decorativa y utilitaria a la vez: “la mano viva que empuña y coge los objetos se transforma en mano artificial, abierta o cerrada, que sujeta el vaso que adorna” (Cuadrado, 1956: 75). La opinión tradicional es que, como brasero, el fin de la pieza es contener brasas, mezcladas con hierbas y perfumes a modo de pebetero ritual. Su uso se haría propio de ceremonias fúnebres, toda vez que los braserillos se suelen hallar en contextos funerarios, al menos los modelos ibéricos. Se han propuesto alternativas a esta idea. Por ejemplo G. Nieto sugirió que se trataría de bandejas rituales o vasos porta-ofrendas (*mazonomon*), lo cual estaría indicado en la disposición de las manecillas, que señalarían la forma de sujeción del recipiente a la hora de presentar o hacer entrega del don (Nieto, 1970: 80). El juicio de Nieto nos parece muy acertado. A partir del mismo y sin rechazar el carácter ritual del recipiente, pensamos que las manitas, que a veces aparecen enfrentadas por parejas, constituyen una imagen alegórica de la proximidad entre individuos y en el fondo refuerzan ornamentalmente el sentido de los braserillos como instrumento de mediación de relaciones<sup>32</sup>. En definitiva, el braserillo como pieza ritual y exótica convertida en regalo político que circula entre manos distintas, y en ese trasfondo la imagen precisamente de las manos insinuando perennemente a los protagonistas del acercamiento.

Con más dudas esta suposición puede que no esté lejana del sentido de otras piezas aparecidas junto a elementos vinculativos de los pactos; nos estamos refiriendo al jarro prerromano de bronce rescatado en el *oppidum* vacceo de Montealegre del Castillo. En este caso el ambiente cultural no es comparable al de los braserillos ibéricos, ni en la forma ni en el tiempo pues el contexto de aparición de la pieza vallisoletana es altoimperial (fecha de

---

<sup>32</sup> Es evidente la afinidad entre la mano como gesto y la comunicación como acto. Sociológicamente hablando la comunicación táctil (física) es el rasgo más evidente de un acuerdo oral (político, económico, social...). Acariciar, cosquillear, imponer las palmas de las manos, arrullar y abrazar son algunas de las señales más universales. En opinión de Eibl-Eibesfeldt (1993: 483) el contacto corporal expresa en última instancia confianza. Los hombres incorporaron las diversas formas de contacto cultural en rituales de función vinculadora, casi siempre bajo formas de carácter cultural. Los europeos occidentales se dan la mano para saludarse. En este gesto se asocian la concesión amistosa de contacto y una presión evaluadora, una especie de medición de la fuerza física. En diversos ritos de saludo es habitual coger por el antebrazo y poner la mano sobre diversas zonas del cuerpo (hombros, cabeza...). De ahí derivan los gestos de bendición, interpretables como una imposición de manos a distancia. Existen además los tocamientos, las caricias y los abrazos, tanto en calidad de elementos de comportamiento de salutación amistosa como de pautas de iniciación de contacto heterosexual. Según este autor, el tacto con la mano estimula en determinadas situaciones la disposición a contactar incluso con un interlocutor extraño (Eibl-Eibesfeldt, 1993: 486); por ello la imagen de la mano se revela como expresión simbólica de un acto de aproximación entre dos partes.

renovación de la *tabula hospitalis*). Pero acaso el arranque del compromiso, como hemos tenido ocasión de sugerir, pudo tener una antigüedad pareja y, sólo hipotéticamente, pudo verificarse aquí también el desarrollo de un acuerdo entre gentes distintas amparado en una ceremonia primigenia de intercambio, conservándose un reflejo de la misma en la expresión de tan singular jarro. Un vaso en el que, además, se ha intuido la existencia del motivo de las manos entrelazadas en un aplique con decoración muy borrada sobre el labio, justo a la altura de una de las asas<sup>33</sup> <figura 73.1>.

La mano no se representa exclusivamente en estos recipientes bronceos, sino que la hallamos en otros objetos emparentados con una de las fórmulas de contacto intersocial indiscutiblemente más características de la Hispania antigua: las téseras de hospitalidad<sup>34</sup> <figura 110>. Al mismo tiempo que lo convincente del mensaje iconográfico, algunos pasajes de los textos clásicos confirman que las diestras entrelazadas representan el símbolo más común de amistad y acogida<sup>35</sup>. Así pues, a través de las téseras, la amistad, el recibimiento y probablemente otros acuerdos económicos deducidos indirectamente de este registro documental -sugeridos en otro lugar-, quedan confirmados entre puntos distantes.

En conclusión, la lectura iconográfica de la mano en diferentes objetos materiales utilizados por los pueblos que estudiamos y el contexto de los mismos, nos lleva a reconocer la fuerza de determinados elementos como referentes de intercambio cultural.

<sup>33</sup> "Deliberadamente hemos relagado hasta este punto el comentario, quizá en exceso intuitivo, a propósito del motivo que, inscrito en un rectángulo de espigas troqueladas, figura en los apliques fundidos del borde del jarro. Como señalamos en el momento de su descripción, es harto impreciso y difícilmente identificable y, sin embargo, no queremos dejar de hacer constar la impresión que nos produjo en un primer momento, figurándonos dos manos entrelazadas, símbolo de *hospitium* a decir de Tácito, y recordándonos, en buen lógica, la tésera de Paredes de Nava (Palencia) y la que, de procedencia desconocida, se conserva en el Museo Arqueológico Nacional" (G. Delibes en Balil/Martín Valls, 1988: 89-90).

<sup>34</sup> Recordemos que las téseras representadas en manos de bronce corresponden a un tipo antiguo y arraigado en el interior peninsular, pues algún ejemplar con esta forma está escrito en signario ibérico modificado por influjo celtibérico. Ejemplares de Paredes de Nava (Palencia), Museo Arqueológico Nacional, Gabinete de Medallas de la Biblioteca de París y Monte Cildá (Olleros del Pisuerga, Palencia). Vid apartado II.3.1 nota 7 <figura 110>.

<sup>35</sup> Tácito (*Hist.*, I, 54) señala que los lingones de la Galia enviaron como obsequio a las tropas de Galba diestras entrelazadas a modo de símbolo hospitalario, según costumbre antigua. Lo mismo hizo en otra ocasión el ejército romano sirio con los pretorianos en señal de amistad (Tácito, *Hist.*, II, 8). Véase también Jenofonte (*Anabasis*, II, 4, 1) y Livio (XXX, 13).

Mucho más arriesgado nos parece relacionar la mano de algunas téseras con la noticia de Sexto Aurelio Victor (*De viris illustribus Urbis Romae*, LIX) según la cual los celtíberos presentan la mano diestra de un enemigo como condición para verificar el matrimonio.

## PACTOS

Las diplomacia internacional que presumimos ocasionalmente en comunidades de la meseta occidental, no se podría explicar si desde antes estas gentes no llevaran practicando entre sí pactos locales, ajustados a formas religiosas y jurídicas propias<sup>36</sup>. Hay datos en las fuentes literarias adscribibles a momentos más tardíos de actividad romana que permiten reconocer cierto desarrollo jurídico anterior, a emplear entre otras cosas en la regulación de alianzas y pactos, tanto para los vacceos como para los vetones<sup>37</sup>.

Entre los vacceos destacamos los siguientes indicadores, a los que ya nos hemos referido a propósito de otras cuestiones:

a) La oportuna alusión a la fe de los habitantes de *Cauca* en los dioses garantes de los pactos, a raíz del ataque de Lúculo a aquella ciudad vaccea en el 151 a.C. desobedeciendo antiguos acuerdos de paz (Apiano, *Iber.*, 52).

<sup>36</sup> Sobre orden jurídico y formas de derecho en la Iberia prerromana véase en último lugar Sanz Martín (1996: espec. 75-79, donde se recoge la bibliografía anterior y se ofrece una visión global dentro de un contexto histórico poco trabajado). La autora destaca en su síntesis el peso de la costumbre, la importancia de las decisiones judiciales y la evolución interna que marcan los pactos de hospitalidad hasta alcanzarse la implantación del derecho romano en tiempos de Caracalla. En su opinión, "si bien la implantación del derecho romano fue efectiva en la realidad jurídica hispana, éste afectó, no obstante, únicamente a aspectos de organización pública, subsistiendo para todo lo demás en gran medida el derecho indígena" (Sanz Martín, 1996: 79). J. Muñiz también examina el *hospitium* como única figura jurídica; así, con excesiva severidad este autor concluye que "a través del *hospitium* se llenaba el vacío legal que producía la ausencia de un *ius gentium*. Al no existir códigos de conducta que regularan los comportamientos entre individuos y comunidades, el *hospitium*, aunque poco operativo y a veces insuficiente o excesivamente rígido, era el único recurso para facilitar los contactos por encima del ámbito de la familia o del grupo. Destierra la hostilidad y allana el camino hacia pactos entre *hospites* ante terceros, y significa el primer paso hacia fórmulas más beneficiosas como la *amicitia*. Nadie puede cruzar un territorio con cuyo propietario no mantenga lazos de hospitalidad, sin riesgo a ser tratado como enemigo" (Muñiz, 1995: 32-33).

<sup>37</sup> Encontramos un claro paralelo de lo mismo en el mundo galo. Entre los varios ejemplos de esta índole, destacamos el de Orgetorix, jefe de los helvecios, que establece relaciones con otros nobles destacados como Dumnorix, de los eduos, o Castico, de los secuanos, todos ellos pueblos vecinos (César, *B.G.*, I, 2, 4; I, 3). La diplomacia gala de raíz indígena es aprovechada por César para crear alianzas y clientelas que faciliten el control de la Galia. En este sentido A.P. Fitzpatrick (1989: 34-35) valora la diplomacia y las alianzas militares como forma de contacto intercultural, más intensa incluso que el comercio a pesar de que éste tenga un reconocimiento arqueológico más fácil. "Considering the range of possible contacts it is difficult to escape the conclusion that trade has been taken to be the single most important form of contact between the Celtic barbarians and Rome simply because of its archaeological visibility. Instead diplomatic relations and military alliances could have been as important if not more so to both Celtic and Roman elites. Indeed, diplomatic relations may have been central to the accessibility of Roman trade, not in the sense of negotiated contracts but in determining whether foreign contact was to be entertained. (...) The common feature of clientage in both Roman and Celtic societies suggests that discrete but mutual support by the elites in military and diplomatic alliances may have been the most important feature of this contact and it may have been this relationship which formed the basis of the ultimate successful incorporation of some Celtic barbarians into the Roman empire." (Fitzpatrick, 1989: 43-44).

Para el estudio de los reyes clientes de Roma en Galia, Braund (1984). En el caso peninsular y fuera de los límites de nuestro trabajo, la importancia de las clientelas indígenas al servicio del ejército romano de conquista (figuras como Sertorio, Pompeyo o César) es considerada en obras recientes como la de J.M. Roldán (1993: 64-69, 78-88, 96-100, con bibliografía anterior).

- b) La existencia de retos personales que pueden traducirse como duelos jurídicos (Fernández Nieto, 1992), caso del conocido episodio del joven intercatiense y Escipión (Apiano, *Iber*, 53).
- c) Las sentencias establecidas por el incumplimiento de algunos principios, como la pena de muerte al contravenir el funcionamiento del *colectivismo agrario* (Diodoro, V, 34), que revelan la elaboración de códigos penales.
- d) La vislumbre en la sociedad vaccea de órganos internos (asambleas, consejos) con poder para establecer alianzas, declarar la guerra, decidir rendiciones... etc. Así se aprecia en *Cauca* (Apiano, *Iber*., 51), *Pallantia* (Apiano, *Iber*., 55) e *Intercatia* (Apiano, *Iber*., 63); y aun con mayor detalle en las ciudades celtibéricas (*Nertobriga*, *Lutia*, *Belgeda*, *Segeda*...).
- e) La presencia de magistrados, legados o testigos representando a sus comunidades (sean éstas familiares, urbanas o territoriales) en prácticas indígenas como la hospitalidad (reflejo epigráfico en las *tesserae hospitalis*).
- f) A nivel anecdótico detalles que señalan hábitos como la firma de documentos, caso de la noticia de Plinio (N.H., XXXVII, 9) según la cual el hijo del intercatiense caído en duelo ante Escipión Emiliano, firmaba con un sello que tenía la imagen de aquella lucha<sup>38</sup>.

Y entre los vetones, a los que nos vamos a permitir hacer extensivos algunos de los relatos que los clásicos citan para los vecinos lusitanos:

- a) El testimonio de la *deditio* de Alcántara (104 a.C.). A través de esta *tabula* epigráfica la comunidad indígena de los Seanos, representada por sus legados, hace entrega al gobernador de la Ulterior, Lucio Cesio, de lo acordado en una rendición pactada. El trato propuesto por Roma parece benévolo en tanto respeta a grandes rasgos la situación (edificios, costumbres, etc.) de la comunidad indígena, a cambio de que éstos devuelvan los prisioneros y los caballos y yeguas que tenían retenidos<sup>39</sup>. Las figuras jurídico-políticas capacitadas por su comunidad para, en su representación, poder pactar con el poder romano, son comparables a los testigos firmantes de algunos pactos de hospitalidad.

<sup>38</sup> No deja de ser sintomático que la historiografía haya pasado por alto este apunte. En lugar de tomarse como indicio del funcionamiento de una modesta diplomacia vaccea, ha servido casi para lo contrario: Schulten (1937: 30) pensaba que el anillo era de factura romana ya que un artista vacceo era incapaz de hacerlo.

<sup>39</sup> Sobre el Bronce de Alcántara véase el estudio fundamental de R. López Melero *et alii* (1984), también García Moreno (1987) con especial atención a la acción militar de Roma en esta época en la región Tajo-Duero y a la identificación de Lucio Cesio, y para algunos aspectos técnicos, Mariner (1989). Destacamos de este documento la capacidad de actuación autónoma de un grupo humano, independientemente de que esté ceñido o no a un hábitat concreto, mediante un mecanismo organizativo que en lo socio-político parece venir representado por la figura de los legados. En este sentido, tal realidad pudo tener una importancia mayor de la que pensamos. López Melero considera que debieron ser frecuentes los casos de *deditio* de pequeñas comunidades para con el dominio romano, aunque no cree que existieran formularios preestablecidos para su redacción (López Melero *et alii*, 1984: 287).

- b) La frecuencia de pactos acordados por grupos lusitano-vetones con Roma desde mediados del s.II a.C., en los que se baraja la entrega tierras a cambio de enterrar las hostilidades<sup>40</sup>.
- c) Más secundariamente, no hay que subestimar la embajada al norte de África enviada por los lusitanos en el invierno del 81-80 a.C. para rogar a Sertorio, allí establecido, que se acercara a la Península y acaudillara a los lusitanos frente a la amenaza romana (Plutarco, *Sert.*, 10, 1). (Sobre este hecho, Ribagorda, 1988; García Morá, 1991: 53-58).

## **B. EXOGAMIA**

El matrimonio es igualmente una estrategia intercultural de uso antiquísimo. La mujer es garantía, vínculo carnal y vivo que consolida un acuerdo efectuado por motivos específicos, amén de instrumento indispensable de una descendencia esperada. En las fuentes literarias se puede otear la realidad de este hecho en distintos episodios de la Iberia prerromana, y así lo hemos hecho (II-1.3). En otro lenguaje, algunas piezas arqueológicas han sido interpretadas como alhajas pertenecientes a féminas distinguidas y extranjeras en el lugar de su muerte, llegadas ahí por enlace matrimonial con jefes locales. Se trata generalmente de joyas singulares en la orfebrería de la Edad del Bronce y Edad del Hierro, que salpican el territorio de la meseta occidental que estamos estudiando en un tiempo inmediatamente posterior: el torques de tipología atlántica de Castrojeriz (Burgos), o los de Berzocana (Cáceres) y Sagrajas (Portugal), el conjunto orientalizante de Aliseda (Cáceres), la tumba de influjo tartésico de El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)<sup>41</sup>, o incluso las

<sup>40</sup> Páginas atrás manifestábamos que los problemas de escasez y mala distribución de tierras en el occidente peninsular habían provocado la actividad bandolera de grupos lusitanos, y que uno de los intentos de solución, tardío, fue la concesión de parcelas mediante repartos por parte de los generales romanos (Salinas, 1979: 76-78; Sayas, 1988: 711-714; *id.*, 1993: 213-215). Así, en el 151 a.C., tras ser derrotados los lusitanos, secundados por algunos vetones, se llega a un acuerdo con Marco Atilio en el que probablemente hubo concesión de tierras (Apiano, *Iber.*, 58). Años más tarde acontece el famoso episodio de Galba, que oferta hábilmente un beneficioso pacto con los lusitanos a quienes acaba exterminando (Apiano, *Iber.*, 59-60). En el 145 a.C. se produce un intento de tregua pactada con el gobernador de la Lusitania, Vetilo, a quien se solicita la entrega de tierras, acercamiento que, sin embargo, no cuajó por el levantamiento de Viriato (Apiano, *Iber.*, 61). También es conocido el tratado firmado entre Viriato y Quinto Fabio Máximo Serviliano, a través del cual el caudillo lusitano es declarado *Amicus Populi Romani* (Apiano, *Iber.*, 69). Tras la muerte de Viriato, Tántalo, su sucesor, se ve obligado a rendirse y a aceptar las condiciones de paz impuestas por Servilio Cepión, que concede a los lusitanos lotes de tierra (Apiano, *Iber.*, 72; Diodoro, XXXIII, 1, 3). Para estos aspectos y desde el punto de vista de la capacidad organizativa de las comunidades prerromanas del Occidente peninsular, Sánchez Moreno, 1996b.

<sup>41</sup> Principalmente, Ruiz-Gálvez (1988a; y sobre todo, *ead.*, 1992a), Delibes *et alii.* (e.p.). La tesis se resume en la siguiente consideración de M. Ruiz-Gálvez a propósito de los hallazgos de la Aliseda y El Carpio: "No cabe pues otra explicación en mi opinión que interpretar ambos enterramientos como pertenecientes a princesas del suroeste, casadas con señores locales situados en el hinterland tartésico, como parte del establecimiento de lazos de parentesco entre

originales placas-diademas de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) <figura 84.1> que no obstante parecen ser producciones locales.

Este tipo de interpretaciones no dejan de ser hipotéticas. Hemos comentado en otro punto que la aparición de un objeto exótico no asegura que su poseedor también lo sea. Pero con moderación y en reconstrucciones y contextos de cierta garantía, crecen las posibilidades de contemplar a la exogamia como fenómeno transcultural. Ello está suficientemente comprobado en la antropología y otras ciencias sociales<sup>42</sup>. De igual forma, la disponibilidad de datos arqueológicos y literarios con visos de coincidencia en otros lugares de la Europa occidental protohistórica acreditan la realización de matrimonios mixtos, de lo cual tenemos ejemplos mediterráneos<sup>43</sup> y continentales<sup>44</sup>.

---

jefes, que garantizan la paz y la libre circulación entre ambos territorios. A la hora de su muerte, estas mujeres se harían enterrar con el ajuar traído del hogar paterno como símbolo de su rango" (Ruiz-Gálvez, 1992a: 238-239).

<sup>42</sup> El antropólogo francés C. Lévi-Strauss (1949) fue de los primeros en reglamentar los sistemas matrimoniales como mecanismos de alianza basados en el concepto de intercambio o trueque de diferente tipo. Tras él y con distintos puntos de partida se ha seguido considerando el matrimonio fuera del grupo de filiación como forma principal de contacto, intercambio y diplomacia intercomunitarias. La traducción final fue en muchas sociedades primitivas el intercambio sistemático de mujeres, que es quien suele *viajar* de su grupo endógeno para integrarse en otro que hasta ese momento le es ajeno. Para Service la reciprocidad de matrimonios es la opción más temprana, más básica y también más segura de crear un vínculo, y, junto con el trueque de bienes, constituye la relación exterior principal entre sociedades igualitarias: "(...) alianza, básica, obvia, planificada, políticamente proyectada, mediante los intercambios de contrayentes. Por supuesto, el matrimonio es el medio en que se originan los parientes por afinidad y, en la generación siguiente, los nuevos parientes consanguíneos. Forma de extender fuera de los límites el dominio doméstico (...)" (Service, 1984: 80-82). En línea similar, Sahlins (1972: 222-223).

Pero ¿cuál es el arranque de la exogamia y cuál su evolución? En un manual ya clásico sobre sistemas de parentesco y matrimonio, R. Fox (1985: 161-191) encuentra la respuesta al origen en la extensión de la idea de reciprocidad más allá de los límites de la banda con el fin de contar con alguna relación cooperativa entre las mismas. "Nadie trataría de exterminar una banda cuyas esposas fueran sus propias hijas y cuyas hijas fueran sus esposas en potencia; hasta cierto punto, al menos, constituirían un *pueblo*; cada uno dependería de los demás para sobrevivir y propagarse" (Fox, 1985: 163). Este razonamiento se diluye en máximas como "contraer alianzas maritales con otros grupos, a fin de vivir en paz con ellos" o "(...) entonces os daremos nuestras hijas y tomaremos las vuestras para nosotros, viviremos con vosotros y nos convertiremos en un pueblo" (Génesis, 34: 16). De la exogamia más primitiva, la del trueque simultáneo, se pasó a lo que Fox denomina intercambio de mujeres de forma directa diferida en generaciones sucesivas y alternativamente, relacionable con el valor del regalo y el sentido de prestación o deuda que crea (Mauss, 1990). La deuda pendiente por el regalo (la mujer, traducida en unión exogámica) se saldará en un futuro con la entrega, en sentido inverso, de otra mujer, la que la comunidad en débito ofrece como regalo respuesta (reciprocidad) y, sobre todo, como fórmula de mantenimiento de la alianza y amistad entre ambas sociedades, cada vez más sólidamente emparentadas (Fox, 1985: 186-191). "Si realizamos intercambios de esposas con varios grupos, siempre habrá vencimientos por pagar, de forma que así conseguimos imponernos algunos grupos que no han correspondido todavía a nuestra donación; al mismo tiempo que nos encontramos en deuda con los grupos a quienes debemos mujeres. Naturalmente, quizá no nos interese mantener siempre una posición deudora, y por tanto de inferioridad con otros grupos, y entonces eventualmente les pagamos y todo vuelve a empezar" (Fox, 1985: 187). Todo ello consolida lo que Fox denomina la *alianza perpetua* entre dos grupos: "Detengámonos ante los sistemas elementales de intercambio que ya analizamos, ¿qué misión cumplen? La contestación es: intercambio y alianza. Cualquiera que sean las unidades implicadas -familias, bandas, linajes, clanes, mitades, tribus..., unas y otras entran en relaciones de intercambio y constituyen alianzas. Una vez que dichas alianzas están concertadas se perpetúan. Los sistemas elementales de alianza marital perpetúan las alianzas a través de los tiempos; puesto que dimos a usted mujeres, continuamos dándoselas; una vez que hemos tomado de usted mujeres, seguimos tomándolas a perpetuidad" (Fox, 1985: 202).

<sup>43</sup> Uno de los escenarios donde mejor se observa la práctica de matrimonios mixtos y la trascendencia cultural de lo mismo, en términos de aculturación de distinta dirección, es la colonización griega. Las fuentes clásicas ofrecen valiosos retazos, caso del matrimonio entre Protis, uno de los líderes focios en la fundación de *Massalia*, y Gyptis, hija del rey indígena (Justino, XLVIII, 3, 4), y la arqueología demuestra, en parte, la huella de uniones mixtas en la cultura material doméstica. La importancia de los matrimonios mixtos como factor de interculturación en el ámbito de la colonización griega, en especial en la Magna Grecia, es objeto de atención en Van Compernelle (1983), Domínguez



Así lo consideramos también nosotros. A diferencia de autores antes citados que se centran en el Bronce Final y el Período Orientalizante, vemos factible pensar que las uniones matrimoniales entre grupos distintos siguieron desarrollándose en tiempos consolidados de la II Edad del Hierro. Además no hay que ver la exogamia exclusivamente en un sentido *principesco*, excepcional y entre centros de poder muy distantes<sup>45</sup>; caso paradigmático de la política matrimonial de los Bárquidas, enlaces dinásticos merecedores de la observación de los clásicos (Diodoro, XXV, 12; Livio, XXIV, 41; Silio Itálico, III, 97). La exogamia también funcionó en niveles sociales menos privilegiados, constituyendo una práctica en uso por un mayor número de ciudadanos, conectando sociedades en ocasiones bien cercanas y homogéneas de forma renovada y tradicional.

De forma especulativa, vamos a plantear la posibilidad de reconocer arqueológicamente el cumplimiento de matrimonios mixtos en un par de contextos de la meseta occidental. Uno de ellos es la necrópolis vetona de El Mercadillo, cementerio compuesto por medio centenar de sepulturas fechadas a lo largo del s.IV a.C., perteneciente al *oppidum* de Villasviejas de Tamuja (Botija, Cáceres) (clave 9A del inventario de yacimientos). Consideramos que en este escenario y durante varias generaciones (no más de tres o cuatro, las encajables *grossa modo* en el transcurso de la cuarta centuria anterior al cambio de era) se pudo verificar una tradición de matrimonios mixtos entre jóvenes locales, varones vetones de cierta posición social, y mujeres íberas del

---

Monedero (1986b), Goegebeur (1987) y Coldstream (1993), este último atendiendo al contacto entre los primeros colonos euboicos y la mujeres nativas itálicas. Este asunto ha sido enfocado con frecuencia dentro del debate sobre la participación de las mujeres griegas en el fenómeno colonizador. Al respecto, la opinión más seguida es asumir que la aventura colonial es una empresa protagonizada casi en exclusiva por varones (Rouge, 1970; Van Compernelle, 1983; Domínguez Monedero, 1986b), lo cual acentúa la necesidad de mezclarse con mujeres locales y favorecer el inicio de los procesos de contacto cultural. Sin embargo otros análisis, como el de Graham (1990-91), defienden la presencia de un número de mujeres en la empresa colonial desde el principio, como elemento destacado e insustituible en la organización de los cultos religiosos trasplantados desde la metrópoli; al margen de la realidad que supone el establecimiento de enlaces exogámicos entre varones griegos y nativas.

<sup>44</sup> Entre los galos sabemos que por ejemplo Dumnorix, jefe de los aedos, enlaza a miembros de su familia con gentes de los bituriges y con la familia de Orgetorix, jefe helvecio (César, B.G., I, 80). A veces son alianzas a larga distancia, como el matrimonio de Ariovistus, asentado en el este de la Galia, con la hermana de Voccio, rey de *Noricum*, en la actual Austria a más de 600 km. (César, B.C., I, 53), una región- la del Magdalenberg austriaco- que destacada por su tradición comercial y por la riqueza en hierro como ya tuvimos ocasión de indicar. En el plano arqueológico, W. Krämer (1961) lanzó la idea de que objetos concretos (fibulas, cinturones y brazaletes importados) de un número de tumbas femeninas de la necrópolis de Manching podrían interpretarse como dotes exóticas y probar el movimiento de mujeres extranjeras del noreste germánico hacia sociedades celtas centrales.

<sup>45</sup> Esto podría mostrarse hipotéticamente en alianzas matrimoniales entre nobles vetones y damas contestanas o bastetanas, dos círculos culturales arqueológicamente emparentados en los ss.IV-III a.C. pero cuyos materiales de conexión (falcatas, espadas de frontón, discos-coraza, pinzas caladas, cascos de Montefortino, algún tipo de escudo...) no se adecuan precisamente al ambiente de sepulturas de princesas sino más bien al de *guerreros* socialmente destacados. Lo cual si bien nos lleva a clasificar estas relaciones dentro de otras variables de contacto cultural que acaban de ser

no lejano ámbito turdetano, u originarias tal vez de núcleos de Andalucía oriental (comunidades bastetanas) tal como indican los paralelos culturales. La señal del origen alóctono de estas mujeres llegadas a esta comarca cacereña en sucesivas generaciones estaría representada en la costumbre de enterrarse de forma diferenciada: juntas un en mismo sector y con un ajuar -¿y un rito?- homogéneo y representativo de sus regiones de origen. Estos elementos funerarios reconocidos en las tumbas pudieron constituir parcialmente la dote o el precio de su condición de *novias extranjeras*<sup>46</sup> y por tanto haber arribado con ellas a los nuevos grupos familiares en que se iban a integrar, o bien pudieron ser fabricados en los nuevos lugares de residencia pero siguiendo los prototipos ibéricos de sus culturas maternas, esto sería aplicable a las piezas cerámicas. En esta reconstrucción cabría incluir la llegada de otros individuos junto a las cónyuges, que serían los encargados de disponer los enterramientos de las difuntas con los tipos de objetos importados y siguiendo los rituales pertinentes de la zona de origen, al menos inicialmente; a no ser que tal información fuera suministrada en vida de las mujeres extranjeras a sus maridos o a otros miembros de su nueva familia o del grupo doméstico, como voluntad de ser enterradas según una forma precisa.

Nos lleva a pensar así los siguientes datos que extraemos de la reciente publicación completa de la necrópolis (Hernández/Galán, 1996; Reverte, 1996):

a) *La cuestión del género.*

atendidas, tampoco excluye la posibilidad de matrimonios políticos entre entidades prerromanas alejadas, a los que habrá que buscar su tenue reflejo por otras vías.

<sup>46</sup> Sobre las transacciones matrimoniales, la dote, su integración en el nuevo seno familiar y las cuestiones relativas de herencia véanse Goody/Tambiah (1973), Goody (1986: 39-58; apéndice 2, 325-353; *id.*, 1990) y Peristiany (1987). Tras una profunda revisión de paralelos antropológicos (África, Asia) e históricos (Europa), J. Goody considera que la evolución tradicional es pasar del sistema de *bridewealth* al de *dowry*. El *precio, riqueza o valor de la novia (bridewealth)*, constituye el pago previo que el futuro marido o su familia hace al padre de la novia por la *compra* de aquella; lo que es propio de sociedades sencillas e intermedias, con dedicación agro-pecuaria si bien con mayor importancia de la ganadería, entre las que se puede practicar la poligamia; por ejemplo los pueblos germanos, grupos prerromanos de la Europa mediterránea y ciertas comunidades de África y Asia. La dote (*dowry*) es la asignación material (generalmente objetos mueble: joyas, vajilla doméstica, dinero, emblemas familiares..., y no tanto propiedades o ganado para evitar la disgregación del patrimonio familiar) que una novia recibe de su familia al casarse, asignación que pasa a formar parte del fondo patrimonial del nuevo matrimonio. La explicación tradicional que se ha dado a la dote es que la mujer al casarse y abandonar la casa paterna pierde los derechos de heredar a la muerte de sus padres y por ello recibe la parte de la herencia familiar que le corresponde en concepto de dote matrimonial, teóricamente a partir de su matrimonio la mujer hereda de su marido y no de su padre (Goody, 1986: 330-332). Este sistema es característico de sociedades desarrolladas, con marcada estratificación social, agricultura intensiva, exclusivamente monógamas, etc.; por ejemplo el mundo clásico o la Europa medieval. En cualquier caso, el sentido de la dote se inscribe en la tendencia más o menos encubierta de consolidar y equilibrar relaciones intergrupales: "Es frecuente que las alhajas de plata y oro (pendientes, narigueras, alhajas y ajorcas) formen parte importante del equipo (dote) que una muchacha recibe de su padre (a veces forma parte de la dote el pago previo que el futuro marido o su familia hace al padre de la novia). Una dotación de este tipo constituye una demostración de *status* además de una reserva de riqueza. Los bienes transmitidos a la novia

- Según los análisis antropológicos de J. M. Reverte Coma, de los 41 enterramientos de El Mercadillo, al menos 28 se corresponden claramente con mujeres adultas (70% sobre el total); del resto 5 son varones adultos, 3 niños y otros 5 no se han podido determinar.

b) *Enterramientos homogéneos e iberizantes.*

- La totalidad de las urnas funerarias y muchos de los vasos de ofrenda de estas sepulturas son piezas torneadas claramente ibéricas en morfología y sobre todo en decoración (motivos pintados típicamente andaluces) (vid II-2.1 A- *Cerámica pintada ibérica y Formas de inspiración mediterránea*).

- El resto de elementos de ajuar son tenidos tradicionalmente por piezas características de sepulturas femeninas: fusayolas, cuentas de collar, fíbulas anulares hispánicas, más raramente anillos de oro y cuchillos afalcatados... Y no solamente eso, sino que en general pueden tomarse por elementos habituales del fondo cultural ibérico, aunque en absoluto exclusivos del sur y Levante peninsulares.

c) *Diferenciación socio-cultural.*

- Buena parte de estas tumbas se cubren con empedrados tumulares, de los que ya hemos hablado, y que además de ser indicadores de cierta aculturación en los grupos de poder local son estructuras llegadas a la meseta vetona por influjo ibérico (vid II-2.3- A).

- Finalmente, el carácter de alguna manera *diferente* -en cuanto a origen- y quizá *aventajado* -por su condición de esposas de hombres principales- de estas mujeres, quedaría también testimoniado en el hecho de que sus tumbas presentan los ajuares más ricos dentro de la pobreza general de la necrópolis, al tiempo que ocupan los empedrados centrales que parecen organizar la distribución de los enterramientos.

Si hipotética es la propuesta que lanzamos, más problemático resulta dar sentido al por qué de estos acercamientos particulares entre comunidades de la Vetonia y de Turdetania o Bastetania. Se nos escapa la razón última de tales matrimonios mixtos, pero aun a costa de seguir moviéndonos entre conjeturas nos parece lógico pensar que la riqueza minera en hierro, plata y oro de la comarca cacereña de Botija constituye razón más que suficiente para que gentes meridionales promuevan alianzas de este tipo con el país vetón. A esto habría que sumar otros intereses en juego, sobre los que hemos especulado al esbozar otras relaciones de contacto entre ambas esferas: apoyos militares, suministros ganaderos, permisos de explotación económica, etc.

---

guardan, por tanto, una relación funcional con los pagos en concepto de dote, tanto si la transferencia concreta se

Sucesos similares podrían reconocerse entre gentes vacceas y vecinos nororientales pertenecientes a las regiones turmoga, autrigona o berona. Nos basamos en algunos indicios de la necrópolis de Las Ruedas, adjunta al *oppidum* vacceo de Las Quintanas, la antigua *Pintia* (Padilla-Pesquera de Duero, Valladolid) (clave 39A del inventario de yacimientos). Aquí los datos son más provisionales y sesgados (Sanz, 1990a; *id.*, 1993), a la espera de que vea luz la publicación definitiva de la necrópolis (Sanz, e.p. -a-). Tenemos noticias de que sobre un total aproximado de setenta sepulturas excavadas, existe un número considerable de -presumibles- enterramientos femeninos. En algunos de ellos fechados de forma extensa entre los ss.IV-III a.C. hace acto de presencia un modelo peculiar de cinturón *céltico*, con placas alargadas, ovaladas y caladas que responden al llamado tipo Bureba (Sanz, 1991), característico del círculo burgalés de Miraveche-Monte Bernorio. Además a veces también se registran dentro de los ajuares otros elementos vinculados con las culturas del Alto Ebro, caso de las cajitas excisas, las fíbulas de doble resorte con puente de cruz, las bolas o *canas* de arcilla,..., a las que ya nos hemos referido. La disposición y el sentido de estos hallazgos, en especial los cinturones (un elemento con no pocas connotaciones simbólicas y culturales)<sup>47</sup>, podrían estar escondiendo la llegada histórica de mujeres naturales de las vertientes septentrionales de la submeseta norte a las llanuras sedimentarias del Duero medio.

Quizás ahora la explicación de este enlace interrregional descansa en el potencial cerealístico de las ciudades vacceas, que pudo instar a que comunidades montañosas con ciertas limitaciones económicas y con el fin de disponer de trigo vacceo en momentos de carestía llegaran a acuerdos con las autoridades de las *civitates* del valle central del Duero, acuerdos que entre otras compensaciones pudieron incluir la entrega de mujeres notables por parte de las comunidades turmogo-beronas. La cercanía entre estos dos focos culturales se pone de relieve a través de la convergencia también de tipos armamentísticos como la espada Miraveche de gavilanes curvos, la caetra tipo Monte Bernorio y, sobre todo, el

---

desarrolló históricamente a partir de un anterior sistema de riqueza de la novia como si no" (Goody, 1986: 330).

<sup>47</sup> J. Morán Cabré (1977) sugiere la relación de ciertos broches de cinturón con la mujer a partir de la forma de los contornos de la pieza (placa), por la combinación en el sistema de hebilla de pieza activa (macho) y pasiva o placa (hembra) simulando la penetración, e, ideológicamente también, por la presencia de motivos ofídicos y vegetales, símbolos del ciclo agrario y de la fecundidad. No obstante este autor no confirma que ciertos tipos de cinturón identifiquen a un grupo determinado de mujeres. Los cinturones protohistóricos peninsulares han sido estudiados desde el plano religioso por J. M<sup>a</sup>. Blázquez (1983); véase también Sanz (1990a: 169-170).

puñal de ese mismo nombre (Sanz, 1990b), materiales que podrían interpretarse como bienes intercambiables con sentido comercial o político en el flujo de relaciones operadas entre vacceos y gentes del piedemonte cantábrico, entre las que hemos incluido con muchas reservas la posibilidad de matrimonios mixtos.

## **C- LA RELIGIÓN, UN FACTOR VINCULANTE**

Más sucintamente vamos a prestar atención a la religión como vehículo de contacto en dos sentidos paradójicamente inversos:

- a) La expansión de un culto y/o de los ritos que le son característicos a través de distintos territorios y grupos humanos. Dirección centrífuga.
- b) La aglutinación de gentes diversas en un lugar sacro; esto es, el santuario como punto de reunión de creyentes. Dirección centrípeta.

## **EXPANSIÓN DE CREENCIAS**

En la meseta occidental prerromana la epigrafía reconoce numerosos cultos diferentes y locales especialmente en la provincia cacereña y en el sector noroccidental próximo a la región castreña, pero también se da la irradiación del culto a un dios concreto en distintos puntos de una región e incluso más moderadamente en el espacio de otros territorios étnicos<sup>48</sup>. La idea de partida es la siguiente: quienes por motivos diferentes se alejan de su patria teóricamente siguen adorando a sus propias divinidades dejando testimonio de ello en su estrenado hábitat, pero además -sin que esté reñido con lo anterior- pueden aceptar el culto vigente en el nuevo lugar de asiento y en un hipotético regreso, darlo a conocer en su país. El resultado final del proceso también está claro: asimilación y dispersión de teónimos, encumbrando la idea de que la religión a pesar de todo es un principio de colectividad.

---

En Los Castillejos de Sanchorreja son muy representativos los broches de cinturón desde tiempos orientalizantes, como los conocidos ejemplares tartésicos; sin embargo el carácter descontextualizado de los hallazgos dificulta cualquier interpretación en esta línea.

<sup>48</sup> Véase lo dicho en los puntos dedicados a la religión de vetones (I-1.5.C) y vacceos (I-2.5.C). A diferencia de en el territorio vacceo, en el vetón se contabilizan cerca de setenta teónimos indígenas (vid nota 102 de aquel capítulo).

De hecho, la conocida *interpretatio* de una divinidad indígena por una clásica, debió de estar precedida por la practicada entre dos deidades nativas, a partir de la similitud de rasgos internos, externos o por otras razones desconocidas; una vía adicional de transmisión religiosa entre gentes diversas. Ahora bien, otra vez nuestras posibilidades de rebuscar en este terreno quedan limitadas por la naturaleza y la cronología de la documentación: las inscripciones votivas que ilustran la distribución de teónimos, marcando supuestamente sus áreas de culto, corresponden a época alto-imperial y, a pesar de que la raíz léxica del dios es indígena, los desplazamientos no dejan de ser los de soldados, funcionarios o gentes de a pie de la Hispania imperial, movimientos imposibles de equiparar con los que acometían vetones y vacceos tres o cuatro siglos atrás.

Por esto último y porque ya hemos hablado de los principales dioses de estos pueblos, nos vamos a conformar con mencionar aquí los cultos de origen indígena con más clara propagación. El más destacado es con diferencia el de *Ataecina*, la emblemática diosa del Occidente peninsular cuyo testimonio se concentra en la franja medio-oeste del Tajo-Guadiana hasta el punto de representar un hito en el panteón sobre todo de vetones, lusitanos y célticos de la Beturia<sup>49</sup>. Con marcada dirección hacia el noroeste los cultos a *Navia (Nabia)*<sup>50</sup>, *Reva*<sup>51</sup>, *Trebar/Trerabruna*<sup>52</sup>, *Eaecus*<sup>53</sup>, y a los dioses con radical *Band-*<sup>54</sup> y

<sup>49</sup> Nos remitimos a lo ofrecido en el punto I-1.5.C *Dioses*. Vid. la última y más completa síntesis de Abascal (1995). La relación revisada de testimonios es la que sigue. Provincia de Cáceres: Santa Ana, tres en Malpartida de Cáceres, dos en Herguizuela, Salvatierra de Santiago, El Gordo, además de las 15 inscripciones de El Trampal (Alcuéscar); provincia de Badajoz: tres en Mérida, Salvatierra de los Barros, Cárdenas, La Bienvenida y Medellín; provincia de Toledo: Talavera de la Reina y Caleruega; Portugal: Quintos (Beja); a añadir a las inscripciones más excepcionales de Cagliari (Cerdeña) y Saelices (Cuenca) (Abascal, 1995: 89-91).

<sup>50</sup> La diosa *Nabia*, otra de las mejor conocidas epigráficamente, está presente repetidas veces en el territorio que analizamos (sólo en la provincia de Cáceres se conocen inscripciones en Brozas, Alcántara, El Gaitán y Trujillo). Tenida desde tiempos de Leite de Vasconcellos como una divinidad de las aguas, hoy su carácter recibe, además o en su lugar, distintas acepciones: J. L. Melena ve en *Nabia* una diosa indígena de los bosques, de los montes y de los valles selváticos, con un culto que se expandiría desde el *Conventus Bracaraugustanus* hacia *Emerita* por el pasillo de comunicación vetón (Melena, 1984: 243-255). García Fernández-Albalat (1990: 285-310) la vincula con una divinidad de la guerra, protectora de entidades tribales que se sirve del elemento acuático como vía de transmisión y al mismo tiempo de heroización de los guerreros al Más Allá.

<sup>51</sup> Divinidad al parecer de carácter acuático, documentada en la epigrafía cacereña (por ejemplo en Ruanes) y en el noroeste (Orense y la Beira interior portuguesa); véanse en último lugar García Fernández-Albalat (1990: 311-324), donde se tiene por diosa de la soberanía guerrera y de la geografía mítica, y Villar (e.p.), donde quedan recogidos todos los testimonios y la bibliografía.

<sup>52</sup> Divinidad indoeuropea de las aguas locales donde abreva el ganado, según el reciente análisis lingüístico de Villar (1993-95) al que nos remitimos. Marco Simón (1993a: 491) piensa igualmente que *Trerabruna* es una deidad acuática y protectora, ineludiblemente conectada con la *Trebopala* lusitana mencionada en la inscripción rupetre de Cabeço das Fráguas. Años antes, M. Salinas (1982b: 327), siguiendo a Leite (1905, II: 295-302), la interpreta con un carácter más amplio de tipo poliado o tribal; mientras que Tovar (1985: 237), a partir del conocido testimonio de Cabeço das Fráguas, asigna al teónimo (*Trebopala*) el significado de "diosa del poblado o de la casa". Existen distintas variantes con la misma raíz. En Cáceres hay inscripciones en Coria, Oliva de Plasencia y Cáparra.

<sup>53</sup> Una de las muestras más claras de *interpretatio*. El indígena *Eaecus* es asimilado al padre de los dioses romanos (*Iupiter Solutorius Eaecus*). Está documentado con distintas formas en más de quince inscripciones a partir de las cuales podemos conocer su proceso sincretizador: Villamejía, Santa Cruz de la Sierra, Alcántara, San Vicente de Alcántara, Brozas, Oropesa, La Moraleja, Fuente del Apio, Montánchez Torremocha, Gallegos de Argañán y El Pozuelo, en la provincia

Tog<sup>55</sup>, ponen en conexión a antiguos pobladores de la tierra cacereña con habitantes de la Lusitania ulterior, del ámbito astur y de *Gallaecia*. La difusión de estos testimonios sigue a grandes rasgos el trazado de las vías naturales y cursos fluviales, siendo precisamente el elemento acuático uno de los teatros más significativos de manifestación religiosa en la Antigüedad (Haba/Rodrigo, 1990b; Sánchez Moreno, e.p. -d-).

A veces lo que podemos encontrar no es tanto la extensión de un culto a partir de la circulación del teónimo, sino la puesta en funcionamiento de ritos de cierta similitud en territorios sucesivos a través de los paralelismos observables en algunas estructuras culturales. Precisar si estas coincidencias corresponden a un mismo culto extendido o a varios diferentes que sólo tienen en común la plataforma que escenifica las pertinentes prácticas religiosas, es tarea prácticamente imposible.

Esta variante documental hermana desde el punto de vista religiosos una vez más la meseta occidental con el ámbito castreño del noroeste, regiones que comparten numerosos paralelos culturales (además de las estructuras religiosas, cabe citar la expansión de verracos, el uso de piedras hincadas, ciertos modelos de fíbula, antroponimia y teonimia, petroglifos/insculturas, las llamadas cabezas cortadas...etc; para esta conexión y con distintas opiniones, Maluquer, 1954: 129; López Cuevillas, 1955; Martín Valls, 1974-75: 285-287; *id.*, 1983; Ferreira, 1975; con una actitud más crítica, Esparza, 1980; *id.*, 1983a:

---

de Cáceres (Blázquez, 1962b: 110-112; Salinas, 1982b: 332-333; Salas *et alii*, 1983; Blázquez, 1986, para el fenómeno del sincrretismo en esta región).

<sup>54</sup> *Bandue/Bandua*, o las formas derivadas de *Band-*, aparecen con relativa frecuencia, la mayoría de las veces en la provincia de Orense, pero también están presente en la antigua Vetonia (Malpartida de Plasencia, Brozas, Madroñera, Trujillo, en la provincia de Cáceres; Mezquitilla, en la de Toledo; etc.). Salinas (1982b: 328) la considera una divinidad asimilada a *Fortuna* o a *Tutela* (a partir de la traducción del indoeuropeo *Band-* como mandar u ordenar), un dios propietario o señor de los lugares en que era venerado o de los grupos tribales que ocupaban ese territorio, que serían las formas adjetivadas de lugares o grupos que acompañan al teónimo (en las inscripciones cacereñas tendríamos los ejemplos de *Araugelenis*, *-itucesis*, *Roudeaco*, *Apolosego* o *Vorpl...*). De Hoz (1986c: 43-44) cree más bien que se trata de un nombre común traducible por divinidad y precisado por un epíteto. Una divinidad protectora y tutelar, ligada a comunidades humanas, pero con un carácter genérico (asimilable a formas latinas como *deus/dea*, *lar*, *genius* o *numen*), no personal. Así piensan también J. J. Sayas y R. López Melero (1991: 111), pero disiente Marco Simón (1993a: 489; *id.*, 1994: 341-343), que defiende un carácter personal de este teónimo, como divinidad federativa y protectora del territorio. García Fernández-Albalat (1990: 339-340) tras un detenido análisis llega a la conclusión de que *Bandua* se vincula a determinadas comunidades, tal como reflejan algunos de sus epítetos, como prototipo de los dioses indoeuropeos que *atan*, pero su carácter trasciende más allá de la mera salvaguardia de un grupo humano; se convierte en una divinidad de carácter guerrero, con función psicopompa, en torno a la cual se forman cofradías de guerreros que juran fidelidad a tal divinidad y a un cabecilla que los dirige, al modo de las congregaciones guerreras de celtas y germanos (la cofradía vendría aludida por el epíteto que acompaña al término *Band-*, que sería quien rendiría el culto). Con una aproximación más local, véase también Salas Martín *et alii* (1986-89).

<sup>55</sup> Hallazgos en Ávila, Torre de la Mata (Salamanca), Torremenga (Cáceres), Martiago (Cáceres), Valverde del Fresno (Cáceres), Talavera de la Reina (Toledo), etc.; muchas teónimos son incompletos pero presentan el arranque *Toc-/Tog-*. Decíamos en otro lugar que Marco Simón (1994: 338) relaciona la raíz *Tog-/Togotus* o con infijo nasal *Tongo*, derivadas del radical *\*tong-* que en lengua celta significa juramento, con las deidades de los pactos, de las que -como ya hemos tenido ocasión de exponer- se hacen eco las fuentes clásicas para el caso vacceo.

109-111; *id.*, 1983b; *id.*, 1986; Albertos, 1983: 870; Untermann, 1984; *id.*, 1987; López Monteagudo, 1986; Martín Benito/Martín Benito, 1994: 132).

El ejemplo más evidente en nuestra región viene representado por los monumentos pétreos de Ulaca (clave 5X del inventario de yacimientos). Por una parte el conocido *Altar de sacrificio* del *oppidum* abulense está relacionado, tal como viera hace años Martín Valls (1985: 116-117; *id.*, 1986-87: 71), con el santuario rupestre de Panoias (Vila Real, Portugal), cuya función como escenario de sacrificios animales queda atestiguada por una inscripción, similar a la de Cabeço das Fraguas en Sabugal (en último lugar, Curado, 1996). Otros paralelos han sido aducidos en el estudio de la cultura castreña realizado por Ferreira da Silva (1986: 300-302): Castelo de San Veríssimo (Felgueiras), Vilar de Perdizes (Montalegre), Castro de Três Rios (Fail, Viseu), Lamas de Moledo (Castro Daire), etc. (en esta línea también López Monteagudo, 1986: 220-223; *ead.*, 1989: 38-42)<sup>56</sup>. La otra construcción religiosa de Ulaca, la *Sauna* (conocida como *Fragua* en la bibliografía más antigua) tiene igualmente un buen número de correspondencias en las *pedras formosas* del noroeste: Castro de Coaña (Asturias), Castro de Pendia (Boal, Asturias), Castro de Barreiro (La Coruña), Castro de Punta de Prados (Ortigueira, La Coruña), Santa Marina das Aguas (Orense), Santa María de Galegos (Barcelos, Braga), Citania de Briteiros (Guimarães, Braga), Castro de Sabroso (Guimarães, Braga), Castelo de Vermaim (Braga), Castro das Eiras (Braga), Citania de Tongobriga (Oporto), Citania de Sanfins (Paços de Ferreira), Monte Castro (Castelo da Paiva), San Mamede (Zamora), etc. (Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís, 1993: 239-253; Almagro Gorbea/Moltó, 1992).

## AGLUTINACIÓN DE CREYENTES

El sitio donde reside un dios o donde éste manifiesta su mensaje a los hombres sirviéndose de elementos de la naturaleza es un punto de reunión para sus devotos. Este es el sentido atemporal del santuario, ser un espacio social de dimensión religiosa. Dependiendo del carácter del dios, de la geografía de un país y de la organización de sus gentes, al lugar sacro acudirán individuos aislados, grupos familiares de una misma comunidad, de varias, o gentes en masa procedentes de distintas -e incluso distantes-

<sup>56</sup> Sobre la aglomeración de piedras con oquedades/cazoletas en el relieve meseteño y las garantías de su valor como punto religioso, véase la nota a pie 62 de la parte dedicada al pueblo vetón y la 74 de la de los vacceos.



entidades étnicas, porque ya hemos visto que un culto puede ser compartido por distintos pueblos<sup>57</sup>.

Dentro de la región de nuestro estudio, únicamente en el espacio vetón conocemos santuarios prerromanos claramente constatados<sup>58</sup>. Se trata de los de Ulaca (Solosancho, Ávila), Postoloboso (Candeleda, Ávila) y El Trampal (Alcuéscar, Cáceres). Al primero de ellos nos acabamos de referir (clave 5X del inventario de yacimientos); sus estructuras rupestres deben interpretarse como jalones de un área sacra intramuros, lo que convierte a Ulaca en una capital religiosa que pudo aglutinar con este fin a gentes dispersas en hábitats menores de la Serrota, la Paramera y el valle del Amblés abulenses.

Como santuarios rurales y fronterizos calificamos los enclaves de El Trampal (clave 25 del inventario de yacimientos), en cuyos alrededores hay testimonios suficientes para pensar en un centro íntimamente relacionado con *Ataecina*, y Postoloboso (clave 24 del inventario de yacimientos), sede del culto a *Vaelicus*. Ambos espacios sacros reúnen un rasgo singular como es el de su localización junto a cursos de agua (fenómeno del que no debe estar ajeno el carácter del dios), trátase de fuentes manantiales (caso de El Trampal) o de puntos de confluencia de vías fluviales (Postoloboso; en la espectacular unión del río Tiétar con la garganta de Alardos, a la cual se le han unido poco antes las aguas de la garganta de Chilla, que bajan las dos de Gredos). Estos emplazamientos tan determinantes, en conexión con vías fluviales y en espacios abiertos o bien definidos, apoyan la idea de ver en estas áreas de culto una significación fronteriza, de terrenos

<sup>57</sup> En relación con el binomio santuario-peregrinación, traemos a colación la exquista reflexión que L. García Iglesias incluye en un trabajo que dedica a las peregrinaciones en la Antigüedad (García Iglesias, 1986-87); sus palabras son aplicables a cualquier grupo humano que fija en determinado punto geográfico un valor religioso y para nosotros tienen un valor principal por el fondo transcultural del que hacen gala: "Porque, al margen de las motivaciones profundas que puedan mover al peregrino en determinada referencia geográfica, ¿qué es éste? Un viajero. ¿Qué conlleva el viaje masivo? Contacto entre gente diferentes, entre realidades culturales distintas. ¿Qué efectos arrastra la atracción unidireccional? Cosmopolitismo en la región receptora del elemento foráneo. ¿Qué exige esta masa que afluye? Atenciones, servicios, infraestructura. ¿Y qué trae? Dinero, poco o mucho cada viajero, pero en cantidades fabulosas la colectividad que se mueve; trae riqueza, trae invitación a la iniciativa, trae activación de recursos. Y lo que comienza por ser algo sentido por cada cual internamente en pura y simple dimensión religiosa, viene a ser con el tiempo y desde fuera, en cuanto que fenómeno general, una complicada realidad social, económica y cultural de un alcance infinitamente mayor, en muy varias dimensiones, de esa vivencia religiosa que es fundamento último del trasiego constante a un cierto lugar sagrado" (García Iglesias, 1986-87: 301). El autor no se detiene en la Iberia prerromana, pero afirma que la peregrinación fue practicada también por celtas, íberos, lusitanos y turdetanos, toda vez que "el rito de acercamiento es consubstancial con la religión de santuario" (García Iglesias, 1986-87: 308).

<sup>58</sup> Acerca de las características físicas y simbólicas del santuario como punto de comunicación entre hombres y dioses, para la Hispania indoeuropea, véase Marco (1993a: 492; *id.*, 1993b: 318). En una reciente contribución, F. Marco analiza la continuidad de los santuarios prerromanos del ámbito indoeuropeo en tiempo imperial, para acabar señalando, con gran acierto, que Roma estimuló el papel de los santuarios rurales como factor de integración cultural (Marco, 1996b). Un rol que probablemente alguno de estos centros neutros ya estaba desempeñando en los esquemas culturales y políticos prerromanos.

neutros, en la convergencia de varias entidades de población o de varias regiones medioambientales diferentes<sup>59</sup>; circunstancias que se están comprobando con claridad en los santuarios del noroeste de la Galia<sup>60</sup>. En estos centros no debió ser extraña la celebración de reuniones y fiestas de índole religiosa y jurídica<sup>61</sup>, que se verían acompañadas de ferias y trueques comerciales.

Muy patente es el caso de El Trampal un lugar acantonado en una zona de interconexión entre vetones, lusitanos y célticos, que después será ángulo fronterizo entre los *territora emeritensis, metellinensis, turgaliensis* y *norbensis* (Cerrillo *et alii*, 1990: 57), tal como la extensión de aras a *Ataecina* refleja, sin que tengamos necesariamente que identificarlo con la ciudad principal en el culto de la diosa, *Turobriga*. Por lo mismo, estos márgenes de Alcuéscar darían asiento a un santuario prerromano mayor, en el sentido de ser un punto interétnico; pero hemos de reconocer que no disponemos de resto alguno que evidencie culto protohistórico con la excepción, siempre vaga, del carácter indígena del teónimo.

Postoloboso es un escenario religioso si cabe de mayor singularidad. En primer lugar en él creemos reconocer el carácter simbólico que poseen los cursos fluviales como delimitadores de un territorio sacro, evidenciado en el siguiente dato: el arroyo de Alardos

<sup>59</sup> Algo de ésto se observa en Las Cogotas, no muy distante del área de relación celtíbera donde hallamos otro de los grandes santuarios rupestres de la Hispania indoeuropea como es el de Peñalba de Villastar, en el valle del alto Turia (Teruel), que varias inscripciones en alfabeto latino y lengua indígena ponen en relación con el dios céltico *Lug* (Marco Simón, 1986; *id.*, 1996: 88-90, con las últimas propuestas).

<sup>60</sup> La relación frontera poblacional-territorio sacro fue atisbada inicialmente por R. Agache (1981) para el territorio de Somme. Desde entonces la idea se está demostrando en muchos otros santuarios de la Galia belga, especialmente en la Picardia donde los *fana* galo-romanos emplazados sobre mesetas y puntos dominantes de no grandes alturas y cercanos a cursos de agua y vías de comunicación, estructuran el paisaje y marcan los límites interétnicos (Marchand, 1991). Para J.L. Brunaux (1991: 8) estos espacios extraurbanos definen un territorio desde el mismo momento de su creación, lo cual constituye el acto de posesión de un suelo. "La création du sanctuaire, comme un point fixe assurant le dialogue entre les hommes et les dieux, marquait définitivement le territoire, mieux qu'une borne l'aurait fait, car il indiquait la propriété du peuple, non seulement aux peuples voisins mais aux dieux des peuples voisins" (Brunaux, 1996: 68). El caso más paradigmático es el de Gournay-sur-Aronde, lugar con larga ocupación caracterizado por la presencia de zanjas con depósitos rituales de restos faunísticos (bueyes de tiro, cerdos, oveja), armas (botines de guerra dedicados a los dioses) y cadáveres descuartizados, alrededor de una estructura rectangular (templo). Véanse también, Brunaux (1986; *id.*, 1995; *id.*, 1996: 59-101, espec. 66-68), Lejars (1991), A.A.V.V. (1991b), Arcelin *et alii* (1993) y Webster (1995).

<sup>61</sup> Es lo que, en otra distancia, se ha planteado para el santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) (Ruano, 1988). Basándose en los exvotos escultóricos, esta autora concibe el lugar como un centro geo-político, donde se llevarían a cabo alianzas entre élites, acuerdos interétnicos y, yendo más lejos, matrimonios políticos (mixtos), todo ello bajo sanción religiosa. El conocido exvoto representando una pareja con ofrenda común da pie a la siguiente pregunta: ¿pudo ser esta estatua señal perpetua de un pacto matrimonial entre miembros de dos comunidades ibéricas que se dan cita en el santuario del Cerro?

Recordemos que el acto nupcial entre grupos dirigentes es un ocasión muy manifiesta para contactos culturales. En este sentido la iconografía de la cerámica ibérica también podría indicar ceremonias matrimoniales de valor institucional, razón última de su materialización gráfica (por ejemplo las típicas profesiones de danzantes y bailarines de ambos sexos, además de otras escenas); así lo sugiere tímidamente R. Lucas (1986: 362-363).

pone en comunicación al *oppidum* de El Raso, sito en un piedemonte meridional de Gredos próximo a los 700 m. de altitud, con el santuario de *Vaelicus* en Postoloboso, unos 5 km. al sur, en terreno llano sobre la vega del Tiétar (300 m. sobre el nivel del mar), punto en el cual desemboca la referida garganta serrana <figura 143> (Sánchez Moreno, e.p. -d-). Además otro rastro del alcance frontero de este enclave, se aprecia en la especialísima ubicación del santuario en el exacto punto de unión de tres provincias actuales, Ávila, Cáceres y Toledo; una acotación geográfica que aunque muy alejada en el tiempo puede esconder una antigua marca fronteriza. Por otra parte también tiene importancia el hecho de que Postoloboso es al mismo tiempo la franja de transición de tres espacios naturales desiguales: 1) un territorio eminentemente montañoso (el suroeste de la provincia abulense), 2) una llanura de dehesas y pastizales (la comarca de la Jara, en el occidente toledano) y 3) un escalón tectónico privilegiado desde el punto de vista climático y edafológico, como es el fértil valle de la Vera cacereña. No hay que olvidar tampoco que Postoloboso está próximo al puerto natural de Candeleda, uno de los pasos secundarios para atravesar la sierra de Gredos y poner en comunicación la meseta meridional con la septentrional. Aunque situado en un punto geográfico claramente vetón, el conjunto arqueológico de Postoloboso-El Raso no está muy alejado en dirección sureste del ámbito carpetano.

Sabemos que en época alto-imperial el culto a *Vaelicus* sigue activo, gracias a casi una veintena de exvotos epigráficos hallados en Postoloboso (Fernández Gómez, 1973; *id.*, 1986: 879-905; Knapp, 1992: 86-98), dedicados por hispano-romanos que allí se desplazan desde los alrededores y probablemente desde otras zonas con alta densidad de poblamiento en aquellos momentos como pueden ser las comarcas de La Jara talaverana (*Caesarobriga*), el inmediato Campo Arañuelo cacereño (*Augustobriga*), la penillanura trujillana (*Turgalium*), o lugares a orillas de la Vía de la Plata en el noreste cacereño (*Capara*).

Pero acaso en tiempos de la Segunda Edad del Hierro a Postoloboso también pudieron llegar gentes foráneas: vetones septentrionales, vetones meridionales, carpetanos, o incluso más aisladamente individuos pertenecientes a focos oretanos, turdetanos o incluso bastetanos de la provincia toledana, la meseta manchega, la alta Andalucía y la región murciana respectivamente. Nos induce a pensar hipotéticamente así el dato de que en las cercanías del lugar, y en contacto con puntos de agua, han sido hallados objetos de

claro sabor ibérico, en concreto el exvoto de bronce y la manita de braserillo, dos elementos claramente rituales aparecidos en la ribera de la garganta de Alardos, y dos falcatas recuperadas en la dehesa-pantano de Rosarito, muy próxima a Postoloboso. Recordemos además los materiales *iberizantes* recuperados en la necrópolis de El Raso, también estudiados páginas atrás. La idea de ofrendas de extranjeros que por causas que se nos escapan (religiosas, políticas, económicas...) llegan a esta zona, tal vez un santuario intertribal, un punto singular de paso y peaje o un centro comercial y religioso<sup>62</sup>, es una posibilidad a contemplar pero que debe verificarse en el futuro con nuevos hallazgos. Ya hemos visto que hay datos y paralelos importantes para hacer de los santuarios de la meseta occidental lugares de reunión donde se produciría la concentración de gentes y el intercambio de cosas e ideas<sup>63</sup>. Sin embargo, este conjunto disperso de elementos ibéricos en el entorno de Postoloboso también pueden entenderse como exvotos de valor ofrecidos por gentes locales (probablemente habitantes de El Raso) al dios *Vaelicus*; regalos o despojos de guerra venidos a este punto de la provincia de Ávila no a través de gentes del sureste directamente, sino como bienes obtenidos por agentes vetones en actividades practicadas con el exterior, bien sean éstas propias de un horizonte guerrero (asaltos, botines) o de uno pacífico (emblemas de alianza, dones diplomáticos).

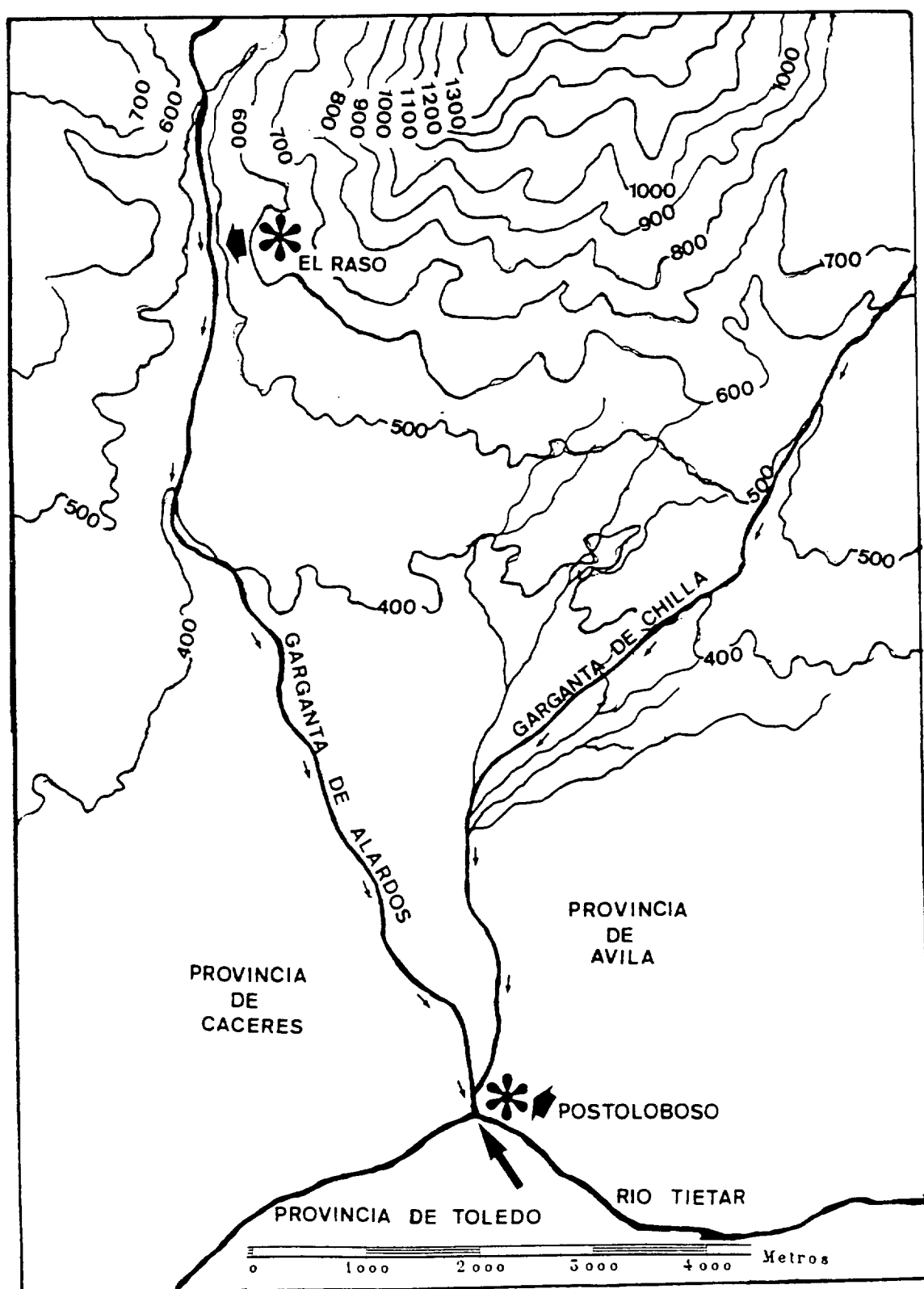
<sup>62</sup> El carácter del dios *Vaelicus* podría estar en conexión con algo de esto. Quedó apuntado que la divinidad parece tener un sentido funerario, demostrado en dos indicios: la figura del lobo (evidente en la raíz del teónimo que en lengua celta significa lobo y en el actual topónimo del paraje) y las explotaciones de hierro de los alrededores de la zona (vid I-1.5.C Dioses: *Vaelicus*). De forma genérica el lobo y el carácter infernal se han puesto en relación con la figura de los heraldos y con los dioses de los pactos (Apiano, *Iber.*, 48).

Por otra parte, la tradición medieval otorga a San Juan y a San Bernardo, los dioses a los que está dedicada la ermita de Postoloboso, propiedades contra el mal de rabia, y al parecer un antiguo mojón clavado frente a la ermita servía para atar a los animales (perros afectados de rabia, tal vez lobos también) con el fin de ser restablecidos por la autoridad religiosa... El mantenimiento de tradiciones religiosas, la festividad de San Juan (uno de los santos de Postoloboso), la protección a los animales domésticos (profilaxis) -especialmente el ganado ovi-caprino- en fiestas religiosas y comerciales, la figura de San Antón, la cura de perros pastores con distintos ritos, el respeto y el miedo que inspiran los lobos..., son aspectos interrelacionados entre sí y con prácticas trashumantes según algunos datos de la antropología cultural extrema (al respecto, Domínguez Moreno, 1993; sobre el significado de perros y lobos en la trashumancia véase Elías, 1994: 224-228). Además hay que recordar el enlace de Postoloboso con el puerto de Candeleda en la sierra de Gredos, utilizado hasta hace poco en movimientos estacionales de ganados entre la provincia de Ávila al norte y el valle del Tiétar y las llanuras toledanas al sur.

En fin, ¿puede tener este cúmulo de datos alguna relación con el funcionamiento antiguo de Postoloboso? Nada hay seguro.

<sup>63</sup> Aunque el estado actual de conocimiento es muy provisional como para dar una explicación argumentada, intuimos que en la zona de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), unos diez kilómetros en línea recta al oeste de Postoloboso, podría existir un centro religioso anejo a las zonas cementeriales y al hábitat disperso de los alrededores, abierto a estímulos externos. El hagiónimo del lugar (El Santo Pajares), los hallazgos de cerámica griega, la proliferación de cuentas de pasta vítrea con distintas tipologías, la cabecita policroma y los ungüentarios también de vidrio, el reflejo iconográfico y tecnológico postorientalizante de la joyería áurea ahí documentada (especialmente las placas-diademas)..., son datos a tener en cuenta; si bien esta idea no pasa de ser una conjetura preliminar sólo demostrable con nuevos hallazgos.

Terminamos echando una mirada última al solar vacceo. El desconocimiento en este espacio de santuarios de este tipo hasta el día de hoy no impide que se manifieste una línea de frontera religiosa, al menos así nos lo parece a nosotros, entre vacceos y astures coincidente *grosso modo* con el curso del río Esla. La misma parece venir representada en la distribución en esa zona occidental de los últimos verracos y estructuras rupestres - supestamente religiosas (Benito/Grande, 1992; *eid.*, 1994)- de la meseta, los cuales, atravesada la *raya* simbólica del Esla compartida con astures, dan la mano a monumentos hermanos que afloran ya en espacio castreño del noroeste.



**FIGURA 143.** Localización del santuario de Postoloboso en relación al oppidum de El Raso (Candeleda, Ávila) (Sánchez Moreno, e.p. -d-)

### III-3.3 AL PASO DE LOS REBAÑOS: LA *TRASHUMANCIA*

De entre las muchas cuestiones que han suscitado un interés continuo en el debate historiográfico, una de las más fecundas es la de la trashumancia, más propiamente la de su origen. El tema se ha tratado desde distintos campos (medio-ambiental, histórico, geográfico, sociológico, cultural, paleozoológico...), lo cual contribuye a que a una mayor -y por tanto más útil- oferta informativa acompañe una dificultad también mayor a la hora de concentrar posturas.

En la medida en que pueblan un medio natural, se alimentan de lo que éste brinda cíclicamente y están a expensas del clima reinante, la fauna silvestre o doméstica no sólo es protagonista de un ecosistema sino que, al igual que el hombre pero en otra dimensión, puede actuar sobre las limitaciones que aquél le imponga. Este es el marco que da sentido a la *trashumancia* que, al margen de apropiaciones históricas y de la naturaleza de su impulso, cabe definir como el desplazamiento alternativo y periódico de agentes animales entre dos regiones opuestas medio-ambientalmente con el fin de aprovechar la complementariedad vegetal establecida entre ambas zonas a través del ciclo estacional. Precisamente la climatología y la orografía contrastadas del espacio meridional europeo hacen que la Europa mediterránea represente el teatro principal del acto trashumante. En la Península Ibérica, como es bien sabido, el movimiento trashumante se resume en la *bajada a extremos* que desde las zonas montañosas de la meseta septentrional -agostaderos o pastos estivales- se realiza a las dehesas extremeñas, andaluzas y manchegas -eriales invernales-, asegurándose así la alimentación de los ganados con el aprovechamiento de los pastizales periféricos en *viajes* anuales y complementarios<sup>64</sup>.

<sup>64</sup> Para la relación trashumancia-medio físico, véase Montoya (1984: espc. 54-99), Ruiz/Ruiz (1986) y especialmente Cabo (1994). Para este último la explicación de la coincidencia itinerante de hombres y animales descansa en los condicionantes físicos: "En nuestra Península, donde el clima presenta los fuertes contrastes estacionales a los que nos hemos referido, los grandes herbívoros tendrían que desplazarse, necesariamente, abandonando las montañas cuando empezaran a cubrirse de nieve y a helarse su herbazal, y cruzando las planicies de la meseta y el interior de las depresiones bética e ibérica antes de que los calores estivales las dejaran peladas de hierba. Y, claro es, desde que existe el hombre, iría tras las bestias o las acecharía en los lugares de paso habitual para darlas caza. Y en las mismas migraciones temporales de ellas se inspiraría con las que logró domesticar. ¿Cabe pensar algo distinto sin apartarse de la lógica? Se puede argumentar que desde las etapas prehistóricas y romana hasta la organización mesteña de Alfonso X transcurrieron unos cuantos siglos y se produjeron no pocos avatares político-militares. Pero también cabe preguntarse si estos acontecimientos fueron tan revolucionarios como para borrar de manera radical aquellos modos de vida tan enraizados, y que eran y son acordes con las condiciones naturales que pesan sobre la explotación con fórmulas tradicionales del suelo agrario, en la mayor parte de la España peninsular" (Cabo, 1994: 36). También de esta opinión es Garzón (1993), quien con argumentos mediambientales algo exagerados y con una base histórica más que liviana hace remontar el funcionamiento de la trashumancia al Paleolítico Final (15.000 B.P.). Por cierto, nos parece poco adecuada la identificación que hace este autor de razas vacunas autóctonas con ganaderías prerromanas (cabaña

Aparentemente, según indican antiguas intuiciones retomadas después por la Biogeografía y abanderadas con mucha fuerza por ecologistas y naturalistas en nuestros días, el sentir trashumante lo inauguran como comportamiento natural las manadas de animales prehistóricos probablemente a partir de los cambios climáticos con el paso del Pleistoceno al Holoceno. Estos desplazamientos estacionales inicales son intensificados por el hombre paralelamente al proceso de domesticación y, cuando éste ya es dueño de su ganadería y vive en estadios culturales más avanzados, los rebaños siguen atravesando distancias de ida y vuelta al ritmo que marca ahora la experiencia humana. El valor funcional de esta mecánica no está exento de cierta confusión, cuando arqueólogos e historiadores mezclan sin definir ni diferenciar claramente conceptos como trashumancia, pastoralismo, trasterminancia, economía ganadera nómada, desplazamientos ganaderos complementarios, etc. No entra en el propósito de nuestro trabajo, ni nos consideramos en situación de poner orden a este cajón de sastre. Únicamente vamos a repasar las opiniones vertidas sobre la existencia de la trashumancia en la Hispania prerromana, para, desde la perspectiva de nuestro análisis sobre la meseta occidental, posicionar la impresión propia que los desplazamientos cañariegos nos merecen como forma y fondo de transmisión cultural.

Con desigual intesidad según autores y épocas se plantea que la *trashumancia* a larga distancia es una práctica arraigada en la Península Ibérica, entre otras cosas porque está efectivamente atestiguada en otros ámbitos del mundo clásico mediterráneo, como la Hélade, la Península Itálica y algunas regiones de la Galia y Dalmacia (Whittaker, 1988; A.A.V.V., 1983b; Montoya, 1984), y porque parece contradictorio que las tierras donde se originó el sistema pastoril más complejo, la Mesta<sup>65</sup>, no hubieran conocido algo similar no ya en época romana sino en en los más nebulosos tiempos proto y prehistóricos.

A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del s.XX los primeros estudiosos del pasado hispano aceptaron muy generalizadamente la práctica trashumante en Iberia, con particular intensidad en la meseta occidental, la región más claramente afectada por el

---

vetona: morucha; cabaña vaccea: sayaguesa; cabaña carpetana: avileña...) (Garzón, 1993: 36, fig.4), sin mencionar las fuentes de las que se ha servido.

<sup>65</sup> La Mesta y la Trashumancia histórica constituyen objeto de especial atención bibliográfica en los últimos diez años. Cabe destacar la recopilación de estudios clásicos sobre el tema ofrecida por García Martín/Sánchez Benito (1986), en



trazado de las cañadas históricas de todo el conjunto peninsular <figura 144>. En varios de aquellos primeros ensayos, el sentido que se daba a la *trashumancia* equivalía más bien al significado de economías pastoriles nómadas. En esta línea cabe situar las aportaciones de V. Paredes Guillén<sup>66</sup>, J. Costa<sup>67</sup>, A. Schulten<sup>68</sup> y más tardíamente F. Wattenberg<sup>69</sup>. También J. Klein en su más que clásico estudio institucionalista sobre la Mesta publicado por primera vez en 1920, apuntaba de forma genérica el antecedente trashumante de los meseteños prerromanos en el capítulo que dedicaba a los orígenes de la organización mesteña<sup>70</sup>.

A partir de los años 50, una crítica histórica más firmemente asentada rechaza la existencia de la *trashumancia* como tal, con anterioridad a su oficialidad medieval (privilegios de Gualda, Guadalajara, firmados por Alfonso X en 1273). Varios son los factores que se esgrimen, por ejemplo la ausencia de una necesidad real para dicho

---

especial la obra de García Martín (1988; *id.*, 1990a; *id.*, 1990b; *id.*, 1991a; *id.*, 1994) y los catálogos plurales editados por Rodríguez Becerra (1993) y Anes/García Sanz (1994).

<sup>66</sup> Ya nos hemos referido a la singular obra de este arquitecto placentino (Paredes Guillén, 1888; *id.*, 1902). Con un criterio cuando menos sagaz para su tiempo, Paredes Guillén entiende a los verracos meseteños (*framontanos celtibéricos*) como hitos señalizadores de rutas trashumantes. Argumenta su exposición saltando sin hiato alguno de los datos clásicos y arqueológicos a los mitológicos (el robo de los ganados de Gerión perpetrado por Heracles, por ejemplo), pasando por el campo de las creencias populares. Los itinerarios trashumantes alumbrados por los mojones escultóricos son representados en un peculiarísimo mapa al final del libro. En definitiva este autor defiende la existencia de una ganadería trashumante tradicional entre los celtiberos, complementada con un régimen agrícola de colectivismo agrario (*vid* I-2.5A Agricultura vaccea, nota 47). Ello tuvo tal arraigo en aquellos pueblos que la razón del enfrentamiento indígena a Roma fue, precisamente, la oposición de los peninsulares al sistema agrícola romano que iba en contra de su funcionamiento ganadero (Paredes Guillén, 1888: 47-73): “No vástó tanta sangre derramada de españoles y romanos por conservar su modo de vivir con los ganados, los primeros, y por establecer la agricultura, a la par que despojar a sus contrarios, los segundos” (...) “Por estos medios, tan atroces, procuraban los romanos enseñar a vivir a los españoles de otra manera distinta de aquella a que estaban acostumbrados; pues vamos viendo que casi todos los ataques que sufrían eran producidos por los impedimentos que les ponían a seguir viviendo con sus ganados trashumantes” (Paredes Guillén, 1888: 68 y 69).

<sup>67</sup> J. Costa describió una vida pastoril generalizada en los primitivos pueblos ibéricos en la que se incluían migraciones semestrales. Esta economía de base comunitaria y ganadera propia de las sociedades prerromanas contrastaba con los principios de sedentarización y propiedad privada introducidos con la conquista romana (Costa, 1891-95: 1-32).

<sup>68</sup> Según el hispanista alemán, los vacceos apacentaban su ganado en los montes de Numancia durante el verano, gracias a las positivas relaciones vecinales que tenían con los arévacos. Schulten compara la situación con lo ocurrido en Italia donde la estrecha amistad entre los samnitas de las montañas y los pulleses de la llanura no se fundaba sólo en su parentesco, sino también en el intercambio estacional de pastos de cara al aprovechamiento de sus rebaños (Schulten, 1914: *passim*; *id.*, 1959: II, 509-510). El contacto vacceo-arévaco con hilo conductor en el ganado planteado por Schulten es sugerente y no desentona en relación con otras noticias disponibles sobre el tráfico entre estos pueblos a través del Duero, pero no parece el sentido horizontal la estrategia más adecuada para una *trashumancia* entre dos áreas de la meseta septentrional con un marco físico y con extremos climáticos más o menos parejos.

<sup>69</sup> Bebiendo de los anteriores, el estudioso de la protohistoria y romanización de la cuenca media duriense escribía: “Con respecto a la trashumancia toda la meseta norte debió ser escenario de ella. Taracena supone una emigración anual a lo largo del Duero, por el norte de la cordillera carpetana. A ellos hemos de atribuir los primeros caminos o rutas a lo largo de montes y ríos con carácter fijo, siendo los beribrazes los primeramente mencionados en España como pastores. De estos caminos se ha hablado pero no hay constancia efectiva de ellos” (Wattenberg, 1959: 23).

<sup>70</sup> “Los sucesivos episodios que prepararon el nacimiento de la Mesta fueron la vida pastoril trashumante de los celtiberos, la de la época visigoda, las costumbres pastoriles de los invasores bereberes y, por último, las Mestas de las ciudades, o Juntas de pastores para disponer de los animales descarriados. Cada uno de esos factores contribuyó a la gestación de la Mesta castellana, en la segunda mitad del s.XIII, y tuvo una influencia fundamental en su carácter y en su historia” (Klein, 1979: 29).

mecanismo ganadero en tiempos protohistóricos en los que habría una suficiencia de pastos y un contraste climático menos acusado. Pero la razón principal es la imposibilidad de aceptar una regulación que asegurase el correcto funcionamiento del ciclo trashumante en un momento tan temprano y entre regiones distantes y adscritas a diferentes entidades étnicas caracterizadas por la fragmentación política y las continuas guerras de unos contra otros. Un clima de inestabilidad y hostilidad permanentes como el que se supone para aquellos pueblos haría imposible que los rebaños pudieran realizar largos recorridos. Ello cierra la puerta a la consideración real de la *trashumancia*, si bien algunos autores no encuentran reparos en aceptar la existencia de movimientos ganaderos menores (trasterminancia) entre montañas y valles, pero dentro de un mismo territorio étnico. Así piensan J. Caro Baroja (1976: 155) y J. Maluquer de Motes (1954: 167, 170), a los que siguen en líneas generales J.M<sup>a</sup>. Blázquez (1969: 234) y ya en la década de los ochenta, F.J. Lomas (1980: 38) y F. Fernández Gómez (1986: 916-917). Esta postura escéptica es con pequeños matices la que mantienen en la actualidad los más señalados estudiosos de la Mesta medieval y moderna, caso de P. García Martín<sup>71</sup>.

Curiosamente en esa fase de revisión crítica, en concreto a mediados de los años setenta y de la mano de la aproximación prehistórica, parte de la investigación resucita la vieja idea de la *trashumancia* ibérica haciéndola llevar a momentos clásicos de la Prehistoria. Así, tal como hemos señalado en otro lugar (III-2.1), la era calcolítica del III milenio a.C. (Higgs, 1976; Chapman, 1979; Davidson, 1980; Walker, 1980; los últimos con mayor criticismo), la cultura de Cogotas I del Bronce Final meseteño (Molina/Arteaga, 1976; Molina, 1978: 204-206), y poco después en vísperas del Período Orientalizante el momento de las estelas del suroeste (Ruiz Gálvez/Galán, 1991; Galán, 1993), son tiempos donde el factor trashumancia es valorado como comportamiento económico a partir del reflejo del que hacen gala una serie de construcciones simbólicas o elementos de la cultura material interpretados, en cualquier caso, como propios de sociedades pastoriles en movimiento; nos estamos refiriendo a los monumentos megalíticos, a la cerámica excisa y de boquique y a las mismas estelas del suroeste, respectivamente.

---

<sup>71</sup> "sin desechar la posibilidad de antiguas trasterminancias que tienen su continuidad y un reflejo documental en el Fuero Juzgo visigótico, nos parece harto difícil las grandes derrotas ganaderas en un clima de particularismo tribal y guerra endémica que haría de los bienes semovientes uno de los objetivos prioritarios de una *economía de robo fronteriza*" (García Martín, 1988: 35-36, 214; *id.*, 1991b: 23, 34-35). También así, Pastor de Togneri (1986).

No sabemos si debido al acicate despertado por la metodología prehistórica o más probablemente por la aparición de nuevos datos arqueológicos de la Segunda Edad del Hierro y ante la reinterpretación de la información literaria y epigráfica, el caso es que en los últimos años la historiografía dedicada a la Hispania prerromana vuelve a insistir en las posibilidades de la *trashumancia* antigua, en distinto grado y sobre apoyos pertinentes. Un trabajo importante en esta línea es el que L. García Moreno (1983) dedica al estudio del sector ganadero en un momento de transición como es el período visigodo. Este análisis ha sido un punto de referencia para trabajos posteriores sobre la *trashumancia*, a pesar de que en ocasiones no haya sido citado. En el mismo y a partir del repaso del código legislativo visigodo y de las fuentes literarias cristianas más tempranas<sup>72</sup>, García Moreno llega a la conclusión de que en los ss.V-VII se practicaban en la Hispania central y occidental movimientos ganaderos de cierto peso, ajustados a fechas precisas y custodiados por normas jurídicas de protección y regulación, emparentables de alguna forma con el fenómeno clásico de la *trashumancia*. Desde el campo de investigación que podemos llamar *arqueología textil*, C. Alfaro sugiere la existencia de *trashumancia* ovina en la Tarraconense desde tiempos prerromanos, otorgando gran importancia a la oveja de lana oscura y áspera característica del interior y asimilable a la variedad churra (Alfaro, 1984: 34-35; *ead.*, 1978, valorando el hallazgo de una tijera de esquileo). Lo mismo se ha hecho a partir de la revisión de los clásicos. Así por ejemplo, F. Sáez (1993) evalúa el potencial ganadero de la región extremeña a ojos de los textos literarios y termina por reconocer, de forma un tanto vaga, la posibilidad de una *trashumancia* entre la Bética y Lusitania, en torno a Sierra Morena (Sáez, 1993: 46-49). Más concienzudo es el planteamiento de J. Gómez Pantoja quien -utilizando el título de uno de sus artículos- emprende una esforzada búsqueda de los pastores hispanos revalorando testimonios literarios ya apuntados (las *laudes pecuniae Hispaniae*, los escuetos apuntes visigodos y altomedievales...) y, sobre todo, recurriendo al

<sup>72</sup> En concreto las leyes del *Liber Iudicum* (libro VIII, título 3, ley 9; libro VIII, título 4, leyes 26-28; libro VIII, título 5, ley 5) de tiempos de Leovigildo que aluden al ganado pastando al aire libre en régimen de campos abiertos aprovechando prados, bosquecillos y barbechos; a los desperfectos causados por ovejas y cabras en campos de cultivo; y al cuidado de los caminos por donde pasan los rebaños... etc. (Éstos son en definitiva el sentido y la definición de las cañadas: las partes del camino lindantes con tierras de cultivo que, por lo mismo, han de marcarse y protegerse de manera especial, pues el camino que cruzaba por terreno libre no exige ser acotado). Entre los argumentos literarios, en el testamento de San Fructuoso de Braga (*Vita Fructuosi*, 2) se indica que el padre del santo, *dux* de las tropas del Bierzo, tenía la misión de recaudar impuestos de los rebaños y verificar las listas de los pastores en relación con el fisco (impuestos que se cobraban en metálico, lo que inequívocamente nos habla de una ganadería comercial y no de simple subsistencia) al tiempo que se menciona la existencia de pastos de verano (*estivolae*) (sobre este pasaje véase también Barbero/Vigil, 1984: 122-123). Otra noticia es la anécdota de Teodora (s.VIII), una matrona que en viaje hacia el Bierzo, donde Valerio iba a remediar sus dolencias, es molestada por un rebaño de 200 vacas avanzando en época de vendimia en el camino de Astorga a Lugo (Val., *Repl.* 3). También se aduce en este artículo la interpretación de las características pizarras visigodas como cálculos ganaderos; estas pizarras son muy abundantes en puntos de Ávila y Salamanca (García Moreno, 1983).

apoyo epigráfico, una vía novedosa abierta por este autor<sup>73</sup> (Gómez Pantoja, 1994; *id.*, 1995a; *id.*, 1995b; *id.*, 1995c). Conjugando datos diferentes, M. Salinas (e.p.) ha planteado muy recientemente la conexión de tres factores (1- las téseras de hospitalidad, 2- los recorridos guerreros de los grupos indígenas reconocidos en las fuentes y 3- el itinerario de las cañadas históricas) para debatir sobre viejas cuestiones con un horizonte más abierto<sup>74</sup>.

Finalmente, ahora bajo el auspicio de la arqueología espacial empleada al servicio de la Protohistoria peninsular, la actividad pastoril a media y larga distancia ha vuelto a ser barajada con fuerza. Citamos al respecto dos ejemplos significativos que tienen la ventaja, además, de corresponderse con los dos espacios de nuestro análisis. En primer lugar, a decir de J. Álvarez Sanchís (1990) la economía vetona del valle abulense del Amblés tenía quizá su principal baza en la práctica trasterminante del vacuno, y el paisaje ganadero estaba caracterizado, por lo tanto, por la frecuencia de movimientos de rebaños a corta distancia explotando la riqueza natural de las dehesas del entorno septentrional de la Sierra de Gredos<sup>75</sup> (Álvarez Sanchís, 1990: 224-226). Fue apuntado con anterioridad que este autor, sin llegar a resucitar del todo la vieja tesis de Paredes Guillén, considera dentro de un contexto socio-económico a los verracos como símbolos delimitadores de pastos, asociados mayoritariamente a pastizales de invierno (95% de los ejemplares en el valle del Amblés) y próximos a las cañadas. Para el caso vacceo, J. M. Sierra y L. C. San Miguel

<sup>73</sup> La hipótesis de Gómez Pantoja, a la que ya nos hemos referido, establece que los desplazamientos de celtíbero-romanos (principalmente *uxamensis* y *cluniensis*) reconocidos por la epigrafía funeraria no responderían a factores tradicionalmente supuestos como la prestación de servicios en zonas mineras, sino que obedecen a una dedicación ganadera como pastores trashumantes, habida cuenta que la localización de los hallazgos epigráficos se corresponde con el trazado de cañadas como el seguido por la Soriana Occidental hacia los invernaderos extremeños y béticos, y con puntos de paso importantes en torno al Sistema Central y al Tajo, caso de Cáparra (Gómez Pantoja, 1995b: espec. 499-505). La conclusión que postulan las deducciones de Gómez Pantoja bien podría ser la de la existencia de cañariegos en tiempos antiguos con una connotación tan importante que sin la cual la distribución territorial, las fuentes de riqueza, los movimientos demográficos y la misma conquista por Roma de Hispania no alcanzan su sentido pleno. Pero el autor vence la tentación de sentenciar dicho juicio para, fiel a la realidad, concluir diciendo "un panorama descorazonador: documental y metodológicamente, las formas de vida pastorales, incluida la trashumancia, son especialmente invisibles para el historiador que no se arriesgue a ir más allá de la certeza documental" (Gómez Pantoja, 1995b: 504).

<sup>74</sup> El posicionamiento de este autor es muy parecido al que nosotros venimos desarrollando desde hace algún tiempo, del cual el presente trabajo constituye la expresión final. Nos alegra reconocer en este sentido la coincidencia de opinión con el profesor Salinas. Nuestro juicio se ha visto enriquecido gracias a las comunicaciones orales mantenidas con dicho investigador en la Universidad de Salamanca.

<sup>75</sup> Se trataría de los característicos movimientos de "alpaje" o subida a los puertos que todavía se realizan con hatos vacunos de raza Avileña-negra ibérica en el entorno de Gredos (Sánchez Belda, 1983), desde ambas vertientes. En primavera se dejan los templados valles de invierno (comarca de la Vera-Tiétar en primer término y en último los invernaderos de Plasencia-Trujillo-la Jara toledana e incluso del norte de Badajoz, en el sector meridional; valle del Tormes-Amblés en el sector septentrional) para ascender a los puertos centrales en busca de altos pastos de verano, con alturas superiores a los 1.500 m., a través de pasos tan significativos como el Puerto del Pico, a donde el ganado accede sirviéndose de la conocida calzada romana. Allí reposan los ganados hasta otoño aproximadamente, momento en el que bajan a las yerbas cacereñas del llano con sus crías para estabularse (Pérez Figueras *et alii*, 1992; García Martín, 1991b: 22).

ofrecen un interesante estudio sobre la estrecha relación entre el asentamiento vacceo y el trazado de las cañadas por aquellas tierras castellano-leonesas <figura 145 A-B> (Sierra/San Miguel, 1995). A partir de este dato, de otros literarios ya presentados y del análisis espacial que realizan<sup>76</sup>, estos autores no vacilan al subrayar el fuerte peso que en la economía vaccea de la Segunda Edad del Hierro tienen la trashumancia y el aprovechamiento secundario de los productos del ovino, frente a la escasa especialización del ganado vacuno<sup>77</sup> (Sierra/San Miguel, 1995).

Llegados a este punto y al amparo de la pequeña revisión historiográfica que acabamos de esbozar y del hilo conductor que ordena los distintos apartados componentes de nuestro trabajo, estamos en situación de ofrecer un comentario personal con el que cerrar este capítulo. Para llegar a una valoración final sobre la *trashumancia* protohistórica en el ámbito occidental de la meseta, evaluaremos los aspectos de forma (infraestructura técnica y humana) y de fondo (bases y razones) para ver si son ajustables a las exigencias de los recorridos ganaderos de ciclo largo.

En primer lugar, no cabe dudar de la vital importancia del ganado en la vida de vetones y vacceos, en ello no vamos a insistir por obvio y por estar suficientemente indicado en capítulos anteriores. En ese sentido la base de la *trashumancia* no plantea ningún cuestionamiento. Pasemos a la infraestructura técnica: las vías de circulación de los rebaños. La red de cañadas históricas<sup>78</sup> articula en sentido norte-sur y más puntualmente

<sup>76</sup> Los resultados principales del mismo son los siguientes (Sierra/San Miguel, 1995: espc. 396-398):

1- los territorios de producción (T.P.) de los *oppida* vacceos (el área examinada es el espacio al norte del Duero y al oeste del Pisuerga, en la provincia de Valladolid) son adecuados en alto porcentaje para el pastoreo ganadero (sobre el concepto territorio de producción, *vid.*, Ruiz Rodríguez, 1986; Ruiz Rodríguez/Burillo, 1988)

2- la casi totalidad de *oppida* vacceos tocan en sus T.P. con vías pecuarias, claramente en sus primeros intervalos o kilómetros (el 100% dentro de los 2 primeros km.) <figura 145 B>; además desde la posición de los hábitats en los bordes de páramos se abarca y controla visualmente las rutas

3- las vías pecuarias más relacionadas con los hábitats son las cañadas (la distancia media de la cañada más próxima es de 0,56 km. para yacimientos del Hierro II)

4- en la distancia teórica de una jornada de trashumancia (18-25 km.), se atraviesan dos yacimientos vacceos establecidos sobre ruta pecuaria.

Un pequeño comentario. Desde nuestro punto de vista la lógica vinculación cañadas-asentamientos responde a la obviedad de que los caminos ganaderos son las vías naturales de comunicación entre los hombre y por tanto el poblamiento vacceo, como el de cualquier otro grupo humano, se pone en relación a las mismas. (Esto no significa que pongamos en tela de juicio la viabilidad del análisis de estos autores ni la posibilidad de la *trashumancia*).

<sup>77</sup> Acaso J.M. Sierra y L.C. San Miguel se dejan llevar por un exceso historicista a la hora de valorar la importancia del ovino. Que en tiempos medievales y modernos la oveja merina fuera el actor principal del tránsito cañariiego no asegura que fuera también la variedad más destacada de la cabaña vaccea, independientemente de la aceptación de la trashumancia para esos momentos. Así lo indica parcialmente el examen zooarqueológico que, tal como hemos tenido ocasión de comentar (I-2.5A *Ganadería vaccea*), registra una más alta presencia de bóvidos que de ovinos, al menos en lo que a restos faunísticos de hábitats se refiere (Liesau, 1994; Morales/Liesau, 1995).

<sup>78</sup> Sobre las cañadas, uno de los estudios pioneros para la meseta fue el del geógrafo R. Aitken (1945), siguiendo los planteamientos iniciales de A. Fribourg y J. Klein pero mejorándolos. Véase la aportación fundamental de García

noreste-suroeste el espacio geográfico de nuestros pueblos <figuras 144>. Este territorio está atravesado por cuatro cañadas:

1) *La cañada Real de la Plata o de la Vizana* (García Martín, 1991c; *id.*, 1995). Transcurre desde la frontera astur-leonesa (puerto de Somiedo), pasando por Babia, el Bierzo, el puente de la Vizana próximo a Astorga -epónimo de la vía- y Benavente; cruza el Duero por Zamora, el Tormes por Salamanca, franquea el Puerto de Béjar, pasa por Plasencia y más abajo en el *puerto* de Aldeanueva del Camino los ganados pagaban portazgo; atraviesa el Tajo por el parque de Monfragüe a la altura de la confluencia con el Tiétar (Torrejón el Rubio), y llega por la penillanura trujillana hasta el vado de Medellín sobre el Guadiana, para alcanzar poco después Mérida. Su recorrido coincide en muchos tramos con el *Iter ab Emerita Asturicam* (Roldán, 1971).

2) *La cañada Real Leonesa Occidental* (Cabo, 1991). Une las estribaciones cantábricas (Puerto de Ventana, entre Asturias y León) con Mérida y el sur de Badajoz, a través de la provincia de León, el occidente de la de Valladolid -con pasos principales en Medina de Rioseco, Tordesillas y Medina del Campo-, la comarca de La Moraña en Ávila, cruzando el Sistema Central bien por el puerto de Candeleda o, con mayor frecuencia, por el paso del Puerto del Pico-Ramacastañas, para bajar al Campo Arañuelo y cruzar el Tajo por el vado de Miravete. Este sector cacereño es la antesala del paso por Trujillo, punto en el que el camino se une a la vía de la Plata y, fusionadas ya ambas cañadas, hacen el recorrido hacia Medellín y región emeritense, hasta alcanzar el suroeste de Badajoz y el reborde bético.

3) *La cañada Real Leonesa Oriental* (Gómez Sal/Rodríguez, 1991). Si las dos anteriores horadan el corazón de los países vetón y vacceo, ésta lo hace por su margen más oriental. Parte del noreste leonés en las cabeceras del Esla-Cea en torno a Riaño, y se conduce por el occidente palentino hasta Valladolid, de ahí a la provincia de Segovia (Campo Azálvaro) y después al mediodía abulense para cruzar el Sistema Central entre Guadarrama y Gredos por la Venta del Cojo, uno de los principales puertos reales de la Mesta en el s.XV. Desde ahí, pasando junto a los Toros de Guisando y al valle del Alberche, se encamina por la

---

Martín (1990b: espc. 33-42; *id.*, 1991b), con revisión historiográfica, puesta al día y la mejor definición de los tipos y medidas de la red cañariega. También es de utilidad, Mangas Navas (1992). Como es bien sabido, y según fue establecido por la regulación alfonsina de 1273, la *cañada real* es la vía principal para el desplazamiento a largas distancia de amplios rebaños; su anchura es "de seis sogas de marco de quarenta y cinco palmas cada una, entendiéndose entre panes y viñas; unas noventa varas castellanas", esto es, 75 m., y su longitud superior a los 200 km. Entre la multitud de bifurcaciones de estas cañadas destacan los cordeles y veredas. Los *cordeles* se utilizan para la trastermancia, contactan las cañadas entre sí y distribuyen los ganados desde las cañadas a los pastaderos; su anchura es de 45 m. y su longitud está entre 20 y 150 km. Las *veredas* sirven para distribuir el ganado dentro de la zona de pastoreo, para unir cañadas con descansaderos o abrevaderos y para el ganado estante o trasterminante; su anchura es de 10 m. y su longitud inferior a 20 km.

Jara toledana hacia Puente del Arzobispo -vado sobre el Tajo-, bordea el sureste de la provincia cacereña y arriba finalmente a tierras pacenses, cordobesas y sevillanas.

4) *La cañada Real Soriana Occidental* (Ruiz Ruiz, 1991). La última de las rutas que afectan a nuestra geografía arranca de la Sierra de Cabrejas al norte de Burgo de Osma y siempre en dirección suroeste, visita el occidente inferior de la provincia de Soria, el sur segoviano transversalmente y en línea paralela al Sistema Central (Sierras de Ayllón, Somosierra, Guadarrama), hasta entrar en la provincia abulense junto a la Sierra de Malagón. Atraviesa la ciudad de Ávila y transcurre hacia occidente en línea central por la provincia, la llamada *serranía pobre*. El paso del Sistema Central se realiza desde Piedrahita, saltando el Tormes en Puente del Congosto, hasta llegar a Béjar y descender por su corredor a la submeseta sur (en esta zona se produce el cruce con la cañada de la Plata, y ambas rutas siguen durante un tiempo el mismo recorrido); aunque tampoco hay que descartar una ruta alternativa por Piedrahita-El Barco de Ávila-puerto de Tornavacas hacia el valle del Jerte y Plasencia. Desde la comarca placentina, la cañada soriana occidental se dirige en dirección suroeste hacia el Tajo -que es atravesado a la altura de Alconétar (Garrovillas)-, para llegar después a la capital cacereña y desde ahí encaminarse hacia la meta de Valverde de Leganés (una auténtica encrucijada de caminos y veredas en un paisaje adehesado del sur extremeño), punto que se alcanzaba cruzando pocos kilómetros antes el Guadiana por la misma capital pacense.

Tras situar los yacimientos inventariados sobre el mapa cañariego de la meseta occidental <figura 144 B>, queda clara la asociación entre ambos protagonistas, asentamientos y caminos. Como ya se ha dicho, esto no tiene mucho de especial si consideramos que en líneas generales cañadas, veredas y cordeles son las aperturas más antiguas, naturales y lógicas en la comunicación espacial, tal como explican el amoldamiento de algunas de las calzadas romanas más señeras al trazado original de las viejas cañadas o la reutilización hasta nuestros días de muchos de los vados y puertos de montañas inaugurados por aquellas sendas. De lo claro a lo obvio: los núcleos de habitación antiguos, además, nunca fueron islas, a pesar de la fuerte resonancia del juicio estraboniano (Estrabón, III, 3, 8) en la historiografía tradicional (*vid* III-4.1). En este punto, pues, parece que tampoco es arriesgado extrapolar la cartografía de las cañadas al horizonte protohistórico, en lo tocante al funcionamiento de itinerarios.

Ahora bien, ¿fueron las comunidades que habitaron las tierras de ambas mesetas en aquel tiempo capaces de concordar y respetar la circulación de cabezas de ganado en tránsito por sus territorios?... Sin duda estamos en el punto crítico del debate sobre los orígenes trashumantes. Antes de haber emprendido este estudio y a tenor de lo argüido por los especialistas del tema, nuestra respuesta a tal pregunta habría sido negativa, o, todo lo más, conforme con un “sólo en ocasiones puntuales y entre distancias limitadas”. A estas alturas, *la infraestructura humana* del área que venimos estudiando nos da pie a pensar, no sin algún riesgo, que tal vez sí. Esto es, vetones y vacceos pudieron crear mecanismos de relación entre sí y con otros pueblos para permitir migraciones estacionales del ganado, porque éste funcionó no sólo como medio sino como fondo de interacción.

En favor de esta suposición incluiríamos las conclusiones de los puntos anteriormente tratados que por no ser reiterativos podemos condensar en la idea siguiente: al lado de un *supuesto estado de guerra endémica*, estos grupos intercalan políticas de intercambio y amistad con el exterior (*vide* III-3.2). El sesgo con que estas acciones se muestran en los registros informativos, bien de forma más o menos artificial en la obra de los clásicos o bien por proceso natural en el plano arqueológico, permite atisbar, no obstante, una expresión atenuada de su alcance real. Acabamos de ver la importancia que tienen prácticas jurídicas como la hospitalidad brindada a comunidades e individuos extranjeros, con todo lo que ello depara desde el punto de vista institucional y organizativo, y creemos haber demostrado las posibilidades de unas relaciones diplomáticas entre élites aristocráticas, sobre todo entre puntos vetones y enclaves de Oretania, Bastetania e incluso Contestania. En el fondo de estas líneas de conexión ha de ponderarse la impronta ganadera de la economía de los focos meseteños, bien patente en su cultura material, y el hecho de que, como patrón de riqueza natural, las cabañas constituyeron no pocas veces un valor de oferta y apremio en las políticas de intercambio con el exterior, al margen de que la iniciativa partiera de las comunidades locales o de los agentes exteriores interesados en el potencial ganadero de la meseta. Por descontado que la movilización de ganados hacia el sur o sùreste estaba, lo mismo que cualquier otro aspecto, a expensas del clima variable en el que se movían estas gentes. La guerra tenía sus normas, pero también la paz. En la medida en que en tiempos hostiles el ganado era botín atesorable, en tiempos de paz fue mercancía comercial. Por ello en ambas circunstancias el ganado debió correr parejo a grupos de guerreros quienes, bien como poseedores o sencillamente como



encargados de las cabañas, las protegían de posibles asaltos en sus recorridos estacionales que se verían acotados a distancias breves en tiempos de lucha abierta (transterminancia), al tiempo que, cuando fuera viable, las utilizaban en transacciones comerciales o incluso políticas con otros grupos, atravesando el territorio de varias entidades si era preciso.

Como hemos dicho en otro lugar, este panorama económico pudo ser una de las motivaciones que llevó al mismo Aníbal en el 220 a.C. a orillas del Duero medio atravesando, según hemos propuesto, el territorio vetón por la Vía histórica y cañariega de la Plata (*vid* II-1.5.A). La búsqueda por parte del Bárquida del cereal vacceo y acaso también de las cabañas vetonas para abastecer a sus ejércitos de cara a la inminente marcha sobre Italia, pudo verse facilitada por los movimientos ganaderos que en doble sentido norte-sur llevaban realizando aquellos meseteños desde años atrás; un modelo en el que Aníbal parece inspirarse. Ello quedaría demostrado no sólo en el recorrido del cartaginés -un *viaje histórico* desde los herbazales meridionales del Guadiana hasta los agostaderos de la meseta norte vaccea-, sino en el tiempo -en nada casual- en el que el cartaginés emprende su aventura meseteña. Según Tito Livio (XXI, 5, 5) Aníbal sale de Cartago Nova a comienzos de la primavera, con lo cual si en verdad sigue el Guadiana hasta la parte septentrional de la provincia de Badajoz para desde ahí iniciar la marcha hacia el norte en busca del Tajo, fecha y recorrido serían afines al tráfico ganadero que a esas alturas de la temporada empieza a subir a los pastos de verano de las serranías castellanas. Esto encaja bien con el suposición de que Aníbal, informado inicialmente por indígenas de áreas transicionales entre la esfera púnica y la meseteña interior, caso de oretanos o carpetanos, pudo finalmente contactar y ser orientado por grupos de pastores y/o guerreros occidentales que en aquel tiempo apacentaban sus rebaños en los *extremos* y que se verían más o menos forzados a servir al cartaginés. Se trata de expertos conocedores de la geografía del interior meseteño, maestros de larga tradición en el cruce de vados y puertos, y por ello los mejores guías para el propósito de las huestes anibálicas de penetrar hasta el corazón vacceo. Sabemos que algo parecido hizo Aníbal para cruzar por el lugar más conveniente el escollo que representaban los Pirineos y sobre todo los Alpes, sirviéndose probablemente de indígenas montañeses encuadrables en el retrato de guías-pastores, a los cuales había enviado embajadores e intérpretes para que les informara sobre el camino a elegir (Tito Livio, XXI, 23, 1; 24, 1-5; 30, 6-8; 31, 8-12; 32, 6-13; 34, 2-6; Estrabón, IV, 6, 11-12). En este contexto son más que oportunas las certeras palabras de J.

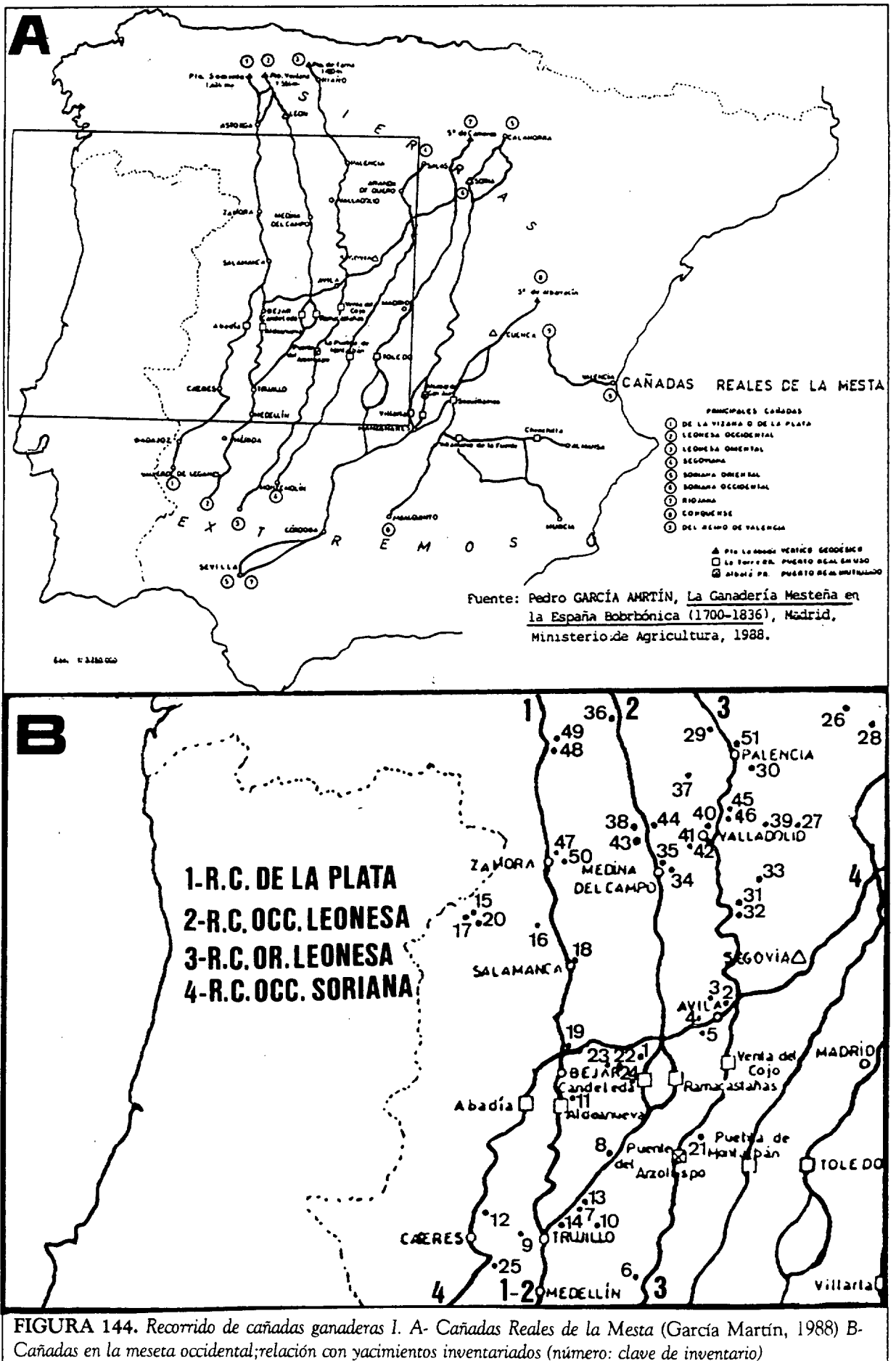
Caro Baroja (1988: 13): “las cañadas, de norte a sur, rompen las fronteras de los antiguos reinos de un modo sistemático. El pastor en movimiento vive en medios histórico-físicos distintos en diferentes épocas del año. Ésta ha sido su fuerza y su grandeza. También su debilidad”.

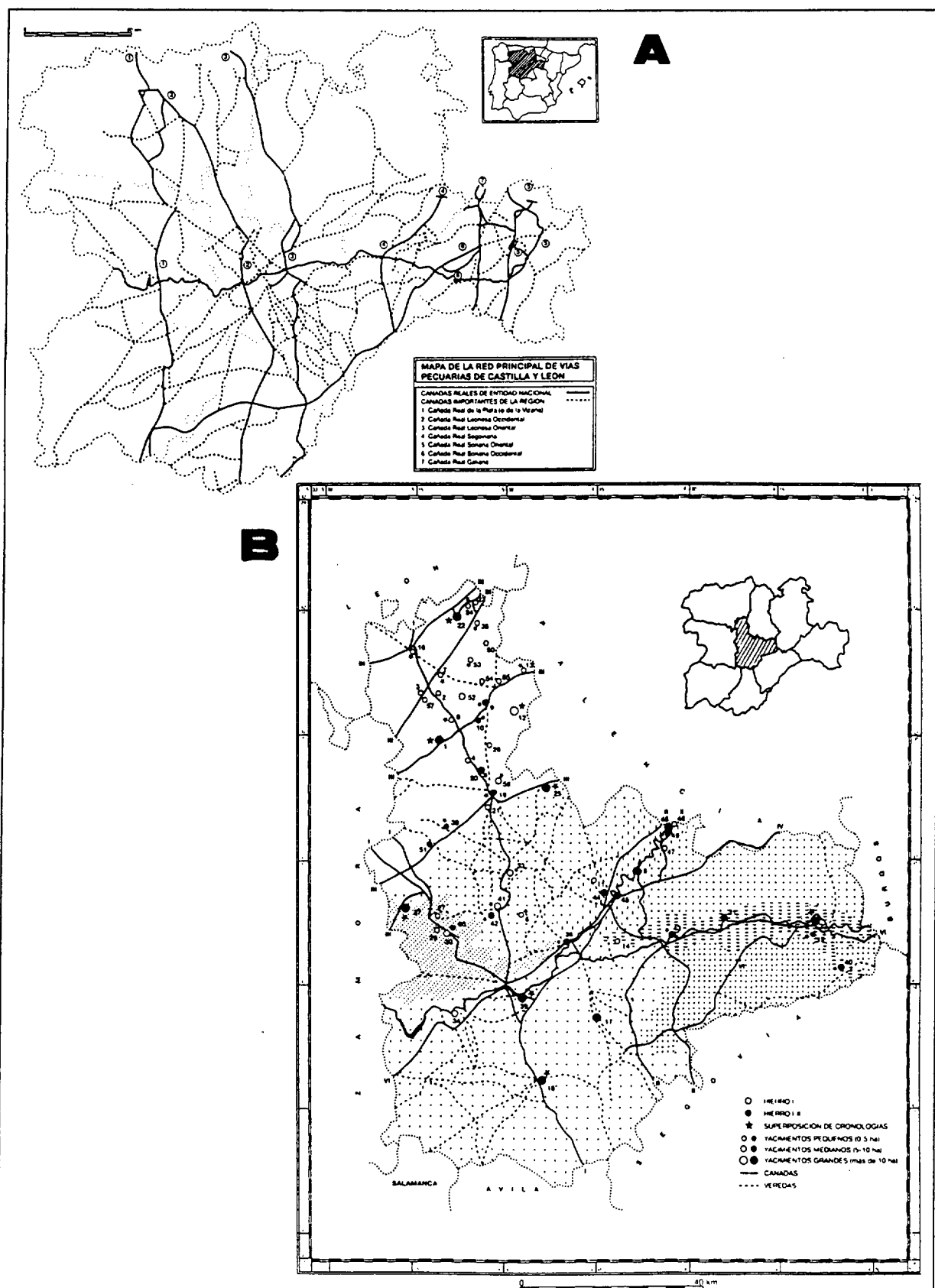
En suma, tras exprimir a fondo las fuentes clásicas y releer los testimonios arqueológicos de contacto cultural nos parece que las tierras del occidente meseteño dieron asiento a una intensa circulación ganadera. Definir la misma supone entrar en un debate epistemológico sobre el concepto y los presupuestos de la *trashumancia*. En tiempos prerromanos probablemente no hubo nada que se pareciera a la organización de la Mesta medieval; si hacemos de esta institución el significado pleno de la *trashumancia*, su origen no puede retrotraerse tan atrás y en ese sentido la postura escéptica es la correcta. Pero si la *trashumancia* es en realidad un requisito que el medio-ambiente impone para la especialización del sector ganadero, factible de verificarse en concordatos que anualmente podrían ser renovados por las élites que gobiernan los pueblos por los que trascurren las cañadas, la organización socio-política de aquellas comunidades no fue su impedimento; porque en ellas el ganado llevaba tiempo transitando como mercancía comercial y cultural. Las bases económicas, la infraestructura viaria y los ecos de transculturación existentes en la meseta prerromana, se muestran como indicadores. Dicho con otras palabras, si la naturaleza obligaba, el hombre no fue obstáculo. Desde antiguo, el ganado constituyó uno de los bienes socio-económicos más preciados y, como tal, se convirtió en factor de comunicación interna<sup>79</sup> y, más restrictivamente, en voz de llamada a la acción de agentes externos.

---

<sup>79</sup> Es casi indetectable el efecto cultural de esta *trashumancia*, entendida como contacto interhumano con base en el ganado, para el tiempo que estudiamos, y sin embargo debió tener una medida considerable. Los pastores y guerreros que movieron con distintos fines los rebaños entre focos cultural y geográficamente divergentes, intercambiaron y adaptaron recíprocamente ideas, costumbres, conocimientos y objetos. Poco es lo que el registro arqueológico disponible puede atribuir claramente a este fenómeno. Aparte de aspectos del todo volátiles (adaptación de creencias ideológicas, hábitos sociales y técnicas ganaderas transmitidos oralmente, entre otras cosas), puede encontrarse cierto reflejo material en usos típicamente pastoriles como la talla de madera (corte a navaja, que parece inspirar la técnica cerámica de la excisión, tan característica de la decoración de algunas piezas cerámicas vacceas) y el trabajo sobre hueso y asta, representados en distintos objetos (cajitas, cucharas, vasos, platos; coladras, silbatos, punzones, agujas, cuñillos...), o incluso algunos modelos cerámicos.

Como señala la antropología cultural, la vida pastoril es un opaco histórico. Resulta interesante ver algunos paralelos de aculturación entre el norte y el sur detectables en tiempos modernos y con razón de ser en la *trashumancia*: prácticas artesanales, vajilla y mobiliario representativos del grupo pastoril, formas de vestir, préstamos lingüísticos, datos folklóricos y toponímicos, recetas culinarias, medicina popular y herboristería, relaciones interpersonales entre castellanos-leoneses y extremeños, irradiación de cultos gracias a la migración ganadera como el de la Virgen de Guadalupe hacia el norte o el de Nuestra Señora de Valdejimena, abogada contra la rabia, desde Salamanca hasta Extremadura..., etc. Al respecto, Flores (1993) y Elías (1993: espec. 221-225; *id.*, 1994: 218-235); los dos primeros bajo una óptica extremeña.





**FIGURA 145.** Recorrido de cañadas ganaderas II. A- Vías pecuarias en Castilla-León B- Vías pecuarias en la provincia de Valladolid; relación con yacimientos de la Edad del Hierro (Sierra/San Miguel, 1995: 394-395, fig.2-3)

### **III-3.4 REVISANDO UN CONCEPTO:** **LA CELTIBERIZACIÓN DE LA MESETA OCCIDENTAL**

Por más que en obras de actualizada opinión se insista en la superación definitiva de la teoría invasionista celta, nos parece que esta tendencia todavía está presente en la interpretación generalizada de la protohistoria meseteña, eso sí de forma más o menos encubierta y perdiendo de vista el anclaje directo con la Céltica centroeuropea, pero no con su *sucursal* hispana: la Celtiberia. En efecto, para el marco geográfico de la meseta norte *sensu lato* y para el período que desde fines del s.IV a.C., con *floruit* en los ss.III-II a.C. llega hasta la plena percepción de la romanidad, se sigue hablando de la *celtiberización* como del aspecto definidor de dicho escenario. El sentido del término ha ido evolucionando en la historiografía con el paso del tiempo y con las nuevas corrientes interpretativas, pero tanto a nivel histórico-literario como desde el plano arqueológico, el flujo del elemento celtibérico hacia las *zonas marginales*, especialmente en la meseta meridional, en el norte y en el oeste, sigue siendo una constante bibliográfica. Tras revisar ligeramente las bases historiográficas y al hilo del cuestionamiento de alguno de sus argumentos principales, caso de la vaguedad en el reconocimiento de desplazamientos poblacionales, propondremos un nuevo planteamiento de la cuestión más acorde con la perspectiva del occidente meseteño que estamos dibujando.

La contemplación a principios de nuestro siglo de los textos clásicos y de las estaciones arqueológicas que se iban revelando, bajo el paradigma filológico de las tesis ligur, iliria y celta, trajo consigo la enunciación del expansionismo celta desde su cuna centro-oriental hacia el suroeste, la Islas Británicas, la Península Itálica, el este Europeo y Asia Menor. En el interior de la Península, las sucesivas penetraciones celtas del Ier milenio a.C., encorsetadas en repetidas sistematizaciones sobre las que cada autor introducía una tenue modificación a partir de la fijación inicial de Bosch Gimpera, resolvieron un panorama dominado por el último de los grupos celtas, los belgas o *belovacos*, que, con bautismo hispano, cabría identificar con los celtíberos. Estas gentes no sólo habrían sometido a los indoeuropeos anteriormente llegados, sino que en tiempos cuasi históricos siguieron expandiéndose por las tierras vecinas a su área de asentamiento en la meseta oriental: por la meseta meridional, la occidental, el noroeste, las estribaciones

cantábricas en incluso el Levante y Andalucía<sup>80</sup>. Este proceso fue interrumpido por Roma, justo cuando la expansión de estas gentes estaba a punto de hacer de Hispania la idea unitaria de Celtiberia... A parte de las noticias literarias que, para tiempos distintos y en contextos diferentes, hablan de un territorio celtibérico efectivamente creciente y difuso<sup>81</sup>, se empiezan a tomar ciertos datos arqueológicos, en especial la cerámica pintada que se exhuma en Numancia, para utilizar el registro material como comprobante del fenómeno de la *celtiberización*. Pero la interpretación lejos de ser unitaria, es confusa y heterogénea, variando el cariz étnico en la iniciativa del movimiento (celtíberos, celtas, posthallstáticos, íberos...), la dirección del mismo (del Levante hacia el interior, de la meseta hacia el Levante y Andalucía, del interior céltico hacia los extremos septentrional y occidental...) y el sentido de la expansión (invasionista, mercenario-guerrera, migracional, comercial, cultural...), según la aproximación de los distintos autores.

<sup>80</sup> Sobre los movimientos celtas en la Península véase una revisión general en Almagro Gorbea (1995c); en relación a los celtíberos, Lorrio (1995a); y para un análisis más regional de la meseta occidental, Sánchez Moreno (1995c); igualmente lo apuntado en los capítulos sobre los orígenes de los pueblos vetón y vacceo (I-1.3.A y I-2.3.A, respectivamente).

<sup>81</sup> El concepto de Celtiberia, como el de Iberia o el de Céltica, sufre una transformación con el tiempo. El sentido original que le da la cosmografía griega es el de constituir la parte interior o *celta* de Iberia (la Península), en la medida en que los celtíberos son los *celtas* que habitan en Iberia. A partir del s.II a.C. y al amparo de la penetración hacia el interior de observadores romanos por efecto de la conquista de la meseta, la Celtiberia será un territorio cada vez más definido, localizable entre el valle del Ebro y las serranías del Sistema Ibérico; aunque sus límites no permanecen estables. Las noticias más antiguas hablan, con imprecisión y ciertos errores, de una Celtiberia dilatada. Así, Livio (XXVIII, 1-2), al hilo de los acontecimientos del 207 a.C., escribe que *Celtiberiae quae media inter duo maria est*. Por Estrabón (III, 2, 11) sabemos que en el s.II a.C. "Polibio sostiene que tanto el *Anas* como el *Betis* nacen en Celtiberia, aunque distan entre sí unos novecientos estadios; porque los celtíberos, que habían acrecentado su territorio, dieron su propio nombre a todo el país vecino" (traducción Meana/Piñero, 1992: 65). Para Posidonio (en Diodoro, V, 35), los Pirineos separan la Galia de Iberia y Celtiberia. Incluso, mientras Plutarco (*Sert.*, 3) se refiere a *Castulo* como emporio celtibérico, Plinio (*N.H.*, IV, 119) afirma que las Casitérides se hallan enfrente de la Celtiberia... La percepción de una realidad etnográfica mucho más compleja que la desprendida de la lectura primera de Celtiberia como tierra de un unitario pueblo celtíbero, lleva a distinguir bajo ese etnónimo artificial una pluralidad de entidades indígenas habitantes de aquel territorio difuso: arévacos, pelendones, titos, belos, lusones... (Estrabón, III, 4, 13; III, 4, 19; Polibio, XXXV, 2; Apiano, *Iber.*, 44, 48-49, 50-52, 53-54, 61-63, 66; Plinio, *N.H.*, III, 19, 26-27; IV, 112; Ptolomeo, II, 6, 53, 55, 57; etc., con opiniones distintas a la hora de enumerar los *populi* celtíberos). Esto condujo a hablar desde tiempos de Schulten (1914: 119) de dos Celtiberias, la Citerior (al este del Sistema Ibérico: el valle medio del Ebro poblado por belos, titos y lusones) y la Ulterior (al oeste de la *Idubeda*: las altas tierras de la meseta oriental en torno a la cabecera del Duero, solar de pelendones y arévacos).

Las diferencias entre los autores informantes, la diacronía de las fuentes en que se inspiran, la utilización de contenidos geográficos amplios para datos históricos puntuales, la mezcla de noticias de época de conquista con otras particulares de la administración alto-imperial, y, en definitiva, la contemplación de un mundo ajeno bajo los presupuestos de la *alteridad* que guía a la historiografía greco-latina, hacen de la Celtiberia y de los celtíberos dos conceptos en constante mutación. Este aspecto debe tenerse en cuenta a la hora de evaluar lo real de la expansión celtibérica.

Sobre el origen del término, la extensión del territorio de la Celtiberia y los límites de los pueblos celtíberos, véanse: Taracena, 1954: 197-216; Alonso Fernández, 1969; Koch, 1979; Untermann, 1984; Domínguez Monedero, 1983; Alonso-Núñez, 1985; Salinas, 1988; *id.*, 1991; de Hoz, 1988; Pérez Vilatela, 1989-90; Fatás, 1992; Burillo, 1986; *id.*, 1993a: 224-230; *id.*, 1995b; Lorrio, 1995a: 82-85. Uno de los últimos autores en ocuparse de estos temas es A. Capalvo. En 1994 este investigador propone localizar la Celtiberia ulterior (*ultima Celtiberia*; *ulterior Celtiberiae ager*) citada por Livio (XL, 39, 1-6) en relación a los movimientos de Sempronio Graco, al sur de la Hispania Ulterior, entre Cádiz y Málaga (Capalvo, 1994). Un ejemplo de las posibilidades que ofrece una información tremendamente heterogénea. Como trabajo final, nos remitimos a la excelente monografía, Capalvo (1996).

Por ejemplo A. Schulten (1914), siguiendo la interpretación de Diodoro de Sicilia (V, 33), consideraba a la meseta como tierra de naturaleza celta que fue conquistada por los íberos a partir del 400 a.C., con lo cual los celtíberos serían el resultado de la unión de los íberos llegados al territorio interior con los celtas locales, y apoya arqueológicamente la conquista de los íberos en la cerámica pintada. Con más frecuencia en los trabajos de la primera mitad de siglo la iniciativa expansiva se hace partir de la meseta (celtíberos) hacia las zonas periféricas. Un estudio importante para su momento fue el de Ramos Loscertales (1941), donde se analiza con base en las fuentes literarias la situación de los celtíberos en tiempos de la penetración inicial romana en la meseta a principios del s.II a.C. Este autor hace hincapié en los aspectos migratorios de los pueblos celtas hispanos principalmente los vacceos, a quienes tiene por pueblo emigrante. El trabajo de Ramos es un claro ejemplo de la imprecisión existente en el uso de los términos celta, celtíbero e íbero.

A partir de la década de los cincuenta el conocimiento arqueológico va creciendo, y los nuevos datos se introducen en reconstrucciones que todavía siguen aferradas al historicismo literario y a la corriente ideológica del momento<sup>82</sup>. Un representante de esta tendencia es F. Wattenberg. Desde una óptica duriense, este importante investigador de la protohistoria meseteña adapta la información arqueológica al esquematismo de las noticias literarias. A su juicio la meseta oriental sufre en primera instancia un proceso de *iberización*, que tiene sus rasgos más manifiestos en la adaptación del torno y en la producción de cerámicas pintadas. Una vez arraigado todo ello en los conjuntos culturales meseteños, cuyas gentes se empiezan a organizar en torno a importantes centros político-económicos, el grupo más potente, el celtíbero-arévaco, propaga su impronta por los territorios adyacentes desde el s.III a.C. y hasta que Roma colapsa su hegemonía expansiva con las campañas determinantes de conquista (Wattenberg, 1960). Queda definida la dinámica que desde entonces será reconocida sucesivamente como *celtiberización*. Si bien en Wattenberg todavía está presente el carácter político-migracional en la irradiación de lo

<sup>82</sup> "Prescindiendo, por tanto, de estos últimos grupos que suponemos anexiones políticas, fruto de la fuerza expansiva de un grupo guerrero y que hasta ahora la arqueología no ofrece hallazgos que impongan incluirles en la misma cultura, Celtiberia se nos presenta, por razón de sangre y civilización, acorde con el testimonio de Estrabón y de sus fuentes, como un territorio compacto (...) dividido en los grupos tribales de arévacos, (pelendones), belos, titos, lusones y celtíberos, procedentes de la emigración céltica, (...), quedando dominadores de los más viejos habitantes íberos, con cuya sangre se mezclan para formar la nueva raza, así como más tarde con nuevas influencias de civilización ibera forjan su cultura" (Taracena, 1954: 216). "Ya formado en el s.III a.C. el pueblo celtíbero en el límite territorial de las tribus, que con ese carácter aceptan todas las fuentes clásicas, su fuerte y expansiva personalidad racial le debió llevar circunstancialmente a ocupar terrenos de tribus vecinas a que en diferentes momentos imponen su nombre, sin que ello implique comunidad de origen. Así se le encuentra citado en *Segisama* o *Intercaria*, en *Castulo*, *Hemeroskopeion* o

celtibérico, este autor es uno de los primeros en añadir, junto a esto, el sentido comercial como mecanismo para explicar la llegada de algunos de los elementos culturales celtibéricos al interior, a través de lo que él denomina “mercados de relación”<sup>83</sup>.

Por los mismos años, J. Maluquer discerniendo con más claridad lo literario de lo arqueológico, redondea la tesis de Wattenberg con la incorporación de un elemento fundamental, que en su opinión actúa de fuerza expansiva para el grupo celtibérico: la explotación del hierro de la zona del Moncayo (Maluquer, 1955; *id.*, 1960). En efecto, el nuevo metal representa el segundo gran símbolo definidor de la celtiberización y, al igual que la cerámica celtibérica, tendrá una difusión por toda la meseta desde un punto de partida oriental<sup>84</sup>. A esta construcción se van a ajustar las interpretaciones de las siguientes décadas, independientemente del enfoque informativo que proyecten. Uno de los casos más evidentes de la consolidación del expansionismo celtibérico viene representado en los trabajos que J. M<sup>a</sup>. Blázquez dedica al tema en los años 60-70 (principalmente, Blázquez, 1962a; aunque ya había ofrecido un esbozo de la cuestión en una aproximación anterior: Blázquez, 1960). Bajo una argumentación literaria, Blázquez retoma las tesis más tradicionales de Schulten y Ramos Loscertales, pero a diferencia de éstos, cree que la

---

*Pallantia*, más ello únicamente parece indicar relaciones de clientela o anexiones temporales logradas por las armas, sucesos de la historia de Celtiberia que sólo la arqueología podrá algún día esclarecer” (Taracena, 1954: 296).

<sup>83</sup> “Esta época de pujanza económica de intercambios señaladamente manifestados con la aparición del torno alfarero y de los molinos circulares, señala el auge de estas manifestaciones culturales y comerciales y del período económico militar de los invasores de la meseta que comienzan a introducir o a importar manufacturas y productos de sus vecinos. No es probable que se *iberizaran* mediante una *aculturación* creando colonias de población que pudieran incorporarse a grupos ibéricos o celto-ibéricos. Entre los elementos que incorporaron en su bagaje instrumental destaca la fabricación de cerámicas pintadas y torneadas.” (...) “La realidad viene a mostrarnos que es un fuerte núcleo económico el que representa la acción histórica trascendente y que a través de relaciones comerciales y establecimiento de colonias de población, constituye la verdadera Celtiberia que se diluye hacia las zonas aisladas y montañosas en que las tradiciones culturales, célticas y aborígenes tuvieron una persistencia más pura, sin entrar en este panorama de relaciones, sino todo soportándolas a lo más en algún momento” (Wattenberg, 1960: 161-162). “Los grupos centrales, evolucionando sobre una economía cerealística, expansionaron su área de acción mediante la puesta en valor de nuevas tierras, mediante el comercio de trueque y merced al aumento demográfico que facilitó la concentración de grandes núcleos. Debido a los estímulos de las acciones guerreras de sus vecinos, emprendieron conquistas estabilizadas: por el valle del Jalón, hasta el Ebro; por la misma vía, en dirección sur, hasta el Tajo, y por el Sistema Central hasta la Meseta baja, en especial hacia la zona de Toledo. Los grupos anexionados fueron perdidos en el proceso de conquista y reducido su núcleo en dos etapas: el primero hacia el 98-94 a.C. en que cae *Termantia* y *Colenda* y T. Didio realiza grandes matanzas en territorio arévaco: el segundo hacia el 29 a.C. en que comienza la guerra vacceá-cántabro-astur, que es continuación de la celtibérica, interrumpida por las guerras políticas de Roma. La organización del país se operó con Augusto” (Wattenberg, 1960: 166-167).

<sup>84</sup> “La estructura de las sociedades celtibéricas y su fuerza expansiva, que les pone en contacto con las poblaciones levantineas y meridionales, es el factor decisivo en la formación de su cultura concreta” (Maluquer, 1955: 253). “La nueva cultura (celtibérica) se basa sobre en todo en la pujante metalurgia del hierro y sus caminos de expansión sugieren un foco oriental originario en la zona soriana de contacto con la cuenca del Ebro, alrededor de la riqueza férrea del Moncayo. En la vitalización de esta zona cristaliza el mundo propiamente celtibérico. En definitiva representa la expansión de un pueblo de grandes jinetes que con amplia movilidad intenta la unidad de la meseta, ocupándola y desbordando ampliamente hacia el suroeste, este y noroeste. Como toda cultura avanzada y original es compleja y carece de total uniformidad, puesto que no se fijará hasta el momento inmediatamente prerromano. Cada grupo tribal, incluso cada poblado, tiene unas características propias que proceden en parte del sustrato local y en parte de su verdadera genialidad creadora” (Maluquer, 1960: 143).



extensión celtibérica es bastante anterior a los inicios de la conquista romana. Sí se muestra seguro a la hora de dar una explicación al fenómeno expansionista de las gentes de la meseta oriental por Carpetania, Bética y Levante; la respuesta la halla Blázquez en la semblanza que los clásicos dan de estos pueblos: “obedecería a un grave problema económico-social y demográfico, incrementado por diferencias y rivalidades étnicas, que es el determinante de la expansión celtibera y de las invasiones lusitanas sobre la Bética” (Blázquez, 1962a: 423). Estos movimientos adquieren tres manifestaciones diferentes: 1) bandas que buscan el saqueo de las fértiles tierras turdetanas y levantinas, 2) vinculación de los celtiberos mediante la conquista por las armas o alianzas y clientelas con otros pueblos, y 3) presencia de mercenarios celtiberos en ejércitos púnicos y romanos. La impronta guerrera de estas invasiones es el rasgo más característico en la interpretación blazquiana, y en estrecha conexión, el protagonismo de un grupo concreto: los mercenarios. Por lo demás, Blázquez no altera las ideas firmemente asentadas: la *celtiberización* como huella cultural extensiva a toda la meseta y el proceso de unificación político-cultural patentado por los celtiberos que se va a ver truncado por Roma<sup>85</sup>. En sucesivos trabajos el profesor Blázquez no abandona esta orientación, aunque la va matizando. Por una parte corrige el sentido de expansión/invasión por el de infiltración/proyección, y además introduce evidencias arqueológicas y lingüísticas para reforzar no ya la celtiberización, sino una indoeuropeización preliminar de la mitad sur peninsular durante el Ier milenio a.C. (Blázquez, 1979b). Eso sí, el elemento mercenario sigue constituyendo un argumento esencial en la difusión de lo celtibérico por otros ámbitos meseteños y por la orla mediterránea peninsular, tal como hemos tenido ocasión de comentar en otros apartados (Blázquez/García-Gelabert, 1986-87; *eid.*, 1992; García-Gelabert/Blázquez, 1987-88; etc.).

No obstante, algún meritorio trabajo en la década de los setenta revisa estos posicionamientos tradicionales excesivamente generalizadores. Es el caso de G. Fatás, que en el repaso que realiza sobre las fuentes de conquista en el período 195-180 a.C. para la

<sup>85</sup> “Los celtiberos a la llegada de los romanos se encontraban en plena evolución y caminaban hacia la unidad, como ha visto bien Rodríguez Adrados, sin embargo la expansión celtibérica no fue una empresa organizada, sus causas fueron de orden económico-social-demográfico, ni tampoco durante las guerras celtibéricas y lusitanas supieron unirse y formar un bloque compacto frente al invasor (...). Sin embargo la expansión celtibérica sirvió de catalizador de la cultura de la meseta, al ponerse estos en contacto con pueblos culturalmente invasores, como eran los púnicos, los romanos y los indígenas de la Bética y Levante.” (Blázquez, 1962a: 428).

Celtiberia Citerior, somete a obligada crítica el apego que la historiografía demuestra por los criterios *expansionistas/migratorios* de las gentes de la meseta<sup>86</sup> (Fatás, 1975).

El agotamiento de las fuentes literarias y, sobre todo, el desarrollo de la disciplina arqueológica propician que en los años ochenta el concepto de *celtiberización* sufra una considerable transformación. Podríamos definirla en el paso de una investidura *étnica* a una investidura *cultural*. Abandonando el sistemático cotejo de textos y datos arqueológicos característico de décadas anteriores y que había llevado en muchas ocasiones a edificaciones históricas ciertamente forzadas (*falacia positivista*), en estos años se empieza a valorar la cultura celtibérica, desde el punto de vista material, como un conjunto de novedades técnicas, económicas, formales, estéticas y culturales en sentido laxo que difundidas desde el mundo ibérico a través del valle del Ebro fundamentalmente, llegan y arraigan en las tierras de la cuenca del Duero. En este sentido, la *celtiberización* es un trasunto de la *iberización* (Sacristán, 1986a: 96). Algunos de los nuevos usos tecno-culturales más importantes son: el torno de alfarero; la cerámica pintada y torneada ibérica que da lugar a similares producciones meseteñas, precisamente la cerámica celtibérica va a seguir considerándose como indicador -cultural y no étnico- de este proceso de aculturación; el arraigo de la siderurgia; el molino circular de tipo industrial; el horno de tiro variable; la reja de arado; la adopción de la escritura ibérica; la acuñación de moneda; la tendencia hacia la concentración en grandes núcleos urbanos; el desarrollo global del artesanado... etc. La difusión cultural de estos rasgos abarca un espacio dilatado de la meseta, lo cual significa aceptar que la cultura celtibérica supera el territorio concreto de

<sup>86</sup> En un ejemplo que nos compete de cerca, Fatás rechaza especialmente la interpretación reiterada de Ramos Loscertales del pasaje ya estudiado del Pseudo Frontino (IV, 7, 33) como evidencia de una emigración masiva de vacceos. El profesor de Zaragoza se pregunta por qué no pensar sencillamente en fugitivos que huyen del ataque que Postumio realiza en el 179 a.C. a la esfera celtibérica (Fatás, 1975: 306-313). Nos parece más que acertada la reflexión que este autor introduce, diferenciando el desplazamiento masivo e invasor del mercenariado y el movimiento ocasional de gentes; como hemos dicho anteriormente, el viaje de esos vacceos en carros fuera de su *país* podría ser reflejo de una actividad comercial. "Pero la tradición mercenaria no debe llevarnos a ideas-esquemas de nomadismo tribal ni nacional, que es cosa bien distinta. Los mercenarios están perfectamente atestiguados; y la producción de armas y metales en estas gentes, así como su exportación y comercio o la venta de su apoyo militar es cosa más que comprobada. Que ello diera lugar ocasionalmente a asentamientos, nadie lo duda; que unos pueblos o parte de ellos encontrasen en este género de vida una solución a sus excedentes demográficos, a su pobreza crónica o a las castas tradicionalmente desposeídas, tampoco. Pero los vaivenes continuos (...) conllevan implicaciones mucho más graves. Independientemente de que pensemos que ese fenómeno no tuvo lugar en semejante escala, lo cierto es que las fuentes no permiten deducir de su contenido propio tales cosas". Fatás se muestra rotundo al exponer que "convertir a unos pueblos en emigrantes a partir de una anécdota de guerra poco prolijamente narrada e incluso atribuir a los mercenarios una *celtización* o *celtiberización* antropológica y cultural nos parece un poco fuerte, sobre todo si se piensa que ello ocurrió en tal cantidad y calidad que estas manifestaciones *exportadas* acabaron sustituyendo a las existentes -¿cuáles, si no muchas indoeuropeas por otro lado?- en las tierras por las que pasaban. Acaso obedezca todo ello a un planteamiento tradicional que ha querido ver una separación estricta y clara entre lo que era ibérico y lo que no lo era, dotando además, con suma incorrección, a estos términos, de un sentido racial e institucional muy determinado" (Fatás, 1975: 313).

los pueblos celtíberos, la meseta oriental, que se sigue considerando foco emisor inicial, para ocupar prácticamente toda la meseta. En lo concerniente a los criterios etno-poblacionales, los grupos celtibéricos (arévacos, pelendones, titos, belos y lusones) tienen asiento en las provincias de Soria y Guadalajara y en el Valle del Ebro, y se distinguen del resto de entidades alumbradas por los clásicos, si bien la familiaridad con los vacceos hace que muchos autores se refieran a una cultura arévaco-vacceas, arqueológicamente hablando. Desaparece el sentido invasionista de la *celtiberización*, bien porque se omite la definición de los tipos de desplazamientos o bien porque se hace del fenómeno un hecho exclusivamente cultural, bajo el principio de que lo que circula y recalca son modas y técnicas, y no tanto personas. Esta es la lectura compartida a grandes rasgos por F. Burillo (1980), J.D. Sacristán (1986a: 91-98), R. Martín Valls (1985: 126-127), A. Esparza (1990: 119-120) y un largo etcétera, que puede compendiarse en la síntesis que en 1989 los dos últimos autores presentan en el Congreso de Paleoeetnología de la Península Ibérica bajo el título "Génesis y evolución de la cultura celtibérica".

En este trabajo esencial R. Martín Valls y A. Esparza (1992) parten por describir el mosaico cultural de la meseta norte previo al proceso de celtiberización. En el fondo la celtiberización viene a definirse en la disolución de estos grupos culturales heterogéneos y singulares a favor de una homogeneización cultural de buena parte de la meseta que se empieza a manifestar en el tránsito del s.IV a.C. al s.III a.C. y que tiene su rasgo más característico en la expansión de este a oeste de la cerámica celtibérica; si bien se reconoce que en menor medida existe también una difusión desde el foco meridional. Otros rasgos arqueológicos del proceso son la metalurgia del hierro, sobre la que los autores plantean una pluralidad de focos ferruginosos en la meseta norte (Soria, Burgos, Segovia, Ávila, León...) corrigiendo la idea polarizadora de Maluquer en el Moncayo (Martín Valls/Esparza, 1992: 262), armas tan representativas como el puñal biglobular, "máximo exponente de la armería indígena en el momento de la conquista romana", el desarrollo de la orfebrería con características joyas que aparecen en tesorillos escondidos, piezas rituales como los *simpula*, amén de ciertas modificaciones en el hábitat, etcétera. Los autores creen que la *celtiberización* esconde un fuerte proceso de transformación e intensificación socio-económica, pero no acaban de traducirlo en datos concisos. En cualquier caso, en el fondo sigue trasluciendo la vigorosidad expansiva del foco celtibérico, la dirección este-oeste del proceso de aculturación, la revelación de la cerámica celtibérica y la generalización del

hierro como principales estandartes del mismo, y el s.III a.C. como el momento de inflexión.

En los últimos años M. Almagro Gorbea ha planteado en una serie de trabajos progresivos una nueva explicación para la formación de las culturas protohistóricas de la meseta, entroncando el tema con la (resucitada) cuestión celta. Su propuesta es en parte deudora de la *cumulative celticity theory* de Hawkes (1973) y Renfrew (1990). Desde nuestro punto de vista, el modelo de Almagro Gorbea tiene a su favor el mérito de intentar integrar aspectos generales (cultura material, datos etnográficos, aspectos lingüísticos, dentro de un marco histórico evolutivo), pero probablemente este propósito aglutinador le hace caer en un exceso de generalización, postergando la posibilidad de desarrollos regionales, y del que no están ausentes viejos postulados del expansionismo celtibérico, pues el ritmo del proceso está claramente marcado por el foco meseteño oriental.

El modelo queda secuenciado en dos fases que el autor bautiza como estadios *protocéltico* y *céltico* (Almagro Gorbea, 1990b; *id.*, 1991; *id.*, 1992; *id.*, 1993a; *id.*, 1995a; *id.*, 1995c). El primer nivel *protocéltico* se manifiesta desde la transición del Bronce Final al Hierro I, y está caracterizado por variados elementos: rasgos lingüísticos indoeuropeos pre-celtas relacionables con el lusitano, ritos y creencias como ofrendas fluviales, cultos acuáticos, costumbres como la hospitalidad, la exposición de cadáveres a los buitres, la formación de los primeros castros protohistóricos (Almagro Gorbea, 1996a)..., propios de poblaciones pre-gentilicias que se extienden por el norte, centro y occidente de la Península en un tiempo anterior al mundo céltico clásico. Este panorama más o menos homogéneo explicaría ciertas afinidades que presentan los pueblos históricos que habitaron esas regiones, caso de carpetanos, vetones, lusitanos, cántabros o galaicos. De este sustrato surgiría la posterior cultura celtibérica que en torno al s.VI a.C. y desde su área nuclear en los cursos altos del Tago y Jalón, protagonizaría un fenómeno de progresiva celtización en mosaico dentro de un marco de aculturación y evolución de buena parte del territorio peninsular, sobre todo hacia el norte y occidente: cultura vetona de Cogotas II, Beturia céltica, cultura castreña del Noroeste... Se haría de forma irregular, bajo la iniciativa de las élites celtibéricas, de carácter guerrero y con organización gentilicia, y hacia territorios con un medio-ambiente de tradición pastoril. Esta camuflada *expansión* vendría atestiguada en una serie de elementos homogéneos característicos: necrópolis de incineración, armas

típicamente celtibéricas, testimonios lingüísticos como los topónimos en *-briga* o *Seg-*, sistemas defensivos, rasgos de religión celta, etcétera (Almagro Gorbea/Lorrio, 1987). Tal proceso tendería hacia una homogeneización de todo el territorio que finalmente quedaría interrumpida por la acción romana. La sustancia de esta reconstrucción se aleja en poco del patrón de la *celtiberización* forjado por Maluquer y Wattenberg.

La argumentación de Almagro Gorbea, que es asumida en líneas generales por A. Lorrio (1995a: 95-108) para la etnogénesis celtibérica y por L. Berrocal (1995a) para la extremeña, se asienta sobre un serio trabajo documental y analítico de varios años, pero no escapa a un enjuiciamiento crítico. El mismo se resume en la preponderancia del *expansionismo celtibérico*, asumido desde antiguo pero a nuestro parecer insuficientemente testimoniado para las tierras occidentales<sup>87</sup>; además de en la reincidencia en la mecánica difusionista como principio configurador de culturas a base de distintas *oleadas*, aunque es cierto que se corrige el sentido radical de invasión por un proceso de acumulación paulatina (Almagro Gorbea, 1993a: 146-147, 156; *id.*, 1995c). No consideramos aclaradas las razones que hacen del corazón celtibérico el área de formación de ese proceso de unificación cultural que no acaba de reconocerse en nuestra zona de estudio, y tampoco parece tan manifiesta la influencia de la Celtiberia en el resto de territorios desde inicios de la Segunda Edad de Hierro.

Por el contrario, consideramos más certera la aproximación regional que hace muy poco se ha brindado desde un prisma duriense-vacceo (Delibes *et alii*, 1995a: 94-97). En esta síntesis los autores muestran también sus escrúpulos hacia una cultura celtibérica indiferenciada y unificadora, cuyo motor fuera, además, el área oriental de la meseta o la Celtiberia clásica. En relación al término *celtiberización* son partidarios de utilizarlo en un

<sup>87</sup> Y sin embargo este pensamiento se ha convertido en axioma, tal como se desprende de algunas de las conclusiones contenidas en el epílogo del mencionado congreso sobre la Paleoeetnología de la Península Ibérica (Madrid, 1989): "Los celtiberos, al iberizarse a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, fueron aproximándose a formas urbanas, llegando a asimilar el urbanismo y la escritura de los iberos, pero, paralelamente se expandieron por todo el occidente y el norte peninsulares, llevando con ellos su cultura y con ella el uso del hierro" (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 480). "Hacia el occidente, tanto vacceos, delimitadores de las llanuras del Duero, como vetones, en las zonas silíceas occidentales, se vieron progresivamente influidos por el mundo celtibérico, que, hacia el norte, debió influir de forma paralela sobre turmódigos y sobre cántabros y astures, cuyos territorios ya rebasaban la meseta" (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 492). "Expansión paulatina celtibérica por todo el Occidente y el norte peninsulares, regiones pastoriles y más atrasadas, llevando con ello su cultura y con ella el uso del hierro y su sistema gentilicio" (...) "su creciente fuerza política y capacidad guerrera explica su influjo sobre otras entidades étnicas de la meseta y su tendencia expansiva hacia las áreas periféricas de la península ibérica, especialmente hacia el Occidente, la zona más afín a su substrato y a su estructura socioeconómica ganadera" (Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992: 494). Presupuestos que son mantenidos en nuestros días: "De este modo se explica la más rápida evolución de la cultura celtibérica, principal núcleo céltico en la Hispania prerromana,

sentido temporal, para referirse a la plenitud de la Segunda Edad del Hierro, o, en cualquier caso, aludir al mismo fenómeno catalizador de estímulos ibéricos, desprovisto de una focalización oriental, lo cual difumina en gran medida la propia referencia geográfica del término ya que indudablemente el mundo de Soto y la cultura vaccea derivada desempeñaron un papel igualmente principal en la propagación de dichas influencias meridionales.

En efecto, hemos tenido ocasión de mostrar la personalidad propia que manifiestan el acervo cultural de vetones y vacceos (I-1.4 y I-2.4). Existen indudables conexiones con otros grupos meseteños, eso es obvio, en especial entre vacceos y arévacos, como también se ha ido comprobando. Pero ello no da validez a la contemplación de estos posos culturales en total dependencia del grupo celtibérico. Ni las fuentes literarias ni las arqueológicas dan pistas suficientes para asumir la expansión de un grupo sobre el otro, ni desde el punto de vista cultural ni mucho menos desde el étnico. Para no caer en el error inverso, diremos que no se ha de negar la posibilidad de movimientos poblacionales de distinta envergadura (*vid infra*), pero no está probado que cuando esto ocurre, los grupos desplazados borren por completo las señas de identidad cultural del foco regional sobre el que se asientan. Culturalmente hablando, es mucho más frecuente el proceso de transformación/adaptación que el de imposición.

En particular la caracterización cultural del círculo vetón se nos muestra alejada de los rasgos más típicamente celtibéricos. La cerámica pintada no está presente en volumen amplio (por ejemplo es inexistente en un núcleo tan representativo como el El Raso, ni en el poblado ni en los sectores de necrópolis), y cuando aparece, las muestras están morfológica y decorativamente más en conexión con los tipos ibéricos andaluces y del sureste que con los del valle del Ebro-Duero. En lo concerniente al otro pasaporte de *celtiberización*, los puñales biglobulares, ya vimos que no están excesivamente representados, apareciendo únicamente en el *oppidum* de El Raso -cinco ejemplares-, dos en el conjunto de Las Cogotas, otros tantos en la necrópolis cacereña de El Romazal I, y un ejemplar aislado en El Cerro del Berrueco, generalmente en fechas tardías. Su presencia tal vez responda a efectos comerciales o, en el caso cacereño, a una frecuentación puntual de individuos celtibéricos explicable en la riqueza minera de la zona de Botija. Por otra parte,

---

su marcado carácter aguerrido y su gran fuerza expansiva, que tanto facilitó la posterior y progresiva celtiberización de las

ya nos hemos referido al corredor meridional como vía probable de la difusión inicial de estímulos mediterráneo-iberizantes como el torno de alfar o algo antes el uso del hierro, tanto en el territorio vetón como, a partir del mismo y sobre todo en su sector centro-occidental, en la esfera vaccea. Esto rompe con la idea tradicional de que el torno llega al interior peninsular desde la meseta oriental. En este sentido lo que antes ocupaba en exclusiva el término *celtiberización* debe ahora dejar lugar a la alternativa que bien podríamos denominar *iberización meridional*, al menos en lo que a los procesos culturales del Hierro de la meseta occidental se refiere. Un mecanismo que en esta zona está en pleno vigor en el s.IV a.C., pero que de alguna forma puede relacionarse con las transformaciones que arrancan del período orientalizante (*vid* III-2.2), momento en el que hoy ya no hay obstáculos para fijar la introducción del hierro en la meseta.

Desde el punto de vista distintivo, el grupo vetón tiene por propios elementos tan representativos como las esculturas zoomorfas, que aunque se expanden en dirección noroeste no llegan a tierras celtibéricas, y, con mayor difusión, la cerámica peinada que desde el s.IV a.C. se está irradiando por la llanura vaccea y la submeseta sur, hasta alcanzar el alto Duero (García-Soto/de la Rosa, 1990; *eid.*, 1992); lo cual lleva a hablar, si cabe, de un flujo inverso desde occidente a oriente en la antesala del período celtibérico. Además, ya hemos señalado que el amurallamiento de los *oppida* occidentales sigue una dinámica diferente al desarrollado en la Celtiberia histórica, parece que anterior en el tiempo y, en cualquier caso, debemos descartar este hecho como la respuesta defensiva a la acción expansiva de grupos arévacos en el s.III a.C., tal como anunciara Maluquer en los años cincuenta.

Pero es que incluso el lenguaje cultural vacceo tiene no pocos particularismos con relación a lo que define a la meseta oriental<sup>88</sup>. El modelo de asentamiento es diferente: lo que en la Celtiberia son *oppida* de distinta envergadura, en relaciones jerárquicas y con superficies medias menores (Burillo, 1993a: 234-236; *id.*, 1995: *passim*), en el Duero central son grandes *civitates* homogéneas que regulan el territorio prácticamente como unidades exclusivas. La miniaturización de los ajuares metálicos, característica del sector oriental vacceo en momentos ya avanzados, la maduración del estilo peinado impreso, el singular estilo de los torques y brazaletes recogidos en tesorillos vallisoletanos y palentinos, o la

---

restantes poblaciones de características afines" (Almagro Gorbea, 1997: 209). (Los subrayados son nuestros).

fuerza de tipos como el puñal Monte Bernorio y conexiones como la establecida con las estribaciones de la submeseta norte, parecen tener más fuerza como rasgos de identidad que los paralelismos culturales existentes con lo celtibérico y que están bien representados en puntos más o menos fronterizos, caso de Padilla de Duero y, más especialmente, Roa de Duero y Palenzuela. En lo tocante a la producción cerámica, la diferenciación regional de estilos pintados es una tarea muy compleja, pero en la actualidad J.D. Sacristán, Z. Escudero y M. Arlegui están realizando estudios en esta línea que pueden proporcionar interesantes datos. Junto a esto, no deja de ser sintomático el alto número de instalaciones alfareras conocidas en el espacio nuclear vacceo (*vid* II-2.2.B), superior incluso a las descubiertas en la Celtiberia<sup>89</sup>.

En otro orden de cosas, parece que se está rectificando la idea firmemente asentada desde antaño de que la conquista romana acaba con el desarrollo de la cultura celtibérica. Tras el lógico choque inicial, truncar las bases culturales indígenas no ocupaba el primer puesto en la estrategia romana. Por el contrario, Roma parece servirse de estas bases, así como de parte del engranaje socio-económico y religioso indígena para, lejos de destruirlo, desplegar su modelo político amoldándolo a los esquemas locales. Evitar la ruptura total con un mundo que -si bien a otra distancia- ya estaba organizado social y culturalmente y que igualmente llevaba tiempo explotando económicamente su medio natural de la manera más provechosa; o lo que es lo mismo, adaptarse a un mundo que ya había tejido una red de vínculos y acciones interregionales que podía ser de gran utilidad para las aspiraciones imperialistas romanas, representaban a la larga la mejor manera de alcanzar el éxito. Bajo estos presupuestos se comprende mucho mejor la consolidación de formas culturales típicamente indígenas en tiempos ya teñidos de romanos, bien patente en modelos de la cultura material (por ejemplo dentro de la cerámica, las producciones policromas numantinas, el estilo Clunia o los motivos de gallináceas en el ámbito vacceo...); en el uso de la hospitalidad y el *patronatus* como formas de cohesión socio-política emparentadas con viejas prácticas meseteñas, o, desde el plano religioso, en la tendencia hacia la *interpretatio* de dioses y cultos locales.

---

<sup>88</sup> *Vid* lo apuntado en la nota 24 de la primera parte dedicada al pueblo vacceo.

<sup>89</sup> A los hornos cerámicos documentados desde antiguo por B. Taracena (1928: 39) en Langa de Duero (Soria) y por T. Ortego (1969: 52, fig.5) en Fuentes Grandes (Gormaz, Soria), hay que añadir los recientes hallazgos de Quintana Redonda y Utero, también en la provincia soriana (Arlegui *et alii*, 1996; donde se ofrece un estado de la cuestión con bibliografía pertinente).



Volviendo de nuevo al tema de la *celtiberización*, concluimos su debate singularizando el sentido que damos al término. Siguiendo la línea que tímidamente inaugurara F. Wattenberg, y que ha sido recuperada más recientemente por A. Esparza y G. Delibes, lo que se esconde bajo el concepto de *celtiberización* no es ni el movimiento generalizado de guerreros celtibéricos por doquier, ni la difusión aislada de unos tipos cerámicos o la instrucción en el manejo del hierro que con partida en la Celtiberia acaban alcanzando a los ámbitos periféricos de la meseta. Se trata en realidad de un complejo fenómeno de intercambio comercial a gran escala que propicia que distintos grupos regionales, alumbrados en el registro literario, compartan elementos comunes hasta el punto de hacer pensar en cierta homogeneización cultural de la meseta, especialmente visible en el valle del Duero entre los ámbitos celtibero y vacceo. La familiaridad étnica que traslucen las fuentes clásicas, los intereses económicos, la proximidad geográfica y los beneficios que la interacción interregional representan de cara al fortalecimiento de las élites rectoras, entre otras razones, llevan a la apertura de los mercados meseteños. Pero esos intercambios culturales sin duda se remontan a un tiempo anterior al s.III a.C., en al menos un siglo, y, lo que es más importante, se dibujan con múltiple dirección.

Como esperamos haber demostrado en nuestro estudio, el influjo meridional se muestra con claridad en el espacio vetón y, a partir del mismo, en el vacceo. Por tanto, la percepción de elementos ibérico-mediterráneos se detecta más directamente en el occidente de la meseta a través del sur, de manos de la *iberización*, que desde el filtro intermedio que representa la *celtiberización*; entendida ésta, a la manera tradicional, como la catalización que la meseta oriental realizada de las influencias mediterráneas que llegan por el valle del Ebro y que difunde, en un segundo momento, hacia las zonas periféricas del interior. Una vez asimilados los nuevos elementos, el espacio de vetones y vacceos va a ser también un destacado punto de propagación de modelos y técnicas que arraigarán en otras zonas de las mesetas oriental y meridional, y también del ámbito castreño occidental. Por ello nos parece descompesado el empleo de *celtiberización*, si por este vocablo entendemos la difusión cultural de elementos en una única dirección (este-oeste), y preferimos utilizar el concepto *mesetización* en tanto en cuanto da pie a pensar que el intercambio de ideas y bienes establecido entre distintos sectores meseteños en la Segunda Edad del Hierro a partir del contacto inicial con la esfera ibérica, es una acción pluridireccional.

Ahora bien, el sentido de intercambio comercial que damos al viciado concepto *celtiberización* -a partir de ahora *mesetización comercial*- tampoco constituye la vertiente única en la explicación de las conexiones producidas entre regiones distintas del interior meseteño. Además de los contactos puramente comerciales, cuyas bases organizativas ocupan las páginas del siguiente apartado (III-3.5), y de aspectos ya vistos como la diplomacia interregional, los servicios guerreros en el exterior, y las fórmulas de contacto patentadas por la religión, existe otro mecanismo de relación que no debemos olvidar: los grandes desplazamientos poblacionales, que como acabamos de ver forman parte importante del contenido con que algunos autores definen la *celtiberización*.

Estos movimientos migratorios toman un sinnúmero de posibilidades. Durante mucho tiempo ha imperado el sentido militar-invasor, y de ello el mejor ejemplo ha sido la corriente celtista a la que nos hemos referido en repetidas ocasiones. Igualmente el tratamiento clasicista de la expansión celtibérica llevaba implícito el desfile de potentes huestes arévacas extendiendo su dominio sobre tierras aledañas, al menos así se desprende de las obras de Bosch Gimpera, Maluquer, Taracena, Tovar, Blázquez, Bejarano, Molinero, Lomas y un largo etcétera. Sin embargo el reconocimiento arqueológico de estos desplazamientos tan traumáticos siempre ha sido vago o forzado, cuando no inexistente. Esto ha llevado en la actualidad a rechazar este tipo de interpretaciones y a plantear, alternativamente, la viabilidad de otros movimientos humanos<sup>90</sup> que no conlleven obligatoriamente el matiz invasor<sup>91</sup>.

<sup>90</sup> Para el caso de la Protohistoria peninsular, M. Almagro Gorbea establece diferentes tipos de migraciones determinadas por circunstancias económicas, socio-demográficas, tecnológicas, políticas y culturales de las áreas de partida y destino (Almagro Gorbea, 1987: 333-335; *id.*, 1995c: 15-17): a) infiltraciones no muy numerosas de pastores trashumantes, mineros o grupos de nomadismo indefinido en tránsito; b) movimientos rituales, tipo *ver sacrum*, como son los de jóvenes guerreros en ritos de iniciación y por tanto con una motivación social o ideológica que se les escapa a los autores clásicos que los aluden (Diodoro, V, 34, 6); c) expediciones de fortuna en busca de botín y de carácter más o menos guerrero, bajo la dirección de un jefe gentilicio, que tienen lugar debido a un malestar socio-económico; d) mercenariado; e) las grandes migraciones generales, reconocidas en los textos clásicos; f) movimientos pacíficos de tipo familiar y anónimo, con un reconocimiento muy difícil, bautizados por Almagro como *modelo de expansión discontinuada*; f) movimientos de *colonización* que traen consigo la fundación de un núcleo temporal o permanente en territorio extranjero; para el caso hispano-celta Almagro cree que este tipo de enclaves viene expresado en los topónimos terminados en *-briga* (Albertos, 1990); etc. Sobre la movilidad espacial, véanse también los útiles comentarios de F. Marco (1990: 109-112) y F. Villar (1991: 466).

<sup>91</sup> Idea que no había pasado desapercibida para A. García y Bellido, quien en los años 50 sostenía que además de las invasiones históricas también tuvieron su importancia los desplazamientos menores, a los que se refería como "pequeñas invasiones" y "transmigraciones internas". A propósito de un pasaje cesariano en que varios miles de jinetes y arqueros galos, acompañados de sus familias y esclavos, emigran hacia *Ilerda* (César, B.C., I, 51), planteaba con gran sutileza la siguiente reflexión: "¿Cuántas emigraciones habrá habido como éstas y más importantes que por su carácter pacífico, tranquilo, "anónimo" pudiéramos decir, no han dejado huella histórica apreciable? ¿Por qué pensar siempre en las "grandes invasiones", en las migraciones violentas y asoladoras concebidas un poco al modo como los románticos se figuraban la invasión de los bárbaros?" (García y Bellido, 1952: 232).

Las fuentes literarias recogen la existencia de determinados movimientos poblacionales, tanto en la Protohistoria europea como en la peninsular <figura 146>. Para la Europa templada son conocidos los desplazamientos de guerreros celtas en los ss.IV-III a.C. con distinta dirección (Italia, Europa oriental, Asia Menor), los de cimbrios y teutones en el s.II a.C. desde Jutlandia hacia el centro y sur europeos, los de helvecios y otros grupos galos en el s.I a.C. hacia el oeste y el sur, etcétera<sup>92</sup>. En relación a los movimientos atestiguados en la Península Ibérica, contamos con dos casos destacados en la región occidental que se relacionan de nuevo con grupos célticos (*Keltikoi*) <figura 146>. En primer lugar los célticos del Noroeste (García y Bellido, 1952; Maia, 1985), emparentados con los del Suroeste, que habrían llegado en tiempos de las guerras lusitano-celtibéricas a la zona gallega, atravesando el mítico río *Limia*, como consecuencia de una campaña militar emprendida al lado de los túrdulos (*turduli veteres* según Plinio), habitantes de sur del Guadiana (Estrabón, III, 3, 5; Floro, I, 34, 12; las fuentes recogen la presencia de otros pueblos de origen céltico en la *Gallaecia*, Pomponio Mela, III, 10-11, 13; Plinio, N.H., III, 28; IV, 111-112; etc.).

Más cercana a nuestro ámbito de estudio se encuentra la noticia de los célticos establecidos en la Beturia, mesopatamia entre el Guadiana y el Guadalquivir (García Iglesias, 1971; Berrocal, 1992). Según Plinio (N.H., III, 13) estos grupos eran oriundos de Celtiberia y habrían llegado al Suroeste atravesando la Lusitania. El móvil de estos desplazamientos se ha buscado en la riqueza minera de la Beturia, tesis defendida por A. Canto<sup>93</sup>, o en un cúmulo de factores (potencial ganadero, explotación de minerales y

<sup>92</sup> Véanse las aportaciones ya clásicas de Duval/Kruta (1976; *eid.*, 1979) y una actualización en A.A.V.V., 1995. Es de interés el ensayo metodológico y crítico de Champion (1980) sobre las migraciones antiguas en general. Este autor rechaza la idea de que toda migración traiga consigo un cambio cultural, según la concepción difusionista-rupturista, y propone estudiar las migraciones como hechos *per se*, buscando dar respuesta al por qué y al cómo de su puesta en funcionamiento en relación a la situación de las zonas de partida, en lugar de hacer de ellas la causa perenne del truncamiento de las regiones que se ven afectadas por la llegada de tales grupos. Champion cree que en general este tipo de *mass migration* obedece a factores económicos, en especial la necesidad de tierras. Para este autor el trasfondo de estos movimientos no debió ser secundario, toda vez que dichos desplazamientos masivos exigen una infraestructura técnica, transporte rodado, una organización adecuada en la que es patente la jerarquización socio-política... etc. (Champion, 1980). Hace ya algunos años, W. Dehn (1972) puso en relación las migraciones celtas con el ejercicio trashumante, una tesis que ha sido adaptada con algunas modificaciones por Almagro Gorbea para el caso hispano (1991: 391; *id.*, 1997: 208-209).

<sup>93</sup> Filones ferruginosos en la Beturia céltica, más occidental, y minas de plomo, plata y cinabrio-mercurio en la Beturia túrdula oriental, vecina de la Oretania. Según A. Canto, esta riqueza metalúrgica da sentido a la emigración de grupos celtibéricos a inicios de la Segunda Edad del Hierro (en mayor medida que la trashumancia y otras actividades agropecuarias), y el hecho de que se trate de focos mineros bilaterales demuestra la personalidad cultural diferenciada de las dos familias betúricas del suroeste (célticos y túrdulos). En última instancia, Canto (1995a: 164-166; *ead.*, 1995b: 301-309). La tesis es sugerente y adecuada al examen metalogenético del espacio de la Beturia, pero no aclara las circunstancias que motivan que celtíberos de la meseta oriental atravesasen todo el interior peninsular para poner en explotación minas de hierro, que, por lo que sabemos, no eran precisamente escasas en su región nuclear, disponiendo, entre otras, de las notables fuentes del Moncayo (Hernández Vera/Murillo, 1985).

política de control territorial) ajustados a sucesivas entradas de indoeuropeos y celtíberos en esa región extremeña a lo largo del Ier milenio a.C., tal como propugna L. Berrocal<sup>94</sup>.

Consideramos que no es lícito extrapolar lo que documenta Plinio para la Beturia céltica a toda la zona occidental y noroccidental de la Península hasta que no existan datos suficientemente asentados como para verificar tal suposición. Esto es algo que de forma particular y en los últimos años parece seguirse en un escenario del espacio meridional vetón: el *oppidum* de Villasviejas de Tamuja (Botija, Cáceres), lugar en el que cabe situar la ceca de *Tamusia*, y en el que, a partir de lo mismo, se quiere proyectar una presencia de celtíberos, generalizable incluso a toda Extremadura y al conjunto de la Vetonia, y en un tiempo anterior al que marcan las emisiones monetales. Hagamos un esbozo de la cuestión.

Monedas con la serie *ibérica* y bilingüe *TAMUSIA/TANUSIA* (ΧΝΑΜΥΔ) se conocen desde tiempo atrás por hallazgos de Cáceres el Viejo y de otras colecciones privadas, proponiéndose la localización de su ceca en relación siempre con la Bética o Levante (por ejemplo Beltrán, 1975: 182, la situaba en Daimuz, junto a Gandía, en Valencia). Sin embargo hoy se acepta de forma prácticamente unánime a partir de la sugerencia inicial de Sánchez Abal y García Jiménez (1988: 153, 157), la identificación de la ceca de *Tamusia* con el poblado cacereño de Villasviejas del Tamuja, a pesar del escepticismo inicial de algunos autores como la Dra. Hernández, directora de las excavaciones del yacimiento<sup>95</sup>. En este *oppidum* vetón se han recuperado más de un centenar de ases con esa leyenda <figura 147>, que representan en la serie *ibérica* una cabeza masculina imberbe en el anverso y en el reverso un jinete con lanza acompañado de la leyenda, y en la serie bilingüe la misma cabeza en ocasiones con un delfín en el anverso y una nave con timonel y varios remeros

<sup>94</sup> Con el eclecticismo a que da lugar la combinación del modelo de *celticidad acumulativa* con el ensayo de *lo protocelta* y *lo celta* de Almagro Gorbea, este autor llega a la conclusión de que, a un proceso de *indoeuropeización acumulativa* iniciado al menos en época calcolítica con el vaso campaniforme y que traería consigo la formación de jefaturas individualizadas, sucede en la segunda mitad del Ier milenio a.C. un complejo fenómeno de *celticidad acumulativa*, acelerado por la minorización del factor orientalizante-tartésico a partir del s.V a.C., al que acompañan aportes poblacionales desde el alto Duero, el Ebro inicial y la meseta oriental (¡vacceos en su opinión!) que se desplazan hacia el sur en relación con las explotaciones ganaderas a larga distancia y con los recursos mineros de hierro. Para Berrocal, “estos últimos conformarán los célticos del Sudoeste, poblaciones que hablaban una lengua celta y procedían de los vacceos, celtíberos en un sentido muy laxo” (Berrocal, 1995a: 143). Por último, a finales de s.II a.C. llegarían a la Beturia céltica contingentes estrictamente celtibéricos, probablemente belos y titos de la *Citerior*, parece que élites guerreras en busca de control territorial (Berrocal, 1995a: 141-142; *id.*, 1995b: 168-176). A nuestro juicio, el mantenimiento de viejas tendencias invasionistas no por disimulado deja de ser evidente.

<sup>95</sup> L. Villaronga sigue negando este emplazamiento y sitúa la ceca al este de la Celtiberia, entre la Sedetania occidental y el Valle del Jálón. Piensa que estas monedas fueron traídas por personas itinerantes, probablemente soldados, procedentes de otros lugares; tal vez alguien que había hecho un cobro importante de moneda (Villaronga, 1990: 83). Tras una revisión reciente de la cuestión, F. Hernández mantiene un postura moderadamente escéptica (Hernández/Galán, 1996: 126-127).

en el reverso, donde se lee la leyenda latina *TAMUSIENS./TAMUSIENSES*. El predominio del numerario con leyenda *Tamusia* es razón principal para aceptar la localización del taller indígena en este punto<sup>96</sup>, junto a la evidente relación lingüística entre *Tamusia* y *Tamuja*, el río que circunda las murallas de Villasviejas cuyo nombre deriva del mismo hidrónimo prerromano (Sánchez Abal/García Jiménez, 1988: 153; Villar, 1995b).

Las monedas con esta leyenda representan más del 80 % del total hallado en el *oppidum* de Botija, donde también han aparecido ases de otras cecas de la Citerior y la Ulterior: *Arecoratas*, *Arsaos*, *Bentian*, *Bilbilis*, *Bolscan*, *Celse*, *Conterbia*, *Ecualacos*, *Orosis*, *Salduie*, *Secaisa*, *Titiacos* y *Turiasu* en la Celtiberia (García Jiménez, 1989: 140-141), y *Castulo* (57 ejemplares), *Obulco* (11 piezas), *Carteia* (con 3), *Corduba* (con 21), *Malaka* (16 monedas con leyenda fenicia), *Carbula* (3), *Urso* (2), *Brutobriga*, *Salacia*, *Iliberri* e *Ilipense* (con un ejemplar de cada una) de la Bética (Sánchez Abal/Esteban, 1988: 1021). Según el análisis llevado a cabo por C. Blázquez Cerrato, en el que se incluye parte del numerario examinado por Sánchez Anal y otras piezas inéditas, el número total de monedas procedentes de Villasviejas fechadas entre 195-72 a.C. es de 307, contabilizándose once monedas romanas. De ellas 102 son de *Tamusia* (33,22% sobre el total), la siguiente ceca mejor representada es *Castulo* con 54 ejemplares (17,59%), seguida de *Sekaisa* con 33 piezas (10,75%) y de *Titiakos* con 31 (10,09%) (Blázquez Cerrato, 1995: 250, fig.3; *vid* también Pellicer Bru, 1995).

La cronología de la serie indígena parece situarse en el intervalo que va del 89 a.C. al 45 a.C., momento en que se introduce la serie latinizada. Recientemente C. Blázquez (1995: 253) apunta que tuvo lugar en el primer cuarto del s.I a.C., horizonte sertoriano, imitando la última serie de *Sekaisa* con dos delfines en el anverso flanqueando la cabeza varonil. A pesar de que se trata de un tiempo avanzado para el momento que interesa en este trabajo (en pleno proceso romanizador), la trascendencia de esta realidad numismática en tierras tan occidentales es considerable, sobre todo en lo tocante a su interpretación. En las primeras aproximaciones, la puesta en funcionamiento de esta ceca se ha relacionado con dos factores principales:

<sup>96</sup> Otro interesante dato es el que ejemplares de esta serie monetaria han aparecido dispersos en un número muy reducido por otros lugares de la región cacereña, como Sansueña (Arroyo de la Luz), La Burra (Trujillo), Trujillo, Malpartida de Cáceres, Sta. Ana de Monroy, Santiago del Campo, El Castillejo de la Orden de Alcántara, El Berrocalillo (Plasencia) y el campamento romano de Cáceres el Viejo (García Jiménez, 1989: 140, n°15; Blázquez Cerrato, 1995: 245, fig.1).

- 1) la razón militar, en el contexto de las guerras sertorianas y la acción de Q. Cecilio Metelo en la región extremeña contra Sertorio (Sánchez Abal/Esteban, 1988: 1021-1023; García Jiménez, 1989: 141); si bien extraña que el pago a ejércitos se realizara en bronce (ases) y no en metal noble
- 2) el agente económico, tal vez más importante, vinculable con la riqueza minera del entorno de Botija que ya hemos tenido ocasión de apuntar, y los testimonios de intercambios comerciales, tal como demuestra entre otras cosas la aparición de monedas de otras cecas del Valle del Ebro y Andalucía (Sánchez Abal/García Jiménez, 1988: 158).

En los últimos tiempos, la observación atenta del tipo, la metrología, la escritura y la lengua de estas monedas, ha sido utilizada para señalar al *oppidum* de Villasviejas como un establecimiento *celtibérico* (de Hoz, 1992: 10; García-Bellido, 1995a: 267-270, 284; Burillo, 1995b: 171): una ocupación de celtíberos ulteriores, posiblemente arévacos, que se asientan en Botija en un momento ya tardío, finales del s.II a.C. y a quienes corresponden los enterramientos de la necrópolis del Romazal I, según piensa M<sup>a</sup>. P. García-Bellido (1995a: 269). Para Blázquez Cerrato, las monedas cacereñas serían acuñadas a inicios del s.I a.C. por descendientes de celtíberos emigrados, siguiendo el patrón de la última serie de *Sekaisa* pero en terreno ya de la Ulterior, bajo influencia romana y haciendo uso de un topónimo local, *Tamusia* (Blázquez Cerrato, 1995: 254). No vamos a cuestionar el examen numismático de estos especialistas, pero sí se nos van a permitir un par de comentarios sobre la *solidez* y las *implicaciones* de su reconstrucción. Al respecto no hemos de olvidar que: 1) al menos desde inicios del s.IV a.C. Villasviejas es un enclave típicamente vetón (además de su posición geográfica, así lo indica su cultura material: verracos, cerámicas peinadas, sistema defensivo...), 2) no se detecta una ruptura clara en lo que se conoce de la estratigrafía del *oppidum* de Villasviejas (Hernández *et alii*, 1989), y 3) tal como hemos apuntado en otro lugar, no es fácil el reconocimiento de sepulturas generalizadas de guerreros *extranjeros* en virtud de la *foraneidad* de ciertos tipos armamentísticos pues su presencia puede obedecer a otros mecanismos interculturales. Aunque sí es cierto que la ergología de las necrópolis de El Romazal difieren del ambiente plenamente ibérico de la necrópolis más antigua de Botija datada en el s.IV a.C., el Mercadillo (en última instancia, Hernández/Galán, 1996: 111-126). Por otra parte, el análisis lingüístico de F. Villar (1995b) demuestra que el hidrónimo Tamuja es local y muy antiguo, pues correspondería a una remota lengua indoeuropea pre-celta que Krahe bautizó como “antiguo europeo”

(*Alteuropäisch*), conservada en hidrónimos arcaicos repartidos por Europa occidental (de Hoz, 1963); por tanto parece poco probable que se trate de un término exportado por celtíberos en los últimos siglos antes del cambio de Era, con el cual denominar una colonia de asentamiento en la periferia occidental.

Por el momento sin negarla del todo, seguimos sin ver clara la pretendida penetración militar de celtíberos en el occidente meseteño, agentes que materializarían su poder acuñando autónomamente como si de una ceca más de la Celtiberia se tratara. Antes de asumir esta interpretación, convendría dar una explicación coherente al carácter de esa presencia en tierras vetonas (en un asentamiento ya poblado con anterioridad, sin duda por vetones), y al alcance de su ocupación: ¿élite extranjera que dirige militar o políticamente una población indígena sometida?, ¿migración masiva de gentes celtíberas que sustituyen a la población autóctona en su totalidad?, ¿fundación celtibérica en territorio étnico ajeno?, ¿sencillamente un taller itinerante puesto en funcionamiento por mineros desplazados? ¿tal vez soldados romanos siguiendo modelos indígenas?... Es necesario, asimismo, definir con claridad el tiempo en que tiene lugar<sup>97</sup>.

Sólo entonces estaremos capacitados para fundamentar la verdadera *celtiberización* de esta zona occidental, y sólo entonces la cuestión ¿*Tamusia celtibérica*? dejará de ser lo que todavía hoy representa, una asignatura pendiente.

...ooo000ooo...

<sup>97</sup> ¿No pudo deberse a una acción tardía, sin remontar al s.II a.C., y que tuviera poco que ver con estrategias y desplazamientos verdaderamente indígenas? ¿El movimiento, por ejemplo, de tropas en tiempo sertoniano acantonadas en Villasviejas y en otros campamentos cacereños de los alrededores que emiten monedas con tipos indígenas para el pago de soldadas..., tal como insinúan L. Villaronga, J.L. Sánchez Abal o F. Hernández? (Sobre las causas de la acuñación indígena, *vid* nota 81 del capítulo II-2.3.B).

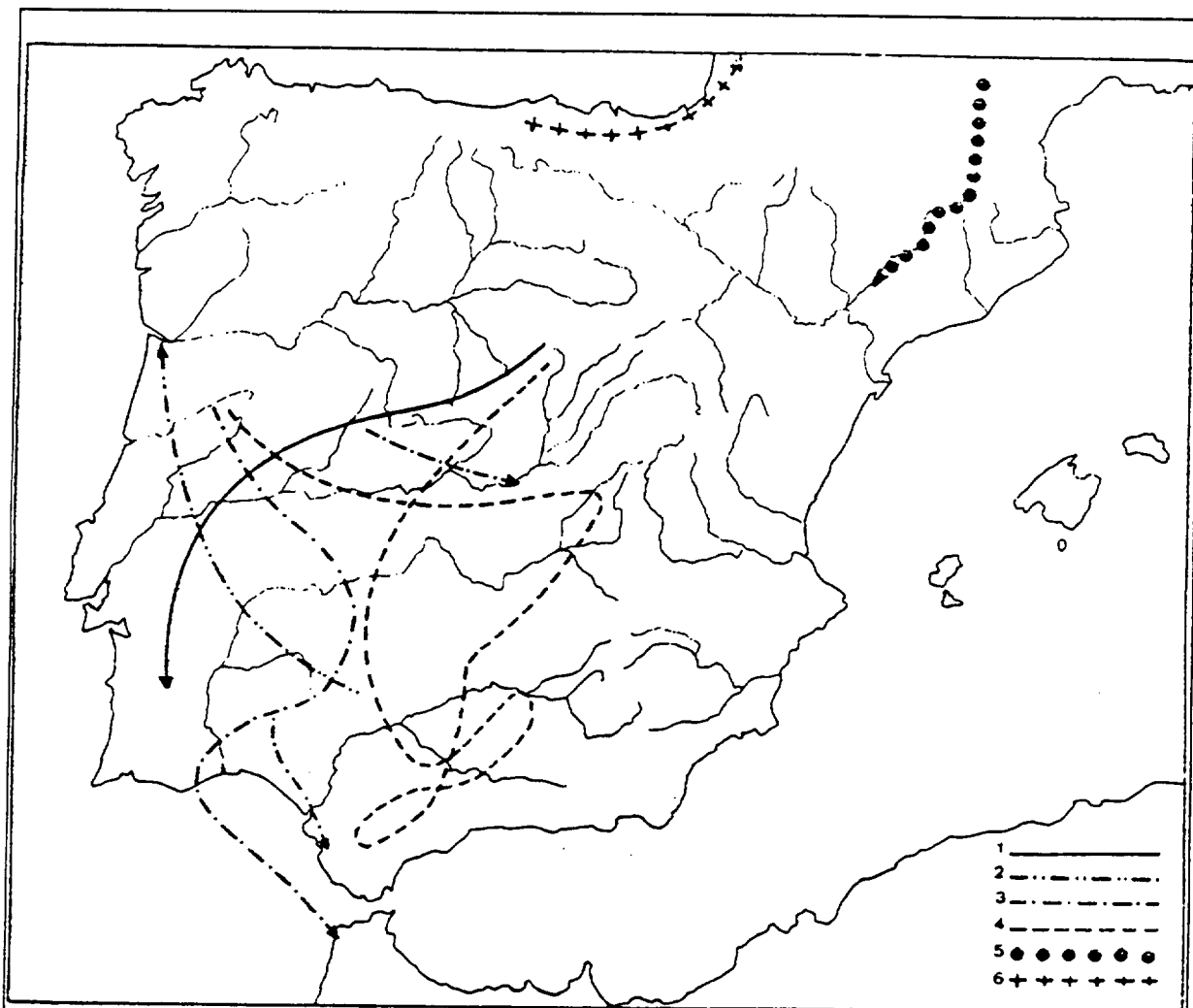
Sabemos que la política tardo-republicana romana promueve traslados de poblaciones nativas. Así lo indica entre otros Estrabón (III, 1, 6) para esta zona: "Uno y otro (se está refiriendo a los ríos *Tagos* y *Anas*) vienen desde la zona de Levante, pero el primero va a dar directamente a Occidente y es mucho mayor que el *Anas*, mientras que éste

En resumen, no pensamos que los contactos entre la meseta occidental y la oriental haya que entenderlos necesariamente como fruto de la expansión -en el sentido étnico- y dominación -en el aspecto político- generalizadas del grupo celtibérico sobre las áreas de población vetona y vaccea, en la línea marcada por viejos posicionamientos parciales derivados de las dificultades de integrar datos de distinta naturaleza en esquemas predeterminados; dictados que, sin embargo, no han sido enterrados del todo. Los dos grupos de la meseta occidental dan señales de una personalidad propia y diferenciada. De ella toman parte elementos comunes que igualmente están presentes en otros círculos culturales, tanto *iberizantes* como *celtiberizantes*, con los que se están produciendo intercambios. Todo ello es resultado de un largo y complejo proceso de etnogénesis, en el cual ha de integrarse el factor comercial como una variante más de contacto cultural. Y es que aun tratándose de una tierra interior, el potencial natural y la posición estratégica hacen del occidente meseteño un espacio de especial interés comercial.

---

se desvía en dirección sur, delimitando la tierra entre ríos que ocupan en su mayor parte celtas y algunos lusitanos deportados por los romanos de allende del *Tagos*” (traducción, Meana/Piñero, 1992: 40).





**FIGURA 146.** Movimientos de poblaciones célticas en la Península Ibérica. 1- Procedencia teórica de los célticos de la Beturia 2- Procedencia teórica de túrdulos veteres y célticos del noroeste 3- Incursiones de lusitanos en el s.II a.C. 4- Incursión de Viriato (147-139 a.C.) 5- Llegada de galos a Ilerda (49 a.C.) 6- Llegada de cántabros y celtíberos (?) a Aquitania (Almagro Gorbea, 1995c: 23, fig.4.1)



**FIGURA 147.** Ases de la ceca de Tamusia (Villasviejas del Tamuja, Cáceres) (Sánchez Abal/García Jiménez, 1988: 169)

### III-3.5 LA ACTIVIDAD COMERCIAL

Existe una ausencia casi total de estudios dedicados a las formas de organización comercial entre los pueblos prerromanos del interior. La razón principal es la escasez de información, ante todo en lo que respecta a las fuentes literarias pues prácticamente nada dicen al respecto. Si a nivel global los aspectos comerciales ocupan pocas páginas en la obra de los clásicos, no sólo por tratarse de una parcela con una demanda en nada comparable a la que tienen los relatos militares o políticos, sino también porque constituye un tema de cierto menosprecio en la tradición literaria clásica<sup>98</sup>; para la protohistoria

<sup>98</sup> La imagen del comercio y los comerciantes en las fuentes no es unívoca; depende del campo ideológico del escritor y de la finalidad del escrito. Pero además varía porque no es igual hablar del comercio desde el punto de vista filosófico o cultural, que desde la perspectiva económica o política, y porque su funcionamiento e implicaciones no son las mismas a lo largo del tiempo ni en todos los escenarios del mundo antiguo.

La actividad mercantil en los poemas homéricos es inicialmente una actividad individual, de tanteo y de poco volumen. Una labor opuesta a los ideales aristocráticos, asentados sobre formas de vida esencialmente agrícolas; un trabajo censurable propio de gente de baja posición social y, lo que es peor, en manos de extranjeros, traficantes y piratas, caso de los fenicios. Sin embargo se dibuja muy bien en la *Iliada* y en la *Odisea* un intercambio, más que un verdadero comercio, entre príncipes. Una reciprocidad entre élites terratenientes de tipo privado, complementaria de la base económica agrícola y verificada en la circulación de esclavos, vino, aceite, manufacturas metálicas... Este tipo de comercio (*prexis, ergon*) es avalado por Homero (*Il.*, XXIII, 744; *Od.*, XIII, 272) y Hesíodo como actividad honorable y alternativa al comercio extranjero y profesional que está irrumpiendo en las costas griegas de la mano de los fenicios (*emporos, emporie*) y que es fuertemente criticado por el autor de *Los trabajos y los días* (Stanley, 1986; Aubert, 1987: 105-110). Esta actitud negativa se palpa también en la mítica constitución espartana pues, a decir de Plutarco, Licurgo prohíbe viajar y expulsa a los extranjeros sin oficios útiles, porque con ellos entraban en la ciudad principios y sentimientos contrarios al orden político establecido (Plutarco, *Licurgo*, 40). Ideas de autosuficiencia, de disminución de influencias extranjeras y de tradicionalismo terrateniente mantenidas en Jenofonte (*Constitución Espartana*, VII, 1-5) y en Heródoto (*Il.*, 166-167), por ejemplo, para quien la *areté* es un ideal aristocrático sólo al alcance de guerreros, tanto en el mundo griego como entre tracios, escitas, persas o lidios; sólo a mucha distancia de la aristocracia guerrera hay lugar para los comerciantes y artesanos. Existen posturas más pragmáticas que dejan a un lado viejos prejuicios éticos como el desprecio por los trabajos manuales y que hacen del comercio una alternativa de desarrollo. A Solón se le atribuye la idea del comercio como profesión honorable, que abre la comunicación entre pueblos extraños, que conduce a la alianza entre reyes y que proporciona la adquisición de nuevas experiencias (Plutarco, *Solón*, 2). Reflexionando sobre la historia primitiva de la Hélade, Tucídides (*I*, 2, 1-2) subraya cómo el carácter migracional de las tribus antiguas impide la sedentarización, la formación de ciudades y el despliegue comercial, pautas cruciales de civilización. La contradicción inherente al pensamiento griego se confirma muy bien en la obra filosófica; mientras en Platón es patente un rechazo moderado del mercantilismo, en juicios como la preferencia por el interior frente a la costa para la localización ideal del estado (*Leyes*, IV, 704b5-705b8) o el mantener a los comerciantes fuera de la ciudad (*Leyes*, XII, 952d-953e); en la concepción aristotélica el comercio exterior se justifica plenamente en la necesidad de productos deficitarios, sobre todo alimenticios, pues ni el individuo ni la ciudad son autosuficientes; si bien el equilibrio en la relación importación-exportación era la meta a la que debía guiar el buen gobierno de la ciudad (Bresson, 1986). Aristóteles no esconde otro de los grandes presupuestos culturales griegos, la relación comunicación-distancia-desarrollo; en palabras de A. Bresson (1986: 227), “de même qu’un homme vivant tout seul n’est pour Aristote qu’un sauvage, à l’instar des Cyclopes de l’Odyssée qui vivent séparément, hors de toute vie sociale, de même une cité ne peut vivre seule mais doit communiquer avec ses pareilles et échanger pour obtenir ce qui lui manque. Pour l’individu comme pour la cité, c’est le besoin, la *χρεία*, qui fonde la relation avec les autres”.

En las fuentes latinas prevalece de entrada la consideración socio-filosófica frente a la económico-política heredada de la cultura griega, al menos exteriormente. En una sociedad tradicional, donde prima el poder que da la tierra y los valores aristocráticos representados ahora por el orden republicano, el comercio es una actividad denigrante en manos de la plebe, pero, paradójicamente, una vía de enriquecimiento de la que participan de forma más o menos encubierta las clases dirigentes, de ahí la existencia de leyes penales en contra del enriquecimiento ilícito generado por el comercio, y de ahí el rechazo que transmiten las obras de Cicerón o Tácito.

hispana las noticias se pueden contar con los dedos de una mano. Al margen de apuntes muy vagos referidos a las gentes celtibéricas y septentrionales (por ejemplo, Diodoro, V, 34, 2), nada se singulariza para los vetones y sólo un par de detalles para los vacceos<sup>99</sup>. Prácticamente lo mismo cabe decir en relación a la historiografía moderna<sup>100</sup>.

Un caso de particular interés para nuestro trabajo es la descripción que César hace de los distintos pueblos de la Galia o de los que son vecinos a la misma, y de su espíritu y grado de desarrollo cultural en relación a factores ya vistos como la distancia y la presencia de agentes comerciales. Los pueblos más aguerridos y severos son los que viven alejados y cierran sus fronteras a la acción comercial. Siguiendo la opinión de Heródoto (I, 55) el comercio y la comunicación hacen a los hombres débiles para el ejercicio de las armas, pero en el fondo César está denunciando el atraso de esas comunidades, ahora bajo el ideal cultural de las potencias mediterráneas en expansión, para justificar la empresa de su conquista. Por ello, los belgas son los más valientes de los galos porque viven lejos del fausto y rara vez llegan allí mercaderes con objetos con los que enflaquecer sus bríos (César, B.G., I, 1, 3), lo mismo se aplica a las forzudas y bravas gentes nervias, que niegan la entrada a los comerciantes, persuadidos de que con sus géneros se afeminan los ánimos y pierden su vigor (César, B.G., II, 15, 4). A veces el contacto con los mercadores es marginal, para tener a quien vender los despojos de guerra, tal como ocurre con los suevos asentados al este del Rin (César, B.G., IV, 2, 1-5). Sin embargo, los germanos ubios pueden considerarse entre los más civilizados de su raza porque son visitados con frecuencia por los mercaderes romanos que viajan por el Rin y porque al ser vecinos de los galos están afectados por muchas de sus costumbres (César, B.G., IV, 3, 3). Este esquema está muy próximo a la concepción estraboniana del salvajismo que los pueblos de la Iberia interior muestran ante la inexistencia de comunicación en su territorio (Estrabón, III, 3, 8), y modernamente ha sido utilizado entre otros muchos investigadores por J. Caro Baroja para jerarquizar las regiones culturales de la Antigüedad hispana, bajo el esquema de que los pueblos indomables son los que viven incomunicados y sin comercio y los vulnerables pero al tiempo más desarrollados, son los que lo hacen del comercio y se rigen por la realeza desde tiempos remotos (Caro Baroja, 1986: 171; también Van der Vliet, 1984: 44-47, 57).

Para estos aspectos, *vide* el trabajo fundamental de F. Meijer y O. Van Nijf (1992: espc. 3-20 para la consideración del comercio en la mentalidad clásica); en relación al comercio griego Mele (1979) y Hopper (1979: 18-21, 108-118), y para el papel de los comerciantes en el mundo galo (Timpe, 1985).

<sup>99</sup> Nos referimos a noticias ya comentadas sobre la conexión comercial entre vacceos y numantinos en el transcurso de la guerra celtibérica. Los vacceos suministran dinero y alimentos (Apiano, *Iber.*, 80-81); los numantinos compran el trigo en los campos vacceos (Apiano, *Iber.*, 87).

<sup>100</sup> Una destacada excepción representan las páginas que J. Maluquer dedica en su contribución a la Historia de España de Menéndez Pidal al tema de los contactos culturales entre los pueblos célticos de la meseta (Maluquer, 1954: 129-133, 180-181). Más de cuarenta años después, recientes hallazgos y nuevas orientaciones de la investigación han acabado por dar la razón a aquellas consideraciones, casi vaticinios, apuntadas por Maluquer en los años cincuenta. Sin embargo el camino abierto por este investigador apenas si ha tenido continuidad hasta nuestros días, con la excepción de contadas aproximaciones generales (López Cuevillas, 1955; Pastor, 1980; Fuentes, 1984; Fernández Gómez, 1986: 941-949...).

Para el caso vetón, la guerra y la ganadería siempre se han tomado como recursos básicos de su economía, dándose nula o mínima importancia a la acción comercial. Así aparece reflejado en las síntesis generales de J. Caro Baroja (1943a; *id.*, 1976), M. Vigil (1973) o J.M<sup>a</sup>. Blázquez (1957; *id.*, 1969; *id.*, 1978), a las que siguen estudios más monográficos como los de M. Salinas (Salinas, 1979; *id.*, 1982; *id.*, 1993). Para este último: "El mismo hallazgo de pesas de telar, instrumentos domésticos de labranza, etc., en las excavaciones de los castros, testimonia que la división del trabajo era muy primaria, la economía generalmente de signo doméstico y orientada frecuentemente al autoabastecimiento ya que con tan primitivos útiles difícilmente podría producirse no ya para exportar, sino para intercambiar de manera sistemática" (Salinas, 1979: 79, nota nº 66). El argumento para tal interpretación se apoya en el testimonio literario, en citas como la de Polibio (Ateneo, XXXIV, 8, 4) donde se señala lo barato de los cereales y del ganado en Lusitania, deduciéndose de lo mismo una debilidad económica extrema entre los vetones y un pobre carácter comercial (Salinas, 1982: 50-51). No obstante, la tarifa de precios agro-pecuarios proporcionada por Polibio para Lusitania y la referencia a la metrología griega hace pensar a Caro Baroja (1986: 64, nota 82) si en esta época habría llegado a Lusitania la influencia de comerciantes helenos.

En el grupo vacceo el estudio del comercio ha ocupado un espacio mayor. Los relatos de conquista llevan a F. Wattenberg a enfatizar la importancia del intercambio vacceo-numantino bajo iniciativa de los primeros y traducido en el canje de cereales ("*complejo del trigo vacceo*") por hierro (Wattenberg, 1959: 24, 38-39), algo apuntado ya por Schulten. Más recientemente la monografía de González-Cobos alude de forma somera a la actividad comercial entre los vacceos (González-Cobos, 1989: 223-232). Según el planteamiento tradicional de esta autora, el desarrollo comercial en el valle medio del Duero no acontece hasta época romana, gracias a la ruptura de los lazos gentilicios y a la generalización de la propiedad privada a costa de la comunitaria característica del tiempo prerromano (González-Cobos, 1990: 441).

Desde el plano arqueológico, la constatación de materiales importados no siempre es juzgada como transacción comercial, pues como hemos tenido ocasión de comprobar existen muchos otros mecanismos a partir de los cuales explicar la presencia de estos objetos. Por descontado que en esta zona el trasiego comercial no fue comparable al del mundo ibérico, muy activo por la presencia de griegos y púnicos. En ese sentido los materiales propiamente mediterráneos en la meseta occidental son muy exigüos y sin duda arriban por vías distintas a la del comercio estándar, todo lo más a través de un sistema de intercambios sucesivos entre puntos indígenas de sur (este) a norte (oeste) bajo el control directo de las élites locales, pues estas piezas son bienes suntuarios y en absoluto equiparables a mercancías de comercio regular.

Sin embargo, existió un comercio a nivel local y regional de relativa importancia para estas comunidades meseteñas. Una actividad económica que complementó los beneficios obtenidos con la guerra, con el pillaje en el exterior y con las relaciones diplomáticas, y que pudo estimularse a partir de la llegada de agentes extranjeros. En la esfera vetona esta práctica se nos presenta con un carácter más primitivo, intercambios de tipo aristocrático basados en relaciones personales y dirigidos más o menos directamente por jefes militares o por delegados a su servicio; pero que apenas si calaron en el conjunto social como para formar un cuerpo extenso de profesionales del comercio a tiempo total. Al menos no hay datos para demostrarlo al día de hoy, aunque ello no impide reconocer la existencia de focos comerciales en algunos *oppida*, como más adelante veremos. En el círculo vacceo, sin embargo, vemos más factible la idea del comercio como actividad profesional con mayor afirmación social y ya especializada. Las facilidades de un medio físico poco accidentado y de cómodo tránsito, su localización a caballo entre la meseta oriental, la submeseta meridional, el reborde montañoso septentrional y las culturas castreñas astur-lusitanas, y en relación a esto la confluencia en esta región de las dos principales corrientes culturales (la *iberización* del Mediodía a través del espacio vetón y la *celtiberización* que llega del valle del Ebro con paso por la Celtiberia), permiten suponer el funcionamiento de mercados en buena parte de las ciudades vacceas; más aún si tenemos en cuenta la envergadura urbana de sus *civitates*, el carácter especializado y excedentario de su economía y el visible desarrollo político de las unidades vacceas (San Miguel, 1993: 62; *id.*, 1995a). En algunos casos se pudieron alcanzar niveles de intercambio regional de cierta importancia, pero siempre a una escala intra-meseteña.

Como se ve, la información es muy limitada. Aun así y para terminar el apartado dedicado a las formas de contacto cultural, vamos a intentar ofrecer un panorama general sobre los mercados y sistemas comerciales, los productos en circulación, los patrones de intercambio y la desdibujada figura del comerciante meseteño, que se redondeará con una valoración de los medios de transporte empleados.

## A- MERCADOS Y SISTEMAS COMERCIALES

### MERCADOS

Maluquer fue uno de los primeros en referirse a la existencia de mercados meseteños con cierta fijeza o lugares de feria de remoto origen precelta, algo parecido a lo que representan después los *fora* bajoimperiales (Maluquer, 1954: 180). Como acabamos de decir las fuentes nada precisan para el interior hispano en momentos prerromanos, existiendo tan sólo información en otros contextos geográficos y sobre todo para las ferias del mundo romano<sup>101</sup>. Sin embargo la arqueología está abriendo nuevas posibilidades en los últimos años.

En el asentamiento vacceo los cenizales o vertederos que recogen copioso material residual (restos cerámicos, huesos de animales, más aisladamente algunos elementos constructivos...) podrían ponerse en relación con áreas artesanales y estructuras dedicadas al comercio, al igual que algunos recintos secundarios anejos a los centros de población. Ya se ha incidido en la abundancia de estas escombreras, presentes en casi todos los hábitats

---

<sup>101</sup> Un excelente trabajo sobre las ferias periódicas en el mundo romano se encuentra en de Light (1993). Partiendo de la definición conceptual ("low-frequency commercial gathering held at regular spaced intervals and involving the distribution of merchandise not destined for consumption on the spot"; de Light, 1993: 14), el autor lleva a cabo una revisión sobre los tipos de feria (rurales y urbanas) y su frecuencia (anual, mensual, semanal...), incidiendo en los orígenes, los modelos regionales y la terminología clásica sobre mercados (principalmente, el griego *panegyris*, el latino *mercatus*...). También son de interés, De Light/De Neeve (1988), Frayn (1993) para la Italia romana, y Lombard-Jourdan (1972-74) para las ferias galo-romanas.

En relación a los *fora* hispano-romanos, parece que fueron abundantes en el noroeste y que antes de convertirse en centros político-administrativos y judiciales, pudieron funcionar originariamente como puntos para el intercambio indígena local o regional (López Cuevillas, 1955: 145; Vigil, 1973: 426; Pastor, 1980: 172; Santos, 1985: 34; de Light, 1993: 117). El término (*φορος*, *forum*) es un apelativo presente en el nombre de algunas ciudades indígenas romanizadas, caso de la carpetana *Libissosa* (*Colonia Forum Augustum Libissosa*; CIL II, 3234), perteneciente al convento cartaginense (Plinio, *N.H.*, III, 25). Ptolomeo (II, 6, 37; II, 6, 42; II, 6, 43; II, 6, 48) igualmente recoge otros casos para comunidades del noroeste.

vacceos y con especial significación en Las Quintanas de Valoria la Buena, Simancas, Pago de Grimata en Torrelobatón, Roa, Dehesa de Morales en Fuentes de Ropel, Soto de Medinilla, Las Quintanas de Padilla de Duero y Castrojeriz. Por su parte los barrios artesanales están bien documentados en Padilla de Duero, con la zona de alfares de Carralaceña frente al poblado al otro lado del Duero, y en otros casos como Coca o Roa de Duero (*vide* I-2.4 A- *Consideraciones sobre el poblamiento vacceo*). Exceptuando un par de yacimientos, en el resto de poblados apenas si se han llevado a cabo excavaciones internas, con lo cual el conocimiento de estos locales es muy leve. En cualquier caso, puede pensarse en estructuras poco estables a modo de instalaciones móviles y ligeras (entramados de madera), propias de mercados temporales, que no hacen uso de materiales constructivos perecederos si no es el caso de alfares u otro tipo de centros industriales dedicados a la producción permanente y no sólo a la venta ocasional, localizadas en puntos periféricos del área urbana, con frecuencia cercanos al río circundante o en la orilla opuesta<sup>102</sup>. A esta idea se adecúa aparentemente bien el carácter de los depósitos cenizales, con desechos cerámicos y también restos orgánicos.

En esta línea se han interpretado, para el territorio vetón, los resultados de las últimas excavaciones practicadas en las zonas auxiliares del *oppidum* de Las Cogotas (1986-1990) (Ruiz Zapatero/Mariné, 1988; Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995). Concretamente en el extremo meridional junto al segundo de los recintos se halló un posible centro alfarero, al que ya nos hemos referido; una estructura pavimentada de comunicación, huellas de postes y una serie de abundantes depósitos materiales (cerámicas, restos animales sobre todo de bóvidos, madera, ladrillos...), encajables en la idea de basureros colectivos. G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez-Sanchís interpretan esto último como un posible centro ferial o mercado temporal principalmente de ganado. De hecho esta zona sur del *oppidum* cogoteño constituiría un área de servicios colectivos, con centro alfarero incluido, funcionando desde al menos el s.III a.C. según marca la cerámica celtibérica recuperada. En origen pudo ser una zona abierta, pues el amurallamiento del recinto inferior parece emprenderse en momento posterior. Con ello se desmiente, si no del todo sí en lo excluyente, la vieja idea de Cabré de ver en estos espacios amurallados encerrados de

---

<sup>102</sup> Un reflejo indirecto de estos barrios se encuentra en las fuentes literarias, cuando Plutarco (*Virt. Mul.*, 248e) se refiere a la existencia de arrabales en *Helmantica*, pues en uno de ellos fue donde Aníbal en el 220 a.C. tuvo cautivos a los habitantes de aquella ciudad fronteriza entre vetones y vacceos, justo antes de que se sublevaran gracias a la ayuda de sus mujeres.

ganado. No obstante, las zonas oeste y norte del recinto inferior parecen funcionar como corrales amplios para los rebaños (Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995: 222).

Los datos son todavía insuficientes, pero en algunos puntos se puede especular con la idea de mercados o ferias estacionales con un alcance mayor que el local. No sólo participarían las aldeas agrícolas del entorno, como ocurre con los pequeños hábitats del valle del Amblés en relación a grandes *oppida* como Ulaca, Mesa de Miranda o el más modesto de Las Cogotas. A determinados lugares, en fechas prescritas y hasta con medidas protectoras facilitadas por los poderes locales, pudieron acudir mercancías, ganados, comerciantes y transeuntes procedentes de regiones de cierta distancia<sup>103</sup>. Esto parece factible en zonas de transición entre áreas ecológicas diferentes, en la unión de varias comarcas naturales, en la intersección de dos economías complementarias, en ambientes con potencial ganadero o en puntos fronterizos a varios territorios étnicos<sup>104</sup>. Sabemos que en tiempos históricos, al menos desde la Alta Edad Media, enclaves que antaño fueron núcleos de población vetona o vaccea se convierten en importantes centros feriales. Un caso destacado es Salamanca, punto transicional entre vetones y vacceos que marca perfectamente una disyuntiva económica, de base pastoril hacia el sur y de base agrícola hacia el norte (Maluquer, 1951: 62; *id.*, 1954: 180). Además aquí confluyen varias cañadas

<sup>103</sup> Respecto a la categoría de las reuniones comerciales (locales, regionales e interregionales), para el patrón imperial romano las ferias de carácter local están definidas por una duración limitada (uno o dos días), por tener zonas de captación pequeña, no superior a 50 km. en cualquier dirección, por un volumen bajo de bienes de intercambio, y por el predominio de ventas directas realizadas por comerciantes a consumidores finales. Sin embargo, es posible la presencia de visitantes extraviados procedentes de lugares más alejados, realizando circuitos completos por ferias vecinas o utilizando estos mercados locales como puntos de escala en rutas de mayor envergadura. Las ferias regionales tendrían una duración de un par de semanas, participarían agentes comerciales en distancias superiores a los 300 km., y lógicamente dispondrían de un mayor volumen de transacciones, con operaciones monetales. Finalmente, las ferias interregionales se prolongarían durante varios meses, de tres a ocho, constituirían centros de distribución a largas distancias, con altísimos volúmenes comerciales y mercancías de gran valor como negocio dominante (de Ligt, 1993: 15, 65 ss.).

<sup>104</sup> Encajable en la idea anglosajona de las *gateway communities* o asentamientos de paso: puntos estratégicos a modo de barreras naturales entre una zona principal (por ejemplo un puerto comercial) y un hinterland interior de riqueza agropecuaria, del cual es una avanzadilla y con el que se comunica mediante corredores naturales (Burghardt, 1971; Hirth, 1978; Hodges, 1982). El modelo ha sido adaptado para varios casos de la protohistoria peninsular. Por ejemplo, G. Ruiz Zapatero (1984b: 55-59) lo utiliza para explicar la irradiación del comercio protocolonial desde la costa hasta el bajo Aragón. E. Galán sugiere que en el suroeste peninsular durante el Bronce Final y el Hierro Antiguo algunos vados como Medellín sobre el Guadiana o Azután sobre el Tajo, o incluso algunos puertos de montaña, pudieron funcionar como asentamientos de paso y al tiempo estaciones viarias de alcance cultural y comercial que pondrían en comunicación diferentes regiones geográficas; apoya su argumento en fuentes medievales y modernas de esas localidades (Galán, 1993: 28-30). Por su parte Cerdeño *et alii* (1996: 308-309) aplican el modelo para las relaciones entre la meseta y el mundo ibérico en la Edad del Hierro, suponiendo que los castros del noreste y suroeste de la submeseta norte que han deparado importaciones mediterráneas funcionan como comunidades de paso a partir de las cuales se difunden hacia el interior los efectos derivados del contacto con la costa. Para estos últimos, "las comunidades de paso se caracterizan por conexiones comerciales a larga distancia y se localizan en zonas que disfrutaban de ventajas de transporte y tienen la potencialidad de controlar el flujo de artículos y de gente; operan como intermediarios comerciales al por mayor pues, aunque funcionasen como un lugar central redistributivo dentro de su propia región, es el comercio a larga distancia el que crea la zona de influencia dentrítica y su posición jerárquica dominante dentro de ella" (Cerdeño *et alii*, 1996: 308).



y cordeles con dirección suroccidental, meridional y oriental; lo mismo cabe decir para Tordesillas (Cabo, 1994: 39-42). De forma parecida, F. Wattenberg (1959: 38) consideraba a Palenzuela, la antigua *Pallantia*, un mercado significado por su posición a caballo de las esferas arévaca y vaccea: dos planos que creemos conectados cultural y comercialmente desde tiempo anterior al que aluden las fuentes de conquista. Ni que decir tiene lo que representa Medina del Campo para el comercio castellano medieval (Sánchez del Barrio, 1991; Sánchez del Barrio/Marcos, 1992), un núcleo con ocupación remontable al horizonte Soto. En menor medida tampoco hay que olvidar las ferias ganaderas y comerciales de Coca, Ciudad Rodrigo, Plasencia, Ávila o Talavera de la Reina, por no citar más que unos casos, que remontan sin dificultades al Medievo.

En cualquier caso conviene ser cautelosos a la hora de prolongar las raíces de estas ferias comarcales, pues para el caso que nos compete ni la arqueología ni los textos autorizan llevar su funcionamiento a tiempos tan antiguos. Por otra parte, tampoco debe hacerse extensiva la idea de mercados interregionales. Lo predominante hubieron de ser puntos de intercambio local y restringido donde se materializarían transacciones sin profesionalizar de productos agro-pecuarios entre campesinos o entre gentes de la montaña y del llano<sup>105</sup>. Aun así y desde una perspectiva intrameseteña, no hay que restar importancia al papel de foco cultural jugado por alguno de estos mercados urbanos<sup>106</sup>.

<sup>105</sup> Un eco de lo que conocemos en tiempos medievales para las regiones castellano-leonesas, con la figura de los *carreteros* o mercaderes de caminos. En origen montañeses que bajaban a la Tierra de Campos para vender madera, aperos, carne o fruta de invierno de las montañas, o para cambiarlo por productos de los agricultores de la cuenca central del Duero, principalmente trigo y vino. Con reservas, se trata del movimiento vertical que realizan cántabros o autigrones bajando hasta los campos vacceos para asolar su cosecha, recogido por los clásicos (Floro, II, 33, 46-47; Orosio, VI, 21, 2-3). Con el tiempo los *carreteros* acabaron por formar una importante organización, la *Cabaña Real de Carreteros*, que agrupaba a todas las asociaciones regionales de transporte por carro a larga distancia, reconocida oficialmente en 1497 por los Reyes Católicos, a la que otorgan una serie de privilegios análogos a los de la Mesta: exención de impuestos locales, protección jurídica, derecho de pastoreo en tierras baldías para las yuntas de bueyes que acompañan a las carretas, disposición de caminos carreteros propios... (Klein, 1979: 36-37; Uriol, 1990: 99-102). Esta institución representó una de las bases del comercio interior castellano (Gil Abad, 1983).

<sup>106</sup> La extensión cultural del mercado en el mundo antiguo se hace legible en *retratos* como el que sigue de K. Polanyi: "On early markets we find the distribution of fresh food for general consumption to be their vital function. Among other thing, this involves the holding of markets on fixed days, the availability of money in small denominations, such as cowrie shells, gold dust or fractions of obols, the role of women in the regular preparation of food for sale, popular barter or cash transactions, ceremonial, jurical and ritual customs, gods and altars guarding the peace of the market and strictly delimiting its bordering, also market personnel and rules for the setting of disputes. Such matters belong to the most penetrating everybody items of culture, items that leave their mark on religion, law, literature and common speech. They cannot go unnoticed" (Polanyi, 1963: 42-43). Sin caer en una comunión mecanicista, el uso de la antropología para aproximarnos a las formas antiguas de organización comercial puede ser de gran utilidad. En este sentido nos remitimos al trabajo ya clásico de Polanyi (1975), donde quedan sistematizados los mecanismos en la adquisición de bienes, los rasgos institucionales y los tipos de comercio, y el carácter del personal dedicado a la labor comercial, de las mercancías y de los transportes empleados entre sociedades primitivas. (Vid III-1.1, nota 2).

Dos factores fundamentales en la infraestructura de las comunicaciones, y por ello del comercio, son la estrategia territorial y el control visual. Con estos fines cabría entender la existencia en algunos emplazamientos meseteños de torres o *atalayas* que pudieron funcionar como puntos de control visual de las vías de comunicación. Se sitúan en zonas elevadas, sobre lomas, colinas o espigones, a poca distancia (1-3 km.) de asentamientos de ribera, resultando muy fácil distinguir los puntos de control desde el poblado, y más aún la visibilidad del hábitat y de su territorio de relación desde aquéllos. En el poblamiento vacceo este funcionamiento muestra cierta linealidad en relación al borde de los páramos. Un ejemplo del sistema de *torre de control*-poblado podría verificarse por ejemplo en el Soto de Medinilla. Enfrente, a la otra orilla del Pisuerga y con una elevación de 80 m. se hallan el pago de La Colmena o el mismo Pago Gorrita, también con hábitat de la Edad del Hierro. En Valoria la Buena algo parecido ocurriría con el cerro de Muedra, a 3,5 km. del *oppidum* y 90 m. más elevado. En Palenzuela, sobre el poblado se levanta un espigón junto al Arlanza que domina el territorio y que desde antiguo se ha interpretado como punto de control y refugio. El cerro de Las Pinzas, o mejor el cerro de Pajares, 2 km. al sur del *oppidum* de Las Quintanas en Padilla de Duero, constituye otro caso destacado. El zamorano cerro del Viso, en Bamba, es una espectacular cima desde donde se controla no sólo los hábitats del alrededor, sino la vega del Duero y enclaves de la talla de El Alba en Villalazán. La lista se haría extensible a otros cerros-testigo característicos del relieve vacceo y próximos a yacimientos conocidos, pero antes debe realizarse una comprobación mucho más directa.

En territorio vetón, el carácter montañoso de su franja central determina la localización de asentamientos en las faldas y piedemontes cercanos a los valles, núcleos que constituyen por sí mismos centros de dominio territorial, caso de los emplazamientos serranos de Los Castillejos de Sanchorreja, los poblados más altos del Cerro del Berrueco o Ulaca. No obstante, en algunos lugares es manifiesta la preocupación por levantar uno o varios puntos artificiales de vigilancia dependientes del poblado pero ligeramente separados del mismo. En El Raso, los fortines de El Castillo y El Castillejo, unos centenares de metros al este del *oppidum* de Cabeza de la Laguna y en altura superior a éste al situarse sobre un reborde alto del Collado del Freillo, son dos importantes puntos de control visual hacia el sur, dominándose la comarca de la Vera y el valle del Tiétar en primer término, la Jara toledana y el Campo Arañuelo en segundo plano, hasta alcanzar a divisarse en días

despejados las sierras cacereñas del sur próximas ya a la línea del Guadiana. Según Fernández Gómez (1986: 509-512) la función principal de estas torres es la defensiva, habida cuenta que están articuladas a la muralla del *oppidum* como puntos de choque y frenada de ataques que se produjeran desde el este, facilitados por la inclinación del piedemonte que conduce hasta el hábitat. Una estrategia similar pudo establecerse unos kilómetros a occidente de El Raso entre el yacimiento de Pajares, próximo a la vega del Tiétar, y el pequeño hábitat en altura del Cerro Castrejón, kilómetro y medio al norte del anterior, desde donde se contempla todo el valle. También en la provincia de Cáceres ha de mencionarse el Puerto de Santa Cruz en Santa Cruz de la Sierra, en cuya cima de difícil acceso existe una atalaya y restos de hábitat conocidos desde antiguo (Roso de Luna, 1902; Mena, 1959), que da paso desde el sur a la penillanura trujillana, una zona densamente poblada en la Segunda Edad del Hierro. Finalmente en la cúspide del cerro de El Calamocho, en Malpartida de Plasencia, hay restos superficiales de hábitat con un torreón desde donde se divisa el valle del Jerte, la Vera y la cuenca baja del Tiétar. A sus pies, la región placentina también reúne alta concentración de hábitats en estos tiempos, pudiendo estar el cerro de El Calamocho en relación dependiente con alguno de estos poblados, tal vez el de Villasviejas de Plasencia que permanece sin excavar (Sayans, 1957: 49-50).

Para avanzar en esta línea es necesario llevar a cabo análisis espaciales y sobre todo prospecciones intensivas, ya que algunas de estas torres y atalayas pueden corresponder a épocas más modernas. Con limitaciones pertinentes, lanzamos la hipótesis de que varios de estos enclaves pudieron actuar como puntos de control visual y, al fin y al cabo, como eslabones en la organización territorial de redes de comunicación y comercio<sup>107</sup>. Mediante señales ópticas (fuego, humo, banderas...) estas torres vigías advertirían a la población de amenazas militares, de la llegada de carros y mercaderes, de la proximidad de ganados en tránsito o del reconocimiento de heraldos y embajadas, pongamos por caso, tal como sabemos para otros momentos (Balil, 1977). Defensa y comunicación son las claves que dan

<sup>107</sup> Estos atisbos de organización en las comunicaciones se pondrían de manifiesto en la velocidad de transmisión de conocimientos y noticias entre comunidades indígenas. Un ejemplo ya visto: en el 151 a.C. Lúculo, después de arrasar *Cauca*, llega a *Intercatia* donde la población enterada ya de la masacre caucence, reprochan lo sucedido al general romano (Apiano, *Iber.*, 52-53). Aquí parece claro que la noticia la transportan los pocos sobrevivientes de *Cauca* que huyen y se refugian en otras ciudades vacceas como *Intercatia* (Apiano, *Iber.*, 52).

sentido a estas estructuras pues, como venimos indicando, guerra y comercio son alternativas que viajan por las mismas vías<sup>108</sup>.

## SISTEMAS COMERCIALES

En un ambiente tan alejado de la costa como es la meseta occidental, la iniciativa comercial está lógicamente en manos de los indígenas. Ello no quiere decir que no lleguen elementos mediterráneos, pues a través de mediaciones e intercambios sucesivos que se amplian y transforman a medida que se alejan del lugar de partida, arriban a esta zona desde fechas tempranas objetos y conocimientos irradiados desde Andalucía y el Levante. En este mecanismo desempeñan un papel crucial los jefes guerreros y las élites dirigentes de las comunidades vetonas, que son los que controlan los recursos críticos de su economía y los que, por tanto, van a dirigir los intercambios beneficiándose directamente de ello. Uno de los resultados más sobresalientes será el proceso de jerarquización social perceptible en los ajuares funerarios, tal como hemos ido observando. Efectivamente, en el espacio vetón el sistema comercial imperante parece corresponderse con el modelo que Renfrew (1975: 41-43) denomina *down-the-line* o comercio bajo línea, definido por una reciprocidad reduplicada y continua desde un centro o desde una frontera, de manera que las mercancías viajan a través de sucesivos intercambios <figura 117 B.4>.

En la llanura vaccea, sin embargo, un cúmulo de factores (urbanos, territoriales, socio-económicos y políticos) que se han ido apuntando, respaldan la consideración de los grandes *oppida* o *civitates* como lugares centrales en el sentido amplio del término. Centros de redistribución que dan asiento a estructuras de intercambio o mercados de proyección regional. En este punto el funcionamiento comercial vacceo, mucho más homogéneo y regular que el vetón aunque con un alcance geográfico más limitado, puede asemejarse al propuesto por Renfrew (1986) en su teoría de la interacción de unidades políticas iguales (*peer polity interaction*) <figura 117 A>.

---

<sup>108</sup> No sólo hacen idénticos trayectos (los caminos que en tiempos de paz conducen ganados, embajadas y recuas son por los que en tiempos de guerra se conducen las hordas guerreras); sino que muchas veces guerra y comercio son mecanismos económicos complementarios. Vide los ejemplos que en esta línea contienen Webb (1975) y Lincoln (1991).

## B. PRODUCTOS Y PATRONES DE INTERCAMBIO

### PRODUCTOS

Con la salvedad de la cerámica, son pocos los objetos conservados como mercancía comercial. Por descontado que la base la constituyen los productos naturales ofrecidos por el medio ambiente meseteño<sup>109</sup>. En el espacio vetón el elemento principal es el ganado (ovicaprino, porcino y caballar), bien en cabezas, en valor cárnico, en derivados alimenticios o en pieles y lanas. Pero junto a lo animales ha de valorarse el comercio interno de minerales en estado natural o reducido (sobre todo hierro; más marginalmente, estaño, plomo y cobre) y de metales nobles, plata y fundamentalmente oro, jugando este último un papel esencial en la economía vetona. Si recurrimos a las fuentes literarias que nos hablan de las exportaciones lusitanas en el Imperio, habremos de sumar frutas, madera, miel, plantas medicinales como la afamada *herba vettonica*, tintes, etc. (Blázquez, 1978; Pastor, 1980: 166-167; Esteban, 1983).

No muy diferente es el fondo ofertado por la economía vaccea de cara al comercio interno. Pero se vislumbra la especialización de ciertos géneros. En primer lugar una producción cerealística rica, variada y excedentaria en líneas generales. También parece ser especialmente intensa la producción lanera y la industria textil en general; ya nos hemos referido a la alta presencia de fusayolas, pesas de telar y fíbulas en necrópolis y poblados, y a noticias como la entrega 10.000 sagos además de reses y rehenes, que la ciudad de *Intercatia* hace a Lúculo (Apiano, *Iber.*, 54).

Un producto singular es la sal. Al repasar sus huellas en el registro literario (II-1.4 A) comentamos la existencia de focos salinos puestos en explotación desde antiguo localizables en puntos vacceos como Villafáfila y Oteros de Sariego, en el límite con el territorio astur, y en ámbitos meseteños cercanos como Sigüenza. La sal también pudo llegar a estos mercados interiores desde focos más alejados de la mano de los movimientos de largo recorrido, quizá la *trashumancia*<sup>110</sup>.

<sup>109</sup> Vide I-1.5.A Economía de los vetones y I-2.5.A Economía de los vacceos.

<sup>110</sup> En tiempo medievales y modernos los pastores trashumantes toman sal de zonas donde abunda, generalmente en los extremos costeros, para luego distribuirla por las comunidades deficitarias al hilo de sus desplazamientos, al igual que hacían los carreteros asociados a la Mesta (Klein, 1979: 36-37; Gil Abad, 1983; García Martín, 1990a: 71-79; Mangas/Hernando, 1991: 227).

En otra categoría hay que situar piezas manufacturadas como fíbulas, cinturones, más restringidamente puñales y otras armas, y por supuesto la cerámica. Éstas no son sólo bienes comerciales *per se* sino que también actúan como soporte comercial para el transporte de granos, líquidos y otras sustancias. Ya hemos visto la destacada difusión desde el s.VI a.C. de modelos manuales de tradición autóctona tan representativos de esta zona meseteña como las cerámicas peinadas, adaptados luego en otros lugares, y lo mismo cabe afirmar de la cerámica a torno pintada para los siglos plenos de la Segunda Edad del Hierro. Para terminar no olvidaremos llamar la atención sobre aquellos artículos elaborados que no han dejado huella arqueológica, por ejemplo telas y tejidos, y que sin embargo debieron tener una presencia destacada en el mercado meseteño.

En proporción mucho más minoritaria cargas de vino y aceite o lotes de cerámicas griegas, púnicas de barniz rojo o con algo más de profusión ibéricas pintadas, alcanzan algunos puntos meseteños, pero su carácter de bienes de lujo les hace poco apropiados para figurar como artículos de consumo en este tipo de mercado local.

## PATRONES DE INTERCAMBIO

Ha sido una constante concebir el comercio interno prerromano como un sistema de trueque, materializado en el intercambio en especie de productos naturales, y en menor proporción en pagos mediante piezas metálicas, sobre todo de plata (Maluquer, 1954: 180; Salinas, 1979: 77; *id.*, 1982: 50; Pastor, 1980: 166, etc.). Estrabón (III, 3, 7) da pie a pensar así cuando afirma al hablar de la gente montañesa del interior que:

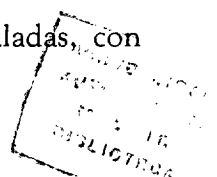
“ En vez de moneda, unos {...} y los que viven muy al interior se sirven del trueque de mercancías, o cortan una lasca de plata y la dan”  
(traducción Meana/Piñero, 1992: 86)

Cita que puede completarse con la siguiente a propósito de los habitantes de las Casitérides. Estrabón (III, 5, 11):

“Viven de sus rebaños, al estilo nómada generalmente. Como tienen minas de estaño y plomo cambian estas materias, así como sus pieles, por cerámica, sal y utensilios de bronce con los mercaderes”  
(traducción Meana/Piñero, 1992: 132)

En efecto, el patrón-riqueza de estas sociedades lo marcan las bases económicas locales. Por ello las formas más tradicionales de dinero premonetal, también llamadas *moneda natural* o *moneda de la tierra*, son los granos de cereal, las cabezas de ganado, las pieles y *saga*, etc.; sobre todo en las zonas interiores y serranas, alejadas de las arterias principales de comunicación. El ganado tuvo una importancia fundamental, en especial el buey, tal como recoge la tradición literaria antigua desde los poemas homéricos. Es bien sabido que el término latino *pecus* designa al ganado, y del mismo procede la palabra *pecunia* (que significa fortuna ganadera, pero también patrimonio, dinero y moneda). Igualmente la sal es un valor riqueza muy importante entre pueblos con vocación ganadera, si bien ya hemos visto que se trata de un elemento concentrado en determinadas áreas, escaso en muchas otras y que por tanto circuló a larga distancia, con lo cual su cotización debió acrecentarse. Por su carácter básico de bienes de primera necesidad, su procedencia natural o directa y su *universalidad* dentro de la socioeconomía meseteña, estos productos constituyen los instrumentos primarios para tasar riquezas, medir volúmenes, establecer equivalencias y protagonizar intercambios.

Sin embargo no son los únicos. Algunas manufacturas de pequeño tamaño, fáciles de transportar, con precisiones metrológicas aun sin comprobar y quizá con connotaciones simbólicas que se nos escapan, pudieron funcionar como piezas de cambio en contextos más o menos restringidos. Dos ejemplos de esto último aplicables a nuestro espacio de estudio pueden ser las bolas de piedra o *canas* y las cuentas de collar de pasta vítrea, ejemplos que por ahora no pasan de ser hipótesis de trabajo. Tocante a las bolas, están presentes en muchos yacimientos de la Protohistoria peninsular con distinta proporción. Abundan en la meseta, y son más que significativas en hábitats y necrópolis del alto Ebro y del valle del Duero, caso de La Hoya en Álava o, más cercanamente, los emplazamientos vacceos de Las Ruedas, Cuéllar o Roa de Duero. Hace unos años, J. I. Vegas basándose en los materiales del poblado de La Hoya juzgó a estos útiles como medio de cambio entre las gentes meseteñas de la Edad del Hierro, bien para llevar cuenta de operaciones efectuadas, bien como elemento que representa a una de las partes en la transacción (Vega, 1983: 421-422). Algo parecido pensamos nosotros para las cuentas de vidrio presentes en desigual número en yacimientos de la meseta occidental (*vid* II-2.1 E). Partimos del caso ya estudiado de Pajares, donde se computan por centenares, no sólo el modelo más sencillo de cuenta vítrea enteramente azulada, sino también polícromas, gallonadas, oculadas, con



prótomos, geminadas, cilíndricas... y confeccionadas en otros materiales que van desde piedras comunes o arcilla hasta ámbar o basalto, además de ejemplares en oro. Su dispersión por zonas habitacionales y funerarias del yacimiento todavía insuficientemente conocido de Pajares, nos lleva a plantear la idea de su función como unidad de medida en operaciones de intercambio y como indicador, a la larga, de la riqueza de ciertos grupos sociales entre los que las cuentas de collar circularían como algo más que simples ornamentos. En este caso, además, el valor de tales piezas se vería fortalecido por el significado exótico y excepcional que reviste el material vítreo en las comunidades interiores de la Edad del Hierro.

La manufactura más adecuada para esta clase de servicios es la metálica. Con la extensión de la metalurgia las sociedades antiguas emplean metales con tipos y pesos específicos como valor de cambio, una forma más de dinero primitivo, que irán evolucionando hasta convertirse en lo que conocemos hoy como moneda. En ellos confluyen una serie de factores importantes: el valor intrínseco del metal, supremo cuando éste es noble, su duración e inalterabilidad, la facilidad de división, ser adecuados para el transporte, etc. Muchas veces se trata de formas específicas (calderos, torques, asadores, cinceles, hachas, varillas, tortas...), lo que se conoce como "moneda-utensilio". La necesidad de pesar los metales, que solían fundirse en forma de lingotes para efectuar los pagos, trajo consigo la creación de sistemas ponderales, que a la larga dieron lugar a los patrones de peso de las monedas (como orientación general de este proceso, Dalton, 1977; García-Bellido, 1984-85; Alfaro Asins, 1996: 11-16).

Este último aspecto, el valor premonetal, está siendo investigando en los últimos años para los depósitos metálicos de la meseta compuestos por joyas, alhajas troceadas y moneda romana o de cecas ibéricas, caso de los tesorillos vacceos. Veinticinco años atrás, K. Raddatz expuso la idea de que piezas metálicas recortadas, pudieran tener un valor de cambio tal como apunta el testimonio de Estrabón (III, 3, 7). El investigador alemán se refería sobre todo al depósito de Drieves (Guadalajara), integrado por numerosos fragmentos y piezas recortadas de plata (pulseras, brazaletes, fíbulas, lingotillos plano-convexos...) que suman 15 kg. de peso, al que consideraba una ocultación de riqueza cuantificada (plata recortada como forma de dinero primitivo) y no tanto el conjunto de un orfebre destinado a ser refundido como se pensaba tradicionalmente (Raddatz, 1969: 54-



67). El hallazgo de Drieves es uno de los más excepcionales pero no es el único, pues acumulaciones de joyas íntegras y otras fragmentadas datables a fines de la Edad del Hierro se han reconocido en otros puntos meseteños (por ejemplo Valeria, además de los tesoros vacceos, el vetón de El Raso o el astur de Arrabalde) y del ámbito cultural ibérico, como Martos en Jaén. La propuesta de Raddatz ha sido retomada en fecha reciente por parte de autores como C. Domergue (1990: 161-163), desde el punto de vista de la explotación de los metales<sup>111</sup>, H. J. Hildebrandt (1993), que interpreta estos hallazgos en la línea germana de los *Hacksilber* como atesoramientos de material precioso en bruto -un valor más seguro que el de la propia moneda en aquella época-, o M<sup>a</sup>.P. García-Bellido, quien desde hace un tiempo supone que joyas como los torques desempeñaron un papel monetar al estar realizadas en plata, patrón-riqueza clásico del mundo antiguo (García-Bellido, 1984-85: 397). Esta atractiva idea tendría uno de las mejores campos de expresión en los citados conjuntos de joyas del valle central del Duero, aparecidos en el interior de los hábitats (*vid* I-2.4.B b- *Objetos de adorno y orfebrería*): los tres depósitos de Padilla de Duero, otros tres en Palencia, dos de Roa de Duero (uno de ellos exclusivamente numismático), además de los cercanos de Arrabalde (Zamora) y Rodilla (Burgos), relación que se cierra con el tesoro más meridional de El Raso datable por la presencia de denarios romanos en momento posterior, mediado ya el s.I a.C. La hipótesis de ver en ellos algo más que riqueza en forma de joyas cobra fuerza no sólo por la acumulación de piezas específicas, caso de torques o brazaletes, sino porque la mayoría de autores interpreta estos conjuntos como escondrijos en respuesta a una situación amenazante (la inestabilidad del horizonte sertoriano, en la mayoría de casos) con el fin de amortizar la fortuna de determinadas familias o individuos.

<sup>111</sup> "Ainsi donc la question des échanges à l'intérieur de la Péninsule Ibérique avant la conquête romaine intéresse la production des métaux à deux niveaux. D'abord au niveau de la matière première même, objet d'échange; ensuite au niveau du métal considéré comme produit à valeur monétaire et permettant l'échange. Le fer et, presque entièrement, le bronze sont à considérer comme produit à valeur monétaire et permettant l'échange. Le fer et, presque entièrement, le bronze sont à considérer simplement au premier niveau et nous avons vu que dans la Péninsule le premier avait eu une diffusion et un usage bien plus importants que le second. Il faut en revanche tenir compte du double rôle de l'or et surtout de l'argent, vu l'importance de ce dernier métal dans l'économie monétaire des civilisations méditerranéennes. L'or est abondant, sans doute assez tôt, surtout dans le Nord-Ouest, sous la forme de bijoux et d'objets de parure qui, entiers ou tronçonnés, ont pu avoir une valeur para-monétaire; il est assez généralisé ailleurs, toutjournssous ce même aspect, mais avec une densité bien moindre. Quant à l'argent, il semble en devenir commun qu'assez tard (fin du IV<sup>e</sup> siècle, début du III<sup>e</sup>), comme le montrent les objets découverts dans la Sierra Morena, mais sa relative rareté est peut-être due à l'importance des quantités d'argent dont Rome s'empara au cours du premier siècle de la conquête. Surtout il ne faut pas négliger son importance, du point de vue quantitatif, en tant que métal à valeur para-monétaire, et cela dans la Péninsule même: pensons en effet aux dizaines de milliers de livres d'*argentum infectum*, qui, entre 206 et 168, ont été prélevées sous forme de butin par les généraux romains sur les populations de la Péninsule. On peut croire qu'il en s'agissait pas de lingots, mais de cette vaisselle et de ces objets de parures qui, entiers ou à l'état de fragments, constituaient les fortunes personnelles des Ibères" (Domergue, 1990: 163).

Muy recientemente se está valorando un nuevo dato: la cuestión metrológica. Se sabe desde años atrás del uso de sistemas de pesos y medidas en el mundo ibérico, siguiendo patrones mediterráneos introducidos por agentes griegos y púnicos. Son varios los yacimientos ibéricos que han proporcionado ponderales de bronce o platillos de balanza, por ejemplo El Cigarralejo (Mula, Murcia), Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) o más próximo a la meseta occidental, el palacio-santuario orientalizante de Cancho Roano<sup>112</sup>. Por contra, la escasez de hallazgos en la meseta disminuyó las posibilidades de investigar este tema en las zonas del interior. Sin embargo, el interés de algunos autores por estas cuestiones les ha llevado a revisar los depósitos meseteños y a comprobar los pesos y medidas de algunas joyas. La conclusión, todavía preliminar, parece ser la puesta en funcionamiento en los últimos siglos antes de Cristo de un patrón metrológico basado en una unidad cercana a los 3,5 grs. que se verificaría en el peso de las joyas. Ésta, por otra parte, se acerca mucho al canon del denario romano (3,89 grs.), lo cual hablaría a favor de la influencia del modelo romano-mediterráneo sobre el indígena-meseteño (en último lugar Galán/Ruiz Gálvez, 1996, donde se recoge bibliografía anterior<sup>113</sup>). Por otra parte, algunas voces apuntan que ciertas marcas con tipos cercanos a letras griegas practicadas sobre joyas podrían ser señales numéricas, esto es valores de peso, en lugar de explicarse tradicionalmente como marcas realizadas por el propietario o por el platero. Estos signos se reconocen en dos torques del tesoro III de Padilla de Duero, en un brazalete espiraliforme del tesoro III de Palencia conservado en la colección Calzadilla de Badajoz y en siete torques más del tesoro I de Arrabalde (Delibes *et alii*, 1993: 452-454, 470; aludiendo a la sugerencia de M<sup>a</sup>.P. García-Bellido a favor de considerarlas valores de peso; Galán/Ruiz Gálvez, 1996: 116).

<sup>112</sup> Cuadrado (1963c; *id.*, 1987: 101) cita 10 ponderales de bronce en la notable tumba 200, con pesos y tamaños escalonados, presentando todos un taladro en el centro por el que se insertaría un clavo que sujetara todas las piezas; para este autor el sistema ponderal ibérico debió inspirarse en uno de los griegos en uso en el s.VI a.C. por influjo comercial. *Vide* también Lucas (1990), donde se estudia el funcionamiento de la balanza de dos platillos a partir de los hallazgos de El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro y Tossal Redó (Calaceite, Teruel). Sobre las posibilidades metrológicas en el mundo ibérico, Pellicer Bru (1993). En relación a los abundantes ponderales de bronce de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), con distinto tamaño y peso, véase en último lugar Celestino (1996: 75-78, con las referencias anteriores).

<sup>113</sup> En relación a lo que afecta directamente a nuestro estudio, E. Galán y M. Ruiz-Gálvez (1996: 156-163) analizan los tres conjuntos palentinos, los tres padillenses y el I de Arrabalde (cuyo estudio con pesos incluidos ya era conocido; Delibes *et alii*, 1993) y concluyen que existe un patrón metrológico premonetal en el Hierro Final emparentado con uno anterior del Bronce Final, de probable origen mediterráneo. La media de peso es 3,65 grs. en las joyas más menudas (anillos, arracadas), con múltiplos (36,5 grs...., hasta alcanzar el baremo de 300-370 grs. que es el peso que rondan los torques y brazaletes más macizos). Respecto a la funcionalidad, "el uso de este metal de acuerdo con medidas específicas de peso sería *dinero* pero en mercados interregionales este patrón sería inoperante y el metal funcionaría como *divisa*, es decir, por su peso"; por tanto su sentido es el de "atesoramientos de valor" (Galán/Ruiz-Gálvez, 1996: 161), posesiones personales que marcan la riqueza de ciertos individuos y en el fondo una jerarquización socio-política.

El patrón de 3,5-3,65 grs. está próximo al utilizado en Cancho Roano, aunque aquí la unidad teórica establecida sobre el importante conjunto de ponderales recuperados es de 31-33 grs., multiplicándose por diez en relación a la unidad vigente en el interior (Celestino, 1996: 75-78); en tal sentido, la meridional puede ser la vía a través de la cual entender el funcionamiento del sistema metrológico en comunidades vetonas y vacceas quizá desde los ss.IV-III a.C., con probable extensión a celtíberos y astures. No obstante aun es pronto para precisar el tiempo de adaptación y la dilatación en el uso de patrones metrológicos; sólo nuevos hallazgos tienen la última palabra.

A este panorama debemos añadir un dato final, en este caso relativo al ámbito vetón. En un lote de material clandestino procedente de El Raso se halló un lingote de plata de baja calidad con forma paralelepípeda de caras ligeramente convexas <figura 148 A> (Fernández Gómez, 1996: 17); su peso de 173,6 grs. se adecúa como valor de múltiplo 50 a una unidad teórica de 3,47 grs., no muy alejada del patrón propuesto para las joyas vacceas o para la escala ponderal de Cancho Roano. También en El Raso, esta vez fruto de excavaciones arqueológicas, se documentaron en la superficie del poblado un par de lingotillos trapezoidales de bronce de apenas 3 cm. de longitud y con un peso de 16 grs. <figura 148 B> (hipotéticamente un múltiplo 5 sobre una unidad teórica de 3,2 grs.) (Fernández Gómez, 1986: 476, 437 fig.271.18). Su excavador lo pone en relación con piezas similares del Cerro Macareno (Sevilla) y habla de la "existencia de centros productores de estos lingotillos de metal que serían después distribuidos por comerciantes ambulantes". Nosotros vemos en la pieza de El Raso una gran semejanza formal con los ponderales ibéricos encontrados en el yacimiento de Valdeherrera (Calatayud) (Medrano, 1987), algunos de ellos con medida y peso idénticos al de El Raso; ante lo cual, más que un comercio de materias primas, este paralelismo podría indicar de nuevo la aceptación de un sistema o patrón ponderal en algunos puntos de la meseta occidental.

El último grado en este proceso de desarrollo de valores de pago es la emisión de moneda. En la meseta occidental ni vacceos ni vetones tuvieron cecas locales<sup>114</sup>, con la problemática excepción de *Tamusia* ya comentada, una taller que no parece responder estrictamente a la iniciativa de gentes autóctonas (*vid.* última parte del apartado III-3.4). Sin embargo desde fines del s.II a.C. y sobre todo en el s.I a.C., acuñaciones indígenas de

<sup>114</sup> Vid nota 81 del apartado II-2.3 B.

la Citerior y de la Ulterior, así como moneda romana en proporción más limitada, están circulando por los núcleos de población de la meseta occidental. El mejor reflejo de lo mismo lo constituyen los depósitos y tesoros a los que nos acabamos de referir que dan cuenta en ocasiones de un voluminoso numerario y otros hallazgos más superficiales, tanto en el espacio vacceo<sup>115</sup> como en el vetón<sup>116</sup>. En cualquier caso la distribución monetaria *extranjera* en el occidente de la meseta corresponde ya a un momento tardío en relación a lo que estudiamos, sustancialmente la primera mitad del s.I a.C., y obedece a la influencia política romana o a circunstancias económicas, por ejemplo la explotación minera, que poco tienen que ver con la realidad comercial indígena, aunque indirectamente marquen líneas de relación con las esferas celíbera e íbera. En este sentido, la moneda ibérica no fue utilizada como medio de pago usual en transacciones comerciales (valor de cambio), al menos en lo que respecta al occidente meseteño, sino que representó mucho más claramente un instrumento de aprovisionamiento por su fortuna intrínseca (valor riqueza); ello explica que los ejemplares atesorados sean mayoritariamente denarios de plata.

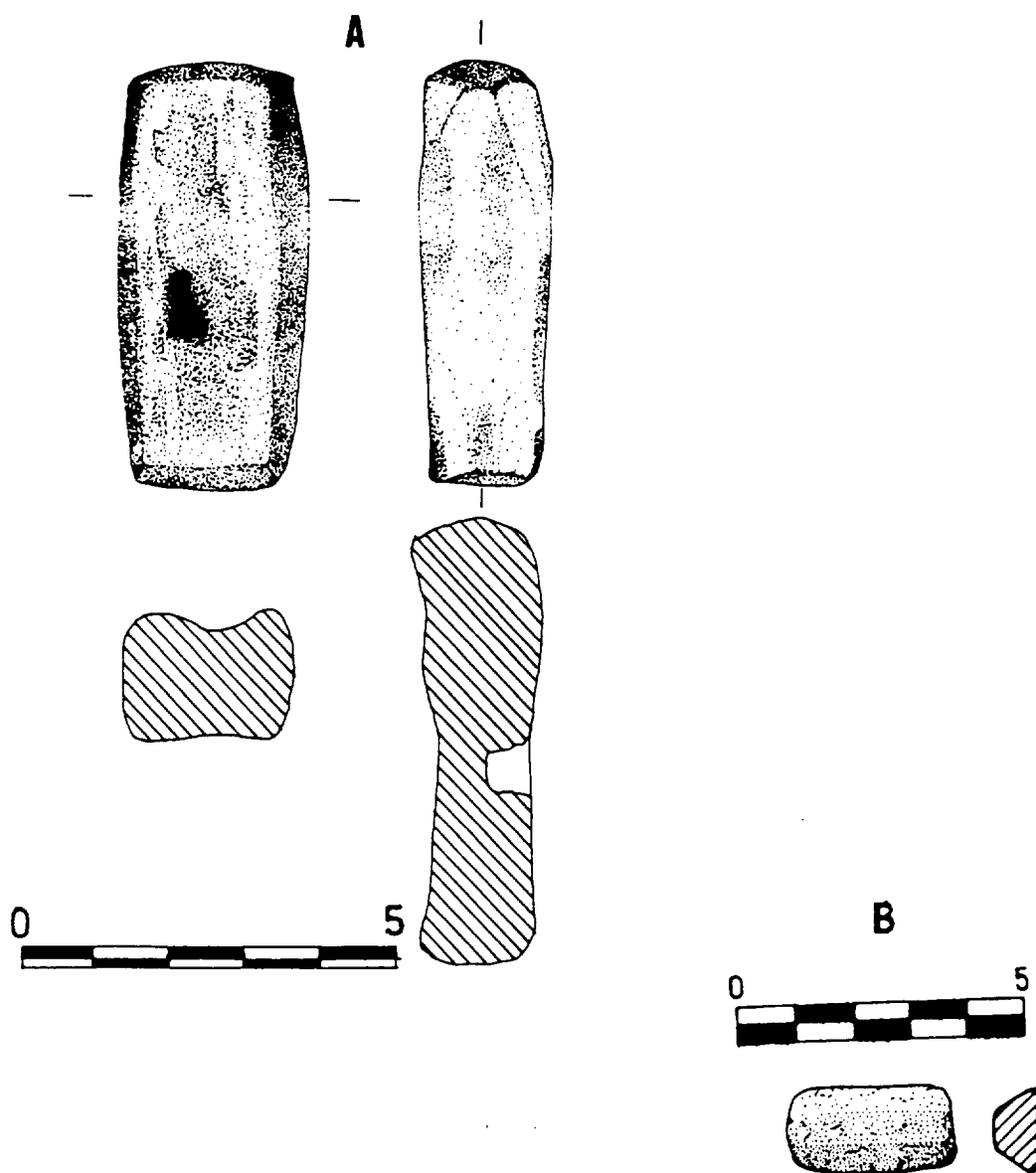
Así pues, se percibe fácilmente la evolución de los sistemas de intercambio empleados en el interior peninsular durante la Protohistoria. El punto de partida lo marcan

<sup>115</sup> El caso más espectacular es el de Palenzuela (Monteverde, 1947; Martín Valls, 1967: 119-120, nota 433), donde se acumulan más de 2.500 denarios ibéricos: 1.076 de *Sekobirikes*, 842 de *Turiasu*, 362 de *Baskunes*, 159 de *Bolskan*, 108 de *Arsaos*, 91 denarios de *Arecoratas*, 58 de *Contrebia*, 5 de *Bentian*, 2 de *Beligio*, 2 de *Colouniocu*, 2 de *Segotias*, 1 de *Icaloscen*, 1 de *Oilaunicos* y 1 de *Segia*; además de una docena de denarios de la República romana fechados en el 72 a.C. En el tesoro I de Padilla de Duero aparecen cincuenta y cinco denarios ibéricos: 4 de *Arekorata*, 3 de *Arsaos*, 1 de *Belikio*, 30 de *Sekobirikes* y 17 de *Turiasu*. Diecisiete denarios ibéricos se incluyen en el tesoro II de Padilla: 2 de *Arekorata*, 3 de *Arsaos*, 4 de *Sekobirikes* y 8 de *Turiasu* (Delibes *et alii*, 1993: 403-420; 441-451). Un número parecido al registrado en los conjuntos II-III de Palencia, donde también predominan los hallazgos de *Sekobirikes* y *Turiasu*, y en otra proporción los de *Arsaos* y *Arekoratas* (Raddatz, 1969: 232-238). En Roa de Duero se halló un depósito exclusivamente numismático (Monteverde, 1949; Sacristán, 1986a: 212-216). Coca es otro punto con importante concentración de numerario ibérico y romano (Blanco García, 1987).

<sup>116</sup> Entre los tesorillos monetales descubiertos, mayoritariamente de época sertoriana, uno de los más destacados es el de Salamanca compuesto por 32 denarios ibéricos (16 de *Sekobirikes*, 8 de *Turiasu*, 4 de *Arcorata*, 2 de *Arsaos* y 1 de *Bolskan*) (García-Bellido, 1974). Otros casos son: el depósito de denarios contenidos en una vasija en el Cerro del Berrueco (Morán, 1924: 23-24; Maluquer, 1956: 117), los hallazgos de Puente del Congosto, Cáparra, Gata (García-Bellido, 1974: 384) o el ya aludido tesorillo de la casa A-2 del castro de El Raso con varios denarios romanos cesarianos y ases de Cástulo y Obulco (Fernández Gómez, 1975; *id.*, 1979), amén de otras monedas dispersas por el *oppidum* (Fernández Gómez 1986: 444-446).

Al hablar de *Tamusia* dijimos que sus monedas están presentes en baja proporción en algunos puntos cacereños como Sansueña (Arroyo de la Luz), La Burra (Trujillo), Sta. Ana de Monroy, Santiago del Campo, El Castillejo de la Orden de Alcántara, El Berrocalillo (Plasencia) y el campamento romano de Cáceres el Viejo (García Jiménez, 1989: 140, n°15; Blázquez Cerrato, 1995: 245, fig.1); y que en Villasviejas del Tamuja la cifra de hallazgos numismáticos supera las 300 unidades: además de *Tamusia*, están representadas las cecas de *Castulo*, *Sekaisa*, *Titiakos*, *Arecoratas*, *Arsaos*, *Bentian*, *Bilbilis*, *Bolskan*, *Celse*, *Conterbia*, *Ecualacos*, *Orosis*, *Saldue*, *Obulco*, *Carteia*, *Corduba*, *Malaka*, *Carbula*, *Urso*, *Brutobriga*, *Salacia*, *Iliberri* e *Ilipense* (en último lugar, Blázquez Cerrato, 1995). Igualmente en algunos castros cacereños se han encontrado monedas de otras cecas. Así, en El Castillejo (Santiago del Campo), se han documentado ejemplares de *Bentian*, *Bilbilis*, *Celse*, *Itirta*, *Orosis* y *Saldue*; en Sansueña (Aliseda), de *Orosis* y en El Castillejo de la Orden (Alcántara), de *Saldue* (García Jiménez, 1989: 140-141; Blázquez Cerrato, 1995: 245, fig. 1). Algo anteriores (inicios s.II a.C.) son las cuatro dracmas ampuritanas y de imitación de *Rhode* halladas en el castro de Camocho (Plasencia), Alconétar y Villasviejas de Tamuja (Botija) (Martín Bravo, 1995), a las que ya nos hemos referido.

los valores naturales que son a la vez forma y fondo de los canjes esenciales en la economía meseteña. Sin dejar de emplearse nunca del todo, sobre todo en círculos tradicionales, este sistema de valor con el tiempo da paso a otros artificiales en los que ciertas manufacturas actúan como calibradores de transacciones entre grupos, y de la riqueza de éstos, pero a niveles locales. No será hasta la introducción de un sistema metrológico estable, venido probablemente como una adaptación más en el proceso de aculturación de lo ibérico, cuando se produzca una homogeneización en los sistemas de intercambio, ya metálicos pero todavía premonetales. Como acabamos de ver existen indicios aislados para ir admitiendo esto último, pero todavía estamos lejos de sistematizar en su totalidad el funcionamiento de estos sistemas de peso y cambio.



**FIGURA 148.** *Patrones de intercambio.* A- Lingote de plata de El Raso (Fernández Gómez, 1996a: 17, fig.15)  
B- Lingotillo de bronce (*¿ponderal?*) de El Raso (Fernández Gómez, 1986: 437, fig.271.18)

## C. COMERCIANTES Y MEDIOS DE TRANSPORTE

### COMERCIANTES

Desgraciadamente poco es lo que en relación a los *comerciantes* operando en la meseta puede sumarse en los últimos años a lo intuído por J. Maluquer al respecto: “la presencia de mercaderes individuales, traficantes aventureros, cuya mayor defensa entre estos pueblos belicosos eran las propias novedades que podrían traer y el prestigio que por esta causa les rodearía” (Maluquer, 1954: 180)<sup>117</sup>.

A diferencia de otros lugares de la Europa protohistórica donde los clásicos ofrecen detalles relativos a los agentes comerciales<sup>118</sup>, las noticias literarias sobre la existencia de mercaderes en la meseta son extremadamente parcas. Además del dato de Diodoro (V, 34, 2) sobre los mercaderes que se introducen en Celtiberia para vender vino a los indígenas ocasionalmente (con probabilidad extranjeros: iberos, griegos o itálicos), el único pasaje donde se cita su presencia en la meseta es el célebre texto de Apiano (*Iber.*, 85), recogido también por otros autores<sup>119</sup>, acerca de la llegada de Escipión al sitio de Numancia y sus medidas para imponer orden y disciplina en el campamento romano (134 a.C.):

“Tras su llegada, expulsó a todos los mercaderes, prostitutas, adivinos y sacrificadores, a quienes los soldados, al haberse vuelto temerosos a causa de los reveses, solían consultar continuamente; y para el futuro prohibió que se introdujera nada superfluo, ni siquiera una víctima preparada para la adivinación. Y ordenó también que se vendieran los carros y los objetos superfluos dispuestos en ellos y las bestias de carga, salvo las que él en persona reservaba para sí”

(traducción Gómez Espelosín, 1993: 112)

<sup>117</sup> Hemos de reconocer que el intuitivo profesor catalán supo compendiar en esta sentencia una serie de valores inherentes al comercio, más ampliamente a las formas de contacto cultural, que en el fondo constituyen buena parte de las consideraciones principales que depara el presente estudio. A saber, *el comerciante como agente transcultural, el comercio como puente en la transmisión de tecnología y cultura y como mecanismo de defensa en ámbitos bárbaros y, en relación a lo anterior, su revelación como indicador de prestigio y como instrumento de atracción para élites sociales que acaba transformando.*

<sup>118</sup> En especial en la Galia céltica (*vid* la parte final del apartado III-1.2 B *La formación de los oppida y el final de la Edad del Hierro*). La fuente principal es César. En sus apuntes de conquista hay referencias sobre la función de los comerciantes como agentes de información (César, B.G., IV, 5, 2), sobre el carácter pionero de estos particulares al circular por regiones aún no sometidas por las legiones (César, B.G., II, 15, 4; III, 1, 2; IV, 3, 3; IV, 2, 1; IV, 21, 5; VII, 3, 1...), entre otros aspectos (César, B.G., II, 33, 7; VI, 37, 2; VII, 42; etc.). Para el significado de los términos *mercatores* y *negotatores* en los autores latinos, Timpe (1985).

<sup>119</sup> Livio, *Per.*, 57; Valerio Máximo, II, 7, 1; Polieno, VIII, 16, 2, 4); Floro, I, 34, 8); Pseudo Frontino, IV, 1, 1; Plutarco, *apophth. regum*..., XVI; y Lucilo, 398 B.

Ni siquiera está claro que los mercaderes (ἡμποροι) citados por Apiano fueran indígenas. La opinión tradicional los hace itálicos (García y Bellido, 1966b: 498), pues grupos de esta procedencia solían acompañar a las tropas romanas de conquista como servicios de abastecimiento<sup>120</sup>. Por ejemplo Plutarco (*T.S. Grac.*, 5) menciona la presencia de mercaderes, alcahuetes, cantineros, buhoneros, magos, homosexuales y prostitutas en el ejército romano, cuando Tiberio Graco firma una paz con los numantinos en 137 a.C. (Sobre el abastecimiento al ejército romano durante la conquista García y Bellido, 1966b: 497-500; y sobre todo Muñiz, 1978).

La arqueología no es de gran ayuda a la hora de seguir el rastro de los *comerciantes*. Algunos autores han propuesto identificar la figura de artesanos y mercaderes a partir de ciertos objetos, elementos de ajuar funerario principalmente. Así, singularizan un tipo de enterramiento que es al tiempo una categoría profesional y un grupo social dentro de los modelos sobre jerarquización de la sociedad meseteña en la Segunda Edad del Hierro<sup>121</sup>. A nuestro juicio esta tendencia es bastante arriesgada pues es muy difícil precisar la actividad laboral de un individuo con base en su depósito funerario, que no deja de ser un campo simbólico; más aun si tenemos en cuenta:

- 1) que las personas que desempeñaron labores artesanales y comerciales probablemente tuvieron una posición social poco relevante
- 2) que en realidad son prácticamente inexistentes los objetos materiales denunciadores sin exclusión de una profesión tan poco *instrumentalizada* como es la del comerciante (a diferencia de la del guerrero, la del herrero o la del agricultor, por poner unos ejemplos)

<sup>120</sup> Sin embargo también sabemos que a veces eran gentes indígenas quienes se dispersaban por las regiones en busca de víveres para vender a las tropas romanas (Livio, XXXVIII, 22, 3). Analizando el papel de la mujer hispana en tiempos de la conquista, C. Martínez López (1986: 395) cree que las prostitutas citadas cuando Escipión llega a Numancia eran indígenas; no está claro que el resto de integrantes de tan heterogéneo grupo también lo fueran. Por otra parte en las fuentes que registran este episodio (sobre todo en los autores griegos) parece subyacer todavía la imagen peyorativa de los mercaderes y el rechazo de su actividad como profesión digna (*vid nota 98*).

<sup>121</sup> Es el caso de F. J. González-Tablas (1985), quien en el estudio social que realiza sobre la necrópolis de Las Cogotas asigna categorías profesionales según su ajuar a cada uno de los grupos sociales diferenciados. Así, en el grupo intermedio, formado por aquellos enterramientos con ajuar no armamentístico, deja un lugar para “comerciantes no altamente especializados” a los que les corresponderían “algunas sepulturas con ajuar vario entre las que destacan tres con ajuar de vidrio, cinco con ajuar de hueso y otras dos con ajuar cerámico decorado con pintura de indudable procedencia exterior” (González-Tablas, 1985: 46). El argumento nos parece discutible, incluso simplista (*vid infra*, y la nota 99 del capítulo dedicado al pueblo vetón, donde recogemos una serie de críticas y dudas relativas al análisis sociológico de las necrópolis). Juzgamos más moderada la opinión de R. Martín Valls. Este autor también determina actividades a partir de los ajuares funerarios (guerreros representados por las armas, artesanos representados por punzones...), pero confiesa que el criterio es a veces muy dudoso (por ejemplo en el caso del punzón como instrumento certificatorio de la tumba de un artesano) y tocante a los comerciantes, los incluye en la misma categoría social que los artesanos pero anticipa que su situación no puede valorarse arqueológicamente, al menos su reconocimiento es inexistente en las tumbas (Martín Valls, 1985: 123; *id.*, 1986-87: 78).



y 3) que nada garantiza que estos individuos desarrollaran una única actividad, ya que pudieron trabajar temporalmente como artesanos, ganaderos, comerciantes, agricultores o guerreros.

En nuestra opinión, la clave para intentar definir al *comerciante* es integrar su figura en el esquema socio-político y cultural de los grupos que estamos estudiando; siendo aquí muy operativa la arqueología (hábitats y necrópolis) si la tomamos como medidor en el sentido más amplio. Por ello y al hilo de todo lo visto hasta ahora, se nos antoja que en las comunidades vacceas el *comerciante* es una figura profesional consolidada. Probablemente se trate de un trabajador a tiempo total, si bien no hay que descartar que los campesinos que cultivan sus campos y logran un excedente sean los mismos que venden esa mercancía en los mercados locales o regionales, por ejemplo; entendiendo que se trate de libres propietarios aunque trabajen colectivamente las parcelas (Diodoro, V, 34, 3). El carácter mixto y superior de la economía vaccea, el impulso urbano, la existencia de áreas de especialización laboral y estructuras de almacén en los hábitats, la intensa relación comercial y cultural de los vacceos con el mundo arévaco o con grupos autrigones y turmogos, las facilidades para la comunicación terrestre y fluvial en su territorio, entre otras razones, nos conducen a pensar que el comercio fue una actividad establecida y de gran importancia para el desarrollo de la cuenca central del Duero. Todavía no está a nuestro alcance asegurar si tal actividad fue de iniciativa particular o estuvo enteramente en manos de los grupos de poder. Pero quizá la primera posibilidad pueda empezar a plantearse para algunas comunidades vacceas; esto es, la existencia de comerciantes libres y profesionales, sin duda bajo algún tipo de supervisión por parte de los órganos políticos vacceos caso del consejo de ancianos o de la asamblea de hombres libres.

El *movimiento comercial* vetón responde a otras características tal como hemos estado indicando. Adquiere el sentido de ser la vía de enriquecimiento señalado de unos pocos, los cabecillas de las respectivas comunidades vetonas, fuertemente jerarquizadas. Ellos son los que tienen acceso diferencial al control de los recursos críticos, los que hacen de los bienes de prestigio dimanados del comercio un refuerzo de su estatus, y los que convierten a las armas en símbolo de su poder y de su identidad como grupo. Por ello, más que la de verdaderos comerciantes, en la sociedad vetona parece primar la figura de ganaderos, mineros, campesinos y artesanos más o menos dependientes de aquellos jefes a los que

abastecían de los productos que iban a ofrecer en intercambio. La política de intercambios, sobre todo a nivel interregional con otras entidades culturales o étnicas, está dirigida plenamente por la élite vetona, su beneficiaria, tal como demuestra la distribución desigual de riquezas e importaciones en las sepulturas más notables. A nivel práctico, no obstante, la producción económica descansa sobre una masa extensa de trabajadores más o menos igualitaria en su pobreza general, siendo alguno de estos individuos los que llevan a cabo las transacciones comerciales, los que viajan a mercados importantes o los que conducen rebaños particulares en recorridos de larga distancia..., pero creemos que lo harían en representación o al servicio de los grupos más poderosos. En líneas teóricas y generales, éste pudo ser el *funcionamiento comercial* característico del mundo vetón, un espacio con una jerarquización tan marcada que el testimonio clásico nos lleva a definir como una sociedad propia de *caudillos, bandoleros, familias y dependientes* (vid I-1.5.B). En ella el *comerciante* poco parece decir en cuanto figura autónoma. El perfil humano de esta actividad, en la manera que ha sido explicada, es el mismo que el de otras *profesiones* complementarias. Por eso en la categoría amplia e indeterminada del *comerciante* hay que englobar a personajes que también interesan como agentes de interacción: pastores, guías, intérpretes<sup>122</sup>, heraldos<sup>123</sup>..., además de buhoneros aislados que por rutas más o menos establecidas abastecen a poblados remotos de determinados productos.

---

<sup>122</sup> Recuérdese lo comentado a propósito del importante papel que juegan los pastores como guías e intermediarios en el contacto de las gentes meseteñas con agentes exteriores, por ejemplo a la hora de informar o guiar a Aníbal en su campaña hasta el Duero; y en relación a este último, el servicio que le prestan los intérpretes que lleva en su séquito.

<sup>123</sup> La figura de los heraldos tiene mayor presencia en las fuentes de conquista, con un sentido diferenciado. En lugares como Celtiberia parecen ostentar un carácter político en algunos casos y simbólico-religioso en otros. La escena más conocida es la del mensajero (*proxenoio*) de Nertobriga que en representación de su comunidad comparece ante Claudio Marcelo en el 152 a.C. solicitando el perdón. El heraldo iba revestido con una piel de lobo en lugar del caduceo (Apiano, *Iber.*, 48). El hecho ha llamado la atención de la investigación. Entre las últimas opiniones, Muñiz (1995: 34) destaca el aspecto exterior del heraldo (iconografía del mensaje: el lobo como atributo guerrero emparentable con Marte) y supone que los romanos interpretaron el mensaje como anuncio de guerra, en lugar de serlo de paz. Después de un detenido análisis del texto, de la connotación del lobo y de la búsqueda de paralelos celtas, Sopena (1995: 109-119) llega a la conclusión de que el heraldo ataviado con piel lobuna actúa con una expresión desafiante y de orgullo hacia Roma, una actitud característica de la idiosincrasia céltica (virtud del riesgo y del desafío).

## MEDIOS DE TRANSPORTE

El transporte terrestre estaba protagonizado por vehículos de tracción animal. En distancias largas se emplearon fundamentalmente carros y carretas tirados por yuntas de bueyes o caballos, además de recuas de animales de carga. En recorridos menos dilatados, entre *oppida* cercanos o entre núcleos de población y territorios de explotación próximos, el acarreo de productos y mercancías pudo realizarlo el hombre aisladamente, con un solo caballo o sirviéndose de vehículos de transporte más rudimentarios (plataformas sin ruedas, narrias, rastras o trineos). No hay que subestimar la importancia del transporte fluvial, y la funcionalidad de balsas, barcas, pasarelas y plataformas construidas con madera y pieles, para transportar personas y mercancías a veces de gran volumen a través de ríos navegables; y para salvar los vados de cursos principales cruzando ese tipo de cargas y embarcándose también rebaños enteros (*vide* III-4.2).

Una vez más, el registro informativo sobre los medios de transporte utilizados en aquel tiempo es muy somero. En lo que afecta a las fuentes clásicas, ya nos hemos referido en repetidas ocasiones a la importancia que tiene el caballo en distintos aspectos de la vida de la II Edad del Hierro y a los testimonios que alumbran su imagen para el caso de vetones y vacceos, por lo cual no vamos a insistir más en ello (Sánchez Moreno, 1995-96). Se desconoce hasta qué punto el asno y sus híbridos (burdégano: cruce de asno y yegua; mulo: cruce de caballo y burra) eran utilizados en estos siglos como animales de carga junto a caballos y bóvidos, habida cuenta que no hacía muchos siglos que había sido introducido por acción de los comerciantes fenicios (II-2.2.D *Especies ganaderas importadas: asno y gallina*). Sin embargo parece que su extensión fue rápida. De contemplarse inicialmente como animal exótico pasó a utilizarse en un sentido práctico como bestia de carga, transporte y tiro, gracias al carácter dócil, sobrio y resistente de la familia asnal. Así se entiende que la cría de burdéganos en Celtiberia alcanzara gran notoriedad, pagándose alto precio por las mulas (Plinio, N.H., VIII, 170-171)<sup>124</sup>.

La existencia de carros entre los vacceos la tenemos comprobada en la varias veces comentada cita de Frontino (*Strateg.*, XIV, 7, 33). Un grupo de vacceos viajando en carros en dirección a Celtiberia es interceptado por Graco hacia el 179 a.C. Al parecer eran

---

<sup>124</sup> Schulten (1961: 499-501) recoge todas las fuentes sobre esta animal en la Hispania antigua; de sus comentarios se desprende que el asno es uno de los elementos característicos de la etnografía del solar hispano.

varios carros, pues forman un círculo grande para evitar ser apresados por los romanos, y de considerable tamaño, ya que en su interior viajaban además de supuestas mercancías - hemos indicado que vemos probable que se trate de una caravana comercial-, varios hombres y también mujeres, si tenemos en cuenta que los ocupantes de las carretas se visten con trajes femeninos para disuadir a las tropas. Otro reflejo se encuentra en algunas tradiciones que se ocupan de la muerte de Amílcar (229-228 a.C.), acaecida en lucha contra indígenas íberos. Frontino (II, 4, 17) y Apiano (*Iber.*, 5) señalan que éstos desarrollan una estratagema particular de ataque: atan bueyes a carros llenos de sebo, teas, madera y azufre; prenden fuego a la carga, y seguidamente azuzan a los animales contra el enemigo púnico. Aunque el episodio parece desarrollarse en Turdetania, Oretania o en tierras levantinas, el hecho de que algunas fuentes (Nepote, *Hamílcar*, 4, 2) especifican que los indígenas en lucha contra Amílcar eran vetones, permite tomar a esta historieta como ejemplo indirecto para reconocer la utilización que grupos meseteños hacían de carros tirados por yuntas de bueyes. No ya entre vetones o vacceos, pero sí en la Celtiberia los carros y los animales de carga aparece aludidos nuevamente. Por ejemplo, cuando Escipión Emiliano corrige la actitud de sus viciados soldados en las puertas de Numancia imponiendo disciplina y expulsando a los parásitos que merodean el campamento, ordena asimismo que se vendan los carros, los objetos superfluos y de lujo y las bestias de carga, y prohíbe a sus soldados que vayan montados sobre mulas en las marchas (Apiano, *Iber.*, 85; Livio, *Per.*, 57). A propósito de esa misma campaña de Escipión en el 134 a.C., se mencionan como elementos típicos de una expedición de forraje las bestias, los carros y los fardos (Apiano, *Iber.*, 87).

La arqueología ofrece dos tipos de testimonios sobre los carros: hallazgo de restos, generalmente ruedas, y representaciones plásticas de vehículos<sup>125</sup>. En los yacimientos

<sup>125</sup> Sobre el carro en la Península Ibérica, véase el trabajo pionero de Cuadrado (1955), la contribución de López Cuevillas (1955) y, sobre todo, la síntesis de Fernández Miranda/Olmos (1986), donde quedan recogidos todos los hallazgos y la bibliografía anterior.

E. Cuadrado (1955) lleva a cabo un estado de la cuestión sobre las ruedas y carros antiguos a raíz del hallazgo de un bloque de arenisca donde se representa un carrito tirado por yunta probablemente caballar; la piedra formaba parte del empedrado de cubierta de la sepultura 107 de El Cigarralejo, fechable en el s.IV a.C. Los restos principales de rueda de carro ibérico son los de Toya (Jaén), Galera (Granada), El Mirador de Rolando (Granada), Baza (Granada), El Cabecico del Tesoro (Murcia), Alcácer do Sal (Portugal), La Bastida de Les Alcuses (Valencia), El Collado de los Jardines (Jaén), en contexto funerario excepto los dos últimos y que responden a ruedas radiadas, y los de Sant Miquel de Sorba (Barcelona), Montjuic (Barcelona), Casares de la Cañada de los Ojos (Teruel) y El Amarejo (Albacete), procedentes de hábitats (estos últimos con rueda maciza, excepto el ejemplar turolense que es de transición entre la radial y la maciza). Propias de un contexto principesco son las conocidas piezas orientalizantes asociadas a carros de Mengíbar (Jaén), Cancho Roano (Badajoz) y sobre todo las de la necrópolis tartésica de La Joya (Huelva) (Fernández Miranda/Olmos, 1986: 49-96). También existen representaciones de carros en moldes (Numancia), *pondera* (Azaila, Teruel), frisos (Almodóvar del Río, Córdoba), cajas funerarias (Torredonjimeno, Jaén y Lobón, Badajoz), dados-

vacceos y vetones no se han descubierto hasta el día de hoy pieza alguna de carro o ruedas de este tiempo. Los hallazgos geográficamente más cercanos corresponden a Numancia y parecen ser de un tiempo algo tardío, datables en época romana, aunque siguen prototipos indígenas. Proceden de las excavaciones practicadas por Taracena en la segunda década de nuestro siglo; en distintas áreas habitacionales aparecieron un buen número de abrazaderas, completas o fragmentadas, radios de rueda, algunas belas de distintos tamaños, bocines, placas y también numerosas arandelas, cuyo uso en relación con el rodamiento del eje marca un avance técnico con respecto al carro ibérico tradicional y es indicio de la modernidad de estas piezas numantinas. Debido a la concentración de un buen número de estos elementos de carro en una sola dependencia se piensa que tal vez se trate de un área de fabricación o almacén de carruajes, pero los datos de la excavación son insuficientes para asegurarlo. Tampoco está clara la tipología de los carros a los que pertenecen estos hallazgos; probablemente estén cercanos al modelo de carro doméstico ibérico, conocido por las ruedas de Montjuic y El Amarejo, con ligeras variantes: vehículo lento apto para el transporte cotidiano de cargamentos pesados, construido con ruedas posiblemente macizas de madera que hacen uso del metal para reforzar la estructura leñosa de las cambas o ceñir mediante llantas metálicas la pina (Fernández Miranda/Olmos, 1986: 79, 150).

En cuanto a las representaciones plásticas los datos no son mucho más numerosos. F. Wattenberg apunta el hallazgo superficial en Soto de Medinilla de una rueda en arcilla de pequeñas dimensiones a la que considera réplica en juguete de una rueda original de carro; presenta un punteado que simula el claveteado del cubo exterior de la rueda, un círculo central -eje- y seis más a su alrededor <figura 149 A> (Wattenberg, 1965: 10, fig.4). Nosotros planteamos cierta reserva a la hora de asumir plenamente su identificación como rueda, por el carácter aislado de la pieza y su indefinición morfológica y decorativa. Los

---

amuletos (Cancho Roano), marfiles (Carmona, Sevilla); además de los conocidos carros votivos hallados en las provincias de Jaén y Badajoz (Fernández Miranda/Olmos, 1986: 97-125). La mayoría de estos datos han de ponerse en relación con un mundo funerario fuertemente afectado de elementos mediterráneos, en el cual el carro es un símbolo de distinción social no exento de carga ritual: "refleja no sólo el *floruit* comercial, sino la jerarquización social de los iberos así como la permeabilidad de esa élite hacia ideas y concepciones más o menos foráneas, como es el probable matiz mediterráneo de la heroificación" (Fernández Miranda/Olmos, 1986: 165).

Sobre el valor en el mundo mediterráneo del carro como elemento guerrero en primer término y como vehículo procesional-funerario después, véase la reciente introducción de Quesada (1997b). Los sistemas de transporte constituye un campo de estudio muy desarrollado en la Protohistoria europea gracias a los trabajos de S. Piggott (1983: 193-238; para el mundo celta en el ocaso del Ier milenio a.C.; *id.*, 1992, como síntesis más actualizada). Una introducción general al transporte y navegación en la Europa celta en McGrail (1995). Para el transporte y los viajes terrestres en el mundo clásico, Chevallier (1988: 33-83) y Meijer/Van Nijf (1992: 136-140).

paralelos más cercanos de figuras de carros son los conocidos carros votivos orientalizantes del Suroeste, ejemplares de Mérida y Alcorchón (plataformas con cuatro ruedas radiadas sobre las que se desarrolla una escena venatoria), que corresponden a un tiempo anterior y participan de un significado distinto al que aquí estudiamos (Blázquez, 1955; Fernández Miranda/Olmos, 1986: 122-124).

Gráficamente hay representaciones de carros en esta zona occidental desde la Edad del Bronce. Es el caso de los característicos grabados rupestres que en algunas zonas como en Vegas de Coria (Cáceres) recogen imágenes repetidas de narrias, carros y ruedas de radios múltiples y de rejas con dos o tres tramos transversales (Sevillano San José, 1976), muy similares a las célebres pinturas rupestres de Peñalsordo (Badajoz) (Fernández Miranda/Olmos, 1986: 104-107). Algo posteriores (tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro) son los carros representados en las conocidas estelas de guerrero del Suroeste que salpican el territorio de la antigua *Vettonia* <figura 134>, de los que existe copiosa bibliografía y que, en cualquier caso, están en consonancia con una clase de carro aristocrático, integrado en un contexto guerrero-funerario (Celestino, 1985; Fernández Miranda/Olmos, 1986: 97-103). Más cercano en el tiempo y no muy alejado del territorio vetón, pues se trata de un hallazgo carpetano, es el relieve en adobe de Illescas (Toledo) con representación moldeada de dos carros unipersonales tirados por caballos y dirigidos por aurigas; las ruedas, dos por carro, son de seis radios. Forma parte de la decoración mural de una estancia de este poblado, datable a mediados del s.IV a.C, que se ha propuesto identificar como lugar de culto; en este sentido el carro del relieve parece formar parte una vez más de una escena de naturaleza ritual-religiosa, pues aparece integrado en una procesión en la que también figuran un grifo alado y algún personaje a pie (Balmaseda/Valiente, 1981; Fernández Miranda/Olmos, 1986: 110-112. Sin embargo no deja de ser un testimonio visual del carro prerromano meseteño, muy semejante al que predomina en el ámbito cultural ibérico.

De toda esta información se desprende que el carro ordinario o de transporte utilizado por los habitantes del interior peninsular se construyó enteramente de madera, con algunos refuerzos metálicos en el sistema de ejes y ruedas, y debió tener caja cuadrangular y tal vez apuntada, dos ruedas (pues el uso de cuatro ruedas y dos ejes hace muy difícil dominar el giro de los vehículos), y tiro de yuntas de bueyes, caballos o mulos.

En definitiva un modelo probablemente no muy alejado al de los carros y carretas tradicionales que aun están presentes en algunas comarcas rurales<sup>126</sup>.

La velocidad del comercio depende de la carga transportada por estos carros, de la orografía del terreno por el que se viaja y de la calidad de las rutas protohistóricas, de cuya estructura nada se sabe. Los contenedores más utilizados debieron ser barriles de madera, muy adecuados para bebidas como el vino o la cerveza, odres realizados con pieles y tripas animales (cabra, cerdo, vaca) igualmente útiles para los líquidos, y, entre los objetos conservables, envases cerámicos empleados no sólo para almacenar sino también para transportar granos, harinas, frutos recolectados, alimentos en salazón, miel, perfumes, tintes y polvos, etc. En algunos yacimientos como El Raso se muestra una amplia tipología de estos recipientes (Fernández Gómez, 1986: 460-464, 865, fig. 468): tinajas, orzas, lebrillos, toneles, ollas, cuencos, además del barrilete de tipología ibérica igualmente documentado en Villasviejas del Tamuja, lugar en el que la actividad comercial tuvo cierta importancia según denotan los hallazgos de ánforas indígenas de tradición ibérica y púnica <figura 43>.

Se han realizado cálculos sobre distancia-tiempo que podemos adaptar para el transporte en la antigua Iberia. Bajo una perspectiva general europea, S. Bökönyi (1980) otorga gran trascendencia al caballo como instrumento económico y de transporte. Según este investigador la primera utilización del équido fue como animal de tiro -siendo éste el proceso inicial en su domesticación- y no como animal de monta, resultando mucho más rentable en el transporte y en el comercio que los bueyes, empleados con más claridad en

<sup>126</sup> Es de gran interés el reciente libro de Alonso Ponga (1994) dedicado al carro agrícola en la cultura tradicional castellano-leonesa. Sorprende la semejanza de las variantes que se describen con los testimonios iconográficos y los restos de rueda conservados de tiempos protohistóricos. En primer lugar la narria (con distintas modalidades: rameto, forcado...), que es un carretón de madera sin ruedas para el arrastre de la hierba y otros productos agrícolas o no agrícolas (madera, ajuares domésticos, abono para el ganado, alimentos varios) por terreno accidentado; suelen tener forma de escalera, con distintos travesaños o rejas, y se unen al yugo por un tiradero o timón <figura 149 B>. Para J.L. Alonso la narria no fue forzosamente el antecedente del carro con ruedas, sino que pudo ser un vehículo de transporte alternativo y complementario. Otro vehículo sin ruedas, para el arrastre de piedras, es la corza o rastra: un simple madero grueso en forma de horquilla con uno o dos travesaños y con un agujero en el ángulo donde enganchan una gruesa cadena de eslabones de hierro para el arrastre de la carga <figura 150> (Alonso Ponga, 1994: 22, 31). Dentro de los transportes rodados, existen tres tipos principales: 1) Carro chillón <figura 150>. Es el más tradicional y con más pervivencia de los de Castilla y León. Se caracteriza por tener ruedas macizas de madera, y en la modalidad más sencilla un eje o rodal fijo a las ruedas, y la mesa o cama cuadrangular y apuntada, a la que se pueden adaptar armaduras y cañizos en los laterales para proteger el transporte (Alonso Ponga, 1994: 57-90). 2) Carretón. Vehículo alargado y de aspecto tosco, usado para labores agrícolas más pesadas, muy típico de la provincia de Ávila. 3) Carreta <figura 150>. Carro bajo y alargado de dos ruedas de radios y llanta de madera, con lanza que se une al yugo y cerrado por los lados. Hay variedad de carretas según la forma de la pértiga y de la caja. Al igual que al carro chillón, la carreta tiene una serie de implementos que ayudan a mejorar el transporte de las mercancías, por ejemplo puertas laterales, tableros auxiliares, armaduras, toldos de madera, piel o telas (Alonso Ponga, 1994: 127-128).

trabajos agrícolas que no precisan tanto la velocidad. En efecto, la velocidad del caballo es casi el doble que la del buey, tanto con carga como sin ella, y la distancia diaria recorrida tres veces mayor. En concreto los cálculos de Bököny (1980: 119-120, tabla 2) son los siguientes: el buey con carga viaja a 1,8-2,5 km/hora, sin carga a 2,5-3,2 km/hora, y la distancia diaria recorrida es de 20/25 km. El caballo con carga va a 3,2-4.3 km/hora, sin ella a 4-6 km/hora (paso normal), 10-14 km/hora (trote), y 20-29 km/hora (galope), siendo 50-60 km la distancia habitual que recorre en una jornada<sup>127</sup>; esto es, el trayecto comprendido aproximadamente entre Soto de Medinilla y Medina del Campo, Soto de Medinilla y Cuéllar, Zamora y Ledesma, Soto de Medinilla y *Pintia*, Soto de Medinilla y Palencia, *Pallantia* y *Rauda*, El Raso y *Caesarobriga*, Postoloboso y *Augustobriga*, Villasviejas del Tamuja y La Coraja o La Coraja y *Augustobriga*. No obstante, hay que tener en cuenta que aunque los bueyes fueran más lentos que el caballo, son mucho más convenientes por su mayor resistencia para el transporte de cargas pesadas, por ejemplo troncos de madera, bloques de granito y otros materiales de construcción, mercancías también protagonistas de una circulación comercial más específica.

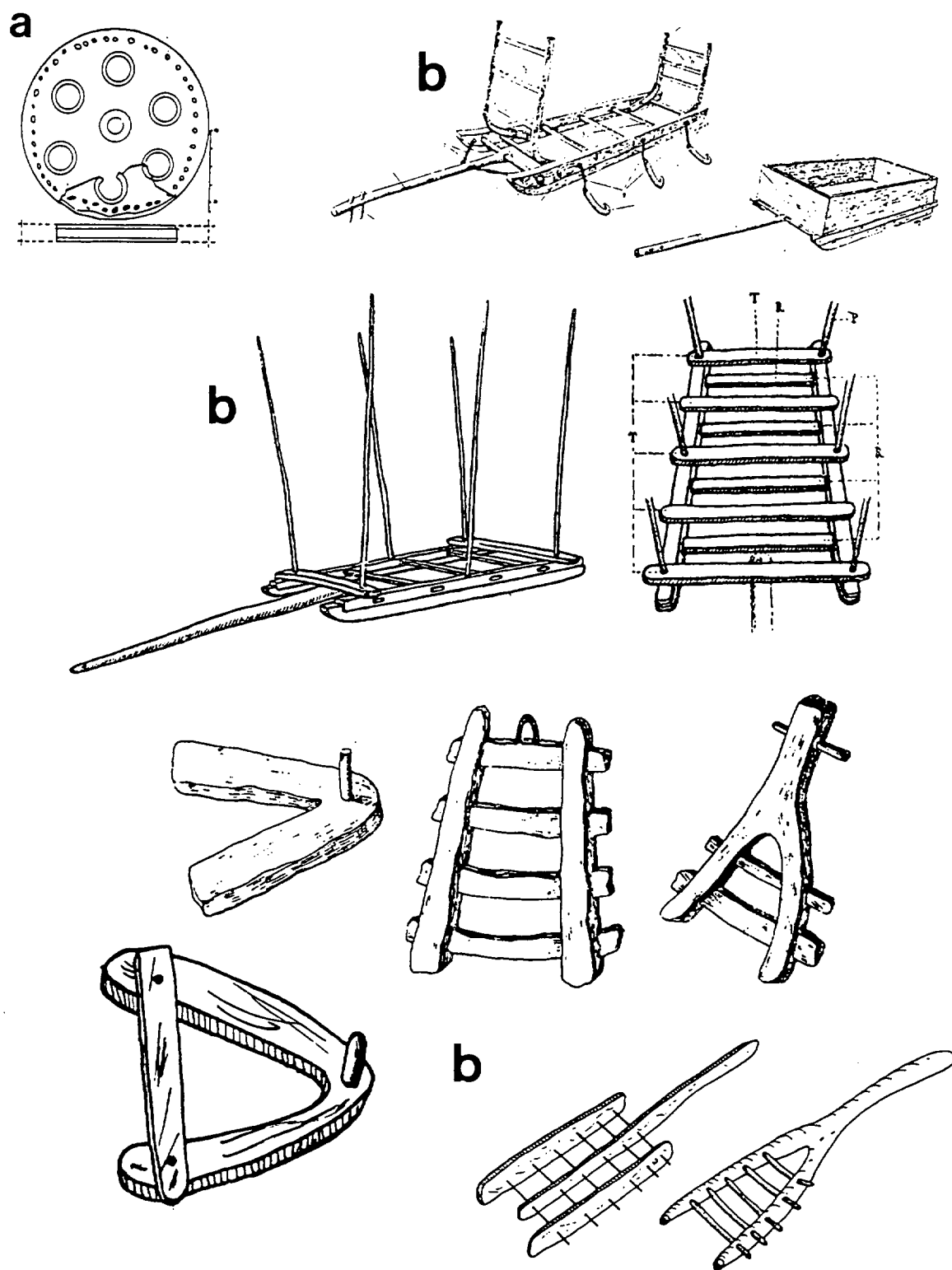
Respecto a los carros, se ha dicho para la Hispania central que podrían recorrer como mucho 25 millas al día (37 kms.), tirados por bueyes (Curchin, 1991: 177); la distancia que separa *grosso modo* Cuéllar de *Cauca* o ésta de Medina del Campo, por ejemplo. De forma parecida, se establece que el recorrido de una jornada trashumante ganadera oscila entre 30-50 km., aunque otros autores lo rebajan a 18-25 km. (Sierra/San Miguel, 1995: 392, 396 nota 32). En intervalo menor, un recorrido de 1,5 km. sería completado por un rebaño de animales en 30 ó 35 minutos como mucho (Ruiz-Gálvez, 1985-86: 83, a partir de los datos tomados de G. Barker; Álvarez Sanchís, 1990: 226), con lo cual en una hora una manada de vacas o una recua de bestias con fardo cubrían sin problemas la distancia entre El Viso de Bamba y el Alba en Villalazán (Zamora), entre Soto de Medinilla y el Pago de Gorrita (Valladolid) o entre Pajares y el Cerro Castrejón en

<sup>127</sup> Un reflejo del movimiento de caballos en largas distancias, en concreto desde la meseta hasta puntos litorales, y por tanto un indicio indirecto de contacto interior-costa, se encuentra camuflado casi como ornamento narrativo en el anecdótico pasaje de Estrabón (III, 4, 15): "Particularidad de Iberia ha dicho Posidonio que es el que las cornejas no sean negras y que los caballos de los celtíberos, que son moteados, cambien de color cuando se trasladan a la Iberia exterior. Dice que se parecen a los caballos partos, pues son veloces y mejores corredores que los demás" (traducción Meana/Piñero, 1992: 107).

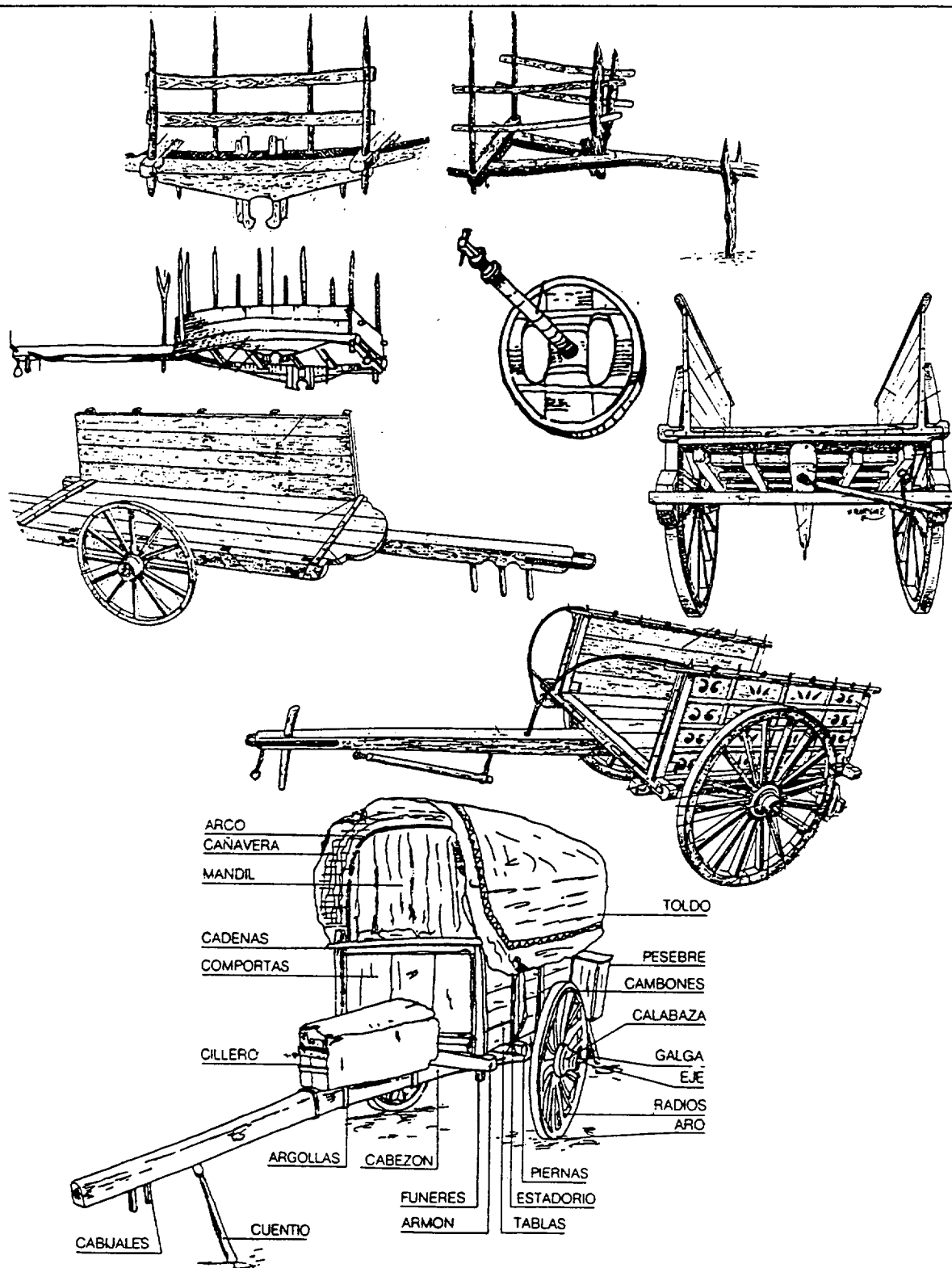


Villanueva de la Vera (Cáceres). En lo concerniente al peso transportable, se piensa que las mulas podían cargar hasta 300 libras (98, 23 kgs.)<sup>128</sup> (Curchin, 1991: 177).

<sup>128</sup> A título comparativo diremos que en tiempos tardorromanos las disposiciones imperiales limitaban la carga de los vehículos. Por ejemplo, un edicto de Constantino del año 357 fija el peso máximo del cargamento de una carreta de cuatro ruedas en 1.000 libras (327 kg.), si es de dos ruedas en 200 libras (65,4 kg.), y el de un caballo de posta en 30 libras (6,54 kg.). Años más tarde, otra disposición de Valentiniano en el año 368, insiste en un máximo de 1.000 libras para un carro ordinario y de 1.500 libras (490,5 kg.) para una carreta de la posta. En 385 otra disposición vuelve a fijar en 1.000 libras la carga máxima para una carreta de posta, y en 600 (196,7 kg.) para un carro ordinario, precisándose ahora que en las alforjas de los caballos de la posta no deben ir más de 35 libras (11,45 kg.). En plena Edad Media hispana, las velocidades de marcha diaria deducidas del código calixtino son de 50 kilómetros andando y de 80 a caballo. De los libros de los geógrafos andalusíes como Al Istajari (*Libro de los caminos y de los reinos*; s.X) o Edrisi (*Geografía*; s.XIII) se extrae que la jornada media se halla en torno a las 25 millas, esto es, 35-45 kilómetros. Para el s. XV se concluye que las jornadas ordinarias eran de unas 8 leguas al día, esto es, unos 50 kilómetros, pero que en algunos casos podían llegar a las 10 ó 12, 60 ó 70 kilómetros, y aún hasta las 16 ó 17, es decir, los 100 kilómetros. Claro es que estas jornadas excepcionales sólo se encuentran alguna vez en los viajes largos, en que por falta de alojamientos intermedios o por extrema urgencia había que forzar la marcha. A finales del s.XV, la velocidad de marcha de las cuadrillas de carretas (*Real Cabaña de Carretería*) era del orden de unas 3 ó 4 leguas al día. La unidad funcional de estas carreterías de bueyes estaba constituida por 30 carretas, 60 bueyes de tiro, 6 hombres de guía además de un mayoral, otros 30 bueyes para las mudas de los tiros -un buey por carreta-, un caballo para el mayoral y alguna otra caballería para los otros servicios de la unidad llamada *cuadrilla*; según establecía la norma de 1499. Estas carretas eran menores que las usadas normalmente para los trabajos agrícolas, y sus ruedas, como las de los carros protohistóricos, seguían siendo de madera (Uriol, 1990: 38, 73-74, 92-93, 101-102).



**FIGURA 149.** Medios de transporte I. A- Rueda de carro de arcilla (Soto de Medinilla) (Wattenberg, 1965: 10, fig.4) B- Tipos tradicionales de narrias (rameta, forcado y rastras) (Alonso Ponga, 1994: 28-30)



**FIGURA 150.** Medios de transporte II. Carros tradicionales de Castilla-León; carro chillón y carretas (Alonso Ponga, 1994: 62-63, 130, 143, 160-161)

## III-4 VÍAS DE COMUNICACIÓN

La comunicación es un factor imprescindible para la interacción. Con las vías de comunicación ocurre lo mismo que con los mecanismos interculturales que acabamos de estudiar: nos queda su efecto, pero prácticamente nada de su trazado cuando el horizonte es protohistórico. La red de caminos del interior peninsular tuvo su despliegue particular: una infraestructura para la comunicación indígena en la medida de lo dispuesto por el espacio natural, el tiempo histórico y las necesidades de los hombres que le dieron vida. Por descontado que no estuvo a la altura de la itineraria romana y, por eso mismo, cuando la Península termina de conquistarse en el alba ya de la nueva era, el alejamiento cultural y geográfico de esas zonas más remotas -la *falta* de comunicación-, es tomado como argumento ideológico en la obra de geógrafos e historiadores augusteos<sup>1</sup>. Sin necesidad de ser fieles al espíritu estraboniano de que comunicación es precepto de civilización, *gratia Imperii Romani*<sup>2</sup>, se ha de conceder a estas vías la importancia que les corresponde, aun a

<sup>1</sup> Una vez más Estrabón es el paradigma, por la claridad de su mensaje y por ser el autor del que conservamos la semblanza más intensa de Iberia. Traemos de nuevo a colación el fragmento que sirve de introducción a nuestro trabajo, a propósito de los pueblos montañoses del interior: "Pero su ferocidad y salvajismo no se debe sólo al andar guerreando, sino también a lo apartado de su situación; pues tanto la travesía por mar como los caminos para llegar hasta ellos son largos, y debido a la dificultad en las comunicaciones han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios. Actualmente padecen en menor medida esto gracias a la paz y la presencia de los romanos, pero los que gozan menos de esta situación son más duros y brutales. Y por otra parte, existiendo como existe en algunos pueblos una miseria derivada de los lugares y montañas donde viven, es natural que se acentúe tan extraño carácter; pero ahora, como dije, han dejado todos de luchar: pues con los que aún persistían en los bandidajes, los cántabros y sus vecinos, terminó el César Augusto, y los coniacos y los que viven junto a las fuentes del Iber, los plentuisos, en vez de saquear a los aliados de los romanos, luchan ahora a favor de éstos. Y Tiberio, sucesor de aquél, apostando un cuerpo de tres legiones en estos lugares por indicación de César Augusto, no sólo los ha pacificado, sino que incluso ha civilizado ya a algunos de ellos" Estrabón, III, 3, 8. La doctrina de Estrabón se percibe perfectamente en otro precioso discurso sobre la Galia transalpina, en concreto al describir la comarca de Tolosa: "Es oportuno, ante todo, encarecer nuevamente lo que ya antes indicamos: la combinación armoniosa de los ríos de esta región con el Mar Exterior y con el Interior. Al reflexionar sobre ello cualquiera puede llegar a la conclusión de que forma parte importante de las ventajas de estos lugares. Me refiero a que permite relacionarse con facilidad a todos con todos en las necesidades cotidianas, y hace comunes los intereses. Esto es especialmente cierto hoy que, abandonadas las armas, se explota la región con esmero y se ha organizado la vida ciudadana. Podríamos incluso creer que este tipo de cosa testimonia la acción de la Providencia, que ha dispuesto los lugares según un plan lógico determinado y no el azar". Estrabón, IV, 1, 14. (Traducción Mena/Piñero, 1992: 87-88 y 165).

Este pasaje es un ejemplo si no inverso sí paliativo del anterior: en el sur de la Galia la vertebración de ríos y costa sujeta un espacio ideal para el desarrollo, la comunicación y la prosperidad, pero la civilización no se hace plena hasta que, cesada la lucha indígena, la romanidad convierte a la región en un mundo urbano y en desarrollo. En la Iberia profunda el aislamiento geográfico depara la agresividad, el primitivismo y la pobreza de sus habitantes: es un territorio que en nada favorece la comunicación pero, aun así, Roma ha conseguido pacificar la zona, incluso civilizarla... En Estrabón la *virtus romana* corona espacios que no logran prender los caminos.

<sup>2</sup> Esta cuestión ha sido muy convenientemente tratada por E. Van der Vliet para la obra general de Estrabón y por D. Plácido para el libro III. A decir de este último las *lecturas* y la finalidad de la *Iberia* de Estrabón reproducen el siguiente recorrido: sobre un primer plano descriptivo e informativo, utilitario, se desarrolla una descripción que centra su interés en la explotación del territorio y en las vías de comunicación que culminan en las que llevan a Roma (Estrabón, III, 4, 9). Más allá, se transmite una imagen que enlaza desde lo utilitario con lo ideológico y pone de relieve la diferencia dentro de la península según las facilidades de acceso a los lugares y a los hombres (desde la región más comunicada y civilizada, la Turdetania de fértiles llanuras, abundantes cursos fluviales y prósperas ciudades; a la más abrupta e inaccesible, el norte montañoso; Estrabón, III, 3, 8). Finalmente, se descubre una imagen diacrónica, que

expensas de que es poco lo que en verdad se puede decir de ellas. En este último capítulo vamos a hacer un recorrido por sendas y direcciones que los pueblos que estudiamos recorrieron para acercarse entre sí y para alcanzar y ser alcanzados por otros ámbitos más distantes. Lejos de presentar un análisis detallado del recorrido de las vías romanas de la región bajo la suposición de que esconden un esqueleto protohistórico, se ofrece un panorama muy general sobre los caminos prerromanos en primer lugar, para pasar a relacionar después las principales vías utilizadas durante la Segunda Edad del Hierro hacia la meseta occidental y en la meseta occidental. Finalmente dedicaremos unas líneas a los cursos fluviales como alternativa complementaria en la comunicación interior.

Los protagonistas, los testimonios y los móviles ya están sobre la mesa; nos queda, para concluir, dibujar los recorridos del puzzle de la interacción.

---

expone la nueva representación que da de sí la península gracias al imperialismo y a la paz, que enlaza, de todos modos, con los planos informativos referentes a los modos de explotación del territorio y de los hombres (Plácido, 1987-88: 250- 256). De la misma manera se manifiesta Van der Vliet (1984: 44): "Cependant, le degré de barbarie d'un certain nombre de tribus correspondait pour lui à la distance qui les séparait des centres de la civilisation. Il désigne ce phénomène par le mot d'*ektopismós*. Ce concept représente surtout l'isolement social et politique, mais cet isolement est le produit des données géographiques. C'est-à-dire que la barbarie des indigènes est aussi la conséquence des conditions naturelles des pays qu'ils habitent". El nivel cultural de un pueblo lo miden las condiciones medio-ambientales, ofreciéndose un abanico de tres escalas: 1) costa mediterránea, la más próspera; 2) región atlántica, de condición media; y 3) el interior del país, inhóspito y contrario para la vida civilizada. En cada una de ellas van a integrarse jerárquicamente una serie de componentes: productos naturales característicos, cursos fluviales, sensibilidad a influencias externas y desarrollo urbano (en categoría decreciente desde las áreas más mediterráneas a las menos); y en sentido inverso: el carácter montañoso, la actitud bandolera, la pobreza económica y la falta de comunicación (Van der Vliet, 1984: 44-47, 57).

## III-4.1 CAMINOS TERRESTRES

### A. EL PUNTO DE PARTIDA: *SENDAS SIN HUELLA*

¿Cuál es el origen de un camino? Siguiendo al antropólogo Hoyos Sainz (1947: 275), la concepción del camino como un hecho natural convertido en artificial por la técnica de una cultura superior aparece en la génesis de lo que más tarde fue cañada, calzada, carretera y línea férrea. Se está más o menos de acuerdo en que las primeras vías son los trayectos naturales dibujados por la fauna<sup>3</sup>. En consecuencia, hoy está bastante asentada la idea de que las rutas pecuarias reproducen las mismas sendas abiertas por los animales en busca de abrevaderos desde épocas ancestrales (Fustier, 1968: 13). Con el tiempo estos trazados, sendas que nacen de la repetición de un tránsito, se llenan de personajes y motivaciones con un peso histórico tradicionalmente mayor (Van Brechem, 1982): cazadores siguiendo la pista de los animales, aventureros, arrieros y comerciantes, ejércitos invasores... etc<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Así lo actualiza A. Cabo (1994: 36-43). Con sus propias palabras: "(...) las rutas iniciales las marcarían muy probablemente las manadas de herbívoros salvajes con sus migraciones estacionales entre los pastizales montañosos de verano y los de suaves temperaturas invernales; que en esas migraciones se inspirarían los ganaderos de la época romana e inmediata anterior y los que continuaron las prácticas trashumantes o volvieron a ellas en el medievo, y que ya quizá por entonces el hombre habría hecho camino de esas cañadas que al paso de los animales labraron con sus desplazamientos estacionales. En principio tales caminos serían sólo de herradura ¿Por qué no, si por ellas pasaban, además de los rebaños laneros y caprinos, las hateras de los pastores e incluso hatos vacunos? Después sirvieron para la carretería. Tampoco habría motivo de prohibirlo, dados los antecedentes: ¿no coincidían en muchos parajes la cañada de la Vizana y la calzada romana de la Plata?" (Cabo, 1994: 44). Vid. en este sentido Garzón (1993) y, más moderadamente, García Martín (1991b).

<sup>4</sup> En nuestra geografía particular, F. Wattenberg prestó gran atención a estos aspectos. Su pensamiento sobre el nacimiento y la evolución de las vías de comunicación queda sintetizado en esta excelente disgresión: "Los primeros caminos se abren por aventureros, por hombres que poseen espíritu de lucha, comerciantes, guerreros o pastores. Las fuentes que nos hablan de la trashumancia, de los mercados y de las rutas militares, son las que nos han de señalar estas vías antiguas. Las cañadas de ganado utilizadas en casos sobre otras vías de trashumancia; caminos comerciales de laneros, botijeros, mineros, carboneros y mercaderes, caminos de conquista, espiritual o militar, como los de la fe, con sus múltiples toponímicos, o reales, de tránsito más importantes, en fin, de todos ellos, que esconden en sus orígenes a veces el paso de aquellos que prestaron en la época romana un servicio y que, en sus recorridos, van uniendo villas, torres, vicos y desaparecidas ciudades". Respecto a la *humanización* de las vías naturales de comunicación: "Y es que factores de tipo humano constituyen las causas determinantes del establecimiento de los caminos en la adaptación al medio natural. En este aspecto y sobre la naturaleza, los caminos se establecen sobre la orografía; junto a los cursos de agua, donde se aprovechan los vados que señalan también pasos y caminos estacionales, en la oscilación del nivel de las aguas, barcas, y, por último, se construirán puentes donde confluyen diversas rutas y que suponen vías abiertas a través de las fronteras naturales. En los caminos primeros también se forman cruces en las vaguadas o junto a las fuentes. Por los cauces de los ríos o arroyos secos en el estío, se establecen caminos y por rutas más amplias en las estaciones de lluvias. Durante las épocas en que no se construyen puentes, se utilizan los vados con mucha frecuencia, los cuales perdurarán en época romana, como los establecimientos de paso por medio de barcas cuando las vías no son muy importantes o las comunicaciones no dependan de centros grandes que sufraguen los gastos de construcción" (Wattenberg, 1959: 82-83).

Si existen dificultades a la hora de precisar los recorridos de las calzadas romanas, resulta prácticamente imposible singularizar los que estuvieron activos en tiempos pre y protohistóricos. Ante la ausencia de restos estructurales, las pistas de aproximación al estudio de las vías de comunicación protohistóricas son:

- a) Las escasas noticias sobre caminos contenidas en las fuentes literarias.
- b) Las vías pecuarias naturales, si en verdad son surcos labrados en tiempos remotos tal como se supone.
- c) Las cuencas fluviales de las que hablaremos más adelante.
- d) Los puntos obligados de paso en el salto de montañas (puertos) y en el cruce de ríos (vados), que podemos denominar puntos nodales de la red de comunicación.
- e) La viabilidad caminera de una región (entendida como las posibilidades en el trazado de caminos que la caracterización geográfica de un territorio ofrece).
- f) Los hallazgos arqueológicos alrededor de rutas escondidas, jalones de antiguos movimientos camineros.
- g) El trazado viario romano, al que se acude con la presumible pero casi siempre hipotética esperanza de encontrar el bosquejo de rutas utilizadas con anterioridad (no en vano es sabido que la ingeniería romana se adapta no pocas veces a antiguas rutas naturales, aprovechando los territorios más accesibles y mejor comunicados). Y a más distancia, la observación de caminos islámicos y de rutas de viajes medievales y modernas.
- h) En otro nivel, la lógica de la comunicación entre asentamientos, pues hasta el más minúsculo de los hábitas o yacimientos tuvo un camino de acceso.

En cualquier caso se viene diciendo desde años atrás, a veces poco reflexivamente, que las vías prerromanas representan la base sobre la que se ordenó el sistema de comunicaciones romano y medieval de la Península Ibérica<sup>5</sup>.

Para la zona que estudiamos no existen restos de calzadas anterromanas. En otros escenarios europeos coetáneos se sabe por la arqueología o por datos literarios de algunos caminos señalizados con plataformas de madera, ensanchamientos artificiales bien visibles o incluso con sencillos pavimentos pétreos, a veces carriles labrados en superficies rocosas,

---

<sup>5</sup> Sobre los caminos antiguos de la Península Ibérica, véanse los estudios pioneros y generales de Hoyos Sainz (1947), con un enfoque etnogeográfico y primando el factor comercial como origen de las primeras sendas; Menéndez Pidal (1951: esp. 15-23 para tiempos prerromanos), con un seguimiento más histórico; Caamaño (1979), donde se enfatiza la idea de que los romanos aprovechan rutas anteriores; y la síntesis más reciente de Uriol (1990: esp. 7-13 y 15-41 para Iberia prerromana y romana, respectivamente), que se puede considerar una actualización de la obra de G. Menéndez Pidal.

otras veces mojones exteriores limitadores de una pista. Si existieron en la meseta occidental, nada de ello se nos ha conservado. Pues, a pesar de que según San Isidoro (*Etimologías*, XV, 16.6) los primeros que empedraron los caminos fueron los cartagineses, hasta época romana no se reconocen estructuras viarias complejas. Algunos autores suponen que en zonas del interior, especialmente en el sector noroccidental, los itinerarios primitivos se marcaban con característicos amontonamientos de piedras (*amilladoiros*), situados a la orilla de los caminos o en las encrucijadas. Piensan que estos montículos de piedras responden a una costumbre indígena equiparable con lo que en tiempos romanos se dio en llamar Montes de Mercurio (S. Martín de Braga, *De correctione rusticorum*, VII, 7 y XIX). Muchos de estos *amilladorios* persistieron durante los inicios del cristianismo en suelo hispano, debido a la tendencia de la iglesia de cristianizar lugares paganos colocando sobre ellos cruces o cruceros, caso de la famosa Cruz de Ferro en Foncebadón (León), importante hito del Camino de Santiago (Caamaño, 1979: 284-285; al que siguen Rabanal/García, 1996: 278).

Tan futil como este dato es la información transmitida por los textos. Las vías son elementos importantes en la obra de los clásicos y aparecen mencionadas con cierta regularidad, pero en absoluto como figuras de valor por si mismas: tan sólo porque son la pista de conducción de los ejércitos de conquista y la embocadura de Roma en el interior hispano. Más aisladamente también son citadas en tanto que sendas recorridas por los indígenas en sus *razzias*. En este sentido no ha lugar a la descripción aséptica de las redes de comunicación peninsulares, ni en lo tocante a su recorrido, ni a su estructura, ni a sus dimensiones...; en los clásicos los caminos son incorporados en los relatos exclusivamente como soportes en la elevación de las campañas de grandes generales; al servicio, pues, de los protagonistas de las fuentes de conquista: los desplazamientos netamente romanos (*vid* II-1.5.B <figuras 26-27>).

A pesar de esta panorámica general, hay un puñado de noticias que dan cierto jugo para la descripción de los caminos meseteños. Veamos un par de ejemplos. Una de ellas tiene por figura principal al Viriato de los primeros tiempos y nos la transmite Apiano (*Iber.*, 62):



(tras haber sido elegido caudillo por los lusitanos, Viriato) “ordenó a los demás que cuando él subiera sobre su caballo, dispersándose por muchas partes huyeran como pudieran por unos caminos y otros hacia la ciudad de *Tribola*, y que le esperase allí (...). Pero cuando le pareció que los otros estarían a salvo en su huida, entonces lanzándose durante la noche a través de los caminos poco frecuentados salió huyendo con los caballos más ligeros hacia *Tribola*, sin que los romanos pudieran perseguirle en igualdad de condiciones por el peso de las armas, el desconocimiento de los caminos y la disparidad de sus caballos”

(traducción Gómez Espelosín, 1993: 92).

En el 147 a.C., en una de sus correrías contra los romanos y siendo perseguido por Vetilo, Viriato alcanza la ciudad de *Tribola* en tierras betúricas haciendo uso, él y sus seguidores, de rutas distintas que hoy podemos identificar con caminos de herradura, trochas o coladas; alguno de ellos poco transitados, lo cual sirvió para despistar a los romanos. Los caminos se adaptan al poblamiento y en este sentido existen rutas directas en la unión de varios núcleos y otras que con salida y llegada en idénticos puntos realizan recorridos mayores al extenderse por áreas secundarias para enlazar a comunidades más alejadas. Esto es lo que se desprende del relato de Apiano (*Iber.*, 87), que nos informa de cómo pudiendo dirigirse por el camino directo que va de Numancia a las campos de la meseta interior, Escipión eligió la ruta más larga con el propósito de instruir a los suyos y de evitar un ataque más directo.

Estas sendas naturales sufrirían destrozos con asiduidad, ocasionados por las condiciones meteorológicas y otro tipo de desastres naturales. Así, a propósito de los acontecimientos militares del 181 a.C. dirigidos por Flaco en la región celtibérica, concretamente el asalto a la ciudad de *Contrebia*, se nos dice que los aliados celtibéricos no pudieron llegar en su auxilio porque al ponerse en marcha encontraron los caminos impracticables por las lluvias incesantes y los ríos desbordados (Livio, XL, 33). Un dato importante que da cuenta del establecimiento de vías terrestres en línea paralela o en las proximidades de las corrientes fluviales. La noticia de Estrabón (III, 3, 7) referida a los montañeses del interior, alude a los caminos pero con un sentido diferente:

“A los enfermos, como antiguamente los egipcios, los exponen en los caminos para que los que la han pasado les den consejos sobre su enfermedad”

(traducción Meana/Piñero, 1992: 86-87)

En este caso se brindan como escenario de contacto particular en el género de vida de aquellas gentes norteanas<sup>6</sup>: el camino es un lugar de encuentro neutral abierto al intercambio en el sentido más amplio. No olvidemos el trasfondo de las arterias de comunicación que, al atravesar distintos territorios étnicos, se convierten en factores diluentes de fronteras. La vías que unen poblados son lugares que posibilitan la comunicación con foráneos y a la larga la materialización de prácticas muy arraigadas en las comunidades meseteñas, caso de la recepción de extranjeros y el tratamiento hospitalario, según indican los clásicos y la epigrafía, o de la absorción de aplicaciones técnicas o culturales venidas de fuera, atestiguada por la arqueología.

En definitiva, estos breves retazos desvelan la existencia de una jerarquía de caminos. Nudos de comunicación que oscilan desde la categoría de pistas de tierra suficientemente ensanchadas en algunos tramos como para permitir el paso de carros, cuerpos de jinetes, recuas y hatos vacunos de considerable tamaño, hasta pequeñas veredas intuidas sobre el paisaje natural.

## **B- HACIA LA MESETA OCCIDENTAL**

El punto de partida es recalcar la importancia que esta región del Poniente peninsular posee como área de transición. Como hemos tenido ocasión de indicar, ello explica el dinamismo de su poblamiento desde el Bronce Final. El carácter de transición de la meseta occidental, entendida ahora como unidad geográfica definida por la unión de dos marcos continuos (los países vetón y vacceo), se manifiesta en doble vertiente: norte-sur y este-oeste<sup>7</sup> <figuras 1-3>. Bajo la coordenada vertical nuestra región pone en comunicación el reborde montañoso de la submeseta norte, en la antesala del Sistema Cantábrico, con la Baja Extremadura; en última instancia: el frente cantábrico y el acceso al noroeste con la orilla meridional del Atlántico en el suroeste peninsular. Esta ruta norte-sur se transita de forma directa en algunos tramos pero muy irregularmente en otros, hasta arribar en línea septentrional con los valles abiertos por el Esla, el Carrión y el Pisuerga, y sus afluentes, a la meta de la Cordillera Cantábrica y a los más vulnerables Montes de León, que abren la

---

<sup>6</sup> Probablemente se trate de un *topos* literario griego empleado en la descripción de pueblos extrahelenos. Por ejemplo Heródoto (I, 197) atribuye esta costumbre a los asirios.

puerta del noroeste. El obstáculo principal viene representado en el ecuador del recorrido por el Sistema Central, un cinturón que recorta sin seccionar del todo el espacio vetón. En la frontera meridional, las menguadas sierras de Guadalupe y Montánchez no son obstáculo para alcanzar el Guadiana y, así, la Baja Extremadura hasta Sierra Morena<sup>8</sup>.

En relación al eje horizontal, desde el oriente meseteño no se alcanza la extensa fachada atlántica portuguesa si no es a través de la meseta occidental. El paso desde ésta al sector oriental meseteño es fácil y directo a ambos lados del Sistema Central, por el norte a través de las comarcas de la Armuña y la Moraña en primera instancia y, un poco más arriba, por medio del corredor capital del Duero que llega hasta el corazón del Sistema Ibérico, dándose paso al valle del Ebro a través del Jalón. Por el sur, el paso a la submeseta suroriental se realiza vía las Villuercas cacereña y la Jara toledana bajo la fiel orientación del pasillo determinado por el Tajo y el Guadiana, un espacio que no es sino la prolongación natural del sureste de nuestro ámbito, como ya se ha indicado, y una puerta abierta a Castilla-La Mancha. Finalmente en lo que respecta a la vertiente oeste, la inclinación natural de la meseta occidental y de toda Extremadura hacia el poniente establece una continuidad geográfica con Portugal, guiada ahora por los cursos bajos del Duero, el Tajo y el Guadiana, a través de las regiones de Tras-os-Montes, Beira Baja y el Alto Alentejo. La excepción en esta transición natural hacia occidente sigue siendo el Sistema Central, encarnado en territorio portugués por la Sierra de la Estrella que se enclava paralela a los cursos del Mondego al norte y del Zézere al sur.

Este posicionamiento geográfico nos permite destacar cuatro grandes líneas de dirección que se encaminan hacia la meseta occidental y que atraviesan parte de su territorio <figura 151>. Sin detallar sus recorridos, consideramos estas vías como los

---

<sup>7</sup> Vide capítulos dedicados al marco físico y territorio de vetones y vacceos: I-1.1 y I-2.1, respectivamente.

<sup>8</sup> El carácter transicional característico de la meseta occidental adquiere la máxima intensificación en Extremadura. Ello se manifiesta desde el punto de vista geo-físico y también en el semblante histórico-comercial de la región, lo cual lleva a hablar de los valles medios del Tajo y Guadiana como de “espacios de frontera”, sobre todo en el Período Orientalizante (Rodríguez Díaz, 1994) pero manteniéndose tal caracterización en la Segunda Edad de Hierro (Rodríguez Díaz, 1995a: 116). Desde el plano geográfico, G. Barrientos Alfageme define a Extremadura como “espacio de frontera permanente”: “Extremadura es la frontera entre el Guadalquivir y la Meseta, entre el Guadiana y el Tajo, entre el Tajo y el Duero, pero también es la transición entre el centro de la meseta y su periferia occidental. El medio natural confiere a Extremadura un carácter marcadamente fronterizo en los aspectos climático, biogeográfico y el hombre. El hombre que vive sobre el medio, que sobrevive a expensas de ese medio, no puede abastecerse del carácter fronterizo del territorio. Nos encontramos en un ambiente histórico o antropológico típicamente mediterráneo. Nos encontramos en medio del camino que comunica África con Europa y Europa con África; en medio del camino entre el océano y el interior. Es una tierra cuyo control político o militar será decisivo para garantizar la fluidez de las comunicaciones de su entorno” (Barrientos Alfageme, 1985: 16-17).

principales trayectos que comunican nuestro territorio con lo que de forma vaga hemos dado en llamar Iberia exterior.

**1) Dirección oeste-este de la meseta norte:  
Corredor del Duero**

Se trata del camino al que nos hemos referido numerosas veces en este trabajo, que pone en contacto el solar vacceo con la meseta oriental celtibérica de forma directa y sucesiva a través del valle del Duero. Esta senda de *celtiberización* tiene la ventaja de conectar en segundo término la Celtiberia con la depresión del Ebro, alcanzando en definitiva el noreste de la Península Ibérica, mediante un segundo elemento fluvial: el valle del Jalón, un estrecho pasillo de acceso al interior meseteño situado entre la depresión del Ebro y la Cordilera Ibérica a la que corta transversalmente desde su nacimiento en las proximidades de Medinaceli. Otras alternativas en el paso del Sistema Ibérico son los valles de los ríos Cidacos, Alhama y Queiles, el desfiladero de Pancorbo, entre Burgos y Vitoria, el puerto de La Predaja (1.130 m.), entre Burgos y Logroño, el puerto del Madero (1.140 m.), entre Soria y Tarazona, además del valle del Henares, entre Guadalajara y Zaragoza, y el puerto de Almansa (692 m.) (Argente, 1990; Morales Hernández/Ramírez, 1995).

**2) Dirección suroeste-noreste:  
Falla Alemtejo-Plasencia-meseta norte o Cañada Soriana Occidental**

Esta ruta se amolda a una falla que con orientación suroeste-noreste parte de la desembocadura del Guadiana, continua por el Alemtejo portugués, remonta el curso del Guadiana en la frontera de la provincia pacense, alcanza la cuenca de Plasencia al norte de Cáceres tras salvar el Tajo en Alconétar y desde ahí cruza el Sistema Central a través de los puertos de Béjar y Tornavacas, para acceder finalmente a las provincias alto castellanas de Ávila, Segovia y Soria. Su recorrido por suelo portugués y extremeño se caracteriza por la facilidad de comunicación dada su gran rectitud y escasa altura (200-400 m.) (Álvarez Rojas/Gil, 1988; Ongil/Sauceda, 1986: 156). Desde el plano histórico, esta senda transcurre por tierras de conios, lusitanos, betúricos, vetones y arévacos. Según los geólogos A. Álvarez Rojas y J. Gil Montes, la importancia alcanzada por esta arteria vendría testimoniada por la localización en su entorno de destacados yacimientos de oro y

casiterita y de hallazgos arqueológicos del Bronce Final y Período Orientalizante<sup>9</sup>. Estos autores creen que se trata de la vía principal de comunicación hasta el 600 a.C., momento en que pierde importancia a favor de nuevas rutas activadas desde focos del Guadalquivir y del Guadiana que penetran hacia el interior con una dirección marcadamente norte-sur (Álvarez Rojas/Gil, 1988: 315). En cualquier caso, si no este mismo, un recorrido parejo se mantiene activo desde su arranque indeterminado, tal vez emparentable con el uso protohistórico de la falla alemtejana-placentina, hasta el siglo XIX: nos estamos refiriendo a la Cañada Real Soriana Occidental, que repite idéntica dirección con sentido inverso (parte de las serranías sorianas y finaliza en los extremos de la baja Extremadura; Ruiz Ruiz, 1991; *vid* III-3.3 <figura 144 A>)

### 3) Dirección norte-sur:

#### Vía de la Plata o Cañada de la Vizana

El *Iter ab Emerita Asturicam* es sin duda la vía norte-sur más importante del occidente peninsular. Su travesía pone en contacto el suroeste andaluz con el noroeste hispano, que es lo mismo que decir Turdetania y la Beturia Túrdula con el país astur-cántabro por medio de Vetonia y la cuenca vaccea. Aunque la circulación sobre este recorrido se remonta al Bronce Final y es especialmente intensa en el Período Orientalizante, su oficialidad es romana y en tiempos imperiales une *Emerita Augusta* con *Asturica Augusta* atravesando sucesivamente de norte a sur los territorios vetón y vacceo, sobre los que se extiende como eje principal de vertebración, hasta alcanzar ámbito astur <figura 152>. Por tanto nos ocupamos de su estudio en el siguiente punto, al enumerar las vías con recorrido en la meseta occidental.

### 4) Dirección sureste-noroeste:

#### La conexión entre Bastetania y Vetonia.

Durante mucho tiempo la fuerza de la ruta de la Plata, la conexión norte-sur, ocupó todas las posibilidades de enlazar el mundo ibérico (más propiamente tartésico-turdetano) con el meseteño occidental. Sin embargo no es ésta la única línea de contacto. En nuestro estudio creemos haber desempolvado una evidente conexión entre la zona meseteña y el

<sup>9</sup> Recientemente se han efectuado algunas críticas en relación a la importancia de esta vía. En concreto E. Galán piensa que comunica zonas no muy activas en momentos del Bronce Final y que los hallazgos orientalizantes en su senda no son en realidad tantos como se dice (Galán, 1993: 29).

sureste ibérico (Contestania, Bastetania y más centralmente Oretania) que arranca por lo menos a inicios del s.IV a.C., aunque muy probablemente está funcionando desde el s.V a.C., momento en que la vía norte-sur parece haber perdido definitivamente la iniciativa en lo que respecta a los extremos de su recorrido -no tanto en su circulación interior por la meseta occidental, como luego veremos-, y que se mantiene durante todo el s. III a.C. Esta conexión se traduce en una vía de comunicación interna que transcurre por la submeseta meridional y que directa o más probablemente indirectamente fue utilizada por el comercio griego para expandir sus cerámicas desde el Levante por la Alta Andalucía y el Guadiana medio hasta la Baja Extremadura y la meseta sur. Dicha penetración hacia el interior fue atisbada hace unos años, pero las distintas propuestas sobre su trazado la llevaban todo lo más hasta la línea del Guadiana, esto es, Oretania-Beturia túrdula con alguna incursión en Carpetania<sup>10</sup>. Por nuestra parte esperamos haber demostrado que desde esta franja del Guadiana -no final sino intermedia- la corriente del sureste arriba hasta la Vetonia con cierta pujanza, expandiéndose desde ahí a través de rutas internas hacia el norte y occidente. Es pues, la principal senda de *iberización* de nuestro territorio en la Segunda Edad del Hierro. Profundicemos un poco en esta conexión.

Los núcleos de partida y meta permanecen claros en lo que a nuestro estudio se refiere: el mundo ibérico del sureste (Alicante, Murcia, Albacete, Jaén, Granada) y la meseta occidental, respectivamente. Pero no hay coincidencia a la hora de establecer su recorrido, proponiéndose dos principales trayectos en la comunicación entre ambas órbitas.

---

<sup>10</sup> Esta es la opinión que caracteriza a la bibliografía que se ocupa de estos temas. Por ejemplo, en una de las últimas síntesis al respecto, R. López Domech (1996: 114) afirma que esta influencia no llega prácticamente al interior meseteño y que los grandes *oppida* oretanos son el punto final del tráfico comercial entre la costa y el interior ibérico, hasta el punto de referirse a los mismos como "estaciones terminales". Este autor sigue en general las pautas de Maluquer, pero valora más el papel de los indígenas oretanos en el comercio con los griegos, rechazando la presencia de griegos en Extremadura y otros puntos interiores en contra de lo que pensara Maluquer (López Domech, 1996: 73-81). En este sentido se había pronunciado algo antes Domínguez Monedero (1993: 54-67), para quien las redes de intercambio existentes entre la alta Andalucía, la meseta meridional y la baja Extremadura en los ss.V-IV a.C. responden a la iniciativa de las poblaciones locales.

Personalmente consideramos que los elementos meridionales y levantinos que llegan a la Baja Extremadura, obedeciendo sobre todo al incentivo de los metales extremeños, no se detienen en Cancho Roano ni en la línea del Guadiana, sino que penetran un estadio más hacia el espacio comprendido entre el Guadiana y el Duero. Eso sí, lo que arriba a esta región tan profunda no tiene punto de comparación cuantitativamente hablando con el volumen que mueve el comercio del sureste. Se trata de una presencia residual en la cual el mecanismo comercial proyectado originariamente se ha ido diluyendo a través de intercambios sucesivos verificados muy probablemente por las élites locales, en la manera que ya ha sido explicada.

#### 4.1 Sureste-Guadiana/Oretania-Vía de la Plata-Vetonia

Las excavaciones iniciadas por J. Maluquer de Motes en Cancho Roano en 1978 le llevaron a relacionar los sorprendentes hallazgos del famoso palacio-santuario con el mundo mediterráneo. Así, este autor defendía la existencia de una vía terrestre de iniciativa focense, la llamada *Ruta de los Santuarios*, que desde territorio alicantino, por la cuenca del Vinalopó, llegaría a la meseta suroriental (Cerro de los Santos, Pozomoro, El Salobral, Balazote...), al Alto Jaén (Castellar de Santisteban, Despeñaperros...) y a Ciudad Real (*Oretum*, junto a Granátula de Calatrava, Alarcos), después a la zona de Almadén, para finalmente prolongarse hasta la Extremadura central (Cancho Roano y Medellín) con el objeto de tener acceso a sus ricos focos mineros: plata, oro, estaño y sobre todo cinabrio-mercurio (Maluquer, 1983; *id.*, 1987: 21-24; mantenido en Cabrera, 1987: 221; Cabrera/Sánchez, 1994: 364-366). En fecha reciente se ha puesto el dedo sobre otra ruta comercial establecida en torno al eje tripartito Cástulo-Sisapo (en La Bienvenida, Ciudad Real)-Cancho Roano (Domínguez Monedero, 1988c; *id.*, 1993: 47-66), que tiene más de profundización crítica que de verdadera sustitución de la propuesta de Maluquer. Estos tres centros parecen actuar como destacados núcleos de mercado, intercambiadores o *vectores* desde los cuales se irradia la acción comercial, bajo control ibérico. De algún modo nos hemos referido a esta vía al hablar de los movimientos de Anibal en el 220 a.C. hacia el noroeste, desde Cartago Nova y con posible paso por Cástulo (*vide* II-1.5.A; <figura 24>). Consideramos que, efectivamente, una serie de ramales con salida de puntos costeros comprendidos entre Alicante y Villaricos pudieron adentrarse sirviéndose de corredores fluviales como el Segura hasta Cástulo, *lugar central* en el que convergerían buena parte de estos caminos costeros. Desde el destacado enclave oretano partirían una o varias rutas que con dirección oeste-noroeste superarían las estribaciones orientales de Sierra Morena para alcanzar en la provincia de Ciudad Real el río Guadiana, cuyo curso sería seguido de forma aproximada hasta la región extremeña, vados de Orellana-Medellín-Mérida, para desde ahí ascender hacia el norte por la vía de la Plata. Por lo tanto, desde la costa sureste y a través del eje referencial Cástulo-Sisapo-Cancho Roano se ganaría el extremo meridional vetón en la línea del Guadiana<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Un antecedente en la conexión de la media y baja Extremadura con el sureste a través del límite meridional meseteño parece señalarse en la distribución de estelas del suroeste: al menos cinco ejemplares se hallan en tierras ciudarealeñas (Aldea del Rey I, II y III, Alamillo y Pozuelo de Calatrava; Valiente Malla/Prado, 1977-78; Galán, 1993: n° 52-56, 104-105); a los que hay que sumar la estela descubierta en la campaña de excavación de 1996 en Sisapo (La Bienvenida, Almodóvar del Campo), todavía inédita (comunicación personal de la Dra. Mar Zarzalejos, co-directora de

A nuestro juicio esta vía pudo tener una importancia mucho mayor de lo hasta ahora pensado de cara a la irrupción de estímulos ibéricos en la meseta occidental. No vamos a repetir los testimonios arqueológicos analizados que nos remiten a focos alto-andaluces y sur-orientales, únicamente tomaremos como indicador los hallazgos inéditos de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), a los pies de la Sierra de Gredos, que aquí hemos presentado. En concreto los fragmentos de cerámica ática de barniz negro entre los que encontramos un ejemplar de copa Cástulo del último tercio del s.V a.C.: un modelo cerámico que no sólo es representativo de aquella ciudad oretana, sino que desde Cástulo se difunde mayoritariamente hacia *Sisapo* y Cancho Roano.

#### 4.2 Sureste-La Mancha/Carpetania-Sistema Central-Vetonia

Una alternativa a la ruta anterior propone unir Bastetania y Vetonia en línea diagonal surcando Castilla-La Mancha y atravesando la barrera del Sistema Central por algún paso entre las sierras de Guadarrama y Gredos. Así pues, los territorios olcade y carpetano servirían de acceso a los extremos ibérico y meseteño. El que se considera recorrido de Aníbal al regreso de la campaña del Duero fue defendido inicialmente por E. Cuadrado (1976-78; *id.*, 1984) como vía para entender las influencias ibéricas que denotan algunos yacimientos vetones, especialmente abulenses. Al excavador de El Cigarralejo ha seguido en fecha temprana I. Baquedano (1996)<sup>12</sup>.

---

las excavaciones de La Bienvenida). En Cancho Roano apareció en la campaña de 1990 una estela con guerrero readaptada en la rampa-escalinata de la entrada monumental (en último lugar, Celestino, 1996: 286-290).

<sup>12</sup> Así se pronuncia Cuadrado en uno de sus trabajos: "Como mera hipótesis de trabajo hay que pensar en el valle del Segura como tramo base de la región murciana, al que tendría acceso El Cigarralejo por la línea directa del campo de Yechar al sur de la Sierra de Ricote y de la Muela, hasta Archena, yacimiento y necrópolis famosos ampliamente relacionados con Cigarralejo-, e inclusive con la calzada romana que se detecta en la cuesta de Yechar-. Desde aquí, el valle del Segura se seguiría hasta el cruce de la carretera actual Murcia-Albacete con la rambla del Judio, siguiendo la cual suponemos un ranal, camino de herradura, vereda o sendero que pondría en comunicación Jumilla (Coimbra del Barranco Ancho), Montealegre del Castillo (Cerro de los Santos, Llano de a Consolación, Bonete, Pozo Moro). La comunicación principal seguiría a Minateda (El Tormo), Tobarra (Hoya de Santa Ana) y ya en la Mancha lógicamente tendría a la menor distancia con los yacimientos del oeste de la meseta alta, pero las influencias comerciales que hemos examinado en la provincia de Cuenca acusan otra comunicación importante por el valle del Júcar y sus afluentes (Casa del Monte, Valdeganga, Abengibre, Buenachil de Alarcón, Carrascosa del Campo). La basta meseta manchega permite múltiples caminos que por ahora no es posible determinar, y lo que es preciso buscar son los pasos de las barreras que llevan más fácilmente a la meseta superior, es decir, qué puertos de las sierras de Gredos y Guadarrama fueron los utilizados por los buhoneros, organizados en caravanas, que mantuvieron los contactos culturales y comerciales. Los romanos utilizarían después los mismos caminos para comunicar las dos mesetas, y ahí están los puertos de Arrebatacapas (Cebreros) y El Pico. No sabemos dónde cruzaban el Tajo, pero sería tal vez en las inmediaciones de Yeles e Illescas o en Toledo; pasarían el Alberche y bien por uno de los puertos citados, tomarían el valle del Adaja para llegar a Cardenosa (Las Cogotas) y Chamartín de la Sierra (La Osera). Otra posibilidad más directa sería el camino Albacete, Toledo, Ávila por el puerto de Cebreros, que inserta Juan Villuga en su mapa de caminos de la península de 1546, y del que saldrían ramales o senderos que llegaron a los poblados con quien se comerciaba" (Cuadrado, 1984: 138-139).



Participamos de la opinión de que este recorrido no excluye al que transcurre por el Guadiana hasta Extremadura, sino que debe interpretarse como itinerario complementario que pudo ser de alta conveniencia en momentos determinados<sup>13</sup>, pero que desde un punto de vista general parece representar mayor dificultad y tener menor interés estratégico y metalúrgico que la variante comentada anteriormente.

### C. EN LA MESETA OCCIDENTAL

Las sendas que acabamos de atender, otras que se nos escapan y las cuencas fluviales de las que nos ocuparemos enseguida, dan la entrada al desarrollo de nudos de comunicación locales, esto es, dentro del espacio de la meseta occidental. Vamos a mostrar un panorama muy general sobre estos caminos interiores.

La ruta de la Plata pone en relación los espacios vetón y vacceo, y constituye la vía norte-sur más importante del occidente al unir mediante distintos caminos *Emerita* con *Asturica Augusta* <figura 152> (Roldán, 1971; *id.*, 1975: 81-83). Además, su itinerario coincide en muchos tramos con una de las cañadas reales más antiguas y representativas: la de la Plata o de la Vizana (García Martín, 1991c; García Martín, 1995: *espc.* 217-280; *vide* III-3.3). A pesar de su *interpretatio* romana, a nadie se le escapa pensar en su articulación desde finales del II milenio, sobre todo en época tartésica, a tenor de los hallazgos orientalizantes que surcan su senda (Roldán, 1971: 169-170). Las *mansiones* de esta vía según el Itinerario de Antonino son <figura 152>: *Emerita*, *Ad Sorores*, *Castris Caecili*, *Turmulus*, *Rusticana*, *Capara*, *Caelionico*, *Mansio ad Lippos*, *Sentice*, *Salmantica*, *Sibarim*, *Ocelo Durii*, *Vico Aquario*, *Brigeco*, *Bedunia* y *Asturica Augusta*, de las que las comprendidas entre *Turmulus* y *Salmantica* se localizan en tierras vetonas y las que van desde la ciudad del Tormes a *Brigeco*, punto fronterizo con la geografía astur, lo hacen en

---

Por su parte, Baquedano bosqueja someramente un recorrido siguiendo la actual Nacional III Madrid-Valencia hasta Ocaña y Aranjuez, desde donde se bajaría por el Tajo hasta Toledo para alcanzar Escalona y rodear el curso del Alberche, a través del cual se gana la meseta norte por el pasillo entre Gredos y Guadarrama (Baquedano, 1996: 83).

<sup>13</sup> En este sentido llamamos la atención sobre la impresión de que este camino pueda ser tomado como la vía por la que circularon unos cuantos siglos atrás las gentes meseteñas de Cogotas I que entran en contacto con el mundo levantino y andaluz, delineando un movimiento que vemos reproducir en tiempos inmediatamente anterromanos, con nuevas -y quizá a la vez viejas- motivaciones (*vide* III-2.1 *Antecedentes Bronce Final: Cogotas I*).

espacio vacceo. Sobre la ubicación de estos puntos ya se ha señalado lo esencial páginas atrás.

No vamos a entrar en el análisis histórico de la vía, perfectamente atendido por J. M. Roldán<sup>14</sup>; ni tampoco en las huellas de su funcionamiento prerromano, a las que ya nos hemos ido refiriendo (*vide* III-2.2). Será suficiente quedarnos con la idea de que éste es el eje esencial en la articulación interna de nuestro territorio durante toda la Edad del Hierro y en el Imperio romano, y que en torno al mismo se establecen una serie de vías secundarias y ramales que perpendicular o paralelamente se adaptan a la geomorfología y a la red fluvial de la región, a partir de los cuales se organiza el poblamiento. Un ejemplo es la vía que con idéntica dirección norte-sur atraviesa la región meridional vetona por un eje más oriental que el de la Vía de la Plata: partiendo de la penillanura cordobesa y el valle medio del Guadalquivir, por esta ruta -en realidad un conjunto de caminos- se alcanza, a través de los vados orientales del Guadiana, la penillanura trujillana para después cruzar el Tajo por Monfragüe o Miravete hasta desembocar por los pasos serranos del Sistema Central en la meseta septentrional (Ongil/Sauceda, 1986: 156)

Obviamente el carácter llano del suelo vacceo posibilita un entramado de caminos más fácil y extenso, en relación a las limitaciones del accidentado medio vetón. Es imposible especificar los recorridos de estas desdibujadas sendas prerromanas, a no ser que hagamos de la itineraria romana la heredera directa de la red viaria indígena<sup>15</sup>. Únicamente

<sup>14</sup> Sintéticamente diremos que Roldán (1971: 170-182) pone en relación la ruta con la expedición de Aníbal a la meseta, de la misma forma que piensa que grupos de vetones, junto a lusitanos y celtíberos llevarían a cabo sus correrías hacia el sur siguiendo el trazado natural del Camino de la Plata. Asimismo sostiene que es a Servilio Cepión, cuando en persecución de Viriato cruza Vetonia y llega hasta tierra de galaicos (Apiano, *Iber.* 70), a quien se debe la construcción primera de una calzada que desde el río *Anas* y cruzando el Tajo, se dirigiría hacia el norte, y la erección del primer asentamiento militar en la zona (*Castra Servilia*). Luego la vía tendría un mayor desarrollo en tiempos de las guerras sertorianas, con las fundaciones de Metelo (*Metellinam*, *Castra Caecilia* y *Vicus Caecilius*=*Calionico*) en torno a la calzada que se iba extendiendo. El tramo norte, *Salmanica-Asturica* no se ampliaría hasta años después, en tiempos de Augusto, en relación con las necesidades derivadas de las guerras cántabro-astures. Por último, la vía conoce su estructura definitiva en tiempos de Trajano y Adriano. Subraya Roldán el fin eminentemente militar que tuvo el camino, desde su origen, tanto en su recorrido sur como en el norte (Roldán, 1971: 175), hasta que tras la pacificación del territorio occidental el papel principal que adquirió fue el de conducto para la explotación minera del noroeste.

Quizá sea excesiva la primacía que Roldán asigna al factor militar como generador único de un itinerario tan extenso y singular. Reivindicaríamos el peso del elemento comercial desde la Primera Edad del Hierro, pues estamos ante la vía terrestre que desde el Estrecho accede a las fuentes de estaño del noroeste. En este sentido, éste es el aspecto menos tratado y que se echa más en falta en la monografía del profesor Roldán, lógico por otra parte porque su objetivo es el estudio de la calzada romana. A pesar de que todos los trabajos dedicados de una u otra forma a la Protohistoria occidental citan la importancia del camino de la Plata en la penetración de influencias orientalizantes hacia el interior, resta aun por escribirse la obra que profundice en el estadio prerromano de la vía (recorridos, funcionalidad y trasiego, evidencias de práctica comercial en su senda, líneas de contacto entre culturas, mecanismos de mantenimiento y organización del camino por parte de los pueblos a los que atraviesa, etc.).

<sup>15</sup> Un recurso más que discutible si no se hace previamente un examen contrastado. Ello escapa de nuestro objetivo. Por lo mismo, sólo como orientación general vamos a señalar las principales vías romanas que surcan el occidente de la

está a nuestro alcance señalar los puntos nodales de la red de comunicaciones, aquellos pasos obligados para rebasar montañas y ríos que por ello son verdaderas encrucijadas de caminos.

Comenzando por los vados y haciendo un recorrido de sur a norte, el Guadiana tiene tres principales puntos de salto en la frontera meridional vetona; de este a oeste:

- a) Orellana la Vieja; junto a la antigua *Lacimurga* desde donde tras atravesar las localidades de Acedera, Madrigalejo y Zorita, se llega a *Turgalium* sin muchos inconvenientes geográficos
- b) Medellín; que da fácil paso a las Sierras de Guadalupe y Montánchez.
- c) Mérida; que conduce al Puerto de las Herrerías, único paso entre las Sierras de San Pedro y Montánchez, y de ahí a la región trujillana.

meseta. Después de la ruta de la Plata, una de las más importantes es la que va de Mérida a Zaragoza por Toledo, vía 25 del Itinerario de Antonino (*Alio Itinere ab Emerita Caesaraugustam*). Según Roldán arrancaría de *Rusticana* y no *Emerita*, y enlazaría con la provincia de Toledo a través de las mansiones de *Lapicea* (Venta de Bazagona), *Leuciana* (junto a Naval Moral de la Mata), *Augustobriga* -las tres en territorio vetón- y luego por *Toletum* y *Titulcia*, en la Carpetania, hasta *Caesaraugusta*. Existen otras variantes para ir desde el camino de la Plata hasta *Caesaraugusta* atravesando los territorios vacceo y arévaco. Una de ellas es la vía 27 del Itinerario de Antonino (*Item ab Asturica per Cantabriam Caesaraugusta*), que va desde *Asturica Augusta* por *Brigeco*, *Intercatia*, *Tella*, *Pintiam*, *Pallantia*, *Rauda*, *Clunia*, *Uxama* y *Numantia*, para seguir en busca del Ebro hasta llegar a *Caesaraugusta*. Otra opción es la calzada auxiliar a la de la Plata, números 22 y 26 del Itinerario de Antonino, que se abre en *Ocelo-Durii* (Zamora) hacia *Albocala*, *Amallobriga*, *Septimanca*, *Nivaria* para llegar a *Cauca*, *Segovia*, *Miacum* y *Titulciam*, encaminándose desde aquí a *Caesaraugusta*; aunque otro ramal podría ir por el Duero hasta *Rauda* y continuar unida a la variante primera hasta Zaragoza.

Entre las numerosas calzadas secundarias que se citan en la bibliografía destacamos las siguientes en el territorio vetón: De Alconétar a *Caurium* (*Coria*); De *Rusticana* al valle del Jerte; De *Capara* a la vía del Jerte; De Aldeanueva del Camino a *Mirobriga*; el Camino de la Mina que va desde el sur de Baños de Montemayor con rumbo oeste hasta *Mirobriga*; De *Caelionnico* a Béjar; De Calzada de Béjar a Medina del Campo; De *Salmantica* a *Mirobriga*; De *Salmantica* a *Mirobriga* pasando por Tamames; De *Salmantica* a Alba de Tormes; De *Salmantica* a *Bletisama*; la Calzada del Puerto del Pico, vía secundaria romana que no aparece mencionada en los itinerarios y que se establece sobre el paso natural del puerto del mismo nombre en Gredos (Ávila); parece que su punto final sería *Caesarobriga*, donde se uniría a la vía 25 del Itinerario de Antonino ya señalada que va de *Emerita* a *Caesaraugusta*; la Calzadilla de Villatoro, vía transversal que desde Ávila y a través de Muñogalindo y Muñana enlazaría con el puerto de Villatoro y de ahí, por Piedrahita y Barco de Ávila, hasta el puerto de Tornavacas, constituyendo la prolongación natural de la falla Alemtejo-Plasencia; y la Calzadilla de Cardenosa, que desde Ávila va en dirección norte hacia Arévalo.

En territorio vacceo se enumeran otras tantas vías secundarias: De la bifurcación próxima a Cuevas, en la calzada que iba de *Asturica* a *Brigaceo* hasta Castrobalcón y luego *Oceloduri*; Del valle de Vidriales, por Sta. Cristina de la Polvorosa hasta Benavente; De S. Martín de Torres, Villabrázaro hasta Benavente; De Cebrones, por Zotes del Páramo a Valencia de Don Juan; De Benavente, a lo largo del Cea, hasta Sahagún; Por Villafáfila, el camino que pone en conexión Sahagún y Zamora; De Zamora, por el Sequillo, Medina de Rioseco, hasta llegar a Palencia; De Zamora a Salamanca; De Zamora a Fermoselle; De León y Lancia a Palencia; De Calzada de los Molinos o Calzadilla la Nueva, enlazando con la calzada de *Legio* a *Lacobriga* con Palencia a través de Paredes de Nava; Desde Simancas, hacia Dueñas y Palencia, junto al Carrión, siguiendo por el Pisuerga hacia Torquemada para alcanzar Burgos y continuar a lo largo del Pisuerga hasta Herrera; De la calzada Simancas-Palencia, a la altura de Valladolid, hasta el Pisuerga para enlazar con Tudela de Duero.

Véanse como estudios generales los trabajos pioneros de Blázquez y Delgado, 1920; Taracena, 1934; Morán, 1953; Sayans, 1957; Wattenberg, 1959: 133-180; y más recientemente Roldán, 1971; *id.*, 1975; Fernández Martín, 1974; Arenillas, 1975; Palol/Wattenberg, 1979: 43-50; Mañanes/Solana, 1976; *eid.*, 1985; Rodríguez Almeida, 1981; Fernández Corrales, 1987; González-Cobos, 1989: 224-229; Fernández Miranda *et alii*, 1990; Ferrándiz *et alii*, 1990; Haba/Rodrigo, 1990a; Solana, 1994-95; Martínez Lillo *et alii*, e.p.

Cruzar el Tajo plantea más problemas por lo encajonado de su cuenca. Sus principales vados son, ahora de oeste a este:

- a) Alconéтар; junto a Garrovillas, un punto fronterizo entre vetones y lusitanos. El potencial arqueológico de la zona (Caballero, 1970; Álvarez Rojas/Gil, 1988: 308) da idea de su utilización desde tiempos muy antiguos, en lo que incide el hecho de ser este vado el punto de unión de tres grandes ejes de comunicación norte-sur. Así pues, tanto la ruta de la falla Alemtejo-Plasencia, como la Vía de la Plata y como la que viene del sureste procedente de *Turgalium*, convergen en Alconéтар para penetrar en la meseta norte por los pasos tradicionales. Igualmente, este vado es utilizado por la cañada Soriana Occidental.
- b) Villareal de San Carlos; junto al castillo de Monfragüe, punto obligado en la comunicación entre Plasencia y Trujillo. Por aquí atraviesa el Tajo la cañada de la Vizana.
- c) Puente de Miravete; a los pies del puerto del mismo nombre en el trayecto de Navalmoral a Trujillo de la antigua N-V, utilizado por la cañada Leonesa occidental.
- d) Puente del Arzobispo y Azután; en la provincia de Toledo y en frontera con el espacio carpetano. El primero de estos puntos es estación destacada en el recorrido de la cañada Leonesa Oriental.

Respecto al Duero, la facilidad en acceder a su cuenca tanto por el sur superado el Sistema Central, como por el norte, propicia que existan muchas posibilidades para cruzarlo. Siguiendo los itinerarios romanos, el recorrido de las cañadas mesteñas y de otros caminos medievales y modernos, los vados principales en el transcurso del territorio vacceo son, de oeste a este:

- a) Zamora; enclave elegido por la Vía de la Pata y su misma cañada.
- b) Toro, unos kilómetros al este de la capital.
- c) Tordesillas; otro punto esencial en la comunicación castellana, por donde transcurre la cañada Leonesa Occidental.
- d) Tudela de Duero; al sur de Valladolid, vado utilizado por la cañada Leonesa Oriental.
- e) La zona de Peñafiel y el vecino enclave Padilla-Pesquera de Duero, en el extremo oriental de la provincia vallisoletana.
- f) Roa de Duero, en límite ya con el ámbito arévaco.

Todos estos puntos dan asiento a importantes núcleos de población vaccea.

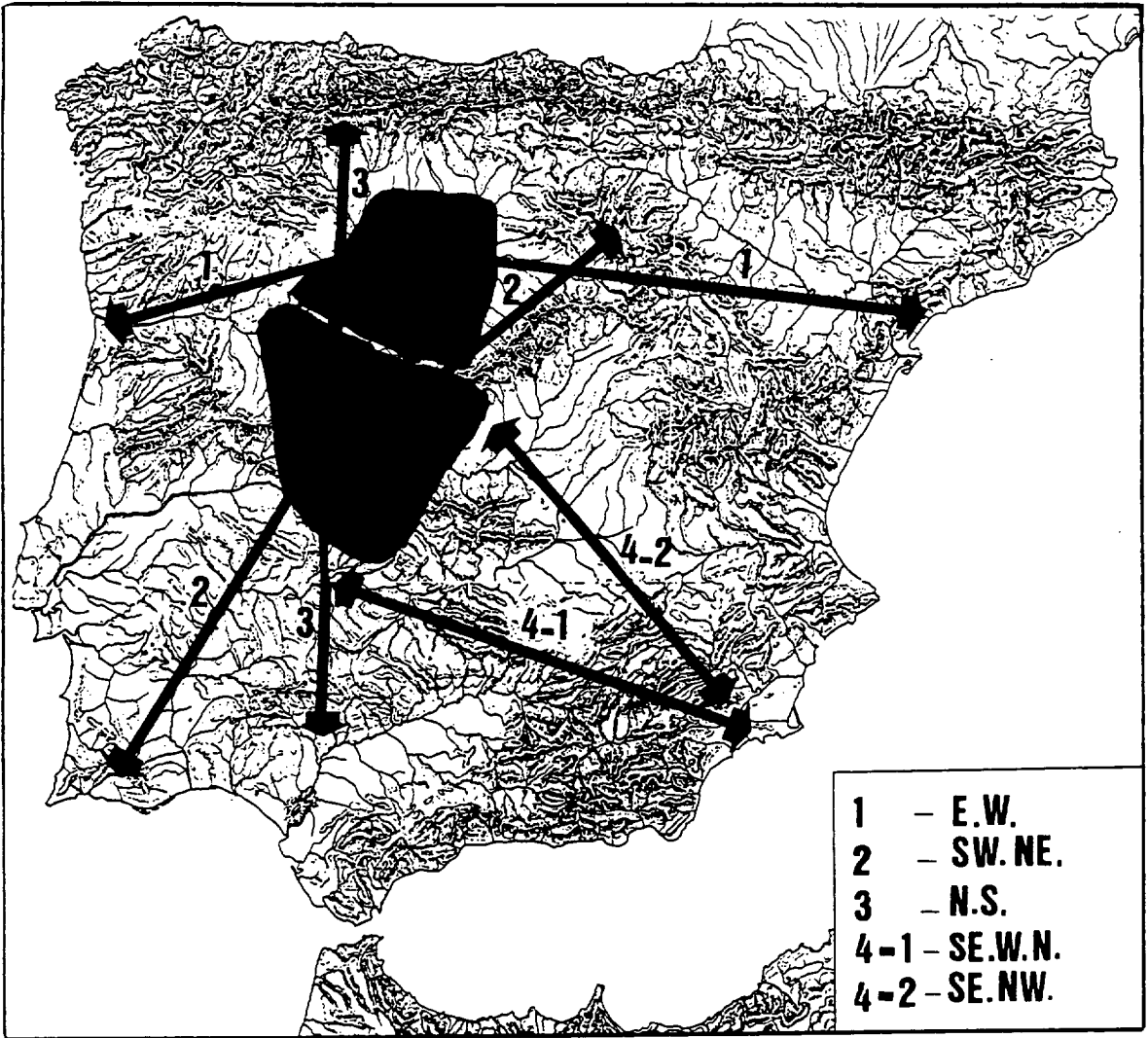
Al hablar del territorio vetón y de las cañadas trashumantes como vías de comunicación hemos ido señalando los pasos de montaña utilizados para atravesar el Sistema Central<sup>16</sup>. Existen cuatro puertos principales que dicho de forma sucinta y con dirección oeste-este se corresponden con:

- 1) La depresión del Alagón, entre la Sierra de Béjar y las de Gata y Peña de Francia, que atraviesa la comarca de las Hurdes hasta desembocar en la penillanura salmantina.
- 2) El corredor de Béjar, que partiendo de Plasencia se dirige entre Gredos y la Sierra de Béjar, por el puerto de Béjar, hasta *Salmantica* (actual carretera N-630). Se trata de la misma senda por la que se articula la Vía de la Plata.
- 3) El valle del Jerte-Plasencia hasta el puerto de Tornavacas (hoy carretera N-110), que da entrada a la provincia abulense, continuando la ruta natural hasta la misma Ávila.
- 4) El pasillo que marca el curso curvo del Alberche entre el extremo oriental vetón y el territorio carpetano; el río llega a la meseta septentrional por un desfiladero entre el extremo suroccidental de la sierra de Guadarrama y la margen oriental de Gredos, a caballo entre San Martín de Valdeiglesias y Cebreros, en el sureste de la provincia de Ávila.

Otros puertos de paso secundario en la Sierra de Gredos son: El Pico, donde se conserva una espectacular calzada romana, El Peón, Mijares y Candeleda, este último a una altitud de 2.000 m. enlaza el valle del alto Tormes, en la meseta norte, con Candeleda y las tierras llanas de Oropesa por el sur.

---

<sup>16</sup> La palabra puerto proviene del latín *portus* y significa lugar de paso accesible entre montañas. Por extensión se empleaba para designar a toda zona próxima a dichos pasos. En la actualidad, sin embargo, sólo contados ejemplos se corresponden con el sentido etimológico y la mayoría de los puertos no coinciden con divisorias o vías de paso. Su carácter de estivaderos o pastos de verano nos sugiere de inmediato la idea de altitud, una situación elevada que permite evitar los efectos más limitativos del calor en verano, a la vez que favorece la condensación de humedad y el beneficio de las lluvias. En efecto, la mayoría de los *puertos* se sitúan en los confines del límite forestal, en su ambiente donde la distinta orientación de las laderas, combinación de abesedos y solanas, determinan cambios importantes en el grado de aridez y, en consecuencia, en el tipo de cobertura vegetal. La conversión de los puertos de montaña en importantes vías de paso parece que se debe al pastoreo trashumante; así pues se les considera agroecosistemas con un tipo de paisaje y organización característicos (García Martín, 1995: 126-127). Esta vinculación a los viejos recorridos ganaderos se manifiesta en el s.XV cuando se crean los *puertos reales* o estaciones de cobro y aduanas mesteñas que generalmente coinciden con poblaciones próximas a puertos de montaña, puentes o vados. En la región vetona podemos citar los casos de Pedrosín, en la provincia de Salamanca; Aldeanueva, la Abadía, Malpartida de Plasencia y Berrocalejo, en la provincia de Cáceres; Candeleda, Ramacastañas y Venta del Cojo, en la provincia de Ávila; y La Torre de Esteban Hambrán y Puente del Arzobispo en la provincia de Toledo (García Martín, 1991b: 27-28).



**FIGURA 151.** Vías de comunicación con dirección y paso hacia la meseta occidental. 1- Dirección este-oeste de la meseta norte 2- Dirección suroeste-noreste 3- Dirección norte-sur 4.1- Dirección sureste-noroeste a través de Oretania 4.2- Dirección sureste-noroeste a través de Carpetania.

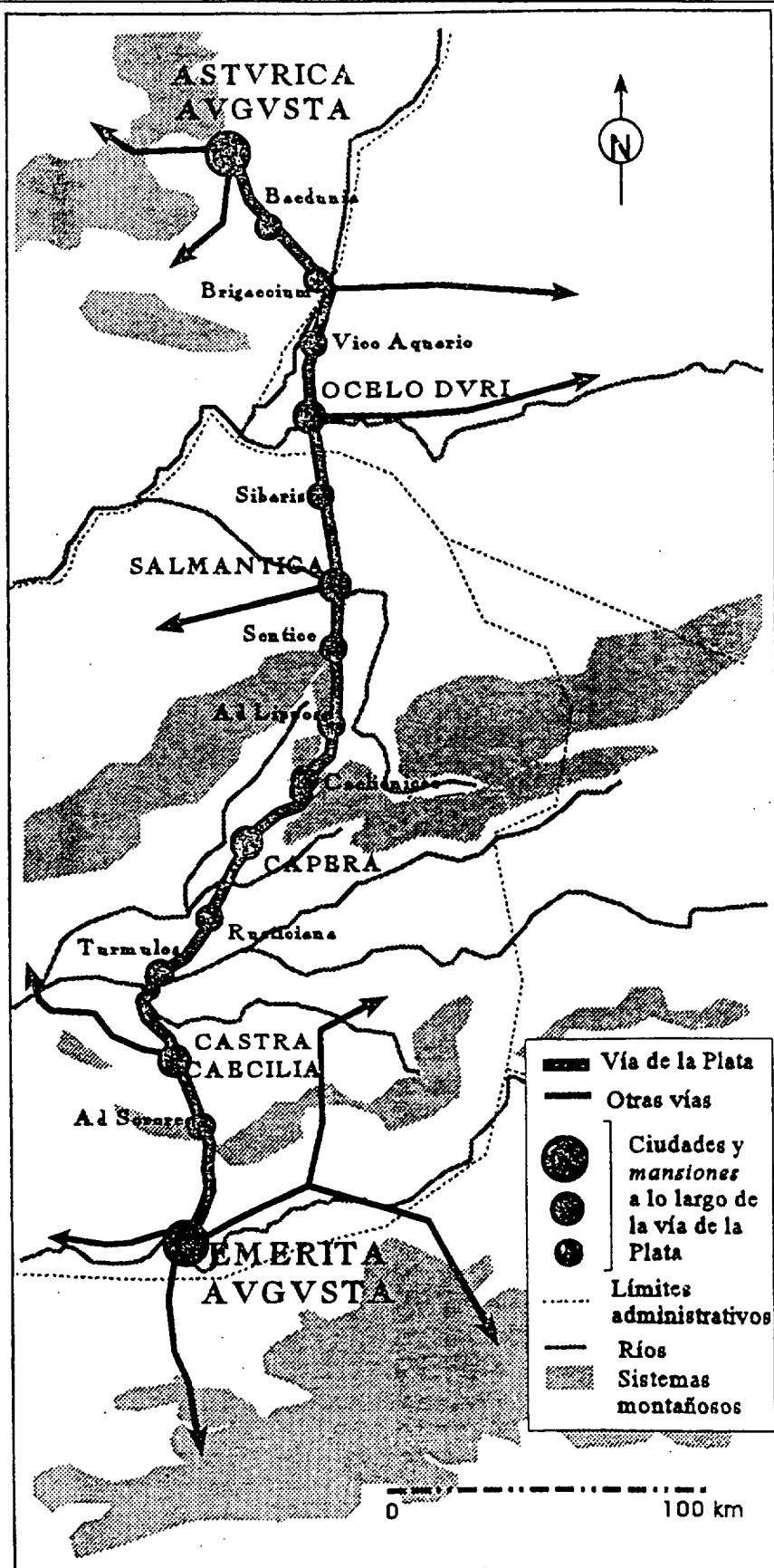


FIGURA 152. Recorrido de la Vía de la Plata en tiempos romanos con señalización de mansiones (según C Puertas Torres)

## III-4.2 RUTAS FLUVIALES

Finalmente dedicaremos una líneas a los que podemos considerar caminos más constantes, los ríos. Es cierto que los cauces fluviales además de ser vías de comunicación por sí mismos, permiten en general la apertura de pistas terrestres en las orillas, a la vereda de los valles, hoces, gargantas, estrechos y meandros que se forman en sus recorridos; senderos que Hoyos Sainz (1947: 280) denominaba *caminos de sirga*.

En lo que afecta a nuestro territorio los ríos son el vehículo principal en la comunicación este-oeste, pues tres de las cuatro grandes corrientes que desembocan en el Atlántico atraviesan con esa orientación la meseta occidental. Para ser exactos, el Guadiana roza tímidamente por el sur el espacio vetón, el Tajo peina el centro de este territorio, y el Duero da sentido al poblamiento vacceo. Autores antiguos como Estrabón (III, 3,1; III 3, 4; también Apiano, *Iber.*, 71), se hacen eco del carácter navegable de alguno de los ríos que mueren en el Poniente y de la presencia en tiempos romanos de grandes barcos en sus aguas. Así se indica para los tramos iniciales del Guadalquivir, Guadiana, Sado, Tajo, Duero, Mondego, Vouga, Limia y Miño; además del Ebro en la vertiente mediterránea<sup>17</sup> <figura 153>.

En la Antigüedad, ni en el Guadiana, ni en el Tajo, ni en el Duero fue posible el remonte de embarcaciones hasta el territorio de vetones y vacceos. Ello no significa que en tramos específicos, incluso bastante al interior, estos ríos no pudieran utilizarse como medio de transporte. De lo mismo tenemos una muestra muy señalada en el Duero, que funciona como camino natural sin solución de continuidad entre los focos vacceo y arévaco, tal como anuncian algunas noticias literarias. Apiano (*Iber.*, 78) recoge cómo en el

<sup>17</sup> Este tema fue estudiado por A. García y Bellido (1944: 511-526, para la navegación fluvial; *id.*, 1945) siguiendo el relato estraboniano. El Guadalquivir era navegable hasta Sevilla con navíos de gran porte; hasta *Illipa* (Alcalá del Río) con barcos de porte menor, y hasta Córdoba e incluso Cástulo con barcas pequeñas solamente; en Cazlona el río deja de ser navegable. El Guadiana, a decir de García y Bellido, era remontable en tiempos romanos hasta *Emerita Augusta* adonde debían llegar barcos de cierto porte; más lejos lo sería sólo en barcas o chalanos. El Sado era navegable hasta *Salacia* (Alcácer do Sal), situada a unos 40 km. de la costa. El Tajo podía remontarse con grandes naves hasta *Moron* (¿Almourol?. ¿Almeirim?, cerca de Abrantes), a unos 500 estadios de la costa (alrededor de 100 km), y más lejos por medio ya de barcos de ribera. Más al norte, el Mondego y el Vouga eran navegables sólo un corto trecho, según expresa Estrabón. Del Duero afirma que los grandes barcos pueden remontarlo por espacio de 800 estadios, unos 145 km., lo que supone todo su curso por tierras portuguesas; y lo mismo pasaba con el Miño, navegable hasta su confluencia con el Sil <figura 153>.

Los cálculos de García y Bellido han sido desestimados por investigadores posteriores que los han considerado exagerados. Un ejemplo es la opinión de J. M<sup>a</sup>. Álvarez Martínez, que no cree que el Guadiana fuera navegable hasta Mérida (Álvarez Martínez, 1983: 10-12, con opinones anteriores).



ataque contra Numancia, Pompeyo manda cambiar el curso de un río hacia la llanura para reducir por hambre a la ciudad. Esto puede entenderse, además de como medida para impedir el riego de las cosechas que quedarían improductivas, como bloqueo comercial habida cuenta que el Duero representa una arteria fundamental para los intercambios. Así lo entiende Escipión a la hora de controlar férreamente el curso de este río al paso por Numancia en el asedio final a aquella ciudad (Apiano, *Iber.*, 91), situando hileras de vigas colgadas con dardos, sumergidas en la corriente del río para detener cualquier embarcación de auxilio a los numantinos<sup>18</sup>. Otro ejemplo un poco más tardío del bloqueo de ríos como estrategia de conquista lo tenemos en los enfrentamientos iniciales entre Sertorio y Metelo hacia 79-78 a.C. en Lusitania y Vetonia interiores; según Plutarco (*Sert.*, 13) Sertorio triunfó sobre sus enemigos que eran menos en número, cortándoles el agua de manera que quedaran interceptados los víveres.

Referente el episodio de la incomunicación del Duero en Numancia, Schulten (1937: 77) comentó que Escipión quiso cerrar el río con un puente a pesar de que según informa Apiano la corriente era muy fuerte; sugiere que los restos de dique reconocidos en una pequeña isla próxima a un estrechamiento del río (paraje conocido como El Molino), fue el lugar ideal para levantar el puente. Al margen del lugar concreto donde se construyera, no es inviable pensar que los numantinos dispusieran de uno o más puentes realizados con estructuras de madera. Recordemos al respecto que la arqueología corrobora la vadeabilidad de ríos como el Duero al disponerse en algunas ciudades vacceas las zonas de servicios (talleres artesanales, alfares y quizá mercados) en la otra orilla del río, tal como ocurre en *Pintia* y *Rauda* <figuras 15 A y 16 A>. El acceso desde los puntos residenciales a las áreas de servicio se tradujo en la construcción de puentes y otras plataformas (vaderas), además de sistemas de vadeo móviles e incluso compuertas, suficientemente estables como para permitir el paso de población y mercancía en volumen considerable, si pensamos en las dimensiones de estos enclaves vacceos. También hay que tener en cuenta la anchura

<sup>18</sup> Merece la pena que transcribamos enteramente la noticia: "Escipión fue el primero, según me parece, que rodeó con muros una ciudad que ho había rehuido el combate; y el río Duero que corría cerca de la circunvalación fortificada y resultaba muy útil a los numantinos para el transporte de provisiones y para las idas y venidas de los hombres, todos los que por él pasaban inadvertidos a nado o en pequeños esquifes o en botes a vela cuando el viento era impetuoso, se abrían camino a la fuerza o con remos a favor de la corriente; como no podía unir sus dos orillas, dado que era ancho y de corriente violenta, tras situar en sus dos orillas dos puestos fortificados, en lugar de puente hizo suspender mediante pequeñas cuerdas las vigas a cada uno de los puestos y las soltó a lo ancho del río, llevando clavadas de forma apretada espadas y dardos. Y ellas, al estar girando continuamente por la corriente, que chocaba con las espadas y dardos, no permitían pasar inadvertidos ni atravesando a nado, ni navegándose ni sumergiéndose. Esto era lo que deseaba especialmente Escipión, que al no poderse unir nadie ni poder entrar ignorasen lo que tenía lugar fuera, pues

superior del caudal así como la mayor altura de los niveles de base de las aguas de los ríos en la antigüedad. Todo ello serían puntos en favor de la facilidad en el transporte y en la accesibilidad a los cursos fluviales, que constituían el medio de transporte más rápido y menos costoso siempre y cuando las condiciones naturales lo permitieran. Poco más puede decirse sobre el comercio fluvial. Las fuentes mencionan esporádicamente la presencia de embarcaciones sencillas en los ríos interiores: botes de remos y vela, otros confeccionados con simples troncos vaciados, barcas de cuero, almadías flotantes... etc. (Apiano, *Iber.*, 91; Estrabón, III, 3, 7). Podemos pensar en el establecimiento de puertos fluviales más o menos modestos en algunos puntos de la cuenca central duriense donde amarrarían las embarcaciones en diques o plataformas de madera de las que nada se conserva; parece lógico que estos enclaves se correspondieran con los principales vados del Duero, a los que ya nos hemos referido, entre los cuales los de Padilla-Peñañel y Roa toman parte de dos importantes ciudades vacceas que han sido objeto de excavación.

El Tajo es la otra gran arteria de comunicación este-oeste, que une los territorios arévaco y lusitano a través del espacio intermedio de carpetanos y vetones. Su trazado y su relieve no son tan adecuados para la navegación como el Duero, pero en cualquier caso representa un camino vital para la comunicación meseteña, tal como se sigue de las penetraciones iniciales romanas en la primera mitad del siglo II a.C. Además, la región de la desembocadura del Tajo es una zona fértil con gran riqueza agro-pecuaria y mineral, donde se ubican enclaves de la talla de *Olissipon* (Lisboa) o *Salacia* (Alcácer do Sal), en la boca del vecino río Sado. Este último punto tiene gran importancia arqueológica aunque su conocimiento es más que insuficiente, pues sólo hay noticias parciales de la necrópolis y de viejos hallazgos de gran espectacularidad (Costa Arthur, 1952; Schüle, 1969: lám. 95-97). Alcácer do Sal muestra destacadas conexiones con la meseta occidental vetona que se traducen entre otros datos en paralelos cerámicos y armamentísticos desde el s.V a.C., caso de la conocida variedad de espadas de antenas atrofiadas y de las puntas de lanza del mismo nombre. Desde este puerto de la Lusitania atlántica se introducen remontando el Tajo una serie de elementos comerciales y culturales de relieve. En este sentido, A. García y Bellido (1966b: 511-512) pensaba, siguiendo la noticia de Diodoro (V, 34, 2), que los mercaderes transportarían el vino desde el sur por el Atlántico hasta la desembocadura del Tajo-Sado, ascendiendo el Tajo por medio de barcos de ribera hasta el interior de

---

de esta forma carecían de alimentos y de todo tipo de recursos" Apiano, *Iber.*, 91 (traducción Gómez Espelosín, 1993:

Lusitania y Vetonia, lugares en los que venderían su mercancía. El recorrido planteado por García y Bellido para la difusión del vino en el interior parece demasiado complicado; resulta más lógico estimar, así al menos opinamos nosotros, que el vino arriba a Celtiberia a través de la vía Ebro-Jalón, aunque tampoco hay que descartar otros eventuales itinerarios desde Andalucía y Levante por Oretania o Carpetania (*vide supra*). Interesante es la propuesta de F. Quesada que sugiere que Alcácer do Sal fue un centro de reclutamiento de mercenarios ibéricos del occidente peninsular desde el s.IV a.C. debido a la destacada presencia de material de sabor mediterráneo en sus alrededores: cerámicas áticas de figuras rojas, monedas griegas y armas ibéricas como las falcatas (Quesada, 1994a: 203). Por otra parte no hay que olvidar que esta zona atlántica poseía gran potencial salinero y fue afamada en tiempos romanos por sus salinas e industrias de salazón (de Francisco, 1989: 278-286; Edmonson, 1987: *passim*). Tal vez no sea aventurado pensar en la explotación de la sal en tiempos anterromanos y en su distribución comercial desde estos puertos y a través del Tajo hacia el interior peninsular, en zonas ganaderas tan necesitadas de este producto como la Vetonia.

A parte de los grandes ríos conectores de distintos territorios etno-culturales, los afluentes y los cursos locales también juegan un importante papel en una escala más interna. Por ejemplo en el espacio vetón ya nos hemos referido a que algunos ríos con recorrido extremeño<sup>19</sup> abren en sus valles el paso hacia la meseta norte: el Alagón, el Jerte, el Alberche...; otros con dirección norte-sur más marcada constituyen vías de orientación paralela a la de la Plata, lo que puede decirse del Ibor en Cáceres, del Tormes en Salamanca; en el sector noroeste del Huebra o del Águeda que dan paso al mundo galaico-astur y en el noreste del Trabancos, Zapardiel y Adaja que arriban a las esferas vaccea y arévaca. Otras veces los valles fluviales siguen el recorrido este-oeste, caso del Tiétar; vía natural de gran trascendencia en la comunicación interna del espacio vetón al constituir un camino que corre paralelo al Sistema Central por fértiles tierras aprovechando una orografía suave con bajas cotas (300-400 m.), y que empalma con la Vía de la Plata de la

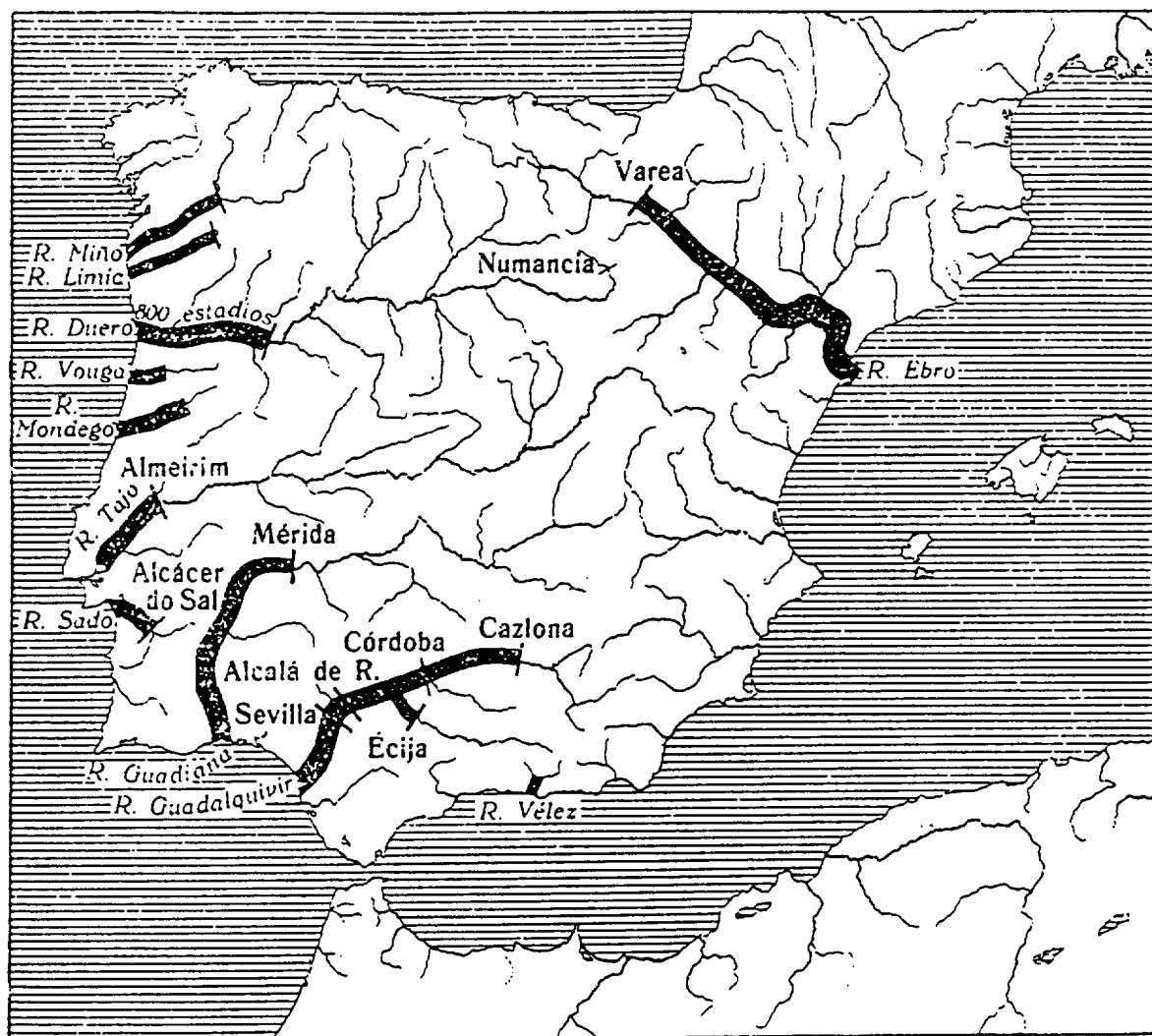
---

117-118).

<sup>19</sup> En la comunicación fluvial de Extremadura ha hecho especial énfasis Barrientos Alfageme: "En un país de fronteras y caminos los ríos adquieren una particular relevancia. No existe más clara referencia para delimitar un territorio o para conducir un itinerario que las líneas de costa o los cursos de agua. Esto es más cierto cuando los ríos se encuentran perfectamente jerarquizados. (...) Si Extremadura ha podido definirse como tierra de transición o de paso, el carácter de sus ríos ratifica tal apreciación. El intercambio, la comunicación y el peregrinar, enriquecen a los hombres y a los pueblos. Los ríos extremeños son peregrinos y emigrantes, caminos y mercados. Pero, además, son sin duda los primeros transeúntes: desde los confines orientales de la meseta trajeron sus aguas, incrementaron aquí su caudal y se marcharon cotidianamente hacia el Atlántico a través de tierras portuguesas" (Barrientos Alfageme, 1985: 26).

que constituye un ramal perpendicular. En territorio vacceo, fuera del Duero y de algún afluente del Pisuerga como el Esgueva o el Arlanza-Arlanzón, que nacen en la Celtiberia más occidental, la mayoría de los ríos reproducen la comunicación norte-sur. Por el norte del Duero, el eje principal es el Pisuerga, al que siguen hacia occidente el Carrión, el Sequillo, el Valderabuey, el Cea y el Esla. Estas cuencas con pequeñas inclinaciones sobre la dirección principal norte compartida, son escaleras naturales que ascienden desde la llanura vaccea a los territorios septentrionales de turmogos, autrigones, cántabros y astures. Al sur del Duero, los ríos Guareña, Trabancos, Zapardiel y Adaja dan paso a las tierras vetonas, mientras que el Voltoya, el Eresma, el Pirón, el Cega y el Duratón, con orientación este más manifiesta, comunican las estribaciones surorientales del ámbito vacceo con las tierras arévacas de la provincia de Segovia hasta la línea del Guadarrama y los Montes Carpetanos.

Los ríos no sólo marcan fronteras amplias, atraviesan territorios étnicos diferentes y funcionan como vías esenciales de comunicación y comercio. Con otra categoría actúan como límites reales o simbólicos de los poblados a los que se vinculan, representando casi un valor institucional como frontera primera de las unidades básicas de población. Esto es al menos lo que quiere dar a entender Estrabón (III, 3, 7) cuando afirma que las tribus del interior ibérico despeñan a los condenados a muerte y lapidan a los parricidas más allá de las montañas o de los ríos.



**FIGURA 153.** Navegabilidad de los ríos de la Península Ibérica en la Antigüedad según Estrabón (García y Bellido, 1945)

## ***IV- CONCLUSIONES***

Llegados a este punto es hora ya de reunir en unas cuantas líneas los aspectos más significativos que nuestra Tesis Doctoral haya podido deparar. Dado que de manera parcial al término de cada uno de los capítulos se han sintetizado las ideas principales, ahora vamos a hacer una labor de recopilación muy general. Más que un apartado de verdaderas conclusiones -nos asusta el cariz terminante de la palabra-, estas páginas constituyen una recapitulación de consideraciones finales a modo de ensayo. Además, nuestro trabajo no se caracteriza precisamente por lo irrefutable de las interpretaciones introducidas, sino que en muchos momentos lo predominante ha sido el lanzamiento de propuestas que no superan el nivel de hipótesis de trabajo o la apertura de interrogantes que, somos los primeros en reconocerlo, no hemos podido responder con total solvencia. En efecto, se ha preguntado más que dado respuesta a problemas ya planteados, y de ello es buena prueba el tono interrogativo con el que no pocas veces hemos introducido un punto, concluido un capítulo o enlazado un apartado con otro. Para algunas preguntas se han ofrecido soluciones particulares -moderadas unas, arriesgadas otras- que ojalá incentiven réplicas, pues ésa será la mejor señal de que avanzamos en historia. Pero, sobre todo, hemos querido abordar cuestiones que no se habían contemplado previamente y que sin embargo tienen cabida en un tema tan amplio como es el de nuestro estudio: los contactos culturales y la interacción entre los pueblos prerromanos bajo el prisma de la meseta occidental (ámbitos vetón y vacceo), entendidos en un sentido amplio. Un tema que permanecía prácticamente virgen, al menos en lo que se refiere a aproximaciones bajo una perspectiva monográfica y a la vez plural.

Otro aspecto preliminar que no queremos olvidar es el hecho de que precisamente un tema tan dilatado propicia que hayamos tocado muchas y diferentes cuestiones, y que por ello a veces se haya podido perder el hilo conductor del relato o caer en cierto maremágnun de datos. Es cierto, y más aun si tenemos en cuenta que hemos entendido los contactos de la meseta occidental en una dirección doble (de dentro hacia fuera, y de fuera hacia dentro; si bien esta segunda variante en menor grado), y sobre todo que hemos hecho uso de distintas fuentes documentales (literarias, arqueológicas, geográficas y más restringidamente epigráficas) al tiempo que nos hemos servido de modelos interpretativos antropológicos sobre contacto y cambio cultural; todo lo cual, sin embargo, puede -y en nuestra opinión debe- emplearse en la investigación protohistórica.

Enlazando con esto último y antes de pasar a resumir las aportaciones conceptuales de nuestra Tesis, debemos añadir un breve comentario relativo al planteamiento metodológico, a la forma de aproximarnos al objeto de estudio. En este sentido hemos reiterado la necesidad que vemos de una investigación interdisciplinar, requisito acrecentado en un argumento cronológico y cultural como el de estas páginas. No hay duda sobre el enriquecimiento que se extrae de una visión integradora en la que se conjuguen de la mejor forma el testimonio literario, los datos arqueológicos, la información epigráfica o numismática, cuando existen, y el apoyo de disciplinas como la antropología cultural, la etnoarqueología, la lingüística o la geografía, entre otras. Ello no significa caer en un empecinamiento enfermizo por contrastar datos de diferente naturaleza, principalmente el arqueológico con el histórico-literario (*falacia positivista*), a pesar de que así se haya hecho en ocasiones. Esta tendencia supone dar un paso atrás en la investigación y condicionar las fuentes de información a unos objetivos específicos, muchas veces pre-determinados, de tal forma y hasta el punto de que los datos que no se muevan en esa dirección intencionada, carezcan de todo valor y sean obviados.

No siempre es posible disponer de un amplio y variado conjunto documental, como tampoco lo es lograr establecer un equilibrio en la lógica interrelación y adecuación de las distintas fuentes de información. Pero consideramos primordial estar abiertos a esta actitud metodológica de interdisciplinariedad siempre y cuando existan bases y planteamientos adecuados. Trasladándonos de lo general a lo particular, creemos haber demostrado la indigencia deducida de una aproximación a los pueblos vetón y vacceo y a sus formas de relación exterior a partir únicamente del examen de las fuentes clásicas, o, en sentido inverso, el resultado excesivamente objetual, y por ello poco descifrable desde el punto vista del análisis histórico, que se obtiene contemplando aisladamente el registro arqueológico. A estas alturas, ¿debemos seguir pensando que los vetones mataban el tiempo de dos únicas maneras: durmiendo o luchando, a decir de Estrabón (III, 4, 16)?, ¿mantenemos que los vacceos no conocieron otra actividad económica que la del colectivismo agrario, según se desprende de Diodoro (V, 34, 3)?, ¿no dudamos de que todos los hallazgos exóticos en la meseta occidental son fruto de rapiñas y robos guerreros, tal como se ha venido suponiendo?, ¿asumimos sin más, haciendo la lectura más directa posible del registro arqueológico, que las importaciones presentes en tumbas meseteñas identifican a individuos inmigrados o extranjeros en su totalidad?, ¿no planteamos



objeción a que la celtiberización fue la única corriente cultural que llega a estas tierras de poniente, especialmente al territorio vacceo, como ha mantenido la bibliografía hasta no hace mucho?...; o más globalmente, ¿es correcto suponer que en los pueblos que estudiamos las formas de contacto interregional adquieren sólo dos posibilidades extremas derivadas de una interpretación lineal de las fuentes de información; a saber, 1) a partir de los textos clásicos: la inaccesibilidad y el aislamiento guerrero (Estrabón, III, 3, 8), que es lo mismo que decir autoctonismo acérrimo hasta el final de la conquista romana; o bien, 2) a partir de los testimonios arqueológicos: la anulación total y pérdida de identidad cultural ante la expansión de grupos superiores, caso de los celtíberos arévacos, evidenciada en las cerámicas celtibéricas y en ciertos tipos de armas, que es lo mismo que decir difusionismo invasorista?...

Confiamos que nuestro trabajo haya servido para ver que la realidad es más compleja que la mostrada por tales planteamientos absolutos. Aun tratándose de un mundo interior sin prácticamente contacto directo con agentes de civilización mayor como son griegos o púnicos, las opciones en las formas de relación van mucho más allá que las simples ideas de rechazo o imposición; igualmente creemos que el trasfondo de la interacción tiene gran importancia en la construcción, transformación y dinamización de las sociedades meseteñas.

Pero vayamos por orden. Antes de sintetizar los mecanismos y los efectos de los contactos hagamos un repaso del contexto de ambos pueblos, tarea que ha ocupado la primera parte del trabajo.

El espacio geográfico del occidente meseteño está ocupado en la Protohistoria Final por dos pueblos principales, vetones y vacceos, cuyos territorios acaban por integrarse en el esquema administrativo romano una vez finalizada la conquista del interior peninsular.

I-1 El grupo vetón se asienta sobre tierras salmantinas, abulenses, la mitad oriental de la provincia cacereña y el occidente toledano hasta tocar marginalmente en algún punto el curso del Guadiana como límite meridional. Es éste un marco muy montañoso en su franja central debido a la presencia de las sierras de Ávila, Gredos, Béjar, Gata y Peña de Francia que conforman el Sistema Central en el espacio vetón y que lo dividen en dos vertientes diferentes: las llanuras salmantina y cacereña, pero culturalmente hermanadas, por lo menos en lo que confiere a la franja que va desde el sur del Duero hasta el sur del Tajo. Estamos ante un territorio que, por lo acusado de su relieve central, resulta poco apto para el cultivo desde un punto de vista general, aunque lo es en algunos sectores bien regados en torno al Tajo, corriente que jalona el ecuador vetónico con dirección paralela a la Cordillera Central un poco más al sur, y a sus afluentes principales del lado norte, el Tiétar, el Alagón o el Alberche. El predominio de dehesas, arboledas, jarales y pastizales confiere a este paisaje algo adusto el medio ideal para el desarrollo ganadero. Estos rasgos determinan en buena parte el aprovechamiento del suelo, el trazado de las vías de comunicación y los modelos de asentamiento de sus pobladores.

No decimos nada nuevo si reconocemos las dificultades que existen en la delimitación de los territorios de los grupos prerromanos de la Península, pues son ámbitos imprecisos y variables. Sin embargo, tanto las noticias de las fuentes como algunas pistas arqueológicas identificativas de lo vetón coinciden, si no en recortar un espacio exacto, sí en apuntar un área de relación de este grupo poblacional en la superficie antes aludida, circunscrita por la vecindad de lusitanos a occidente, astures al noroeste, vacceos al norte, carpetanos al este y célticos y túrdulos al sur. En definitiva, una frontera étnica múltiple definida desde dentro por la suma de fronteras menores, las de los núcleos de población en relación a sus territorios de explotación. No está probado que estemos ante unidades estatales *sensu stricto*, pero sí constituyen enclaves de carácter proto-urbano desde donde se organiza la distribución poblacional y territorial en conformidad con el funcionamiento socio-económico vetón.

El semblante de este pueblo en las fuentes literarias es el propio de gentes guerreras y primitivas. Su testimonio literario es escaso e incluso anecdótico. Cuando dejan de combatir a Roma, casi siempre en colaboración con otras entidades indígenas, decrece su interés hasta prácticamente desaparecer de los textos clásicos, que los habían alumbrado

luchando inicialmente en los albores del s. II a.C al lado de celtíberos, vacceos y carpetanos, y a mediados de la misma centuria secundando a los lusitanos en sus correrías hacia el Mediodía. Estas crónicas de conquista hablan de un pueblo belicoso, sí, pero también de un pueblo próximo y solidario con otro grupos enfrentados a Roma. La concomitancia de unidades indígenas contra Roma en muchos casos debe traducirse, teniendo en cuenta la concepción ideológica de las fuentes y los testimonios de contacto ofrecidos por otros registros informativos, en una proximidad cultural de las mismas y en un mundo de relaciones paz-guerra de gran interés, con una intensidad pocas veces sospechada y que en algunos casos se remontan varios siglos antes de la presencia romana.

Hasta cierto punto esto habría sido facilitado por la posición geográfica de este grupo, al igual que ocurre con el pueblo vacceo. Según la información de corte geográfico, el territorio vetón es una tierra de paso, un espacio interior a modo de cuña entre Celtiberia y Lusitania, hollado por el eje principal del Tajo y que tiene en el Duero la puerta de acceso a las tierras de astures y otros grupos del noroeste. A fin de cuentas estamos ante el cerco aproximado de una antigua unidad étnica articulada dentro de los esquemas administrativos más occidentales del principado romano, que es básicamente la época en que escriben Estrabón y algo después Plinio, los autores más provechosos en este tipo de información.

Si marginal y deformada resulta la *realidad indígena* que del pueblo vetón retratan los clásicos, no menos oscura se nos presenta la interpretación sobre el origen de estas gentes. A pesar de ello, hoy podemos asegurar que la orientación invasionista celta que hacía de la exégesis vetona la propia de un pueblo de arcaico entronque indoeuropeo, sometido y arrinconado por celtas venidos en posteriores oleadas, deja de tener sentido. En su lugar, la propuesta es entender que se trata de un largo y complejo proceso de formación etnogenética enunciado a partir de dos elementos principales: el sustrato local y los influjos exteriores de distinta dirección que perfilan una construcción cultural de cierta particularidad, no exclusiva y sí estacional, porque la adopción de nuevos elementos la hace evolucionar continuamente. El arranque de este proceso se fija en el Bronce Final, donde se detecta una base cultural y poblacional originaria del Bronce Pleno, para pasar a desarrollarse durante todo el Ier milenio a.C. A través del examen diacrónico de la secuencia arqueológica de este territorio, obtenemos un registro que va desde el Bronce

Final Atlántico y sobre todo la emblemática cultura de Cogotas I, pasando en el Hierro Antiguo por el importante horizonte orientalizante en el sector meridional y el de Sanchorreja (II) en el septentrional, hasta, cruzado el ecuador del s. V a.C., la cultura oppidana de Cogotas II que ratifica la unidad de esta parte de la meseta occidental sin romper plenamente con vínculos meridionales post-tartésicos, tal como antes se pensaba, aunque ahora la dirección de los contactos con la esfera costera se desplaza hacia el sureste donde hace poco tiempo que está fraguando la cultura ibérica. En este recorrido es perceptible la idea global de continuidad, o al menos la de un desarrollo sin hiatos insuperables. A partir de lo mismo, proponemos fijar el arranque del grupo cultural que luego las fuentes denominan vetón por lo menos en los ss.VII-VI a.C., si no antes, y referirnos al período que va desde entonces hasta el s.III a.C. en que los textos citan ya a los vetones como protagonistas con *nómina histórica*, como estadio proto-vetón; en el sentido de ser la antesala de la cultura que en el mismo espacio geográfico y con, poco más o menos, los mismos *mimbres*, *bagajes* y *aperos*, reconocemos ya consolidadamente en vísperas de la romanización de aquellas tierras.

El *corpus* arqueológico vetón se corresponde con la cultura de Cogotas II de la Segunda Edad del Hierro y tiene sus características más representativas en los siguientes elementos. En lo que concierne al poblamiento, el *oppidum* constituye el asentamiento principal. Se define como enclave amurallado de considerable tamaño sobre un punto estratégico económica y territorialmente, bien en área montañosa (provincias de Ávila o Salamanca) o en llanuras ribereñas (sector cacereño). Entre otros rasgos, quizá los más sobresalientes sean su sistema defensivo, con varias líneas murarias, la presencia de recintos ganaderos y áreas artesanales en la periferia con respecto a la zona central de residencia, su amoldamiento al medio desde el punto de vista del asentamiento y del aprovechamiento, y, en un plano operativo, su funcionamiento como unidad de ordenamiento socio-político y de explotación económica. Los lugares de Sanchorreja, Las Cogotas, Mesa de Miranda, El Raso, Cerro del Berrueco, Villasviejas del Tamuja, La Coraja o Arroyo Manzanas son los yacimientos mejor conocidos. En igual o incluso superior grado que los hábitats, las necrópolis vetonas de incineración, compuestas por sectores de tumbas correspondientes a diferentes grupos familiares, son un campo de expresión de gran riqueza e interés. Entre ellas destacan las clásicas de La Osera y Las Cogotas, junto a las más recientemente estudiadas de El Raso, El Mercadillo, El Romazal, La Coraja y Pajares. Buena parte del

volumen ergológico recogido proviene de los cementerios, donde se depositan como ajuar algunas de las piezas que por morfología o por estilo decorativo pueden tomarse casi como emblemas culturales del grupo vetón. Es lo que cabe afirmar dentro de la producción alfarera, para las cerámicas a mano decoradas con ricos motivos incisos a peine, que por descontado no es la única variedad, pues también abundan piezas a torno a partir del s.IV a.C. y decoraciones estampilladas, pintadas, con técnicas mixtas, amén de cerámicas comunes lisas. Al lado de la cerámica, otro de los rasgos característicos de la cultura material vetona es el armamento. La variedad de espadas, principalmente de antenas atrofiadas, y también de lanzas, puñales y escudos, en ocasiones de gran calidad técnica, dan cuenta del valor social y simbólico de las armas en aquellas gentes, toda vez que mayoritariamente se exhuman en contextos funerarios formando parte de ajuares minoritarios y jerarquizados. Siquiera de pasada habría que citar otros objetos, caso de los arreos de caballo asociados también a las tumbas más notables, de útiles laborales que nos hablan de vocaciones económicas, de objetos de adorno en bronce (fíbulas, placas de cinturón...), de la orfebrería áurea (arracadas, diademas...) que adquiere alto desarrollo en el sector meridional vetón con creaciones locales que mantienen reminiscencias meridionales, etc. Pero la manifestación probablemente más singular de estas tierras viene representada por los zoomorfos de granito que comúnmente denominamos verracos. Hemos contemplado a estas esculturas de bóvidos y suidos que empiezan a labrarse aproximadamente desde el s.IV a.C. y que perviven hasta tiempos altoimperiales asociadas a contextos funerarios, como *ideograma* cultural amplio. Con ellos la figuración zoomorfa, en general, debe entenderse como ornamento y símbolo emanados del modelo económico vetón, una de cuyas mayores fuentes de riqueza es precisamente la ganadería; pero al mismo tiempo los verracos son sobre todo deudores del sentir religioso de aquel pueblo.

En lo que se refiere a la personalidad funcional, creemos haber mostrado que el grupo retratado en los anteriores rasgos afines, se le debe relacionar con una economía eminentemente mixta. En ella desempeña un gran papel el sector ganadero, si bien no se trata de la única actividad económica. Las cabañas ovicaprina, bovina, porcina y equina atestiguadas en datos faunísticos, literarios y arqueológicos, hacen pensar en líneas generales en una masa ganadera extensa, variada y de calidad, de la que no estarían ausentes excedentes con los cuales los grupos dirigentes de las comunidades vetonas potenciarían relaciones con el exterior. También significativas son las labores mineras y

metalúrgicas desarrolladas en determinadas zonas, como el noroeste salmantino, la penillanura cacereña o el occidente toledano, con importantes afloramientos de estaño, plata, cobre, hierro y oro. A esto hay que añadir focos minerales más locales cercanos a yacimientos importantes como El Raso y noticias de las fuentes, como por ejemplo las relativas a los placeres fluviales. Los procesos de explotación todavía son bastante desconocidos, pero hay datos que permiten pensar que algunas producciones metalúrgicas alcanzaron circuitos comerciales regionales; principalmente con base en el oro y en el hierro, que constituyen los minerales más importantes del solar vetón, tal como ponen de manifiesto la singular orfebrería en la que el oro tiene un papel protagonista, y los conjuntos de armas, arreos y útiles laborales, refrendo de la fuerza de la siderurgia local. El panorama económico se completa con el desarrollo de una agricultura de autoabastecimiento aunque importante en ciertas regiones con medio-ambiente adecuado (testimoniada en hallazgos de grano calcinado, ruedas de molino, aperos de labranza y vasijas de almacenamiento), con labores de recolección y caza, con actividades artesanales como la textil, la molienda y transformación de alimentos, el trabajo de la madera, la cantería y la dedicación alfarera, y con el funcionamiento de un comercio interno más o menos elemental. De hecho, un reflejo de esta realidad económica compuesta viene dado por la variabilidad en el patrón de asentamiento vetón antes señalado: con hábitats en alto, adaptados a una actividad eminentemente ganadera, pero también en conexión con rutas comerciales debido al control visual y a su posición estratégica; y poblados en llano que deben ser analizados en relación a variantes económicas como la agricultura en áreas muy determinadas y, sobre todo, la minería.

A esto se suma el hecho de que el vetón es un pueblo con evidentes muestras de jerarquización social, en el que se distingue de entrada un grupo minoritario y privilegiado que atesora riqueza a través del control de las fuentes económicas (ganadería, explotación minero-metalúrgica, comercio...) y gracias también a los contactos exteriores entre los que hay que situar el servicio guerrero. Parte de su poder se lee en los ajuares funerarios y en determinados elementos que connotan autoridad y prestigio, como el caballo, ciertos objetos importados y sobre todo las armas; pues, en efecto, esta élite se identifica con una conducta guerrera, al menos a través de la iconografía de las sepulturas más notables. Una imagen tardía y particular de este grupo viene representada en los jerarcas militares que las fuentes alumbran en el occidente hispano desde el s.II a.C. Tras éste, se articulan otros

niveles sociales, probablemente escalonados aunque no sabemos con seguridad en qué forma, que tienen su base en una mayoría de población más empobrecida, por circunstancias socio-económicas y políticas, pero que no nos atrevemos a calificar de *esclava* en el sentido absoluto del término. Los clásicos asocian a este contexto de miseria prácticas tan características de la Iberia indígena como el bandolerismo o las correrías bélicas, apoyándose también en tópicos sobre la dureza de las tierras de montaña y la agreste forma de vida de aquellas gentes. Sin embargo, puede que parcialmente y sin negar la existencia de grupos socialmente deprimidos, los textos camuflen en estos comportamientos una serie de movimientos indígenas guerreros pero también con otras motivaciones culturales más amplias, que los escritores clásicos desconocen o no asumen, pero que pudieran no corresponderse siempre con las ideas de marginalidad, penuria y barbarie, y sí comprenderse dentro de un contexto de relaciones interregionales que hemos abordado en la parte final de nuestra Tesis y que resumiremos un poco más adelante. Siguiendo con la sociedad, desde el punto de vista interno los vetones parecen agruparse en unidades familiares no excesivamente amplias, tal como indica la epigrafía siglos después con las tradicionales gentilidades, que, aunque herederas de una realidad indígena, manifiestan una evolución en el tiempo y una transformación cuyo alcance nos sigue siendo desconocido; además, estas agrupaciones familiares no están reñidas con otros planteamientos sociales en vías de consolidación, de tipo territorial, poblacional o político-jurídico. En relación con esto último, el poblamiento se distribuye en unidades políticas independientes representadas por los grandes *oppida*, frecuentemente complementarios y estrechamente relacionados. Unidades que, sin ser tenidas por formaciones estatales plenas, sí parecen estar en el camino hacia una configuración socio-política más desarrollada, en el sentido que señalan costumbres y prácticas como la hospitalidad, los acuerdos pactados, los ejercicios jurídicos, la constatación de figuras representantes de la comunidad, caso de magistraturas y caudillajes, etcétera.

En lo espiritual, y a pesar de las dificultades inherentes a este campo de investigación tan poco tangible, el grupo vetón poseyó una marcada personalidad. Por una parte hay que destacar su constatada creencia politeísta, con numerosas divinidades originariamente vinculadas a un grupo familiar, a un lugar, a un accidente geográfico, a un elemento natural... De una extensa nómina de dioses indígenas testimoniados por la epigrafía, *Ataecina* y *Vaelicus* sobresalen como la pareja principal del panteón vetón. A

estas creencias, los vetones, como tantos otros pueblos ibéricos, *adornaron* con múltiples ritos y cultos expiatorios (sacrificiales, astrales, naturalistas...), hoy de reconstrucción imposible, pero en los que cabría ver elementos continentales y mediterráneos. Su escenificación vendría dada en lugares con una geografía prescrita, caso de Ulaca, cuyas estructura constituyen probablemente el mejor ejemplo de santuario intraurbano plenamente indígena. Sin embargo, estas áreas sacras perviven en el tiempo hasta el punto de que hoy hallamos traza de su antiguo sentir religioso en parajes cuya *interpretatio* religiosa no es la primigenia. En este sentido los enclaves de San Juan y San Bernardo en Postoloboso (Candeleda, Ávila) y Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) representan perfectamente la continuidad religiosa desde tiempos protohistóricos, como sedes principales del culto a *Vaelicus* y *Atacina* respectivamente. Hemos dedicado especial atención al primero de estos emplazamientos, Postoloboso: un santuario rural asociado en primera instancia al vecino *oppidum* de El Raso a través del arroyo que los pone en comunicación simbólica. Proponemos, con más dudas, que también pudo funcionar en un sentido extenso como centro neutral de reunión e intercambio interregional, por la aparición de ciertas piezas de sabor ibérico en sus proximidades y sobre todo por su especialísima ubicación geográfica de frontera entre distintas regiones naturales y de punto de paso entre las dos mesetas, pues se localiza en los pies de la sierra de Gredos, a orillas del Tiétar, en un espacio llano en línea directa con el puerto de Candeleda.

**I-2** El segundo pueblo que englobamos en la meseta occidental es el vacceo, vecino septentrional de los vetones. La llanura central del Duero es el asiento nuclear de este grupo, en concreto el territorio que hoy comprenden las provincias castellano-leonesas de Valladolid, por completo, Zamora, en su mitad oriental, Palencia, con excepción de la parte norte, el noreste de Salamanca, el extremo norte de Ávila, la franja occidental de Segovia y el sector suroccidental de Burgos que limita con el sur de Palencia y Valladolid. Esta gran cuenca sedimentaria es un paisaje de páramos, cuevas, valles y campiñas que esculpen una geografía de dilatados horizontes, con suelos ricos en arcilla susceptibles de intenso aprovechamiento cerealístico y muy propicios para el desarrollo de artesanías alfareras. Las unidades principales de este espacio son los páramos calcáreos de Torozos y Cerratos, en cuyos bordes toman asiento los principales enclaves vacceos, las campiñas interiores de las Tierras de Campos, Pan, Pinares y Medina, y una destacada red fluvial



articulada por el eje principal Duero medio-Pisuerga, y secundada por otros ríos con recorrido principal norte-sur (Arlanzón, Carrión, Valderabuey, Sequillo, Cea, Esla...), que vertebran igualmente el poblamiento protohistórico. La ordenación territorial se configura en el espacio vacceo con más fuerza y homogeneidad que en el vetón; a partir de grandes *civitates* separadas ocasionalmente por extensos espacios intermedios baldíos (*vacíos vacceos*) cuyas fronteras, bastante perceptibles y prácticamente de tipo político en tiempos de la conquista romana, al sumarse van trazando el límite mayor y relativo del territorio global vacceo. Este pueblo limita al norte con los cántabros, al noreste con autrigones y turmogos, al este con arévacos, al sur con vetones y al oeste con astures.

Los textos clásicos revelan de los vacceos la imagen de un pueblo con un campo agrícola productivo y comercializable, y un terreno abierto y transitable; un pueblo objeto de expediciones de fuerza cartaginesa; fraterno con los numantinos en su guerra contra Roma y, de esta suerte, azotado por los romanos con campañas destructivas para sus ciudades y campos de cereal, como las de Lúculo, Lépido o Escipión contra *Cauca*, *Pallantia* e *Intercatia*. Por eso nos hemos referido al país vacceo como tierra de auxilio y, de lo mismo, tierra de castigo. Además de con un singular sistema de producción agrícola (el *colectivismo agrario*) y con el rito expositorio de guerreros caídos en combate, los vacceos se asoman en las fuentes con un mosaico poblacional de ciudades extensas y consolidadas. En definitiva un pueblo culto y urbano, algo alejado del cliché indígena de la etnografía estraboniana, que mantiene una red de contactos con otras entidades meseteñas, especialmente con los arévacos. Todo lo cual explica que, ahora sólo a la luz del testimonio clásico, este pueblo se nos muestre ya con personalidad y brío.

Respecto al origen, somos de la opinión de que en la actualidad no se mantiene el argumento de las oleadas celtas para explicar la génesis de los vacceos, y tampoco debe seguir atándose étnicamente la entidad vaccea al grupo celtibérico, en concreto a la nación arévaca, en la línea propuesta por Bosch Gimpera y Wattenberg. Vacceos y arévacos son grupos diferentes, si bien emparentados culturalmente y partícipes de acciones comerciales y militares conjuntas; lo cual no son conceptos excluyentes. Frente a esto, al igual que hemos indicado para el caso vetón, la opción es analizar la formación cultural y étnica de aquella región desde el Bronce Final hasta la romanización, y ver cómo afectan al sustrato local una serie de componentes culturales tomados por influjo externo; esto es,

aproximarnos a la etnogénesis vaccea. Si cabe con algo más de claridad que en el espacio vetón, en la llanura media duriense la continuidad y la homogeneización caracterizan un proceso acumulativo desde fines de la Edad del Bronce, cultura de Cogotas I, sobre todo en la Primera Edad del Hierro, donde se desarrolla la cada vez más potente cultura de Soto, hasta la eclosión de la cultura ya propiamente vaccea del Hierro II. En nuestra opinión ésta última no es ni más ni menos que la consolidación del horizonte anterior soteño al que, en este sentido, denominamos estadio proto-vacceo; en esta consolidación tienen cabida algunas transformaciones entendidas mejor como *maduraciones*; por ejemplo, la nuclearización y el engrosamiento del hábitat soteño, el arranque del estilo peinado, la herencia de influjos meridionales... etc.

Los trabajos arqueológicos sobre todo de prospección y de análisis territorial, verifican también el carácter esencialmente urbano de los enclaves vacceos. Estos *oppida* de grandes dimensiones que pueden hacerse corresponder con verdaderas ciudades o *civitates*, son prácticamente el modelo único del asentamiento vacceo y el punto de referencia para la explotación económica del medio y para la concentración de la sociedad. Aunque insuficientemente excavados, núcleos de la categoría de Roa de Duero, Cuéllar, Coca, Medina del Campo, Montealegre de Campos, Las Quintanas de Padilla de Duero, Soto de Medinilla, Las Quintanas de Valoria la Buena o el zamorano de Dehesa de Morales, por citar los más representativos, funcionaron como centros políticos independientes que hacen gala de una estructuración urbana elaborada, en la que se distinguen áreas de especialización laboral y zonas de hábitat bien organizadas.

Menos se sabe de las necrópolis vacceas, aunque los últimos trabajos llevados a cabo en el cementerio de Las Ruedas, asociado al lugar de Las Quintanas en Padilla de Duero, están mejorando considerablemente el conocimientos del mundo funerario vacceo. Además de pautas coincidentes con el rito vetón (caso de la generalización de cremaciones secundarias en hoyos cubiertos con lajas o estelas, o de la tendencia al agrupamiento de tumbas por sectores...), en el espacio vacceo destacan rasgos como una menor presencia de armas -aunque siguen apareciendo en sepulturas notables-, la constatación de formas cerámicas especiales de presumible carácter cultual, y sobre todo la miniaturización de algunas piezas de ajuar, tanto cerámicas (bandejitas, vasitos geminados, cajitas tetrápodos) como metálicas (tijeras, parrillas, cuchillos, pinzas), amén de la presencia de otros

elementos claramente rituales, como los *simpula* (conjuntos de Palenzuela, Las Ruedas y Cuéllar). Parece que estas conductas, junto a otras como la despreocupación en la deposición de las cremaciones, tienen lugar sobre todo en momentos tardíos, acaso en relación con la primera presencia romana que sin embargo no interrumpe drásticamente el uso de las necrópolis indígenas. Los ajuares funerarios revelan junto a otros hallazgos procedentes de hábitats, los que podemos considerar elementos más característicos del conjunto material vacceo. Además de lo dicho, han de señalarse principalmente la riqueza morfológica de la cerámica vaccea, la adaptación propia del estilo peinado impreso, la extensión de la cerámica pintada celtibérica, y, dentro de la metalistería, el puñal del tipo Monte Bernorio que es el modelo armamentístico más característico de la región, y el trabajo de la plata puesto de manifiesto en joyas (brazaletes, torques...) que componen una serie de tesorillos tardíos de gran trascendencia histórica y artística.

Noticias arqueológicas y literarias, amoldadas al potencial natural del territorio vacceo, permiten sostener que en este pueblo la especialización económica es una realidad desde unos siglos antes de la llegada de los romanos. Una economía compleja y evolucionada en grado mayor a lo precisado para los vetones, que parece tener su parcela más deficitaria en la explotación minera. La base es la agricultura, principalmente la cerealística, aunque no hay que descartar la existencia de cultivos de regadío. El testimonio de Diodoro de Sicilia sobre el particular régimen agrícola y los más novedosos datos arqueobotánicos y arqueológicos confirman el carácter superior del campo vacceo, la despensa de Numancia según las fuentes de conquista. De hecho, el manido *colectivismo agrario vacceo* ha de interpretarse como un sistema reconocido en tiempos de la guerra celtibérica -si bien no hay que descartar su puesta en funcionamiento en fechas anteriores-, que depara un resultado excedentario con el cual los vacceos abastecen las demandas alimenticias de los numantinos (imagen literaria que traduce un comercio tradicional establecido con otros pueblos a partir de la circulación de cargas de cereal), pero que provoca al mismo tiempo acciones de ataque y acopio de otros grupos; al fin y al cabo otra forma más de contacto cultural. Sin olvidar actividades aparentemente más modestas como la recolección silvestre, el trabajo sobre hueso y madera y con otro presupuesto la platería, consideramos que la particular organización socio-política y el medioambiente de las comunidades vacceas posibilitaron en tiempos de bonanza una producción excedentaria no sólo en la agricultura gramínea, sino además en ciertos sectores ganaderos (ovino según los

textos clásicos, bovino según el análisis zooarqueológico), en la manufactura cerámica (pujante y especializada tal como reflejan la proliferación de vajillas y los alfares descubiertos) y, tal vez aunque reconociendo lo precario de su evidencia, en la industria textil. Efectivamente, sobre estos géneros se articula la oferta del mercado vacceo.

Este funcionamiento económico se conjuga con una sociedad jerarquizada, a pesar del pretendido colectivismo mantenido por parte de la historiografía a partir del comentario diodoreo. En primer lugar las fuentes literarias apuntan la distinción de un *grupo oligárquico* o consejo de notables, encargado de los órganos de poder y de la representatividad de su comunidad; algo corroborado más parcialmente por el análisis social de necrópolis como la de Las Ruedas, donde se diferencian al menos tres grupos según la categoría de los ajuares, a cuya cabeza se sitúa una élite social y política definida por las armas más espectaculares. Eso sí, parece que el sector de artesanos y comerciantes muestra aquí una representatividad más nítida y consolidada que en la sociedad vetona. Entre los vacceos, posiblemente también de forma más acusada que entre los vetones, los lazos familiares sin duda existentes no están reñidos con la eclosión de organizaciones socio-políticas más complejas y con la consolidación de unidades territoriales plenamente afianzadas. Por último, costumbres bien arraigadas en la sociedad vaccea como la solidaridad, la asistencia, la hospitalidad o la clientela, explican en sus respectivos lenguajes la apertura de las comunidades del Duero a vanguardias externas (traducidas en elementos poblacionales, culturales o comerciales); lo cual se ve confirmado en otro tipo de testimonios a los que enseguida nos vamos a referir.

Antes, y para concluir el ensayo sobre el grupo vacceo, hemos de apuntar que se presenta muy borroso el semblante religioso de estas gentes. Así, sólo podemos singularizar creencias opacas, entre las que las fuentes citan dioses garantes de los pactos y otros de carácter astral anunciados en la anécdota de aquel combate que los palentinos interrumpen por un eclipse lunar, y ritos faltos de una reconstrucción final, caso de las inhumaciones infantiles bajo las casas, los sacrificios animales que parecen estar presentes en ceremonias funerarias y sobre todo la exposición de cadáveres guerreros para ser descarnados por los buitres...

Sobre este marco geográfico, cultural y funcional que unificamos en la referencia a la meseta occidental, bajo la cual se esconde no obstante la presencia doble de vetones y vacceos con analogías y diferencias que han sido observadas, hemos estudiado las formas de contacto desplegadas en los siglos inmediatamente anteriores a la conquista romana, *grosso modo* la Segunda Edad del Hierro.

**II-1** En primer lugar hemos atendido a los testimonios de contacto camuflados en las fuentes literarias que, aunque atañen mayoritariamente a momentos romanizados o todo lo más de conquista (sobre todo el s.II a.C), contienen información útil para nuestro propósito. En este sentido, del repaso de este *corpus* documental extraemos las siguientes deducciones principales:

1) La importancia que las alianzas y acciones inter-étnicas tienen en estos pueblos. Constituyen en la mayoría de casos uniones de carácter militar para hacer frente a un enemigo común, las legiones romanas; pero traslucen en ocasiones formas de colaboración tradicionales de considerable peso en el comportamiento socio-político de estos grupos, que Roma interpreta bajo sus presupuestos ideológico-militares.

2) El carácter belicoso con que se describen estas gentes, especialmente los vetones, se adapta a otra modalidad guerrera que es al tiempo una forma de contacto cultural, el mercenariado. Las fuentes hablan globalmente de esta práctica entre los indígenas hispanos. Con base en una aproximación interna y neutral, la *acción mercenaria* descubre en el grupo vetón bajo la forma que hemos bautizado como *élites de auxilio militar*, una actividad que va más allá de ser una correría ocasional (aun no dejando de implicar movimientos guerreros), pues representa un destacado papel en la consolidación de alguno de sus grupos dirigentes y alcanza a veces una repercusión importante en el conjunto cultural y económico de las comunidades meseteñas.

3) De los textos también se extrae la posibilidad de valorar el recurso del matrimonio mixto como instrumento utilizado no sólo por agentes colonizadores, caso de los bárquidas, sino también por comunidades indígenas para establecer alianzas y acuerdos entre sí.

4) Esporádica pero significativamente, a la meseta occidental arriban consumos alóctonos como el aceite y sobre todo el vino, introducidos lentamente por colonizadores mediterráneos. Están restringidos en un principio a las élites dirigentes, que es el grupo que puede acceder a estos productos exóticos y que los va a introducir en sus conductas sociales como elemento de prestigio. Con el tiempo y en aquellas regiones cuyos medios físicos lo permitan, estos cultivos importados acabarán por adaptarse dando lugar a una distribución ya más generalizada; es en ese momento cuando las fuentes greco-latinas transmiten su arraigo en Hispania.

Con otro sentido, la sal es un elemento más bien escaso en la meseta occidental pero imprescindible para el hombre y para el ganado, lo cual determina que estos grupos establezcan conexiones con otras regiones (costeras o interiores), poderes o agentes intermedarios, para la obtención de este producto.

5) Finalmente, las fuentes de conquista nos hablan de un territorio que es meta del objetivo político de cartagineses y -más tardíamente y bajo un proceso de anexión general- de romanos. Es entonces cuando la meseta occidental se abre por primera vez al conocimiento de las potencias mediterráneas. Esto no se produce de manera totalmente accidental... En este sentido, hemos defendido que Aníbal, informado por los oretanos, arriba en el 220 a.C. al Duero vacceo a través del territorio vetón, sirviéndose del camino que más tarde une *Emerita* con *Asturica* y que en esta época pudo ser ya una destacada vía en el tránsito humano y ganadero. La búsqueda de cereal vacceo y tal vez de rebaños vetones -en definitiva el potencial económico de esta región- con los que abastecer a sus tropas de cara a la inminente campaña de la Península Itálica, pudiera ser la explicación que dé sentido a la aventura anibálica, aunque no hay que descartar otras razones adicionales. Igualmente este episodio nos ha servido para comprender un poco la atracción que las tierras entre el Guadiana y el Duero levantan en la iniciativa de grupos foráneos, peninsulares o extrapeninsulares; y para reflexionar desde un punto de vista interno, pocas veces atendido, sobre las posibilidades de comunicación, acuerdo, circulación, interés, recorrido y conquista para aquel tiempo y lugar.

Algo de esto (existencia de redes de comunicación y de circuitos culturales y económicos entre los principales focos meseteños) se sigue de las incursiones posteriores de romanos en este territorio. Los movimientos, por ejemplo, de Lúculo y Escipión sobre la llanura vaccea, o los ulteriores de Sertorio y Metelo entre Lusitania y Celtiberia, cruzando

por tanto tierras vacceas y vetonas, nos parecen en parte la repetición de sendas anteriores. Dicho de otra manera, los recorridos de conquista contenidos en las fuentes literarias responden de lejos y no siempre directamente a viejos itinerarios anónimos que los restos arqueológicos dotan de contenido material y que algunos modelos antropológicos llenan de sentido humano. Esto es lo que ha ocupado buena parte de nuestro trabajo.

**II-2** Los testimonios arqueológicos de contacto constituyen un volumen documental imprescindible para profundizar en estas cuestiones. Nos estamos refiriendo a los objetos y aplicaciones de *sabor exótico* documentados en el registro material de la meseta occidental protohistórica. Hemos catalogado esta información con especial atención a la esfera ibérico-mediterránea, poniendo énfasis en el contexto de aparición de estos elementos dentro de los conjuntos culturales vetón y vacceo. De cara a su análisis diferenciamos tres clases de evidencias:

a) *Piezas concretas*. Variedades cerámicas (griegas, ibéricas...), modelos de armas (falcatas, espadas de frontón, discos-coraza...), recipientes y otros objetos de bronce (braserillos, placas y broches de cinturón, exvotos...), joyería en oro y plata, adornos de pasta vítrea (cuentas, ungüentarios, colgantes en forma de cabeza...), que pueden tomarse como importaciones, imitaciones o adaptaciones locales de prototipos exógenos, según los casos. No hemos dado una explicación a cada una de estas piezas -hacerlo habría sido caer en un recurso muchas veces aleatorio-; contrariamente hemos preferido barajar propuestas globales atendiendo al marco del hallazgo y sin acotar todos los resultados, aunque sí se ha ofrecido alguna interpretación particular. En líneas generales, estos elementos foráneos aparecen en contextos deposicionales relevantes y minoritarios, propios de grupos dirigentes revestidos de poder militar; en su mayor parte se trata de ajuares de sepulturas notables donde tales piezas quedan amortizadas como bienes de prestigio. Los casos más señalados están representados en las necrópolis y hallazgos de La Osera, El Raso y Pajares, y el marco cronológico tiene su *floruit* en el s.IV a.C., aunque arranca de antes y perdura hasta al menos el s.III a.C.

b) *Aplicaciones de carácter técnico y repercusión económica*. Hemos tomado como análisis la extensión del torno de alfar, sobre todo en el s.IV a.C. y por vía meridional, y de hornos cerámicos evolucionados, bien testimoniados en el espacio vacceo; el aprendizaje de

técnicas de talla escultórica traducidas en creaciones típicamente meseteñas -tenidas incluso por emblemas de identidad cultural (verracos)-; y la introducción de novedades agropecuarias de impronta mediterránea, caso de ciertos cultivos (vid y olivo), de faunas doméstica importadas (asno y gallina) y de otros consumos no locales. Todo lo cual verifica que además de objetos mueble, los contactos con el ámbito ibérico posibilitan la adopción de conocimientos técnicos y artísticos que ocasionan un importante efecto en la evolución de las economías locales, a través de mecanismos como la información oral, la instrucción directa o la emulación. Quizá el aspecto más interesante de estos procesos es la interpretación particular que se hace de los nuevos elementos, en consonancia con la realidad socio-económica meseteña.

c) *Transformaciones ideológico-culturales*. Entendidas como el resultado que la eventual aceptación de corrientes externas produce en el devenir de las sociedades indígenas. Ello es especialmente notorio en los grupos de poder local, habida cuenta que son éstos los que en el fondo acceden, dirigen, personalizan o se benefician de las relaciones culturales y comerciales con el mundo ibérico. En este sentido y con especial relevancia en el círculo vetón, se observa cómo la interacción conduce a una intensificación social del conjunto de sus dirigentes. Hemos definido un fenómeno de *aristocratización meseteña* a partir de la particular incorporación que este grupo hace de elementos ideológicos de adscripción foránea (especialmente iberizantes) en comportamientos sociales internos. El uso del vino, de bienes suntuarios, de armas exóticas, de cierto ideal caballeresco, de estructuras funerarias más o menos monumentales (empedrados y otros túmulos carentes de restos funerarios pero con ajuares excepcionales, erigidos a la memoria de personajes relevantes que hallaron la muerte fuera de su comunidad), además de otros aspectos que se nos escapan..., se convierten en *enseñas nobiliarias* que tienen su razón de ser en la atracción que envuelve a lo que viene de fuera. Aquellos individuos que arropan sus formas de vida con estas transformaciones ideológicas marcan la diferencia en sus sociedades. La clave estriba en comprender que, fruto de la interacción con el exterior, estas gentes extraen un atenuante de su poder en forma de beneficio, regalo, concesión o botín, que les convierte en personajes prestigiosos y excepcionales entre sus gentes, de las cuales paradójicamente se van distinguiendo cada vez más.

Con otro alcance, la interacción con el exterior también se manifiesta parcialmente en pautas culturales amplias: desarrollo urbano, adaptación de ciertos elementos



edilicios..., contribuyendo incluso a la consolidación de los grandes *oppida* de la meseta occidental, al favorecer la concentración de la producción económica en un punto nuclear de cara al intercambio comercial, razón que debe sumarse a otras de índole interna y que arrancan de tiempos de la Primera Edad del Hierro. Igualmente la aparición de la escritura, de forma tardía y minoritaria en el espacio que estudiamos, responde a un proceso de aculturación en el que el registro escrito (escritura ibero-meridional para la esfera sur vetona y celtibérica para el espacio vacceo) se introduce desde otras regiones como aplicación de uso restringido que transmite rango y prestigio a quien con ella de una manera u otra se identifica.

**II-3** A medio camino entre la arqueología y los textos, formando parte de ambos testimonios, la epigrafía revela mediante las conocidas téseras de hospitalidad una particular modalidad de aproximación y sociabilidad entre las comunidades indoeuropeas de la antigua Iberia. El hábito de la hospitalidad al que se refieren las fuentes está bien representado en las geografías vetona y vaccea gracias al hallazgo de varias téseras, especialmente indicativas en el territorio vacceo. Aunque no dejan de ser documentos tardíos forjados en un ambiente de romanidad (s.I a.C.), recogen tradiciones anteriores amparadas en la comunicación interregional, a veces entre distancias considerables. Se trata de acuerdos que por debajo de la figuración socio-jurídica que reflejan las *tabulae* más clásicas, en nuestra opinión alcanzan compromisos culturales y económicos que afectan al interés común de grupos diferentes, de ahí su vinculación a través de un referente simbólico (la hospitalidad) que el tiempo permitirá sancionar con el uso de la escritura (tésera epigráfica): la acogida de un extraño en una comunidad, sí, pero también el permiso a circular por un territorio ajeno, la protección de personas y mercancías en tránsito, la asociación entre aldeas o grupos familiares, el compromiso de asistencia mutua... etc. En última instancia Roma va a servirse de este hábito indígena, para, adaptándolo a sus necesidades, encauzar su acción política en la Península.

**III-1** Antes de entrar en el debate sobre las formas de contacto practicadas por nuestros grupos protagonistas, y una vez que ha sido presentada la información que las anuncia, hemos considerado oportuno intercalar un apartado teórico dedicado a la revisión historiográfica de modelos de intercambio en el mundo antiguo y al estudio concreto de dos episodios de la Protohistoria europea donde se observa muy bien la importancia de la

interacción entre esferas regionales: a) los contactos entre la Europa hallstättica y el Mediterráneo (600-400 a.C.) y b) la formación de los *oppida* en el ocaso de la Edad del Hierro continental (150 a.C.-conquista romana). Esto nos ha servido para contemplar una serie de ideas y posibilidades de análisis de gran interés para aplicar o, al menos, tener en cuenta en nuestro propio estudio. Entre ellas destacamos: la realidad de que el comercio es sólo una variante más de intercambio cultural, en absoluto la más representativa, y de que la acción intercultural no siempre debe pensarse entre polos equilibrados y con una entrega proporcional, pues existen vías más heterodoxas de interacción que traslucen asimismo importantes efectos culturales (desplazamientos poblacionales, conquistas y asaltos, prácticas exogámicas...); la trascendencia en el mundo antiguo y en la etnografía del intercambio de regalos, la llamada *economía de bienes de prestigio*, como fórmula de vinculación social dentro de un marco de transacción; la simultaneidad de prácticas de intercambio diferentes en un mismo espacio y tiempo; el aspecto ritual y simbólico que envuelve a los actos de intercambio en las sociedades antiguas; la relevancia que tiene la transmisión de elementos volátiles (conocimientos, modas, ideas, técnicas, literaturas, ritos...) de difícil percepción; el matiz de la adaptación o interpretación local en los procesos de aculturación; el contraste entre las tendencias difusionistas y autoctonistas y la necesidad de un equilibrio; a nivel más particular, la importancia del vino como fenómeno cultural de singular realce en la transformación de las sociedades de la Europa templada; la observación del proceso oppidano celta en relación con el de la meseta occidental, similar en algunos aspectos pero divergente en otros, por ejemplo el cronológico ya que pensamos que el arranque hacia la concentración poblacional y urbana se produce con anterioridad en nuestra área de estudio que en la Céltica nuclear; etcétera.

**III-2** En relación con esto último, la perspectiva temporal, no dudamos en afirmar que los contactos que estamos estudiando a fines de la Edad del Hierro entre la meseta occidental y, especialmente, el mundo ibérico-mediterráneo, además de otras esferas interiores como la Celtiberia, no responden a un fenómeno de nueva creación. Por contra, tienen un antecedente en una serie de movimientos, hasta cierto punto coincidentes, que pueden retrotraerse hasta mediados del II milenio a.C. y que sólo podemos reconstruir arqueológicamente por la falta de otras fuentes documentales. En efecto, tanto la distribución de las características cerámicas excisas y de boquique de Cogotas I desde la meseta hacia zonas levantinas y meridionales a finales de la Edad del Bronce, como algo

más tarde, la irrupción de elementos mediterráneos en los solares extremeño y meseteño occidental debidos al fenómeno Orientalizante de los ss.VII-VI a.C. dimanado de Tarteso y de alguna forma anunciado en nuestro territorio a través de las estelas del suroeste...; ambas fases de contacto en la Prehistoria Reciente, decimos, dan a entender que la meseta occidental es un foco que emite y recibe acciones hacia y desde la Iberia exterior. La clave que las explica no son otra cosa que el potencial económico que esta región tiene (ganados, cereales, oro, más tardíamente hierro...) y el interés que manifiesta para empresas exteriores (paso obligado para acceder a las fuentes del estaño del noroeste, control territorial...). Logicamente hay que tener también en cuenta factores coyuntulares, necesidades del momento, la intensidad de los agentes de interacción, especialmente álgidos en el Período Orientalizante, y el cambio en la dirección de los contactos, traducido en el viraje que aproximadamente en el s.V. a.C. se produce hacia el sureste, foco donde está brotando la cultura ibérica sobre raíces culturales tartesio-coloniales.

Lo importante, una vez más, es comprender el eco que el contacto con el exterior produce en la activación de las sociedades indígenas, que maduran y se transforman en mayor o menor grado sin perder su propia personalidad, tal como confirma la particular absorción que se hace de los influjos foráneos.

**III-3** Consideramos que la interpretación de las relaciones que la meseta occidental establece con ámbitos exteriores debe integrarse en el horizonte más amplio posible. Si diversas son las formas de vida desarrolladas por estas gentes, como hemos visto, plurales también van a ser los mecanismos y agentes de interacción. En contra de lo que la bibliografía ha sostenido tradicionalmente, contemplamos que además de en términos guerreros, las gentes de la meseta también articulan relaciones exteriores con fines pacíficos, diplomáticos y/o comerciales. Por ello hablamos de formas de contacto en tiempos de guerra y, más pioneramente, de formas de contacto en tiempos de paz.

En lo que a la primera categoría respecta, a nadie se le escapa que la guerra es probablemente la forma de interacción más violenta. Los conflictos bélicos son episodios cotidianos en el quehacer de los grupos indígenas, pero nunca son gratuitos toda vez que responden a motivaciones generalmente económico-sociales. La mayoría de las fuentes hacen primar sobre sus fundamentos causales, los aspectos rituales y costumbristas de la

guerra prerromana, acompañándolos en no pocas ocasiones de juicios de valor ideológico. Pero la guerra además, o sobre todo, representa una vía de enriquecimiento económico a partir de la integración en el seno del grupo victorioso de botines materiales, rehenes, territorios o ganados conquistados..., según el carácter que haya tenido la acción. Las variantes son muchas: desde asaltos puntuales y correrías entre colectivos vecinos, probablemente la modalidad más frecuente en el interior de aquellos territorios, ....hasta enfrentamientos abiertos y conquistas temporales entre grupos étnicos extensos. En relación con esto, la guerra es también un escaparate en la proyección de relaciones sociales y de estrategias de dominio. Los grupos de poder meseteños acrecientan su preeminencia en el campo de batalla, tanto más si la acción se despliega con éxito y en el exterior; algo de esto se vislumbra en los ajuares militares de las necrópolis vetonas. Junto a ello, el ingreso de fortunas guerreras en las comunidades locales y las formas de su reparto entre la población, constituyen una exhortación de la competencia socio-política del jefe militar que en este punto se transforma en eje redistribuidor de los bienes sobre la población, al tiempo que va marcando en virtud del criterio de asignación empleado relaciones de dependencia y regulación social (según los casos: entre su séquito guerrero, su grupo familiar o entre la totalidad de habitantes del *oppidum*). El caso del lusitano Viriato, al que por un momento nos hemos referido como *caudillo redistributivo*, es casi una metáfora de la historiografía clásica sobre este proceso de acentuación social que tiene su razón de ser en el prestigio que deparan las acciones de guerra en el exterior y en los privilegios que lo mismo traducen en el ordenamiento interno de los grupos.

La figura de Viriato es excepcional en el tratamiento literario, pero la arqueología de las necrópolis vetonas más importantes, en especial La Osera y El Raso, nos está indicando que estos cabecillas militares no fueron tan esporádicos. De un tiempo algo anterior (principalmente los ss.IV-III a.C.), las sepulturas con ajuares que comprenden armas exóticas (falcatas, espadas de frontón, discos-coraza...) además de otros bienes excepcionales, o las estructuras cenotáficas con conjuntos de similar categoría pero vacías de restos cinerarios, pudieran interpretarse como las propias de aquellas *élites guerreras de auxilio militar*, a las que ya nos hemos referido, que habrían fortalecido rango y poder a través de movimientos guerreros (y no guerreros) en territorios de otras entidades. El préstamo de servicios militares les habría permitido adquirir dentro de sus posibilidades determinados conocimientos, elementos y usos propios de aquellas tierras más próximas a

la costa (Oretania, Bastetania, Contestania), que, si el destino asentía, a su regreso podrían aplicar en sus hogares, con el consiguiente efecto cultural deducible.... Este particular tipo de *mercenariado* tiene poco que ver con la interpretación directa que se hace de la lectura de los clásicos.

Ahora bien, no hay que entender estas relaciones internacionales exclusivamente con expresión guerrera. Paralelamente a la acción de las *élites guerreras de auxilio militar* se llevan a cabo políticas diplomáticas entre entidades, cercanas la mayoría de veces pero también alejadas. Incluso, no debemos descartar que los individuos que protagonizan las actividades bélicas sean los mismos que sellan también con comunidades extranjeras acuerdos, políticas comunes o tratados puntuales..., en el fondo en muchos de estos ejercicios las circunstancias de guerra y paz están tan estrechamente relacionadas que forman parte de lo mismo. El reflejo de estas prácticas es todavía más tenue que el de la acción guerrera, pero encontramos algunos atisbos. El hábito hospitalario ya comentado, los pactos que los indígenas occidentales firman con Roma en tiempos de conquista, de los que se hacen particular eco autores como Apiano, amén de otros testimonios en esta línea, pueden refrendarse con cierta moderación como proclamas tardías (afectadas de intención romana) de usos tradicionales entre entidades indígenas. Además, la documentación material podría avalar esto si, tal como proponemos, piezas como braserillos rituales, vasos griegos, placas de cinturón, ciertas joyas, armas de parada, jarros como el de Montealegre..., se interpretan como regalos diplomáticos sancionadores de un compromiso intercomunitario. La simbología del acuerdo parece estar presente en la iconografía de objetos concretos: especialmente las manos extendidas, emblema de amistad y acercamiento, que encontramos representadas en algunas téseras palentinas y en los bordes y remaches de los braserillos bronceos de ascendencia mediterránea. De hecho, pensamos que esta última pieza funciona como referente material de políticas probablemente comerciales bajo un trasfondo ritual, firmadas entre las élites de los *oppida* vetones y grupos ibéricos del sureste, que habían adaptado el recipiente (tipo II ibérico) y su significado cultural de tiempos anteriores, cuando fenicios y griegos lo introducen en sus relaciones con tartesios e indígenas levantinos (tipo I oriental en la tipología de los braserillos). Desconocemos el lugar donde se subscriben estos acuerdos y la naturaleza de los mismos (¿alianzas militares?, ¿intercambios comerciales que tuvieran que ver con el ganado y las explotaciones mineras?), pero se ha de reconocer el alcance que tienen en

enclaves como Sanchorreja, La Osera, El Raso y, sobre todo, Pajares, donde la cifra de braserillos importados y de imitaciones locales supera con mucho la veintena, con más de diez ejemplares sólo en el yacimiento de la Vera cacereña.

Otro tipo de compromiso intersocial a través del cual se pueden explicar ciertos elementos importados es la exogamia. Además del tímido reflejo que transmiten las fuentes sobre los matrimonios mixtos, la arqueología tiene a veces posibilidades de descubrir este tipo de prácticas. Así, planteamos la hipótesis de que la necrópolis iberizante de El Mercadillo perteneciente al *oppidum* de *Tamusia* (Villasviejas del Tamuja, Cáceres), por la particularidad de sus enterramientos (mayoritariamente femeninos, con urnas plenamente ibéricas, con empedrados tumulares de filiación también ibérica y con una sensación de diferenciación espacial y cultural), podría dar cuenta de la llegada de mujeres bastetanas al Mediodía vetónico como efecto de enlaces exogámicos materializados durante varias generaciones del s.IV a.C., el tiempo de duración de la necrópolis.

La religión es otro factor vinculante a gentes y territorios. Nos hemos referido a través de la epigrafía a la extensión en época tardía de cultos indígenas de raigambre indoeuropea reconocidos en teónimos repetidos por tierras occidentales, y también a la cercanía de esta región meseteña con el noroeste en virtud de la repetición de monumentos religiosos, caso de plataformas pétreas como el *altar de sacrificios* y la *sauna* de Ulaca, además de verracos, por el espacio de astures, galicos y lusitanos. En dirección inversa, la religiosidad también conlleva la aglutinación de creyentes de distintas procedencias en un punto concreto cargado de significación sacra. En efecto, el santuario pudo ser ya lugar de *peregrinación* en el tiempo que estudiamos y en proporciones mayores a las pensadas tradicionalmente. Un movimiento que amparado en la religión también puede traer implícitas la circulación de mercancías y animales, además de hombres, y la celebración de reuniones comerciales y jurídicas... Algo así intuimos en Postoloboso, sede del culto a *Vaelicus*, por las circunstancias geográficas y arqueológicas a las que hemos aludido un poco antes.

Con esto entroncamos el debate sobre la *trashumancia* prerromana. Si en realidad fue una necesidad determinada por el medio-ambiente del Mediterráneo occidental, vemos factible reconocerla en la meseta occidental con matices pertinentes y sin parangón alguno

con la institución mesteña medieval. Para ser exactos, admitimos su existencia en tanto y cuanto movimientos ganaderos que pudieron asegurarse interétnicamente en tiempos de paz a través de ejercicios jurídicos emparentables, que no identificables, con costumbres como la hospitalidad y su registro epigráfico. La tradición de pactos y contactos en estos pueblos que esperamos haber demostrado con nuestro trabajo; la importancia del ganado como fuente de riqueza natural, y por ello mismo uno de los principales valores de intercambio ofrecido por estos meseteños en sus transacciones; unido a la estimación atemporal de las cañadas -en concreto los vados y puertos de montaña abiertos por la red cañariega- como vías de comunicación natural en torno a las cuales se articula el poblamiento protohistórico, creemos que son argumentos suficientes para admitir el movimiento regulado de rebaños.

El enlace de nuestra región con la meseta oriental, la tierra de los celtíberos, también adquiere notoria relevancia, especialmente en el ámbito oriental vacceo. Sin embargo, tras revisar los diversos sentidos dados al concepto de *celtiberización* por la bibliografía, concluimos que este fenómeno no se corresponde, como durante mucho tiempo se pensó y en parte todavía se mantiene, con la expansión generalizada de tipo político o poblacional de celtíberos por *áreas marginales* del interior peninsular, sino más bien con una corriente cultural que esconde intensísimas relaciones entre ambos sectores meseteños, el oriental y el occidental, a través del corredor del Duero, de la cual se hacen eco incluso los textos literarios con su propio lenguaje. Otra cosa es reconocer que en tiempos tardíos, fines del s.II a.C. y sobre todo el s.I a.C., y quizá fruto ya de la política romana, lleguen a esta zona occidental contingentes poblacionales trasladados desde Celtiberia, tal como parece indicar localización en el *oppidum* vetón de Villasviejas de Tamuja de la ceca monetaria de *Tamusia*, que acuña siguiendo el patrón de *Sekaisa*, probablemente en relación con la explotación minera de la zona.

Ahora bien, el contacto con el ámbito celtibérico no es el único ni quizá el más importante, pues defendemos que en realidad lo que se produce en la meseta desde el s.IV a.C., y no tanto desde el s.III a.C. (fecha tradicional del inicio de la fase de *celtiberización*), es una *mesetización comercial*, esto es, una red múltiple de conexiones intrameseteñas de diverso rumbo (no sólo con orientación este-oeste) apoyadas en el establecimiento de mercados regionales desde donde se difunden productos e ideas pluridireccionalmente. El

resultado de esta estrategia comercial es la generalización de tipos materiales concretos por toda la meseta; lo cual otorga una evidente homogeneidad a los distintos grupos regionales, hasta el punto de poder hablar de la idea de cierto conjunto cultural meseteño. Entre estos marcadores, la cerámica celtibérica constituye el elemento más característico. Ésta no debe tenerse como señal identificativa de la expansión del grupo celtibero, sino como modelo de fuerte arraigo en la meseta debido al funcionamiento de numerosos centros de fabricación, muy notorios en la cuenca central del Duero, que trasluce la proximidad cultural y comercial a la que nos acabamos de referir.

En efecto, el escenario vacceo tiene un protagonismo especial en este sistema, por tratarse de una tierra estratégica en la recepción y difusión de corrientes. Al Duero medio arriba un destacado flujo cultural del Levante ibérico a través de los valles del Ebro, Jalón y Duero; pero quizá con más fuerza en un principio y sin duda desde un tiempo anterior, esta zona está abierta a la vía de *iberización meridional* que a través del espacio vetón y por rutas como la de la Plata en activo desde tiempos orientalizantes, introduce en la meseta norte usos como la siderurgia, el torno de alfar, los primeros hornos evolucionados, faunas alóctonas, amén de variedades cerámicas pintadas y torneadas..., tal como hemos comentado. Esto está puesto muy bien de manifiesto en enclaves como Medina del Campo, Cuéllar, Coca e incluso Soto de Medinilla.

Es poco lo que se sabe del funcionamiento de estos mercados meseteños, modestos pues su alcance es sólo regional pero muy importantes culturalmente. En las grandes *civitates* vacceas parecen existir zonas de mercado en el extrarradio, a veces barrios artesanales situados frente al hábitat, en la otra orilla del río, y conectados en ocasiones con las vías de comunicación a través de sistemas de control representados por atalayas y puntos de mira en elevaciones próximas. Quizá algunas de las escombreras o cenizales característicos de estos lugares deban interpretarse como puntos de mercado estacional, algo parecido a lo que se ha descubierto en la excavación del segundo recinto de Las Cogotas, una zona de servicios en la que parece incluirse un espacio de feria ganadera, si bien de categoría más bien local. En cualquier caso la actividad puramente comercial está mucho más desarrollada en el ámbito vacceo que en el vetón, donde el intercambio respondería todavía a un mecanismo de transacciones sucesivas de tipo aristocrático, no profesionales y bajo el control de poderes personales. En este espacio la figura del



comerciante como tal -con dedicación a tiempo completo- probablemente no existió; las de pastor, guerrero, buhonero y guía pudieron ser ocupaciones desempeñadas por un mismo individuo según el clima político del momento, al servicio en mayor o menor grado de jefes locales...; a otro nivel éstos también son importantes agentes de interacción

Entre los vacceos el comercio es una ocupación socialmente más extensa, que se llevaría a cabo de forma equilibrada y quizá complementaria entre los *oppida*. Una actividad organizada y sistemática en proporción al funcionamiento socio-económico de aquellos centros y a las ventajas de un medio-ambiente llano y de fácil tránsito para el desplazamiento de carros, caballos y recuas de carga, los medios de transporte de la época. Aunque no se llega acuñar, sí es probable que estuvieran en uso patrones de intercambio; en origen valores naturales que pudieron hacerse equivalentes en unidades determinadas siguiendo incluso un sistema metrológico, tal como el peso relativamente homogéneo de piezas metálicas como torques u otras joyas atesoradas, además de lingotillos, parece indicar.

**III-4** Este panorama se completa con una red de caminos protohistóricos de distinta categoría, desde pistas amplias y de largo recorrido hasta sendas de herradura de carácter local de las que no queda apenas rastro. Todo lo más cabe señalar distintos puntos nodales (vados, puertos naturales de montaña y valles fluviales) que constituyen los ejes del difuso trazado viario a través del cual se ponen en comunicación las distintas comarcas de nuestra región y, en último término, la meseta occidental con la Iberia exterior. A nivel orientativo hemos señalado cuatro direcciones principales en este último tipo de ligazón exterior, a tenor del trazado de antiguas vías pecuarias, de los factores geográficos (especialmente accidentes del relieve, fallas naturales y corrientes fluviales) y de la impronta de los testimonios arqueológicos y literarios de contacto: 1) Vía este-oeste: desde el noreste, a través del eje Ebro-Jalón dando paso al corredor del Duero que conecta sin solución de continuidad la Celtiberia con el ámbito lusitano mediante la meseta occidental vaccea; una vía que tiene trazado paralelo al sur del Sistema Central con base en el valle del Tajo, bañando tierras carpetanas y vetonas. 2) Vía suroeste-noreste: desde el Alentejo portugués hasta la meseta norte a través del Guadiana, la falla de Plasencia, el puerto de Tornavacas y el acceso a las provincias de Ávila, Segovia y en última instancia Soria. 3) Vía sur-norte o camino de la Plata: desde el valle del Guadalquivir y el Guadiana extremeño en

dirección septentrional hasta Castilla-León y el noroeste atravesando el Sistema Central por el pasillo de Béjar o el valle del Alagón. 4) Vía sureste-noroeste: pone en comunicación el espacio contestano y bastetano con Vetonia, bien cruzando el territorio oretano siguiendo aproximadamente al Guadiana hasta Extremadura, o bien surcando transversalmente Carpetania hasta acceder a la meseta norte utilizando el paso entre las sierras de Guadarrama y Gredos. Hemos dedicado especial atención a esta última conexión porque consideramos que tras el cambio de influencia que acontece a partir del s.V a.C. con el ocaso tartésico y la eclosión de la cultura ibérica en el sureste, en los siglos sucesivos es ésta una arteria ciertamente destacada. Prueba de ello son los contactos de distinta índole establecidos entre la meseta occidental y el mundo ibérico, que han colmado el grueso de nuestro trabajo.

...ooo0O0ooo...

Debemos ya terminar. En los capítulos precedentes y en las páginas previas hemos intentado aproximarnos al lugar que las formas de contacto e intercambio ocupan en la formación y desarrollo de los pueblos que habitaron el occidente meseteño, vetones y vacceos, principalmente entre los ss.V-II a.C.

La primera gran conclusión debe ser el reconocimiento de la variedad formal de relaciones: no existe el monopolio de un único mecanismo sino la complementariedad de fórmulas que responden a circunstancias determinadas y que se amoldan a contextos culturales y geográficos (acciones guerreras, diplomacia interregional, reuniones religiosas, comportamientos familiares como la exogamia, comercio regional, movimientos poblacionales... etc.).

En segundo lugar, la documentación vertida y el debate a que ésta conduce permiten afirmar que la sociedad de estos pueblos se transforma gracias a los contactos que tienen con otras gentes. La vaccea es una sociedad interior y homogénea; de carácter urbano, consolidada territorial y políticamente, y en la que desempeña un importante papel la función comercial, especialmente con otros ámbitos meseteños. El grupo vetón conforma una sociedad de guerreros y ganaderos al modo aristocrático; en ella una serie de

relaciones políticas y culturales establecidas con gentes del mediodía y sureste ibéricos acentúan la diferenciación social de sus comunidades y, formando parte de lo mismo, la *aristocratización* de la élite rectora que protagoniza parte de los contactos.

Queda ahora a criterio del lector el juicio de aquel pasaje de Estrabón (III, 3, 8):

*“Pero su ferocidad y salvajismo no se debe sólo al andar guerreando, sino también a lo apartado de su situación; pues tanto la travesía por mar como los caminos para llegar hasta ellos son largos, y debido a la dificultad en las comunicaciones han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios...”*

## ***V- BIBLIOGRAFÍA***

**(A.A.V.V., 1980)**

- A.A.V.V., (1980); *Formas de intercambio en la antigüedad. (Actas del coloquio de 1980). Memorias de Historia Antigua, IV, Oviedo.*

**(A.A.V.V., 1983a)**

- A.A.V.V., (1983a); *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche. Atti del convegno di Cortona (Maggio, 1981), Pisa-Roma.*

**(A.A.V.V., 1983b)**

- A.A.V.V., (1983b); *Transhumance and Pastoralism. World Archaeology, 15, nº1, Londres.*

**(A.A.V.V., 1988)**

- A.A.V.V., (1988); *Les Princes celtes et la Medirerranée, París.*

**(A.A.V.V., 1989)**

- A.A.V.V., (1989); *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E al II d.E.). Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellonenses, 14, Castellón.*

**(A.A.V.V., 1991a)**

- A.A.V.V., (1991a); *Los Celtas en la Península Ibérica. Monográfico de la Revista de Arqueología, extra nº 5, Madrid.*

**(A.A.V.V., 1991b)**

- A.A.V.V., (1991b); *Les sanctuaries celtiques et leurs rapports avec le monde méditerranéen. Actes Colloque Saint Riquier (Noviembre, 1990). Antiquité de Picardie, Dossiers de Protohistoire, nº3, París.*

**(A.A.V.V., 1995)**

- A.A.V.V., (1995); *L'Europe celtique du V<sup>e</sup> au III<sup>e</sup> siècle avant J.C. Contacts, échanges et mouvements de populations. (Actes du deuxième symposium international d'Hautvillers, Octubre 1992). Epernay.*

**(A.A.V.V., 1997)**

- A.A.V.V., (1997); *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania, Madrid.*

**(Abad/Mora, 1979)**

- ABAD CASAL, L., MORA RODRÍGUEZ, G., (1979); "Una nueva cabeza cortada en Extremadura", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano, Cáceres*, pp.21-31.

**(Abascal, 1986)**

- ABASCAL PALAZÓN, J.M., (1986); *La cerámica pintada de tradición indígena en la Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología, Madrid.*

**(Abascal, 1995)**

- ABASCAL PALAZÓN, J.M., (1995); "Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de Ataecina en Hispania", *Archivo Español de Arqueología*, 68, pp.31-105.

**(Abascal, 1996)**

- ABASCAL PALAZÓN, J.M., (1996); "De nuevo sobre Ataecina y Turobriga. Exploraciones del año 1900 en Las Torrecillas (Alcuéscar, Cáceres)", *Archivo Español de Arqueología*, 69, pp.275-280.

**(Abásolo, 1973)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., (1973); "El ábula de Hontangas, la inscripción de Cuevas de Amaya y la estela de Fresneda de la Sierra", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 39, pp.444-447.

**(Abásolo, 1974)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., (1974); *Carta arqueológica de la provincia de Burgos, I. Partidos judiciales de Belorado y Miranda de Ebro*, Valladolid.

**(Abásolo, 1978)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., (1978); *Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos judiciales de Castrojeriz y Villadiego*, Burgos.

**(Abásolo/Pérez Rodríguez, 1980)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., (1980); "Casco céltico del Pago de Gorrita", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp.93-114.

**(Abásolo/Pérez Rodríguez, 1986)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F., (1986); "El casco céltico-italico de Valladolid y sus paralelos europeos", en *Temas de Historia Militar, II. Primer Congreso Internacional de Historia Militar (Zaragoza, 1982)*, Zaragoza, pp.41-55.

**(Abásolo/Ruiz Velez, 1978)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., RUIZ VÉLEZ, .I., (1978); "El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas celtibéricas", *Sautuola*, 2, pp.263-280.

**(Abásolo et alii, 1983)**

- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J.A., RUIZ VÉLEZ, .I., PÉREZ RODRÍGUEZ, F., (1983); "Castrojeriz, I. El vertedero de la Colegiata", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 17, pp.193-318.

**(Abels, 1992)**

- ABELS, B.U., (1992); "Eine Tonschnabelkanne von der Ehrenbürg in Oberfranken", *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 22, pp.79-92.

**(Adams, 1974)**

- ADAMS, R.Mc., (1974); "Anthropological perspectives on Ancient Trade", *Current Anthropology*, 15 (3), pp.239-258.

**(Adams, 1975)**

- ADAMS, R.Mc., (1975); "The emerging place of trade in civilizational Studies", en Sabloff, J.A. y Lamberg-Karlovsky, C.C., (Eds.), *Ancient Civilization and Trade*, Alburquerque, pp.451-465.

**(Agache, 1981)**

- AGACHE, R., (1981); "Les sanctuaries antiques et les limites de la cité des ambiens", *Actes du Colloque Frontières en Gaule. Caesorodunum*, 16, pp.52-68.

**(Agapito y Revilla, 1929)**

- AGAPITO Y REVILLA, J., (1929); "Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid", *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Valladolid*, 9, pp.113-119.

**(Aguilar/Guichard, 1993)**

- AGUILAR SAENZ, A., GUICHARD, P., (1993); "Lacimurga. La ciudad antigua y su entorno", *Revista de Arqueología*, 144, pp.32-38.

**(Aguilar et alii, 1993)**

-AGUILAR SAENZ, A., GUICHARD, P. LEFEBVRE, S., (1992-93); "La ciudad antigua de Lacimurga y su entorno rural", *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, pp.109-132.

(Aguilar-Tablada, 1996)

- AGUILAR-TABLADA MARCOS, B.M<sup>a</sup>., (1996); "Augustobriga. Una ciudad romana bajo las aguas", *Revista de Arqueología*, 190, pp.38-47.

(Aitken, 1945)

- AITKEN, R., (1945); "Rutas de trashumancia en la meseta castellana", *The Geographical Journal*, 106, (1-2); publicado después en *Estudios Geográficos*, 8 (26), 1947, pp.185-199, y más recientemente en García Martín, P. y Sánchez Benito, J.M<sup>a</sup>., *Contribución a la historia de la Trashumancia en España*, Madrid, 1986, pp.169-188.

(Albertini, 1923)

- ALBERTINI, E., (1923); *Les divisions administratives de l'Espagne romaine*, París.

(Albertos, 1966)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1966); *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca.

(Albertos, 1975)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1975); "Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua", *Studia Archaeologia*, 37.

(Albertos, 1976)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1976); "La antroponimia prerromana de la Península Ibérica", *Actas I Congreso sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 1974)*, Salamanca, pp.57-86.

(Albertos, 1979a)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1979a); "Vettones y lusitanos en los ejércitos imperiales", *Homenaje a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.31-45.

(Albertos, 1979b)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1979b); "La onomástica de la Celtiberia", *Actas II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976)*, Salamanca, pp.131-167.

(Albertos, 1981)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1981); "Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua (II)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, pp.208-214.

(Albertos, 1983)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1983); "Onomastique personnelle indigène de la Peninsule Ibérique sous la domination romaine", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, II, 29, 2, pp.853-892.

(Albertos, 1985)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1985); "A propósito de algunas divinidades lusitanas (Arantius, Oclaeus, Arantia Oclaea) y el elemento Ocelum", *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario Oblatae*, 2, Vitoria, pp.469-474.

(Albertos, 1990)

- ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1990); "Los topónimos en -briga en Hispania", *Veleia*, 7, pp.131-146.

**(Aldana, 1981)**

- ALDANA NACHER, C., (1981); "Aportaciones al estudio de la toreútica orientalizante en la Península Ibérica", *Saguntum*, 16, pp.119-135.

**(Alexander, 1972)**

- ALEXANDER, J., (1972); "The beginning of urban life in Europe", en Ucho, P.J., Trigham, R., y Dimpleby, G.W., (Eds.), *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, pp.843-850.

**(Alfaro Asins, 1996)**

- ALFARO ASINS, C., (1996); *La moneda. Algo más que dinero*, Leganés.

**(Alfaro, 1978)**

- ALFARO GINER, C., (1978); "Algunos aspectos del trasquileo en la Antigüedad: a propósito de unas tijeras del castro de Montesclaros", *Zephyrus*, 28-29, pp.299-308.

**(Alfaro, 1984)**

- ALFARO GINER, C., (1984); *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*, Madrid.

**(Alfaro, 1992)**

- ALFARO GINER, C., (1992); "Sagum Hispanum. Morfología de una prenda ibérica", en *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. Servicio de Investigación Prehistórica*, nº 89, Valencia, pp.373-380.

**(Alföldy, 1983)**

- ALFÖLDY, G., (1983); "La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico", *Gerion*, 1, pp.39-61.

**(Alföldy, 1995)**

- ALFÖLDY, G., (1995); "Inscripciones, sacrificios y misterios: el santuario rupestre de Panoias (Portugal)", *Madrider Mitteilungen*, 36, pp.252-258.

**(Almagro Basch, 1935)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1935); "El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos", *Investigación y Progreso*, 9, pp.180-184.

**(Almagro Basch, 1944)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1944); "La invasión céltica en España", en Menéndez Pidal, R. (dir.), *Historia de España*, I-2, Madrid, pp.3-278.

**(Almagro Basch, 1947-48)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1947-48); "Sobre la fijación de las invasiones indoeuropeas en España", *Ampurias*, 9-10, pp.326-330.

**(Almagro Basch, 1954)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1954); "Sobre el origen y cronología de la fíbula anular hispánica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 1, pp.177-189.

**(Almagro Basch, 1960)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1960); "Joyas del depósito del Cerro de la Miranda, Palencia", *Memoria de los Museos Arqueológicos (1955-57)*, vols.XVI-XVIII, pp.33-49.



**(Almagro Basch, 1966a)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1966a); *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, Madrid.

**(Almagro Basch, 1966b)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1966b); "Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas", *Ampurias*, 28, pp.215-231.

**(Almagro Basch, 1979)**

- ALMAGRO BASCH, M., (1979); "Los orígenes de la toreútica ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp.175-199.

**(Almagro Gorbea, 1973)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1973); *Los túmulos de Pajaroncillo (Cuenca)*, Excavaciones Arqueológicas en España, nº 83, Madrid.

**(Almagro Gorbea, 1974)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1974); "Los asadores de bronce del Suroeste peninsular", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 77 (1), pp.351-395.

**(Almagro Gorbea, 1976-78)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1976-78); "La iberización de las zonas orientales de la Meseta", *Simposium Internacional. Los orígenes del mundo ibérico. Ampurias*, 38-40, Barcelona, pp.93-156.

**(Almagro Gorbea, 1977)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1977); *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Madrid.

**(Almagro Gorbea, 1986-87)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1986-87); "Los Campos de Urnas en la Meseta", *Zephyrus*, 39-40, pp.31-47.

**(Almagro Gorbea, 1987)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1987); "La celtización de la Meseta: estado de la cuestión", *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, I, Palencia, pp.313-344.

**(Almagro Gorbea, 1988)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1988); "Société et commerce méditerranéen dans la péninsule Ibérique aux VII-V<sup>e</sup> siècles", *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.71-79.

**(Almagro Gorbea, 1989)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1989); "Orfebrería orientalizante", en *El oro en la España prerromana. Monográfico de la revista de Arqueología*, Madrid, pp.68-81.

**(Almagro Gorbea, 1990a)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1990a); "El Período Orientalizante en Extremadura", *La Cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, pp.85-126.

**(Almagro Gorbea, 1990b)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1990b); "Segunda Edad del Hierro. La celtización de la Península Ibérica y los pueblos del occidente: vetones y lusitanos", en Domínguez Ortiz, A. (dir.), *Historia de España*, I, Barcelona, pp.554-563 y 570-574.

**(Almagro Gorbea, 1991)**

- ALMAGRO GORBEA, M., (1991); "I Celti della penisola ibérica", en Moscati, S. *et alii* (Eds.), *I Celti*. Milán, pp.289-405.

(Almagro Gorbea, 1992)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1992); "El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas", *Polis*, 4, pp.5-31.

(Almagro Gorbea, 1993a)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1993a); "Los celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.121-173.

(Almagro Gorbea, 1993b)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1993b); "La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Proto-orientalizante", *Complutum*, 4, pp.81-94.

(Almagro Gorbea, 1994)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1994); "El urbanismo en la Hispania Céltica. Castros y *oppida* del centro y occidente de la Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M. y Martín Bravo, A.M<sup>a</sup>., (Eds.); *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid, Complutum Extra, 4, pp. 13-75.

(Almagro Gorbea, 1995a)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1995a); "Secuencia cultural y etnogénesis del centro y noroeste de la Península Ibérica", *Actas XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo, 1993)*, Vigo, I, pp.121-136.

(Almagro Gorbea, 1995b)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1995b); "La moneda hispánica con jinete y cabeza varonil: ¿tradición indígena o creación romana?", *Zephyrus*, 48, pp.235-266.

(Almagro Gorbea, 1995c)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1995c); "Les mouvements celtiques dans la Peninsule Iberique. Une revision critique", en *L'Europe celtique du V<sup>e</sup> au III<sup>e</sup> siecle avant J.C. Contacts, echanges et mouvements de populations. (Actes du deuxieme symposium international d'Hautvillers, Octobre 1992)*, Epernay, pp.13-26.

(Almagro Gorbea, 1996a)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1996a); "Los castros de la meseta", *Gallaecia*, 14-15, pp.261-308.

(Almagro Gorbea, 1996b)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1996b); *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (Madrid, 1996)*, Madrid.

(Almagro Gorbea, 1997)

- ALMAGRO GORBEA, M., (1997); "Guerra y sociedad en la Hispania céltica", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.207-221.

(Almagro Gorbea, e.p.)

- ALMAGRO GORBEA, M., (Dir.), (e.p.); *Los celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones*. Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, (Cuenca, 1993).

(Almagro Gorbea, e.p. -a-)

- ALMAGRO GORBEA, M., (e.p. -a-); "Lobo y ritos de iniciación en el mundo ibérico", en *Iconografía ibérica e iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Roma, 1993)*, Madrid.

(Almagro Gorbea/Álvarez Sanchís, 1993)

- ALMAGRO GORBEA, M., ÁLVAREZ SANCHÍS, J., (1993); "La Sauna de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1, pp.177-253.

(Almagro Gorbea/Dávila, 1995)

- ALMAGRO GORBEA, M. y DÁVILA, F.D., (1995); "El área superficial de los oppida en la Hispania céltica", *Complutum*, 6, pp.209-233.

(Almagro Gorbea/Lorrio, 1987)

- ALMAGRO GORBEA, M., LORRIO ALVARADO, A., (1987); "La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica", *I Simposium sobre Celtíberos (Daroca, 1986)*, Zaragoza, pp.105-122.

(Almagro Gorbea/Lorrio, 1992)

- ALMAGRO GORBEA, M., LORRIO ALVARADO, A., (1992); "Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica", *Actas II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, pp.411-451.

(Almagro Gorbea/Martín Bravo, 1994)

- ALMAGRO GORBEA, M., MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>., (Eds.) (1994); *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid, Complutum Extra, 4.

(Almagro Gorbea/Martín Bravo, 1994a)

- ALMAGRO GORBEA, M., MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>., (1994a); "Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo", en Almagro Gorbea, M. y Martín Bravo, A.M<sup>a</sup>., (Eds.), *Castros y oppida en Extremadura*, pp.77-127.

(Almagro Gorbea/Moltó, 1992)

- ALMAGRO GORBEA, M., MOLTÓ, L., (1992); "Saunas en la Hispania prerromana", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 5, pp.67-102.

(Almagro Gorbea/Ruiz Zapatero, 1992)

- ALMAGRO GORBEA, M., RUIZ ZAPATERO, G., (1992); "Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.469-499.

(Alonso Baquer, 1997)

- ALONSO BAQUER, M., (1997); "¿Qué es la guerra?", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.17-23.

(Alonso Domingo, 1990)

- ALONSO DOMINGO, S., (1990); "Notas en torno al castro de la Edad de Hierro del Pico del Tesoro (Palencia)", *Actas Del II Congreso de Historia de Palencia*, vol.II, Palencia, pp.143-160.

(Alonso Fernández, 1969)

- ALONSO FERNÁNDEZ, C., (1969); "Relaciones políticas de la tribu de los arévacos con otras tribus vecinas", *Pyrenae*, 5, pp.131-140.

(Alonso Hernández, 1995)

- ALONSO HERNÁNDEZ, P., (1995); "El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas", *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, (Vigo, 1993), Vigo, II, pp.431-436.

(Alonso Hernández/Benito-López, 1991-92)

- ALONSO HERNÁNDEZ, P., BENITO-LÓPEZ, J.E., (1991-92); "Figuras zoomorfas de barro de la Edad del Hierro en la meseta norte", *Zephyrus*, 44-45, pp.525-536.

**(Alonso Hernández/Benito-López, 1992)**

- ALONSO HERNÁNDEZ, P., BENITO-LÓPEZ, J.E., (1992); "Una cabeza de caballo procedente del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)", *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp.365-372.

**(Alonso Ponga, 1994)**

- ALONSO PONGA, J.L., , (1994); *Los carros en la agricultura de Castilla y León*, León.

**(Alonso Sánchez, 1988)**

- ALONSO SÁNCHEZ, A., (1988); *Arqueología de la guerra. (Para dialogar con el pasado, 2)*, Cáceres.

**(Alonso Troncoso, 1994)**

- ALONSO TRONCOSO, V., (1994); *El comercio griego arcaico. Historiografía de las cuatro últimas décadas (1954-1993)*, La Coruña.

**(Alonso-Núñez, 1985)**

- ALONSO-NÚÑEZ, J.M., (1985); "La Celtiberia y los celtíberos en Estrabón", *Celtiberia*, 69, pp.117-122.

**(Alonso-Núñez, 1987)**

- ALONSO-NÚÑEZ, J.M., (1987); "Los vacceos en Estrabón", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 56, pp.7-12.

**(Alonso-Núñez, 1991)**

- ALONSO-NÚÑEZ, J.M., (1991); "Los vettones en Estrabón", *Studia Histórica*, 9, pp.85-87.

**(Altare/Misiego, 1992)**

- ALTARES LUCENDO, J. y MISIEGO TEJADA, J.C., (1992); "La cerámica a peine de la necrópolis de Carratiermes (Soria)", *Actas del Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías, I. (Soria, 1989)*, Soria, pp.543-558.

**(Alvar, 1980)**

- ALVAR EZQUERRA, J., (1980); "El comercio atlántico durante el período orientalizante", *Memorias de Historia Antigua*, 4, pp.43-49.

**(Alvar, 1990)**

- ALVAR EZQUERRA, J., (1990); "El contacto cultural en los procesos de cambio", *Gerion*, 8, pp.11-27.

**(Alvar, 1997)**

- ALVAR EZQUERRA, J., (1997); "Héroes ajenos: Aníbal y Viriato", en Alvar, J. y Blázquez, J.M<sup>a</sup>. (Eds.); *Héroes y antihéroes en la Antigüedad clásica*, Madrid, pp.137-153.

**(Álvarez Martínez, 1983)**

- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1983); *El puente romano de Mérida. Monografías Emeritenses-1*, Badajoz.

**(Álvarez Rojas/Gil, 1988)**

- ÁLVAREZ ROJAS, A., GIL MONTES, J., (1988); "Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el I milenio a.C. en Extremadura", *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp.305-316.

**(Álvarez Sanchís, 1990)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., (1990); "Los verracos del Valle del Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica", *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp.201-233.

**(Álvarez Sanchís, 1993a)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., (1993a); "Los castros de Ávila", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.255-284.

**(Álvarez Sanchís, 1993b)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., (1993b); "En busca del verraco perdido. Aportaciones a la escultura zoomorfa de la Edad del Hierro en la Meseta", *Complutum*, 4, pp.157-168.

**(Álvarez Sanchís, 1994)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R., (1994); "Zoomorphic Iron Age Sculpture in Western Iberia: Symbols of Social and cultural Identity?", *Proceedings of the Prehistory Society*, 60, pp.403-416.

**(Álvarez Sanchís, 1995)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R., (1995), "Esculturas de verracos y etnicidad en el contexto de la romanización", *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, (Vigo, 1993), Vigo, pp.343-347.

**(Álvarez Sanchís, e.p.)**

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R., (e.p.), "Los vettones. Etnia e identidad cultural", en Almagro Gorbea, M., (Dir.); *Los celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones*, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (Cuenca, 1993).

**(del Amo, 1992)**

- AMO, M. del, (1992); "Una tumba perteneciente a la necrópolis de las Eras del Bosque (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 58, pp.169-212.

**(Anes/García Sanz, 1994)**

- ANES ÁLVARES DE CASTRILLÓN, G. y GARCÍA SANZ, A., (Coor.), (1994); *Mesta, Trashumancia y vida pastoril*, Valladolid.

**(Appadauri, 1986)**

- APPADAUARI, A., (1986); "Introduction: commodities and the politics of value", en Appadauri, A., (Ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, pp.3-63.

**(Aquilué/Dupré, 1991)**

- AQUILUÉ, X. y DUPRÉ, X., (1991); "El estado actual de la arqueología clásica en España. Algunos comentarios", en Gómez Pallarés, J. y Caerols Pérez, J.J., (Eds.), *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, pp.48-66.

**(Arafat/Morgan, 1994)**

- ARAFAT, K., y MORGAN, C., (1994); "Athens, Etruria and the Heuneburg: mutual misconceptions in the study of the Greek-Barbarians relations", en *Classical Greece: Ancient Histories and Modern Archaeologist*, Cambridge, pp.108-134.

**(Aranegui, 1975)**

- ARANEGUI GASCÓ, C., (1975); "La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, pp.333-379.

**(Aranegui/Pérez, 1990)**

- ARANEGUI GASCÓ, C. y PÉREZ BALLESTER, J., (1990); "Imitaciones de formas clásicas en cerámica ibérica. Siglos V a III a.C.", en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Tarento, pp.217-246.

(D'Arbois de Jubainville, 1893)

- D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, H., (1893); "Les celtes en Espagne", *Revue Celtique*, 14, pp.356-379.

(D'Arbois de Jubainville, 1894)

- D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, H., (1894); "Les celtes en Espagne", *Revue celtique*, 15, pp.1-19.

(Arce, 1988)

- ARCE, J., (1988); *Funus Imperatorum. Los funerales de los emperadores romanos*, Madrid.

(Arce/Plácido, 1990)

- ARCE, J. y PLÁCIDO SUÁREZ, D., (1990); "Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua", en A.A.V.V., *Tendencias en Historia (Encuentros en la U.I.M.P.; La Coruña, Julio 1988)*, Madrid, pp.19-26.

(Arcelin et alii, 1993)

- ARCELIN, P., DEDET, B. y SCHWALLER, M., (1993); "Espaces publics, espaces religieux protohistoriques en Gaule méridionale", en *Espaces et monuments publics protohistoriques de Gaule méridionale*, Latters, pp.181-230.

(Arenillas, 1975)

- ARENILLAS PARRA, M., (1975); "Una vía romana a través del Sistema Central Español. La prolongación septentrional del Puerto del Pico", *Revista de Obras Públicas*, 2, pp. 791-832.

(Argente, 1986-87)

- ARGENTE OLIVER, J.L., (1986-87); "Hacia una clasificación tipológica y cronológica de las fíbulas de la Edad de Hierro en la Meseta Norte", *Zephyrus*, 39-40, pp.147-164.

(Argente, 1990)

- ARGENTE OLIVER, J.L., (Coor.), (1990); *El Jalón, vía de comunicación*, Soria.

(Argente, 1994)

- ARGENTE OLIVER, J.L., (1994); *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, EAE, 168, Madrid.

(Arias, 1949)

- ARIAS, I. A., (1949); "Materiales epigráficos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana", *Cuadernos de Historia de España*, 12, pp.5-50.

(Arias, 1952)

- ARIAS, I. A., (1952); "Materiales numismáticos para el estudio de los desplazamientos y viajes de los españoles en la España romana", *Cuadernos de Historia de España*, 18, pp.22-49.

(Arias, 1954)

- ARIAS, I. A., (1954); "Desplazamientos y contactos de los españoles en la España romana", *Cuadernos de Historia de España*, 21-22, pp.16-69.

(Arias, 1958)

- ARIAS, I. A., (1958); "Factores de unión entre los antiguos hispanos", *Cuadernos de Historia de España*, 27, pp.67-98.

**(Arias, 1987)**

- ARIAS BONET, G., (1987); "La Augustobriga vettona", *Repertorio de caminos de la Hispania Romana*, Madrid, pp.124-126.

**(Arias Cabezudo et alii, 1986)**

- ARIAS CABEZUDO, P., LÓPEZ VÁZQUEZ, M., SÁNCHEZ SASTRE, J., (1986); *Catálogo de la escultura zoomorfa protohistórica y romana de tradición indígena de la provincia de Ávila*, Ávila.

**(Arlegui, 1992)**

- ARLEGUI SÁNCHEZ, M., (1992); "Las cerámicas numantinas: las cerámicas con decoración monócroma", *Arevacon*, 17, pp.8-12.

**(Arlegui et alii, 1996)**

- ARLEGUI SÁNCHEZ, M., SANZ ARAGONÉS, A., SANZ LUCAS, M<sup>a</sup>.J., (1996); "Dos instalaciones alfareras en la provincia de Soria: Royo Albar en Quintana redonda y La Boca del Río Chico en Ucero", *Numantia*, 6, pp.45-60.

**(Armendáriz, 1989)**

- ARMENDÁRIZ MARTIJA, J., (1989); "Estudio de los materiales de Sanchorreja procedentes de excavaciones antiguas", *Cuadernos abulenses*, 12, pp.71-126.

**(Arnold, 1988)**

- ARNOLD, B., (1988); "Slavery in Late Prehistoric Europe: Recovering the evidence for social structure in Iron Age society", en Gibson, B., y Gesselowitz, M., (Eds.), *Tribe and Polity in Late Prehistoric Europe. Demography, Production and Exchange in the Evolution of Complex Social Systems*, Nueva York-Londres, pp.179-192.

**(Aubet, 1987)**

- AUBET SEMLER, M<sup>a</sup>.E., (1987); *Tiro y las colonias fenicias en Occidente*, Barcelona. (Edición actualizada: Barcelona, 1994).

**(Audouze, 1982)**

- AUDOUZE, F., (1982); *Villes et villages de l'Europe Celtique*, París.

**(Audouze/Büchsenschütz, 1982)**

- AUDOUZE, F., y BÜCHSENSCHÜTZ, O., (1982); *Towns, Villages and Countryside of Celtic Europe. From the Beginning of the Second Millennium B.C. to the end of the First Century B.C.*, Londres.

**(Balado, 1987)**

- BALADO PACHÓN, A., (1987); "La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 53, pp.169-177.

**(Balasch, 1981)**

- BALASCH RECORT, M., (1981); *Polibio. Historias, Libros I-IV*, Madrid.

**(Balil, 1971)**

- BALIL ILLANA, A., (1971); "Casa y urbanismo en la España Antigua. La Segunda Edad del Hierro", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 37, pp.5-83.

**(Balil, 1977)**

- BALIL ILLANA, A., (1977); "Comunicaciones ópticas del mundo antiguo", *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975)*, Zaragoza, pp.833-845.

**(Balil/Martín Valls, 1988)**

- BALIL ILLANA, A., MARTÍN VALLS, R., (Eds.), (1988); *Tessera Hospitalis de Montealegre del Campo* (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico, Valladolid.

**(Ballester, 1993-95)**

- BALLESTER, X., (1993-95); "Car en celtibérico", *Kalathos*, 13-14, pp.389-393.

**(Balmaseda/Valiente, 1981)**

- BALMASEDA MUNCHARAZ, J.L. y VALIENTE CÁNOVAS, S., (1981); "El relieve de Illescas, Toledo", *Archivo Español de Arqueología*, 54, pp.215-238.

**(de la Bandera, 1984)**

- DE LA BANDERA ROMERO, M<sup>a</sup>.L., (1984); "Brazaletes peninsulares orientalizantes e ibéricos en metales nobles", *Habis*, 15, pp.57-70.

**(de la Bandera, 1986)**

- DE LA BANDERA ROMERO, M<sup>a</sup>.L., (1986); "Introducción al estudio de la orfebrería prerromana peninsular. Técnicas", *Habis*, 17, pp.515-538.

**(de la Bandera, 1987-88)**

- DE LA BANDERA ROMERO, M<sup>a</sup>.L., (1987-88); "Estudio crítico de los torques ibéricos", *Habis*, 18-19, pp.15-32.

**(de la Bandera/Ferrer, 1994)**

- DE LA BANDERA ROMERO, M<sup>a</sup>.L. y FERRER ALBELDA, E., (1994); "Thymiateria orientalizantes en bronce. Nuevas aportaciones y consideraciones", en Sáez, P. y Ordóñez, S. (Eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, pp.43-60.

**(Bannert, 1977)**

- BANNERT, F., (1977); "Caesar's Brief an Q. Cicero und die Verbreitung von griechischer Sprache und Schrifte in Gallien", *Wiener Studien*, 11, pp.80-95.

**(Baquedano, 1990)**

- BAQUEDANO BELTRÁN, I., (1990); "Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera (zona II)", *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp.279-286.

**(Baquedano, 1996)**

- BAQUEDANO BELTRÁN, I., (1996); "Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro", *Boletín Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36, pp.73-90.

**(Baquedano, e.p.)**

- BAQUEDANO BELTRÁN, I., (e.p.); "Las cerámicas de la Zona I de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila). Algunas consideraciones sobre la utilización del torno en la zona occidental de la Meseta", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones*. Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, (Cuenca, 1993).

**(Baquedano/Cabré de Morán, 1997)**

- BAQUEDANO BELTRÁN, Y. y CABRÉ DE MORÁN, E., (1997); "Caudillos celtas y armamento de parada", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.261-269.

**(Baquedano/Martín Escorza, 1995)**



- BAQUEDANO BELTRÁN, I., MARTÍN ESCORZA, C., (1995); "La estadística y su aplicación en arqueología. El ejemplo de las necrópolis vettonas", *Revista de Arqueología*, 176, pp.26-37.

**(Barandiarán et alii, 1990)**

- BARANDARIÁN, Y., DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., (1990); "Situación actual y perspectivas en docencia e investigación para el área de Prehistoria", en A.A.V.V., *Tendencias en Historia (Encuentros en la U.I.M.P.; La Coruña, Julio 1988)*, Madrid, pp.9-17.

**(Barbero/Vigil, 1984)**

- BARBERO DE AGUILERA, A., y VIGIL, M., (1984); *Sobre los orígenes de la Reconquista*, Barcelona.

**(Barceló, 1988)**

- BARCELÓ, J.A., (1988); "Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la Arqueología: un análisis de las estelas antropomorfas de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 45.

**(Barceló, 1989)**

- BARCELÓ, J.A., (1989); "Las estelas decoradas del sudoeste en la Península Ibérica", en Aubet Semler, M<sup>a</sup>.E., (Coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp.189-208.

**(Barret et alii, 1989)**

- BARRET, J.C., FITZPATRICK, A.P., y MACINNES, L., (Eds.), (1989); *Barbarians and Romans in North-West Europe*, B.A.R., Oxford.

**(Barrientos, 1935-36)**

- BARRIENTOS, J., (1935-36); "Sobre la antigua Cauca", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 11-12, pp.141-142.

**(Barrientos Alfageme, 1985)**

- BARRIENTOS ALFAGEME, G., (1985); "Introducción geográfica a la Historia de Extremadura", *Historia de Extremadura*, I, Badajoz, pp.13-60.

**(Barril, 1990)**

- BARRIL VICENTE, M., (1990); "Dos imitaciones de kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, vol.II, Palencia, pp.327-346.

**(Barril, 1996)**

- BARRIL VICENTE, M., (1996); "Imagen y articulaciones decorativas en la meseta: los ejemplos de La Osera (Ávila)", en Olmos Romera, R., (Ed.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, pp.177-198.

**(Barrio, 1983)**

- BARRIO MARTÍN, J., (1983); "Excavaciones en la Plaza del Castillo de Cuéllar", *I Jornadas de Arqueología en las ciudades actuales*, Zaragoza, pp.101-111.

**(Barrio, 1986-87)**

- BARRIO MARTÍN, J., (1986-87); "Elementos arquitectónicos en la Plaza del Castillo de Cuéllar (Segovia)", *Zephyrus*, 39-40, pp.169-177.

**(Barrio, 1988)**

- BARRIO MARTÍN, J., (1988); *Las cerámicas de la necrópolis de las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad de Hierro en la Meseta Norte*, Segovia.

**(Barrio, 1990)**

- BARRIO MARTÍN, J., (1990); *La Segunda Edad del Hierro en Segovia*, Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

**(Barrio, 1993)**

- BARRIO MARTÍN, J., (1993); "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.173-212.

**(Basta et alii, 1989)**

- BASTA, J., BASTOVÁ, D., y BOUZEK, J., (1989); "Die Nachahmung einer attisch rotfigurigen kylix aus Pilsen-Roudná", *Germania*, 67, pp.463-476.

**(Bats, 1987)**

- BATS, M., (1987); "Consommation, production et distribution de la vaisselle ceramique", en Rouillard, P. y Villanueva-Puig, M.C., (Eds.), *Grecs et Ibères au IV<sup>e</sup> siècle avant Jésus-Christ: commerce et iconographie (Table ronde, Bordeaux, Décembre 1986)*. *Revue des Études Anciennes*, 84 (3-4), pp.197-216.

**(Bats, 1991)**

- BATS, M., (Dir.), (1991); *Les amphores de Marseille grecque. Chronologie et diffusion (Vie-le av.J.C.)*. *Actes de la Table Ronde (1989)*, Aix-en-Provence.

**(Bats/Treziny, 1986)**

- BATS, M., y TREZINY, H., (Eds.), (1986); *Les territoire de Marseille grecque. Actes de la Table Ronde (Aix-en-Provence 1985)*, Aix-en-Provence.

**(Bats et alii, 1992)**

- BATS, M., BERTUCCHI, G., CONGES, G., y TREZINY, H., (Eds.), (1992); *Marseille grecque et la Gaule. Actes du Colloque International Aix-en-Provence 1990*, Collection études Massaliètes, 3, Aix-en-Provence.

**(Beck et alii, 1978)**

- BECK, C.W., GREENLIE, J., DIAMOND, M.P., MACCHIARULO, A.M., HANNENBERG, A.A., y HAUCK, M.S., (1978); "The chemical identification of Baltic Amber at the Celtic oppidum of Staré Hradisko in Moravia", *Journal os Archaeological Science*, 5, pp.343-354.

**(Bee, 1974)**

- BEE, R.L., (1974); *Patterns and Processes. An introduction to the anthropological strategies for the study of sociocultural change*, Nueva York.

**(Bejarano, 1950)**

- BEJARANO, V., (1950); "El cultivo del lino en las regiones salmantinas de las Bardas y la Huebra", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 6, pp.242-263.

**(Bejarano, 1955)**

- BEJARANO, V., (1955); "Fuentes antiguas para la historia de Salamanca", *Zephyrus*, 6, pp.89-119.

**(Belén, 1976)**

- BELÉN DEAMUS, M., (1976); "Estudio y tipología de la cerámica gris en la provincia de Huelva", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 74 (2), pp.353-383.

**(Belén/Pereira, 1985)**

- BELÉN DEAMUS, M. y PEREIRA SIESO, J., (1985); "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía", *Huelva Arqueológica*, 8, pp.307-359.

**(Belshaw, 1965)**

- BELSHAW, C.S., (1965); *Traditional exchange and modern markets*, Nueva Jersey.

**(Bellver, 1995)**

- BELLVER GARRIDO, J.A., (1995); "La necrópolis vaccea de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): una aproximación arqueozoológica" en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.515-527.

**(Beltrán Lloris, 1973)**

- BELTRÁN LLORIS, M., (1973); *Estudios de Arqueología Cacerense. Monografías Arqueológicas*, XV, Zaragoza.

**(Beltrán Lloris, 1975)**

- BELTRÁN LLORIS, M., (1975); "La ceca de Danusia y los tamusienses", *Miscelanea Arqueologica. Profesor A. Beltrán*, Zaragoza, pp.173-185.

**(Beltrán Lloris, 1976)**

- BELTRÁN LLORIS, M., (1976); *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabexo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.

**(Beltrán Lloris, 1982)**

- BELTRÁN LLORIS, M., (1982); *Museo de Cáceres. Sección de Arqueología*, Madrid.

**(Beltrán Lloris, F., 1973)**

- BELTRÁN LLORIS, F., (1975-76); "Aportaciones a la epigrafía y arqueología romana de Cáceres", *Caesaraugusta*, 39-40, pp.19-111.

**(Beltrán Lloris, F., 1986)**

- BELTRÁN LLORIS, F., (1986); "Sobre la función de la moneda hispánica e ibero-romana", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp.889-914.

**(Beltrán Lloris, F., 1988)**

- BELTRÁN LLORIS, F., (1988); "Un espejismo historiográfico. Las organizaciones gentilicias hispanas", *Actas Ier Congreso Peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela, pp.119-237.

**(Beltrán Lloris, F., 1993)**

- BELTRÁN LLORIS, F., (1993); "Culto a los lares y grupos de parentesco en la Hispania indoeuropea", en Mayer, M., (Ed.); *Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de epigrafía Culto y Sociedad en Occidente*, Sabadell, pp.59-71.

**(Beltrán Lloris, F., 1994)**

- BELTRÁN LLORIS, F., (1994); "Parentesco y sociedad en la Hispania céltica (I a.e.-III d.e.)", en González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C./Santos Yanguas, J., (Eds.); *Revisión de Historia Antigua, I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz, 73-104.

**(Beltrán Lloris/Marco, 1991)**

- BELTRÁN LLORIS, F. y MARCO SIMÓN, F., (1991); "Historia Antigua", en Gómez Pallarés, J. y Caerols Pérez, J.J., (Eds.), *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, pp.22-47.

**(Beltrán Martínez, 1964)**

- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., (1964); "Algunos datos para el estudio del lugar de la muerte de Amílcar Barca", *Caesaraugusta*, 23-24, pp.87-94.

**(Beltrán Martínez, 1992)**

- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., (1992); "El Bronce de Botorrita. Aproximaciones al problema del sustrato en la Hispania Antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G., (Eds.); *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.57-63.

**(Bellido/Cruz, 1993)**

- BELLIDO BLANCO, A., CRUZ SÁNCHEZ, P.J., (1993); "Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.263-277.

**(Bendala, 1977)**

- BENDALA GALÁN, M., (1977); "Notas sobre las estelas decoradas del S.O. y los orígenes de Tartessos", *Habis*, 8, pp.167-189.

**(Bendala et alii, 1986)**

- BENDALA GALÁN, M., FERNÁNDEZ OCHOA, M<sup>a</sup>.C., FUENTES DOMÍNGUEZ, A. y ABAD CASAL, L., (1986); "Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y potencialización tras la conquista", en *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, pp.121-140.

**(Benedini, 1989)**

- BENEDINI, E., (Ed.), (1989); *Gli Etruschi a nord del Po. Atti del Convegno di Mantova 1986*, Mantova.

**(Benet, 1990)**

- BENET JORDANA, N., (1990); "Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)", *Numantia*, 3, pp.77-93.

**(Benet et alii, 1991)**

- BENET JORDANA, N., JIMÉNEZ, M.C., RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.B., (1991); "Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la Plaza de S. Martín", en Santonja, M. (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca, pp.117-136.

**(Benito/Grande, 1992)**

- BENITO DEL REY, L., GRANDE DEL BRÍO, R., (1992); *Santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*, Salamanca.

**(Benito/Grande, 1994)**

- BENITO DEL REY, L., GRANDE DEL BRÍO, R., (1994); "Nuevos santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca", *Zephyrus*, 47, pp.113-131.

**(Benoit, 1965)**

- BENOIT, F., (1965); *Recherches sur l'hellénisation du Midi de la Gaule*, Aix-en-Provence.

**(Bermejo, 1976)**

- BERMEJO BARRERA, J., (1976); "Los caballos y los vientos: un mito lusitano antiguo", *Hispania Antigua*, 7, pp.301-310.

**(Bermejo, 1978)**

- BERMEJO BARRERA, J., (1978); "La geopolítica de la embriaguez en Estrabón", *Habis*, 9, 1978, 215-232.

**(Bermejo, 1986)**

- BERMEJO BARRERA, J., (1986); "El erudito y la barbarie", en Bermejo Barrera, J.C., *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 2, Madrid, pp.13-44.

**(Bermejo, 1994)**

- BERMEJO BARRERA, J., (1994); *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, I, Madrid.

**(Bernabé/Olmos, 1991)**

- BERNABÉ PAJARES, A. y OLMOS ROMERA, R., (1991); "Interpretación de imágenes y textos: necesidad de una colaboración", en Gómez Pallarés, J. y Caerols Pérez, J.J., (Eds.), *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid, pp.83-105.

**(Berrocal, 1988)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1988); "Hacia la definición arqueológica de la Beturia de los célticos: la cuenca del Ardilla", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 1, pp.57-68.

**(Berrocal, 1989)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1989); "Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental", *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp.279-291.

**(Berrocal, 1992)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1992); *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*, Madrid.

**(Berrocal, 1994a)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1994a); *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*, Madrid.

**(Berrocal, 1994b)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1994b); "La falcata de Capote y su contexto. Aportaciones a la fase tardía de la cultura céltico-lusitana", *Madrider Mitteilungen*, 35, pp.258-291.

**(Berrocal, 1995a)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1995a); "Indoeuropeos, célticos y celtíberos en el territorio extremeño", *Extremadura Arqueológica IV. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, pp.123-149.

**(Berrocal, 1995b)**

- BERROCAL RANGEL, L., (1995b); "La Beturia: definición y caracterización de un territorio prerromano", en *Celtas y Túrdulos: La Beturia. Cuadernos Emeritenses*, nº9, Mérida, pp.153-204.

**(Bertheliet-Ajot, 1991)**

- BERTHELIER-AJOT, N., (1991); "L'habitato di Vix e la tomba della principessa", en Moscati, S. et alii, (Eds.), *I Celti*, Milán, pp.116-117.

**(Bertucchi, 1992)**

- BERTUCCHI, G., (1992); *Les amphores et le vin de marseille (VI<sup>e</sup> s. avant J.C. - II<sup>e</sup> s. après J.C.)* París.

**(Besser, 1983)**

- BEESER, J., (1983); "Der Kouro-Keltos von Hirschlanden", *Fuundberichte aus Baden-Württemberg*, 8, pp.21-46.

**(Bianchi Bandinelli, 1982)**

- BIANCHI BANDINELLI, R., (1982); *Introducción a la Arqueología*, Madrid (edición original, 1976).

**(Biel, 1981)**

- BIEL, J., (1981); "The Late Hallstatt Chieftain 's grave at Hochdorf", *Antiquity*, 55, pp.16-18.

**(Biel, 1982)**

- BIEL, J., (1982); "Ein Fürstengräbhügel der späten Hallstattzeit bei Eberdingen-Hochdorf, Kr. Ludwigsburg (Baden-Württemberg)", *Germania*, 60, pp.61-104.

**(Biel, 1985)**

- BIEL, J., (1985); *Der Keltenfürst von Hochdorf*, Sttutgar.

**(Biel, 1988)**

- BIEL, J., (1988); "Influences mediterranées sur le site princier du Hohenasperg, pres de Stuttgar", en *Les Princes celtes et la Méditerranée*, París, pp.154-164.

**(Biel, 1991a)**

- BIEL, J., (1991a); "I principi celti del Baden-Württemberg", Moscati, S. *et alii*, *I Celti*, Milán, pp.108-113.

**(Biel, 1991b)**

- BIEL, J., (1991b); "Fortsetzung der Siedlungsgrabung in Eberdingen-Hochdorf, Kreis Ludwigsburg", en *Archäologische Ausgrabungen in Baden-Württemberg* (1990), pp.87-93.

**(Biel, 1992)**

- BIEL, J., (1992); "Weitere Grabungen in Eberdingen-Hochdorf, kreis Ludwisgburg", en *Archäologische Ausgrabungen in Baden-Württemberg* (1990), pp.97-102.

**(Biel, 1993)**

- BIEL, J., (1993); "La cultura de Hallstatt reciente en el Suroeste de Alemania", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G., (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.77-88.

**(Bilde, 1993)**

- BILDE, P., (Ed.), (1993); *Centre and Periphery in the Hellenistic World. Studies in Hellenistic Civilization*, Aarhus.

**(Bintliff, 1984)**

- BINTLIFF, J.L., (1984); "Iron Age Europe in the context of social evolution from the Bronze Age through to historic times", en Bintliff, J.L., (Ed.), *European Social Evolution: archaeological perspective*, Bradford, pp.157-226.

**(Blanco, 1953)**

- BLANCO FREIJEIRO, A., (1953); "El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del Mediodía español", *Archivo Español de Arqueología*, 26, pp.235-244.

**(Blanco, 1962)**

- BLANCO FREIJEIRO, A., (1962); "El aceite en los albores de la historia de España", *Oretania*, 10, pp.138-148.

**(Blanco, 1984)**

- BLANCO FREIJEIRO, A., (1984); "Museo de los verracos celtibéricos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 81, pp.1-60.

**(Blanco, 1988)**

- BLANCO FREIJEIRO, A., (1988); "Las estatuas de verracos y las fíbulas zoomorfas celtibéricas", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 1, pp.69-78.

**(Blanco García, 1986)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1986); *Coca Arqueológica*, Madrid.

**(Blanco García, 1987)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1987); *Moneda y circulación monetaria en Coca (ss. II a.C.-V d.C.)*, Segovia.

**(Blanco García, 1988)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1988); "Coca Arqueológica", *Revista de Arqueología*, 81, pp.46-55.

**(Blanco García, 1992)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1992); "El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)", *Revista de Arqueología*, 130, pp.34-41.

**(Blanco García, 1993a)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1993a); "Excavaciones en la Avenida de la Constitución (Coca, Segovia)", *Numantia*, 4, pp.159-173.

**(Blanco García, 1993b)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1993b); "La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 59, pp.113-139.

**(Blanco García, 1994)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1994); "El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, pp.35-80.

**(Blanco García, 1995)**

- BLANCO GARCÍA, J.F.; (1995); "Representaciones figurativas en la cerámica celtibérica pintada de Cauca y el castro de la Cuesta del Mercado", *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Trabalhos de Antropologia e Etnologia (Actas V)*, 35 (1), Porto, pp.213-232.

**(Blázquez, 1988)**

- BLÁZQUEZ PÉREZ, J.J., (1988); "Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico", *I Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago de Compostela, 1986)*, Santiago de Compostela, vol. II, pp.5-38.

**(Blázquez, 1990a)**

- BLÁZQUEZ PÉREZ, J.J., (1990a); *La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta. Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*, Albacete.

**(Blázquez, 1990b)**

- BLÁZQUEZ PÉREZ, J.J., (1990b); "El factor griego en la formación de las culturas prerromanas de la Submeseta sur", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 17, pp.9-24.

**(Blánquez, 1992)**

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J., (1992); "Las necrópolis ibéricas en el sureste de la meseta", en *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Madrid, pp.235-278.

**(Blánquez, 1993)**

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J., (1993); "El poblado ibérico de La Quéjola", *Homenaje a D. Raúl Amitrano. Patina*, 6, pp.99-107.

**(Blánquez, 1994)**

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J., (1994); "El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la meseta", *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp.321-354.

**(Blánquez/Olmos, 1993)**

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J. y OLMOS ROMERA, R., (1993); "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el Timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico", en Blánquez Pérez, J., Sanz Gamio, R. y Musat Hervás, M<sup>a</sup>.T., (Eds.), *Arqueología en Albacete. Jornadas de Arqueología albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, pp.83-108.

**(Blánquez/Roldán, 1994)**

- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J. y ROLDÁN GÓMEZ, L., (1994); "Estudio tecnológico de la escultura ibérica en piedra", *Revista de Estudios ibéricos*, 1, pp.61-84.

**(Blasco, 1980-81)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1980-81); "Reflexiones sobre la cerámica pintada del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 7-8, pp.75-92.

**(Blasco, 1984)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1984); "Cabré y Cogotas. Significado de los horizontes Cogotas", *Juan Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de Homenaje*, Zaragoza, pp.141-150.

**(Blasco, 1987)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1987); "La España Céltica: La II Edad del Hierro en la Meseta", *Historia General de España y América*, I-2, Madrid, pp.297-329.

**(Blasco, 1987b)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1987b); "Un ejemplar de fíbula de codo ad occhio en el valle del Manzanares", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, pp.18-28.

**(Blasco, 1991)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1991); "La Meseta prerromana", *Veinte años de Arqueología en España. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31, pp.195-202.

**(Blasco, 1992)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1992); "Etnogénesis de la Meseta Sur", *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.281-297.

**(Blasco, 1993)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1993); *El Bronce Final*, Madrid.

**(Blasco, 1995)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., (1995); "Aproximación a las relaciones entre la meseta y el sureste durante la Edad del Bronce", *Verdolay*, 7, pp.111-115.



**(Blasco/Alonso, 1983)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., ALONSO SÁNCHEZ, M<sup>a</sup>.A., (1983); "Aproximación al estudio de la Edad del Hierro en la provincia de Madrid", *Homenaje al Prof. Almagro Basch*, III, Madrid, pp.119-133.

**(Blasco/Alonso, 1985)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., ALONSO SÁNCHEZ, M<sup>a</sup>.A., (1985); *Cerro Redondo. Fuente del Saz del Jarama, Madrid. Excavaciones Arqueológicas en España*, n<sup>o</sup>143, Madrid.

**(Blasco/Alonso, 1986-87)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., ALONSO SÁNCHEZ, M<sup>a</sup>.A., (1986-87); "Paralelos arquitectónicos entre la Meseta Norte y el Alto Tajo durante la II Edad del Hierro", *Zephyrus*, 39-40, pp.159-168.

**(Blasco/Barrio, 1992)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., BARRIO MARTÍN, J., (1992); "Las necrópolis de la Carpetania", *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid, pp.279-312.

**(Blasco et alii, 1988)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., SÁNCHEZ CAPILLA, L. y CALLE, J., (1988); "Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 15, pp.161-174.

**(Blasco et alii, 1993)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., BAENA PREYSLER, F.J., MILLÁN, A., BENEITEZ, P., ESPAÑA, E. y CALDERÓN, T., (1993); "El Hierro Antiguo en el Alto Tajo. Aproximación cultural y marco cronológico apoyado en cuatro fechas de termoluminiscencia del yacimiento de La Capella", *Madridener Mitteilungen*, 34, pp.48-70.

**(Blasco et alii, 1994)**

- BLASCO BOSQUED, M<sup>a</sup>.C., ARRIBAS, J.G., MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., (1994); "Mineralogical and textural analysis of Late Bronze Age Sherds", en *European Ceramic Society. Third Conference (Madrid, Septiembre, 1993)*, Madrid, pp.520-525.

**(Blázquez Cerrato, 1995)**

- BLÁZQUEZ CERRATO, C., (1995); "Sobre las cecas celtibéricas de *Tamusia* y *Sekaisa* y su relación con Extremadura", *Archivo Español de Arqueología*, 71-72, pp.243-258.

**(Blázquez y Delgado, 1920)**

- BLÁZQUEZ Y DELGADO, A., (1920); "Vías romanas de Carrión a Astorga y de Mérida a Toledo", *Junta Superior de Excavaciones y Arqueología*, 29.

**(Blázquez, 1955)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1955); "Los carros votivos de Mérida y Almorchón", *Zephyrus*, 6, pp.40-64.

**(Blázquez, 1957)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1957); "La economía ganadera de España Antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas", *Emerita*, 25, pp.159-184.

**(Blázquez, 1958)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1958); "Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica", *Latomus*, 17, pp.27-48.

**(Blázquez, 1959)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1959); "Chevaux et dieux dans l'Espagne antique", *Ogam*, 11, pp.21-35.

**(Blázquez, 1960)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1960); "El legado indoeuropeo en la Hispania romana", *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Septiembre, 1959)*, Pamplona, pp.319-362.

**(Blázquez, 1962a)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1962a); "La expansión celtíbera en Carpetania, Bética, Levante y sus causas (ss.III-II a.C.)", *Celticum*, 3, pp.409-428.

**(Blázquez, 1962b)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1962b); *Religiones Primitivas de Hispania I. Fuentes literarias y epigráficas*, Madrid.

**(Blázquez, 1962c)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1962c); "Cabezas célticas inéditas del castro de Yecla, Salamanca", *Actas VII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp.217-222.

**(Blázquez, 1962d)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1962d); "Bronces prerromanos del museo provincial de Cáceres", *Archivo Español de Arqueología*, 35, pp.128-131.

**(Blázquez, 1965)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1965); *Cáparra. Excavaciones arqueológicas en España*, I.

**(Blázquez, 1966)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1966); *Cáparra. Excavaciones arqueológicas en España*, II.

**(Blázquez, 1967a)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1967a); "Roma y la explotación económica de la Península Ibérica", en *Las raíces de España*, Madrid, pp.253-279.

**(Blázquez, 1967b)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1967b); "Las alianzas en la Península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana", *Revue Internationale du Droit d'Antiquité*, 14, pp.209-243. (Reeditado con puesta al día en Blázquez, J.M., *España Romana*, Madrid, 1996, pp.95-117).

**(Blázquez, 1968)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1968); *Cáparra. Excavaciones arqueológicas en España*, III.

**(Blázquez, 1969)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1969); "Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica", en Tarradell, M. (dir.), *Estudios de Economía Antigua de La Península Ibérica*, Barcelona, pp.191-269.

**(Blázquez, 1974a)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1974a); *Ciclos y Temas de la Historia de España. La Romanización*, I y II, Madrid.

**(Blázquez, 1974b)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1974b); "La Iberia de Estrabón", *Hispania Antiqua*, 1, pp.11-94.

**(Blázquez, 1975a)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1975a); *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca.

**(Blázquez, 1975b)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1975b); *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid.

**(Blázquez, 1976)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1976); "Rechazo y asimilación a la cultura romana en Hispania (ss.IV-V)", *Actas del VI Congreso Nacional de Estudios Clásicos (Madrid, 1974)*, Madrid, pp.63-78.

**(Blázquez, 1977)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1977); *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid.

**(Blázquez, 1978)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1978); *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao.

**(Blázquez, 1979a)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1979a); "Últimas aportaciones a las religiones primitivas de Hispania", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.131-169.

**(Blázquez, 1979b)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1979b); "La proyección de los pueblos de la Meseta sobre Turdetania y el Levante Ibéricos en el primer milenio a.C.", *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, pp.421-434.

**(Blázquez, 1983)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1983); "Cinturones sagrados en la Península Ibérica", *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, vol.II, Madrid, pp.411-418.

**(Blázquez, 1986)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1986); "Sincretismo en la Lusitania romana", *Manifestaciones religiosas en Lusitania*, Cáceres, pp.7-14.

**(Blázquez, 1986-87)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1986-87); "Nuevos teónimos hispanos. Addenda et corrigenda V", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 13-14, pp.141-161.

**(Blázquez, 1987)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1987); "Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica", *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas paleohispánicas*, Vitoria, pp.469-497.

**(Blázquez, 1989)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1989); "Los Bárquidas en la Península Ibérica", *II Congresso Internazionalle di Studi fenici e Punici*, Roma, pp.127-136. (Publicado igualmente en la obra compiladora del mismo autor: *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, pp.491-523).

**(Blázquez, 1991)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1991); *Religiones en la España Antigua*, Madrid.

**(Blázquez, 1993)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1993); "Religión y sociedad en las inscripciones de Salamanca", en Mayer, M., (Ed.); *Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de Epigrafía: Culto y Sociedad en Occidente*, Sabadell, pp.73-82.

**(Blázquez/García-Gelabert, 1986-87)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., (1986-87); "Connotaciones meseteñas en la panoplia y ornamentación plasmadas en las esculturas de Porcuna", *Zephyrus*, 39-40, pp.411-417.

**(Blázquez/García-Gelabert, 1991)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., (1991); "Recientes aportaciones a las religiones primitivas de la Hispania Antigua", *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp.357-363.

**(Blázquez/García-Gelabert, 1992)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., (1992); "Relaciones entre la Meseta y Oretania", en Almagro Gorbea, M., Ruiz Zapatero, G., (Eds.); *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.46-55.

**(Blázquez/García-Gelabert, 1994)**

- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., (1994); *Cástulo, ciudad ibero-romana*, madrid.

**(Boardman, 1986)**

- BOARDMAN, J., (1986); *Los griegos en ultramar*, Madrid.

**(Boessneck et alii, 1971)**

- BOESSNECK, J., VON DEN DRIESCH, A., MEYER-LEMPPEAU, U., y WECHSLER-VON OHLEN, E., (1971); *Die Tierknochenfunden aus dem Oppidum von Manching*, Wiesbaden.

**(Bökönyi, 1980)**

- BÖKÖNYI, S., (1980); "The importance of House Domestication in Economy and Transport", en Sörbom, P., (Ed.), *Transport, Technology and Social Change*, Estocolmo, pp.15-21.

**(Bosch Gimpera, 1932)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1932); *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.

**(Bosch Gimpera, 1942)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1942); "Two celtic waves in Spain", *Proceeding of the British Academy*, 26, Londres, pp.3-126.

**(Bosch Gimpera, 1944)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1944); *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

**(Bosch Gimpera, 1950-51)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1950-51); "Les mouvements celtiques. Essai de reconstitution", *Études celtiques*, París, 5, pp.353-400.

**(Bosch Gimpera, 1952-53)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1952-53), "Les mouvements celtiques. Essai de reconstitution", *Études celtiques*, París, 6, pp.72-126 y 329-355.

**(Bosch Gimpera, 1960)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1960); *El problema indoeuropeo*, México.

**(Bosch Gimpera, 1974)**

- BOSCH GIMPERA, P., (1974); "Les derniers mouvements celtiques en Europe", *Paléontologia de la Península Ibérica*, Graz.

**(Bouloumié, 1983)**

- BOULOUMIÉ, B., (1983); "Les documents étrusques et grecs du Second Age du Fer en Auvergne et leur signification", en Collis, J., Duval, A., y Pèrichon, R., (Eds.), *Le Deuxième Age du Fer en Auvergne et en Forez et ses relations avec les régions voisines*, St. Etienne, pp.214-222.

**(Bouloumié, 1984)**

- BOULOUMIÉ, B., (1984); "L'Europe du Nord-ouest et la Méditerranée au deuxième Age du Fer", en Cahen-Delhay, A. et alii, (Eds.), *Les celtes en Belgique et dans le nord de la France. Les fortifications de l'Age du fer*, pp.81-84.

**(Bouloumié, 1985)**

- BOULOUMIÉ, B., (1985); "Les vases de bronze étrusques et leur diffusion hors d'Italie", en Cristofani, M., Moscati, P., Nardi, G., y Pandolfini, M., (eds.), *Il Commercio Etrusco Arcaico (Atti dell'Incontro di Studio, Dicembre 1983). Quaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica*, 9, Roma, pp.167-178.

**(Bouloumié, 1987)**

- BOULOUMIÉ, B., (1987); "Le rôle des Etrusques dans la diffusion des produits étrusques et grecs en milieu préceltique et celtique", en *Halstatt-Studien. Tübinger Kolloquium zur westeuropäischen Hallstatt-Zeit*, Weinheim, pp.20-43.

**(Bouloumié, 1988)**

- BOULOUMIÉ, B., (1988); "Le symposium greco-étrusque et l'aristocratie celtique", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, Paris, pp.343-383.

**(Bouloumié, 1992)**

- BOULOUMIÉ, B., (1992); "La diffusion du vin en Europe centrale et nord-orientale", *Les Etrusques et l'Europe*, Paris, pp.196-199.

**(Bouzek, 1985)**

- BOUZÉK, J., (1985); *The Aegean, Anatolia and Europe: Cultural Interactions in the Second Millennium B.C.*, Göteborg.

**(Bragado, 1994)**

- BRAGADO TORANZO, J.M<sup>a</sup>., (1994); "El poblamiento prerromano y romano en la provincia de Zamora", *Studia Zamorensia. Segunda Etapa*, vol.I, pp.11-95.

**(Brandis/Troitiño, 1977)**

- BRANDIS GARCÍA, D., y TROITIÑO VINUESA, M.A., (1977); "Ávila", en Martínez de Pisón, E., (Dir.), *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, pp.49-105.

**(Braudel, 1979)**

- BRAUDEL, F., (1979); *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV-XVIIIe*, Paris.

**(Braund, 1984)**

- BRAUND, D.C., (1984); *Rome and the Friendly King. The character of client kingship*, Londres.

**(Bravo, 1985a)**

- BRAVO CASTAÑEDA, G., (1985a); "Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación", *Gerion*, 3, pp.19-41.

**(Bravo, 1985b)**

- BRAVO CASTAÑEDA, G., (1985b); "Avance sobre un nuevo bronce romano del año 134, hallado en Montealegre (Valladolid)", *Gerion*, 3, pp.309-316.

**(Bravo, 1989)**

- BRAVO CASTAÑEDA, G., (1989); "La entidad de la *cognatio* y del pacto en un nuevo documento de *hospitium* entre Amalobrigenses y Caucenses", *Epigrafía jurídica romana*, Pamplona, pp.307- 323.

**(Van Brechem, 1982)**

- VAN BRECHEM, D., (1982); *Les routes et l 'histoire*, Ginebra.

**(Bresson, 1986)**

- BRESSON, A., (1986); "Aristote et le commerce extérieur", *Grecs et Ibères au IV<sup>e</sup> siècle avant Jèsus-Christ: commerce et iconographie (Table ronde, Bordeaux, Décembre 1986)*. *Revue des Études Anciennes*, 84 (3-4), pp.217-238.

**(Broncano/Coll, 1988)**

- BRONCANO RODRÍGUEZ, S. y COLL CONESA, J., (1988); "El horno ibérico de la Casa Grande (Alacalá de Júcar, Albacete)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 30, pp.187-228.

**(Brumfield/Earle, 1987)**

- BRUMFIELD, E., y EARLE, T., (Eds.), (1987); *Specialization, Exchange and Complex Societies*, Cambridge.

**(Brun, 1987)**

- BRUN, P., (1987); *Princes et princesses de la Celtique. La primer Age du Fer (850-450 a.C.)*, París.

**(Brun, 1988)**

- BRUN, P., (1988); "Les résidences princières comme centres territoriaux: éléments de vérification", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.128-143.

**(Brun, 1992)**

- BRUN, P., (1992); "L 'influence grecque sur la société celtique non mediterrannée", en Bats, M. et alii (Eds.), *Marseille grecque et la Gaulle*, Aix-en-Provence, pp.389-394.

**(Brun, 1994)**

- BRUN, P., (1994); "From Hallstatt to La Tène period in the perspective of the Mediterranean World Economy", en Kristiansen, K., y Jensen, J., (Eds.), *Europe in the First Millennium B.B.*, Sheffield, pp.57-65.

**(Brunaux, 1986)**

- BRUNAUX, J.L., (1986); *Les Gaulois. Sanctuaries et rites*, París.

**(Brunaux, 1991)**

- BRUNAUX, J.L., (1991); "Les sanctuaires celtiques et leur rapports avec le monde mediterrannée", en *Les sanctuaries celtiques et le monde mediterrannée*, París, pp.7-12.

**(Brunaux, 1995)**

- BRUNAUX, J.L., (1995); "Religion gauloise et religion romaine: La leçon des sanctuaires de Picardie", *Cahiers du Centre G. Glotz*, 6, pp.139-161.

**(Brunaux, 1996)**

- BRUNAUX, J.L., (1996); *Les religions gauloises. Rituels celtiques de la Gaule indépendante*, París.

**(Brunaux/Lambot, 1987)**

- BRUNAUX, J.L. y LAMBOT, B., (1987); *Guerre et armement chez les Gaulois (450-52 a.C.)*, París.

**(Büchsehschütz, 1988)**

- BÜCHSENSCHÜTZ, O., (1988); "Les habitats hallstattiens et la Méditerranée", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.165-178.

**(Büchsehschütz, 1991)**

- BÜCHSENSCHÜTZ, O., (1991); "Viereckschanzen et sanctuaries de l'Europe celtique", en *Les sanctuaries celtiques et leurs rapports avec le monde méditerranéen. Actes Colloque Saint Riquier (Novembre, 1990)*, París, pp.106-112.

**(Büchsehschütz, 1995)**

- BÜCHSENSCHÜTZ, O., (1995); "The significance of major settlements in European Iron Age society", en Arnold, B., y Gibson, D.B., (Eds.), *Celtic Chieftdom, Celtic State*, Cambridge, pp.53-63.

**(Bujna, 1982)**

- BUJNA, J., (1982); "Spiegelung der Sozialstruktur auf latènezeitlichen Gräberfeldern im Karpathenbecken", *Pamatky archeologicke*, 73, pp.312-431.

**(Burghardt, 1971)**

- BURGHARDT, A.F., (1971); "A hypothesis about gateway communities", *Annals of the Association of American Geographers*, 61-62, pp.269-285.

**(Burillo, 1980)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1980); *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca medio*, Zaragoza.

**(Burillo, 1984)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1984); "La aplicación de los modelos de Lugar Central a la arqueología", *Primeras jornadas de metodología de investigación prehistórica*. Soria, 1981, Madrid, pp.431-441.

**(Burillo, 1986)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1986); "Sobre el territorio de lusones, belos y titos en el s.II a.C.", en *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp.529-549.

**(Burillo, 1993a)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1993a); "Aproximación a la arqueología de los celtíberos", en Almagro Gorbea, M., (dir.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.223-253.

**(Burillo, 1993b)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1993b); "Una tésera de Arekorata. Un nuevo concepto volumétrico en las téseras de hospitalidad celtibéricas", *Homenatge a Miquel Tarradell. Estudis Universitaris Catalans*, 29, pp.559-567.

**(Burillo, 1995)**

- BURILLO MOZOTA, F., (Coord.), (1995); *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. (Daroca, 1991), Zaragoza.

**(Burillo, 1995b)**

- BURILLO MOZOTA, F., (1995b); "Celtiberia: monedas, ciudades y territorios", *I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 14, Madrid, pp.161-177.

**(Burillo et alii, 1988)**

- BURILLO MOZOTA, F., PÉREZ, J.A. y DE SUS, M<sup>a</sup>.L., (1988); *Celtiberos*, Zaragoza.

**(Bustos et alii, 1989)**

- BUSTOS PRETEL, V., MOLERO GUTIÉRREZ, G., BREA LÓPEZ, P., (1989); "Estudio faunístico del yacimiento de Villasviejas", en Hernández, F. et alii, *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja* (Botija, Cáceres), Mérida, Apéndice I, pp.144-153.

**(Caamaño, 1979)**

- CAAMAÑO GESTO, J.M., (1979); "Posible reutilización de caminos prerromanos en época romana", *Gallaecia*, 3-4, pp.282-285.

**(Caballero, 1970)**

- CABALLERO ZOREDA, L., (1970); *Alconétar en la Vía de la Plata* (Garrovillas, Cáceres), *Excavaciones arqueológicas en España*, 70.

**(Caballero et alii, 1991)**

- CABALLERO ZOREDA, L., ALMAGRO GORBEA, M., MADROÑERO DE LA CAL, A., GRANDE SANZ, A., (1991); "La Iglesia de época visigoda de Sta. Lucía del Trampal. Alcuéscar (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica*, II, pp.497-523.

**(Cabello, 1991-92)**

- CABELLO CAJA, R., (1991-92); "La cerámica pintada de la II Edad de Hierro en la cuenca media del Tajo", *Norba*, 11-12, pp.99-128.

**(Cabero et alii, 1987)**

- CABERO DIÉGUEZ, V., CASCOS MARAÑA, C. y CALONGE CANO, G., (1987); *Geografía de Castilla y León. 3, Los espacios naturales*, Valladolid.

**(Cabero et alii, 1990)**

- CABERO DIÉGUEZ, V., TROITIÑO VINUESA, M.A., CALAVIA REDONDO, M. y LLORENTE PINTO, J.M., (1990); *Geografía de Castilla y León. 8, Las comarcas tradicionales*, Valladolid.

**(Cabo, 1956)**

- CABO ALONSO, A., (1956); "El colectivismo agrario en Tierra de Sayago", *Estudios Geográficos*, nº 65.

**(Cabo, 1991)**

- CABO ALONSO, A., (1991); "La Cañada Real Leonesa Occidental", en García Martín, P., (Coor.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, pp.89-121.

**(Cabo, 1994)**

- CABO ALONSO, A., (1994); "Medio natural y Trashumancia en la España peninsular", en Anes, G. y García Sanz, A., (Coor), *Mesta, Trashumancia y vida pastoril*, Valladolid, pp.23-45.



**(Cabo et alii, 1987)**

- CABO ALONSO, A., MANERO MIGUEL, F., SÁNCHEZ ZURRO, D.J. y CRESPO REDONDO, J., (1987); *Geografía de Castilla y León. 1, Unidad y diversidad del territorio*, Valladolid.

**(Cabré, 1921a)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1921a); "Falsificaciones ibéricas en Ávila", *Coleccionismo*, 98, pp.31-37.

**(Cabré, 1921b)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1921b); "Dos cinturones de bronce prerromanos singularísimos, del Museo Arqueológico Nacional", *Coleccionismo*, 99, pp.49-54.

**(Cabré, 1930)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1930); "Excavaciones de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). I, El Castro", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110, Madrid.

**(Cabré, 1931)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1931); "Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas", *Archivo Español de Arqueología*, 7, pp.221-241.

**(Cabré, 1932)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1932); "Excavaciones en Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). II, La Necrópolis", *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 120, Madrid.

**(Cabré, 1934)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1934); "Guerreros indígenas de la Edad del Hierro de la Península Ibérica con pendientes de oro", *Las Ciencias*, 1, pp.353-358.

**(Cabré, 1937)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1937); "Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata durante la Segunda Edad del Hierro", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 38, pp.93-126.

**(Cabré, 1939-40)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., (1939-1940); "La caetra y el scutum en Hispania durante la II Edad de Hierro", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 6, pp.57-83.

**(Cabré/Cabré de Morán, 1933a)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1933a); "Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas", *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 9, pp.37-45.

**(Cabré/Cabré de Morán, 1933b)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1933b); "La espada de antenas de tipo Alcácer do Sal y su evolución en la necrópolis de La Osera, Chamartín de la Sierra, Ávila", *Homenaje a Martins Sarmiento*, Guimarães, pp.85-90.

**(Cabré et alii, 1950)**

- CABRÉ AGUILÓ, J., CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., MOLINERO PÉREZ, A., (1950); *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, Madrid.

**(Cabré de Morán, 1931)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1931); "El problema de la cerámica con incrustaciones de cobre y ámbar de Las Cogotas y de la Península Ibérica", *XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique (Portugal)*, París, pp.498-510.

**(Cabré de Morán, 1934a)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1934a); "Dos tipos genéricos de falcata hispánica", *Archivo Español de Arqueología*, 30, pp.207-224.

**(Cabré de Morán, 1934b)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1934b); "El modelo de falcata más típicamente hispánico", *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mérida*, vol.II, pp.207-212.

**(Cabré de Morán, 1949)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1949); "Los disco-corazas en ajuares funerarios de la Edad del Hierro de la Península Ibérica", *IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Elche, 1948)*, Cartagena, pp.186-190.

**(Cabré de Morán, 1952)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1952); "El simbolismo solar en la ornamentación de espadas de la II Edad del Hierro", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 3, pp.101-112.

**(Cabré de Morán, 1990)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., (1990); "Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas", en Burillo, F. (Coor.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre Los Celtíberos (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.205-224.

**(Cabré de Morán/Baquedano, 1991)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., BAQUEDANO BELTRÁN, M<sup>a</sup>.I., (1991); "La guerra y el armamento", en *Los celtas de la Península Ibérica. Monográfico de la Revista de Arqueología*, extra nº5, Madrid, pp.58-71.

**(Cabré de Morán/Baquedano, 1997)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., BAQUEDANO BELTRÁN, M<sup>a</sup>.I., (1997); "El armamento céltico de la II Edad del Hierro", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.240-259.

**(Cabré de Morán/Morán, 1977)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E. y MORÁN CABRÉ, J.A., (1977); "Decoraciones cerámicas del Mediterráneo oriental relacionables con la metalistería ibérica", *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*, (Vitoria, 1975), Zaragoza, pp.757-762.

**(Cabré de Morán/Morán, 1979a)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E. y MORÁN CABRÉ, J.A., (1979a); "Aportaciones al estudio tipológico de las espadas Alcácer do Sal. Una nueva serie descubierta en la necrópolis de La Osera, Chamartín de la Sierra (Ávila)", *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp.763-774.

**(Cabré de Morán/Morán, 1979b)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E. y MORÁN CABRÉ, J.A., (1979b); "Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la meseta hispánica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12, pp.10-26.

**(Cabré de Morán/Morán, 1983)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E. y MORÁN CABRÉ, J.A., (1983); "Las fíbulas con esquema de La Tène en el mundo ibérico y su adopción y adaptación en la Meseta", *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología*, pp.463-470.

**(Cabré de Morán/Morán, 1984)**

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E. y MORÁN CABRÉ, J.A., (1984); "Cabré y la arqueología céltica meseteña del Hierro II", *Juan Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de Homenaje*, Zaragoza, pp.65-78.

(Cabré de Morán/Morán, 1990)

- CABRÉ DE MORÁN, M<sup>a</sup>.E., MORÁN CABRÉ, J.A., (1990); "Pinzas ibéricas caladas tipo Cigarralejo en la necrópolis de La Osera (Ávila)", *Verdolay. Homenaje a D. Emeterio Cuadrado*, 2, pp.77-80.

(Cabrera, 1981)

- CABRERA BONET, P., (1981); "La cerámica pintada de Huelva", *Huelva Arqueológica*, 5, pp.317-335.

(Cabrera, 1987)

- CABRERA BONET, P., (1987); "Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del s.V a.C. en Extremadura", *Oretum*, 3, pp.217-221.

(Cabrera/Sánchez, 1994)

- CABRERA BONET, P., SÁNCHEZ, C., (1994); "Importaciones griegas en el sur de la meseta", *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp.357-376.

(Cahen-Delhaye et alii, 1984)

- CAHEN-DEHAYE, A., DUVAL, A., LEMAN-DELERIVE, G. y LEMAN, P. (Eds.), (1984); *Les celtes en Belgique et dans le nord de la France. Les fortifications de l'Âge du fer (Actes du sixième colloque tenu à Bavay et Mons)*. Revue du Nord. Lille.

(Calonge, 1995a)

- CALONGE CANO, G., (1995a); "Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.19-46.

(Calonge, 1995b)

- CALONGE CANO, G., (1995b); "Interpretación de los resultados de las investigaciones mediambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.529-539.

(Calonge Ruiz, 1983)

- CALONGE RUIZ, J., (1983); *César. Guerra civil. Libros I-II*, Madrid, 2<sup>a</sup> edic.

(Campano/Sanz, 1989)

- CAMPANO LORENZO, A. y SANZ MÍNGUEZ, C., (1989); "Fíbulas de doble resorte de puente de cruz", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 55, pp.61-78.

(Campano/del Val, 1986)

- CAMPANO LORENZO, A., y VAL RECIO, J. del, (1986); "Un enclave de la Primera Edad del Hierro en Zamora. El Castro, Camarzana de Tera", *Revista de Arqueología*, 66, pp.29-33.

(Campano et alii, 1985)

- CAMPANO LORENZO, A., RODRÍGUEZ, J.A., y SANZ MÍNGUEZ, C., (1985); "Apuntes para una primera valoración de la explotación y comercio de la variscita en la Meseta Norte", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.13-22.

(Campo Turmo, 1948a)

- CAMPO TURMO, R., (1948a); "Arbucale, la Numancia bettónica", *Revista del Ejército*, 102.

(Campo Turmo, 1948b)

- CAMPO TURMO, R., (1948b); "¿Dónde está Arbucale, la Numancia bettónica?", *Revista del Ejército*, 103.

(Canto, 1989)

- CANTO DE GREGORIO, A.M<sup>a</sup>., (1989); "Colonia Iulia Augusta Emerita: Consideraciones en torno a su fundación y territorio", *Gerion*, 7, pp.149-205.

(Canto, 1995a)

- CANTO DE GREGORIO, A.M<sup>a</sup>., (1995a); "Extremadura y la Romanización", *Extremadura Arqueológica IV. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, pp.151-177.

(Canto, 1995b)

- CANTO DE GREGORIO, A.M<sup>a</sup>., (1995b); "La Beturia Céltica: Introducción a su epigrafía", en *Celtas y Túrdules: la Beturia, Cuadernos Emeritenses*, nº 9, Mérida, pp.293-326.

(Capalvo, 1986)

- CAPALVO LIESA, A., (1986); "El léxico pliniano sobre Hispania: etnonimia y designación de los asentamientos urbanos", *Caesaraugusta*, 63, pp.51-72.

(Capalvo, 1994)

- CAPALVO LIESA, A., (1994); "Historia y leyenda de la Celtiberia Ulterior", en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, II, Madrid, pp.63-75.

(Capalvo, 1996)

- CAPALVO LIESA, A., (1996); *Celtiberia*, Zaragoza.

(Cara/Rodríguez, 1987)

- CARA BARRIONUEVO, L., y RODRÍGUEZ LÓPEZ, J.M., (1987); "Trashumancia ganadera y megalitismo. El caso del valle medio-bajo del río Andarax (Almería)", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp.235-248.

(Carneiro, 1970)

- CARNEIRO, R., (1970); "A theory of the origin of the State", *Science*, 169, pp.733-739.

(Carneiro, 1978)

- CARNEIRO, R., (1978); "Political expansion as an expression of the principle of competitive exclusion", en Cohen, P.R. y Service, E., (Eds.), *Origins of the State: The Anthropology of Political Evolution*, Filadelfia, pp.205-224.

(Carney, 1973)

- CARNEY, T.F., (1973); *The economies of Antiquity: controls, gifts and trade*, Coronado.

(Caro, 1943a)

- CARO BAROJA, J., (1943a); "Regímenes sociales y económicos de la España prerromana", *Revista Internacional de Sociología*, I, pp.149-190 y II, pp.285-317.

(Caro, 1943b)

- CARO BAROJA, J., (1943b); *Los pueblos del norte de la Península Ibérica. (Análisis histórico-cultural)*, Madrid.

**(Caro, 1976)**

- CARO BAROJA, J., (1976); *Los pueblos de España*, I-II, Barcelona, (1ª edición, 1946).

**(Caro, 1986)**

- CARO BAROJA, J., (1986); *Ciclos y Temas de la Historia de España. España Antigua (conocimiento y fantasía)*, Madrid.

**(Caro, 1988)**

- CARO BAROJA, J., (1988); "Prólogo" de la obra de García Martín, P., *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*, Madrid, pp.11-14.

**(Caro Bellido, 1989)**

- CARO BELLIDO, A., (1989); *Cerámica gris a torno tartesia*, Cádiz.

**(Carreras, 1995)**

- CARRERAS ROSSELL, T., (1995); "Recipientes de vidrio para ungüentos y perfumes", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Homenaje a Hermanfrid Schubart*, 35, pp.153-164.

**(Carretero/Guerrero, 1990)**

- CARRETERO, S., y GUERRERO, J., (1990); "La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). Nuevos materiales cerámicos", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, vol.I, Palencia, pp.367-382.

**(Carroble/Ruiz Zapatero, 1990)**

- CARROBLES SANTOS, J. y RUIZ ZAPATERO, G., (1990); "La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo, pp.235-258.

**(Casson, 1984)**

- CASSON, L., (1984); *Ancient Trade and Society*, Detroit.

**(Castaños, 1986)**

- CASTAÑOS UGARTE, P.M.<sup>a</sup>, (1986); "Fauna de las escombreras celtibéricas de Roa de Duero (Burgos)", en Sacristán de Lama, J.D., *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Madrid, Apéndice 2, pp. 263-266.

**(Castaños, 1991)**

- CASTAÑOS UGARTE, P.M.<sup>a</sup>, (1991); "Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución", *Revista de Estudios Extremeños*, 47, pp.9-66.

**(Castelo/Sánchez Moreno, 1995)**

- CASTELO RUANO, R. y SÁNCHEZ MORENO, E., (1995); "De Verribus Vettonum. El verraco de Talavera la Nueva (Toledo) y algunas notas sobre la arqueología de las tierras orientales vetonas", *Zephyrus*, 48, pp.317-330.

**(Castiella, 1977)**

- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., (1977); *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.

**(Castillo, 1986)**

- CASTILLO IGLESIAS, B., (1986); "Joyería antigua prerromana en la provincia de Burgos", *Numantia*, 2, pp.247-256.

**(Castillo, 1996)**

- CASTILLO IGLESIAS, B., (1996); "Los torques de plata del monasterio de Rodilla", *Archivo Español de Arqueología*, 69, pp.227-238.

**(Castro García, 1970)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1970); *Pallantia Prerromana*, Burgos.

**(Castro García, 1971)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1971); *La necrópolis de Pallantia*, Palencia.

**(Castro García, 1972)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1972); "El vaso trípode en la Segunda Edad del Hierro", *BIFG*, 178, pp.111-115.

**(Castro García, 1973)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1973); "Ubicación de Pallantia prerromana", *Hispania Antiqua*, 3, pp.417-460.

**(Castro García, 1974)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1974); "Nueva e importante ciudad vaccea en Tariego de Cerrato (Palencia)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 1, pp.14-17.

**(Castro García, 1975a)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1975a); "En torno a dos vasos prerromanos de Tariego de Cerrato (Palencia)", *Sautuola*, 1, pp.177-182.

**(Castro García, 1975b)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1975b); "El castro de Tariego de Cerrato", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp.985-990

**(Castro García, 1977)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, (1977); *Palenzuela en la historia y en el arte*, Palencia.

**(Castro García/Blanco, 1975)**

- CASTRO GARCÍA, L. de, BLANCO ORDÁS, R., (1975); "El castro de Tariego de Cerrato (Palencia)", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 35, pp.59-138.

**(Castro Martínez, 1986)**

- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., (1986); "Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)", *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el Micro-espacio*, III, Teruel, pp.127-138.

**(Castro Martínez/González, 1989)**

- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., GONZÁLEZ MARCÉN, P., (1989); "El concepto de frontera: implicaciones teóricas de la noción de territorio político", *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13, Teruel, pp.7-18.

**(Castro Martínez et alii, 1995)**

- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., MICO PÉREZ, R. y SANAHUJA YLL, M<sup>a</sup>.E., (1995); "Genealogía y cronología de la Cultura de Cogotas I. El estilo cerámico y el Grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 61, pp.51-118.

**(Castro Sánchez, 1995)**

- CASTRO SÁNCHEZ, J., (1995); *Justino. Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo. Prólogos. Pompeyo Trogo, Fragmentos*, Madrid.

**(Celestino, 1985)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1985); "Los carros y las estelas decoradas del Suroeste", *Homenaje a Cánovas Pesini*, Badajoz, pp.45-56.

**(Celestino, 1990)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1990); "Las estelas decoradas del S.W. peninsular", en *La Cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, pp.45-62.

**(Celestino, 1991a)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1991a); "Cancho Roano, un complejo orientalizante en Zalamea de la Serena (Badajoz)", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp.438-463.

**(Celestino, 1991b)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1991b); "Nuevos jarros tartésicos de bronce en el sur peninsular", *madrider Mitteilungen*, 32, pp.52-85.

**(Celestino, 1991c)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1991c); "Elementos de puerta en la arquitectura ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, 64, pp.264-269.

**(Celestino, 1992a)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1992a); *Las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica*, Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

**(Celestino, 1992b)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1992b); "Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político-religioso e influencia oriental", *Rivista di Studi Fenici*, 20 (1), pp.19-46.

**(Celestino, 1995a)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (1995); "El Período Orientalizante en Extremadura", *Extremadura Arqueológica IV. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, pp.67-89.

**(Celestino, 1995b)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (Ed.), (1995b); *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid.

**(Celestino, 1996)**

- CELESTINO PÉREZ, S., (Ed.), (1996); *El palacio-santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Badajoz.

**(Celestino/Jiménez Ávila, 1993)**

- CELESTINO PÉREZ, C., JIMÉNEZ ÁVILA, F.J., (1993); *El palacio-santuario de Cancho Roano IV. El sector Norte*, Badajoz.

**(Celestino et alii, 1992)**

- CELESTINO PÉREZ, S., ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1992); "Paleoetnología del área extremeña", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.311-327.

**(Celestino et alii, e.p.)**

- CELESTINO PÉREZ, S., BLANCO FERNÁNDEZ, J.L., MARTÍN, A. y GONZÁLEZ CORDERO, A., (e.p.); *La influencia orientalizante en la cultura de Cogotas. El yacimiento de Pajares* (Villanueva de la Vera, Cáceres), París.

**(Celis, 1986)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., (1986); "Nuevo yacimiento de la Edad del Hierro en Benavente (Zamora)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.41-53.

**(Celis, 1990)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., (1990); "Apuntes para el estudio de la secuencia ocupacional de La Dehesa de Morales, Fuentes de Ropel (Zamora)", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp.467-496.

**(Celis, 1993)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., (1993); "La secuencia del poblado de la primera Edad del Hierro de Los Cuestos de la Estación, Benavente (Zamora)", en en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.93-132.

**(Celis/Gutiérrez, 1988)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., (1988); "La Sinagoga y Los Cuestos de la Estación, Benavente", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.83-100.

**(Celis/Gutiérrez, 1989a)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., (1989a); "Los Cuestos de la Estación, Benavente (Zamora). Reseña de la III Campaña de Excavación", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.145-160.

**(Celis/Gutiérrez, 1989b)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., (1989b); "Noticias de la excavación de urgencia en El Pescadero, Manganeses de la Polvorosa (Zamora)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.161-169.

**(Celis/Gutiérrez, 1990)**

- CELIS SÁNCHEZ, J., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A., (1990); "Resumen de los resultados obtenidos en la IV campaña de excavación de Los Cuestos de la Estación, Zamora. Septiembre-Octubre 1990", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián del Campo*, Zamora, pp.105-122

**(Cerdeño, 1978)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1978); "Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico", *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp.279-306.

**(Cerdeño, 1981a)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1981a); "Broches de cinturón tartésicos", *Huelva Arqueológica*, 5, pp.31-56.

**(Cerdeño, 1981b)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1981b); "Sigüenza: enterramientos tumulares de la meseta oriental", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 11, pp.189-208.

**(Cerdeño, 1983)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1983); "Cerámica pintada hallstättica en la provincia de Guadalajara", *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, II, Madrid, pp.157-164.



**(Cerdeño, 1992)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1992); "Necrópolis célticas, celtibéricas e ibéricas: una visión de conjunto", *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid, pp.473-508.

**(Cerdeño, 1997)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., (1997); "Sistemas defensivos en el ámbito celta peninsular", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.231-239.

**(Cerdeño/Cabanes, 1994)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., CABANES, E., (1994); "El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 51, n<sup>o</sup>2, pp.103-119.

**(Cerdeño/García Huerta, 1995)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., GARCÍA HUERTA, R., (1995); "La introducción del torno en la meseta", *1º Congresso de Arqueologia Peninsular. Trabalhos de Antropologia e Etnologia (Actas VI)*, 35, 2, Porto, pp.261-274.

**(Cerdeño/Pérez de Ynestora, 1992)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L. y PÉREZ DE YNESTORA, J.L., (1992); "La explotación de sal en época celtibérica en la región de Sigüenza (España)", *Actes du Colloque International du Sel*, Salies-se-Béarn, pp.167-175.

**(Cerdeño et alii, 1995)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., PÉREZ DE YNESTORA, J.L., CABANES, E., (1995); "Cerámicas de importación mediterránea en un castro celtibérico", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), pp.163-174.

**(Cerdeño et alii, 1996)**

- CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup>.L., GARCÍA HUERTA, M<sup>a</sup>.R., BAQUEDANO BELTRÁN, I. y CABANES, E., (1996); "Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: los focos del Noreste y Suroeste meseteños", *Complutum Extra. Homenaje a Manuel Fernández Miranda*, 6 (I), pp.287-312.

**(Cerrillo, 1983)**

- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E., (1983); "Materiales de superficie de la cueva del Conejar junto a Cáceres", *Homenaje al Profesor Almagro Basch*, II, Madrid.

**(Cerrillo, 1985)**

- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E., (1985); "El tiempo pre y protohistórico", en *Historia de Extremadura*, I, Badajoz, pp.61-100.

**(Cerrillo, 1994)**

- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E., (1994); "Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas: Cáparra", en *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, II, Madrid, pp.149-158.

**(Cerrillo et alii, 1990)**

- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E., FERNÁNDEZ CORRALES, J.M., HERRERA GARCÍA DE LA SANTA, G., (1990); "Ciudades, territorios y vías de comunicación en la Lusitania meridional española", *Les villes de Lusitane Romaine*, París, pp.51-70.

**(Ciprés, 1990)**

- CIPRÉS, P., (1990); "Sobre la organización militar de los celtíberos: la *iuventus*", *Veleia*, 7, pp.173-187.

(Ciprés, 1993)

- CIPRÉS, P., (1993); *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Vitoria.

(Civantos, 1993)

- CIVANTOS MAYO, E., (1993); "La cerámica ibérica, gris y con barniz rojo de la necrópolis de La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres)", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía* (Córdoba, 1988), II, Córdoba, pp.283-297.

(Clark/Piggot, 1965)

- CLARK, J.G.P., y PIGGOT, S., (1965); *Prehistoric Societies*, Londres.

(Clarke, 1979)

- CLARKE, D.L., (1979); "The economical context of trade and industry in Barbarian Europe till Roman times", en Clarke, D.L., *Analytical Archaeology: Collected Papers*, Londres, pp.263-331.

(Clavel-Lévêque, 1974)

- CLAVEL-LÉVÊQUE, M., (1974); "Les Gaulles et les Gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon", *Dialogues de Histoire Ancienne*, 1, pp.75-94.

(Clavel-Lévêque, 1977)

- CLAVEL-LÉVÊQUE, M., (1977); *Marseille Grecque. La Dynamique d'un imperialisme marchand*, Marsella.

(Coelho, 1976)

- COELHO, L., (1976); "Epigrafía prelatina del SW peninsular. Algunos problemas arqueológicos y epigráfico-lingüísticos", *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, pp.201-211.

(Coffyn, 1985)

- COFFYN, A., (1985); *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, París.

(Cohen, 1984)

- COHEN, R., (1984); "Warfare and state formation: wars make states and states make wars", en Ferguson, R.B., (Ed.), *Warfare, culture and environment*, Londres, pp.329-358.

(Coldstream, 1993)

- COLDSTREAM, J.N., (1993); "Mixed marriages at the frontiers of the Early Greek World", *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (1), pp.89-107.

(Coleman, 1973)

- COLEMAN, E., (1973); "Comment on the concept of influence", *Public Opinion Quarterly*, 27, pp.113-125.

(Coles/Harding, 1979)

- COLES, J.M., y HARDING, A., (1979); *The Bronze Age in Europe*, Nueva York.

(Collis, 1975)

- COLLIS, J., (1975); *Defended Sites of the Late La Tène in Central and Western Europe*, B.A.R., 11, Oxford.

**(Collis, 1976)**

- COLLIS, J., (1976); "Town and market in Iron Age Europe", en Cunliffe, B., y Rowley, T., (Eds.), *Oppida: the Beginning of Urbanisation in Barbarian Europe*, B.A.R., 11, Oxford, pp.3-23.

**(Collis, 1982)**

- COLLIS, J., (1982); "Gradual growth and sudden change. Urbanisation in Temperature Europe", en Renfrew, C., y Shennan, S., (Eds.), *Ranking, Resource and Exchange: aspects of the Archaeology of Early European Societies*, Cambridge, pp.73-78.

**(Collis, 1984)**

- COLLIS, J., (1984); *Oppida. Earliest Towns North of the Alps*, Sheffield.

**(Collis, 1989)**

- COLLIS, J., (1989); *La Edad del Hierro en Europa*, Barcelona.

**(Collis, 1993)**

- COLLIS, J., (1993); "Los celtas en Europa", en Almagro Gorbea, M., (dir.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.63-76.

**(Collis, 1995a)**

- COLLIS, J., (1995a); "States without centres? The middle La Tène period in temperature Europe", en Arnold, B., y Gibson, D.B., (Eds.), *Celtic Chieftdom, Celtic State*, Cambridge, pp.75-80.

**(Collis, 1995b)**

- COLLIS, J., (1995b); "The first towns", en Green, M., (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.159-175.

**(Collis, 1996)**

- COLLIS, J., (1996); "Urbanisation in the Atlantic Europe in the Iron Age", *Gallaecia*, 14-15, pp.223-239.

**(Collis/Ralston, 1976)**

- COLLIS, J., y RALSTON, I., B., (1976); "Late La Tène defences", *Germania*, pp.135-146.

**(Van Compernelle, 1983)**

- VAN COMPERNOLLE, R., (1983); "Femmes indigènes et colonisateurs", en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche. Atti del convegno di Cortona (Maggio, 1981)*, Pisa-Roma, pp.1033-1049.

**(Conde et alii, 1996)**

- CONDE MORENO, J.F., REINA PEREDA, P., y SILVESTRE BARRIO, M., (1996); "El Cerro del Berrueco (Salamanca). Nuevas propuestas para un problema olvidado", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36, pp.47-71.

**(Corchado, 1963)**

- CORCHADO Y SORIANO, M., (1963); "Pasos naturales y antiguos caminos entre Jaén y La Mancha", *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 38, pp.9-39.

**(Corchado, 1969)**

- CORCHADO Y SORIANO, M., (1969); "Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadiana", *Archivo Español de Arqueología*, 42, pp.124-158.

**(Correia, 1996)**

- CORREIA, V.H., (1996); "A escritura pré-romana do Sudoeste peninsular", en *De Ulisses a Viriato. O primeiro milénio a. C.*, Lisboa, pp.88-94.

**(Costa Arthur, 1952)**

- COSTA ARTHUR, M.L., (1952); "Necrópolis de Alcácer-do-Sal (Colección del Prof. Dr. Francisco Gentil ", *Actas del II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*, Cartagena, pp.369-380.

**(Costa, 1891-95)**

- COSTA y MARTÍNEZ, J., (1891-95); *Estudios ibéricos*, Madrid.

**(Costa, 1983)**

- COSTA y MARTÍNEZ, J., (1983); *Colectivismo agrario en España, I-II*, (Edición de C. Serrano; 1ª edición, 1898), Madrid.

**(Crawford, 1986)**

- CRAWFORD, M., (Ed.), (1986); *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid.

**(Crespo/Sagredo, 1979-80)**

- CRESPO, S., SAGREDO, L., (1979-80); "El poblamiento prerromano en la provincia de Palencia", *Hispania Antiqua*, 9-10, pp.127-139.

**(Crumley, 1974)**

- CRUMLEY, C., (1974); *Celtic Social Structure*, Ann Arbor.

**(Crumley, 1987)**

- CRUMLEY, C.L., (1987); "Celtic settlement before the Conquest: the dialectics of landscape and power", en Crumley, C.L. y Marquardt, W. H. (Eds.), *Regional Dynamics: Burgundian Landscapes in Historical Perspectives*, Academic Press, Nueva York, pp.403-430.

**(Cuadrado, 1952)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1952); "Las tumbas ibéricas de empedrado tumular y la celtización del sureste", *II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*, Cartagena, pp.247-280.

**(Cuadrado, 1953)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1953); "Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta", *Zephyrus*, 4, pp.265-309.

**(Cuadrado, 1955)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1955); "El carro ibérico", *Actas del III Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953)*, Zaragoza, pp.116-135.

**(Cuadrado, 1956)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1956); "Los recipientes rituales metálicos llamados braseros púnicos", *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp.52-84.

**(Cuadrado, 1960)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1960); "Fíbulas anulares típicas del norte de la meseta castellana", *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp.64-97.

**(Cuadrado, 1963a)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1963a); "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica", *Trabajos de Prehistoria*, 7, pp.7-61.

**(Cuadrado, 1963b)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1963b); "Puñales de antenas en territorio ibérico", *Zephyrus*, 14, pp.17-27.

**(Cuadrado, 1963c)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1963c); "Sobre ponderales ibéricos", *VIII Congreso Nacional de Arqueología*, Sevilla, pp.339-352.

**(Cuadrado, 1966)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1966); *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con "asas de manos" de la Península Ibérica*, Madrid.

**(Cuadrado, 1968a)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1968a); "Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos", *Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, pp.117-142.

**(Cuadrado, 1968b)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1968b); "Tumbas principescas de El Cigarralejo (Mula, Murcia)", *Madrider Mitteilungen*, 9, pp.148-186.

**(Cuadrado, 1969)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1969); "Orígenes y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico", en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968)*, Barcelona, pp.257-290.

**(Cuadrado, 1974)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1974); "Penetración de las influencias coloniales greco-fenicias en el interior peninsular", *Symposium de Colonizaciones (Barcelona, 1971)*, Barcelona.

**(Cuadrado, 1976-78)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1976-78); "Influencias de la Iberización en el interior peninsular", *Simposi Internacional: Els orígens del món ibèric (Empúries, 1977)*. Ampurias, 38-40, pp.327-331.

**(Cuadrado, 1984)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1984); "El Cigarralejo. Relaciones con la meseta", *Al-Basit*, 15, pp.127-139.

**(Cuadrado, 1986)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1986); "Tumbas principales de El Cigarralejo", *Madrider Mitteilungen*, 9, pp.148-156.

**(Cuadrado, 1987)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1987); *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Madrid.

**(Cuadrado, 1991)**

- CUADRADO DÍAZ, E., (1991); "La cerámica ibero-céltica de color rojo", *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp.349-356.

**(Cuadrado Basas/San Miguel, 1993)**

- CUADRADO BASAS, A., SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1993); "El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.303-334.

**(Cubero, 1995)**

- CUBERO CORPAS, C., (1995), "Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.371-394.

**(Cunliffe, 1987)**

- CUNLIFFE, B.W., (1987); "Wine for Barbarians", en Cunliffe, B.W., (Ed.), *Origins. The roots of European Civilisation*, Londres, pp.161-172.

**(Cunliffe, 1988)**

- CUNLIFFE, B.W., (1988); *Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of Interaction*, Londres.

**(Cunliffe, 1993)**

- CUNLIFFE, B.W., (1993); "Core-periphery relationships: Iberia and the Mediterranean", en Bilde, P., (Ed.), *Centre and Periphery in the Hellenistic World. Studies in Hellenistic Civilization*, Aarhus, pp.53-85.

**(Cunliffe/Rowley, 1976)**

- CUNLIFFE, B.W., y ROWLEY, R.T., (Eds.), (1976); *Oppida: the Beginning of Urbanisation in Barbarian Europe*, B.A.R., 11, Oxford.

**(Curado, 1996)**

- CURADO, F.P., (1996); "As inscrições indígenas de Lamas de Moledo e Cabeço das Fráguas", en *De Ulisses a Viriato. O primeiro milénio a.C.*, Lisboa, pp.154-159.

**(Curchin, 1991)**

- CURCHIN, L.A., (1991); *Roman Spain. Conquest and assimilation*, Londres-Nueva York. (Reciente traducción al castellano: *España Romana. Conquista y asimilación*, Madrid, 1996).

**(Curchin, 1994)**

- CURCHIN, L.A., (1994); "The Celtiberian vocable *kar* in two inscriptions of Central Spain", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 103, pp.229-230.

**(Cuveiro, 1891)**

- CUVEIRO PIÑOL, J., (1891); *Iberia protohistórica y rectificación de algunos hechos históricos*, Valladolid.

**(Champion, 1980)**

- CHAMPION, T.C., (1980); "Mass migration in later prehistoric Europe", en Sörbom, P., (Ed.), *Transport, Technology and Social Change*, Estocolmo, pp.31-42.

**(Champion, 1982)**

- CHAMPION, S., (1982); "Exchange and ranking: the case of coral", en Renfrew, C. y Shennan, C., (Eds.), *Ranking, resource and exchange: aspects of the archaeology of Early European Society*, Cambridge, pp.67-72.

**(Champion, 1985)**

- CHAMPION, T.C., (1985); "Written sources and the study of the European Iron Age", en Champion, T.C. y Megaw, J.V.S., (eds.), *Settlements and society. Aspects of West European Prehistory in the First millennium B.C.*, Leicester, pp.9-22.

**(Champion, 1989)**

- CHAMPION, T.C., (Ed.), (1989); *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology. One World Archaeology*, 11, Londres.

**(Champion/Champion, 1986)**

- CHAMPION, T.C., y CHAMPION, S., (1986); "Policy and power: interaction, intensification and explotation", en Renfrew, C. y Cherry, J.F., (Eds.), *Peer Polity Interaction and socio-political Change*, Cambridge, pp.59-68.

**(Champion et alii, 1988)**

- CHAMPION, T.C., GAMBLE, C., SHENNAN, S. y WHITTLE, A., (1988); *Prehistoria de Europa*, Barcelona.

**(Chapa, 1985)**

- CHAPA BRUNET, T., (1985); *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid.

**(Chapa, 1986)**

- CHAPA BRUNET, T., (1986); *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica. Iberia Graeca. Serie Arqueológica II*, Madrid.

**(Chapa/Pereira, 1992)**

- CHAPA BRUNET, T. y PEREIRA SIESO, J., (1992); "La necrópolis de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaen)", en *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid, pp.431-454.

**(Chapman, 1979)**

- CHAPMAN, R., (1979); "Transhumance and megalithic tombs in Iberia", *Antiquity*, 53 (2), pp.150-152.

**(Chapman, 1991)**

- CHAPMAN, R., (1991); *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Barcelona.

**(Chapman et alii, 1981)**

- CHAPMAN, R., KINNES, W., y RANSBORG, K., (1981); *The Archaeology of Death*, Cambridge.

**(Chaume, 1988)**

- CHAUME, B., (1988); "Les tumulus hallstattiens de Poiseul-la-Ville (Côte-d'Or)", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.241-252.

**(Chevallier, 1988)**

- CHEVALLIER, R., (1988); *Voyages et déplacements dans l'Empire romain*, París.

**(Chic, 1978)**

- CHIC GARCÍA, G., (1978); "La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218 a.C.", *Habis*, 9, pp.233-242.

**(Chic, 1980)**

- CHIC GARCÍA, G., (1980); "Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía", *Gades*, 5, pp.15-25.

**(Childe, 1925)**

- CHILDE, V.G., (1925); *The Dawn of European Civilization*, Londres.

**(Childe, 1929)**

- CHILDE, V.G., (1929); *The Danube in Prehistory*, Oxford.

**(Childe, 1934)**

- CHILDE, V.G., (1934); *New Light on the most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory*, Londres.

(Childe, 1958)

- CHILDE, V.G., (1958); *The Prehistory of European Society*, Harmondsworth.

(Dalton, 1969)

- DALTON, G., (1969); "Theoretical issues in economic anthropology", *Current Anthropology*, 10, pp.63-102.

(Dalton, 1977)

- DALTON, G., (1977); "Aboriginal economies in stateless societies", en Earle, T.K., y Ericson, J.E., (Eds.), *Exchange Systems in Prehistory*, Nueva York, pp.191-212.

(Davidson, 1980)

- DAVIDSON, I., (1980); "Transhumance, Spain and ethnoarchaeology", *Antiquity*, 54 (2), pp.144-147.

(Debrod, 1989)

- DEBROD, J., (1989); "Les fossés couverts du site gaulois tradif de Villeneuve-Saint-Germain (Aisne)", *Architerture des Ages du Métaux, fouilles récentes. Dossiers de Protohistoire*, 2, París, pp.121-135.

(Dehn, 1951)

- DEHN, W., (1951); "Die gallischen *Oppidai* bei Cäsar", *Saalburg-Jahrbuch*, 10, pp.36-49.

(Dehn, 1957)

- DEHN, W., (1957); "Die Heuneburg beim Talhof unweit Riedlingen (kr. Sauulgau)", *Fundberichte aus Schwaben*, 14, pp.78-89.

(Dehn, 1972)

- DEHN, W., (1972); "Transhumance in der Westlichen Späthallstatt Kultur?", *Archeologisches Korrespondenzblatt*, 2 (2), pp.125-127.

(Dehn/Frey, 1979)

- DEHN, W., y FREY, O.H., (1979); "Southern imports and the Hallstatt and Early La Tène chronology of Central Europe", en Ridway, D. y Ridway, F.R., (Eds.), *Italy before the Romans*, Londres, pp.489-511.

(Delibes, 1984)

- DELIBES DE CASTRO, G., (1984); "Grupo cultural Cogotas I: una visión crítica", *Tribuna d'Arqueología*, Barcelona, pp.83-92.

(Delibes, 1993)

- DELIBES DE CASTRO, G., (1993); "Sal y jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioeste en Villafáfila", *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 3, pp.33-46.

(Delibes/Esparza, 1989)

- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., (1989); "Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica", en *El oro en la España prerromana. Monográfico de la Revista de Arqueología*, Madrid, pp.108-129.

(Delibes/Fernández Manzano, 1981)



- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., (1981); "El castro protohistórico de La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp.51-68.

**(Delibes/Fernández Manzano, 1991)**

- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., (1991); "Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española", en Chevillot, C. y Coffyn, A., (Dirs.); *L'Age du Bronze Atlantique. Ses faciès, de L'Ecosse à L'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée. Actes du 1er. Colloque du Parc Archéologique de Beynac.* (Beynac, 1990), Beynac, pp.203-212.

**(Delibes/Fernández Miranda, 1986-87)**

- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MIRANDA, M., (1986-87); "Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I", *Zephyrus*, 39-40, pp.17-30.

**(Delibes/Martín Valls, 1978)**

- DELIBES DE CASTRO, G., MARTÍN VALLS, R., (1978); "Die Hallstatt-Zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Valladolid)", *Madriener Mitteilungen*, 19, pp.219-230.

**(Delibes/Romero, 1992)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., (1992); "El último milenio a.C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, pp.233-258.

**(Delibes et alii, 1990)**

- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., RODRÍGUEZ MARCOS, J.A., (1990); "Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 66, pp.64-105.

**(Delibes et alii, 1992-93)**

- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS SÁNCHEZ, J., (1992-93); "Nuevos ganchos de carne protohistóricos de la Península Ibérica", *Tabona*, 8 (2), pp.417-434.

**(Delibes et alii, 1993)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., MARTÍN VALLS, R., SANZ MÍNGUEZ, C., (1993); "Tesoros celtibéricos de Padilla del Duero (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.397-470.

**(Delibes et alii, 1995)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A., (Eds.), (1995); *Arqueología y Medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid.

**(Delibes et alii, 1995a)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z., y SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1995a); "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.49-146.

**(Delibes et alii, 1995b)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., y RAMÍREZ RAMÍREZ, M<sup>a</sup>.L., (1995b); "El poblado céltico de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90", en

Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.149-177.

**(Delibes et alii, 1995c)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., FERNÁNDEZ MANZANO, J., RAMÍREZ RAMÍREZ, M<sup>a</sup>.L., MISIEGO TEJEDA, J.C. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (1995c); "El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero medio. A propósito de las nuevas excavaciones en el Soto de Medinilla (Valladolid)", *Verdolay*, 7, pp.145-158.

**(Delibes et alii, e.p.)**

- DELIBES DE CASTRO, G., ELORZA, J.C., CASTILLO, B., (e.p.); "¿La dote de una princesa irlandesa? A propósito de un torques áureo de la Edad del Bronce hallado en Castrojeriz (Burgos)", *Homenaje al Profesor J.J. Martín González*.

**(Díaz-Regañón, 1984)**

- DÍAZ-REGAÑÓN LÓPEZ, J.M<sup>a</sup>., (1984); *Claudio Eliano. Historia de los Animales. Libros IX-XVII*, Madrid.

**(Diego, 1955)**

- DIEGO SANTOS, F., (1955); "Las esculturas zoomorfas del Museo de Zamora", *Archivo Español de Arqueología*, 28, pp.113-115.

**(Dietler, 1989)**

- DIETLER, M., (1989); "Greeks, Etruscans and thiristy barbarians: exchange cultural interactions in the Rhone basin of France", en Champion, T.C., (Ed.), *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology*, Londres, pp.127-141.

**(Dietler, 1990)**

- DIETLER, M., (1990); "Driven by drink: the role of drinking in the political economy and the case of Early Iron Age", *Journal of Anthropological Archaeology*, 9, pp.352-406.

**(Dietler, 1992)**

- DIETLER, M., (1992); "Commerce du vin et contacts culturels en Gaule au premier Age du Fer", en Bats et alii (Eds.), *Marseille grecque et la Gaule*, Aix-en-Provence, pp.401-410.

**(Díez Asensio, 1990)**

- DÍEZ ASENSIO, J., (1990); "Toponomástica antigua prerromana en las tierras al sur del Duero medio", *Hispania Antiqua*, 14, pp.179-199.

**(Díez Asensio, 1991)**

- DÍEZ ASENSIO, J., (1991); "Testimonios onomásticos de las organizaciones gentilicias prerromanas en las tierras meridionales del Duero central", *Hispania Antiqua*, 15, pp.17-44.

**(Díez Asensio, 1993)**

- DÍEZ ASENSIO, J., (1993); "El conjunto antroponímico de base prelatina dentro de la onomástica antigua en tierras meridionales del Duero (I)", *Hispania Antiqua*, 17, pp.51-94.

**(Díez Asensio, 1995)**

- DÍEZ ASENSIO, J., (1995); "Teonimia indígena en las tierras meridionales del Duero medio", *Hispania Antiqua*, 19, pp.7-14.

**(Díez de Bethencourt, 1978)**

- DÍEZ DE BETHENCOURT, M., (1978); "Implantación de la vitis vinifera en Iberia", *V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, pp.683-687.
- (Domergue, 1990)**
- DOMERGUE, C., (1990); *Les mines de la Peninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, París-Roma.
- (Domínguez de la Concha, 1995)**
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A., (1995); "Áreas onomásticas en el Suroeste Peninsular", en Ruiz-Gálvez Priego, M., (Ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, Extra 5, Madrid, pp.115-128.
- (Domínguez Monedero, 1983)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1983); "Los términos *Iberia* e *iberos* en las fuentes greco-latinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación", *Lucentum*, 2, pp.203-224.
- (Domínguez Monedero, 1984a)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1984a); "Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la Geografía de Estrabón", *Lucentum*, 3, pp.201-218.
- (Domínguez Monedero, 1984b)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1984b); "La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio", *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, pp.141-160.
- (Domínguez Monedero, 1986a)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1986a); "La campaña de Aníbal contra los Vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la 2ª Guerra Púnica", *Latomus*, 45, pp.241-258.
- (Domínguez Monedero, 1986b)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1986b); "Consideraciones acerca del papel de la mujer en las colonias griegas del Mediterráneo occidental", en *La mujer en el mundo antiguo. Actas de las V Jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, pp. 143-152.
- (Domínguez Monedero, 1986-87)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1986-87); "Problemas en torno a los orígenes históricos del pueblo vacceo", *Zephyrus*, 39-40, pp.473-478.
- (Domínguez Monedero, 1987)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1987); "El vino y los pueblos del Norte de la Península Ibérica: Aproximación histórico-arqueológica", *El vi a l'Antiguitat. Economia, producció y comerç al Mediterrani Occidental*, Badalona, pp.376-382.
- (Domínguez Monedero, 1988a)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1988a); "En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: estado de la cuestión", *Caesaraugusta*, 65, pp.23-76.
- (Domínguez Monedero, 1988b)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1988b); "Los romanos e Iberia como tema histórico en la Geografía de Estrabón", *Actas II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Málaga, I, pp.177-183.
- (Domínguez Monedero, 1988c)**
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1988c); "Algunas observaciones en torno al comercio continental griego en la Meseta Meridional", *Ier Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1985)*, Toledo, III, pp.327-334.

**(Domínguez Monedero, 1991a)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1991a); *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI a.C.*, Madrid.

**(Domínguez Monedero, 1991b)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1991b); "La arqueología y el conocimiento de la Grecia Arcaica", *Arqritica (Crítica de Arqueología Española)*, 1, pp.15-16.

**(Domínguez Monedero, 1992)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1992); "La economía de la España Ibérica en el marco del Mediterráneo. Bases y circuitos comerciales", en Vaquerizo, D., (Ed.); *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica*, Córdoba, pp.81-209.

**(Domínguez Monedero, 1993)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1993); "Mecanismos, rutas y agentes comerciales en las relaciones económicas entre griegos e indígenas en el interior peninsular", en *Studis d'Historia econòmica. Economia y societat a la Prehistòria y Món Antic*, Palma de Mallorca, I, pp.39-74.

**(Domínguez Monedero, 1994)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1994); "La Meseta. Las fuentes literarias", *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, II, pp.107-118.

**(Domínguez Monedero, 1995a)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1995a); "Del simposio griego a los bárbaros bebedores: el vino en Iberia y su imagen en los autores antiguos", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.23-72.

**(Domínguez Monedero, 1995b)**

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J., (1995b); "Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias", *Gerion*, 13, pp.221-239.

**(Domínguez Moreno, 1993)**

- DOMÍNGUEZ MORENO, J.M<sup>a</sup>., (1993); "Aspectos populares de la profilaxis y la curación del ganado ovino en Extremadura", en *Actas del Simposio Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura (Sevilla, Septiembre 1992)*, Mérida, pp.347-363.

**(Dopico, 1988)**

- DOPICO CAÍNZOS, M<sup>a</sup>.D., (1988); *La Tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*, Vitoria.

**(Dopico, 1989)**

- DOPICO CAÍNZOS, M<sup>a</sup>.D., (1989); "El hospitium celtibérico. Un mito que se desvanece", *Latomus*, 48, pp.19-35.

**(Dopico, 1994)**

- DOPICO CAÍNZOS, M<sup>a</sup>.D., (1994); "La devotio ibérica: una revisión crítica", *Homenaje a José M<sup>a</sup> Blázquez*, II, Madrid, pp.181-193.

**(Douglas/Isherwood, 1979)**

- DOUGLAS, M., y ISHERWOOD, B., (1979); *The world of Goods: towards an Anthropology of Consumption*, Nueva York.

**(Von den Driesch, 1972)**

- DRIESCH, A. VON DEN, (1972); *Osteoarchäologische Untersuchungen auf der Iberischen Halbinsel, Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 3, Munich.

**(Dupront, 1965)**

- DUPRONT, A., (1965); "De l'Acculturation", XII Congrès International des Sciences Historiques, I, Viena, pp.7-36.

**(Duval/Kruta, 1976)**

- DUVAL, P.M., y KRUTA, K., (Dir.), (1976); *Les mouvements celtiques a partir du V<sup>e</sup> siècle avant notre ère. Colloque XXVIII. Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques* (Niza, Septiembre 1976), París.

**(Duval/Kruta, 1979)**

- DUVAL, P.M., y KRUTA, K., (Eds.), (1979); *Les mouvements celtiques du Ve et Ier siècle avant notre ère*, París.

**(Early/Erickson, 1977)**

- EARLY, T.K., y ERICKSON, J.D., (Eds.), (1977); *Exchange Systems in Prehistory*, Nueva York.

**(Edmonson, 1987)**

- EDMONSON, J., (1987); *Two industries in Roman Lusitania: mining and garum production*, Oxford.

**(Van Efenterre, 1965)**

- VAN EFENTERRE, H., (1965); "Acculturation et Histoire Ancienne", XII Congrès International des Sciences Historiques, I, Viena, pp.57-74.

**(Eggert, 1961)**

- EGGER, R., (1961); *Die Stadt auf dem Magdalensberg*, Viena.

**(Eggert, 1989)**

- EGGERT, M.K.H., (1989); "Die Fürstensitze der Späthallstattzeit: Bermerkungen zu einem archäologischen Konstrukt", *Hammarburg*, 9, pp.53-67.

**(Eibl-Eibesfeldt, 1979)**

- EIBL-EIBESFELDT, I., (1979); *The Biology of Peace and War*, Londres.

**(Eibl-Eibesfeldt, 1993)**

- EIBL-EIBESFELDT, I., (1993); *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*, Madrid.

**(Eisenstadt/Roniger, 1984)**

- EISENSTADT, S.N., y RONIGER, I., (1984); *Patrons, clients and friends: inter-personal relations and the structure of trust in society*, Cambridge.

**(Elías, 1993)**

- ELÍAS PASTOR, L. V., (1993); "Situación actual de la trashumancia en España. El papel de Extremadura", en Rodríguez Becerra, S. (Coor.), *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura. Actas del Simposio*, Mérida, pp.217-234.

**(Elías, 1994)**

- ELÍAS PASTOR, L. V., (1994); "La Mesta y la cultura pastoril", en Anes, G. y García Sanz, A., (Coor.), *Mesta, Trashumancia y vida pastoril*, Valladolid, pp.207-237.

**(Eleuère, 1988)**

- ELUÈRE, C., (1988); "Orfèvrerie des Celtes anciens et orfèvreries méditerranéennes", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.199-219.

**(D'Encarnação, 1975)**

- D'ENCARNAÇÃO, J., (1975); *Divinidades indígenas sob o domínio romano em Portugal*, Lisboa.

**(D'Encarnação, 1987)**

- D'ENCARNAÇÃO, J., (1987); "Divinidades indígenas de Lusitania", *Conimbriga*, 26, pp.5-25.

**(D'Encarnação, e.p.)**

- D'ENCARNAÇÃO, J., (e.p.); "O monumento epigráfico romano, fonte para o estudo das migrações na Península Ibérica", *III Congreso Peninsular de Historia Antigua (Vitoria, Julio 1994)*. Pre-Actas, vol.II, pp.649-654.

**(Enríquez, 1981)**

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (1981); "Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz", *Revista de Estudios Extremeños*, 37, 1, pp.47-65.

**(Enríquez, 1982)**

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (1982); "Una nueva estela de guerrero y tres asadores procedentes de Orellana la Vieja (Badajoz)", *Museos*, 2, pp.9-13.

**(Enríquez, 1990)**

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (1990); "El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica", *La Cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, pp.63-84.

**(Enríquez, 1995)**

- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (1995); "Los pueblos prerromanos de Extremadura", *Celtas y Túrdules: la Beturia, Cuadernos Emeritenses*, nº 9, Mérida, pp.49-75.

**(Erickson/Early, 1982)**

- ERICKSON, J.E., y EARLY, T.K., (Eds.), (1982); *Contexts for Prehistoric Exchange*, Nueva York-Londres.

**(Eriksen, 1993)**

- ERIKSEN, T.H., (1993); *Ethnicity and Nationalism: Anthropological Perspectives*, Londres.

**(Escacena, 1986)**

- ESCACENA CARRASCO, J.L., (1986); *Cerámicas pintadas andaluzas de la Segunda Edad de Hierro*, Tesis doctoral, ed. microfichas, Sevilla.

**(Escribano, 1990)**

- ESCRIBANO VELASCO, C., (1990); "La Edad del Hierro en el occidente de Zamora y su relación con el horizonte del Soto de Medinilla: El Castillo, Manzanal de Abajo, (Zamora)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, pp.211-263.

**(Escudero, 1988)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z., (1988); "Cultura celtibérica en el Soto de Medinilla", *Revista de Arqueología*, 89, pp.32-41.

**(Escudero, 1990)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z., (1990); "Las urnas de orejetas perforadas en el mundo celtibérico", *Numantia*, 3, pp.139-154.

**(Escudero, 1995)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z., (1995); "Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de El Soto de Medinilla (Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.179-217.

**(Escudero, e.p.)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z., (e.p.); "Datos sobre la cerámica común a torno de época vaccea. Aspectos tipológicos y funcionales", *II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora. Octubre, 1996)*.

**(Escudero/Balado, 1990)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z. y BALADO PACHÓN, A., (1990); "Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación", *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp.235-259.

**(Escudero/Sanz, 1993)**

- ESCUDERO NAVARRO, Z., SANZ MÍNGUEZ, C., (1993); "Un centro alfarero de época vaccea: el horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.471-492.

**(Esparza, 1980)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1980); "Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta", *I Seminario de Arqueología do Noroeste Peninsular (Guimarães, 1979)*, Guimarães, vol.II, pp.71-86.

**(Esparza, 1983a)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1983a); "Sobre el límite oriental de la cultura castreña", *II Seminario de Arqueología del Noroeste (Santiago de Compostela, 1980)*, Madrid, pp.105-119.

**(Esparza, 1983b)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1983b); "Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio astur", *Lancia. Bimilenario de las Guerras Cántabras y Astures*, León, 83-101.

**(Esparza, 1986)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1986); *Los castros de la Edad de Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.

**(Esparza, 1990)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1990); "La Edad del Hierro en Zamora", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol. II, Zamora, pp.101-126.

**(Esparza, 1990b)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1990b); "Sobre el ritual funerario de Cogotas I", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 56, pp.106-143.

**(Esparza, 1991)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1991); "Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)", *Zephyrus*, 42-43, pp.511-512.

**(Esparza, 1991-92)**

- ESPARZA ARROYO, A., (1991-92); "Cien años de ambigüedad: sobre un tipo de fíbulas en la Edad del Hierro en la meseta española", *Zephyrus*, 44-45, pp.537-552.

**(Espinosa/González, 1976)**

- ESPINOSA RUIZ, V., y GONZÁLEZ BLANCO, A., (1976); "Urnas y otras piezas de cerámica excisa de la provincia de Logroño", *Berceo*, 90, pp.83-102.

**(Esteban, 1983)**

- ESTEBAN ORTEGA, J., (1983); "El comercio de exportación en Lusitania a través de las fuentes", *Vettonia*, 1, pp.29-83.

**(Esteban, 1985)**

- ESTEBAN ORTEGA, J., (1985); "Algunas consideraciones sobre los poblados orientalizantes extremeños", *Norba*, 6, pp.19-28.

**(Esteban, 1993)**

- ESTEBAN ORTEGA, J., (1993); "El poblado y la necrópolis de La Coraja, Aldeacentenera, Cáceres", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, pp.55-112.

**(Esteban/Salas, 1988)**

- ESTEBAN ORTEGA, J., SALAS MARTÍN, J., (1988); "Primera campaña de excavaciones en el castro de El Castillejo de Santiago del Campo (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica*, I, pp.129-142.

**(Esteban/Sánchez Abal, 1988)**

- ESTEBAN ORTEGA, J. y SÁNCHEZ ABAL, J.L., (1988); "Sertorio y Metello en la Lusitania: nuevos planteamientos", *Actas del Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar*, (Ceuta, 1987), Madrid, vol.I, pp.749-755.

**(Esteban et alii, 1988)**

- ESTEBAN ORTEGA, J., SÁNCHEZ ABAL, J.L., FERNÁNDEZ CORRALEZ, J.M<sup>a</sup>., (1988); *La necrópolis del Castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*, Cáceres.

**(Estévez, 1986)**

- ESTÉVEZ, J., (1986); "Avance al estudio de los restos óseos de las escombreras de la Cruz de San Pelayo y Entrecaminos", en Sacristán de Lama, J.D., *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda* (Roa, Burgos), Madrid, Apéndice I, pp.261-262.

**(Etienne et alii, 1987)**

- ETIENNE, R., LE ROUX, P. y TRANOY, A., (1987); "La tessera hospitalis, instrument de sociabilité et de romanisation dans la Péninsule Ibérique", en Thelamon, F., (Ed.), *Sociabilité, pouvoirs et société. Actes du colloque de Rouen* (Noviembre, 1983), Rouen, pp.323-336.

**(Fabián, 1985)**

- FABIÁN GARCÍA, J.F., (1985); "El Cerro del Berrueco. Casi diez mil años de habitación ininterrumpida", *Revista de Arqueología*, 56, pp.7-17.

**(Fabián, 1986-87)**

- FABIÁN GARCÍA, J.F., (1986-87); "El Bronce Final y la Edad del Hierro en El Cerro del Berrueco (Ávila-Salamanca)", *Zephyrus*, 39-40, pp.273-288.

**(Fabián, 1993)**

- FABIÁN GARCÍA, J.F., (1993); "La secuencia cultural durante la prehistoria reciente en el sur de la meseta norte española", 1º *Congreso de Arqueología Peninsular. Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol.I, Porto, pp.145-178.



**(Fabr , 1990)**

- FABR , G., (Ed.); *La Montagne dans l'Antiquité*, Pau, pp.5-37.

**(Fatás, 1975)**

- FATÁS CABEZA, G., (1975); "Hispania de Cat n a Graco", *Hispania Antiqua*, 5, pp.269-313.

**(Fatás, 1980)**

- FATÁS CABEZA, G., (1980); *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza.

**(Fatás, 1987)**

- FATÁS CABEZA, G., (1987); "Apuntes sobre organización política de los Celtíberos", *I Symposium sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp.9-18.

**(Fatás, 1992)**

- FATÁS CABEZA, G., (1992); "Para una etnografía de la cuenca media del Ebro", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.223-232.

**(Feest, 1980)**

- FEEST, C., (1980); *The art of War*, Londres.

**(Ferguson, 1984)**

- FERGUSON, R.B., (Ed.); *Warfare, Culture and Enviroment*, Londres.

**(Fernández Cacho/García, 1993)**

- FERNÁNDEZ CACHO, S. y GARCÍA SANJUÁN, L., (1993); "Clásica arqueología, antigua historia. Ensayo en torno a un desencuentro en la tradición historiográfica de Andalucía occidental", *Spal*, 2, pp.57-79.

**(Fernández Corrales, 1987)**

- FERNÁNDEZ CORRALES, J.M ., (1987); *El trazado de las vías romanas en Extremadura*, Universidad de Extremadura, Madrid.

**(Fernández Chicarro, 1952)**

- FERNÁNDEZ CHICARRO, M .C., (1952); "Objetos de origen céltico en el Museo Arqueológico de Sevilla", *II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*, Zaragoza, pp.321-326.

**(Fernández Chicarro, 1954)**

- FERNÁNDEZ CHICARRO, M .C., (1954); "Valor de las mujeres salmantinas en las campañas contra Hannibal", *Helmantica*, pp.257-264.

**(Fernández Gómez, 1972)**

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1972); "Objetos de origen exótico en el Raso de Candeleda (Ávila)", *Trabajos de Prehistoria*, 29, pp.273-287.

**(Fernández Gómez, 1973)**

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1973); "El santuario de Postoloboso, (Candeleda, Ávila)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 2, pp.167-270.

**(Fernández Gómez, 1975)**

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1975); "Denarios en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 78, (1), pp.437-453.

**(Fernández Gómez, 1979)**

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1979); "Un tesorillo de plata en el castro de El Raso de Candeleda, Ávila", *Trabajos de Prehistoria*, 36, pp.379-390.
- (Fernández Gómez, 1982)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1982); "Nuevos asadores de bronce del Museo Arqueológico de Sevilla", *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp.390-410.
- (Fernández Gómez, 1986)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1986); *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (Ávila)*, I y II, Ávila.
- (Fernández Gómez, 1989)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1989); "Orfebrería indígena en época prerromana", en *El oro en la España prerromana. Monográfico de la revista de Arqueología*, Madrid, pp.82-89.
- (Fernández Gómez, 1991a)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1991a); "Un aplique de bronce de El Raso de Candeleda (Ávila)", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp.615-617.
- (Fernández Gómez, 1991b)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1991b); "Acerca de la periodización de la Edad del Hierro en la Meseta", *Revista de Arqueología*, 20, pp.6-7.
- (Fernández Gómez, 1993)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1993); "El Raso de Candeleda (Ávila). De la prehistoria a la romanización", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana, Cuadernos Emeritenses*, nº 7, Mérida, pp.147-190.
- (Fernández Gómez, 1994)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1994); *Memoria de la excavación de urgencia en la necrópolis de El Raso. Las Guijas (Núcleo B) (Candeleda, Ávila). Septiembre, 1993*, Informe inédito entregado en la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, Valladolid.
- (Fernández Gómez, 1995)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1995); "La Edad del Hierro", en Mariné, M., (Coor.), *Historia de Ávila, I. Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila, pp.105-269.
- (Fernández Gómez, 1996a)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1996a); "Joyas de oro en castros de la meseta: Ulaca y El Raso de Candeleda (Ávila)", *Numantia*, 6, pp.9-30.
- (Fernández Gómez, 1996b)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (1996b); "Una tumba orientalizante en el Raso de Candeleda (Ávila)", en Acquaro, E., (Ed.), *Alle soglie della Classicità: il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati. Vol.II, Archeologia e Arte*, Roma-Pisa, pp.725-740.
- (Fernández Gómez/López Fernández, 1990)**  
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., LÓPEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup>.T., (1990); "Secuencia cultural de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Numantia*, 3, pp.95-124.
- (Fernández Gómez et alii, 1986-87)**

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, J., LÓPEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup>.T., (1986-87); "Evolución y cronología de El Raso (Candeleda, Ávila)", *Zephyrus*, 39-40, pp.265-271.

**(Fernández Manzano, 1985)**

- FERNÁNDEZ MANZANO, J., (1985); "La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socioeconómicas", en Valdeón, J., (dir.); *Historia de Castilla y León*, I, pp.52-81.

**(Fernández Martín, 1974)**

- FERNÁNDEZ MARTÍN, P., (1974); "Las calzadas romanas y en particular la de Astorga a Zaragoza por Benavente y Palencia", *Publicaciones del Instituto Tello Téllez de Meneses*, 31, pp.21-37.

**(Fernández Mastro, 1991)**

- FERNÁNDEZ MASTRO, P., (1991); "La morfología de las téseras latinas de la Península Ibérica", *Actas del XX Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza)*, pp.453-456.

**(Fernández Miranda, 1986)**

- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., (1986); "La estela de Las Herencias (Toledo)", *Estudios de homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, pp.463-475.

**(Fernández Miranda/Olmos, 1986)**

- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y OLMOS ROMERA, R., (1986); *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica. Monografías del Museo Arqueológico Nacional*, nº 9, Madrid.

**(Fernández Miranda/Pereira, 1992)**

- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., PEREIRA SIESO, J., (1992); "Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera", *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de talavera de la reina y sus tierras*, Toledo, pp.57-94.

**(Fernández Miranda et alii, 1990)**

- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., MANGAS MANJARRÉS, J., PEREIRA SIESO, J. y PLÁCIDO SUÁREZ, D., (1990); "Alio Itinere ab Emerita caesaraugusta. la vía romana entre Talavera de la reina y Toledo y la implantación humana en el valle medio del río Tajo", en *Simposio sobre la red viaria de la Hispania romana*, Zaragoza, pp.155-163.

**(Fernández Nieto, 1970-71)**

- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., (1970-71); "Aurifer Tagus", *Zephyrus*, 21-22, pp.245-259.

**(Fernández Nieto, 1975)**

- FERNÁNDEZ-NIETO, F.J., (1975); *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (época arcaica y clásica). Y-II. Monografías de la Universidad de Santiago de Compostela*, 30-31. Santiago de Compostela.

**(Fernández Nieto, 1992)**

- FERNÁNDEZ NIETO, F.J., (1992); "Una institución jurídica del mundo celtibérico", en *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. Servicio de Investigación Prehistórica*, nº 89, Valencia, pp.381-384.

**(Fernández Ochoa, 1987)**

- FERNÁNDEZ OCHOA, M<sup>a</sup>.C., (1987); "Los pueblos prerromanos de la fachada atlántica: lusitanos y célticos", en *Historia General de España y América*, I-2, Madrid, pp.332-337.

**(Fernández Oxea, 1950)**

- FERNÁNDEZ OXEA, J.R., (1950); "Nuevas esculturas zoomorfas prehistóricas en Extremadura", *Ampurias*, 12.

**(Fernández Posse, 1982)**

- FERNÁNDEZ POSSE, M<sup>a</sup>.D., (1982); "Consideraciones sobre la técnica de Boquique", *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp.137-159.

**(Fernández Posse, 1986)**

- FERNÁNDEZ POSSE, M<sup>a</sup>.D., (1986); "La cultura de Cogotas I", *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, pp.475-487.

**(Fernández Rodríguez, 1988)**

- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.D., (1988); "Estado actual de la investigación de la cerámica de barniz rojo en Castilla-La Mancha", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (Ciudad Real, 1986), III, Toledo, pp.309-316.

**(Fernández Uriel, 1992)**

- FERNÁNDEZ URIEL, P., (1992); "Algunas consideraciones sobre la miel y la sal en el extremo del Mediterráneo Occidental", *Lixus. Collection de l'École Française de Rome*, 166. *Colloque International sur Lixus: Bilan et perspectives*. (Larache, 1989), Roma, pp.325-336.

**(Fernández Uriel, e.p.)**

- FERNÁNDEZ URIEL, P., (e.p.); "La industria de la sal", *IV Congreso Internacional de Estudios fenicios y púnicos*. (Cádiz, Octubre 1995).

**(Ferrandiz et alii, 1990)**

- FERRÁNDIZ MARTÍN, F., MARTÍNEZ CABAÑAS, J.L., PINEDO REYES, J., SOBA DE LA FUENTE, R.M<sup>a</sup>., (1990); "La Calzada del puerto del Pico: problemática de su trazado en la provincia de Ávila", *Simposio sobre la red viaria de la Hispania romana*, Zaragoza, pp.183-198.

**(Ferreira, 1975)**

- FERREIRA DE ALMEIDA, C.A., (1975); "Influencias meridionais na cultura castreja", *XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, pp.491-493.

**(Ferreira, 1986)**

- FERREIRA DA SILVA, A.C., (1986); *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.

**(Feugère, 1989)**

- FEUGÈRE, M., (1989); "Les vases en verre sur noyau d'argile en Méditerranée nord-occidentale", en Feugère, M., (Dir.), *Le verre préromain en Europe occidentale*, Montagnac, pp.29-62.

**(Feugère/Rolley, 1991)**

- FEUGÈRE, M., y ROLLEY, C., (1991); *La Vaiselle Tardo-Républicaine en Bronze*, Dijon.

**(Feuvrier-Prévotat, 1978)**

- FEUVRIER-PRÉVOTAT, C., (1978); "Echanges et sociétés en gaule indépendante: à propos d'un tecté de Poseidonios d'Apamée", *Ktema*, 3, pp.243-259.

**(Figueira, 1984)**

- FIGUEIRA, T., (1984); "Karl Polanyi and Ancient Greek trade: the port of trade", *The Ancient World*, 10, pp.15-30.

**(Filip, 1962)**

- FILIP, J., (1962); *Celtic Civilization and its Heritage*, Praga.

(Finley, 1973)

- FINLEY, M.I., (1973); *The Ancient Economy*, Londres.

(Finley, 1986)

- FINLEY, M.I., (1986); *Historia Antigua. Problemas metodológicos*, Barcelona.

(Fischer, 1973)

- FISCHER, F., (1973); "KEIMHAIA: Bemerkungen zur kulturgeschichtlichen Interpretation des sogenannten Südimports in der späten Hallstatt- und frühen Latène-Kultur des westlichen Mitteleuropa", *Germania*, 51, pp.436-459.

(Fischer, 1991)

- FISCHER, F., (1991); "La tomba principesca di Kleinaspergle", en Moscati, S., et alii, (Eds.), *I Celti*, Mián, pp.178-179.

(Fischer, 1995)

- FISCHER, F., (1995); "The early Celts of west central Europe: the semantics of social structure", en Arnold, B., y Gibson, D.B., (Eds.), *Celtic Chieftdom, Celtic State*, Cambridge, pp.34-40.

(Fita, 1910)

- FITA, F., (1910); "Epigrafía ibérica y griega en Cardenosa (Ávila)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 56, pp.291-301.

(Fita, 1913)

- FITA, F., (1913); "Nuevas inscripciones ibéricas descubiertas en la provincia de Ávila", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 63, pp.350-356.

(Fitzpatrick, 1985)

- FITZPATRICK, A. P., (1985); "The distribution of Dressel 1 amphorae in Northwestern Europe", *Oxford Journal of Archaeology*, 4, pp.305-340.

(Fitzpatrick, 1989)

- FITZPATRICK, A. P., (1989); "The uses of Roman imperialism by the Celtic barbarians in the Later Republic", en Barret, J.C., Fitzpatrick, A.P., y Macinnes, L., (Eds.), *Barbarians and Romans in North-West Europe*, B.A.R., 471, Oxford, pp.27-54.

(Fitzpatrick, 1993)

- FITZPATRICK, A. P., (1993); "Ethnicity and exchange: Germans, Celts and Romans in the Late Iron Age", en Scarre, C., y Frances, H., (Eds.), *Trade and exchange in Prehistoric Europe*, Oxford, pp.233-244.

(Flannery, 1972)

- FLANNERY, H., (1972); "Evolutionary trends in social exchange and interaction", *Anthropological Papers*, 46, pp.131-143.

(Fletcher, 1957)

- FLETCHER VALLS, D., (1957); "Toneles cerámicos ibéricos", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 6, pp.113-147.

(Fletcher, 1974)

- FLETCHER VALLS, D., (1974); *Museo de Prehistoria de la ciudad de Valencia*, Valencia.

**(Flores, 1993)**

- FLORES DEL MANZANO, F., (1993); "Trashumancia y pastoreo en Extremadura: su influencia en la sociedad y cultura tradicionales", *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura. Actas del Simposio*, Mérida, pp.309-339.

**(Fossing, 1940)**

- FOSSING, P., (1940); *Glass vessels before glass blowing*, Copenhagen.

**(Fox, 1985)**

- FOX, R., (1985), *Sistemas de parentesco y matrimonio*, (4ª edición; 1ª edición, 1967) Madrid.

**(de Francisco, 1989)**

- FRANCISCO MARTÍN, J. de, (1989); *Conquista y romanización de Lusitania*, Salamanca (2ª edición, 1996).

**(Frankenstein, 1997)**

- FRANKENSTEIN, S., (1997); *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el Suroeste de Alemania*, Barcelona.

**(Frankenstein/Rowlands, 1978)**

- FRANKENSTEIN, S., y ROWLANDS, M.Q., (1978); "The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-west Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 15, pp.73-112.

**(Frayn, 1993)**

- FRAYN, J.M., (1993); *Markets and Fairs in Roman Italy*, Oxford.

**(Frey, 1989)**

- FREY, O.H., (1989); "Mediterranes Importgut im Südotdaltalgebiet", en *La civilisation de Hallstatt. Bilan d'une rencontre internationale*, Lieja, pp.293-306.

**(Fried, 1961)**

- FRIED, M., (1961); "Warfare, military organization and the evolution of society", *Anthropologica*, 3, pp.134-147.

**(Fuentes, 1984)**

- FUENTES DOMÍNGUEZ, A., (1984); "La submeseta norte y sus relaciones culturales con la submeseta sur", *Al-Basit*, 15, pp.157-172.

**(Fulford, 1985)**

- FULFORD, M.G., (1985); "Roman material in Barbarian society c200 B.C.-c400 A.D.", en Champion, T.C. y Megaw, J.V., (Eds.), *Settlements and Society. Aspects of West-European Prehistory in the First Millennium B.C.*, Leicester, pp.91-108.

**(Fustier, 1968)**

- FUSTIER, P., (1968); *Le route*, París.

**(Gabrovec, 1974)**

- GABROVEC, S., (1974); "Die Ausgrabungen in Sticna und ihre bedeutung für die südostalpine Hallstattkultur", en Chropovsky, B., (Ed.), *Symposium zu Problemen der jüngeren Hallstattzeit in Mitteleuropa*, Bratislava, pp.163-187.

**(Gabrovec, 1980)**

- GABROVEC, S., (1980); "Der Beginn der Hallstattkultur und der Osten", en Straub, D., (Ed.), *Die Hallstattkultur: Frühform europäischer Einheit*, Linz, pp.30-53.

(Gabrovec *et alii*, 1970)

- GABROVEC, S., FREY, O.H., y FOLTINY, S., (Eds.), (1970); "Erster Vorbericht über die Ausgrabungen im Pingwall von Sticna (Slowenien)", *Germania*, 48, pp.12-33.

(Galán, 1989-90)

- GALÁN DOMINGO, E., (1989-90); "Naturaleza y cultura en el mundo celtibérico", *Kalathos*, 9-10, pp.175-204.

(Galán, 1993)

- GALÁN DOMINGO, E., (1993); *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid.

(Galán/Martín, 1991-92)

- GALÁN DOMINGO, E. y MARTÍN BRAVO, A.Mª, (1991-92); "Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo", *Zephyrus*, 44-45, pp.193-205.

(Galán/Ruiz-Gálvez, 1996)

- GALÁN DOMINGO, E. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1996); "Divisa, dinero y moneda. Aproximación al estudio de los patrones metroológicos prehistóricos peninsulares", *Complutum Extra. Homenaje a Manuel Fernández Miranda*, 6 (II), pp.151-165.

(Garcés/Junyent, 1989)

- GARCÉS, I. y JUNYENT, E., (1989); "Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars", *Revista de Arqueología*, 93, pp.38-49.

(García Alonso, 1986-87)

- GARCÍA ALONSO, M., (1986-87); "Aportaciones a la transición del Hierro I al Hierro II en el centro de la cuenca del Duero", *Zephyrus*, 39-40, pp.103-112.

(García Alonso/Urteaga, 1985)

- GARCÍA ALONSO, M., URTEAGA ARTIGAS, M., (1985); "La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 23, pp.61-140.

(García Cano, 1992)

- GARCÍA CANO, J.M., (1991); "Las necrópolis ibéricas de Murcia", en *Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis*, Madrid, pp.313-347.

(García Fernández, 1969)

- GARCÍA FERNÁNDEZ, J., (1969); "La submeseta septentrional. Castilla la Vieja y León", en Terán, M., y Solé, L., (Dir.), *Geografía Regional de España*, Barcelona, pp.100-150.

(García Fernández-Albalat, 1990)

- GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B., (1990); *Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania antiguas*, La Coruña.

(García Garrido/Pellicer, 1983-84)

- GARCÍA GARRIDO, J., PELLICER BRU, J., (1983-84); "Dos téseras de hospitalidad celtibéricas en plata", *Kalathos*, 3-4, pp.149-154.

**(García Huerta, 1992)**

- GARCÍA HUERTA, R., (1992); "Elementos ibéricos en las necrópolis celtibéricas", *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid, pp.207-234.

**(García Huerta, 1997)**

- GARCÍA HUERTA, R., (1997); "La guerra entre los pueblos célticos. Las fuentes literarias greco-latinas", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.223-229.

**(García Huerta/Antona, 1988)**

- GARCÍA HUERTA, R., y ANTONA DEL VAL, V., (1988); "Estructuras de tipo tumular en la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro de La Yunta (Guadalajara)" *Ier Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Ciudad Real, 1985)*, Toledo, III, pp.291-297.

**(García Iglesias, 1971)**

- GARCÍA IGLESIAS, L., (1971); "La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua", *Archivo Español de Arqueología*, 44, pp.86-108.

**(García Iglesias, 1972)**

- GARCÍA IGLESIAS, L., (1972); "El Guadiana y los límites comunes de Bética y Lusitania", *Hispania Antiqua*, 2, pp.165-177.

**(García Iglesias, 1976)**

- GARCÍA IGLESIAS, L., (1976); "Autenticidad de la inscripción de municipios que sufragaron el puente de Alcántara", *Revista de Estudios Extremeños*, 23, pp.263-275.

**(García Iglesias, 1986-87)**

- GARCÍA IGLESIAS, L., (1986-87); "Las peregrinaciones en la Antigüedad", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Homenaje al Profesor Gratiniano Nieto*, 13-14, II, pp.301-311.

**(García Jiménez, 1989)**

- GARCÍA JIMÉNEZ, S., (1989); "Las monedas del jinete ibérico aparecidas en la provincia de Cáceres", *Gaceta Numismática*, 94-95, pp.139-142.

**(García Jiménez, 1993)**

- GARCÍA JIMÉNEZ, S., (1993); "Esculturas zoomorfas de influencia ibérica en la provincia de Cáceres", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía (Córdoba, 1988)*, II, Córdoba, pp.299-307.

**(García Martín, 1988)**

- GARCÍA MARTÍN, P., (1988); *La ganadería mesteña en la España borbónica (1700-1836)*, Madrid.

**(García Martín, 1990a)**

- GARCÍA MARTÍN, P., (1990a); *La Mesta*, Madrid.

**(García Martín, 1990b)**

- GARCÍA MARTÍN, P., (1990b); *El patrimonio cultural de las cañadas reales*, Valladolid.

**(García Martín, 1991a)**

- GARCÍA MARTÍN, P. (Coor.), (1991a); *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid.

**(García Martín, 1991b)**



- GARCÍA MARTÍN, P., (1991b); "El pastoreo y las vías pecuarias", en García Martín, P., (Coor.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, pp.15-57.

(García Martín, 1991c)

- GARCÍA MARTÍN, P., (1991c); "La Cañada Real de la Plata o de la Vizana", en García Martín, P., (Coor.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, pp.58-87.

(García Martín, 1994)

- GARCÍA MARTÍN, P., (Coor.), (1994); *Por los caminos de la Trashumancia*, León.

(García Martín, 1995)

- GARCÍA MARTÍN, P., (Dir.), (1995); *Inventario del Patrimonio Mesteño de la Vía de la Plata. Memoria del Proyecto de Trabajo. 1ª Fase*. Universidad Autónoma de Madrid. (Inédito).

(García Martín/Sánchez Benito, 1986)

- GARCÍA MARTÍN, P. y SÁNCHEZ BENITO, J.M<sup>a</sup>., (1986); *Contribución a la historia de la trashumancia en España*, Madrid (2ª edición renovada, 1997).

(García Merino, 1972)

- GARCÍA MERINO, C., (1972); "Nuevo epígrafe vadiniense procedente de Carande (León) y el problema de los vadinienses como grupo de población", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 38, pp.499-511.

(García Merino, 1975)

- GARCÍA MERINO, C., (1975); *Población y poblamiento en la Hispania Romana. El Conventus Cluniensis*, I y II, Valladolid.

(García Merino/Albertos, 1981)

- GARCÍA MERINO, C. y ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1981); "Una nueva inscripción en lengua celtibérica: una tesera hospitalis zoomorfa hallada en Uxama (Soria)", *Emerita*, 49, pp.172-201.

(García Merino/Albertos, 1985)

- GARCÍA MERINO, C. y ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup>.L., (1985); "Una nueva tessera hospitalis con texto en lengua celtibérica, hallada en Uxama (Soria)", *Actas III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, pp.311-317.

(García Morá, 1991)

- GARCÍA MORÁ, F., (1991); *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada.

(García Moreno, 1983)

- GARCÍA MORENO, L., (1983); "El paisaje rural y algunos problemas ganaderos en España durante la Antigüedad Tardía (s.V-VII)", en *Estudios en homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*, Buenos Aires, pp.401-426.

(García Moreno, dir., 1987)

- GARCÍA MORENO, L., (Dir.) (1987); *Hispani Tumultuantes. De Numancia a Sertorio*. Memorias del Seminario de Historia Antigua, I, Alcalá de Henares.

(García Moreno, 1987)

- GARCÍA MORENO, L., (1987); "Reflexiones de un historiador sobre el Bronce de Alcántara", *Hispani Tumultuantes. De Numancia a Sertorio*. Memorias del Seminario de Historia Antigua, I, Alcalá de Henares, pp.67-79. También publicado en *Epigrafía jurídica romana*, Pamplona, 1989, pp.243-255.

**(García Moreno, 1987b)**

- GARCÍA MORENO, L., (1987b); "Presupuestos ideológicos de la actuación de Roma durante el proceso de la conquista de Hispania", *Gerion*, 5, pp.211-243.

**(García Moreno, 1988a)**

- GARCÍA MORENO, L., (1988a); "Hispaniae Tumultus. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana", *Polis*, 1, pp.81-107.

**(García Moreno, 1988b)**

- GARCÍA MORENO, L., (1988b); "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano", *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago, 1986)*, II, Santiago de Compostela, pp.373-382.

**(García Moreno, 1993)**

- GARCÍA MORENO, L., (1993); "Organización sociopolítica de los Celtas en la Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M. (Dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.327-355.

**(García Quintela, 1990)**

- GARCÍA QUINTELA, M.V., (1990); "Les peuples indigenes et la conquête romaine d'Hispanie. Essai de critique historiographique", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 16, pp.181-220.

**(García Quintela, 1991a)**

- GARCÍA QUINTELA, M.V., (1991a); "Sources pour l'étude de la Protohistoire d'Hispanie. Pour une nouvelle lecture", *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 17, pp.61-99.

**(García Quintela, 1991b)**

- GARCÍA QUINTELA, M.V., (1991b); "El sacrificio adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos", *Polis*, 3, pp.25-37.

**(García Quintela, 1992)**

- GARCÍA QUINTELA, M.V., (1992); "El sacrificio lusitano. Estudio comparativo", *Latomus*, 51, pp.337-354.

**(García Quintela, 1993)**

- GARCÍA QUINTELA, M.V., (1993); "Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea", *Polis*, 5, pp.111-138.

**(García y Bellido, 1932)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1932); "Los bronce del Cerro del Berrueco. Contribución al conocimiento de las ideas religiosas de la antigua Celtiberia", *Investigación y Progreso*, 6, pp.17-19.

**(García y Bellido, 1933)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1933); "Sobre el probable origen del puñal español posthallstático del tipo llamado de Miraveche o del Monte Bernorio", *Investigación y Progreso*, 7, pp.207-211.

**(García y Bellido, 1934)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1934); "Los íberos en la Grecia propia y en el oriente helenístico a través de los escritores antiguos", *Investigación y Progreso*, 8, pp.12-24.

**(García y Bellido, 1944)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1944); "La navegación ibérica en la antigüedad, según los textos clásicos y la arqueología", *Estudios Geográficos*, 16, pp.511-560.

**(García y Bellido, 1945)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1945); "La navegabilidad de los ríos de la Península Ibérica en la Antigüedad", *Investigación y Progreso*, 16, pp.115-122.

**(García y Bellido, 1952)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1952); "Pequeñas invasiones y transmigraciones internas", *II Congreso Nacional de Arqueología*, Madrid, pp.231-237.

**(García y Bellido, 1956)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1956); "Materiales de arqueología hispano-púnica: Jarros de bronce", *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp.85-104.

**(García y Bellido, 1959)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1959); "El elemento forastero en la España romana", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 144, pp.119-154.

**(García y Bellido, 1960)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1960); "Inventario de los jarros púnico-tartessos", *Archivo Español de Arqueología*, 33, pp.44-63.

**(García y Bellido, 1961)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1961); "Excavaciones en Augustobriga, Talavera la Vieja (Cáceres)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 5, pp.235-237.

**(García y Bellido, 1962a)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1962a); "Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica", *Revista de Historia Militar*, 6, pp.7-19.

**(García y Bellido, 1962b)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1962b); "Dispersión y concentración de itinerantes en la Hispania romana", *Archivum*, 12, pp.39-53.

**(García y Bellido, 1963)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1963); "Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica", *Revista de Historia Militar*, 7, pp.7-23.

**(García y Bellido, 1966a)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1966a); "Tessera Hospitalis del año 14 de la Era hallada en Herrera de Pisuerga", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 159 (2), pp.159-174.

**(García y Bellido, 1966b)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1966b); "Los mercadores, negotiatores y publicani como vehículos de romanización en la España romana preimperial", *Hispania*, 26, pp.497-512.

**(García y Bellido, 1969)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1969); "Los bronce tartésicos", *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, pp.163-172.

**(García y Bellido, 1970)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1970); "El Tartessos Chalkó y las relaciones del Sureste con el Noroeste de la Península Ibérica", *Congreso Internacional de Minería*, León.

**(García y Bellido, 1971)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1971); "Otros testimonios más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo", *Símposio sobre Colonizaciones*, Barcelona, pp.201-203.

**(García y Bellido, 1977)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1977); "Bandas y guerrillas en las luchas con Roma", en *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Madrid, pp.13-60. (Publicado inicialmente en *Hispania*, 1945, 21, pp.547-599).

**(García y Bellido, 1981)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1981); *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid, 3ª edic.

**(García y Bellido, 1986)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1986); *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*, Madrid, 9ª edic.

**(García y Bellido, 1987)**

- GARCÍA Y BELLIDO, A., (1987); *La España del siglo primero de nuestra era (Según P. Mela y C. Plinio)*, Madrid, 5ª edic.

**(García-Bellido, 1974)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª.P., (1974); "Tesorillo salmantino de denarios ibéricos", *Zephyrus*, 25, 379-395.

**(García-Bellido, 1984-85)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª.P., (1984-85); "Del origen de la moneda", *Zephyrus*, 37-38, pp.397-409.

**(García-Bellido, 1991)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª.P., (1991); "Las religiones orientales en la Península Ibérica: Documentos Numismáticos, I", *Archivo Español de Arqueología*, 163-164, pp.37-81.

**(García-Bellido, 1993)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª.P., (1993); "Origen y función del denario ibérico", en Heidermanns, F., Rix, H. y Seebold, E., (Eds.), *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums. Festschrift für Jürgen Untermann*, Innsbruck, pp.97-123.

**(García-Bellido, 1995a)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª. P., (1995a); "Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales", *Celtas y Túrdules: la Beturia, Cuadernos Emeritenses*, nº 9, Mérida, pp.255-291.

**(García-Bellido, 1995b)**

- GARCÍA-BELLIDO, Mª.P., (1995b); "Moneda y territorio: la realidad y su imagen", *Archivo Español de Arqueología*, 71-72, pp.131-147.

**(García-Gelabert, 1990)**

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, Mª.P., (1990); "Análisis comparativo entre los ritos de enterramiento celtibero e ibero", en Burillo, F., (Ed.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.349-355.

**(García-Gelabert, 1993)**

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, Mª.P., (1993); "Relaciones entre la meseta y Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma", *Hispania Antiqua*, 17, pp.95-118.

**(García-Gelabert, 1994)**

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., (1994); "El mundo funerario ibérico", en Blázquez Martínez, J.M<sup>a</sup>. et alii, *Historia de las Religiones de la Europa Antigua*, Madrid, pp.265-312.

(García-Gelabert/Blázquez, 1987-88)

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1987-88); "Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología", *Habis*, 18-19, pp.257-270.

(García-Gelabert/Blázquez, 1992)

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1992); "Las necrópolis oretanas de Cástulo. Paralelos con las necrópolis ibéricas del sureste", en *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Madrid, pp.455-472.

(García-Gelabert/Blázquez, 1996)

- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M<sup>a</sup>.P., BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M<sup>a</sup>., (1996); "Los cartagineses en Turdetania y Oretania", *Hispania Antiqua*, 20, pp.7-21.

(García-Hoz, 1991)

- GARCÍA-HOZ ROSALES, M<sup>a</sup>.C., (1991); "Los bronceos orientalizantes de El Torrejón de Abajo, Cáceres", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp.457-473.

(García-Hoz/Álvarez Rojas, 1991)

- GARCÍA-HOZ ROSALES, M<sup>a</sup>.C., ÁLVARES ROJAS, A., (1991); "El Torrejón de Abajo (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica*, II, pp.199-209.

(García-Mauriño, 1993)

- GARCÍA-MAURINO MÚZQUIZ, J., (1993); "Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica. Aportaciones al estudio del armamento de la II Edad del Hierro", *Complutum*, 4, pp.95-146.

(García-Soto, 1990)

- GARCÍA-SOTO MATEOS, E., (1990); "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el alto valle del Duero", en Burillo, F., (Coord.); *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.13-38.

(García-Soto/de la Rosa, 1990)

- GARCÍA-SOTO MATEOS, E., de la ROSA MUNICIO, R., (1990); "Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte", en Burillo, F., (Coord.); *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.305-310.

(García-Soto/de la Rosa, 1992)

- GARCÍA-SOTO MATEOS, E., de la ROSA MUNICIO, R., (1992); "Cerámicas con decoración a peine en la provincia de Soria", en *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías, I. (Soria, 1989)*, Soria, pp.344-365.

(Garlan, 1972)

- GARLAN, Y., (1972); *La guerre dans l'Antiquité*, París.

(Garnsey/Whittaker, 1983)

- GARNSEY, P., y WHITTAKER, C.R., (1983); *Trade and famine in Classical Antiquity*, Cambridge.

(Garnsey et alii, 1983)

- GARNSEY, P., HOPKINS, K., y WHITTAKER, C.R., (1983); *Trade Ancient in Economy*, Londres.

(Garzón, 1993)

- GARZÓN HEYDT, J., (1993); "La trashumancia como reliquia del Paleolítico", en Rodríguez Becerra, S. (Coor.), *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura. Actas del Simposio*, Mérida, pp. 27-36.

(Gebhard, 1989)

- GEBHARD, R., (1989); *Der Glasschmuck aus dem Oppidum von Manching*, Wiesbaden.

(Gil Abad, 1983)

- GIL ABAD, P., (1983); *Junta y Hermandad de la Cabaña Real de Carreteros (Burgos-Soria)*, Burgos.

(Gilman, 1993)

- GILMAN GUILLÉN, A., (1993); "Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa mediterránea", *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp.103-111.

(Goegebeur, 1987)

- GOEGBEUR, W., (1987); "Des problèmes liés à l'interculturalité et l'intermariage en Grande Grèce", *Studia varia Bruxllensia*, Lovaina, pp.55-62.

(Gómez Amelia, 1985)

- GÓMEZ AMELIA, D., (1985); *La penillanura cacereña. Estudio geomorfológico*, Salamanca.

(Gómez Bellard/Guerin, 1995)

- GÓMEZ BELLARD, C., y GUERIN, P., (1995); "Los lagares del Alt de Benimaquía (Denia): en los inicios del vino ibérico", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.243-270.

(Gómez Espelosín, 1993)

- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., (1993); *Apiano: Sobre Iberia y Aníbal*, Madrid.

(Gómez Espelosín *et alii*, 1995)

- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., PÉREZ LARGACHA, A., y VALLEJO GIRVÉS, M., (1995); *La imagen de Hispania en la Antigüedad Clásica*, Madrid.

(Gómez Moreno, 1904)

- GÓMEZ MORENO, M., (1904); "Sobre la arqueología primitiva en la región del Duero", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 65, Madrid. (también publicado en *Miscelaneas*, 1949, pp.131-140).

(Gómez Moreno, 1927)

- GÓMEZ MORENO, M., (1927); *Catálogo Monumental de la provincia de Zamora*, Madrid.

(Gómez Moreno, 1983)

- GÓMEZ MORENO, M., (1983); *Catálogo de la provincia de Ávila*, Ávila, edic. revisada (redactado en 1901).

(Gómez Pallarés/Caerols, 1991)

- GÓMEZ PALLARÉS, J. y CAEROLS PÉREZ, J.J., (Eds.), (1991); *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España*, Madrid.

(Gómez Pantonja, 1994)

- GÓMEZ PANTOJA, J., (1994); "Occultus callis", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 30 (1), pp.61-73.

(Gómez Pantonja, 1995a)

- GÓMEZ PANTOJA, J., (1995a); "Buscando a los pastores", 1º Congreso de Arqueología Peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 33 (3-4), Porto, pp.445-459.

(Gómez Pantónja, 1995b)

- GÓMEZ PANTOJA, J., (1995b); "Pastores y trashumantes de Hispania", en Burillo, J., (Ed.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos (Daroca, 1991)*. Zaragoza, pp.495-505.

(Gómez Pantoja, 1995c)

- GÓMEZ PANTOJA, J., (1995c); "Celtiberos por el mundo", en Mangas, J. y Alvar, J., (Eds.), *Homenaje al Profesor José María Blázquez*, IV, Madrid, pp.241-259.

(Gómez Pantoja, 1996)

- GÓMEZ PANTOJA, J., (1996); "Gentilidad y origen", en Villar, F. y D'Encarnaçao, J., (Eds.), *La Hispania prerromana. Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Coimbra, 1994)*, Salamanca, pp.77-100.

(Gómez Pérez/Sanz, 1993)

- GÓMEZ PÉREZ, A., SANZ MÍNGUEZ, C., (1993); "El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla del Duero (Valladolid): aproximación a su secuencia estratigráfica", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.371-396.

(Gómez Ramos, 1996a)

- GÓMEZ RAMOS, P., (1996); "Hornos de reducción de cobre y bronce en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1), pp.127-143.

(Gómez Ramos, 1996b)

- GÓMEZ RAMOS, P., (1996b); "Análisis de escorias férreas: nuevas aportaciones al conocimiento de la siderurgia prerromana en España", *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2), pp.145-155.

(Gómez Sal/Rodríguez, 1991)

- GÓMEZ SAL, A. y RODRÍGUEZ PASCUAL, M., (1991); "La cañada Real Leonesa Oriental", en García Martín, P., (Coor.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, pp.123-155.

(González Cárdenas/Pillet, 1986)

- GONZÁLEZ CÁRDENAS, E. y PILLET CAPDEPÓN, F., (1986); *Geografía física, humana y económica de Castilla-La Mancha*, Ciudad Real.

(González Cordero/Quijada, 1991)

- GONZÁLEZ CORDERO, A., QUIJADA GONZÁLEZ, D., (1991); *Los orígenes históricos del Campo Arañuelo y la Jara cacereña y su integración en la Prehistoria regional*, Navalmoral de la Mata (Cáceres).

(González Cordero *et alii*, 1988)

- GONZÁLEZ CORDERO, A., DE ALVARADO GONZALO, M., BARROSO GUTIÉRREZ, F., (1988); "Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres", *Anas*, 1, pp.19-33.

(González Cordero *et alii*, 1993)

- GONZÁLEZ CORDERO, A., DE ALVARADO GONZALO, M., BLANCO FERNÁNDEZ, J.L., (1993); "Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres)", *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp.249-262.

(González Cordero *et alii*, e.p.)

- GÓNZALEZ CORDERO, A., DE ALVARADO GONZALO, M., ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (e.p.); "La arracada de Villanueva de la Vera (Cáceres) y su contexto orientalizante".

(González Cordero *et alii*, 1990)

- GONZÁLEZ CORDERO, A., HERNÁNDEZ LÓPEZ, M., CASTILLO CASTILLO, J., TORRES NÚÑEZ, N., (1990); "Las necrópolis de Pajares y del Cardenalillo en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura", *Studia Zamoriensia*, 11, pp.129-160.

(González Rodríguez, 1981)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., (1981); *Los vadinienses en su epigrafía latina*, Memoria de Licenciatura, Vitoria.

(González Rodríguez, 1985)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., (1985); "La organización social indígena del área indoeuropea de la Península Ibérica en la Antigüedad. Estado de la cuestión y consideraciones previas", en Melena, J.L., (ed.); *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae. Anejos de Veleia*, 1., vol.I, Vitoria, pp.547-556.

(González Rodríguez, 1986)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., (1986); *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, Vitoria-Gasteiz.

(González Rodríguez, 1988)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., (1988); "Notas para la consideración del desarrollo histórico desigual de los pueblos del norte de la Península Ibérica", *Veleia*, 5, pp.181-187.

(González Rodríguez, 1994)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., (1994); "Reflexiones sobre las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea", en González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C./Santos Yanguas, J., (Eds.); *Revisiones de Historia Antigua*, I. *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz, pp.139-166.

(González Rodríguez/Santos, 1984)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., SANTOS YANGUAS, J., (1984); "Arrinconamiento de poblaciones en época prerromana y altoimperial", *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia (Historia Antigua)*, Cáceres, pp.47-57.

(González Rodríguez/Santos, 1987)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., SANTOS YANGUAS, J., (1987); "El caso de las llamadas gentilitates: revisión y propuestas", *Actas IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas. (Veleia 2-3)*, Vitoria, pp.373-382.

(González Rodríguez/Santos, 1994)

- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.C., SANTOS YANGUAS, J., (Eds.) (1994); *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz.

(González Serrano, 1990)

- GONZÁLEZ SERRANO, C., (1990), "Avance de la excavación realizada en el Pago de El Alba. Villalazán (Zamora)", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp.497-514.

(González Wagner, 1993)



- GONZÁLEZ WAGNER, C., (1993); "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas de contacto cultural y sus consecuencias", en Mangas, J. y Alvar, J., (Eds.), *Homenaje a J.M<sup>a</sup>. Blázquez*, vol.I, Madrid, pp.445-464.

**(González-Cobos, 1986-87)**

- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A., (1986-87); "Sobre los vacceos y su integración en los esquemas administrativos romanos", *Studia Historica. Historia Antigua*, 4-5, pp.23-26.

**(González-Cobos, 1989)**

- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A., (1989); *Los vacceos. Estudio sobre los pobladores del valle medio del Duero durante la penetración romana*, Salamanca.

**(González-Cobos, 1990)**

- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A., (1990); "Consideraciones en torno a la economía vaccea. Evolución de la misma", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp.437-444.

**(González-Conde, 1986)**

- GONZÁLEZ-CONDE PUENTE, M<sup>a</sup>.P., (1986); "Elementos para una delimitación entre vettones y carpetanos en la provincia de Toledo", *Lucentum*, 5, pp.87-93.

**(González-Conde, 1992)**

- GONZÁLEZ-CONDE PUENTE, M<sup>a</sup>.P., (1992); "Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, pp.299-309.

**(González-Tablas, 1983)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1983); *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca.

**(González-Tablas, 1985)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1985); "La necrópolis de Trasguija: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas", *Norba*, 6, pp.43-51.

**(González-Tablas, 1986-87)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1986-87); "Transición a la Segunda Edad del Hierro", *Zephyrus*, 39-40, pp.49-57.

**(González-Tablas, 1988-89)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1988-89); "La cultura de El Soto de Medinilla. Algunas consideraciones", *Zephyrus*, 41-42, pp.331-337.

**(González-Tablas, 1989)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1989); "Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta", *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp.117-128.

**(González-Tablas, 1990)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., (1990); *La necrópolis de Los Castillejos de Sanchorreja. Su contexto histórico*, Salamanca.

**(González-Tablas/Domínguez, 1995)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. y DOMÍNGUEZ CALVO, A., (1995); "Cerámicas pintadas postcocción: fósil guía y conjunto cultural", *Zephyrus*, 48, pp.187-198.

**(González-Tablas/Fano, 1994)**

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. y FANO MARTÍNEZ, M.A. (1994); "El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica", *Zephyrus*, 47, pp.93-103.

(González-Tablas *et alii*, 1986)

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J., ARIAS GONZÁLEZ, L., BENITO ÁLVAREZ, J.M<sup>a</sup>., (1986); "Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro)", *Arqueología Espacial*, 9, Teruel, pp.113-126.

(González-Tablas *et alii*, 1991-92)

- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J., FANO MARTÍNEZ, M.A., MARTÍNEZ LIQUINIANO, A., (1991-92); "Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración", *Zephyrus*, 44-45, pp.301-329.

(Goody, 1986)

- GOODY, J., (1986); *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona.

(Goody, 1990)

- GOODY, J., (1990); *The Oriental, the Ancient, and the Primitive Systems of marriage and the family in the pre-industrial societies of Eurasia*, Cambridge.

(Goody/Tambiah, 1973)

- GOODY, J y TAMBIAH, S.J., (Eds.) (1973); *Bridewealth and dowry. Cambridge Papers in Social Anthropology*, 7, Cambridge.

(Gorrochategui, 1987)

- GORROCHATEGUI, J., (1987); "En torno a la clasificación del lusitano", *Actas IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas paleohispánicas de la Península Ibérica*, Vitoria, pp.77-91.

(Gorrochategui, 1993)

- GORROCHATEGUI, J., (1993); "Las lenguas de los pueblos paleohispánicos", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp. 409-429.

(Gorrochategui, 1994)

- GORROCHATEGUI, J., (1994); "La lengua de las poblaciones prerromanas del área indoeuropea", en González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C./Santos Yanguas, J., (Eds.); *Revisiones de Historia Antigua, I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica. Revisiones de Historia Antigua, I*, Vitoria, pp.13-21.

(Gosden, 1985)

- GOSDEN, C., (1985); "Gifts and kin in Early Iron Age Europe", *Man*, 20 (3), pp.475-493.

(Gosden, 1997)

- GOSDEN, C., (Eds.), (1997); *Culture contact and Colonialism. World Archaeology*, 28 (3), Reading.

(Goudineau/Kruta, 1980)

- GOUDINEAU, C., y KRUTA, V., (1980); "Y a-t-il une ville protohistorique", en *Histoire de la France urbaine*, París, pp.139-231.

(Gracia, 1994)

- GRACIA ALONSO, F., (1994); "Las copas de Cástulo en la Península Ibérica. Problemática y ensayo de clasificación", *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp.175-200.

(Gracia, 1995)

- GRACIA ALONSO, F., (1995); "Consideraciones sobre la estructura de los intercambios comerciales en la cultura ibérica", *Verdolay*, 7, pp.177-185.

**(Graham, 1990-91)**

- GRAHAM, A.J., (1990-91); "Religion, women and Greek colonization", en *Atti Centro Ricerche e Documentazione sull'Antichità Classica*, Roma, pp.293-314.

**(Gran-Aymerich, 1990)**

- GRAN-AYMERICH, J., (1990), "Pierre à pivot d'un tour de potier du V<sup>ème</sup> siècle avant J.C.", *Rivista di Archeologia*, 14, pp.97-103.

**(Gran-Aymerich, 1994)**

- GRAN-AYMERICH, J., (1994), "Sobre la primera cerámica ibérica. De los primeros esquemas helenizantes a la interpretación de los hallazgos recientes en el edificio tardo-orientalizante de Cancho Roano (Zalamea, Baja Extremadura)", *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp.157-174.

**(Grant, 1986)**

- GRANT, E., (Ed.), (1986); *Central Places. Archaeology and History*, Sheffield.

**(Grant, 1991)**

- GRANT, A., (1991); "Economic or symbolic? Animals and ritual behaviour", en Garwood, P., Jennings, D., Skeates, R. y Toms, J., (Eds.); *Sacred and Profane. Proceeding of a Conference on Archaeology, Ritual and Religion*, Oxford, pp.109-115.

**(Grau-Zimmermann, 1978)**

- GRAU-ZIMMERMANN, B., (1978); "Phöniikische Metallkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes", *Madriider Mitteilungen*, 19, pp.161-128.

**(Graves-Brown et alii, 1996)**

- GRAVES-BROWN, P., JONES, S. y GAMBLE, C., (Eds.), (1996); *Cultural Identity and Archaeology: The Construction of European Communities*, Londres.

**(De Griño, 1987)**

- DE GRIÑO FRONTERA, B., (1987); "Aproximación a la iconografía de las divinidades femeninas de la península Ibérica en época prerromana", en Rouillard, P. y Villanueva-Puig, M.C., (Eds.), *Greco et Ibères au IV<sup>e</sup> siècle avant Jésus-Christ: commerce et iconographie. Revue des Études Anciennes*, 84, pp.339-347.

**(De Griño, 1989)**

- DE GRIÑO FRONTERA, B., (1989); *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero*, I y II, B.A.R. 504, Oxford.

**(Gruzinski/Rouveret, 1976)**

- GROUZINSKI, S. y ROUVERET, A., (1976); "Ellos son como niños. Historie et acculturation dans le Mexique colonial et l'Italie méridional avant la romanisation", *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome*, 88, pp.159-219.

**(Guerrero, 1991)**

- GUERRERO AYUSO, V.M., (1991); "El palacio-santuario de Cancho Roano (Badajoz) y la comercialización de ánforas fenicias indígenas", *Revista di Studi Fenici*, 19 (1), pp.49-82.

**(Guerrero, 1995)**

- GUERRERO AYUSO, V.M., (1995); "El vino en la Protohistoria del mediterráneo occidental", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.77-104.

**(Gundel, 1968)**

- GUNDEL, A., (1968); "Viriato, lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos. 147-139 a.C.", *Caesaraugusta*, 31-32, pp.175-196.

**(Gusi, 1992)**

- GUSI I JENER, F., (1992), "Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica", en *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. Servicio de Investigación Prehistórica*, nº 89, Valencia, pp.239-260.

**(Gutiérrez Palacios, 1955)**

- GUTIÉRREZ PALACIOS, A., (1955); "Resumen de la campaña de excavaciones de 1950 en Ulaca (Solosancho)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 1, pp.195-196.

**(Haba/Rodrigo, 1990a)**

- HABA QUIRÓS, S., RODRIGO LÓPEZ, V., (1990a); "La Vía de la Plata entre las mansiones Rusticana y Caecilius Vicus: la calzada en relación con el asentamiento", *Símpoio sobre la red viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza, pp.241-252.

**(Haba/Rodrigo, 1990b)**

- HABA QUIRÓS, S., RODRIGO LÓPEZ, V., (1990b); "El tema del culto a las aguas y su continuidad en relación con las vías naturales de comunicación", *Zephyrus*, 43, pp.271-279.

**(Haevernicks, 1977)**

- HAEVERNICK, T.E., (1977); "Gesichsperlen", *Madriider Mitteilungen*, 18, pp.152-231.

**(Haevernicks, 1981)**

- HAEVERNICK, T.E., (1981); *Beiträge zur Glasforschung. Die Wichtigsten aufsätze von 1938 bis 1981*, Main.

**(Haley, 1986)**

- HALEY, E.W., (1986); *Foreigners in Roman Spain: Investigations of Geographical Mobility in the Spanish Provinces of the Roman Empire, 30 B.C.-284 A.D.*, Nueva York.

**(Haley, 1991)**

- HALEY, E.W., (1991); *Migration and Economy in the Roman Imperial Spain*, Barcelona.

**(Hall, 1986)**

- HALL, T.D., (1986); "Incorporation in the World-System: toward a critique", *American Sociological Review*, 51, pp.390-402.

**(Harbinson, 1968)**

- HARBINSON, P., (1968); "Castros with chevaux-de-frise in Spain and Portugal", *Madriider Mitteilungen*, 9, pp.116-147.

**(Harbinson, 1971)**

- HARBINSON, P., (1971); "Wooden and stone chevaux-de-frise in Central and Western Europe", *Proceeding of the Prehistoric Society*, 37, pp.195-225.

**(Hard et alii, 1988)**

- HARD, B., LARSSON, L., OLAUSSON, D., y PETRE, R., (Eds.), (1988); *Trade and exchange in Prehistory: Studies in honor of Berta Stjernquist*, Lund.

**(Harden, 1981)**

- HARDEN, D.B., (1981); *Catalogue of Greek and Roman Glass in the British Museum*, I, Londres.

**(Harmand, 1974)**

- HARMAND, L., (1974); "Soldats marchands romains aux prises avec l'Univers Atlantique", en Chevallier, R., (Ed.), *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges offerts à Roger Dion*, Paris, pp.247-255.

**(Harmand, 1976)**

- HARMAND, J., (1976); *La guerra antigua de Sumer a Roma*, Madrid.

**(Harris, 1982)**

- HARRIS, M., (1982); *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid (3ª edición).

**(Harris, 1996)**

- HARRIS, M., (1996); *Jefes, cabecillas, abusones*, Madrid.

**(Harrison, 1995)**

- HARRISON, R.J., (1995); "Bronze Age Expansion 1750-1250 B.C.: The Cogotas I Phase in the Middle Ebro Valley", *Veleia*, 12, pp.67-77.

**(Haselgrove, 1976)**

- HASELGROVE, C.C., (1976); "External trade as a stimulus to urbanization", en Cunliffe, B.W., y Rowley, R.T., (Eds.), *Oppida: the Beginning of Urbanisation in Barbarian Europe*, B.A.R., 11, Oxford, pp.25-49.

**(Haselgrove, 1988)**

- HASELGROVE, C.C., (1988); "Coinage and complexity: archaeological analysis of socio-political change in Britian and non-Mediterranean Gaul during the later Iron Age", en Gibson, B., y Gesselowitz, M., (Eds.), *Tribe and Polity in Late Prehistoric Europe. Demography, Production and Exchange in the Evolution of Complex Social Systems*, Nueva York-Londres, pp.69-96.

**(Hatt, 1958)**

- HATT, J.J., (1958); "Encore le problème des relations entre Grecs et Celtiques", *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 9, pp.152-155.

**(Hawkes, 1940)**

- HAWKES, C.F.C., (1940); *The Prehistoric Foundations of Europe to the Mycenaean Age*, Londres.

**(Hawkes, 1973)**

- HAWKES, C.F.C., (1973); "Cumulative Celticity in pre-Roman Britian", *Étude Celtique*, 13, II, pp.607-628.

**(Hedeager, 1987)**

- HEDEAGER, L., (1987); "Empire, frontier and the barbarian hinterland: Rome and northern Europe from AD 1-400", en Rowlands, M. et alii (Eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, pp.125-140.

**(Henderson, 1991)**

- HENDERSON, J., (1991); "Industrial specialization in Late Iron Age Britain and Europe", *The Archaeological Journal*, 148, pp.104-108.

**(Heredero, 1993)**

- HEREDERO GARCÍA, R., (1993); "Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.279-302.

**(Heredero, 1995)**

- HEREDERO GARCÍA, R., (1995); "Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.247-269.

**(Hernández Alcaraz, 1992)**

- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L., (1992); "Un adorno metálico del puntal de Salinas", *Revista del Departamento de Cultura del M.I. Ayuntamiento de Villena*.

**(Hernández Carrasquilla, 1992)**

- HERNÁNDEZ CARRASQUILLA, F., (1992); "Some comments on the introduction of domestic fowl in Iberia", *Arcaeofauna*, 1, pp.45-53.

**(Hernández Carrasquilla/Jonsson, 1994)**

- HERNÁNDEZ CARRASQUILLA, F., y JONSSON, L., (1994); "Las aves", en Roselló, E., y Morales, A., (Eds.), *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz*, B.A.R., 593, Oxford, pp.81-90.

**(Hernández Carretero, 1993)**

- HERNÁNDEZ CARRETERO, A.M<sup>a</sup>., (1993); "Contribución al estudio de las relaciones culturales durante la II Edad del Hierro en la cuenca media del Guadiana: la cerámica gris", *Norba*, 13, pp.39-61.

**(Hernández, 1970-71)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1970-71); "Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)", *Zephyrus*, 21-22, pp.321-328.

**(Hernández, 1972)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1972); "Inscripción ibérica hallada en Cañamero, Cáceres", *Trabajos de Prehistoria*, 29, pp.295-309.

**(Hernández, 1979)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1979); "Tonel ibérico procedente del castro de Villasviejas (Cáceres)", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.401-405.

**(Hernández, 1981)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1981); "Cerámica con decoración a peine", *Trabajos de Prehistoria*, 38, pp.317-325.

**(Hernández, 1982)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1982); "La escultura zoomorfa del occidente peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp.211-239.

**(Hernández, 1985)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1985); "Nuevos grafitos en Extremadura", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 20, pp.219-224.

**(Hernández, 1991)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1991); "Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica*, II, pp.255-267.

**(Hernández, 1993a)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1993a); "El yacimiento de Villasviejas y el proceso de romanización", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, pp.113-143.

**(Hernández, 1993b)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., (1993b); "La necrópolis de El Romazal. Plasenzuela (Cáceres)", en Mangas, J./Alvar, J. (Eds.), *Homenaje a J.M<sup>a</sup>. Blázquez*, vol.II, Madrid, pp.257-270.

**(Hernández/Galán, 1996)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. y GALÁN DOMINGO, E., (1996); *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres)*. *Extremadura Arqueológica*, VI, Badajoz.

**(Hernández/Rodríguez López, 1990)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., RODRÍGUEZ LÓPEZ, D., (1990); "Enterramientos de empedrado tumular de la necrópolis I de Villasviejas, Cáceres", *Verdolay. Homenaje a Emeterio Cuadrado*, 2, pp.71-75.

**(Hernández et alii, 1986-87)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., RODRÍGUEZ LÓPEZ, D., SÁNCHEZ SÁNCHEZ, A., (1986-87); "Hallazgo in situ de unos útiles de trabajo", *Zephyrus*, 39-40, pp.419-432.

**(Hernández et alii, 1989)**

- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., RODRÍGUEZ LÓPEZ, D., SÁNCHEZ SÁNCHEZ, A., (1989); *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja, (Botija, Cáceres)*, Mérida.

**(Hernández Vera, 1982)**

- HERNÁNDEZ VERA, J.A., (1982); "Difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el valle del Ebro", *I Coloquio sobre Historia de La Rioja. Cuadernos de Investigación. Historia*, Tomo IX, pp.65-79.

**(Hernández Vera/Murillo, 1985)**

- HERNÁNDEZ VERA, J.A. y MURILLO, J.J., (1985); "Aproximación al estudio de la siderurgia celtibérica del Moncayo", *Caesaraugusta*, 61-62, pp.177-190.

**(Hernández y Alejandro, 1905-06)**

- HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO, F., (1905-1906); "Excavaciones en Las Quintanas", *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 2, pp.510-511.

**(Hernando, 1989)**

- HERNANDO SOBRINO, M<sup>a</sup>.R., (1989); "Nuevas inscripciones romanas de Ávila", *Memorias de Historia Antigua*, 10, pp.197-218.

**(Hernando, 1995)**

- HERNANDO SOBRINO, M<sup>a</sup>.R., (1995); "La integración del territorio oriental de los Vettones en el marco administrativo-provincial romano", *Hispania Antigua*, 19, pp.77-93.

**(Herrero, 1969)**

- HERRERO Y MARTÍNEZ DE AZCOITIA, G., (1969), "Las fíbulas con cabeza de caballo del Museo Arqueológico provincial de Palencia", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 34-35, pp.321-322.

**(Herrmann, 1997)**

- HERRMANN, F.R., (1997); "Sulla collina dei principi guerrieri", *Archeo. Attualità del Passato*, 145, pp.36-49.

**(Herskovits, 1938)**

- HERSKOVITS, M.J., (1938); *Acculturation, the study of Culture Contact*, Nueva York.

**(Higgins, 1963)**

- HIGGINS, R.A., (1963); "Ancient art at Norwick. 1- Vases", *Apollo*, I, 7s-6, pp.96-101.

**(Higgs, 1976)**

- HIGGS, E.S., (1976); "The history of European agriculture: the uplands", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London, Series B*, 275, pp.159-173.

**(Hildebrandt, 1993)**

- HILDEBRANT, H.J., (1993); "Münzen als Hacksilver in Schatzfunden von der Iberischen Halbinsel", *Madrider Mitteilungen*, 34, pp.161-189.

**(Hine, 1979)**

- HINE, H.M., (1979); "Hannibal's Battle on the Tagus (Polybius III, 13; Livy XXI, 5)", *Latomus*, 38 (4), pp.891-901.

**(Hirth, 1978)**

- HIRTH, K.G., (1978); "Interregional trade and the formation of Prehistoric Gateway communities", *American Antiquity*, 43 (1), pp.35-45.

**(Hodder, 1979)**

- HODDER, I., (1979); "Economic and social stress and material culture patterning", *American Antiquity*, 44, pp.446-454.

**(Hodder, 1980)**

- HODDER, I., (1980); "Trade and exchange: definitions, identification and function", en Fry, F., (Ed.), *Models and Methods in Regional Exchange. Society for American Archaeological Papers*, 1, pp.151-156.

**(Hodder, 1982)**

- HODDER, I., (1982); "Toward a contextual approach to Prehistoric Exchange", en Erickson, J.E. y Earle, T.K., (Eds.), *Contexts for Prehistoric Exchange*, Nueva York-Londres, pp.199-211.

**(Hodges, 1982)**

- HODGES, R., (1972); "The evolution of gateway communities: their socio-economic implications", en Renfrew, C., y Shennan, S., (Eds.), *Ranking, Resource and Exchange: aspects of the Archaeology of Early European Societies*, Cambridge, pp.232-241.

**(Holder, 1962)**

- HOLDER, A., (1962); *Alt-Celtischer Sprachschatz*, III, Graz.

**(Hopper, 1979)**

- HOPPER, R.J., (1979); *Trade and industry in Classical Greece*, Londres.



**(Hornero, 1990)**

- HORNERO, E., (1990); "La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris", *Al-Basit*, 26, pp.171-205.

**(Hoyos, 1947)**

- HOYOS SAINZ, L. de, (1947); "Los viejos caminos y los tipos de pueblos", *Revista de Estudios Geográficos*, 27, pp.275-312.

**(Hoyos, 1953)**

- HOYOS SAINZ, L. de, (1953); "Sobre la antigua Vettonia y la actual Extremadura", *Estudios Geográficos*, 14, pp.409-420.

**(de Hoz, 1963)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1963); "Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica", *Emerita*, 31, II, pp.227-242.

**(de Hoz, 1979)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1979); "Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península", *Archivo Español de Arqueología*, 52, pp.227-250.

**(de Hoz, 1983)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1983); "Las lenguas y epigrafías prerromanas de la Península Ibérica", *Unidad y pluralidad del mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, pp.351-396.

**(de Hoz, 1986a)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1986a); "La epigrafía celtibérica", *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, pp.43-102.

**(de Hoz, 1986b)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1986b); "El nombre de Salamanca", *Salamanca. Geografía. Historia. Arte. Cultura*, Salamanca, pp.11-18.

**(de Hoz, 1986c)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1986c); "La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania", *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*, Cáceres, pp.31-54.

**(de Hoz, 1988)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1988); "Hispano-celtic and Celtiberian", en Mac Lennan (ed.); *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*, Ottawa, pp.191-207.

**(de Hoz, 1989)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1989); "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional", en Aubet Semler, M<sup>a</sup>.E., (ed.), *Tartessos*, Barcelona, pp.523-587.

**(de Hoz, 1992)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1992); "The Celts of the Iberian Peninsula", *Zeitschrift für Celtische Philologie*, 45, pp.1-37.

**(de Hoz, 1993)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1993); "Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.357-407.

**(de Hoz, 1995)**

- HOZ BRAVO, J. de, (1995); "Las sociedades celtibérica y lusitana y la escritura", *Archico Español de Arqueología*, 68, pp.1-30.

**(Hubschmid)**

- HUBSCHMID, G., *Toponimia prerromana. Enciclopedia Lingüística Hispánica*, Y.

**(Humble, 1980)**

- HUMBLE, R., (1980); *Warfare in the Ancient World*, Cambridge.

**(Hurtado, 1979)**

- HURTADO DE SAN ANTONIO, R., (1979); "Movimientos migratorios en la provincia de Cáceres durante la época romana", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.409-418.

**(Iglesias del Castillo et alii, 1991)**

- IGLESIAS DEL CASTILLO, L., RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup>.B. y MARCOS, M.S., (1991); "Arqueología y Prehistoria de Salamanca: intervenciones y bibliografía actualizada", en Santonja, M. (coord.); *Salamanca. Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca, pp.175-201.

**(Iglesias, 1986-87)**

- IGLESIAS GIL, J.M., (1986-87); "La cultura meseteña en la Edad del Hierro y la penetración en el territorio de Cantabria en la Antigüedad: las fuentes escritas", *Zephyrus*, 39-40, pp.433-436.

**(Iglesias, 1992)**

- IGLESIAS GIL, J.M., (1992); "Los pueblos prerromanos del norte de la península Ibérica y su espacio agrario", *Hispania Antiqua*, 16, pp.81-103.

**(Van Impe, 1989)**

- VAN IMPE, L., (1989); "Découvertes récentes de tombes aristocratiques de la transition Hallstatt/La Tène dans le nord de la Belgique", en *La civilisation de Hallstatt. Bilan d'une rencontre internationale*, Lieja, pp.275-289.

**(de Izarra, 1993)**

- DE IZARRA, F., (1993); *Hommes et fleuves en Gaule romaine*, París.

**(Jacob/Mongani)**

- JACOB, C., MONGANI, G., (1985); "Nuove prospettive metodologiche per lo studio della Geografia en el mondo antico", *Quaderni di Storia*, 2, pp.37-75.

**(Jacobi, 1974)**

- JACOBI, G., (1974); "Zum Schriftgebrauch in keltischen Oppida nördlich der Alpen", *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 4, pp.171-181.

**(Jaeggi, 1996)**

- JAEGGI, O., (1996); "El helenismo en la Península Ibérica y algunas reflexiones sobre el Helenismo en las periferias: el ejemplo de los santuarios", *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, Elche, vol.I, pp.427-431.

**(Jehl/Bonnet)**

- JEHL, M., y BONNET, C., (1968); "La Pyxide d'Appenwihr (haut-Rihn)", *Gallia*, 26, p.295-300.

**(Jiménez et alii, 1986)**

- JIMÉNEZ, F., MENA, P., NOGUERO, E., (1986); "Elementos de diferenciación social en la necrópolis del Navazo, La Hinojosa (Cuenca)", *Arqueología Espacial*, 9, pp.155-169.

**(Jiménez Ávila, e.p.)**

- JIMÉNEZ ÁVILA, F.J., (e.p.); "Los objetos de pasta vítrea", en Celestino, S., (Ed.); *Los materiales de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)*, Badajoz. (En prensa).

**(Jiménez de Furundarena, 1993)**

- JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, A., (1993); "Precisiones sobre el vocabulario latino de la ciudad: el término *oppidum* en Hispania", *Hispania Antiqua*, 17, pp.215-255.

**(Jiménez de Gregorio, 1955)**

- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., (1955); "Fíbulas de tipo hispánico de Azután", *Archivo Español de Arqueología*, 28, pp.185-187.

**(Jiménez de Gregorio, 1958)**

- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., (1958); "Hallazgos arqueológicos en La Jara, VIII", *Archivo Español de Arqueología*, 21, pp.97-98 y 195-211.

**(Jiménez de Gregorio, 1992)**

- JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., (1992); "Aproximación al mapa arqueológico del occidente provincial toledano", *Actas de las I Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*, Toledo, pp.5-38.

**(Jimeno/Morales, 1993)**

- JIMENO MARTÍNEZ, A., MORALES HERNÁNDEZ, F., (1993); "El poblamiento de la Edad del Hierro en el alto Duero y la necrópolis de Numancia", *Complutum*, 4, pp.147-156.

**(Joffroy, 1960)**

- JOFFROY, R., (1960); *L'Oppidum de Vix et la civilisation hallstattienne finale dans l'Est de la France*, París.

**(Joffroy, 1962)**

- JOFFROY, R., (1962); *Le trésors de Vix: Histoire et portée d'une grande découverte*, París.

**(Joffroy, 1979)**

- JOFFROY, R., (1979); *Vix et ses trésors*, París.

**(Jordá, 1996)**

- JORDÁ PARDO, J.F., (1996); "Estudio geoarqueológico del yacimiento protohistórico de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora)", *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 6, pp.31-55.

**(Jucker, 1973)**

- JUCKER, H., (1973); "Altes und neues zur Grächwiler hydria", *Zur Griechische Kunst: Festschrift Hansjörg Bloesch*, Berna, pp.42-62.

**(Judice-Gámito, 1983)**

- JUDICE-GÁMITO, T., (1983); "Os barris ibéricos de Portugal", *Conimbriga*, 22, pp.195-208.

**(Judice-Gámito, 1986)**

- JUDICE-GÁMITO, T., (1986); "Os espetos de Bronze do Sudoeste peninsular. Sua interpretação socio-ideológica", *Conimbriga*, 25, pp.351-395.

**(Kalb, 1979)**

- KALB, P., (1979); "Die Kelten in Portugal", *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976), Salamanca, pp.209-223.

**(Kalb, 1990)**

- KALB, P., (1990); "Zum Keltenbegriff in der Archäologie der Iberischen Halbinseln", *Madrider Mitteilungen*, 31, pp.338-347.

**(Kalb, 1993)**

- KALB, P., (1993); "Sobre el término celta en la investigación arqueológica en la Península Ibérica", en Untermann, J./Villar, F., (Eds.); *Actas V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. (Colonia, 1989), Salamanca, pp.143-157.

**(Kimmig, 1983a)**

- KIMMIG, W., (1983a); "Die griechische Colonisation im Westlichen mittelmeeergebiet und ihre wirkung auf die Landschaften des Westlichen Mitteleuropa", *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums*, 30, pp.3-78.

**(Kimmig, 1983b)**

- KIMMIG, W., (1983b); *Die Heuneburg an der oberen Donau-Führer zu arch. Denkmälern in Baden-Württemberg*, Stuttgart.

**(Kimmig, 1988a)**

- KIMMIG, W., (1988a); *Das Kleinaspergle. Studien zu einem Fürstengräbhügel der Frühen Latènezeit bei Stuttgart*, Stuttgart.

**(Kimmig, 1988b)**

- KIMMIG, W., (1988b); "La Heuneburg sur le Danube supérieur et ses relations avec les pays méditerranées", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, Paris, pp.145-153.

**(Kimmig, 1991)**

- KIMMIG, W., (1991); "La fortezza di Heuneburg e le tombe principesche dell'alto Danubio", Moscati, S., et alii (Eds.), *I Celti*, Milán, pp.114-115.

**(Klein, 1979)**

- KLEIN, J., (1979); *La Mesta: estudio de la historia económica española (1273-1836)*, Madrid (Edición original: *The Mesta: a Study in Spanish Economic History, 1273-1836*, Cambridge, 1920; 1ª edición en castellano: 1936, en *Revista de Occidente*, Madrid).

**(Knapp, 1977)**

- KNAPP, R.C., (1977); *Aspects of the Roman Experience in Iberia (206-100 B.B.)*, Valladolid.

**(Knapp, 1979)**

- KNAPP, R.C., (1979); "Celtiberian conflict with Rome: policy and coinage", *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Zaragoza, pp.465-479.

**(Knapp, 1992)**

- KNAPP, R.C., (1992); *Latin inscriptions from Central Spain*, Berkeley-Los Angeles.

**(Koch, 1979)**

- KOCH, M., (1979); "Die keltiberer un ihr historischer kontext", *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, pp.387-419.

**(Kohl, 1987)**

- KOHL, P., (1987); "The use and abuse of World Systems Theory", en Schiffer, M.B., (Ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol.11, pp.1-35.

**(Krämer, 1958)**

- KRÄMER, W., (1958); "Manching, ein vindelikisches Oppidum an der Donau", en Krämer, W., (Ed.), *Neue Ausgrabungen in Deutschland*, Berlín, pp.172-202.

**(Krämer, 1961)**

- KRÄMER, W., (1961); "Fremder Frauenschmuck aus Manching", *Germania*, 39, pp.305-322.

**(Krämer, 1982)**

- KRÄMER, W., (1982); "Graffiti auf Spätlatènekeramik aus Manching", *Germania*, 60, pp.489-499.

**(Kristiansen, 1994)**

- KRISTIANSEN, K., (1994); "The emergence of the European World System in the Bronze Age: Divergence, Convergence and Social Evolution during the First and Second Millennia B.C. in Europe", en Kristiansen, K. y Jorgen, J., (Eds.), *Europe in the First Millennium B.C.*, Sheffield, pp.7-30.

**(Kristiansen/Jorgen, 1994)**

- KRISTIANSEN, K., y JORGENSEN, J., (Eds.), (1994); *Europe in the First Millennium B.C.*, Sheffield.

**(Kromer, 1959)**

- KROMER, K., (1959); *Das Gräberfeld von Hallstatt*, Florencia.

**(Kromer, 1963)**

- KROMER, K., (1963); *Hallstatt: Die Salzhandelsmetropole des ersten Jahrtausends vor Christus in den Alpen*, Viena.

**(Kunow, 1983)**

- KUNOW, J., (1983); *Der römische Import in der Germania libera bis zu den Markomannenkriegen*, Neumünster.

**(Kurtz, 1980)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1980); "Un asa de bronce procedente del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)", *Archivo Español de Arqueología*, 53, pp.163-174.

**(Kurtz, 1982)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1982); "Material relacionado con el fuego aparecido en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16, pp.52-54.

**(Kurtz, 1985)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1985); "La coraza metálica en la Europa protohistórica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 21, pp.13-23.

**(Kurtz, 1986-87a)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1986-87a); "El armamento de la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)", *Zephyrus*, 39-40, pp.445-458.

**(Kurtz, 1986-87b)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1986-87b); "Los arreos de caballo en la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)", *Zephyrus*, 39-40, pp.459-472.

**(Kurtz, 1987)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1987); *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero (España)*, British Archaeological Reports, Londres.

**(Kurtz, 1991)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1991); "Elementos etrusco-itálicos en el armamento ibérico", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp.187-195.

**(Kurtz, 1992)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1992); "Guerra y guerreros en la cerámica ibérica", en *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid, pp.206-215.

**(Kurtz, 1995)**

- KURTZ SCHAEFER, W.S., (1995); "Lo céltico en el contexto de la arqueología europea", *Celtas y Túrdules: la Beturia, Cuadernos Emeritenses*, nº 9, Mérida, pp.9-47.

**(Lambert, 1992)**

- LAMBERT, P.I., (1992); "Diffusion de l'écriture gallo-grecque en milieu indigène", en Bats, M., et alii, *Marseille grecque et la Gaule*, Aix-en-Provence, pp.289-294.

**(Lamboglia, 1952)**

- LAMBOGLIA, N., (1952); "Per una classificazione preliminare della cerámica campana", *Atti del Y Congresso Internazionale di Studi Liguri (Bordighera, 1950)*, Bordighera, pp.159-184.

**(Lambrino, 1965)**

- LAMBRINO, S., (1965); "Les cultes indigènes en Espagne sous Trajan et Hadrien", *Les empereurs romains d'Espagne*, París, pp.223-242.

**(Lantier/Breuil, 1930)**

- LANTIER, R., BREUIL, H., (1930); "Villages Pré-romains de la Péninsule Ibérique. I, La Villa", *Revue Archéologique*, 32, pp.209-216.

**(Laubenheimer, 1987)**

- LAUBENHEIMER, F., (1987); "De l'usage populaire de l'écriture grecque dans la Gaule du Centre Est", *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 38, pp.163-167.

**(Laubenheimer, 1990)**

- LAUBENHEIMER, F., (1990); *Le temps des amphores en Gaule. Vins, huiles et sauces*, París.

**(Le Gall, 1983)**

- LE GALL, J., (1983); "Origo et civitas", en *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch*, vo.III, Madrid, pp.337-346.

**(Le Roux, 1982)**

- LE ROUX, P., (1982); *L'Armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409*, París.

**(Leite de Vasconcellos, 1893; 1905; 1913)**

- LEITE DE VASCONCELLOS, J., (1893, 1905, 1913); *Religiões de Lusitania*, I, II y III, Lisboa.

**(Lejars, 1991)**

- LEJARS, TH., (1991); "L'apparition des grands sanctuaires au III<sup>e</sup> siècle avant notre Ère", *Études Celtiques. XVIII Actes du IX<sup>e</sup> Congrès International d'Études Celtiques (Paris, 1991)*, vol.I, pp.237-257.

**(Lejeune, 1955)**

- LEJEUNE, M., (1955); *Celtiberica*, Salamanca.

**(Lejeune, 1983a)**

- LEJEUNE, M., (1983a); "Le canthare d'Alise. Nouvelles discussions sur les avatars et sur l'origine du vase", *Mon Piot*, 66, pp.19-53.

**(Lejeune, 1983b)**

- LEJEUNE, M., (1983b); "Recontres de l'alphabet grec avec les langues barbares au cours du I<sup>er</sup> millénaire avant J.C.", en *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche. Atti del convegno di Cortona (Maggio, 1981)*, Pisa-Roma, pp.731-753.

**(Lejeune, 1985)**

- LEJEUNE, M., (1985); "Textes gallo-grecs", en Duval, P.M. (Dir.), *Recueil des Inscriptions Gauloises (R.I.G.), I. (Supplément Gallia XLV)*, Paris, pp.23-79.

**(Lejeune, 1988)**

- LEJEUNE, M., (1988); "Compléments gallo-grecs", *Études celtiques*, 25, pp.79-106.

**(Lenerz, 1981)**

- LENERZ DE WILDE, M., (1981); "Keltische Funde Aus Spanien", *Archäologische Korrespondenzblatt*, 11, pp.314-319.

**(Lenerz, 1986)**

- LENERZ DE WILDE, M., (1986); "Art celtique et armes iberiques", *Actes du VIII<sup>e</sup> Colloque sur les Ages du Fer (1984). Aquitania, Supplément*, 1, pp.273-280.

**(Lenerz, 1991)**

- LENERZ-DE WILDE, M., (1991); *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, Stuttgart.

**(Lenerz, 1992)**

- LENERZ-DE WILDE, M., (1992); "Keltisches und Iberisches in der Nekropole El Cigarralejo (Mula, Murcia)", *Germania*, 70 (1), pp.37-60.

**(Lens Tuero, 1986)**

- LENS TUERO, J., (1986); "Viriato, héroe y rey cínico", *Estudios de Filología griega*, 2, pp.253-272.

**(Lerat, 1958)**

- LERAT, L., (1958); "L'amphore de bronze de Conliège (Jura)", *Actes du Colloque sur les Influences Helléniques en Gaule*, Dijon, pp.89-98.

**(Lévêque, 1992)**

- LÉVÊQUE, P., (1992); "Les populations indigènes de la Gaule et les grecs", en Bats, M. et alii (Eds.), *Marseille grecque et la Gaule*, Aix-en-Provence, pp.383-388.

**(Lévi-Strauss, 1949)**

- LÉVI-STRAUSS, C., (1949); *Les structures élémentaires de la parenté*, Paris.

**(Lewis, 1981)**

- LEWIS, H., (1981); "Warfare and the origin of the State: another formulation", en Claessen, H., (Ed.), *The Study of the State*, Leiden, pp.206-217.

**(Lewuillon, 1993)**

- LEWUILLON, S., (1993); "Contre le Don. Remarques sur le sens de la reciprocité et de la compensation sociale en Gaule", en *Fonctionnement social de l'Âge du Fer. Table Ronde de Lons-le-Saunier*, Lons-le-Saunier, pp.71-89.

**(Liesau, 1988)**

- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., (1988); "Estudio de la industria en asta de ciervo de El Soto de Medinilla", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15, pp.183-213.

**(Liesau, 1994)**

- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., (1994); *Contribución al estudio arqueofaunístico durante la Edad del Hierro en la Submeseta Norte de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral en Microfichas, Universidad Autónoma de Madrid.

**(de Ligt, 1993)**

- DE LIGT, L., (1993); *Fairs and markets in the Roman Empire. Economic and social aspects of periodic trade in a pre-industrial society*, Amsterdam.

**(de Ligt/de Neeve, 1988)**

- DE LIGT, L. y DE NEEVE, P.W., (1988); "Ancient periodic markets: festivals and fairs", *Athenaeum*, 66, pp.391-416.

**(Lincoln, 1991)**

- LINCOLN, B., (1991); *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*, Madrid.

**(Lión, 1987)**

- LIÓN BUSTILLO, C., (1987); "Copas con anillas en la provincia de Palencia", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 56, pp.15-30.

**(Lión, 1993)**

- LIÓN BUSTILLO, C., (1993); "Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro del Cerro de San Pelayo (Castromocho, Palencia)", *Numantia*, 4, pp.111-127.

**(Lomas, 1980)**

- LOMAS SALMONTE, F.J., (1980); "Origen y desarrollo de la cultura de los Campos de Urnas", "Las fuentes históricas más antiguas para el conocimiento de los celtas peninsulares", "Pueblos celtas de la Península Ibérica", "Instituciones indoeuropeas", en *Historia de España Antigua, I. Protohistoria*, Madrid, pp.13-51, pp.53-81, pp.83-110 y pp.111-126, respectivamente.

**(Lomas, 1982)**

- LOMAS SALMONTE, F.J., (1982); "Bárbaros y barbarie en Estrabón", *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Jaen, 1981)*, Jaén, pp.12-27.

**(Lombard-Jourdan, 1972-74)**

- LOMBARD-JOURDAN, A., (1972-74); "Faires gauloises et origines urbaines", *Archéocivilisation*, 11-13, pp.46-86.

**(López Cuevillas, 1955)**



- LÓPEZ CUEVILLAS, F., (1955); "El comercio y los medios de transporte de los pueblos castreños", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 55, pp.145-157.

**(López Domech, 1979)**

- LÓPEZ DOMECH, R., (1979); "Aspectos económicos de los oretanos", *Memorias de Historia Antigua*, 3, pp.21-29.

**(López Domech, 1990)**

- LÓPEZ DOMECH, R., (1990); "La red viaria romana de la región oretana", *Mélanges de la Casa Velázquez*, 26 (1), pp.75-96.

**(López Domech, 1996)**

- LÓPEZ DOMECH, R., (1996); *La región oretana*, Murcia.

**(López Melero, 1986)**

- LÓPEZ MELERO, R., (1986); "Nueva evidencia sobre el culto a Ataegina: el epígrafe de La Bienvenida", *Manifestaciones religiosas en Lusitania*, Cáceres, pp.93-112.

**(López Melero, 1988)**

- LÓPEZ MELERO, R., (1988); "Viriatius Hispaniae Romulus", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II*, 1, pp.247-261.

**(López Melero et alii, 1984)**

- LÓPEZ MELERO, R., SÁNCHEZ ABAL, J.L., GARCÍA JIMÉNEZ, S., (1984); "El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.", *Gerion*, 2, pp.265-323.

**(López Monteagudo, 1982)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1982); "Las esculturas zoomorfas célticas de la península Ibérica y sus paralelos polacos", *Archivo Español de Arqueología*, 55, pp.3-31.

**(López Monteagudo, 1983a)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1983a); *Expansión de los verracos y características de su cultura*, Madrid.

**(López Monteagudo, 1983b)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1983b); "Notas sobre los verracos hispánicos", *Homenaje al Profesor M. Almagro Basch*, III, Madrid, pp.151-159.

**(López Monteagudo, 1986)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1986); "Relaciones entre la cultura de los verracos y la cultura castreña", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp.211-226.

**(López Monteagudo, 1987)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1987); "Las cabezas cortadas en la Península Ibérica", *Gerion*, 5, pp.245-252.

**(López Monteagudo, 1989)**

- LÓPEZ MONTEAGUDO, G., (1989); *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*, Madrid.

**(López Paz/Pereira, 1995-96)**

- LÓPEZ PEREIRA, P. y PEREIRA MENAUT, G., (1995-96); "La tierra y los hombres: paisaje político, paisaje histórico", *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, pp.39-60.

**(López Rodríguez, 1978)**

- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J.R., (1978), "La necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 56, pp.15-30.

**(López Sáez et alii, 1991)**

- LÓPEZ SÁEZ, P., et alii, (1991); "Análisis polínico del yacimiento arqueológico de El Raso de Candeleda (Ávila)", *Actas de Gredos. Boletín Universitario*, II, pp.39-44.

**(Lorrio, 1988-89)**

- LORRIO ALVARADO, A., (1988-89); "Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz)", *Zephyrus*, 41-42, pp.283-314.

**(Lorrio, 1993)**

- LORRIO ALVARADO, A.J., (1993); "El armamento de los celtas hispanos", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.285-326.

**(Lorrio, 1994)**

- LORRIO ALVARADO, A.J., (1994); "La evolución de la panoplia celtibérica", *Madrid Mitteilungen*, 35, pp.212-243.

**(Lorrio, 1995a)**

- LORRIO ALVARADO, A.J., (1995a); "Celtas y celtíberos en la Península Ibérica", en *Celtas y Túrdules: la Beturia*, Cuadernos Emeritenses, nº 9, Mérida, pp.77-125.

**(Lorrio, 1995b)**

- LORRIO ALVARADO, A.J., (1995b); *Los Celtíberos: etnia y cultura*, Tesis Doctoral Inédita. Universidad Complutense de Madrid.

**(Lorrio, 1997)**

- LORRIO ALVARADO, A.J., (1997); *Los Celtíberos. Complutum Extra*, 7, Madrid.

**(Lozano, 1987)**

- LOZANO VELILLA, A., (1987); "Conquista de España por Roma", en *Historia General de España y América*, I-2. *De la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, pp.385-502.

**(Lucas, 1986)**

- LUCAS PELLICER, M<sup>a</sup>.R., (1986); "La mujer: símbolo de fecundidad en la España prerromana", en *La mujer en el mundo antiguo. Actas de las V Jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, pp.345-357.

**(Lucas, 1990)**

- LUCAS PELLICER, M<sup>a</sup>.R., (1990); "La balanza de dos platillos: el primer instrumento de medida conocido en la Península Ibérica", *Verdolay. Homenaje a Emeterio Cuadrado*, 2, pp.61-66.

**(Lucas, 1995)**

- LUCAS PELLICER, M<sup>a</sup>.R., (1995); "Cerámicas con apliques de metal", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Homenaje a H. Schubart*, 35, pp.107-122.

**(Luzón, 1990)**

- LUZÓN NOGUÉ, J.M<sup>a</sup>., (1990); "Sobre el origen oriental de las llamadas cajitas celtibéricas", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, vol.II, pp.319-325.

**(Llanos, 1979)**

- LLANOS, A., (1979); "Cajas de cerámica celtibéricas del poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)", *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología* (Lugo, 1977), Zaragoza, pp.709-720.

**(Macready/Thompson, 1984)**

- MACREADY, S., y THOMPSON, F.H., (Eds.), (1984); *Cross-Channel Trade between Gaul and Britain in the Pre-Roman Iron Age*, Londres.

**(Magallón/Navarro, 1991-92)**

- MAGALLÓN BOTAYA, M<sup>a</sup>.A., y NAVARRO CABALLERO, M<sup>a</sup>.M., (1991-92); "Los desplazamientos humanos en el Conventus Caesaraugustanus según la epigrafía", *Zephyrus*, 44-45, pp.405-421.

**(Maia, 1985)**

- MAIA, M., (1985); "Celtici e Turduli nas fontes classicas", *Actas del II Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas*, Lisboa, pp.165-177.

**(Maier, 1991)**

- MAIER, F., (1991); "Gli oppida di celtici (II-I secolo a.C.)", en Moscati, S. *et alii*, (Eds.), *I Celti*, Milán, pp.411-425.

**(Maluquer, 1951)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1951); "De la Salamanca primitiva", *Zephyrus*, 2, pp.61-84.

**(Maluquer, 1952)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1952); "Una figurita de guerrero con espada al hombro del castro del Cerro del Berrueco (Salamanca)", *Revista Guimarães*, 62, pp.233-240.

**(Maluquer, 1954)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1954); "Los pueblos de la España céltica", en Menéndez Pidal, R. (Dir.), *Historia de España*, I-3, Madrid (4<sup>a</sup> Edic. 1982), pp.1-194.

**(Maluquer, 1954a)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1954a); *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico I. Excavaciones en Navarra, n<sup>o</sup> 4*, Pamplona.

**(Maluquer, 1955)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1955); "El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares, II", *Zephyrus*, 6, pp.241-255.

**(Maluquer, 1956)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1956); *Carta arqueológica de España. Salamanca*, Salamanca.

**(Maluquer, 1957a)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1957a); "Un interesante lote de bronce hallados en el castro de Sanchorreja (Ávila)", *Zephyrus*, 8, pp.241-256.

**(Maluquer, 1957b)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1957b); "La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del castro de Sanchorreja (Ávila)", *Zephyrus*, 8, pp.286-287.

**(Maluquer, 1958a)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1958a); *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Salamanca.

**(Maluquer, 1958b)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1958b); *El castro de Los Castillejos de Sanchorreja*, Salamanca.

**(Maluquer, 1958c)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1958c); *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico II*, Excavaciones en Navarra, nº 6, Pamplona.

**(Maluquer, 1960)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1960); "Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta", *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Pamplona, 1959)*, Pamplona, pp.125-149.

**(Maluquer, 1968)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1968); "Excavaciones arqueológicas en el castro de Las Merchanas (Lumbrals, Salamanca)", *Pyrenae*, 4, pp.101-128.

**(Maluquer, 1977)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1977); "El poblamiento prerromano en la Meseta del Duero", en *Segovia y la arqueología romana*, Barcelona, pp.16-31.

**(Maluquer, 1983)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1983); "En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura", *Estudios en Homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años, Anejos de Cuadernos de Historia de España*, vol.I, Buenos Aires, pp.29-36.

**(Maluquer, 1985)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1985); "Las fuentes arqueológicas como dato histórico. Posibilidades y limitaciones. La Protohistoria extremeña: un intento de aproximación", en *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia (Prehistoria y Arqueología)*, Cáceres, pp.29-54.

**(Maluquer, 1987)**

- MALUQUER DE MOTES, J., (1987); "Comercio continental focense en la Extremadura central", *Cerámiques gregues i hellenístiques a la Península Ibérica (Ampurias, 1983). Monografies Empuritanes*, 7, Barcelona, pp.19-26.

**(Manero, 1983)**

- MANERO MIGUEL, F., (1983); "La Tierra de Pinares de Valladolid: el significado de la intervención humana en la organización de un paisaje vegetal", *Actas del VI Coloquio de Geografía (Octubre, 1977)*, Madrid, pp.179-185.

**(Manero, 1987)**

- MANERO MIGUEL, F., (1987); "La Meseta", en Terán, M., Solé Sabarís, L. y Vilá Valentí, J., *Geografía Regional de España*, (5ª edición), Madrid, pp.167-244.

**(Mangas, 1970)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1970); "El papel de la diplomacia romana en la conquista de la Península Ibérica (226-19 a.C.)", *Hispania*, 116, pp.485-513.

**(Mangas, 1978)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1978); "Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana", *Actas del Coloquio sobre Estructuras sociales durante la Antigüedad*, Oviedo, pp.150-165.

**(Mangas, 1990)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1990); "Sociedad y religión del municipio de Pallantia (Palencia)", *II Congreso de Historia de Palencia*, I, Palencia, pp.695-709.

**(Mangas, 1992)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1992); "Ciudades antiguas de la provincia de Salamanca (s.III a.C. - Diocleciano)", *I Congreso de Historia de Salamanca* (1989), Salamanca, I, pp.251-268.

**(Mangas, 1995a)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1995a); *De Aníbal al emperador Augusto. Hispania durante la República romana*, Madrid.

**(Mangas, 1995b)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., (1995b); "Civilizaciones antiguas en la Meseta Norte", en García Simón, A., (Ed.); *Historia de una cultura*, 1. Castilla y León en la *Historia de España*, Valladolid, pp.133-198.

**(Mangas/Hernando, 1990-91)**

- MANGAS MANJARRÉS, J. y HERNANDO SOBRINO, M<sup>a</sup>.R., (1990-91); "La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad", *Memorias de Historia Antigua*, 11-12, pp.219-231.

**(Mangas *at alii*, 1990)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., ALVAR EZQUERRA, J., BLÁNQUEZ PÉREZ, C., (Eds.), (1990); *Toledo y Carpetania en la Edad Antigua* (Toledo, 1986), Toledo.

**(Mangas/Carroble, 1992)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., CARROBLES SANTOS, J., (1992); "La ciudad de Talavera de la Reina en época romana", *Actas de las I Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*, Toledo, pp.95-113.

**(Mangas/Solana, 1985)**

- MANGAS MANJARRÉS, J., SOLANA SAINZ, J.M., (1985); "Romanización y germanización de la Meseta Norte", en Valdeón, J. (Dir.), *Historia de Castilla y León*, II, Valladolid, pp.8-95.

**(Mangas Navas, 1992)**

- MANGAS NAVAS, J.M., (1992); *Cuadernos de la Trashumancia*, 0. Vías pecuarias. ICONA, Madrid.

**(Mañanes, 1977)**

- MAÑANES PÉREZ, T., (1977); "Nuevos yacimientos arqueológicos en la provincia de Valladolid", *Archivos leoneses*, 62, pp.265-268.

**(Mañanes, 1979)**

- MAÑANES PÉREZ, T., (1979); *Arqueología vallisoletana I. La Tierra de Campos y el sur del Duero*, Valladolid.

**(Mañanes, 1983)**

- MAÑANES PÉREZ, T., (1983); *Arqueología vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato (Estudios arqueológicos de la cuenca del Duero)*, Valladolid.

**(Mañanes, 1986)**

- MAÑANES PÉREZ, T., (1986); "La alimentación en la Antigüedad en Castilla y León", en *El libro de la Gastronomía de Castilla y León*, León, pp.35-56.

**(Mañanes, 1991)**

- MAÑANES PÉREZ, T., (1991); "Vacceos", en Solana Sainz, J.M<sup>a</sup>., (Ed.); *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana (Anejos de Hispania Antigua)*, Valladolid, pp.235-269.

**(Mañanes/Gómez, 1979)**

- MAÑANES PÉREZ, T., GÓMEZ, M., (1979); "De epigrafía leonesa. Nuevas inscripciones vadinienses", *Archivos leoneses*, 65, pp.103-110.

**(Mañanes/Madrado, 1978)**

- MAÑANES PÉREZ, T., MADRAZO, T., (1978); "Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro", *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp.425-432.

**(Mañanes/Solana, 1976)**

- MAÑANES PÉREZ, T., SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1976); "Vías y ciudades en la Meseta Septentrional", *Hispania Antiqua*, 7, pp.379-390.

**(Mañanes/Solana, 1985)**

- MAÑANES PÉREZ, T., SOLANA SAÍNZ, J.M., (1985); *Ciudades y vías romanas en la cuenca del Duero (Castilla-León)*, Valladolid.

**(Marchand, 1991)**

- MARCHAND, CH., (1991); "Sanctuaries picards et territoire", en *Les sanctuaries celtiques et le monde méditerranéen*, París, pp.14-18.

**(Marco, 1979-80)**

- MARCO SIMÓN, F., (1979-80); "Esclavitud y servidumbre en la conquista de Hispania", *Hispania Antiqua*, 9-10, pp.169-189.

**(Marco, 1990)**

- MARCO SIMÓN, F., (1990); *Los celtas*, Madrid.

**(Marco, 1986)**

- MARCO SIMÓN, F., (1986); "El dios céltico Lug y el santuario de Peñalba de Villastar", *Estudios en homenaje a Antonio Beltrán*, Zaragoza, pp.731-759.

**(Marco, 1993a)**

- MARCO SIMÓN, F., (1993a); "La religiosidad en la Céltica hispana", en Almagro Gorbea, M. (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.477-512.

**(Marco, 1993b)**

- MARCO SIMÓN, F., (1993b); "La individualización del espacio sagrado: testimonios culturales en el noroeste hispánico", en Mayer, M., (Ed.), *Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de Epigrafía, Culto y Sociedad en Occidente*, Sabadell, pp.317-324.

**(Marco, 1994)**

- MARCO SIMÓN, F., (1994); "La religión indígena en la Hispania indoeuropea", en Blázquez Martínez, J.M. et alii, *Historia de las Religiones de la Europa Antigua*, Madrid, pp.313-400.

**(Marco, 1996a)**

- MARCO SIMÓN, F., (1996a); "Integración, interpretatio y resistencia religiosa en el occidente del Imperio", en Blázquez Martínez, J.M<sup>a</sup>. y Alvar Ezquerro, J., (Eds.); *La romanización en Occidente*, Madrid, pp.217-238.

**(Marco, 1996b)**

- MARCO SIMÓN, F., (1996b); "Romanización y aculturación religiosa: Los santuarios rurales", en Rebores Morillo, S. y López Barja, P., (Coor.-Eds.), *A Cidade e o Mundo: Romanización e cambio social*, Xinzo de Limia, pp.85-100.

**(Marcos, 1991)**

- MARCOS CONTRERAS, G.J., (1991); "Producciones de barniz rojo procedentes de Coca, Segovia", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 57, pp.87-91.

**(Marcos Pous, 1979)**

- MARCOS POUS, A., (1979); *Trabajos arqueológicos en la Libia de los berones*, Logroño.

**(Mariner, 1989)**

- MARINER, S., (1989); "La *Tabula Alcantarensis* entre la epigrafía jurídica arcaica de Hispania", en *Epigrafía jurídica romana*, Pamplona, pp.257-265.

**(Marinis, 1986)**

- MARINIS, R. de, (Ed.), (1986); *Gli Etruschi a nord del Po (Catalogue de l'Exposition. Mantova 1986)*, Mantova.

**(Mariscal, 1995)**

- MARISCAL ÁLVAREZ, B., (1995); "Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campana de 1989-90) y El cerro de la Mota en Medina del Campo, Valladolid", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.337-356.

**(Mariscal et alii, 1995)**

- MARISCAL ÁLVAREZ, B., CUBERO CORPAS, C., y UZQUIANO OLLERO, B., (1995); "Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio a.C. a través de la paleobotánica", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.417-454.

**(Martín Arijá et alii, 1996)**

- MARTÍN ARIJA, A.M<sup>a</sup>., IGLESIAS DEL CASTILLO, L., SALVADOR VELASCO, M., VIÑÉ ESCARTÍN, A.I. y LORENZO MORÁN, J.F., (1996); "El Alba (Villalazán): un importante yacimiento romano en la provincia de Zamora", *Numantia*, 6, pp.61-80.

**(Martín Benito/Martín Benito, 1994)**

- MARTÍN BENITO, J.I. y MARTÍN BENITO, J.C., (1994); *Prehistoria y romanización de la tierra de Ciudad Rodrigo*, Ciudad Rodrigo (Salamanca).

**(Martín Bravo, 1991)**

- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>., (1991); "Aproximación a la economía de los castros del norte de Extremadura", *Gerion. Anejos III. Estudios en homenaje al Dr. Ponsich*, pp.169-180.

**(Martín Bravo, 1994)**

- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>., (1994); "Los castros del occidente de la provincia de Cáceres", en Almagro Gorbea, M./Martín Bravo, A.M<sup>a</sup>., (Eds.), *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid, pp.243-286.

**(Martín Bravo, 1995)**

- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>., (1995); "Dracmas ampuritanos aparecidos en castros de la provincia de Cáceres", *I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, 14, Madrid, pp.139-142.

**(Martín de la Cruz/Montes, 1986)**

- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., MONTES ZUGADI, A., (1986); "Avance del estudio sobre el horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir", *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, pp.488-496.

**(Martín García/Ortega, 1990)**

- MARTÍN GARCÍA, E., y ORTEGA BLANCO, J., (1990); "Figura femenina en terracota procedente de Oropesa (Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Talavera de la Reina, pp.527-532.

**(Martín García/García Diego, 1990)**

- MARTÍN GARCÍA, R., y GARCÍA DIEGO, A.J., (1990); "Aproximación al estudio de la escultura zoomorfa en la provincia de Zamora: los verracos", *Studia Zamorensia*, 11, pp.17-37.

**(Martín Hernández, 1989)**

- MARTÍN HERNÁNDEZ, M., (1989); "Aproximación demográfica al castro de Villasviejas", en Hernández, F. et alii, *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja*, (Botija, Cáceres), Mérida, Apéndice II, pp.156-159.

**(Martín Jiménez, 1919)**

- MARTÍN JIMÉNEZ, J.L., (1919); "Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes (Salamanca)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 75, pp.399-411.

**(Martín Montes, 1984a)**

- MARTÍN MONTES, M.A., (1984a); "La fíbula anular hispánica en la meseta peninsular. I, Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19, pp.36-46.

**(Martín Montes, 1984b)**

- MARTÍN MONTES, M.A., (1984b); "La fíbula anular hispánica en la meseta peninsular. II, Su distribución tipológica-geográfica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 20, pp.35-43.

**(Martín Valls, 1965)**

- MARTÍN VALLS, R., (1965); "Investigaciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo", *Zephyrus*, 16, pp.71-98.

**(Martín Valls, 1967)**

- MARTÍN VALLS, R., (1967); *La circulación monetaria ibérica*, Valladolid.

**(Martín Valls, 1971)**

- MARTÍN VALLS, R., (1971); "El castro de Picón de la Mora", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 37, pp.125-144.

**(Martín Valls, 1973)**

- MARTÍN VALLS, R., (1973); "Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes. Nuevos hallazgos y problemas cronológicos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 39, pp.81-103.

**(Martín Valls, 1974)**



- MARTÍN VALLS, R., (1974); "Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta", *Studia Archeologica*, 32, pp.69-82.

**(Martín Valls, 1974-75)**

- MARTÍN VALLS, R., (1974-75); "Una escultura zoomorfa de la cultura castreña del noroeste en la provincia de Zamora", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 29, pp.281-287.

**(Martín Valls, 1975)**

- MARTÍN VALLS, R., (1975); "Sobre las cajitas celtibéricas", *Sautuola*, 1, pp.169-175.

**(Martín Valls, 1976)**

- MARTÍN VALLS, R., (1976); "Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo", *Zephyrus*, 26-27, pp.373-388.

**(Martín Valls, 1979)**

- MARTÍN VALLS, R., (1979); "Novedades epigráficas del castro de Yecla de Yeltes (Salamanca)", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.499-510.

**(Martín Valls, 1982)**

- MARTÍN VALLS, R., (1982); "La necrópolis de Yecla de Yeltes. Datos arqueológicos y epigráficos para su estudio", *Zephyrus*, pp.181-195.

**(Martín Valls, 1983)**

- MARTÍN VALLS, R., (1983); "Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos", *Zephyrus*, 38, pp.217-231.

**(Martín Valls, 1984)**

- MARTÍN VALLS, R., (1984); "Prehistoria palentina", en González, J., (Dir.); *Historias de Palencia. Edades Antigua y Media*, Palencia, pp.15-53.

**(Martín Valls, 1985)**

- MARTÍN VALLS, R., (1985); "Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas", en Valdeón, J., (dir.), *Historia de Castilla y León*, vol.I, cap.VI, Valladolid, pp.104-131.

**(Martín Valls, 1986-87)**

- MARTÍN VALLS, R., (1986-87); "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización", *Zephyrus*, 39-40, pp.59-86.

**(Martín Valls, 1990)**

- MARTÍN VALLS, R., (1990); "Los simpula celtibéricos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 56, pp.144-169.

**(Martín Valls, 1995)**

- MARTÍN VALLS, R., (1995); "La Segunda Edad del Hierro", en *Historia de Zamora. Tomo I. De los Orígenes al final del Medievo*, Zamora, pp.151-189.

**(Martín Valls/Delibes, 1972)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1972); "Nuevos yacimientos de la Primera Edad del Hierro en la meseta norte", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 38, pp.5-54.

**(Martín Valls/Delibes, 1973)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1973); "Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 39, pp.395-402.

**(Martín Valls/Delibes, 1975a)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1975a); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 40-41, pp.445-476.

**(Martín Valls/Delibes, 1975b)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1975b); "Problemas en torno a la Primera Edad del Hierro en el sector occidental de la meseta norte", *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, pp.545-550.

**(Martín Valls/Delibes, 1976)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1976); "Sobre la cerámica de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 42, pp.5-15.

**(Martín Valls/Delibes, 1976b)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1976b); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 42, pp.411-440.

**(Martín Valls/Delibes, 1977)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1977); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 43, pp.291-319.

**(Martín Valls/Delibes, 1978)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1978); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 44, pp.321-346.

**(Martín Valls/Delibes, 1979)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1979); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VI)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 45, pp.125-147.

**(Martín Valls/Delibes, 1980)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1980); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VII)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp.119-128.

**(Martín Valls/Delibes, 1981)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1981); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 47, pp.153-185.

**(Martín Valls/Delibes, 1982a)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1982a); "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 48, pp. 45-70.

**(Martín Valls/Delibes, 1982b)**

- MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G., (1982b); *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico* (Guía de la exposición), Zamora.

**(Martín Valls/Esparza, 1992)**

- MARTÍN VALLS, R., ESPARZA ARROYO, A., (1992); "Génesis y evolución de la cultura celtibérica", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.259-279.

**(Martín Valls/Pérez, 1976)**

- MARTÍN VALLS, R., PÉREZ HERRERO, E., (1976); "Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 62, pp.67-80.

(Martín Valls/Romero, 1980)

- MARTÍN VALLS, R., ROMERO CARNICERO, F., (1980); "Dos sonajeros vacceos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp.160-165.

(Martín Valls *et alii*, 1991)

- MARTÍN VALLS, R., BENET JORDANA, N., MACARRO ALCALDE, C., (1991); "Arqueología de Salamanca", en Santonja M., (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca, pp.137-163. (Publicado también en las *Actas del I Congreso de Historia de Salamanca* (1989), Salamanca, 1992, vol.I, pp.87-115.

(Martínez Gázquez, 1974)

- MARTÍNEZ GÁZQUEZ, J.M., (1974); *La campaña de Catón en Hispania*, Madrid.

(Martínez Lillo *et alii*, e.p.)

- MARTÍNEZ LILLO, S., MATESANZ VERA, P., SÁEZ LARA, F., SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, C., ARRIBAS DOMÍNGUEZ, R., MALALANA UREÑA, A., (e.p.); "La continuidad de la red viaria de época antigua en época medieval en el valle del Tiétar abulense", *II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica* (Junio, 1994).

(Martínez López, 1986)

- MARTÍNEZ LÓPEZ, C., (1986); "Las mujeres de la Península Ibérica durante la conquista cartaginesa y romana", *La mujer en el mundo antiguo. Actas de las V Jornadas de investigación interdisciplinar*, Madrid, pp.387-395.

(Martínez Quirce, 1992)

- MARTÍNEZ QUIRCE, F., (1992); "Las influencias de la cultura ibérica en el ámbito de la iconografía celtibérica", en *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid, pp.258-266.

(Matos da Silva, 1988)

- MATOS DA SILVA, M<sup>a</sup>.F., (1988); "Subsídios para o estudo de Arte Castreja. A cultura dos berrões: ensaio de síntese", *Revista de Ciências Históricas*, 3, pp.57-94.

(Mauss, 1990)

- MAUSS, M., (1990); *The gift. The form and reason for exchange in Archaic Societies* (translated by W.D. Halls), Londres. (Edición original: *Essai sur le don*, París, 1954. Edición en castellano: "Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y Antropología*, Madrid, 1971, pp.155-263).

(Maya/Petit, 1986)

- MAYA, J.L. y PETIT, M<sup>a</sup>.A., (1986); "El grupo del nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, p.49-71.

(McGrail, 1995)

- McGRAIL, S., (1995); "Celtic seafaring and transport", en Green, M., (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.254-281.

(Meana/Piñero, 1992)

- MEANA CUBERO, M<sup>a</sup>.J., y PIÑERO, F., (1992); *Estrabón. Geografía. Libros III-IV*, Madrid.

(Mederos, 1995)

- MEDEROS MARTÍN, A., (1995); "¿Retorno al pasado? Comercio o difusión en los análisis de los sistemas mundiales antiguos", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (2), pp.131-141.

(Medrano, 1987)

- MEDRANO MARQUÉS, M.M<sup>a</sup>., (1987); "Ponderales ibéricos procedentes de la ciudad celtibérica de Bilbilis (Valdeherrera, Calatayud)", *I Symposium sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp.149-161.

(Meiggs, 1982)

- MEIGGS, R., (1982); *Trees and timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford.

(Meijer/Van Nijf, 1992)

- MEIJER, F., y VAN NIJF, O., (1992); *Trade, transport and society in the Ancient World. A sourcebook*, Londres-Nueva York.

(Mele, 1979)

- MELE, A., (1979); *Il comercio greco arcaico. Prexis et emporie*, Cahiers du centre Jean Bérard. Nápoles.

(Melena, 1984)

- MELENA, J.L., (1984); "Un ara votiva de El Gaitán, Cáceres", *Veleia*, 1, pp.233-260.

(Mélida, 1908)

- MÉLIDA, J.R., (1908); "Hallazgo arqueológico en Extremadura", *Revista de Extremadura*, 10, pp.17-24.

(Mélida, 1924)

- MÉLIDA, J.R., (1924); *Catálogo Monumental de Cáceres*, Madrid.

(Mena, 1959)

- MENA, V., (1959); "Restos prehistóricos en Sta. Cruz", *Alcántara*, pp.36-42.

(Menéndez Pidal, 1951)

- MENÉNDEZ PIDAL, G., (1951); *Los caminos en la Historia de España*, Madrid.

(Michalek, 1992)

- MICHALEK, J., (1992); "Eine mediterrane Glasscherbe aus Südböhmen-CSFR", *Germania*, 70, pp.123-126.

(Millán, 1990)

- MILLÁN MARTÍNEZ, M., (1990); "Una necrópolis tumular en Cuenca: Alconchel", en Burillo, F., (Coor.), *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis celtibéricas (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.197-202.

(Millar, 1984)

- MILLAR, F., (1984); "The Mediterranean and the Roman revolution: politics, war and the economy", *Past and present*, 102, pp.3-24.

(Mohen, 1988)

- MOHEN, J.P., (1988); "La circulation des matières précieuses: l'ambre, l'étain, le corail et l'ivoire", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.221-229.

(Mohen, 1991)

- MOHEN, J.P., (1991); "Le tombe principesche della Borgogna", en Moscati, S. et alii, (Eds.), *I Celti*, Milán, pp.103-107.

**(Molina, 1978)**

- MOLINA GONZÁLEZ, F., (1978); "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada", 3, pp.159-232.

**(Molina/Arteaga, 1976)**

- MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA, O., (1976); "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica excisa en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp.175-214.

**(Molinero, 1933)**

- MOLINERO PÉREZ, A., (1933); "El castro de la Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 102, pp.421-439.

**(Molinero, 1952)**

- MOLINERO PÉREZ, A., (1952); "Una necrópolis del Hierro Céltico en Cuéllar (Segovia)", *II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*, Madrid, pp.337-354.

**(Molinero, 1958a)**

- MOLINERO PÉREZ, A., (1958a); *Los yacimientos de la Edad de Hierro en Ávila y sus excavaciones arqueológicas*, Ávila.

**(Molinero, 1958b)**

- MOLINERO PÉREZ, A., (1958b); "Un bronce etrusco en El Raso de Candeleda", *Archivo Español de Arqueología*, 31, pp.175-188.

**(Monsalud, 1901)**

- MONSALUD, Marqués de, (Mariano Carlos Solano) (1901); "Citánias extremeñas", *Revista de Extremadura*, 3.

**(Montelius, 1889)**

- MONTELIUS, O., (1899); *Der Orient und Europa: Einfluss der orientalischen Cultur zur Mitte des letzten Jahrhunderts v. Chr.* (traducido al alemán por J. Mestorf), Estocolmo.

**(Montenegro, 1946-47)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1946-47); "Origen céltico del nombre y lugar de Valladolid. Probable localización de la antigua Tela", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 13, pp.37-56.

**(Montenegro, 1981-85)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1981-85); "La tessera hospitalis del 134 d.C. hallada en Montealegre y el municipio romano de Cauca", *Hispania Antiqua*, 11-12, pp.105-118.

**(Montenegro, 1984)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1984); "La toponimia palentina prerromana y la definición del componente étnico vacceo", en González, J., (Dir.); *Historias de Palencia. Edades Antigua y Media*, Palencia, pp.54-65.

**(Montenegro, 1985)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1985); "Pueblos y tribus del Burgos prerromano", en *Historia de Burgos, I. Edad Antigua*, Burgos, pp.223-284.

**(Montenegro, 1987)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1987); "La tessera hospitalis del año 134 d.C. hallada en Montealegre y el municipio romano de Cauca", *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, I, Palencia, pp.517-524.

**(Montenegro, 1994)**

- MONTENEGRO DUQUE, A., (1994); "Onomástica precelta y herencia étnica de los antiguos vacceos", *Hispania Antiqua*, 18, pp.33-64.

**(Montenegro et alii, 1989)**

- MONTENEGRO, A., BLÁZQUEZ, J.M<sup>a</sup>., RUIZ MATA, D., GARCÍA CANO, J.M<sup>a</sup>., INIESTA, A., FATÁS, G., SALINAS, M., PASTOR, M., (1989); *Historia de España*, 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos, Madrid.

**(Montero, 1995-96)**

- MONTERO BARRIENTOS, D., (1995-96); "El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón", *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, pp.311-330.

**(Montero Vítors, 1991)**

- MONTERO VÍTORES, J. (1991); *Carpetanos y vettones en la Hispania de Ptolomeo. Ciudades y vías romanas de Carpetania y Vettonia en época altoimperial*, Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.

**(Montes/Rivera, 1990)**

- MONTES BERNÁRDEZ, R., RIVERA NÚÑEZ, D., (1990); "La cebada y la vid, la cerveza y el vino en la España del Ier milenio a.C.", *Verdolay*, 2, pp.67-69.

**(Monteverde, 1947)**

- MONTEVERDE, J.L., (1947); "Notas sobre el tesorillo de Palenzuela", *Archivo Español de Arqueología*, 20, pp.61-68.

**(Monteverde, 1949)**

- MONTEVERDE, J.L., (1949); "El tesorillo ibérico de Roa", *Archivo Español de Arqueología*, 77, pp.377-380.

**(Montoya, 1984)**

- MONTOYA, J.M., (1984); *Pastoralismo mediterráneo*, Madrid.

**(Morales/Liesau, 1995)**

- MORALES MUÑIZ, A., LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., (1995); "Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (provincia de Valladolid) durante la Edad del Hierro", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., y Morales Muñoz, A., (Eds.); *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp.455-514.

**(Morales et alii, 1994)**

- MORALES MUÑIZ, A., CEREIJO, M.A., BRÄNNSTRÖM, P. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C., (1994); "The mammals", en Roselló, E., y Morales, A., (Eds.), *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz*, B.A.R., 593, Oxford, pp.37-69.

**(Morales Hernández/Ramírez, 1995)**

- MORALES HERNÁNDEZ, F., RAMÍREZ SÁNCHEZ, M.E., (1995); "Signos de una temprana iberización en el alto Duero", *Actas XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo, 1993)*, Vigo, II, pp.241-246.

**(Morán, 1924)**

- MORÁN BARDÓN, C., (1924); "Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila; El Tejado y Puente del Congosto, Salamanca). Memoria de los trabajos realizados en 1923", *Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, nº 5, 65, Madrid.

**(Morán, 1946)**

- MORÁN BARDÓN, C., (1946); *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, Salamanca.

**(Morán, 1953)**

- MORÁN BARDÓN, C., (1953); "Antiguas vías de comunicación en Salamanca", *Revista de Obras Públicas*, 2828.

**(Morán Cabré, 1977)**

- MORÁN CABRÉ, J., (1977); "La exponencia femenina y la signografía ofídica en broches de cinturón del hierro hispánico", *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp.611-614.

**(Morel, 1985)**

- MOREL, J.P., (1985); "La céramique campanienne en Gaule interne", en Bonnamour, L., Duval, A., y Guillaumet, J.P., (Eds.), *Les Ages du Fer dans la Vallée de la Saône. Paléométtallurgie du Bronze*, París, pp.181-187.

**(Moreno Arrastio, 1990)**

- MORENO ARRASTIO, F.J., (1990); "Notas sobre el contexto de Arroyo Manzana (Las Herencias, Toledo)", *Actas I Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo, pp.227-308.

**(Moreno Arrastio, 1995a)**

- MORENO ARRASTIO, F.J., (1995a); "Las influencias orientalizantes durante el Hierro Antiguo en la Meseta", *Hispania Antiqua*, 19, pp.469-483.

**(Moreno Arrastio, 1995b)**

- MORENO ARRASTIO, F.J., (1995b); "La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo)", *Gerion*, 13, pp.275-294.

**(Moreno Muñoz, 1994)**

- MORENO MUÑO, R., (1994); "Los moluscos", Roselló, E., y Morales, A., (Eds.), *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz*, B.A.R., 593, Oxford, pp.143-182.

**(Morère, 1991)**

- MORÈRE MOLINERO, N., (1991); "L'exploitation romaine du sel dans la région de Sigüenza", en *Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich. Gerion, Anejos III*, Madrid, pp.223-235.

**(Morère, 1994)**

- MORÈRE MOLINERO, N., (1994); "La sal en la Península Ibérica. Los testimonios literarios antiguos", *Hispania Antiqua*, 18, pp.235-250.

**(Moret, 1991)**

- MORET, P., (1991); "Les fortifications de l'Age du Fer dans la Meseta Espagnole: origine et diffusion des techniques de construction", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 27 (1), pp.5-42.

**(Morgan, 1971)**

- MORGAN, L.H., (1971); *La sociedad primitiva*, Madrid, (2ª edic.).

**(Moure/Ortega, 1981a)**

- MOURE ROMANILLOS, J.A., ORTEGA MATEOS, L., (1981a); "Nuevos hallazgos de cajitas celtibéricas en la provincia de Palencia", *Numantia*, 1, pp.185-192.

**(Moure/Ortega, 1981b)**

- MOURE ROMANILLOS, J.A., ORTEGA MATEOS, L., (1981b); "Fíbulas con esquema de la Tène procedentes de Paredes de Nava (Palencia)", *Numantia*, 1, pp.133-146.

**(Multhauf, 1978)**

- MULTHAUF, R.P., (1978); *Neptune's Gift. A History of common Salt*, Baltimore.

**(Muñiz, 1978)**

- MUÑIZ COELLO, J., (1978); "Sobre el abastecimiento al ejército romano durante la conquista de Hispania", *Habis*, 9, pp.243-254.

**(Muñiz, 1994)**

- MUÑIZ COELLO, J., (1994); "Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica", en Sáez, P. y Ordóñez, S. (Eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, pp.283-296.

**(Muñiz, 1995)**

- MUÑIZ COELLO, J., (1995); "Guerra y paz en la España céltica. Clientes y hospites a la luz de las fuentes literarias", *Hispania Antiqua*, 19, pp.15-36.

**(Muñoz García, 1953)**

- MUÑOZ GARCÍA, J., (1953); "El Jano de Candelario", *Zephyrus*, 6, pp.69-73.

**(Muñoz Jiménez, 1977)**

- MUÑOZ JIMÉNEZ, J., (1977); "Toledo", en Martínez de Pisón, E., (Dir.), *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, pp.105-174.

**(Muñoz Zamora, 1988)**

- MUÑOZ ZAMORA, M., (Coord.), (1988); *Análisis del medio físico. Delimitación de unidades y estructura territorial*. Valladolid, Valladolid.

**(Murillo, 1975)**

- MURILLO, M., (1975); "Tres castros prehistóricos en Cáceres", *Actas XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza.

**(Nash, 1976)**

- NASH, D., (1976); "The growth of urban society in France", en Cunliffe, B. y Rowley, T., (Eds.), *Oppida. The beginning of Urbanisation in Barbarian Europe*, B.A.R., 11, Oxford, pp.95-133.

**(Nash, 1978a)**

- NASH, D., (1978a); "Territory and state formation in Central Gaul", en Greene, D., Haselgrove, C., y Spriggs, M., (Eds.), *Social Organization and Settlement*, B.A.R., Oxford, pp.455-475.

**(Nash, 1978b)**

- NASH, D., (1978b); *Settlement and Coinage in Central Gaul c. 200-50 B.C.*, B.A.R., 39, Oxford.

**(Nash, 1981)**

- NASH, D., (1981); "Coinage and State development in central Gaul", en Cunliffe, B., (Ed.), *Coinage and Society in Britain and Gaul*, Londres, pp.10-17.

**(Nash, 1985)**



- NASH, D., (1985); "Celtic territorial expansion and the Mediterranean world", en Champion, T.C., y Megaw, J.V., (Eds.), *Settlements and Society. Aspects of West-European Prehistory in the First Millennium B.C.*, Leicester, pp.45-67.

**(Nash, 1986)**

- NASH, D., (1986); "Celtic coinage in western and central Europe", en Price, M., Besly, E., MacDowell, D., Jones, M., and Oddy, M., (Eds.); *A Survey of Numismatic Research 1978-1984*, International Association of Professional Numismatics, Londres, pp.61-76.

**(Nash, 1987)**

- NASH, D., (1987); "Imperial expansion under the Roman Republic", en Rowlands, M. et alii, (Eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, pp.87-103.

**(Nash, 1995)**

- NASH, D., (1995); "Coinage", en Green, M., (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.244-253.

**(Navarro, 1928)**

- NAVARRO, J. de, (1928); "Massalia and Early Celtic culture", *Antiquity*, 2, pp.423-441.

**(Navascués, 1950)**

- NAVASCUÉS, J.M<sup>a</sup>.de, (1950); "Algunas consideraciones sobre los nombres de divinidades del Oeste peninsular", *Miscelanea de Filología, Literatura e Historia cultural á Memoria de F.G. Coelho*, II, Lisboa, pp.178-191.

**(Needham, 1993)**

- NEEDHAM, S., (1993); "Displacement and exchange in archaeological methodology", en Scarre, C., y Frances, H., (Eds.), *Trade and exchange in Prehistoric Europe*, Oxford, pp.161-169.

**(Negueruela, 1979-80)**

- NEGUERUELA MARTÍNEZ, I., (1979-80); "Sobre la cerámica de engobe rojo en España", *Habis*, 10-11, pp.335-359.

**(Negueruela, 1990-91)**

- NEGUERUELA MARTÍNEZ, I., (1990-91); "Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el s.V a.C.", *Lucentum*, 9-10, pp.77-83.

**(Nenquin, 1961)**

- NENQUIN, J., (1961); *Salt: a study in economic Prehistory*, Brujas.

**(Nicolini, 1990)**

- NICOLINI, G., (1990); *Techniques des ors antiques. La bijouterie iberique du VII au IV siècle*, París.

**(Nieto, 1941)**

- NIETO GALLO, G., (1941); "Excavaciones en Paredes de Nava (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 7, p.221.

**(Nieto, 1943)**

- NIETO GALLO, G., (1943); "El yacimiento prerromano de Paredes de Nava (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 9, pp.181-190.

**(Nieto, 1943-44)**

- NIETO GALLO, G., (1943-44); "La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia). Cuarta campaña de excavaciones", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 10, pp.165-175.

(Nieto, 1947)

- NIETO GALLO, G., (1947); "La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)", *III Congreso arqueológico del Sudeste español*, Murcia, pp.176-183.

(Nieto, 1962)

- NIETO GALLO, G., (1962); "Cajas de barro célticas con decoración excisa", *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, pp.659-664.

(Nieto, 1970)

- NIETO GALLO, G., (1970); "Una sepultura del Cabecico del Tesoro con braserillo ritual", *Archivo Español de Arqueología*, 43, pp.62-89.

(Noché, 1973)

- NOCHÉ, A., (1973); "De la notion d'oppidum dans les cités gauloises", *Ogam*, 22 (5), pp.45-48.

(Nuño/Moreda, 1990)

- NUÑO, J. y MOREDA, J., (1990); "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de El Pradillo, Pinilla Trasmonte (Burgos)", en Burillo, F., (Coor.), *II Simposio sobre los Celtíberos: Necrópolis celtibéricas* (Daroca, 1988), Zaragoza, pp.171-183.

(Oates, 1993)

- OATES, J., (Ed.); *Ancient Trade: New Perspectives. World Archaeology*, 24 (3). Londres.

(Obermayr, 1971)

- OBERMAYR, A., (1971); *Kelten und Römer am Magdalensberg*, Viena.

(Olausson, 1988)

- OLAUSSON, D., (1988); "Dots on map. Thoughts about the way archaeologist study prehistoric trade and exchange", en Hard, B. et alii (Eds.), *Trade and exchange in Prehistory: Studies in honor of Berta Stjernquist*, Lund, pp.13-35.

(Olivier, 1988)

- OLIVIER, L., (1988); "Le tumulus à tombe à char de Marainville-sur-Madon (Vosges). Premiers résultats", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.271-301.

(del Olmo, 1996)

- OLMO MARTÍN, J., (1996); "Arqueología aérea en la Dehesa de Morales", *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 6, pp.57-74.

(del Olmo/San Miguel, 1993)

- OLMO MARTÍN, J. del, SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1993); "Arqueología aérea en asentamientos vacceos", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.507-528.

(Olmos, 1985)

- OLMOS ROMERA, R., (1985); "Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y los bronce griegos de España: una primera aproximación al problema de la helenización", en *Cerámiques gregues y hellenistiques a la Península Ibèrica (Ampurias)*, Barcelona, pp.7-22.

**(Olmos/Fernández Miranda, 1986)**

- OLMOS ROMERA, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M., (1986); "El timiaterio de Albacete", *Archivo Español de Arqueología*, 60, pp.211-219.

**(Olmos/Picazo, 1979)**

- OLMOS ROMERA, R., PICAZO, M., (1979); "Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel", *Madriider Mitteilungen*, 20, pp.184-199.

**(Olmos/Sánchez, 1995)**

- OLMOS ROMERA, R. y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., (1995); "Usos e ideologías del vino en las imágenes de la Hispania Prerromana", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.105-136.

**(Ongil, 1986-87)**

- ONGIL VALENTÍN, M<sup>a</sup>.I., (1986-87); "Los poblados de ribero. Análisis territorial", *Zephyrus*, 39-40, pp.321-328.

**(Ongil, 1987)**

- ONGIL VALENTÍN, M<sup>a</sup>.I., (1987); "Aportaciones al estudio de la protohistoria extremeña", en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén, pp.327-335.

**(Ongil, 1988)**

- ONGIL VALENTÍN, M<sup>a</sup>.I., (1988); "Excavaciones en el poblado prerromano de Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres)", *Extremadura Arqueológica*, 1.

**(Ongil/Sauceda, 1986)**

- ONGIL VALENTÍN, M<sup>a</sup>.I., SAUCEDA PIZARRO, M<sup>a</sup>.I., (1986); "Vías naturales de comunicación y asentamientos en el sur de Cáceres durante la Protohistoria", *Norba*, 7, pp.155-161.

**(Orejas, 1995-96)**

- OREJAS, A., (1995-96); "Territorio, análisis territorial y arqueología del paisaje", *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, pp.61-68.

**(D´Ors, 1948)**

- D´ORS, A., (1948); "Una nueva tabla emeritense de hospitium publicum", *Emerita*, 16, pp.46-74.

**(Ortega Martínez/Martín, 1986)**

- ORTEGA MARTÍNEZ, A.I., MARTÍN MERINO, M.A., (1986); "La arqueología del karst de Ojo Guareña", en Grupo Espeleológico Edelweiss, *Ojo Guareña. Mdad. de Sotoscueva, Burgos. Kaite, Estudios de Espeleología burgalesa*, 4-5, pp.331-389.

**(Ortega Mateos, 1982)**

- ORTEGA MATEOS, M<sup>a</sup>.L., (1982); "Cajita excisa procedente de Carrión de los Condes (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 48, pp.93-97.

**(Ortego, 1969)**

- ORTEGO Y FRÍAS, T., (1969); "Un poblado celtibérico en Fuentes Grandes de Gormaz (Soria)", *Archivo Español de Arqueología*, 119, pp.46-55.

**(Ortiz, 1986)**

- ORTIZ ROMERO, P., (1986); *Introducción a una historia de la arqueología en Extremadura*, Cáceres.

**(Padró/Sanmartí, 1992)**

- PADRÓ PARCERISA, J. y SANMARTÍ GRECÓ, E., (1992); "Áreas geográficas de las etnias prerromanas de Cataluña", en Almagro Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.185-194.

**(Palol, 1955-56)**

- PALOL SALELLAS, P. de, (1955-56); "Pasadores en T iberorromanos en la Península Ibérica", *Ampurias*, 17-18, pp.97-110.

**(Palol, 1958)**

- PALOL SALELLAS, P. de, (1958); "Las excavaciones del poblado céltico de El Soto de Medinilla", *Boletín de la Sociedad Española de Archivos y Arqueología*, 24, pp.182-185.

**(Palol, 1961)**

- PALOL SALELLAS, P. de, (1961); "Nuevos datos para el estudio de la Edad de Hierro en la cuenca media del Duero: las excavaciones del poblado del Soto de Medinilla", *Bericht, über den V Internationalen Kongress für vord-und Frühgeschichte*, (Hamburgo, 1958), Berlín, pp.645-648.

**(Palol, 1963)**

- PALOL SALELLAS, P. de, (1963); "Dos pendientes de oro, celtibéricos, hallados en Paredes de Nava (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y de Arqueología*, 29, pp.239-246.

**(Palol, 1973)**

- PALOL SALELLAS, P. de, (1973); "El Soto de Medinilla. Archäologische Einführung zu den botanischen untersuchungen", *Madridrer Mitteilungen*, 14, pp.127-132.

**(Palol/Wattenberg, 1974)**

- PALOL SALELLAS, P. de, WATTENBERG SANPERE, F., (1974); *Carta arqueológica de España*. Valladolid, Valladolid.

**(Pallottino, 1992)**

- PALLOTTINO, M., (Com.), (1992); *Les Etrusques et l'Europe*, Paris.

**(Pare, 1991)**

- PARE, C.F.E., (1991); "Fürstensitze, Celts and the Mediterranean World: developments in the West Hallstatt Culture in the VIth and Vth centuries B.C.", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 57, pp.183-202.

**(Pare, 1993a)**

- PARE, C.F.E., (1993a); "L'est de la France, L'Allemagne et la Méditerranée aux VIe et Ve siècles av.J.C.", en *Fonctionnement social de L'Âge du Fer. Actes de la Table Ronde de Lons-le-Saunier (1990)*, Lons-le-Saunier, pp.97-104.

**(Pare, 1993b)**

- PARE, C.F.E., (1993b); *Wagons and Wagons Graves of the Early Iron Age in Central Europe*, Oxford.

**(Paredes Guillén, 1888)**

- PAREDES GUILLÉN, V., (1888); *Historia de los framontanos celtibéricos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, Plasencia.

**(Paredes Guillén, 1902)**

- PAREDES GUILLÉN, V., (1902); "Esculturas protohistóricas de la Península Ibérica", *Revista de Extremadura*, 4, pp.354-360.

**(Parker Pearson, 1989)**

- PARKER PEARSON, M., (1989); "Beyond the pale: barbarian social dynamics in western Europe", en Barret, J.C., Fitzpatrick, A.P., y Macinnes, L., (Eds.), *Barbarians and Romans in North-West Europe*, B.A.R., 471, Oxford, pp.198-226.

**(Pastor, 1980)**

- PASTOR MUÑOZ, M., (1980); "Datos para el estudio de las relaciones comerciales entre los pueblos indígenas del área meridional y septentrional de la Península Ibérica", *Memorias de Historia Antigua*, 10, pp.167-177.

**(Pastor de Togneri, 1986)**

- PASTOR DE TOGNERI, R., (1986); "La lana en Castilla y León antes de la organización de la Mesta", en García Martín, P. y Sánchez Benito, J.M<sup>a</sup>., *Contribución a la historia de la Trashumancia en España*, Madrid, pp.363-390. (Publicado originalmente en *Moneda y Crédito*, 112, 1970, pp.47-55).

**(Pauli, 1974)**

- PAULI, L., (1974); "Der goldene Steig: Wirtschaftsgeographisch-archäologische Untersuchungen im östlichen Mitteleuropa", en Kossak, G. y Ulbert, G., (Eds.), *Studien zur vor-und frühgeschichtlichen Archäologie*, Munich, pp.115-139.

**(Pauli, 1978)**

- PAULI, L., (1978); *Der Dürrnberg bei Hallein, III*, Munich.

**(Pauli, 1985)**

- PAULI, L., (1985); "Early Celtic society: two centuries of wealth and turmoil in Central Europe", en Champion, T.C., y Megaw, J.V., (Eds.), *Settlements and Society. Aspects of West-European Prehistory in the First Millennium B.C.*, Leicester, pp.23-44.

**(Paynter, 1981)**

- PAYNTER, R., (1981); "Social complexity in Peripheries: problems and models", en Van der Leeuw, S.E., (Ed.), *Archaeological approaches to the study of complexity*, Londres, pp.117-134.

**(Peacock, 1971)**

- PEACOCK, D.P.S., (1971); "Roman amphorae in Pre-Roman Britain", en Hill, D., y Jesson, M., (Eds.), *The Iron Age and its Hillforts*, Southampton, pp.161-188.

**(Pédech, 1964)**

- PÉDECH, P., (1964); *La méthode historique de Polybe*, París.

**(Pellicer, 1961)**

- PELLICER CATALÁN, M., (1961), "Un enterramiento post-hallstático en Granada", *Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología* (Oviedo, 1959), Zaragoza, pp.154-157.

**(Pellicer Bru, 1993)**

- PELLICER BRU, J., (1993); "Volúmenes y pesos pre-romanos de la Península Ibérica. Sobre el epígrafe del cuenco de La Granjuela", *Numisma*, 232, pp.61-90.

**(Pellicer Bru, 1995)**

- PELLICER BRU, J., (1995); "Monedas con epígrafe celtibero *Tamusia-Tanusia* y la tésera latina con inscripción *Taimuciensis-car*", *Gaceta Numismática*, 119, pp.67-76.

**(Peralta, 1990)**

- PERALTA LABRADOR, E., (1990); "Las cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua", *El Basilisco*, 3, pp.49-60.

**(Peralta, 1994)**

- PERALTA LABRADOR, E., (1994); "La tésera cántabra de Monte Cildá (Olleros del Pisuerga, Palencia)", *Complutum*, 4, pp.223-226.

**(Perea, 1991)**

- PEREA CAVEA, A., (1991); *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Madrid.

**(Perea/Sánchez-Palencia, 1995)**

- PEREA CAVEA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J., (1995); *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*, Oviedo.

**(Pereira, 1992)**

- PEREIRA MENAUT, G., (1992); "Aproximación crítica al estudio de etnogénesis: la experiencia de *Callaecia*", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G., (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.35-43.

**(Pereira, 1994a)**

- PEREIRA MENAUT, G., (1994a); "Cognatio Magilanicum. A propósito de la investigación sobre las sociedades indígenas del norte de *Hispania*", en González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C./Santos Yanguas, J., (Eds.); *Revisiones de Historia Antigua, I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz, pp.104-116.

**(Pereira, 1994b)**

- PEREIRA MENAUT, G., (1994b); "Cognatio Magilanicum. Una forma de organización indígena de la Hispania indoeuropea", en J. Untermann y F. Villar (Eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre las Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Colonia, 1989), Salamanca, pp.411-424.

**(Pereira/Santos, 1980)**

- PEREIRA MENAUT, G. y SANTOS YANGUAS, J., (1980); "Sobre la romanización del noroeste de la Península Ibérica: las inscripciones con mención al origo personal", *Actas del I Seminario de Arqueología del Noroeste Peninsular. Revista de Guimarães*, III, Guimarães, pp.117-137.

**(Pereira Sieso, 1987)**

- PEREIRA SIESO, J., (1987); "Los objetos de hierro más antiguos de la provincia de Toledo", *Carpetania*, 1, pp.247-251.

**(Pereira Sieso, 1988a)**

- PEREIRA SIESO, J., (1988a); *La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos IV y III a.C. Cuenca del Guadalquivir*, Madrid. Universidad Complutense, Colección Tesis Doctorales 406/88, 2 vols.

**(Pereira Sieso, 1988b)**

- PEREIRA SIESO, J., (1988b); "La cerámica pintada de la cuenca del Guadalquivir. I, Propuesta de clasificación", *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp.143-173.

**(Pereira Sieso, 1989a)**

- PEREIRA SIESO, J., (1989a); "La cerámica pintada de la cuenca del Guadalquivir. II, Conclusiones" *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp.149-159.

**(Pereira Sieso, 1989b)**

- PEREIRA SIESO, J., (1989b); "Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de La Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)", en Aubet, M<sup>a</sup>.E., (Ed.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp.395-409.

**(Pereira Sieso/de Alvaro, 1986)**

- PEREIRA SIESO, J., DE ALVARO REGUERA, E., (1986); "Aportes orientalizantes en el valle del Tajo. Una tumba de transición Bronce-Hierro: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)", *Revista de Arqueología*, 62, pp.29-38.

**(Pereira Sieso/de Alvaro, 1988)**

- PEREIRA SIESO, J., DE ALVARO REGUERA, E., (1988); "Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III, Pueblos y culturas Prehistóricas y Protohistóricas*, Toledo, pp.279-289.

**(Pereira Sieso/de Alvaro, 1990)**

- PEREIRA SIESO, J., DE ALVARO REGUERA, E., (1990); "El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvís de la Jara (Toledo)", *Actas I Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, Toledo, pp.217-234.

**(Pereira Sieso/Sánchez, 1988)**

- PEREIRA SIESO, J. y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., (1988); "Imitaciones ibéricas de vasos áticos en Andalucía", en *Cerámiques gregues i helenístiques a la Península Ibérica. Monografies Emporitanes*, 7, Barcelona, pp.87-100.

**(Pérez Almoguera/Prieto, 1979)**

- PÉREZ ALMOGUERA, A., y PRIETO ARCINIEGA, A., (1979); "Aspectos de los movimientos de población en la provincia romana de la Bética", *Memorias de Historia Antigua*, 3, pp.239-258.

**(Pérez Casas, 1988)**

- PÉREZ CASAS, J.A., (1988); "La economía", en Burillo, F. et alii (Eds.), *Celtíberos*, Zaragoza, pp.139-144.

**(Pérez Figueras et alii, 1992)**

- PÉREZ FIGUERAS, C., TERÉS LANDETA, F.J., VALERO SÁEZ, A. y BARRIOS MONTENEGRO, J.C., (1992); *Cuadernos de la Trashumancia*, 1. *Sierra de Gredos*. ICONA, Madrid.

**(Pérez González, 1983)**

- PÉREZ GONZÁLEZ, C., (1983); "Cajitas celtibéricas de la provincia de Palencia. Aportaciones, síntesis y localización", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 48, pp.5-27.

**(Pérez González/Illarregui, 1989)**

- PÉREZ GONZÁLEZ, C., ILLARREGUI, E., (1989); "Las llamadas cajitas celtibéricas", *Revista SEK*, pp.55-61.

**(Pérez González/Illarregui, 1990)**

- PÉREZ GONZÁLEZ, C., ILLARREGUI, E., (1990); "Las llamadas cajitas celtibéricas de época romana de Villabermudo", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, vol.II, Palencia, pp.297-317.

**(Pérez Mencía, 1994-95)**

- PÉREZ MENCIA, E., (1994-95); "Brigecio", *Brigecio. Revista de Estudios de Benavente y sus tierras*, 4-5, pp.75-97.

**(Pérez Rodríguez, 1990)**

- PÉREZ RODRÍGUEZ, F., (1990); "Nuevas investigaciones en torno a la antigua ciudad de Saldaña", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (Palencia, 1989), I, Palencia, pp.275-296.

**(Pérez Vilatela, 1989a)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1989a); "Notas sobre la jafatura de Viriato en relación con la Ulterior", *Archivo de Prehistoria Levantina. Homenaje a D. Fletcher Valls*, 19, pp.191-204.

**(Pérez Vilatela, 1989b)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1989b); "Procedencia geográfica de los lusitanos de las guerras del s.II a.C. en los autores clásicos (154-139 a.C.)", *Actas VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, Madrid, pp.257-262.

**(Pérez Vilatela, 1989c)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1989c); "Itinerario de Polibio en Hispania Ulterior", *Actas VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, Madrid, pp.251-256.

**(Pérez Vilatela, 1989-90)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1989-90); "Etnias y divisiones inter-provinciales hispano-romanas en Estrabón", *Kalathos*, 9-10, pp.205-214.

**(Pérez Vilatela, 1990)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1990); "Estrabón y la división provincial de Hispania en el 27 a.C.", *Polis*, 2, pp.99-125.

**(Pérez Vilatela, 1993)**

- PÉREZ VILATELA, L., (1993); "Primitiva zona geográfica de aplicación del corónimo Iberia", *Faventia*, 15, pp.29-44.

**(Pérez Vilatela, e.p.)**

- PÉREZ VILATELA, L., (e.p.); "Aspectos de la tésera latina de Fuentes Claras (Teruel)", *Las lenguas paleohispánicas en su entorno cultural*, Curso de Verano de la Universidad Internacional Menéndez y Pidal, Valencia (Octubre, 1993).

**(Pérez de Ynestrosa, 1995)**

- PÉREZ DE YNESTROSA POZUELO, J.L., (1995); "¿Continuidad o ruptura en las necrópolis de la Edad del Hierro en la Meseta?: el ejemplo de las necrópolis tumulares?", *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Trabalhos de Antropologia e Etnologia* (Actas III), 35, 2, Porto, pp.215-230.

**(Peristiany, 1987)**

- PERISTIANY, J.G. (Comp.), (1987); *Dote y matrimonio en los países mediterráneos*, Madrid.

**(Peroni, 1979)**

- PERONI, R., (1979); "From Bronze Age to Iron Age", en Ridway, D. y Ridway, F.R., (Eds.), *Italy before the Romans*, Nueva York, pp.7-30.

**(Perrin/Bellon, 1992)**

- PERRIN, F., y BELLON, C., (1992); "Mobiliier d'origine et de filiation méditerranéennes dans la moyenne vallée du Rhône, entre Alpes et Massif Central", en Bats et alii (Eds.), *Marseille grecque et la Gaule*, Aix-en-Provence, pp.419-430.

**(Picard, 1980)**



- PICARD, G.C., (1980); "Archeologie et historie: quelques observations", *Colloque d'Histoire et Historiographie*, París, pp.485-495.

**(Piccottini, 1991)**

- PICCOTTINI, G., (1991); "La città mercato del Magdalensberg", en Moscati, S. *et alii*, (Eds.), *I Celti*, Milán, pp.550-551.

**(Piggott, 1965)**

- PIGGOTT, S., (1965); *Ancient Europe*, Chicago.

**(Piggott, 1983)**

- PIGGOTT, S., (1983); *The earliest wheeled transport. From the Atlantic coast to the Caspian Sea*, Londres.

**(Piggott, 1992)**

- PIGGOTT, S.L., (1992); *Wagon, Charriot and Carriage. Symbol and status in the History of Transport*, Londres-Nueva York.

**(Pingel, 1974)**

- PINGEL, V., (1974); "Bemerkungen zu den ritzierierten Stelen und zur beginnende Eisenzeit im Sudwesten der Iberischen Halbinseln", *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, 4, pp.1-19.

**(Piñel, 1976)**

- PIÑEL, C., (1976); "Materiales del poblado de Las Paredejas en El Cerro del Berrueco: una nueva arracada", *Zephyrus*, 26-27, pp.351-368.

**(Pitt-Rivers, 1987)**

- PITT-RIVERS, J., (1987); "Matrimonio por rapto", en Peristiany, J.G. (Ed.), *Dote y matrimonio en los países mediterráneos*, Madrid, pp.345-367.

**(Plácido, 1987-88)**

- PLÁCIDO SUÁREZ, D., (1987-88); "Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano", *Habis*, 18-19, pp.243-256.

**(Plácido, 1995-96)**

- PLÁCIDO SUÁREZ, D., (1995-96); "La imagen simbólica de la Península Ibérica en la Antigüedad", *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, pp.21-35.

**(Plácido *et alii*, 1991)**

- PLÁCIDO SUÁREZ, D., ALVAR EZQUERRA, J., GONZÁLEZ WAGNER, C., (1991); *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental*, Madrid.

**(Pleiner, 1980)**

- PLEINER, R., (1980); "Early iron metallurgy in Europe", en Wertime, T.A. y Muhly, J.D., (Eds.), *The coming of the Age of Iron*, New haven, pp.375-415.

**(Pleiner, 1981)**

- PLEINER, R., (1981); "Metallography of La Tène Period Iron implements from the Celtic oppida", en *Archaeological News in the Czechs Socialist Republic*, Praga, pp.106-107.

**(Pokorný, 1936)**

- POKORNÝ, J., (1936); "Zur Ugeschichte der Kelten und Illyrier", *Zeitschrift für Celtische Philologie*, 20, pp.315-351.

**(Pokorny, 1940)**

- POKORNY, J., (1940); "Zur Ugeschichte der Kelten und Illyrier", *Zeitschrift für Celtische Philologie*, 21, pp.55-101.

**(Polanyi, 1957)**

- POLANYI, K., (1957); "The economy as instituted process", en Polanyi, K., Arensberg, C.M. y Pearson, M.W., (Eds.), *Trade and Market in the Early Empires: Economies in History and Theory*, Chicago, pp.243-270.

**(Polanyi, 1963)**

- POLANYI, K., (1963); "Port of trade in Early societies", *Journal of Economic History*, 23, pp.30-45.

**(Polanyi, 1975)**

- POLANYI, K., (1975); "Traders and trade", en Sabloff, J.A. y Lamberg-Karlovsky, C.C., (Eds.), *Ancient Civilization and Trade*, Albuquerque, pp.133-154.

**(Polanyi et alii, 1957)**

- POLANYI, K., ARENSBERG, C.M., y PEARSON, M.W., (Eds.), (1957); *Trade and Market in the Early Empires: Economies in History and Theory*, Chicago. (Con traducción en castellano: Barcelona, 1976).

**(Portela/Jiménez, 1996)**

- PORTELA HERNANDO, D. y JIMÉNEZ RODRIGO, J.C., (1996); "Una nueva estela de guerrero. La estatua-menhir-estela de guerrero de Talavera de la Reina", *Revista de Arqueología*, 188, pp.36-43.

**(Posac, 1953)**

- POSAC, C., (1953); "Solosancho (Ávila)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 1, pp.63-67.

**(Prada, 1986)**

- PRADA JUNQUERA, M. de , (1986); "Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de mano en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp.99-142.

**(Price, 1984)**

- PRICE, B.J., (1984); "Competition, productive intensification and ranked society: speculations from evolutionary theory", en Ferguson, R.B., (Ed.), *Warfare, culture and environment*, Londres, pp.209-240.

**(Prieto, 1978)**

- PRIETO ARCINIEGA, A., (1978); "La devotio ibérica como forma de dependencia en la Hispania prerromana", *Memorias de Historia Antigua*, 2, pp.131-135.

**(Pryar, 1977)**

- PRYAR, F.L., (1977); *The origins of the economy: a comparative study of distribution in primitive and peasant economies*, Nueva York.

**(Py, 1985)**

- PY, M., (1985); "Les amphores étrusques de Gaule méridionale", en *Il commercio etrusco arcaico. Atti dell'incontro di studio (Roma, 1983)*, Roma, pp.73-94.

**(Quesada, 1989a)**

- QUESADA SANZ, F., (1989a); "Consideraciones sobre el uso del armamento ibérico para la delimitación de unidades geopolíticas", *Fronteras. Arqueología Espacial*, Teruel, 13, pp.111-120.

**(Quesada, 1989b)**

- QUESADA SANZ, F., (1989b); *Armamento, Guerra y Sociedad en la Necrópolis Ibérica de "El Cabecico del Tesoro"* (Murcia, España), (B.A.R.), I y II, Oxford.

**(Quesada, 1990a)**

- QUESADA SANZ, F., (1990a); "Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia", Burillo, F., (Ed.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp.231-240.

**(Quesada, 1990b)**

- QUESADA SANZ, F., (1990b); "La falcata ibérica: ¿un arma de origen ilirio y procedencia itálica?", *Archivo Español de Arqueología*, 63, pp.65-93.

**(Quesada, 1991)**

- QUESADA SANZ, F., (1991); "En torno al origen y procedencia de la falcata ibérica", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, pp.475-541.

**(Quesada, 1992)**

- QUESADA SANZ, F., (1992); *Arma y símbolo: la falcata ibérica*, Instituto de Cultura Gil-Albert (Dutación de Alicante), Alicante.

**(Quesada, 1993a)**

- QUESADA SANZ, F., (1993a); "Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares", en Mangas, J./Alvar, J. (Eds.), *Homenaje a J.M<sup>a</sup>. Blázquez*, vol.II, Madrid, pp.447-466.

**(Quesada, 1993b)**

- QUESADA SANZ, F., (1993b); "Soliferea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp.159-183.

**(Quesada, 1994a)**

- QUESADA SANZ, F., (1994a); "Vías de contacto entre Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado", en Vaquerizo, D., (Coord.); *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*. (Córdoba, Mayo 1993), Córdoba, pp.191-246.

**(Quesada, 1994b)**

- QUESADA SANZ, F., (1994b); "Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss.V-II a.C.)", *Verdolay*, 6, pp.99-124.

**(Quesada, 1994c)**

- QUESADA SANZ, F., (1994c); "El casco de Almaciles (Granada) y la cuestión de los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica", *Verdolay*, 4, pp.65-73.

**(Quesada, 1994d)**

- QUESADA SANZ, F., (1994d); "Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares", en *Homenaje a José M<sup>a</sup> Blázquez*, vol.II, Madrid, pp.447-466.

**(Quesada, 1995)**

- QUESADA SANZ, F., (1995); "Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.273-296.

**(Quesada, 1997a)**

- QUESADA SANZ, F., (1997a); "Aspectos de la guerra en el Mediterráneo antiguo", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.33-52.

(Quesada, 1997b)

- QUESADA SANZ, F., (1997b); "De armas de guerra a vehículos al más allá: el carro ligero", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.157-164.

(Quesada, 1997c)

- QUESADA SANZ, F., (1997c); "¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular", en *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, pp.185-194.

(Quintana, 1993)

- QUINTANA LÓPEZ, J., (1993); "Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.67-91.

(Rabanal/García, 1996)

- RABANAL ALONSO, M.A., y GARCÍA MARTÍNEZ, S.M<sup>a</sup>., (1996); "La red viaria en el noroeste hispanorromano", *Hispania Antiqua*, 20, pp.273-296.

(Raddatz, 1969)

- RADDATZ, K., (1969); *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinseln*, Madrider Forschungen, 5. Berlín.

(Ralston, 1995)

- RALSTON, I., (1995); "Fortification and defence", en Green, M., (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.59-81.

(Ramírez, 1994)

- RAMÍREZ SÁDABA, J.L., (1994); "La Baeturia céltica y los límites con Lusitania", *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991)*. *Historia Antigua*, Córdoba, pp.345-353.

(Ramos Loscertales, 1924)

- RAMOS LOSCERTALES, J.M<sup>a</sup>., (1924); "La devotio ibérica", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1, pp.7-26.

(Ramos Loscertales, 1941)

- RAMOS LOSCERTALES, J.M<sup>a</sup>., (1941); *El primer ataque de Roma contra Celtiberia. (Discurso leído en la apertura del curso académico 1941-1942. Universidad de Salamanca)*, Salamanca.

(Ramos Loscertales, 1942)

- RAMOS LOSCERTALES, J.M<sup>a</sup>., (1942); "Hospicio y clientela en la España céltica", *Emerita*, 10, pp.308-337.

(Ramseyer, 1988)

- RAMSEYER, D., (1988); "La tombe princière du Bois de Moncor (canton de Fribourg, Suisse)", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.265-269.

(Randsborg, 1986)

- RANDSBORG, K., (1986); "The study of slavery in Northern Europe. An archaeological approach", *Acta Archaeologica*, 53, pp.155-160.

(Redfield et alii, 1936)

- REDFIELD, R., LINTON, R. y HERSKOVITS, M.J., (1936); "Memorandum for the study of acculturation", *American Anthropology*, 38, pp.149-152.

**(Redondo González/del Río, 1977)**

- REDONDO GONZÁLEZ, A., y DEL RÍO LAFUENTE, I., (1977); "Cáceres", en Martínez de Pisón, E., (Dir.), *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, pp.177-248.

**(Redondo, 1984)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., (1984); "Algunas consideraciones acerca de la romanización de los vettones en el sureste cacereño", *Norba*, 5, pp.69-79.

**(Redondo, 1985)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., (1985); "Restos de una antigua ordenación social y territorial: las gentilidades vettonas en la provincia de Cáceres. Estado de la cuestión", *Norba*, 6, pp.29-41.

**(Redondo, 1986)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., (1986); "La religión grecorromana en el SE cacereño a través de sus testimonios epigráficos", *Manifestaciones religiosas en Lusitania*, Cáceres, pp.15-29.

**(Redondo, 1993)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., (1993); "Organizaciones suprafamiliares vettonas", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, pp.37-53.

**(Redondo/Esteban, 1991)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., ESTEBAN ORTEGA, J., (1991); "El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres", *Extremadura Arqueológica*, 2, pp.269-282.

**(Redondo/Esteban, 1992-93)**

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., ESTEBAN ORTEGA, J., (1992-93); "El hábitat rural indígena en la provincia de Cáceres: problemática de su estudio", *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, pp.161-176.

**(Remesal, 1983)**

- REMESAL, J., (1983); "Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo antiguo", *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, III, Roma, pp.837-845.

**(Renfrew, 1969)**

- RENFREW, C., (1969); "Trade and culture process in European Prehistory", *Current Anthropology*, 10 (2-3), pp.151-160.

**(Renfrew, 1973)**

- RENFREW, C., (1973); *The explanation of Cultural Change. Models in Prehistory*, Londres.

**(Renfrew, 1975)**

- RENFREW, C., (1975); "Trade as action in distance", en Sabloff, J.A. y Lamberg-Karlovsky, C.C., (Eds.), *Ancient Civilization and Trade*, Albuquerque, pp.3-59.

**(Renfrew, 1982a)**

- RENFREW, C., (1982a); "Socio-economic change in ranked societies", en Renfrew, C. y Shennan, S., (Eds.), *Ranking, Resource and Exchange: aspects of the Archaeology of Early European Societies*, Cambridge, pp.1-8.

**(Renfrew, 1982b)**

- RENFREW, C., (1982b); "Policy and power: interaction, intensification and exploitation", en Renfrew, C. y Wangstaff, M., (Eds.), *An Island Polity: the Archaeological of Exploitation in Melos*, Cambridge, pp.264-290.

**(Renfrew, 1986)**

- RENFREW, C., (1986); "Introduction: peer polity interaction and sociopolitical change", en Renfrew, C. y Cherry, J.F., (Eds.), *Peer Polity Interaction and socio-political Change*, Cambridge, pp.1-18.

**(Renfrew, 1990)**

- RENFREW, C., (1990); *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona.

**(Renfrew/Shennan, 1982)**

- RENFREW, C., y SHENNAN, S., (Eds.), (1982); *Ranking, Resource and Exchange: aspects of the Archaeology of Early European Societies*, Cambridge.

**(Renfrew/Cherry, 1986)**

- RENFREW, C., y CHERRY, J.F., (Eds.), (1986); *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*, Cambridge.

**(Reverte, 1996)**

- REVERTE COMA, J.M., (1996); "Análisis antropológico y paleopatológico de cada una de las tumbas de la necrópolis de El Mercadillo", en Hernández Hernández, F. y Galán Domingo, E., *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres). Extremadura Arqueológica VI*, Badajoz, Apéndice I, pp.135-147

**(Ribagorda, 1988)**

- RIBAGORDA SERRANO, M., (1988); "Los lusitanos y el Estrecho en época de Sertorio", *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar (Ceuta, Noviembre 1987)*, Madrid, vol.I, pp.757-761.

**(Richardson, 1986)**

- RICHARDSON, J.S., (1986); *Hispaniae. Spain and the development of Roman imperialism, 218-82 B.C.*, Cambridge.

**(Rivera, 1949)**

- RIVERA MANESCAU, S., (1949); "Unos fragmentos posthallstáticos del cenital de Simancas", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 25, pp.71-79.

**(Rivera, 1954-55)**

- RIVERA MANESCAU, S., (1954-55); "Inventario Nacional de sitios arqueológicos. VII. Hispano-romano: Torrelobatón (Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispano*, 3-4, p.215, nº1.091.

**(Rivero, 1972-73a)**

- RIVERO DE LA HIGUERA, M.C., (1972-73a); "Materiales inéditos de la cueva de Boquique", *Zephyrus*, 23-24.

**(Rivero, 1972-73b)**

- RIVERO DE LA HIGUERA, M.C., (1972-73b); "Nuevas estaciones de pintura rupestre esquemática de Extremadura", *Zephyrus*, 23-24.

**(Rivero, 1974)**

- RIVERO DE LA HIGUERA, M.C., (1974); "Cerámicas ibéricas decoradas del castro de la Plaza del Tercio (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)", *Zephyrus*, 25, pp.351-379.

**(Rodrigo/Haba, 1992)**

- RODRIGO LÓPEZ, V., HABA QUIRÓS, S., (1992); "Aguas medicinales y culto a las aguas en Extremadura", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Hª Antigua*, 5, pp.351-382.

**(Rodríguez Adrados, 1946)**

- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., (1946); "La fides ibérica", *Emerita*, 14, pp.128-209.

**(Rodríguez Adrados, 1950)**

- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., (1950); "Las rivalidades de las tribus del noreste español y la conquista romana", en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, I, Madrid, pp.563-587.

**(Rodríguez Alcalde/Chapa, 1993)**

- RODRÍGUEZ ALCALDE, J. y CHAPA BRUNET, T., (1993); "Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la figura del carnassier en la religión ibérica", *Complutum*, 4, pp.169-174.

**(Rodríguez Almeida, 1955)**

- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E., (1955); "Contribución al estudio de los castros abulenses", *Zephyrus*, 6, pp.257-274.

**(Rodríguez Almeida, 1981)**

- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E., (1981); *Ávila romana*, Ávila.

**(Rodríguez Álvarez, 1994)**

- RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, P., (1994); "Los términos gens y gentilitas en los escritores latinos", en González Rodríguez, Mª.C./Santos Yanguas, J., (1994); *Revisiones de Historia Antigua, I. Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz, pp.67-71.

**(Rodríguez Álvarez, 1996)**

- RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, P., (1996); *Gens. Una forma de agrupación antigua mal conocida*, Vitoria.

**(Rodríguez Becerra, 1993)**

- RODRÍGUEZ BECERRA, S. (Coor.), (1993); *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura. Actas del Simposio (Sevilla, Septiembre 1992)*, Mérida.

**(Rodríguez Díaz, 1990)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1990); "Continuidad y ruptura durante la Segunda Edad del Hierro", *La cultura tartésica y Extremadura*, Mérida, pp.127-162.

**(Rodríguez Díaz, 1994)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1994); "El valle medio del Guadiana, Espacio de Frontera, en la Protohistoria del Suroeste (I)", *Saguntum*, 27, pp.107-124.

**(Rodríguez Díaz, 1995a)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1995a); "El valle medio del Guadiana, Espacio de Frontera, en la Protohistoria del Suroeste (II)", *Saguntum*, 28, pp.111-130.

**(Rodríguez Díaz, 1995b)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1995b); "Extremadura Prerromana", *Extremadura Arqueológica IV. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos*, pp.91-121.

**(Rodríguez Díaz, 1995c)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., (1995c); "Territorio y etnias prerromanas en el Guadiana Medio: aproximación arqueológica a la Beturia Túrdula", *Celtas y Túrdulos: la Beturia, Cuadernos Emeritenses*, nº 9, Mérida, pp.205- 253.

**(Rodríguez Díaz/Enríquez, 1992)**

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J., (1992); "Necrópolis protohistóricas en Extremadura", en *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid, pp.531-562.

**(Roldán, 1965)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1965); "Las lápidas votivas de Baños de Montemayor", *Zephyrus*, 16, pp.23-50.

**(Roldán, 1968-69)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1968-69); "Fuentes antiguas para el estudio de los vettones", *Zephyrus*, 19-20, pp.73-106.

**(Roldán, 1971)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1971); *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*, Salamanca.

**(Roldán, 1975)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1975); *Itineraria hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, Madrid.

**(Roldán, 1993)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1993); *Los hispanos en el ejército romano de época republicana*, Salamanca.

**(Roldán, 1995)**

- ROLDÁN HERVÁS, J.M., (1995); "Zamora: conquista e integración administrativa", en *Historia de Zamora. Tomo I. De los Orígenes al final del Medievo*, Zamora, pp.191-265.

**(Rolley, 1992)**

- ROLLEY, C., (1992); "Le rôle de la voie rhodanienne dans le relations de la Gaule et de la Méditerranée (VIIe-Ve avant J.C.)", en Bats, M., et alii, *Marseille grecque et la Gaulle*, Aix-en-Provence, pp.411-418.

**(Rolley, 1995)**

- ROLLEY, C., (1995); "Production et circulation des vases de bronze, de la Grande Grèce à l'Europe hallstattienne", *Ocnus*, 5, pp.163-178.

**(Romero, 1976)**

- ROMERO CARNICERO, F., (1976); *Las cerámicas policromas de Numancia*, Valladolid.

**(Romero, 1980)**

- ROMERO CARNICERO, F., (1980); "Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 46, pp.137-153.

**(Romero, 1985)**

- ROMERO CARNICERO, F., (1985); "La Primera Edad de Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio", en Valdeón, J. (dir.), *Historia de Castilla y León*, vol.I, cap.V, Valladolid, pp.82-103.

**(Romero, 1992)**



- ROMERO CARNICERO, F., (1992); "Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro", en Baez Mezquita, J. (Coord.), *Arquitectura popular en Castilla y León. Bases para su estudio*, Valladolid, pp.175-211.

**(Romero, 1992b)**

- ROMERO CARNICERO, F., (1992b); "Las cerámicas numantinas: las cerámicas con decoración policroma", *Arevacon*, 17, pp.13-20.

**(Romero/Elorza, 1990)**

- ROMERO CARNICERO, F. y ELORZA GUINEA, J.C., (1990); "Nueva tésera celtiberica de la provincia de Burgos", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 56, pp.189-204.

**(Romero/Jimeno, 1993)**

- ROMERO CARNICERO, F., JIMENO MARTÍNEZ, A., (1993); "El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro", en Almagro Gorbea, M., (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.175-222.

**(Romero/Ramírez, 1996)**

- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M<sup>a</sup>L., (1996); "La Cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro", *Complutum Extra. Homenaje a Manuel Fernández Miranda*, 6 (I), pp.313-326.

**(Romero/Sanz, 1992)**

- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C., (1992); "Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital: iconografía, cronología y dispersión geográfica", *II Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías*. (Soria, 1989), Soria, pp.453-471.

**(Romero et alii, 1993)**

- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z., (Eds.), (1993); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid.

**(Romero et alii, 1993a)**

- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z., (Eds.), (1993a); "Introducción: una visión renovada de la arqueología vaccea", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., y Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp. 9-20.

**(Romero Carnicero et alii, 1993)**

- ROMERO CARNICERO, M<sup>a</sup>.V., ROMERO CARNICERO, F., MARCOS CONTRERAS, G.J., (1993); "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.223-261.

**(Roos, 1982)**

- ROOS, A.M., (1982); "Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica", *Ampurias*, 44, pp.43-70.

**(Roselló/Morales, 1994)**

- ROSELLÓ, E., y MORALES MUÑIZ, A., (1994); "The fishes", en Roselló, E., y Morales, A., (Eds.), *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz*, B.A.R., 593, Oxford, pp.91-142.

**(Roso de Luna, 1901)**

- ROSO DE LUNA, M., (1901); "Poblaciones celto-lusitanas o citanias cacereñas", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 28.

**(Roso de Luna, 1902)**

- ROSO DE LUNA, M., (1902); "Excavaciones en la Sierra de Sta. Cruz", *Revista de Extremadura*, pp.253-259.

**(Roso de Luna, 1904)**

- ROSO DE LUNA, M., (1904); "Sobre las citanias extremeñas", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 45, pp.507-510.

**(Rouillard, 1991)**

- ROUILLARD, P., (1991); *Les grecs et la Peninsule Ibérique. Du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, París.

**(Rouillard, 1994)**

- ROUILLARD, P., (1994); "L'usage des vases grecs chez les ibères", *Huelva Arqueológica*, 13 (1), pp.263-274.

**(Rouillard/Villanueva-Puig, 1987)**

- ROUILLARD, P. y VILLANUEVA-PUIG, M.C., (Eds.), (1987); *Grecs et Ibères au IV<sup>e</sup> siècle avant Jésus-Christ: commerce et iconographie (Table ronde, Bordeaux, Décembre 1986)*. *Revue des Études Anciennes*, 84 (3-4).

**(Rougé, 1970)**

- ROUGÉ, J., (1970); "La colonisation grecque et les femmes", *Cahiers d'Histoire*, 15, pp.307-317.

**(Rowlands, 1973)**

- ROWLANDS, M., (1973); "Modes of exchange and the incentives for trade, with reference to Later European Prehistory", en Renfrew, C., (Ed.), *The explanation of Culture Change. Models in Prehistory*, Pittsburg, pp.589-600.

**(Rowlands, 1987)**

- ROWLANDS, M., (1987); "Center and periphery: a review of a concept", en Rowlands, M. et alii, (Eds.), *Center and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, pp.1-11.

**(Rowlands, 1994)**

- ROWLANDS, M., (1994); "From the Gift to the Market Economies: the Ideology and Politics of European Iron Age Studies", en Kristiansen, K. y Jensen, J., (Eds.), *Europe in the First Millennium B.C.*, Sheffield, pp.1-5.

**(Rowlands et alii, 1987)**

- ROWLANDS, M., LARSEN, M. y KRISTIANSEN, K., (Eds.), (1987); *Center and Periphery in the Ancient World*, Cambridge.

**(Roymans, 1990)**

- ROYMANS, N., (1990); *Tribal Societies in Northern Gaul. An Anthropological Perspective*, Amsterdam.

**(Ruano, 1988)**

- RUANO RUIZ, E., (1988); "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): una nueva interpretación del santuario", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15, pp.253-273.

**(Ruano, 1995a)**

- RUANO RUIZ, E., (1995a); "El amor y el matrimonio entre los íberos", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, 7, pp.141-163.

**(Ruano, 1995b)**

- RUANO RUIZ, E., (1995b); "Cuentas policromas prerromanas decoradas con ojos", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 8, pp.255-286.

**(Ruano, 1995c)**

- RUANO RUIZ, E., (1995c); "El collar con cuentas y colgantes de vidrio de la tumba nº 33 de la Albufereta (Alicante)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Homenaje a Hermanfrid Schubart*, 35, pp.193-203.

**(Ruano, 1996)**

- RUANO RUIZ, E., (1996); *Las cuentas de vidrio prerromanas del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, Ibiza.

**(Ruano et alii, 1995)**

- RUANO RUIZ, E., HOFFMAN, P. y RINCÓN, J.M<sup>a</sup>., (1995); "Aproximación al estudio del vidrio prerromano: los materiales procedentes de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Composición química de varias cuentas de collar", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), pp.189-206.

**(Rubio Alija, 1959)**

- RUBIO ALIJA, J., (1959); "Españoles por los caminos del Imperio romano. Estudios epigráfico-enomásticos en torno a Reburus y Reburinus", *Cuadernos de Historia de España*, 29-30, pp.5-124.

**(Rubio, 1993)**

- RUBIO FUENTES, M<sup>a</sup> J., (1993); "Caesarobriga. Ciudad romana de Lusitania", *II Congreso Peninsular de Historia Antiga (Coimbra, 1990)*, Coimbra, pp.567-580.

**(Ruiz/Ruiz, 1986)**

- RUIZ, M. y RUIZ, J.P., (1986); "Ecological History of Trashumance in Spain", *Biological Conservation*, 36, pp.73-86.

**(Ruiz Ruiz, 1991)**

- RUIZ RUIZ, E., (1991); "La Cañada Real Soriana Occidental", en García Martín, P., (Coor.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, pp.183-201.

**(Ruiz Delgado, 1987-88)**

- RUIZ DELGADO, M., (1987-88); "La fíbula de doble resorte en Andalucía (II). Aspectos mecánicos, origen y difusión", *Habis*, 18-19, pp.515-531.

**(Ruiz Delgado, 1989)**

- RUIZ DELGADO, M., (1989); *Fibulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*, Sevilla.

**(Ruiz Mata, 1984-85)**

- RUIZ MATA, D., (1984-85); "Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final - estilo Carambolo o Guadalquivir I-", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Homenaje al Prof. Gratiniano Nieto*, 11-12 (vol.I), pp.225-243.

**(Ruiz Mata, 1995)**

- RUIZ MATA, D., (1995); "El vino en época prerromana en Andalucía Occidental", en Celestino Pérez, S., (Ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Madrid, pp.157-212.

**(Ruiz Rodríguez, 1986)**

- RUIZ RODRÍGUEZ, A., (1986); "Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir", *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización*, Madrid, pp.9-19.

**(Ruiz Rodríguez/Burillo, 1988)**

- RUIZ RODRÍGUEZ, A., y BURILLO MOZOTA, F., (1988); "Metodología de investigación en Arqueología territorial", *Munibe*, 6, pp.52-69.

**(Ruiz Rodríguez/Molinos, 1992)**

- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M., (1992); *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.

**(Ruiz Zapatero, 1982)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1982); "Cerámica de Cogotas I en la Serranía turolense (La Muela de Galve)", *Bajo Aragón Prehistoria IV. Caspe*, Zaragoza, pp.80-83.

**(Ruiz Zapatero, 1984a)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1984a); "Cogotas I y los primeros Campos de Urnas en el Alto Duero", *Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana (Soria, 1982)*, Soria, pp.171-185.

**(Ruiz Zapatero, 1984b)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1984b); "El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior", *Kalathos*, 3-4, pp.59-73.

**(Ruiz Zapatero, 1985)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1985); *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*, Madrid.

**(Ruiz Zapatero, 1989)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1989); "Centro y periferia: la Europa bárbara y el Mediterráneo en la Edad del Hierro", *Trabajos de Prehistoria*, 46,, pp.331-340.

**(Ruiz Zapatero, 1992)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1992); "Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia", *Gala*, 1, pp.103-116.

**(Ruiz Zapatero, 1993)**

- RUIZ ZAPATERO, G., (1993); "El concepto de celtas en la Protohistoria europea y española", en Almagro Gorbea, M., (dir.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, pp.23-62.

**(Ruiz Zapatero/Álvarez Sanchís, 1995)**

- RUIZ ZAPATERO, G., ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R., (1995); "Las Cogotas: *Oppida* and the roots of urbanism in the Spanish Meseta", en Cunliffe, B./Keay, S., (Eds.); *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century A.D.*, Londres, British Academy, 86, pp.209-235.

**(Ruiz Zapatero/Carrobbles, 1986)**

- RUIZ ZAPATERO, G. y CARROBBLES SANTOS, J., (1986); "Una necrópolis tumular ibérica en la Mancha: Villafranca de los Caballeros (Toledo)", *Revista de Arqueología*, 66, pp.58-61.

**(Ruiz Zapatero/Chapa, 1990)**

- RUIZ ZAPATERO, G., CHAPA BRUNET, T., (1990); "La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas", *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp.357-372.

**(Ruiz Zapatero/Mariné, 1988)**

- RUIZ ZAPATERO, G., MARINÉ, M., (1988); "Nuevas investigaciones en Las Cogotas. Una aplicación del 1% cultural", *Revista de Arqueología*, 84, pp.46-53.

**(Ruiz Zapatero et alii, 1986)**

- RUIZ ZAPATERO, G., LORRIO ALVARADO, A., MARTÍN HERNÁNDEZ, M., (1986); "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro. Aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico", *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio*, 9, Teruel, pp.79-101.

**(Ruiz-Gálvez, 1984)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1984); *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico*, Madrid.

**(Ruiz-Gálvez, 1985-86)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1985-86); "El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la Arqueología social. Una secuencia para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro", *Kalathos*, 5-6, pp.71-106.

**(Ruiz-Gálvez, 1986)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1986); "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp.9-42.

**(Ruiz-Gálvez, 1987)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1987); "El Bronce Final Atlántico y la cultura del Bronce Atlántico en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 44, pp.251-264.

**(Ruiz-Gálvez, 1988a)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1988); "Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular", *Homenaje al Profesor Eduardo Ripoll Perelló. Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria*, 1, pp.325-338.

**(Ruiz-Gálvez, 1988b)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1988b); "Los mercenarios celtibéricos", en Burillo, F. et alii, (Eds.), *Celtíberos*, Zaragoza, pp.189-191.

**(Ruiz-Gálvez, 1990a)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1990a); "Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas", en Burillo, F., (Coord.); *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre Celtíberos*, (Daroca, 1988), Zaragoza, pp.343-347.

**(Ruiz-Gálvez, 1990b)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1990b); "Canciones del viejo muchacho", *Veleia*, 7, pp.79-103.

**(Ruiz-Gálvez, 1991)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1991); "Songs of a Wayfaring Lad. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula", *Oxford Journal of Archaeology*, 10, pp.277-306.

**(Ruiz-Gálvez, 1992a)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1992a); "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica", *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, 1, pp.219-251.

**(Ruiz-Gálvez, 1992b)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1992b); "Orientaciones teóricas sobre el intercambio y comercio en Prehistoria", *Gala. Revista de Arqueología*, 1.

**(Ruiz-Gálvez, 1993)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1993); "El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce", *Complutum*, 4, pp.41-68.

**(Ruiz-Gálvez, 1995a)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1995a); "El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final-Edad del Hierro", ", en Ruiz-Gálvez Priego, M., (Ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, Extra 5, Madrid, pp.129-155.

**(Ruiz-Gálvez, 1995b)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., (1995b); "From gift to commodity. The changing meaning of precious metal in the Later Prehistory of the Iberian Peninsula", en Morteani, G. y Northover, P., (Eds.), *Prehistory gold in Europe. Mines, metallurgy and manufacture*, Netherlands, pp.45-63.

**(Ruiz-Gálvez/Galán, 1991)**

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., GALÁN DOMINGO, E., (1991); "Las estelas del suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp.257-273.

**(Sabloff/Lamberg-Karlovsky, 1975)**

- SABLOFF, J.A. y LAMBERG-KARLOVSKY, C.C., (Eds.), (1975); *Ancient Civilization and Trade*, Alburquerque.

**(Sacristán, 1986a)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1986a); *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos), Valladolid.

**(Sacristán, 1986b)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1986b); "Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 52, pp.205-213.

**(Sacristán, 1986-87a)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1986-87a); "Sobre la formación de los conjuntos cerámicos tardoceltibéricos", *Zephyrus*, 39-40, pp.179-184.

**(Sacristán, 1986-87b)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1986-87b); "Sobre la facies cultural Cogotas IIa en la cuenca media del Duero", *Zephyrus*, 39-40, pp.193-198.

**(Sacristán, 1989)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1989); "Vacíos vacceos", *Fronteras. Arqueología Espacial*, Teruel, 13, pp.77-88.

**(Sacristán, 1993)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1993); "Aspectos industriales de la producción cerámica en época celtibérica. Los dermatoglifos", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.493-506.

**(Sacristán, 1994)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1994); "Apuntes sobre la geografía poblacional vaccea", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 60, pp.139-152.

**(Sacristán, 1995)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., (1995); "Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero", en Burillo, F., (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 369-380.

**(Sacristán/Pérez Rodríguez, 1986-88)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., PÉREZ RODRÍGUEZ, F., (1986-1988); "Un interesante conjunto cerámico tardoceltibérico", *Sautuola (Estudios en homenaje al Padre Carballo)*, 5, pp.81-113.

**(Sacristán/Ruiz Vélez, 1985)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., RUIZ VÉLEZ, I., (1985); "La Edad del Hierro", en *Historia de Burgos, I. Edad Antigua*, Burgos, pp.181-220.

**(Sacristán et alii, 1995)**

- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., SAN MIGUEL MATÉ, L.C., BARRIO MARTÍN, J., CELIS SÁNCHEZ, J., (1995); "El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero", en Burillo, F., (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp.337-367.

**(Sáez, 1992-93)**

- SÁEZ FERNÁNDEZ, P., (1992-93); "Nuevas perspectivas en relación a la ordenación territorial del sur de la Lusitania española", *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, pp.99-108.

**(Sáez, 1993)**

- SÁEZ FERNÁNDEZ, P., (1993); "La ganadería extremeña en la antigüedad", en Rodríguez Becerra, S. (Coor.), *Trashumancia y cultura pastoril en Extremadura. Actas del Simposio*, Mérida, pp. 37-49.

**(Sahlins, 1972)**

- SAHLINS, M., (1972); *Stone Age Economies*, Nueva York. (Edición en castellano: Madrid, 1977).

**(Salas, 1985)**

- SALAS MARTÍN, J., (1985); "Notas acerca de la Augustóbriga vettona (actual Talavera la Vieja, Cáceres)", *Norba*, 6, pp.51-66.

**(Salas/Rosco, 1993)**

- SALAS MARTÍN, J., y ROSCO MADRUGA, J., (1993); "Epigrafía latina votiva de Santa Lucía del Trampal I (Alcuéscar, Cáceres)", *Norba*, 13, pp.63-103.

**(Salas et alii, 1986-89)**

- SALAS MARTÍN, J., ESTEBAN ORTEGA, J., y RUEDA MUÑOZ DE SAN PEDRO, G., (1986-89); "Bandia Apolosegus, una divinidad con culto local en la zona de Brozas, Cáceres. (Nuevas aportaciones)", *Hispania Antiqua*, 13, pp.7-20.

**(Salas et alii, 1983)**

- SALAS MARTÍN, J., REDONDO RODRÍGUEZ, J.A., y SÁNCHEZ ABAL, J.L., (1983); "Un sincretismo religioso en la Península Ibérica: Júpiter Solutorio-Eaceo", *Norba*, 4, pp.243-261.

**(Salinas, 1979)**

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1979); "Algunos aspectos económicos y sociales de los pueblos prerromanos de la Meseta", *Memorias de Historia Antigua*, 3, pp.73-79.

(Salinas, 1981)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1981); "Problemas de romanización en la meseta: los vettones", *Helmantica*, 32, 97-98, pp.215-226.

(Salinas, 1982)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1982); *La organización tribal de los Vettones. (Pueblos prerromanos de Salamanca)*, Salamanca, (2ªedic., 1986).

(Salinas, 1982b)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1982b); "La religión indígena del oeste de la meseta: los vettones", *Studia Zamoriensia*, 3, pp.325-340.

(Salinas, 1983)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1983); "La función del hospitium y la clientela en la conquista y romanización de Celtiberia", *Studia Historica. Historia Antigua*, 1, pp.21-41.

(Salinas, 1985)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1985); "La religión indígena en la Hispania Central y la conquista romana", *Studia Zamoriensia*, 6, pp.307-332.

(Salinas, 1986)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1986); *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.

(Salinas, 1988)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1988); "Geografía de Celtiberia según las fuentes literarias griegas y latinas", *Studia Zamorensia*, 9, pp.107-115.

(Salinas, 1989)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1989); "Sobre las formas de propiedad comunal de la cuenca del Duero en época prerromana", *Veleia*, 6, pp.103-110.

(Salinas, 1990a)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1990a); "Las ciudades romanas de Lusitania oriental: su papel en la transformación del territorio y la sociedad indígena", *Les villes de la Lusitane Romaine*, París, pp.255-263.

(Salinas, 1990b)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1990b); "El colectivismo agrario de los vacceos: una revisión crítica", *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp.429-435.

(Salinas, 1991)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1991); "Arévacos", en Solana Sainz, J.Mª., (ed.); *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana. (Anejos de Hispania Antigua)*, Valladolid, pp.211-233.

(Salinas, 1992-93)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1992-93); "El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: modelos e implicaciones históricas", *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, pp.177-188.

(Salinas, 1993)



- SALINAS DE FRÍAS, M., (1993); "Problemática social y económica del mundo indígena lusitano", en *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, pp.9-36.

(Salinas, 1994a)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1994a); "Unidades organizativas indígenas y administración romana en el valle del Duero", en González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C./Santos Yanguas, J., (Eds.); *Revisiones de Historia Antigua*, I. *Las estructuras sociales indígenas del norte de la Península Ibérica*, Vitoria-Gasteiz, pp.167-179.

(Salinas, 1994b)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1994b); "Onomástica y sociedad en la epigrafía antigua de las provincias de Salamanca y Ávila", *Zephyrus*, 47, pp.287-309.

(Salinas, 1995)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (1995); "Los inicios de la epigrafía en Lusitania oriental", en Beltrán Lloris, F., (Ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, pp.281-292.

(Salinas, e.p.)

- SALINAS DE FRÍAS, M., (e.p.); "En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana", *VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Zaragoza, Marzo 1997).

(Salinas/Romero Pérez, 1995)

- SALINAS DE FRÍAS, M., ROMERO PÉREZ, A., (1995); "Onomástica y religión en las provincias de Salamanca y Ávila", *Salamanca, Revista de Estudios*, 35-36, pp.13-28.

(San Miguel, 1989)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1989); "Aproximación a la territorialidad y la frontera en el occidente vacceo", *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13, Teruel, pp.89-110.

(San Miguel, 1993)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1993); "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero", en Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.21-66.

(San Miguel, 1995a)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1995a); "Civitas y secundarización de la producción: ¿Las claves de interpretación del modelo de poblamiento vacceo?", en Burillo, F., (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos*. (Daroca, 1991), Zaragoza, pp.373-380.

(San Miguel, 1995b)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1995b); "Notas sobre la secuencia y características arqueológicas del yacimiento de la Edad del Hierro de Melgar de Abajo (Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.307-317.

(San Miguel, 1995c)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., (1995c); "Origen y evolución del oppidum vacceo de Las Quintanas (Valoria la Buena, Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.319-334.

(San Miguel *et alii*, 1995)

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., ARRANZ, J.C., GÓMEZ, M.A., (1995); "Novedades urbanísticas en hábitats vacceos", en Burillo, F., (Coord.); *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos*. (Daroca, 1991), Zaragoza, pp.381-387.

(Sánchez Abal, 1979)

- SÁNCHEZ ABAL, J.L., (1979); "El castro de Sansueña, Aliseda (Cáceres). Situación y descripción del sistema defensivo", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.659-662.

(Sánchez Abal, 1983)

- SÁNCHEZ ABAL, J.L., (1983); "Sertorio, Metello y Castra Caecilia", *Vettonia*, 1, pp.21-29.

(Sánchez Abal/Esteban, 1988)

- SÁNCHEZ ABAL, J.L., ESTEBAN ORTEGA, J., (1988); "Monedas de cecas andaluzas procedentes de Tanusia", *Actas del Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar*, (Ceuta, 1987), Madrid, I-2, pp.1017-1031.

(Sánchez Abal/García Jiménez, 1988)

- SÁNCHEZ ABAL, J.L., GARCÍA JIMÉNEZ, S., (1988); "La ceca de Tanusia", *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela, pp.149-190.

(Sánchez Albornoz, 1929)

- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., (1929); *Divisiones tribales y administrativas del Solar del reino de Asturias en época romana*, Madrid.

(Sánchez del Barrio, 1991)

- SÁNCHEZ DEL BARRIO, A., (1991); *Estructura urbana del Medina del Campo*, Valladolid.

(Sánchez del Barrio/Marcos, 1992)

- SÁNCHEZ DEL BARRIO, A. y MARCOS, A., (1992); *Anuario de Efemérides de la muy noble villa de Medina del Campo*, Medina del Campo.

(Sánchez Belda, 1983)

- SÁNCHEZ BELDA, A., (1983); *La raza bovina Avileña-Negra ibérica*, Madrid.

(Sánchez Fernández, 1992)

- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C., (1992); "Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp.327-333.

(Sánchez Meseguer/Quesada, 1992)

- SÁNCHEZ MESEGUER, J.L. y QUESADA SANZ, F., (1992); "La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)", en *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Madrid, pp.349-396.

(Sánchez Moreno, 1995a)

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1995a); *Historia y Arqueología de los vetones. Una aproximación crítica*. Memoria de Licenciatura Inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

(Sánchez Moreno, 1995b)

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1995b); "Centroeuropa y el Mediterráneo en la Primera Edad del Hierro. Panorama, investigación y reflexión de un fenómeno cultural", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Homenaje a Hermanfrid Schubart*, 35, pp.137-151.

(Sánchez Moreno, 1995c)

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1995c); "El origen de los vetones en la historiografía española del s.XX. ¿Implantación o formación?", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 8, pp.475-499.

**(Sánchez Moreno, 1995-96)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1995-96); "El caballo entre los pueblos prerromanos de la meseta occidental", *Studia Historica. Historia Antigua*, 13-14, pp.207-229.

**(Sánchez Moreno, 1996a)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1996a); "Los vetones en las fuentes literarias: ¿una imagen sesgada?", *Hispania Antiqua*, 20, pp.23-40.

**(Sánchez Moreno, 1996b)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1996b); "Organización y desarrollo socio-políticos en la meseta occidental prerromana: los vetones", *Polis*, 8.

**(Sánchez Moreno, 1996c)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (1996c); "A propósito de las *gentilitates*: los grupos familiares del área vetona y su adecuación para la interpretación de la organización social prerromana", *Veleia*, 13, pp.115-142.

**(Sánchez Moreno, e.p. -a-)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (e.p. -a-); "La cuestión de los límites y fronteras en los pueblos prerromanos de la Península Ibérica: el caso de los vetones y su marco territorial", *III Congreso Peninsular de Historia Antigua (Vitoria, 1994)*.

**(Sánchez Moreno, e.p. -b-)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (e.p. -b-); "Aproximación a la religión de los vetones: dioses, ritos y santuarios", *Studia Zamorensia*.

**(Sánchez Moreno, e.p. -c-)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (e.p. -d-); "El tesoro del Cerro de la Miranda (Palencia)", en *Símbolos de poder y prestigio. Museo Arqueológico Nacional. Actividad Pieza del mes (Abril, 1995)*.

**(Sánchez Moreno, e.p. -d-)**

- SÁNCHEZ MORENO, E., (e.p. -d-); "El agua en la manifestación religiosa de los vetones. Algunos testimonios", *I Congreso Peninsular de Termalismo Antiguo. (Arnedillo, La Rioja. Octubre 1996)*.

**(Sánchez-Palencia, 1989)**

- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J., (1989); "La explotación del oro en la Hispania romana: sus inicios y precedentes", en Domergue, C., (Ed.), *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, vol. II, Madrid, pp.35-53.

**(Sánchez-Palencia, 1995)**

- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J., (1995); "Minería y metalurgia de la región astur en la Antigüedad", en *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*, Gijón, pp.141-157.

**(Sánchez-Palencia/Orejas, 1995)**

- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J. y OREJAS, A., (1995); "La minería del oro del noroeste peninsular. Tecnología, organización y poblamiento", en Vaquerizo Gil, D., (Ed.), *Minería y metalurgia de la España prerromana y romana*, Córdoba, pp.147-233.

**(Sancho, 1973)**

- SANCHO ROYO, A., (1973); "En torno al Bellum Numantinum de Apiano", *Habis*, 4, pp.23-40.

**(Sancho, 1983)**

- SANCHO ROYO, A., (1983); "Consideraciones en torno al testimonio de Apiano y Diodoro como fuente para las guerras Celtíbero-Lusitanas", en *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos. Unidad y Pluralidad en el mundo antigua*, Madrid, pp.23-40.

**(Sangsmeister, 1960)**

- SANGSMEISTER, E., (1960); "Die Kelten in Spanien", *Madrider Mitteilungen*, 1, pp.74-99.

**(Santonja, 1991)**

- SANTONJA GÓMEZ, M., (1991); "Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca", en Santonja, M. (coord.); *Salamanca. Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca, pp.13-31.

**(Santos-Junior, 1975a)**

- SANTOS-JUNIOR, J., (1975a); "A cultura dos berrões no Nordeste de Portugal", *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 22 (4), Oporto, pp.353-516.

**(Santos-Junior, 1975b)**

- SANTOS-JUNIOR, J., (1975b); *Berrões proto-históricos do Nordeste no Portugal*, Oporto.

**(Santos Velasco, 1994)**

- SANTOS VELASCO, J.A., (1994); *Cambios sociales y culturales en época ibérica: el caso del sureste*, Madrid.

**(Santos Villaseñor, 1988)**

- SANTOS VILLASEÑOR, J., (1988); "Resumen de la Segunda Campaña de Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro de La Aldehuela, Zamora", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp.225-239.

**(Santos Villaseñor, 1989)**

- SANTOS VILLASEÑOR, J., (1989); "Resumen de la Tercera Campaña de Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro de La Aldehuela, Zamora", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp.171-180.

**(Santos Villaseñor, 1990)**

- SANTOS VILLASEÑOR, J., (1990); "Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora)", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora, Vol. II. Prehistoria-Mundo Antiguo (Zamora, 1988)*, Zamora, pp.225-240.

**(Santos, 1978)**

- SANTOS YANGUAS, J., (1978); "Contribución al estudio de los restos de formas de dependencia en el área céltica peninsular en época romana", *Memorias de Historia Antigua. (Actas del Coloquio Colonato y otras formas de dependencia no esclavistas)*, 2, pp.137-142.

**(Santos, 1985)**

- SANTOS YANGUAS, J., (1985); *Comunidades indígenas y administración romana en el noroeste hispánico*, Vitoria.

**(Santos, 1992)**

- SANTOS YANGUAS, J., (1992); "Pervivencias indígenas en la Salamanca romana. Las unidades organizativas", *I Congreso de Historia de Salamanca (Salamanca, 1989)*, vol.I, pp.285-300.

**(Santos Yanguas, 1980)**

- SANTOS YANGUAS, N., (1980); "Los celtíberos en el ejército romano de época republicana", *Celtiberia*, 60, pp.17-31.

**(Santos Yanguas, 1981a)**

- SANTOS YANGUAS, N., (1981a); "Las incursiones de lusitanos en Hispania Ulterior durante el s.II antes de nuestra era", *Bracara Augusta*, 35, pp.355-366.

**(Santos Yanguas, 1981b)**

- SANTOS YANGUAS, N., (1981b); "Los celtíberos en los ejércitos cartagineses", *Celtiberia*, 61, pp.51-72.

**(Santos Yanguas, 1981c)**

- SANTOS YANGUAS, N., (1981c); "El tesoro prerromano de Arrabalde (norte de Zamora)", *Memorias de Historia Antigua*, 3, pp.273-276.

**(Santos Yanguas/Montero, 1982)**

- SANTOS YANGUAS, N., MONTERO HONORATO, M<sup>a</sup>.P., (1982); "Los celtíberos, mercenarios de otras poblaciones ibéricas", *Celtiberia*, 63, pp.5-16.

**(Sanz Donaire, 1979)**

- SANZ DONAIRE, J.J., (1979); *El corredor de Béjar*, Tomo I, Madrid.

**(Sanz García/Santos, 1990)**

- SANZ GARCÍA, F.J., SANTOS VILLASEÑOR, J., (1990); "Cajas celtibéricas de la provincia de Zamora", *Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol. II, Zamora, pp.255-261.

**(Sanz Martín, 1996)**

- SANZ MARTÍN, L., (1996); *Sociedad y derecho en la Hispania romana. I. Antecedentes prerromanos*, Madrid.

**(Sanz, 1986)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1986); "Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 52, pp.25-46.

**(Sanz, 1989)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1989); "La etapa celtibérica. La necrópolis", en Sanz Mínguez, C., San Miguel Maté, L.C., Carretero Vaquero, S., Arranz Arribas, J.A., Madrazo, T., *Padilla de Duero. Investigaciones arqueológicas 1985-1989*, Valladolid, pp.16-21.

**(Sanz, 1990a)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1990a); "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", en Burillo, F., (Coord), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1988)*, Zaragoza, pp.159-170.

**(Sanz, 1990b)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1990b); "Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales tipo Monte Bernorio", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 57, pp.172-187.

**(Sanz, 1991)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1991); "Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 57, pp.93-130.

**(Sanz, 1993)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (1993); "Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla del Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.371-396.

**(Sanz, e.p. -a-)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (e.p. -a-); *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Valladolid.

**(Sanz, e.p. -b-)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (e.p. -b-); "La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo", *II Congreso de Arqueología Peninsular. Zamora (Octubre, 1996)*.

**(Sanz, e.p. -c-)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., (e.p. -c-); "Indigenismo y romanización en el cementerio vacceo de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", *II Congreso de Arqueología Peninsular. Zamora (Octubre, 1996)*.

**(Sanz/Campano, 1987)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., CAMPANO LORENZO, A., (1987); "Hallazgo de cerámica ática en el valle medio del Duero", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 52, pp.178-180.

**(Sanz/Escudero, 1991)**

- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., (1991); "Pintia. Un bien de interés cultural por proteger", *Revista de Arqueología*, 126, pp.12-20.

**(Sanz/Escudero, 1995a)**

- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., (1995); "El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.271-305.

**(Sanz/Escudero, 1995b)**

- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z., (1995b); "Las estelas del cementerio vacceo de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", en Casa, C. de la (Ed.), *Actas del V Congreso Internacional de estelas funerarias (Soria, 1993)*, Soria, pp.165-177.

**(Sanz/López Rodríguez, 1988)**

- SANZ MÍNGUEZ, C. y LÓPEZ RODRÍGUEZ, J.R., (1988); "Hallazgos romanos y visigodos en Padilla de Duero (Valladolid)", *Archivos leoneses*, 83-84, pp.291-312.

**(Sanz et alii, 1990)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., CAMPANO LORENZO, A., y RODRÍGUEZ, J.A., (1990); "Nuevos datos sobre la dispersión de la variscita en la Meseta Norte: las explotaciones de época romana", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, 2, Prehistoria-Mundo Antiguo, Zamora, pp.747-764.

**(Sanz et alii, 1993)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., GÓMEZ PÉREZ, A., ARRANZ MÍNGUEZ, J.A., (1993); "La necrópolis celtibérica de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)", *Numantia*, 4, pp.129-147.

**(Sanz et alii, 1989)**

- SANZ MÍNGUEZ, C., SAN MIGUEL MATÉ, L.C., CARRETERO VAQUERO, S., ARRANZ ARRIBAS, J.A., MADRAZO, T., (1989); *Padilla de Duero. Investigaciones arqueológicas 1985-1989*, Valladolid.

(Sanz *et alii*, e.p.)

- SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y FONTANEDA BERTHET, C., (e.p.); "Tres piezas de metalistería prerromana en la colección Fontaneda (Castillo de Ampudia, Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 62

(Sauceda, 1985)

- SAUCEDA, M<sup>a</sup>.I., (1985); "La cueva del Conéjar (Cáceres). Una muestra de los materiales recogidos en 1981", *Norba*, 5, pp.47-58.

(Sauceda/Cerrillo, 1985)

- SAUCEDA, M<sup>a</sup>.I., CERRILLO, J.,(1985); "Notas para el estudio de las cerámicas de la cueva de Maltravieso (Cáceres)", *I Jornadas de Arqueología del Nordeste Alemtejano*, pp.83-98.

(Sayans, 1957)

- SAYANS CASTAÑOS, M., (1957); *Artes y pueblos primitivos en la Alta Extremadura*, Plasencia.

(Sayans, 1964)

- SAYANS CASTAÑOS, M., (1964), "Dos cabezas célticas y una romana de Plasencia (Cáceres)", *Actas del VIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, pp.265-272.

(Sayas, 1979)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., (1979); "Algunas consideraciones sobre el origen de Lusitania como provincia", *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres, pp.737-752.

(Sayas, 1985)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., (1985); "El caso de Norba Caesarina y sus contributi de castra Servilia y castra Caecilia", *Mélanges de la Casa Velázquez*, 21, pp.61-78.

(Sayas, 1988)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., (1988); "El bandolerismo lusitano y la falta de tierras", *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna. Homenaje al profesor A. de Bethéncourt y Massieu*, Madrid, pp.701-714.

(Sayas, 1993)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., (1993); "Algunas consideraciones sobre cuestiones relacionadas con la conquista y romanización de las tierras extremeñas", *El proceso histórico de la Lusitania oriental en época prerromana y romana*, Mérida, pp.189-233.

(Sayas/López Melero, 1991)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., LÓPEZ MELERO, R., (1991); "Vettonos", en Solana Sainz, J.M<sup>a</sup>., (ed.); *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana. (Anejos de Hispania Antigua)*, Valladolid, pp.75-123.

(Sayas/Sánchez Abal, 1989)

- SAYAS ABENGOCHEA, J.J., SÁNCHEZ ABAL, J., (1989); "Nuevas inscripciones cacereñas", *Gerion*, 2, pp.417-440.

(Scarre/Frances, 1993)

- SCARRE, C., y FRANCES, H., (Eds.), (1993); *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*, Oxford.

**(Schmidt, 1985)**

- SCHMIDT, K.H., (1985); "A contribution to the identification of Lusitanian", *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, pp.319-341.

**(Schortman, 1989)**

- SCHORTMAN, E.M., (1989); "Interregional interaction in Prehistory: the need for a new perspective", *American Antiquity*, 54, pp.52-65.

**(Schortman/Urban, 1987)**

- SCHORTMAN, E.M., y URBAN, P.A., (1987); "Modeling interregional interaction in Prehistory", en Schiffer, M.B., (Ed), *Advances in archaeological Method and Theory*, vol.11, San Diego, pp.37-95.

**(Schortman/Urban, 1992a)**

- SCHORTMAN, E.M., y URBAN, P.A., (1992a); "The place of interaction studies in archaeological thought", en Schortman, E.M. y Urban, P.A., (Eds.), *Resources, Power and Interaction*, Nueva York-Londres, pp.3-15.

**(Schortman/Urban, 1992b)**

- SCHORTMAN, E.M., y URBAN, P.A., (1992b); "Current trends in interaction research", en Schortman, E.M. y Urban, P.A., (Eds.), *Resources, Power and Interaction*, Nueva York-Londres, pp.235-255.

**(Schüle, 1969)**

- SCHÜLE, W., (1969); *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, 2 vol., Berlín.

**(Schüle, 1979)**

- SCHÜLE, W., (1979); "Die Keltiberer archäologisch gesehen", *II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976), Salamanca, pp.197-209.

**(Schulten, 1914)**

- SCHULTEN, A., (1914); *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen (1905-1912)*, I, Munich.

**(Schulten, 1917)**

- SCHULTEN, A., (1917); "Viriatius", *Neue Jahrbücher*, Heidelberg, pp.209-237.

**(Schulten, 1922)**

- SCHULTEN, A., (1922); *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo I. Avieno. Ora Marítima*, Barcelona.

**(Schulten, 1928)**

- SCHULTEN, A., (1928); *Cauca (Coca), una ciudad de los celtíberos*, Segovia.

**(Schulten, 1935)**

- SCHULTEN, A., (1935); *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo III. Las guerras de 237-154 a.C.*, Barcelona.

**(Schulten, 1937)**

- SCHULTEN, A., (1937); *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo IV. Las guerras de 154-72 a.C.*, Barcelona.

**(Schulten, 1943)**

- SCHULTEN, A., (1943); *Los cántabros y astures y su guerra contra Roma*, Madrid.



**(Schulten, 1959-61)**

- SCHULTEN, A., (1959-61); *Geografía y Etnografía de la Península Ibérica*, I y II, Madrid.

**(Schulze, 1991)**

- SCHULZE, W., (1991); *Zur Geschichte lateinischer Eigennamen*, Göttingen, (1ª edic. 1901, edic. revisada).

**(Schwab, 1988)**

- SCHWAB, H., (1988); "Le site hallstattien fortifié de Châtillon-sur-Glâne et ses tombes princières", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.253-262.

**(Schwab, 1991)**

- SCHWAB, H., (1991); "La fortezza di Châtillon-sur-Glâne", en Moscati, S. et alii, (Eds.), *I Celti*, Milán, p.123.

**(Seco, 1993)**

- SECO VILLAR, M., (1993); "Cerámicas a peine de Olivares del Duero (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.213-222.

**(Seco/Treceño, 1993)**

- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J., (1993); "La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z., (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp.133-171.

**(Seco/Treceño, 1995)**

- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J., (1995); "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: La Mota, Medina del Campo", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.219-245.

**(Seefried, 1979)**

- SEEFRIED, M., (1979); "Glass core pendants found in the Mediterranean area", *Journal of Glass Studies*, 21, pp.17-26.

**(Serrano, 1957)**

- SERRANO PÉREZ, A., (1957); "Observaciones sobre la distribución de las esculturas zoomórficas prerromanas", *Zephyrus*, 8, pp.103-110.

**(Serrano/Barrientos, 1933-34)**

- SERRANO, C., BARRIENTOS, J., (1933-34); "La estación arqueológica del Soto de Medinilla", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 5, pp.225-240.

**(Service, 1984)**

- SERVICE, E.R., (1984); *Los orígenes del Estado y de la civilización. El proceso de la evolución cultural*, Madrid (2ª edición).

**(Sevilla, 1977)**

- SEVILLA, M., (1977); "Ambatus en la epigrafía hispánica", *Coloquio de Estructuras Sociales durante la Antigüedad. Memorias de Historia Antigua*, 1, pp.163-166.

**(Sevillano, 1978)**

- SEVILLANO CARBAJAL, V., (1978); *Testimonio arqueológico de la provincia de Zamora*, Zamora.

(Sevillano San José, 1976)

- SEVILLANO SAN JOSÉ, M<sup>a</sup>.C., (1976); "Grabados rupestres de carros y ruedas en Vegas de Coria (Cáceres)", *Zephyrus*, 26-27, pp.257-267.

(Shennan, 1989)

- SHENNAN, S.J., (1989); "Introduction: archaeological approaches to cultural identity", en *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, One World Archaeology, 10, Londres, pp.1-32.

(Sherk, 1974)

- SHERK, P.K., (1974); "Roman geographical exploration and military maps", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, II, 1, pp.534-546.

(Sherratt, 1993a)

- SHERRAT, A., (1993a); "What would a Bronze Age World System look like? Relations between Temperature Europe and the Mediterranean in the Later Prehistory", *Journal European Archaeology*, 1 (2), pp.1-58.

(Sherratt, 1993b)

- SHERRAT, A., (1993b); "Who are you calling Peripheral?: Dependence and independence in European Prehistory", en Scare, C. y Frances, F., (Eds.), *Trade and Exchange in Prehistory*, Oxford, pp.245-255.

(Sherratt/Sherratt, 1991)

- SHERRAT, A., y SHERRAT, S., (1991); "From luxuries to commodities: the nature of Mediterranean Bronze Age Trading System", en Gale, N.H., (Ed.), *Bronze Age Trade in the Mediterranean. Studies in Mediterranean Archaeology*, Jonsered, 90, pp.351-386.

(Sierra/San Miguel, 1995)

- SIERRA, J.M., SAN MIGUEL, L.C., (1995); "Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos", en Burillo, F., (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp.389-398.

(Simón, 1948)

- SIMÓN Y NIETO, F., (1948); "Noticia de una necrópolis romana y un bosque sagrado (Palencia)", *Archivo Español de Arqueología*, 21, pp.146-164.

(Snodgrass, 1990)

- SNODGRASS, A., (1990); *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*, Barcelona.

(Solana, 1972)

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1972); "Ensayo sobre el valor del grado ptolemaico", *Hispania Antiqua*, 2, pp.69-76.

(Solana, 1983)

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1983); "La expedición de L. Licino Luculo contra los Vacceos", *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz. I. Anexos de Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, pp.37-53.

(Solana, 1986-88)

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1986-88); "Comunidades humanas de los vacceos y su territorio", *Sautuola*, 5, (Estudios en Homenaje al Padre Carballo), 5, Santander, pp.55-61.

**(Solana, 1990)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1990); "Caucenses, amallobrigenses e intercantienses", *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, II, Zamora, pp.301-315.

**(Solana, 1991)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1991); "Las entidades étnicas de la Submeseta Septentrional en época prerromana: el marco territorial", en Solana Sainz, J.M<sup>a</sup>., (Ed.); *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana. (Anejos de Hispania Antigua)*, Valladolid, pp.13-38.

**(Solana, 1992)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1992); "Fuentes antiguas de Salamanca", *I Congreso de Historia de Salamanca (Salamanca, 1989)*, Salamanca, vol.I, pp.269-283.

**(Solana, 1994a)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1994a); "Ensayo demográfico correspondiente a los años 153-133 a.C. (Guerra Celtibérica)", *Hispania Antigua*, 18, pp.91-104.

**(Solana, 1994b)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1994b); "Ensayo demográfico correspondiente a los años 155-136 a.C. (Guerra Lusitánica)", *Hispania Antigua*, 18, pp.105-118.

**(Solana, 1994c)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1994c); "Sertorio y los caracitanos", en Sáez, P. y Ordóñez, S. (Eds.), *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, pp.757-772.

**(Solana, 1994-95)**

- SOLANA SAINZ, J.M<sup>a</sup>., (1994-95); "La red viaria de la submeseta septentrional de Hispania según los itinerarios y testimonios miliarios", *Memorias de Historia Antigua*, 15-16, pp.275-289.

**(Solé, 1989)**

- SOLÉ SABARÍS, L., (1989); "La Meseta y sus rebordes", en Terán, M. de et alii, *Geografía general de España*, Barcelona, 2ª Edición, pp.47-82.

**(Sopeña, 1987)**

- SOPEÑA GENZOR, G., (1987); *Dioses, ética y ritos. Aproximación para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.

**(Sopeña, 1995)**

- SOPEÑA GENZOR, G., (1995); *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.

**(Sorensen/Thomas, 1989)**

- SORENSEN, M.I.S. y THOMAS, R., (Eds.), (1989); *The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe. Aspects of continuity and change in European societies (1200-500 B.C.)*, B.A.R., Oxford.

**(Soutou, 1963)**

- SOUTOU, A., (1963); "Le sanctuaire de roches á bassins de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) et les sites analogues du Haut-Languedoc", *Ogam*, 15, pp.191-206.

**(Stanley, 1986)**

- STANLEY, P.V., (1986); "The function of trade in Homeric society", *Münsterische Beiträge zur antiken Handelsgeschichte*, 5, pp.5-15.

**(Stanley/Alexander, 1992)**

- STANLEY, R.S., y ALEXANDER, R.T., (1992); "The political economy of Core-Periphery Systems", en Schortman, E.M. y Urban, P., (Eds.), *Resources, Power and Interregional Interaction*, Londres-Nueva York, pp.23-49.

**(Stary, 1982)**

- STARY, P.F., (1982); "Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel", *Madrider Mitteilungen*, 23, pp.114-144.

**(Stead, 1967)**

- STEAD, I.M., (1967); "A La Tène III burial at Welwyn Garden City", *Archaeology*, 101, pp.1-62.

**(Steuer, 1987)**

- STEUER, H., (1987), "Gewichtsgeldwirtschaften im frühgeschichtlichen Europa", en Düwel, K., Jankuhn, H., Siems, H., y Timpe, D., (Eds.), *Untersuchungen zu Handel und Verkehr der von- und frühgeschichtlichen Zeit in Mittel- und Nordeuropa. Part 4: Der Handel der Karolinger- und Wikingerzeit*, Göttingen, pp.405-527.

**(Storch de Gracia, 1989a)**

- STORCH DE GRACIA Y ASENSIO, J., (1989a); *La fíbula en la Hispania antigua. Las fíbulas protohistóricas del Suroeste peninsular*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

**(Storch de Gracia, 1989b)**

- STORCH DE GRACIA Y ASENSIO, J., (1989b); "Las fíbulas tartésicas", *Homenaje al Profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid, pp.69-105.

**(Svobodová, 1985)**

- SVOBODOVÁ, H., (1985); "Antike Importy z Ketskych Oppid V Cecchach a na Morave (Antike Importe aus den keltischen Oppida in Böhmen und Mähren)", *Archéologické Rozhledy*, 37, pp.653-688.

**(Syme, 1988)**

- SYME, R., (1988); "Military Geography at Rome", *Classical Antiquity*, 7 (2), pp.227-251.

**(Szabó, 1991)**

- SZABÓ, M., (1991); "Mercenary activity", en Moscati, S. et alii (Eds.), *The Celts, (I Celti)*, Nueva York-Milán, pp.333-336.

**(Szabó, 1995)**

- SZABÓ, M., (1995); "Guerriers celtiques avant et apres Delphes. Contribution a une periode critique du monde celtique", en *L'Europe celtique du V<sup>e</sup> au III<sup>e</sup> siecle avant J.C. Contacts, échanges et mouvements de populations. (Actes du deuxieme symposium international d'Hautvillers, Octobre 1992)*. Epernay, pp.49-67.

**(T.I.R., K-29)**

- TABULA IMPERII ROMANI. Hoja K-29: Porto. Conimbriga, Bracara, Lucus, Asturica. (1991). Madrid.

**(T.I.R., K-30)**

- TABULA IMPERII ROMANI. Hoja K-30: Madrid. Caesaraugusta, Clunia. (1993). Madrid.

**(T.I.R., J-29)**

- TABULA IMPERII ROMANI. Hoja J-29: Lisboa. Emerita-Scallabis-Gades. (1995). Madrid.

**(Taboada, 1949)**

- TABOADA CHIVITE, J., (1949); "La cultura de los verracos en el noroeste hispánico", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 4, pp.2-26.

**(Tagliamonte, 1994)**

- TAGLIAMONTE, G., (1994); *I figli di Marte. Mobilità, mercenari e mercenariato italici in Magna Grecia e Sicilia*, Roma.

**(Taracena, 1928)**

- TARACENA AGUIRRE, B., (1928); *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 103, Madrid.

**(Taracena, 1934)**

- TARACENA AGUIRRE, B., (1934); "Vías romanas del alto Duero", *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mérida*, vol.II, pp.257-278.

**(Taracena, 1943)**

- TARACENA AGUIRRE, B., (1943); "Cabezas-trofeo en la España céltica", *Archivo Español de Arqueología*, 13, pp.157-171.

**(Taracena, 1947)**

- TARACENA AGUIRRE, B., (1947); "Objetos de la necrópolis romana de Palencia", *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional, 1940-47*, pp.83-106.

**(Taracena, 1954)**

- TARACENA AGUIRRE, B., (1954); "Los pueblos celtibéricos", en Menéndez Pidal, R., (Dir.), *Historia de España*, I-3, Madrid (4ª Edic. 1982), pp.197-299.

**(Tarradell, 1980)**

- TARRADELL, M., (1980); "Primeras culturas. Los pueblos del centro y del norte de la Península", en Tuñón de Lara, M. (dir.), *Historia de España, I. Introducción, Primeras Culturas e Hispania Romana*, Barcelona, pp.153-169.

**(Tchernia, 1983)**

- TCHERNIA, A., (1983); "Italian wine in Gaul at the end of the Republic", en Garnsey, P., Hopkins, K., y Whittaker, C.R., *Trade Ancient in Economy*, Londres, pp.87-104.

**(Tejero, 1985)**

- TEJERO DE LA CUESTA, J.M., (1985); *El territorio de Castilla y León. Unidad geográfica y diversidad paisajística*, Valladolid.

**(Téllez/Ciferri, 1954)**

- TÉLLEZ, R., CIFERRI, F., (1954); *Trigos arqueológicos de España. (Spanish archaeological wheats)*, Madrid.

**(Terán, 1987)**

- TERÁN, M. de, (1987); "Castilla la Nueva, La Mancha, Madrid y Extremadura", en Terán, M., Solé Sabarís, L. y Vilá Valentí, J., *Geografía Regional de España*, (5ª edición), Madrid, pp.245-278.

**(Terán alii, 1989)**

- TERÁN, M. de, SOLÉ SABARÍS, L., VILÁ VALENTÍ, J., (1989); *Geografía General de España*, Barcelona (2ª edic.).

**(Tholland, 1987)**

- THOLLAND, P., (1987); *Barbarie et civilisation chez Strabon. Étude critique des Livres III et IV de la Géographie*, Paris.

**(Timpe, 1985)**

- TIMPE, D., (1985); "Der keltische Handel nach historischen Quellen", en Düwel, K., Jankuhn, H., Siems, H., y Timpe, D., (Eds.), *Untersuchungen zu Handel und Verkehr der von- und frühgeschichtlichen Zeit in Mittel- und Nordeuropa. Part 1: Methodische Grundlagen und Darstellungen zum Handel in vorgeschichtlicher Zeit und in der Antike*, Göttingen, pp.258-284.

**(Todd, 1992)**

- TODD, M., (1992); *The Early Germans*, Oxford.

**(Todorov et alii, 1988)**

- TODOROV, T., et alii, (Ed.), (1988); *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Madrid.

**(Tovar, 1948)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1948); "El bronce de Luzaga y las Teseras de Hospitalidad latinas y celtibéricas", *Emerita*, 16, pp.75-91.

**(Tovar, 1949a)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1949a); *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires.

**(Tovar, 1949b)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1949b); "Nuevas gentilidades y respuestas sobre el tema de los indoeuropeos en Hispania", *Anuales de Filología Clásica*, 4, pp.353-356.

**(Tovar, 1950)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1950); "Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península", *Zephyrus*, 1, pp.33-37.

**(Tovar, 1955)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1955); "Notas epigráficas sobre objetos del Museo Arqueológico Nacional", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 61, pp.577-584.

**(Tovar, 1957)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1957); "Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico", *Zephyrus*, 8, pp.77-83.

**(Tovar, 1958)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1958); "Topónimos con -nt- en Hispania y el nombre de Salamanca", *Acta Salmanticensia*, 2, Salamanca, pp.95-116.

**(Tovar, 1966)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1966); "Más conexiones pre-célticas en hidrónimos y orónimos de Hispania", *Homenaje al Profesor Alarcos*, Valladolid, vol.II, pp.81-88.

**(Tovar, 1967)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1967); "Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España", en Gómez Tabanera, J., (ed.), *Las raíces de España*, pp.213-251.

**(Tovar, 1976)**

- TOVAR LLORENTE, A., (1976); *Iberische Landeskunde. Die Völker und die Städte des antiken Hispanien. Band 2: Lusitanien*, Baden-Baden.

(Tovar, 1977)

- TOVAR LLORENTE, A., (1977); "El nombre de celtas en Hispania", *Homenaje a García Bellido, III*, Universidad Complutense, 26, 109, pp.163-178.

(Tovar, 1985)

- TOVAR LLORENTE, A., (1985); "La inscripción de Cabeço das Fraguas y la lengua de los lusitanos", *Actas III Congreso de Lenguas y Culturas prerromanas*, Lisboa, pp.227-253.

(Tovar, 1986)

- TOVAR LLORENTE, A., (1986); "The Celts in the Iberian Península: archaeology, history, language", en Schmidt, K.H. (ed.), *Geschichte und Kultur der Kelten*, Heidelberg, pp.68-101.

(Tovar, 1989)

- TOVAR LLORENTE, A., (1989); *Iberische Landeskunden. Die Völker und die Städte des antiken Hispanien. Tomo 3: Tarraconensis*, Baden-Baden.

(Toynbee, 1976)

- TOYNBEE, A., (1976); *Guerra y civilización*, Madrid.

(Trigger, 1982)

- TRIGGER, B.G., (1982); *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe*, Barcelona.

(Triviño, 1953)

- TRIVIÑO, J.M<sup>a</sup>., (1953); "La idiosincrasia localista en la España prerromana", *Cuadernos de Historia de España*, 20, pp.12-44.

(Uberti, 1988)

- UBERTI, M.L., (1988); "I vetri", en *I Fenici*, Milán, pp.474-491.

(Ulbert, 1984)

- ULBERT, G., (1984); *Cáceres el Viejo (Cáceres). Ein spätrepublikanisches Legionslager in Sapsisch-Extremadura. Madrider Beiträge. Band. 11*, Mainz.

(Untermann, 1963)

- UNTERMANN, J., (1963); "Estudios sobre áreas lingüísticas pre-romanas de la Península Ibérica", *Archivos de Prehistoria Levantina*, 4, pp.165-192.

(Untermann, 1984)

- UNTERMANN, J., (1984); "Los celtíberos y sus vecinos occidentales", *Lleters Asturianos*, 13, pp.6-26.

(Untermann, 1985)

- UNTERMANN, J., (1985); "Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas", *III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Lisboa, 1980)*, Salamanca, pp.343-363.

(Untermann, 1987)

- UNTERMANN, J., (1987); "Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch", *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Vitoria, 1985)*, Vitoria, pp.57-76.

(Untermann, 1992)

- UNTERMANN, J., (1992), "Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica", en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G., (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp.19-33.

(Untermann, 1995)

- UNTERMANN, J., (1995); "Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico", *III Symposium sobre los celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza.

(Untermann, e.p.)

- UNTERMANN, J., (e.p.); "La onomástica celtibérica", *Las lenguas paleohispánicas en su entorno cultural*, Curso de Verano de la Universidad Internacional Menéndez y Pidal, Valencia (Octubre, 1993).

(Urbina et alii, 1992)

- URBINA, D., URQUIJO, C., GARCÍA, O., y SÁNCHEZ, A., (1992); "Introducción al estudio de las fuentes de abastecimiento de hierro en el yacimiento prerromano de Arroyo Manzanas", *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*, Toledo, pp.307-319.

(Urbina et alii, 1994)

- URBINA, D., URQUIJO, C., SÁNCHEZ, A., y ORTIZ, G., (1994); "Arqueología y yacimientos minerales en el occidente de los Montes de Toledo", *Zephyrus*, 47, pp.257-272.

(Uriol, 1990)

- URIOL SALCEDO, J.I., (1990); *Historia de los caminos de España. Vol. I. Hasta el siglo XIX. (Colegio de Ingenieros de caminos, canales y puertos. Colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería, nº33)*, Madrid.

(Uzquiano, 1995)

- UZQUIANO OLLERO, P., (1995); "El valle del Duero en la Edad del Hierro: el aporte de la antropología", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 395-416.

(Valcárcer, 1995)

- VALCÁLCER, V., (1995); "La Vita Hannibalis de C. Nepote", *Veleia*, 12, pp.267-286.

(Valiente, 1993)

- VALIENTE CÁNOVAS, S., (1993); "Cronología sobre el uso del torno y de la metalurgia del hierro en la submeseta (valle del Tajo), durante la II Edad del Hierro", *Homenaje a D. Raúl Amitrano. Patina*, 6, pp.29-41.

(Valiente/Balmaseda, 1983)

- VALIENTE CÁNOVAS, S., BALMASEDA MUNCHARAZ, L.J., (1983); "Hacia una delimitación de la Carpetania en la Edad del Hierro II", *Homenaje al Profesor M. Almagro Basch*, III, Madrid, pp.135-142.

(Valiente Malla/Prado, 1977-78)

- VALIENTE MALLA, S., PRADO TOLEDANO, S., (1977-78); "Estelas decoradas de Aldea del Rey (Ciudad Real)", *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, pp.375-388.

(Vall, 1969)

- VALL DE PLÁ, M<sup>a</sup>.A., (1969); "La cabeza en pasta vítrea del poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia)", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6, pp.137-150.



**(Vallet/Villard, 1955)**

- VALLET, G., y VILLARD, F., (1955); "Un atelier de bronziers: sur l'école du cratère de Vix", *Bulletin de Correspondance Hellenique*, 79, pp.50-74.

**(Vaquerizo, 1986)**

- VAQUERIZO GIL, D., (1986); "Indigenismo y romanización en la llamada Siberia extremeña (Badajoz). Datos para su análisis", *Revista de Arqueología*, 58, pp.10-18.

**(Vaquerizo, 1990)**

- VAQUERIZO GIL, D., (1990); "Armas de hierro de raigambre meseteña en la necrópolis de Los Collados (Almedinilla, Córdoba)", en Burillo, F. (Coor.), *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre Los Celtíberos* (Daroca, 1988), Zaragoza, pp.225-229.

**(Vázquez, 1986)**

- VÁZQUEZ VARELA, J.M<sup>a</sup>., (1986); "Dieta real y dieta imaginaria", en Bermejo Barrera, J.C., *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 2. Madrid, pp.231-240.

**(Vegas, 1983)**

- VEGAS ARAMBURU, J.I., (1983); "Las canas como material arqueológico. Revisión y nueva interpretación", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11, pp.407-425.

**(Velasco, 1961)**

- VELASCO, E., (1961); "Hallazgos arqueológicos en La Mota del Marqués (Valladolid)", *Actas del VI Congreso Nacional de Arqueología* (Oviedo, 1959), Zaragoza, pp.158-162.

**(Velasco/Palol, 1960)**

- VELASCO, E., y PALOL, P. de, (1960); "El poblado de la Mota del Marqués", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 26, pp.162-165.

**(Vencl, 1984)**

- VENCL, S., (1984); "War and warfare in archaeology", *Journal of Anthropological Archaeology*, 3, pp.116-132.

**(Venclová, 1984)**

- VENCLOVÁ, N., (1984); "On the problem of Celtic glass vessels", *Pamatky archeologicke*, 75, pp.445-457.

**(Verger/Guillaumet, 1988)**

- VERGER, S., y GUILLAUMET, J.P., (1988); "Les tumulus de Saint-Romain-de-Jalionas (Isère). Premiers observations", en *Les Princes Celtes et la Méditerranée*, París, pp.231-239.

**(Vigil, 1973)**

- VIGIL PASCUAL, M., (1973); *Historia de España Alfaguara*, vol. I, *Edad Antigua*, Madrid.

**(Vigil, 1990)**

- VIGIL PASCUAL, M., (1990); *Historia de España. Edad Antigua*, Madrid.

**(Villar, 1991)**

- VILLAR, F., (1991); *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e historia*, Madrid.

**(Villar, 1992)**

- VILLAR, F., (1992); "La teoría de la indoeuropeización neolítica", *Arqritica. Crítica de arqueología española*, Madrid, 3, pp.14-16.

**(Villar, 1993-95)**

- VILLAR, F., (1993-95); "Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Vispálá", *Kalathos*, 13-14, pp.355-388.

**(Villar, 1995a)**

- VILLAR, F., (Ed.), (1995a); *Estudios de celtibérico y toponimia prerromana*, Salamanca.

**(Villar, 1995b)**

- VILLAR, F., (1995b); "El hidrónimo prerromano Tamusia, moderno Tamuja", en Eska, J.F., Gruffydd, R.G., Jacobs, N., (Eds.), *Hispano-Gallo-Brittonica. Essays in honour of Professor D. Ellis Evans on the occasion of his sixty-fifth birthday*, Cardiff, pp.260-277.

**(Villar, e.p.)**

- VILLAR, F., (e.p.); "El teónimo lusitano Reve y sus epítetos", en Meid, W., (Ed.); *Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft*

**(Villar Vidal, 1993)**

- VILLAR VIDAL, J.A., (1993); *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV. Libros XXXI-XXXV*, Madrid.

**(Villard, 1960)**

- VILLARD, F., (1960); *La céramique grecque de Marseille*, París.

**(Villard, 1988)**

- VILLARD, F., (1988); "Des vases grecques chez les Celtes", en *Les Princes celtes et la Méditerranée*, París, pp.333-341.

**(Villaronga, 1984)**

- VILLARONGA, L., (1984); "Las primeras emisiones de bronce de Hispania", en Blagg, T.F.C. et alii (Eds.), *Papers in Iberia Archaeology. B.A.R (193,1)*, Oxford, pp.205-215.

**(Villaronga, 1990)**

- VILLARONGA, L., (1990); "El hallazgo de monedas. El caso de Tanusia", *Gaceta Numismática*, 97-98, pp.79-85.

**(Viñas y Mey, 1959)**

- VIÑAS Y MEY, C., (1959); "Apuntes sobre historia social y económica de España", *Arbor*, 43, pp.49-73.

**(Van der Vliet, 1984)**

- VLIET, E. Van der, (1984); "L'ethnographie de Strabon: idéologie ou tradition?", en Prontera, F., (Ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, I, Perugia, pp.27-86.

**(Wachtel, 1978)**

- WACHTEL, N., (1978); "La aculturación", en Le Goff, I. y Nora, P., (Dir.), *Hacer la Historia*, I, Barcelona, pp.135-156.

**(Walker, 1983)**

- WALKER, M.J., (1983); "Laying a mega-myth: dolmens and drovers in prehistoric Spain", *World Archaeology. Transhumance and pastoralism*, 15, nº1, pp.37-50.

**(Walker, 1985)**

- WALKER, M., (1985); "5.000 años de viticultura en España", *Revista de Arqueología*, 53, pp.44-47.

(Wallerstein, 1974-80)

- WALLERSTEIN, I., (1974-1980); *The modern World System*, 2 vols., Nueva York.

(Wattenberg García, 1978)

- WATTENBERG GARCÍA, E., (1978); *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga*, Valladolid.

(Wattenberg, 1957)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1957); "Un broche de bronce celtibérico", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 23, pp.53-63.

(Wattenberg, 1959)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1959); *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, Madrid.

(Wattenberg, 1959b)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1959b); "Estación arqueológica de Tariego (Palencia)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 25, pp.212-218.

(Wattenberg, 1960)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1960); "Los problemas de la cultura celtibérica", *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, Pamplona, pp.151-177.

(Wattenberg, 1961)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1961); "Cajitas excisas de la Meseta Central", *Ampurias*, 22-23, pp.288-294.

(Wattenberg, 1963)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1963); *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Madrid.

(Wattenberg, 1964)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1964); "Una nueva cajita celtibérica", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 30, pp.318-320.

(Wattenberg, 1965)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1965); "Algunas notas sobre formas y características de la cerámica vaccea", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 31, pp.5-14.

(Wattenberg, 1966)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1966); "Las barcas solares del círculo vacceo", *Pyrenae*, 2, pp.51-64.

(Wattenberg, 1978)

- WATTENBERG SANPERE, F., (1978); *Estratigrafía de los cenizales de Simancas*, Valladolid.

(Webb, 1975)

- WEBB, R., (1975); "The Flag follows Trade. An essay on the necessary interaction of military and commercial facts in State formation", en Sabloff, J.A. y Lamberg-Karlovsky, C.C., (Eds.), *Ancient Civilization and Trade*, Albuquerque, pp.155-209.

(Webster, 1975)

- WEBSTER, D., (1975); "Warface and the evolution of the State: a reconsideration", *American Anthropology*, 40, pp.464-470.

(Webster, 1995)

- WEBSTER, J., (1995); "Sanctuaries and sacred places", en Green, M., (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.445-464.

(Wells, 1980)

- WELLS, P.S., (1980); *Culture contact and culture change: Early Iron Age Central-Europe and Mediterranean World*, Cambridge.

(Wells, 1981)

- WELLS, P.S., (1981); *The Emergence of Iron Age Economy: The Mecklenburg Grave Groups from Hallstatt and Sticna*, Cambridge, Massassuchets.

(Wells, 1985a)

- WELLS, P.S., (1985a); "Mediterranean trade and culture change in Early Iron Age Central-Europe", en Champion, T.C. y Megaw, J.V., (Eds.), *Settlements and Society. Aspects of West-European Prehistory in the First Millennium B.C.*, Leicester, pp.69-89.

(Wells, 1985b)

- WELLS, P.S., (1985b); "Material symbols and the interpretation of cultural change", *Oxford Journal of Archaeology*, 4, pp.9-17.

(Wells, 1986)

- WELLS, P.S., (1986); "Europe's first towns and entrepreneurs", *Archaeology*, Noviembre-Diciembre, pp.26-31.

(Wells, 1987)

- WELLS, P.S., (1987); "Sociopolitical change and core-periphery interactions: an example from Early Iron Age Europe", en Trinkaus, K.M., (Ed.), *Politics and Partions. Human boundaries and the growth of Complex Societies*, Tempe, pp.141-155.

(Wells, 1988a)

- WELLS, P.S., (1988a); *Granjas, aldeas, ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la Protohistoria Europea*, Barcelona.

(Wells, 1988b)

- WELLS, P.S., (1988b); "Industry and society in Late Prehistoric Europe", en Gibson, B., y Gesselowitz, M., (Eds.), *Tribe and Polity in Late Prehistoric Europe. Demography, Production and Exchange in the Evolution of Complex Social Systems*, Nueva York-Londres, pp.207-218.

(Wells, 1989a)

- WELLS, P.S., (1989a); "Intensification, entrepreneurship and cognitive change in the Bronze-Iron Age transition", en Sorensen, M.I.S. y Thomas, R., (Eds.), *The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe. Aspects of continuity and change in European societies (1200-500 B.C.)*, B.A.R., Oxford, pp.173-183.

(Wells, 1989b)

- WELLS, P.S., (1989b); "Cross-cultural interaction and change in recent Old World research", *American Antiquity*, 54 (1), pp.66-83.

(Wells, 1990)

- WELLS, P.S. (1990); "Iron Age Temperate Europe: Some Current Research Issues", *Journal of World Prehistory*, 4, pp.437-476.

**(Wells, 1992)**

- WELLS, P.S. (1992); "Tradition, identity and change beyond the Roman Frontier", en Schortman, E.M., y Urban, P.A., (Eds.), *Resources, Power and Interregional Interaction*, Nueva York, pp.175-188.

**(Wells, 1993)**

- WELLS, P.S., (1993); "Exchange and social status in the Late Iron Age", en *Fonctionnement social de l'Âge du Fer. Actes de la Table Ronde de Lons-le-Saunier*, 1990, Lons-le-Saunier, pp.239-245.

**(Wells, 1994)**

- WELLS, P.S., (1994); "Changing models of settlement, economy and ritual activity: recent research in Late Prehistoric Central Europe", *Journal of Archaeological Research*, 2, vol.2, pp.135-163.

**(Wells, 1995a)**

- WELLS, P.S., (1995a); "Trade and exchange", en Green, M. (Ed.), *The Celtic World*, Londres-Nueva York, pp.230-243.

**(Wells, 1995b)**

- WELLS, P.S., (1995b); "The La Tène Period in Germany", en Hill, J.D. y Cumberpatch, C.G., (Eds.), *Different Iron Ages: Studies on the Iron Age in Temperature Europe*, Oxford, British Archaeological reports (B.A.R.), pp.7-22.

**(Wells, 1995c)**

- WELLS, P.S., (1995c); "Settlement and social systems at the end of the Iron Age", en Arnold, B., y Gibson, D.B., (Eds.), *Celtic Chieftdom, Celtic State*, Cambridge, pp.88-95.

**(Wells, 1995d)**

- WELLS, P.S., (1995d); "Manufactured objects and the constructions of identities in La Tène Europe", *Eirene*, 31, pp.129-150.

**(Wells, 1996)**

- WELLS, P.S., (1996); "Location, organization and specialization of craft production in late Prehistoric Central Europe", en Wailes, B., (Ed.), *Craft, Specialization and Social Evolution: In Memory of V. Gordon Childe*, Filadelfia, pp.85-98.

**(Wells/Bonfonte, 1979)**

- WELLS, P.S., y BONFONTE, L., (1979); "West-Central Europe and the Mediterranean: the decline in trade in the Vth century B.C.", *Expedition*, 21, pp.18-24.

**(Werner, 1954)**

- WERNER, J., (1954); "Die Bronzekanne von Kelheim", *Bayerische Vorgeschichts-blätter*, 20, pp.43-73.

**(Werner, 1961)**

- WERNER, J., (1961); "Zur Bronzekanne von Kelheim", *Bayerische Vorgeschichts-blätter*, 43, pp.1-18.

**(Werner, 1989)**

- WERNER ELLERING, S., (1989); "Relaciones entre las cerámicas bícromas de la Península Ibérica y las del ámbito Centroeuropeo durante la Primera Edad del Hierro", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, pp.63-70.

**(Werner, 1990)**

- WERNER ELLERING, S., (1990); *La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro*, Madrid.

**(Whittaker, 1988)**

- WHITTAKER, C.R., (Eds.), (1988); *Pastoral Economies in Classical Antiquity*, Cambridge.

**(Will, 1987)**

- WILL, E.L., (1987); "The Roman amphorae from Manching: a reappraisal", *Bayerische Vorgeschichtsblätter*, 52, pp.21-36.

**(Will, 1988)**

- WILL, E., (1988); "Guerre, acculturation et contre-acculturation dans le monde hellénistique", *Polis*, 1, pp.37-62.

**(Williams, 1989)**

- WILLIAMS, D.F., (1989); "The impact of the Roman amphora trade on pre-Roman Britain", en Champion, T.C., (Ed.), *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology*, Londres, pp.142-150.

**(Wilmsen, 1972)**

- WILMSEN, E.N., (Ed.), (1972); *Social Exchange and Interaction*, Ann Arbor Museum of Anthropology. University of Michigan, 46.

**(Woolf, 1990)**

- WOOLF, G., (1990); "World-System analysis and the Roman Empire", *Journal of Roman Archaeology*, 3, pp.44-58.

**(Woolf, 1993a)**

- WOOLF, G., (1993a); "Rethinking the Oppida", *Oxford Journal of Archaeology*, 12 (2), pp.223-234.

**(Woolf, 1993b)**

- WOOLF, G., (1993b); "The social significance of trade in Late Iron Age Europe", en Scarre, C., y Frances, H., (Eds.), *Trade and exchange in Prehistoric Europe*, Oxford, pp.211-218.

**(Wright, 1974)**

- WRIGHT, H.T., (1974); *Archaeology and Trade*, Reading, Massachusetts.

**(Wyss, 1954)**

- WYSS, R., (1954); "Das Schwert des Korisios", *Jahrbuch des Bernischen Historischen Museums*, 34, pp.201-222.

**(Yelo, 1989-90)**

- YELO TEMPLADO, M., (1989-90); "Arqueología y contexto histórico", *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 5-6, pp.9-13.

**(Yll, 1995)**

- YLL, R., (1995); "Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp.357-370.

**(Zeitler, 1990)**

- ZEITLER, J.P., (1990); "Zwei hallstatt-frühlatènezeitliche Fremdfunde von der Ehrenbürg, Ldkr. Frochheim, Oberfranken: Bemerkungen zur kulturhistorischen Interpretation des sog. Südimports", *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 20, pp.61-73.

**(Zulueta, 1977)**

- ZULUETA ARTALOYTIA, J.A., (1977); *La tierra de Cáceres. Estudio geográfico*, I. Madrid.

**(Zürn, 1969)**

- ZÜRN, H., (1969); "Die Hallstattzeitliche Steinerne Kriegerstele von Hirschlanden, Württemberg", *Jahrbuch für Prähistorische und Ethnographische Kunst (IPEK)*, pp.62-75.

**(Zürn, 1970)**

- ZÜRN, H., (1970); *Hallstattforschung in Nordwürttemberg: die Grabhügel von Asperg (kr. Ludwigsburg), Hirschlanden (kr. Leonberg) und Mühlacker (kr. Vaihingen)*, Stuttgart.

**(Zürn/Herrmann, 1966)**

- ZÜRN, H., y HERRMANN, H.V., (1966); "Der Grafenbühl auf der Markung in Asperg, Kr. Ludwigsburg: ein Fürstengrabhügel der späten Hallstattzeit Vorbericht", *Germania*, 44, pp.74-102.

## ***VI- ÍNDICES***



## **VI-1 ÍNDICE DE FIGURAS**

<b>FIGURA 1</b>	
Reconstrucción de la idea gráfica de Iberia según Estrabón.....	pág.14
<b>FIGURA 2</b>	
Distribución de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica.....	pág.15
<b>FIGURA 3</b>	
Meseta Occidental. Ámbitos de estudio: territorios vetón (A) y vacceo (B).....	pág.16
<b>FIGURA 4</b>	
Ámbito de relación de los vetones.....	pág.36
<b>FIGURA 5</b>	
Plano de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila).....	pág.88
<b>FIGURA 6</b>	
Plano de la Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila).....	pág.89
<b>FIGURA 7</b>	
Plano de Ulaca (Solosancho, Ávila).....	pág.90
<b>FIGURA 8</b>	
Territorio vetón con localización de yacimientos inventariados.....	pág.106
<b>FIGURA 9</b>	
Cerámica a peine. Tipología morfológica.....	pág.111
<b>FIGURA 10</b>	
Ajuares guerreros de necrópolis abulenses (La Osera y Las Cogotas).....	pág.117
<b>FIGURA 11</b>	
Verracos. Partes anatómicas del toro y del cerdo.....	pág.129
<b>FIGURA 12</b>	
Área de dispersión de verracos.....	pág.130
<b>FIGURA 13</b>	
Ámbito de relación de los vacceos.....	pág.177
<b>FIGURA 14</b>	
Unidades geomorfológicas de Castilla-León.....	pág.178
<b>FIGURA 15</b>	
A- Plano de Roa de Duero (Burgos) B- Plano de Soto de Medinilla (Valladolid).....	pág.236
<b>FIGURA 16</b>	
A- Plano del conjunto arqueológico de Padilla de Duero (Valladolid) B- Plano de Las Quintanas, Padilla de Duero.....	pág.237
<b>FIGURA 17</b>	
Plano de Zorita y Las Quintanas (Valoria la Buena, Valladolid).....	pág.238
<b>FIGURA 18</b>	
Territorio vacceo con localización de yacimientos inventariados.....	pág.248

<b>FIGURA 19</b>	
A- Cerámicas peinadas de Cuéllar (Segovia) B- Tipología decorativa de la cerámica a peine vaccea.....	pág.257
<b>FIGURA 20</b>	
Cerámica celtibérica de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid).....	pág.258
<b>FIGURA 21</b>	
A- Secuencia del puñal de Monte Bernorio B- Ajuar guerrero de Las Ruedas.....	pág.262
<b>FIGURA 22</b>	
Joyas del tesoro del Cerro de la Miranda, Palencia.....	pág. 270
<b>FIGURA 23</b>	
Datos faunísticos de hábitats vacceos.....	pág.290
<b>FIGURA 24</b>	
Reconstrucción del recorrido de Aníbal en la campaña del Duero (220 a.C.).....	pág.346
<b>FIGURA 25</b>	
Interpretación de los movimientos de lusitanos y de Viriato.....	pág.356
<b>FIGURA 26</b>	
A- Campañas romanas sobre la región vaccea a mediados del s.II a.C. B- Recorrido de Lúculo contra los vacceos.....	pág.357
<b>FIGURA 27</b>	
A- Movimientos sertorianos en territorio lusitano-vetón (79 a.C.) B- Movimientos sertorianos en territorio vacceo-celtibérico (76 a.C.).....	pág.358
<b>FIGURA 28</b>	
Cerámicas griegas I: corintias y figuras rojas (Palenzuela; Villasviejas del Tamuja, Botija; Fuentes de Ropel, Dehesa de Morales).....	pág.381
<b>FIGURA 29</b>	
Cerámicas griegas II: áticas de barniz negro (El Raso).....	pág.382
<b>FIGURA 30</b>	
Cerámicas griegas III: áticas de barniz negro (El Raso).....	pág.383
<b>FIGURA 31</b>	
Cerámicas griegas IV: áticas de barniz negro (Cerro del Berrueco; La Coraja; Villasviejas del Tamuja; Pajares).....	pág.384
<b>FIGURA 32</b>	
Cerámicas griegas V: áticas de barniz negro (Pajares; Padilla de Duero).....	pág.385
<b>FIGURA 33</b>	
Cerámicas de barniz rojo I (El Mercadillo; Villasviejas del Tamuja).....	pág.386
<b>FIGURA 34</b>	
Cerámica de barniz rojo II (Villasviejas del Tamuja; La Coraja; Coca).....	pág.387
<b>FIGURA 35</b>	
Cerámicas de pastas grises (El Raso; Villasviejas del Tamuja; La Coraja; Medina del Campo; Coca; Cuéllar).....	pág.388
<b>FIGURA 36</b>	
Cerámicas ibéricas pintadas I (El Mercadillo).....	pág.389

<b>FIGURA 37</b>	
Cerámicas ibéricas pintadas II (La Coraja; Las Cogotas).....	pág.390
<b>FIGURA 38</b>	
Cerámicas ibéricas pintadas III (Medina del Campo; Cuesta del Mercado, Coca; Cuéllar; Soto de Medinilla).....	pág.391
<b>FIGURA 39</b>	
Formas de inspiración mediterránea I (El Mercadillo).....	pág.392
<b>FIGURA 40</b>	
Formas de inspiración mediterránea II (Las Cogotas; El Mercadillo; Villasviejas del Tamuja).....	pág.393
<b>FIGURA 41</b>	
Formas de inspiración mediterránea III (El Romazal I; Villasviejas del Tamuja).....	pág.394
<b>FIGURA 42</b>	
Formas de inspiración mediterránea IV (El Raso; Las Cogotas; Melgar de Abajo).....	pág.395
<b>FIGURA 43</b>	
Formas de inspiración mediterránea V (El Raso; Villasviejas del Tamuja).....	pág.396
<b>FIGURA 44</b>	
Distribución de espadas y puñales de la II Edad del Hierro de la Península Ibérica.....	pág.415
<b>FIGURA 45</b>	
Falcata. El Raso (tumba 64; con ajuar).....	pág.416
<b>FIGURA 46</b>	
Falcata. La Osera (tumba 370, zona VI; con parte de ajuar).....	pág.417
<b>FIGURA 47</b>	
Falcata. La Osera (tumba 395, zona VI; con parte de ajuar).....	pág.418
<b>FIGURA 48</b>	
Falcatas. A- La Coraja B- Dehesa del Rosarito.....	pág.419
<b>FIGURA 49</b>	
Espada de frontón. El Raso (tumba 13; con parte de ajuar).....	pág.420
<b>FIGURA 50</b>	
Espadas de frontón. El Raso (tumbas 30 y 66).....	pág.421
<b>FIGURA 51</b>	
Espadas de frontón. A- El Raso B- La Osera.....	pág.422
<b>FIGURA 52</b>	
Discos-coraza. La Osera (tumba 350, zona VI; con parte de ajuar).....	pág.423
<b>FIGURA 53</b>	
Discos-coraza. La Osera (tumba 350, zona VI; resto de ajuar).....	pág.424
<b>FIGURA 54</b>	
Discos-coraza. A- La Osera (tumba 350, zona VI; reconstrucción) B- Aguilar de Anguita.....	pág.425
<b>FIGURA 55</b>	
Discos-coraza. El Raso (posible pectoral y placa).....	pág.426

<b>FIGURA 56</b>	Cascos Montefortino. A- <i>Lacimurga</i> (Cogolludo, Badajoz) B- Pago de Gorrita, Valladolid.....	pág. 427
<b>FIGURA 57</b>	<i>Soliferrea</i> . El Raso.....	pág. 428
<b>FIGURA 58</b>	Cuchillos afalcatados (El Raso; Las Cogotas; El Mercadillo; El Romazal; Cuesta del Mercado, Coca) ..	pág. 429
<b>FIGURA 59</b>	Puñal tipo Alcácer do Sal. Las Cogotas.....	pág. 430
<b>FIGURA 60</b>	Braserillos I (Cerro del Berrueco; Picón de la Mora; Sanchorreja).....	pág. 448
<b>FIGURA 61</b>	Braserillos II (La Osera; El Raso).....	pág. 449
<b>FIGURA 62</b>	Braserillos III (Pajares).....	pág. 450
<b>FIGURA 63</b>	Braserillos IV (Pajares).....	pág. 451
<b>FIGURA 64</b>	Braserillos V (Pajares).....	pág. 452
<b>FIGURA 65</b>	Braserillos VI (Pajares).....	pág. 453
<b>FIGURA 66</b>	Platos rituales. A- Pajares B- El Cigarralejo (Mula, Murcia; tumba 277).....	pág. 454
<b>FIGURA 67</b>	Calderos y urnas I (El Raso; La Osera).....	pág. 455
<b>FIGURA 68</b>	Calderos y urnas II (La Osera).....	pág. 456
<b>FIGURA 69</b>	Calderos y urnas III (Pajares).....	pág. 457
<b>FIGURA 70</b>	Calderos y urnas IV (Pajares).....	pág. 458
<b>FIGURA 71</b>	Asa de bronce de enócoe. Las Cogotas.....	pág. 459
<b>FIGURA 72</b>	Jarro de Montealegre de Campos, Valladolid.....	pág. 460
<b>FIGURA 73</b>	Jarro de Montealegre (A- detalle de las asas B- figura de toro).....	pág. 461
<b>FIGURA 74</b>	Placas de cinturón. La Osera (tumba 350, zona VI).....	pág. 462

<b>FIGURA 75</b>	
Placas de cinturón. A- Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) B- Reconstrucción cinturón de La Osera (tumba 350, zona VI).....	pág. 463
<b>FIGURA 76</b>	
Broches de cinturón de tipo ibérico I: La Osera.....	pág. 464
<b>FIGURA 77</b>	
Broches de cinturón de tipo ibérico II: La Osera.....	pág. 465
<b>FIGURA 78</b>	
Broches de cinturón de tipo ibérico III (Palencia; Paredes de Nava; El Mercadillo; Cuesta del Mercado, Coca).....	pág. 466
<b>FIGURA 79</b>	
Figuras de bronce I. El Raso (1. figura etrusca 2. timiaterio).....	pág. 467
<b>FIGURA 80</b>	
Figuras de bronce II (exvotos: El Raso; Cuesta del Mercado, Coca; amuletos: La Osera).....	pág. 468
<b>FIGURA 81</b>	
Figuras de bronce III (zoomorfos; pinzas y pasador; Cuesta del Mercado, Coca; Cerro del Berrueco; Las Cogotas; Villasviejas del Tamuja; La Osera; Medina del Campo).....	pág. 469
<b>FIGURA 82</b>	
Orfebrería en oro I: arracadas (La Coraja; La Osera; Cerro del Berrueco; Madrigalejo, Cáceres).....	pág. 478
<b>FIGURA 83</b>	
Orfebrería en oro II: diademas de Ulaca y joyas de El Raso.....	pág. 479
<b>FIGURA 84</b>	
Orfebrería en oro III: joyas de Pajares.....	pág. 480
<b>FIGURA 85</b>	
Orfebrería en oro IV: arracadas de Padilla de Duero.....	pág. 481
<b>FIGURA 86</b>	
Orfebrería en plata I: torques y brazaletes de Padilla de Duero.....	pág. 482
<b>FIGURA 87</b>	
Orfebrería en plata II: torques y brazaletes de Padilla de Duero.....	pág. 483
<b>FIGURA 88</b>	
Orfebrería en plata IV: grifo de Villasviejas de Tamuja.....	pág. 484
<b>FIGURA 89</b>	
Pasta vítrea I: cuentas de collar de Pajares.....	pág. 495
<b>FIGURA 90</b>	
Pasta vítrea II: cuentas de collar y ungüentarios (Medina del Campo; El Raso; Las Cogotas; Cerro del Berrueco).....	pág. 496
<b>FIGURA 91</b>	
Pasta vítrea III: ungüentarios (Pajares y tabla tipológica de Ampurias).....	pág. 497
<b>FIGURA 92</b>	
Pasta vítrea IV: cabezas policromas (Pajares y tabla tipológica de Cartago).....	pág. 498

<b>FIGURA 93</b>	
Pasta vítrea V: cabezas policromas (tipologías y dispersión mediterránea).....	pág. 499
<b>FIGURA 94</b>	
A- Anillo de cornalina de El Romazal I B- Colgante de basalto de El Raso.....	pág. 502
<b>FIGURA 95</b>	
Horno cerámico. Carralaceña (Padilla de Duero, Valladolid).....	pág. 511
<b>FIGURA 96</b>	
Verracos I: Madrigalejo y Botija (Cáceres).....	pág. 515
<b>FIGURA 97</b>	
Verracos II: Botija y Torrequemada, Botija (Cáceres).....	pág. 516
<b>FIGURA 98</b>	
Estructuras tumulares I: La Osera, zonas I-V.....	pág. 534
<b>FIGURA 99</b>	
Estructuras tumulares II: La Osera, zona II.....	pág. 535
<b>FIGURA 100</b>	
Estructuras tumulares III: La Osera, zona VI.....	pág. 536
<b>FIGURA 101</b>	
Estructuras tumulares IV: El Mercadillo.....	pág. 537
<b>FIGURA 102</b>	
Estructuras tumulares V: El Raso (Las Guijas B; túmulo B).....	pág. 538
<b>FIGURA 103</b>	
Plantas de vivienda I: El Raso (casa A-2).....	pág. 543
<b>FIGURA 104</b>	
Plantas de vivienda II: El Raso (casa C-1).....	pág. 544
<b>FIGURA 105</b>	
Plantas de vivienda III: El Raso (reconstrucción casa C-1).....	pág. 545
<b>FIGURA 106</b>	
Escritura. Grafito cerámico de Villasviejas del Tamuja y fusayola con inscripción de Las Cogotas.....	pág. 549
<b>FIGURA 107</b>	
Téseras de Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca) y de Cáceres el Viejo.....	pág. 561
<b>FIGURA 108</b>	
Téseras posiblemente falsas de Cardeñosa y de Hoyo de los Colgadizos (Ávila); téseras procedentes supuestamente de Villasviejas del Tamuja.....	pág. 562
<b>FIGURA 109</b>	
Téseras de Palenzuela y de Paredes de Nava (Palencia).....	pág. 563
<b>FIGURA 110</b>	
Téseras en forma de mano de Madrid, París y Olleros de Pisuerga (Palencia).....	pág. 564
<b>FIGURA 111</b>	
Tésera de Montealegre de Campos.....	pág. 565

<b>FIGURA 112</b>	
Téseras de Sasamón (Burgos) y de Herrera de Pisuergra (Palencia).....	pág.566
<b>FIGURA 113</b>	
Téseras zoomorfas de la meseta (Sasamón; Monreal de Ariza; Uxama y de procedencia desconocida)..	pág.567
<b>FIGURA 114</b>	
Téseras y <i>tabulae</i> de hospitalidad peninsulares. Relaciones geográficas.....	pág.568
<b>FIGURA 115</b>	
Téseras y <i>tabulae</i> de hospitalidad de la meseta occidental y territorio afin. Relaciones geográficas.....	pág.569
<b>FIGURA 116</b>	
Representación del modelo centro-periferia en círculos.....	pág.590
<b>FIGURA 117</b>	
A- Representación del modelo de interacción de unidades políticas iguales de Renfrew B- Modelos de comercio y sus implicaciones espaciales según Renfrew.....	pág.591
<b>FIGURA 118</b>	
Localización de los principales yacimientos hallstáticos.....	pág.614
<b>FIGURA 119</b>	
A- Distribución de ánforas massaliotas en Europa Templada B- Distribución de cerámicas de figuras negras en Europa Templada.....	pág.615
<b>FIGURA 120</b>	
A- Distribución de vasos etruscos en Europa Templada B- Distribución de cerámicas de figuras rojas en Europa Templada.....	pág.616
<b>FIGURA 121</b>	
A- Heuneburg. Plano con señalización del sector SE excavado B- Reconstrucción de la tumba de Hochdorf, Stuttgart.....	pág.617
<b>FIGURA 122</b>	
Planta de la tumba de Vix con localización de su ajuar.....	pág.618
<b>FIGURA 123</b>	
Vajilla de banquete de tumbas principescas hallstáticas.....	pág.619
<b>FIGURA 124</b>	
Relaciones comerciales de <i>Massalia</i> con el interior hallstático.....	pág.620
<b>FIGURA 125</b>	
Representación de las tres áreas del modelo centro-periferia en la Protohistoria de Europa occidental..	pág.621
<b>FIGURA 126</b>	
Modelo de interacción intercomunitaria entre el Mediterráneo y Centroeuropa, según Wells; adaptación a esferas sucesivas, según Domínguez Monedero.....	pág.622
<b>FIGURA 127</b>	
Representación de los cambios del sistema socio-económico centroeuropeo y fin de la cultura principesca (520-400 a.C.).....	pág.623
<b>FIGURA 128</b>	
Principales <i>oppida</i> de Europa central y occidental.....	pág.643

**FIGURA 129**

A- Distribución de *oppida* con más de 30 Ha de extensión B- Distribución de vasos de bronce itálicos a fines de La Tène.....pág.644

**FIGURA 130**

A- Manching. Extensión de la ocupación en el s.I a.C. B- Mont Beuvray (*Bibracte*). Plano del *oppidum*.....pág.645

**FIGURA 131**

A- Jarro de bronce itálico del tipo Kappel-Kelheim B- Distribución de ánforas vinarias Dressel 1A por Europa septentrional.....pág.646

**FIGURA 132**

Modelos cerámicos de Cogotas I.....pág.654

**FIGURA 133**

Dispersión de hallazgos cerámicos de Cogotas I por la Península Ibérica.....pág.655

**FIGURA 134**

Estelas del Suroeste en el territorio proto-vetón.....pág.671

**FIGURA 135**

Dispersión de estelas del suroeste en el territorio proto-vetón.....pág.672

**FIGURA 136**

Distribución de hallazgos orientalizantes en el territorio proto-vetón.....pág.673

**FIGURA 137**

Distribución de hallazgos orientalizantes en el territorio proto-vacceo.....pág.674

**FIGURA 138**

Cerámica pintada post-cocción (Sanchorreja y Medina del Campo).....pág.675

**FIGURA 139**

Jarros tartésicos (Villanueva de la Vera, Cáceres; Las Herencias, Toledo; Coca, Segovia).....pág.676

**FIGURA 140**

Bronces orientalizantes: braserillos (Sanchorreja), timiaterio (Las Herencias), figura alada (Cerro del Berrueco).....pág.677

**FIGURA 141**

A- Broche de cinturón tartésico (Sanchorreja) B- Fíbulas de doble resorte (Sanchorreja).....pág.678

**FIGURA 142**

Revocos de pared pintados; influjo meridional (Benavente, Zamora).....pág.679

**FIGURA 143**

Localización del santuario de Postoloboso en relación al *oppidum* de El Raso (Candeleda, Ávila).....pág.724

**FIGURA 144**

Recorrido de cañadas ganaderas I. A- Cañadas Reales de la Mesta B- Cañadas en la meseta occidental; relación con yacimientos inventariados.....pág.737

**FIGURA 145**

Recorrido de cañadas ganaderas II. A- Vías pecuarias en Castilla-León B- Vías pecuarias en la provincia de Valladolid; relación con yacimientos de la Edad del Hierro.....pág.738

**FIGURA 146**

Movimientos de poblaciones célticas en la Península Ibérica.....pág.759



**FIGURA 147**

Ases de la ceca de *Tamusia* (Villasviejas del Tamuja, Cáceres).....pág.760

**FIGURA 148**

Patrones de intercambio. Lingote de plata y lingotillo de bronce de El Raso.....pág.780

**FIGURA 149**

Medios de transporte I. A- Rueda de carro de arcilla (Soto de Medinilla) B- Tipos tradicionales de narrias.....pág.792

**FIGURA 150**

Medios de transporte II. Carros tradicionales de Castilla-León.....pág.793

**FIGURA 151**

Vías de comunicación con dirección y paso hacia la meseta occidental.....pág.812

**FIGURA 152**

Recorrido de la Vía de la Plata en tiempos romanos con señalización de *mansiones*.....pág.813

**FIGURA 153**

Navegabilidad de los ríos de la Península Ibérica según Estrabón.....pág.819

## VI-2 ÍNDICE DE CUADROS

### **CUADRO 1**

Relación de sepulturas con armas sobre el total de enterramientos en las necrópolis vetonas.....pág.152

### **CUADRO 2**

Alianzas y acciones inter-étnicas de los grupos de la meseta occidental en los textos clásicos.....pág.305

## **VI-3 ÍNDICE DE YACIMIENTOS INVENTARIADOS CON CLAVE DE IDENTIFICACIÓN**

### **VETONES POBLADOS**

#### **Provincia de Ávila**

El Raso. 1

Las Cogotas. 2

Mesa de Miranda. 3

Los Castillejos de Sanchorreja. 4

Ulaca. 5

#### **Provincia de Badajoz**

Cogolludo. 6

#### **Provincia de Cáceres**

Los Castillejos Plaza de la Hoya. 7

Boxe/Valdecañas. 8

Villasviejas del Tamuja. 9

Valdeagudo. 10

Cáparra. 11

Los Castillejos de Santiago del Campo. 12

La Coraja. 13

La Burra, Trujillo. 14

#### **Provincia de Salamanca**

Picón de la Mora. 15

Ledesma. 16

Las Merchanas. 17

Salamanca. 18

Cerro del Berrueco. 19

Yecla de Yeltes. 20

#### **Provincia de Toledo**

Arroyo Manzana. 21

### **NECRÓPOLIS**

#### **Provincia de Ávila**

El Raso. 1A

La Trasguja (Las Cogotas). 2A

La Osera (Mesa de Miranda). 3A

#### **Provincia de Cáceres**

La Coraja. 13A

El Mercadillo. 9A

El Romazal I. 9B

El Romazal II. 9C

El Cardenillo. 22

Pajares. 23

### **SANTUARIOS**

#### **Provincia de Ávila**

Postoloboso. 24

Ulaca. 5X

#### **Provincia de Cáceres**

El Trampal. 25

### **VACCEOS POBLADOS**

#### **Provincia de Burgos**

Castrojeriz. 26

Roa de Duero. 27

#### **Provincia de Palencia**

Palenzuela. 28

Paredes de Nava. 29

Tariego de Cerrato. 30

#### **Provincia de Segovia**

Coca. 31

La Cuesta del Mercado, Coca. 32

Cuéllar. 32

#### **Provincia de Valladolid**

Sieteiglesias, Matapozuelo. 34

La Mota, Medina del Campo. 35

Melgar de Abajo. 36

Montealegre de Campos. 37

Teso del Castro, Mota del Marqués. 38

Las Quintanas, Padilla de Duero. 39

Pago Gorrita. 40

Simancas. 41

Soto de Medinilla. 42

Tiedra. 43

Torrelobatón. 44

Las Quintanas, Valoria la Buena. 45

Zorita, Valoria la Buena. 46

#### **Provincia de Zamora**

La Aldeahuela, Zamora. 47

Benavente. 48

Fuentes de Ropel. 49

El Alba, Villalazán. 50

### **NECRÓPOLIS**

#### **Provincia de Palencia**

Eras del Bosque. 51

Palenzuela. 28A

Tariego de Cerrato. 30A

#### **Provincia de Segovia**

Erijuelas de San Andrés, Cuéllar. 33A

#### **Provincia de Valladolid**

Las Ruedas. 39A

Carralaceña. 39B

REUNIDO, EN EL DIA DE LA FECHA, EL TRIBUNAL QUE SUSCRIBE, ACORDO CONCEDER  
A LA PRESENTE TESIS DOCTORAL LA CALIFICACION DE Apta con laude (por unanimidad)  
MADRID, 28 de noviembre 1997

EL PRESIDENTE,

EL SECRETARIO,

J. M. Blázquez J. Salas  
FDO.: J. M. Blázquez FDO.: MANUEL SAZINAS  
PRIMER VOCAL, SEGUNDO VOCAL, TERCER VOCAL,

C. Blázquez Francisco Marco Ricardo Martín Valls  
FDO.: Concepción Blázquez FDO.: Francisco Marco FDO.: RICARDO MARTIN VALLS